

UNIVERSIDAD DE MURCIA

DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA, ARQUEOLOGÍA, HISTORIA ANTIGUA, HISTORIA MEDIEVAL Y CIENCIAS Y TÉCNICAS HISTORIOGRÁFICAS

Contextos cerámicos y transformaciones urbanas en *Carthago Noua*: de Marco Aurelio a Diocleciano

D. Alejandro Quevedo Sánchez

2013

A mis padres

AGRADECIMIENTOS

En un camino tan arduo como el de la tesis uno suele contar con el apoyo de familia, amigos, compañeros... y en mi caso tengo la suerte de decir que verdaderamente han sido muchísimas las personas que me han acompañado y que de un modo u otro han contribuido a que este trabajo llegara a buen puerto. Todos aquellos a quienes estoy agradecido lo saben porque ya se lo he dicho en más de una ocasión, pero no quisiera perder la oportunidad que ofrecen estas páginas para dejar constancia de ello una vez más. Sin embargo, al hacerlo por escrito corro un doble riesgo. Por un lado, el de olvidar algún nombre importante o quizás de tener más presentes a quienes se han incorporado en la última etapa. Por el otro, el de escribir algo que, bajo la euforia de quien pone punto y final a un proyecto tan largo, suena emotivo en un primer momento pero se convierte al día siguiente en la más horrible de las cursilerías. Me disculpo de antemano ante la posibilidad de que se dé cualquiera de estas circunstancias: la primera no debe achacarse más que a un lapsus de quien firma, respecto a la segunda solo diré que no pretendía más que ser sincero.

La tesis se ha desarrollado a lo largo de varias fases y en lugares muy distintos, pero la mayor parte del tiempo ha transcurrido en fondos de museo revisando los materiales que componen el grueso de la investigación. Quería empezar expresando mi más sincero agradecimiento a María Comas, coordinadora municipal de arqueología de Cartagena, quien desde un primer momento dispuso todo tipo de facilidades para el trabajo. Gracias a ella y a todo el equipo del Museo Arqueológico Municipal, el museo ha sido –y es– para mí una segunda casa. Del largo tiempo que he pasado allí revisando las colecciones no guardo más que buenos recuerdos. Desde quienes me han fotocopiado una memoria inédita hasta quienes me han abierto las vitrinas cada dos por tres, pasando por los que tienen siempre un chiste en el momento oportuno o los que incluso se han dedicado a darme sustos de muerte en los fondos, de todos ellos es un trocito de esta tesis.

El trabajo habría sido muy distinto sin el entusiasmo y la generosidad de Elena Ruiz Valderas, directora del Museo del Teatro Romano. No sólo por su ayuda inestimable con la excavación de la C/ Jara nº 12, de la que en gran parte es deudora esta tesis, sino por su eterna disposición a colaborar con nuevos proyectos e impulsarlos como sólo ella sabe hacer. Vaya también mi más sincero agradecimiento al personal del museo y en especial a Antonio Murcia por sus constantes atenciones cada vez que he aparecido con un trozo de cerámica inclasificable en la mano.

Gracias a Xavier Nieto, director del Museo Nacional de Arqueología Subacuática y al simpático personal del centro, en cuyas magníficas instalaciones he podido redactar los últimos capítulos. El alma de la biblioteca, Abraham, ha sido fundamental en el trayecto final; no sólo por facilitar al máximo la investigación, sino por hacerla mucho más llevadera con su contagiosa ilusión por la bibliografía, entre otras cosas. Igualmente agradezco a muchos otros bibliotecarios –anónimos– un detalle y un amor por su trabajo que supera lo estrictamente profesional y nos facilita la tarea a los demás. En mi caso guardo un especial recuerdo del personal de la Biblioteca Tomás Navarro Tomás del CSIC, donde he veraneado este último año, del Instituto Arqueológico Alemán de Roma y sobre todo de la *Bibliothèque d'Antiquité* de Aix-en-Provence.

A nivel regional también se han revisado materiales en otros museos cuyos directores siempre se han mostrado entusiastas colaboradores. Mi más sincero agradecimiento a Luis de Miquel, director del Museo Arqueológico Provincial de Murcia. No solamente por su amabilidad a la hora de consultar las colecciones de Portmán, también por su gran generosidad al permitirme trabajar en la tesis con memorias inéditas como las de la excavación de la curia. Doy igualmente las gracias a Paco Brotóns, del Museo Arqueológico de Caravaca, a Andrés Martínez y Juana Ponce, del Museo Arqueológico de Lorca y a Juan de Dios Hernández, del Museo Arqueológico de Águilas. Mención especial para Vicent Escrivà, del Museo Arqueológico de Liria, de quien tanto pude aprender sobre cerámica cuando estuve de visita para el estudio de unas piezas de cerámica reductora.

Gracias igualmente a todos aquellos arqueólogos que han prestado material inédito e informes y memorias de excavación. Si no fuera por la generosidad de personas como A. Egea, M. A. Martínez Sánchez, M. C. Berrocal y L. Suárez Escribano, el trabajo habría quedado incompleto en muchos aspectos.

También a quienes han tenido palabras de aliento durante la redacción y en especial a quienes con sus críticas constructivas han hecho avanzar la investigación. Entre los muchos colegas que forman este grupo quería mencionar de manera señalada a Laurent Brassous y Samir Houamria, quienes con una amabilidad proverbial me dedicaron algo verdaderamente valioso: un tiempo del que no disponían.

Vaya un recuerdo especial para los amigos del *appartement* P.-A. Février y para quienes gestionan el legado de una persona tan inteligente como generosa cuyos gestos continúan haciendo accesible hoy día la investigación a un gran número de personas.

Por supuesto este trabajo no habría sido posible sin todos mis amigos. Sólo ellos saben lo que han tenido que sufrir a lo largo de estos años. Se han visto obligados a vivir a caballo entre el s. XXI y el s. II d.C. y han tenido que soportar en fiestas, viajes y salidas la presencia de "las sigillatas", "los niveles de abandono" o "la crisis del siglo III d.C.". Por estar siempre ahí dispuestos a rescatarme cuando los tiestos podían conmigo, pero también por saber respetar el sagrado encierro que ha implicado la larga fase de la redacción, todos ellos están aquí incluidos por derecho propio. Seguro que son conscientes de que si escribiese todo lo que los quiero, esta tesis tendría más volúmenes que la Enciclopedia Larousse. Por ello me limitaré a nombrarlos sin que el orden tenga importancia, porque son todos los más grandes. Gracias a Jopi, Victoria, Marina y Víctor, a Sergio, Marta, Miguel, Óscar, David y Ana, a Marion, a Serena, a la Marta, a los inigualables playeros, a Rocío, a Eva, a Silvia, a Muriel, a Faustine, a Mamen, a Bea, a Pilar e Irene, a Bichín, a Dorothée, a Ángel y Debo, a Rita y Cacho... Por supuesto a Patry y a Jesús, lo más grande que ha pisado Ampurias desde que empezara a ponerse decadente a finales del s. II d.C... A todos los que en definitiva habéis estado ahí siempre y en especial a lo largo de estos últimos años, preguntando constantemente por "ella" como si de una sobrina se tratase. No tengáis la menor duda de que sin vosotros habría sido muy difícil llegar hasta aquí.

Gracias por supuesto a todos los colegas del Departamento, en especial a Sabino Perea y José Miguel Noguera por haber sido quienes primero me incitaron a publicar. A Alba y a Leticia, por sus constantes palabras de ánimo y por estar siempre dispuestas a echar una mano. En cuanto a Jaime y Alicia, son dos de los pilares de esta tesis. De su mano no sólo he crecido a nivel académico sino también, y mucho, en el plano personal.

Quizás no sean conscientes de lo mucho que les debo y cuánto los aprecio, pero no hay mayor suerte que poder decir que tus compañeros a lo largo de estos años son, además, tus amigos.

¡Qué decir de mi "padre científico"! Al igual que un pastor que deja que el borrego campe a sus anchas pero evita que se desmadre –haciendo excesivos artículos o excavaciones, por ejemplo–, Sebastián siempre está ahí. Uno aprende que si a veces no se le ve es porque está escondido (trabajando más, para variar), pero su apoyo es siempre total y más en los momentos importantes. No me refiero a defender a su doctorando al presentar una idea en un congreso; que también, sino a su lado más humano. A encontrar un momento para enviar un mail conmovedor cuando se está a punto de saltar por una ventana del Palazzo Farnese de la pura ansiedad o de hacer una oportuna llamada de teléfono cuando el peso de la cerámica es insoportable. Todo ello hace de él un tutor excepcional y para mí, el mejor de los modelos a seguir. Bien es cierto que quizás no haya apretado al doctorando con los plazos del trabajo todo lo que debiera, pero ese vacío lo ha llenado Mila con creces. A sus sonrisas, su atención constante y también algún que otro (cariñoso) grito se debe que esta tesis esté entregada.

En el momento más inesperado y cuando el trabajo se hacía más duro, apareció M. Ángeles. Con su don para hacer fácil lo difícil, ha conseguido que me riera cuando ya no tenía ni fuerzas. Al oído y en otro lugar le diré otras cosas que sólo son para ella...

Por último a mi familia, porque sin ellos no sería quien soy. Por su cariño y su apoyo incondicional, no ya con la tesis, que es lo de menos, sino con todo lo que emprendo. A mis abuelos, los que están y los que no, porque no hay nieto que los haya tenido mejores. Unos han seguido el proceso con tal entusiasmo que parecían ellos los doctorandos; otros no han podido, pero sé que también lo habrían disfrutado y estarían igual de orgullosos. A mi madrina, por tenerme siempre tan presente. A mis hermanos, porque aunque son más pequeños que yo me hacen crecer cada vez que estoy con ellos y, en definitiva, ser mejor persona. Y por supuesto, a mis padres. Porque han sufrido como yo los 11.281 fragmentos de cerámica, los cambios de humor, la agonía de los últimos capítulos... Y siempre con un cariño y una paciencia sobrehumanos. Por eso y por todo les está dedicado este trabajo. Aspirar a ser la mitad de bueno que ellos ya es aspirar a mucho.

ÍNDICE

Introducción xv

PARTE I

Capítulo 1. *Carthago Noua* a finales del Alto Imperio: preludio de una transformación 3

1.1.- La *Colonia Urbs Iulia Noua Karthago* y su contexto histórico 3
1.1.1.- Condicionantes geográficos y topografía urbana 4
1.1.1.1.- El puerto: la esencia de la ciudad 7
1.1.2.- Los recursos económicos 9
1.1.2.1.- La explotación de las minas de plomo y plata 10
1.1.3.- Promoción jurídica y desarrollo urbano 13
1.2.- La ciudad de la primera mitad del s. II d.C.: en la antesala del cambio 21
1.2.1.- El silencio de las fuentes 22
1.2.1.1.- La epigrafía 24
1.2.1.1.1- El evergetismo 26
1.2.1.1.2.- El caso de las necrópolis 29
1.2.2.- La evolución del espacio urbano a través de los programas decorativos 35
1.2.2.1.- El mosaico 37
1.2.2.2.- La escultura 41
1.2.2.3.- Construcciones *ex nouo* 46
1.3.- Hacia una nueva configuración 48

Capítulo 2. Objetivos y metodología 51

2.1.- El estudio de los niveles de abandono. Objetivos 51
2.1.1.- La cerámica, documento histórico 52
2.1.1.1.- Problemas de cronología 56
2.1.2.- En tierra de nadie: a caballo entre el Alto y el Bajo Imperio 60
2.1.2.1.- Problemas de periodización 62
2.1.3.- La producción cerámica en *Carthago Noua*: un vacío destacado 64
2.1.3.1.- El problema de las ánforas locales 69
2.2.- Discusión metodológica 73
2.2.1.- Origen de las colecciones y proceso de documentación 73
2.2.1.1.- Excavando museos. Una visión personal sobre algunos problemas durante el desarrollo del trabajo 76
2.2.2.- Los contextos cerámicos. Un análisis de conjunto 78
2.2.3.- Las modas pasan, sólo los datos permanecen 82
2.2.3.1.- Cuantificación 84
2.2.3.2.- Dibujo 87
2.2.4.- Arqueometría, una asignatura pendiente 89
2.3.- Mismos tiestos, distintos enfoques. Una reflexión personal 91
2.3.1.- La sombra de la tipología es alargada 92
2.3.2.- Explorando otros caminos 97
2.3.3.- Hacia la Microhistoria 101

2.3.4.- La ayuda de la Etnografía 105
2.3.5.- El enfoque de la etnoarqueología y la arqueología experimental 110

PARTE II

Capítulo 3. Los niveles de abandono de *Carthago Noua* en el siglo II d.C.: problemática histórica 115

3.1.- Definición y características 115
3.1.1.- Abandonos, vertidos y destrucciones. Sobre los procesos de formación del registro arqueológico y su interpretación 118
3.2.- Dibujo de una ciudad en recesión 123

Capítulo 4. Las producciones cerámicas 125

4.1.- Cerámica fina y de mesa 129
4.1.1.- Paredes finas 129
4.1.2.- Terra sigillata itálica 133
4.1.3.- Terra sigillata gálica 134
4.1.4.- Terra sigillata africana 135
4.1.5.- Terra sigillata hispánica 138
4.1.6.- Terra sigillata Clara B 140
4.1.7.- Cerámica vidriada 141
4.1.8.- Producciones orientales 142
4.1.8.1.- Cerámica corintia 142
4.1.8.2.- Vasos plásticos de Asia Menor 144
4.2.- Cerámica de cocina 146
4.2.1.- Cerámica de cocina itálica 146
4.2.2.- Cerámica de cocina oriental 148
4.2.2.1.- Cerámica de cocina del Egeo 149
4.2.2.2.- Cerámica de cocina del Próximo Oriente 151
4.2.3.- Cerámica de cocina africana 152
4.2.4.- Cerámica reductora de cocina regional 154
4.2.4.1.- Algunas reflexiones sobre tipología, cronología, origen, y otros usos de las formas 164
4.3.- Cerámica Común 167
4.3.1.- Cerámica común itálica 167
4.3.2.- Cerámica común oriental 170
4.3.3.- Cerámica común africana 172
4.3.4.- Cerámicas comunes oxidantes regionales 174
4.3.4.1.- Cerámica romana pintada de tradición indígena 175
4.3.4.2.- Cerámica común oxidante / ERW3 178
4.3.5.- Producciones no identificadas (por ahora) 180
4.3.5.1.- Imitaciones Dragendorff 27 191
4.3.5.2.- Cerámica oxidante con marcas de cuerda 191
4.4.- Cerámica de transporte 193
4.4.1.- Ánforas itálicas 194
4.4.2.- Ánforas galas 195
4.4.3.- Ánforas hispanas 196

4.4.4.- Ánforas africanas 199
4.4.5.- Ánforas orientales 202
4.5.- Cerámica de iluminación 203
4.5.1.- Lucernas africanas 204
4.5.2.- Lucernas a torno de producción local 206
4.5.2.1.- Tipología y cronología 212
4.5.2.2.- Distribución y paralelos 218
4.5.2.3.- Problemática y líneas de investigación 224

Capítulo 5. Contextos de los s. II-III d.C. en Cartagena y su entorno: casos de estudio 229

5.1.- La ciudad 229
5.1.1- Espacios privados 231
5.1.1.1- Las *domus* de la Calle Jara nº 12 231
5.1.1.1.1- Estratigrafía 234
5.1.1.1.2.- Contexto cerámico 236
5.1.1.1.2.1.- Cerámica fina 237
5.1.1.1.2.2.- Cerámica de cocina 241
5.1.1.1.2.3.- Cerámica común 243
5.1.1.1.2.4.- Ánforas 248
5.1.1.1.2.5.- Lucernas 248
5.1.1.1.3.- Cronología 250
5.1.1.2.- La *domus* de la Fortuna 252
5.1.1.2.1.- Evolución de la vivienda (s. I a.C.-II d.C.) 255
5.1.1.2.1.1.- El programa decorativo 257
5.1.1.2.1.1.1.- Mosaico 258
5.1.1.2.1.1.2.- Pintura mural 259
5.1.1.2.2.- Estratigrafía 261
5.1.1.2.3.- Contexto cerámico 262
5.1.1.2.3.1.- Cerámica fina 262
5.1.1.2.3.2.- Cerámica de cocina 266
5.1.1.2.3.3.- Cerámica común 269
5.1.1.2.3.4.- Ánforas 271
5.1.1.2.3.5.- Lucernas 274
5.1.1.2.4.- Numismática 276
5.1.1.2.5.- Cronología 277
5.1.1.2.6.- Hallazgos descontextualizados de P. San Martín (1971) 279
5.1.1.3.- La vivienda de la Calle Cuatro Santos nº 40 282
5.1.1.3.1.- Estratigrafía 283
5.1.1.3.2.- Contexto cerámico 286
5.1.1.3.2.1.- Cerámica fina 287
5.1.1.3.2.2.- Cerámica de cocina 289
5.1.1.3.2.3.- Cerámica común 289
5.1.1.3.2.4.- Lucernas 291
5.1.1.3.3.- Cronología 292
5.1.2.- Espacios públicos 294
5.1.2.1.- La curia y el ángulo NE del Foro: Manzana nº 17 PERI

CA-1 295
5.1.2.1.1.- La sede del senado municipal 296
5.1.2.1.2.- Estratigrafía 300
5.1.2.1.3.- Contexto cerámico 306
5.1.2.1.3.1.- Cerámica fina 307
5.1.2.1.3.2.- Cerámica de cocina 311
5.1.2.1.3.3.- Cerámica común 313
5.1.2.1.3.4.- Ánforas 315
5.1.2.1.3.5.- Lucernas 316
5.1.2.1.4.- Cronología 318
5.1.2.2.- El cardo O de la *domus* de la Fortuna 322
5.1.2.2.1.- Estratigrafía 323
5.1.2.2.2.- Contexto cerámico 324
5.1.2.2.2.1.- Cerámica fina 324
5.1.2.2.2.2.- Cerámica de cocina 326
5.1.2.2.2.3.- Cerámica común 327
5.1.2.2.2.4.- Ánforas 328
5.1.2.2.2.5.- Lucernas 330
5.1.2.2.3.- Cronología 334
5.1.2.2.4.- Profundizando en el estudio del *instrumentum domesticum* 339
5.1.2.2.4.1.- La *anus ebria*. Un vaso plástico de Asia Menor 339
5.1.2.2.4.1.1.- La vieja borracha y el poder de las imágenes 343
5.1.2.2.4.2.- Un rallador cerámico de cocina 346
5.1.2.2.4.2.1.- Ralladores para morteros, morteros para rallar 351
5.1.2.3.- El decumano de Calle Don Roque - Ciprés nº 7 355
5.1.2.3.1.- Del evanescente s. IV d.C. a la ciudad tardía 359
5.2.- El Territorio. Un caso excepcional en el *ager* de *Carthago Noua*: la *uilla* de Portmán 363
5.2.1.- El análisis de los materiales de 1970 366
5.2.1.1.- Contexto cerámico 368
5.2.1.1.1.- Cerámica fina 369
5.2.1.1.2.- Cerámica de cocina 372
5.2.1.1.3.- Cerámica común 375
5.2.1.1.4.- Ánforas 379
5.2.1.1.5.- Lucernas 383
5.2.1.2.- Cronología 384
5.3.- Valoración de los contextos de los s. II-III d.C.: datos para una historia de la ciudad 389

PARTE III

Capítulo 6. *Carthago Noua* de Marco Aurelio a Diocleciano (161-305 d.C.) 401

6.1.- Las transformaciones del paisaje urbano 402
6.1.1.- Los artesanos y la invasión de espacios 405

6.1.1.1- El artesanado del hueso 408
6.1.1.2.- El artesanado del vidrio 410
6.1.2.- Residuos y basuras en la ciudad altoimperial 411
6.1.3.- El colapso de las vías urbanas 415
6.1.4.- El teatro romano: un caso singular 417
6.2.- Epigrafía y Sociedad 419
6.3.- Economía 422
6.3.1.- El impacto de la minería 424
6.3.2.- Pecios y comercio 427
6.3.3.- El ámbito rural 431
6.4.- Inestabilidad política 433
6.4.1.- Los *mauri* 436
6.4.2.- Los francos (y las destrucciones del s. III d.C.) 441
6.4.2.1.- La evidencia numismática: el depósito monetal de la C/ Caballero 447
6.4.3.- Otros factores de inestabilidad: epidemias y catástrofes naturales 449
6.4.3.1.- La peste antonina 449
6.4.3.2.- ¿Un movimiento sísmico en el s. III d.C.? 453
6.5.- Los enterramientos infantiles y el límite de la nueva ciudad 458
6.6.- ¿Transformación, recesión, crisis? Viviendo entre ruinas 461

Conclusión y perspectivas de investigación 479
Conclusion et perspectives de recherche 489

Résumé 499

Bibliografía 507

Anexo I – Tablas 637

Anexo II – Figuras 667
Procedencia figuras 931

Vous demandez, mon ami, s'il est posible de démontrer que l'époque de l'histoire romaine qui commence avec l'empereur Nerva, et finit à la mort de Marc-Aurèle, a été réellement une époque aussi hereuse pour le genre humain que Gibbon l'assure dans son ouvrage si connu. Cette époque, dites-vous, fut peut-être hereuse pour la capitale de l'Empire et pour les grandes familles romaines; mais le fut-elle aussi pour la société en général, pour toutes les classes du peuple, pour les petits aussi bien que pour les grands?

Essai sur l'époque la plus hereuse pour le genre humain.
Dietrich Hermann Hegewisch.
(Paris, 1834).

-¿Cómo dice, Señor? ¿Duda usted de Heródoto?
-¡Que ahorquen a Heródoto! Y a Plinio junto con él. Francamente, ¿cómo puede pretender que un ser racional acepte todos esos disparates sobre tribus que chillan como murciélagos y son más veloces que los caballos? ¿O sobre esos pigmeos o duendes –o como los llamen– que corretean y saltan airosamente por los bosques como si la jungla fuera un parvulario del Mayfair? Le digo que todo eso no son más que mitos. Puro folclor.
[…] toda nuestra entrañable historiografía, empezando por la que nos legaron los griegos hasta la de nuestro fallecido colega Gibbon, es, en el mejor de los casos, una mezcla de rumores, informes de tercera mano, intencionadas distorsiones y puras ficciones inventadas para el autoengrandecimiento de los partícipes y sus partidarios. Y por si fuera poco, resulta que además esa mezcolanza de tergiversaciones y desatinos se ve aún más distorsionada por el punto de vista del mismo historiador.

Música Acuática, T. Coraghessan. Boyle
(Barcelona, 1999).

INTRODUCCIÓN

La historia del Imperio Romano es, ante todo, una historia de ciudades. Desdibujadas por el paso del tiempo algunas han quedado en el olvido; otras, las más afortunadas, han pervivido gracias a sus monumentos y al recuerdo de las fuentes. En el caso de Cartagena la huella de su pasado había quedado oculta bajo siglos de ininterrumpida ocupación y a pesar de los continuos hallazgos y noticias, no ha sido hasta el reciente impulso de la arqueología que hemos empezado a vislumbrar la imagen de la ciudad en época clásica.

Las excavaciones de los últimos años han generado un volumen de información formidable y sin embargo algunos períodos continúan siendo poco conocidos. Entre los mejor documentados se encuentran los siglos de finales de la República y principios del Imperio así como el importante desarrollo de época tardía, prolongable hasta el final de la presencia bizantina. La primera etapa destaca por la entidad de sus vestigios, que abarcan desde lo funerario hasta lo doméstico, una riquísima colección epigráfica y una reiterada presencia en los textos clásicos (Ramallo, 2011). No cabe olvidar que Polibio, que la visitó en persona dejando una valiosa descripción (X, 10, 1), y autores como Plinio el Viejo, Diodoro Sículo, Apiano, Tito Livio o Estrabón entre otros, hicieron de *Carthago Noua* una de las ciudades mejor descritas topográficamente por las fuentes. La fase tardoantigua, aun sin poseer el carácter monumental de la anterior, es igualmente reseñable. Su potencial ha sido puesto de relieve en toda su extensión gracias a un denodado esfuerzo investigador en el que se han analizado de forma íntegra, además de las fuentes escritas, todos los elementos de la cultura material (Vizcaíno, 2009). Así pues, los siglos comprendidos entre uno y otro momento se han convertido en los más desconocidos, siendo precisamente su carácter de transición el que los dota de un especial interés.

A la hora de trazar la imagen del paisaje urbano entre dos ciudades –la imperial y la tardía– completamente distintas en su concepción, surgen diversos problemas. El más destacado tiene que ver sin duda con la parquedad de las referencias literarias y la radical disminución del hábito epigráfico, fenómeno extensible a otros puntos de *Hispania* y el Occidente romano (Witschel, 2009: 475-478). Ello confiere, si cabe, un peso mayor del habitual al registro arqueológico, convertido en la única fuente de información. Sin embargo tampoco éste conoce la riqueza del horizonte precedente, persistiendo cuantiosas dudas en torno a aspectos clave como la actividad económica o

la distribución de su poblamiento, apenas rastreables a través de los espacios domésticos, las necrópolis, los pecios o la producción cerámica. La única evidencia certera es la aparición de una serie de niveles de abandono y destrucción que se extienden por un amplio sector de la colonia entre los siglos II y III d.C. Con su presencia se constata el colapso irreversible de numerosos edificios de carácter público y privado, así como el repliegue del área urbana hacia la zona portuaria. El estudio de los contextos cerámicos que colmatan algunas de estas estructuras se revela como uno de los instrumentos más eficaces, cuando no el único, para el conocimiento del período. Sobre la base de su análisis las páginas que siguen pretenden matizar los cambios que, con distinto ritmo e intensidad, se produjeron entre el gobierno de los últimos dinastas Antoninos y la llegada al poder de Diocleciano.

Las transformaciones que desde mediados de la segunda centuria tienen lugar en *Hispania* y su concepción como preludio de los inestables años del siglo III y su manida "crisis" constituyen un activo debate en la investigación (Witschel, 2009: 474-475, con bibliografía). Frente a visiones decimonónicas que interpretaban el siglo de los emperadores hispanos Trajano y Adriano como de especial prosperidad para estas provincias, M. Rostovtzeff fue el primero en afirmar con rotundidad que la historia de las ciudades hispanorromanas tras el proceso de municipalización flavia era, sobre todo, una ausencia de historia (Rostovtzeff, 1962). Por supuesto no pretendemos volver a abrir aquí un debate sobre la "crisis generalizada" de la ciudades en Hispania y su decadencia en época tardía, discurso ya analizado y ampliamente superado (Arce, 1993: 183). Sin embargo diversos autores han puesto de relieve desde entonces la desaceleración que a varios niveles –principalmente económico– parece detectarse a partir del gobierno de Marco Aurelio. Al estudiar en detalle el período se observa una evolución regional dispar cuyos variados ritmos imposibilitan una lectura homogénea; dificultades que han puesto de manifiesto algunos intentos de trazar un panorama general de las ciudades hispanas en esta época (Kulikowski, 2004).La construcción de una narrativa de amplio alcance pasa inevitablemente por la asimilación de las diversas realidades locales y en ello influye el desigual desarrollo de la investigación. Al mismo tiempo, el empleo de fenómenos aislados como hitos de referencia resulta insuficiente tal y como manifestara G. Alföldy (1998: 14), que abogaba por la búsqueda de líneas generales con las que comprender los cambios a nivel estructural.

El presente trabajo posee un marcado carácter arqueológico y en ningún caso se ha partido con la pretensión de afirmar o desmentir hecho histórico alguno, advertencia

aparentemente innecesaria que sin embargo nos parece obligada por cuanto puede verse todavía en ciertos estudios (como recoge Kulikowski, 2005: 53). La tradición historiográfica mantiene un peso muy importante en la concepción de un período marcado por la inestabilidad militar con el que frecuentemente se asocian tesorillos, niveles de incendio y eventos supuestamente catastróficos (García de Castro, 1995).El riesgo que entraña este planteamiento estriba en la inversión del proceso interpretativo, convirtiendo la lectura arqueológica en un instrumento con el que confirmar una hipótesis concebida *a priori* (Gutiérrez Lloret, 1997). Por ello el arqueólogo ha sido con frecuencia acusado por el historiador de querer leer en sus estratos eventos puntuales del pasado. Sin embargo, también cabe censurar la actitud de este último ante su perpetua negativa a establecer cualquier vinculación entre registro arqueológico y hechos históricos. Es lícito mantener una posición escéptica ante estas situaciones dada su excepcionalidad (que no inexistencia), pero si en algunas circunstancias parecen documentarse con claridad y hay argumentos suficientes como para ser tenidas en cuenta, creemos que su rechazo sistemático es igual de nocivo para la investigación que los prejuicios anteriormente esbozados. Se da así el fenómeno contrario: que a pesar de documentar niveles de destrucción o en los que se observa un marcado empobrecimiento, el historiador busque a toda costa signos de prosperidad (Le Bohec, 2010: 167). En el caso que nos ocupa, no ha sido hasta el análisis de los contextos arqueológicos y la obtención de una cronología que se ha intentado establecer un marco histórico, nunca al contrario.

El período adolece, además de restos con la entidad de otras épocas, de dataciones que permitan construir relatos históricos con una cierta fiabilidad. Con demasiada frecuencia se utilizan horquillas cronológicas de más de un siglo como unidades temporales, de ahí el interés de conocer en profundidad las facies cerámicas de los siglos II-III d.C. recuperadas en diversos conjuntos de Cartagena y su entorno. Máxime en un contexto dominado por la "crisis", un término que sin duda cabe precisar, pues su extensión en el tiempo es limitada, ya sea entendida en su sentido original como situación crítica en la que el paciente sana o muere, o como cambio acelerado de las estructuras del sistema del que además son conscientes sus contemporáneos (Alföldy, 1998: 32). Así, a pesar de la complejidad de las circunstancias, una crisis no puede durar cien años y es necesario distinguir los síntomas quela preceden de las consecuencias que conlleva su desencadenamiento (Arce, 1988: 55-56).

Por más que intente ser llevado a cabo con una mirada aséptica y objetiva, cada trabajo está inevitablemente marcado por las circunstancias de su tiempo y sólo con la perspectiva que proporciona la distancia es posible observar la influencia que han tenido los hechos más recientes de nuestra Historia en la construcción del discurso narrativo. En las palabras que Dión Cassio escribe en la primera mitad del s. III instando a las ciudades a no competir entre ellas y disminuir el gasto en sus programas de construcciones (Abascal y Espinosa, 1989: 229-230), es fácil encontrar el eco de nuestra actual situación. La escenografía grandilocuente de centros que quizás vivieron por encima de sus posibilidades (Ramallo, 2004b: 7-8; Alföldy, 1998: 26-27) como ocurre con Clunia, donde se construyó el foro más grande de Hispania, abandonado dos siglos después (Palol y Guitart, 2000) testimonia un abuso de las propias fuerzas económicas que puede fácilmente paragonarse con nuestras modernas ciudades, plagadas de monumentales edificios firmados por arquitectos de renombre y, en ocasiones, apenas utilizados (Moix, 2010).

Sin embargo, la comparación de situaciones actuales con datos arqueológicos es una trampa que por simplista puede falsear y alterar la interpretación, pues no es posible asumir que todas las formas de conducta cultural observadas hoy tengan analogías en el pasado (Kramer, 1979: 2). Cabe además recordar la ambivalencia que pueden encerrar algunos hechos en función del enfoque con el que sean observados, pues, por poner un ejemplo, el escaso número de miliarios bajo Marco Aurelio puede ser interpretado tanto como el reflejo de un momento de crisis económica como justamente lo contrario, la constatación de un buen estado de la red viaria que hace innecesarias nuevas reparaciones (Alföldy, 1998: 13).

En los siglos II-III d.C., ese período "bisagra" entre el Alto Imperio y la Antigüedad Tardía, se producen una serie de cambios de percepción cuya discusión mantiene activo el debate interpretativo (y terminológico), ilustrado cada vez mejor por ejemplos paradigmáticos como el de la ciudad de Colonia que nos hacen volver sobre la eterna reflexión: "Krise oder Nichtkrise? Das ist hier die Frage" (Eck, 2007). ¿Cómo se ha de interpretar que hacia 270-275 d.C. un probable procurador tarraconense dedique en la capital provincial una inscripción al emperador Aureliano y su mujer reutilizando por primera vez el pedestal de una estatua del s. I d.C.? (Ruiz de Arbulo, 1993: 111).En Ampurias mientras que el foro presenta síntomas de decadencia desde época flavia (Mar y Ruiz de Arbulo, 1993: 415-417), se reforman y mantienen unas termas hasta finales del s. II – inicios del s. III d.C. (Aquilué *et alii*, 2002: 258). ¿Cuáles son pues las

condiciones de vida, las prioridades y la concepción que de la ciudad tenían sus habitantes? ¿Puede interpretarse una inscripción a Julia Mammea en el foro de *Carthago Noua* como un símbolo de vitalidad mientras la cercana curia ha sido expoliada y convertida en un basurero? (Noguera *et alii*., 2009: 223). El análisis de esta nueva forma de concebir y entender el espacio urbano pasa por el estudio de la evolución de la ciudad, interpretando los distintos cambios bien como una ruptura (Ward-Perkins, 2010: 6-7), bien como una serie de "transformaciones" (Liebeschuetz, 2001: 29). Las alusiones a centurias más tardías es obligada, pues la serie de cambios que experimenta Cartagena a partir del reinado de Marco Aurelio no parecen darse en otras ciudades del Occidente europeo antes de los s. III-IV d.C. (Brogiolo, 1999a: 247-249). En esa época en muchos centros se produce una reducción del área ocupada anteriormente (si bien para Hispania se ha demostrado una idea errónea (Brassous, 2011b), a excepción de alguna ciudad como *Carthago Noua*) un fenómeno que puede ir acompañado por la construcción de murallas o reparación de las antiguas. En ocasiones queda fuera del nuevo trazado el foro, centro ideológico de la ciudad clásica, que es abandonado al igual que ocurre con templos, edificios destinados a espectáculos u otros propios de la administración local. En las nuevas áreas urbanas pueden aparecer espacios "ruralizados" dentro de las murallas, así como enterramientos, aislados o en grupo, que en fases más tardías suelen asociarse a iglesias. Por último, se aprecia un cambio importante en las técnicas constructivas que implican la compartimentación de antiguos edificios y la reutilización de sus ruinas así como el empleo de nuevos materiales más simples como adobe o madera (Vizcaíno, 2002). En definitiva unas transformaciones que sólo analizadas en detalle pueden matizar el modo en que la ciudad continúa existiendo (Ward-Perkins, 1996).

El caso de Cartagena posee un interés que supera lo estrictamente local debido a su carácter de centro articulador de un amplio territorio. Este trabajo nace con la vocación de sentar las bases para una discusión que concrete si la recesión está vinculada a condiciones regionales –sobre todo al agotamiento de las explotaciones mineras, su principal motor económico–o por el contrario ha de generalizarse a nivel provincial. No se trata de algo implícito, pues ya se ha señalado cómo los ritmos de cada ciudad eran distintos y, como recuerda Elio Arístides en su *Encomio de Roma* del año 154 d.C. (26,61), en esa época el Imperio era una floreciente federación de todas ellas. Estaban sometidas a constantes cambios, rivalizaban, competían entre sí, unas desplazaban a otras… Puteoli, tras varios siglos controlando el tráfico marítimo de

Roma, dejó paso a Ostia como puerto principal del Imperio (Rostovzeff, 1998: 321-322)y en el área catalana mientras que núcleos como *Emporiae* decaían a partir del s. I d.C. (Aquilué, 1984), otros como *Barcino* comenzaban un proceso de ascenso que culminaría en época tardía (Ripoll, 2000:381-382). Las hay que incluso pueden considerarse "ciudades fallidas" como Messas do Castelinho (Fãbiao y Guerra, 2010: 484-486) o *Libisosa* (Alföldy, 1998: 26), que tras la conquista y debido a cambios en el territorio pronto perdieron su valor estratégico, quedando situadas lejos de una vía de paso o en un área yerma.

En cuanto a nuestro estudio, al utilizar la cerámica como elemento de referencia lo hacemos entendiendo que es un objeto histórico antes que cronológico (o debe serlo). Aunque este último sea el valor que más se remarque aquí, somos conscientes de que la cerámica no se ha de contemplar como un algo aislado, sino transversal, relacionando épocas y materiales, pudiendo plantear a través de ella cuestiones de tipo no solamente económico, sino también social. El trabajo ha sido realizado gracias a una beca de Formación de Profesorado Universitario del Ministerio de Ciencia e Innovación durante el cuatrienio 2007-2011, al que ha habido que sumar un año más para su definitiva consecución. Su desarrollo contemplaba estancias en el extranjero, realizadas anteponiendo al interés bibliográfico la posibilidad de trabajar con destacados equipos de ceramólogos y contextos de referencia de los s. II-III d.C. Es imposible aprender sobre cerámica sin tocarla y ello sólo se consigue haciéndolo de manera reiterada: viendo otros contextos, participando en inventarios y dibujando todo lo posible. Por más que sea intensa, la lectura no siempre resulta la vía predilecta para adquirir conocimientos en este campo. Identificar una pieza inventariada en Cartagena con otra vista en Aix-en-Provence, por ejemplo una *Brittle Ware* oriental, no es una casualidad, sino el fruto directo de una constante experiencia práctica. Las dos estancias realizadas tuvieron lugar en el *Centre Camille Jullian (Maison Méditerranéenne des Sciences de l'Homme, CNRS)* de Aix-en-Provence, entre septiembre y diciembre de 2009 y en el *Laboratorio per lo studio delle produzioni artigianali dell'Antichità*de la *Università degli Studi di Roma "La Sapienza"* en los mismos meses de 2010.El primer centro de investigación, que ha desarrollado diversas líneas de trabajo sobre la cerámica africana y sus intercambios, cuenta con una biblioteca especializada, pero sobre todo una ceramoteca de primer orden. En la misma es posible manejar producciones de un amplio arco cronológico y visualizar pastas, texturas, tipos, identificar talleres, etc. El segundo

laboratorio, en Roma, partía con la ventaja de haber sido pionero en el estudio de contextos emblemáticos de los siglos II-III d.C. como el de las Termas *del Nuotatore* de Ostia. Dirigido por A. Carandini, C. Panella y P. Pensabene, dispone además de depósitos de materiales de otras destacadas excavaciones de Roma: Palatino, Meta Sudans, Templo de Magna Mater... y el resto de Italia: Pompeya, Sperlonga, Corcolle, Veio... Particularmente interesantes son los recientemente excavados en Ostia, puerto de la capital del Imperio y centro redistribuidor de mercancías por excelencia. Si bien la estancia en Roma permitió desarrollar una fecunda búsqueda bibliográfica en prestigiosas bibliotecas como l'*École Française*, el Instituto Arqueológico Alemán o la EEHAR y asistir a disintos seminarios, la experiencia de Aix-en-Provence tiene definitivamente un peso mucho mayor en la realización de la tesis. Su influencia en cuanto a la adquisición de un método de trabajo –desde las pautas para la cuantificación de las piezas hasta su dibujo– es muy importante, pero queda especialmente patente en la forma de acercarse al material cerámico. De hecho, en estancias más breves realizadas con posterioridad durante 2010 y 2011, el *Centre Camille Jullian* volvió a ser el destino de preferencia.

A lo largo de los años de disfrute de la beca diversos cursos, congresos y seminarios (Olbia, Ampurias, Roma, Madrid, Livorno, Cádiz…) así como numerosas visitas a museos y colecciones y la participación en varias excavaciones, han permitido comprender el potencial de las cerámicas y plantear, de cara al futuro, nuevos enfoques que se acerquen más a quienes las usaron y el modo en que lo hicieron. A la hora de estructurar el discurso, la presentación de algunos resultados preliminares en forma de posters y comunicaciones en diversos congresos de carácter nacional e internacional, ha supuesto un examen importante. Lo mismo sucede con la publicación de varios artículos, algunas de cuyas conclusiones quedan aquí recogidas. Frente a la anterior normativa ministerial, que impedía a los doctorandos divulgar cualquier resultado hasta la finalización de la tesis, el nuevo modelo fomenta la capacidad del investigador para dar a conocer algunos avances ya durante su realización. Independientemente de los méritos curriculares, la crítica a los artículos por parte de revisores externos y la necesidad de organizar datos y conclusiones constituye un ejercicio fundamental de cara a la redacción de la tesis. Si bien ahora la relectura de algunos de los primeros que se escribieron puede provocar un cierto sonrojo –no porque estén poco trabajados, al contrario, sino por la escasa aportación que su limitado enfoque supone al conocimiento vista en perspectiva– su papel en el aprendizaje del manejo de la escritura, es

insustituible. Al mismo tiempo la actividad docente universitaria que lleva implícita la beca ha supuesto una importante evolución en cuanto al control de los recursos del lenguaje oral y la adopción de un enfoque didáctico en la explicación, amén de una experiencia personal con el alumnado muy satisfactoria.

En definitiva desde estas páginas se aporta –y a la vez se reivindica– un enfoque para el conocimiento de los s. II y III d.C. sustentado en el registro arqueológico que tenga presentes las secuencias estratigráficas y especialmente la cultura material cerámica. La documentación reunida parte con una triple vocación: servir como instrumento de datación, proporcionar datos cuantificados sobre el consumo y las relaciones comerciales de *Carthago Noua* y contribuir a la comprensión de la ciudad en un período de transformación del que surgirá el modelo urbano de época tardía.

PARTE I

CAPÍTULO 1

CARTHAGO NOUA A FINALES DEL ALTOIMPERIO: PRELUDIO DE UNA TRANSFORMACIÓN

1.1.- La *Colonia Urbs Iulia Noua Karthago* y su contexto histórico

El avance de la arqueología en Cartagena en las últimas décadas ha supuesto una transformación radical de la imagen y los conocimientos preexistentes sobre la ciudad romana. En apenas 25 años ha pasado de ocupar un lugar menor en catálogos y publicaciones (Abad y Aranegui, 1993: 102-103), siempre a la sombra de otras capitales y grandes urbes hispanas, a tener un relevante peso en la investigación (como prueba la próxima aparición de un volumen monográfico de la serie ciudades romanas de *Hispania* [Ruiz Valderas, e. p.]). Basta observar el mapa con la evolución de los hallazgos arqueológicos realizados en suelo urbano desde finales de los 80 (Ramallo, 1989: plano 1 [1988]) a la actualidad (Ramallo, 2011: 12) para comprender la magnitud de estos cambios.

El ritmo desigual de su historia se refleja también de forma dispar en el subsuelo y mientras que algunos períodos como el tardorrepublicano-augusteo o la secuencia de ocupación tardía han dejado restos y monumentos notables, las centurias situadas entre estas dos fases son más desconocidas. Durante los siglos II-III d.C. la colonia experimenta un acentuado repliegue urbano y es en su estudio que se centran las siguientes páginas. No entraremos aquí en cuestiones sobre la arqueología de la ciudad que ya han sido trabajadas de manera exhaustiva, desde artículos y monografías hasta obras recientes de síntesis (Ramallo, 2011). Sin embargo, para situar al lector menos familiarizado con las cuestiones históricas y topográficas se darán algunas pinceladas en las que se reenviará a la bibliografía pertinente. El objetivo principal no es otro que el de esbozar un panorama esquemático centrado en la primera mitad del s. II d.C.[1] –

[1] Los términos empleados para definir este período son muy variados y no procederemos a su discusión, adoptando el de "siglo de los Antoninos" por ser uno de los más extendidos en la bibliografía, si bien al mismo tiempo el más "injusto" en opinión de A. Canto (2003: 310), pues debiera en realidad hablarse de dinastía "Ulpio-Aelia" debido a los gentilicios de sus fundadores, Trajano y Adriano (Canto, 2003: 335; 1998: 211-212). Sobre la forma de "agrupar" y considerar a los "emperadores Antoninos" remitimos al interesante y fundamental trabajo de esta autora (Canto, 2003), que ha reflexionado en profundidad para las diversas cuestiones que tienen que ver con la dinastía. Éstas varían desde la concepción historiográfica del período al hecho de que no todos los emperadores fueran adoptados, de que el primero llamado "Antonino" fuese en realidad el cuarto emperador de la serie, A. Pío, o que algunos autores desvinculen a

urbanismo, epigrafía, situación de los espacios públicos y privados…–, preámbulo de los cambios que se analizarán en profundidad sobre la base de la evidencia cerámica.

1.1.1.- Condicionantes geográficos y topografía urbana

La topografía de la Cartagena antigua es uno de los temas que más han llamado la atención de los estudiosos y al que se le han dedicado más páginas desde los comienzos de la investigación (Beltrán, 1948; Fernández Villamarzo, 1905). Repetir lo que otros autores han explicado con mejores palabras y de forma más extensa es tarea harto difícil, por lo que reenviaremos a los principales trabajos y a la bibliografía que en ellos se encuentra[2]. Si la geografía es importante para el desarrollo y la comprensión de cualquier enclave, en el caso de *Carthago Noua* la relación con el medio es primordial, pues da pleno sentido a la existencia de la ciudad e incide de lleno en las distintas fases de su devenir histórico.

Cartagena se sitúa en el SE de la península ibérica[3] (fig. 3) en un tramo de costa ubicado entre Cabo Tiñoso y Cabo de Palos caracterizado por un abrupto paisaje cuyos pronunciados relieves crean pequeñas calas y fondeaderos (Lillo, 1986b). En un punto en el que el mar penetra en el interior dando lugar a una gran bahía se encuentra la ciudad. Los montes que cerraban la bocana del puerto de forma natural protegían su entrada junto con la isla de Escombreras –situada en su exterior, en la zona más occidental– llamada así por el escombro (caballa) que allí se pescaba. El tómbolo sobre el que se fueron levantando sus distintas fases de ocupación delimitaba al norte por una laguna poco profunda de agua salada, El Almarjal, originada al igual que el cercano Mar Menor por las glaciaciones del Cuaternario (Fernández Gutiérrez, 1986, Lillo, 1986a). Entre ambas quedaba un amplio recodo de la ensenada principal conocido como el Mar de Mandarache, donde desembocaban los vertidos de la Rambla de Benipila y que en el s. XVIII sufrirá una importante alteración con la construcción del Arsenal (Gómez

---

Cómodo de este grupo y, dado que Septimio Severo se proclamó su hermano (sin duda muy popular a su muerte) e hijo de Marco Aurelio, entiendan por dinastía Antonina la que abarca desde este emperador hasta Heliogábalo (218-222 d.C.). En cualquier caso, y por clarificar nuestra postura, por "dinastía de los Antoninos" o época Antonina entendemos los años que abarcan desde la muerte de de Nerva hasta el asesinato de Cómodo, es decir, entre 98 y 192, según el uso más tradicional (Chic, 1990: 7).

[2] Entre los resúmenes más completos y actualizados cabe destacar: Ramallo, 2011: 28-52, Martínez Andreu, 2004 y Noguera, 2003a. Asimismo para un resumen sobre la historiografía de la investigación arqueológica en la ciudad *vid*. Ramallo, 1989: 9-17.

[3] Para cuestiones geográficas más generales remitimos a las figuras 1 y 2, con la división provincial de principios del s. III d.C. y los topónimos más recurrentes recogidos en las siguientes páginas respectivamente.

Vizcaíno y Gómez Vizcaíno, 2001b). Así, el área que posteriormente ocuparía el núcleo urbano quedaba configurada como un istmo sobre el que destacaban cinco cerros (fig. 4). Esto le confería un carácter extraordinario desde el punto de vista estratégico, lo que unido a la capacidad del puerto y las cercanas minas de plomo y plata explican el origen de la ciudad en una zona que por su naturaleza semiárida ofrecía *a priori* –especialmente en lo que a recursos hídricos se refiere– no pocos inconvenientes (Conesa, 1990; Capel, 1986).

Las cinco colinas son bien conocidas gracias a la célebre descripción polibiana (10, 10, 1), que incide especialmente en los aspectos orográficos por el papel que jugaron en la conquista de Escipión. Sabemos a través de este autor que, a excepción del Molinete, donde se situarían los palacios de Asdrúbal, todas estaban consagradas a distintas divinidades de las que tomaban el nombre (fig. 5): Cronos (monte Sacro), Aletes[4] (San José), Hefesto / Vulcano (Despeñaperros) y Asclepio (Concepción). Esta última, la más alta, es precisamente la que mayores alteraciones ha sufrido en su superficie, tanto por los trabajos de fortificación medieval como por su transformación en un gran parque en la primera mitad del s. XX (Pérez Rojas, 1986: 138-140). Sin embargo en su falda occidental se levanta el edificio más completo y monumental que ha dado la arqueología de la ciudad en los últimos años: el teatro romano (Ramallo y Moneo, 2009; Ramallo y Ruiz Valderas, 1998). En la vaguada que se forma en su parte occidental junto con el cerro de Despeñaperros se sitúa el anfiteatro, en curso de excavación (Pérez Ballester *et alii*, 2011). A nivel topográfico la zona se encuentra gravemente alterada desde 1893, fecha en la que una gran parte de la montaña fue seccionada para abrir la actual C/ Gisbert, rompiendo así la conexión entre el edificio de espectáculos (situado probablemente *extra moenia*) con la parte más alta del cerro. La realidad arqueológica de las colinas restantes se conoce de manera desigual, siendo hasta la fecha el *Arx Asdrubalis* la que mayores datos ha proporcionado gracias a los importantes trabajos emprendidos en fecha reciente[5] (Noguera y Madrid, 2009a; Noguera, 2003b). Otras zonas que han conocido avances relevantes han sido aquellas excavadas a partir de la década de los 90 en las que se ha aplicado los Planes Especiales de Reforma Interior para el Casco Antiguo (PERI-CA). Entre estas intervenciones, que

[4] Un personaje local que habría alcanzado honores divinos por haber descubierto unas minas de plata (Koch, 1982).

[5] Una actividad arqueológica que arranca en décadas anteriores de la mano de distintos autores, entre los que destaca B. Roldán (para un resumen bibliográfico de las intervenciones de los años 70, 80 y 90 *vid*. Roldán, 2003).

contemplan una supervisión sistemática de amplias extensiones, destacan el PERI-CA 2 y el PERI-CA 4 (fig. 5). El primero afecta a la parte baja del NO del Molinete, en un punto donde la antigua ciudad lindaba con el Almarjal (Egea, 200; De Miquel y Martínez Sánchez, 2005). El segundo se desarrolló en gran parte de la ladera del cerro de Despeñaperros y reviste un especial interés por el amplio número de calles y solares que abarcaron los trabajos arqueológicos[6], sacando a la luz una parte importante del sector oriental de la ciudad desde época prebárquida hasta el s. VII d.C. (Madrid, 2007, 2005, 2004; Berrocal 2005a; Berrocal y De Miquel 2003, 2002).

En cuanto al poblamiento original del solar urbano, a pesar de algunos hallazgos como el ya célebre fragmento del *skyphos* de la lechuza del s. V a.C. (Ramallo, 2011: 34, nota 10), probablemente el más antiguo que se conoce en la ciudad, y los restos de una posible estructura defensiva ibérica en la C/ Palas n^{os} 5-7 (Antolinos, 2006: 101) hay pocas evidencias anteriores a la fase púnica (Mas, 1986). De hecho parece que los primeros asentamientos se ubicaron en la zona más occidental de la bahía, al pie de la Sierra de la Atalaya (Cabezo de la Mota) como muestran algunos restos del s. IV a.C. (García Cano *et alii*., 1999). Tras la "fundación" bárquida hacia 229/228 a.C., medida que podemos considerar una cuestión más política que real si damos por hecho que existía una población previa y no hubo creación *ex novo*, la ciudad conoce un importante desarrollo (Ramallo y Ruiz Valderas, 2009; Martín, 2000; Martín y Roldán, 1994). El elemento más característico de este período lo constituye sin duda la muralla púnica, de la que se conserva un potente tramo cercano a la puerta principal (Marín Baño, 1997-1998). Asimismo paulatinamente se van conociendo otros hallazgos, como un hipogeo hallado en el PERI-CA 4 (Madrid y Vizcaíno, 2008) y algunas viviendas (García Lorca y Giménez López, 2007), además de numerosos materiales cerámicos (Belmonte y Filigheddu, 2004; Martín, 1994). Excavaciones emblemáticas como la de la Plaza San Ginés nº 1 (Roldán y Martín, 1996) muestran las importantes obras de aterrazamiento que hubieron de acometerse ya en esta fase. Entre las influencias púnicas que van a perdurar tras la conquista romana, efectuada en 209 a.C., destaca el uso de técnicas constructivas como el *opus signinum* (muy empleado además de para los pavimentos de las casas para las cubiertas planas de las mismas) y el *opus africanum*. Lo mismo ocurre con el sistema de cisternas con el que se paliaba el gran problema del

[6] Concretamente las Calles Marango, Montanaro, Ángel, del Alto, Antiguones, Don Matías, San Crispín, Lagueneta y Herrero (Berrocal 2005a: 235, fig. 2). En adelante, las alusiones el PERI-CA 4 / Barrio Universitario harán referencia a toda la zona).

agua (Egea, 2003a), cuyo uso queda patente en ámbito rural (García Blánquez, 2012). Sin embargo, más allá de la influencia arquitectónica, será el trazado urbano el que quede en gran parte fosilizado (Soler, 2004b). Las depresiones que se formaban entre las cinco colinas generaban dos cauces principales, uno hacia el Almarjal y otro hacia el puerto, que canalizarían el agua de escorrentía de forma natural. Los púnicos aprovecharon estos ejes para trazar encima algunas de sus vías principales, repavimentadas posteriormente por los romanos (Martínez Andreu, 2004: 15-19). De hecho uno de los *decumani* más importantes será el que una la entrada principal de la ciudad con la *porta ad stagnum et versa mare* que describe Livio (28, 37), continuando un camino trazado con anterioridad y preservado hoy día en las calles Cuatro Santos – Duque – San Diego. El puerto, donde acababa esta vía, es sin duda el elemento más importante de la ciudad, su razón de ser y lo que mantiene su pulso en los momentos más críticos de su historia.

1.1.1.1.- El puerto: la esencia de la ciudad

Situado en una costa abrupta y rica en afloramientos mineros, el puerto de *Carthago Noua* goza de unas singulares características que lo convirtieron en el más destacado del litoral suroriental de la península ibérica durante la República y el Alto Imperio (Ramallo y Martínez Andreu, 2010; Ramallo y Ruiz Valderas, 2010a: 95-98). A la protección que para sus barcos ofrecían las montañas que lo rodeaban cabe añadir su gran profundidad natural y el hecho de poseer capacidad suficiente como para albergar una flota comercial y militar (Mas, 1986). La amplia ensenada hubo de contar con diversos fondeaderos y puntos de atraque tanto en su parte más occidental, en el llamado Mar de Mandarache, como en la más oriental donde se han encontrado niveles compactados vinculados a posibles estructuras portuarias fechadas entre 20-70 d.C. (Berrocal, 1999: 206-207), en las cercanías de la playa de El Batel (fig. 6). Los acusados cambios topográficos que se han producido con el paso del tiempo –en especial a partir del s. XVIII– dificultan enormemente la comprensión del perímetro costero original, deformado por el paulatino avance de la ciudad sobre el mar[7]. Ni siquiera se conoce en detalle el frente marítimo sobre el que se instalaba el puerto, aunque diversos sondeos

[7] Actualmente un proyecto de nuestro departamento –DGICYT (HAR 2011-29330/HIST): *Carthago Nova*: topografía y urbanística de una urbe mediterránea privilegiada– pretende reconstruir el mapa de la antigua paleocosta, topografiando la geomorfología de las distintas fases de la ciudad y su entorno a lo largo de su historia

permiten intuirlo a lo largo del eje de la actual C/ Mayor (Ramallo y Martínez Andreu, 2010: 148-151). Esta hipótesis se ve en parte corroborada gracias a la epigrafía y algunos restos arqueológicos (Berrocal, 1998); en especial los de instalaciones porticadas de orden toscano (Madrid, 1998; Madrid y Muñoz, 1997), algunos susceptibles de interpretarse como *horrea* u edificios vinculados al almacenamiento de mercancías (Ramallo y Vizcaíno, 2011: 225-232).

En cualquier caso la ventajosa orografía de su bahía y su posición estratégica en las rutas comerciales, singularmente con Oriente y el Norte de África (Gozalbes, 1982), le confirieron un papel capital como centro redistribuidor (Mas, 1979) ya desde el s. II a.C. (Pérez Ballester, 1998), controlando un área litoral que se extendía desde el Cabo de la Nao hasta el límite de la *Hispania Citerior* (Márquez y Molina, 2005: 28). Su influencia a la hora de articular el amplio territorio del *ager Carthaginiensis* –cuya extensión y límites no es fácil definir– fue muy destacada, siendo puerto de salida de productos situados tan al interior como el *lapis specularis* del distrito minero de Segóbriga (Bernárdez y Guisado, 2012: 187). De hecho incluso se ha planteado que a través de él se exportasen los metales provenientes de otras cuencas ricas en minerales como la de Sierra Morena (Alonso Campoy, 2009: 50), aunque su salida más probable sea por *Hispalis* siguiendo la vía fluvial del Guadalquivir (Rico, 2011: 44-47). Aun así, y como recuerda Tito Livio (26, 47) por la ingente cantidad de riquezas que encontró Escipión al tomar la ciudad, es evidente su carácter centralizador y de punto de almacenaje desde época bárquida (Domergue y Rico, e. p.). El estudio de los diversos fondeaderos que jalonaban el litoral del entorno de Cartagena (Berrocal, 2007a), cercanos siempre a los puntos de extracción de la galena argentífera, ha permitido comprender cómo se articulaba su comercio. La ciudad se configuró desde bien temprano como una terminal marítima donde arribarían las naves con productos itálicos (especialmente vino campano) para posteriormente partir cargadas de lingotes y otros derivados de la minería (Alonso Campoy, 2009: 19-21). La huella del intenso tráfico y el volumen de las transacciones comerciales se refleja en la gran cantidad de materiales de importación que se documentan en los contextos republicanos (Ramallo *et alii*. 2010; Ramallo *et alii*. 2008, 580-590, Ruiz Valderas, 2000) y muy especialmente a través de los pecios hundidos cerca de la bahía y en la costa próxima (Pinedo y Alonso 2004: 139-146).

A pesar de que gracias al impulso de la minería y la llegada de colonos la actividad comercial de los s. I a.C. – I d.C. experimentó un desarrollo desconocido hasta

la fecha, cuando éste decaiga en los siglos posteriores *Carthago Noua* se mantendrá, aun bajo mínimos, gracias a su carácter portuario. Independientemente de los ritmos económicos del momento el puerto se revela como la verdadera esencia de la ciudad, que además se replegará siempre en torno al mismo en épocas de recesión[8].

1.1.2.- Los recursos económicos

Además de su riqueza metalífera *Carthago Noua* explotó los más variados bienes que, a pesar de su clima semiárido y escasa pluviosidad, ofrecía el territorio (Murcia *et alii*., e. p.) en el que se incluían diversas canteras tanto de arenisca (Ramallo y Arana, 1987), como de mármoles, caso de las cada vez mejor conocidas explotaciones del Cabezo Gordo y la Rambla de Trujillo (Arana *et alii*., 2012). El *ager* de la ciudad no se conoce con exactitud, pero si se acepta que el Thader lo bañaba por el norte y que en él se recogía esparto (Plinio, 3, 3, 9 y 19, 7, 30), es muy probable que se extendiese hasta el valle medio del Segura (Ramallo, 2011: 48-49). Entre sus recursos destacan especialmente los vinculados al mar: la pesca y las salazones. Su célebre *garum* es recordado con frecuencia por las fuentes (Estrabón, 3, 4, 6; Plinio, 31, 43, 93-94) aunque apenas se conocen instalaciones para su preparación (Del Toro, 1979) o envases con los que comerciarlo, como se tratará más adelante. La presencia de salinas hubo de ser también una constante en el paisaje romano de la época dadas las idóneas condiciones del medio para la obtención de la sal y su importancia como conservante (Martínez Maganto). A nivel agrícola la producción de vino o aceite documentada en algunas villas parece destinada hacia el autoabastecimiento más que hacia la exportación (Noguera y Antolinos, 2010; Murcia, 2010b, Antolinos y Soler, 2000). Otros cultivos de secano como la cebada, nombrada por Plinio (18, 80), completarían las posibilidades que ofrecía el campo, al que cabe añadir las rosas tempranas de invierno que también cita este autor (21, 19). Tampoco hay que olvidar la presumible existencia de una mínima cabaña ganadera, principalmente compuesta por cabras y ovejas (Ramallo, 2011: 50-51), así como las aportaciones de actividades puntuales como la caza. En cualquier caso uno de los recursos más importantes para la ciudad y su territorio fue sin duda el esparto, que llegó a darle el sobrenombre de *Spartaria* (Murcia

[8] Una visión diacrónica desde la Antigüedad hasta Época Moderna permite comprender cómo Cartagena continúa siendo una válvula para la llegada y salida de mercancías, con mayor o menor volumen de éstas en función de la situación histórica por la que atraviese (Munuera, 2010).

2010a, 145). Esta planta, que crece en condiciones de extrema sequedad, fue intensamente explotada, pues con ella se confeccionaban todo tipo de objetos cotidianos así como redes y cordelería para la navegación[9]. Exportada a todo el imperio (Blázquez, 1971: 104-105), lo fue principalmente a Italia, en palabras de Estrabón (3, 4, 9).

En cualquier caso ya se ha remarcado la capital importancia de las minas de galena argentífera y su predominio en el sistema económico de la ciudad, sobre todo en época republicana (Domergue, 1987: 356-405). Así se desprende de las destacadas referencias de las fuentes y sobre todo de los numerosos hallazgos que, primero ingenieros de minas y luego arqueólogos, han ido realizando desde el s. XIX hasta nuestros días (Antolinos y Soler, 2007, 2008).

1.1.2.1.- La explotación de las minas de plomo y plata

A pesar de que los últimos estudios están redimensionando el papel de la minería en la península ibérica, valorando su percepción de forma más comedida (Sánchez-Palencia y Orejas, 2012: 261-262), en el caso de Cartagena queda fuera de toda duda su impacto en el despegue económico de la ciudad como constatan diversos autores (Rico, 2005, síntesis bibliográfica) y los últimos proyectos emprendidos (Rico *et alii*., 2009). Fue su principal motor económico, ejerció una función fundamental en la administración física y fiscal del territorio (Orejas, Ramallo 2004, 99) y contribuyó de forma decisiva a hacer de la ciudad "la más opulenta de Hispania", en palabras de Tito Livio (26, 47, 6). La riqueza mineralógica de la zona era ya conocida y explotada desde época protohistórica (Ros, 2005: 50-56). Las minas de plomo y plata de la Sierra Minera de La Unión, a unos 8 km de Cartagena (fig. 7), así como de otros puntos cercanos a la ciudad como Águilas y Mazarrón (Orejas y Antolinos, 1999), supusieron desde la llegada púnica un recurso de incalculable valor (Ramallo y Berrocal, 1994) que posteriormente Roma explotaría de manera intensiva (Domergue, 2010, 1990: 367-374; Rico *et alii*., 2009; Antolinos, 2008, 2005a y 2005b; Orejas, 2005). Reflejo de ello es la manida cita de Estrabón que menciona a los más de 40.000 hombres que allí trabajaban con un ritmo de extracción de unos 25.000 dracmas de plata diarios (Estrabón, 3, 2, 10) así como los numerosos lingotes encontrados (Díaz Ariño, 2006; Domergue y Mas,

[9] Teniendo probablemente muchos más usos de los que su perecedera conservación nos permite vislumbrar. Véase como ejemplo etnográfico entre sus aplicaciones en Murcia el de la construcción de puentes, como el existente en la localidad de Ojós hasta el siglo pasado (Caro Baroja, 1984: 69).

1983; Domergue, 2008: 207, fig. 125, 2004, 1966). Esta actividad también queda de manifiesto en el intenso poblamiento que registra la zona (fig. 8) (Berrocal, 2008; 1999 y 1995; Orejas y Sánchez-Palencia, 2002: 585-588, figs. 4 y 7) y la llegada masiva de itálicos a la ciudad de la que dan cuenta la epigrafía (Rico, 2010; Díaz Ariño, 2008 y 2004; Abascal y Ramallo, 1997; Domergue, 1965) y la numismática[10] (Llorens, 1994). El hallazgo de importantes cantidades de cerámica de barniz negro (Pérez Ballester, 2008; Ruiz Valderas, 2008), piezas significativas como cubiletes con marca (Pedroni *et alii*., 2005) así como de ánforas procedentes de la península itálica –particularmente de su zona más meridional– muestran también el dinamismo del tráfico comercial que se originó a consecuencia de la minería (Molina Vidal, 1999). La organización territorial que se derivó de las explotaciones metalúrgicas repite un patrón común tanto en la Sierra Minera de La Unión como en Águilas y Mazarrón: el carácter costero de los enclaves, bien conocido gracias a numerosas excavaciones, algunas paradigmáticas como la recientemente llevada a cabo en El Gorguel (Antolinos, 2012). De este modo las naves que llevaban suministros a las instalaciones de la costa podían recoger el metal en su vuelta a la ciudad, concentrándolo allí de cara a su exportación en las embarcaciones que a su vez traían los productos agroalimentarios itálicos, principalmente vino campano (Alonso Campoy, 2009: 28-29).

El enriquecimiento producido por las minas pronto se tradujo en la ascensión social de diversos personajes –principalmente de origen itálico– y el surgimiento de poderosas familias (Koch, 1988). Estas dejaron su huella en la ciudad y su entorno a través de numerosas pruebas de evergetismo entre las que destaca el templo a *Iuppiter Stator* como una de las más tempranas (Amante *et alii*., 1995). Los epígrafes de edificios monumentales como el teatro confirman la estrecha relación entre algunos de quienes los mandaron erigir y las explotaciones de galena argentífera (Ramallo, 1996b, 1992). Sin entrar en matices jurídicos sobre la naturaleza de las concesiones, cabe también poner de relieve cómo algunas ciudades, entre las que se incluye *Carthago Noua*, fueron propietarias de las minas y pudieron explotarlas directamente tal y como se ha documentado a través de los lingotes (Cébeillac-Gervasoni, 2009: 28).

Tradicionalmente el declive de la ciudad se ha asociado de forma indisoluble al cese de sus explotaciones mineras, que tiene lugar en época cesariana, como muy tarde,

[10] Un reciente trabajo pone en relación algunas de las series numismáticas de la ciudad con el posible establecimiento de la flota de Miseno en el puerto entre la batalla de *Actium* (31 a.C.) y la incroporación de la *prouincia* de África (41 d.C.), la llegada de veteranos y la celebración de *deductiones* locales (López Sánchez, 2012).

y aceptando un cierto relevo generacional, en torno al cambio de Era, aunque algunoss autores la prolongan ligeramente hasta la primera mitad del s. I d.C. (Domergue, 2008: 85, Tableau IV). De cualquier modo el cese de la "gran" actividad de las minas de Cartagena en el s. I d.C., (sin que quepa descartar alguna explotación esporádica de tipo particular) es una realidad, aunque otros distritos donde se extraía la galena argentífera como Sierra Morena continúan activos hasta al menos el s. III d.C. En ese momento la productividad decae definitivamente a nivel hispano, una situación para la que el argumento de los filones no siempre es válido, pues las mismas zonas serán explotadas con éxito en los s. XIX-XX. El testigo de la producción de plomo y plata a partir del s. III d.C. parece pasar a la parte oriental del Imperio y concretamente a las minas del *Illyricum*, para las que a principios del s. IV se detecta un *comes metallorum* según la *Notitia Dignitatum* (Domergue, 2008: 214-218). En el caso de Cartagena la hipótesis de un cese de actividad anterior adquiere solidez debido al abandono de la práctica totalidad de los núcleos rurales que habían nacido a espaldas del área minera (Murcia, 1999, 223; Ruiz Valderas, 1995: 181-182). El estrecho vínculo entre las familias enriquecidas con las actividades minero-metalúrgicas y el comercio de sus productos y la monumental transformación que había experimentado la ciudad bajo su mecenazgo es bien conocido (Domergue, 1985). Sin embargo su negativo impacto en la economía local no hubo de ser inmediato (Ruiz Valderas, 1996: 506), como reflejan la epigrafía y las emisiones monetales de las primeras décadas del s. I d.C. (Llorens, 2002). En este sentido la construcción de la Via Augusta que conectaba a la ciudad con la Bética oriental (Sillières, 1990: 275; Muñoz Amilibia, 1988: 225-229) pudo suponer un revulsivo para la dinámica económica local. Tras el fin de "la época dorada de la producción minera" como la define Abascal (2002: 37) es probable que muchos de los que hicieran fortuna probasen suerte en Roma (Domergue, 1990: 382). Esto hubo de suponer un importante golpe para la colonia, que se veía así privada de cuantiosos ingresos. Basta recordar el caso de *C. Valerius Auitus* que, como cuenta Alföldy (1998: 28), dejó su Augustóbriga natal en Soria para hacer carrera en *Tarraco*, viéndose privados sus paisanos de una serie de inversiones y obras de munificencia que tuvieron lugar en la capital provincial.

En el caso de *Carthago Noua* se ha apuntado que las nuevas elites hubieron de reorientar sus negocios hacia otros sectores económicos que generaron rendimientos menores que los de la minería, cayendo la ciudad en un paulatino declive que ni la producción de salazones ni el valor estratégico del puerto pudieron contener (Alonso

Campoy, 2009: 51). Sin embargo, estas propuestas que sitúan la recesión de la colonia desde el s. I d.C. en adelante como una caída imparable necesitan de algunos matices, pues por una parte el arco cronológico a tener en cuenta es muy amplio y por la otra las evidencias de una reactivación en la primera mitad del II d.C. son cada vez más nítidas (Soler, 2009: 211).

1.1.3.- Promoción jurídica y desarrollo urbano

La Cartagena de los s. I a.C. – I d.C. es la mejor conocida gracias al apoyo de los textos, en especial el de Polibio, y los avances de la arqueología urbana (Martínez Andreu, 2001). Entre los últimos siglos de la República y el gobierno de los primeros dinastas julio-claudios la ciudad alcanza su *floruit*, que se traduce en la monumentalización de gran parte de la trama urbana tal y como ocurre en otros centros hispanos, aunque los ritmos varían de un caso a otro (Goffaux, 2003). Numerosas familias que desde hacía algunas generaciones se habían ido enriqueciendo con la explotación y el comercio de la galena argentífera impulsan en este momento a través del mecenazgo una importante actividad edilicia; auge al que también contribuye la obtención del rango colonial por parte la ciudad (Ramallo y Ruiz Valderas, 1994a). El complejo debate en torno a la promoción jurídica se ha visto avivado en los últimos años gracias a nuevos hallazgos (Ramallo y Ruiz Valderas, 2010a: 98-103), siendo el más destacado el fragmento de un posible *lacus* o fuente. Tradicionalmente la consecución del nuevo rango jurídico se asociaba a César, como se intuía en parte por el nuevo nombre de la ciudad: *Colonia Urbs Iulia Noua Karthago* (Abascal, 2002). Sin embargo el *lacus* descubierto –ya de por sí una estructura asociada al importante abastecimiento hídrico, una de las primeras medidas que cupo fomentar en una colonia de pleno derecho– presenta una inscripción en la que se recoge una aclamación imperial y distintas magistraturas que sugieren una vinculación directa con Pompeyo Magno (Ramallo y Murcia, 2010). Aunque se encuentra fragmentada, la parte en la que se alude al nombre del dedicante ha sido cuidadosamente cincelada, pudiéndose tratar de una *damnatio memoriae* efectuada tras la victoria de César. En cualquier caso el desarrollo de ésta y otras infraestructuras básicas parece cada vez más relacionado con el derrotado general, que habría promovido *Carthago Noua* a rango colonial hacia el 54 a.C. Entre los argumentos que apoyan esta hipótesis se encuentra el denodado esfuerzo que parece hacer la ciudad por aproximarse hacia la casa imperial, nombrando patronos a

personajes íntimamente ligados a Octaviano como Agripa, otorgando a ambos el IIvirato quinquenal o dedicando el teatro –construido hacia el cambio de era– a la exaltación de la familia de Augusto (Ramallo y Ruiz Valderas, 2010a: 103-104).

El impulso constructivo de estas décadas transformará el entramado urbano, consolidando de forma definitiva el aspecto que la ciudad tendrá durante el Alto Imperio (fig. 5). Uno de los principales cambios se aprecia en el recrecido y pavimentación de las diferentes vías (Antolinos, 2009), bajo cuya cimentación la ausencia de TSI indica un término *ante quem* en torno a mediados del s. I a.C. (Vidal *et alii*., 2008: 187-188). En la mayoría de los casos la nueva red viaria fosiliza la anterior, elevándola casi medio metro (fig. 9). Al mismo tiempo se consolidan las distintas calzadas que salían de la ciudad, tanto hacia *Eliocroca* (Lorca) en dirección Cástulo, como hacia *Complutum* (Alcalá de Henares) o siguiendo la costa levantina hacia *Ilici* (Elche) en dirección *Tarraco* (fig. 10). Alrededor de las mismas se articulaban las principales necrópolis, cuyo conocimiento nos ha llegado de manera muy dispar y en la mayoría de los casos a través de noticias antiguas que recogen hallazgos puntuales de epígrafes o dan información sobre los monumentos sepulcrales más destacados, perdidos hoy en su práctica totalidad (Abascal y Ramallo, 1997: 221 y ss.). Entre los conservados destaca por encima de todos la tumba turriforme de Torre Ciega (Abad, 1989), estrechamente vinculada a modelos itálicos (Ramallo, 2011: 112) con los que además comparte la técnica del *opus reticulatum*, apenas empleada en *Hispania* (Bendala, 1992: 218). Entre las áreas cementeriales conocidas se cuentan la mencionada de Torre Ciega y las de los barrios de Quitapellejos (Barrio de la Concepción)[11] y Santa Lucía (fig. 11).

La mayoría de inscripciones que se conservan pertenecen también a este período, constituyendo una valiosa información de los diversos edificios levantados[12], especialmente la muralla, que a pesar de estar apenas documentada a nivel arqueológico es una de las que más referencias epigráficas acumula en *Hispania* (Ramallo y Vizcaíno, 2007: 494-506; Ramallo, 2003). Personajes de las más destacadas familias participaron en su construcción y/o reparación y embellecimiento, al igual que hubo de ocurrir con el acueducto que abastecía a la población. Procedente probablemente de

[11] Con la que además se puede vincular probablemente un conjunto de inscripciones recogidas en 1739 en las obras del Malecón que permiten intuirr la presencia de un pequeño núcleo de enterramiento (Ramallo, 1989: 115-133)

[12] Para una visión general de todos los edificios de esta cronología documentados arqueológicamente remitimos en adelante a la fig. 12, con una planimetría actualizada de la ciudad.

Fuente Cubas, circundaría la laguna del Almarjal, y a a excepción de una parte de su trazado, que habría sido identificada en la Alameda de San Antón, apenas nada se sabe de él (Martínez Andreu, 1999). Un *castellum aquae* situado en la cima del Molinete debería de recoger sus aportaciones (Egea, 2003b), distribuyéndolas entre otros lugares a distintos *lacus* o fuentes de la ciudad y quizás a ninfeos monumentales como el situado en la esquina de la Calle Serreta con la Calle Martín Delgado fechado en época augustea (López Martínez y Egea, 2008). Es en este momento que se dota de un imponente marco arquitectónico a enclaves cercanos a la ciudad vinculados con el uso de las aguas como el balneario de Fortuna (Matilla *et alii*., 2002). Junto al sistema de captación de aguas cabe destacar toda una infraestructura de cloacas y alcantarillas destinada a su evacuación que se desarrolla enormemente (Egea *et alii*., 2011; Egea 2004, 2003 y 2002). Distintas conducciones darán también servicio a algunas de las más fastuosas viviendas, erigidas según las modas decorativas y los cánones constructivos imperantes en la península itálica entre los que destaca la organización alrededor de un patio central siguiendo el típico esquema de fauces-atrio-tablino[13] (fig. 12). Entre las evidencias más antiguas se cuentan los restos de una *domus* situada en el entorno de un barrio industrial existente en la zona de Antiguones (Plaza del Hospital), un área que experimentará una profunda remodelación con la posterior construcción del anfiteatro. De sus estructuras arquitectónicas no queda nada, pero gracias al hallazgo de la decoración pictórica que las cubría, correspondiente al I Estilo pompeyano con imitación de aparejo en relieve –como ocurre en la cercana *domus* de los Delfines del actual barrio universitario (Madrid, 2004: 49-50)– el conjunto puede datarse hacia finales del siglo II a.C. (Fernández Díaz, 2008: 110-113; 1999a: 259-263). Esta última es una de las *domus* con atrio e *impluvium* más completa de las que contamos, en una de cuyas habitaciones -tal vez el *tablinum*-, contiene un mosaico en *opus signinum* decorado con disco en el que se inserta un entramado de rombos a modo de estrella de ocho puntas y alrededor del cual se representan cuatro delfines encuadrados igualmente por un meandro continuo de esvásticas y cuadrados. Modelos similares de documentan en la Plaza de la Merced o en la *domus* hallada bajo la Catedral Vieja (Ramallo, 2001a: 175-178 y 1985: 61-81), lo que sumado a otros fragmentos pictóricos del I Estilo pompeyano permite ubicar la construcción de estas viviendas a inicios del siglo I a.C. (Fernández Díaz, 2008: 97-113).

[13] Para un resumen actualizado sobre la configuración de la edilicia doméstica en la ciudad *vid*. Fernández Díaz y Quevedo, 2011 (trabajo del que extraemos algunas de las siguientes líneas).

De cronología un tanto más avanzada es la *domus* bajo la *porticus post scaenam* del teatro romano (Soler, 2001: 70-71), una residencia emblemática que se extendía junto a otras de las más notables de la ciudad por la ladera del Cerro de la Concepción. De la misma se conservan tres habitaciones, entre las que destacan un *atrium* y un *impluvium* con mosaicos de *signinum* en los que figuran también pequeños fragmentos de mármoles de colores de la más variada procedencia (Soler, 2003, p. 149-187) a modo de *opus scutulatum*. Su aparición permite matizar su uso en la ciudad en un momento anterior a la construcción del teatro (Ramallo, 2001a: 177-181 y 1985: 44), siendo empleado antes en la construcción privada que en la pública (Soler, 2003: 149-187). Cronológicamente también la pintura mural –con elementos como los candelabros con representaciones de flores de loto propios del II Estilo pompeyano– permiten matizar la datación hacia la segunda mitad del s. I a.C. (Fernández Díaz, 2002: 89-94). En cualquier caso los materiales marmóreos, ya empleados en Roma en época tardorrepublicana (Pensabene, 1998: 337) y cuya difusión en Hispania se iniciaría a través de ciudades portuarias como *Carthago Noua* (Soler, 2005a: 30) sitúan la construcción de la *domus* alrededor del 30 a.C.

A partir de época augustea aumentan los elementos que permiten definir la *domus* altoimperial, configurándose una gran variedad de espacios habitacionales fruto de las nuevas necesidades urbanas y administrativas. Concentradas en su mayor parte entre las vertientes septentrional y meridional de los cerros de la Concepción, Despeñaperros, Molinete y Sacro respectivamente, las viviendas se adaptarán a la topografía de la ciudad. Esta peculiaridad condicionó los diversos modelos que surgieron, encontrando desde aquellas con amplio desarrollo como la *domus* de *Salvius* (Madrid *et alii*., 2005), del Peristilo pintado (*domus* nº 1 de Madrid, 2004: 55-56), del *Sectile* o de la Gorgona/Medusa (Suárez y Fernández Díaz, 2008a, 2008b), a las de esquema irregular como la denominada de la Fortuna (*Martín et alii*., 2001; Soler, 2000, 2001), o bien pequeñas viviendas agrupadas en barrios de carácter artesanal como el localizado en la ladera occidental del cerro del Molinete (Egea *et alii*., 2006).

Por su notoriedad cabe destacar las *domus* del Sectile y de *Saluius*, ésta última una vivienda dotada de un gran peristilo central decorado por columnas de orden jónico y corintio así como otros ricos elementos pictóricos y musivarios. La primera fase de la vivienda, de época augustea, está asociada a pavimentos a pavimentos de *signinum* con fragmentos de mármol, tal vez a modo de *scutullatum* (Madrid *et alii*., 2005: 126; Madrid, 2004: 58- 63) y alzados de decoración pintada e incisa (Fernández Díaz, 2008:

322-334). Posteriormente, a mediados del siglo I d.C., se desarrolla en la habitación 11 un nuevo programa pictórico (Fernández Díaz, 2008: 416-426) junto con la creación de un nuevo pavimento, un *opus tessellatum* bícromo y de diseño geométrico con una inscripción, *SALVIUS*, que lo convierten en uno de los más señalados de la ciudad (Madrid, 2004: 60).

A este conjunto cabe sumar los hallazgos de otros solares que si bien no se conservan en planta han aportado interesantes restos de su programa decorativo, como las *domus* de la C/ del Cuerno (actualmente C/ Monroy) y la C/ Saura, ubicadas en el monte Sacro. La primera se caracteriza por poseer importantes restos de pintura mural correspondientes al III Estilo pompeyano y la segunda, por un extraordinario *opus sectile* que pavimenta el *triclinium* de la casa. En este último encontramos un excelente elenco de rocas ornamentales que, junto al contexto cerámico asociado, condujo a las arqueólogas que llevaron a cabo la intervención, a fecharlo hacia finales del siglo I o inicios del siglo II d.C. (Láiz y Ruiz Valderas, 1989: 857-867); no obstante, otros investigadores lo desplazan a una fecha algo posterior como el siglo II d.C. (Pérez Olmedo, 1999: 150-151). En cualquier caso el pavimento presenta todos los mármoles de colores importados que forman parte de los programas monumentales urbanos desde época augustea y constata el uso de nuevas variedades de origen hispano junto a mármol del Cabezo Gordo de procedencia local y calizas blancas y negras ya existentes en la ciudad (Soler 2005a: 48, 2003: 161-168). También destacan otros, formados por hexágonos y triángulos articulados según el típico esquema de estrella de seis puntas pertenecientes a dos ricas *domus* urbanas: el primero, hallado en la calle Jara con la combinación de "bardiglio" y caliza blanca (Ramallo, 2001a: 195) y el segundo, localizado en la C/ Duque, nº. 2, 8 y 10 (Díez Mantilla y Pecete, 2005b: 274-275), inviertiendo la combinación con caliza blanca y una alternancia de variedades -"giallo antico", "portasanta", africano, "bardiglio" y *marmor scyrium*. Dentro de este grupo de *sectilia* domésticos, pero probablemente más tardío que estos dos últimos, habría de incluirse otro ejemplar de *opus sectile* en buen estado de conservación, en este caso dispuesto sobre el pavimento a modo de emblema marmóreo, documentado en la ladera occidental del Cerro del Molinete (Egea *et alii*., 2006). Se trata de una pavimento de *signinum* con motivos de cuadro inscrito en cuadro, elaborado en "giallo antico" y africano rodeado exteriormente en "bardiglio". La exactitud de módulos y los esquemas decorativos empleados, han llevado a sugerir la posibilidad de que los pavimentos o las

piezas necesarias para su desarrollo fueran comercializados directamente desde Italia (Soler, 2005: 44-45).

Por último cabe mencionar una *domus* recientemente excavada, localizada en la calle Duque, n^{os} 37-39, a escasa distancia de la *domus* de la Fortuna –de la misma cronología– y que no desarrollaremos aquí dado que cuenta con un apartado monográfico. Se trata de la domus de la Gorgona/Medusa, llamada así por el hallazgo más destacado de la vivienda: un pavimento polícromo de *opus tessellatum* con dicho motivo que decora una de las habitaciones que abre al peristilo absidal de la vivienda (Suárez y Fernández Díaz, 2008a, 2008b). Se trata de una vivienda de claro esquema itálico con dos alturas cuyo ingreso podría haberse localizado en las cercanas excavaciones de la Plaza de La Merced esquina calle Duque (Fernández-Henarejos *et alii*., 2005: 279-280). La vivienda, construida probablemente a inicios del segundo tercio del siglo I d.C., sobre unas estructuras de época tardo-republicana o protoaugustea presenta varias fases de ocupación durante las dos centurias siguientes hasta su definitivo colapso.

Dejando a un lado la edilicia doméstica y pasando a la pública se observa cómo algunos edificios tardorrepublicanos fueron amortizadas por la expansión de grandes construcciones públicas como sucedió con el teatro romano, que bajo las cimentaciones de la *porticus post scaenam* conserva parcialmente restos de algunas viviendas (Ramallo, 2000: 100; Ramallo y Ruiz Valderas, 1998: 80). Inaugurado entre los años 5 y 1 a.C., el edificio de espectáculos es el mayor exponente de la renovación urbana que desde mediados del s. I a.C. y durante el reinado de los primeros dinastas Julio-Claudios experimenta la ciudad (Ramallo, 2003c). Precisamente hay una vinculación directa de la casa imperial con la obra, dedicada a los hijos adoptivos de Augusto, Cayo y Lucio (Ramallo, 2003d; 1999c). El edificio, excavado parcialmente en la ladera del monte y con capacidad para más de 6.000 espectadores, contaba con un rico programa ornamental (Ramallo, 2001b, 1999d) en el que destacaba un potente frente escénico con capiteles corintios (1996a) y tres aras dedicadas a la triada capitolina (1999b) que emulaban los programas de la *Urbs* y reforzaban el mensaje ideológico del emperador. El conjunto evidencia un uso abundante de los soportes pétreos, desde materiales propios como el travertino rojo de Mula (Soler, 2005b) hasta productos de lujo como el mármol de Luni (Soler, 2004a: 456-457), todo ello remarcando una intensa "marmorización" de la arquitectura urbana desde finales de la República (Soler, 2008).

En el lado opuesto del cerro de la Concepción, ubicado probablemente fuera de las murallas de la ciudad, se levanta el otro gran edificio de espectáculos: el anfiteatro (Pérez Ballester y Berrocal, 1996; Pérez Ballester *et alii*., 1995). Conocido, a diferencia del anterior, en época moderna (Rubio, 2009), su estructura ha sufrido en mayor grado todo tipo de expolios, amén de agresivas actuaciones: apertura de una calle artificial en el s. XIXI que afectó parcialmente al solar, construcción sobre el mismo de una plaza de toros convertida además por un tiempo en improvisado cementerio… una serie de avatares que han propiciado una pérdida sistemática de sus restos. Fechado inicialmente en torno a un término *ante quem* de época de Claudio en función de diversos niveles de relleno (Pérez Ballester, 2000, 1991), el hallazgo de estructuras de adobe en niveles inferiores (Pérez Ballester y Berrocal, 1999) permitió sugerir la existencia de un anfiteatro más antiguo levantado con materiales de menor entidad. Las últimas intervenciones han vuelto a documentar estos restos, con un término *ante quem* de 40-30 a.C. (Pérez Ballester *et alii*., 2011: 108-109); un importante dato que se verá completado por los resultados de los trabajos en curso.

El otro gran eje de interés lo constituye el foro (Noguera *et alii*., 2009), en torno al cual se agrupan los más importantes edificios públicos de la ciudad, tanto civiles como religiosos, todo ello a la sombra del cerro del Molinete, la colina donde se han realizado las más recientes intervenciones[14] (Noguera y Madrid, 2009a), a cuya bibliografía remitiremos sin ampliar el desarrollo de estos espacios. Ubicado en parte sobre la actual plaza de San Francisco, los restos del foro que se conocen parecen corresponder al momento de monumentalización que experimenta la ciudad a partir de la segunda mitad del s. I a.C. De forma rectangular, la gran plaza pública se extendería en la vaguada formada por los cerros del Molinete y la Concepción, articulándose en tres terrazas escalonadas en sentido Norte-Sur (Noguera et *alii*., 2009). En la superior, cuyo acceso se llevaría a cabo por dos escaleras laterales, se situarían los edificios religiosos, siguiendo una estructura muy similar a la dispuesta de *Baelo Claudia* (Bonneville *et alii*., 2000). A escasa distancia, siempre en el Molinete, se sitúan los otros templos conocidos en la ciudad. En la cima, el célebre edículo dedicado a la diosa siria Atargatis (Ramallo y Ruiz Valderas, 1994b) y un templo republicano; en la falda un posible edificio consagrado a Isis o Serapis, cuyo culto está atestiguado epigráficamente (Abascal, 2009a). Junto a éste se levanta uno de los complejos más

[14] Para un resumen de las diversas intervenciones realizadas en la colina, *vid*. dentro del mismo volumen la aportación de M. Martín Camino (2009).

interesantes excavados en la ciudad, el llamado Edificio del Atrio (Noguera, Madrid y García-Aboal, 2009). Se trata de una gran estructura que ocupa, junto a la palestra de las termas, la llamada *insula* I (Noguera y Madrid, 2010); cuenta con amplias habitaciones ricamente decoradas y un atrio que conserva un pozo y un larario. Entre las hipótesis interpretativas se ha planteado que el funcionase a modo de *collegium*, albergando la celebración de banquetes triclinares. Estas actividades de carácter sacro lo pondrían en relación con la cercana estructura del posible templo de Isis o Serapis, destacando a su vez su carácter monumental y su ubicación en uno de los espacios más emblemáticos de la colonia (Noguera, Madrid y García-Aboal, 2009: 137, lám. 98). Cerca de este punto discurría además un decumano (Antolinos, 2009: 62, fig. 8), una vía cuyos rellenos constructivos aportan una cronología de entre 50 y 30 a.C. La calzada discurría por un punto elevado entre la primera y la segunda terraza del foro, frente a un muro de aterrazamiento de la explanada que presidía el conjunto. Ésta actuaba de contrafuerte al tiempo que desarrollaba un uso escenográfico, pues contaba con una serie de capillas adosadas destinadas a la colocación de altares y esculturas (Roldán y De Miquel, 1999). Como centro neurálgico de la ciudad, el espacio forense queda delimitado por algunas de las construcciones más emblemáticas de la misma (Berrocal y De Miquel, 1999). Su flanco Este es el mejor conocido hasta la fecha, encontrándose en la parte superior, entre la primera y la segunda terraza, la curia (De Miquel, 2004). Edificada en época Julio-Claudia estaba articulada por dos espacios, un *atrium* y un *aula* (Martín Camino, 2006), ésta última dotada con un mosaico que parece indicar la distribución de los asientos de los senadores locales (Soler, 2004A: 462). A continuación podrían extenderse las imponentes termas del foro tal y como se ha propuesto a raíz de un reciente hallazgo (Suárez, 2011). Su articulación con la plaza es complicada debido a que fue sesgada por la construcción del actual edificio de correos, sin embargo la potencia de las estructuras y la asociación con hallazgos más antiguos vinculados a ámbitos termales como la escultura del joven con clámide (Noguera, 1991: 138), así como su propia situación, dan pleno vigor a la hipótesis. Hasta la fecha las termas públicas por excelencia eran las de la Plaza de los Tres Reyes (Murcia y Madrid, 2003; Ramallo, 1989-1990: 158) ubicadas al otro lado del foro, en las cercanías del área portuaria. Los últimos trabajos han permitido una mejor documentación de las mismas y si bien no se han excavado niveles de cimentación se ha matizado su construcción en torno principios del s. I a.C. (Noguera, Madrid y Velasco, 2009: 100). Tras la curia y las nuevas termas en el ángulo SE del área forense se situaba un edificio de culto interpretado como *Collegium*

Augustallium (De Miquel y Subías, 1999), dotado de un prolongado pórtico descubierto en intervenciones posteriores (Fuentes, 2006; Martínez Sánchez y De Miquel, 2004). La sede colegial se componía de un aula cuadrangular precedida de un pórtico y dos ninfeos laterales, manteniendo una geometría espacial propia del s. I d.C. La sala principal posee un pavimento de losas de "greco scritto", contorneadas por paneles de "pavonazetto" y "portasanta" –que llevarían a fechar el edificio en época flavia (Soler, 2004a: 468)– y un nicho que con probabilidad albergaría la escultura del emperador (Ramallo, 2007: 655-658). Estos elementos junto con la singular decoración de unas antefijas vinculadas a los programas decorativos augusteos son los principales argumentos para su identificación como espacio de culto al emperador (Noguera, 2002). Adyacente a este edificio se sitúa la llamada *porticus duplex*, parte de cuyas estructuras –concretamente una exedra– fueron anuladas por el *Augusteum*. Ésta posible basílica, denominada "Edificio A", cerraría el complejo forense por la zona Sur, aunque de momento sólo se ha documentado parte de una columnata (Noguera *et alii*., 2009: 266-271) que de forma excepcional ha conservado su revestimiento pictórico (Fernández Díaz, 2004a: 508-512). Por último, en este mismo lado de la plaza pública se sitúan también una serie de *tabernae* (Berrocal, 1987) destinadas probablemente a espacios de representación, fruto, como tantos otros edificios, de la monumentalización tardorrepublicana.

A lo largo de los s. I y II d.C. la gran mayoría de los espacios públicos y privados mencionados irán sufriendo paulatinas modificaciones en sus estructuras pero manteniendo a grandes rasgos la fuerte impronta arquitectónica generada en el paisaje urbano hacia el cambio de era, momento en el que la ciudad alcanza su punto álgido de desarrollo.

1.2.- La ciudad de la primera mitad del s. II d.C.: en la antesala del cambio

La segunda centuria va a suponer un punto de inflexión en la evolución de *Carthago Noua*, una profunda transformación cuya interpretación ha ido cambiando en función del enfoque historiográfico y del conocimiento generado por la arqueología. Tradicionalmente los autores locales atribuían –aún sin evidencias– un período de esplendor para una ciudad "tan renombrada en todo el Imperio Romano" (Fernández Villamarzo, 1905: 146). Una tendencia que reflejaba la consideración del siglo II d.C. como la "Edad de Oro" de Roma, momento durante el que conoció su mayor bonanza y

extensión (Gibbon, 2006: 41). Una imagen que además se veía especialmente acentuada en las provincias hispanas, lugar de origen de muchos de los personajes que alcanzaron las más altas cotas de poder durante este siglo, pues cabe recordar que además de los emperadores Trajano y Adriano el resto de la dinastía tenía su arranque y continuación hereditaria en numerosas familias béticas, ya fuera por lazos de sangre o uniones matrimoniales.

El papel que *Carthago Noua* jugó en este momento, sobre todo desde el punto de vista político, es difícil de precisar, pues desde hacía décadas había sido desplazada por *Tarraco* como capital y núcleo más importante de la *Citerior* (Arrayás, 2004: 293-295; Ramallo y Ruiz Valderas, 2002: 121-122; Ruiz de Arbulo, 1992: 127-128). A nivel económico ya se ha destacado cómo tradicionalmente el cese de las explotaciones de plomo y plata se considera la causa principal del declive urbano, generalizándose la idea de que desde el siglo I d.C. "entró en crisis, seguramente debido a la reorganización de sus riquezas mineras" (Abad, 2004b: 101). Sin embargo en función de los hallazgos de los últimos años no es posible establecer una vinculación inmediata en el tiempo entre el fin de la minería y la recesión de la ciudad. Sin rebajar la importancia primordial que esta actividad tuvo en su economía, diferentes testimonios de carácter arquitectónico y especialmente epigráfico, muestran un período de especial dinamismo durante al menos la primera mitad de la segunda centuria (Soler, 2009: 211; Quevedo, 2009a: 216). Si Para Roma la última gran fase de intervención urbanística hasta el final de la Tetrarquía (excluyendo el paréntesis que supusieron las intervenciones Aureliano) se produjo bajo el reinado de Alejandro Severo (Coarelli, 1987: 429), para Cartagena el gobierno de los primeros dinastas Antoninos será el último momento en el que se detecte una actividad edilicia notoria hasta el s. IV d.C. Así, aunque cada vez es más evidente que los problemas en muchas ciudades hispanas arrancan con el gobierno de Marco Aurelio (Chic, 2005), para matizar los tiempos de su desarrollo es necesario analizar las distintas fuentes disponibles; en el caso de Cartagena desde las inscripciones hasta los elementos arquitectónicos susceptibles de aportar información.

1.2.1.- El silencio de las fuentes

En líneas generales parece un hecho aceptado que la literatura latina de los s. II-III d.C. experimenta un cierto decaimiento, especialmente si se confronta con las etapas precedentes, la "Edad de Oro" (81 a.C. – 14 d.C.) con nombres mayúsculos como los de

Virgilio, Horacio, Ovidio o Livio y la "Edad de Plata" (14-96 d.C.) con Séneca, Lucano, Tácito Marcial… (del Hoyo, 2005: 433), un período que podríamos cerrar con Plinio el Joven, cabeza más visible de la ola de intelectuales que se desarrollaron al amparo del emperador Trajano (Plácido, 2004: 19-20). Las razones no han de buscarse únicamente en la ausencia de frescura entre los propios autores, también en el marco circunstancial que había de favorecer su impulso creador (von Albrecht, 1999: 1170-1180). El mecenazgo no se ejerce con la misma intensidad que la centuria anterior y el griego –auspiciado además por una serie de emperadores filohelenos– adquiere un importante peso frente al latín (Russell, 2000: 1-17), como muestra el hecho de que Arriano y Casio Dión escribiesen sus historias de Roma en esta lengua, que era la suya propia. A estos cambios que se producen en el s. II d.C. viene a sumarse la elevada presión fiscal y la inestabilidad política del s. III d.C., traducido en un desértico panorama literario, aunque el período también conoce hombres notables[15] como Floro o Aulo Gelio y especialmente los juristas, considerados los "clásicos" que puede esgrimir la etapa comprendida entre Adriano y Alejandro Severo (von Albrecht, 1999: 1178, nota 1). *Hispania*, que había alumbrado en el s. I d.C. autores privilegiados de la literatura romana como Séneca, Lucano, Columela, Quintiliano o Marcial cede el testigo a África, que tras despegar económica y políticamente con la llegada al poder de Septimio Severo, oriundo de Leptis Magna, también lo hace culturalmente. La *prouincia* dará nombres como Frontón o Apuleyo e incluso Suetonio, probablemente también africano.

De cualquier modo no interesa tanto el panorama global de la literatura del momento como los temas que trata y en esto *Hispania* parece haber sido desplazada del centro de interés. Si nos ceñimos a *Carthago Noua*, la ciudad desaparece de las fuentes, un vacío muy acusado si se tiene en cuenta la riqueza del período precedente, con brillantes aportaciones sobre las que destaca la descripción de Polibio. La última referencia que se conserva es la relativa a la proclamación de Galba como emperador, noticia que se produce cuando precisamente éste se encontraba en la ciudad portuaria en el año 68 presidiendo el concilio provincial (Suetonio, 7, 9). Esta ausencia de información literaria subraya aún más el necesario apoyo en la epigrafía y –fundamentalmente– en la arqueología para conocer la realidad de la colonia en los s. II-III d.C.

[15] *Vid*. la recopilación realizada por M.-P. Arnaud-Lindet (1997) sobre las fuentes que abarcan entre el final de los Antoninos y el Concilio de Nicea, incluyendo también a autores posteriores que recogen informaciones significativas de esta época.

1.2.1.1.- La epigrafía

Cartagena cuenta con una de las colecciones epigráficas más completas de la península, especialmente en lo que a los últimos siglos de la República se refiere[16]. Desde época moderna, con un especial impulso a partir la Ilustración, diversos autores se fueron interesando por las numerosas inscripciones halladas[17]. Sin embargo no es hasta fecha relativamente reciente que aparece la monografía de Abascal y Ramallo (1997) consagrada a su definitiva compilación y análisis crítico. Un repaso a la misma ilustra con nitidez la evolución del hábito epigráfico en la ciudad, constituyendo su *floruit* las décadas en torno al cambio de Era. Como indicaban los autores del catálogo la escasez de inscripciones a partir de los Julio-Claudios es notoria (Abascal y Ramallo, 1997: 51), si bien entre las pertenecientes al s. II d.C. se encuentran algunos de los ejemplos más emblemáticos de evergetismo y ascensión social.

Sin intención de ahondar en un campo tratado de forma extensa y minuciosa por varios autores, la necesidad de esbozar una visión de conjunto nos ha llevado a ordenar la información disponible en una serie de gráficos que permitan comprender el comportamiento epigráfico de la colonia de manera más directa. Partiendo de lo publicado en 1997 se han tenido en cuenta las últimas novedades: desde conjuntos fragmentarios como los del *Augusteum* (Noguera y Abascal, 2003) y el Molinete (Abascal *et alii*., 2012; Abascal, 2009b; 2009c; 2009c; Abascal *et alii*., 2009) o las piezas reutilizadas procedentes de las excavaciones del teatro romano (Ramallo, 2010-2011), hasta hallazgos puntuales (Abascal, 2009e; Antolinos *et alli*., 2007; Perea, 2006; Schmidt, 2006; Díez y Pecete, 2005a, Ferragut y Miseros, 2001).

Ordenados los hallazgos por centurias se aprecia con claridad cómo durante los siglos II-I a.C. florece el hábito epigráfico gracias al papel preponderante del puerto, la intensa explotación de los recursos mineros y la importante llegada de itálicos. Esta dinámica continúa durante el cambio de era –en gran parte favorecida por la concesión

[16] Nos ceñimos a la propuesta cronológica de Abascal y Ramallo (1997), si bien algunas voces consideran que muchas de las inscripciones recogidas no habrían de ser augusteas sino republicanas, como correspondería al período más notable de la ciudad (Pena, 2008: 688-689 y 705).

[17] Entre algunos de los trabajos más destacados figuran los de Francisco Cascales (1892), Fulgencio Cerezuela (1978), el Conde de Lumiares (2002) o la edición del CIL realizada por Hübner (1869), quien visitó la ciudad y trató la documentación epigráfica de primera mano (*vid*. en general Abascal y Ramallo, 1997: 19-26).

del estatuto colonial a la ciudad hacia mediados del s. I a.C.– pero a partir de época flavia experimentará un claro declive (fig. 13)[18].

La caída en el número de inscripciones registrada a partir del s. I d.C. se ha relacionado tradicionalmente con el cese de las explotaciones de plomo y plata y al abandono de de ciertos enclaves rurales con las que estaban vinculados. Sin embargo –y sin entrar ahora en la cuestión de la minería, uno de los grandes motores cuyo cese arrastra a la economía de la ciudad y que constituye el problema de fondo– la primera mitad del s. II d.C. supone un período de especial vitalidad si atendemos a los testimonios epigráficos. Al ajustar lo máximo posible la datación de las inscripciones (en períodos de 50 años) se observa un repunte en las primeras décadas del s. II d.C. (fig. 14)[19]:

[18] Los datos se refieren exclusivamente a las inscripciones halladas en la ciudad, no en sus alrededores. La división se ha realizado por centurias, aunque algunos epígrafes se fechan entre dos siglos. En estos casos, se han tenido en cuenta todos los datos y paralelos existentes para poder dar un marco cronológico lo más preciso posible. Debido lo fragmentario de su estado o a la imposibilidad de lectura, no han sido incluidas las siguientes: Abascal y Ramallo, 1997, n^{os} cat.: 18, 23, 31, 111, 112, 196, 198, 199, 202, 207; Noguera y Abascal, 2003, n^{os} cat.: 2, 6, 7, 9, 10, 12, 13; las aparecidas en el Molinete recogidas por Abascal, 2009, n^{os} fichas cat.: 74, 78, 79, 80 (en este último caso además no se incluyen las n^{os} 4 y 76 por estar fechadas por el contexto estratigráfico en el que aparecieron amortizadas) ni la nº 3 de Abascal *et alii*., 2012: 290-291, por poder pertenecer tanto al s. I como al II d.C. En definitiva la representación gráfica está compuesta por los siguientes epígrafes (algunos con ligeras dudas sobre si pueden adscribirse plenamente a ese siglo):
S. I a.C.: Abascal y Ramallo, 1997: n^{os} cat.: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 22, 26, 27, 29, 34, 35, 37, 38, 41, 42, 45, 47, 48(?), 52(?), 61, 64, 65(?), 67, 68(?), 69, 73(?), 75, 84, 87, 89, 90, 91, 106, 107, 108(?), 118(?), 120, 130, 140, 144, 148, 149, 153(?), 163, 167, 171, 174, 175, 176, 180, 181(?), 185, 204, 205, 206; Noguera y Abascal, 2003: inscripción con *litterae aureae*; Ramallo, 2010-2011: nº cat.: 3(?); Abascal *et alii*., 2012: n^{os} cat. 1, 4.
S. I d.C.: Abascal y Ramallo, 1997: n^{os} cat.: 20, 21, 24, 25, 28, 30, 32, 33, 36, 39(?), 40, 49, 50, 53(?), 56, 58(?), 62, 66, 70, 71, 72, 74, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 83, 85, 86, 88, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 105, 110, 114, 116, 119, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 132, 133, 134, 135, 136, 138, 139, 143, 145, 146, 147, 150, 151, 152, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 164, 165, 166, 168, 170, 173, 177, 178, 179, 182(?), 183(?), 184, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 194, 200, 201, 203; Noguera y Abascal, 2003 n^{os} cat.: 1, 3, 4, 5, 11; Abascal, 2009d: n^{os} ficha cat.: 2(?), 71(?), 75; c 1(?), 6; Abascal, 2009e: pedestal ecuestre, Abascal *et alii*., 2012: n^{os} cat. 2, 5.
S. II d.C.: Abascal y Ramallo, 1997: n^{os} cat.: 19, 43, 46, 51, 54, 55, 57, 59, 60, 63, 82(?), 104(?), 109(?), 113(?), 115, 117, 128(?), 129, 137, 141(?), 142, 169, 172, 186(?), 193, 195, 197(?), Noguera y Abascal, 2003: nº cat.: 8(?), 14; Abascal, 2009d: n^{os} ficha cat.: 72(?), 73(?), 77(?); Ramallo, 2010-2011: n^{os} cat.: 4(?), 5; Perea Yébenes, Díez y Pecete, 2005a: epígrafe L. Acilio Sócrates.
S. III d.C.: Abascal y Ramallo, 1997: n^{os} cat.: 44, 131; Ramallo, 2010-2011: n° cat.: 1; Antolinos *et alli*., 2007, Schmidt, 2006, Ferragut y Miseros, 2001: *beneficiarius consularis*.
[19] La división de los materiales (los mismos que en el caso de la gráfica anterior salvo que con distinta ordenación) es la siguiente:
100-50 a.C.: Abascal y Ramallo, 1997: n^{os} cat.: 1, 75, 204, 205, 206.
50-0 a.C.: Abascal y Ramallo, 1997: n^{os} cat.: 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 22, 26, 27, 29, 34, 35(?), 37, 38, 41, 42, 45, 47, 48(?), 52(?), 61(?), 64, 65(?), 67, 68(?), 69, 73(?), 84, 87, 89, 90, 91, 106, 107, 108(?), 118(?), 120, 130, 140, 144, 148, 149, 153(?), 163, 167, 171, 174, 175, 176, 180, 181(?), 185, Noguera y Abascal, 2003: inscripción con *litterae aureae*; Ramallo, 2010-2011: nº cat.: 3(?); Abascal *et alii*., 2012: n^{os} cat. 1, 4.
0-50 d.C.: Abascal y Ramallo, 1997: n^{os} cat.: 20(?), 21(?), 24, 25, 28, 30, 32, 33(?), 36, 49, 56(?), 58(?), 62, 66, 70, 71, 72, 74, 76(?), 77, 78, 79, 80, 81, 85, 86, 88, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102,

Lo más interesante es quizás la naturaleza de esos epígrafes, pues un simple aumento de su número (debido incluso al azar de los hallazgos) no tendría por qué suponer mejora alguna de forma intrínseca. Si bien entre los años 50-100 d.C. la gran mayoría de los conservados son de tipo funerario, los siguientes diez lustros aportan algunos de los ejemplos más destacados de evergetismo que se dieron en la ciudad. Se trata de una fuente de información fundamental para conocer la actividad del senado local y algunos de los prohombres de la época así como una realidad urbana de la que se tiene constancia arqueológica sólo parcialmente.

1.2.1.1.1.- El evergetismo

El mecenazgo cívico que durante siglos ejercieron las *elites* romanas en su afán por ascender socialmente supuso un importante motor para el desarrollo de muchas ciudades. Sin entrar en los detalles que motivaron este fenómeno, sobradamente conocido[20], conviene esbozar su impacto en la *Carthago Noua* del s. II d.C., en el marco de una *prouincia* que a diferencia de la Bética (Melchor, 1994) y la *Lusitania* (Andreu Pintado, 2004), no cuenta con un estudio monográfico. Aunque la consecuencia principal de la participación de los evergetas en la vida pública fue la dotación de equipamientos públicos y obras de interés colectivo (así como su renovación y mantenimiento), los beneficios de sus inversiones iban más allá del ámbito constructivo. Con sus obras no sólo paliaban la falta de trabajo, los espectáculos que organizaban fomentaban el espíritu cívico y la pertenencia a una comunidad; al mismo tiempo

---

103, 105, 114, 116, 119, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 132, 133, 134, 135, 136, 143, 145, 146, 147, 150, 151, 152, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 164, 166, 168, 178, 179, 182(?), 183(?), 184, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 194, 200, 201, 203; Noguera y Abascal, 2003: nº cat.: 1, 3(?), 4, 5, 11, Abascal, 2009d: n^{os} ficha cat.: 75; Ramallo, 2010-2011: nº cat.: 6; Abascal, 2009e: pedestal ecuestre; Abascal *et alii*., 2012: n^{os} cat. 2, 5.

50-100 d.C.: Abascal y Ramallo, 1997: n^{os} cat.: 39(?), 40, 50, 53(?), 83, 110, 138, 139(?), 165, 170, 173(?), 177; Abascal, 2009d: n^{os} ficha cat.: 2(?), 71(?); Ramallo, 2010-2011: nº cat.: 1(?).

100-150 d.C.: .: Abascal y Ramallo, 1997: n^{os} cat.: 19(?), 43, 46, 51(?), 54, 55, 57(?), 59, 60, 82(?), 104(?), 109(?), 115, 117, 129, 141(?), 193, 195; Noguera y Abascal, 2003: n^{os} cat.: 8(?), 14(?); Abascal, 2009d: 77(?); Ramallo, 2010-2011: n^{os} cat.: 4(?), 5; Perea Yébenes, Díez y Pecete, 2005a: epígrafe L. Acilio Sócrates.

150-200 d.C.: Abascal y Ramallo, 1997: n^{os} cat.: 63, 113(?), 128(?), 137, 142, 169, 172(?), 186(?), 197(?); Abascal, 2009d: n^{os} ficha cat.: 72(?), 73(?).

200-250 d.C.: Abascal y Ramallo, 1997: n^{os} cat.: 44, 131, Ramallo, 2010-2011: nº cat.: 1; Antolinos *et alli*., 2007, Schmidt, 2006, Ferragut y Miseros, 2001: *beneficiarius consularis*.

[20] Para el tema en castellano *vid*. el trabajo de E. Melchor Gil (1993), con la pertinente bibliografía.

mantenían activa la economía con sus distribuciones de moneda y evitaban problemas sociales como los que pudieran derivarse de la falta de grano (Melchor, 1994: 196-197).

Aunque la interpretación que relacionaba la disminución del mecenazgo cívico con un declive de las ciudades en época tardía ha sido ampliamente superada, en *Carthago Noua* no parece darse una transformación del modelo, que, si atendemos a la evidencia epigráfica, desaparece hacia la segunda mitad del s. II d.C. El fenómeno no se traduce en un aumento de las *uillae* tardías y tampoco es rastreable en la fuga de la *nobilitas* (y sus capitales) hacia otros puntos del Imperio. Frente al patronazgo ejercido a finales de la República por personajes de la talla de Agripa, *Iuba* II o el mismo emperador Tiberio, a partir de mediados del s. I d.C. no se conoce ningún individuo de rango senatorial que vuelva a ocupar este cargo (Eilers, 2002: 284-292) ni tampoco familias oriundas de *Carthago Noua* que hubiesen podido trasladarse a Roma o invertir su fortuna allí tras un enriquecimiento con la explotación de las minas locales. Una imagen que contrasta (*vid*. cap. 6) con el número de altos cargos que otras ciudades hispanas dan al Imperio durante época Julio-claudia y Flavia (Ramallo, 2007: 265-268; Canto, 1998: 214-215). Igual de sintomática es la procedencia de los *flamines* provinciales, pues modestos núcleos de población como Segóbriga aportaron un mayor número de individuos que *Carthago Noua*, de donse sólo se conocen dos (Alföldy, 1973: 80-81, n^{os} 46 y 47). En cualquier caso, aunque la ciudad experimentará una profunda recesión a partir del s. II d.C. no es posible afirmar que ésta empieza a finales del s. I d.C., pues distintas evidencias muestran una activa y dinámica vida urbana durante la primera mitad de la centuria siguiente.

Entre los testimonios más sugerentes de evergesía del período[21] que abarca los gobiernos de Trajano a Antonino Pío destaca sin duda el de *L. Aemilius Rectus*. Se trata de un personaje de origen probablemente itálico que desempeñó el cargo de *scriba librarii* en diversas provincias del Imperio, alcanzando el rango de caballero en época de Adriano. De él se conservan cuatro inscripciones, tres de las cuales conmemoran el levantamiento de obras públicas recogidas en su testamento y cuya naturaleza nos es desconocida. Tan sólo el epígrafe conservado en el MAN (anteriormente ubicado en la torre del homenaje del castillo medieval del Cerro de la Concepción), de 3,80 m. de longitud, da una idea de las dimensiones que pudo alcanzar al menos uno de los

[21] Nos ceñimos exclusivamente a ámbito epigráfico, dejando las referencias a los *marmora* –que como soporte costoso y de prestigio se relaciona a menudo con el mecenazgo cívico (Rodà, 2004; Soler, 2004a)– para el apartado relativo a los programas ornamentales.

edificios consagrados por sus herederos (Abascal y Ramallo, 1997: 213-217, nº 59). Una inscripción desaparecida de este *ciuis adlectus* de *Carthago Noua*, que además fue patrono de *Asso* (ciudad probablemente situada en el entorno de la actual Caravaca de la Cruz)[22], recoge la dedicatoria de una estatua de plata de 250 libras (Melchor, 2003: 217; Abascal y Ramallo, 1997: 217-218, nº 60). Esta costosa donación *ob honorem* –vinculada por lo tanto al desempeño de cargos en la comunidad (Melchor, 1994: 43)– ha sido puesta en relación con la construcción de un posible templo, habiéndose calculado para la misma un precio de entre 200.000 y 250.000 sextercios, el equivalente a lo invertido por otras ciudades en ambiciosos programas constructivos (Soler, 2004a: 475-476, 2005: 53)

De la primera mitad del s. II d.C. se conocen otros pedestales honoríficos erigidos por el *conuentus Carthaginensis* y actualmente perdidos que en su día hubieron de estar coronados por esculturas, destacando uno dedicado a Antonino Pío y otro al *flamen M. Valerius Vindicianus* (Abascal y Ramallo, 1997: 178-180, nº 43 y 210-212, nº 57). La ejecución de este último estuvo al cuidado de *Postumius Claranus*, otro *flamen* probablemente conventual, pudiendo fechar la inscripción gracias al dato del cuarto consulado del emperador entre 145 y 161 d.C. (fig. 15a). En cualquier son los epígrafes de la *gens* de los *Numisii* los que proporcionan uno de los mejores ejemplos de evergesía ciudadana y ascensión social en *Carthago Noua* a lo largo de 200 años, conocidos sobre todo por las inscripciones funerarias de sus libertos (Abascal y Ramallo, 1997: 203). En torno a las primeras décadas de la segunda centuria el también *flamen L. Numisius Laetus*, recibió un homenaje por parte del *ordo decurionum* de *Carthago Noua*, ciudad que le dedica un pedestal (Abascal y Ramallo, 1997: 202-206, nº 54; aquí fig. 15b) en el que se recogen los diversos cargos que había desempeñado (*aedilis*, *IIuir* y *IIuir quinquennalis*, *flamen Augustorum* y *pontifex*). Junto al mismo se hallaron algunos fragmentos de escultura *thoracata* con los que sin embargo es difícil establecer relación, a pesar de que en su *cursus honorum* se menciona la *cohors Musulamiorum* como unidad militar a la que hubo de pertenecer, si bien existieron una oriental y otra africana (Perea Yébenes, 2003: 51-66). Otro pedestal encontrado en las cercanías del anterior y con mención al doble flaminado indica un homenaje al mismo individuo (García Jiménez, 1985), esta vez sobre un bloque de travertino reutilizado en

[22] Empotrada a modo de dintel en la Iglesia de la Soledad de dicha localidad, ha sido recientemente revisada y aunque el texto puede ser auténtico se cree que la inscripción en sí fue una creación de los s. XVI- XVII contemporánea a la construcción de la iglesia (Carbonell *et alii*., 2011: 39-43).

la construcción de las termas y en cumplimiento de su testamento (Abascal y Ramallo, 1997: 206-207, nº 55). La forma rectangular del bloque indica su uso como base para una escultura ecuestre, tal y como se ha propuesto para otro reciente hallazgo de cronología anterior pero mismo formato (Abascal, 2009e). Los distintos hallazgos han llegado a sugerir la existencia de alguna estructura de culto de tipo conventual (a medio camino entre lo local y lo provincial) dado que en la ciudad se reunían numerosos pueblos para dirimir sus pleitos según las fuentes (Ramallo, 2007: 666).

Independientemente de la riqueza de los homenajes –algunos verdaderamente fastuosos como los de *L. Aemilius Rectus*– la conclusión más directa que se desprende de la lectura epigráfica es la constatación de la existencia en la primera mitad del s. II d.C. de unos espacios que pudiesen recibir semejante tipo de representaciones, lo que ha llevado a hablar incluso de una segunda monumentalización de la ciudad (Soler, 2004a, 476). Una dinámica que parece confirmar el repunte que en términos generales se produce en el ámbito epigráfico (fig. 14) y que sin embargo cambiará completamente en la segunda mitad de la centuria. Diversas placas funerarias –algunas de las cuales pueden incluirse en esta segunda fase– se suman al repertorio epigráfico del s. II d.C. e incluso los inicios del siglo siguiente, completando la visión aportada por las inscripciones honoríficas. A partir del s. III d.C. el hábito epigráfico desaparecerá en la ciudad hasta su reaparición de la mano de la presencia bizantina en el s. VI d.C. (Abascal y Ramallo, 1997: 447 y ss.).

1.2.1.1.2.- El caso de las necrópolis

Al contrario de cuanto acontece en las etapas precedentes, en *Carthago Noua* no se conocen áreas de enterramiento en el s. II d.C. (Ramallo, 2011: 127): los únicos restos vinculados al mundo funerario de este momento son algunas inscripciones, motivo por el cual incluimos su análisis en el apartado epigráfico. A pesar de que a partir de la segunda mitad del s. IV se vuelven a documentar necrópolis como la de San Antón, excavada en 1967 y conservada bajo los restos del MAMC o la de los s. V-VII hallada en la falda oriental del Cerro de la Concepción (Vizcaíno, 2009: 539-543), para época antoniniana se detecta un importante vacío. Este hecho se agudiza si además se tiene presente que desde comienzos del s. XX la ciudad moderna ha superado los límites de la antigua, lo que reduce considerablemente el número de posibles nuevos hallazgos (Abascal y Ramallo, 1997: 51). Se trata de un fenómeno que dificulta la comprensión de

la dinámica demográfica y social de este momento (Gozalbes, 2007: 195-201); cuya consecución más plausible se vincula, más allá de los mencionados cambios en el hábito epigráfico, al retroceso que a todos los niveles empieza a experimentar la ciudad a partir de la segunda mitad del s. II d.C. [23]. La procedencia de algunos epitafios permite plantear la existencia de dos zonas de enterramiento en esta época. En primer lugar parece confirmarse la continuidad de la necrópolis del barrio de la Concepción, situada entre la Plaza de España y el Asilo de Ancianos, en la zona de salida de la ciudad hacia Cástulo (fig. 11). En segundo lugar se ha sugerido la existencia de un área cementerial en la ladera suroccidental del Cerro de la Concepción a raíz del descubrimiento de un conjunto de epígrafes procedente de las excavaciones del teatro romano (Ramallo, 2010-2011). Ésta podría situarse a espaldas del edificio de espectáculos, en una zona por donde pasaba la muralla y cuya topografía es mal conocida debido a los importantes movimientos de tierra y la constante ocupación que se ha dado hasta fecha reciente. Dado el reducido tamaño de las inscripciones no parecen adecuadas para su reutilización en las obras de carácter defensivo realizadas en la cima del monte en la Edad Media, por lo que, aunque no cabe descartar que hubiesen sido desplazadas hasta allí para su calcinación (concretamente las de mármol), se presupone una ubicación original cercana al lugar del hallazgo.

De los 18 epitafios datados en época antoniniana que se recogen en el catálogo epigráfico de *Carthago Noua*, siete se fechan entre la segunda mitad del s. I d.C. y la primera del s. II d.C.[24]. Los 11 restantes se encuadran entre la segunda mitad del siglo II y los inicios del III, pero cinco se encuentran en paradero desconocido y uno, conservado en el Museo Arqueológico Nacional, no puede adscribirse con seguridad a la colonia[25]. Quedan por tanto otros cinco susceptibles de ser analizados (Abascal y Ramallo, 1997): nº cat. 115, 128, 137, 169 y 186. Completa el repertorio otra interesante inscripción funeraria de idéntica cronología hallada en 2000 (Ferragut y Miseros, 2001;

[23] Pues aun escaseando las inscripciones o con una ausencia total de ellas podrían haberse encontrado estructuras o enterramientos vinculados a esta cronología, al contrario de como sucede.

[24] Fechables entre finales del s. I d.C. y la primera mitad del siglo II d.C. (los n^{os} corresponden al catálogo de Abascal y Ramallo, 1997): nº cat. 82, 109, 117 (con forma de altar), 129, 141 y 195. El nº cat. 193 tiene una cronología general de siglo II d.C. al igual que otra recientemente hallada en las excavaciones del Molinete (Abascal, 2009b: 321, nº 77).

[25] Aunque se conocen sus textos gracias al trabajo recopilatorio de distintos estudiosos, poco o nada se sabe de sus soportes, por lo que no serán aquí objeto de análisis. Aparecen registrados en el catálogo de Abascal y Ramallo (1997) con los n^{os}: 63, 113, 131, 142 y 172. La pieza conservada en Madrid (nº cat. 226), con 13 cm de ancho, fue asociada por Hübner a Cartagena con pocas garantías, por lo que también ha sido excluida.

Schmidt, 2006), tras la publicación del corpus epigráfico local[26]. Dado que para esta cronología una de las formas más comunes de enterramiento eran las *cupae*, se ha planteado la vinculación de parte de las inscripciones con este tipo de monumentos[27]. Se trata de estructuras que pueden ser tanto de piedra –*cupae solidae*– como de obra –*cupae structiles*– si bien su distinta naturaleza se debe a la múltiple adaptación que el modelo experimentó en las provincias, concretamente en Hispania[28]. Las inscripciones estudiadas –seis en total– pertenecerían a las del segundo tipo[29], levantadas con *opus caementicium* sobre una base rectangular de mampostería. Ésta solía disponerse alrededor del punto donde tenía lugar la cremación del cadáver. Posteriormente las cenizas y el ajuar –depositado con anterioridad– eran selladas por un nuevo depósito de mortero de cal y piedras y en una última fase se daba forma al túmulo de obra. En numerosos enclaves de la Bética destaca que la bóveda se levantase con ladrillos[30], desarrollando lo que parece un híbrido entre este tipo y la *cupa structilis* (Vaquerizo, 2007: 394-395, Lám. VI). Cuando se trataba de inhumaciones el sistema era idéntico, salvo que el cuerpo se protegía con una cubierta de *tegulae* a capuchina (Bacchielli, 1986: 306). En ocasiones eran revestidas de pintura a la almagra, un fenómeno bien documentado en Barcelona, Isola Sacra o Tipasa (Argelia) donde las estructuras eran pintadas de distintos colores con predominio del rojo (Beltrán de Heredia, 2007: 23, lám. 24.1-2 y 4; Calza, 1940: 76 y Baradez, 1957). Sobre esta base y teniendo en cuenta la ausencia de inscripciones en otras necrópolis con *cupae structiles* como en *Tarraco* o la *uilla* de La Barquera (Perafort) situada en sus cercanías, se ha planteado que los epitafios pudiesen ser pintados (López i Vilar, 1999-2000: 86), una hipótesis en consonancia además con la modesta capacidad económica que se presupone a las clases humildes enterradas de este modo.

[26] Asimismo cabe añadir otro fragmento procedente del Molinete fechado entre finales del II e inicios del III, probablemente de carácter funerario, si bien su mal estado de conservación impide despejar la incógnita y por tanto incluirlo en el repertorio (Abascal, 2009d: 319, nº 73).

[27] Las líneas que siguen reproducen con algunas variaciones parte de un trabajo monográfico realizado sobre estos materiales (Quevedo y Ramallo, 2012).

[28] Para un resumen actualizado de la cuestión *vid*. Tupman (2012) y el resto de capítulos del mismo libro con numerosos casos de estudio (Andreu, 2012).

[29] En cuanto a los del primer tipo, sólo un ejemplar pétreo conservado en Cartagena y dedicado a *Bacchis*, una supuesta liberta, había sido considerado hasta la fecha como *cupa solida* (Abascal y Ramallo, 1997: 297-300, nº cat. 105). Sin embargo la complejidad que entraña la pieza, reutilizada posteriormente para una segunda inscripción y reelaborada en uno de sus lados, así como la temprana cronología que se le atribuye (s. I a.C.), nos llevan actualmente a declinar esta interpretación (Quevedo y Ramallo, 2012: 118-122).

[30] Más concretamente en Málaga, *Anticaria, Astigi* y *Singilia Barba* (Ruiz Osuna, 2009: 307-312).

Somos conscientes de la dificultad que entraña asociar las inscripciones aisladas a un monumento concreto, pues algunas bien podrían pertenecer a panteones como los que se conocen en Ostia (fig. 16); por ello la hipótesis de su vinculación con *cupae structiles* se apoya en diversos argumentos[31]. El primero es la cronología, pues además de ser inscripciones cuya paleografía permite fechar entre los siglos II-III d.C., es en este momento que las *cupae* devienen la forma de monumento sepulcral más difundida sustituyendo a estelas, cipos y aras (Bacchielli, 1986: 305), tal y como atestiguan otros conjuntos de la misma cronología entre los que destaca el cementerio de *cupae structiles* de Pupput (Hammamet, Túnez)[32] (fig. 17). Todas ellas son placas de tamaño variable, similares a las de los *columbaria* (Leveau 1987, 285), pero de escaso grosor, entre los 2 y los 6 cm aproximadamente, unas dimensiones idóneas para su incrustación en monumentos de obra, como se aprecia en las necrópolis de *Barcino* (fig. 18) e Isola Sacra (Ostia), donde aparecen colocadas tanto en la cabecera (fig. 19a) como en los flancos de las tumbas (fig. 19b). Aunque de tendencia rectangular (también cuadrangular), algunas pueden ser ligeramente irregulares, como la fig. 16.6 o un ejemplar de Barcelona para el que se empleó una pieza reutilizada de forma trapezoidal (Rodà, 2007: 122, fig. 27), un aspecto poco relevante dado que en el acabado final los bordes de la inscripción quedaban ocultos bajo la capa de mortero[33]. Los soportes son muy modestos y están elaborados con piedra de distinta procedencia como ocurre en *Barcino*; las placas de Cartagena son de mármoles blancos y cremas, probablemente relabrados, de origen incierto excepto el mencionado de la fig. 16.6, extraído en la cantera local de la rambla de Trujillo (Antolinos *et alii*., 2007: 19). Dentro de la variedad existente en cuanto a la grafía, las interpunciones y otros detalles destaca el epitafio de *Quintus Publicius Heraclida* (fig. 16.4), el único con una moldura alrededor. Distintos ejemplos de *cupae structiles* de Isola Sacra muestran acabados más elaborados en los que las placas pueden ir acompañadas de molduras como la nuestra, así como pequeños frontones en obra (fig. 20). En cualquier caso la modestia de las *cupae* se halla en consonancia con la de los difuntos para los que fueron construidas, pertenecientes siempre a las clases más humildes de la sociedad, normalmente esclavos y libertos (Rodà, 2007: 115; Romanò, 2006: 170; Vaquerizo, 2006: 334). Entre los

[31] Una hipótesis ya sugerida para una de las placas que se recogen, la nº 128 (fig. 16.2), en la publicación del catálogo epigráfico de la ciudad (Abascal y Ramallo, 1997: 333).
[32] Excavado en fechas recientes y con ajuares que evidencian el mismo período de uso (Ben Abed y Griesheimer, 2004: 9).
[33] Como se aprecia con claridad en la *cupa structilis* barcinonense de *Fabia Ferriola* (Beltrán de Heredia, 2007: fig. 34).

epitafios de Cartagena sólo se atestigua con seguridad la presencia de libertos en las placas nº 169 y 186 (fig. 16.4 y 16.5). A favor de su interpretación como parte de tales monumentos se halla la propia fórmula epigráfica, que destaca por su sencillez. Es característico su inicio con la *adprecatio* a los Dioses Manes (Bacchielli, 1986: 303), que en el caso de *Carthago Noua* se da en 4 ocasiones (fig. 16.1, 16.3, 16.4 y 16.6), así como un texto muy sencillo en el que suelen figurar pocos datos más allá del nombre y edad del difunto y su relación con los dedicantes (Rodà, 2007: 119-122).

La ausencia de estructuras de *cupae* structiles no ha de convertirse en un argumento ex silentio contra su existencia, pues su estructura en *opus caementicium* podría soportar con mayores dificultades el paso del tiempo, motivo por el cual sólo se habrían conservado sus epígrafes. En cualquier caso su vinculación a enterramientos propios de las clases sociales más humildes, parece ir más en consonancia con el paisaje urbano de la Cartagena de finales del s. II d.C. que con las tumbas monumentales de doscientos años atrás.

La prueba que parece refrendar la existencia de estos tipos sepulcrales en Cartagena, donde la epigrafía permite intuir su presencia, son los hallazgos de *cupae structiles* en Lorca y Algezares (fig. 2), a pesar de que el conocimiento parcial de ambas zonas cementeriales todavía plantea numerosos interrogantes. La primera se trata de la importante necrópolis de "la Casa de las Ventanas" situada a 4 km de la ciudad, en la margen derecha de la rambla de La Torrecilla. El yacimiento se documentó en 1926 y fue el erudito local J. Espín Rael quien se encargó de recoger y estudiar los materiales que fueron apareciendo en años posteriores. Una noticia del mismo autor indica la presencia de lo que hoy se puede identificar de manera inequívoca como *cupae*: "De gran variedad es […] la forma de los enterramientos; se han encontrado algunos formados por cuatro muretes de piedras rodadas y cal, cubiertos por bóveda de igual material y construcción" (Espín, 1999: 42). Una revisión de los hallazgos realizada en 1990, en la que se relacionaban ajuares y epígrafes dando una visión de conjunto, permitía definir un momento importante de uso entre finales del s. II e inicios del s. III d.C. (Martínez Rodríguez, 1989-1990: 153). Al igual que en el caso de Cartagena el reestudio de las inscripciones ha revelado una serie de características que coinciden plenamente con las de las *cupae*, corroborando así la descripción dada por J. Espín y la cronología planteada sobre la base de los ajuares que las acompañaban[34].

[34] En total se han hallado 5 lápidas, aunque una de ellas es opistográfica, es decir, cuenta con inscripciones en ambas caras. Si exceptuamos un epitafio de 10 cm de grosor destinado a dos individuos y

En cuanto a Algezares, una excavación realizada en un solar en la C/ Ramón y Cajal nº 30 en 2008 ponía de relieve la existencia de una amplia necrópolis caracterizada por dos momentos de uso, en el último de los cuales se documentaron por primera vez en nuestra zona enterramientos a modo de *cupae* (Yus, e. p.; Yus, 2008.). Esta fase la componen siete sepulturas, dos de las cuales están formadas por ánforas u otros contenedores recubiertos de cal y piedras que encuentran su paralelo más cercano en los llamados "túmulos cónicos" de la necrópolis de *Barcino* (Beltrán de Heredia, 2007: 18, fig. 5, lám. 20) y que muestran la enorme riqueza de enterramientos y ritos funerarios que pueden desarrollarse en una misma área (como en la *Corduba* del s. II d.C.; Vaquerizo, 2002: 156-166). Las cinco restantes, conservadas en distinto grado, pero construidas por capas de mortero de cal y tierra con relleno de piedras y ladrillos, todo ello recubierto por un enlucido, pueden considerarse *cupae structiles*. La más completa de todas posee adosada una *mensa libatoria* de obra, pues para mantener viva la memoria del difunto se realizaban banquetes funerarios[35] en los que le eran ofrecidas libaciones y alimentos; también estaban dotadas de un *infundibulum* formado por *imbrices* para favorecer la comunicación del muerto con el exterior (fig. 21). En el ajuar de una de ellas se recuperó una moneda del emperador Volusiano que otorga una fecha *ante quem* para el conjunto de 251-253 d.C.

La relación de estos hallazgos con *Carthago Noua* y las principales rutas de comunicación en torno a las cuales se situaron es evidente, siendo en el caso de Lorca la vía *Augusta* dirección Cástulo y en el de Algezares la vía *ad Complutum*. Debido a su peso político y económico la colonia fue la entrada principal para los influjos y modas imperantes en el Mediterráneo, como queda patente a través de la extensión de unos hábitos funerarios comunes en un momento cronológico bien delimitado entre la segunda mitad del s. II d.C. y la primera del siglo III d.C.[36].

---

susceptible por tanto de pertenecer a una estructura sepulcral mayor, las 4 restantes –realizadas una en caliza y las demás en mármol blanco– poseen un grosor que oscila entre los 1,5 y los 6 cm (Quevedo y Ramallo, 2012: 131, fig. 11).

[35] Se ha documentado constancia de los mismos, pues en varios niveles de uso aparecieron restos óseos de animales, carbones, un hogar y numerosos fragmentos de recipientes cerámicos (Yus, 2008: 111).

[36] A pesar de los nuevos datos cabe destacar la ausencia de estas estructuras sepulcrales en el Sureste, especialmente en el territorio valenciano, donde sólo en el Sur y en un momento más avanzado (s. III-IV d.C.) parecen documentarse estructuras tumulares (González Villaescusa, 2001: 113-114). Las *cupae structiles* hispanas parecen tener una distribución mayoritariamente costera y de carácter mediterráneo (Andreu, 2012); entre los distintos hallazgos de Itálica, Málaga y los *conuentus* de Córdoba y Astigi con sus estructuras de ladrillo, la mencionada área de Cartagena o Tarragona, la necrópolis de Barcelona continúa siendo el conjunto más destacado (Beltrán y Rodà, 2012).

1.2.2.- La evolución del espacio urbano a través de los programas decorativos

A pesar de que el urbanismo de la *Carthago Noua* de la primera mitad del s. II d.C. se conoce todavía de forma superficial cada vez son más los hallazgos que, en sintonía con la documentación epigráfica, subrayan la vitalidad arquitectónica del momento[37]. Así, aunque las diversas excavaciones muestran que la ciudad mantuvo a grandes rasgos la configuración desarrollada durante su última gran monumentalización (med. s. I a.C. – med. I d.C.), el análisis de la pintura mural, los mármoles, el mosaico y la escultura ayuda a vislumbrar con mayor nitidez los cambios producidos en un paisaje urbano que erróneamente se venía considerando decadente desde finales del s. I d.C. Entre los distintos programas decorativos el estudio de la pintura mural y los soportes pétreos son una de las mejores vías para aproximarse a la evolución de la edilicia pública y privada, tal y como se ha visto para épocas anteriores. Dado que ambas temáticas han sido objeto de análisis pormenorizado por parte de A. Fernández Díaz y B. Soler respectivamente, serán citados de forma somera, dedicando una mayor atención a los últimos hallazgos realizados en los campos del mosaico y la escultura.

En la primera mitad del s. II d.C. muchas de las intervenciones que se registran tienen que ver con actividades de mantenimiento y renovación. Numerosos edificios presentan reparaciones en sus pavimentos como la curia, con incrustaciones de cipollino y losetas hexagonales, o la sede de los Augustales, donde se aprecia el mismo fenómeno en el sector sudeste del aula central (Soler, 2004a. 461-465; Martínez Sánchez y de Miquel, 2004). Además, en este último edificio se procede a retirar el revestimiento en greco scritto de dos ninfeos *ad edicolam* (Noguera, 2002: 83) que es sustituido por decoración pictórica (Fernández Díaz, 2008: 216-221), mostrando que las reformas no contemplaban un nuevo placado marmóreo. Otros restos parciales que por su cronología se emplearon en este momento, como el *marmor Thessalicum* (Soler, 2005a: 52) y varios fragmentos de un posible capitel de pilastra –que juntos conformarían una pieza idealizada de 1,90 m. de ancho– de factura probablemente adrianea, completan el repertorio de este momento (Ramallo, 2004a: 198-199).

En cuanto a la pintura mural, a partir de finales del s. I d.C. y principios del II d.C. se desarrolla un "IV estilo pompeyano" que a pesar de su denominación tiene poco

[37] El resumen más reciente se encuentra en Soler y Noguera, 2011: 1100-1102.

que ver con la ciudad vesubiana. Se considera una evolución provincial propia, fruto en muchos casos de talleres locales que desarrollaron las técnicas itálicas, y es con diferencia el estilo más difundido en *Carthago Noua* (Fernández Díaz, 2008: 88-89, fig. 8), cada vez centrado con mayor nitidez en torno a época trajano-adrianea (Guiral *et alii*., 2011). Sin entrar en detalle en los casos de estudio, se caracteriza por el uso de grandes paneles monocromos, rojos, amarillos y verdes en ocasiones, con interpaneles negros decorados por candelabros ques pueden aparecer vegetalizados o figurados. En la zona media de la pared predominan entre otros: cenefas caladas, candelabros, motivos vegetales y guirnaldas, y en la baja paneles anchos y estrechos alternantes con macizos vegetales o imitación de acabados marmóreos (Fernández Díaz, 2008: 181-183). Se trata del estilo mejor documentado en la ciudad, tanto en edificios públicos como privados[38]. Cronológicamente estos paneles se fechan en torno a época flavia y también adrianea, momento en el que resurge un gusto por lo clásico. Es en esta última fecha que algunas estructuras domésticas se reforman, como las de la C/ Beatas (Fernández Díaz *et alii*., 2005), dentro de un proceso de ampliación y embellecimiento también apreciable en la *domus* de la Gorgona, con la realización de un mosaico trajano-adrianeo (Suárez y Fernández Díaz, 2008b). A veces se decoran nuevamente algunas salas y se mantiene la ornamentación de otras, probablemente por respetar su calidad, como se aprecia en el *oecus* de la *domus* de la Fortuna (Fernández Díaz, 2008: 280-283). En cualquier caso hallazgos como los realizados recientemente en el Molinete permiten corroborar la vigencia y vitalidad de la pintura mural en la primera mitad del s. II d.C., como muestran ejemplos filohelenos propios de este momento con representaciones de arquitectura ficticia (Fernández Díaz, 2004b: 531). Precisamente en época de Antonino Pío se fechan las espléndidas pinturas del edificio del atrio (especialmente la habitación 15a), con composiciones de mármol que pasan del registro medio al inferior de la pared (Noguera, Madrid y Fernández Díaz, 2011; Noguera, Fernández Díaz y Madrid, 2009). En las termas adyacentes a este edificio destaca un ciclo pictórico destinado a ensalzar probablemente la donación de unos juegos de fieras a la colonia (Noguera, Madrid y Fernández Díaz, 2009: 260); se trata de un *venator* cuyo equipamiento y aspecto físico (barbado y con el cabello corto) no dejan lugar a dudas sobre su datación en torno a época adrianea (fig. 22). Por último no cabe olvidar otros notables conjuntos como el de

[38] Para el desarrollo de los diversos casos *vid*. el grueso de la obra de A. Fernández Díaz (2008: 177-414), que además de los ejemplos de la ciudad incluye también un análisis de las pinturas de la cercana *uilla* de Portmán.

las pinturas del extremo occidental de la *porticus post scaenam* del teatro, fechado a mediados del s. II d.C. y con un rico repertorio que invita a pensar incluso en la llegada de talleres especializados a la colonia (Fernández Díaz, 2009: 162-163).

1.2.2.1.- El mosaico

Entre los elementos que pueden adscribirse con mayor seguridad al s. II d.C. destaca el mosaico, especialmente el de *opus tesellatum*, ya que los de *opus signinum*, mucho más abundantes y con una gran tradición en la ciudad, perduran hasta esa misma centuria pero son anteriores (Ramallo, 2001: 170 y ss.). Sin embargo algunos pavimentos de *tesellatum* arrastran una falta de definición cronológica que altera la perspectiva histórica, pues lo mismo se habla de su abandono a finales del s. I d.C. (caso de la *domus* de *Saluius*, Madrid *et alii*., 2005: 129-133) que de su construcción a finales del s. II d.C. (como del de la C/ Cuatro Santos nº 17, Marín y De Miquel, 1999: 281). En nuestra opinión, diversos argumentos permiten igualar la datación de algunos de ellos hacia un mismo momento en torno a época adrianea.

Uno de los más emblemáticos es el documentado por P. San Martín en la confluencia de las C/ Cuatro Santos nº 19 y C/ Palas durante una intervención entre los años 1974-1975 (Marín y De Miquel, 1999: 280). Desgraciadamente las condiciones en las que se llevó a cabo la excavación no permitieron recabar datos sobre la secuencia deposicional que lo cubría, viéndose muy afectado además por numerosos pozos ciegos y otras alteraciones posteriores. Con unas medidas de 6,73 x 5,50 m se trata del pavimento más grande hallado en la ciudad y como se desprende de su diseño, pertenecería con toda probabilidad al *triclinium* de una gran *domus* (fig. 23a). Estudiado de manera monográfica, recogemos tan sólo algunos de los detalles ya descritos por Ramallo (1985: 40-44). El mosaico está compuesto por dos grandes cuadrados de lados irregulares enmarcados a su vez por sendos rectángulos con dameros romboidales, todo ello sobre fondo blanco y con predominio de teselas blancas y negras. De los cuadrados centrales, el inferior está formado por un damero de cuadrados y el superior por un cuadrado flanqueado por cuatro rectángulos laterales y tangentes a cuatro cuadrados en los ángulos. Los rectángulos poseen rombos en su interior (y también contienen otros de menor tamaño) y todo ello enmarca el motivo central: un círculo que inscribe a su vez un cuadrado apuntado cuyos ángulos coinciden con aquellos otros de un cuadrado de lados curvilíneos en cuyo interior hay un círculo blanco y en éste a su vez uno rojo de

menor tamaño. A pesar de haber sido fechado entre mediados e inicios de la segunda centuria (Ramallo, 1985: 44) el mosaico se asoció con posterioridad a un peristilo de finales del s. II d.C. (Marín y De Miquel, 1999: 281). Esta datación generaba una problemática inserción de la *domus* en un panorama urbano, caracterizado en esa época por el deterioro evidente de vías, espacios públicos y privados. Lo complejo de la excavación nos impide conocer si fue levantado en el s. II d.C. o bien se trataba, como parece más probable, de una remodelación efectuada sobre una vivienda anterior, especialmente si se tiene en cuenta que la zona más occidental de la colonia era la que concentraba una mayor densidad de población. A los numerosos paralelos que recoge Ramallo en África, *Galia*, Suiza, Oriente y sobre todo la península itálica, se pueden añadir otros similares. En la localidad francesa de Montmorot (Stern, 1963: nº 334 B, pl. XLI), Utica (Maiuri, 1986: pl. XV, fig. 25, p. 103) y Herculano (Alexander y Ennaifer, 1973-1976: 1, nº 29, pl. X.) hay ejemplares con diseños parecidos a los del cuadrado superior de Cartagena[39]. Sin embargo el elemento más interesante para matizar la cronología de nuestro pavimento es el uso de un tercer color, un rojo vináceo que puede pasar desapercibido en reproducciones tomadas de trabajos en blanco y negro[40]. Dispuesto actualmente en una pared del MAMC también puede resultar complicado apreciar esta diferencia al natural. Las teselas burdeos componen parte del damero inferior y un anillo en el que se inscribe el círculo central del cuadrado superior (fig. 23b y 23c). Así, en otros mosaicos con composiciones romboidales en blanco y negro como los de Utica que podrían datarse a finales del s. I d.C. o inicios del s. II d.C., la presencia de motivos florales polícromos los acercan más al segundo cuarto del s. II d.C. que al tránsito entre ambas centurias (Smith, 1985: 139-141). Diversos ejemplos de Itálica corroboran esta cronología, como un pavimento construido en torno a una fuente y conservado en casa de la Condesa de Lebrija que Blanco Freijeiro (1978: 35-36) fechó a través de los motivos estilísticos en plena época adrianea. De diseño octogonal, también cuenta con un ajedrezado (central) hecho a base de rombos blancos y negros y, como advierte el autor, al contrario de lo que pudiera parecer incluye teselas de tono vináceo y otros colores (fig. 24a y 24b). Una reciente y reseñable aportación sobre pavimentos del mismo yacimiento ofrece una visión contextualizada que permite

[39] Citados a través de Balmelle *et alii*. (2002, vol. 2: 220-221) en su recopilatorio esencial de dos volúmenes sobre *Le décor géométrique de la mosaïque romaine*, que sin embargo adolece de referencias cronológicas.

[40] Como sucede en el mencionada obra, (Balmelle *et alii*., 2002, Vol. 1: 230-231, Planche 409a) que recoge el pavimento de Cartagena directamente del trabajo de Ramallo (1985: 41, fig. 6) sin tener en cuenta las teselas rojas que este autor indica mediante un punteado.

matizar aún más la cronología (Mañas, 2011: 91-95). Entre los diversos paralelos uno de los más sugerentes es la antes llamada Casa de Neptuno, hoy reinterpretada como un posible *balneum* (García Entero, 2005: 179). De carácter público o semmipúblico (Rodríguez Hidalgo, 1991: 291) el complejo alberga ocho mosaicos fechados entre los útimos años de vida de Adriano y parte del reinado de Antoníno Pío (Mañas, 2011: 28-35). Uno de ellos, el del "meandro de esvásticas", presenta diversos puntos en común con el de la C/ Cuatro Santos nº 17 de Cartagena: un damero con alternancia de colores y sobre todo el uso de teselas burdeos además de blancas y negras (fig. 25). Se trata de una característica bética, que frente a los motivos itálicos en blanco y negro, añade un nota de color (López Monteagudo, 2010: 32) Ésta se repite en otros ejemplares del conjunto como el "mosaico con hexágonos" o el "de la roseta de triángulos curvilíneos" y a pesar de que el llamado "mosaico báquico" pueda fecharse hacia la segunda mitad del s. II por la introducción de más colores y teselas de pasta vítrea, la cronología general queda establecida en los años anteriores a mediados de la centuria, en torno a 135-148 d.C. Lo mismo se aprecia en núcleos cercanos a la ciudad portuaria, destacando especialmente el caso de la *uilla* de la Quintilla, en las cercanías de *Eliocroca* (Lorca), donde se ha documentado un amplio conjunto de mosaicos encuadrables en el mismo momento y de características muy similares (Ramallo *et alii*., 2005).

La datación concuerda de forma más natural con la que parece ser la situación de *Carthago Noua* a lo largo del siglo II d.C. Mientras que la construcción del mosaico a finales del s. II d.C. implicaba que se hubiese llevado a cabo en un marco de plena recesión (algo que tampoco es excluyente), desplazado a la primera mitad de la centuria viene a coincidir con un momento de especial vitalidad. Residencias como ésta debían acoger sin duda a personajes de la talla de *L. Numisius Laetus* y otros notables cuyos nombres nos ha legado la epigrafía.

Esta hipótesis se ve confirmada por el hallazgo en la C/ Duque n^{os} 37-39 del pavimento de la Gorgona/Medusa, un ejemplar de *opus tesellatum* blanco y negro con un excepcional emblema polícromo único hasta la fecha en la ciudad (Suárez y Fernández Díaz, 2008a; 2008b, con bibliografía). El mosaico es rectangular y presenta una decoración geométrica por toda la banda que encierra un esquema en forma de "T" (fig. 26a). Entre los distintos motivos predominan las estrellas de rombos de ocho puntas unidas por dos de sus vértices con decoración en los espacios rectangulares que quedan entre ellas: cuadrados de lados curvos que se disponen alternadamente por parejas y también aislados, utilizando una composición de damero (Suárez y Fernández

Díaz, 2008b: 95-100). Este diseño enmarca el esquema en "T", delimitado por una trenza de tres cabos, trazada en oposición de colores. Dentro del mismo se conservan dos grifos, una ménade, una crátera y decoración vegetal, todo ello rodeando un círculo realizado por una sucesión de ovas que contiene el emblema polícromo de la medusa (fig. 26b). Además presenta la peculiaridad de poseer placas de mármol de dimensiones considerables insertas a modo de *crustae* en el *opus tesellatum*. La cronología propuesta, al igual que ocurre con la revisión del caso anterior se enmarca en la primera mitad del s. II d.C. (Suárez y Fernández Díaz, 2008b: 100-103), oscilando desde finales del s. I d.C. hasta incluso el reinado de Antonino Pío, como podríamos deducir por paralelos de Itálica como el del "mosaico con busto de baco" (Blanco, 1978: 26-27, lám. 8-9), también con uso de policromía y motivos geométricos similares (fig. 27). Si de nuevo tenemos presente el caso del Edificio de Neptuno otros mosaicos como el de "estrellas de rombos", fechado en 138-145 d.C., presenta un diseño que también incluye estas formas de ocho puntas (Mañas, 2011: 31-32, fig. 30). Elementos como las cráteras y los roleos vegetales aparecen entre otros muchos pavimentos en el octogonal para fuente de la casa de la Condesa de Lebrija ya citado (fig. 24a y 24b). Igualmente se puede citar como paralelo el "mosaico de Terpsícore" que da nombre a la *domus* de *Valentia* situada bajo las Cortes Valencianas, con motivos similares, empleo también de policromía sobre un fondo blanco y negro (rojo, amarillo, gris y verde) y fechado igualmente en el s. II d.C. (López García *et alii*., 1994: 142-156). El aspecto más interesante que sin duda se extrae de esta datación para el pavimento de *Carthago Noua* es su inserción en el marco de la primera mitad del s. II d.C., momento de especial vitalidad urbana. El detallado proceso de excavación permitió además documentar la superposición de este mosaico de *opus tesellatum* a otro anterior de *opus signinum* (fig. 28), confirmando una renovación de espacios que se detecta también en otros puntos de la colonia. El único caso similar de repavimentación conocido hasta la fecha se localizaba en el Moliente, donde una estancia con *opus signinum* fue dividida y cubierta en una de las nuevas dependencias por un mosaico de teselas blancas y negras (Martínez Sánchez, 1999: 69, fig. 6).

La revisión de estos pavimentos de Cartagena permite a su vez repensar la cronología propuesta para el abandono del sector más oriental de la ciudad. La *domus* de *Saluius*, cuyo colapso se fija a finales del s. I d.C. posee distintos mosaicos, fechándose el principal –que da nombre a la casa y fue realizado en blanco y negro– no más allá de época flavia (Madrid, 2006: 232-233), sobre todo teniendo en cuenta la

pintura mural de la habitación que lo alberga. Sin embargo, el hallado en la zona asociada al *triclinium* publicado todavía de forma preliminar (Madrid et alii., 2005: 138-139) está compuesto por un friso geométrico de esvásticas en el que abunda el uso de teselas rojas (fig. 29). Teniendo en cuenta los ejemplos mencionados y el hecho de que tanto el gusto por el color como por ciertos elementos geométricos de tradición itálica se introducen a partir de época de Trajano para desarrollarse a lo largo del siglo II d.C. (López Monteagudo, 2004: 186-187, 2003: 306-307), nos parece más adecuado postergar la datación de este mosaico a la primera mitad del s. II d.C., equiparándolo con los de la Gorgona y la C/ Cuatro Santos nº 17 – C/ Palas. En cualquier caso estos matices habrán de completarse con el estudio de la secuencia de abandono del edificio.

Esta revisión de la musivaria no pretende homogeneizar de manera forzada el empleo del mosaico de *opus tesellatum* en *Carthago Noua*, cuya datación exclusiva sobre la base de criterios iconográficos o estilísticos no está exenta de problemas (López Monteagudo, 2004: 181). Tan sólo se busca vehicular un discurso en el que los distintos hallazgos tengan cabida, pues no tenía sentido que en una fase de actividad urbana (Adriano-Antonino Pío) donde predominan este tipo de pavimentos se barajasen para los mismos cronologías diferenciadas por más de un siglo, hablando lo mismo de abandonos de finales del s. I d.C. como de construcciones de finales del s. II d.C. Así a este período de actividad edilicia también cabría asociar restos dispersos de *opus tesellatum* hallados en otros puntos de la ciudad como la C/ Gisbert, la C/ Mayor (Ramallo, 1985: Lám. X, XIV y XV) o la misma C/ Palas, n^{os} 5-7 (Pedregosa, 2009: lám. 1-3 y fig. 4).

1.2.2.2.- La escultura

Si bien en los últimos años se han producido nuevos hallazgos escultóricos como los del área del Molinete (Noguera y Madrid, 2009a) y el teatro romano (Ramallo, 2001b) , la mayoría de los documentados en *Carthago Noua* datan de finales del s. XIX y principios del XX. Entre la estatuaria que ha llegado a nuestros días, más de la mitad corresponde a representaciones para la decoración de las diversas *domus* de la ciudad[41], destacando los *hermae*, *peplophoroi*, *oscilla*… etc (Noguera, 2001); seguidas por las de carácter civil y religioso y las funerarias. Los continuados expolios desde época antigua

[41] Si tomamos como referencia los datos recogidos a principios de los 90 (Noguera, 1991: 171, fig. 1)

sin duda han contribuido a diezmar el número original de piezas de este tipo que hubieron de darse en la ciudad. El mejor ejemplo sea quizás el área forense –donde se concentraría una buena parte de la estatuaria urbana– convertido en una cantera en época tardía (Vizcaíno, 2002). La cercana Plaza de los Tres Reyes, entre el abundante material reutilizado que posea (Madrid, 1999), conserva diversos bloques en los que es posible advertir la impronta de esculturas. Ya se ha hecho referencia a aquellas cuya noticia nos ha llegado a través de los pedestales que las sostenían, siendo muy escasos los fragmentos encuadrables dentro del s. II d.C.[42].

La parte anterior de una pantera sentada es uno de los pocos que parecen adscribirse con seguridad a esta época. Se trata de una deteriorada representación del animal que pertenece a una pieza de mayores dimensiones en la que el felino acompañaría a Dionisos, como muestran numerosos paralelos (Noguera, 1991: nº cat. 10, 59-63). Los temas báquicos, en los que la pantera suele formar parte del cortejo de la divinidad son bien conocidos debido a las aventuras que vivió la divinidad en la India, tal y como recogen las fuentes literarias (Ghini, 1989: 181-182). El otro fragmento relevante, del que al igual que el anterior se desconoce la procedencia, pertenece a una escultura de tipo militar. La parte conservada corresponde a un faldellín de *laudae* (fig. 30), un conjunto de tiras de cuero que protegían la cintura del individuo (Noguera, 1991: nº cat. 22, 100-102). Por sus características físicas, entre las que destaca el uso del trépano, podría fecharse entre el reinado de Antonino Pío (138 d.C.) y los años finales de la dinastía (192 d.C.). Quizás en torno a esta cronología cabría situar otros dos fragmentos de escultura *thoracata* hallados bajo el Gran Hotel en 1907 (Noguera, 1991: nº cat. 20 y 21, 97-99). Pertenecerían a una misma pieza –rota por los obreros durante su extracción (Beltrán, 1952: 51) decorada por un caballo del que se conserva la cabeza (y que estaría enfrentada a otro idéntico) y un busto de un personaje no identificado; motivos que no encuentran paralelos entre el repertorio de las esculturas

[42] Entre los que recogía J. M. Noguera en 1991 se incluía la célebre placa funeraria de *Cneo Atelio Toloco*, la única con una inscripción y un relieve figurado –de un hombre arando su campo con una yunta tirada por una pareja de bueyes– conservada en la ciudad. En función del tema agrícola, muy común en Oriente y otros puntos de *Hispania*, se propuso una datación para los s. II-III d.C. (Noguera, 1991: nº cat. 17, 86-90) si bien una revisión posterior basada en criterios paleográficos no permite fecharla más allá de la primera mitad del s. I d.C. (Abascal y Ramallo, 1997: nº cat. 80, 248-250), opinión que compartimos y por la que no se incluye entre el repertorio escultórico de época antoniniana. También cabe remarcar la presencia de algunos *oscilla*, discos de mármol destinados a la decoración de los espacios públicos y privados, labrados en ocasiones por sus dos caras, que eran suspendidos entre los elementos arquitectónicos (Noguera, 1991: 111, nota 363). Dos de ellos relativamente fragmentados que representan a un posible sátiro y un *gorgoneion* pudieron prolongar su presencia hasta el s. II d.C. como deja ver el contexto de su hallazgo, si bien su factura parece propia de talleres del s. I d.C. (Noguera, 1991: nº cat. 27 y 28, 110-115).

hispanorromanas con coraza (Acuña, 1975). Su aparición en el mismo lugar que el pedestal de *Numisius Laetus* invita a elucubrar una posible conexión entre ambos, por desgracia sin elementos suficientes para su ratificación. Las recientes excavaciones del Molinete han aportado nuevos elementos escultóricos que decorarían espacios públicos o bien residencias privadas y que por sus rasgos estilísticos pueden encuadrarse en el s. II d.C. Se trata de dos figurillas, la cabecita de una posible divinidad agreste, Fauno o Pan (fig. 31a), labrada en mármol blanco (Noguera, 2009a) y del cuerpo en "pavonazetto" de una musa (fig. 31b), Polimnia o acaso Callíope (Noguera, 2009c). Además cabe añadir una cabeza femenina de mayor tamaño en mármol de Luni identificada como una posible divinidad o ninfa, fechada en las últimas décadas del s. I d.C. o las primeras del s. II d.C. (Noguera, 2009b).

En este contexto cobra especial interés el busto masculino de mármol blanco y tamaño ligeramente menor del natural que apareció reutilizado en los muros de una casa moderna sobre el teatro romano (fig. 32a y 32b). A pesar de una fuerte erosión, distintos elementos sugieren su identificación con el emperador Antonino Pío (Ramallo, 2011: 127, 2009a: 258-259; 2008; Ramallo y Moneo, 2009: 141-142). El rostro, barbado y con una cabellera abundante en la que destaca el uso del trépano –característica que en un principio suscitó algunas dudas por emplearse especialmente en el s. III d.C. (Wood, 1986: 28)–, presenta unas facciones cuidadas, con ojos pequeños de párpados acentuados, nariz ancha y sobre todo unos marcados pliegues labio-nasales. Precisamente la forma en que el bigote une con los labios y el mentón y las rehundidas mejillas, son las características que con mayor nitidez permiten asociar la escultura con las representaciones del sucesor de Adriano. Entre los distintos retratos que se conocen del emperador el de Cartagena se acercaría al tipo principal, *Croce Greca 595* (Fittscher y Zanker, 1985: 63-66, nº 59), en el que se representa al hombre maduro y de gesto serio (fig. 32c y 32d). Entre los paralelos mejor conservados (Poulsen, 1974: 95-96, Pl. CXXI-CXXVI) quizás sea el retrato póstumo colosal de Kedima (Túnez) el más parecido (De Chaisemartin, 1987: 123-125). En él no sólo el cabello cae de la misma forma por detrás de la cabeza, sino que porta una corona vegetal muy similar (fig. 33a y 33b). Debido a la erosión podría interpretarse en un principio como la doble corona cívica de encina que ostenta un busto del emperador conservado en los Museos Capitolinos (Fittscher y Zanker, 1985: 66-67, nº 60), entendida como un símbolo de victoria, honorífico o funerario (fig. 33c). Sin embargo su labra maciza y con escaso volumen sugiere una identificación con una corona de laurel. Ésta no es exclusiva de las

representaciones imperiales pues se trata de atributo sacerdotal frecuente en la iconografía (Rumscheid, 2000: 1-5), especialmente en los relieves con escenas de sacrificio; aunque en nuestro caso la diferencia viene marcada por la presencia de una gema circular como la que se observa en el busto de Kedima (fig. 33b). Entre los paralelos que ayudan a corroborar nuestra hipótesis destaca un demacrado rostro hallado en Jerusalén y conservado en el Hermitage que representa al emperador Adriano o a un posible sacerdote (Votschinina, 1974: 159-161, nº 32)[43]. Posee una corona, de laurel, muy similar a la de Cartagena, rematada en su centro por un medallón (fig. 33d), que en nuestro caso se aprecia sutilmente (fig. 33a). Dos bustos de este emperador, uno procedente de Carthago y conservado en el Louvre y otro hallado en El Pireo son definidos como retratos con corona de laurel "con gema" ("couronne de laurier gemmée"; Evers, 1994: 145, 153-154 y 300, nº cat. 82 y 92 respectivamente). Otra representación supuestamente imperial, una cabeza de Lucio Vero hallada en Olimpia, dejar ver con mayor nitidez los detalles del laurel (donde se distinguen los pequeños frutos de la planta) y la gema que aparece en posición frontal (Hekler, 1972: XXXVII). En algunos ejemplos de estatuaria privada que se remontan a época tardorrepublicana y pueden perdurar hasta el s. III d.C. se encuentran modelos similares de coronas con medallón, (Rumscheid, 2000: 152-153, n^{os} 80-81), en donde llegan a apreciarse incluso representaciones de personajes (fig. 34a). Sin embargo la anchura de la banda de la pieza de *Carthago Noua* parece más en relación con el mencionado busto del Hermitage u otras representaciones imperiales[44], por lo general monumentales y asociadas a emperadores heroizados, desnudos o con coraza, un tipo muy empleado en el s. II d.C. Se dan especialmente en ámbito oriental, donde destacan el Adriano de Hierapytna (Creta) conservado en el Museo Arqueológico de Estambul[45] o la colosal cabeza de Marco Aurelio hallada en 2004 en el santuario de Qasr al-Bint en Petra[46] (fig. 34b).

En el caso de la pieza estudiada, a pesar de las diferencias en el tratamiento del cabello y su tamaño, ligeramente menor del natural, es el gesto serio del personaje y la

[43] El pliegue labio nasal y la mirada recuerdan también a representaciones de Antonino Pío, aunque la extrema delgadez de las facciones y su angulosidad lo alejan tanto de los modelos canónicos de este emperador como de su antecesor, de rasgos aún más redondeados. En cualquier caso cabe destacar la cronología, enmarcable dentro de la primera mitad del s. II d.C., un elemento más a favor de la vinculación de la pieza de Cartagena con los dinastas Antoninos.

[44] Aunque no ha posido ser consultado, *vid*. el trabajo de Oberleitner (1973).

[45] Ojeda, 2011: 44, nº cat. 19, lám. 15, 1-2. Vid. esta misma obra para otras representaciones del emperador con la misma corona.

[46] *Vid*. el imprescindible trabajo de Zayadine (2008) donde se recoge el hallazgo, que desafortunadamente no ha sido posible consultar.

extremada similitud de los rasgos faciales lo que en nuestra opinión corrobora su identificación con Antonino Pío. El hecho de que algunos de los retratos conocidos puedan ser póstumos[47] implica probablemente interpretaciones más libres del peinado, como ocurre en otros bustos documentados, a lo que cabe añadir la deformación volumétrica que en ocasiones produjo el desarrollo de la corona vegetal (De Chaisemartin, 1987: 124). Características fisiognómicas como sus prominentes mejillas, la frente arrugada y las cejas ligeramente inclinadas que acentúan una expresión preocupada, ausente, han permitido identificar a Antonino Pío en el caso de piezas mucho más deterioradas que la nuestra, como ocurre con una de Córdoba que con probabilidad formaría parte del programa decorativo del teatro de la ciudad (fig. 34c). Otro busto cordubense –de producción local– hallado en Puente Genil y conservadp en el MAN (León, 2009: 224-227, fig. 315-317; 2001: 310-311, nº 94; Ruiz-Nicoli, 2008: 90-91; Garriguet, 2005: 497-498) evidencia estos rasgos comunes, que caracterizan igualmente su imagen en las series numismáticas (Mattingly y Sydenham, 1986: plates I-II y V-VI; aquí fig. 34d).

En la interpretación del busto incide también el contexto histórico, pues si bien en la ciudad se conoce un pedestal de época severiana, el descenso de los homenajes a partir de mediados del s. II invita a situar este tipo de manifestaciones en la primera mitad de la centuria. A nivel hispano, independientemente de la bonanza de cada región, se da un fenómeno similar (Garriguet, 2008: 132, fig. 4) para cuya explicación se ha propuesto una preferencia por las esculturas de bronce frente al mármol a partir de los s. II-III d.C.[48]. Las cabezas de los emperadores Antoninos disminuyen en la geografía peninsular según se aproxima el final de la dinastía, contando únicamente con tres de Antonino Pío (las dos mencionadas y una tercera, desaparecida, también bética) y dos de Marco Aurelio (Garriguet, 2005: 500, Tabla 1). Sin embargo, si al retrato se suman los epígrafes dedicados a los emperadores se observa cómo Antonino Pío es el más representado en las provincias hispanas con 25 testimonios (Garriguet, 2005: 507). Un repertorio en el que se incluye la inscripción de Cartagena dedicada por el senado local a cargo del *curator Postumius Claranus* y al que cabe añadir la cabeza aquí analizada,

[47] Para los que cabría tomar como referencia la representación de la apoteosis del emperador y su esposa a los pies de la columna de Marco Aurelio, levantada en un momento poco posterior a su muerte, acaecida en 161 d.C. (De Chaisemartin, 1987: 124).

[48] Así como una mayor presencia de los sarcófagos con retratos, que también habrían desplazado otras formas más tradicionales de estatuaria (Rodà, 1996: 131-136).).En cualquier caso cabe destacar que estadísticamente la diferencia entre la primera y la segunda mitad del s. II d.C. puede verse acentuada por el hecho de que Trajano y Adriano fueran oriundos de la Bética, lo que genera unos grandes porcentajes de estos dos emperadores en las primeras décadas de la centuria (Garriguet, 2005: 507-508).

cuyos rasgos estilísticos, contexto y paralelos creemos que acreditan –aun respetando el posible margen de error– su identificación.

Su importancia reside en el hecho de ser la primera representación imperial hallada en Cartagena (Garriguet, 2008: 130, fig. 3), donde hasta la fecha sólo se contaba con el retrato de un niño con corona, posible príncipe julio-claudio (Noguera, 1991: 90-94), la escultura de un togado *capite velato* hallada en la curia, asociada al emperador y los miembros de la casa imperial que sin embargo también pudo pertenecer a un personaje de alto rango (Noguera, 2003c: 57) y una cornucopia que formó parte de la escultura honorífica de una deidad o bien de un miembro de la familia imperial divinizado, como recuerda poderosamente el paralelo de la Livia cordubense de Iponuba (Noguera, Madrid y Velasco, 2009: 101-109).

1.2.2.3.- Construcciones *ex nouo*

A día de hoy todavía no se ha documentado ningún edificio de nueva planta propio del s. II d.C. aunque testimonios como el de *L. Aemilius Rectus* y diversos elementos arquitectónicos (en su mayoría hallazgos descontextualizados) dejan presuponer su existencia. Por su calidad y dimensiones –casi 1 m. de diámetro– destacan dos fustes de mármol "cipollino" conservados en la Catedral Vieja (Soler, 2004a: 474-476). Según la historiografía local eran cuatro en su origen y fueron halladas en la zona de Antiguones, cerca del anfiteatro, recibiendo actualmente las dos columnas conocidas el nombre de "pretoriana" (fig. 35a) y "de los mártires" (fig. 35b). El mármol *Carystium* provenía de las canteras griegas de la isla Eubea, cuya explotación estaba bajo control imperial y era un material costoso: para las dos columnas se ha calculado un precio aproximado de 1240 sextercios al que cabría añadir los costes del transporte y su labra. Este tipo de arquitectura monumental se desarrolla bajo los Antoninos y recuerda a las columnas honoríficas que se erigieron en algunas ciudades del Mediterráneo como Hermópolis Magna o Alejandría (Thomas, 2007: 17 y ss., esp. 27-28, fig. 14c). Sin embargo, debido a su envergadura y al hecho de que previsiblemente se hallasen cuatro juntas se ha propuesto su vinculación con un edificio templar, algo además característico en época adrianea (Soler, 2004a: 475).

Diversos capiteles constituyen otro de los elementos arquitectónicos destacables en este período, casi todos de difícil ubicación a excepción de un grupo de tipo corintizante y mármol blanco procedente de una *domus* situada en la C/ Gisbert nº 14 y

fechados en la primera mitad del s. II d.C. (Martínez Rodríguez, 1998: 323-334, n^{os} 17-18). Sin embargo por su tamaño y relación con edificios de posible carácter público resulta más significativo un conjunto de capiteles jónicos hallados de forma aislada en la calles Balcones Azules (García Lorca, 2005); Honda nº 17 (Fernández Matallana *et alii*., 2007) y en las cercanías de la antigua Puerta de la Villa, en el cerro de la Concepción (Ramallo, 2004: 205-207). Son piezas definidas por sus volutas adaptadas al esquema de doble S (fig. 36a y 36b), elemento característico de capiteles corintizantes que sin embargo en Cartagena se aplican a la arquitectura propia del capitel jónico, de ahí que hayan sido denominados capiteles jónicos de aire corintizante (Ramallo, 2009: 147-149, de quien tomamos la definición). Por su similitud entre sí se pueden considerar salidos de un mismo taller y con ellos guarda además un notable parecido otro ejemplar procedente de la *uilla* romana de El Paturro en Portmán (Fernández Díaz, 1999b: 97). Aunque su cronología se ha llevado hasta el siglo III d.C. (Soler, 2009: 214) también se había apuntado a fechas más tempranas, rebajándola hasta los s. I o II d.C. (Ramallo, 2004a: 214). En una reciente revisión (Ramallo, e. p.) incide sobre esta datación relacionando los ejemplares de *Carthago Noua* con diversos paralelos entre los que se incluyen los de la basílica de Segóbriga estudiados por M. Trunk (2008: 28-30), con numerosos elementos comunes y fechados en época augustea. Hasta la fecha el criterio principal para retrasar su cronología había sido el estilístico a través del cual el ejemplar de Portmán se llevaba a época severiana (Gutiérrez Behemerid, 1992: 35, nº 105) si bien ya con posterioridad se tendía a rebajar la fecha como poco a mediados del s. II d.C. (Fernández Díaz, 1999b: 97). Si atendemos a otros criterios, como por ejemplo en este último caso, los estratigráficos (revisados con detalle en esta sede) se aprecia un desajuste, pues se está fechando un elemento arquitectónico en un edificio en el mismo momento en el que este se abandona (vid. cap. 6). En cualquier caso otros argumentos que vienen a reforzar la hipótesis de una cronología más temprana para el uso del travertino rojo de Mula, es su empleo arquitectónico ya desde finales del s. I a.C., como atestiguan capiteles más antiguos (y también jónicos) como los de la palestra de las termas del Molinete (Noguera y Madrid, 2009b: 171-174). Para las canteras de origen se desconoce el período de explotación, pero probablemente no estuvieron en uso más allá de época imperial, s. l-III d.C. (Soler *et alii*., 2012: 747).

Por tanto, aunque para la primera mitad del s. II d.C. se conocen reformas importantes, como las que tienen lugar en el edificio del atrio (Noguera y Madrid, 2010:

107, fig. 2.2) y la palestra de las termas del Molinete, donde incluso se llega a levantar una *popina*, pequeña barra de bar o restaurante (Noguera, Madrid y Velasco, 2009: 111-112), y contamos con diversos elementos arquitectónicos de dicha cronología (pero difícil ubicación), no se ha documentado por el momento construcción alguna atribuible plenamente a estas décadas. Circunstancia que no es óbice para constatar una vitalidad urbana reflejada en mayor o menor grado en su actividad edilicia.

1.3.- Hacia una nueva configuración

La revisión de diversas evidencias ha permitido constatar el dinamismo de *Carthago Noua* durante la primera mitad del s. II d.C., lejos de la imagen de debilidad que algunos autores planteaban ya para finales del s. I d.C. Sin embargo la situación empezará a desvanecerse a partir del gobierno de Marco Aurelio, traduciéndose en la aparición de los abundantes "niveles de abandono" que dan nombre al presente trabajo. La fórmula implica diversas connotaciones que tienen que ver con la transformación radical de las condiciones de vida de la colonia y un deterioro de su tejido socio-económico. El reflejo más evidente del nuevo escenario es una notable recesión del área urbana que afecta a todo tipo de espacios, públicos y privados (Ruiz Valderas *et alii*, 1993, 59). La ciudad se replegará hacia el puerto, su elemento indispensable, perdiendo casi dos terceras partes de la superficie que llegó a ocupar en su momento de mayor esplendor. De esta regresión, sin parangón en su historia posterior, Cartagena no volvería a recuperarse hasta el s. XVIII. La urbe tardía utilizó el área oriental abandonada como terreno para las nuevas zonas cemeteriales, que si bien se situaban *intra moenia* respecto al período altoimperial, con toda seguridad estaban ahora fuera de las nuevas murallas. En cualquier caso, los diversos abandonos y destrucciones que se documentan en la colonia entre los s. II y III d.C. han sido entendidos tradicionalmente como una misma secuencia de paulatino declive. La comprensión de este largo periodo requiere pues de un examen más detenido que permita distinguir fases –si es que se dieron–, matizar la naturaleza de los niveles estratigráficos e intentar dotarlos de un marco histórico sobre una base sólidamente argumentada. Ante la ausencia de evidencias literarias, epigráficas y prácticamente arquitectónicas (apenas se conocen necrópolis o ajuares completos, ya sean funerarios o domésticos) los numerosos fragmentos de cerámica que conforman las secuencias de abandono se convierten en la principal fuente de información. El propio proceso de deposición complica las

dataciones, pues pueden desarrollarse durante un período más dilatado de tiempo, de ahí que nuestro objetivo se centre de manera exhaustiva en la cultura material cerámica.

El análisis de la realidad arqueológica de este momento no afecta solamente a *Carthago Noua*; se revela fundamental para conocer la historia de la ciudad hispana en el complejo período de transición entre el Alto Imperio y la Antigüedad Tardía, para el que resulta cada vez más necesario el estudio de los diversos casos particulares.

CAPÍTULO 2

OBJETIVOS y METODOLOGÍA

2.1.- El estudio de los niveles de abandono. Objetivos

La finalidad del presente trabajo de tesis es aportar nuevos datos para la comprensión del desarrollo urbano de *Carthago Noua* en los s. II-III d.C. desde una perspectiva arqueológica. La problemática a analizar fue planteada hace ya 30 años[49], incidiendo en la necesidad de profundizar en el conocimiento de los contextos de este período como medio más pertinente para su estudio. De hecho las fuentes arqueológicas devienen las principales referencias para un momento en el que, como se ha visto, las literarias y las epigráficas brillan por su ausencia. Independientemente de la discusión que puedan generar las "convulsiones" del siglo III y su interpretación histórica[50], era fundamental realizar una revisión de la cultura material de esta época y su cronología[51].

La ausencia de secuencias estratigráficas con las que se contaba a principios de los 80 se fue completando paulatinamente en los años sucesivos gracias a la consolidación del modelo autonómico y al importante impulso de la arqueología de urgencia. Sin embargo el aumento cuantitativo de excavaciones no se tradujo en un avance de la investigación y a pesar de la existencia de numerosos contextos, éstos adolecían de un estudio en profundidad. La situación se hacía especialmente patente en el caso concreto de los niveles de abandono de los s. II-III d.C., pues aún documentándose de forma abundante por gran parte de la superficie de la antigua *Carthago Noua*, no habían sido reseñados más que de forma puntual. Además, el fenómeno no sólo se detectaba en la ciudad y su *ager* inmediato, también en otros puntos del interior y del área del Sureste, siendo la cercana *Lucentum* (Tossal de

[49] (Ramallo, 1983-84: 97): *"Aún estamos lejos de conocer con precisión las repercusiones que las convulsiones, de distinto orden, del siglo III tuvieron en la ciudad de Cartago Nova y sus alrededores, ya que carecemos por el momento de secuencias estratigráficas precisas que permitan conocer con detalle la evolución urbana y rural"*.

[50] Para algunos de los problemas relativos a este período *vid*. cap. 6

[51] (Arce, 1999: 361): *"El siglo III, en fin, presenta un grave problema para todos los arqueólogos y la evidencia arqueológica: las dataciones. Precisamente por su mismo carácter de transición y readaptación, por su relativo alejamiento del centro y de sus modelos, resulta difícil asignar a este período obras de arte, objetos, mosaicos, retratos (menos) y otras manifestaciones, así como estructuras arquitectónicas, reutilizaciones o niveles arqueológicos"*.

Manises, Alicante) uno de los ejemplos mejor conocidos (Guilabert *et alii*., 2007: 45-47).

Sobre la base pues, de esta problemática histórica, se ha desarrollado el presente trabajo, cuyos objetivos han sido:

.- El estudio y la lectura de la secuencia estratigráfica de diferentes yacimientos de la ciudad de Cartagena y sus alrededores con el fin de definir las características deposicionales (violentas o paulatinas) vinculadas al proceso de recesión acontecido en los s. II-III d.C.

.- El análisis de los contextos de cada excavación a través de su (re)inventariado y dibujo de cara a la elaboración de tablas de referencia que permitan la asociación de tipos cerámicos y fases.

.- La clasificación tipológica de las familias cerámicas comunes –principalmente oxidantes y reductoras– que no habían sido ordenadas hasta la fecha, prestando especial atención a la posible fabricación de envases locales, destacada incógnita para la comprensión del contexto productivo de la colonia y su papel en la articulación del *ager Carthaginiensis*.

.- La revisión de todas las cronologías sobre la base de las nuevas identificaciones y los avances bibliográficos de los últimos 30 años de cara a matizar la horquilla cronológica en la que se formaron los mencionados niveles.

.- El establecimiento de un marco histórico más detallado que el hasta ahora considerado en el que situar el proceso de recesión tras la discusión de los principales hitos de carácter económico, social y político que pudieran tener relación con el mismo.

.- La constatación de hasta qué punto el fenómeno de abandono es extensible al resto del territorio, comprobando si se registran el mismo tipo de secuencias y ajuares materiales.

.- Y en última instancia, aunque no por ello menos importante, la colocación de unas bases que permitan plantear mediante futuros enfoques sobre la cultura material un acercamiento a las formas de vida del período estudiado.

Todo lo anterior podría resumirse en una sola premisa: el conocimiento de la ciudad de *Carthago Noua* y su entorno entre los s. II –III d.C. sobre la base de la información disponible, mayoritariamente arqueológica y particularmente ceramológica. Quien busque en estas páginas un enfoque histórico lo encontrará, pero siempre desde la perspectiva predominante del factor cerámico, objeto principal del estudio.

2.1.1.- La cerámica, documento histórico

¿Por qué la cerámica? Sin duda por muchos motivos, aunque los principales sean su abundancia y su capacidad de datación. La resistencia que muestra frente al paso del tiempo y su uso cotidiano y masivo en épocas pretéritas hace de ella el principal material hallado en las intervenciones arqueológicas, otorgándole el rango de fuente. Este interés –intrínseco aunque no siempre sea puesto de manifiesto por la historiografía– se hace patente en casos como el que nos ocupa, en el que ante la ausencia de referencias literarias, epigráficas e incluso numismáticas, se configura como el principal documento para la interpretación histórica (Beltrán, 2004: 9). Su valor como elemento mayoritario del *instrumentum domesticum* romano justificaría *per se* un estudio monográfico, reivindicando una línea de investigación con especial desarrollo en los años 80 del pasado siglo –a partir de trabajos pioneros como los de Vegas (1973) y Beltrán (1978)– que sin embargo ha perdido visibilidad con posterioridad. Más allá de las monografías que se le dedicaron en su momento y que siguieron apareciendo de manera sucesiva[52], su decaimiento se observa en el resto de publicaciones del ámbito arqueológico, en los que la inserción de láminas de cerámica ha quedado como algo anecdótico y en ocasiones reservado en exclusiva a aquellos fragmentos de características más llamativas[53]. Un fenómeno que evidencia la concepción de la ceramología como la hermana menor de la Arqueología Clásica, al menos en nuestro

[52] Para profundizar en la evolución de los estudios y la producción bibliográfica, con especial atención a las zonas costeras de *Hispania*, *vid*. Járrega, 2008.
[53] Un buen ejemplo son las Memorias de Arqueología de la Región de Murcia, en las que a pesar de una evolución cualitativa, los trabajos de los 80 dedican una mayor (y mejor) atención a los repertorios cerámicos que en la actualidad.

país, donde la búsqueda de dataciones parece ser el principal (y en muchos casos único) objetivo de la investigación (Bernal y Ribera, 2008: 28). Si bien sería recomendable aproximarse al estudio de las producciones cerámicas desde otros enfoques que generasen nuevas lecturas (*vid*. punto 2.3) el predominio del factor cronológico es también importante en nuestro caso. No por su aparente inevitabilidad en este tipo de estudios, sino por la verdadera necesidad de matizar la fecha de los niveles de abandono. De hecho, a pesar de ser conscientes de las posibilidades que ofrece el registro cerámico (muchas aprendidas durante el desarrollo de la tesis), nuestro trabajo parte con un marcado sesgo crono-tipológico que se mantendrá hasta el final.

La adquisición de un conocimiento más profundo de los repertorios y su amplia variedad permite, por un lado, documentar piezas hasta la fecha desconocidas o mal catalogadas que eran "invisibles" a los ojos de la investigación y, por el otro, generar un volumen de información con el que comprender mejor la dinámica de consumo de la ciudad y su territorio y completar así el mapa de los circuitos comerciales de los principales centros del Mediterráneo occidental.

El primer punto afecta a distintas producciones, entre las que de nuevo destacan las comunes. Llamadas con frecuencia "locales" constituyen un cajón de sastre donde todo tiene cabida. De hecho en los contextos de Cartagena hasta fecha reciente sólo se distinguía entre cerámica común oxidante y reductora, ambas con un origen supuestamente autóctono[54]. Uno de los objetivos consiste en matizar su clasificación y procedencia, pues en ocasiones bajo nombres distintos se engloban los mismos grupos como sucede con la cerámica reductora de cocina (*vid*. cap. 4). Publicada siempre como cerámica local, se puede encontrar bajo el nombre de "cerámica común de tonos grisáceos", "cerámica gris" o "cerámica de cocina reductora"… ¡y en realidad es la misma producción con las mismas formas! Hemos de suponer por tanto un origen común en una zona o región y no local en todos y cada uno de los enclaves en los que aparecían como hasta ahora (Cartagena, Águilas, Mazarrón, Jumilla, Lorca… etc.). Mientras que para repertorios más estandarizados y mejor conocidos no tendría sentido dar a una misma pieza –pongamos una Dragendorff 37– un nombre distinto cada vez que apareciese en un nuevo yacimiento, el fenómeno es constante entre los vasos comunes. Por otra parte, sorprende que los niveles de los s. II-III d.C. estén compuestos casi en su mayoría por cerámicas de este tipo así como de procedencia africana, aunque

[54] Así era considerado hasta fecha reciente por nosotros mismos, tal y como recogimos en trabajos en los que estas producciones no habían sido analizadas con mayor profundidad (Quevedo, 2009a: 219).

este último caso es normal dado su masivo comercio que inundó todo el Mediterráneo. Sin embargo en una ciudad portuaria se echan en falta otras producciones comunes como las orientales, presentes en puntos como *Tarraco* (García Noguera *et alii*, 1997: 195-197). Más allá de su mayor o menor incidencia en el consumo de la colonia es lógico plantear que su ausencia se deba a un vacío de conocimiento y que paulatinamente muchas de las que han sido clasificadas como comunes locales vayan abandonando dicha nomenclatura. En esta línea, y a propósito de la forma de TSA Hayes 105-106, Michel Bonifay demuestra con un interesante mapa –que a fin de cuentas no es más que un instrumento de trabajo– cómo la distribución de las piezas varía en función de los avances de la investigación (fig. 37). Por lo tanto, no es posible contemplar algunos mapas de difusión de materiales propios de época antonina y severa, particularmente orientales, como el cubilete Marabini LXVIII (Pellegrino, 2009) o el ánfora LR 3A (Papaioannou, 2011: 203), sin un cierto recelo ante su sospechosa ausencia en suelo hispano (fig. 38 y 39). A su vez, su posible identificación habrá de ir acompañada de matices, pues si bien se sigue hablando de amplias zonas para definir el origen de algunas producciones, el espectacular desarrollo de los estudios ha enriquecido con variedad de talleres cada una de ellas. Así pues, ¿a qué nos estamos refiriendo cuando hablamos, por ejemplo, de un ánfora oriental? ¿Creta, Mar Egeo, Chipre, costa de Asia Menor, Palestina, Siria? El término es tan laxo que no tiene cabida, al igual que no tendría sentido definir una Dressel 20 desde el otro lado del Mediterráneo simplemente como un "ánfora occidental" por más que esto no deje de ser correcto. Aunque sin análisis de pastas es casi imposible ahondar más en la cuestión, cabe tener presente que aun definiendo una región dentro de un área más extensa, como por ejemplo la ciudad de Pérgamo si hablamos de las producciones de la costa Oeste de Anatolia, todavía sería posible distinguir talleres (Lémaître, 2002).

El segundo de los puntos mencionados anteriormente, referido al interés de conocer con mayor detalle los contextos de esta cronología, tiene que ver con la importancia de *Carthago Noua* como centro receptor y redistribuidor de primer orden. Su estudio permite establecer grupos como modelos de referencia para contrastarlos con los hallazgos cerámicos de otros puertos y, aunque en ocasiones los datos puedan parecer repetitivos, su publicación es fundamental (Gurt, 2007: 847)[55]. Este tipo de

[55] A pesar de que se han publicado buenos contextos de los s. II-III d.C. en otros puntos del Mediterráneo occidental que podrían haber suscitado el estudio de otros períodos menos conocidos cronológicamente,

análisis matiza las particularidades de la circulación de los productos cerámicos en el *Mare Nostrum* y la recreación de las rutas comerciales (AA.VV., 1998), facilitando el desarrollo de visiones históricas sobre la base del comercio antiguo (Reynolds, 2010). Así por ejemplo, a través del transporte anfórico, que adquiere un especial protagonismo dado que implica un intercambio de alimentos, se ha podido reconstruir parte de la dinámica económica de la zona de estudio aunque para el período inmediatamente anterior (Márquez y Molina, 2005; Molina, 1997). En otros casos la suma de toda una serie de contextos y un profundo conocimiento los mecanismos de producción de los distintos bienes y su circulación, permite sustentar debates con los que reinterpretar algunos de los más sólidos modelos históricos, como el recientemente planteado por Ward-Perkins (2010: 107-148) sobre el fin de la sociedad romana y su compleja economía.

En definitiva también se trata de completar la aportación de Cartagena en un campo en el que, a excepción de estudios puntuales de época republicana y augustea (Ramallo *et alii*., 2010; Ramallo *et alii*., 2008), y sobre todo los relacionados con la Antigüedad Tardía, recogidos recientemente en el gran trabajo de síntesis de J. Vizcaíno (2009: 599-632, con bibliografía), había quedado completamente desplazada. A diferencia de otros temas como la decoración arquitectónica en el que es un referente, en el panorama ceramológico sólo hay que llevar a cabo una revisión rápida de las principales obras generales para observar contadas participaciones en los últimos 20 años, siendo en la actualidad las áreas catalano-valenciana y andaluza quienes encabezan la investigación (Bernal y Ribera, 2008: 28-33).

2.1.1.1.- Problemas de Cronología

Ante la aparición de los distintos contextos que marcan la recesión urbana la primera pregunta que cabe hacerse es la de si su origen responde a un fenómeno homogéneo y unitario o por el contrario es fruto de diversos acontecimientos dilatados en el tiempo. Aunque no siempre se pueda precisar, el uso de una horquilla cronológica demasiado amplia distorsiona la visión de los hechos históricos y complica la asociación de determinados momentos con eventos puntuales. Si tomamos como referencia el abandono de las *domus* de la C/ Jara nº 12, de mediados del s. II d.C. (Ruiz

---

defendemos el nuestro como aportación para la comprensión de un momento de difícil definición en cuanto a situación de las ciudades y el territorio, al menos en clave regional para el Sureste hispano.

Valderas, 1996: 504) y el colapso de la vivienda de la C/ Cuatro Santos nº 40, de la segunda mitad del s. III d.C. (Vidal y De Miquel, 1988: 444) obtenemos una diferencia de más de un siglo entre ambos eventos. ¿De cuántas generaciones estamos hablando al decir s. II-III d.C.?[56] ¿Es lo mismo que se abandone una casa a principios del s. II d.C. que a mediados del III d.C.? Es cierto que los ritmos históricos pueden no ser tan rápidos como en el mundo actual (basta pensar en un siglo XX marcado por dos Guerras Mundiales y con unos avances tecnológicos que han abierto una brecha abismal respecto a etapas precedentes) pero con frecuencia se habla, quizás con demasiada ligereza, de períodos comprendidos por varios siglos. Son muchos los casos que reflejan esta situación, pero pongamos por citar uno cercano, el de la factoría romana de salazones del Puerto de Mazarrón. En ella se hallaron varios tanques: "y en estos últimos se documentó la existencia de la jarrita fundacional que tipológicamente corresponde a los ss. I al III" (Martínez Alcalde, 2003b: 62). ¡Tres siglos para datar la construcción de un edificio! ¿Acaso será lo mismo que se construya bajo el mandato de Augusto que bajo el de Diocleciano? Es un ejemplo hiperbólico pero ilustra con claridad el problema de las dataciones, que afecta de lleno a los llamados "niveles de abandono de los s. II-III d.C. de *Carthago Noua*" (*vid*. capítulo 3). Con los mismos materiales las fechas varían (además del propio proceso de formación del registro arqueológico). Así, mientras el colapso de una *domus* en el PERI CA-4 se fecha en la primera mitad del s. II d.C. sobre la base de la escasa cerámica hallada: TSA A y cazuelas africanas (Madrid Balanza *et alii*., 2005: 148), con piezas idénticas se otorga una cronología de mediados de dicha centuria al nivel de destrucción del teatro romano (Ruiz Valderas y García Cano, 2001: 199) y de finales a la *domus* de la Fortuna (Martín *et alii*., 2001: 41-48). En intervenciones como las llevadas a cabo en el área del *Augusteum* la oscilación puede ser incluso mayor, pasando de fechar un mismo nivel de incendio de los s. I a.C. y I d.C. en la C/ Caballero n^{os} 7-9 (Martínez Andreu, 1997a: 264-265) a mediados del s. III d.C. en el solar adyacente, el nº 5 de dicha vía (Fuentes, 2006: 150-152). Basta comparar las distintas fechas propuestas para el colapso de las calzadas de *Cathago Noua* –abandono a finales del s. I d.C. / inicios s. II d.C., en el s. II d.C., en el s. III, ocupación de la vía en época tardorromana…– (Antolinos, 2009: tabla 1) para comprender la necesidad de revisar contexto por contexto.

[56] Cabe recordar que en cálculos estimados sobre la edad de la población romana, la media de vida estaba situada en torno a los 37-39 años para los hombres y los 33-34 para las mujeres, con excepciones que superaban ampliamente estas cifras (Szylagyi, 1961; Étienne, 1959; citado a través de Gozalbes, 2007: 196, nota 68).

En ocasiones las complicaciones surgen de imprecisiones sin aparente importancia. La falta de términos más concisos –inicios, mediados, finales– origina una confusión que sólo es posible esclarecer medianamente si se adjuntan los contextos de los que se extrae la datación. Esta necesidad se pone de relieve cuando a la ausencia de láminas de cerámica se añaden pequeños errores que tienen que ver más con deslices en la maquetación del trabajo que con una intencionalidad de los autores. Así por ejemplo, que al hablar de intervenciones en Cartagena y de niveles del s. II se confundan las siglas "d.C." con "a.C." puede parecer una minucia[57], pero sin referencias a los materiales de los que se obtiene la cronología ni dibujos, los datos quedan inutilizables para la investigación salvo que se revisen personalmente en el Museo.

De cara a matizar la cronología cabe destacar la dependencia, particularmente en el caso de los estudios desarrollados en el área del Sureste, de la *terra sigillata*. Resulta cuanto menos inquietante constatar la vigencia de algunas carencias como la que denunciaba al empezar su libro Mercedes Vegas (1973: 1):

> "El estudio de la vajilla fina de época romana se ha demostrado de gran utilidad para la datación, y diversas publicaciones sobre la terra sigillata prueban el interés de los arqueólogos en esta clase cerámica. En cambio el estudio de la llamada cerámica común, es decir, de la cerámica de cocina y en parte también de mesa, pero no precisamente sigillata y afines, ha sido bastante abandonado"[58].

¿Qué ocurre, pues, cuando sólo contamos con este tipo de producciones? Unas cerámicas que además son las más abundantes de todas, las más comunes, como su propio nombre indica, aunque irónicamente las menos conocidas. Su correcta datación

[57] En ciertos casos es factible discernir la referencia correcta pero en otros, especialmente en excavaciones urbanas con distintas fases, ambas posibilidades (a.C. – d.C.) tienen cabida y resulta imposible, sobre la base de lo publicado, distinguirlas con claridad.

[58] Este modelo continúa repitiéndose en muchos casos, principalmente a través de las nociones sobre cerámica recibidas en la carrera y se perpetuará hasta que la aportación de las cerámicas comunes no sea reconocida en su justa manera. La experiencia personal de quien firma ilustra con claridad la situación. Durante los años de disfrute de la beca, destinada a la Formación de Profesorado Universitario, hube de participar de la docencia universitaria organizando un seminario dedicado a la cerámica romana dentro de varias asignaturas de Arqueología Clásica. En las mismas se destinaban hasta 4 sesiones a las sigillatas (un día para cada producción: itálicas, gálicas, africanas e hispánicas) ¡y apenas media hora para las cerámicas comunes! Éstas se despachaban rápidamente dando a conocer las principales formas (morteros, ollas, sartenes, barreños… etc.) y mencionando los posibles tipos de pasta que se encuentran sobre la base de las diferentes cocciones (oxidantes, reductoras). Cuando, durante el devenir de la tesis, se ha tenido oportunidad de profundizar en aspectos que van más allá de lo cronológico y de estudiar algunas de estas producciones, ha resultado revelador el interés que pueden llegar a suscitar.

va más allá de lo anecdótico y supone un verdadero problema de cara a la concepción del desarrollo histórico de un territorio. Un buen ejemplo lo constituye la interesante necrópolis excavada en la calle Rey Carlos III, n^{os} 27 y 32 de Águilas (Hernández García, 2004b). En ella, de un conjunto de 9 inhumaciones (Hernández García, 2010b: 354):

> "Pocos elementos proporcionan datos definitorios desde el punto de vista cronológico. Los elementos de ajuar se circunscriben a tres piezas de cerámica común. Algunos fragmentos recogidos en la colmatación o relleno sobre los cadáveres en la sepultura, que unido a los antecedentes recogidos fortuitamente, nos sitúan temporalmente en los dos primeros siglos de la era. Como hemos indicado, cabe reseñar la aparición como ajuar en la tumba 4 de una jarrita y en la tumba 6 de un cuenco con pie de anillo y borde reentrante, a la altura de las rodillas, y de un cuenco con pitorro de cerámica común situado junto a la cabeza".

La revisión de las piezas, como la mencionada jarra, de procedencia africana y que se corresponde con el tipo Bonifay 50 (fig. 40a), o el cuenco con pitorro (fig. 40b) posteriormente estudiado (*vid*. cap. 4), nos permiten matizar ahora la cronología de la necrópolis entre finales del s. II e inicios del s. III d.C., con lo que ello implica para el conocimiento de la Águilas romana. En cualquier caso, por más que se pueda ajustar la datación de algunos períodos, cabe ser realista en cuanto a las limitaciones que también ofrece la cerámica: el carácter frágil e incierto de su cronología obliga a una constante revisión (Ferdière, 2007: 20). En determinadas zonas y momentos históricos como el África vándala y bizantina la datación llega a suponer un complejo problema y sugiere una especial prudencia, lo mismo que en los primeros contextos sirios de ocupación árabe, donde los repertorios hubieron de presentar pocas diferencias con los de época bizantina (Bonifay, 2002: 188-190). Ni siquiera la numismática, casi inexistente en las intervenciones aquí estudiadas, está exenta de dificultades a la hora de aportar una fecha (Reece, 2011) y no cabe olvidar la naturaleza de los propios niveles, pues si ya se aprecian diferencias entre deposiciones de conjuntos cerrados y estructuras de hábitat (Lavendhomme, 1998: 27-29), éstas son muy notables al comparar niveles de abandono

y de destrucción[59]. Aunque la concepción de las piezas como "fósiles directores" [60] ha sido criticada desde hace tiempo (Orton *et alii*., 1993: 14) es difícil sustraerse al intento de matizar lo máximo posible la cronología de los contextos. Influidos por la recurrente TSA C, cuya aparición en el Mediterráneo marca un término *post quem* en torno a 230-240 d.C. (Atlante I, 1981: 14-15), los repertorios de finales del s. II d.C. – inicios del s. III d.C. difícilmente pueden ser definidos con mayor precisión (Rivet, 2004b: 184-185). Aunque en un principio los contextos tardíos generaban mayores problemas de datación, los espectaculares avances de los últimos años han permitido generar secuencias que se ciñen a períodos de medio siglo o incluso menos (Bonifay y Raynaud, 2007: Mukai, fig. 84). Hace más de 30 años P.-A. Février escribía que, si bien para los niveles altoimperiales una década o dos servían como cuadro cronológico, para los tardíos un período de medio siglo era fácilmente aceptable como unidad de medida (Février, 1980: 160). Ahora, irónicamente, este hecho parece haberse invertido, siendo mucho mejor conocidos los segundos que los primeros.

2.1.2.- En tierra de nadie: a caballo entre el Alto y el Bajo Imperio

La búsqueda de una precisión cronológica que vaya más allá de la horquilla, excesivamente amplia, de "s. II–III d.C.", cuenta con un problema añadido: su carácter de etapa de transición. Independientemente de su realidad (no se discutirán en este punto los posibles cambios en el modelo socioeconómico), la división historiográfica existe, sumiendo a todo lo que queda entre Alto y Bajo Imperio, al menos en lo que a la cerámica concierne, en una cierta tierra de nadie. La propia periodización de época imperial varía en función de autores y escuelas (Breisach, 2006; Guarracino, 2001; Pomian, 1992). En cualquier manual (español) al uso la separación tradicional distinguía entre Alto y Bajo Imperio, comprendiendo en el primero los siglos que iban del gobierno de Augusto (27 a.C. - 14 d.C.) al de Diocleciano (284-305 d.C.) y en el segundo desde este último emperador a la deposición de Rómulo Augústulo en 476 d.C. (Bajo y Mangas, 1994: 635). Sin embargo el carácter peyorativo del término

[59] Y teniendo en cuenta además los "efectos colaterales" del estudio ceramológico, tal y como lo define Rivet (2007a: 14) es decir, la tendencia a veces inevitable a inclinar más la horquilla cronológica hacia un lado y otro según se adapte mejor a unos hechos o a una hipótesis formulada con anterioridad por el arqueólogo.

[60] Actualmente, y tras diversas lecturas, el uso de este término no nos parece tan conveniente, aunque cabe recordar que llegamos a emplearlo en referencia a las firmas de las lucernas africanas (Quevedo, 2008: 64).

bajoimperial, asociaciado a una idea de decadencia, favoreció la paulatina sustitución del mismo por el de Antigüedad Tardía (Marrou, 1977). Que esta forma de periodización –que se mantiene por ejemplo en el caso de la Alta y la Baja Edad Media, siendo esta última etapa especialmente brillante– implique un juicio de valor no parece un problema que no pudiese ser matizado por el historiador sin dar lugar a mayores discusiones. Además la introducción del extenso concepto de Antigüedad Tardía desvirtúa una cronología destinada en principio a los últimos siglos del mundo romano si seguimos el modelo marcado por la *Cambridge Ancient History*[61]. Los márgenes se desplazan tanto para la parte final del período como para la inicial, que nos afecta plenamente (Marcone, 2008; Athanassiadi, 2006; AA.VV., 2004[62]). Así, mientras que para escuelas como la francesa el Alto Imperio llega hasta el final de la dinastía de los Severos (Martin *et alii.*, 2003), para la tradición anglosajona Marco Aurelio marca el inicio del mundo tardío (Brown, 1974). Un mundo que puede prolongarse hasta el s. VIII; problemática que varía en función de la geopolítica mediterránea (Gasparri, 2006b: 27-28), pues frente a la continuidad de la zona oriental, fechas como la división del Imperio en 395 d.C. o la llegada de los bárbaros en 409 d.C. hacen del s. IV el último de la *Hispania* romana, parafraseando el título del célebre libro de J. Arce (1982). Todo ello sin entrar a valorar la propia concepción que las gentes de la Antigüedad tenían de este período y su contraposición a la "Edad de oro" vivida bajo el mandato de Antoninos y Severos (Moreno 2001: 179-181).

Habitualmente la barrera que separaba Alto y Bajo Imperio era la formada por los años de la "crisis" y la anarquía militar de mediados del s. III d.C. (Loriot y Nony, 1997), aunque puede estar regida por otros hitos dentro del período de "mutaciones" que tiene lugar entre la muerte de Cómodo, el último de los Antoninos (192 d.C.) y el Concilio de Nicea (325 d.C.), reflejo del auge del cristianismo (Le Bohec, 1997: 5-6). La periodización en sí misma no tiene tanto que ver con hechos concretos como con la paulatina transformación de las mentalidades y los ciclos económicos pues, aunque el tiempo histórico posee continuidad, es evidente su continuo cambio. En esta etapa, para la que también se puede tomar como punto de partida el gobierno de Marco Aurelio (Arce 1998: 353), a la presión en las fronteras y la inflación monetaria hay que sumar

[61] Alto Imperio: 70-192 d.C. (Bowman, Garnsey y Rathbone, 2008), Crisis del Imperio: 193-337 d.C. (Bowman, Garnsey y Cameron, 2008), Tardo Imperio: 337-425 d.C. (Cameron y Garnsey, 2008) y Antigüedad Tardía: 425-600 d.C. (Cameron *et alii*., 2008).

[62] Discusión monográfica que ocupa parte del vol. 45 (nº 1) la revista Studi Storici en el que seis autores (E. Lo Cascio, G. W. Bowersock, L. Cracco Ruggini, A. Marcone, A. Schiavone y A. Giardina) reflexionan sobre la Tardoantigüedad en torno a un trabajo previo de A. Giardina (1999).

cambios sociales importantes como la extensión de la ciudadanía romana a todo el Imperio. En la historiografía italiana existe el término "medioimperial" para hacer alusión a este intervalo entre dos épocas mejor definidas, aplicándose en campos como el de la escultura y la numismática (Brusini, 2006; Gasparri, 2006a y 1989; Rossi, 1972) y también la cerámica (Panella, 2001 y 1982; Arthur, 1987) y llegando incluso a definir producciones anfóricas como las *MRA Middle Roman Amphorae* (Reynolds, 2010: 177, fig. 6). En nuestro país también ha sido utilizado en ocasiones (Járrega, 2009; Járrega y Otiña, 2008), incluso por nosotros mismos (Quevedo, 2012a y 2010b), aunque tampoco de forma sistemática. Ante eventuales dudas nos parece que lo más adecuado para moverse en la cronología de estos años es dar definiciones sobre la base de las distintas dinastías y emperadores o bien emplear términos como finales del s. II o inicios del s. III d.C.

2.1.2.1.- Problemas de periodización

En cualquier caso esta discusión no habría de tener mayor importancia de no ser por la consecuencia directa que de ella se deriva: la invisibilidad del período a nivel ceramológico. La contraposición entre Alto y Bajo Imperio genera en ocasiones un antagonismo que hace que los contextos de los s. II-III d.C. no tengan cabida en ninguno de estos dos grandes bloques. La problemática puede seguirse a través de los fructíferos trabajos sobre cerámica tardía realizados en los últimos diez años cuyo inicio podemos remontar hasta la *I International Conference on Late Roman Cooking Wares, Coarse Wares and Amphorae in the Mediterranean: Archaeology and Archaeometry* desarrollada en Barcelona en marzo de 2002. Esta reunión surgió como respuesta a la ausencia de un foro que recogiese las discusiones en torno a las cerámicas tardías de cocina, comunes y las ánforas, concentrando una información hasta ese momento dispersa en un volumen homónimo (Gurt *et alii*., 2005). Ponía un especial interés en análisis arqueométricos (tanto químicos como petrológicos, Maggetti, 1995) y afectaba principalmente a países del ámbito mediterráneo. El congreso resultó ser fundador de una serie de encuentros que desde entonces se han ido realizando con regularidad, adquiriendo en la actualidad un valor trianual. Dado que los límites cronológicos de la expresión "romano tardío" no habían sido definidos con claridad en la primera reunión, los editores de la segunda –celebrada en Aix-en-Provence en 2005 (Bonifay y Tréglia, 2007)– hicieron una propuesta muy ajustada relativa a los s. V-VII d.C. Sin embargo,

con motivo del balance de la tercera edición (acontecida en 2008 en las sedes compartidas de Pisa y Parma: Menchelli *et alii*., 2010), se pudo apreciar la necesidad de una mayor elasticidad en los términos cronológicos[63].

En cualquier caso, y como confirma una revisión del programa del último encuentro (LRCW 4, Tesalónica, 2011), los últimos siglos de Roma son los que concentran un mayor número de contribuciones, tomando como límite de partida en los casos más tempranos los años de mediados del s. III d.C.

El panorama cambia ligeramente al hablar de la vajilla fina, pues como ya defendía J. W. Hayes al referirse a la cronología de su célebre *Late Roman Pottery*, la datación comprendía para él entre los s. II-VII d.C. (Hayes, 1972: 1), misma horquilla que adopta M. Bonifay en su *Études sur la céramiques romaine tardive d'Afrique*, extendiéndolo además a otras categorías cerámicas (Bonifay, 2004: 1). En una reciente publicación que sigue la estela del LRCW pero destinada a las producciones finas, *Late Roman Fine Wares* (Cau *et alii*., 2011b), se plantea una revisión de las mismas centrada en el período 200-700 d.C. (Cau *et alii*., 2011a), encontrándose además en el mismo volumen ejemplos de aportaciones más tempranas (Lang-Desvignes, 2011).

Cabe tener presente que los desequilibrios que se dan hacia un lado u otro de la horquilla cronológica tienen que ver también con el propio avance de la investigación. Así, frente a producciones propias del cambio de era y el s. I d.C. como la *terra sigillata*, con una gran tradición de estudios desde el s. XIX (Roca, 2005a: 103-105 y 2005b: 131-133, con bibliografía) se situaban otras como las cerámicas tardías, para las que apenas nada se sabía en la segunda mitad del pasado s. XX. Sin embargo, el desarrollo de los trabajos llevados a cabo por distintas misiones en Carthago a partir de los años 70-80 (Hayes 1976a, 1978a y b; Riley, 1981; Fulford y Peacock 1984 y 1994; y Mackensen 1991 y 1999a y b)[64] propició un incremento considerable del conocimiento, quedando de forma indirecta en un segundo plano aquellas de los siglos situados entre Alto y Bajo Imperio. En el caso hispano se repite la situación (Bernal y Ribera, 2008:

[63] (Bonifay y Tréglia, 2010: 1033): "Or, cette définition n'a pas résisté à la réalité des contextes archéologiques et à la nécessité d'appréhender les productions céramiques sur la longue durée, comme le montre la chronologi très élastique abordée par les textes réunis dans le présent volumen. En effet les contextes de découverte s'échelonnent entre le milieu du IIIe s. et le début du VIIIe s. et il n'est pas rare de trouver, lorsque le discours le justifie, des informations sur des céramiques plus anciennes ou plus récentes".

[64] Los trabajos que no han podido ser consultados personalmente aparecen referenciados a través de Bonifay, 2004: 2-3; páginas en las que recoge además los estudios llevados a cabo en otras ciudades norteafricanas, poniendo el acento en cómo el número de excavaciones no ha supuesto un avance tan espectacular como cabría pensar en la ordenación cronotipológica de las producciones cerámicas

30), inclinándose por un lado hacia los niveles republicanos y augusteos (Revilla y Roca, 2010; Aquilué *et alii*., 2000, Ramon *et alii*., 1998) y por el otro hacia los del mundo tardío (Caballero *et alii*., 2004; Comas *et alii*., 1997), a excepción de algunos avances recientes surgidos con la voluntad de completar este vacío, como la reunión organizada en la Universidad de Barcelona por M. Roca, V. Revilla y M. Madrid Fernández (e. p.) en octubre de 2011 sobre *Contextos cerámicos y cultura material de época altoimperial en el Occidente romano*.

En definitiva, los contextos de los s. II-III d.C., ya sea porque unos autores los consideran tardíos o bien de carácter más temprano, no ocupan la misma visibilidad que los de otras cronologías, motivo por el que desde su estudio reivindicamos también su protagonismo.

2.1.3.- La producción cerámica en *Carthago Noua*: un vacío destacado

Si la información que aportan los centros de consumo es importante, no menos relevantes son los aspectos relativos a la producción cerámica, para la que las fuentes se muestran parcas[65] a pesar de algunas referencias sobre la organización de *figlinae* y *officinae* (Bermúdez y Juan Tovar, 1995: 29-32). Es cierto que la agricultura constituía la base de la economía en el mundo antiguo, pero otras actividades como la alfarería y el textil se filtraban entre los huecos que ésta dejaba, determinando las características de una economía regional o supra-regional (Poblome, 2004: 500). La "industria" cerámica, al igual que otras artesanías consideradas "menores" hubo de ser mucho más importante de lo que *a priori* podría parecer, pues abastecía a las propias ciudades de numerosos productos indispensables para el desarrollo de las tareas cotidianas.

La producción cerámica constituye uno de los ejes centrales de la investigación sobre el mundo romano y reviste un especial interés en el caso de Cartagena, donde apenas se conoce. A diferencia de otras ciudades cercanas como Lorca en las que se puede constatar una asombrosa pervivencia del saber hacer alfarero –en ocasiones incluso en torno a un mismo punto– desde la protohistoria hasta prácticamente la actualidad (Gallardo *et alii*., 2007: 149, lám. 10), la urbe portuaria no ha mantenido tal tradición. Entre las escasas referencias históricas que se conservan, una noticia de la

[65] A excepción de otras áreas geográficas donde se dan particularidades en cuanto a soportes y condiciones de conservación, como el caso de los papiros egipcios, de los que es posible recabar entre otras informaciones, datos sobre la fabricación de ánforas vinarias (Gallimore, 2010).

RAH de 1873 menciona el descubrimiento al norte de la ciudad cerca de Fuente Cubas, uno de los únicos puntos de abastecimiento hídrico, de unos quinientos platillos supuestamente árabes de hasta 9 centímetros de diámetro (Ramallo, 2011: 45-46). Todo ello en una zona situada a tres km del espacio que ocupaba la colonia romana pero que a día de hoy conserva el sugerente nombre de Los Barreros[66] (fig 41.1). En el casco histórico la única zona de producción cerámica conocida se situaba en los s. XVI-XVII en la llamada Morería (Casal, 1930: 351). Allí, al exterior de las murallas modernas y aprovechando las afloraciones de una cercana rambla (con posterioridad calle Santa Florentina) se levantaron distintos hornos de los que al menos arqueológicamente se han documentado cuatro (Egea *et alii*., 2006: 39-43; aquí fig 41.2). Los talleres que pudieran quedar en el s. XIX, en su mayoría de origen familiar, fueron desapareciendo paulatinamente debido a una creciente industrialización. En Cartagena esa misma centuria vio nacer dos fábricas de loza que aceleraron el mencionado proceso[67], siendo la de "La Amistad" la más importante (Navarro, 1980: 374-378).

A pesar de las referencia de las fuentes a los más de 2000 artesanos apresados por Escipión tras la conquista de la ciudad (Polibio; 10, 17, 14-16; Tito Livio; 26, 47, 1-3), que podría hacer suponer una cierta tradición obrera, nuestros conocimientos sobre las áreas artesanales de *Carthago Noua* son exiguos. Aun así, es posible distinguir dos puntos que concentran esta actividad desde época republicana: la ladera noroccidental del Cerro de Despeñaperros (Ramallo *et alii*., 2008: 581; aquí fig 41.3) y la mencionada Morería, bajo la que se observa una continuidad (espacial que no temporal) con talleres de época romana. Así en la primera, en la zona del anfiteatro, se localizan talleres metalúrgicos (Pérez y Rodríguez, 1999), vinculados a dos grandes hornos perpendiculares entre sí y excavados parcialmente en el terreno en la cercana área del PERI-CA 4 (fig. 42). A escasa distancia también se documentó un posible taller alfarero y otro pequeño horno en cuyo interior aparecieron algunos exvotos de terracota, datándose ambos conjuntos en un momento indeterminado del s. I a.C. (Madrid Balanza, 2004: 47-49). En una fecha más avanzada entre finales del s. I a.C. y el s. I d.C. se encuentra en pleno desarrollo la segunda de las zonas referidas: Morería. Se trata de un barrio sacado a la luz tras la excavación de una amplia superficie que permitió

[66] Un término y una cuestión en general que sin embargo no han sido objeto de estudio, por más que en las cercanías de la barriada se halle otro punto denominado Las Tejeras, con producción de tejas y ladrillos hasta por lo menos los años 80 del s. XX.

[67] Para los detalles sobre la producción, realizada sobre moldes importados de tradición francesa e inglesa según las modas románticas del momento, *vid*. el imprescindible catálogo de M. J. Aragoneses (1982).

poner de relieve un amplio entramado de estructuras: piletas, canalizaciones, cisternas, rebancos, callejones, una caldera… Todas ellas se vinculan con tareas artesanales y si bien no en todos los casos se pueden definir con claridad, se plantea la existencia de lavanderías, tintorerías, curtidurías, herrerías, hornos de vidrio, posible explotación de salazones, púrpura o productos similares derivados de la pesca (Egea et *alii*., 2006: 22-33). Algunos paralelos como el del llamado islote VI de Hyères (Francia), donde se documentan diversos talleres de forja (Bats, 2009), o el barrio textil de Fréjus, también con piletas, canalizaciones y un área de trabajo (Botte *et alii*., 2009: 205 y ss.) permiten comprender su estructuración. En este último caso la tintorería y la *fullonica* se instalan en el corazón de la ciudad, una situación que se repite en Pompeya, donde todo un barrio de artesanos de la lana se desarrolla al Este del Foro (Borgard *et alii*., 2005: 295-317; Borgard *et alii*., 2003: 9-29). En Cartagena aún estamos lejos de poder elaborar mapas con la distribución de los distintos talleres: cerámica, hueso, metalurgia, trabajo de la piedra y del tejido… como ocurre en la ciudad del Vesubio u otras donde este tipo de estudios se han desarrollado más recientemente como Chartres (Canny e Yvinec, 2008: 83, fig. 40)[68]. Algunas de estas actividades se dan en la colonia en el momento que nos ocupa, los s. II-III d.C., concretamente el trabajo del hueso y del vidrio, al tiempo que las anteriormente citadas parecen decaer. En cualquier caso no serán objeto de análisis en este punto (*vid*. cap. 3), aunque cabe resaltar una característica común a todas: su carácter invasivo; desarrollándose en el interior de espacios tanto públicos como privados. Este hecho permite a su vez reflexionar sobre la consideración de estos trabajos y de quienes los ejercían en el mundo antiguo, habitualmente personas de baja extracción social, como nos recuerda Cicerón al hacer referencia a: "los artesanos y los tenderos y toda esa hez de las ciudades" (Morel, 1991: 286).

En cualquier caso, si nos centramos exclusivamente en la producción cerámica, apenas sí hay más informaciones, una escasez que puede venir motivada por la normativa que recoge la carta de Urso de no poseer dentro de la colonia (*Iulia* en su caso) "centros de producción cerámica o de *tegulae* de gran tamaño que produzcan más de 300 *tegulae* diarias" (Carreras, 2011: 24; Tsiolis, 1997). De hecho el horno mejor conocido hasta la fecha (publicado en mayor detalle) fue hallado en la antigua Fábrica de la Luz, en el perímetro de la laguna situada al norte de la ciudad (fig. 41.4). La estructura, tardorrepublicana, se sitúa cerca de la vía que se dirigía a *Complutum*, a

[68] Para un caso similar, el de la ciudad de Reims *Durocortorum* (*vid* Schutz, 2005: 120).

escasos metros de donde posteriormente se desarrollará la necrópolis tardía de San Antón y fue amortizada entre la 2ª mitad s. II a.C. – primera s. I a.C. (Guillermo, 2003: 79-80). Se trata de un horno de doble cámara, excavado parcialmente en el terreno y con paredes de adobe y superficie rectangular (fig. 43a y 43b). La cámara septentrional, la mejor conservada, poseía 3'5 m de largo por 2 m de ancho así como cuatro pilares laterales de adobe adosados a los muros axial y perimetral para el sostenimiento de la parrilla. A pocos metros se hallaron cenizas y restos de cerámicas comunes, aunque no se menciona la existencia de fallos de horno ni piezas susceptibles de haber sido producidas *in situ* (Guillermo, 2010: 396).

Por último, dentro de las estructuras dedicadas a la cocción de las piezas y continuando el orden cronológico, cabe destacar un particular horno hallado en el cruce de las calles Beatas y San Cristóbal la Corta (fig. 41.5). Su singularidad reside en varios puntos, siendo el principal la ausencia de una cámara de combustión, contando exclusivamente con una solera de ladrillos cocidos (Rodríguez y Hernández, 2008: 264-265). Se trata de una gran estructura circular con un diámetro (externo) de unos 3,8 m aproximadamente. Está levantado sobre un anillo de casi medio metro de altura formado por mampostería, fragmentos de *opus signinum* y ladrillos cocidos, todo ello rematado por una potente capa de bloques de arenisca de 0,58 m de largo x 0,4 m de ancho (fig. 44). Una capa de colmatación de adobe indica que sería en este material que estaría construida la bóveda del horno, en cuyo interior apareció un fragmento de TSG Drag. 27 que fecha su actividad hasta la segunda mitad del s. II d.C. Completan el conjunto otras estructuras como una canalización y una pileta de piedra, quizás para contener agua o arcilla (Díaz Rodríguez, 2008: 95) aunque no hay referencias a fallos de horno. La singularidad de tal construcción en pleno centro de la ciudad y en un momento en el que la trama urbana empieza a poblarse de abandonos deja algunas incógnitas sobre su posible producción[69]. Es probable que no estuviese destinado a cerámica, pues aunque se conocen hornos de planta circular, la ausencia de cámara de combustión haría que las llamas estuviesen en contacto directo con los objetos (Coll, 2008: 119-120). Una posibilidad es que fuese un horno de cal como los documentados en la cercana villa de El Salero (San Pedro del Pinatar) a unos 40 km de Cartagena[70]. En esta última se

[69]La situación de los hornos cerámicos no siempre hubo de ajustarse escrupulosamente a la legislación vigente, pues en ciudades de la costa Atlántica como *Olisipo, Baelo Claudia* o la misma *Gades* se documentan *intra moenia* (Bernal, Díaz y Lavado, 2008: 317).

[70] Para un caso de los s. XIX-XX excavado en Mazarrón y con parte de la carga aún en su interior *vid*. Fuentes Miralles, 2009.

constatan unos hornos junto a los que aparecieron numerosos fragmentos de estucos dispuestos para ser transformados en cal viva (Porrúa, 2008: 138-141). Además de compartir características como la planta circular se destaca la existencia de este tipo de construcciones junto a canteras o bien ruinas que pudiesen ser empleadas como materia prima. Se trata de un aspecto muy sugerente de cara a su inserción en un medio urbano deteriorado como el de la *Carthago Noua* de finales del s. II d.C. si bien, por el momento, queda en el terreno de la hipótesis a la espera de nuevos datos o una publicación más detallada.

Por tanto, de las evidencias que permiten documentar una actividad alfarera en el registro cerámico, testares, zonas de extracción de arcilla y hornos, Cartagena sólo parece contar con esta última y no sin grandes dificultades de interpretación[71]. La ausencia de piezas defectuosas o estructuras mejor identificables impide, especialmente para los s. II-III d.C., mayores avances en este campo.

Tampoco cabe olvidar que la identificación de los posibles talleres varía enormemente en función de lo producido, pues no es lo mismo una vajilla fina estandarizada y masiva que incluía métodos de producción esclavista que objetos de uso común que podían ser hechos por alfareros locales a una escala mucho menor (Adroher y Risueño, 1991: 11-14). Una artesanía de carácter "casero" fruto de pequeños negocios, posiblemente familiares (Alba, 2010: 346) no siempre deja restos de actividad en el lugar donde se desarrolló. Diversos paralelos etnográficos de la península ibérica ilustran la existencia de talleres en distintas casas de un mismo pueblo, caso de Pereruela (Zamora), haciéndose la cerámica a la puerta de las mismas (fig. 45). En cualquier caso, respecto a la identificación de este tipo de actividades otras ciudades resultan más afortunadas, como por ejemplo *Barcino*, donde una intervención bajo el actual mercado de Santa Caterina documentó construcciones formadas por fallos de horno, fragmentos y escorias, vinculadas a un alfar que habría fabricado cuencos, ollas o morteros y ánforas, con predominio de las Pascual 1 y Dressel 2-4 (Aguelo *et alii*., 2006: 62-64). O Sevilla, donde bajo el Hospital de las Cinco Llagas se pudieron documentar prácticamente todos los elementos del ciclo productivo de la cerámica (Chic y García Vargas, 2004: 330-331). En Lorca, aunque no se identifican alfares,

[71] Tampoco se documentan zonas de distribución o concentración de material que permitan sugerir otras hipótesis como la existencia de "puntos de venta", caso de la "tienda del alfarero" de Elche, la habitación de una vivienda ibérica de fin. Del s. II a.C. – inicios del I a.C. así denominada por el importante número de vajilla fina hallada y su buen estado de conservación (Sala, 1992: 198-200).

algunas estructuras parecen sugerir la existencia de una actividad alfarera casi con mayor certeza que en *Carthago Noua* (Párraga, 2008: 287-289). En cualquier caso estamos lejos del grado de conocimiento que sobre este aspecto poseen núcleos como Mérida, donde la abundancia de hornos puede ser organizada incluso en talleres (Barrientos, 2007: 402-405; Méndez y Alba, 2004). La provincia más avanzada en este sentido es, como demuestran los abrumadores avances bibliográficos, la Bética, donde el interés por la producción cerámica de época romana se remonta al siglo XIX. Ésta última tiene que ver con todo tipo de piezas: ánforas, sigillatas, comunes… e incluso materiales de construcción, permitiendo distinguir diversos modelos organizativos que van desde los alfares autónomos a aquellos dependientes de *villae* o centros urbanos (Beltrán, 2004: 25-27). La región cuenta con importantes zonas productoras como los numerosos talleres a orillas del Genil y el Guadalquivir, vinculados a la exportación del aceite del *conuentus Cordubensis* (Remesal, 2004; Chic y García Vargas, 2004), o los de la costa, destinados al envasado de salazones y otros derivados de esta industria. Aunque la producción litoral es cada vez mejor conocida en áreas del Círculo del Estrecho como Huelva (Campos Carrasco *et alii*., 2004), Málaga (Serrano, 2004) o la Mauritania Tingitana (Aranegui *et alii*., 2004) sin duda tiene en Cádiz su centro más destacado (Lagóstena y Bernal, 2004). El paralelismo entre esta última y Cartagena es obligado dado que la importante actividad alfarera y conservera gaditana (Bernal, Díaz y Lavado, 2008: 320-321; García Vargas, 1998) enlaza con uno de nuestros problemas más relevantes: la imposibilidad de asociar producción y envases propios (Márquez, 1999: 178).

2.1.3.1.- El problema de las ánforas locales[72]

Si bien ya se ha explicado la escasez de hornos y la ausencia de cualquier desecho vinculado a los mismos, autores como Estrabón (3, 4, 6) o Plinio (31, 94) inciden en la importancia que la industria de salazones tenía para *Carthago Noua*. Cuando se produjo el cese de la minería a finales del s. I d.C., la ciudad mantuvo una dinámica vida urbana hasta por lo menos mediados del s. II d.C. (Orejas y Ramallo 2004: 100-101), una actividad sustentada en una base económica por cuya naturaleza

[72] Algunas de las siguientes líneas reproducen fragmentos e ideas contenidas en el trabajo *El puerto de Carthago Noua y su contexto productivo. Reflexiones en torno al problema de los envases anfóricos (s. II a.C. – III d.C.)* (Quevedo y García-Aboal, e. p. a)

cabe preguntarse. Según los autores clásicos el peso de la misma recaería sobre la industria de salazón (Conde, 2003: 183-187; García del Toro, 1979). De hecho cuando gran parte de los establecimientos mineros comiencen a ser abandonados a partir de época julio-claudia, algunas estaciones experimentarán una serie de transformaciones orientadas hacia este tipo de productos. Es el caso de yacimientos como Las Mateas y El Castillico, en las cercanías del Mar Menor y de la *uilla* del Paturro, en la bahía de Portmán, donde se hallaron una serie de piletas de *opus signinum* asociadas a la elaboración de *garum* (Murcia, 2010a: 154-155; Ruiz Valderas, 1995: 171-176) ¿Se ha sobredimensionado la importancia que le confieren las fuentes, somos incapaces de identificar los envases en el registro o realmente, quizá como consecuencia del sistema de propiedad de la tierra, nunca se dio una producción a gran escala? (Ramallo, 2011: 46). El uso hipotético de recipientes perecederos como odres y toneles resulta tentador, pero no guarda relación aparente con el *garum* y sus derivados, y en cualquier caso no sustituye al transporte anfórico, sino que lo complementa (Marlière, 2002: 189-191)[73]. El pecio Port-Vendres III fechado hacia mediados del s. II d.C. y con un cargamento que incluía ánforas vinarias Gauloise 4 y toneles es un ejemplo paradigmático (Colls *et alii*., 1988). Es posible que el *garum* de mejor calidad se comerciara en pequeños recipientes tipo *urcei* como se documentan en Pompeya –o incluso en ollas como se sugiere para el tercio norte peninsular (Esteban *et alii*., 2012: 568-569; Fernández Ochoa y Zarzalejos, 1999: 260-263)– pero aún así, la ciudad hubo de tener unas producciones de calidad inferior destinadas a un mercado más vasto (Martín *et alii*., 1991: 278).

Hasta la fecha en Cartagena –más allá a los referidos hornos– sólo se ha documentado un posible taller ubicado en las cercanías del puerto, en la esquina de las calles Portería de las monjas y Condesa de Peralta, muy cerca del teatro romano (fig. 41.6). Se trata de un modesto espacio en el que aparecieron unos 40 ejemplares de Dressel 7-11 (fig. 46) junto a un posible sello pétreo y un vaso de paredes finas lleno de ocre con el que se habrían escrito los *tituli picti* sobre las ánforas. La mayoría de ejemplares apareció completa (a pesar de que no han sido reconstruidos) y la principal

[73] En el caso de la campiña cordobesa, por ejemplo, se plantea el transporte del aceite desde los distintos *fundi* en odres hasta los alfares donde se producía el envasado, siempre en áreas cercanas al río y donde el curso de éste era navegable. Aunque ambos envases se complementarían, cabe destacar cómo los odres no sustituyen a las ánforas en la última fase, destinada al comercio exterior (Ponsich, 1983). *Vid*. en cualquier caso la ausencia tanto de odres como de toneles en la península Ibérica, mientras que por el contrario en Europa central estos últimos, gracias a unas condiciones de conservación más favorecedoras, sí se documentan (Marlière, 2002: 42, fig. 43).

característica que se apreció en su análisis fue la de no haber sido usados (Martín *et alii.*, 1991: 276-279). La ausencia de analíticas impide dilucidar la cuestión del origen y el contenido, siendo absolutamente necesario plantear en el futuro un acercamiento arqueométrico a la luz de los buenos resultados que este tipo de estudios están teniendo en otras zonas de producción anfórica como San Fernando (Bernal *et alii*., 2004). Son ánforas de salazón que imitan las conocidas formas béticas, producidas en abundancia en el SO hispano (García Vargas y Bernal, 2008: 668-670), aunque también en la Tarraconense, donde quizás pudieron contener vino (López Mullor y Martín Menéndez, 2008: 705-709). Además, se constata la aparición de Dr. 7-11, en principio béticas, en varios puntos del Campo de Cartagena, lo que paradójicamente supondría un consumo de salazones foráneas en una zona productora (Antolinos y Soler, 2000: 550). La hipótesis chocaría con las supuestas instalaciones existentes en los alrededores de la ciudad que recogen las fuentes; sólo comprensible si aceptamos que se producía a menor escala dado su carácter selecto, o bien que los cambios en el paisaje, particularmente en el Valle de Escombreras, han impedido la localización de las infraestructuras (Pinedo y Alonso, 2004: 149-150). En este sentido, a pesar de los avances de los últimos años, nuestro conocimiento sobre las instalaciones portuarias es todavía muy limitado, contando con hallazgos parciales que impiden establecer con claridad incluso la línea de costa (Ramallo y Martínez Andreu, 2010: 148-150). Entre ellos destaca una conocida inscripción hallada fuera de contexto que menciona las *pilae III et fundament(a) ex caemento)*, una posible referencia a la remodelación del puerto a fines del II a.C. o inicios I a.C. La intensa actividad comercial llevaría aparejada la existencia de toda una serie de edificios administrativos, aduanas y sobre todo estructuras de almacenaje, cuya interpretación resulta compleja dada la parcialidad de los restos conservados y su semejanza estructural. Distintos espacios porticados distribuidos a lo largo del eje de la actual Calle Mayor, entre el teatro y el área artesanal de Morería, donde destaca una columnata de orden toscano, pueden ser calificados –no sin cierta ambigüedad– como *horrea* (Ramallo y Vizcaíno, 2011: 225-230). En relación a las actividades que allí se desempeñarían cabe señalar también el hallazgo en el teatro romano de un *signaculum* de bronce con la inscripción *L(uci) Porci(i) Valeriani* muy similar a otro encontrado en Sagunto y vinculado a la misma familia. Fechado epigráficamente en torno al siglo II d.C., este tipo de piezas eran usadas para dar garantía a documentos de carácter público o privado o probablemente para marcar alimentos o productos manufacturados (Ramallo, 2006b).

La elocuente distribución de las factorías en *Hispania* muestra la elevadísima concentración en la zona SO, entre el Estrecho de Gibraltar y El Algarve, y la práctica ausencia en el área levantina (Étienne y Mayet, 1998: 34, fig. 1). Un panorama que se ve completado a su vez por la variada tipología de ánforas destinadas al comercio de estos productos que se desarrolló en la primera de las regiones mencionadas (García Vargas y Bernal 2009: 164-166) y la aparente inexistencia que se detecta en la segunda. El fenómeno resulta muy interesante si se confronta con la reactivación que experimentará la industria salazonera en el *hinterland* de *Carthago Noua* en época tardía, especialmente en el área costera al oeste de la ciudad, en torno a poblaciones como Águilas y Puerto de Mazarrón o el taller de El Mojón. En dicha zona se localizan varios hornos que en los siglos IV-V d.C. producirán diversos tipos de ánfora vinculados con las salsas de pescado y sus derivados (Berrocal, 2007b; Hernández García y Pujante, 2006: 399-404).

Si bien las salazones merecen una especial atención por sus abundantes referencias literarias, derivados de la agricultura como el vino y el aceite no son menos importantes (Noguera y Antolinos, 2010: 81-85). Aún contando con unas condiciones idóneas de partida (Márquez y Molina 2005: 49-50), la ciudad no parece seguir la dinámica de otros centros hispanos que, a mediados del s. I a.C., empiezan a introducir sus productos en los mercados mediterráneos (Bernal y Jiménez-Camino, 2004: 601-602); quizá a causa de la aridez del suelo y la preponderancia de la minería y el esparto en su sistema económico. Así, la producción de aceite presenta la misma problemática, proponiéndose para la ausencia de envases propios una tendencia al autoconsumo (Antolinos y Soler, 2000: 551-552). De hecho, los últimos trabajos muestran una escasa incidencia del aceite bético y una mayor importancia del local en el abastecimiento de la colonia y su territorio (Murcia, 2010b: 129). Ya sea por el peso de otras actividades o por las limitaciones de la arqueología, todavía no se ha podido refrendar con evidencias materiales el testimonio de las fuentes, especialmente en lo que a la industria de las salazones se refiere[74].

Las dudas que suscita el desconocimiento de los envases comerciales –también, como se ha visto, para siglos anteriores– deja abierta la cuestión a pesar del momento de

[74] Coincidimos plenamente con otros autores en : "[…] *la necesidad de realizar estudios arqueológicos precisos del s. III d.C. una época de grandes fluctuaciones en el sur de Hispania pero también de clara continuidad en la economía productiva, al menos en determinados ámbitos regionales, como demuestran casos como el del taller granadino de Los Matagallares*" (Bernal, Lorenzo y Navas, 2004: 490).

debilidad que atraviesa la ciudad y la región a partir de época severiana. Un interrogante sobre el que el análisis de nuestros contextos pretende incidir, distinguiendo entre aquello producido como excedente para abastecer al mercado local (además de para el autoconsumo) de lo destinado a un comercio a larga distancia (Tchernia, 2011b: 21-23).

2.2.- Discusión metodológica

Una vez planteada la necesidad de analizar los contextos de *Carthago Noua* de los siglos II-III d.C. conviene matizar las características de nuestro enfoque y el hecho de que el mismo se ciña a un aspecto concreto de la cultura material como es la cerámica.

2.2.1.- Origen de las colecciones y el proceso de documentación

Antes de explicar el método de estudio empleado se resumen de manera escueta las condiciones de partida para la investigación, puesto que inevitablemente han interferido en el devenir de la misma.

La principal característica de nuestro estudio es su heterogeneidad pues comprende la revisión de seis intervenciones realizadas en momentos distintos, por distintas manos y distintas metodologías que abarcan un período de casi 40 años, entre 1970 y 2008. Sin duda habría sido más cómodo y rápido trabajar directamente sobre excavaciones recientes, con materiales inventariados con mayor fiabilidad y registrados en bases de datos, y sobre todo apoyados en un sistema de excavación nítido con planimetrías y secuencias que permitiesen comprender el proceso deposicional[75]. Sin embargo la revisión de antiguos trabajos resultaba muy útil por diversos motivos. En primer lugar suponía poner de relieve contextos de yacimientos emblemáticos como la *domus* de la Fortuna (primero conservado bajo sótano en la ciudad) que décadas después de su excavación continuaban inéditos, conociendo bien su planta y otros aspectos de su decoración ornamental pero no su cultura material, que en muchos casos guardaba en el anonimato materiales excepcionales. En segundo lugar permitía reconsiderar y matizar la cronología de algunos conjuntos que, como el de Calle Jara nº

[75] Aun así, cabe advertir, como ha demostrado la experiencia durante la realización de este trabajo, una obviedad tan antigua como cierta: que no más moderno implica mejor. Excavaciones de hace 30 años, aun sin estratigrafía, pueden ser más ordenadas que intervenciones de esta misma década cuya memoria sólo puede entender, por incomprensible, su propio autor.

12, se habían convertido en una referencia sobre la que se levantaban el resto de interpretaciones posteriores a la hora de abordar el período de recesión de la ciudad en el s. II d.C. Y por último proyectaba una visión global sobre algunas de las áreas urbanas más interesantes de *Carthago Noua*, puesto que la mayoría de intervenciones, realizadas en el centro histórico, recaían sobre puntos clave de la antigua ciudad romana.

Este último punto era una de las prioridades, pretendiendo dar homogeneidad en el análisis a cada una de las grandes zonas que albergaba la península sobre la que se asentaba la colonia. Sin embargo el desigual desarrollo urbanístico de la ciudad hace que algunas áreas como la ladera del Monte Sacro sean todavía muy poco conocidas, concentrándose la mayoría de puntos estudiados en la zona centro-occidental (fig. 47). De cara a la comprensión del fenómeno de recesión se ha buscado un equilibrio entre espacios privados y públicos, comprendiendo dentro de esta última categoría a las vías urbanas. Así los espacios sobre los que se ha trabajado son: la *domus* y el cardo de la C/ Duque nos 25-27, la curia (C/ Adarve-C/ Maestro Francés), el decumano de la C/ Don Roque- C/Ciprés nº 7, las viviendas de C/ Jara nº 12 y C/ Cuatro Santos nº 40 y la *uilla* del Paturro de Portmán (tabla 1).

Dentro de esta clasificación y siguiendo el orden de aparición, hay diversos aspectos a reseñar. El primero es la separación del cardo y la *domus* de la Fortuna hallados en la C/ Duque n^{os} 25-29. Aun formando parte de la misma excavación entendíamos que la calzada, por su carácter público, podía continuar siendo transitada después del abandono de la vivienda. Por lo tanto, aunque en un principio ambos parecen sufrir una evolución paralela, se ha decidido estudiarlos separadamente. El segundo punto destacable es el análisis de la curia, cuya entidad ha vuelto a ser recientemente valorada, sugiriéndose que pudo servir como espacio de representación o incluso lugar de culto en su fase final (Soler, 2010: 165). De confirmarse esta variación (por el momento continuaremos empleando el término de curia para referirnos a ella) no afectaría a nuestro trabajo, pues lo significativo es que en cualquiera de los casos se trata de un edificio público situado en un ángulo del foro que quedó colapsado a finales de época altoimperial. En cuanto a la intervención de la C/ Don Roque – Ciprés nº 7, un pequeño solar que no dio como resultado unos niveles especialmente potentes, presenta la particularidad de que fue en parte excavada por nosotros. Dado que en su mayoría los contextos estudiados procedían de excavaciones más antiguas había un especial interés en participar en una intervención urbana que permitiese conocer de primera mano la

formación del registro arqueológico, los niveles de derrumbe, las caídas de adobe, la cultura material que aparecía y el estado en el que lo hacía. Por ello se aprovechó la oportunidad de asociarse a la co-dirección de esta parcela junto a M. Vidal y J. Vizcaíno; trabajo del que resultó un artículo (Vidal *et alii*., 2008), pero que tiene como mayor virtud un contacto directo con el objeto de estudio de la tesis. En último lugar se ha incluido en el análisis la revisión de una parte de los materiales de la *uilla* del Huerto del Paturro (Portmán). La relación de la ciudad con su territorio, que parece sufrir igualmente los efectos de la recesión, es fundamental y si bien a nivel material no ha podido ser revisada exhaustivamente, sí que había de estar representada al menos por un ejemplo. Por diversas características entre las que se incluye su situación privilegiada de *uilla* marítima, una transformación de sus estructuras que parecen vincularla a las actividades mineras de la zona primero y a lugar de residencia después, y su enorme potencial arqueológico hacen de la *uilla* de Portmán el enclave idóndeo. Un yacimiento además que parece abandonarse entre finales del s. II d.C. y la primera mitad del s. III d.C., motivo por el que la revisión de sus materiales era del máximo interés.

Las piezas de Portmán se encuentran depositadas en el Museo Arqueológico de Murcia, habiendo sido consultado tanto el material selecto que se encuentra en la sede del propio MAM como el grueso de la colección, conservadas en la nave almacén de Beniaján a 7 km de Murcia. A excepción de este caso, sobre el que se trabajó unos meses, el resto de intervenciones a estudiar se encontraban depositadas en Cartagena. Debido a las sucesivas ampliaciones de los fondos del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena éste cuenta en la actualidad con diversas naves y espacios en los que almacena sus materiales. Principalmente dos han sido los consultados: los situados en la propia sede del MAMC y una gran nave situada en el polígono industrial de la ciudad donde se guardan campañas más recientes como la de la curia (2003). Un tercer almacén donde ha sido necesario acudir en alguna ocasión es el situado en la C/ Gisbert. Se trata de los antiguos refugios de la Guerra Civil, una serie de galerías horadadas en el monte que, cuando la arqueología preventiva comenzó a desarrollarse a partir de los años 80, también fueron utilizados para guardar algunas campañas. Por último, los distintos centros de interpretación del consorcio Puerto de Culturas que conservan piezas del MAMC en depósito como parte de su exposición también han sido consultados, principalmente la *Domus* de la Fortuna y el *Augusteum*.

Asimismo se ha trabajado con colecciones de otros museos que conservaban piezas de gran interés por su paralelismo con las estudiadas. En Cartagena destacan las visitas al Museo del Teatro Romano y al Museo Nacional de Arqueología Subacuática (ARQVA). A nivel regional se han consultado materiales (aquí incluidos) en los museos arqueológicos de Caravaca de la Cruz, Lorca y Águilas, así como una piezas procedentes de Mazarrón y Algezares (Murcia) conservadas en el MAM. A una escala mayor cabe destacar una visita al SIAM de Valencia en el que se pudieron ver personalmente parte de los contextos de la Plaza del Negrito, hallados en el centro ciudad, de cronología y composición muy similar a los de Cartagena (finales s. II d.C.). También al Museo Arqueológico de Liria, donde se revisaron los hallazgos cerámicos de los célebres pozos de época severiana conservados en un magnífico estado.

2.2.1.1.- Excavando museos. Una visión personal sobre algunos problemas durante el desarrollo del trabajo.

Personalmente se han revisado más de 11.000 fragmentos cerámicos, procediendo a su re-inventariado cuando ha sido necesario y dibujando todos aquellos relevantes por la información que aportaban. La cifra quizás no parezca excesiva, pero es cierto que –sin que se interprete en ningún caso como excusa–, cabe tener presentes una serie de condicionantes que no siempre juegan a favor de la investigación. Con esto no se pretende hacer un elenco patético y anecdótico de las dificultades a las que se enfrenta quien revisa intervenciones antiguas en el intrincado mundo de los museos municipales, sino poner de relieve una serie de problemas reales que afectan a los tiempos del trabajo y limitan su radio de acción.

En la mayoría de los casos no se trata de negligencias cometidas *ex profeso*, sino una serie de deslices y vaguedades –algunas dignas de un guión de Almodóvar– que sumados pueden complicar la investigación hasta límites insospechados. Por supuesto no se mencionarán personas concretas, yendo siempre por delante mi reiterado y sincero agradecimiento a la Directora del MAMC, María Comas y al Director del MAM, Luis E. de Miquel por facilitar al máximo el trabajo y haberme concedido la mayor libertad de movimientos posible para acometer la tarea encomendada. Máxime en un momento de adelgazamiento de la administración en el que el personal disminuye pero se multiplican sus tareas.

Los problemas empiezan con la misma localización de las piezas. Si se es afortunado la referencia de las cajas estará anotada en algún sitio o se le podrá preguntar al director de la excavación. En la mayoría de los casos toca comenzar a revisar una por una todas las que se conservan en los fondos. Esta tarea sin embargo da sus frutos, pues al no corresponder en muchos casos la etiqueta de la caja –si es que la conserva– con lo que dice contener, uno encuentra cosas que creía perdidas o que pertenecen a otra excavación que también tiene que revisar. En el mejor de los casos (casi nunca) la caja buscada aparecerá a la primera. En el peor estará sepultada bajo una pila de cajas de otra excavación que alguien puso allí simplemente porque tuvo la suerte de ser más rápido que otro que con toda probabilidad pensaba hacer lo mismo. En ocasiones se cambian contenedores de sitio por error o bien alguien que estaba investigando sobre un tema no los reintegra, de forma que el hueco dejado es cubierto y la caja sacada se recoloca en otra estantería. Obras y remodelaciones de los edificios y traslados parciales de colecciones aportan su grano de arena al desorden general. Una vez hallados los materiales uno puede encontrarse bolsas nuevas con sus correspondientes etiquetas, piezas lavadas e inventariadas o bien un terruño informe que casi es necesario re-excavar. La variedad de soportes y su deterioro es ilimitada, desde cajas de cartón desechas a causa de la humedad y etiquetas de UE roídas por las ratas hasta bolsas desintegradas por el paso del tiempo. En otras ocasiones genialidades de origen antrópico son la causa directa del desastre. Baste como ejemplo la colocación de varios kilos de mármol en lo alto de una pila de cajas que, a consecuencia del peso, se vieron progresivamente atravesadas por las distintas placas hasta quedar todas desfondadas y con el resto de piezas rotas y mezcladas. El paso de sucesivos investigadores hace que en ocasiones se realicen selecciones de material que no vuelven a su sitio por lo que uno puede sorprenderse del escaso número de ánforas de un contexto para volver a sorprenderse un año más tarde al encontrar una caja llena de fragmentos del lugar que estaba estudiando[76]. A resultas de esto edificios emblemáticos no han podido ser analizados por la sencilla razón de que sus materiales se hallan perdidos o bien han sido expoliados selectivamente –sin que se conozca por quién ni por qué– dejando únicamente fragmentos informes de cerámica y ni un solo borde. En otras ocasiones las piezas están localizadas en un centro de interpretación donde se pueden dar situaciones

[76] Debido a este fenómeno algunas de las figuras, las tablas donde recogemos la información y los porcentajes han debido rehacerse hasta en tres ocasiones para añadir hallazgos suplementarios que aparecían en los lugares más insospechados.

como que el arquitecto de turno –cegado por la inminente consecución del Pritzker– haya sellado el expositor con silicona y las piezas no se puedan sacar. Eso sí, el acabado, muy minimalista. Afortunadamente, si se está atento a la limpieza anual del Centro, es posible realizar algunos dibujos mientras el cristalero hace su parte.

Entre todas estas de dificultades, involuntarias en la mayoría de los casos, la peor de todas es la negativa de algunos arqueólogos a facilitar información de una excavación. La excusa, eso sí, es envidiable: la están estudiando ellos. Es evidente que si prestasen una foto o permitiesen dibujar una pieza, por más que referenciásemos claramente su procedencia, estaríamos poniendo en peligro una laboriosa tarea de investigación. Trabajos que en algunos casos llevan, 10, 20 o incluso más años en curso (literalmente) podrían perder toda su esencia… Por ello ante cualquier solicitud la respuesta es siempre la misma: "es que lo estoy estudiando".

Si bien es evidente que la soledad y dificultades con las que se encuentra el ceramólogo son arduas, no cabe insistir en el desgaste físico (del psicológico mejor no hablar) que implica el trabajo. Difícil es transmitir con palabras que no rayen en lo vulgar las sensaciones que experimenta el cuerpo humano al pasar semanas enteras de julio y agosto buscando cerámica en un almacén cubierto de polvo, sin ventilación y con techo de chapa metálica, en una región que supera sin problemas los 40ºc durante buena parte del día. El calor de los meses estivales compensa sin duda los rigores de un invierno que, a pesar del clima Mediterráneo, son intensos en algunos fondos de museo donde humedad, pulgas y ratas pugnan por hacer compañía al doctorando a partes iguales.

La licencia irónica permitida en este punto no debe ocultar una realidad en ocasiones dramática que lleva a pensar sinceramente si parte de nuestro patrimonio no continuaría mejor bajo tierra.

2.2.2. Los contextos cerámicos. Un análisis de conjunto.

Dadas las transformaciones que se producen en la colonia a partir de época antoniniana y la ausencia de fuentes ya se ha explicado cómo uno de los factores predominantes en el estudio de los contextos es el cronológico, con los problemas que lo acompañan. Durante la segunda mitad del s. XX y hasta fecha reciente las dataciones se realizaban generalmente sobre tipos cerámicos concretos, ordenados en forma de

tablas o gráficos con la distinta cronología de cada uno. De la misma se obtenía una media distinguiendo siempre cuáles eran las piezas más antiguas del estrato y sobre todo las más recientes, que marcaban los extremos de la horquilla temporal. La datación estaba especialmente influenciada por la vajilla fina[77], sujeta a modas y a una fabricación a molde seriable con mayor facilidad, cuyos centros de producción eran conocidos en algunos casos. Esta forma de proceder venía marcada en ocasiones por un uso excesivamente estricto de ciertas piezas como indicadores cronológicos, fenómeno que cristaliza en el DICOCER, un buen diccionario cerámico (que no Enciclopedia) donde sin embargo la caracterización es llevada al límite. Por poner un ejemplo, en esta misma publicación se baraja una cronología para la copa en TSG Drag. 27 de entre 80-120 d.C. (Passelac y Vernhet, 1993: 573). Sin embargo en *Carthago Noua* y otros núcleos cercanos como *Lucentum* perdura sin problemas y en porcentajes significativos hasta finales del s. II d.C. (Fernández Díaz y Quevedo, 2011: 297). Así, la tendencia actual, como se viene realizando en Francia desde hace unos años[78], es el análisis global de los contextos. Se estudian y distinguen diversos conjuntos coetáneos para definir las facies cronológicas (Lepot y Brulet, 2007: 64) y éstas se intentan situar entre otras que les precedan y sigan[79], de cara a elaborar una secuencia lo más completa posible de estos "key contexts" (Reynolds *et alii*., 2011). Aunque sería deseable ajustar hasta incluso un cuarto de siglo, un período de 50 años –en este caso en torno a 175-225 d.C.– ha de ser considerada una medida bastante aceptable[80]. Como se recordaba en un provocativo trabajo sobre vajilla centroeuropea del s. XX realizado siguiendo la metodología de la arqueología clásica y en el que se analizaba desde la evolución de los platos de porcelana decorados con cebollas hasta las tazas de café, las conclusiones "arqueológicas" obtenidas estaban muy lejos de la situación real de los casos de estudio

[77] El resultado puede observarse en el desarrollo de trabajos que analizan cuestiones generales (crisis económicas, transformaciones urbanas…) sobre la base exclusiva de este tipo de producciones como la TSA A (Román, 2010; Bustamante *et alii*., 2008).

[78] *Vid*. las diferentes facies cronológicas propuestas para los niveles tardíos de Marsella con variaciones aproximadas de 50 años entre los s. V-VII d.C. (Bonifay *et alii*., 1998: 355-358)

[79] Uno de los mejores ejemplos en suelo hispano es Ampurias, que en mayo de 2008 organizó (en ocasión del centenario de las excavaciones y de la celebración del congreso de la SFÉCAG en el yacimiento) una pequeña exposición de materiales publicada posteriormente como artículo con título homónimo (Aquilué *et alii*., 2008). En ella se recogía la evolución de los contextos de la ciudad desde el s. II a.C. al VII d.C., clasificando las distintas facies por períodos como: 160-125 a.C., 75-50 a.C., 225-275 d.C… o bien gobierno de emperadores o siglos.

[80] Como ocurre en el mencionado caso de los contextos tardíos del sur de la Galia, (Bonifay y Raynaud, 2007: 93): "Ainsi peut-on désormais proposer des datations allant parfois jusqu'au demi-siècle, voire même au quart de siècle près […]". Cabe tener presente que incluso en casos como el de la Fontaine Saint-Pierre (Bibracte) en el que se analizan la cerámica, la numismática y la dendrocronología para obtener una datación más ajustada llegan a haber incoherencias (Joly *et alii*., 2007).

(Schindler y Zabehlicky-Scheffenegger, 2007). Cualquier conjunto doméstico de nuestros propios hogares confirma la complejidad del ejercicio de datación. Por poner un ejemplo, analizando parte del ajuar de la cocina de mi casa de campo se pueden encontrar piezas desde finales del s. XIX hasta el 2012, y en ocasiones las que poseen un mayor porcentaje no son las más recientes, caso de los vasos platos y tazas de "Duralex" verde y marrón de los años 70 (fig. 48).

Analizar categorías bien conocidas de forma aislada no parece tener hoy por hoy un excesivo sentido más allá de los matices cronológicos, pues estudiadas en conjunto muestran un potencial mucho mayor[81]. Sólo reviste interés en el caso de aquellas de las que aún poco se sabe, como las cerámicas de producción local, o las que por sus excepcionales características permiten desarrollar otros aspectos[82]. La misma forma de publicar muestra la evolución del conocimiento con respecto a hace unas décadas. Mientras que hoy a nadie se le ocurriría añadir a la olla Hayes 197 hallada en su excavación una retahíla interminable de topónimos donde también se detectase su aparición, sí resulta práctico en casos como la cocina reductora del Sureste, dado que permite comprender su carácter regional y no local (Quevedo, e.p.; Huguet Enguita, 2012)[83]. En este momento la investigación tiende al estudio de amplias regiones, como el trabajo sobre la cerámica tardorromana de África[84] (Bonifay, 2004) o el de las producciones hispanorromanas (Bernal y Ribera, 2008); aunque también contempla grandes revisiones sobre la tipología de una clase cerámica específica para reunificar criterios en torno a la misma, como el *Conspectus* (Ettlinger *et alii*., 1990) en el caso de las sigillatas itálicas o el reciente volumen dedicado a la *Late Roman Fine Ware* del Mediterráneo entre los siglos III-VIII d.C. (Cau *et alii*., 2011b).

En el ámbito de Cartagena y su territorio las tesis de licenciatura de temática ceramológica realizadas hasta la fecha –encuadrables en la dinámica historiográfica explicada– se habían centrado en categorías concretas como las ánforas, prerromanas (Roldán, 1992) y romanas (Pérez Bonet, 1993), las paredes finas (De Miquel, 1987c) o

[81] "The relationships between different types as wares which can be understood through the study of pottery assemblages in their entirety, rather than selectively through the examination of individual types and classes, also contributes towards the understanding of local and regional patterning of social behavior and its change through time", (Fulford, 2005: v).

[82] Como un vaso plástico procedente de Asia Menor (Quevedo, 2010b) o un rallador de cocina (Quevedo, 2011b), casos en los que se ha aplicado este enfoque monográfico.

[83] Sin duda porque se trata de producciones cuyo estudio es todavía incipiente. La difusión de piezas como Hayes 197, por seguir con el ejemplo, hace 20 años cuando se empezaba a medir su impacto en los contextos hispanos (Aguarod, 1991: 281-283) era un dato revelador.

[84] Entendiendo por esta alusión concretamente el Africa Proconsularis, región que viene a ocupar el actual Túnez (Bonifay, 2004: 1).

las lucernas (Amante, 1993)[85], lo mismo que una tesis sobre la cerámica campaniense[86] (Ruiz Valderas, 2000). Sin embargo en nuestro caso se ha planteado desde el principio un tratamiento global de todas las producciones, aunque esto pudiese ir en detrimento de alguna merecedora de un análisis más monográfico. Categorías como la de las cerámicas comunes –que incluía además distintas producciones, todas ellas desconocidas hasta el momento: cerámica reductora de cocina, común oxidante, lucernas a torno– conllevan una problemática que de por sí habría constituido un trabajo de tesis. Por tanto nuestro enfoque, desde un punto de vista marcadamente crono-tipológico ha sido el de un análisis equilibrado, intentando evitar situaciones ya denunciadas previamente[87].

Somos conscientes de que una concepción que pretenda ser "total" no puede excluir al resto de elementos no cerámicos que también componen la cultura material de un yacimiento. Difícilmente se puede reflexionar, por ejemplo, sobre la adopción de una vajilla de importación y por tanto sobre nuevas prácticas culinarias ajenas a los gustos locales si no se tienen en cuenta las diversas piezas metálicas que componían este tipo ajuares como las grandes sartenes (fig. 49) (Velasco, 2009b). El uso de uno u otro repertorio conlleva diversas lecturas (Tassinari, 1996). Paralelos etnográficos muestran cómo en ocasiones la introducción de nuevos materiales como el metal o el plástico no siempre es exitosa. Las cualidades de la cerámica para, por ejemplo, refractar el calor en el caso de una olla, o mantener fría el agua, lo económico de su precio y sobre todo, el sabor que le confiere a ciertos platos, la hacen insustituible en muchos casos (Arnold, 1985: 142-143). En otros se prefieren las ventajas de los nuevos productos, como la ligereza del aluminio cuando se trata de transportar recipientes con líquido a grandes distancias. Por lo normal suele darse un uso combinado de los distintos materiales,

[85] En cuanto a los artículos, hay una amplia producción, desde monográficos como el que L. Caballero dedicó a la "cerámica clara D" de Murcia y Almería en 1974 hasta contextos detallados como los de época tardía del teatro romano (Murcia *et alii*., 2005), si bien serán desarrollados convenientemente en el apartado destinado a las producciones cerámicas (*vid*. cap. 4).

[86] Con una tesina de licenciatura realizada previamente sobre el mismo argumento aunque centrada en los hallazgos del Molinete (Ruiz Valderas, 1992).

[87] "Incluso dentro de la propia tipología ha habido unas especies cerámicas que han desbancado a otras familias menos vistosas y (aparentemente) con menos información, lo que ha provocado un desfase gigantesco entre los conocimientos de las cerámicas denominadas de mesa (sigillata, paredes finas, barniz negro…) y las lucernas y las incluidas genéricamente en el apartado de las cerámicas comunes, de cocina y mixtas, además de los contenedores de transporte o almacenaje. Incluso dentro de este segundo apartado, menos visitado, determinadas formas o familias por su carácter más atractivo desde el punto de vista de la información epigráfica, por ejemplo, han conocido una atención desmedida […]" (Beltrán, 2004: 9).

aunque a veces lo nuevo desplaza por completo a lo tradicional, como sucede en Grecia con los boles para los yogures, en los que el plástico ha reemplazado a la cerámica (Arnold, 1985: 142-143). A su vez, la desaparición de los recipientes de consumo habituales puede implicar la pérdida de toda una serie de formas de susbsistencia ligadas a su producción, como ocurrió con muchas alfarerías españolas en la segunda mitad del s. XX, que cerraron por la crisis de ventas derivadas de la aparición de los cacharros domésticos de aluminio y plástico (Guerrero, 1988: 134-135).

Otros elementos hallados en los contextos como los de hueso, además de ser indicadores cronológicos, también aclaran comportamientos sociales y definen aspectos económicos, en definitiva, merecen una mayor atención que hasta la ahora dispensada por su consideración de "arte menor" (Azuar, 1989: 393). Como se pregunta I. Bertrand (2011: 183): ¿convergerán el "petit mobilier" y el mobiliario cerámico o darán visiones opuestas sobre la población de las ciudades? Lo mismo sucede con el vidrio, claro competidor de la cerámica por su uso como servicio de mesa y otros materiales que por sus condiciones de conservación no son tenidos en cuenta como la madera, que en algunas regiones hubo de jugar un importante papel dentro de la vajilla de mesa (De Blas, 1995: 177-179). En nuestra zona además es fundamental el esparto, pues aunque fue usado en cordelería para naves hasta época moderna (Díaz Ordóñez, 2006) son muy numerosos los utensilios domésticos que desde la prehistoria se conformaban con él (Ayala y Lora, 2007). Sin embargo, estas líneas de trabajo, aunque presentes, superaban los límites de nuestro estudio, por lo que su desarrollo deberá acometerse en un futuro próximo.

Volviendo a los contextos y su datación, resulta esencial poder contar con otros conjuntos que hayan sido objeto de excavaciones sistemáticas y dispongan de secuencias fiables. Entre los más destacados a nivel de Hispania y las provincias occidentales, siempre de ámbito mediterráneo[88], hemos realizado una selección que constituye nuestra principal referencia (tabla 2).

2.2.3.- Las modas pasan, sólo los datos permanecen

[88] Aunque también se conocen algunos buenos contextos en zonas de interior, como por ejemplo el de la Casa de los Plintos de *Uxama* (Osma, Soria), fechado a mediados del s. III d.C. (García Merino *et alii*., 2009), su inclusión no tiene cabida dado que el repertorio cerámico es muy distinto al de la zona mediterránea. Contextos de Nápoles, Marsella o Cartagena tienen más en común entre sí que los de esta última con enclaves situados en el interior de la península.

El trabajo constante y la publicación de nuevos contextos hace que la investigación avance a un ritmo trepidante: lo que ayer eran copas-tapadera hoy son quemaperfumes (Huguet, 2007: 556-557; Carre *et alii*., 1998: 89), las ánforas Gauloise 4 también pueden ser de fabricación hispana (Gisbert y Laubenheimer, 2001; Gisbert 1987) y envases que se creían africanos provienen con toda probabilidad de Sicilia (Sciallano y Sibella, 1994: Agora M 254; Bonifay, 2004: 146-148). La mejora de las tipologías hace salir del anonimato a producciones hasta hace poco desconocidas y reflexionar sobre las ya publicadas (Panella *et alii*., 2010: 59). A ello hay que añadir además lo que todavía no se conoce: recientemente E. Fentress proponía un tipo de sigillata africana de origen argelino, la "eastern and central algerian ARSW". Basta imaginar lo que una región tan próxima a *Carthago Noua*, que por motivos históricos cuenta con un retraso en la investigación, deparará en un futuro y cuántas piezas que ahora consideramos locales tendrán probablemente un origen foráneo[89]. Ante esta irremediable (aunque afortunada) sucesión de cambios sólo hay una cosa que permanecerá: los datos. Por más que se desplace una cronología o se reinterprete el carácter de un edificio es absolutamente fundamental que la información esté recogida de la forma más clara y precisa.

Los datos han de ser un instrumento que pueda usarse a largo plazo, incluso sometido a modificaciones, por lo que se ha puesto una especial atención en su ordenación. Una de las prioridades en cuanto a la revisión de las intervenciones estudiadas ha sido la recomposición de los procesos deposicionales del modo más exacto posible. Si no se contaba con dibujos de secciones ni perfiles de la excavación se ha intentado generar una secuencia esquemática con la que comprender sus distintas fases sobre la base de los diarios, las fichas u otras informaciones. En los casos más favorables se incorpora la sección con todos los niveles de los que procede a su vez la cerámica analizada. Nuestra premisa ha sido que cualquiera de los análisis a realizar no tendría valor sin estar fundamentado sobre una secuencia estratigráfica bien definida. Por ello se ha puesto una especial atención en el proceso de documentación, al que además se incorporan los dibujos del material y su cuantificación en forma de tablas. En estas últimas se ha intentado incorporar la información más relevante; al final dibujos y tablas son lo único que queda, aquello que permitirá a otros continuar trabajando sobre

[89] *Vid*. el impacto que por ejemplo ha tenido en la investigación la confirmación de una producción anfórica propia –con tipos Dressel 7-11 y Beltrán 2B– en la *prouincia* de Mauritania Tingitana; hasta fecha reciente considerada prácticamente subdesarrollada y dependiente en lo económico de la Bética (Pons, 2009: 124).

el mismo tema más adelante y volver sobre sus pasos cuando sea necesario. A lo largo de todo el proceso el material ha sido tratado en primera persona. Aunque quizás pueda ser entendido como algo banal, el manejo de las piezas permite descubrir detalles, reconocer pastas, asociar texturas y en definitiva plantear nuevas cuestiones que sólo pueden nacer de ese contacto directo. Un contacto absolutamente necesario para quien pretende estudiarlas.

2.2.3.1.- Cuantificación

Aquellas conclusiones (arqueológicas) que no pueden ser expresadas numéricamente son por lo general algo pobre e inútil[90]. Incluso obras paradigmáticas como el *Late Roman Pottery* de J. W. Hayes (1972) adolecen de una representación estadística que recoja los datos sobre los que se sustenta el estudio. Es por ello que desde los años 90 cualquier análisis ceramológico que se precie de serlo suele ir acompañado de gráficos y tablas que permiten establecer comparaciones con otros conjuntos y conocer en cualquier caso la procedencia y porcentaje de cada una de las piezas en cuestión. Esta metodología implica toda una serie de cuestiones sobre las que se ha discutido ampliamente intentando establecer unos criterios de cuantificación que pudiesen hacerse extensivos a toda la disciplina. En la búsqueda de un lenguaje metodológico común la referencia es la mesa redonda celebrada en el Centro Arqueológico Europeo de Mont Beauvray, en Glux-en-Glenne (Arcelin y Truffeau-Libre, 1998), así como las aportaciones de yacimientos particulares como el Palatino (Peña, 2007a). Que jamás se representará el total de lo que hubo, pues nos ha llegado una parte, es una realidad, pero precisamente por eso el análisis ha de ser exhaustivo[91]. Según las normas estadísticas no deberían hacerse cómputos inferiores a 1000 individuos, pero en cualquier caso, aunque se lleven a cabo, es importante cuidar la presentación y mantener una cierta lógica (Hesnard, 1998); no tiene sentido por ejemplo que representemos un gráfico para 4 individuos distintos en los que cada uno supone un 25% del total, como en ocasiones se ha llegado a ver…. A fin de cuentas estas formas de plasmar visualmente los datos no son más que herramientas al servicio del

[90] Con unas palabras así de categóricas cerraba A. Tchernia la *IV^e École d'Été Internationale. La céramique romaine en Méditerranée* celebrada en Aix-en-Provence en octubre de 2011. (Tchernia, 2011a).

[91] Para un estudio centrado en la relación de los datos cronológicos, ceramológicos y estadísticos, *vid*. el caso de Reims (Deru *et alii*., 2007).

arqueólogo cuyo enfoque puede ser tan subjetivo como el manejo que de ellas se haga. A la hora de elegir qué cuantificar[92] es importante contar con buenas secuencias estratigráficas, como ya se ha insistido, de forma que se pueda obtener una cronología lo más precisa posible, libre de intrusiones y otros elementos (Arcelin, 1998: 45). Si el volumen de material es relevante –en muchos yacimientos se excede la tonelada sin dificultad– conviene planificar la actuación antes de la intervención, pero si esta se produce a posteriori, como es nuestro caso, es recomendable usar un sistema simple que no complique en exceso el trabajo (Joly, 1998).

En la cuantificación realizada para los niveles de los s. II-III d.C. de Cartagena, se han aplicado los principios del protocolo presentado en Glux-en-Glenne (Arcelin y Truffeau-Libre, 1998: III-XVII). Del mismo cabe destacar el uso como unidad elemental de registro del Número Mínimo de Individuos (NMI), que ofrece una imagen más cercana a la realidad de la población cerámica, pues intenta representar el número de piezas que estuvieron en circulación (Arcelin y Truffeau-Libre, 1998: VII). Debe llevarse a cabo después de un proceso exhaustivo de reconstrucción de la vajilla contenida en cada UE de modo que fragmentos de una misma pieza no sean contabilizadas como ejemplares distintos. Así, tendremos en cuenta las partes más significativas de un recipiente: bordes y fondos, de las que se escogerá para el cómputo el número más elevado. En cuanto a las asas, se dividen por dos cuando se trata de ánforas o elementos que con seguridad son biansados y se dejan con valor individual en el caso de las jarras. Si por ejemplo tenemos 142 fragmentos indefinidos de panza y 8 asas de ánfora sabemos que, con seguridad, había 4 individuos. Es posible que las 8 asas sean de 8 indivuos distintos, pero ante la duda tenemos la certeza de que el NMI de ejemplares es 4, porque puede que dos de ellas formasen parte del mismo. Recogemos una tabla con valores ficticios para ilustrar este tipo de recuento (tabla 3).

En ocasiones también se tienen en cuenta elementos informes como panzas si presentan decoración u otros detalles que permiten discernir entre individuos e independientemente del NMI se representa siempre el TF, el Total de Fragmentos hallados. Se ha respetado la existencia de aquellos interpretados como intrusiones por poseer una cronología radicalmente distinta a la del estrato en cuestión (como cerámicas vidriadas modernas o de barniz negro), evitando realizar una selección *a priori* que podría alterar la composición del registro (Arcelin y Truffeau-Libre, 1998: XII). En

[92] Cuestión de especial relevancia en el caso de las prospecciones y los análisis de territorio (Fentress, 2000).

función del tipo de yacimiento y de materiales el protocolo a seguir puede adoptar diversas formas, encontrando desde yacimientos en los que se pesan los fragmentos (sobre todo de ánforas) para obtener una media ponderada, hasta aquellos en los que sólo se cuenta el borde de los vasos para obtener el NMI. En nuestro caso se ha optado por una aplicación como la utilizada en las intervenciones de La Bourse de Marsella (Bonifay *et alii*., 1998: 379 y ss.) en la que se distinguían grandes categorías cerámicas dentro de las cuales se matizaban cada una de las formas. Las tablas en las que se recoge la información siguen el protocolo de publicación requerido para el reciente volumen sobre las cerámicas finas tardías (tabla 4), nacido con una vocación unificadora. Como en el caso marsellés, dentro de las clases más amplias (Vajilla fina, cerámica común, ánforas, Lucernas) se incluyen los distintos grupos cerámicos en función de sus características (por ejemplo dentro de Cerámica Fina: Paredes finas, TSI, TSG, TSA… etc).

La no aplicación de estos criterios crea una visión distorsionada del conjunto arqueológico, como tuvimos ocasión de comprobar durante la realización de la tesis de licenciatura, en la que no se tuvieron en cuenta. En el análisis de la cultura material de la *domus* de la Fortuna realizado entonces, las ánforas fueron contabilizadas por el nº de fragmentos, un total de 477 cuando en realidad sólo había 33 bordes. El resultado fue un elevadísimo porcentaje (15%) dentro del conjunto que no coincidía con la realidad (Quevedo 2009b, 57-60). Como se puede imaginar, incluso rotas en unas mismas circunstancias, piezas de gran tamaño como un ánfora tripolitana generan un mayor número de fragmentos que otras más pequeñas como cuencos para el servicio de mesa. En el caso concreto de las ánforas conviene prestar especial atención a qué es lo que realmente se quiere medir: en principio el contenido, aunque en ocasiones el cómputo de los envases pueda dar lugar a error. Distintos autores han remarcado cómo el volumen es fundamental a tener en cuenta en estos casos, especialmente en época tardía en la que algunas piezas experimentan una notable reducción de tamaño. Como recogen Clementina Panella y otros autores (2010: 61) en la Roma de los s. IV-VI d.C. a pesar de la numerosa presencia de ánforas vinarias itálicas, todas tienen dimensiones modestas (las Keay 25 tienen una capacidad de 12 litros pero otras, incluso menos) que resultan claramente superadas por los volúmenes de las ánforas africanas, entre 3 y 5 veces mayores (Peña, 1999: 194 y s.; Panella y Saguì, 2001: 802, fig. 3, fig. 251). Una problemática también señalada por Bonifay en Marsella, donde demostró con claridad cómo un NMI mayor no implicaba una mayor cantidad de producto (Bonifay, 2004,

446; aquí fig. 50). En definitiva, un aspecto a tener en cuenta dado que en el caso del transporte anfórico el interés principal reside en el producto, en el alimento, antes que en el envase (Márquez y Molina, 2005: 49-50).

2.2.3.2.- Dibujo

Aunque parezca un aspecto sin excesiva importancia, el dibujo de las piezas es fundamental. En los últimos años se viene advirtiendo un alarmante descenso en la calidad de la representación gráfica bien por falta de personal con una formación específica en este campo, bien por un uso abusivo de nuevos programas que, empleados sin excesivo criterio y sobre dibujos que carecen del rigor suficiente, consiguen un efecto nefasto. La situación ha sido incluso denunciada desde algunas publicaciones (Bernal y Ribera, 2008: 29). Siendo la cerámica de los s. II-III d.C. el objeto principal de este trabajo era una premisa obligada dibujar nosotros mismos todas las piezas. Así ha sido en su totalidad, llegando incluso a redibujar, cuando la situación lo permitía, aquellas que ya estaban publicadas[93]. Ya se ha indicado la necesidad imperiosa de "tocar" el material: no hay mejor forma de hacerlo que a través de su dibujo. Cuando esto no ocurre, los errores pueden acumularse en un largo elenco: diámetros inverosímiles, objetos colocados al revés o bien a un tamaño excesivamente pequeño, vasos monoansados a los que se desdobla el asa, perfiles mal orientados, asas que no se diferencian de la pared de la pieza o que no presentan sección, ausencia de escalas de cualquier tipo …. Un buen dibujante que no sepa de cerámica podrá cometer un desliz, pero un ceramólogo que no dibuje sus piezas difícilmente podrá llegar a serlo.

Si bien desde un primer momento se partía con una buena base en cuanto al dibujo a mano de los materiales, la dependencia de terceras personas para su digitalización y maquetación nos obligó a completar nuestra formación adaptándonos al uso de nuevos programas. Es innegable la influencia ejercida en este punto, como en muchos otros, por la estancia y los diversos cursos realizados en el CCJ de Aix-en-Provence donde se adquirió la metodología que aplicamos. Entre los diversos programas a elegir, dos eran los empleados mayoritariamente, Adobe Illustrator y CorelDRAW, decantándonos finalmente por el segundo por una cuestión de manejo. En

[93] Como por ejemplo los materiales del nivel de destrucción de la Calle Cuatro Santos nº 40, publicados en 1988 (Vidal y De Miquel) y recientemente revisados, ocasión en la que todas las piezas fueron directamente redibujadas en el MAMC a pesar de que se podría haber trabajado directamente sobre una redigitalización de las ya publicadas (Quevedo y Bermejo, 2012)

cualquier caso la elección nos alejaba del empleo de AutoCAD para el dibujo de materiales. Este programa, que da muy buenos resultados para las planimetrías de nuestros yacimientos, se utiliza (al menos en el ámbito de las excavaciones de Cartagena) también para la representación de los contextos. Si bien gracias a la pericia del dibujante se pueden obtener imágenes de gran calidad, por lo general el acabado deja un aspecto ligeramente poligonal y poco nítido, lo que lo hace absolutamente prescindible para este tipo de trabajos.

La representación de las piezas no reproduce un esquema al uso, existen diversos métodos y escuelas, habiendo adoptado en nuestro caso la línea desarrollada en Francia por uno de los autores que quizás más y mejor hayan reflexionado sobre el dibujo de los materiales cerámicos: Yves Rigoir. Así, entre los elementos que caracterizan sus representaciones (y por ende, las nuestras) destacan: la sección de las piezas en el lado izquierdo y realizada en negro, el uso de las líneas estrictamente necesarias, distinguiendo las que son fruto del torno de las que indican un cambio acusado en el perfil, una separación de varios milímetros entre el borde de la sección y la línea del diámetro de modo que el primero se observe con total nitidez, el uso de una línea discontinua cuando no se conserva algún fragmento de la pieza… etc. (Arcelin y Rigoir, 1979; Rigoir y Rivet, 1994). Todas las figuras están realizadas a una escala 1:3, a excepción de las lucernas, a una escala 1:2 y las marcas de alfarero, como las de la TSG, que se representan a escala 1:1. El más mínimo detalle cuenta por lo que en casos de marcas y grafitos se ha dibujado directamente sobre foto para obtener el máximo de definición. Entendemos el dibujo como una herramienta de trabajo cuyos criterios de selección son subjetivos. (si no fuese así emplearíamos fotos directamente), por ello se ha optado por no representar las fracturas de las piezas cuando estas existen, pues bajo nuestro punto de vista no aportan novedades y entorpecen la comprensión del perfil[94]. En la misma línea no se incorpora el nº de inventario en las figuras: no sirve más que para complicar la visión de conjunto. Todas están referenciadas correctamente con su número en las tablas que se adjuntan al final de cada capítulo.

[94] Afortunadamente la aplicación de estos criterios y el manejo de programas como CorelDRAW durante el desarrollo de la tesis ha conllevado una mejora notable del trabajo. Algunos de los primeros dibujos que publicamos, en AutoCAD, sin una sección en color sólido o sin diferenciar grosores de línea, aun correctos en sus medidas y ejecución, tienen un pésimo acabado (Quevedo y García-Aboal, 2008: 629-630, fig. 3 y 4). Una tendencia que como hemos dicho se pudo subsanar a partir de 2009 aplicando los criterios de Rigoir (por ejemplo: Fernández Díaz y Quevedo, 2011: 295-296, fig. 8-9). Solamente no ha sido así en una publicación, en la que la política editorial contemplaba la presencia de una dibujante que se encargó de la parte gráfica del volumen con sus propios criterios (Quevedo, 2009: 217-218, fig. 54-55).

En definitiva, defendemos el dibujo como una de las partes fundamentales de este trabajo y sin duda aquella en la que se ha invertido un mayor esfuerzo. Localizar las cajas de material en un almacén, intentar recomponer la secuencia estratigráfica, rehacer el inventario, agrupar los fragmentos susceptibles de pertenecer a la misma pieza, pegarlos en muchos casos, dibujar las piezas a mano, digitalizarlas y montar la lámina definitiva no lleva horas… lleva semanas. Más allá de la búsqueda bibliográfica, importante pero realizable en cualquier centro con buenos fondos, entendemos que ésta es la parte verdaderamente original, la aportación de nuestro estudio.

2.2.4.- Arqueometría, una asignatura pendiente

A día de hoy difícilmente puede comprenderse que un estudio como el que se presenta no incluya también una base arqueométrica. La disciplina se ha ido afianzando y desarrollando paulatinamente en nuestro país en los últimos años, incorporándose al nombre de departamentos y grupos de investigación, y pasando de un escaso impacto en el índice de publicaciones a mediados de los 90 (García Heras, 1995) a un significativo aumento en la última década (Peña-Poza *et alii*., 2011). En el ámbito de la cerámica hispanorromana se observa esta evolución desde los primeros trabajos que planteaban el uso de métodos de análisis conjunto en el que se incluía el arqueométrico (Buxeda *et alii*., 1995) y los que empezaban a utilizarlo como base preferente para el estudio de producciones poco conocidas como la cerámica de cocina tardía de las Baleares (Cau, 2003), hasta la actualidad, en que se analizan desde piezas de vajilla fina como *sigillata* (Compaña *et alii*., 2010; Madrid Fernández y Buxeda, 2007) a ánforas (Buxeda *et alii*., 2008). Dentro de los equipos de investigación destaca con voz propia la Universidad de Barcelona y el ERAAUB (Cau, 2009: 66-68)[95], particularmente centrado en las producciones tardorromanas y de vocación Mediterránea[96].

Las posibilidades que ofrece la arqueometría al mundo de la ceramología clásica son muy amplias (Gurt y Martínez Ferreras, 2008: 788-792), no debiendo ser entendida como algo exótico o particular que tan solo aporta algunos datos al estudio de las diversas producciones. En las actas del 2º congreso del *LRCW* realizado en Barcelona, J.

[95] **Equip de Recerca Arqueològica i Arqueomètrica de la Universitat de Barcelona**, creado con el objetivo de adaptar la investigación arqueológica al desarrollo de la arqueometría y reconocido como grupo de investigación de calidad desde 1995.

[96] Al que recientemente cabe sumar la Unidad de Investigación ARQUB (Cultura Material i Arqueometria. Universidad de Barcelona) , con líneas de trabajo que se abren hasta el impacto colonial español en América en el s. XVI (Buxeda, 2010: 207-208)

M. Gurt (2007: 846-847) clamaba por la "socialización" de la arqueometría y la necesaria normalización de su uso como algo fundamental para afinar nuestras clasificaciones. Sin embargo en las conclusiones del encuentro posterior (una guía de excepción para observar la evolución de los estudios). M. Bonifay y J.-C. Tréglia (2010: 1034) evidenciaban la escasa evolución que desde entonces se había producido. Muchas de las contribuciones aun no contemplan análisis arqueométricos y cuando lo hacen no siempre es de forma conjunta con un enfoque arqueológico. La una sin la otra no tiene razón de ser, pues aunque la arqueometría puede aportar datos de todo tipo, desde lugares de procedencia a cualidades tecnológicas pasando por procesos de fabricación, los datos *per se* no llevan muy lejos. Es necesario un planteamiento arqueológico previo, una problemática a la que buscar respuestas. Además, sólo de una estrecha colaboración entre contexto arqueológico y analítico se obtendrá una lectura alejada de interpretaciones erróneas (Montero *et alii*., 2007: 35). En cualquier caso se reconoce también el coste que este tipo de estudios conlleva, máxime en un contexto económico como el actual (Bonifay y Tréglia, 2010: 1035), motivo que dificulta la implantación de la arqueometría en la universidad y a su vez explica la ausencia de un profesorado especializado con el que poder desarrollar conjuntamente este tipo de análisis, como por ejemplo se pone de relieve en Andalucía (Cordero *et alii*., 2006).

Afortunadamente la influencia de la arqueometría empieza a apreciarse en algunos trabajos en los que, sin grandes medios, se aportan datos observables de forma macroscópica como el tipo de arcilla, de inclusiones o la cocción que sufrió la pieza sobre la base de su color. Por otro lado sin embargo, también continúan estableciéndose peligrosas asociaciones entre hornos y cerámica común sin contar con desechos de cochura o analítica alguna, por el simple prejuicio de que un aspecto tosco[97] conlleva un origen local (Cau, 2003: 184). Así por ejemplo, junto a estructuras de este tipo encontradas en Los Tinteros (Isla Plana, Cartagena) se hallaron, en un vertedero cercano, piezas de distinta producción como cocina reductora y cerámicas oxidantes de servicio de mesa y almacenaje que fueron vinculadas con los mismos por su simple carácter de cerámica "común" (Antolinos y Soler, 2010a: 235-237). Una relación que jamás se habría hecho, por ejemplo, con la TSA A también presente en el basurero pero que sin embargo se presupone con las de aspecto más burdo. En Cartagena, a pesar de

[97] *Vid*. por ejemplo los resultados obtenidos para una producción como la cerámica de Pantelleria, uno de los casos emblemáticos (Santoro, 2005).

que la Universidad de Murcia fue pionera en este tipo de planteamientos[98], los escasos análisis arqueométricos con los que se cuenta fueron aplicados especialmente a materiales tardíos del teatro romano y desde un enfoque mineralógico (Milá y Arana, 2007; Milá *et alii*., 2004; Milá *et alii*., 2000), al igual que ocurre con las ánforas de Águilas y Mazarrón del mismo período (Arana y Alías, 2007; Arana, 1985). En una ocasión materiales de dicha cronología y teóricamente producidos en el área de Cartagena fueron identificados arqueométricamente desde uno de los centros de consumo a los que llegaron (Cau, 1996). Además de eso solamente las antefijas decorativas del llamado *Augusteum* han sido objeto de semejantes estudios (Noguera *et alii*., 2001), como ocurriera con las terracotas del Santuario de La Encarnación, en Caravaca de la Cruz (Ramallo y Arana, 1993).

A pesar de ser conscientes desde el principio de la necesidad de contar con la arqueometría para llegar más allá en nuestras clasificaciones y obtener una información mesurable y más completa (Picon, 2001), no ha sido posible disponer de estos análisis en nuestro trabajo. Solamente se han llevado a cabo en el estudio de una jarra de cocina africana publicada de forma separada pero de la que en parte se recogen aquí los resultados (González Villaescusa, e. p.). De la misma se han analizado tanto la pasta como muestras de contenido[99], dado que era común a casi todos los ejemplares –aun hallados en distintos yacimientos– una concreción calcárea interna muy particular. El interés por este tipo de trazas destaca especialmente en el caso de los envases de transporte (Garnier, 2007) y constituye todo un campo dentro de la misma arqueometría.

En el futuro, una vez clasificados y secuenciados los contextos de los siglos II-III d.C. en Cartagena, la aplicación análisis arqueométricos sobre los mismos habrá de ser una prioridad.

2.3.- Mismos tiestos, distintos enfoques. Una reflexión personal

La presente tesis parte de una concepción de marcado carácter cronotipológico. Ante las diversas cuestiones que se han planteado es fundamental poner en orden los niveles de abandono de *Carthago Noua*: conocer qué producciones se utilizaban en el tránsito de los s. II-III d.C., en qué proporción, distinguir familias cerámicas, establecer

[98] Aplicados no siempre a cerámica, sino a otros materiales como el mármol (Arana y Ramallo, 1985).
[99] Corriendo la parte arqueométrica a cargo de A. Pecci y M. A. Cau del ERAAUB.

tipos y secuencias… La evolución de los estudios en otras zonas y períodos distintos como por ejemplo el caso de las cerámicas tardorromanas del Midi francés muestra cómo el ingente trabajo de caracterización y seriación de los conjuntos cerámicos realizado en los años 80 por el grupo CATHMA permite trazar ahora, 30 años después, discursos más complejos (Bonifay y Raynaud, 2007: 93). El planteamiento inicial de este proyecto será mantenido hasta el final, pues no podemos construir un lenguaje sin antes tener las letras que articulan el alfabeto. Sin embargo, su propio desarrollo nos ha permitido conocer otras formas de abordar el estudio de las cerámicas que creemos deberán ser los pasos a dar en un futuro próximo, pues sólo así se podrá explicar la historia de las gentes del mundo clásico y sus modos de vida, algo limitado desde un punto de vista exclusivamente tipológico. Sirvan las siguientes líneas a modo de reflexión en primera persona –pretendidamente honesta, que no naíf– sobre las posibles lecturas que ofrece la cerámica en función de las preguntas que se le hagan.

2.3.1.- La sombra de la tipología es alargada

El estudio efectuado por Dressel (1899) para el XV volumen del CIL sobre las ánforas halladas en Roma, marcó en gran medida la evolución de los estudios ceramológicos, especialmente por la tabla resultante del mismo que ordenaba numéricamente los distintos tipos (García Vargas y Bernal, 2008: 662, fig. 1). Sin embargo el propósito inicial del trabajo eran las distintas marcas que se conservaban (sellos y *tituli picti*), ya que los envases de transporte no suscitaban por sí mismos mayor interés. La investigación del momento, aún bajo una concepción "winckelmanniana", otorgaba una clara preeminencia a otros vestigios del pasado como la arquitectura monumental, la escultura o la epigrafía (pétrea). De hecho, sabemos por una interesante carta encontrada por J. Remesal, que un investigador como G. Gatti rechazó en la época hacerse cargo del estudio tal y como le pedía Mommsen, pasando este en un segundo momento a Dressel, alumno estimado del anterior aunque no predilecto (Remesal, 2000: 375, nota 10). En cualquier caso, la distinción de tipos y su numeración con su consecuente evolución ha sido la forma tradicional de abordar el mundo de las producciones cerámicas en época clásica. No entraremos aquí a comentar los distintos criterios de ordenación, aspecto ampliamente tratado por reconocidos autores, especialmente en el ámbito de las cerámicas comunes (Peinado, 2010: 50-63, con bibliografía). El concepto de tipo, tan interesante como necesario, ha acaparado un

protagonismo que ha eclipsado por completo otros aspectos como los funcionales; pero no sólo en el sentido de para qué se empleaba cierta forma cerámica, sino en el de cómo fueron utilizadas cada una de las piezas que hallamos en el registro arqueológico. En un célebre artículo de Nino Lamboglia publicado en 1972 se planteaba el entendimiento de la cerámica como un fin (establecimiento de tipologías) y como un medio (datación estratigráfica). Las escuelas de arqueología posteriores, especialmente la procesualista y postprocesualista, criticaron el exceso de celo tipológico, a favor de una búsqueda de significados subjetivos (Hodder, 1994: 172-176). Sin embargo en un comentario al trabajo de Lamboglia hecho recientemente, C. Fabião defiende que ambos planteamientos (fin y medio, tipología e interpretación) han de ser complementarios tal y como sugería el artículo original. En su reflexión el autor portugués matiza la idea del maestro italiano sin alterarla, entendiendo como "fin" el establecimiento de crono-tipologías basadas en secuencias estratigráficas y como "medio" su uso para conocer aspectos de la Antigüedad como el comercio, el consumo o los hábitos alimenticios (Fabião, 2011: 2). Sin duda estamos de acuerdo con esta idea y defendemos la importancia de las crono-tipologías, si bien el marcado acento puesto sobre las mismas en el ámbito de la ceramología hispana ha desequilibrado la balanza en su concepción casi exclusiva como "fin".

Cuando al comenzar la tesis uno se dedica a leer todo lo que puede relativo a la cerámica romana, difícilmente pueden surgir dudas sobre el planteamiento de los estudios (dada en gran parte la tradición y el peso de los mismos); sin embargo, el acercamiento a otras ramas de la disciplina origina todo tipo de cuestiones. En otoño de 2009 durante una estancia de la beca en el Centro Camille Julian de Aix-en-Provence tuve la oportunidad de incorporarme al grupo de trabajo Céramopôle. Como su propio nombre indica, Céramopôle es un polo transversal de investigación sobre cerámica creado en el cuadro de la MMSH por M. Bailly, M. Bonifay y V. François con la ambiciosa idea de abarcar el estudio de todas las producciones mediterráneas desde la Prehistoria hasta la actualidad[100]. El proyecto gira en torno a la creación de una Enciclopedia on-line que, bebiendo de la tradición de trabajos previos como el Atlante o el DICOCER y aunando los más recientes avances de la informática y las bases de datos, permitiese almacenar, cruzar y actualizar constantemente la información relativa a las distintas producciones cerámicas bajo una comprensión global para el ámbito ya

[100] http://ceramopole.mmsh.univ-aix.fr

descrito. Las reuniones de trabajo a las que pude asistir[101] fueron especialmente sugerentes pues la creación de los distintos campos de la Enciclopedia conllevaba una fecunda discusión entre estudiosos cuyos trabajos pivotaban siempre en torno a la cerámica pero de áreas y períodos tan dispares como las producciones neolíticas pintadas del Norte del Sáhara, los contextos del Túnez tardorromano o la Siria mameluca. Al plantear qué campos era necesario construir se hacía patente el modo en el que cada una de las tradiciones de estudios allí reunidas se acercaba a la cerámica y la interrogaba. Así, mientras que el concepto de tipo manejado en época romana no tenía cabida en el neolítico sahariano, la clasificación funcional de este último no se aplicaba al primero y *cosi via*.

Durante un congreso internacional de estudios cerámicos realizado en la Universidad de Cádiz en noviembre de 2010 en el que participaban investigadores de diversa procedencia geográfica que realizaban sus trabajos desde la Prehistoria hasta la Edad Moderna[102] se volvió a plantear la misma cuestión. Discutiendo en una de las pausas con los demás colegas y exponiendo los temas que desarrollaba cada uno, expliqué que los objetivos de mi tesis eran definir los diversos abandonos que acontecían de manera generalizada en la ciudad de *Carthago Noua*. Se trataba, dije, de intentar matizar principalmente la fecha del suceso y los tipos más comunes del repertorio consumido en ese momento, ante lo que una compañera de prehistoria me preguntó: "¿Y ya está?". En momentos como ese es cuando, efectivamente, uno llega a plantearse la "utilidad" de lo que está haciendo y de qué es lo que verdaderamente puede aportar al conocimiento. Sin embargo las preguntas que mayores reflexiones suscitan suelen ser las provenientes de personas ajenas a la disciplina. Durante el primer año de disfrute de la beca participé junto con otros compañeros del Museo Arqueológico de Cartagena en un taller de epigrafía para colegios e institutos a los que había que explicar las distintas colecciones. Cuando había tiempo suficiente realizábamos también la visita del Museo. Entre los distintos materiales que se exponen, la vitrina de las lucernas (nº 6) es especialmente rica: en ella se encuentran ejemplares que van desde el s. II a.C. hasta época tardía (Martín, 1999: 85-86). A la variedad que suponen las distintas cronologías y procedencias se suma la intrincada tipología de las lucernas (Morillo, 1990) en la que un mismo tipo puede ser definido de las más variadas

[101] También durante 2010 y 2011 en nuevas y esporádicas visitas al CCJ. Debido a una coincidencia con los tiempos de la estancia, pude asistir a la sesión inaugural, siguiendo por tanto desde el primer momento
[102] *I Congreso Internacional de Estudios Cerámicos. Homenaje a Mercedes Vegas*, Universidad de Cádiz, 1-5 noviembre de 2010.

maneras[103]. Curiosamente, a pesar de toda esa información, en ninguna parte se podía ver una explicación de para qué servía aquello y cómo funcionaba, tal y como se preguntaban algunos de los escolares: básicamente un objeto de iluminación que se encendía con aceite y una mecha. Sin entrar a discutir la concepción del discurso museográfico (en ocasiones hecha por y para arqueólogos) el ejemplo es una buena metáfora del problema con el que uno se encuentra en el campo de la cerámica romana.

De todas formas la propia tradición de estudios parece perpetuar ese modelo como pude comprobar recientemente al realizar un pequeño trabajo sobre una pieza de la *domus* de la Fortuna que con toda probabilidad es un rallador de cocina (*vid*. cap 4). La reflexión sobre dicha forma de preparar los alimentos me llevó a entablar una relación con los morteros, piezas también abrasivas con las que se podían alcanzar texturas similares (Quevedo, 2011b: 161-162). En concreto me centré en aquellos que poseían incisiones o hendiduras en su interior, lo que condujo a una forma bien conocida de la TSA, el cuenco Hayes 91. Esta pieza, de la que existen precedentes con piedrecitas en su interior clasificados claramente como morteros, no se interpreta de la misma manera en su versión canónica, barnizada y con unas marcas de ruedecilla en el fondo interno (fig. 51). Bajo mi punto de vista la relación es evidente: es una superficie de frotación. En cualquier caso, si mi enfoque resultase erróneo, la presencia de esos relieves internos requeriría igualmente una explicación. Si es un detalle meramente decorativo. ¿Por qué entonces ponerlo en ese cuenco y no en otros? ¿Qué sentido tiene incluir una superficie en relieve en el interior de una pieza que, si está destinada al consumo, todo lo más que puede hacer es dificultar su posterior limpieza? Sin embargo, ante el planteamiento de esta hipótesis, para la que entre otros argumentos ofrecía el del consumo de ciertos alimentos como nabos y ajos recogidos por las fuentes, uno de los dos correctores ciegos que evaluaban el artículo, sin argüir más razones, matizaba: "A excepción de la forma precoz Hayes 91 no debería incluir esta forma como una pieza que funcionaría como rallador ya que esto es más que discutible"[104]. Así pues, siguiendo esta opinión, la característica pieza con listel exterior es un mortero cuando posee piedras en su interior pero pasa a ser un "cuenco con decoración" si estas son sustituidas por incisiones. Esta problemática de los "elementos decorativos" puede ponerse de

[103] Por poner un ejemplo (Amante, 1993: 97): Dressel 20, Rickman 15b, Palol 11B, Bailey O II (1980, núms. Q 1206 – Q 1212), Deneauve VIIB (1969, núms. 88819-877), Ponsich III B1, lám . XV, núms. 402 a 417 (1961, núms. 185-311), Szentléleky 1969, pp. 96-97, núm 160ª, Álvarez Osorio grupo 4., Fernáncdez Chicarro III… etc.

[104] Mail recibido por el consejo editorial de la revista *Saguntum* el 5 de enero de 2012.

relieve con otro ejemplo relacionado también con morteros, en este caso itálicos, aunque con mayor apoyo iconográfico. Se trata de algunos morteros campanos de la forma 1 (fig. 52a) que, como describe Aguarod (1991, 123): "reciben una decoración ornamental consistente en unas bandas aplicadas al borde con digitaciones de relieve bastante marcado; pueden ser dos o tres, colocadas una en la parte contrapuesta a la vertedera y las otras dos una a cada lado de la misma". Como la autora explica a continuación, estas habrían de facilitar el agarre de la pieza tal y como se aprecia en el relieve romano de la localidad alemana de Igel (Baatz, 1977: 149; Zahn, 1968; aquí fig. 52b) o como muestran algunas figuritas griegas (s. V-IV a.C.) en las que se representa a monos haciendo uso de morteros (Villing y Pemberton, 2010: 607-611, aquí fig. 52c). Es cierto que no siempre se puede establecer una relación entre lo considerado "decorativo" y lo funcional; cada caso necesitaría un análisis en detalle, pero es evidente que ciertas cuestiones en apariencia menores aportan una información fundamental de cara a la comprensión de la pieza y de quienes la usaron, y no pueden ser consideradas meras licencias artísticas por parte del que la hizo. En un interesante trabajo de Reina y Hill (1978) posteriormente recogido por otros autores (Rice, 2005: 462-463; Arnold, 1985: 148-149) se llevaba a cabo un análisis sobre los distintos modos de cargar recipientes con agua en Guatemala en función de la forma de las piezas (fig. 53). El número de asas, la posición de las mismas, el tipo de fondo… todos los elementos de las tinajas cambian en función de si se llevaban cargadas a la espalda, en una mano, en la cabeza… Esto definía a su vez unos "motor habit patterns", unos patrones con los que se identifican las diversas comunidades, pues unas rechazaban llevar las piezas al estilo de las otras. Además, la misma forma de transportar las piezas y su acabado tiene una relación directa con el medio. En San Miguel de Acatán por ejemplo (fig. 53, 1ª izquierda), las grandes distancias que es necesario recorrer para el abastecimiento de agua y lo escarpado del terreno han favorecido que las tinajas se porten en la espalda. Así no solamente la manos quedan libres, sino que la pieza puede desarrollar un cuerpo más largo que permite transportar más líquido y por lo tanto evitar algunos viajes.

Con esta visión lo que nos interesa no es tanto realizar una crítica a uso "excesivo" de las tipologías, como poner en evidencia las posibilidades que ofrecen otros enfoques. Más allá de los envases de cerámica común romana que tengamos clasificados y con todas las variantes imaginables… el ejemplo guatemalteco es extrapolable: ¿cuáles eran empleados para ir a por agua? ¿Cómo realizaban esta

actividad? ¿Transportaban el agua igual los habitantes de *Carthago Noua*, los de *Lucentum* y los de *Valentia*? ¿Qué implicaban estas semejanzas o diferencias?

2.3.2.- Explorando otros caminos

En este sentido nos parece muy interesante abrir nuevas vías en los próximos trabajos que contemplen una ordenación distinta de las categorías de análisis tradicionales así como otros aspectos como el de las huellas de uso. De hecho, en dos recientes estudios, llevados a cabo en colaboración con un colega del CSIC, proponemos una revisión del contexto de la *domus* de la Fortuna (Bermejo y Quevedo, e.p.) y de la C/ Cuatro Santos nº 40 (Quevedo y Bermejo, 2012) sobre la base de estos nuevos planteamientos. En ellos se presta especial atención a cómo el *instrumentum domesticum* contenido en el registro arqueológico (Allison, 1997a; 2004, Berry, 1997b) puede ser también utilizado para inferir aspectos relevantes acerca de las condiciones de vida de los grupos humanos que habitaron las viviendas en cuestión[105].

Uno de los problemas que se abordan es la división del material en una serie de categorías historiográficamente aceptadas de forma unánime que supone la descontextualización de la cultura material doméstica[106] en la mayor parte de memorias

[105] Algunas de las siguientes líneas reproducen fragmentos e ideas contenidas en el trabajo sobre la *domus* de la Fortuna (Bermejo y Quevedo, e. p.).

[106] En 1972 M. B. Schiffer planteaba de manera profunda en un artículo de *American Antiquity* –pronto convertido en clásico– una reflexión acerca de la diferencia entre lo que denominaba contexto sistémico y contexto arqueológico. El primero de ellos era definido como el marco cultural dinámico en el que se inserta la interpretación de la cultura material en su ámbito cotidiano (*on going*). El segundo por el contrario era definido como la "proveniencia" (Schiffer, 1987: 9), es decir, la situación estática de un artefacto en el registro arqueológico. Una de las principales cuestiones metodológicas que implicaba la aceptación de ambos conceptos residía en la incorrección de la inferencia directa de aspectos relacionados con el contexto sistémico a partir del contexto arqueológico. Esta falacia inferencial quedó definida en un importante debate metodológico mantenido entre el propio M. B. Schiffer y L. Binford en los años 80 (Binford 1981, Schiffer, 1985) bajo la denominación de *pompeii premise* o "premisa pompeyana". Esta denominación hace referencia a un principio interpretativo que implica que el registro arqueológico derivado de determinadas situaciones especiales, como por ejemplo "la erupción del Vesubio", habían posibilitado una imagen congelada de las condiciones de vida de los grupos humanos que habitaron el golfo de Nápoles. Sin embargo la mayor parte de los registros arqueológicos pertenecientes a espacios domésticos de época romana no son resultado de estas "supuestas congelaciones" sino que responden a una sucesión diacrónica de diferentes procesos de ocupación y abandono que son los que generan la distorsión existente entre el contexto sistémico y lo que nosotros hallamos en el transcurso de una excavación. Lejos de considerar esto como una barrera infranqueable, M. B. Schiffer y otros arqueólogos con base en la Universidad de Arizona (Schiffer, 1983; Reid, 1995; Rathje y Murphy, 2001) desarrollaron distintas propuestas metodológicas destinadas a caracterizar de una forma precisa los procesos de formación del registro arqueológico. El conocimiento de estos mecanismos formativos podía ser aplicado de esta forma como un elemento analógico destinado a la reconstrucción de aspectos sistémicos o culturales a partir del contexto arqueológico. Sobre esta base téorico-metodológica se ha desarrollado, fundamentalmente en el marco de la arqueología anglosajona, la llamada *household archaeology* (Wilk y Rathje, 1982; Allison, 2008, con bibliografía). Esta "arqueología de las unidades domésticas" ha supuesto

y publicaciones. El análisis post-excavación tradicional implica que el estudio de los materiales pertenecientes a cada categoría (*sigillata*, cerámica común, hueso, numismática, decoración arquitectónica…) sea asignado a un especialista encargado de realizar su adscripción tipológica. El resultado: una inconexa memoria de excavación (Allison 1997b, Hurcombe, 2007). Una de las razones que ha incentivado este modelo es el gran peso que las fuentes literarias han tenido tradicionalmente en la disciplina y la lectura que de ellas hicieron los autores decimonónicos. Al amparo de grandes obras como el diccionario de Daremberg y Saglio, donde se tendía a relacionar las formas documentadas en los textos con las halladas en el registro arqueológico, se ha tendido a determinar *a priori* la naturaleza de los objetos en lugar de realizar el proceso inverso (Allison, 1999: 60). Esta concepción afecta también a la interpretación de los espacios, imbuida por una lectura planimétrica fuertemente influenciada por modelos historicistas que contemplan el estudio de las estructuras domésticas de época romana como un ejercicio de adscripción tipológica. Así, las denominaciones arquitectónicas contenidas en la obra vitrubiana han sido tradicionalmente aplicadas a los ejemplos de arquitectura residencial sobre la base de parecidos morfológicos (Fernández Vega, 1999). Desde este punto de vista estructuras como la casa romana se convierten en un modelo exportable y universal de naturaleza inamovible en cuya interpretación las actividades desarrolladas en el interior parecen tener menos peso que el mismo contenedor en sí. Bajo esta óptica, la ausencia de análisis particulares crea un discurso en el que parece fácil imbricar una "vida a la romana" con un tipo de "vivienda romana", independientemente de la provincia en la que se encuentre esta última y las gentes que la ocupen. Sirva como ejemplo para la comprensión del problema al que nos referimos la dispar evolución de un mismo edificio construido en diversas zonas de Europa: *L'Unité d'Habitation* de Le Corbusier. Levantadas entre las décadas de los años 40 y 60 como un paradigma de arquitectura social, se trataba de un bloque de viviendas que incluía todo tipo de servicios para la comunidad: piscina, guarderías, jardines… Fueron construidos especialmente en Francia y mientras que algunos sufrieron un rápido deterioro y se convirtieron en lugares inhabitables como la de Briey, otros se mantuvieron y acabaron por convertirse en un reclamo patrimonial como la de Marsella (Abram, 2006; Sbriglio,

el desarrollo de categorías analíticas aplicadas al análisis de las actividades y las prácticas acontecidas en los espacios de habitación a través de su huella material contenida en el registro arqueológico. La aplicación de este tipo de estrategias analíticas a numerosos ámbitos desde una perspectiva transcultural persigue un enfoque antropológico para el estudio de la relación histórica entre las personas y la cultura material. A pesar de ello, salvo en algunas excepciones (Allison, 2004) la arqueología de los espacios domésticos romanos ha ignorado este tipo de acercamiento.

2004). Así, sobre una base idéntica, observamos realidades no ya diversas, incluso antagónicas. Una visión que arqueólogos del futuro no podrían apreciar atendiendo exclusivamente a la planta de los inmuebles, exactamente simétrica (fig. 54a y 54b).

Estas diferencias en el uso de los espacios sólo con comprensibles a través de una reinterpretación de la cultura material contenida en ellos (Berry, 1997a). Un atrio puede ser concebido como un espacio de representación según el predominante sentido vitrubiano del término (Leach, 1999: 191), pero si aparece lleno de ánforas, por más que su planimetría siga siendo la misma es obvio que su uso es el de almacén[107]. El citado ejemplo lo encontramos en el *impluvium* de la casa 12 (Insula 9) de Pompeya (Timby, 2004), en el que se hallaron diversas ánforas itálicas y orientales junto a muchas otras, estibadas al fondo, y en su mayoría de vino cretense (fig. 55). Al realizar una lectura de los niveles de abandono de *Carthago Noua* la cuestión se pone de manifiesto tras el análisis de los distintos materiales y el modo en que fueron depositados: ¿son las cerámicas que hallamos los restos de actividades realizadas en espacios degradados o deben entenderse como el fruto de vertidos intraurbanos? La respuesta varía en función del tipo de edificio excavado y sin duda el discurso debe articularse más sobre su estratigrafía que sobre la planta del mismo. Así, el primer caso suele aplicarse a niveles como los excavados en la casa de la Fortuna, en los que todo el ajuar cerámico se pone en relación con las actividades domésticas (Bermejo y Quevedo, e. p.). Sin embargo, cuando un edificio público de las características de la curia aparece amortizado con materiales como ollas de cocina y otras producciones que poco o nada tienen que ver con las funciones que en él se desarrollaban, se tiende a explicar aludiendo a su transformación en vertedero (Egea *et alii.*, 2011: 292, fig. 8.5).

Volviendo al planteamiento de categorías analíticas distintas, se trata de una propuesta alternativa a la tipología tradicional como medio de explorar arqueológicamente el desarrollo de las actividades domésticas que tuvieron lugar en los distintos espacios estudiados. Con ello se persigue generar, por un lado, una interpretación de corte sociológico sobre las condiciones de vida y, por el otro, reflejar

[107] Recientemente E. de Albentiis recordaba la utilidad, pero también la peligrosidad, de intentar hacer tipología de la casa romana y lo hacía sobre el conocido ejemplo pompeyano de la Casa del Chirurgo: "[…] è un ottimo esempio della comprensibile esigenza di cercare un ordine nel caos, atteggiamento che è sempre alla base della volontà di definire una tipologia: naturalmente non c'è nulla nulla di male nel ricercare una tipologia, strumento che si rivela utile se non altro come primo orientamento. Bisogna però evitare il più possibile di ridurre una realtà necessariamente complessa (in questo caso l'analisi della casa romana) a schematismi che non sono in grado di andare oltre le prime grandi linee." (De Albentiis, 2011: 15). Para una mayor profundización vid. también otras referencias recogidas a través de este autor: De Vos, 1992, 140 y De Albentiis, 1990: 80, nota 3.

las implicaciones metodológicas que conlleva la inferencia de aspectos culturales sobre la base del registro arqueológico. Por ello, sin sustituir las categorías que se diferencian en una excavación, se crean otras nuevas que las complementan y permiten profundizar en el análisis historiográfico planteando cuestiones diversas una vez que las unidades estratigráficas se han identificado y les han sido adscritos los "contextos materiales". Dentro de estos últimos, definidos como conjuntos de artefactos arqueológicos producto de la misma actividad en un mismo periodo de tiempo (Bermejo, 2011: 238), interesa un acercamiento a los "contextos funcionales", es decir, al análisis y clasificación de la cultura material sobre la base de una funcionalidad concreta. Ésta puede variar según el "contexto material" en que se hallen las piezas independientemente de la intencionalidad con que fueron concebidas (a pesar de sus detalles ergonómicos) por lo que su observación directa y la apreciación de trazas destacadas es indispensable. Sin observar huellas de uso muchas piezas son catalogadas de una forma por simple analogía con objetos que se utilizan todavía hoy; un peligroso vínculo con el que se corre el riesgo de falsear la interpretación arqueológica. Véase por poner tan solo un ejemplo de los muchos que recoge Allison (1999: 67) cómo las llamadas "cazuelas" pompeyanas, pequeños cazos realizados en metal, no presentan en ningún caso marcas de fuego, por lo que su uso hubo de ser el de servicio de mesa a modo de *trullae* (idea que subraya la existencia de ejemplares en plata, sin duda poco aptos para cocinar).

Retomando el estudio de los "contextos funcionales", en el caso de la *domus* de la Fortuna (Bermejo y Quevedo, e. p.) se crearon apartados tales como: cocina, adorno personal, herramientas de producción, almacenamiento… etc. Los distintos campos fueron propuestos por los mismos autores, lo que no excluye que la realidad de otros yacimientos demande la creación de nuevos. Además, en algunos casos fue necesario desarrollar subapartados pudiendo encontrar dentro de "servicio de mesa" por ejemplo, "consumo de sólidos y semilíquidos", "consumo individual de líquidos" y "servicio común de líquidos". La importancia de este contexto funcional en el marco del estudio de las sociedades antiguas, por poner un ejemplo, se fundamenta en su valor como indicador de las relaciones sociales acontecidas en la unidad doméstica y el desarrollo de prácticas conviviales (Dietler y Hayden 2001). El hecho de que los hallazgos se agrupen en recipientes destinados al servicio de líquidos y sólidos o semilíquidos nos indica la existencia de una especialización funcional en el protocolo social del consumo de alimentos. Ordenadas por contextos funcionales, las piezas no son presentadas como es habitual por producciones (TSG, TSA A, TSH, cerámica de cocina africana, itálica,

común… etc) sino por el modo en que fueron empleadas. De esta manera dentro del contexto funcional "cocina" se incluirán todos aquellos hallazgos relacionados con el procesado doméstico de los alimentos, pudiendo encontrar distintos tipos de material: cerámicas de cocina africanas, itálicas, producciones regionales hispanas… etc. Quien busque una ordenación "al uso" no encontrará en esta clasificación, por poner otro ejemplo, todas las cazuelas Hayes 197 agrupadas según su tamaño y junto a otras piezas de cocina africana, sino las que aparecen en cada U.E. asociadas a otros recipientes de su "contexto funcional": cocina en este caso. Aplicado a un caso cotidiano el planteamiento se entiende con mayor claridad. Entre los utensilios del servicio de mesa y de cocina que podemos encontrar actualmente se dan distintos materiales y proveniencias que se emplean conjuntamente. Separados por la naturaleza de su composición se origina una agrupación "plástico-madera-metal-vidrio…" que además de alterar su uso resulta ficticia pues ciertos objetos no tienen relación entre sí (como por ejemplo un tenedor y una olla por el hecho de ser de metal).

Aun así, el trabajo, al igual que el de la revisión de la intervención de la C/ Cuatro Santos nº 40 (Quevedo y Bermejo, 2012) recibió críticas por parte de los correctores editoriales, quienes respecto a los contextos funcionales llegaron a afirmar que "no es costumbre utilizar estas nomenclaturas en los estudios". Precisamente se trata de buscar enfoques alternativos, que permitan lecturas transversales. Quizás sea un problema del altísimo grado de especialización, quizás de una falta de alternativas (parece que sólo hay una forma de estudiar la cerámica) o quizás el problema resida simplemente en los planteamientos sugeridos. En cualquier caso entre los ceramólogos clásicos la situación alcanza tintes dantescos, pues dentro de las propias categorías cerámicas surgen especialistas, ¡pero siempre con la cuestión cronotipológica de fondo! ¿Tiene sentido que hablemos de "sigillateros" o de "anforólogos"? Obviamente no, como ya apuntaban en la introducción de *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión* D. Bernal y A. Ribera (2008: 27-28). Ante este panorama la investigación sólo parece evolucionar hacia una dirección en la que el único objetivo es la acumulación de contextos y tipos, manteniendo unos planteamientos de análisis tan de moda como hace 60 años (pero sin ser observados a través del prisma de la crítica).

2.3.3.- Hacia la Microhistoria

El trabajo no puede limitarse en los próximos años al mero enriquecimiento de nuestros catálogos con nuevos hallazgos, a pesar de que ya hemos insistido en la importancia de publicar el mayor número de contextos posible. El desarrollo de nuestros conocimientos no debería cimentarse en la mera acumulación de datos[108]. En una brillante reflexión S. L. Dyson (2003: 10) apuntaba que tenía la sensación de conocer más sobre la vida de los mayas, donde era consciente de su ignorancia, que de la de los romanos[109], y sinceramente no le falta razón. Nuestra bibliografía es muy rica en artículos sobre discusión de tipos y variantes. Sin embargo, y a pesar de haber sido publicada centenares de veces debido a su abundancia, ¿para qué sirve por ejemplo una Hayes 23? Recientemente el propio John W. Hayes se planteaba entre risas, en un curso sobre cerámica romana celebrado en Aix-en-Provence, si después de todo su conocida forma 23 no era una cazuela sino un recipiente para cocer el pan (Hayes, 2011: com. oral). En ese sentido los colegas de otras áreas que no han partido de una tradición historiográfica como la de los ceramólogos clásicos han avanzado, a mi parecer, hacia líneas de trabajo mucho más interesantes[110]. Es el caso de prehistoriadores, protohistoriadores y medievalistas. Un ejemplo sacado de estos últimos relativo a un complejo período de transición como es el s. VIII, ilustra con claridad el enfoque dado (Alba y Gutiérrez, 2008: 596-597):

> "En estos periodos la ceramología no se ha limitado a la mera taxonomía descriptiva, con ser ésta un paso previo e indispensable del conocimiento científico, sino que ha aportado argumentos para hacer lecturas históricas, intentando deducir modelos explicativos –de la arqueología del objeto a la arqueología del territorio y viceversa– que aspiran a ser

[108] El problema debería llevar a una seria reflexión dentro de la disciplina, pues la crítica se da en otros campos de la misma. Recientemente y en los mismos términos, aunque en referencia a la aplicación de los SIG en arqueología urbana como recopilatorio de datos sin interpretación que los respalde: "A pesar de tratarse de un paso necesario, abordar la arqueología como una ciencia descriptiva, donde se establece una clasificación y se alimenta eternamente una base de datos de una realidad histórica que nunca llegaremos a aprehender es una quimera en la que caen muchos proyectos de arqueología urbana y su corolario, los sistemas de información geográfica (SIG) aplicados a la arqueología. Si indudablemente son una herramienta indispensable para manejar los datos de disciplinas que tienen el espacio como referente, incluida la arqueología como veremos, su carácter compilatorio ha permitido sublimar a los arqueólogos que aplazan eternamente las respuestas, en una postura de huida hacia delante" (González Villaescusa, 2012: 3).

[109] Cita recogida por J. Bermejo (2011: 232) de quien a su vez la reproducimos.

[110] En muchos casos marcados por las dificultades de partida, teniendo que: "definir tendencias generales en las familias funcionales más que caracterizar producciones o definir tipologías concretas; labor que a diferencia de lo que ocurre con las estandarizadas y extensamente distribuidas producciones romanas, resulta imposible en un universo productivo tan caracterizado por la regionalización y la autosuficiencia como es el altomedieval" (Alba y Gutiérrez, 2008: 599).

integrales (Acién, 1993). El estudio de la cerámica paleoandalusí se incorporó tarde –a partir de los años ochenta– al conocimiento material de *Al-Andalus*, pero cobró un protagonismo especial como medio para explicar históricamente el pasado. Probablemente se le ha exigido y en consecuencia ha aportado más de lo que lo ha hecho la cerámica común de cualquier otro periodo histórico, pero quizá por ello se ha logrado rentabilizar su potencial como testimonio, convirtiéndose en uno de los documentos históricos de mayor potencial explicativo de todo el altomedievo".

La clasificación que ambos autores realizan del repertorio de formas propio de dicha cronología sobre la base de si están destinados a cocer alimentos o a conservarlos o incluso la distribución a nivel hispano de las ollas y por tanto de las diferentes formas de cocinar en un sitio y en otro (Alba y Gutiérrez, 2008: 587, fig. 1) resulta muy sugerente[111]. En cualquier caso, insistimos en la necesidad de no obviar tipologías y materiales estratigráficamente bien secuenciados; la cuestión reside en no quedarse ahí y generar nuevas preguntas, como también ocurre en protohistoria[112].

La funcionalidad es una de las facetas más interesantes a matizar en el futuro, aunque no siempre dependa de ello la forma de la pieza. Ésta viene determinada también por las elecciones estilísticas del alfarero y la constante contraposición entre innovación y conservadurismo, pudiendo llegar a convertirse las diversas modificaciones de las piezas en un auténtico barómetro de los cambios culturales (Shepard, 1985: 351). Junto a la transmisión de las ideas en el mundo antiguo son muchos los aspectos que se derivan del estudio de la cerámica romana, si bien

[111] Un planteamiento presente en los trabajos sobre cerámica medieval desde su desarrollo en los años 80, como muestra el estudio del tránsito de la Valencia islámica a la cristiana (Coll *et alii*., 1988: 14-19).

[112] (Bonet y Mata, 2008: 162-163): "Desde un planteamiento más tradicional, hay que seguir revisando y profundizando en las tipologías ya existentes y, sobre todo, caracterizar productos en el tiempo y en el espacio con el fin de poder datar su evolución y establecer su procedencia ya que, como hemos señalado aquí y en otros lugares, ni los estudios sobre hornos ni los análisis de pastas, tal vez porque todavía son minoritarios, están rellenando las lagunas que todavía existen sobre las producciones cerámicas. Para nosotras, hoy por hoy, siguen proporcionando más información los repertorios tipológicos y las decoraciones, tanto complejas como geométricas, que los análisis de pastas. En consecuencia, seguimos reivindicando la catalogación detallada de las cerámicas, pero no como un fin en sí misma, sino como un medio para llegar a planteamientos más complejos de índole económico y social. Desde las tendencias más novedosas, debemos responder a preguntas como ¿para qué sirven?, ¿para qué se utilizaron?, ¿quién o quiénes son sus propietarios? ¿cuál es su significado simbólico? ¿por qué se exportan algunos recipientes no anfóricos?, etc. Para poder responder a éstas y otras muchas cuestiones, siempre hemos defendido la importancia de los contextos arqueológicos, pues sólo el diálogo entre objeto arqueológico y su ubicación nos permitirá conocer su funcionalidad".

aproximaciones brillantes como la realizada por Peacock (1982) o por Bats (1988) desde el punto de vista de la etnoarqueología y la historia social respectivamente, continúan siendo excepciones. El peso que dentro de los estudios ha tenido también el componente comercial, especialmente cuando se trataba de ánforas y contenedores de productos alimenticios, ha derivado en muchos casos en una historia económica, pero ésta ha de ser por encima de todo, "absolutamente social" (Febvre, 1970: 39-40)[113]. Se ha dicho que la ceramología es la hermana pequeña de la arqueología clásica (Bernal y Ribera, 2008: 28); se podría añadir que también ha sido durante mucho tiempo la hermana tonta. La cerámica ha de ser considerada mucho más que el "juguete bonito" que se expone en la vitrina si aparece entero, pues por su propia condición es uno de los elementos que permite una mejor comprensión de la vida en el pasado. Desde la selección de la arcilla y los desgrasantes, desde el por qué de cada asa, de cada fondo y de cada gesto del alfarero[114], hasta el último uso de la pieza, todos los detalles han de ser contemplados si queremos exprimir su potencial como documento histórico. Al igual que en el estudio de las primeras producciones neolíticas donde se establece una relación entre la secuencia de manufactura, la tecnología empleada y el estilo decorativo (McClure y Bernabeu, 2011: 53-54). Que sean hombres, mujeres o niños quienes intervienen en la cadena operatoria, que se aspire a reproducir formas conocidas o se permita una innovar, que se coma en una olla o en una cazuela o que existan diversas formas que determinen el modo en el que se transporta el agua son cuestiones fundamentales para construir pequeños relatos. Una historia, una microhistoria que, al igual que la del molinero Menocchio (Ginzburg, 1976), nos permita trazar un discurso narrativo más amplio con el que entender mejor una época[115].

Sobre la base de unos mismos recipientes cerámicos, todo depende de cuáles sean las preguntas que se planteen (Shepard, 351-352), pasando de lo que hemos de considerar un primer estado descriptivo a cuestiones de mayor calado. Así, se pueden plantear lecturas socioeconómicas (Grau, 2010: 263-264) para llegar a grandes debates

[113] Para un desarrollo teórico de la Historia Social *vid*. Cardoso y Pérez Brignoli, 1999: 289-336 así como la obra fundamental de J. Fontana (1982).

[114] En algunos casos incluso se ha intentado reconocer "la mano" del alfarero, como por ejemplo se propuso para diversas ánforas Dressel 20 del Monte Testaccio (Morretta, 2003: 519-526).

[115] En palabras de Ortega y Gasset (2012, 15): "No es posible comprender bien un hecho histórico, sea el que sea, si no se acierta a contemplarlo desde el punto de vista que mejor manifieste su más auténtico sentido, es decir, desde el cual se divise a sabor, *y en toda su extensión*, el área de realidades humanas a que el hecho pertenece. Todo lo que sea mirar el hecho sobre el fondo de un área que es sólo parcial, lo desdibuja y falsea automáticamente".

como el de la etnicidad[116] y su identificación (o no) a través de la cultura material (Bats, 2010). Todo ello sin olvidar aspectos "ideológicos" e incluso políticos como los que se derivan a través de la magia y el simbolismo. Se trata de dimensiones con una lectura muy compleja aunque sumamente interesante dado que permiten atisbar la transmisión de un lenguaje no verbal (Braithwaite, 1982).

2.3.4.- La ayuda de la etnografía

Para la comprensión de muchos de los aspectos que rodean a la cerámica, resultan muy interesantes los paralelismos etnográficos (Orton *et alii*., 1993: 15-17), si bien en el caso de la arqueología europea no han jugado un papel destacado y, menos aún, en el ámbito de la ceramología romana. Su uso reviste aún hoy día un cierto halo anecdótico que infravalora la capacidad de esta disciplina para, más allá de establecer analogías (ejercicio arriesgado si no se somete a crítica), plantear cuestiones que afectan de lleno al mundo antiguo. En cualquier caso estas comparaciones son completamente lícitas cuando se realizan sobre bases fundadas. Un muy buen ejemplo es el estudio de R. Morais (2006) sobre los recipientes para contener miel en el mundo ibérico. Llamados "vasos de doble boca" (fig. 56a), Morais demostró que este doble borde evitaba que la miel escurriese hasta la panza del bote pero sobre todo, que en él se podía colocar agua para impedir que entrasen hormigas u otros insectos (Morais, 2006: 150-151). Todo ello gracias a paralelos etnográficos de zonas como Castilla y León, donde algunas de estas tradiciones –entre la que se incluye la de las mieleras (fig. 56b)– han pervivido de manera asombrosa hasta día de hoy (AA.VV., 2006b). La etnografía permite además acercarse a la cerámica de modo distinto, o comprender cómo las ordenaciones que realizamos los arqueólogos poco o nada tienen que ver con las que entienden sus usuarios. En varios ejemplos reunidos por Rice (2005: 277-283) bajo lo que denomina clasificaciones "folk", pueblos como los Fulani de Camerún, los Kalinga de Filipinas o los Shipibo-Conibo de Perú, diferencian sus recipientes por lo que en ellos se cocina, su contenido, su tamaño o su forma y a menudo varios de estos factores combinados. En otras ocasiones diferencias como las que se observan en el borde y el labio de las cerámicas (caso de los artesanos de Katmandú) no responden más que a una

[116] Para el tema de la arqueología de la etnicidad en castellano vid. Fernández Götz y Ruiz Zapatero (2011), con abundante bibliografía.

intencionalidad del alfarero por hacer las piezas más atractivas a los ojos del comprador (Birmingham, 1975: 383)[117].

Una publicación sobre el estado de los centros tradicionales de producción cerámica en nuestro país, *Alfares y alfareros de España*, a principios de los 80, es el mejor ejemplo de ello (Guerrero, 1988). El libro, poco ambicioso y fruto de un trabajo de campo llevado a cabo entre 1981 y 1986, recogía entre otras cosas entrevistas a diversos ceramistas. Su lectura enseña y sugiere más detalles sobre los cambios sociales que se deducen de la alteración del registro cerámico, la concepción de las piezas en cuanto a medidas y volúmenes, la producción de los alfares o las formas del trabajo, que muchos artículos. Conocer quiénes trabajaban la cerámica (hombres, mujeres, niños), cómo se transmitía ese saber, las condiciones de vida del alfarero y la dureza del oficio, la distribución de los productos, su decoración… Sin intención de ser exhaustivos, nos permitimos reproducir algunos fragmentos que contienen sugerentes aspectos ausentes en muchos de los planteamientos de nuestra ceramología clásica donde predomina la mencionada cuestión cronotipológica:

De la edad a la que se empezaba a trabajar…
Antonio Monje (59 años[118], Lora del Río, Sevilla):

> "Para que la alfarería no desaparezca hay que enseñar el oficio al niño, igual que se hace con otros oficios aplicados. Yo empecé a los 6 años, al salir del colegio me metía en el torno, me hice mi horno pequeñito y a los 8 años ya cocía. En las escuelas hay muchos métodos, libros y medios, pero falta la raíz principal, que es la tradición. Por los libros y de oído, no se aprende nunca el duende de la alfarería. Esos niños que aprenden en una escuela, con la práctica de los años, serán unos maestros alfareros con otra tradición" (Guerrero, 1988: 61).

De la capacidad de producción, las condiciones del oficio y su aprendizaje…
Félix Díaz-Masa (67 años, El Puente del Arzobispo, Toledo, fig. 57a):

[117] Citado a través de Rice, 2005: 279.
[118] Las edades de los entrevistados corresponden a las que ostentaban a principios de los 80, cuando el trabajo fue realizado.

> "Toda mi familia ha sido alfarera. Por el amor al oficio sigo trabajando. He conocido aquí al menos a veinte alfareros, y todos buenísimos. El peor, yo; y le voy a decir a usted que lo hice todo. Cuando me casé, mi padre me daba 18 pesetas de sueldo. No me podía dar más porque el cántaro costaba treinta céntimos y me tenía que hacer sesenta al día para que pudiéramos comer todos. Sesenta cántaros de sol a sol. Como el oficio era muy duro, se obligaba a los muchachos a que siguieran el aprendizaje, pues de lo contrario, eran muchos los que lo hubieran dejado. La alfarería hay que aprenderla con un alfarero, en el taller. Todo eso de las Escuelas son tonterías" (Guerrero, 1988: 141).

De la abundancia de alfares, de la mujer alfarera y de cómo los avances tecnológicos y los cambios en las formas de consumo afectaron a la producción cerámica…
Dolores Cruz (59 años, Mota del Cuervo, Cuenca, fig. 57b):

> "Aquí, la alfarería viene de muy lejos. Mi madre y mis hermanas ya trabajaron en el oficio. El hacer propiamente la pieza ha sido siempre faena de mujer; los hombres van por la broza y luego a vender los cacharros. En septiembre haré 60 años, y ya he trabajado bastante. Desde los 7 años que empecé a pisar barro… Ni yo ni las demás cantareras del pueblo tenemos a nadie que quiera continuar con esto. Sin embargo, de vez en cuando damos cursillos para chicas. Antes era distinto. Aquí han llegado a trabajar a la vez cientos de mujeres en el barro, porque en cada casa había unas cuantas y pasaban de cien las casas que eran alfarerías. En mi casa, por ejemplo, estábamos mi madre, dos hermanas mías y yo, pero la gente lo ha ido dejando, porque es un trabajo duro, no se vende y no se gana para comer con todo lo que se trabaja. Y ahora se vende menos, porque con el agua corriente en las casas ya no se necesita lo que hemos hecho siempre, sobre todo el cántaro y la cantarilla. Antes hacíamos 15 o 20 hornadas al año, pero últimamente sólo cuezo una vez. Y sobra. Así que en invierno, como hace mucho frío y hay piezas de más, no hago nada porque no corre prisa" (Guerrero, 1988: 135).

Del comercio de las piezas y su decoración…

Federico Morales (35 años, Salvatierra de los Barros, Badajoz, fig. 58):

> "En tiempos de los abuelos, andando iban a Francia a vender los cacharros. Llegaban a todos los lugares con las bestias. Han llegado hasta Rusia y, pasando por mar, hasta Cuba. De aquí a Francia iban con varias bestias cargadas de género. Todavía he conocido yo, y de eso no hace mucho, ir a Madrid en catorce días, gente de esta misma calle. Dormían donde pillaban. Iban con catorce o quince bestias y también en las hangarillas de los vagones del tren. Los que tenían que atravesar el océano se metían en un barco con el cargamento en cajas. […] El conocido bruñido de algunos cacharros se hace con una piedra de río, mojándola con la saliva; sin saliva no sale, lo hemos experimentado con agua y el canto no corre. Y con la misma piedra se hace el dibujo de las hojas, los ramos o lo que sea. El grabado o "arrayao" se hace con una punta, con la que se va quitando o "robando" el barro de la superficie, quedando así el dibujo por incisión" (Guerrero, 1988: 234).

De la distinción de las piezas por su capacidad (no por su tipo), de la cocción en el horno y de la preferencia de una técnica sobre otra…
Pascual Labarias Urrios (70 años, Calanda, Teruel):

> "Aprendí a trabajar el barro a los 14 años. Ya hace bastante que soy el único cantarero de Calanda. Aquí siempre se ha trabajado sin torno, con la pala y el broquel. Se me pasó por la cabeza poner torno, pero como vi que había tantos alfareros con torno y que la alfarería sin él se acababa, pues ya no quise ponerlo. ¿Por qué trabajo sin torno? Pues porque aquí siempre se ha hecho así. Mis bisabuelos y mis abuelos ya lo hacían, en Calanda no se ha conocido ni un torno ni medio. Hoy, los cacharros han ido quedando para adorno. Fíjese usted, esa tinaja de ahí es de 300 litros. Y las había también de 100, 150 y 200. La de 300, la más grande, me costaba una semana hacerla. Empezábamos 3 ó 4 a la vez, porque había que dejar que se fueran secando para ponerles el trozo encima. Las tinajas grandes las poníamos en el horno de tres en tres, una sobre otra, fíjese si era grande el horno; y encima poníamos un cocio boca abajo, y además

> cántaros suspendidos en una caña. El horno era enorme, estaba cubierto y tenía una chimenea principal que la tapábamos con un cocio boca abajo, para que no entrara ni la nieve ni el agua ni nada; necesitaba más de treinta carros de leña para subir el fuego". (Guerrero, 1988: 70).

Ejemplos como este último muestran cómo es necesario un enfoque más social que económico si queremos comprender ciertos aspectos históricos: frente a una forma de producir (a torno) más rápida y cómoda, el mencionado artesano se mueve por impulsos que responden más a un carácter nostálgico y de tradición que a nuestra lógica de mercado. Incluso conceptos como el de la "calidad" de las piezas –muy repetido por ejemplo en el caso de la cerámica africana de cocina (Ikäehimo, 2003: 127)– entendido por nosotros como el de su eficiencia y duración prolongada, pueden ser medido de forma distinta por artesanos que ya estimen *a priori* la vida útil del objeto pues, como recordaba Pablo Fernández Padilla "Tito", alfarero jubilado de Úbeda (Jaén), era necesario hacerlas de modo que "se puedan romper con el uso, porque de lo contrario llega un momento en que saturamos el mercado" (Guerrero, 1988: 53).

Precisamente la "vida" de las cerámicas, su duración en el tiempo aunque sean empleadas de forma distinta a las de su concepción, constituyen el último punto de esta reflexión. La secuencia de una producción cerámica parte de la obtención de la materia prima, su procesado, la creación del objeto y su distribución, pero debe extenderse al uso de la misma, su eventual rotura u obsolescencia, reciclado o eliminación (Rye, 1988: 3). La célebre colección de bodegones de Luis Meléndez, pintor de la corte española durante el s. XVIII (Garrido y Cherry, 2004) supone un completo muestrario de vajilla de la época, en gran parte cerámico (Seseña, 2000). Al observar con detalle muchos de los cuadros, se aprecia la utilización de cuencos o platos parcialmente fragmentados como tapaderas para jarras como por ejemplo en el cuadro pintado hacia 1760-70: *Pescados, cebolletas, pan y objetos diversos*, donde sobre una jarra de servicio aparece colocada una producción de Talavera o el Puente del Arzobispo (Seseña, 2004: nº 12; Gutiérrez Alonso, 1983: 164; aquí fig. 59). Este uso también ha de ser contemplado y constituye un elemento importante de cara a matizar la pervivencia de los objetos en un contexto (con las implicaciones cronológicas que ello conlleva). La consideración que de los mismos se tiene varía –tanto a nivel físico como simbólico–, al dotarlos de nuevos usos como pone de manifiesto una urna funeraria con tapadera hallada en *Bilbilis* formada por una olla de cocina y media cantimplora de *terra sigillata*

local (Sáez Preciado, 2010; aquí fig. 60a y 60b). Su reciclaje implica su incorporación a una nueva secuencia y de ello debe derivarse una nueva interpretación. Por poner un ejemplo personal, desde que era pequeño he coleccionado cactus y mi abuela me fue dando sus viejas cazuelas de barro –que conservaba a su vez de su propia abuela– para que fuese plantando en ellas todos los que tenía. Así, recipientes de cocina de la segunda mitad del s. XIX largamente usados y que ya presentaban pequeñas grietas que los hacían inservibles se convirtieron a finales de los 80 en macetas que, a día de hoy, más de 20 años después, continúan conservándose como tales (fig. 61). Un reflejo de la variedad de usos y problemas de exégesis que plantea la cultura material contenida en el registro arqueológico (de la que en ocasiones se pueden derivar lecturas erróneas, como ocurriría en un futuro si al ser excavada la colección de macetas fuese entendida como un espacio de cocina). Líneas de trabajo sobre estos aspectos como la que viene encabezando J. Theodore Peña (2007b: 9-11) son especialmente sugerentes y un ejemplo a seguir de cara a próximos trabajos.

2.3.5.- El enfoque de la etnoarqueología y la arqueología experimental

A pesar del importante papel de la etnografía, se ha de evitar caer en ciertas comparaciones sistemáticas entre datos de este tipo y realidad arqueológica, pues cabe asumir que no todas las formas de conducta cultural que pueden ser observadas hoy tienen analogías en el pasado (Vidal Solange y García Roselló, 2010: 8). Aún estamos lejos de profundizar en aspectos que vayan más allá de la simple asociación entre restos materiales y sociedad, empezando por los propios sujetos que los elaboraron. Ante la falta de fuentes históricas o epigráficas el producto cerámico es lo único que permite acercarnos a la personalidad y actuación del artesano y, en palabras de Morel, "conocer su estatus, comprender su situación en la sociedad, imaginar los sentimientos que inspira o que experimenta" (1991, 260)[119]. Sin embargo el estudio de los paralelos etnográficos desde un enfoque arqueológico responde a un interés creciente dentro de la disciplina ya consolidado hace décadas en el mundo anglosajón y que en nuestro país se va dando a conocer paulatinamente: la etnoarqueología (González Ruibal, 2003b). En

[119] En el caso de la alfarería española de la posguerra no cabe olvidar que, si bien experimentó un cierto auge, era un trabajo realizado casi siempre por mujeres y a menudo relacionado: "con situaciones de pobreza extrema y economía sumergida e incluso de marginalidad y exclusión social, porque en muchos casos, eran las mujeres las responsables de sacar unos dineros o ajustar un trueque para intentar librar a las familias de auténticos cuadros de miseria" (AA.VV., 2006a: 14).

nuestro caso, y como recogen tesis recientes (Ruiz Montes, 2011: 43-45), el acercamiento a las actividades productivas relacionadas con la cerámica desde este punto de vista es especialmente interesante, habiendo conocido algunos acercamientos en nuestra zona para períodos anteriores (Jordán, 1995). En palabras de A. Vidal Solange y J. García Roselló (2010, 6-7):

> **"**Si se define a la arqueología como el dominio más apropiado para la reconstrucción del pasado a partir del registro material, las preguntas a contestar en las investigaciones etnoarqueológicas deben plantearse en base a este registro arqueológico y su posible aplicación dentro de esta disciplina […]. Con la aparición de la etnoarqueología, los arqueólogos, además de trabajar con objetos, han pasado a trabajar con sujetos. En este sentido, la etnoarqueología no sólo actúa como una herramienta que posibilita la reflexión sobre la formación de los yacimientos y la fiabilidad de los datos -con la consecuente reducción de ambigüedades-, sino que en su discurso muestra la visión que otras culturas tienen del mundo y de sí mismas".

Así, una vez superados los criterios que rigen nuestros trabajos sobre cerámica (determinación de la forma, función, origen, cronología) se debe avanzar hacia un segundo nivel en el que estos nuevos planteamientos permitan abordar aspectos socioeconómicos, tecnológicos[120] y políticos (Beltrán, 2008: 39; 2004: 9). Desde la etnoarqueología se intentan analizar toda una serie de comportamientos sociales y tradiciones que se transmiten con el trabajo de la arcilla a los que no se había prestado excesiva atención hasta ahora (Vidal Solange y García Roselló, 2010: 12-13). Las formas cerámicas no sólo están determinadas por su función, también por una elección estilística que realiza el alfarero, sirviendo a su vez de vehículo para la difusión las ideas en el mundo antiguo (Fulford, 2005: v). El proceso tecnológico, el modo en que las piezas fueron fabricadas en un mundo preindustrial y las distintas fases de la secuencia de producción, revisten un especial interés (Rye, 1988). Por ello la experimentación etnoarqueológica se presenta como una aportación que, sobre la base de la observación

[120] *Vid*. a propósito de los aspectos sociales y tecnológicos de los hornos de producción fenicia en el Valle del Guadalquivir y la duración en el tiempo de estas estructuras hasta época romana el interesante trabajo de J. F. García Fernández e I. García Vargas (2012).

del trabajo de alfareros actuales, permite matizar la interpretación del registro arqueológico ayudando en la percepción de los procesos mecánicos presentes en los materiales (García Roselló, 2007: 45-46). Unos materiales con características físicas idénticas independientemente del grupo cultural que los produce, lo que permite desarrollar recreaciones prácticas para una mejor comprensión de su producción y posterior comportamiento como material arqueológico.

Aunque todavía está poco desarrollada en la península ibérica y particularmente en el ámbito de la cultura material romana, la Arqueología Experimental comienza poco a poco a mostrar sus posibilidades para plantear y resolver incógnitas de época clásica (Ramos, 2007). La reconstrucción práctica de los procesos de producción cerámica permite comprender aspectos que de otro modo habrían pasado desapercibidos, como por ejemplo, al cargar un moderno horno cerámico, las diversas claves que indican las fases del proceso de cocción y el estado de sus productos: "pistas" del proceso tecnológico por las que el alfarero sabe cuándo se ha alcanzado una temperatura o cuánto debe esperar para retirar sus piezas (Schütz, 1992). Algunos ejercicios experimentales llevados a cabo en poblados de época ibérica relacionados con cerámicas (y también cuestiones arquitectónicas) han dado espectaculares resultados (Bonet y Vives-Ferrándiz, 2011). En nuestro caso se ha recurrido también a la experimentación arqueológica para el caso de algunos materiales concretos, como las lucernas a torno de *Carthago Noua* u otras piezas como un rallador de cocina (vid. capítulo 4). Así, de la mano de alfareros modernos se han podido recrear los procesos de fabricación y al mismo tiempo se han comprobado propuestas sobre el funcionamiento de determinados objetos. En definitiva se trata de una práctica que, más allá del halo anecdótico que todavía pueda poseer entre algunos sectores, permite responder cuestiones de muy diversa índole pero, sobre todo, plantear otras nuevas.

PARTE II

CAPÍTULO 3

LOS NIVELES DE ABANDONO DE *CARTHAGO NOUA* EN EL SIGLO II D.C.: PROBLEMÁTICA HISTÓRICA

3.1.- Definición y características

A partir de la segunda mitad del s. II d.C. gran parte del espacio urbano de *Carthago Noua* es abandonado. En la mayoría de excavaciones llevadas a cabo en la ciudad la fase de colmatación de las estructuras altoimperiales aparece de manera sistemática, permitiendo intuir un desplazamiento de la población hacia el sector portuario en época tardía (San Martín, 1985a: 349). Sin embargo hasta finales de los 90[121] no fue reseñada más que de forma somera. En 1996 Elena Ruiz Valderas publicaba "Los niveles de abandono del siglo II d.C. en Cartagena: los contextos de la Calle Jara nº 12", un trabajo en el que hacía referencia a una potente deposición de 1,40 m. que cubría los restos de unas viviendas del siglo I d.C. Este breve y conciso estudio pronto se convirtió en referencia, pues aunque paquetes estratigráficos similares se habían documentado en otros puntos de la ciudad, nunca habían sido estudiados de forma pormenorizada. La propia expresión de "niveles de abandono" pasó en cierto modo a formar parte del lenguaje de la reciente historiografía local para designar la formación del registro arqueológico en dicho periodo (Berrocal, 2005b: 21-22). Su influencia se muestra constantemente en esta tesis[122], heredera directa de aquella publicación y cuyo punto de partida fue la misma. De hecho con anterioridad se había publicado un nivel de destrucción de mediados del s. III d.C. hallado en la C/ Cuatro Santos nº 40 (Vidal y de Miquel, 1988), pero éste fue interpretado como un ejemplo más del mismo y largo proceso de abandono iniciado un siglo antes[123] (Ruiz Valderas, 1996: 505).

[121] Exceptuando el nivel de incendio de una vivienda en la C/ Cuatro Santos nº 40 (Vidal y de Miquel, 1988) que no incluimos en este punto –aunque es tratado más adelante– por ser de mediados del siglo III d.C.

[122] Cuyo título en un principio era: "Los niveles de abandono de los s. II-III d.C. en Carthago Noua y su entorno". Aunque posteriormente se modificó, la influencia a la que hacíamos mención se aprecia en otros trabajos de iniciación que tenían muy presente el de E. Ruiz Valderas como el que se presentó hace unos años sobre los niveles de abandono de la curia (Quevedo y García-Aboal, 2008).

[123] Motivo por el cual dentro de la expresión "niveles de abandono" se incluían tanto abandonos como destrucciones que en lo sucesivo, sin embargo, cabe discernir.

Los paquetes estratigráficos que se extienden por gran parte de la ciudad de *Carthago Noua* durante la segunda centuria están compuestos por numerosos restos de material constructivo: adobes, piedras, mármoles, mortero, *tegulae*, así como elementos orgánicos (maderas, huesos, carbones) y abundantes cerámicas. Su formación se debe al progresivo derrumbe de los edificios y a la acumulación de residuos en su interior (fig. 62). Si se utiliza el origen de estos últimos como criterio de distinción se pueden diferenciar tres grandes grupos: residuos domésticos, artesanales/comerciales y constructivos (Remolà, 2000: 109). Se consideran "basura" aquellos desechos tanto orgánicos como inorgánicos derivados del consumo, principalmente doméstico: alimentación, mobiliario, vestido… etc. Los restos asociados al segundo grupo, el de la producción y la distribución, son "residuos", tanto los generados por una actividad artesanal (talleres de todo tipo) como los derivados del comercio, principalmente envases anfóricos. Por último, bajo la definición de "escombro" se incluyen todos aquellos relacionados con la construcción, el abandono y derribo de edificios… etc. Aunque se tenga presente esta distinción, la complejidad estratigráfica impide en ocasiones definir con claridad el tipo de contexto. Así ocurre en aquellos edificios en los que se mantuvo una precaria ocupación a pesar de hallarse en un estado semi-ruinoso en el que las basuras y el escombro comenzaban a acumularse en los espacios de habitación. El hecho de que muchas de las estructuras analizadas estuvieran levantadas en su mayor parte con adobe hace que la disolución del mismo le confiera a estos niveles un tono anaranjado muy característico[124] (fig. 63). En los muros de las viviendas donde se conserva un alzado significativo puede apreciarse esta técnica arquitectónica que consiste en la construcción de un zócalo de piedra con acabado recto a partir del cual se colocarían los adobes (fig. 64 y 65). Las maderas descompuestas procedentes en gran parte de las estructuras arquitectónicas[125], le confieren un tono grisáceo y en ocasiones es frecuente encontrar lechos de ceniza y carbón. Estratigráficamente los

[124] Tal y como se recoge en numerosas intervenciones urbanas. Por poner algunos ejemplos: Antolinos y Soler, 2010b: 407-408: "Tierra muy limosa de color rojiza-anaranjada con restos de enlucidos, adobes disueltos y fragmentos de *opus signinum*"; Fernández Azorín, 2008a: 269: "En el perfil oeste, […], aparece un derrumbe que nos da tanto restos de estuco como de *opus signinum* y un trozo de mármol, y todo en un nivel rojo y compacto de disolución de adobes"; Marín, 2002: 309: "Tierra anaranjada muy suelta con restos de láguena y material de construcción romano: piedras medianas (areniscas, pizarras, calizas), ladrillos, fragmentos de tégulas, de estuco de color rojo y de *opus signinum* "; Martín y Roldán, 1997a: 168-170: "Estrato I. Aparece a unos 0,30 m. de superficie y está compuesto por una tierra de color rojiza y compacta a causa, sobre todo, de que incluye un importante derrumbe de adobes. El material ya es homogéneo y sin alteraciones proporcionándonos diverso material romano […]".

[125] Así lo indicaría la presencia en el registro, junto a las colañas, de grandes clavos de hierro, empleados principalmente para la sujeción de vigas y otros elementos lígneos a diferencia de aquellos en bronce, reservados normalmente a las distintas piezas de mobiliario doméstico (Weeks, 1982: 157).

niveles de abandono pueden conformar paquetes muy potentes, compactos y arcillosos, de más de un metro de espesor, llegando a alcanzar en algunos casos como el de la excavación de la calle Caridad esquina San Cristóbal la Corta más de dos metros (fig. 66).

Una mejor comprensión de los mismos es posible gracias a un proyecto realizado en la zona del Barrio Universitario (PERI CA-4)[126] por Mª. C. Berrocal (2005a: 135, fig. 2) en colaboración con sedimentólogos de la Universidad de Valencia que perseguía acercarse a la estratigrafía de la ciudad a través de una trama de sondeos de extracción de testigo continuo[127]. Su bajo coste y mínimo impacto hace de estos análisis geotécnicos un método especialmente propicio para el conocimiento del subsuelo sin necesidad de llevar a cabo excavaciones. En este caso se realizaron 27 sondeos que permitieron identificar diversas fases de ocupación. Los niveles de abandono fueron documentados con claridad (Berrocal, 2005a: 161): "Los rellenos arqueológicos de amortización de las estructuras romanas, muy compactados y de color anaranjado con presencia masiva de adobes y restos constructivos, están presentes prácticamente en todos los sondeos […]". El testigo nº 7, extraído a una cota de 21,85 m. sobre el nivel del mar en el cruce de las calles del Alto y Antiguones, es especialmente ilustrativo del proceso de amortización de las construcciones altoimperiales (fig. 67a y 67b). Consta de 15 unidades estratigráficas de las que se tomaron hasta 7 muestras para su análisis (Berrocal, 2005a: 141-148). La secuencia romana se caracteriza por una serie de capas de adobes disgregados con coloración naranja y grisácea de textura arcillosa (aunque más limosas y arenosas en su cota inferior) y láguenas compactadas[128]. Esto es especialmente visible en las muestras nºs 2, 3, 4 y 5[129]. Del análisis de los testigos se extraen diversos datos, siendo uno de los más

[126] Distintos arqueólogos han trabajado en la zona pero en este caso la referencia tiene que ver con las intervenciones que en 2002 realizaron M. C. Berrocal y L. E. de Miquel, para las que abrieron varios transeptos en los que documentaron una calzada y diversas viviendas, por citar sólo los hallazgos del periodo que nos afecta.

[127] También empleados en las excavaciones del anfiteatro (Pérez y Berrocal, 1996) y el teatro romano (Ramallo *et alii.*, 1996: 183-185). Más recientemente en una intervención realizada en el nº 7 de la C/ del Carmen que coincidiría con un área periurbana de la antigua ciudad romana, se revisó la columna estratigráfica de un sondeo geotécnico previo revelando una interesante lectura arqueológica (Alonso, 2006: 113-114).

[128] Material de color violáceo formado por arcillas magnésicas propio del Campo de Cartagena así como de las Alpujarras granadinas y almerienses. Debido a su calidad aislante ha sido utilizado hasta fecha reciente (especialmente en la zona litoral del municipio de Cartagena) para impermeabilizar los tejados de las casas.

[129] Que reproducimos íntegramente dado el interés y la excepcionalidad de estos sondeos (Berrocal, 2005a: 144-146): *"**Muestra 2**: Restos de cantos de arenisca y filitas envueltos en una matriz limosa gris parda. Un par de grandes cantos angulosos (casi tamaño bloque). Derrumbe de estructuras con láguenas*

interesantes el endurecimiento de la superficie del estrato de colmatación debido a la acción de agentes ambientales. El hecho de que durante un largo tiempo el nivel de abandono sufriera las inclemencias del tiempo y los procesos erosivos propios de una exposición al aire libre, se muestra también en la elevada presencia de carbonatos en su composición. En algunos de los niveles iniciales sobre las calzadas se aprecia una capa de limos de arrastre, sin apenas material arqueológico, de origen natural (fig. 68). Una hipótesis que refuerza la interrupción ocupacional en numerosos puntos de la ciudad tras el proceso de abandono que se produce a finales del siglo II d.C.

3.1.1.- Abandonos, vertidos y destrucciones. Sobre los procesos de formación del registro arqueológico y su interpretación

La revisión de las intervenciones llevadas a cabo en Cartagena deja ver cómo, bajo la etiqueta de la recesión urbana y particularmente de los abandonos generalizados, se incluyen dentro de una misma categoría toda una serie de niveles originados de forma muy distinta. El criterio empleado para su descripción no es otro que el del propio arqueólogo y en función de su percepción y sensibilidad los resultados de excavaciones en solares muy cercanos o incluso adyacentes pueden variar enormemente. Así, mientras que en unos se habla de un colapso progresivo de las estructuras (Martín *et*

---

y adobes. Argamasa moderna, carbones, cerámica, huesos y conchuela, en disposición horizontal a la base. La distribución textural muestra el predominio de las fracciones arenosas asociado a la degradación de los elementos estructurales, muros o similares. La presencia de láminas parece indicar que el derrumbe ha sido lento. La curva [semilogarítmica] presenta un trazo tendido, sin irregularidades aparentes, que nos hace pensar en cierto proceso de selección natural: movilización por arroyadas consistentes. ***Muestra 3****: Posee un mayor porcentaje de fracciones finas de color rosado (5 YR 7/3) con pasadas anaranjadas y bandas de arcillas más oscuras, evidencias de la presencia de adobes hacia la parte alta del nivel. Algunos cantos, restos de derrumbe, aunque en la muestra estudiada no se documentan excesivos (5%). Las gravas (10%) son de carbones, conchas y esquistos. Curva de rasgos naturales, que confirma que los adobes reproducen la distribución textural del sedimento original. Derrumbe constituido básicamente por adobes.* ***Muestra 4****: Es de nuevo una unidad de derrumbe con restos de argamasa, arenisca, carbones, bronce? y cerámica de color gris claro (10 YR 7/1). Limo arcillas masivas con pequeños nódulos de carbonato (restos de argamasa) muy repartidos por toda la muestra. Similar a la muestra 7/1 pero con menos presencia de arenas gruesas, pero con mayor porcentaje de fracciones gruesas, que parecen indicar que es, en parte, un derrumbe in situ. Distribución de nuevo platocúrtica (presencia de gran cantidad de fracciones y porcentajes excepto en las arcillas finas). Posible derrumbe junto con material de arrastre de la parte más alta de la ladera.* ***Muestra 5****: Nivel de limo arcillas oscuras, color gris (10 YR 6/1), de carácter masivo. Engloba carbones, huesos, materia orgánica y restos vegetales no carbonizados. Algunos cantos de argamasa y especialmente esquistos distribuidos de forma masiva a lo largo de la muestra. Aparente derrumbe e incendio de muros o cubiertas con madera. Aunque los restos óseos y la abundante materia orgánica podría asociarse a un vertedero".*

En este último caso queda patente la dificultad de reconocer el tipo de niveles dado que en ocasiones los detritus se acumulan en espacios domésticos en uso. De cualquier modo se puede observar cómo el abandono se contextualizan de abajo arriba como las fases sucesivas de derrumbe y colmatación.

alii., 2001: 31), en otros parecen identificarse con claridad niveles de incendio (Fuentes, 2006: 150). Si esos niveles de ceniza responden siempre a fenómenos destructivos es otra cuestión pendiente de matizar (salvo cuando la deposición de los distintos materiales que componen el relleno no indique claramente un fin violento). En otros escenarios son interpretados como descomposiciones de materia orgánica o incluso cenizas de incendios controlados para reducir el volumen de algunos vertidos[130]. La descripción de una unidad estratigráfica perteneciente a la amortización de la curia que baraja a la vez diversas hipótesis ilustra con claridad el problema de la definición (De Miquel, 2003: 81):

> "Este último estrato (6310) resulta especialmente sugestivo, por ser de los pocos vestigios que nos quedan de algún nivel de incendio o destrucción localizado de una posible reocupación de esta zona en época tardía; aunque su génesis también podría deberse tanto a pequeñas quemas de rozas o incluso a simples vertederos de residuos y materiales desechados, que acumulasen una especial carga de elementos orgánicos".

La cuestión no resulta baladí, máxime en un período en el que razias de grupos bárbaros entran en escena y la tendencia a relacionar niveles de incendio con ataques puntuales se acentúa. Si bien en ocasiones se ha acusado al arqueólogo de buscar en las incursiones –de los *mauri* particularmente para la cronología que nos afecta– un refugio fácil desde el que explicar con comodidad la interrupción de la actividad de un yacimiento (Arce, 1981: 105); tampoco es posible negar que en ciertos casos unas condiciones excepcionales de conservación permiten atestiguar hechos semejantes (*vid*. cap. 6). El ejemplo hispano que mejor ilustra esta posibilidad es *Valentia*, cuya destrucción a manos de Pompeyo en el año 75 a.C. ha sido documentada de manera fehaciente (Alapont *et alii.,* 2010; Ribera y Marín, 2003-2004, Ribera, 2006: 181-182).

[130] Tal y como parece documentarse en un vertedero púnico de la Plaza de San Ginés (Roldán y Martín, 1996: 249-261; Martín, 1998: 9-28). En el caso de basureros mayores se puede llegar a producir una combustión espontánea debido a las elevadas temperaturas que alcanzan algunos materiales a través de su descomposición (Remolà, 2000: 115, nota 29).

A pesar del repetido uso del término y las connotaciones que implica para la historiografía local, los conocidos "niveles de abandono"[131] han sido definidos exclusivamente sobre la base de sus características físicas. El modo en que se produjeron no ha sido objeto de preocupación. Esta es precisamente una de las cuestiones a matizar todavía dentro del estudio del tratamiento de los residuos en la ciudad altoimperial: la distinción con mayor nitidez entre verdaderos vertederos o niveles de abandono, colmatación o relleno (Remolà y Acero, 2011: 385). Como ejemplo véase la similitud entre el abandono de la *domus* de la Fortuna de Cartagena (fig. 69a) y un paquete estratigráfico del vertedero emeritense de la calle Almendralejo nº 41 (fig. 69b). En el caso de la vivienda, ¿responde la estratigrafía al colapso del edificio y a la cultura material en él contenida? ¿Nos encontramos frente a niveles de ocupación en un hábitat degradado? ¿O por el contrario estamos ante un espacio convertido en basurero?

Dentro de la disciplina arqueológica la dialéctica en torno a la formación de los procesos deposicionales vivió un momento de intenso debate a partir de la década de los 70 originado desde la Nueva Arqueología. Autores como Binford (1976) y especialmente Schiffer (1972, 1983, 1987) –en época más reciente, Hodder (1997)– discutieron ampliamente sobre su importancia y la información que aportan. En la actualidad dentro del proceso de formación del registro arqueológico –concretamente en contextos domésticos– se pueden distinguir tres tipos de abandono[132]: *de facto*, primarios y secundarios (LaMotta y Schiffer, 1999: 21-15).

Las **deposiciones *de facto*** son aquellas en las que los objetos quedan en el lugar en el que estaban a pesar de ser útiles. Tradicionalmente se han relacionado con fenómenos de abandono repentino como los documentados en las ciudades que sufrieron las consecuencias de la erupción vesubiana, pero no siempre son fruto de situaciones catastróficas (fig. 70a). Así lo demuestran casos paradigmáticos como el de los abandonos generados en Galicia tras el regreso de gentes que habían emigrado, donde se pueden encontrar objetos de valor y personales como fotografías, cartas, documentos manuscritos… etc. (González Ruibal, 2003a: 425-427). De cualquier modo es casi imposible encontrar "inventarios completos" pues incluso en el caso de Pompeya

[131] Para una reflexión sobre las actividades con las que se puede relacionar el término "abandono" y sus distintas acepciones, *vid*. Rotschild *et alii*, 2000.
[132] Un breve y actualizado resumen en castellano se encuentra en Bermejo, 2011: 239-240.

los habitantes tuvieron tiempo de llevarse objetos de valor. En cualquier caso la lectura de algunas memorias de excavación muestra las dificultades a las que se ha de hacer frente de cara a la interpretación, como pone de relieve un hallazgo que recuerda la necesidad de llevar a cabo una revisión exhaustiva de las mismas. Se trata de un conjunto del área artesanal de Morería que por sus características podría identificarse *a priori* con una deposición *de facto*. En él que aparecieron *in situ* distintas piezas cerámicas (De Miquel y Martínez Sánchez, 2005: 35), concretamente: seis lucernas, una cazuela de cocina africana y un mortero de piedra, todos ellos completos (fig. 70b). Su singularidad reside en que, aunque ha sido definido como un abandono[133], la presencia de la capa de cenizas y el hecho de que los materiales (ni siquiera los metálicos) fueran recuperados con posterioridad, lo que indica probablemente que estamos ante una destrucción súbita; cuestión que sólo podrá resolverse tras el detenido análisis de de los contextos.

Las **deposiciones primarias** se producen en lugares que no han sido limpiados, de modo que los objetos entran en el registro arqueológico directamente desde su lugar de consumo (Bermejo, 2011: 239; González Ruibal, 2003a: 422-423). Es el tipo de abandono más excepcional ya que normalmente los espacios de habitación suelen estar sometidos a una limpieza y mantenimiento constante. Sin embargo en este aspecto influye de manera importante el propio concepto de limpieza, que no siempre tiene que ver con el orden y la higiene con que lo identificamos nosotros (fig. 71). Lo más habitual es que las deposiciones primarias correspondan a breves períodos de ocupación donde el mantenimiento de los espacios es menos intenso, aunque restos de actividades artesanales o agropecuarias puedan encontrarse en niveles de uso.

Por último las **deposiciones secundarias**, las más frecuentes en el registro arqueológico, son todas aquellas que se producen durante el abandono de un espacio doméstico o durante su mantenimiento y limpieza (Bermejo, 2011: 239). Los residuos se pueden encontrar sobre diversas superficies pero también concentrados (basureros) y

[133] Así lo interpretan quienes excavaron esta habitación, denominada "espacio 2" (De Miquel y Martínez Sánchez, 2005: 35-36): "Los niveles de abandono y colmatación de esta estancia consisten en una fina capa de cenizas y arcillas, de apenas 5/10 cms. de espesor (U.E. 4180), que incluía un buen número de piezas cerámicas y metálicas intactas abandonadas: fuente de libaciones pétrea, una cazuela africana de cocina, seis lucernas y cuatro cencerros de hierro. Debajo de los cencerros apareció una moneda de bronce y en la esquina suroccidental del espacio huesos de animales, un clavo y dos conchas marinas".

algunos autores los clasifican tipológicamente sobre la base de su localización y de la actitud conservativa que sobre los desechos tienen quienes crean el depósito. Es el caso por ejemplo de restos abandonados en posición secundaria pero que no pueden ser considerados basura puesto que fueron depositados intencionadamente para un uso posterior aunque luego nunca llegaran a utilizarse (González Ruibal, 2003a: 423-425). En cualquier caso este tipo de deposición es el más abundante en nuestros yacimientos y también en los niveles de abandono de *Carthago Noua* en el siglo II d.C. (fig. 72)

En definitiva, estos planteamientos inciden en la necesidad de entender cómo la cultura material –además del modo en que se fabrica y utiliza– se abandona y pasa a formar parte del registro arqueológico. Cabe destacar que los tipos de abandono también han sido objeto de interés por parte de la etnoarqueología, siempre a la búsqueda de matices dentro de la compleja lectura estratigráfica[134]. En cualquier caso no hay que olvidar que con frecuencia las estructuras observadas presentan un contenido derivado de actividades desarrolladas durante las fases tardías y de abandono de la ocupación[135]; unos elementos diferentes a los que hubieron de darse inicialmente y cuyo uso para la interpretación original de las habitaciones puede ser complicado. De hecho y como claman algunos de los más reconocidos autores, cada vez es más evidente la necesidad de una revisión epistemológica en profundidad de la arqueología clásica (Carandini, 2008: ix-xiii) ya que la interpretación de espacios en función de la comparación de un modelo planimétrico y el hallazgo de ciertas piezas (por ejemplo, habitación con ollas = cocina) puede alterar la lectura del registro arqueológico[136]. Se trata de un modelo que obvia no tanto la cultura material contenida en dichos espacios (aunque también) como la forma en que ha sido depositada. Sobre este aspecto ya se ha incidido en el capítulo 2, al igual que sobre los "tiempos" del proceso de colmatación. La observación de algunos casos contemporáneos en nuestras propias ciudades invita a reflexionar sobre cuántos años son necesarios –y en qué condiciones– para que se produzca el colapso definitivo de una estructura y por ende hasta qué punto las cronologías que otorgamos difícilmente pueden ser horquillas menores de 30 años.

[134] "¿Es lo mismo que un poblado se haya abandonado repentinamente por una invasión, por el desplazamiento forzoso de sus habitantes o de forma pacífica, por propia voluntad de sus vecinos? Cada situación implica un contexto histórico y un tipo de registro arqueológico diversos" González Ruibal (2003a: 52).
[135] Cameron y Stevenson, 1993: 194, citado a través de González Ruibal, 1998: 171-172 (la cita parece ser errónea, con probabilidad se trata de Cameron y Tomka, 1993: 194).
[136] Sobre la aplicación del paradigma forma-función y sus distorsiones, *vid*. Bermejo, 2011: 234.

3.2.- Dibujo de una ciudad en recesión

Como se ha visto, y sin entrar en las causas de su origen, analizadas más adelante (*vid*. cap. 6), durante los s. II-III d.C. la ciudad ve surgir numerosos abandonos y destrucciones a lo ancho y largo de su entramado urbano. Edificios tanto de carácter público como privado son objeto de expolios –realizados en ocasiones de manera sistemática– y de un agudo deterioro provocado por la ausencia de restauraciones y los constantes vertidos. Los espacios de puntual aparición donde se acumulaban desechos, conocidos en ciudades como Roma a través de los testimonios epigráficos, recibían el nombre de *loci sordentes* y aunque se situaban en el exterior de las urbes, el término podría hacer referencia a aquellos basureros creados en áreas monumentales de su interior –en nuestro caso, también residenciales– caídas en desuso (Panciera, 2000: 105). En *Carthago Noua* lo más destacado de este fenómeno, además de su temprana aparición y su desarrollo *intra moenia*, es su generalizada extensión. Las consecuencias se traducen en la constricción del solar urbano hacia el frente occidental de la ciudad, entre el puerto y los cerros del Molinete y de la Concepción (Martínez Andreu, 2004: 22-25, fig. 4).

La clasificación de los distintos abandonos documentados por la arqueología en la colonia se ha realizado principalmente sobre la base de dos criterios. El primero tiene que ver con la concepción de cada edificio, distinguiendo entre espacios de carácter público y privado. El segundo, de tipo cronológico, con la fecha estimada en la que las estructuras en cuestión fueron amortizadas. Éste último punto sin embargo será matizado *a posteriori* tras el análisis de los casos particulares de estudio que componen el grueso del trabajo (en el que también será tenida en cuenta la estratigrafía y su proceso de formación). Recogemos en forma de tabla todos los abandonos documentados correspondientes a los s. II-III d.C. (tabla 5), con las dataciones de cada excavación tal y como han sido publicadas[137]. Su distribución en la ciudad ilustra con claridad el fenómeno de recesión de las estructuras urbanas (fig. 73), habiéndose

[137] En los casos en los que ha sido posible, bien porque contuviesen dibujos de las piezas halladas, bien porque se citasen los principales materiales de los niveles de abandono, las dataciones han sido matizadas por el autor. Cuando eso sucede aparecen acompañadas por el símbolo [*]. Así por ejemplo, respecto a las propuestas indicadas en su publicación de origen, una fecha puede haber sido desplazada de principios a finales del s. II d.C. o bien redefinida como propia del siglo III d.C. si se constata la presencia de TSA C, cuya aparición en el Mediterráneo no es anterior al 230-240 d.C. (Atlante I, 1981: 14-15).

incluido espacios periurbanos íntimamente relacionados como la zona artesanal de Morería, con una misma dinámica evolutiva.

CAPÍTULO 4

LAS PRODUCCIONES CERÁMICAS

La presentación de los datos es un aspecto clave en cualquier estudio y un problema común al que se enfrentan los investigadores cuando han de catalogar sus materiales. El modo en que otros autores han resuelto esta circunstancia ha servido de reflexión para llevar a cabo una ordenación que, sin ser novedosa, pretende facilitar al lector el acercamiento a la información. Sin duda son dos los aspectos que han condicionado su desarrollo: el hecho de abordar diversos contextos conjuntamente y el de hacerlo bajo la prioridad de un criterio estratigráfico.

Al analizar una producción de forma monográfica, ésta suele definirse en primer lugar para después pasar a enumerar y describir los distintos tipos que componen su repertorio. En el caso de un único contexto basta con seguir el mismo procedimiento, describiendo y explicando las diversas clases cerámicas de forma consecutiva. Sin embargo el problema surge cuando, como aquí ocurre, se analizan varios yacimientos de manera conjunta. La repetición de tipos cerámicos en los diferentes contextos da pie a una innecesaria duplicidad informativa: si por ejemplo una pieza X se documenta en tres de los sitios estudiados no tiene sentido describirla por triplicado. Por otra parte si fuesen desarrollados según van apareciendo en el texto se produciría un cierto desequilibrio, pues el primer yacimiento presentaría muchas más definiciones que los restantes y además no permitiría contemplar conjuntamente algunos tipos cerámicos estrechamente relacionados. Si un cuenco X de la variante A aparece en el primer solar estudiado pero no la B y cuando posteriormente lo hace es necesario volver a describir la forma para indicar, por ejemplo, que la diferencia estribaba en la presencia o no de decoración a ruedecilla, lo único que se consigue es recargar el texto. Por ello hemos optado por realizar una descripción generalizada de las distintas producciones para luego analizar detalles concretos según aparecen en cada contexto, prestando especial atención a la proporción en que lo hacen. Con esto se evitan no solamente las referencias alusivas a las descripciones físicas, también a otros aspectos como la cronología, que, como se ha matizado en el aspecto metodológico, no viene dada por piezas individuales sino por un análisis de conjunto. Así, las descripciones generales de clases y tipos cerámicos quedarán recogidas en este capítulo, mientras que las características de ejemplares concretos se desarrollarán en el contexto en el que

aparecen. Este ordenamiento también supone una ventaja respecto a producciones menos conocidas de tipo local cuyo desarrollo no podría realizarse parcialmente en función de su aparición en el texto. Si por ejemplo se hace alusión a piezas de cocina regional es más comprensible presentar todo el repertorio en bloque que no ir desglosando las distintas ollas que lo componen según se van documentando en una u otra excavación.

Una vez que pasamos a los casos particulares de cada yacimiento los datos se han ido ordenando según el patrón empleado en las excavaciones de La Bourse de Marsella (Bonifay *et alii*., 1998: 379 y ss.), recientemente reelaborado (con muy pocas variaciones) y propuesto como protocolo a seguir por la investigación, tal y como se ha visto en el cap. 2. El esquema distingue primero las principales clases cerámicas: vajilla fina, cerámica común y de cocina, ánforas y lucernas; dentro de las cuales se diferencian categorías y a su vez las formas de cada repertorio. La presentación de los datos sigue este orden, intentando mantener una correlación cronológica dentro de cada apartado (aunque no siempre es posible porque algunas producciones se solapan en el tiempo). Así por ejemplo dentro de la vajilla fina la TSI aparecerá antes que la TSG y la TSA, si bien recordamos que su hallazgo conjunto indica una deposición estratigráfica contemporánea a todas ellas, con elementos antiguos que en ocasiones perduran (por ejemplo piezas del s. I d.C. que aparecen a finales del s. II d.C.).

Tradicionalmente los contextos de esta cronología se consideraban relativamente "pobres" por contar en una proporción muy amplia con producciones africanas tanto de vajilla fina como de cocina. Esta percepción sin embargo se ha demostrado errónea. A pesar del indiscutible peso de las cerámicas africanas se documentan muchas otras producciones –de origen itálico u oriental, por ejemplo– que simplemente no se conocían en la época. Uno de los principales problemas a los que se ha debido hacer frente ha sido la cuestión de las cerámicas comunes pues, como si fuese una excavación dentro de otra, entre las cajas de materiales "locales" se ha detectado una amplísima variedad. Muchas de las analizadas no se conocían *a priori*, más allá de su vaga definición en los inventarios como producciones oxidantes o reductoras en función de su acabado[138]. En un principio no se contemplaba su ordenación exhaustiva pues

[138] Para estas dos últimas categorías se han mantenido la terminología tradicional de cerámica oxidante y reductora según la coloración que adquieren las piezas en función del proceso de cocción al que son sometidas. Cuando son ricas en óxido férrico y se dan unas determinadas condiciones de temperatura se tornan rojizas (oxidantes), mientras que si en el horno hay gases distintos a los de la combustión

entendíamos que era un trabajo lo suficientemente complejo como para dedicarle un estudio pormenorizado[139]. Sin embargo, su reiterada presencia en los contextos nos ha obligado a analizar en detalle algunas de ellas, definiendo producciones y llevando a cabo una clasificación crono-tipológica[140]. Dentro de las dificultades que se planteaban cabe destacar especialmente el hecho de que su propio repertorio se iba definiendo a medida que se avanzaba en el estudio de los diferentes yacimientos. Por ello, una vez trabajados ha sido necesario reelaborarlos y renombrar y reubicar todo aquello que en un principio se llamaba, por ejemplo, "olla común indeterminada", en su correspondiente categoría bajo un nuevo tipo. A este proceso cabe añadir la dificultad provocada por el desconocimiento de talleres locales, con lo que ello implica también de cara a comprender cuál era la producción del territorio[141] y sus principales actividades económicas, muchas de las cuales necesitaban de envases cerámicos para el transporte. En última instancia y siempre respecto a las posibles producciones propias, subsiste el problema de la ausencia de análisis tanto arqueométricos, como de arcillas susceptibles de poder ser empleadas por sus cualidades para la fabricación cerámica, al contrario de como por ejemplo ocurre en la cercana provincia de Alicante, donde debido a su tradición alfarera este último punto ha recibido una mayor atención (Mas Pérez, 1984: 12-13). En cualquier caso de la aparente indefinición inicial se ha pasado a proponer el origen autóctono de producciones como paredes finas, lucernas a torno y probablemente cerámicas comunes oxidantes y también reductoras de cocina. En cuanto a su catalogación, se han empleado principalmente criterios funcionales y tecnológicos y en casos determinados en los que se daba la posibilidad se ha procedido a realizar algunos ejercicios de arqueología experimental con el fin de comprender el uso de ciertas piezas y matizar las propuestas interpretativas.

El lector observará que en este apartado dedicado a la descripción de las categorías cerámicas el texto se halla descompensado y efectivamente se trata de un

---

provocados por materia orgánica o combustible que no se encuentra lo suficientemente seco y genera vapor de agua, el resultado es un acabado reductor, de una intensa tonalidad gris (Pastor, 1992: 33-37).

[139] Así, en los primeros acercamientos al tema todavía continuábamos utilizando una clasificación laxa, sin definir más que tipos aislados (no producciones, pues no las relacionábamos), utilizando incluso las definiciones de Vegas (Quevedo, 2009a: 219).

[140] Algunas de ellas han sido parcialmente presentadas como artículos durante el trabajo de tesis, pues al tratarse de una primera aproximación al tema la difusión de los repertorios propuestos nos parecía fundamental. Solamente a raíz de nuevos hallazgos (y de la revisión de estas piezas en contextos en los que ya habían sido publicadas) podrán completarse los mismos y observar si las secuencias cronológicas planteadas se sostienen o se pueden matizar. Se trata de un trabajo a largo plazo para el que de momento sólo se han sentado las bases y que sin duda contará –esperemos– con numerosas modificaciones en un futuro próximo.

[141] Una línea de investigación muy activa en este momento (Menchelli y Pasquinucci, 2006).

desequilibro consciente y realizado *ex profeso*. Desde el principio entendimos que no tenía mayor sentido extendernos en definiciones recogidas mejor y con más detalle por otros autores en estudios monográficos. Por tanto hemos incidido especialmente en las producciones más desconocidas que, si bien es probable que no tengan una amplia difusión, al menos a nivel regional y, por descontado, local, creemos que suponen una novedad. Se verá así que las páginas dedicadas a la *terra sigillata* africana, por ejemplo, son mucho más reducidas que las consagradas a las cerámicas reductoras de cocina. Como decimos, esto no ha de interpretarse como un desconocimiento de las producciones más estandarizadas y difundidas, precisamente todo lo contrario. Igualmente en las referencias bibliográficas nos parecía carente de sentido recargar el texto remontándonos a los trabajos más antiguos, que para algunas producciones parten del s. XIX. A excepción de publicaciones incluidas por su carácter emblemático o pionero remitimos a las más recientes en las que a su vez se recoge un elenco bibliográfico mucho más amplio. Así, que no se cite a Lamboglia (o al menos no constantemente) no ha de ser visto como un desconocimiento de sus trabajos; entendemos que se hace una referencia implícita a sus principales (y fundamentales) contribuciones cuando remitimos a las publicaciones de J. W. Hayes o, más recientemente, M. Bonifay, por poner un ejemplo.

En cuanto a las dataciones, ya se ha explicado en el apartado metodológico cómo el trabajo por contextos implica una concepción de conjunto[142] en el que la valoración de los individuos como figura por ejemplo en el *DICOCER* no tiene tanto sentido. Ello no excluye, por supuesto, que la aparición de ciertas piezas (y la proporción en que lo hacen) no otorgue un término *post quem* que permita matizar la cronología, pero en cualquier caso no se presenta una descripción cronológica pormenorizada de todos los tipos.

Por último se apreciará que en el caso de materiales que aparecían exclusivamente en un yacimiento concreto, como por ejemplo unas ollas micáceas en Portmán, su definición se ha trasladado al correspondiente apartado. Asimismo aquellas piezas que constituían un *unicum* se han descrito en las páginas dedicadas a las excavaciones donde fueron halladas. Igualmente se verá que en cada uno de los

[142] Abordar el análisis de los contextos con esta visión global (al menos en lo que respecta a los materiales cerámicos) nos parece especialmente conveniente como se ha expuesto en las páginas dedicadas a la metodología. Sin embargo sería recomendable hacerlo con horizontes donde todas las producciones estén definidas lo mejor posible, pues cuando, como en este caso, hay que llevar a cabo la clasificación de varias de ellas, el trabajo se ralentiza enormemente, habiendo limitado el número de yacimientos a estudiar.

contextos siempre hay un porcentaje de material indeterminado. No nos parecía honesto forzar con descripciones –que por incompletas podían ser arbitrarias– la clasificación de algunos fragmentos que abrigan numerosas dudas. Tampoco se ha tenido ningún pudor en incluir dibujos de las mencionadas piezas cuando han sido partes significativas y reconocer abiertamente que no somos capaces de identificarlas. Esto último no es tan banal como podría parecer. En numerosas publicaciones absolutamente todo se reconoce cuando, por cuestiones como las planteadas en el apartado de metodología relativas, por ejemplo, al desconocimiento sobre las producciones de algunos territorios como Argelia donde la investigación se ha desarrollado en menor grado, esto es extremadamente difícil. Sinceramente desconfiamos de aquellos inventarios en los que todo el material se ha identificado y más aún de aquellos trabajos en los que, por ocultar (quizás inconscientemente) la incapacidad –normalísima– de reconocer algunas piezas se omiten sus dibujos y descripción y por tanto la posibilidad de que en el futuro la investigación pueda avanzar sobre las mismas.

En cuanto a la clasificación de las diversas categorías tan sólo nos parece preciso matizar la diferencia establecida entre cerámicas comunes y de cocina, para la que, por una cuestión de formación metodológica, nos parece más adecuado seguir la clasificación italo-francesa (Bonifay, 2004: 155), en la que ambas se diferencian. Mientras que en la tradición anglosajona éstas aparecen juntas, nosotros identificamos las producciones comunes como aquellas que no van al fuego, al contrario que las de cocina (Bats, 1996: 481). Por tanto, si bien entre las comunes se incluyen recipientes para el preparado en frío de los alimentos (no solamente morteros, sino otros cuencos para mezclar los ingredientes como por ejemplo aquellos dotados de un pitorro) se agrupan junto a los vasos destinados al almacenaje, al servicio de mesa y cualquier otra actividad doméstica, como las vinculadas con la higiene[143].

4.1.- Cerámica fina y de mesa

4.1.1.- Paredes finas

[143] Aunque en fecha relativamente reciente se llevó a cabo para un trabajo de conjunto una pequeña revisión sobre la composición de los contextos de los siglos II-III d.C., es conveniente observar que los planteamientos del momento (aun cercanos en el tiempo), en especial en lo concerniente a la interpretación de las cerámicas comunes y otras formas importadas desconocidas en aquel entonces (Quevedo, 2009a), han quedado en gran medida superados por los nuevos datos que aquí se aportan.

Con unas delgadas paredes que les dan nombre (entre 0,5 – 5 mm de grosor), una gran variedad de formas y decoradas con un amplio repertorio de técnicas, estos pequeños vasos o cubiletes utilizados para beber (*vasa potoria*) suelen hacer acto de presencia en la mayoría de contextos de finales del s. II d.C. a pesar de considerarse propias de finales de la República y principios del Imperio. Se trata de una producción ampliamente conocida en la península ibérica, donde coexisten gran variedad de talleres, en la que a nivel historiográfico el trabajo de F. Mayet (1975) marcó un antes y un después. Posteriormente fueron las publicaciones llevadas a cabo por A. López Mullor en el área catalana –que cristalizaron en su tesis (López Mullor 1989)– las que dieron un impulso a la investigación[144]. En las últimas dos décadas los estudios sobre este tipo de vasos han continuado, haciéndose extensibles a otras áreas peninsulares como el tercio norte (Martín Hernández y Rodríguez Martín, 2008) y alcanzando un mayor desarrollo en el área mediterránea donde destacan trabajos como los de Valencia (Ribera, 2010a) y especialmente las Baleares, con un claro protagonismo de Ibiza (López Mullor, 2008: 343-359). Sin embargo, a pesar de la tónica general, este tipo de estudios no ha tenido un gran desarrollo en el caso de Cartagena (o al menos no en fecha reciente) donde sólo contamos con los trabajos monográficos de Luis E. de Miquel (1987b, 1987c, 1986).

Entre las formas que se documentan destaca el cuenco con dos asas Mayet 38[145], acompañado en menor medida por otras como el cubilete Mayet 37 y diversos tipos representados de forma casi aislada. De pasta oxidante, por lo común beige, y con un característico engobe con reflejos metálicos de tono anaranjado se trata de las producciones más típicas de la bética y también las que alcanzaron una mayor difusión (Mayet, 1975: 152-160); una dispersión eminentemente marítima como demuestran además algunos hallazgos subacuáticos (López Mullor, 2008: 372). Su cronología se sitúa habitualmente entre época de Claudio y finales del s. I d.C., aunque contextos cerrados como el pecio Culip IV que transportaba entre su carga un lote de estas producciones otorga una fecha en torno al último cuarto del s. I d.C. (Puig, 1989: 111). Esto explicaría en parte su carácter residual en contextos formados a partir de finales del

[144] Para un amplio resumen historiográfico tanto dentro como fuera de la Península Ibérica: Mínguez, 2005, 321-335.

[145] Utilizamos la tabla de equivalencias propuesta por López Mullor (2008: 375-380) del que también tomamos, por su mayor comodidad, el uso de la numeración árabe en lugar de latina para referirnos a los tipos de Mayet.

s. II d.C. En cualquier caso, respecto a la cuestión del origen bético, desde hace unos años se viene insistiendo en que este tipo de formas no son exclusivas del Valle del Guadalquivir, produciéndose también en el sur de Francia (López Mullor, 2008: 368-374). Las formas del taller de Fos-sur-Mer publicadas por L. Rivet (2004a) resultan especialmente significativa por su gran parecido con las béticas (López Mullor, 2008: 372). En la valoración final de los contextos en estudio, tras el análisis de los diversos yacimientos, volveremos sobre esta cuestión que nos parece de gran interés.

Al margen de la procedencia de los tipos mencionados, la forma que más se repite en los contextos y que además suele aparecer mejor conservada (con perfiles completos incluso en intervenciones de ámbito urbano) es un tipo que tradicionalmente se ha definido como "asimilable a Mayet 20" (Martín Camino y Vidal, 1997: 275; Ruiz, 1996: 504). Se trata de una taza monoansada de cuerpo piriforme con una base estrecha y decoración a ruedecilla, aspectos que efectivamente comparte con la variante B del mencionado tipo de Mayet (1975: 56, Planche XXV: nº 192, aquí fig. 74a). Sin embargo no presenta una forma tan globular como este último y difiere de él también en el borde, el otro oblicuo y pronunciado hacia el exterior, mientras que los ejemplares documentados en Cartagena tienen por lo general un labio engrosado y ligeramente moldurado, en pocas ocasiones algo saliente (fig. 74b). Interpretado tradicionalmente como una forma bética no hay argumentos que permitan llegar a tal conclusión[146], a pesar de que tras la descentralización de las manufacturas itálicas en la primera mitad del s. I d.C., esta zona fue una de las más activas en cuanto a producción (Mínguez, 2005, 343). Ninguno de los tipos producidos en el taller de Andújar se corresponde con los ejemplares de Cartagena (Ruiz Montes, 2007: 73-84). Además, en estos últimos la pasta es de color beige, muy depurada y con apenas alguna pequeña vacuola blanca, lo que tiene poco que ver con la de las producciones del Valle del Guadalquivir, más amarillentas o avellana y con un engobe anaranjado con reflejos metálicos. Además no presenta ningún tratamiento específico, pudiendo tan solo distinguir en ocasiones un aspecto exterior ceniciento debido a la cocción; a veces ausente en el fondo por la forma en que las piezas fueron apiladas en el horno unas dentro de otras, tal y como ocurre con las cerámicas africanas de cocina. Este fenómeno sí se aprecia en otro vasito con el que también guarda parecido, una forma propia de Cerdeña y de posible carácter insular

[146] Impresión confirmada por A. López Mullor, que tampoco las considera béticas y a quien agradecemos sus observaciones (comunicación oral del autor, 12-IV-2011). No hemos encontrado en la bibliografía el por qué de esta vinculación; suponemos que en un principio se realizó de forma natural al asociarla al resto de paredes finas con las que aparecía, consideradas béticas.

definida por Pinna (1986)[147]. Se trata de paredes finas con cuerpo piriforme, muy estrangulado en su parte inferior, y también decoradas a ruedecilla (fig. 74c). En cualquier caso, las diferencias mencionadas con los ejemplares de Cartagena y su aparentemente nula distribución llevan a pensar en una posible producción local[148]. Tan solo en una antigua excavación realizada en la Punta de l'Arenal (Jávea) se halló un vasito de paredes finas que a tenor del dibujo de la publicación parece idéntico. (Martín y Serres, 1970: 80, aquí fig. 74d).

En cuanto a su cronología, es difícil por ahora conocer cuándo empezó a distribuirse, contando únicamente con la fecha de amortización de las piezas. La ausencia de las mismas en contextos de la primera mitad del s. I d.C. (Ramallo *et alii*., 2010) parece evidenciar una datación más tardía; además, en el s. II d.C. no se registra un aumento muy significativo del vidrio, por lo que la función de *vasa potoria* parece seguir siendo propia de la cerámica y no de este nuevo material, que paulatinamente la irá sustituyendo. Aunque las paredes finas se asocian tradicionalmente a los últimos siglos de la República y la primera mitad del s. I d.C., se observa cada vez con mayor nitidez su perduración a lo largo de los primeros siglos del Imperio. Quizás algunas cronologías deban todavía matizarse como ha ocurrido recientemente en Mérida, donde para la producción local que se creía propia de época tiberio-claudiana, se ha propuesto una nueva datación a partir de 50/60 d.C. con posibilidad incluso de postergarse hasta los inicios del s. II d.C. (Bustamante, 2010: 169-170). En otras zonas emblemáticas para el estudio de las cerámicas comunes como el norte de Cataluña donde las producciones locales son bien conocidas, se distinguen copas, vasos y tazas propias de la segunda mitad del s. II d.C. (Casas *et alii*., 1995: 122, esp. fig. 12.22).

Aunque somos partidarios de generar el menor número de etiquetas posible para las cerámicas de cara a no complicar la investigación en el futuro (al menos para un estado embrionario de la investigación)[149] en este caso creíamos conveniente diferenciarlo de otras formas, por lo que lo hemos llamado pared fina "tipo Cartagena" (fig. 74e y 74f). Se trata de una definición sujeta a cambios y que sin duda debería vincularse con su taller de origen (caso de documentarlo o llevar a cabo análisis de

[147] Cit. a través de Mínguez, 2005: 347-348, fig. 7.4-9.

[148] Si bien ya se han comentado las dificultades relativas al conocimiento de los posibles talleres y alfares del área de Cartagena. Para el caso de las producciones de paredes finas se había propuesto una posible fabricación local en el área de Murcia, aunque relativa a otros yacimientos y tipos mucho más antiguos como las formas 2 y 3, propias de finales de la República (López Mullor, 2008: 365)

[149] Ya se ha visto en el apartado de metodología los problemas que genera identificar una producción hallada en 40 yacimientos como propia de cada uno de ellos; con 40 tipos que en realidad corresponden al mismo.

pastas). Aunque en ocasiones parecen distinguirse dos tamaños en los que quizás cabría ver variantes, por el momento, y a falta de un análisis monográfico hemos preferido mantener una definición sencilla en la que todo gira en torno a un único tipo.

4.1.2.- Terra sigillata itálica

La *terra sigillata* itálica (TSI), una vajilla fina de barniz rojizo sobradamente conocida debido a la difusión que alcanzó fuera de Italia, fue comercializada por el valor intrínseco que le otorgó su alta calidad, en especial la de los talleres de Arezzo (Roca, 2005a: 103-105, con bibliografía). Empezó a desarrollarse a partir de mediados del s. I a.C., teniendo su precedente en la *Eastern Sigillata A* producida en Oriente un siglo antes. Se conocen diversas *officinae*, algunas fuera de la península itálica, como la de Lyon, lo que ha llevado a hablar de *terra sigillata* "confeccionada al modo itálico", como se recoge en la obra de referencia para este tipo de producciones, el *Conspectus formarum* (Ettlinger *et alii*., 1990). En cualquier caso el aumento de las excavaciones ha puesto de relieve la existencia de numerosos talleres en diversos puntos de Italia, lo que, debido a la dificultad que a menudo ofrecen las pastas a la hora de ser diferenciadas, otorga un especial interés a los sellos de las piezas (Oxé *et alii*., 2000). Con un amplio repertorio de platos, cuencos y copas lisos, a finales del s. I a.C. se le empezará a añadir decoración plástica y en época augustea imitará especialmente la vajilla metálica. Es bajo el gobierno del primer emperador que la producción alcanzará su auge, motivo por el que en *Carthago Noua* aparece en contextos propios de finales del s. I a.C. y primera mitad del s. I d.C. (Ramallo *et alii*., 2010: 297-298, fig. 7.1-16). Sin embargo, no nos interesan tanto las piezas de este momento, residuales en los contextos formados a partir de finales del s. II d.C., como la denominada *sigillata* tardoitálica (TSTI), que perdura hasta bien entrada la dinastía Antonina. A partir de época de Tiberio los talleres de Pisa se especializan en esta producción, con un claro descenso cualitativo respecto a lo anteriormente conocido. Será desde Domiciano hasta por lo menos Adriano o incluso un poco más (*grosso modo* 80-150 d.C.) que estos centros, bajo una nueva organización más concentrada, fabricarán formas decoradas. Éstas presentan una impresión descuidada de los punzones, cuyos motivos no se aprecian con nitidez y además suelen distinguirse por barnices brillantes de tonos oscuros y una pasta rojiza o anaranjada (Roca, 2005a: 91-92). Aunque su presencia en los niveles de abandono de *Carthago*

Noua es meramente residual[150], es posible que en el caso de otras intervenciones distintas a las aquí analizadas este bajo porcentaje se deba a un error de identificación. Como bien han reseñado otros autores que han estudiado el tema en profundidad, en *Ilici* y *Lucentum* se concentran los índices más elevados de toda la península, de lo que cabría colegir que probablemente en Cartagena –al igual que ocurre en Mazarrón con un hallazgo inédito– hay más piezas de las conocidas (Huguet Enguita, 2007: 121-123). En la cercana *Lucentum*, la definición como hispánicas (de probables "talleres locales") de algunas tardoitálicas, evidencia este fenómeno (Reginard y Sánchez, 1990: 136-137). En cualquier caso la calidad de los dibujos permite corregir la interpretación, al tiempo que ilustra las grandes dimensiones que llega a alcanzar la forma Drag. 29, una de las más típicas del repertorio (fig. 75). Sin embargo, como ya se ha dicho, cuando es posible analizar los sellos la identificación no admite tantas dificultades, contándose en el caso del Tossal de Manises casi 50 sellos de sigillatas tardoitálicas (Ribera, 1988-1989: 178-182).

4.1.3.- Terra sigillata gálica

La *terra sigillata* gálica (TSG) es una de las producciones de mesa que mayor difusión tuvo en el occidente mediterráneo. La calidad de sus piezas, de un inconfundible barniz rojizo brillante y una pasta beige muy depurada, y el hecho de que una gran mayoría aparecieran selladas en su interior pronto despertó el interés de la investigación. Los numerosos trabajos que desde el s. XIX se han dedicado a su estudio y clasificación hacen que sea uno de los repertorios vasculares mejor conocidos (Roca, 2005b: 131-133, con bibliografía). Entre los diferentes talleres existentes en el Mediodía francés sin duda el más importante fue el de La Graufesenque (Millau, Aveyron), sobre todo para la cuenca mediterránea, por la que difundió masivamente sus productos. Pecios como el de Culip IV, hundido entre el 78 y el 82 d.C., que transportaba a bordo más de 2700 vasos de TSG (Nieto y Puig, 2001) hubieron de abastecer a ciudades como *Carthago Noua*, donde su presencia es muy significativa. En la ciudad se consumieron mayoritariamente las producciones de La Graufesenque, caracterizadas por una especial vitrificación de su barniz, sin que por el momento se hallan documentado ejemplares de

[150] Para hallazgos anteriores sobre la base de algunos sellos (que convendría revisar de nuevo para discernir las producciones más antiguas de las tardoitálicas), vid. Ramallo, 1989: 65 y 168-171, Cuadros II-IV).

otros talleres destacados como Montans. Una situación que confirma el estudio de las piezas selladas, el único aspecto relativo a estos vasos que ha sido tratado en detalle a nivel local y que muestra un predomino total de las *officinae* de La Graufesenque (Castellano, 2000; Ramallo, 1989). La fase de mayor esplendor de este centro tuvo lugar en torno a mediados del s. I d.C. (Hermet, 1979, 184), si bien es cierto que la producción continúa hasta las primeras décadas del s. II d.C., como ocurre con la copa Dragendorff 27, e incluso hasta mediados del mismo, con tipos como Drag. 18/31 y Drag. 35. A partir de Antonino Pío La Graufesenque creará nuevos productos de peor calidad para satisfacer a clientelas locales que aún se prolongarán hasta mediados del siglo III d.C. (Martin, 1986: 44). Independientemente del porcentaje –normalmente bajo– con el que aparecen en los contextos formados a partir de finales de la segunda centuria, siempre han revestido un especial interés por su valor como indicador cronológico (a pesar de este carácter teóricamente residual sorprende el hallazgo de perfiles completos en más de una ocasión). A pesar de esta presencia, que parece responder a la llegada abundante de productos durante la fase económicamente más activa (hasta mediados del s. II d.C.), la TSG pronto será sustituida por la *terra sigillata* africana (TSA). Un desplazamiento que se aprecia en la imitación de las primeras producciones de TSA A de las formas de TSG, como Hayes 2 y H. 5, el equivalente africano de las galas Drag. 35 y 18/31; u otros casos estudiados en detalle como los abundantes cuencos Drag. 29 y 37 cuya evolución se distingue en las africanas H. 8 y 9[151].

4.1.4.- *Terra sigillata* africana

La *terra sigillata* africana (TSA), en especial la del período que nos afecta (s. II-III d.C.), es una vajilla que cuenta con una problemática añadida: un retraso en el conocimiento de las áreas productoras frente a otras cerámicas finas como la TSG. Esto se debe a que su estudio comenzó en países que fueron zonas receptoras, no habiéndose empezado a indagar sobre sus talleres de origen hasta fecha relativamente reciente (Ben Moussa, 2007a y 2007b, Mackensen y Schneider, 2006). A pesar de ello, gracias a su carácter universal (en especial a partir del s. III d.C.) la TSA es una de las categorías cerámicas a la que se han dedicado mayor número de estudios, pues sus tipos inundan

[151] *Vid*. el interesante trabajo de X. Nieto (1993) donde se recogen algunos tipos intermedios –por él denominados sigillata A1 Antigua– entre la producción de TSG y TSA.

todo el Mediterráneo desde finales del s. I d.C. hasta el s. VII d.C. No nos extenderemos en una bibliografía que recogen los trabajos más recientes (Bonifay: 2004: 1-3), aunque merecen especial atención los de N. Lamboglia, que tras los de Waagé en Oriente con contextos de Atenas y Antioquía (Waagé, 1948), fue el primero que abordó su estudio en el Mediterráneo occidental. A partir de la clasificación realizada en las excavaciones de *Albintimilium*, (Lamboglia, 1941) donde denominó a esta producción "terra sigillata chiara" por el tono anaranjado de sus barnices, desarrolló una serie de publicaciones (1950, 1958, 1963) en las que se incluirían también las excavaciones de *Vintimille*, diferenciando cuatro grupos cerámicos: A, B, C y D. Una división que se mantiene a excepción de la *terra sigillata* clara B, que con posterioridad se demostró de origen galo (Desbat, 1988). Sin insistir en las importantes publicaciones de las décadas siguientes, en especial las surgidas a raíz de las misiones internacionales desarrolladas en Carthago en las décadas de los años 70 y 80 del s. XX que dieron un importante impulso a las producciones tardías (*vid*. cap. 2), los dos trabajos fundamentales son el ya mencionado *Late Roman Pottery* de J. W. Hayes (1972) y la aparición del *Atlante* en 1981. Este volumen de la *Enciclopedia dell'Arte Antica, Atlante delle forme ceramiche. I. Ceramica fina romana nel bacino mediterraneo (Medio e Tardo Impero)* dirigida por A. Carandini presentaba por separado las cerámicas de mesa y las de cocina[152]. La obra es, junto con la publicación de Hayes y Bonifay (2004), la principal referencia. Este último trabajo, *Études sur la céramique tardive d'Afrique*, supone la mayor revisión sobre el tema realizada desde los años 80, ampliando el análisis a las producciones anfóricas, las lucernas, las cerámicas comunes e incluso las de carácter arquitectónico. En el mismo se aboga por una recuperación de la clasificación propuesta por J. W. Hayes, especialmente a raíz del suplemento a su publicación de 1972 aparecido ocho años más tarde (Hayes, 1980a). Se mantiene así su tipología con algunas subdivisiones y añadidos (Bonifay, 2004: 156), siendo uno de los aspectos más interesantes el uso de nuevos datos de origen estratigráfico que permiten matizar cronologías. La fase tardía de la producción africana es aquella sobre la que se aportan más novedades, si bien también se plantean para formas de los siglos II-III d.C. que nos afectan plenamente.

No cabe volver aquí sobre la definición de la TSA, unas cerámicas estandarizadas y sobradamente conocidas cuya principal característica es el barniz naranja-rojizo que la recubre total o parcialmente. Nos interesan especialmente las

[152] Recogía además otras piezas menos frecuentes como el repertorio de formas cerradas publicadas por autores como Boninu (1971-72).

clases A y C, las primeras que se distribuyeron y únicas que aparecen en los niveles de época antonino-severiana de Cartagena[153]. Para las mismas sigue vigente la clasificación establecida en el Atlante I, que distingue diversas producciones; tres en el caso de la TSA A: A^1, $A^{1/2}$ y A^2, diferenciadas en función del barniz (Atlante I, 1981, 19). Mientras que en el de la A^1 es anaranjado claro, brillante y fino y aparece en las primeras formas, algunas de las cuales poseen decoración con barbotina o ruedecilla (fin. s. I d.C.- med. S. II d.C.), en la $A^{1/2}$ es menos fino y brillante (segunda mitad s. II d.C.), y en el más tardío, el de la A^2, la calidad desciende, siendo barnices más rojizos y mates, de superficie granulosa. La TSA A es la cerámica fina de importación más abundante en los contextos de *Carthago Noua*, donde se registran sus principales formas (con sus respectivas variantes), especialmente las Hayes 3, 6, 8, 9, 14, y 16, el grueso de la producción, destacando estas últimas en el tipo A^2. Posteriormente en una fecha en torno a inicios del s. III d.C. aparece la TSA C (Atlante I, 1981: 14-15). Se trata de una familia cerámica de gran calidad y con un predominio de formas abiertas, más fáciles de estivar en las naves, con las que queda de manifiesto su carácter exportador, que sin embargo no empezará a darse hasta por lo menos el 230-240 d.C. Para esta categoría se distinguen hasta cinco producciones, siendo las que cronológicamente nos interesan la C^1 y la C^2, especialmente significativas en nuestros contextos dado que señalan un término *post quem* que permite identificar las estratigrafías como propias del s. III d.C. (si bien su producción perdura hasta el s. IV d.C.). Igualmente cabe destacar la existencia de piezas de gran calidad con decoración aplicada tanto en la producción $A^{1/2}$ como en la C^1 (Mackensen, 2009: 108-109), conservando algún fragmento de las primeras.

En cuanto a las últimas líneas de trabajo relacionadas con el inicio de la producción cabe destacar los estudios sobre los talleres conocidos para este momento, en especial el s. III d.C., que parecen situarse en la zona NE de Túnez para desplazarse posteriormente hacia el centro (Mackensen, 2009, 2006). La cuestión de la zona de origen de las primeras sigillatas africanas continúa abierta, habiéndose planteado incluso que los talleres estuvieran radicados en Argelia, dado el importante volumen de TSA hallado en ciudades como Tipasa y Sétif y la vinculación a las mismas de formas de cocina como las cazuelas Hayes 23A y 23B, con una difusión preferentemente

[153] Para nuestra área geográfica tan sólo contamos con algún antiguo trabajo monográfico centrado en estas producciones, aunque en las más tardías (Caballero, 1974), si bien la mejor herramienta para su estudio es la publicación de contextos –muy escasos– como el de la C/ Jara nº 12 (Ruiz Valderas, 1996).

occidental (Bonifay, 2004: 48). Merecen igualmente atención algunas interesantes aportaciones sobre el proceso de fabricación de las piezas (Bonifay, 2004: 59-65), para el que J. Th. Peña ha reflexionado tomando como referencia una Hayes 9B y una H. 52B como ejemplares más significativos de la TSA A y C respectivamente (Peña, 2009). En cualquier caso entre los avances que más nos interesan para nuestro caso de estudio destacan los matices cronológicos aportados por Bonifay (2004: 156-162). Por poner un ejemplo muy significativo, se retrasa la cronología del cuenco Hayes 8 en función de las excavaciones de la necrópolis de Pupput (Ben Abed *et alii*., 2004). Es uno de los raros casos en los que la cronología de Lamboglia parece primar sobre la de Hayes, pues si para éste último la forma 8a no pasaba de mediados del s. II d.C. y la H. 8B se circunscribía a la segunda mitad de dicha centuria, en Pupput la H. 8A se encuentra en la segunda mitad del s. II d.C. y la H. 8B en niveles de circulación de la primera mitad del s. III d.C. Igualmente se matiza la cronología de piezas como las Hayes 14/17 y 31, todavía de compleja definición. Así, las H. 14A y 16 se sitúan entre finales del s. II e inicios del s. III d.C., la variante H. 14B en la primera mitad del s. III (entre interrogantes), H. 15C y 17 a lo largo del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 159). La forma H. 15, probablemente la más problemática, es aquella cuya cronología más se retrasa, distinguiendo entre una variante precoz (segunda mitad s. III d.C.) y otra clásica (s. IV d.C.). Diversos aspectos en definitiva sobre los que volveremos a reflexionar tras el análisis detallado de los contextos.

4.1.5.- *Terra sigillata* hispánica

Las investigaciones llevadas a cabo en los últimos años sobre *terra sigillata* hispánica han puesto de manifiesto una diversidad de talleres que viene a romper con el tradicional duopolio entre el área septentrional, marcado por Tricio y los hornos del Valle del Río Najerilla, y la meridional, representada por Andújar, si bien ambos continúan siendo los dos centros de referencia[154]. En Cartagena lo destacable de esta producción es su ausencia en los contextos, donde llega a ser casi anecdótica[155]. Aunque es muy probable que en los inventarios algunos fragmentos hayan sido interpretados

[154] Para un estado de la cuestión reciente *vid*. Fernández García y Roca, 2008 (con una bibliografía ordenada por temáticas en pp. 328-332 y un mapa con la nueva constelación de talleres en p. 310, fig. 1).
[155] Hasta el punto de haberle dedicado un pequeño trabajo monográfico al único fragmento hallado en los niveles de abandono de la curia; no tanto por la pieza en sí como por la reflexión que ello nos permitía hacer sobre la difusión de esta producción en la zona (Quevedo *et alii*., 2008). Algunas de las siguientes líneas han sido extraídas del mismo.

como TSG –en ocasiones difíciles de diferenciar si no portan elementos característicos como los motivos circulares en composiciones metopadas o marcas de alfarero[156]– su presencia sigue siendo muy escasa como indica la comparación con los porcentajes en ciudades del entorno.

La *terra sigillata* hispánica comenzó a comercializarse en época flavia, compitiendo con otras producciones como las sigillatas tardoitálicas y gálicas. En el Sureste, exceptuando zonas del interior donde superan al resto de la vajilla de mesa de importación (*Libisosa*, Lezuza, 52'76%) o aparecen en un elevado porcentaje (*Begastri*, Cabecico de Roenas, Cehegín, 38'40%), en la costa su presencia es menor. Las ciudades portuarias de *Carthago Nova*, *Lucentum* (Tossal de Manises, Alicante), *Portus* (Santa Pola) y las cercanas a éstas, *Ilici* (La Alcudia, Elche) y El Monastil (Elda) presentan siempre concentraciones por debajo del 10%. Esta dicotomía costa-interior, bien estudiada por Poveda (Poveda, 1999: 209-214, nota 13), responde en parte a las vías de distribución de los propios productos. De los dos talleres documentados, *Tritium Magallum* (Valle del Najerilla, La Rioja) y Andújar (Jaén), los primeros ostentan la supremacía del mercado. Los comerciantes aprovecharon de forma evidente su cercanía al último puerto fluvial del Ebro en *Vareia* (Varea, Logroño), donde embarcaban las cerámicas con destino a *Caesaraugusta*. Desde allí un parte de la producción sería desembarcada para continuar por vía terrestre una serie de rutas que habrían de llevar las sigillatas a las zonas del interior peninsular. El resto de la producción continuaba el curso fluvial hasta el mar desde donde, siguiendo una ruta marítima, la sigillata de Tricio alcanzaría el litoral peninsular (Sáenz y Sáenz, 1999: 72). Ello explica el hallazgo mayoritario de estas piezas en zonas de la costa atlántica como *Baelo Claudia* (Bolonia, Cádiz) o el sur de Portugal donde superan en proporción a las producciones de Andújar. Su aparición en otros puntos del Imperio como *Mauritania Tingitana*, *Mauritania Caesariensis*, Sur de la Galia (*Aquitania*), *Britannia*, los campamentos del Rhin y el puerto de Ostia ilustra el carácter exportador de las mismas. Aunque en menor porcentaje, también es destacable el hallazgo de piezas de Andújar en el santuario íbero-romano de La Serreta (Alcoy), *Ilici* y *Libisosa*. Desde su centro de producción en el Alto Guadalquivir, habrían llegado a través de vías terrestres pasando por los llanos de Albacete hasta la zona de Alicante y Murcia. La presencia mayoritaria de las cerámicas

[156] Y ni siquiera ello es óbice para confundir los fragmentos, como sucedió con el de la curia, clasificado como sigillata gálica a pesar de su característica decoración. Para otras referencias a los escasos fragmentos de TSH conocidos en la ciudad, vid. Quevedo *et alii*., 2008: 112; Ramallo, 1989: 65, fig. 7.4.

riojanas frente a las béticas es fácilmente explicable bajo parámetros comerciales. Como se ha establecido, las producciones de *Tritium Magallum* alcanzaron por vía marítima el este del mediodía ibérico. Una zona a la que la sigillata bética tuvo un acceso mucho más costoso ya que sería por vía terrestre, siguiendo la vía Augusta, como estos productos llegarían al litoral alicantino y murciano[157]. A pesar de estos planteamientos generales, la existencia de distintas rutas comerciales y probablemente las condiciones socio-económicas de los puertos redistribuidores crearon modelos específicos para cada ciudad. La escasez de hispánicas en la costa del Sureste contrasta con una masiva presencia en *Valentia* (Valencia). Allí, desde los inicios de su comercialización a partir del 65-75 d.C. hasta el siglo III este material supone un elevado porcentaje del registro arqueológico, en torno al 80% frente a otras producciones (Escrivà, 1989: 179-182). A pesar de la cercanía del taller de Bronchales, las piezas proceden en su gran mayoría de *Tritium Magallum* (más del 90%), lo que refuerza la hipótesis de su distribución vía marítima. Un ejemplo muy ilustrativo son los contextos de la Plaza del Negrito, de finales del s. II d.C., donde es la vajilla fina más representativa (Huguet Enguita, 2005: 182). Sin embargo en la zona costera más meridional esta situación cambia completamente. En *Lucentum*, donde las sigillatas fueron estudiadas en profundidad a partir de las marcas de alfarero conservadas (Ribera, 1988-1989: 192-194) ofrecen unos porcentajes mínimos "siendo precisamente el dato más significativo a destacar la penuria de piezas de esta procedencia".

En definitiva parece confirmarse su escasa incidencia en un mercado donde predomina la TSG primero y la TSA después; datos a completar tras el análisis de los contextos.

4.1.6.- *Terra sigillata* Clara B

Dentro de la división de la sigillata chiara que Lamboglia estableció con las cuatro primeras letras del alfabeto en las excavaciones de Vintimille (Lamboglia, 1963, 1958), la A, la C y la D se demostraron con posterioridad de origen africano. Tan sólo mantuvo esa denominación la B, una producción gala propia de los s. II-III d.C. que a nivel sobre todo regional fue sustituyendo paulatinamente del mercado a la TSG. Fabricada en diversos centros, con especial importancia en el eje fluvial del Ródano, en

[157] En Cartagena, siempre con la precaución que exige la escasez de datos, se puede afirmar que las producciones de Los Villares de Andújar no han sido documentadas en ninguna ocasión.

torno al área de Lyon y Vienne (Desbat, 1988), se caracteriza por unas pastas rosado-anaranjadas y un brillante engobe naranja. En ocasiones las piezas presentan reflejos metálicos, lo que lleva a confusión con la *terra sigillata* Lucente, otra producción muy similar propia de los s. III-IV d.C. (Desbat y Picon, 1986). La mayoría de las formas que componen el repertorio son lisas y cronológicamente aparecen en torno al reinado de Adriano y se extienden hasta finales del s. II d.C., pudiendo perdurar hasta mediados del s. III d.C. tal y como evidencian los contextos cerámicos. Aunque su difusión se limita principalmente al Midi francés, también se detectan puntuales hallazgos en otros puntos del Mediterráneo occidental, aunque siempre en cantidades poco significativas. Es el caso de *Carthago Noua* su incidencia es muy escasa, a pesar de lo cual representa un importante valor de cara a matizar la cronología de los conjuntos.

4.1.7.- Cerámica vidriada

La cerámica vidriada es una producción de vajilla de mesa elaborada mediante un complejo proceso de fabricación que incluía dos cocciones, la segunda con un esmalte que le daba el acabado del que toma el nombre. Creada en Oriente a imitación del servicio metálico, no comenzó a producirse en Occidente hasta el s. I d.C., cuando aparecieron los primeros talleres en los que se dominaba esta técnica. Destacan especialmente los de Lyon (Desbat, 1986) si bien en la península itálica, tanto en el Norte como en Campania, también hubo una producción muy importante (Picon y Desbat, 1986). Aunque en un primer momento se imitan las piezas orientales, a partir de época flavia y hasta el siglo III d.C. se crea un nuevo repertorio compuesto por algunos platos y jarras, pero con predomino de copas. Como característica suelen presentar unos pequeños resaltes en el borde y las asas que en realidad corresponden a gotas de esmalte invertidas (debidas a la colocación de la pieza bocabajo sobre un soporte tras el baño adherente). Una de las decoraciones más típicas que suelen presentar es la de escamas de piña y el vidriado suele ser de un tono verde oscuro casi azulado, normalmente craquelado, aunque en función de los óxidos empleados adquiría una tonalidad u otra (óxido de cobre para el verde y óxido de hierro o antimoniato de plomo para el marrón y amarillo; Paz Peralta, 2008a: 489-491). La mayoría de hallazgos que se registran proceden con toda probabilidad de Italia central o meridional[158], con el vidriado verde

[158] Por las características cabe descartar importaciones regionales, a pesar de posible fabricación en *Hispania* (siempre muy escasa) propuesta a raíz del estudio de algunos fragmentos de la villa de

oscuro (y amarillo en el interior debido al proceso de cocción) y una pasta grisácea que incluye piroxenos (Picon y Desbat, 1986). Aunque su presencia es muy escasa en los contextos, como ocurre en el caso de la sigillata Clara B, permite matizar algunas cronologías. En ciudades como *Pollentia* donde estas piezas han sido estudiadas de forma monográfica –al igual que en el área de Ampurias, donde son muy abundantes (Casas y Merino, 1990)– perduran hasta la segunda mitad del s. III d.C., documentándose en niveles de destrucción junto a TSA A y C (Chávez *et alii*., 2008: 156-157). En Cartagena algunos hallazgos como los de la C/ Beatas (Murcia, 2005: 186-189), un plato procedente el de la C/ Caridad esquina San Cristóbal la Corta (Martín y Roldán, 1997a: 170-171, Lám. V. 9) o el de una singular lucerna procedente del teatro romano (Murcia, 2009g: 178-179, aquí fig. 76) confirman la llegada de estas producciones a la ciudad.

4.1.8.- Producciones orientales

Bajo el concepto de "oriental" se extiende una vasta realidad que, como se ha planteado en el cap. 2, afecta a regiones y producciones de muy distinta procedencia. Sin embargo, debido al escaso conocimiento que sobre las cerámicas finas altoimperiales existe todavía en la península, continuamos manteniendo el matiz geográfico.

4.1.8.1.- Cerámica corintia

Entre las producciones griegas de época altoimperial sin duda las píxides corintias son las más conocidas, tanto por sus peculiares características –fabricadas a molde con decoración en relieve y con un característico barniz que varía del rojizo al anaranjado– como porque su distribución alcanzó diversos puntos de Occidente. En los últimos años gracias al desarrollo de nuevas líneas de investigación y a la publicación de numerosos contextos de excavación, los estudios han experimentado un renovado interés por estos vasos decorados a molde, que a pesar de los tentativos frustrados de F. Eichler y de una primera sistematización llevada a cabo por D. C. Spitzer (1942), no contaban con un catálogo que recogiera todos los tipos conocidos y planteara los

Tolegassos (Casas et alii., 1995: 110-112) y de las evidencias de algunos yacimientos del cuadrante NO (Paz, 2008: 490-492).

principales problemas relativos a su origen. Un trabajo elaborado por D. Malfitana (2007) en el que, siguiendo la estela de publicaciones anteriores donde planteaba nuevos enfoques para el análisis de la cerámica (Malfitana, 2006) aborda todos los aspectos concernientes a las cajitas corintias –crono-tipología, iconografía-iconología, distribución– se ha convertido en el referente indiscutible. La aportación más destacada es la elaboración, por vez primera, de una tipología que da como resultado un limitado repertorio donde sin embargo no sólo se documentan cajitas, coexistiendo tres formas: la copa/píxide (forma 1), la copa/plato (forma 2) y la *trulla* o pátera (forma 3). De cada una distingue numerosos tipos y variantes, quedando abierta la clasificación por si hubiese de ser completada con futuros hallazgos.

El detallado análisis del repertorio iconográfico ha aportado también interesantes novedades, distinguiendo siete grupos figurativos separables en dos núcleos. El primero, de carácter narrativo y dividido a modo de metopas comprende las escenas de los trabajos de Hércules, las de combate o posibles "amazonomaquias" y las rituales relacionadas con Dionisos. El segundo, las de *theoxenia*[159], las paisajísticas, las homéricas y las decoraciones fitomorfas, todas ellas dispuestas a modo de friso continuo. También se han podido individualizar los punzones de cada grupo y en el caso de las pruebas hercúleas incluso las secuencias precisas que respetan su orden canónico. A su vez, el tamaño de los motivos ha sido un criterio clasificatorio, pudiendo distinguir dos series. Cabe insistir en la importancia e interdependencia de las imágenes, verdaderos ciclos figurativos organizados según escenas que atañen a un significado y una lógica comunes (Malfitana, 2007: 123). Como estrategia general de lectura propone una estrecha vinculación entre forma / función / elección iconográfica. El resultado más revelador de su aplicación tiene que ver con las copas / píxides de los trabajos de Hércules, que reflejan 11 de los 12 episodios mitológicos. Cada una contenía un máximo de 7 imágenes, por lo que se necesitaba otra copa complementaria para poder comprender el ciclo; a pesar de lo cual los hallazgos indican que se comercializaban por separado. El relieve que falta, el de los bueyes de Gerión, ha sido objeto de un intenso estudio y el autor lo relaciona con la destrucción de Corinto, acaecida en 146 a.C. a manos del cónsul Lucio Mummio *Achaicus*[160]. En cuanto al origen de las piezas,

[159] Hospitalidad de una pareja de personajes hacia una divinidad que les honra con su visita.

[160] Éste hizo construir en Roma un templo a *Hercules Victor*, variante de la divinidad ligada a Gerión, pues cuando Hércules pasó por el futuro emplazamiento de la ciudad se enfrentó a Caco, el héroe local que una fuente asimila al monstruo. Por lo tanto Gerión se identifica con Caco, lo que remite al L. Mummio "hercúleo", de ahí que los artesanos –que aún recordarían un suceso tan dramático siglos

análisis químicos y petrográficos indican un repertorio homogéneo y si bien se había planteado la posibilidad de que el centro productor fuese la ciudad de Patrasso, cercana a Corinto, el hallazgo en esta última de un molde y de ejemplares firmados por los mismos artesanos que elaboraron las lucernas tipo Broneer XXVII (sin duda, corintias) parecen despejar cualquier incógnita (Malfitana, 2007: 144; a pesar de lo cual el autor extrema la prudencia entrecomillando siempre el término "corintia"). Lo mismo ocurre con el uso de las piezas, todavía muy discutido, por lo que les da una nominación abierta: copa/píxide, plato/copa… Los motivos decorativos, especialmente los dionisíacos, son propios del mundo del *simposium* y las formas copa/plato/*trulla* permiten adscribirlas sin dificultad a la categoría de *vasa potoria*. Sin embargo, el reducido tamaño de algunas, su hallazgo en contextos termales y la referencia de las fuentes a ungüentos y cremas no permite ser determinante en cuanto a su función. En cuanto a su comercialización, se demuestra –al contrario de lo que se pudiera pensar– la vocación occidental de estas piezas, distribuidas a través del eje Corfú–Brindisi por el centro y el oeste mediterráneos. Uno de los aspectos más interesantes es la cronología que también se ha revisado, ampliándose desde mediados (o un poco antes) del s. II d.C. hasta inicios del s. IV d.C.

Piezas de este tipo ya se conocían en nuestra zona, donde sólo se documenta la píxide o forma 1. Así lo recogía la única referencia monográfica hasta la fecha, el trabajo recopilatorio de Granados (1979), que incluía los hallazgos de Portmán (sobre los que se profundizará más adelante) y al que cabe añadir alguna otra pieza de Cartagena (Murcia, 2005: 186-189) o la cercana Águilas (Ramallo, 1983-1984: 98).

4.1.8.2.- Vasos plásticos Asia Menor

En niveles antoninos de ciudades del Mediterráneo occidental con un tráfico destacado las cerámicas orientales comunes y de transporte pueden constituir porcentajes significativos dentro de los conjuntos[161], sin embargo las producciones finas

después– habrían decidido omitir deliberadamente su representación (Malfitana, 2007: 131-133). La ausencia del décimo trabajo no ha de ser casual y es la primera vez que se plantea una hipótesis al respecto, para ello se hace referencia también a los relieves del *pulpitum* del teatro de Corinto, reelaborados en época adrianea con el *Dodekathlon* y en los que aparece muy deteriorado el mencionado episodio

[161] Caso de (por citar algunos ejemplos) la capital, Roma, con un 16'34% de ánforas orientales documentado en diversas áreas del centro en el s. II d.C. (Rizzo, 2003: 155), Tarragona, con solares donde se han hallado en un 19% (Fernández y Remolà, 2008: 91-95) o Marsella, con contextos que cuentan con hasta un 23'37% de cerámicas comunes de dicha procedencia (Moliner, 1996: 246).

y particularmente aquellas que revisten unas características singulares como las hechas a molde son muy escasas y se hallan peor estudiadas, sobre todo en el ámbito hispano (Bernal, 1995a: 266). En la *Carthago Noua* de los s. II-III d.C. se documentan una serie de piezas con estas últimas características sobre las que ha puesto el acento A. Murcia (2007) a raíz de diversos hallazgos realizados en la C/ Beatas y el PERI-CA 4. En su caso se trataba de vasos plásticos con forma de carnero para los que, gracias a otros paralelos y al tipo de arcilla, se estableció un origen minorasiático, concretamente del área de la ciudad de Cnido (fig. 77a). Su pasta es entre beige y marrón claro, con inclusiones rojas y grises de pequeño tamaño y partículas blanquecinas que se aprecian con mayor detalle en superficie (fig. 77b), encontrándose recubierta ésta por un barniz anaranjado (sólo al exterior) que presenta en ocasiones reflejos metálicos (Murcia, 2007: 92-93). A ello cabe añadir otros ejemplares inéditos como un fragmento posiblemente antropomorfo procedente de la curia donde parece apreciarse el brazo de un personaje (fig. 77c), un recipiente plástico con forma de león (y pasta más grisácea que recuerda a producciones de Pérgamo) hallado en la C/ Caballero n^{os} 7-9 (fig. 77d) y un vaso con el motivo de la *anus ebria*, pieza de la *domus* de la Fortuna (Quevedo, 2010b) a la que dedicamos unas páginas en el análisis de su contexto[162].

En el sur de Francia, donde también se empieza a prestar atención a este tipo de producciones (Marty, 2011; Huguet, 2007: 557) el repertorio se amplía a numerosas formas entre las que se incluyen *vasa potoria*; se trata de piezas vinculadas en muchos casos al consumo de vino. De hecho es muy probable que este tipo de material viajase asociado al vino egeo como se ha propuesto para el caso de Cartagena (Murcia, 2007: 101), si bien ignoramos si este procedía directamente desde su lugar de origen o, como parece más lógico, redistribuido a través de grandes puertos como Ostia. En cualquier caso las consideraciones sobre el comercio de los vasos plásticos minorasiáticos son todavía complejas: inicialmente destinados a un consumo local, a lo largo del s. II d.C. se produjeron a mayor escala para un mercado provincial en detrimento de su calidad, una estandarización entendida probablemente como la clave de su éxito entre una clientela más interesada en el bajo coste que en el nivel cualitativo (Baldoni, 2003: 91). Tomando como referencia nuestro caso se aprecia cómo el espatulado que suele unir las dos partes de las piezas es muy basto; por lo que no parece que hubiesen de ser muy remarcables en contextos donde eran más frecuentes como el oriental, en el que además

[162] *Vid*. cap. 5, donde se reflexiona tanto para esta última como para los vasos con forma de carnero sobre su posible contenido: bálsamos o ungüentos o vino.

competían con producciones contemporáneas en metal y vidrio que representaban el mismo motivo. Conviene tener presente que la vajilla más exclusiva continuaba siendo la metálica, motivo de inspiración y copia de las producciones cerámicas.

4.2.- Cerámica de cocina

4.2.1.- Cerámica de cocina itálica

Junto con la exportación masiva de vino campano se distribuyeron por el Mediterráneo Occidental una serie de producciones de cocina que por las características de sus pastas alcanzaban una gran resistencia al fuego. Su composición es rica en cuarzo, escamas de mica y óxidos de hierro además de piroxenos, partículas propias de los suelos volcánicos que le otorgan un aspecto inconfundible, con un moteado negro sobre un tono ladrillo idéntico al de las ánforas itálicas. La referencia en el campo de la ceramología hispana continúa siendo indiscutiblemente el trabajo de C. Aguarod[163], que además de reflexionar en profundidad sobre el uso de las piezas incluía un análisis de distintos tipos de pastas (Aguarod, 1991: 37-43). El repertorio está compuesto principalmente por ollas, sartenes[164], cazuelas y platos de borde bífido que servían tanto para cocer como para freír y que iban al fuego acompañadas de sus correspondientes tapaderas, características por ser muy planas. Estas últimas se encastraban en el reborde de las *patinae*, confiriéndoles un sellado eficiente que evitaba la pérdida de calor como apuntara Vegas (siendo estos platos su forma 14; Vegas, 1973: 44-46). Junto a estas piezas se desarrollaron otras caracterizadas por presentar un engobe jabonoso en su interior de un tono rojo intenso y gran anti adherencia que dio pie a una definición propia: "cerámica de engobe rojo pompeyano", sistematizada por primera vez por C. Goudineau (1970). En función del autor hay quien diferencia entre esta última y la cerámica común itálica[165], sin asociar ambas producciones a pesar de que comparten las

[163] A pesar de lo cual para la tipología empleamos la de Bats según el DICOCER (Bats, 1993) siguiendo el ejemplo de otros autores (Pasqualini *et alii*., 2009) dado que nos parece más cómoda, siendo su forma 7 –la forma más común en Cartagena– la tapadera plana de borde diferenciado el equivalente a la forma 3 Celsa 80.8145 de Aguarod (1991: 113-115).

[164] Documentadas en menor cantidad dado que habitualmente se fabricaban en metal, en Cartagena contamos con un ejemplar cerámico conservado en el ARQVA y procedente de Escombreras fechado en época anterior, entre los s. II-I a.C. (Fernández Matallana, 2008: 188-189).

[165] Como por ejemplo se observa en el DICOCER, donde encontramos por un lado la *Céramique commune italique* (Bats, 1993) y por el otro la *Céramique à vernis rouge pompéien* (Passelac, 1993), frente a Aguarod (1991) que bajo producciones itálicas agrupa todo el repertorio diferenciando sus formas (platos de engobe rojo pompeyano, platos de borde bífido, sartenes… etc.).

mismas pastas (fig. 78). Por lo general las formas más extendidas de esta última categoría son también platos para ir al fuego, algunos con unos diámetros muy amplios que llegan a superar los 90 cm y en cuya fabricación se piensa que se utilizaron planchas de arcilla o plantillas (Aguarod, 1991: 52). La forma, típicamente itálica será adoptada posteriormente por otros repertorios vasculares, teniendo su continuidad en la africana Hayes 181 Aunque en la península itálica hubo diversos talleres, los más reputados fueron los de Campania, en especial los de la ciudad de Cumas y su entorno inmediato, que dieron nombre a la producción ya en la Antigüedad, *cumanae patellae*. Se produjeron desde el s. III a.C. hasta la erupción del Vesubio, que interrumpió la producción de Cumas si bien en otros puntos como el Norte de la península itálica continuaron produciéndose hasta incluso el s. IV (Passelac, 1993: 545). Así pues, teniendo en cuenta esta cronología (y que en el caso de Cartagena no hay evidencias de ejemplares tardíos), puede sorprender que se haga alusión a estas piezas al referirnos a contextos de los s. II-III d.C. Aunque es cierto que aparecen en un porcentaje casi anecdótico, algunos se prolongan por lo menos hasta finales de la segunda centuria, con toda probabilidad una muestra de –al igual que se ha visto con el ejemplo de las cazuelas del s. XIX (cap. 2)– la pervivencia en el registro de piezas antiguas debido a su calidad (si es que se les sigue dando el mismo uso) u otros motivos... Como se aprecia en un contexto inédito de destrucción de finales del s. II d.C. en la villa romana del Cerro de la Ermita de Singla (Caravaca de la Cruz), el hallazgo completo de algunos ejemplares propios de la primera mitad del s. I d.C. parece demostrar su uso como platos de cocina un siglo más tarde[166] (fig. 79).

Sin embargo, aunque el *floruit* de la producción de engobe rojo pompeyano no supera el s. I d.C.[167] otras formas de la cocina itálica propias de la zona campano-lazial, sin engobe y cada vez mejor estudiadas continúan produciéndose en los s. II-III d.C. Es el caso de las ollas Bats 3, unos recipientes de cuerpo cilíndrico y base cónica con fondo plano caracterizados por una marcada carena y un borde plano y saliente con los que se correspondía la tapadera 7 (Bats, 1996: 359-361). Bien conocidos en época flavia por los repertorios conservados en las ciudades del área vesubiana como Herculano (Scatozza, 1996: 139-140), hace años que se defiende su pervivencia hasta por lo menos el s. II d.C., como ilustran los contextos de la Provenza (Pasqualini, 1996: 293) y *Ostia*

[166] Si bien en otros contextos similares como los proporcionados por las excavaciones de La Bourse de Marsella se constata su importación durante todo el s. II y el s. III d.C. (Carre *et alii*., 87).
[167] Nos referimos en todo momento a la zona campana, pues en el norte de la península itálica perdura hasta el s. IV d.C. (Bats, 1993: 357).

Antica (Coletti y Pavolini, 1996: 404-407). El avance de los últimos trabajos –en este caso sobre contextos de Marsella– permite ya afirmar que la olla Bats 3 en su variante c, más cilíndrica que su versión anterior, es "característica del s. II d.C. y principios del s. III d.C." (Pasqualini *et alii*., 2009: 285). Por tanto estamos ante una producción que, lejos de ser residual como hasta ahora cabría pensar, se produjo y tuvo difusión en este horizonte cronológico. Por el momento no se ha documentado ninguna en los contextos tardoantoninos y severianos de *Carthago Noua* (donde sólo se tiene constancia del hallazgo de tapaderas itálicas) pero reproducimos una figura de cara a facilitar la identificación de futuros hallazgos (fig. 80). De hecho es muy probable que su ausencia se deba más a una identificación incorrecta que a una inexistencia real en el registro arqueológico. Hasta ahora la única conocida es un ejemplar inédito conservado en el Museo Arqueológico de Águilas (sobre la que esperamos trabajar en breve) procedente de un nivel de destrucción de mediados del s. III d.C.

4.2.2.- Cerámica de cocina oriental

La identificación de cerámicas de cocina orientales en contextos altoimperiales constituye prácticamente una novedad en el campo de la historiografía hispana, donde brillan por su ausencia. Más allá de su incidencia en los contextos de los s. II-III d.C., su escasez se debe, ante todo, a un vacío editorial pues a consecuencia de una clasificación incorrecta la categoría de las cerámicas locales se habrá engrosado con toda probabilidad con producciones foráneas. Como decimos es posible que ese hecho haya distorsionado las líneas de su distribución en nuestro territorio, si bien a colación del análisis de los contextos de *Carthago Noua* su presencia parece muy discreta y, en cualquier caso, limitada al ámbito costero. Ello tampoco es extraño si aceptamos el paradigma de que este tipo de piezas suelen viajar siempre acompañando a otro producto (aunque a veces, como ocurre con la cerámica de Pantelleria, se ha visto cómo sus cualidades técnicas le dan un valor intrínseco) y que en este caso sería el vino oriental, con un porcentaje también modesto en los contextos de los s. II-III d.C.[168] Así lo confirmarían dos pecios de la costa dálmata en cuyo cargamento, junto a ánforas de la isla de Cos y vajilla en terra sigillata oriental B, se halló una gran cantidad de cerámica

[168] Sin entrar a discutir aquí si las ánforas de esta procedencia llegaban a nuestras costas directamente desde su lugar de origen o bien a través de un gran centro redistribuidor como Ostia.

de cocina (Jurišić, 2000: 65-74)[169]. En países que en el ámbito de la ceramología nos llevan una enorme distancia como Francia, hace años que se empezó a reflexionar sobre la procedencia de este tipo de producciones, planteando su origen oriental[170].

Sin embargo, como ya se ha repetido, esta definición está sujeta a la constante evolución de la investigación y además es demasiado amplia, pues en ella tienen cabida distintas regiones mediterráneas: Mar Egeo, Grecia continental, Asia Menor, Chipre, Próximo Oriente, Egipto… (Marensi, 2004: 205). Recientes intervenciones en la zona Levantina (sobre todo en Líbano) están permitiendo conocer nuevas producciones que, aunque escasas en nuestra zona por el momento, un avance de los trabajos permitirá identificar mejor. Así, entre las cerámicas de cocina orientales halladas en Cartagena distinguimos –al igual que ocurre en los contextos de la Galia meridional– de procedencia egea y del Próximo Oriente, concretamente del actual Líbano (Marty, 2004: 116-120, con bibliografía)[171]. Al igual que se ha remarcado antes, además de permitir comprender hábitos de consumo y dinámicas comerciales a finales del Altoimperio, su hallazgo, matiza la cronología de los contextos.

4.2.2.2.- Cerámica de cocina del Egeo

Una serie de producciones que llegan especialmente a partir de la segunda mitad del s. II d.C. a las costas occidentales y cuyo origen se vincula al ámbito egeo y la isla de Creta se han estudiado desde finales del siglo pasado en los contextos del SE galo (Pasqualini, 1996; Moliner, 1996: 244-248) y de *Ostia Antica* (Coletti y Pavolini, 1996: 409-412). Se caracterizan por unas pastas con finos componentes micáceos y aspecto grisáceo al exterior entre las que a su vez cabe distinguir otras de carácter volcánico, habiéndose propuesto algunas zonas de producción en función de sus características como la isla de Egina, Pérgamo, el Ática o las islas egeas (Coletti y Pavolini, 1996: 412). En cualquier caso las piezas responden a una tradición culinaria propia del Egeo. En cuanto a las referencias tipológicas se emplean las establecidas por Robinson (1959) para el Ágora de Atenas, si bien incluimos también el equivalente dado por Hayes (1983) en las excavaciones de la Villa de Dionysos en Creta en línea con los trabajos franceses (Moliner, 1996: 246, nota 8). Recogemos de diversos autores las formas más

[169] Citado a través de Marensi, 2004: 205.
[170] *Vid*. el apartado consagrado por L. Pietropaolo a las cerámicas comunes importadas halladas en Marsella en Carre *et alii*., 1998: 80-87.
[171] *Vid*. el reciente y fundamental trabajo de Pellegrino (2009).

conocidas del repertorio formado en su mayoría por piezas destinadas a ir al fuego (fig. 81). Destacan la marmita Ágora G193 (Robinson, 1959: pl. 7)[172] de fondo curvo y cuerpo acanalado –no documentada en los contextos pero incluida de cara a eventuales identificaciones futuras (fig. 81.1)– y la cazuela carenada de borde exvasado Ágora J57[173] (Robinson, 1959: 56, pl. 11), fechada entre finales del siglo II e inicios del siglo III d.C. (fig. 81.2). Especialmente interesante resulta el caso de la sartén Ágora G133 (Robinson, 1959: pl. 72)[174], una pieza de pared exvasada y borde redondeado dotado de un mango tubular, por el debate que ha suscitado en torno a su origen, que otros autores consideran itálico (fig. 81.3 y 81.4), puesto que la diferenciación de las pastas y acabados es muy complicada (Moliner, 1996: 247). Las sartenes presentan en ocasión sellos en el exterior con letras o nombres griegos (Coletti y Pavolini, 1996: 410, nota 59; di Giovanni, 1996: 72-73, fig. 7) y mientras que los investigadores italianos o el propio Hayes (1983) la interpretan como egea[175]; por el aspecto de la pasta y su paralelismo con otras formas, Pasqualini *et alii*. (2009: 292) insisten en su posible origen itálico. En nuestro caso no podemos aportar novedades sobre la discusión dado que los escasos fragmentos estudiados no permiten establecer otras comparaciones, sin embargo todo parece indicar (si hacemos caso a la deriva de la investigación) un origen oriental.

La identificación de la producción culinaria egea en nuestros contextos y en la de otros enclaves hispanos es una cuestión de tiempo (independientemente de la proporción en que aparezca), pues es obvio que muchas se han clasificado en los inventarios como producciones comunes. Por poner un ejemplo reciente (descubierto mientras se buscaban los datos relativos a otros materiales) en las excavaciones de la catedral de Menorca aparece la cazuela Ágora J57 interpretada de manera genérica como cerámica de cocina romana (Riera *et alii*., 2005: 469, fig. 7, C-00-217-9).

[172] Cooking-pot type 2 según Hayes (1983: fig. 5, nº 58-63).
[173] Aunque en contextos antoninos aparece recogida también como Ágora G 194 (Moliner, 1996: 252, fig 12.7) en realidad se trata del mismo tipo de cazuela, salvo que A. J57 es la evolución de la forma, de finales de siglo II - inicios siglo III d.C. (Forster, 2001, p. 155-157, fig. 4.9.*h*; Robinson, 1959: 56, pl. 11) pudiéndose optar también por la nomenclatura de Hayes para los contextos de la misma cronología en Cnosos (cacerola tipo 2, Hayes, 1983: fig. 7, nº 81-89). La distinción principal radica en el cuerpo, con una carena más acentuada y por tanto menos globular que su antecesora, más propia del siglo I e inicios del siglo II d.C. (Robinson, 1959: 42, pl. 7).
[174] Frying-pan tipo 1 según Hayes (1983: 107 y 116, figs. 9, 99 y 102).
[175] Como hacen igualmente otros autores cuyos trabajos se centran tanto en ámbito oriental (Forster, 2001: 155-158; Sackett, 1992: 173) como occidental, para este último concretamente en Galia (Marensi, 2004: 206; Marty, 2004: 116-119).

4.2.2.2.- Cerámica de cocina del Próximo Oriente

En la zona del Levante mediterráneo se dieron una serie de producciones de cocina que, bien conocidas para época tardía en algunos contextos como los de Marsella donde se documentan también en época altoimperial (Moliner, 1996: 246-247), empiezan a identificarse entre los repertorios vasculares de la *Carthago Noua* de los s. II-III d.C. Aunque existían obras que recogían amplios catálogos de formas como, en castellano, *Cerámica común romana de la Galilea*, de F. Fernández Díez (1983) su nulo impacto en la investigación, para la que ha pasado desapercibido, ha impedido reconocer algunas de las que con seguridad llegaron a las costas hispanas. Ha sido especialmente a partir de las excavaciones realizadas en el centro de Beirut tras el conflicto civil finalizado en 1990 que se han empezado a sistematizar las producciones culinarias de los s. I-III d.C. (Reynolds *et alii*., 2008-2009) frente a las mejor conocidas de la Antigüedad Tardía estudiadas por el grupo CATHMA (1991). Aunque con una presencia muy reducida en nuestra zona (debido probablemente en parte a una identificación errónea), se trata de piezas con una pasta cuya tonalidad puede variar del rojizo al marrón, con tonos que llegan a ser violáceos, compuesta por pequeños gránulos graníticos y finas partículas basálticas. La única forma documentada hasta la fecha es una olla[176] asimilable a los tipos Reynolds 143 y 145 hallados en Beirut en contextos de siglo II d.C. (Reynolds, 1997-1998: 47-48 y 76, figs. 143 y 145) así como en el ámbito del Mediterráneo occidental (Pellegrino, 2009: 259-263). Posee un cuerpo globular que se ensancha en la zona del hombro, con un fondo curvo que puede ser ligeramente apuntado (fig. 81.5). Toda la superficie externa presenta una serie de acanaladuras, como es característico en muchas producciones orientales, especialmente las ánforas. Cuenta con un cuello recto y liso (en ocasiones más curvilíneo) acabado en un pequeño borde diferenciado[177]. Del mismo parten dos asas cortas y de tendencia circular que se unen al cuerpo. Su cronología arranca en la zona de origen ya en al s. I a.C., aunque para este tipo en cuestión está bien documentada para finales del s. II – s. III d.C., como ya indicaba con sorprendente precisión la obra de F. Fernández Díez (1983: 209, tipo 11.2, nº 360).

[176] Incluida en el presente trabajo pero sobre la que recientemente hemos llamado la atención a fin de dar a conocer su existencia y por tanto su notificación en los inventarios de otros yacimientos de la zona (Fernández y Quevedo, 2011: 298, fig. 8.14).

[177] En nuestro caso muy similar también al "cooking pot 2", aunque con el borde menos exvasado, identificado como una producción de Beirut, (Reynolds *et alii*., 2008-2009: 89, fig. 18.12).

4.2.3.- Cerámica de cocina africana

Fácilmente reconocible por sus pastas de un anaranjado-rojizo, con cristales de cuarzo eolio (rodado por el viento del desierto) y unos acabados muy característicos (Aguarod, 1991, 235-236), las cerámicas de cocina africana presentan una problemática sobre la que la historiografía española no ha incidido especialmente a excepción de algunos trabajos (Aquilué, 1995: 61-64). Incluso en síntesis relativamente recientes son referidas de forma generalizada (Serrano, 2005: 261), sin profundizar en la adscripción de tipos a zonas de producción diferentes (como ya se delineara en el Atlante I, 1981: 209-210). Así, bajo la descripción de unas características pretendidamente homogéneas –asociación con probabilidad involuntaria e influenciada por el propio *stile unitario* de estas cerámicas (Tortorella, 1987: 299)– el título de "cerámica africana de cocina" esconde una realidad mucho más compleja, con distintas áreas de fabricación de las que no se hubieron de abastecer por igual todos los núcleos hispanos[178]. Revisada por Bonifay (2004: 67-71, de quien tomamos las principales ideas que siguen), esta producción culinaria se divide en tres grandes categorías: A, B y C[179].

La categoría A es la compuesta por aquellas cerámicas de cocina similares a la *sigillata* africana A, en especial las cazuelas Hayes 23A y 23B (incluidas otras formas tardías). Se caracteriza por el engobe rojizo-anaranjado similar al de la producción A^2, opaco y granuloso, que cubre el interior y en ocasiones el exterior de las paredes. Con probabilidad fue originaria de la región de Carthago (del Norte de Túnez en cualquier caso). La categoría B es la cerámica culinaria africana con un pulido a bandas ("polita a strisce") elaborada en las zonas costeras de la Byzacena y representada por los tipos Hayes 181 (con todas sus variantes, aunque se trata de una forma que también encontramos en la categoría A) y H. 182, 184 y 185. Por último la cerámica de pátina cenicienta y borde ennegrecido ("patina cenerognola e ad orlo annerito" siguiendo la célebre definición de Lamboglia) es la que engloba la categoría C, abarcando dentro de su producción las formas comprendidas entre la Hayes 191 y la H. 197, ambas inclusive. Propia de la zona Norte de Túnez, también pudo producirse en talleres del

[178] A ello cabe añadir la imitación de algunas de las formas en la península, un aspecto que ha empezado a desarrollar la investigación (Aquilué, 2008: 553-555, fig. 2). Aunque por el momento se desconocen muchos datos (mapa de talleres donde se copiaron las piezas africanas, volumen de estas producciones), el fenómeno deberá concretarse en lo sucesivo, habiéndose constatado también la imitación de formas de vajilla de t*erra sigillata* africana.

[179] Para la ubicación de las zonas de producción *vid*. Bonifay, 2004: 66, fig. 33.

centro Oeste y el centro SO de Byzacena o incluso de tripolitania. La pátina de color gris es fruto de la cocción, oxidante pero con una última fase reductora que la ennegrecería (Hayes, 1972, 205). En el caso de las tapaderas, el "borde ahumado" se debe a su colocación en el horno ya que los bordes eran la única parte expuesta (Aguarod, 1991: 236, fig. XIII). Junto a la categoría A, con la cazuela H. 23 como pieza más representativa, la categoría C es la más abundante en nuestros contextos y mejor conocida a nivel hispano gracias a la popularidad que alcanzaron dos de sus formas: la cazuela Hayes 197 y la tapadera Hayes 196. En cuanto a estas últimas los criterios de clasificación según se utilice la tipología de Hayes (1972) o la de las excavaciones de Ostia (Ostia I, 1968; Ostia II, 1970; Ostia III, 1973 y Ostia IV, 1977) puede resultar particularmente problemática. El mejor ejemplo reside en la tapadera de borde ahumado Hayes 196, clasificable en ocasiones indistintamente (según el inventario y el investigador) como Ostia I, 261; O. II, 302 u O. II, 332. Por ello, a pesar del uso que nosotros mismos hemos llegado a hacer de la clasificación italiana (Quevedo, 2009a) y a fin de evitar mayores confusiones[180], hemos optado por mantener la tipología de J. W. Hayes, en línea además con la revalorización crítica que se ha hecho del trabajo de este autor (Bonifay, 2004: 156). Más allá de los matices de las variantes ostienses se confirma la tendencia del engrosamiento del labio de la pieza a la vez que evoluciona en el tiempo, pudiendo encuadrarse el tipo ápodo (que Hayes identifica como la variante 196B) en el s. II d.C. y llevando por el contrario el dotado de pie anular (H. 196A) a época severiana (Bonifay, 2004: 225-227).

Las cerámicas culinarias africanas de las que se ha destacado su gran resistencia térmica, alcanzaron una difusión masiva debido a su alta calidad, si bien al mismo tiempo se ha insistido en que no fueron éstas el objeto principal de comercio, sino que completaban la carga de otros productos en el transporte marítimo (Ikäheimo, 2005). Las cazuelas como Hayes 197, con un peso liviano, un borde bífido para encajar la tapadera, una pared ondulada al interior y un fondo curvo con relieves concéntricos que distribuirían mejor el calor y le otorgarían una mayor resistencia[181]. El repertorio, sin entrar a valorar la categoría a la que pertenecen las piezas, está compuesto en su mayoría por (y citamos algunos de los tipos principales): platos-tapaderas (H. 196),

[180] *Vid*. el comentario crítico de Aquilué (1995: 66-67) a la clasificación realizada para estas tapaderas por Aguarod (1991: 245-247) en la que se reordenaban los tipos con criterios distintos a los dados por el Atlante pero manteniendo su terminología.

[181] Aunque estos últimos bien podrían responder a un diseño que mejorase la superficie de agarre de la pieza de cara a ser colocada en un brasero, una forma de cocinar vigente todavía hoy en el Norte de África (Bonifay, 2004: 71).

cazuelas (H. 23, 197), platos/ fuentes (H. 181), jarras para calentar líquidos (Uzita 48.1)[182], tazas o vasos para beber (H. 131), pucheros y ollas (H. 200)[183]. Una facies en definitiva característica de época antonina y severa (Aquilué, 1985: 212), que el hallazgo de otras formas permitirá matizar (fig. 88d). Esta última forma resulta especialmente interesante porque aparece de forma constante en las estratigrafías de la ciudad, motivo por el que se le ha dedicado un estudio monográfico (González Villaescusa *et alii*, e. p.). Gracias a numerosos paralelos se ha puesto de manifiesto su distribución en el Mediterráneo occidental, especialmente en *Hispania*, donde hasta fecha reciente su presencia era muy restringida (González Villaescusa, 1993). En el caso de *Carthago Noua* es una pieza muy significativa, pues aparece de forma constante en los contextos de época antonino-severiana. Esto ha llevado a replantear su cronología, que si bien en un momento se centraba en torno al s. I d.C. y la primera mitad del II d.C., ahora parece ubicarse con claridad en la segunda mitad de este último y a lo largo del s. III d.C., adoptando con posterioridad variantes tardías (González Villaescusa *et alii*., e. p.).

4.2.4.- Cerámica reductora de cocina regional

Desde que en las últimas décadas del pasado siglo comenzasen a publicarse sistemáticamente las memorias de excavación de la Región de Murcia se ha venido observando, en la práctica totalidad de las estratigrafías altoimperiales, la presencia de unas cerámicas reductoras que llega a alcanzar importantes porcentajes. Interpretadas como piezas locales nunca fueron puestas en relación con otros hallazgos similares, quedando adscritas al yacimiento en el que aparecían. Sin embargo, a raíz del estudio de los materiales de Cartagena se ha puesto de manifiesto su homogeneidad y estrecha vinculación con otras de igual factura encontradas en puntos tan distantes como Valencia.

Entre las distintas formas del repertorio la más abundante es la olla de borde vuelto hacia afuera, precisamente la primera que aparece en el libro de M. Vegas de

[182] De esta última, que ha sido objeto de un estudio monográfico en el que se ha optado por recuperar el nombre original dado por V. der Werff (1982) dado que se trata de una producción africana (frente a la de Caesaraugusta G/S 200 otorgado con posterioridad; Aguarod, 1991: 300-301), que además fue identificado por vez primera en la localidad de Uzita.

[183] Respecto al uso de los recipientes no existe un criterio unificado que los defina, siendo algunos como el plato/fuente Hayes 181 todavía problemáticos, por lo que, sin entrar a debatir esta cuestión, seguimos la terminología empleada por Aquilué (1995, 64-65: fig. 3).

1973[184]. Para entonces la autora afirmaba que las variantes del tipo no tenían por lo general "significación cronológica ni geográfica" (Vegas, 1973: 11), si bien ahora somos capaces de aportar hipótesis sobre su centro de producción, distribución geográfica y cronología. Como ya se ha señalado, piezas de estas características se venían publicando en la provincia de Murcia desde los años 80 bajo distintas denominaciones como "cerámica común de tonos grisáceos" (De Miquel y Baños, 1987: 138), "cerámica gris" (Ruiz Molina, 1988: 574) o "cerámica de cocina reductora" (Ramallo y Ros, 1988: 161-162). El punto de inflexión en los estudios se produce con el trabajo de Paul Reynolds *Settlement and Pottery in the Vinalopó Valley (Alicante, Spain) A.D. 400-700* (1993), quien las identificó como una producción homogénea y llevó a cabo su primera sistematización. Bajo el apelativo de *Early Roman Ware* agrupó distintas clases cerámicas altoimperiales a las que añadió números, correspondiendo el "1" al de las reductoras: ERW1 (Reynolds, 1993: 95-97). Distinguió 9 formas (fig. 82): una cazuela (ERW1.1), ollas (ERW1.2 y 3), una ollita (ERW1.4), boles (ERW1.5) o lo que podría ser un bol/olla (ERW1.6), tapaderas (ERW1.7) y jarras (ERW1.8 y 9). Sin embargo su aportación tuvo escasa difusión –debido en parte a la inclusión de un material de tan temprana cronología (s. I-III d.C.) en un volumen dedicado a las cerámicas tardías (Reynolds, 1993: 93-94) – y a pesar de la frecuencia de estas piezas en los yacimientos levantinos, pasó casi inadvertido. En los inventarios se siguió clasificando la cerámica común en función del tipo de cocción, reductora / oxidante, y la tendencia a considerar la reductora una producción local propia de muchos yacimientos se ha mantenido hasta hoy día (Noguera y Antolinos, 2009: 205-206). Cartagena, donde también aparecía abundantemente, no fue una excepción (Martín y Roldán, 1997: 163-166).

En los años 90 continuaron publicándose, siempre como materiales locales, nuevos conjuntos entre los que destacan los pozos votivos de Liria (Valencia), convertidos en un referente de la investigación (Escrivà *et alii.*, 2001: 74). En estas estructuras aparecieron amortizadas numerosas cerámicas que brillan por su número, calidad y amplia cronología, particularmente los pozos 4 y 1, de época domicianea y severiana, a través de cuyo estudio es posible vislumbrar la evolución de ciertas formas entre los s. I-III d.C. (Escrivà, 1995). Así paradójicamente, en diversos puntos del Levante, piezas idénticas se recogían de forma distinta sin establecer una conexión entre

[184] Esa misma denominación se empleaba hasta fecha reciente para algunas de las piezas que aquí se analizan (Quevedo, 2009: 219).

ellas. Por poner un ejemplo la jarra ERW1.8 de Reynolds (1993: 96) hallada en el Tossal de Manises (Alicante), es la misma que el tipo S.II.4 de Liria (Escrivà, 1995: 183, fig. 17), o la de la lám. 3.12. de la C/ Jara nº 12 de Cartagena (Ruiz Valderas, 1996: 512). El segundo avance importante sobre estas producciones no tiene lugar hasta nuestros días a raíz del estudio de los materiales de la Plaza del Negrito, un vertedero periurbano de la *Valentia* del s. II d.C. Excavado en 1990, en él se documentó un interesante conjunto de cerámica común reductora revisado por E. Huguet Enguita (2006: 350), siendo esta autora la primera que, desde la publicación de Reynolds en 1993, identificó los hallazgos valencianos como ERW1. De ahí se deriva un estudio monográfico que destaca principalmente por la realización –por vez primera– de análisis arqueométricos, la inclusión de nuevas formas en el repertorio manteniendo la nomenclatura de Reynolds (formas ERW1.10-18) y la ampliación del mapa de difusión, con gran concentración de hallazgos en la provincia de Valencia (Huguet Enguita, 2012)[185].

Debido a su abundancia en nuestros contextos y a su carácter regional, ha sido necesario estudiar la producción de ERW1 de forma más monográfica[186], siendo sin duda el hecho de contar con un apoyo estratigráfico el punto más destacado de nuestra aportación y la diferencia con el trabajo de Reynolds, cuya tipología se construyó sobre la base de materiales conservados en museos, a veces provenientes de sondeos y normalmente sin estratigrafía[187]. Aunque nuestro estudio parte fundamentalmente de los materiales de las intervenciones de Cartagena, para una mejor comprensión del repertorio formal se han incorporado otras piezas y perfiles completos –la gran mayoría inéditos, expuestos en museos– de distintas áreas de la Región como Mazarrón, Lorca o Caravaca de la Cruz. También se han añadido ejemplares de cronología más temprana procedentes del área lorquina en un intento por esbozar los orígenes de la producción, que arranca en el s. I d.C. (Reynolds, 1993: 97; Huguet Enguita, 2012: 445). En cuanto a la tipología, se ha mantenido la de Reynolds aunque sin distinguir variantes, pues de

[185] Paralelamente quien suscribe llevaba a cabo en Cartagena el estudio de los contextos tardoantoninianos de la *domus* de la Fortuna, muy similares en cuanto a composición a los de la Plaza del Negrito, donde también aparecían piezas reductoras para las que se estaba elaborando una ordenación propia; situación que cambió sustancialmente tras entablar contacto con E. Huguet y conocer de primera mano –a finales de 2008– los materiales por ella estudiados en una visita al SIAM de Valencia.

[186] Las siguientes páginas recogen parcialmente las ideas expresadas en un artículo consagrado a estas piezas (Quevedo, e. p.), que creíamos conveniente dar a conocer con la mayor rapidez a la comunidad científica. Con ello se pretendía identificar el carácter regional de esta producción y su tipología, evitando al mismo tiempo la proliferación de nuevos ordenamientos.

[187] Reynolds, 1993: 94: "As for the dating proposed throughout the typology, I hope that the reader will bear in mind the difficulties of dating what is essentially a mass of unstratified material […]".

momento consideramos prudente esperar a la publicación de un mayor número de perfiles para contar con elementos de juicio suficientes y no atribuirlas a posibles cambios puntuales. Por último el aspecto geográfico es especialmente importante dado que se trata de definir un tipo de cerámica todavía poco conocida y su área de consumo. El mapa de distribución trazado en la Región de Murcia, que recoge los hallazgos y su bibliografía (fig. 83), viene a completar el de la Comunidad Valenciana (Huguet Enguita, 2012: 449: fig. 11), mostrando la clara dispersión de estas piezas por la zona más meridional de la *Citerior*. La ausencia central en el área murciana corresponde sin duda a un vacío de la investigación, pues es seguro que en localidades con presencia romana destacada como Cehegín, Mula, Fortuna o Archena también se documentan. Cabe añadir restos encontrados todavía más hacia el interior, en la villa romana de Balazote, Albacete (donde destacan la olla ERW1.3 y su respectiva tapadera 7; Sanz, 1995, 344, fig. 6.12-13).

La cerámica reductora de cocina se caracteriza principalmente por unas pastas cocidas en atmósferas con poco oxígeno que les confieren un color gris claro con tonalidades que abarcan desde las blanquecinas hasta las oscuras, casi negras. Son poco porosas, de fractura irregular y presentan diversos desgrasantes apreciables a simple vista (Reynolds, 1993: 95; Cuomo, 2007: 81-97): partículas de cuarzo de entre 2-3 mm (fig. 84a), óxidos de hierro de hasta 5 mm (fig. 84b) e inclusiones de carbonato cálcico (caliches) de unos 5 mm de diámetro (fig. 84c, 84d) que excepcionalmente pueden llegar a alcanzar 1 cm (fig. 84e). Salvo tres formas que poseen un pulido a bandas –particularmente la ERW1.4 (fig. 84d)– el resto no tiene ningún tipo de tratamiento superficial, a pesar de que en muchos casos la textura recuerda a la pátina gris de las cerámicas africanas obtenida por unas condiciones de cocción específicas (Hayes, 1972: 205). La coloración exterior de un mismo ejemplar puede variar mucho debido, probablemente, a un proceso de cochura durante el que la llama llegaba a estar en contacto directo con la pieza (fig. 84d, 84f y fig.85d)[188]. Las paredes son finas, entre 0'5 y 1 cm (fig. 84a) y además pueden presentar ondulaciones, más marcadas en el exterior, algo propio de las formas[189] 2, 3 (ollas) y 8 (jarra cocina). Se trata probablemente de un avance tecnológico que permite una mejor distribución del calor por toda la pieza y

[188] Durante una visita al Museo de Liria el 9 de agosto de 2010 pudo observarse el mismo fenómeno.
[189] Con el fin de aligerar el texto, en adelante omitiremos el término ERW1 cuando no sea estrictamente necesario, dando a entender que la forma numérica de cerámica reductora a la que se hace referencia es aquella reflejada en la tipología de Reynolds.

además les otorga una mayor resistencia ante el fuego como ocurre con las producciones africanas. Una característica peculiar observada a veces en la superficie es la ausencia de ciertos fragmentos que parecen haber saltado a modo de pequeñas lascas (fig. 84d). No se sabe si a causa de algún factor incontrolado durante proceso de cocción, como una temperatura elevada combinada con una pared poco porosa y restos de burbujas de aire, a los efectos de su uso en el fuego o simplemente debido a la acción del tiempo. A esto último parece más factible atribuir otras marcas similares a pequeñas vacuolas que aparecen agrupadas y pueden corresponder a una forma peculiar de erosión de este tipo de pasta (fig. 84g).

Aunque son muchos los elementos que permiten reconocer la producción a simple vista, las variaciones de tonalidad hacen de dudosa eficacia cualquier observación macroscópica con el fin de identificar posibles talleres. Esto dota a su vez de más valor a los únicos análisis arqueométricos realizados hasta hoy, 14 muestras de Sagunto y Valencia estudiadas en la Universidad de Barcelona donde se determinó la existencia de al menos cuatro grupos productivos del entorno de dichas ciudades con, a su vez, distintas fábricas (Huguet Enguita, 2012: 435-436, fig. 1). El examen también demostró la intencionalidad de los artesanos por obtener una cocción reductora (lograda entre 950-1000 ºc) que confería a los recipientes una elevada resistencia mecánica ante la contención de líquidos y su exposición al fuego. En el caso de Cartagena no existen analíticas, por lo que no es de descartar una producción local, aunque la total similitud con algunas piezas da pie a pensar en una importación regional desde el área formada por el triángulo Sagunto–Liria–Valencia.

La capacidad de realizar piezas poco pesadas y con paredes de escaso grosor que resistiesen su prolongada exposición a altas temperaturas y posibles cambios repentinos de la misma fue fruto de un desarrollo tecnológico que probablemente derivó en la creación de un artesanado especializado (Cuomo, 2007: 125-129). Las características de la pasta, que hubieron de ser bien conocidas por los ceramistas antiguos[190] y otros puntos ya expuestos como la composición del repertorio o su acabado burdo (fig. 84b) permiten incluir esta producción sin dudas en el ámbito de las *ceramiche da fuoco* (Olcese, 2003: 19). La denominación que hemos escogido de "cerámica reductora de cocina" no se atribuye únicamente a criterios tecnológicos, sino también funcionales.

[190] Especialmente la adición de cuarzo, que dotaba a las piezas de una resistencia que no podia estar basada solamente en la combinación de una arcilla rica en calcio y una cocción a altas temperaturas (Picon y Olcese, 1995: 106-110).

De estos últimos se deriva que todas las formas se empleaban para cocinar e iban colocadas al fuego, como demuestran, además de las trazas de ennegrecimiento conservadas en el exterior, el hecho de que el fondo sea la parte que antes se pierde o presenta más fracturas (fig. 84h). La característica principal reside precisamente en la base umbilicada –en ocasiones con estrías muy marcadas en el interior (fig. 85a)– que cuenta en la parte externa con un pequeño botón aplicado (fig. 85b) cuya finalidad era concentrar el calor y dotar al recipiente de una mayor resistencia[191]; uno de los motivos por el que las jarras de la forma 8 (fig. 87.7), que también lo poseen (al igual que la 9, mucho más escasa), son consideradas piezas de cocina. Quizás la más peculiar del repertorio sea la "ollita" de la forma 4 (Reynolds, 1993: 96, Huguet Enguita, 2012: 438; aquí fig. 87.1-6), la única que presenta siempre un pulido a bandas en el exterior y la parte interna del labio. El hallazgo –por primera vez– de dos perfiles completos en Lorca de una forma que probablemente la precede permite plantear otras opciones (no necesariamente excluyentes) para su uso como quizás el de *calix* o vaso para beber (*vid. infra*). Una hipótesis que, aun en el caso de confirmarse, no afectaría a la definición de esta cerámica como "de cocina", con claros y sólidos argumentos a favor de esta interpretación (algo que además se detecta en otras producciones como la cerámica común africana, entre cuyo repertorio de cazuelas también se pueden contar vasos como Hayes 131 (Aquilué, 1995: 70).

De los 18 tipos que componen el repertorio de Reynolds completado por Huguet, hasta ahora sólo se conocen 7 en Cartagena: las formas 1, 2, 3, 4, 7, 8, 10 y un plato de cocina que de momento constituye un *unicum*. Con la cronología ya referida de finales de siglo II – inicios de s. III d.C., y siguiendo el orden de la tipología, se recogen a continuación los distintos hallazgos a los que se suman otros ejemplares de la Región de Murcia.

Cazuelas. Solamente la forma 1 puede ser interpretada como tal. Se trata de un recipiente de paredes rectilíneas y exvasadas con el borde engrosado en el interior, en ocasiones casi biselado (fig. 86.1-2) y fondo plano con trazas de haber sido expuesto al

[191] Según la aportación de Juan Jesús Padilla (U. Complutense de Madrid) en el debate surgido tras la presentación de los datos aquí recogidos en forma de comunicación en el I Congreso Internacional de Estudios Cerámicos. Homenaje a Mercedes Vegas celebrado en la Universidad de Cádiz, concretamente en la sesión dedicada a "La cerámica en la Antigüedad Clásica" celebrada en el cuarto día del congreso (jueves 4 de noviembre de 2010).

fuego (fig. 86.4, 85g). El borde recuerda enormemente al de la cazuela africana Hayes 23B, si bien el fondo plano es propio de piezas como Hayes 181 que beben de la tradición itálica de los platos de engobe rojo pompeyano. A estos últimos y a algunas de sus imitaciones fabricadas en talleres granadinos los asocia también Huguet Enguita (2012: 437). La forma más antigua y característica del repertorio de cocina reductora son las ollas, por lo que es posible que esta cazuela sea más tardía e imite producciones foráneas. El mayor inconveniente para dicha hipótesis es su aparición a partir de época flavia dado que Hayes 23B no se documenta antes de mediados del s. II d.C. En Cartagena sólo hay un ejemplar identificado con claridad (fig. 86.2) procedente de los contextos –inéditos– de la C/ Caballero n^{os} 7-9 (Martínez Andreu, 1997), de un nivel con fragmentos de la tapadera O. I 262 que permiten prolongar su cronología hasta mediados del s. III d.C. De la misma excavación procede otro perfil un tanto dudoso pues, aunque está fabricado con el mismo tipo de pasta y posee la misma inclinación, presenta un pulido a bandas en ambas caras, casi completo en el exterior y un reborde interno en el engrosamiento del labio para colocar una tapadera (fig. 86.4). Es muy similar a la forma Ostia II, 306, una cazuela de cocina africana que además también tiene bandas de pulido en el exterior y un fondo ligeramente convexo (Aguarod, 1991: 263-264). El tipo más cercano a la forma 1 "estándar" definida por Reynolds procede del yacimiento de Los Tinteros, Isla Plana, Cartagena (fig. 86.1)[192] aunque el más completo es el hallado en Casas de la Huerta (Mazarrón)[193], con un curioso perfil en "S" con el labio interior muy marcado (fig. 86.4) que también se encuentra en la cercana necrópolis de La Molineta (López Campuzano, 2005: 243, fig. 18.170).

Ollas. Con una altura superior a su anchura son las piezas por excelencia de la cerámica reductora de cocina, donde se distinguen dos formas clasificadas con los números 2 y 3. La primera es una olla de cuerpo globular con estrías muy marcadas que se estrecha en el fondo, donde se aprecia el característico umbo tal y como recoge Reynolds (fig. 82, ERW1.2). En la parte superior destaca una carena que marca la diferencia con el cuello, recto, y un borde engrosado y saliente que puede adoptar

[192] Aunque sus excavadores no ofrecen datación para el conjunto (García Guardiola *et alii.*, 2006: 165, fig. 3), la composición es muy similar a otros de finales del s. II excavados en Cartagena. Los materiales aparecen asociados a hornos, pero una revisión de los mismos en los fondos del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena descartó fallos de producción relacionables con las producciones reductoras.

[193] Inédito. Depositado en el Museo de Murcia tras ser hallado en una prospección. Cabe reseñar que los materiales registrados con dicha entrada pueden proceder de distintos puntos del municipio de Mazarrón como La Capellanía, Las Amoladeras, Las Tejoneras, La Mezquita o Casa de Paco (Agüera *et alii*, 1999: 510-511 y 522, nota 5).

diversos acabados: apuntado (fig. 86.7), más poligonal o con un pequeño resalte para tapadera. El único ejemplar completo conocido en la Región de Murcia (fig. 86.5) procede de una necrópolis inédita de La Chapa de los Pájaros[194], donde apareció con su correspondiente tapadera 7 (fig. 86.6 y 86.5), si bien el acabado irregular de ésta y la propia boca del recipiente hace que no sellen correctamente (fig. 85c). Las características del borde, muy saliente, y del fondo, poco estrangulado, parecen indicar una cronología temprana más propia del s. I d.C.

La más habitual del repertorio es la forma 3, con un cuerpo estriado que posee dos partes bien diferenciadas por una carena: una mitad superior de pared recta y una inferior de forma troncocónica con el fondo umbilicado. El borde, para el que Reynolds (1993: 96) distingue una variante A y otra B, es exvasado, lo que confiere al recipiente un "perfil en S". El labio puede ser redondeado (fig. 86.9) e incluso ligeramente engrosado al exterior, aunque los más habituales son apuntados, contando en ocasiones con una moldura interior para la tapadera. La forma alcanzó un gran éxito y compartió espacio en la cocina del s. II d.C. con las distintas piezas de procedencia africana, siendo prácticamente omnipresente en todos los yacimientos de dicha cronología (fig. 83). Dos ejemplares hallados en el área más oriental de Murcia, la villa del Cerro de la Ermita de Singla (Caravaca de la Cruz; fig. 86.10) y Lorca (fig. 86.11)[195], son especialmente interesantes debido a las ligeras diferencias que presentan respecto a la forma descrita. La más evidente es la del cuerpo, que no mantiene la dualidad "pared superior cilíndrica – pared inferior troncocónica", sino que es globular con ligeros ángulos que no llegan a ser carenas. ¿Se trata de imitaciones locales del "tipo estándar" o simplemente son variantes del mismo? Sólo nuevos hallazgos o análisis arqueométricos aportarán información sobre este punto.

Ollitas. Además de ser una olla más pequeña que las anteriores (su pared también suele tener menor grosor) la forma 4 presenta una singular característica: un pulido a bandas en toda su superficie exterior y parte del borde interior. Realizada en un tipo de pasta apta para su colocación al fuego, su inclusión en el repertorio de cocina con una identificación un tanto compleja como la de "ollita" podría estar relacionada

[194] En el límite entre los municipios de Lorca y Águilas. Pieza inédita perteneciente a la colección Juan Gabarrón Campos conservada en el Museo Arqueológico Municipal de Lorca.

[195] Ambas son inéditas. La primera se encuentra expuesta en el Museo Arqueológico "La Soledad" de Caravaca y la segunda en el Museo de Lorca, procedente de una intervención en el casco urbano de la ciudad y ya publicada (Martínez Rodríguez y Ponce, 1999: 321, fig. 20.1) aunque ha sido redibujada para la ocasión.

con algún tipo de preparado muy específico o quizás un uso distinto. El problema principal para su conocimiento residía en la ausencia de perfiles completos, pero la identificación (aun no catalogadas como ERW1) de un ejemplar entero en Jumilla (Muñoz Tomás *et alii.*, 1997: 209-210, fig. 3.2, aquí. fig. 87.1) y otros dos en la tumba nº 12 de la necrópolis de Tisneres (Valencia) ha supuesto un avance significativo (González Villaescusa, 2001: 264, fig. 73, uno de los cuales reproducimos aquí, fig. 87.2). Reynolds distinguió dos variantes, A y B, en función de lo exvasado de su perfil (fig. 82, ERW1.4A y B), la primera de las cuales puede relacionarse con dos vasos –hasta ahora inéditos– de la necrópolis de la Glorieta de San Vicente (Lorca). Estos presentan un "perfil en S" más marcado que los de los s. II-III d.C. (fig. 87.3 y 87.4), debido con probabilidad a su cronología, encuadrable en el s. I d.C. (fig. 87.5 y 87.6, fig. 85d y 85h). Poseen un cuerpo globular que se estrecha enormemente en su parte inferior hasta desarrollar un pequeño fondo ligeramente umbilicado y también con botón pero que, a diferencia de las demás formas, cuenta con un pie y no presenta trazas de haber sido colocado al fuego. Tan particulares características y reducido tamaño llevan a pensar si quizás no fueron usados como *vasa potoria*. Entre los argumentos que darían pie a esta interpretación funcional (al menos para los ejemplares más antiguos y pequeños ¿o acaso estamos ante tipos distintos?) cabe distinguir la presencia del pulido a bandas. Una pasta tosca destinada a la cocción no necesita ningún acabado específico –salvo que se quiera dotar de mayor antiadherencia–, situación que cambia al entenderla como vajilla de mesa. El pulido suaviza al tacto una superficie irregular con bastos desgrasantes (fig. 84.4 y 84.7) y las bandas interiores cobran más sentido si el recipiente, de forma y proporción apta para la mano y con un borde que favorece la acción de beber, ha de ser llevado a los labios. Refuerza este argumento el hecho de que los vasos lorquinos apareciesen como ajuar junto con una jarra muy similar a la 8 (fig. 85d) con la que podrían formar servicio. En cualquier caso la cuestión deberá ser matizada con futuros hallazgos, pues otros fragmentos publicados de mayor diámetro no parecen admitir dudas en cuanto a su identificación con ollas.

Tapaderas. Sólo hay un tipo de tapadera –la forma 7– con distintos tamaños en función de si ha de cubrir la olla 2, de mayor diámetro, o bien la 3, más reducida (fig. 85e). Debido al éxito de esta última lo más habitual es hallar las tapaderas que la acompañan, con unas medidas en torno a los 17 cm (fig. 86.8), contándose un único ejemplar completo de grandes dimensiones pero de cronología anterior (s. I d.C.)

procedente de Lorca (fig. 86.5). Se trata de piezas chatas, con el borde redondeado y en ocasiones ligeramente levantado. La superficie, que puede ser estriada, es en ocasiones muy irregular, llegando a crear verdaderas ondulaciones que no siempre la hacen encajar de manera perfecta con la olla en cuestión (fig. 85c). Posee un pomo umbilicado, al igual que otros fondos del repertorio, y en su caso se aprecia mejor cómo al aplicar el pequeño botón cerámico queda en el interior una marca muy característica a modo de estrella con trazos curvos. Dado su carácter artesanal también es frecuente que el asidero esté desplazado respecto al eje central

Jarras para hervir. La forma 8 es una jarra muy singular que destaca ante todo por su uso como cerámica de cocina, siendo además muy abundante en las excavaciones (Huguet Enguita, 2012: 439). Posee un cuerpo globular muy prominente marcado por la presencia de estrías en ambas caras y se estrecha tanto en su parte inferior, donde acaba en el típico fondo umbilicado, como en la superior, rematada por un borde ligeramente engrosado al exterior y un pequeño resalte interno. Consta de una sola asa de sección circular o semicircular, muy maciza, que parte del cuerpo y se aplica sobre el propio borde (fig. 87.7). Esto facilita el vertido del contenido y su probable uso también como vajilla de mesa. Los hallazgos presentan trazas abundantes de exposición al fuego y además una concreción blanquecina en el interior (fig. 85f). El uso de hervidores cerámicos en época altoimperial no es una novedad (Batigne y Desbat, 1996) y en las propias *domus* de la Fortuna y Calle Jara nº 12 aparecieron ejemplares africanos de la jarra Uzita 48.1 destinados al mismo cometido (Ruiz Valderas, 1996: 512, lám. 3.10; Bermejo y Quevedo, e.p.: fig. 5). Esta última forma, que tiene en común con la 8 la altura y la estrechez que evitaría el desbordamiento de los líquidos al calentarse, está siendo objeto de un estudio monográfico (González Villaescusa *et alii.*, e. p.) y también presenta en su pared interna una espesa concreción blanca –en análisis– que podría aplicarse intencionadamente.

Durante el estudio de los materiales de Lorca se analizó el ajuar de una tumba compuesto por los citados vasos de la forma 4 y una jarra muy similar a la nº 8 salvo que el asa es de sección rectangular y el cuello ligeramente más ancho, con un borde recto y saliente (fig. 87.8). Se trata del tipo Fl II.4 documentado por Escrivà (1995: 175,

fig.11) en el pozo 4 de época domicianea de Liria[196], el mismo con pico vertedor que Huguet considera el tipo 9 (Huguet Enguita, 2012: 442, fig. 6.9). Con toda probabilidad esta forma del s. I d.C. evoluciona posteriormente, hace su cuerpo más globular y su borde más estrecho en la segunda mitad del s. II d.C. e inicios del s. III d.C., deviniendo la jarra 8. Entre sus características destaca también un fondo más ancho y con el umbo menos marcado, lo que permite identificar con el mismo tipo un ejemplar lorquino fracturado y con el cuerpo deforme (fig. 87.9) hallado en la villa de Venta Ossete[197].

Por último cabe señalar la presencia de dos formas contabilizadas en Cartagena con un único ejemplar. La primera es una olla inédita asimilable a la nº 10 de Huguet Enguita (2012: 439, fig. 6.10) de cuerpo globular marcado por estrías y un borde redondeado y engrosado al exterior (fig. 87.10) sobre la que luego volveremos, pues apareció junto a otras reductoras propias de finales del s. II d.C en los niveles de abandono de la curia (Quevedo y García-Aboal, 2008: 630). La segunda, de perfil exvasado con pulido a bandas en ambas caras y borde recto y redondeado, puede considerarse un plato o fuente que recuerda a la forma africana Hayes 181 y los platos de engobe rojo pompeyano, ambos con superficies internas antiadherentes como la que podría proporcionar el pulido a bandas (fig. 87.11). Debido a que este último se trata, por el momento, de un *unicum*, no se ha clasificado como tipo alguno.

4.2.4.1.- Algunas reflexiones sobre tipología, cronología, origen y otros usos de las formas

Antes de matizar algunos aspectos de la producción conviene llamar la atención sobre el problema de ordenación que supone la aparición de piezas antiguas en estratos más tardíos debido a su perduración, algo que sólo el estudio de nuevos conjuntos permitirá –previa crítica– resolver. Por poner un ejemplo de la complejidad a la hora de abordar la cuestión, la olla 14 de Huguet Enguita (2012: 443, Fig. 7.14) incorporada al repertorio de Reynolds –*grosso modo* más propio de los s. II-III d.C.– es sin embargo característica del s. I d.C. (equivale a la Fl. VIII de Liria, Escrivà, 1995: 178, fig. 10), de modo que el desarrollo numérico no va asociado a una evolución cronológica. Además,

[196] La pieza también aparece en la lámina VII-3 a color (Escrivà, 1995: VII), aunque se aprecia con mayor claridad (misma imagen pero mucho más grande) en la Lám. XIV nº 1 de otra publicación más reciente (Escrivà *et alii*., 2001: 62) en la que sin embargo los pies de foto están invertidos.
[197] Ya publicado (Martínez Rodríguez, 2002: 39, fig.5), ha vuelto a ser estudiado y redibujado (fig. 87.9)

sólo a través de la publicación de contextos bien datados y separados en el tiempo se puede apreciar la evolución de las formas como ha quedado demostrado para el caso de la jarra 8, la primera en la que sería posible distinguir con seguridad al menos dos variantes, una en el s. I d.C. (fig. 87.8) y otra en los s. II-III d.C. (fig. 87.7). Es debido a este estado de la investigación que aún consideramos prematuro por lo que no se han distinguido variantes ni apuntado nuevos tipos. Creemos además que entre las futuras líneas de trabajo la funcionalidad y la capacidad del recipiente deberán recibir una mayor atención. Como nos recuerda el relieve de un sarcófago galo en el que se recrea la tienda de un vendedor de vino con jarritas de distintas medidas (fig. 88a) o las numerosas ollas del tipo Fl VIII.1 de Escrivà de diferentes tamaños (fig. 88b), éste es el criterio que confiere un mayor sentido más allá de unos cambios en el borde que sin duda tienen más valor para nosotros que para quienes las usaron en la Antigüedad. En esa dirección es necesario incidir sobre casos bien fechados y con el mayor número de piezas posible dentro del arco cronológico de las reductoras de cocina, como el paradigmático de los pozos 4 y 1 de Liria ya mencionados.

El surgimiento de la producción y su difusión debe todavía matizarse, aunque es evidente su presencia desde época flavia hasta los inicios del s. III d.C. Ollas con el mismo tipo de pasta pero usadas como urna funeraria se conocen entre el cambio de era y la primera mitad del s. I d.C. (fig. 88c) como en el caso de las necrópolis de Torre Ciega, en Cartagena (Ramallo, 1989, 123, fig. 15.3) o la del "Parque de las Naciones" en La Albufereta, Alicante (Rosser, 1990-1991: 86-87, fig. 2). También parece temprana la olla de la forma 2 documentada en la necrópolis La Chapa de los Pájaros de la que ya se ha hablado (fig. 86.6 y 86.5). En cualquier caso la evidencia más firme la constituyen las piezas reductoras del área del anfiteatro de Cartagena, fechadas entre los s. II a.C. y I d.C. (Pérez Ballester *et alii.*, 1995: 191-192). La descripción de sus pastas, la identificación de ollas –manteniendo la tradición ibérica– y del característico fondo umbilicado así como de algunos perfiles asimilables a las formas 10 y 11 de Huguet Enguita (2012: 439: fig. 6.10-11; Pérez Ballester *et alii*, 1995: 192, Fig. 7.1-4), confirman su existencia desde época tardorrepublicana. En cuanto a su desaparición, acontece durante la segunda mitad del s. III d.C., ya que hasta mediados de la centuria todavía se encuentran en contextos como el de los pozos de Elche. Así lo demuestra la identificación de una ollita ERW1.4 procedente del pozo nº 2 en una antigua figura recogida por Ramos Folqués (1960: 50, Lám. X, 3). Igualmente la ERW1 hace acto de presencia con varias formas en la necrópolis de Tisneres (Alzira, Valencia), fechada

entre 150 y 270 d.C. (González Villaescusa, 2001: 263)[198]. Aún así la pieza más tardía es la jarra de la villa de Venta Ossete (fig. 87.9), fechada entre los s. II-IV d.C., que se halló bajo un muro asociada a un posible rito de fundación de la primera fase del complejo (Martínez Rodríguez, 2002: 38-39, Fig.5). A este uso ritual que también se constató en un edificio de tabernas excavado en el caso urbano de Lorca donde se enterró una forma 8 junto a otras tres jarras oxidantes (Pérez Asensio, 2007: 69, lám. 7) habría que añadir su empleo como ajuar funerario. Más allá de las ollas utilizadas como recipientes cinerarios, destaca el caso de la jarra 8, que aparece junto a los vasos de la forma 4 en una tumba en Lorca (fig. 85d, fig. 87.5, 87.6 y 87.8), o con la olla 3 y otras piezas en necrópolis como las del Villar de Archivel, en Caravaca de la Cruz (Brotóns y López, 2010: 422, Lám. 3) o Algezares (Yus, 2008: 108, Fig.3). En la mencionada necrópolis valenciana de Tisneres, con un repertorio amplio y bien conservado, se documentan las formas 3, 4 y 8 (González Villaescusa, 2001: 259-264, tumbas 9, 10, 11 y 12). Durante el Altoimperio las jarras son predominantes entre los depósitos de material de las tumbas. Su deposición sin duda no es casual y son abundantes las referencias en las fuentes al consumo de líquidos durante el ritual funerario, particularmente de vino, e incluso del rociado de los huesos con esta bebida tras la cremación (Bonnet y Blaizot, 2007: 216-218). Otras piezas presentan la peculiaridad de haber sido cuidadosamente perforadas en el fondo como uno de los posibles *vasa potoria* de Lorca (fig. 85h) o dos cazuelas de la forma 1: la de Mazarrón (fig. 85g, fig. 86.4) y con toda probabilidad el ejemplar que Reynolds recoge de la necrópolis de La Albufereta (Tossal de Manises, Alicante) y para el que, a falta de una revisión personal, podemos suponer el mismo tipo de fractura en base al dibujo (fig. 82, ERW1.1). Unos orificios intencionados y mejor conocidos en otras regiones del Imperio (Bonnet y Blaizot, 2007: 218-220) relacionados con el proceso de enterramiento sobre el que aún cabe profundizar.

Por último queda por dilucidar la importante cuestión en torno a si la producción se concentra, como demuestran los análisis arqueométricos y a falta de analizar muestras de otros puntos, en el área de *Valentia-Edeta-Saguntum*. Así lo sugiere el peculiar caso de Liria, con una riqueza y variedad de perfiles tan elevada que invita a pensar en el desarrollo de talleres propios. La similitud de algunas piezas de la zona

[198] En otras necrópolis valencianas se documenta la ollita de la forma 4, como en Les Foies, siempre con una cronología propia de los s. II-III d.C., (González Villaescusa, 2001: 282-285, fig. 80.1 y 80.2) y en la sepultura nº 6 del Parque de las Naciones (González Villaescusa, 2001: 376-379, fig. 118.7).

valenciana con las halladas en Murcia es tal (no sólo en cuanto a forma, también en lo referente a pastas y acabados) que permite plantear la hipótesis de un abastecimiento a escala regional. El comercio de cerámicas comunes no es una novedad (Coletti y Pavolini, 2000: 391) y si bien no hay evidencias marítimas para este caso, no es difícil imaginar su difusión a través de rutas entre puertos cercanos (Nieto, 1995: 96; Izquierdo, 1994). También cabe tener presente que la distribución por vía terrestre puede alcanzar grandes distancias, especialmente si se contempla la red de calzadas y la existencia de mercados locales (Peacock, 1982: 92, fig. 43). Por el contrario, los argumentos a favor de la existencia de diversos talleres a lo largo del Levante meridional estarían basados en los elevados porcentajes de yacimientos del interior[199]: ¿acaso una producción en el área Yecla-Jumilla-Elda? Apoyan esta hipótesis la originalidad de algunas formas como las fig. 86.3 y 87.11 de Cartagena o la pieza deforme de Lorca (fig. 87.9). Para esta última, cabe preguntarse si pudo ser objeto de comercio desde el área valenciana a pesar de su irregularidad (más allá de su aspecto, si continuaba siendo funcional, es probable que sí). Sobre el uso de formas de cocina de tradición local junto con importaciones africanas que conllevaban un modo diverso de preparar los alimentos (fig. 88d) reflexionaremos más adelante.

4.3.- Cerámicas comunes

4.3.1.- Cerámica común itálica

Al realizar la división entre cerámica que va al fuego y la que no, una pieza emblemática del repertorio vascular romano como son los morteros queda en esta categoría. Resulta especialmente sorprendente su destacada ausencia en *Carthago Noua* y su entorno mientras que en otras zonas peninsulares como el valle del Ebro, para el que el trabajo de C. Aguarod (1991) continúa siendo la referencia, son especialmente abundantes. La sorpresa estriba en la estrecha vinculación que tradicionalmente se establece entre la llegada de itálicos –masiva en Cartagena– y este tipo de recipientes como algo exclusivo de su cocina, llegando a ser considerada incluso un índice de romanización (Baatz 1977: 153-155). Se trata de formas de gran tamaño que soportan mejor el paso del tiempo (pueden superar el medio metro de diámetro y los 12 kilos de

[199] *Vid*. como ejemplo la destacada presencia en el área de Yecla, con un 20’38% de reductoras en Los Torrejones y un 28’05% en Marisparza (Ruiz Molina, 1988: 574 y 577).

peso), motivo por el que creemos que su ausencia en las publicaciones de la zona tiene que ver más con un vacío en la investigación que con una inexistencia real a pesar de que en los contextos analizados no son abundantes. Entre los *mortaria* documentados en este momento la forma predominante es la Dramont D2, que recibe este nombre por el del pecio en que se encontró un importante cargamento, hundido en la Costa Azul hacia mediados del s. I d.C. Fueron producidos en el área centro-itálica, en un extenso radio en torno a la ciudad de Roma, entre época de Tiberio y los últimos dinastas Antoninos (Aguarod, 1991: 140-154). Su pasta, de un tono entre el beige y el amarillo claro es de aspecto granuloso, rica en óxidos de hierro y cuarzo, como también se aprecia en la superficie abrasiva de su interior, que presenta además abundantes cuarcitas y otras rocas volcánicas. Muchas de las piezas poseen sellos, lo que, junto a la evolución del perfil, permite matizar su cronología. En el caso de *Carthago Noua* los documentados se encuadrarían en la fase 3 de Aguarod (1991: 141), fechada entre los últimos Julio-Claudios y los primeros Antoninos, en la que el borde se ensancha y se levanta, curvándose ligeramente y apareciendo en su interior una característica ranura. No nos extenderemos sobre la cuestión de los sellos, que identificaba la producción de las grandes familias nobiliarias –algunas de las cuales alcanzaron el rango senatorio– que controlaban el negocio de la fabricación de ladrillos y también hacían morteros, como bien ha estudiado S. Pallecchi (2002).

Debido al interés que despiertan este tipo de piezas y su cronología, que entra de lleno en la de los contextos analizados, recogemos un ejemplar sellado inédito conservado en el ARQVA (fig. 89). Se trata de una forma Dramont D2 que posee ambos sellos pero sólo parcialmente (en parte por una impresión deficitaria y debido a la posterior erosión) y dado que no se han atestiguado previamente su lectura queda en el plano de la hipótesis[200]. El aspecto de las letras y la estructura general recuerdan a algunos sellos de los *Calpetani*, en los cuales, sobre la epigrafía de los ladrillos, no es infrecuente la abreviación CAL del *nomen*[201]. Por tanto sería posible leer en la segunda línea:

[---] CAL(petani) V[---]

Naturalmente, a falta de otras informaciones es imposible restituir el cognomen del personaje sobre la base de una sola V inicial. Sin embargo sería sugerente reconocer

[200] Agradecemos enormemente la misma a S. Pallecchi, así como sus más que enriquecedores comentarios al respecto.
[201] Por ejemplo CIL XV, 312-313, 325; S. 52.

un sello de *Victorinus* realizado con un punzón diferente y restituir en la segunda línea una lectura del tipo: [C(ai)] CAL(petani) V[IC(torini)]. Por otro lado, la datación de la actividad de *Calpetanus Victorinus*, que es posible encuadrar entre finales del s. I d.C. y el s. II d.C. sería compatible con el uso de fórmulas muy abreviadas.

En cualquier caso es posible formular otras hipótesis diferentes. Así por ejemplo, en algunos sellos impresos sobre materiales de construcción producidos en las *figlinae Favorianae* en época severiana se conoce un *Calpetanus Verna/Berna*[202] que sin embargo no parece haber sido nunca documentado sobre materiales diversos a los de construcción. En cuanto a la primera línea, la cuestión es más complicada. Podría sugerirse una lectura: [SVL]PIC VA[---] o incluso [SVL]PIC V( ) A[---]. En el primer caso podría tratarse de una fórmula de *nomen* y *cognomen*, eventualmente integrable con un *praenomen*, siendo restituida en la estructura del sello como:

[SVL]PIC VA[.]
[...] CAL V[..]

Desde el punto de vista de la simetría general del texto se nota que, en este caso, la laguna al inicio de la segunda línea de escritura podría contener tres o más letras (o muchas más si sobre la primera línea se insertase la abreviación del *praenomen*). En ese espacio se podría incluir la abreviación del *praenomen* del personaje que, de tratarse efectivamente de un *Calpetanus*, sería verosímilmente un *C(aius)*. El espacio restante a la izquierda podría ser ocupado por un elemento decorativo o por cualquier abreviación de la forma verbal *fecit*. Según esta propuesta el sello parecería asociar las fórmulas onomásticas de dos personas, ambos ingenuos o libertos, indicando quizás una forma de *societas*. En caso alternativo, tanto la lectura [SVL]PIC VA[---] como [SVL]PIC V( ) A[---] darían pie a una restitución en cuya primera línea se podría reconocer el nombre de la *figlinae Sulpicianae*. La abreviación SVLPIC para esta *figlina* no es muy frecuente, pero en cualquier caso está atestiguada, por ejemplo en una serie de sellos sobre materiales de construcción de *Villius Augustus* datados en el 134 d.C. (CIL XV, 562). En cualquier caso, a pesar del carácter polivalente de las *figlinae* hasta la fecha no se ha documentado ninguna relación de las mismas con *Calpetanus*. Al respecto parece sugerente subrayar que la palma que aparece en su sello número 3 (Pallecchi, 2002: 121 y ss.) parece hacer referencia a un tipo característico, aunque no exclusivo, de la producción de los *Domicii*. En esta segunda hipótesis la laguna al inicio de la segunda

[202] CIL XV, 220 y 221; S.233-235.

línea de escritura podría rellenarse fácilmente con una fórmula de tipo *EX F(iglinis)*, bien documentada en las *figlinae Sulpicianae* (o más difícilmente, *FEC(it)* o algo similar).

En definitiva una muestra del potencial de estas piezas, hasta ahora prácticamente inexistentes en nuestras publicaciones aunque probablemente se hayan documentado ejemplares.

4.3.2.- Cerámica común oriental

El amplio horizonte de las producciones orientales, que como se ha visto abarca áreas geográficas tan distintas como extensas, incluye, además de cerámicas de uso culinario, otras que no iban destinadas al fuego (Marensi, 2004). Es el caso de la forma Marabini LXVIII, un vaso para beber sobre cuyo origen –oriental o itálico– se mantiene un amplio debate[203] al igual que ocurría con la sartén Ágora G133 (Moliner 1996: 247). Esta tacita monoansada de borde ligeramente exvasado con un exterior ceniciento no ha sido registrada en los contextos arqueológicos de la ciudad, si bien es frecuente en otros puntos del Mediterráneo occidental con la misma cronología (Huguet, 2007: 557-558), por lo que incluimos una representación de cara a posibles identificaciones futuras (fig. 90.1). Hasta la fecha la única pieza oriental documentada, propia además de la segunda mitad del s. II e inicios del s. III d.C., es la jarrita Ágora G188 (Robinson, 1959: pl. 7, G188). Posee un cuerpo piriforme que acaba en un fondo umbilicado y en su parte superior se estrecha de forma muy acentuada para posteriormente volver a abrirse en forma de pico trilobulado (fig. 90.2). En el cuello presenta tres estrías en relieve que se convierten en uno de sus rasgos más característicos (fig. 91). El asa, con un ligero estriado y una sección casi rectangular, arranca en la parte exterior del borde del cuello para unirse hacia la mitad de la panza. Su pasta es rojiza, de un tono ladrillo, con un exterior gris oscuro que hace pensar, si no se aprecia en su fractura, que se está ante una producción reductora (fig. 92). La jarra Ágora G188 es una de las producciones orientales mejor conocidas en contextos galos de esta cronología (Pellegrino, 2009: 252-254; Marty, 2004: 118-119), situándose los talleres de origen en Asia Menor, en Çandarli y Clazomene, cerca de Pérgamo, donde aparecen fallos de horno. En función

[203] Un reciente trabajo monográfico ha recordado la similitud de pastas con producciones narbonenses (*céramique brune orangée biterroise* y *céramique brune orangée du narbonnais*), lo que viene a complicar aún más el panorama general (Pellegrino, 2009: 266-279).

de la forma, como bien se ha documentado en *Ostia Antica* se pueden distinguir dos variantes, una más antigua (s. I d.C.) en la que el cuerpo es más aplastado, el cuello más grande y el asa no sobrepasa el borde; y otra que sustituye a la anterior desde finales del s. II d.C. en la que el cuerpo se hace más globular y el cuello se reduce, pudiendo ser sobrepasado por el asa (Coletti y Pavolini, 1996: 398-400, con bibliografía)[204]. El aspecto más interesante sobre esta jarra reside en su propio uso, pues ya de por sí las formas cerradas tenían una difusión más escasa que las abiertas debido a los problemas que esto implicaba para su distribución en la carga de los barcos. Por ello se ha propuesto que contuviesen vino, comercializándose en realidad por su contenido y no por la pieza en sí misma (Marensi, 2004: 206). Así, en caso de considerar la taza Marabini LXVIII oriental, ambas podrían funcionar como un servicio de mesa (Coletti y Pavolini, 1996: 400). Sin embargo otra posibilidad tal y como apunta Hayes (1983, fig. 6, 76-77) es que fuese una producción destinada a ir al fuego a modo de hervidor[205], opción por la que nos inclinamos (aunque por precaución la incluyamos entre las cerámicas comunes y no las de cocina). A favor de esta hipótesis se esgrime el tipo de pasta, similar al de otras producciones de cocina (con desgrasantes de cuarzo entre otros, Huguet, 2007: 557) y especialmente el hecho de que su interior contenga una concreción calcárea[206]. Tras haber observado esta capa blanquecina en otras jarras que iban al fuego como en el caso de la africana Uzita 48.1 y la reductora regional ERW1.8, parece constatarse que no es debido a un efecto de la cocción de un determinado producto, sino que se trata de recubrimiento intencionado. Una cuestión sobre la que cabría profundizar, pues parece una técnica que se aplica en distintas partes del Mediterráneo con una misma finalidad independientemente del tipo de producciones. Además, como sucede en el caso de las cerámicas reductoras de cocina, el botón del fondo que presenta la Ágora G188 podría incrementar su resistencia de la pieza en el fuego.

Por último cabe destacar la existencia de otras piezas orientales propias de época antonino-severiana que, si bien no se han documentado en los niveles de estudio, están

[204] En un contexto de Auribelle-Basse en Pézenas (Hérault) fechado entre 140-170 d.C. se documenta igualmente esta forma, aunque clasificada como BOB (céramique Brune Orangée Biterroise), lo que podría adelantar ligeramente su distribución a mediados del s. II d.C. (Mauné *et alii*., 2004: 417, fig.18.4).
[205] Como también la considera F. Marty, que se refiere a ella directamente como "bouilloire" (Marty, 2004: 118-119).
[206] Para Pavolini (2000: 155) ésta sería fruto de un uso secundario dado a las jarras, que podrían haber contenido vino (citado a través de Marensi, 2004: 206). En cualquier caso las analíticas llevadas a cabo para el caso del hervidor africano Uzita 48.1 (González Villaescusa *et alii*., e. p.) demuestran que en realidad la pátina calcárea sería añadida intencionadamente.

presentes en los contextos de este período. Se trata de una producción de Beirut de pasta amarillento-blanquecina muy similar a la cerámica común africana, con la que se puede confundir con facilidad (*vid. infra*). Entre su repertorio predominan las jarritas de cuerpo globular y acanalado, con un borde alto y liso y un fondo muy estrecho (Pellegrino, 2009: 264, tableau 3, fig. 17). Su identificación en los niveles de los s. II-III d.C. es cuestión de tiempo, como demuestra una pieza inédita excepcionalmente conservada procedente de Águilas (fig. 93). Hallada como ajuar[207] en una sepultura de la necrópolis de la C/ Carlos III junto a un cuenco de cerámica común oxidante tipo ERW3.6 (fig. 104), posee un grafito en el borde y como se ha destacado, tanto por su forma como por su pasta puede ser interpretada erróneamente como la jarrita africana Bonifay 50 (fig. 94.1). Futuros trabajos deberán poner el acento en la presencia de este tipo de producciones en nuestras costas, empezando por la modesta pero interesantísima necrópolis de Águilas, cuyos materiales esperamos poder estudiar en profundidad en breve.

4.3.3.- Cerámica común africana

Entre las variadas producciones africanas que invadieron el Mediterráneo a partir del s. II d.C., ánforas, *terra sigillata* y cerámica de cocina, se encuentra todo un repertorio vascular que no posee la característica pasta anaranjada y que paulatinamente empieza a ser identificado en los contextos de *Carthago Noua*. En el caso peninsular se trata de piezas africanas identificadas ya a principios de los 90 por los investigadores en el área catalana como "cerámica común africana de pasta amarilla" (Casas *et alii*., 1990: 44), debido a su característico color entre amarillo claro y verdoso, de las que cabe también destacar su textura harinosa y ausencia de tratamientos superficiales. Sin embargo para las formas documentadas en la época (lebrillos o barreños y numerosas jarritas de una o dos asas), ya se llamaba la atención sobre la posibilidad de que algunas tuviesen un posible origen oriental (Aquilué, 1995: 61), como se ha demostrado posteriormente[208]. La complejidad que presenta la cerámica común africana es enorme,

[207] Este tipo de piezas estarían probablemente relacionadas con el consumo de vino, a su vez muy vinculado a los rituales funerarios, como se aprecia en necrópolis de cronología anterior de la misma Águilas a través del uso de ánforas vinarias itálicas (Hernández García, 2004a).

[208] *Vid*. por ejemplo el vaso monoansado 688 de Casas *et alii*. (1990) recogido como cerámica africana de pasta amarilla, conjunto sobre el que alertaba Aquilué (1995: 62, fig. 1), y del que ahora sabemos que es en realidad una producción originaria de Beirut como la localizada en Águilas. En la misma clasificación

con una amplia variedad de producciones que difieren según las zonas y para las que los análisis arqueométricos son fundamentales (Bonifay, 2004: 244).

En cualquier caso hay ciertos tipos bien identificados de indiscutible procedencia africana con la característica pasta amarilla, tres de los cuales al menos se documentan con nitidez en Cartagena. El primero corresponde a un barreño (*baccus*) identificado en la localidad africana de Uzita por Van der Werff y reordenado por M. Bonifay como el tipo "Uzita 2", para el que además se distinguen tres variantes, A, B y C (Bonifay, 2004: 260-263). Se trata de un gran recipiente de tipo troncocónico, con fondo recto y paredes con tendencia a abrirse acabadas en un borde exvasado y rectilíneo muy pronunciado. En función de la forma de este último parecen distinguirse matices cronológicos, siendo la variante A, propia del s. II d.C. y primera mitad del s. III d.C., con el labio ligeramente engrosado y una arista muy marcada al interior en la zona de unión con la panza, la identificada en *Carthago Noua*. Su producción estaría atestiguada en la ciudad costera de Salakta (Bonifay, 2004: 263) y entre sus variadas funciones cabrían desde las de tipo higiénico a las multiusos (como por ejemplo mezclar cal). La segunda pieza común africana es una jarrita que, aun habiéndose documentado en Cartagena en un nivel de mediados del s. III d.C. (Vidal y de Miquel, 1988: 443 y 448, nº 8) seguía interpretándose como "cerámica común local". Se trata una pieza de cuerpo piriforme del que se destaca con nitidez un borde vertical y ligeramente exvasado sin labio diferenciado, siendo el fondo plano y ligeramente convexo (fig. 94.1). Posee un asa de sección rectangular que une el labio con la panza, que en ocasiones puede ser estriada. El tipo, recogido por Bonifay como su número 50 dentro de la cerámica común africana puede presentar también ligeras diferencias según su cronología, siendo el de borde ancho y exvasado propio de la primera mitad del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 284-285). Bien conocida en contextos ostienses (Coletti y Pavolini: 1996: 396-398) esta jarra aparece en el puerto de Roma desde finales de época antonina, en contextos formados a partir del 190 d.C., documentándose también en el pecio siciliano de Plemmirio (Gibbins, 1991: fig. 10.1 y 12). Por último la tercera pieza identificada es también una jarra, aunque de mayores dimensiones y con un característico filtro perteneciente al tipo Bonifay 53 (fig. 94. 2), bien documentada en niveles de la primera mitad del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 287).

---

se incluyen sin embargo piezas propiamente africanas como la jarrita Bonifay 50 (Casas *et alii*., 1990: fig. nº 489-490) lo que da una idea de la dificultad a la hora de reconocer sus pastas.

Otros fragmentos de cerámica común y procedencia africana como un mortero identificado solamente en Hispania hasta la fecha serán desarrollados en el análisis de los respectivos contextos, donde cada vez se reconocen con mayor precisión las piezas de esta procedencia, caso de una botella Bonifay 48 de la misma cronología procedente del Molinete (García Aboal, 2009: 276).

4.3.4.- Cerámicas comunes oxidantes regionales

Dentro de la cerámica común oxidante hay dos grandes familias estrechamente relacionadas que presentan una problemática demasiado compleja como para poder abordarla en esta sede en toda su amplitud. Por este motivo se esbozarán las principales cuestiones que les afectan y se definirán sus tipos mayoritarios, quedando para futuros trabajos (que esperamos emprender con inmediatez) un análisis sistemático que además deberá contar indiscutiblemente con el apoyo de la arqueometría. Se trata de la cerámica pintada romana de tradición indígena y la llamada cerámica común oxidante, ésta última siempre referida así en los inventarios de Cartagena para diferenciarla de la otra gran producción común, la cerámica reductora (que ahora sabemos es exclusivamente de cocina). La primera fue definida por Abascal (1986: 125-129), que la identificó en su estudio sobre la cerámica pintada romana como una producción de tradición ibérica, típica del área de Elche y que perduraba hasta bien entrada época imperial, en especial un olpe, que parecía ser la pieza exclusiva (Abascal, 1987-1988). A su vez fue clasificada por P. Reynolds (1993: 97-99) como Early Roman Ware 2 (ERW2), distinguiendo dos series: ERW2a para los vasos con motivos decorativos más antiguos y ERW2b, la que nos afecta, con una pervivencia durante los s. I-II d.C. (fig. 95).

La relación con la "cerámica común oxidante de Cartagena" la encontramos de nuevo en Reynolds (1993: 99-101) que definió parte de su repertorio como Early Roman Ware 3 (ERW3) y cuyos tipos principales reproducimos aquí (fig. 96 y fig. 97). Al igual que ocurría con la cerámica reductora de cocina –y quizás por tratarse de producciones altoimperiales en un libro dedicado a la cerámica tardía– la publicación no tuvo impacto en los inventarios locales de modo que, aun habiendo sido clasificadas en la zona alicantina, estas mismas piezas seguían considerándose locales en Cartagena (y otros puntos de la Región de Murcia). Para Reynolds la ERW2b y la ERW3, es decir, la cerámica pintada romana de tradición ibérica y la cerámica común oxidante local, poseen las mismas pastas y el área de producción estaría vinculada a Elche. Sin

embargo a falta de análisis de arcillas o la documentación de alfares que permitan confirmar esta hipótesis, se aprecia –independientemente de su lugar de producción– que su difusión posee un carácter regional. A pesar de la estrecha relación de ambas producciones, que podemos considerar la misma con la salvedad de la aparición de pintura o no en su superficie, las trataremos de forma separada. En cuanto a su clasificación, si bien algunos recipientes forman parte con toda probabilidad de un servicio de mesa, se ha considerado su inclusión en la categoría de cerámicas comunes y de almacenamiento debido a que la mayoría del repertorio se orienta hacia esta funcionalidad.

4.3.4.1.- Cerámica romana pintada de tradición indígena

Bajo el término cerámica pintada de tradición indígena se incluyen una serie de formas de pasta beige muy depurada que presentan como elemento común una decoración geométrica de tipo esquemático y color ocre. Se trata de un repertorio vascular con las técnicas previas a la conquista pero que se adapta, a partir de mediados del s. I d.C., a los nuevos gustos de época romana (Abascal, 1986: 22-23). Aunque todo corresponde a una misma producción que evoluciona en el tiempo, Reynolds, que la clasifica como ERW2, diferencia una serie más antigua (ERW2a) y otra más reciente propia de los s. I-II d.C. (ERW2b). La primera está en parte compuesta por formas como los típicos *kalathos* ibéricos con decoración geométrica hecha con pincel múltiple (s. II-I a.C.), algunos de los cuales aparecen muy residualmente todavía en contextos como el de la *domus* de la Fortuna (Martín Camino y Vidal, 1997: 277, lám 2). Si bien en torno al cambio de Era se imitan formas foráneas como paredes finas y vajilla de plata que se mantienen vinculadas a la tradición local a través de su decoración. El cambio se produce a partir del s. I d.C. y tiene que ver con la aparición de nuevas formas entre las que incluso es posible distinguir un servicio formado por una jarra, un bol y una jarrita pithoidea (Ros, 1989: 138).

El olpe, clasificado como forma Abascal 19 (o ERW2b.4), es la pieza por excelencia de este período. Posee un cuerpo redondeado y un cuello esbelto además de una característica asa plana que nace en la mitad superior de la panza y une con el borde, marcado por una acanaladura. Una de las principales diferencias que presenta respecto a olpes más antiguos es el desarrollo de un pie alzado, una peculiaridad que parece extenderse a otras piezas del repertorio a partir de este momento (fig. 98.1 y

98.2). Los motivos decorativos pintados se extienden únicamente por el hombro, con formas muy esquematizadas –un diseño en el que la abstracción se hace mayor, según parece apreciarse, a medida que la cronología de las piezas avanza– así como pinceladas paralelas en el cuello y en el dorso del asa. Bajo la metopa sólo presenta líneas paralelas, quedando el fondo exento. Se trata de una forma especialmente común en la Alcudia de Elche y el área alicantina (Abascal, 1986, 140-141, figs. 105-113), motivo por el que se vincula a posibles talleres ilicitanos, donde la producción cerámica de época ibérica era muy destacada. Aunque en escaso porcentaje, suele aparecer en los contextos de Cartagena como pone de manifiesto un ejemplar completo hallado en la *domus* de la Fortuna (fig. 98.3), hallándose también piezas con dos asas.

Tradicionalmente se ha defendido que ante la competitividad de las nuevas piezas que invadieron el mercado como la *terra sigillata* gálica, tan sólo el área ilicitana habría conseguido mantener una producción estable (que perduraría hasta los s. IV-V d.C., [Abascal, 1986, 175-176]), cesando la de los talleres de los otros núcleos de importancia en relación a este tipo de materiales: Liria y Archena. Así, *Ilici* habría distribuido sus vasos por su hinterland más inmediato: *Lucentum* (Alicante), *Portus Ilicitanus* (Santa Pola) y enclaves próximos como *Carthago Noua* (Ruiz, 1988, 621). Sin embargo dentro de esta interpretación se contempla a estas piezas como "productos pintados de rango menor" (Abascal, 1986: 141-142), aunque ignoramos si tal perspectiva tiene que ver con la menor complejidad de la decoración respecto a períodos anteriores. Se trata en cualquier caso de un enfoque del que diferimos y que cabe matizar. Si la cerámica común oxidante (*vid*. infra) es la continuación de esta tradición alfarera –con las mismas pastas salvo que sin decoración pintada–, su calidad no es en nada desdeñable. Al contrario, con muy buenos acabados, profusamente espatulada y pulida, alcanza una gran dureza y su distribución fue masiva al menos en ámbito regional. Es necesario preguntarse si la cerámica pintada no quedó limitada a usos más concretos en los que, aun bajo nuevas formas, quizás sea posible observar un mantenimiento de la tradición ibérica. Este interrogante se deriva de otros tipos del mismo repertorio que cabe unir a los conocidos y que por sus motivos decorativos, de carácter fálico, podrían poseer connotaciones de tipo ritual. Lo más interesante estriba en que se hallan en contextos de los s. I-III d.C., lo que invita a volver sobre la cuestión de la perduración del elemento indígena (Ros, 1989). Entre los más singulares cabe señalar el hallazgo de un olpe Abascal 19 en Alhama de Murcia con falos pintados y en relieve (Baños, 2005; 1991-1992). La pieza, con fondo umbilicado y un pequeño

soporte sobre el asa, se vincula a rituales de fertilidad por su decoración (fig. 98.4). Un ejemplar muy similar hallado en La Vega (Balazote, Albacete) posee el mismo tipo de motivos plásticos con forma de falo de gran tamaño acabados en un pequeño depósito como el que presenta sobre el asa el de Alhama y que con toda probabilidad responde a un diseño funcional (Sarabia, 2010: 284-285, fig. 130.1). Igualmente un gran cuenco de paredes abiertas y pie anular hallado en Águilas se adscribe por el tipo de pasta a esta producción, fechado por una moneda de Julia Mamea (180-235 d.C.) y TSA C a partir del segundo cuarto del s. III d.C. (Hernández García, 2009: 199; 1999a: 265-270). Está decorado con pintura ocre y mientras que en su interior los motivos son geométricos, en el fondo por su parte externa conserva la representación de unos genitales masculinos, además de la inscripción FAVQ en la pared (fig. 99a).

Aunque quizás no esté tan relacionado con el hecho de que sea una pieza de tradición indígena como de que se trate de una jarra, un ejemplar de la forma Abascal 19 fue hallado en la factoría de salazones de Mazarrón a modo de ofrenda ritual (Martínez Alcalde e Iniesta, 2007: 22-23). Con una decoración geométrica en línea con las ya descritas (fig. 99b), la pieza apareció en posición horizontal, sujetada por una piedra en su fondo y con la boca sellada por un trozo de cerámica recortada a modo de tapón (fig. 99c). Además de su situación, en su interior se hallaron restos orgánicos que parecen confirmar la hipótesis de la ofrenda (Martínez Alcalde, 2007: 64-65). Cronológicamente se situaría entre los s. II-III d.C., al igual que la gran mayoría de olpes pintados en la propia *Ilici*, que si bien se enmarcan en el s. II d.C. pueden postergarse en la estratigrafía hasta mediados del s. III d.C. (Abascal, 1986: 127).

Cerramos este punto con hallazgo muy singular, dos tinajitas aparecidas en la necrópolis de Algezares, fechada por la aparición de TSA C y una moneda del emperador Volusiano hacia mediados del s. III d.C. (Yus, 2008: 114-117). Las piezas están elaboradas en una pasta oxidante idéntica a la de la cerámica pintada de tradición indígena. Además, en su exterior, en la parte del hombro, presentan restos de decoración geométrica: un diseño a base de líneas verticales en un tono blanquecino, desconocemos si porque la pintura era directamente de este color o bien porque, aun habiendo sido realizada con el canónico rojo vinoso, el paso del tiempo deterioró la pigmentación[209]. Consideramos estas piezas una evolución de los *pithiskoi* o tinajillas definidas por Ros como forma XVI (Ros, 1989: 118-123). En su momento se distinguieron dos variantes

[209] No recogida en el dibujo, tomado de Yus (2008: 117, fig. 3), pero sí observada de visu tras el análisis macroscópico de los materiales llevado a cabo por el autor en el MAM.

en función del tamaño (XVIa y XVIb) y aunque se vincularon la primera a la esfera doméstica y la segunda a la funeraria (100.1 y 100.2), en el caso de Algezares dos modelos de dimensiones distintas conviven en la necrópolis (fig. 100.3 y 100.4). Ambas poseen un cuerpo con carenas más marcadas y en lugar de fondo umbilicado presentan un pie, algo que parece desarrollarse en las producciones pintadas romanas de la zona a partir del s. I d.C. A falta de más precisiones sobre el hallazgo, como si aparecieron juntas, si contenían parte de los restos del difunto o formaban parte de su ajuar (Yus, e. p.), no deja de ser llamativo que piezas de tradición tan antigua se asocien a enterramientos del s. III d.C., algunos en forma de *cupae*, unas construcciones funerarias típicamente itálicas (Tupman, 2012). Ignoramos hasta qué momento se mantuvo su producción y el tiempo transcurrido entre la fabricación de los vasos (¿s. I d.C? ¿II d.C.?) y su incorporación definitiva al registro arqueológico. Como se ha planteado en el cap. 2, aunque la vida del objeto puede ser muy larga su interpretación para sus contemporáneos e incluso funcionalidad puede cambiar profundamente: ¿es posible rastrear el elemento indígena más allá de unas formas y unas decoraciones concretas? ¿Tiene de hecho sentido hablar de "indígena" en un momento cronológico tan avanzado? En cualquier caso el debate sobre la perduración, no tanto de las piezas (aunque también), como de un uso concreto asociado a las mismas, sigue tan vigente como cuando se planteara hace más de 20 años[210].

4.3.4.2.- Cerámica común oxidante "local" / ERW3

Como se ha insistido a la hora de hablar de su clasificación, la cerámica común oxidante es una producción destinada al servicio de mesa y probablemente al almacenamiento[211], aunque también incluye piezas para la preparación de los alimentos en frío y otras de carácter polifuncional (fig. 95-97). Al observar los repertorios de cerámica común de la costa mediterránea de *Hispania* se observan una serie de formas que vienen a completar siempre al resto de producciones (cerámicas de cocina que van al fuego e importaciones, principalmente de vajilla fina). Desde Málaga (Serrano, 2000)

[210] Ros, 1989: 140: "¿hasta qué momento perduran las formas plenamente ibéricas en la esfera social, ya plenamente generalizada por efecto de la profunda romanización que vivió esta área del Sureste de la Península ibérica? […] ¿Caben pues en esa "perduración de las formas materiales ibéricas" la generalidad de las producciones alto-imperiales en las que ni soporte ni decoración tienen elementos propiamente ibéricos?".

[211] Únicamente se conoce una referencia a una sartén, la forma ERW3.8 (Reynolds, 1993: 99) de la que no se han hallado ejemplares que permitieran contrastar su uso a través de marcas de fuego.

hasta Ampurias (Casas *et alii*., 1990) pasando por Liria (Escrivà, 1995), con ligeras diferencias y manufacturadas en las pastas locales (mayoritariamente oxidantes) se repiten los mismos tipos: orzas, cuencos, cántaros, lebrillos…

Por cuestiones de tiempo y espacio es imposible entrar en detalle en las siguientes páginas en este extenso horizonte del *instrumentum domesticum*, cuya problemática es amplia como recuerdan trabajos recientes (Peinado, 2010). Entre las publicaciones a las que haremos constante referencia se encuentra el estudio sobre las cerámicas comunes encontradas en los pozos votivos de Liria realizado por V. Escrivà (1995: 169-171), en el que los materiales fueron definidos por su nombre en latín y ordenados según criterios funcionales. De hecho este último aspecto es fundamental y si bien es posible plantearlo para cualquier categoría cerámica, parece que las denostadas comunes todavía se prestan más a ello por su abundancia y la vigencia de algunas formas a lo largo del tiempo. Así, más allá del enfoque crono-tipológico mencionado en el cap. 2, pocas veces se realiza un acercamiento a estos (potenciales) materiales con intención de conocer aspectos de la vida cotidiana. Más allá de variantes y cronologías deberemos de preguntarnos (y lo sorprendente es no haberlo hecho ya antes) qué empleaban los habitantes de la *Carthago Noua* de los s. II-III d.C. para ir a por agua a la fuente, cómo conservaban sus alimentos, dónde hacían sus necesidades, cómo lavaban su ropa…

En cuanto a la consideración de estas cerámicas como locales, su identificación en el área alicantina (y en muchos otros puntos del SE, *vid. infra*) les confiere un carácter regional, al menos en lo que a su distribución se refiere, pues por el momento se desconoce si fueron elaboradas en diversos puntos o en torno a un mismo núcleo. Como se recordaba para el caso de la cerámica de cocina, sería un error subestimar el valor intrínseco de estos recipientes por su acabado sencillo, pues si fueron comercializados con toda probabilidad poseían unas cualidades acordes con su función, como por ejemplo contener líquidos a pesar de no presentar engobe alguno. No hay que olvidar que incluso en distancias relativamente cortas las calidades de los barros pueden variar hasta tal punto de que lo que en un pueblo es posible realizar con arcillas locales, resulta impracticable a tan sólo a diez kilómetros[212].

[212] Volviendo de nuevo a los paralelos etnográficos encontramos un buen ejemplo sobre esta cuestión en dos pueblos zamoranos de larga tradición alfarera. En Moveros, en la frontera con Portugal, se recuerda cómo no todas las tierras sirven para los mismos recipientes y cómo muchos trabajos son estacionales y no disponen de un lugar concreto de trabajo: "La alfarería de Moveros, contrariamente a la de Pereruela, está destinada al agua, pues sus arcillas no aguantan el fuego en la lumbre y se rajan; sin embargo, tiene unas excelentes cualidades para conservar el agua y también el vino. Por ello, la más importante de las piezas que allí se han realizado siempre y sigue haciéndose, es el conocido cántaro de Moveros, con una

En cuanto a la cerámica común oxidante o Early Roman Ware 3, si seguimos la nomenclatura de P. Reynolds, su repertorio vascular está en estrecha relación con el de la cerámica pintada romana de tradición indígena (ERW2b) y sus pastas se consideran idénticas[213]. Son muy depuradas y duras, con una gama de colores que puede pasar del rojizo-marronoso al beige o al marrón amarillento, y con partículas de cal, cuarzo y mica (fig. 101a-f). Las superficies son lisas y muy compactas, en muchos casos se aprecia un espatulado exterior que le confiere a la pieza una forma ligeramente poligonal. Destaca la presencia de caliches, que en algunas zonas parecen haber explotado durante la cocción (fig. 101b), provocando un efecto muy similar al mencionado para las cerámicas reductoras de cocina. Por lo general las inclusiones son de pequeño tamaño y se aprecian en superficie (fig. 101c y 101d), aunque en algunos casos ésta aparece muy oscurecida, con una especie de pátina blanquecino-marronosa que recuerda a las ánforas africanas pues no se trata en realidad de ningún engobe (fig. 101e y 101f). En dicho caso se debe sobre todo al uso de agua salada durante la elaboración de la pieza ¿ocurre lo mismo en este caso? Además algunas formas presentan un característico pulido a bandas que afecta a la totalidad de la superficie (fig. 102a y 102b), uno de los motivos por los que Reynolds (1993, 101) vinculó esta producción a las reductoras de cocina, cuya forma 4 posee el mismo tipo de acabado (fig. 84d). Un último aspecto característico es la presencia de decoloraciones superficiales (fig. 102c y 102d); algunas piezas poseen manchas rojizas o de diversas tonalidades fruto de la cocción (acaso de haber estado en contacto con otros vasos durante la misma). Considerada una producción de la zona de *Ilici*, el reciente estudio de unas lucernas a torno documentadas casi exclusivamente en *Carthago Noua* ha suscitado algunas dudas, pues la pasta de las mismas es idéntica a la de la ERW3 (fig. 120). Sin embargo, ante la falta de análisis arqueométricos es difícil aventurar hipótesis sobre su producción en uno u otro lugar, pues en Cartagena no se conocen hornos y

---

forma muy hermosa y diferente a casi todo lo que en el conjunto de los alfares tradicionales se ha venido realizando. […] Una vez más, como en el resto de los alfares en que la mujer realiza la producción, no existe un taller o lugar destinado en exclusiva a su fabricación, haciéndose en la calle o en los corrales, al aire libre, pues se trata también de un trabajo estacional, para el buen tiempo" (Piñel, 2006: 28). Sin embargo en Muelas del Pan, a menos de diez kilómetros, se encuentran otros barros que por su calidad son empleados para hacer recipientes para un uso mucho más diversificado: "Sus cacharros [los de Muelas del Pan] eran destinados tanto a contener agua, como para fuego. Las piezas de Muelas son extremadamente livianas (sobre todo las más antiguas), y porosas, lo que las convierte en recipientes idóneos para contener y conservar el agua. Pero al mismo tiempo, y sobre todo, se trata de arcillas que soportan muy elevadas temperaturas, lo cual, unido a la extrema coherencia de sus partículas y su gran resistencia una vez cocidas, nos explica la acogida y difusión en tantos hogares y extensas áreas de nuestra Península hasta épocas cercanas a nosotros en el tiempo" (Piñel, 2006: 21-22).

[213] "Early Roman Ware 3 (ERW3): undecorated forms related to ERW2b" (Reynolds, 1993: 97-101).

siempre podría tratarse de piezas importadas de un núcleo cercano como Elche. En cualquier caso la cuestión queda abierta.

En lo relativo al repertorio vascular incluye entre otros, grandes cuencos de borde vuelto, jarritas de mesa y recipientes monoansados de almacenaje y servicio de diferente tamaño. Hemos respetado la tipología establecida por Reynolds, quien reconocía 20 tipos (fig. 95-97). A ésta se podrían añadir algunos nuevos que, de momento, no incluiremos como parte de la seriación numérica por considerar todavía la clasificación en un estado embrionario. Próximos trabajos completarán la imagen global de esta producción (especialmente las aportaciones procedentes de los fundamentales contextos del área alicantina como *Ilici* y *Lucentum*). Por lo tanto se suman las novedades, pero describiéndolas según la terminología latina y a la espera de contar con más datos que permitan ordenarlas según criterios estratigráficos, cronológicos y funcionales. A continuación se incidirá en estas últimas y en los tipos más habituales, sin profundizar por igual en cada uno de los conocidos (algunos no identificados en Cartagena). Se completa también el perfil de varias piezas que los dibujos de 1993 sólo recomponían parcialmente debido al estado de la investigación (fragmentos que al dibujarse se desdoblaban sin saber que el recipiente entero contaba con un asa o un pitorro, por ejemplo). En cuanto a su cronología, se confirma la propuesta por Reynolds (1993: 101) relativa a los s. II-III d.C., pues al menos hasta mediados de esta última centuria se constata la aparición de piezas en los contextos.

ERW3.1 Cuenco de borde vuelto. Definido también como una *paropsis* (Escrivà, 1995: 176), este recipiente de paredes abiertas, ligera carena superior y borde vuelto (en ocasiones plegado sobre sí mismo) se utilizaría para transformar alimentos en frío e igualmente para servirlos, acaso para otras funciones como las de aseo al igual que los *lebes* (fig. 95, ERW3.1). Posee dos asas laterales que no sobrepasan el borde y por norma general tanto su superficie interna como externa han sido espatuladas y presentan además el característico pulido a bandas (fig. 102a y 102b). Aunque no se contaba con ningún perfil completo hasta la fecha, ahora se sabe que acabaría en un pie anular a semejanza de piezas similares como el gran cuenco ERW3.7. tal y como se ha documentado en un ejemplar de Portmán que reproducimos tanto aquí como en el estudio del yacimiento por su especial relevancia (fig. 103.1). Aunque en su momento se definió la jarrita ERW3.13 como la más abundante dentro de esta familia cerámica, los cuencos de la forma 1 son muy frecuentes y presentan además una amplia variedad

de tamaños, como documentó Reynolds (1993: 99), que recogió piezas entre los 23 y los 49 cm.

Alterando el orden de presentación cabe incluir aquí otra *paropsis*, la **ERW3.7**, de la que se desconocía su forma completa (Reynolds, 1993: 99), que sin embargo ha podido ser identificada gracias a una revisión de los materiales de la intervención de la C/ Cuatro Santos nº 40 (Quevedo y Bermejo, 2012: 114-120, fig. 5.1) y que aunque será tratada más adelante, también reproducimos aquí (fig. 103.2). Posee una base estrecha acabada en un pie anular, dos asas laterales al igual que el tipo precedente ERW3.1 y con probabilidad se emplearía para la misma función[214]. El hallazgo en la citada intervención confirma su pervivencia en los contextos de la ciudad hasta mediados del s. III d.C. De hecho otra forma que podemos considerar idéntica es el gran cuenco pintado con motivos fálicos procedente de Águilas (fig. 99a) que pondría en evidencia tanto la vinculación de la cerámica romana pintada con la común oxidante como su uso habitual hasta la segunda mitad de la tercera centuria. En los ejemplares de *Carthago Noua* no se ha detectado pulido a bandas exterior, aunque sí en el fragmento alicantino con el que fue definido el tipo (Reynolds, 1993: 99).

ERW3.2. Plato carenado. Este plato o cuenco (*catinus* / *catillus*, Escrivà, 1995: 176) se caracteriza por un borde exvasado y una marcada carena en su tercio superior, estrechándose el cuerpo hacia la base a modo de cono invertido para acabar en un pie anular, uno de los rasgos que acaso distinguen la producción. La pieza, que parece idéntica a una hallada en el pozo flavio de Liria (Escrivà, 1995: 176, fig. 8, Var. Fl IV.3.1.3) recuerda a las formas de tradición ibérica que surgen en el s. I d.C., como se observa en algunas piezas de la "tienda del alfarero" de La Alcudia (Sala, 1992: 46-52), aunque en este caso son muy pequeñas y no tienen más que 7-8 cm de diámetro. Un ejemplar completo de Monteagudo procedente de un contexto de finales del s. I d.C. repite el mismo esquema (borde exvasado, carena pronunciada y pie anular) aunque es una forma ligeramente más chata (Medina, 2010: 210, fig. 11, PI/134/40).

ERW3.6. Cuenco con pitorro. Este cuenco es una de las formas más habituales del repertorio de la cerámica común oxidante de la zona. Aunque en el ejemplar recogido por Reynolds (1993: 99) se planteaba que tuviese una o dos asas y con probabilidad este

[214] En una reordenación del repertorio cabría situarlas juntas.

último elemento se desdoblaba en el dibujo del fragmento, en realidad está dotado solamente de una y de un pico vertedor en línea con la misma. Se trata de un recipiente de borde exvasado y perfil en S acabado en el típico pie anular. Gracias a un ejemplar inédito conservado íntegro –el único hasta la fecha– en la necrópolis de la C/ Carlos III de Águilas (Hernández García, 2010b) se ha podido comprender el desarrollo de la forma (fig. 104). Una información que sin duda evitará errores futuros pues al encontrar un fragmento aislado de esta pieza lo habitual era reproducirla desdoblando el asa, o como un cuenco exento de ambas (si es que el trozo a dibujar no poseía ninguna), o bien como un cuenco sin asa y con pitorro; todos ellos bajo formas distintas cuando en realidad se trataban de la misma. Al igual que en el caso de la ERW3.1 sorprende lo variable de su tamaño, pues frente a los 11 cm de diámetro de la forma de Águilas es posible identificar –ahora que somos capaces– un ejemplar con 22 cm de boca procedente del Molinete (Murcia, 2009e). Este último no presenta pitorro debido a una fractura en el lugar donde sin duda se encontraba. Su hallazgo en un nivel fechado en torno a los s. III-IV d.C. (dato a manejar con reservas hasta el estudio íntegro del contexto así como el de Águilas en una necrópolis que parece perdurar hasta el III d.C. confirman la cronología de las piezas hasta un momento avanzado de la tercera centuria. Se le atribuye una función culinaria, para la preparación de alimentos fríos y su servicio. El pitorro permitiría verter mezclas líquidas o semilíquidas a otros recipientes; acción facilitada por el asa en línea con el mismo. En esta forma se puede ver el precedente de un tipo de recipientes que serán muy populares en época tardía, donde vasos con pitorro se documentan ampliamente (Reynolds, 1993: 104-105, Form 18, plate 10-11), destacando particularmente el caso de las producciones tardías ebusitanas (Ramon Torres, 2008: 566 y 574, fig. 12).

ERW3.11. **Gran orza**. De cuerpo ovoide, más ancha en su zona central, dotada de una sola asa y con fondo umbilicado, posee un borde recto y saliente ligeramente engrosado idéntico al de los olpes de la cerámica romana pintada de la forma Abascal 19, con los que también comparte el asa, que traza un ángulo recto y une el borde con la panza (fig. 96, ERW.11). Es posible definir la pieza como un *urceus*, un recipiente utilizado normalmente para contener agua o conservar frutas, miel u otros alimentos[215]. Pueden

[215] No hay que olvidar que recipientes de este tipo también fueron utilizados para el comercio, como recuerdan las "ánforas tipo urceus" estudiadas por Morais (2007) y otras formas de fondo plano y

poseer una o dos asas y cuando se empleaba para el transporte, almacenaje o servicio del agua podía recibir distintas denominaciones en época antigua en función de su capacidad (Escrivà, 1995: 172). Una pieza inédita procedente de una intervención de la Calle Jara nº 6 realizada por Pedro San Martín en los años 70 muestra un ejemplar idéntico al recogido por Reynolds (fig. 105a). La pasta en este caso es un tanto oscura en su exterior debido al proceso de cocción, aunque se aprecia bien su composición, rica en partículas de cal (fig. 101e y 101f). El asa, de sección plana y con una acanaladura central suele aparecer de forma muy abundante en las excavaciones de la ciudad, pudiendo identificarla ahora con claridad con este tipo. Aunque no se han encontrado tapaderas asociadas a esta forma (que bien podían ser de materiales perecederos), podían ser selladas de diversos modos en caso de emplearse también como recipiente de almacenamiento, tal y como su gran tamaño permite intuir. Manteniendo siempre la debida precaución, los bodegones dieciochescos de Luis Meléndez (Luna, 1995: 76-77) ofrecen diversas modalidades para el cierre hermético de orzas que, salvando las distancias, son muy similares tanto en la forma como en el uso (fig. 105b).

Dentro de esta clasificación cabría incluir otro *urceus*, elaborado con la misma pasta, que no ha sido tratado de forma monográfica hasta la fecha. Aunque recuerda en parte a la forma ERW3.12, cabe reconocer en él un tipo original y dado que no añadiremos nuevos números a la clasificación de Reynolds a fin de evitar mayores confusiones, haremos referencia a él como "*Urceus* ERW3 tipo Cartagena", esperando en un futuro poder integrarlo en una revisión de la tipología[216]. Es, con diferencia, la pieza de cerámica común oxidante más habitual en los repertorios de época antonina y severiana, hallándose además a menudo ejemplares completos. Se trata de una jarra también de forma ovoide y monoansada, con un borde recto y de acabado redondeado diferenciado por un pequeño ensanchamiento que permite colocar una tapadera. El fondo es ligeramente convexo y en ocasiones presenta un pequeño rebaje interno. La superficie, al igual que sucede con otras piezas de la ERW3, puede presentar manchas rojizas sobre el fondo beige debido a un efecto de la cocción (probablemente al contacto

reducido tamaño como las Oberaden 74 (Carreras y González Cesteros, 2012; De Almeida y Morín, 2012).

[216] En otras formas nuevas detectadas se ha optado por hacer referencia al nombre de la pieza en latín seguido del término ERW3 como en el caso de una *peluis* o una *trulla* (*vid. infra*), sin embargo, dado que el *urceus* es una forma muy común y con seguridad se identificarán varios de la misma producción (como se ha comprobado sobre la base de datos inéditos del Museo de Lorca, donde al menos hay uno dotado de dos asas), hemos preferido distinguirlo añadiéndole el epíteto de "tipo Cartagena", resaltando además su destacada presencia en los contextos de la ciudad.

con otros materiales durante la misma). Se registran diversos tamaños, los más grandes con el tercio superior ligeramente más ancho. Una de las características que de estos *urceus* es que en numerosas ocasiones aparecen asociados a tapaderas fabricadas con panzas recortadas de otros recipientes oxidantes, como se documenta también en Lorca (fig. 102d), o en el caso del olpe de cerámica romana pintada de tradición indígena de Mazarrón (fig. 99b). En un ejemplar inédito y descontextualizado procedente de la domus de la Fortuna (intervención P. San Martín, 1973) y conservado en el MAMC, se observa cómo la tapadera recortada también en cerámica común oxidante posee un hueco ex profeso (no es una rotura) para colocar con probabilidad una cuchara o un cazo y facilitar el servicio o el removido del contenido tal y como puede observarse hoy día (fig. 105c). En Lorca (Pérez Asensio, 2007) y Portmán se identifican piezas con dos asas, aunque en cualquier caso el tipo monoansado es el más común de todos. Un aspecto muy singular sobre el que conviene incidir es la ausencia de pie anular (fig. 106a). Si tanto este *urceus* como la forma 11 de mayor tamaño pertenecen a la ERW3 y el resto de piezas lo poseen… ¿por qué estas no? Con probabilidad se trata de una cuestión funcional, pues parece que el resto del servicio de mesa y de cocina cuenta con él, lo que les confiere una mayor estabilidad. Si se interpreta el *urceus* como una pieza para recoger y contener agua –una función primordial que hubo de darse en todas las viviendas, motivo que podría explicar su abundancia– es posible que la ausencia de pie esté relacionada con su transporte. El equivalente de esta forma en cerámica contemporánea, el cántaro, ha sido una de las piezas más comunes de la alfarería tradicional española. Hasta el siglo pasado era empleado por las mujeres (pues era una tarea femenina) para recoger agua en las fuentes, llevándolo en muchos casos en la cabeza, lo que permitía tener las manos libres para acarrear otras jarras. Un fondo globular (o plano, pues también se ayudaban de soportes de tela enrollada) puede que fuese mucho más conveniente para este uso que un pie anular. De nuevo con la debida distancia, un cuadro de s. XVIII, esta vez de Goya "Las mozas del cántaro" (fig. 106b) permite imaginar el uso de estas piezas. Independientemente de que fuese éste (como creemos probable) u otro, creemos en cualquier caso que esta es una de las líneas a seguir en los próximos trabajos, pues sólo reflexionando sobre los aspectos funcionales podremos acercarnos con mayor detalle a la vida cotidiana de los habitantes de la *Carthago Noua* de los s. II-III d.C.

ERW3.13. Jarrita. Esta pequeña *lagoena* (Escrivà, 1995: 180) también es bastante común y ya fue identificada entre los materiales excavados en los años 90 en la domus de la Fortuna (Fernández y Quevedo, 2011: 299, fig. 9.9). Es una jarrita que parece reproducir el modelo del olpe Abascal 19 en un formato más pequeño y sin decoración pintada (fig. 102c). De cuerpo globular y pie anillado[217], posee un asa que une la panza con el cuello, justo por debajo del borde (a diferencia del olpe), que es redondeado, recto y saliente. Se trata de una pieza destinada al servicio de mesa y no presenta ningún acabado exterior. Aun no identificada como una misma producción, es una forma que hubo de contar con una amplia difusión en el SE, documentándose en diversos puntos de Alicante (Abad *et alii*., 1995-1997: 17, fig. 6) y Murcia (en esta última al menos en Águilas y Lorca, como se ha podido constatar en fondos inéditos de Museo).

ERW3.14. Jarrita. Forma que junto con la anterior parece conformar el servicio de pequeñas *lagoenae* de mesa, si bien se diferencia por su aspecto, más piriforme y sobre todo el cuello, troncocónico y el borde, inclinado hacia el exterior y marcado por un pequeño resalto. Presenta además decoración a ruedecilla y la peculiaridad de estar muy bien bruñida y espatulada. El profuso pulido afecta a toda la superficie de la pieza y mientras en el cuello éste se hizo con un movimiento vertical de arriba abajo, en el resto del cuerpo aparece en un sentido longitudinal. El mejor ejemplo hasta la fecha es un conjunto de tres de estas jarritas que formaron parte de un rito fundacional halladas bajo el umbral de una habitación de las Termas Orientales de Águilas (fig. 107). Fechadas en el s. II d.C. estaban selladas con adobe y fragmentos cerámicos y cada una poseía un contenido diferente: huesos de pescado, de ave y restos vegetales respectivamente, los tres elementos básicos de la vida: agua, aire y tierra (Hernández García y López Martínez, 2011: 66-67). Sin duda lo más significativo es que, al igual que en el caso de Mazarrón (fig. 99c) o de otros yacimientos como el edificio de tabernas de Lorca (Pérez Asensio, 2007: 69, lám 7), sean siempre piezas de cerámica romana pintada de tradición indígena o de ERW3 las empleadas para este tipo de ritos.

ERW3.18. **Recipiente de almacenaje/transporte**. Definida como jarra en su momento dado que sólo se conservaba el cuello (Reynolds, 1993: 100), nuevos fragmentos de esta forma han permitido comprender que se trata en realidad de piezas de gran volumen en

[217] En el dibujo de Reynolds se intuye el mismo, cuya ausencia parece deberse a una impresión deficiente de la publicación (Reynolds, 1993: Plate 5, 18., ERW3. 13).

las que el cuerpo se ensancha notablemente, quedando destinadas con probabilidad a funciones de almacenaje y transporte de líquidos (mientras que en los *urceus* la amplitud del cuello los hacía también aptos para otro tipo de alimentos como frutas o cereales en este caso su estrechez hace pensar en productos líquidos). De hecho, dentro de la producción de ERW3 ya se documentó un anforilla de fondo puntiagudo y exterior espatulado conservada en La Alcudia de Elche (Reynolds, 1993: 100, ERW3.19, fig. 91). El tipo 18 presenta también este intenso espatulado además de una doble asa ligeramente apuntada que no sobrepasa la altura del borde, con una sección aplanada y acanaladura central. Aunque no se han identificado ejemplares completos en *Carthago Noua* se ha constatado su existencia en Águilas, donde esta forma coexiste con otras muy similares también de ERW3, algunas incluso con restos de su posible contenido (fig. 108), por lo que esperamos analizarlas en próximos trabajos dado su elevado interés. La característica más destacada es su fondo, umbilicado al igual que en el caso de la forma ERW3.11 y no con pie anular, con las implicaciones que de ello se derivan (*vid. supra*). Sin duda diversos tipos con ligeras diferencias formales entre sí habrían de poder vincularse a la misma categoría, que en caso de confirmarse destinada al transporte permitiría aportar algo de luz sobre uno de los mayores problemas existentes en la actual arqueología de *Carthago Noua* y su entorno: la inexistencia de envases comerciales propios de la zona (*vid*. cap. 2).

No entraremos aquí en el análisis del resto de formas de la ERW3, si bien algunas de las definidas por Reynolds (entre las que se incluyen varias que cuentan con un único individuo como ERW3.3, 4 o 5) no han sido documentadas, de momento, en nuestra zona. Caso por ejemplo de la interesante botella ERW3.15 que recuerda al tipo 50 de Issings hecho en vidrio y con la base cuadrangular y también de esta cronología (Sánchez de Prado, 1984: 84-85). Sin embargo añadimos dos nuevas piezas que por su pasta y acabados se incluyen de lleno en esta familia cerámica, un tipo de *peluis* de grandes dimensiones y una serie de cacitos o *trullae*.

***Peluis* de cerámica común oxidante (ERW3)**. Este gran vaso de forma troncocónica y fondo plano, con un ancho borde en forma de asa que cae hacia abajo ha sido definido como *peluis*, una forma empleada tanto para las labores domésticas como la higiene personal (Escrivà, 1995: 177 y 182). En ocasiones presenta dos asas laterales muy pegadas al cuerpo y cuenta con el espatulado exterior (que no pulido) propio de la

ERW3 (fig. 109). Un ejemplar hallado en la C/ Jara nº 12 sobre el que luego se incidirá presentaba restos de una concreción calcárea en su interior (fig. 110a), lo mismo que una pieza africana Uzita 2 recogida por Bonifay (2004: 162), interpretada como un recipiente para mezclar cal. Si bien esta es una de las posibilidades de uso que se barajan para nuestros tipos de cerámica común oxidante –probablemente multifuncionales– diversos paralelos invitan a considerarlo un orinal, como se ha propuesto para piezas similares y de la misma cronología (Pasqualini, 2002). Todas poseen unas características comunes, forma cilíndrica o troncocónica que recuerda a los *kalathos* ibéricos, pudiendo ser de sección redonda u ovalada. A la hora de utilizarlo podría contarse con algún elemento supletorio, como una caja de madera con un orificio a colocar encima. En su interesante trabajo sobre la limpieza en Roma, S. Panciera recoge numerosas alusiones a los *caccatores* y a accidentes relacionados con orinales, como el de una persona que falleció por la caída de una de estas piezas durante un discurso de Augusto en Cnido o la invitación de Juvenal a hacer testamento antes de pasear por las calles de Roma de noche por miedo a recibir en la cabeza un jarro además de su contenido (Panciera, 2000: 96-98). Se trata en cualquier caso de piezas comunes que aparecen con frecuencia en los repertorios, en la costa mediterránea hispana además, en cerámica oxidante y sin ningún tratamiento adicional (Escrivà, 1995: 177 y 182). Independientemente de que puedan ser utilizados con este fin –lo cual es harto probable dado en caso contrario la sorprendente inexistencia de recipientes para una necesidad tan básica– cada vez más vasos de características semejantes procedentes de contextos romanos son interpretados de esta forma (Gros, e. p.). Por último cabe destacar la gran similitud que guardan las piezas romanas con los numerosos bacínes de época medieval y moderna (fig. 110b), esmaltados en su interior y algunos también con asas (Guillermo, 2009: 116-117; Coll *et alii*., 1988).

***Trullae* de cerámica común oxidante (ERW3)**. Por último cabe destacar una serie de cacitos que, si bien por ahora no se han documentado en Cartagena, sin duda han de existir en las estratigrafías de la ciudad, pues su hallazgo en Portmán y otros puntos del SE evidencia una distribución regional. Se trata de unas piezas apenas conocidas[218] de las que, entre otras cosas, se ignoraba la forma completa de su perfil. La reciente excavación de la necrópolis de Algezares donde aparecieron dos de estas *trullae* –una

[218] A excepción de una referencia sobre su hallazgo en la *uilla* de la Quintilla, en Lorca, donde al parecer se encontraron en un elevado porcentaje (comunicación oral, S. F. Ramallo).

de ellas conservada íntegramente– ha permitido comprender su morfología (Yus, 2008: 117, fig. 3). Publicados en un principio como cerámica común, gracias al análisis macroscópico que pudimos llevar a cabo en los fondos el MAM se confirma su adscripción al grupo de la ERW3. Son unos cazos de cuerpo troncocónico con una carena en su tercio inferior, a partir de la cual la pieza se estrecha para acabar en una base marcada por el característico pie anular (fig. 111a). No poseen borde diferenciado y cuentan con un característico mango en forma de cola de golondrina (en otras ocasiones rectangular, como su sección) que en su extremo puede adoptar diversas formas, desde un acabado semicircular hasta un característico dentado que parece recortado con algún objeto metálico, pues se repite de forma idéntica en diversos ejemplares de Portmán. Uno de los aspectos más singulares que presenta es su acabado superficial, bruñido y pulido de forma muy cuidadosa, lo que además le otorga una gran dureza. Éste y otros detalles remiten a la vajilla metálica, a la que sin duda esta forma pretende imitar. El principal es sin duda su perfil anguloso en lugar de redondeado[219] que, al igual que ocurre en otras producciones como el barniz negro del grupo de la B, intenta reproducir los repertorios conocidos en materiales nobles como plata o bronce. Además en el punto donde el mango une con la pieza se suelen apreciar dos pequeñas volutas muy similares a las que presentan algunas lucernas, reminiscencia de apliques metálicos (fig. 111b y 111c). Cazos similares se encuentran en repertorios de cerámica común oxidante como en la *uilla* saguntina de La Vallaeta –fechados también en los s. II-III d.C.– uno de los cuales presenta una inscripción en el mango (Huguet Enguita, 2009: 104 y 152, lám. 18, 4-6) e incluso en *terra sigillata* hispánica como el ejemplar hallado en Granada por E. Serrano (1979: 64-65, fig. 11)[220] donde, aunque el fondo es plano, las similitudes son notables, pues también imitan formas metálicas. Un buen ejemplo de estas últimas lo constituye el pequeño lote de cuatro piezas de bronce hallado en el pecio Dramont D como parte de la carga (Joncheray, 1975: 6-7, planche I). En cuanto a su funcionalidad podrían estar vinculados con el consumo de vino como se ha propuesto para las *trullae* corintias que se exportaron junto con las cajitas decoradas con motivos hercúleos (Malfitana, 2007: 42), utilizándose para servir el líquido desde un recipiente mayor donde se mezclaría (con miel u otros productos pues no se consume

[219] ¿Acaso hecho a molde? El propio mango en algunas ocasiones en las que adopta formas semicirculares o dentadas parece realizado con algún tipo de molde (*vid. infra* materiales Portmán).
[220] Forma incorporada al repertorio general de la TSH: Fernández García y Roca, 2008: 322, fig. 8.81.

puro) a los *vasa potoria*. De hecho los ejemplares aquí estudiados guardan un mayor parecido con esta última, pues no tiene borde diferenciado y sí un pequeño pie.

Cerramos aquí el apartado destinado a la cerámica común oxidante (o Early Roman Ware 3), una producción vinculada muy estrechamente a la cerámica romana pintada de tradición indígena con la que comparte pasta, formas y cronología. Sin duda han quedado fuera tipos que en el futuro vendrán a completar este vasto repertorio vascular (fig. 112), pues el carácter multifuncional de las cerámicas comunes las hace especialmente abundantes en los contextos y en este caso además su distribución fue al menos de carácter regional. Por último recordamos que queda por reordenar la tipología y que si no hemos continuado enumerando piezas a partir del tipo nº 20 de Reynolds es porque consideramos que debe hacerse una reflexión de conjunto. Ésta deberá basarse en nuevos datos de procedencia estratigráfica, con cronologías más seguras, piezas de perfil completo y teniendo en cuenta en su análisis –como se ha advertido en el caso de la cerámica reductora de cocina– la variabilidad en el volumen y el tamaño de los vasos[221].

4.3.5.- Producciones no identificadas (por ahora)

En los contextos de los s. II-III d.C. de *Carthago Noua* se han hallado numerosas piezas que por el momento es imposible adscribir a un taller o una familia cerámica y que serán tratadas en el texto de forma individual. Dentro de ese grupo se incluyen aquellos tipos aislados que constituyen un *unicum* o los vasos que aparecen concentrados en una única zona (caso por ejemplo de los encontrados exclusivamente en la *uilla* de Portmán). Sin embargo, se han detectado al menos dos producciones que parecen poseer una cierta entidad. Ello se basa en su hallazgo en diversos puntos del SE

[221] Sirva a modo de conclusión un último ejemplo etnográfico que ilustra con claridad la amplitud de formas que pueden producirse con un mismo tipo de cerámica común (y sus variadísimos usos), teniendo en cuenta la concepción del artesano respecto a las variantes en el tamaño, relacionadas directamente con su capacidad y función. La información está extraída de una entrevista realizada por Arturo Valero Zarco a Estefanía Manjavacas, una alfarera de Mota del Cuervo que contaba con 80 años cuando la misma fue publicada (en Schütz, 1993: 21-23): "Aparte de los típicos cántaros para el agua, hacíamos: jarrones para el ordeño de ovejas, "colaores", arcabuces para cangilones de las norias, búcaros para los geranios, lebrillos para los fregaderos. Además hacíamos cantarillas de tres tamaños, -la grande, la de "a tres" y la de "a cuatro"- botijas, que son cantarillas de boca estrecha para poderles poner un corcho […] hacíamos orzas u orcillas, para guardar picantes en vinagre y los productos de la matanza, […] las tinajas, que eran de hasta siete tamaños diferentes: la mayor de todas era "la boronda", y le seguían la de caber "cuba y media", la de "a cuba", la de tres en pieza que cabían cuatro cántaros cabalicos y así hasta llegar a la de la "jarra" que es la más pequeña".

que indican una difusión regional, si bien el grado de desconocimiento al respecto es tal que poco más se puede precisar. Con las líneas que siguen intentamos poner el acento en unos materiales sobre los que sólo futuros estudios monográficos y análisis arqueométricos podrán aportar algo de luz, dando aquí un primer paso para su identificación.

4.3.5.1.- Imitaciones de Dragendorff 27

Bajo esta denominación distinguimos un cuenco de vajilla fina de perfil exvasado y borde no siempre diferenciado (en ocasiones por un pequeño engrosamiento) dotado de un pequeño pie. Se caracteriza por poseer una marcada hendidura en su tercio superior que divide la pared en dos partes, originando un pequeño resalto en su interior. La pieza recuerda a la forma de *sigillata* Dragendorff 27, salvo que en aquella las dos partes convexas del perfil están más acentuadas (y sus dimensiones son más reducidas, aunque adquieren un mayor tamaño en el caso de la Drag. 27 en TSH). Identificada en Portmán (fig. 113.3), se caracteriza por no poseer engobe o tratamiento superficial alguno, siendo siempre visible su pasta, calcárea y de un tono amarillento. Aunque muy depurada, se aprecian pequeñas partículas de cal en su arcilla, algunas a nivel superficial, que también recuerdan a las cerámicas de la ERW3. A la espera de poder determinar su origen –para lo que la ayuda de la arqueometría será indispensable– se observa una difusión de la forma en algunos puntos del SE, siempre en yacimientos fechados entre los s. II-III d.C. La primera pieza completa de la que tenemos noticia procede de la necrópolis de Algezares (Yus, 2008: fig. 3; aquí fig. 113.2) y un examen personal permitió reconocerla, si bien ya con anterioridad había sido encontrado un ejemplar en Águilas, conservado inédito en su Museo Arqueológico (vitrina 5, nº 8). En fecha reciente otra pieza idéntica ha sido hallada en el yacimiento valenciano de Faldetes, también de época antonino-severiana (Guilabert, 2012: 47, fig. 48 1077-144, aquí fig.113.1). Por lo tanto se confirma una amplia distribución en nuestra zona, existiendo con toda seguridad otras piezas ya publicadas que en adelante cabrá poner en relación como una producción homogénea; producción de la que nada sabemos todavía y que con probabilidad se vinculará a otras (¿ERW3?).

4.3.5.2.- Cerámica oxidante con marcas de cuerda

Bajo esta insatisfactoria definición queremos poner el acento en un tipo de piezas propias de época antonino-severiana que se han documentado en al menos dos yacimientos. Se trata de una producción de pasta oxidante sin ningún tipo de engobe, con unos tonos que varían del beige al rosado y que posee partículas de cal en su superficie así como pequeñas inclusiones de color negro, a pesar de lo cual la tonalidad de las piezas recuerda a la de la ERW3. El hecho de que los vasos identificados se hallen completos ha impedido una descripción más exhaustiva de la pasta, siendo la pieza principal un cuenco inédito procedente de la necrópolis de la C/ Carlos III de Águilas (fig. 114). Se trata de un bol sin borde diferenciado, acaso ligeramente engrosado y con marcas de torneado en su superficie. Su característica más destacada reside en el fondo, muy ancho y cortado a cuerda por el alfarero, sin ningún tipo de trabajado adicional. La marca que deja este proceso es fácilmente reconocible y también se puede observar en algunas lucernas de posible producción local (*vid. infra*). El hecho de que las líneas del corte sean concéntricas indica que el torno estaba aún girando cuando el artesano separó la pieza de la pella de arcilla, pues de haberse parado éstas serían rectas (Rye, 1988: 75, fig. 63-64). En cualquier caso se trata de una peculiaridad que es posible encontrar en muchas formas (aunque no abunde para nuestra zona y cronología) de ahí que nos parezca un criterio insatisfactorio para su definición. Sin embargo, ante la imposibilidad de poder definir la pasta como una "cerámica oxidante tipo 2" por la escasez de ejemplares y su hallazgo sin fracturas, nos hemos inclinado por referirnos a las piezas de este modo; situación sin duda temporal y que habrá de ser mejorada con los avances de la investigación.

La otra pieza en cuestión también es un cuenco, igualmente sin borde diferenciado, con una pared exvasada marcada por diversas ondulaciones y un fondo ancho y cortado a cuerda procedente de la necrópolis de Algezares, que tan significativos materiales está proporcionando para los s. II-III d.C., sin duda por tratarse de las pocas de esta cronología en nuestro territorio (Yus, 2008: 117, fig. 3)[222]. En este caso la singularidad del vaso reside en que presenta un pequeño triángulo equilátero calado en su pared sin paralelos hasta la fecha. Esto nos hace preguntarnos en el uso de la forma… ¿acaso ritual?, pues sin duda un cuenco con un orificio en la pared dificultaría la ingestión de cualquier alimento y no presenta traza alguna (por ejemplo

[222] Agradecemos a Silvia Yus la posibilidad de haber revisado los materiales de la misma conservados en el MAM, a partir de cuya observación macroscópica fue posible relacionar la pieza con la de Águilas.

de fuego en su interior en caso de haber sido usado como incensario). Resulta significativo que tanto éste como el de Águilas apareciesen en ámbito funerario. A los mismos hay que sumar una pieza muy similar de cerámica común oxidante hallada en la sepultura 7 de la necrópolis del Portal de Russafa (Valencia), fechada a partir de los s. II-III d.C. gracias a una lucerna africana (González Villaescusa, 2001: 235-237, fig. 55.4) y otra procedente de Santa Pola, si bien para esta última no existe una descripción detallada aunque sí un dibujo muy similar en el que se reconoce la forma (Sánchez *et alii*, 1986: 68, fig. 39.6). ¿Estamos pues ante una producción destinada a uso exclusivamente funerario? La falta de detalle del cuenco aguileño, mal torneado como indica el desnivel de su boca (fig. 114) y la ausencia de acabado del fondo, que no fue trabajado parecen intuirlo. Al igual que ocurría con los *urceus* de la ERW3 en los que la base no presentaba pie respecto a otras piezas de la producción, quizás podríamos estar ante otra forma realizada con la misma arcilla… una cuestión en definitiva a resolver sobre la que aquí tan sólo hemos querido llamar la atención.

4.4.- Cerámica de transporte

Objeto de comercio por su contenido (Martin-Kilcher, 2011), las ánforas son las producciones que más información aportan a la hora de trazar la historia económica del mundo antiguo y por tanto, una de las que más atención ha recibido por parte de la investigación[223]. En los contextos antonino-severianos de *Carthago Noua* sin embargo, ya sea porque tras su desembarco los productos eran transferidos a otros recipientes para su venta, porque los envases se reutilizaban y formaban parte de los equipamientos domésticos tan sólo en un bajo porcentaje o bien debido a otras cuestiones de índole económica, su número es muy reducido. A pesar de ello reproducimos los perfiles completos de algunos de los tipos más frecuentes de cara a facilitar la identificación por parte del lector (fig. 115). No se ha documentado ningún ejemplar completo a excepción de los hallados en los niveles de destrucción del Molinete, todavía parcialmente publicados y fechados en torno a la segunda mitad del s. III d.C. y los sellos brillan por su ausencia incluso en las piezas fragmentadas. La *uilla* de Portmán es, sin duda por su carácter marítimo, la única que posee materiales significativos. En cualquier caso por

[223] El título del bloque temático dedicado a estas producciones en la reciente síntesis sobre la cerámica hispanorromana es más que significativo: "Algo más que cerámica: la singularidad de las ánforas" (Bernal y Ribera, 2008: 24-25). Para una reflexión sobre la importancia de estas producciones en relación a la historia social y económica de la Antigüedad, *vid*. Chic García, 2000.

los motivos expuestos las ánforas no serán tratadas en profundidad, incidiendo, como se ha hecho con las anteriores categorías cerámicas, en aquellos tipos menos conocidos y dejando para el análisis individual de los contextos el comentario de aquellos fragmentos no identificados, persistiendo de fondo el problema del vacío de producciones locales ya planteado en el cap. 2. Se reenvía pues a trabajos de otros autores entre los que destaca C. Panella, con diversas síntesis que recogen las principales formas de los repertorios de los s. II-III d.C. y algunos de los problemas más representativos de su producción (Panella, 2001, con bibliografía)[224]. Todo ello además bajo el prisma de un cambio que empezará a producirse a partir de este momento, con un desplazamiento del aceite bético por el africano en la hegemonía de los mercados y una reducción de los contenedores, especialmente en el área hispana). Asimismo se presta especial atención a algunos pecios de los s. II-III d.C. que, como el de Grado (Auriemma, 2000) o el Cabrera III (Bost *et alii*., 1992), constituyen una fuente de información fundamental al permitir contemplar la distribución de tipos anfóricos con diversa procedencia en un mismo momento. De este último y paradigmático naufragio reproducimos una lámina que recoge algunos de los tipos anfóricos principales de mediados del s. III d.C. (fig. 116).

4.4.1.- Ánforas itálicas

Tras la llegada masiva del vino campano a *Carthago Noua* entre los siglos finales de la República y el cambio de era, con tipos muy bien conocidos como Dressel 1 y Lamboglia 2, las producciones itálicas apenas harán acto de presencia en la ciudad en los s. II-III d.C. La única conocida es la Dr. 2-4, destinada al vino itálico, que perdura desde el s. I a.C. hasta mediados del s. II d.C. (en este última centuria de forma ya residual) y viene a sustituir a las formas anteriormente mencionadas. Desarrollada a partir de un modelo oriental, se reconoce por su característica asa bífida de perfil acodado, borde redondeado, cuello largo y ligeramente troncocónico (invertido), carena marcada en su tercio superior y cuerpo fusiforme cilíndrico con pivote macizo (Márquez y Molina, 2005: 119-120, con bibliografía). En esta misma cronología se distribuye otro ánfora itálica vinaria que, si bien no se ha documentado en los contextos de *Carthago*

[224] Igualmente remitimos al trabajo de Márquez y Molina (2005), una de las referencias en castellano también con abundante bibliografía.

Noua, puede ser en gran parte por su reducido tamaño, al que cabe sumar un fondo plano y una boca muy estrecha que pueden inducir a error en su clasificación, interpretándola como cerámica común más que como contenedor de transporte. Se trata del ánfora Forlimpopoli (Panella, 2001: 194-196; Aldini, 1999), que aunque propia del Adriático y con una difusión principalmente oriental a lo largo de los s. II-III d.C. (Paczynska y Naumenko, 2004) se localiza (en porcentajes modestos) en algunos contextos de época antonino-severiana del sur de la Galia, destacándose entre los más recientes los del entorno de Narbona (Sánchez *et alii.*, 2011: 173, fig. 4.9) y el pecio Arles-Rhône 7 de la ciudad epónima (Long y Duperron, 2011: 40, fig. 5.3). Su hallazgo entre la carga de otros naufragios, como el de Grado (Auriemma, 2000: 38) o la nave A de Pisa (Leoncini, 2007: 6), ilustran su circulación en la segunda mitad del s. II d.C. y su llegada a las costas del SE hispano queda atestiguada por un fragmento identificado con interrogantes (pero, creemos, acertadamente) en el yacimiento valenciano de Faldetes (Guilabert, 2012: 33-34, fig. 40, 1077-170).

4.4.2.- Ánforas galas

En el caso de los envases de transporte galo un ánfora predomina de manera indiscutible: la Gauloise 4 (Laubenheimer, 1985: 261-267). Esta forma de cuerpo piriforme, cuello corto y cilíndrico con borde saliente, se caracteriza especialmente por su fondo plano y estrecho (fig. 115.1). Igualmente por poseer unas asas con trazos muy marcados en los puntos de unión con el cuerpo, siendo una producción narbonense bien conocida fechada entre los s. I-III d.C. (Márquez y Molina, 2005: 128-129, con bibliografía). Sin embargo en el área de Denia (Alicante), se ha documentado también su producción para el mismo período en distintos talleres, entre los que destaca el de l'Almadrava (Gisbert y Laubenheimer 2001). Hallazgos subacuáticos en el territorio muestran el carácter redistribuidor del antiguo puerto de *Dianium* así como la existencia de un comercio regional para estos envases y otros que contenían aceite (Gisbert, 2007: 260-263). Cabría pues preguntarse por el origen de las Gauloise 4 de Cartagena, pues desconocemos si se dio una producción local al igual que en Denia o si el vino consumido aquí procedía del área valenciana o directamente de la Galia. El interrogante surge en numerosos yacimientos, como *Baetulo* (Comas y Padrós, 2008: 86), debido a la dificultad en muchos casos para diferenciar las G.4 "originales" de sus imitaciones hispanas. Por el momento las piezas de *Carthago Noua* parecen galas y concretamente

de pasta calcárea, la típica del área narbonense[225], si atendemos a los tres tipos de arcillas recientemente diferenciados sobre la base de analíticas practicadas a ejemplares hallados en Francia (Laubenheimer y Schmitt, 2009: 153-154). En cualquier caso este envase alcanzó un considerable éxito y fue imitado por toda la geografía peninsular, llegando a referirse a la G. 4 como un ánfora "panhispánica" (Bernal, 2008: 43-44, fig. 8), motivo por el que su identificación requiere de una especial atención.

4.4.3.- Ánforas hispanas

El panorama peninsular es tan rico como complejo en lo que a la producción anfórica se refiere[226]. En las grandes áreas geográficas –Sur de Lusitania, Bética, Tarraconense– donde se desempeñó esta actividad de forma relevante, se descubren constantemente nuevos talleres y envases, muchas veces imitaciones locales de tipos importados cuya distinción sin análisis arqueométricos no siempre es sencilla. Además durante los varios siglos que duraron algunas producciones los ejes económicos se desplazaron (aun dentro de una misma región); cambios como el que precisamente parece detectarse entre los s. II-III d.C. Por mantener un cierto orden iniciaremos un breve recorrido geográfico de Oeste a Este. En la Lusitania los envases anfóricos no conocerán su despegue hasta un momento más tardío, especialmente a partir de un período de cambio en la producción que acontece en época antonino-severiana, desarrollando en adelante formas como las Almagro 50 y 51c (Fabião, 2008: 738-740), como ilustra el paradigmático caso del Cabrera III, (Bost *et alii*., 1992: 128-132, aquí fig. 116.3 y 116.4), a pesar de lo cual en este momento el predominio de las conservas de pescado era africano (Panella, 2001: 206).

La situación en la Bética es muy diversa frente a la existente en los s. I y II d.C. (García Vargas, 2000), y no ha sido hasta hace poco más de una década que se ha empezado a poner el acento en las producciones desarrolladas en la zona desde la época de los Severos en adelante (Bernal, 2000). En cualquier caso algunas de las ánforas que aparecen en los contextos de *Carthago Noua* a partir de finales del s. II d.C. son

[225] Impresión confirmada por F. Laubenheimer (27 octubre 2011, Aix-en-Provence), tras la observación macroscópica de algunas muestras procedentes de Cartagena cuyo análisis está en curso para confirmar dicha hipótesis o bien plantear un origen local o regional.

[226] Tradicionalmente ha despertado un fuerte interés en la investigación, que cuenta con proyectos muy consolidados como el del monte Testaccio en Roma y la exportación de aceite bético, dirigido desde el CEIPAC de la Universidad de Barcelona por J. Remesal (www.ceipac.gh.ub.es) o el más reciente y ambicioso *Amphorae Ex Hispania. Paisajes de producción y consumo* (www.amphorae.icac.net) dirigido desde el ICAC por R. Járrega para el estudio de las producciones del solar ibérico en su conjunto.

precisamente piezas de cronología anterior[227] como envases de salazón Dressel 7-11, Beltrán IIA y Beltrán IIB (fig. 115.2, 115.3 y 115.4) y alguna posible Dressel 12, si bien cabe resaltar cómo hasta mediados de la segunda centuria las exportaciones se mantienen activas en centros como la misma Roma (Rizzo, 2003). En cuanto al aceite, no se ha registrado ninguna Dr. 20 (fig. 116.1) a excepción de dos ejemplares hallados en un dragado del puerto (Pérez Bonet, 1996). Lo mismo sucede con la bien conocida evolución del tipo, la Dr. 23 (fig. 116.2), que deriva hacia un contenedor de dimensiones más reducidas a lo largo del s. III d.C. (Berni, 1998: 24, fig. 3) y que sin embargo parecen casi ausentes en Cartagena y su territorio inmediato (Murcia, 2009d: 224; Antolinos y Soler, 2000: 550-551). Una situación contraria a la registrada en el cercano *Portus Ilicitanus* (Santa Pola), donde el aceite bético tiene una importante presencia (Márquez y Molina, 2001: 77-82) Por último, en lo relativo a las importaciones de otros productos béticos, se repite la situación, apenas sí se conoce algún fragmento de Haltern 70 (que contuvo *defrutum* y olivas entre otros alimentos, Márquez y Molina, 2005: 130-131) procedente de los dragados del puerto (Pérez Bonet, 1996).

Aunque su presencia en los contextos de Cartagena es casi anecdótica (habiendo proporcionado la *uilla* de Portmán algunos de los mejores ejemplos), algunos envases béticos de los s. II-III d.C. hacen acto de presencia. Es el caso de la forma Keay XVI / Almagro 50, (fig. 116.3) producida en los talleres de la zona de Cádiz a partir de finales del s. II d.C. (también en la zona del Guadiana y la Lusitania) y precedidas por evoluciones del tipo como son las ánforas Puerto Real I y II (García Vargas y Bernal, 2008: 668-670, con bibliografía). La Keay XVI se caracteriza por poseer un cuerpo de tendencia cilíndrica que se ensancha en la base, formada por un pivote macizo; de su labio, apuntado y ligeramente exvasado, arranca el asa, de sección ovalada. En un momento más avanzado del s. III y ya el IV d.C. se desarrollará la forma Beltrán 68 (fig. 116.7), destinada al comercio del vino, hasta hace poco casi desconocida (Bernal, 2008: 48-50). Con un característico cuerpo piriforme invertido marcado por numerosas estrías, un pivote hueco, un cuello corto con una pequeña carena que lo separa del labio y asas redondeadas de sección semicircular con una acanaladura, en *Carthago Noua* sólo se ha documentado en los niveles de destrucción del Molinete, fechados (a falta de

[227] Bajo la denominación genérica de "ánforas béticas" se distinguen multitud de áreas de producción que no especificaremos en esta sede, siendo de obligada consulta al respecto el trabajo de síntesis de García Vargas y Bernal, 2008.

un análisis detallado) entre los s. III-IV d.C. (Murcia, 2009c: 281). Asimismo cabe destacar la producción –modesta– del contenedor de fondo plano Dr. 28 / Oberaden 74 (García Vargas y Bernal, 2008: 674-675), marcado por un cuello troncocónico que sin embargo se dio mayoritariamente en la Tarraconense (Márquez y Molina, 2005: 129-130).

En cualquier caso para el período de estudio resulta de especial interés el auge que toman las producciones del ámbito costero, sobre todo en lo que a la Bética oriental se refiere. Nos referimos a la actividad desarrollada a partir del s. III d.C. en los centros de la costa granadina, que tienen en Los Matagallares (Salobreña, Granada) su principal exponente (Bernal, 1998c). Los envases procedentes de dicho taller, que les da nombre, se caracterizan por un cuello troncocónico de borde triangular marcado al exterior con líneas incisas, un fondo ápodo y umbilicado y anchas asas con acanaladura dorsal entre otros detalles (Bernal, 1998b: 282-291). En Cartagena su mala identificación –son confundidas a menudo con cerámicas comunes oxidantes– altera sin duda su verdadero impacto en los contextos, como se ha destacado en el caso de la *domus* de la Fortuna donde una pieza se consideraba común (Bermejo y Quevedo, e. p.). Su distribución, que sobrepasa los límites hispanos (Bernal, 2008: 54, fig. 17), y el hallazgo de un fragmento en el taller de El Mojón de posible producción local (Berrocal, 2007b: 308-311, lám. 4.3) plantea los mismos interrogantes que para las Gauloise 4 de Denia e igualmente deberán ser resueltos mediante analíticas de pastas. En lo relativo a las producciones costeras de este momento pero ámbito gaditano, recientemente se ha incidido en el desarrollo de la forma Puerto Real 3, con un cuello sinuoso muy característico (Bernal y García Vargas, 2012). Producidas en época antonino-severiana, se ha detectado su presencia en Arlés, lo que denota un carácter exportador que sin duda se acrecentará en los próximos años en función de su paulatino reconocimiento dentro del mundo de la ceramología.

En cuanto a la Tarraconense, de la que pueden diferenciarse dos grandes zonas productoras, una en el NE de la actual Cataluña y otro en el área valenciana, en torno a Denia (Revilla, 2004: 163-172, fig. 1 y 2), sus envases brillan por su ausencia en los niveles de la *Carthago Noua* de los s. II-III d.C. En principio los tipos más conocidos del área catalana como la Pascual 1 o la Dr. 2-4 son de cronología anterior y su difusión ya es escasa en nuestra zona, donde se detectan algunos ejemplares aislados procedentes del dragado del área portuaria (Pérez Bonet, 1996). Igualmente anteriores son otras

piezas como la Oberaden 74, que parece propia de tallers del área de Gerona y numerosas imitaciones entre las que se encuentran contenedores de Dr. 7-11 (López Mullor y Martín Menéndez, 2008). Dentro de este panorama, también complejo por la variedad de talleres y la amplitud geográfica, cabe destacar la reciente identificación de una forma "evolucionada" de la Dr. 2-4 producida en el entorno de *Tarraco* durante los s. II-III d.C. (Járrega y Otiña, 2008). Su distribución no parece afectar en cualquier caso a nuestra zona, sobre la que quizás tuviesen más impacto las producciones de los talleres de Denia, que como se ha mencionado manufacturaron en esta época envases vinarios de la forma G. 4 (Gisbert y Laubenheimer, 2007) y otros probablemente para aceite, caso de la forma 3 de Oliva, alfar del que toma el nombre (Enguix y Aranegui, 1977: 23-31, fig. 8.9). Igualmente no hay que olvidar las producciones de otras zonas que, dentro de la Tarraconense, están activas durante nuestro período de estudio aunque *a priori* sus envases apenas se detecten en los contextos de *Carthago Noua*, caso de Ibiza. Bajo la denominación de ánfora púnico-ebusitana encontramos formas plenamente romanas como la PE 25, fabricadas en la isla durante el s. II d.C. (Ramon, 1991: 119-122). Se trata de contenedores de aspecto fusiforme, con el cuerpo ovoide y marcado por diversas ondulaciones en el exterior. Acaba en un pivote cilíndrico y hueco y en su parte superior destaca un cuello alto del que parten dos asas alargadas y acodadas que unen con la panza. El borde presenta una amplísima variedad que puede ir del engrosado al redondeado e incluso al triangular (Ramon, 1991: fig. 14). Su distribución afecta a diversos puntos del Mediterráneo occidental, entre los que cabe destacar el caso de *Tarraco*, donde las ánforas ibicencas predominan con altos porcentajes en contextos de la primera mitad del s. II d.C. (Fernández y Remolà, 2008: 95, fig. 10. 1). En Cartagena tan sólo se han registrado dos fragmentos procedentes de los dragados del puerto (Pérez Bonet, 1989), situación que queda abierta a nuevos hallazgos y a la revisión de antiguos inventarios.

4.4.4.- Ánforas africanas

A pesar de que es a partir de los s. II-III d.C. cuando la eclosión de los productos africanos inunda el mercado mediterráneo, los envases con esta procedencia son escasos en los contextos de *Carthago Noua*, siguiendo la tónica general ya planteada para el resto de ánforas. Los hallazgos más significativos son de fecha muy reciente, concretamente del nivel de destrucción del Molinete, fechado a falta de un estudio en

profundidad hacia la segunda mitad del siglo III d.C. Allí aparecieron diversas piezas que pudieron reconstruirse íntegramente, ánforas de aceite y salazón asimilables a los tipos Africana II A o B y II C respectivamente (Murcia, 2009a y 2009b). Para el estudio de estas producciones remitimos a la profunda revisión que sobre las mismas ha realizado M. Bonifay (2004: 105-119), quien a su vez parte de otros trabajos de referencia como el llevado a cabo por Cl. Panella en el volumen III sobre las excavaciones de Ostia (Panella, 1973) y S. Keay para las ánforas tardías del área catalana (Keay, 1984).

Dentro de las producciones de este momento se distinguen ánforas "tripolitanas" y "africanas", una división fruto de la tradición de estudios italiana que se mantiene debido a su consolidado uso por parte de la investigación a pesar de que esta división política no se realiza hasta el s. IV d.C. (Bonifay, 2004: 105). De la primera se distinguen dos tipos, la Tripolitana I, producida entre época de augusto y mediados del s. II d.C. y la Tripolitana III, que remplaza a la anterior desde la segunda centuria hasta el s. III d.C. Ésta última, la que más nos interesa dada su cronología, se caracteriza por un cuerpo cilíndrico que se ensancha tanto en su parte superior como inferior y un cuello troncocónico con un borde alto y exvasado de doble moldura al exterior y dos pequeñas asas cortas de sección circular que parten por debajo de la misma. Destinada con probabilidad al comercio del aceite, su producción se vincula al taller de *Zitha*/Zian, en Tripolitania (Bonifay, 2004: 105-107). En cuanto a las ánforas "africanas" existen distintos tipos, siendo dos los que más nos afectan, la Africana I y Africana II, conocidas tradicionalmente como "africana piccola" y "africana grande" según su tamaño (Panella, 2001: 209). La Africana I, es un envase cilíndrico con un pequeño pivote macizo coronada por un cuello troncocónico al que se fijan dos pequeñas asas circulares de sección ovalada y que acaba en un característico borde convexo. (fig. 115.8) En función de la evolución interna de este último, más plana o más cóncava, se pueden distinguir hasta tres variantes, A, B y una más tardía o C. Cronológicamente la variante II A se sitúa entre finales del s. II y principios del III d.C., perdurando la II B hasta mediados de esta última centuria y la II C hasta finales de la misma y el s. IV d.C. (Bonifay, 2004: 106-107). Una datación que confirman los hallazgos del Testaccio, en donde los envases africanos de estas características hacen acto de presencia en el mismo arco cronológico, refrendando su uso para el comercio del aceite africano (Revilla, 2001). Por último la Africana II, para la que se distinguen cuatro variantes, A, B, C y D, según la clasificación de Panella (1973) a las que se han añadido nuevos matices gracias

sobre todo al estudio de los materiales de la necrópolis de Pupput (Bonifay, 2004: 111-119), es una de las ánforas más características del s. III d.C. Está compuesta por un cuerpo cilíndrico más grande que el de la Africana l ("piccola") que se ensancha en su parte superior, acabando en un cuello troncocónico donde se encuentran las dos típicas asas circulares de esta forma. El fondo está rematado por un inconfundible pivote troncocónico macizo de hasta 10 cm de altura y en función del tipo de borde, redondeado y engrosado al exterior, se puede hablar de una variante u otra. En la Africana II A éste posee una sección en forma de almendra con una marcada línea exterior que lo dota de un pequeño escalón. Cronológicamente se sitúa entre finales del s. II d.C. y la segunda mitad del s. III d.C., pudiendo afinar esta datación en función de las variantes distinguidas por Bonifay (A1, A2 y A3) sobre las que no entraremos aquí (Bonifay, 2004: 111). El hallazgo de pez en su interior parece excluir el transporte de aceite en esta forma. En la Africana II B, el borde es de sección más cuadrangular (fig. 115.7) y si bien se trata de un tipo poco abundante, el estudio de los materiales de Pupput ha permitido redefinirlo, datándose en el s. III d.C. y sin que se conozcan datos relativos a su posible contenido (Bonifay, 2004: 114). La Africana II C, caracterizada por ser más tardía, con diversas variantes entre mediados del s. III d.C. y el s. IV d.C., posee un cuerpo similar a las anteriores salvo que el borde es más alto y de perfil convexo (fig. 116.6). El hallazgo de pez en algunas de estas piezas parece vincularlas al transporte de *salsamenta*, siendo especialmente interesante el hallazgo en unos ejemplares de la localidad argelina de Annaba de unas etiquetas de plomo relacionadas con una posible *officina* de salazones (Léquement, 1975: 667) también encontradas en Portmán. Su área de producción estaría presumiblemente vinculada a Nabeul y su entorno (Bonifay, 2004: 115). Por último, en la Africana II D el borde es plano y aparece generalmente separado del cuello por un profundo surco, siendo junto a la anterior el tipo más tardío que predomina previsiblemente desde la segunda mitad del s. III d.C. hasta inicios del s. IV d.C., con algunas dudas relativas a su posible contenido dado que no siempre se ha detectado pez en su interior (Bonifay, 2004: 117).

En definitiva, dentro de la variedad de ánforas existentes entre los s. II-III d.C. destaca este último gran grupo de las Africana II, tras cuyas numerosas variantes quizás quepa otorgar un mayor peso de las diversas zonas de producción antes que una evolución cronológica de un mismo tipo (Bonifay, 2004: 117-119). Igualmente cabe destacar el desconocimiento, todavía acusado, de las producciones de áreas próximas y

con un gran potencial como la argelina, que sólo con un desarrollo de la investigación podrán ser abordadas.

4.4.5.- Ánforas orientales

Como ya se ha visto para las cerámicas comunes y de cocina, la genérica denominación geográfica de "Oriente" esconde una constelación de áreas productivas tan amplias como diversas. A ello cabe añadir un importante desarrollo de la investigación que ha multiplicado de manera exponencial los conocimientos que sobre el tema se tenían hace unas décadas (Empereur y Picon, 1989; Empereur y Hesnard, 1987; Panella, 1986). Actualmente no solamente se conocen mejor las ánforas de zonas muy concretas y diferenciadas como las de Quíos, Rodas, Cnido, Creta, Egipto o el Levante, también se ha profundizado en el estudio de tipos como las Dr. 2-4 y Dr. 5 orientales, la Dr. 24, la Ágora G199 o la F65-66 y en el de los diversos talleres de cada área, siendo los de la costa de Asia Menor (Lémaître, 2002, 2000) y los de la costa levantina (Reynolds, 2005) los que representan un mayor interés para nuestro caso de estudio. Ambientes geográficos de excepción como el que supone la isla de Sicilia, situada entre Oriente y Occidente, muestran cada vez con mayor nitidez el consumo de productos orientales, tanto ánforas como vajilla fina, como muestran numerosos pecios entre los que destaca la presencia de ánforas Kapitän 1 y 2 (Malfitana, 2004: 246-247, fig. 3). Ya desde época helenística las ánforas de Cnido eran mayoritarias, si tomamos como ejemplo el Ágora de Atenas, donde la proporción de éstas en contextos del s. II a.C. es de un 67% frente al 19% de las de Rodas u otras procedencias (Koehler y Wallace Matheson, 2004: 163, fig. 1).

Las ánforas orientales parecen tener una escasa presencia en los niveles antonino-severianos de *Carthago Noua*, donde sin embargo se detectan algunas piezas de cerámica común con dicha procedencia, asociadas tradicionalmente a productos como el vino egeo que desconocemos si arribaba directamente de su lugar de origen o bien redistribuido a través del puerto de Ostia. El constante desarrollo de la investigación sobre estos tipos sin duda permitirá reclasificar en el futuro más de una pieza de nuestros inventarios donde actualmente residen bajo el nombre de cerámica común oxidante (tal y como hemos constatado en más de una ocasión) y afinar en la descripción de los tipos. Como muestra de los avances que empiezan a darse en el campo de las cerámicas orientales de esta cronología cabe reseñar el reciente caso de un

ánfora libanesa hallada en la Málaga de principios del s. III d.C. (Bernal *et alii*., 2011)[228]. Entre los contextos hispanos de ámbito mediterráneo destaca especialmente el caso de *Tarraco*, con significativos porcentajes de ánforas orientales que llegan a superar a las importaciones africanas en contextos del s. II d.C., con tipos muy característicos como la forma M54 del Ágora de Atenas y otros envases rodios de vino (Fernández y Remolà, 2008: 94-95; García Noguera *et alii*., 1997). En Cartagena hasta ahora las más conocidas eran los mencionados contenedores vinarios minorasiáticos Kapitän 1 y 2 (fig. 115.5 y 115.6) registrados en diversas excavaciones de la ciudad y en la *uilla* de Portmán (Murcia, 2007: 100-102, con bibliografía; Kapitän, 1961) así como en otros enclaves costeros cercanos como el *Portus Ilicitanus* (Márquez, 1999: 82-84). Destaca la forma Kapitän 2, procedente probablemente de la isla de Cos y muy abundante en el Mediterráneo oriental donde se produce durante los s. II-III d.C., pudiendo perdurar hasta el IV d.C. Posee un cuerpo cónico dotado de un fondo con pie exterior y dos largas asas que sobrepasan el cuello, muy alto y también cónico, marcado por una serie de estrías que facilitarían su transporte, como indican algunos motivos sobre lucernas en los que aparecen individuos que las acarrean de dicho modo (Bonifay, 2004: 319, fig. 178.11).

Entre los hallazgos de Portmán, sobre los que se volverá más adelante destacan tipos como Agora F65/66, de Asia Menor (Lémaître, 1997) o uno muy similar a la conocida "carrot amphora" o forma Schöne-Mau XV (Reynolds, 2005; Vipard, 1995) un ánfora libanesa o sirio-palestina con un cuerpo muy alargado y puntiagudo surcado de estrías, con dos pequeñas asas circulares y un borde recto que contenía dátiles e higos y que a pesar de su distribución en Centroeuropa apenas es conocida en *Hispania* (Carreras y Williams, 2002: 135, fig. 2).

4.5.- Cerámica de iluminación

Entre las piezas destinadas a la iluminación de los contextos antonino-severianos de *Carthago Noua* se distinguen dos grandes categorías: por una parte las importaciones

[228] Procedencia planteada inicialmente entre interrogantes y que ahora podemos confirmar gracias a inequívocos paralelos como una producción de Beirut (Pellegrino, 2009: 270, fig. 17.9) fechada efectivamente entre finales del s. II d.C. y la primera mitad del s. III d.C. (Hayes, 1983: 246-247, plate 189.21); un ejemplo que aunque excepcional sin duda no es único y muestra cómo el vacío existente es más de carácter editorial (por problemas de identificación) que de verdadera ausencia en los registros arqueológicos de dicha cronología.

típicamente romanas hechas con molde bivalvo y engobadas –que en este caso son mayoritariamente africanas– y por otra una serie de piezas muy abundantes que parecen propias de la ciudad y presentan la característica de estar hechas a torno. Aunque en un principio no era nuestra intención tratar estas últimas de manera monográfica, su repetida aparición en los contextos aconsejaba un intento de sistematización, motivo por el que le hemos dedicado un mayor número de páginas. En cuanto a las lucernas africanas haremos también alusión a los precedentes itálicos que, si bien no aparecen en los niveles de nuestra cronología, son fundamentales para conocer el desarrollo de las *officinae* y otros problemas relativos a la producción de estas piezas.

4.5.1.- Lucernas africanas

Las lucernas de este período se distinguen principalmente por la forma de su pico, redondeado y sin las volutas características de piezas más antiguas. Cuentan además con una orla más amplia que la de sus predecesoras que se verá profusamente decorada, al igual que el disco, y están dotadas de un asa que ya se incluye en el molde. En cuanto a su nomenclatura, el universo de las lucernas es especialmente complejo, existiendo numerosas formas de referirse a un mismo tipo y variando éstas en función del país o la escuela historiográfica que realice la clasificación (Morillo, 1990). Para las piezas africanas la tipología tradicionalmente empleada (especialmente en Francia) es la establecida por J. Deneauve en 1969 en su obra *Lampes romaines de Carthage*, mantenida a día de hoy con nuevos matices y subtipos en función de su simplicidad por autores como Bonifay (2004: 317-337). Sin embargo la irrupción en este panorama de la obra de J. Bussière (2000), *Lampes antiques d'Algérie*, realizada sobre el estudio de 40.000 lucernas argelinas ha hecho que algunos autores hayan comenzado a utilizarla para sus clasificaciones. La diferencia con la anterior estriba sobre todo en el criterio con el que agrupar los tipos, que en este caso otorga mayor peso a la *margo* que a la forma del pico. En nuestro caso la imposibilidad de acceder a la obra de Deneauve durante los primeros años de la tesis hizo que nos decantásemos por el empleo de la de Bussière, que sí podíamos consultar (Quevedo, 2008). Seguimos manteniendo esta clasificación, que cuenta con la virtud de haber sido realizada sobre criterios estratigráficos, si bien en ocasiones haremos también alusión a los tipos de Deneauve para facilitar el acceso al texto a aquellos lectores más familiarizados con la misma.

El estudio de las lucernas de esta cronología presenta dos problemas añadidos respecto a otras producciones: el desconocimiento de sus talleres y la facilidad con que muchas piezas eran copiadas a través del "sobremoldeado" (surmoulage). La técnica consistía en aplicar una masa de arcilla fresca a una lucerna para crear un molde con el que fabricar nuevos ejemplares, si bien las piezas resultantes eran siempre más reducidas que las originales (Bonnet, 1988: 17). Se podían copiar las dos partes de la pieza (superior e inferior) o una sola y a su vez, éstas podían ser modificadas. Si el arquetipo original no tenía decoración o presentaba una que se quería alterar, se añadía mediante un punzón. El uso de este procedimiento multiplicó el número de modelos existentes dando lugar a múltiples combinaciones, documentando, entre otras, lucernas del mismo tipo y con idéntica decoración firmadas por distintos artesanos o motivos iguales en piezas de distinta forma (Quevedo, 2008: 67-68, fig. 3-4). Si a la práctica imposibilidad de identificar piezas en función de su pasta o su engobe se le suma la producción local de lucernas que en ocasiones imita a los tipos en circulación, se alcanza a divisar la complejidad que alberga la clasificación de estas producciones. Es una realidad que distintos talleres se copiaron entre sí siguiendo las modas del momento e imitando los motivos más demandados, si bien también cabe la posibilidad de que artesanos itinerantes con punzones ya elaborados abastecieran a distintos talleres. Como muestra basta observar las distintas formas –tanto de tradición hispana como itálica– fabricadas en un taller sevillano durante el s. I d.C., para el que a simple vista sería imposible discernir el origen de algunos tipos (Vázquez, 2012). Es por ello que dentro de la división establecida por Anselmino y Pavolini para el desarrollo de las lucernas africanas hechas a molde (Atlante I, 1981: 186-188), aceptada por la mayoría de autores (Bonifay, 2004: 312-313), se otorga una especial importancia a las piezas firmadas[229].

Dentro de la mencionada periodización del *Atlante I* se observa cómo, en un primer momento, hasta época augustea, África produjo lucernas púnicas e importó ejemplares griegos y helenísticos, documentándose de modo muy escaso lucernas de origen itálico. En un segundo período, desde inicios del s. I d.C. hasta época flavia, desarrolló una producción local bastante reducida al tiempo que importaba lucernas itálicas en gran cantidad. Un cambio significativo se produce entre los reinados de

[229] Balil descartó el uso del término "firma" en favor del de "marca" para no dar lugar a confusión con las llamadas *Firmalampen* o "lucernas de factoría", unas producciones imperiales del Valle del Po que no siempre presentan la inscripción pertinente (Balil, 1968-1969: 159). Sin embargo, para Morillo esta denominación no atendía a una definición clara, prefiriendo la triple división que hace este autor, diferenciando entre signos o símbolos anepígrafos, letras aisladas o grupos de letras y firmas (Morillo, 1999: 278-279).

Domiciano a Trajano. Las importaciones de talleres itálicos como *C OPPI RES*, que comerciaban gran parte de sus manufacturas con el Norte de África, comienzan a verse desplazadas por piezas de sus sucursales locales. Entre los sellos africanos que empiezan a superarlos destacan *C CLO SVC*, *GABINIA* y en mayor medida *L MVNA DIEC*. Sin embargo, en este momento la economía africana aún no parece lo bastante desarrollada como para expandir sus productos a mayor escala. El intercambio se produce principalmente con la Península Itálica. Es en el periodo que abarca desde Adriano hasta el final del primer cuarto del siglo III cuando las producciones africanas sustituyen a las importaciones itálicas[230]. Un primer grupo comprende a las lucernas de pico redondo, todavía cercanas a modelos itálicos, con sellos como *AVFI FRON*, *C IVN ALEX*, *C IVN DRAC* y *M NOVI IVSTI*. El segundo se distingue por el uso de firmas incisas en lugar de impresas: *AGRI*, *LVCCEI*, *MAVRICI*, *PVLLANEI*… A veces se acompañan de la fórmula *EX OF* y presentan una tipología diversa con lucernas de pico redondo, triangular y en forma de corazón. A partir ya del segundo cuarto del siglo III empiezan a producirse las primeras lucernas en *terra sigillata* al tiempo las grandes *officinae* son sustituidas por multitud de pequeños talleres.

La definición por tanto de las firmas y los aspectos decorativos y formales, así como la atención a otras partes de las piezas como el fondo, no siempre tenidos en cuenta [Bonifay, 2004: 312]), se constituyen como un criterio básico para distinguir unas producciones en las que, a diferencia del resto, la identificación de pastas y engobes ofrece muchas más limitaciones.

4.5.2.- Lucernas a torno de producción local

A pesar del notable interés que la iluminación antigua ha despertado en la investigación arqueológica en las últimas décadas (Chrzanovski, 2005) en *Carthago Noua* se documentan unas lucernas nunca estudiadas de manera monográfica cuya génesis parece corresponder a una tradición propia de la ciudad. Se trata de unas piezas realizadas a torno que durante los siglos I-III d.C. convivieron con las masivas y conocidas importaciones moldeadas de origen itálico y africano (Atlante I, 1981: 184-186). Dada su abundancia nos parecía de especiar interés profundizar en algunos aspectos relativos a la producción (proceso de fabricación, uso, clasificación) y definir

[230] Atlante I, 1981:187: "È sopratutto attraverso i bolli che si può seguire, in questo periodo, il fenomeno del sorgere e dell'affermarsi di officine africane, concentrate, probabilmente, sopratutto in Tunisia".

su presencia como elemento característico del ajuar doméstico de la *Carthago Noua* altoimperial[231].

Llamadas tradicionalmente "lucernas locales" consideramos más correcto referirse a ellas como lucernas a torno o de depósito abierto, destacando sus principales características, puesto que el término "local" puede asignarse a cualquier ejemplar creado en la ciudad independientemente del tipo que sea (de volutas, de pico redondo… etc.)[232]. Aunque a lo largo del tiempo la forma experimenta ligeros cambios, se reconoce un único tipo con tres variantes, siendo el más habitual una pieza hemisférica de borde redondeado y paredes curvas que en ocasiones pueden aparecer ligeramente inclinadas y asimétricas (fig. 117.1). Posee una pequeña base ápoda en la que se suele apreciar la marca de la cuerda de alfarero con la que fue cortada. En el centro se sitúa un tubo con dos incisiones laterales que actuaba a modo de piquera. La mecha –de fibras vegetales como lino, cáñamo, papiro o junco entre otras– se colocaba en su interior y el aceite, vertido en el depósito que conformaba el cuerpo de la propia lucerna, penetraba por las aperturas hasta empaparla y favorecer su encendido[233]. El uso idóneo de este combustible pudo comprobarse empíricamente gracias a varias reproducciones inspiradas en las formas antiguas (fig. 117.2).

Debido a su aspecto, similar al de una palmatoria, hay autores que sugirieron como finalidad la colocación de velas. Realizadas con sebo o cera éstas eran ya utilizadas en época romana tal y como reflejan numerosos ejemplos de la iconografía y el *instrumentum domesticum*[234]. Es el caso de un pequeño candelabro cerámico aparecido en las excavaciones decimonónicas de la villa romana de Châtelet (Champagne, Francia) dotado de un soporte puntiagudo sobre el que se clavaría el cirio (fig. 117.3) tal y como recoge el *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines* (Saglio, 1877-1919: 870). Este empleo también se proponía para una pieza muy similar a las de Cartagena –salvo que consta de un asa– hallada en el mismo contexto, explicando la presencia de los cortes laterales de la piquera como huecos por los que se

[231] Las siguientes páginas reproducen parcialmente el contenido de un trabajo monográfico desarrollado durante el período de tesis sobre las lucernas a torno de los niveles antonino-severianos de *Carthago Noua* (Quevedo, 2012b).

[232] Moldes para la fabricación local de lucernas se han documentado en las localidades murcianas de Jumilla (Amante, 1993: 245-246) y Lorca (Martínez Rodríguez y Ponce, 1999: 300, fig. 2).

[233] En un ejercicio experimental realizado a inicios del s. XX se pudo corroborar el uso del aceite en otras lucernas de depósito abierto como las de tipo fenicio-púnico, para las que además se utilizaron distintas mechas, resultando las de fibras vegetales las más aptas (Ringelmann, 1908).

[234] Destaca la colección de lo que indudablemente parecen candelabros (*candlesticks*) del *British Museum* (Bailey, 1988: 173-174, Q1654-1666, Planche 11).

facilitaría la limpieza de la grasa o la cera no consumida (fig. 117.4). Es una interpretación correcta para otro tipo de elementos como candelabros de bronce que poseen grandes aperturas (fig. 117.5) que sin embargo no puede aplicarse a nuestro caso. En primer lugar debido a la estrechez de las hendiduras, de 2 o 3 mm (fig. 118.1 y 118.2), a veces meros orificios (fig. 118.4), por las que es difícil introducir un objeto, a lo que hay que sumar la falta de espacio provocada por el ángulo que forman las paredes del recipiente. Además, las marcas de fuego en el borde de la piquera, en ocasiones completamente quemada (fig. 118.3), muestran un contacto directo y continuo con la llama que no se habría producido con una vela para la que se presupone una cierta altura. Otras trazas en el interior y el exterior fruto del roce con una mecha muy larga (fig. 118.4) o de las fluctuaciones de la llama (fig. 118.5) refuerzan esta hipótesis. Asimismo, la clara distinción entre la parte superior ennegrecida del tubo central y la inferior denota la presencia de una sustancia que impedía la llegada del fuego[235] (fig. 118.6).

En cualquier caso gracias a un ejercicio de arqueología experimental llevado a cabo junto a la ceramista Cristina Navarro Poulin –que reprodujo varios ejemplares– se pudieron comprobar las propuestas sobre su funcionamiento y el empleo de aceite como combustible (fig. 117.2). En realidad este fue un aspecto derivado del objetivo principal de la prueba, que consistía en comprender mejor el proceso de fabricación y documentar todas las fases del mismo (fig. 119). En definitiva se trataba de plantear una analogía para intentar reconstruirlo, teniendo en cuenta que las características físicas del material son siempre las mismas al margen del grupo cultural que las produce (García Roselló, 2007: 45)[236].

El aspecto más destacado de estas lucernas consiste sin duda en su realización a torno en un momento en el que las hechas a molde inundaban todo el Mediterráneo. Para su elaboración el artesano utilizaba una pella de arcilla, previamente depurada y trabajada, que se colocaba sobre el torno (Cuomo di Caprio, 2007: 193-196). Se comenzaba centrando la masa de barro, esbozando la forma en la parte superior y estrechando la futura base (fig. 119.1). Las ligeras variaciones en el eje podían producir

[235] El uso de otras materias destinadas a la iluminación como la cera de abejas se ha constatado en culturas más antiguas, caso de la Creta minoica, a pesar de lo cual el aceite se sigue considerando el combustible por excelencia (Evershed *et alii.*, 1997; con bibliografía).

[236] García Roselló, 2007: 46: "Pensamos que la experimentación [etnoarqueológica] posibilita la reflexión sobre la fiabilidad de los datos y reduce la ambigüedad del registro ayudando en la correcta interpretación de los procesos mecánicos presentes en los materiales. Por todo ello nos parece oportuno utilizar la información procedente de alfareros y alfareras actuales para mejorar nuestra interpretación arqueológica sobre la tecnología cerámica".

descompensaciones tal y como muestran algunos ejemplares asimétricos de diámetro y altura irregular o con el centro desplazado (fig.124.13, 125.2, 125.11, 126.2, 126.9, 126.10). A continuación se marcaban las incipientes paredes y la piquera central, aún maciza (fig. 119.2). Éste elemento no es un añadido, sino que forma un único cuerpo como se aprecia en fracturas antiguas. Presionando con ambas manos se levantaban las paredes (fig. 119.3), pudiendo dejar bandas de torneado en el interior debido a la colocación de las mismas (fig. 118.3). Entonces se procedía a crear la piquera haciendo pinza con los dedos (fig. 119.4) como demuestran la extrema delgadez de algunas secciones (fig. 117.1). Tras esto se estrechaba aún más la base (fig. 119.5) y se cortaba con la cuerda de alfarero mientras el torno estaba en movimiento (fig. 119.6), lo que ha dejado numerosas marcas concéntricas (fig. 117.1, 120.1, 127.2) idénticas a las planteadas para una nueva producción de cerámica común oxidante (*vid. supra*). Así se explica que muchas bases estén inclinadas o no sean perfectamente planas. Por último se realizaban las incisiones laterales en la piquera con algún objeto puntiagudo –como un punzón– que dejaba pequeñas rebabas (fig. 118.1 y 118.6). Con la arcilla sobrante en el torno se volvían a levantar otras piezas, de forma que el alfarero obtenía varias de una misma pella.

La superficie no recibía ningún tipo de engobe o tratamiento especial[237], por lo que tras un tiempo de secado se procedía a su cocción, de la que poco sabemos. La práctica totalidad de los ejemplares fue sometida a atmósferas oxidantes como denota el color de la pasta, que varía del beige amarillento al naranja intenso. Sin embargo se han identificado algunos de tono muy oscuro, entre marrón y grisáceo, fruto de una cocción reductora. Estas diferencias no parecen producidas de forma intencionada[238]. Al tratarse de pequeños objetos su distribución en el horno, como por ejemplo dentro de un recipiente de mayor tamaño colocado boca abajo a modo de *saggar* (Peacock, 1982: 64, fig. 27), podría alterar las condiciones del aire. Se han documentado dos con los bordes muy deformados, uno en cocción oxidante (fig. 117.6) y otro en reductora (fig. 117.7)

[237] Al realizar el encendido de nuestras copias se observó que, pasado un tiempo, la propia pieza absorbía el combustible. Una circunstancia con la que se hubo de contar en la Antigüedad a la hora de seleccionar una arcilla o cocción determinadas que la hiciesen impermeable sin necesidad de engobes (Cuomo di Caprio, 2007: 118-121).

[238] Lo mismo sucede con las 108 lucernas llamadas "de sebo" (*lampes à suif*) muy similares a las de Cartagena halladas en el campamento de Alesia (Francia), entre las que se da indistintamente una cocción oxidante y reductora (Carré, 1985: 282).

una peculiaridad más atribuible a una mala manipulación mientras estaban frescos que a un fallo de horno[239].

A pesar de contar únicamente con análisis macroscópicos de las pastas[240] se defiende un origen autóctono, argumento reforzado por el hallazgo de un posible fallo de horno (*vid. infra*) pero sobre todo por la escasa distribución que alcanzaron. Están fabricadas en una pasta depurada y de textura fina que contiene pequeñas inclusiones de calcita de alrededor de 0,5-1 mm (fig. 120.1-120.3) aunque en ocasiones se encuentren núcleos de mayor tamaño, de 4 y excepcionalmente hasta 7 mm (fig. 120.4-120.6). Además, se aprecian diminutas partículas micáceas en toda la superficie y excepcionalmente algún gránulo de cuarzo. Las características –composición, cocción, color, tratamiento– parecen coincidir plenamente con las de la cerámica común oxidante o ERW3 ya analizada (comparar la fig. 101 de ERW3 con fig. 118 y 120 de las lucernas). Si se acepta que ambas poseen la misma pasta y teniendo en cuenta que las lucernas aparecen mayoritariamente en Cartagena… ¿cabe ubicar en la ciudad la producción de ERW3? ¿Se fabricaron las piezas en la zona *ilicitana* y posteriormente se exportaron a *Carthago Noua*? ¿Es ese tipo de arcilla común a una amplia región y en realidad había varios talleres? Una cuestión de gran interés que queda pendiente de futuros trabajos en los que los análisis arqueométricos serán determinantes.

A pesar de su frecuencia y sus peculiares características, las lucernas a torno han tenido una visibilidad muy escasa en la producción bibliográfica relativa a los contextos de la ciudad. Sorprendentemente la única monografía regional dedicada al material de iluminación romano –que incluía piezas hechas a torno– no recoge ningún ejemplar (Amante, 1993: 46-59) y aunque se conocen hallazgos desde los inicios del s. XX (Jiménez de Cisneros, 1928: 185, fig.1) y en ocasiones aparecen en la descripción del ajuar de distintas excavaciones[241], hasta fecha reciente sólo había un dibujo publicado (Pérez Ballester y Berrocal, 1996: lám. 9, fig. 12). Una tendencia que ha cambiado en los últimos años al ser incorporadas a distintos catálogos de gran calidad gráfica en formato ficha (Murcia, 2009f: 180-181; Velasco, 2009: 302).

[239] De nuevo con la experiencia práctica se pudo comprobar que si las lucernas no eran retiradas del torno por su base, la presión ejercida sobre unas paredes aún tiernas podía deformarlas.

[240] Como ejemplo de las posibilidades que ofrece un análisis arqueométrico *vid*. la caracterización química, mineralógica y morfológica de ejemplares de Córdoba y Herrera de Pisuerga (Palencia) y las conclusiones que de ella se derivan en García Giménez *et alii*, 2006.

[241] Cabría quizás plantear si una noticia de la RAH de 1873 sobre el descubrimiento al norte de la ciudad de unos quinientos platillos supuestamente árabes de hasta 9 centímetros de diámetro, no hace en realidad referencia a estas lucernas (Ramallo, 2011, 45-46).

Producciones torneadas se conocen en el Mediterráneo occidental desde época fenicio-púnica, griega y helenística (Bussière, 2000: 52-59). Las primeras formas, a modo de copelas poco profundas con el exterior abombado y un pellizco en el borde que creaba un hueco para la mecha, arrancan en el Bronce Medio del área sirio-palestina en torno al 2100-1500 a.C. (Bussière, 2000: 52; aquí fig. 121.1); un modelo que pasará posteriormente al mundo fenicio (fig. 121.2). Las lucernas griegas arcaicas, con un gran depósito abierto y en ocasiones un conducto central, parecen guardar una cierta similitud con las aquí estudiadas que sin embargo no debe llevar a error: presentan siempre una piquera frontal y el tubo, hueco, es un elemento diseñado para facilitar su colocación en un soporte vertical (fig. 121.3). Con el tiempo el depósito se irá cerrando (fig. 121.4) para dar paso en época imperial a la producción a molde, ampliamente difundida (Bruneau, 1980: 23-24). En cualquier caso junto a esta última cabe remarcar el mantenimiento de la técnica de fabricación a torno durante la Antigüedad en distintos puntos del *Mare Nostrum*, recobrando un gran protagonismo en época medieval y moderna (fig. 121.5) y prolongándose hasta la aparición de la luz eléctrica, en algunos casos con una asombrosa pervivencia de los modelos antiguos (fig. 121.6).

Respecto a las lucernas que nos ocupan, las del tipo XIV de Loeschcke (1919: 312-319)[242], dotadas también de depósito abierto y piquera central –sobre las que profundizaremos más adelante– son de las que mantienen un parecido más cercano. Se distribuyen principalmente al norte de los Alpes, en parte de Francia, Suiza y Alemania en época imperial (Leibundgut, 1977: 58). Este hecho viene a sumarse a la ausencia de paralelos en el área del Levante hispano y refuerza el origen local de los ejemplares de *Carthago Noua*, para los que se desconoce la fuente de inspiración aunque cabe reconocer que modelos similares circulaban en ese momento por otros puntos del Imperio. La mayor complicación para su estudio reside en el carácter inédito de la mayoría de las piezas, como sucede con casi todas las aquí recogidas. Aunque las hay de varios yacimientos urbanos el peso principal del trabajo gira en torno a los hallazgos de una pequeña excavación realizada en los n^{os} 7-9 de la C/ Caballero en 1984 (fig. 73.15). En el solar, cuya estrechez limitó enormemente la interpretación de los restos, se documentaron parte de un fuste y una basa de notables dimensiones y una canalización, tal y como se refleja en la breve (y única) noticia publicada (Martínez Andreu, 1997a:

[242] Relacionadas con el tipo XXI de las *Pannonischen Lampen* de Ivanyi (1935), sin que la publicación haya podido ser consultada.

264-265). En la misma no hay referencia a la cerámica, pero una comunicación personal del director de la intervención alertó del elevado número de lucernas a torno aparecidas y tras una revisión de los fondos se pudo constatar la significativa cifra de 230 ejemplares (fig. 122).

Los niveles romanos se fecharon entre los s. I-II d.C., una cronología que hoy es posible llevar hasta la primera mitad del s. III d.C. gracias al examen de la cerámica, entre la que se encontraban varias formas de TSA C, y a los datos de recientes intervenciones en edificios colindantes (Fuentes, 2006: 152). La excavación se sitúa en la zona meridional del foro, anexa a un gran edificio público interpretado como una sede colegial de culto al emperador Augusto (Ramallo, 2007: 655-665). El principal problema que presenta es que su material no pudo ser lavado ni inventariado, por lo que se desconoce la composición porcentual exacta de los contextos. Con motivo de este trabajo todas las lucernas a torno fueron analizadas y de su relación con la estratigrafía y otras piezas datadas con seguridad se pudo obtener una secuencia cronológica ordenada. Ésta se completó con hallazgos de diversos puntos de la ciudad: la *domus* de la Fortuna[243], el teatro romano y el cerro del Molinete, así como de colecciones de origen desconocido depositadas en el Museo Arqueológico Municipal.

4.5.2.1.- Tipología y cronología

Como demostró el ejercicio de arqueología experimental, a pesar de repetir un mismo gesto técnico la variabilidad formal puede ser muy alta incluso para ejemplares obtenidos de una misma pella. Ésta puede estar condicionada por motivos que van desde la existencia de una secuencia de fabricación distinta (aunque se realicen las mismas acciones tecnológicas) a la diferencia de presión ejercida por el alfarero/a, pasando por su grado de experiencia (García Roselló, 2007: 47). Sin olvidar siempre un hecho obvio pero que en ocasiones parece no tenerse en cuenta: el carácter artesanal –y no industrial– de estas producciones. Por tanto el principal criterio utilizado en la ordenación de las piezas ha sido el estratigráfico, sin que ello implique un tratamiento de las mismas como entidades separadas dentro de cada conjunto ya que uno de los aspectos más interesantes del estudio es intentar trazar la continuidad de la forma y su tendencia de desarrollo (Reynolds, 2008: 64).

[243] Cuyos ejemplares recogemos tanto en las siguientes páginas como en las dedicadas al análisis de los contextos del yacimiento en el correspondiente capítulo.

En esencia la lucerna a torno es un único tipo que va a ir experimentando ligeros cambios con el paso del tiempo aunque mantenga siempre su funcionalidad y características principales así como sus dimensiones, con un diámetro medio que gira en torno a los 6-6,5 cm. Debido a su tamaño y compacta constitución poseen una gran solidez que ha permitido que muchas de ellas lleguen completas hasta nuestros días. Sobre la base del análisis de numerosos ejemplares es posible detectar tres variantes entre finales del s. I d.C. e inicios del s. III d.C. que hemos denominado A, B y C (fig. 123). En su origen –tipo 1A– el cuerpo es de tendencia hemisférica, con paredes curvas y entrantes y un fondo plano cortado con la cuerda de alfarero de la que se aprecian las marcas. La piquera, a pesar de las diversas dimensiones que puede adoptar, no suele superar las paredes del recipiente, siendo esta variante propia sobre todo de los primeros tres cuartos del s. II d.C. Hacia finales de la centuria se define la denominada 1B, con las paredes cada vez más exvasadas pero el fondo todavía cortado en recto. Por último en el tipo 1C la pieza se abre más y la piquera, que puede sobrepasar las paredes, llega a hacerse más grande en algunos ejemplares, convirtiéndose a la vez casi en el propio depósito. Sin duda el aspecto más característico de esta última fase es el fondo, que pasa a ser apuntado y hace necesario el uso de un elemento de apoyo para mantener una posición erguida. La atención a las variantes las convierte además en una nueva herramienta para precisar la datación de contextos en los que no aparecen materiales como vajilla fina o ánforas (Reynolds, 2008: 64).

Tipo 1A

A pesar de que la variante 1A se caracteriza por su forma hemisférica de borde entrante, la más antigua documentada, procedente de las excavaciones de la Plaza del Hospital de Cartagena (fig. 124.1), es de pequeño diámetro y paredes rectilíneas. Tiene una piquera esbelta y una base plana bien definida[244]. Apareció junto a numerosas formas de TSG (Drag. 17, 18/31, 24/25, 27 y Ritt. 9), paredes finas (Mayet XXIV, XXXII, XXXIV, XXXV, XXXVI y XXXIX) y ánforas Dr. 2-4, 7-11 y Haltern 70. A ello que hay que sumar la inexistencia de formas en TSA y la escasa presencia de cocina africana, por lo que se propuso una datación de mediados del s. I d.C. (Pérez Ballester y

[244] Lamentablemente la pieza no pudo ser revisada personalmente por quien suscribe. Con toda probabilidad los orificios de la piquera que se observan en el dibujo han de prolongarse en realidad hasta la base de la pared interior para permitir el paso del líquido.

Berrocal, 1996: 200). Su condición de *unicum* ha impedido su definición como tipo a parte (Tremoleda, 2002: 22), algo que sólo futuros hallazgos de cronología tan temprana podrán modificar. En cualquier caso una serie de piezas descontextualizadas de la Colección García Vaso depositada en el Museo Arqueológico de Cartagena[245] son muy cercanas formalmente (fig. 124.2-5). De paredes curvas –en ocasiones ligeramente más poligonales (fig. 124.2)– presentan siempre el borde entrante. El fondo es plano y de dimensiones normalmente superiores al radio, lo que unido al grosor de las paredes y de la piquera le confiere una gran estabilidad (fig. 127.1 y 127.2). Otras dos con las mismas características procedentes del corredor de acceso al *vomitorium* oriental del teatro (fig. 124.6 y 124.7) se fechan en la primera mitad del s. II d.C. (Murcia, 2009f: 180), cronología que hacemos extensiva al resto. La segunda posee una base más pequeña cuyo estrechamiento durante el proceso de fabricación pudo dar lugar a una pared más angulosa.

Este tipo es el más conocido por la arqueología de la ciudad ya que está presente durante todo el siglo II d.C. De la segunda mitad de dicha centuria es un ejemplar completamente hemisférico con base cóncava hallado en la *porticus post scaenam* del teatro romano (fig. 124.8)[246]. Apareció en un nivel de abandono muy similar a los aquí documentados. Entre otras clases cerámicas contenía, por citar sólo algunas de las principales que aportan datación: TSG (Drag. 37), TSA (H. 3, 7, 27), cocina africana (H. 23A y 23B, 196, 197, Uzita 48.1) y cocina reductora regional (ollas y tapaderas reductoras ERW1 tipos 3 y 7). En ese horizonte temporal se han de incluir varios hallazgos de la C/ Caballero n^{os} 7-9. El de la fig. 124.9 apareció asociado a formas indeterminadas de TSG, un borde de plato de engobe rojo pompeyano forma Aguarod 6 Luni 5, cerámicas de cocina africana H. 23A, 23B, 196 y 197 y otras dos lucernas a torno (fragmentadas) con fondo plano y pared curva. De las mismas características se encontraron 22 individuos junto a numerosas formas africanas H. 196 y 197 de las que recogemos tres (figs. 124.10-124.12)[247]; las diferentes irregularidades del fondo (que en algunos es cada vez más estrecho, fig. 10.12) o del grosor de la pared se achacan al proceso de elaboración. Una pieza de procedencia desconocida en exposición en el

[245] Procedentes de la remoción de un solar para la construcción de un aparcamiento subterráneo situado en la Plaza Juan XXIII (nº 2 ó 3) de Cartagena según comunicación personal de un colaborador de García Vaso.
[246] Pieza inédita procedente de la U.E. 6562, en curso de estudio.
[247] La pieza fig. 124.9 procede del nivel 3 sin que se pueda adscribir a un sector determinado dado que la etiqueta era ilegible. Mismo problema que presentaba la referencia de los ejemplares fig. 124.10-124.12, borrada por el paso del tiempo.

MAMC con el eje ligeramente desviado y un tanto deformada (fig. 124.13) es muy similar a la anterior. Y dos halladas sobre el abandono del *decumanus* I en el cerro del Molinete (fig. 124.14-124.15) fechado entre los s. II-III d.C. (Velasco, 2009: 302) también podrían encuadrarse en la segunda mitad del s. II d.C. dadas sus características tipológicas. En estas últimas cabe resaltar la prolongación del depósito central, que casi llega al fondo, especialmente en la fig. 124.15 cuyas paredes se desarrollan escasamente a favor de un elevado pie. Aunque no parece lo más habitual para este momento algunas bases pueden ser muy irregulares, como ocurre con otro ejemplar inédito del teatro (fig. 11.1)[248]. Muestra de esta multiplicidad son las fig. 125.2 y 125.3 de la C/ Caballero también con fondos de corte irregular. Con un cuerpo muy ancho, labio entrante y una piquera que sobrepasa ligeramente la pared, ambas parecen salidas de la mano del mismo artesano. La primera, con el eje desviado y el cuerpo deforme, proviene de un estrato muy alterado[249], mientras que la segunda –la de la de mayor diámetro entre todas las documentadas con 8 cm– apareció junto con la de la fig. 124.9, lo que da una idea de la variabilidad que puede encontrarse asociada a una misma fase de uso.

Tipo 1B

La identificación de esta variante es compleja sobre todo por dos motivos: el primero su carácter "de transición" entre otras dos con características claramente definidas como son la 1A y la 1C y el segundo la escasez de ejemplares datados a finales del s. II e inicios del III d.C. que puedan emplearse en su ordenación.

De nuevo el criterio que ayuda a marcar la distinción es el estratigráfico, tomando como referencia para este caso los niveles de deposición sobre la calzada anexa a la *domus* de la Fortuna estudiado en detalle en el cap. 5. Al igual que la casa, el cardo sufrió el mismo proceso de colmatación, pero su secuencia demuestra que el nivel de circulación pudo mantenerse, al menos, hasta la primera mitad del s. III d.C. Entre las unidades que lo cubrían, la primera (U.E. 1002) se fecha en ese horizonte de finales del s. II d.C. (quizás inicios del s. III d.C.) con la presencia destacada, entre otras, de formas tardías de TSA A como H. 14/16 y 27, una pátera decorada de la misma producción tipo Atlante LXXII o un vaso plástico minorasiático con el motivo de la

[248] Procedente de la U.E. 6564, nivel de abandono en la zona del peristilo (*porticus post scaenam*), apareció en un contexto muy similar al de la pieza de la U.E. 6562 (fig. 124.8); se halla también en curso de estudio.
[249] Sector A de la Cuadrícula 4D, en un nivel de revuelto con cerámica de época árabe y moderna.

anus ebria (Quevedo, 2010b). El estrato contenía seis lucernas a torno parcialmente fragmentadas; cuatro poseían un fondo plano y estrecho como el del tipo 1A pero otras dos, además un tanto distintas entre sí (fig. 125.4 y 125.6), dejaban ver características peculiares. En la primera, que presenta marcas de torneado en el interior (fig. 125.4), la atención recae sobre el borde, que deja de ser entrante y queda en línea con la silueta, cuya tendencia a abrirse ya mostraban ejemplares más antiguos (fig. 125.2). En la segunda (fig. 125.6) se observa por primera vez cómo la pared adopta un aspecto exvasado. Con el fondo cortado todavía a cuerda y de acabado irregular, el cambio es muy significativo porque preludia la variante siguiente en la que el sinuoso perfil se repetirá sin volver ya a la forma más hemisférica de la 1A.

Es notable la escasez de estas piezas –que a pesar de sus diferencias fueron coetáneas– a las que sólo se puede añadir otra inédita del teatro (fig. 125.5) idéntica a la fig. 11.4 de la *domus* de la Fortuna. Destaca la altura de la piquera, ligeramente superior a las paredes del recipiente. Se halló en un estrato muy similar al de las anteriores[250], con abundante cerámica africana de cocina y común como la jarrita Bonifay 50 o el plato de TS Clara B Atlante I, 10 que marcan ese posible horizonte del último cuarto del s. II y el primero del s. III d.C. en el que la TSA C se halla todavía ausente.

La propuesta de esta variante, que puede parecer un tanto arriesgada a pesar de los argumentos morfo-cronológicos que la apoyan, deberá ser ratificada por nuevos hallazgos que planteen si de la 1A se pasó rápida y directamente a la 1C o por el contrario hubo un período "de transición" tal y como se plantea.

Tipo 1C

Esta variante queda definida básicamente por su perfil exvasado y fondo puntiagudo, unas características que pueden adoptar distintos matices a pesar de lo cual la relación con la 1B, de la que parece evolucionar, es evidente (fig. 125.7 y 125.8). La piquera, por ejemplo, se ensancha y supera en muchos casos unas paredes de escasa proyección que dan lugar acabados muy recio (fig. 125.8, 125.11, 126.2), si por el contrario éstas últimas se abren el resultado es más achatado y esbelto (fig. 125.7, 125.10 y 125.14). Todas tienen en común una terminación en forma de ápice ya que tras el cortado final el artesano pellizcaba el fondo hasta darle un aspecto apuntado (fig.

[250] U.E. 6535, nivel de destrucción del *postcaenium* del teatro. Sólo un análisis detallado del nivel, en curso de estudio, permitirá matizar la cronología.

127.5 y 127.6). En algunas se observa un cierto detalle en la regularización de esta parte (fig. 125.11, 125.12), mientras que en otras se conserva la impronta del giro realizado por la mano del ceramista (fig. 126.13, 127.4). En cualquier caso –y sin volver a insistir en la variabilidad que ofrece su fabricación artesanal (fig. 126)– se hace evidente el uso de algún tipo de soporte para mantener una posición erguida, como indican las trazas de combustión horizontales en ejemplares de estas características (fig. 120.6). Éste se realizó quizás en cerámica o en algún tipo de material perecedero, como por ejemplo un haz enrollado de fibras vegetales, dada su ausencia en el registro arqueológico; una cuestión tratada en el punto siguiente. Cabe destacar que pudo existir una base suplementaria también para las variantes anteriores independientemente de su estabilidad. Así lo muestran algunas lucernas tardías (s. V d.C.) del tipo Bussière E VI 2 similares en algunos aspectos a las de Cartagena –fabricadas a torno pero con el depósito casi cerrado– que contaban con una peana cerámica (fig. 125.9). Se conocen seis soportes de estas características hallados en Argelia (Bussière, 2000: 126-127 y 400, n^{os} 6548 -6625).

A excepción de un ejemplar de la *domus* de la Fortuna (fig. 125.7) y otro del teatro (fig. 126.6), todos los recogidos de esta variante provienen de los niveles superiores del solar de la C/Caballero n^{os} 7-9. Tras la revisión del material para fechar las lucernas se hallaron numerosas piezas entre las que destacan las formas H. 48 y H. 50 en TSA C, que aparecieron junto a otras producciones propias de los contextos de la primera mitad del s. III d.C.[251] similares al documentado en la C/ Cuatro Santos nº 40, con un claro predominio de la cerámica común africana. La cronología queda confirmada por el individuo del teatro[252] (fig. 126.6) y el de la casa de la Fortuna[253] (fig. 125.7). Precisamente éste último refleja muy bien las características de la evolución entre las variantes 1B y 1C (fig. 125.5-125.7), en las que la pared se abre

[251] Entre otras, cerámica común africana: H. 23B, H. 196, H. 197, H. 181 y O. I, 262 (estas últimas producidas en la categoría B), H. 200, O. I, 261, O. I, 270, Bonifay 50, Uzita 48.1, de cocina oriental: olla Ágora J57, e itálica: tapadera Bats 7, cerámica común reductora regional ERW1. 7 y 1.8., entre la vajilla fina en TSA formas tardías como H. 15 y también una lucerna africana del tipo Deneauve VII (subtipo 1, variante B de Bonifay).

[252] Fue hallada en la U.E. 6558 con numerosos ejemplares de TSA A tardía como H. 27 pero sobre todo de TSA C tipo H. 45 y H. 50. También cerámicas comunes africanas como jarras para cocinar Uzita 48.1, de servicio tipo Bonifay 50 o tapaderas H. 196 (junto a las clásicas y abundantes formas H. 23 y 197) y numerosas píxides corintias.

[253] Si los dos ejemplares de las variantes 1B (fig. 11.4 y 11.6) se hallaron sobre la U.E. 1002, que era el primer nivel de abandono que cubría la calzada cercana a la *domus*, por encima fueron depositándose las unidades 1110, 1008, 1006 y 1101. En ésta última es donde apareció la pieza en cuestión, que si bien no iba asociada a TSA C, sí que podría encuadrarse en la primera mitad del s. III d.C. (quizás primer cuarto) gracias a la presencia de varios ejemplares de H. 181 y O. I, 264, pero sobre todo, a su posición en la secuencia estratigráfica,

definitivamente y el fondo plano pasa a ser puntiagudo. Entre otro ejemplar de la *domus* y uno de la C/ Caballero (fig. 125.6-125.8) también se aprecian estos cambios, en los que se consolida la tendencia exvasada del perfil para el siglo III d.C.

Cabe insistir en la enorme variedad de matices existente y como muestra basta observar las siete piezas de la fig. 125.7-8 y 124-14, aparecidas todas en el mismo estrato[254]. Destaca la anchura y el protagonismo que puede llegar a alcanzar la piquera (125.11, 126.3, 126.7, 126.12, 127.3), que en algunos casos se convierte prácticamente en el propio depósito. Esto es así en dos ejemplares en los que no se realizaron los cortes laterales (fig. 126.8 y 126.13), un aparente descuido del artesano ya que conservan trazas de fuego que demuestran que su uso fue siempre el mismo. Las paredes también cambian considerablemente de uno a otro en lo que respecta a su proyección, que en ocasiones es mínima (fig. 125.10, 125.12, 125.14), algo que se aprecia en el diámetro, que puede pasar de medidas considerables como 7'4 cm (fig. 125.13) a tan solo 5'7 cm (fig. 126.6) aunque se han documentado todavía más pequeñas, de hasta 5'5 cm[255], con muy poca capacidad para el combustible. Los niveles de la C/ Caballero permiten atestiguar, gracias a la aparición de formas de TSA C entre otras, la pervivencia de estas lucernas hasta por lo menos la primera mitad del s. III d.C.

4.5.2.2.- Distribución y paralelos

Debido a su carácter local y a la incapacidad –hasta ahora– de matizar la datación de los contextos, las lucernas a torno de Cartagena han recibido una escasa atención en las publicaciones que hace muy difícil trazar el mapa de su distribución. Ésta parece concentrarse en la propia ciudad, de donde proceden todos los ejemplares conocidos a excepción de seis: tres encontrados en el santuario romano de Fortuna (González Blanco y Amante, 1998, 193) y otros tres inéditos, uno de la variante 1C

[254] Concretamente en el Nivel 2, Cuadrícula 4D, Sector A., junto a otras siete lucernas de depósito abierto variante 1C, siempre en la C/ Caballero n^{os} 7-9. En cuanto a la relación estratigráfica del resto de ejemplares de la misma excavación –conservada en los archivos del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena– de los que aquí se incluye el dibujo de la sección, las de la fig. 126.1-126.3 provienen del Nivel 2, Cuadrícula 4D, Sector B (junto a siete lucernas 1C más); las de la fig. 126.4-126.5 del Nivel 3 (junto a otras siete), fig. 126.7 y 126.8 del Nivel 3, Cuadrícula 4D, Sector A (más tres nuevas piezas); fig. 126.9 de la limpieza del perfil de la Cuadrícula 4/8; fig. 126.10-126.11 de la parte superior del muro del Corte A (junto a otro ejemplar) y las de la fig. 126.12 y 126.13 del Nivel 2, Cuadrícula 4E, Sector B. Por último hay que añadir las piezas de la fig. 126.14 y 126.15, procedentes también de la C/Caballero y hasta hace poco expuestas en el museo, pero de las que se desconoce la U.E. de procedencia (nº de registro 3293 y 3294).

[255] Aparecida en el Nivel 2, Cuadrícula 4E, testigo del Sector A.

hallado en un dragado del Puerto de Mazarrón (fig. 126.15), conservado en el ARQVA y dos de la variante 1A expuestos en el MAA (Vitrina 10, números 22 y 23). La localidad más lejana dista 80 kilómetros de la antigua colonia por lo que no se deben descartar hallazgos en su *ager* inmediato u otros núcleos vecinos, si bien es muy significativo no documentar ninguna pieza, por ejemplo, en los abundantes contextos de la cercana *uilla* de Portmán (Fernández Díaz, 1999b: 42 y 213-221).

Incluimos en este apartado una breve discusión sobre algunos paralelos del tipo 1 de *Carthago Noua*, todos fabricados a torno, susceptibles de ser empleados del mismo modo.

Sin duda el más significativo lo constituyen las *Palaimonion lamps* de Isthmia (Grecia), unas lucernas halladas en un santuario de origen antiguo dependiente de la cercana Corinto en el que se rendía culto a Poseidón-Deméter y al héroe Melikertes-Palaimon (Broneer, 1977: 35-52). Formalmente son casi idénticas a las de Cartagena: con el cuerpo a modo de pequeño cuenco, sin asa, presentan un tubo central para la colocación de la mecha –dotado además de varios cortes– y el fondo, plano, también muestra en ocasiones marcas de la cuerda de alfarero (fig. 128.1-4). Broneer defiende claramente el uso del aceite, haciendo alusión a las marcas de fuego y proponiendo el empleo de una mecha enrollada como el de las lámparas de queroseno, ya que si fuese tan gruesa como la piquera consumiría muy rápido el combustible y produciría demasiado humo (Broneer, 1977: 35). Se clasificaron cronológicamente en dos tipos, A y B, y en función de las diferencias de tamaño (alturas de la piquera, diámetro) y del color de la pasta se distinguieron hasta seis variantes para el primero (1-6) y cuatro para el segundo (1-4)[256]. Tecnológicamente cabe destacar que no estaban recubiertas por ningún engobe, que en los primeros del tipo A la piquera es añadida mientras que posteriormente forma parte de la pieza y que en ocasiones el fondo se retornea. Es muy curioso que, como ocurre en el caso de la C/ Caballero, también se hayan documentado dos ejemplares sin orificios (Broneer, 1977: 50). Se produjeron durante los s. I-II d.C. pero su distribución se limita al santuario de Palaimon[257], sin encontrarse en ciudades

[256] Se trata de un número de variantes probablemente excesivo. En el caso de Cartagena ya se ha mostrado la facilidad con que se pueden encontrar matices, no sólo de forma, también en cuanto al tamaño o la cocción, en ejemplares producidos en un mismo momento y en los que juega un papel fundamental el proceso de fabricación.

[257] Aparecieron en distintos edificios y sectores como el área superficial SO del Témenos, la del Altar Romano, a lo largo de la parte más oriental de la Stoa Sur, el Propileo y la casa Sudeste. Otros provienen de puntos más lejanos como el teatro y la fortaleza cristiana. Se presupone una gran concentración de estos productos en el área del santuario, lo que explica según Broneer (1977: 52) su común hallazgo en una extensa superficie en torno al mismo.

tan cercanas como Corinto (a sólo 8km) ni otros puntos de Grecia, y considerándose elementos de culto para el citado centro religioso. A pesar de su similitud no es posible establecer ninguna relación directa con las formas de *Carthago Noua*, aunque ya se ha subrayado la llegada de artículos orientales para ese momento como contenedores vinarios, cerámica cocina y vajilla fina. En este sentido cabe señalar un individuo especialmente interesante por –además del parecido que guarda– tener la piquera central añadida con toda probabilidad *a posteriori* (fig. 128.5)[258].

Broneer recoge paralelos de otros puntos del imperio (Broneer, 1977: 35-36) entre las que destacan las llamadas *Tüllenlampen*[259], el tipo XIV de Loeschcke, y aunque no cree que se trate de las mismas, por su pertenencia geográfica al ámbito occidental son de gran interés. Se trata de formas cilíndricas de fondo plano y paredes rectas o ligeramente inclinadas al exterior caracterizadas por una piquera central que no suele sobrepasarlas dotada de algunos cortes (Loeschcke, 1919: 312-314). Fueron identificadas en el campamento suizo de Vindonissa, distinguiéndose dos variantes (A y B) en función de la mayor o menor altura de la piquera respectivamente. Originariamente se trataría de formas sencillas similares a las de Cartagena fabricadas también de una sola pieza (fig. 128.6). En cuanto al funcionamiento se sugería para algunos casos, la colocación de velas. Pero al contrario de lo observado en otras publicaciones –como el *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines* ya comentado– Loeschcke era consciente de que la excesiva estrechez de ciertas ranuras impedía la limpieza de los restos de cera, para las que era necesaria otra explicación como permitir el paso de un combustible distinto. En algunas se desarrolló un segundo anillo de más diámetro (fig. 128.7 y 128.8) con el que la cuestión sobre su uso como lucerna o palmatoria se hacía más evidente. De haber sido un recipiente para colocar una candela el primer plato podría interpretarse como un receptáculo para evitar la caída de la cera, pero no así el segundo, que resultaría innecesario. Sobre la base de paralelos modernos y otras variantes, se propuso una utilización conjunta de dos materiales diferentes como el sebo y una vela, tal y como reflejarían ejemplares provenientes de Estrasburgo (fig. 128.9) y Nimega (Holanda, fig. 128.10) que darían lugar a lo que

[258] Procede de las primeras excavaciones realizadas en la casa de la Fortuna en 1971 pero se halla descontextualizada, no pudiendo adscribirse con claridad a la *domus* o al cardo que la delimita por su parte oriental.

[259] El término podría traducirse libremente como "lucernas de boquilla" o "de pitorro"; una clara referencia a la piquera central, su elemento más característico.

Loeschcke definió como *leuchterlampe* o "lucerna-candelabro" (Loeschcke, 1919: 317-318).

En cualquier caso –y especialmente en el de las piezas de doble anillo– no queda esclarecido el uso del sebo y la preferencia por esta sustancia, cuyo consumo se sugiere debido a la apertura de las formas[260]. A pesar de que las pastas pueden variar, la mayoría de ejemplares del tipo Loeschcke XIV presentan las mismas características: fondo plano, paredes inclinadas al exterior, piquera central horadada y en muchos casos una pequeña asa lateral. Bailey interpreta varias de ellas procedentes de Francia e Inglaterra como soportes para velas (Bailey, 1988: 172, Q 1650-1653, Plate 10) mientras que en el reciente estudio de las nueve que hay conservadas en el Museo de Arqueología Nacional de Saint-Germain-en-Laye (Francia) se mantiene su adscripción como lucernas de sebo (Bémont y Chew, 2007: 227-228, Planches 73-74; aquí fig. 128.11-15). Pero… ¿cómo funcionaría un recipiente de estas características? Para fabricar una vela con grasa animal ésta había de calentarse y después ir sumergiendo y dejando enfriar la mecha repetidas veces hasta que adquiría un cierto grosor. Si se admite que no eran para velas, ¿cómo se empleaba el sebo? ¿Vertiéndolo directamente en el recipiente? Las trazas de fuego en la piquera de un hallazgo de la calle Gay-Lussac de Paris (Bémont y Chew, 2007: 314; aquí fig. 128.15) recuerdan a las de los ejemplares de Cartagena encendidos con aceite y de hecho en caso de utilizar una vela sólo habría podido dejar una marca así al quedar casi consumida. En la bibliografía se repite el uso del sebo sin que se explique con claridad[261]; a tal respecto sería muy ilustrativa la búsqueda de paralelos etnográficos o ejercicios de corte experimental (Ramos Sáinz, 2007: 15). La cuestión va más allá de lo meramente tecnológico en tanto que se confiere a este combustible y las lucernas que lo emplearon una connotación especial en el discurso sobre la romanización en Centroeuropa[262] (Carré, 1985: 284). Así, se ha defendido que mientras que la iluminación con aceite se habría difundido –gracias a los ejércitos– en los núcleos urbanos, los campamentos militares y las residencias de aquellos que antes y de forma más intensa habían asimilado las

[260] Loeschcke, 1919: 314: "[…]dürfte Typus XIV mit seinem weit offenen Behälter die entsprechende Talglampe sein".
[261] Para ejemplares similares Goethert (1997: 148) propone el uso de aceite en su trabajo sobre los materiales del museo alemán de Tréveris, una publicación sin duda de gran interés para el presente estudio que por desgracia no ha podido ser consultada (la cita corresponde a una comunicación personal de J. Bussière).
[262] Aunque se documentan algunos casos en Grecia y la Península Ibérica, la mayor concentración se da en parte de Francia, Suiza y en menor medida el área del Rin (Leibundgut, 1977: 58).

costumbres romanas; los campesinos habrían continuado empleando los tipos abiertos de carácter local para sebo (Pavolini, 2001: 218).

En cuanto a la cronología las piezas de Vindonissa pertenecen con seguridad a la segunda mitad del s. I d.C[263]. pero el mismo Loeschcke recoge una de Roma fechada en época de Claudio (Loeschcke, 1919: 319), dotada de asa y pie, una piquera central con un corte y recubierta por un barniz rojizo que recuerda al de las sigillatas itálicas (fig. 15.1) para la que se planteó un posible uso con aceite o una vela, insistiendo en la excepcionalidad de la forma en ámbito mediterráneo. La datación se ha ido ampliando gracias a nuevos hallazgos como el de dos individuos de Celles-sur-Aisne (Picardía, Francia) aparecidos junto a una moneda de Adriano y TSG de dicha cronología (Bémont y Chew, 2007: 227-228; aquí fig.128.12). Se confirma así la propuesta de Leibundgut, que recogía varios de Avenches (Suiza) fechados hasta en la segunda mitad del s. II y los inicios del s. III d.C. (Leibundgut, 1977: 58; aquí fig 129.2). En el mismo momento en que empiezan a producirse aparecen en el vecino Portugal otros tipos muy similares –sin asa– fechados con dificultad en la segunda mitad del s. I d.C. (Alarçao y Da Ponte, 1976: 108, Pl. XXIX, nº 128). Entre los lusos destaca uno que se encuadra entre la segunda mitad del s. IV y el s. V d.C. procedente de *Bracara Augusta* (Braga, Portugal), que sería el más tardío hallado hasta la fecha (Delgado y Morais, 2009: 103-105, nº 326). De forma hemisférica con las paredes ligeramente entrantes como nuestro tipo 1A, posee un asa igual que los distribuidos al Norte de los Alpes y se considera de fabricación local (fig. 129.3). Aunque se apunta su uso como palmatoria, las grandes aperturas en la piquera, la estrechez de ésta en su parte superior y otras características ya expuestas anteriormente –a las que se suma el hecho de que sería la única pieza entre las documentadas que utilizase una vela– la hacen a nuestro entender más adecuada para el empleo de aceite.

En el norte de África, donde también se documenta algún ejemplar Loeschcke XIV (Bussière, 2000: 407, nº 7242; aquí fig. 129.4) los artesanos volverán a retomar en época tardía la producción de lucernas a torno tal y como se documenta en contextos de Argelia y Túnez (Bonifay, 2004, 427). Se distinguen formas muy variadas que Bussière recoge en la categoría E VI y clasifica en cinco tipos, I-V (Bussière, 2000: 36-37 y 126-128). El E VI 2, además de ser el más abundante (350 de los casi 500 estudiados), es de

[263] Si se acepta el uso de sebo para estas piezas resulta significativo que éste haga su aparición a mediados del s. I d.C. cuando las lucernas de volutas del tipo Loeschcke I, encendidas con aceite, se producen desde época augustea.

especial interés para nosotros por haber sido documentado en ocasiones junto a un soporte cerámico (Bussière, 2000: 400, n^{os} 6548-6625, Pl. 134, 6549) susceptible de ser utilizado también –ya sea en este u otro material– en el caso de Cartagena (fig.125.9). La forma, que en parte recuerda a estas últimas, se compone de dos conos invertidos que dan lugar a un depósito semicerrado con un pequeño orificio lateral para la mecha (Bussière, 2000: 126-127; aquí fig. 129.5). Manufacturadas entre la segunda mitad del s. V y el s. VI (incluso puede que más tarde), de ellas parecen derivar en un momento más avanzado las piezas árabes dotadas de pico y asa (fig. 121.5). Se produjeron con el engobe propio de las sigillatas pero en su mayoría en cerámica común (Bonifay, 2004: 428-429, fig. 241).

Entre las lucernas de este horizonte cronológico destaca el caso de la singular forma 63 de *terra sigillata* hispánica tardía, un plato de paredes oblicuas realizado a torno, recubierto por un fino engobe naranja, con pie apenas desarrollado y un resalte central que crea un compartimento separado (Mezquíriz, 2004b [1985]: 499-500, Tav. XXXVIII, 6). En principio fue interpretado como un recipiente para contener algún alimento líquido o semilíquido en el centro, separado del resto (Mezquíriz, 2004a [1985]: 227). En la actualidad hay quien incide en esta hipótesis del "servicio de salsas" sin descartar una función de iluminación, lo que implica que bajo una denominación común (TSH 63) formas similares hayan sido clasificadas distintamente como recipientes auxiliares o como lucernas (Paz Peralta, 2008b: 528, formas 12.7, 13.3 y 13.4)[264]. En general se fechan entre los s. IV-V d.C. y aunque escasas, pueden presentar perfiles y dimensiones muy variadas (fig. 129.6-9). Otros autores defienden su uso exclusivo para la iluminación, incluyendo además ejemplares fabricados en cerámica común como ocurría para el tipo africano Bussière E VI 2 (Morillo y Rodríguez, 2008: 422; Morillo, 1999: 158-159). Su parecido con palmatorias utilizadas hasta hoy día –con el cilindro central para sujetar la vela y el plato para evitar la caída de la cera– es obvio, pero no hay evidencias que así lo certifiquen. Algunas de reducido tamaño como las halladas en el yacimiento riojano de Sobrevilla (Martínez González y Vitores, 1999, 252; aquí fig.129.6) o la villa romana de San Esteban de Falces, en Navarra (Mezquíriz, 2004a [1985]: 227 y 231; aquí fig. 129.7), a pesar de ser más elaboradas que los ejemplares cartageneros (engobadas y con fondo retorneado), guardan una gran similitud formal. En este última excavación también apareció uno de grandes

[264] Cabe destacar que para el ejemplar clasificado como recipiente auxiliar se menciona la ausencia de marcas de fuego (Paz, 2008, 528, forma 12.7).

dimensiones, 18’5cm (fig. 129.8) al que hay que sumar una excepcional pieza de *terra sigillata* hispánica “negra” de *Complutum* (Alcalá de Henares) de 23’5 cm de diámetro (Jerez, 2009: 9-10; Remolà, 1997: 245; aquí fig. 129.9). Sin embargo la posible piquera carece de orificios o cortes de modo que, si fuese encendida mediante aceite, solamente el espacio central haría las veces de depósito. Independientemente de la capacidad del mismo se trata de una opción plausible tal y como se ha demostrado con las dos documentadas en la C/ Caballero (fig. 126.8 y 126.13) que carecían de hendiduras y que incluso sin hendiduras fueron utilizadas [265].

4.5.2.3.- Problemática y líneas de investigación

Aunque este trabajo ha permitido reflexionar sobre tan singular producción de lucernas y dilucidar algunas cuestiones, son muchas las que todavía quedan en el aire. Para empezar la de su propio origen, puesto que no se conocen modelos en la Bética y la Tarraconense que hubiesen podido ser fuente de inspiración a pesar de que en otros puntos del Mediterráneo se documenten con características similares (especialmente las del santuario de Palaimon en Isthmia). ¿Cómo surge un nuevo tipo y qué determina su éxito? Desde un punto de vista económico las lucernas solían consumirse cerca de sus lugares de producción ya que eran artículos baratos y relativamente fáciles de fabricar cuyo transporte habría incrementado excesivamente el precio final de no ir asociadas a cargamentos de otras materias con mayor peso en el mercado (Harris, 1980: 134-136). Bajo esta óptica y dado el carácter local de las piezas de *Carthago Noua* parece lógico pensar que la ciudad contaba con talleres propios a pesar de la llegada masiva, a partir del s. I d.C., de lámparas de aceite itálicas y africanas. Sin embargo, ¿por qué esa forma? Se trata obviamente de un elemento de iluminación, pero más allá de la sencillez, su diseño responde a unos criterios concretos y en este caso queremos destacar especialmente la escasa capacidad de algunos ejemplares y la evolución del tipo, cuyo fondo es cada vez más inestable y requiere un soporte.

[265] Como dato de interés en la C/ Caballero, junto a la elevada concentración de lucernas comunes se hallaron también en los niveles de los s. II-III d.C. dos piezas completas de Campaniense B forma Lamboglia 3, que aún interpretadas como píxides son muy similares a las lucernas abiertas en cuanto a su volumen y reducidas dimensiones.

Para una lucerna estándar se ha calculado un consumo de unos 100 ml de aceite en unas 14 horas[266]. El dato contrasta enormemente con el volumen calculado para las de Cartagena, que puede oscilar entre los 32 ml de las más grandes (fig. 125.2) y los 8-6 ml de las más pequeñas[267]; una reducida capacidad que implicaría una continua recarga de combustible. Si efectuamos una regla de tres esto supondría una autonomía que rozaría las 5 horas en el caso del depósito de 32 ml pero no llegaría ni a una en el de 6 ml (50 minutos), con una media de unas 4 horas para las de 20 ml. Además de la luz proporcionada habría que tener en cuenta el espacio y la actividad a desarrollar, pues tareas como escribir podían requerir diversas lámparas. En cualquier caso el elevado número de individuos (¡230!) de la C/ Caballero n^{os} 7-9 supera con creces las necesidades de cualquier unidad doméstica. La situación del solar junto al *Augusteum* (fig. 73.15) da pie a una relación directa con el mismo. El edificio, un conjunto de prestigio como denotan su arquitectura y posición en las cercanías del foro, tenía una superficie de 320 m^2 a la que había que añadir 230 m^2 de patio porticado (Ramallo, 2007: 658). Más allá de las lucernas que podrían ser necesarias para iluminar tan vasto espacio, el uso votivo de las mismas es bien conocido en la Antigüedad y la concentración de tal cantidad es tan sugerente como el hecho de que el otro punto en el que se hayan encontrado sea el santuario romano de las aguas de Fortuna (González Blanco y Amante, 1998: 193). Como recuerda Ruiz de Arbulo, además de utilizarse en ritos funerarios y ceremonias celebradas a partir del atardecer, solían completar las ofrendas realizadas en el altar (Ruiz de Arbulo, 1996: 119). Este autor recoge en las mismas páginas una cita de la *Descripción de Grecia* de Pausanias en la que relata cómo en el ágora de la ciudad de Faras (Acaya) quien iba a consultar a la escultura de Hermes allí situada quemaba incienso sobre el altar, llenaba unas lucernas de aceite, las encendía y depositaba una moneda antes de realizar su pregunta al oráculo (VII, 22, 2-3). La práctica de la ofrenda luminosa se ha mantenido vigente hasta el día de hoy en la tradición judeo-cristiana y basta una visita a cualquier iglesia de nuestras ciudades para comprobarlo. Es aquí donde entra la escasa capacidad de algunos ejemplares cuyo uso podría ser más simbólico que "práctico" (en cuanto a horas de autonomía para

[266] Comunicación oral, de Mª. Luisa Ramos en base a experimentos por ella realizados en la Universidad de Cantabria y de próxima publicación. Los datos en concreto se refieren a la recreación y el encendido de una lucerna del s. III d.C. de tamaño estándar con 100 ml de capacidad; un volumen que la mantuvo encendida durante 14 horas.

[267] Medidas realizadas sobre ejemplares de escasas dimensiones no dibujados pero similares a la pieza del teatro (fig. 126.6). Otras de mediana capacidad para las que también se realizó el cálculo dieron como resultado un volumen de 21 ml (fig. 125.8) y 19 ml (fig. 126.10).

iluminación se refiere). Volviendo al símil, es habitual encontrar en las iglesias estructuras adaptadas para la colocación de las pequeñas velas e incluso (si pensamos por ejemplo en el caso ortodoxo) recipientes con arena donde clavar delgados cirios. Una solución similar a ésta última o un soporte múltiple podrían explicar la ausencia en el registro arqueológico de elementos suplementarios para las lucernas a torno (si bien caben otras hipótesis como la de su realización en materiales perecederos). El paradigmático caso de Isthmia aporta mucha luz sobre el uso de las piezas como objetos de culto al considerar implícita esta finalidad desde su concepción[268]. Entre los argumentos que esgrime Broneer para apoyar su hipótesis se encuentra la ausencia de asas que permitirían desplazarlas con facilidad de un sitio a otro al contrario que las Loeschcke XIV (1977: 35-36) y sobre todo su elevada y exclusiva concentración en el entorno inmediato al santuario. Los sugerentes dibujos en sección de algunas de las piezas allí recogidas durante otras campañas de excavación de la Universidad de Chicago, que además han ajustado su cronología en torno a los s. II-III d.C. (Gebhard *et alii*., 1998), presentan un elocuente paralelismo con las piezas de *Carthago Noua* (fig. 129.1-129.3)

Se ha de subrayar que para el caso de Cartagena no se defiende un valor exclusivamente religioso, pues como ya se ha comentado no sólo aparecen asociadas a un lugar de culto; en menor proporción lo hacen en muchos otros puntos de la ciudad[269]. De cualquier modo, no se trata de producir una diferenciación funcional por medio de categorías como "doméstico" o "ritual" porque éstas no son excluyentes y pueden hacer referencia a esferas contextuales coincidentes en un mismo artefacto (Bermejo, 2009: 100). Retomando el símil anterior, cualquiera puede tener en casa las mismas velas que se encienden como donativo en las iglesias sin que ello les confiera una connotación sacra intrínseca.

En cuanto al uso, gracias a la experimentación práctica y la observación detenida de las marcas y características de las piezas ha quedado demostrado el empleo de aceite como combustible. En este sentido se ha aceptado que, al ser el área centroeuropea más

[268] Broneer, 1977: 35: "Thus, it is in a true sense of the word a cult vessel, designed exclusively for the Sanctuary of Palaimon".

[269] Calcular con precisión el porcentaje con el que se encuentran en cada uno de los yacimientos es otra de las tareas pendientes de la investigación. En Isthmia, a pesar de que los hallazgos se repartían por una extensa área donde también había construcciones civiles, se defiende su valor religioso. Quizás se podría mantener un planteamiento similar en *Carthago Noua*. Juega en favor de esta hipótesis el hecho de que hasta ahora el mayor número se concentre en el *Augusteum* y además en la propia ciudad, pues como ocurría en el caso griego, núcleos destacados y muy cercanos como Corinto no registraban ningún ejemplar.

pobre en este producto que la mediterránea de forma natural, ejemplares similares como los del tipo Loeschcke XIV utilizaban sebo para su encendido (Bémont y Chew, 2007: 227). Un criterio empleado a su vez para explicar la mayor o menor romanización de la región en función de si un tipo era más consumido que otro. Creemos que el tema merece una reflexión que pase por un análisis más detallado para determinar si un mismo modelo podía ser empleado con un combustible u otro indistintamente en función de los recursos disponibles. Como ejemplo basta observar los tipos Loeschcke XIV galos (fig. 128.11-128.15) y la hallada en *Bracara* (fig. 129.3); mientras que para las primeras no se contempla más que la grasa animal como combustible, éste no se plantea en la pieza lusa a pesar del gran parecido que guardan ambos tipos.

Respecto a las de *Carthago Noua* una que parece sin terminar es la única evidencia física susceptible de ser asociada a su producción (fig. 129.10). Se trata de una lucerna en muy mal estado de conservación que apareció junto a los restos de dos o tres hornos en la parcela de la C/ Caballero n^{os} 13-15-17, esto es, a continuación del solar donde se halló la altísima concentración de individuos ya citada y a escasos metros del *Augusteum*. Diversos factores impidieron excavar con mayor detalle las estructuras de adobe, por lo que es muy difícil aventurar cualquier hipótesis (Suárez Escribano, 2005: 10-13)[270].

De vuelta al proceso de fabricación, la reconstrucción práctica ha permitido comprender algunos problemas que de otro modo habrían pasado desapercibidos (García Roselló, 2007: 46), pero aún estamos lejos de profundizar en aspectos que vayan más allá de la simple asociación entre restos materiales y sociedad, empezando por los propios sujetos que los elaboraron. Ante la falta de fuentes históricas o epigráficas el producto cerámico es lo único que permite acercarnos a la personalidad y actuación del artesano y, en palabras de Morel (1991, 260): "conocer su estatus, comprender su situación en la sociedad, imaginar los sentimientos que inspira o que experimenta". La arqueología –y en concreto la Clásica– puede aprender mucho del trabajo y los métodos de pre y protohistoriadores a la hora de abordar ciertas cuestiones

[270] Además de identificar con seguridad la cocción de estas lucernas (probablemente junto a otros materiales como ladrillos, que también se hallaron) sería indispensable conocer hasta cuándo estuvieron en funcionamiento los hornos. Si se supone que los ejemplares consumidos a escasa distancia –muchos del tipo 1C– se fabricaron allí sería lógico llevar esta fecha hasta los inicios del s. III d.C. Una cronología coherente con la situación de repliegue que vive la ciudad en ese momento (Murcia, 2009f, 222: fig. 57), pues este tipo de estructuras solían encontrarse fuera del núcleo urbano o en su zona más perimetral debido al riesgo que contemplaban. Su situación muy cerca del foro, el centro político de la colonia, se entiende con mayor facilidad en un ambiente arquitectónico degradado que los artesanos eran propensos a ocupar (Morel, 1991: 283-284).

sobre cultura material que lleven a "la comprensión de cómo actuó esa sociedad y cómo sus distintas acciones se reflejan en una variabilidad de artefactos o restos con el fin ideal de poder determinar a partir de esos restos qué acciones se realizaron" (Vidal y García, 2010: 6)[271]. Como ya se ha insistido en el cap. 2, obras que abrieron este camino en la cerámica romana como la conocida *Pottery in the Roman world. An ethnoarchaeological approach* de Peacock (1982) continúan siendo más excepción que norma, una línea de trabajo que creemos se debe retomar.

[271] A pesar de que los interrogantes planteados desde el mundo clásico son cada vez más amplios y atañen a criterios de forma, función, origen, cronología y aspectos socioeconómicos (Beltrán, 2008, 39), trabajos como el de Vidal y García muestran cómo junto a la cerámica y su fabricación se transmiten toda una serie de ideas, comportamientos sociales y tradiciones a las que la historiografía aún no ha concedido la suficiente importancia (2010, 12-13).

CAPÍTULO 5

CONTEXTOS DE LOS S. II-III D.C. EN CARTAGENA: CASOS DE ESTUDIO

5.1.- La ciudad

Los diversos yacimientos urbanos a analizar han sido objeto de excavación en algún momento entre 1970 y 2008 durante una o, excepcionalmente, varias campañas. A lo largo de este período ha tenido lugar una importante evolución en la arqueología de Cartagena, ciudad que actuó como laboratorio para su desarrollo, siendo pionera en este campo a nivel regional. El uso de principios hoy incuestionables como la lectura estratigráfica no eran tan evidentes cuando se dieron los primeros pasos y si a esto unimos los cambios en la metodología (como el abandono del sistema de sondeos y cuadrículas por la excavación en área abierta) no es difícil imaginar lo desigual del volumen de información generado en cuatro décadas de intervenciones. Como ya se ha puesto de manifiesto en otro apartado (*vid*. cap. 2), ante tal disparidad de datos se ha intentado llevar a cabo una nueva lectura del proceso de excavación, prestando una especial atención a la secuencia estratigráfica. Ésta se ha reconstruido cuando ha sido posible, con especial interés en los casos con estructuras más complejas; sin embargo, cuando la sucesión de capas respondía a una secuencia lineal o no se contaba con los datos suficientes no se ha plasmado gráficamente. Para ello se ha procedido tanto al análisis de lo publicado, como sobre todo al de material inédito: memorias, diarios de excavación, croquis y anotaciones conservadas en el MAMC. Entre los distintos solares estudiados hay varios que ya se habían dado a conocer en mayor o menor grado a través de artículos monográficos o resúmenes en las *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, mientras que otros permanecían sin publicar. Tanto unos como otros revisten un gran interés. Los primeros porque mediante su revisión se completa la información conocida para el yacimiento, mejorando su comprensión y actualizando aspectos que habían quedado desfasados por el avance de la investigación. Los segundos porque permiten situar en el mapa intervenciones de relevancia cuyos materiales, al igual que en tantos otros casos, permanecían en los fondos desde hace décadas a la espera de ser estudiados.

A pesar de esta heterogeneidad en lo que a las modalidades de registro se refiere, se ha intentado mantener una cierta coherencia en dos aspectos clave para la

comprensión de la *Carthago Noua* de los s. II-III d.C.: la distribución de los solares y el carácter de las estructuras exhumadas. En relación al primero, nuestro objetivo era incidir sobre yacimientos de distintas áreas de la ciudad que diesen una imagen de conjunto respecto a su evolución. Sin embargo el desarrollo desigual de las intervenciones urbanas ha truncado en parte este enfoque, pues zonas extensas y de gran interés como el Monte Sacro y el PERI CA-4 (fig. 5) no han sido excavadas o bien permanecen en curso de publicación, como sucede respectivamente para cada una de las mencionadas. En cuanto al segundo punto a destacar, se ha buscado un equilibrio entre el estudio de edificios públicos y privados, incluyendo entre los primeros algunos tramos de calzada. Con ello es posible seguir las transformaciones que acontecen en este momento tanto en espacios domésticos como en aquellos cuyo funcionamiento dependía de la acción de los privados y/o del ente municipal. Dado que quedaba al margen de esta división y su estudio enlaza además con la evolución del hinterland de la ciudad en esta época, se ha optado por tratar el caso de la *uilla* de Portmán de forma separada en el siguiente capítulo.

Al igual que ocurría en el apartado precedente consagrado a las diversas categorías cerámicas, la información de cada solar puede estar ligeramente descompensada. En este caso no se debe a que unos sean más conocidos que otros (pues de cara a facilitar la comprensión al lector se hace un repaso de las principales estructuras aparecidas en cada uno de ellos), sino al hecho de que la potencia de los hallazgos es muy desigual. Si bien todos tienen en común la presencia de estratos de época antonino-severiana, la descripción de un tramo de calzada como el de la C/ Roque-Ciprés nº 7 no posee la misma complejidad que un edificio con múltiples habitaciones donde además se detecta un amplio programa decorativo como es la *domus* de la Fortuna. Por este motivo la extensión consagrada a cada caso puede variar, habiendo esto de entenderse como una decisión consciente tomada por el autor. En cuanto al orden de presentación era de sumo interés comenzar por la revisión de la C/ Jara nº 12, intervención de la que deriva nuestro trabajo y en la que es posible apreciar con especial claridad los avances que el mismo conlleva. La descripción y los matices cronológicos que se explican en este caso sirven de referencia para los restantes análisis, pues a él remitimos cuando el contexto estudiado es análogo de cara a evitar duplicidades en la explicación. Por tanto, según este orden, en un primer lugar serán tratados los espacios domésticos y en segundo aquellos de carácter público.

5.1.1.- Espacios privados

5.1.1.1- Las *domus* de la Calle Jara nº 12

En el estudio de la *Carthago Noua* de finales del Alto Imperio la excavación de la C/ Jara nº 12 resulta, por muchos motivos, paradigmática. Realizada por Elena Ruiz Valderas hace 20 años (1992), la intervención puso al descubierto unos potentes niveles de relleno que fueron analizados y publicados por primera vez de manera monográfica en el XXIII Congreso Nacional de Arqueología bajo el título de *Los niveles de abandono del siglo II d.C. en Cartagena: los contextos de la C/ Jara nº 12* (Ruiz Valderas, 1996). Esta breve y concisa contribución pronto se convirtió en referencia, pues aunque deposiciones similares se habían documentado en otros puntos de la ciudad, nunca habían sido estudiadas de forma pormenorizada[272]. Como ya se ha explicado, la propia expresión de "niveles de abandono" acuñada entonces fue asumida por la reciente historiografía local para designar la característica formación del registro estratigráfico de ese momento, siendo su influencia más que palpable en la presente tesis. Quizás su autora no imaginó la repercusión que alcanzaría el artículo, como posteriormente ha demostrado su constante citación, ni que serviría de base para trabajos más amplios como el aquí planteado. Una muestra evidente –y tristemente escasa en la arqueología de la ciudad después de los años 80– de que cualquier intervención publicada con claridad y detalle, por pequeña que sea, genera una cantidad de información fundamental para la investigación. En cualquier caso el constante avance de esta última nos llevó a contemplar, dentro de los posibles casos de estudio, una revisión de la intervención. Volver sobre los materiales de la C/ Jara nº 12 nos permitía poner al día una excavación emblemática para la arqueología de Cartagena a la luz de los últimos estudios ceramológicos y suponía al mismo tiempo nuestro pequeño homenaje a un trabajo que tanto nos ha inspirado.

La importancia de esta actualización tiene que ver con la cronología otorgada para el abandono, en torno al 150 d.C., que tanto ha marcado los trabajos posteriores. Esta fecha fijaba la decadencia de la colonia ya a finales del s. I d.C., entre cuyos motivos se apuntó a los cambios políticos y sociales pero sobre todo al cese de las

[272] Una tendencia mantenida hasta la fecha, pues a pesar de las numerosas excavaciones realizadas en el área urbana, en especial en los últimos diez años de la mano del "boom" inmobiliario, apenas se ha publicado de forma detallada ningún contexto de los s. II-III d.C. (y de manera muy excepcional los relativos a otras cronologías).

explotaciones mineras, principal motor económico de la ciudad (Ruiz Valderas, 1996: 506). Para la datación se analizó principalmente la vajilla fina, que contaba con vasitos de paredes finas, algunas formas típicas de *terra sigillata* sudgálica con Drag. 27 a la cabeza y las más tempranas del repertorio de la *sigillata africana* –el más abundante– como Hayes 3, 6, 8 o 9. La presencia de importaciones de cocina africana, con cazuelas como H. 23A, que dejó de producirse hacia mediados del s. II d.C. y H. 23B, que la sustituye a partir de ese momento, y el hervidor Uzita 48.1 (Caesaraugusta G/S 200) considerado entonces propio de los s. I-II d.C., permitió incidir en dicha datación de 150 d.C. Con la actual revisión se introducen algunos matices en la cronología, pero sobre todo se completa la imagen del contexto al incluir al mismo nivel la cerámica común, pues si bien ya fue tenida en cuenta en la época el conocimiento sobre la misma, en especial en lo que respecta a las producciones foráneas, ha conocido un gran avance en los últimos años.

En cuanto a la excavación, el solar de C/ Jara nº 12 se sitúa en pleno casco histórico de la ciudad, en un punto comprendido entre los cerros del Molinete y la Concepción, concretamente próximo a la falda de este último, donde comienza a hacerse evidente una ligera inclinación del terreno (fig. 130). Entre los diversos yacimientos estudiados es el situado en la parte más occidental del área urbana y reviste un especial interés dado que la zona ha sido ocupada de manera continuada. Así quedó de manifiesto en la excavación, pues sobre las construcciones de época antigua se documentaron remodelaciones en el s. V d.C., basureros bizantinos (s. VI-VII d.C.) e incluso parte de un cementerio islámico que ha permitido perfilar los límites de la medina medieval. Este último quedaba cubierto por diversas fases modernas (s. XVI-XVIII) y posteriores estructuras de los s. XIX-XX, entre las que destaca el conjunto de grandes tinajas de un almacén decimonónico (Ruiz Valderas, 1998: 232-236). Nuestro objeto de estudio son dos viviendas levantadas entre el s. I a.C. y el I d.C. como se deduce de las cerámicas halladas en su nivel de fundación. Ambas quedaban situadas en una *insula* delimitada al N por un decumano encontrado en la C/ San Antonio el Pobre nº 5 (Martín y Roldán, 1997d) y al S por otro aparecido en la Plaza San Ginés esquina C/ Faquineto (Martín y Roldán, 1997e) y en la C/ Cuatro Santos nº 40 (De Miquel, 1987a). Aunque este último ha sido considerado secundario frente a otro que atravesaría la plaza forense, conectaba de forma lineal el puerto y la puerta principal de la ciudad y junto a su trazado se levantaban algunos de los edificios más significativos de la colonia

como el teatro. Su fosilización en época medieval y moderna en las calles Cuatro Santos y Duque, que continuaron siendo la principal vía de entrada y salida del núcleo urbano (Antolinos, 2009: 62, fig. 8) nos lleva a plantearnos si en realidad no cabe observar en él el trazado del *decumanus maximus* como ya se apuntara en un principio[273] (De Miquel, 1987a: 149, lám. 3). En cualquier caso se trata de una calzada muy destacada junto a la que se situaban las *domus* de la C/ Jara nº 12. Continuando con la descripción de la *insula* en la que se encontraban, quedaba cerrada al E por un cardo hallado en la C/ San Francisco nº 8 (Méndez, 1997; San Martín, 1985b) y al O por otro aparecido en la propia excavación, configurando una manzana de 160 x 200 pies (Ruiz Valderas, 1998: 232). Ésta sin embargo podría ser más pequeña si se demostrase la continuidad de un nuevo decumano documentado en la C/ San Francisco n^{os} 16-22 (Moro y Gómez, 2007) como sugiere el reciente tramo de C/ Palas nº 5-7, que dividiría la *insula* por la mitad (Antolinos, 2009: 62, fig. 8, nº 28).

Las *domus*, documentadas de manera muy parcial, fueron denominadas A y B y quedaban a ambos lados (E y O) del mencionado cardo, de 3,10 m de anchura (fig. 131). No se encontraron las losas del mismo por haber sido probablemente expoliadas, si bien hubo de ser una vía muy transitada al conectar el Edificio del Atrio del Molinete con el ingreso oriental del teatro (Antolinos, 2009, 62, fig. 8, nº 23; Ruiz, 1998: 233). Los restos se pusieron en relación con una *domus* de peristilo descubierta por P. San Martín en 1977 en el cercano solar de Jara nº 6; de hecho en la vivienda A, que poseía un umbral hacia la calle, se identificaron dos estancias (I y II) con suelo de tierra batida y sin apenas decoración que se interpretaron como el área de servicio de la mencionada vivienda, en una de cuyas salas nobles apareció un mosaico de *opus sectile* (Ruiz Valderas, 1998: 233, lám. 1). En la B se abrió un espacio ligeramente mayor, con diversas trincheras y ampliaciones para conocer el desarrollo de algunos muros, que permitió identificar hasta cuatro ambientes diversos. Al primero (sala I) se accedía por un umbral revestido de argamasa y se trata de un posible patio, como indicaría el hallazgo de un pequeño pilón de agua con media caña en *opus signinum* y el acabado del muro S, de factura muy cuidada (U.E. 1211). La sala II, de la que apenas se obtuvieron datos, se hallaba a continuación en dirección oeste y al sur quedaban las

[273] Uno de los argumentos esgrimidos en contra era el hecho de que no atravesase el centro de la ciudad. Sin embargo, teniendo en cuenta que esta parte es la más fácilmente inundable y que en la falda del cerro de la Concepción se realizaron importantes trabajos de aterrazamiento (Martín, 1995-1996: 211, fig. 2), nos parece una hipótesis plausible. Es posible que debido a las constricciones del espacio urbano no desarrollara una anchura canónica; siendo la máxima conocida los 5,5 m documentados en la C/ San Diego, punto en el que la vía alcanzaba las antiguas puertas de la ciudad (Martínez Sánchez, 2004).

estancias III y IV, con suelos de argamasa y parcialmente arrasadas por las remodelaciones posteriores. Dada la modestia de sus acabados se asociaron igualmente con habitaciones de servicio de la mencionada *domus* documentada en la intervención anexa.

5.1.1.1.1.- Estratigrafía

En el patio de la vivienda B (estancia I) se depositaron los niveles que constituyen el objeto de nuestro estudio. El paquete estratigráfico –de 1,5 m de altura– cubrió todo el espacio y se elevó hasta superar el muro de la propia vivienda (U.E. 1211), un *opus uittatum* de buena calidad construido con pequeño aparejo rectangular y algunos paralelepípedos de mayor tamaño colocados verticalmente a modo de un *opus africanum* (fig. 132). El acabado recto del paramento indica que su parte superior estaba levantada en adobe (fig. 133), un material que fue desintegrándose tras la entrada en desuso del edificio, confiriendo a la estratigrafía una característica tonalidad anaranjada. La secuencia de abandono está compuesta por seis potentes niveles ricos en cerámicas, materia orgánica y elementos constructivos (fig. 134), las U.E.: 1210, 1212, 123, 1215, 1216 y 1218. A pesar de su homogeneidad, es posible distinguir algunas características, que definimos brevemente partiendo del estrato más antiguo (Ruiz Valderas, 1998: 236-239):

U.E. 1218: Concentración de adobes casi completos y disueltos de color anaranjado claro; un estrato fino que se deposita directamente sobre el preparado del suelo (U.E. 1219).

U.E. 1216: Tierra rojiza con abundante escombro, estucos, cornisas molduradas, tejas, fragmentos de suelo de *opus signinum* y piedra.

U.E. 1215: Estrato fino de unos 2-8 cm de espesor, limoso y de color gris claro con mayor concentración de material hacia su zona norte, donde entra en contacto con la U.E 1212.

U.E. 1213: Nueva disolución de adobes rojiza, compacta y con poca cerámica de entre 10 y 50 cm de espesor. Presenta abundantes tejas curvas y fragmentos de suelo, además

de numerosos clavos junto al muro que fueron interpretados como los restos de un posible revestimiento (Ruiz Valderas, 1998, 233).

U.E. 1212: Estrato de tierra gris claro, limoso, con carbones y una potencia de hasta 40 cm con abundante material cerámico, vidrio, punzones, agujas, clavos, estucos y sobre todo cornisas.

U.E. 1210: Capa más superficial de tierra rojiza-ennegrecida, esponjosa y compacta que cubría el muro 1211 formada por una disolución de adobes procedentes de la parte superior del mismo y que sellaban definitivamente el abandono altoimperial.

La revisión de los materiales ha permitido matizar una cuestión que suscitaba un gran interés: los plazos en los que se originó la secuencia estratigráfica. En un primer momento los niveles fueron estudiados individualmente con el fin de distinguir fases dentro del proceso de deposición y ajustar así la cronología del abandono. Sin embargo el análisis de las cerámicas permitió recomponer piezas cuyos fragmentos habían aparecido en distintos niveles. Esto no solamente ocurría con las de estratos contiguos como 1210-1212, 1212-1213 o 1212-1215 sino incluso con aquellos más separados (fig. 135), como ponía de manifiesto un vaso de cerámica vidriada cuyas correspondientes mitades se hallaron en las U.E. 1212 y 1215 respectivamente. La relación de piezas distanciadas más de un metro dentro del propio relleno evidencia su formación en un plazo relativamente corto de tiempo. Como se ha planteado en el capítulo 3, la estratigrafía ofrece ciertas limitaciones en cuanto a su interpretación (fig. 69); máxime en un caso en el que conviven materiales domésticos, de construcción y orgánicos, pero que ha de ser entendido como un mismo nivel con diversas aportaciones. Así lo revela el estudio de los ajuares cerámicos, que incide en la homogeneidad del relleno a pesar de las diversas texturas y colores que pueda presentar.

Aunque sería sin duda deseable, es casi imposible abarcar el estudio simultáneo de todas las piezas de una excavación en una tesis, tanto por cuestiones físicas, pues se necesita un amplio espacio en el que extender los miles de fragmentos, como humanas, pues una sola persona tardaría semanas en comprobar si cada pieza pega con las restantes. El caso de la C/ Jara nº 12 ha sido el único entre los aquí analizados en el que, por cuestiones de tiempo, esto se ha podido realizar, si bien no de forma sistemática debido a su volumen de más de 2300 fragmentos. En cualquier caso lo más importante

es que la experiencia sirve de modelo para otros yacimientos urbanos, al tiempo que permite reflexionar sobre la naturaleza del proceso de colmatación. Aunque no es posible calcular los plazos del mismo (¿meses, años?), es evidente que el patio de la *domus* B se cubrió con una cierta rapidez. Al descartar por las características de la propia deposición un colapso súbito que explicaría la potencia y homogeneidad de los 1,5 m de relleno, creemos que éste ha de ser interpretado como un vertido intencionado. De hecho se trata de uno de los grandes interrogantes pendientes de resolución: ¿estamos ante materiales que formaban parte del *instrumentum domesticum* de la casa o bien se trata de aportaciones ajenas a la misma? Ya se ha insistido en la complejidad del problema (*vid*. cap. 3), especialmente en el caso de niveles que no se formaron a través de una destrucción y que además se encuentran en un entorno urbano en el que las estructuras son reocupadas y alteradas con mayor facilidad que en el medio rural[274]. En este caso creemos que al tiempo que fue abandonada y comenzó a sufrir síntomas de deterioro, como pone en evidencia la caída de adobes y otros elementos de construcción, la *domus* B hubo de convertirse parcialmente en un vertedero al que se fueron arrojando tanto desechos orgánicos como restos de cerámica que acabaron por colmatar el espacio del patio. De hecho estos últimos aparecen en su mayoría fragmentados y, por tanto, en desuso. La U.E. 1210 que sellaría definitivamente el paquete corresponde a la disolución final de los adobes del muro que aún quedaban en pie. La ausencia de estructuras posteriores sobre estos niveles impide pensar en un relleno intencionado con una finalidad constructiva. Hasta ahora el dato más evidente que se desprende de su lectura es la creación de un vertedero intraurbano en una de las zonas más destacadas de la ciudad, cercana tanto al puerto como a algunos de sus edificios y vías más significativos.

5.1.1.1.2.- Contexto cerámico

En los niveles del potente paquete estratigráfico de la C/ Jara nº 12 se documentaron un total de 2215 fragmentos cerámicos, con un número mínimo de 460

[274] *Vid*. el caso ya comentado del vertedero de la Plaza del Negrito en Valencia, formado en un espacio periurbano en el que una hondonada del terreno se colmató con desechos hasta alcanzar los dos metros de altura y entre cuya heterogénea composición también se incluían materiales de construcción (Albiach, 2001).

individuos[275] (fig. 136, 137, 138 y tabla 6). Entre los distintos grupos muestra un indiscutible predominio la cerámica de cocina, que representa el 50% del contexto. Le siguen la cerámica común y la vajilla fina, ambas con un porcentaje del 21% y cierran el cómputo global las piezas destinadas a la iluminación (5%) y las ánforas (2%). El hecho de que las lucernas superen a estas últimas da una idea de la escasa representatividad de los envases destinados al transporte de alimentos, una constante en el resto de yacimientos urbanos estudiados. El orden que seguiremos para su análisis no responde a su representatividad sino a un criterio establecido (idéntico para todos los casos), empezando por la vajilla fina, continuando con la cerámica de cocina, la común, las ánforas y por último las lucernas (tabla 6). A su vez dentro de cada categoría se intenta mantener siempre una misma secuencia tal y como se ha explicado en el cap. 4.

5.1.1.1.2.1.- Cerámica fina

Dentro de este bloque se distinguen diez producciones distintas, algunas no representadas por más de un individuo, hecho que sin embargo permite afinar la cronología del conjunto. Los hallazgos más antiguos son dos pequeños fragmentos de cerámica Campaniense A, uno de ellos perteneciente a la forma Lamboglia 31, que por su Antigüedad se consideran residuales. Pasando al análisis de las paredes finas (4,5%), destaca la presencia del tipo Cartagena, que hemos definido como una producción local. Con 14 fragmentos (3%) es el mejor representado en esta categoría (fig. 139.1), contando con un ejemplar completo que ya recogió Ruiz Valderas (1996: 511, lám. 2, 1). Frente al mismo tan sólo se documentan dos ejemplares de formas teóricamente béticas con el característico acabado metalizado (si bien ya se han planteado las dudas sobre su origen galo): un fragmento de Mayet 37 con decoración a la barbotina (fig. 139.2) y otro de Mayet 38 (fig. 139.3), concretamente un inconfundible fondo con doble acanaladura en la parte inferior de la pared. Completa el repertorio un vaso muy interesante para el que fue posible recomponer todo su perfil. Se trata de una pieza globular con fondo ligeramente convexo, cuello recto y sin labio y un asa lateral que

[275] Todos los porcentajes a los que se hace alusión en lo sucesivo han sido trabajados sobre el NMI. Al no contemplar decimales en la división global, aquellas producciones cuya representatividad es menor de 5 fragmentos aparecen con un valor equivalente al 0% (si bien les correspondería un porcentaje entre el 0,2 y el 0,8 % según oscile su número entre 1 y 4 fragmentos). En sucesivas referencias en el texto a piezas con tan escaso número de individuos se citará el número de fragmentos en lugar del porcentaje equivalente, remitiendo en todo momento a la tabla general (tabla 6) donde se recogen todos los datos del contexto con los que es posible conocer el porcentaje de cada pieza.

suponemos se desdobla aunque no es seguro (fig. 139.4). El cuerpo presenta dos bandas incisas y cuatro con decoración a ruedecilla que, debido a la delgadez de las paredes, deformaron sutilmente su esfericidad al ser imprimidas sobre la arcilla fresca. La pasta no posee ningún engobe y es de un color blanquecino-grisáceo que recuerda a algunas producciones de Mérida[276], si bien hasta la fecha ninguna se ha documentado en *Carthago Noua*. El único paralelo con el que podría asociarse es el tipo 642 de Mayet, un *unicum* hallado en la necrópolis de Carmona con el que guarda ciertas similitudes como la propia forma o la distribución de la decoración, si bien esta última posee un cuello ligeramente más exvasado (Mayet, 1975: 117).

En cuanto a las sigillatas, las más antiguas son las itálicas, representadas de forma residual con cuatro fragmentos entre los que sólo se distingue el plato carenado Conspectus 16.1, (fig. 139.5). También de sigillata itálica pero tardía (TSIT) destaca un único individuo de Dragendorff 37, informe pero con una decoración característica a base de guirnaldas que se repiten y en la que también se aprecia un personaje antropomorfo (fig. 139.6). En este caso su hallazgo aislado ha de responder a una cuestión de distribución, pues cronológicamente la producción se mantuvo activa hasta mediados del s. II d.C., si bien en nuestros contextos son escasas las piezas decoradas (Huguet Enguita, 2007: 121-122). Más frecuentes son algunos vasos de TSG del taller de La Graufesenque, que aunque en un modesto porcentaje (3%) se prolongan sin dificultad hasta niveles de finales del s. II d.C. Entre los documentados en la C/ Jara destaca un único fragmento decorado en el que se distingue un lagomorfo perteneciente al vaso cilíndrico Drag. 30 (fig. 139.7), cuya cronología abarca toda la época flavia hasta el reinado de Trajano. Otra forma frecuente es el plato carenado de perfil exvasado y borde redondeado Drag. 18/31 (fig. 139. 8). En función del grosor de sus paredes, según el criterio del *DICOCER*, se pueden distinguir dos variantes (A y B), perdurando la segunda hasta 150 d.C. Aunque nuestros individuos se encuadrarían más en la primera, su pervivencia durante época antonina es clara. Sobre un fondo de Drag. 18/31 se conserva parcialmente un sello que de difícil lectura[277] (fig. 139.9). Para el

[276] Agradecemos a A. López Mullor sus atentas observaciones sobre ésta y otras piezas.

[277] La interpretación de las marcas puede complicarse debido a diversos factores. Un mismo alfarero podía firmar de distintas maneras y los sellos con nombres muy largos podían ser abreviados o bien cortados y usados parcialmente. También pueden verse alterados por una impresión incorrecta (por las características de sequedad o excesiva plasticidad de la arcilla cuando fue aplicado el punzón) o bien presentar una lectura retrógrada de los caracteres (Hartley y Dickinson, 2008a: 9-11). En cuanto a la cronología, los límites que se establecen los mencionados autores cuando hacemos referencia a ellos, son siempre orientativos y basados en gran parte en contextos cerrados, aunque es difícil marcar la diferencia entre el período en que cierto alfarero estuvo produciendo y lo que circuló la pieza hasta incorporarse al

mismo se distinguen los caracteres *VVIX(I)[*, firma que no cuenta con ningún paralelo y que además podría ser retrógrada, siendo el caso más similar el sello *XIVIIXIN* documentado en *Baelo Claudia* y para el que tampoco hay hipótesis de lectura (Bougeois y Mayet, 1991: 164, nº 295) Cabe destacar un fragmento de plato que no está definido en las tipologías estandarizadas, pues aunque es ligeramente carenado al modo de la Drag. 18/31, su borde largo y apuntado se encuentra próximo a la Drag. 33, quedando a medio camino entre ambas formas (fig. 139.10). Un ejemplar idéntico, también catalogado como forma indeterminada, se identifica en *Baelo Claudia* (Bourgeois y Mayet, 1991: 103, Planche XVI, nº 2168). Por último la copa Drag. 27, incluso con algún perfil completo (fig. 139.13) es la mejor representada, con un total de seis individuos de los que dos portan sello (fig. 139.11 y 139.12). De nuevo se trata de dos sellos de difícil lectura, que podrían haber sido fabricados en un mismo taller. En el primero parecen leerse las letras *VITI* y en el segundo *VII*. Las marcas recuerdan a algunas de las recopiladas para *Auitus*, un alfarero de los talleres La Graufesenque y Le Rozier fechado entre 60 y 80 d.C. Entre los artesanos que firman con este nombre según la clasificación de Hartley y Dickinson pertenecería a su segundo tipo (Avitus ii), guardando una especial similitud con un sello hallado sobre una Drag. 27 en el que el *nomen* se contrae para adoptar la forma *AVII* (Hartley y Dickinson, 2008a: 372-374, 9a´). En cualquier caso no es un argumento concluyente, pues otros nombres se abrevian de forma similar. Así por ejemplo, el ceramista *Nenus* (*Nenius*), también de La Graufesenque y datado en torno al mismo momento (65-80 d.C.) escribe su nombre como *NIINI* con una N alargada que puede dar lugar a confusión (que aumenta si además aparece invertido, como en ocasiones ocurre; Hartley y Dickinson, 2010: 226, 1a). Lo mismo sucede para el caso de LEN (también de La graufesenque), que firma como .LIIN, un sello en el que la deformidad de la N y los astiles de las letras restantes recuerdan enormemente a los ejemplares aquí analizados (Hartley y Dickinson, 2009b: 36).

Con un porcentaje que alcanza el 10%, la TSA A es la cerámica fina mayoritaria. Si bien pudiera parecer que se documentan algunos de los tipos más tempranos, lo hacen en sus variantes tardías, que se prolongan durante el s. II d.C. como Hayes 3C (fig. 140.1; Ruiz Valderas, 1996: 511, lám. 2, 4) y H.6C (fig. 140.2). En cualquier caso el mayor número de fragmentos, con 10 y 17 respectivamente,

registro arqueológico. Normalmente la cronología dada es la que se estima para el período de producción de las piezas.

corresponde a los cuencos H. 8A (fig. 140.3 y 140.4) y H9A (fig. 140.5 y 140.6, Ruiz Valderas, 1996: 511, lám. 2, 2), aunque también se documenta uno de la variante H.9B, diferenciable por la ausencia de decoración a ruedecilla. Estas formas son dos de las más populares del repertorio de la TSA A y si bien la cronología tradicional las ubicaba en la primera mitad del s. II d.C. (concretamente a la variante A), la revisión de Bonifay (2004: 156-157) sobre la base de los materiales de Pupput permite postergarla medio siglo más, al igual que a la variante lisa que llegaría hasta el s. III d.C. Formas de cronología propiamente antonino-severiana como los cuencos H. 14A (fig. 140.7) y H. 16 (fig. 140.8) no se documentan más que con uno o dos fragmentos. También cabe destacar una tapadera completa H. 20 ya dibujada y publicada por Ruiz Valderas (1996: 511, lám. 2, 5) y un supuesto borde del poco frecuente plato H. 18 que recogen los inventarios y que sin embargo no hemos documentado en nuestra revisión. La gran mayoría de las piezas de sigillata africana pertenecen a la producción A^2, la más tardía, con un característico barniz color rojizo, en ocasiones muy oscuro con un acabado mate y granuloso.

En TSH sólo se documenta una forma Drag. 37 decorada con los típicos motivos circulares que ayudan a reconocer la producción en una zona donde, debido a su escasez, puede confundirse con TSG (fig. 140.12). Por las características de su pasta la pieza procede del área de Tricio y se extiende cronológicamente desde época flavia hasta el s. III d.C. (Roca y Fernández García, 1999: 288). Otra cerámica poco frecuente es la TS Clara B, algunos de cuyos fragmentos reposarán probablemente en los inventarios como TSA debido a su color anaranjado. De la misma tan sólo se documentan dos bordes, uno del plato Clair-B 104 (fig. 140.9) y otro que en realidad corresponde al listel exterior que presenta la llamada copa Clair-B 29 (fig. 140.10) y que recuerda al de algunos morteros. El primero se fecha durante el s. III d.C. y el segundo durante la segunda mitad del s. II d.C. (Desbat y Picon, 1986). También parece hacer acto de presencia una producción gala más tardía, la *terra sigillata* lucente (Pernon y Pernon, 1990). Un borde con el labio triangular y apuntado al exterior y un engobe de aspecto metalizado, desigual y con tonalidades que van desde el naranja oscuro hasta casi el negro, podría identificarse con el cubilete de la forma 62 (fig. 140.11). En caso de confirmar tal identificación la pieza habría quizás de interpretarse como una intrusión, pues cronológicamente no parece producirse antes de la segunda mitad del s. III d.C. Procedentes del sur la península Itálica, se cuentan dos fragmentos de cerámica vidriada de color verde oscuro (amarillos en su interior debido al proceso de cocción).

El primero es una copa decorada con escamas de piña sobre cuyo borde se aprecian las gotas del esmalte que se endurecieron cuando fue colocada de forma invertida para su secado antes de la cocción (fig. 140.13). Se trata de una forma bien documentada en contextos antonino-severianos, como los de la *uilla* de Tolegassos, cuyo repertorio a día de hoy continúa siendo excepcional (en especial en el estrato 2048, Casas y Soler, 2003: 167-169). El segundo es el pie de un vaso de cuerpo globular que se ignora si poseía decoración en su tercio superior (fig. 140. 14). Por último destacan tres fragmentos de adscipción indeterminada. La pieza más significativa es una pequeña pátera de pasta beige cubierta por un engobe rojizo-anaranjado que se ha perdido en gran parte (fig. 140.15), ¿acaso una producción oriental? En su interior presenta diversos motivos decorativos en relieve, que si bien no se pueden distinguir a causa de la erosión, constituyen su principal singularidad. Los dos restantes son un borde de tendencia exvasada y labio diferenciado, muy bruñido al exterior, con un engobe gris oscuro metalizado para el que no se conocen paralelos (fig. 140.16) y un fondo retorneado de pasta beige y porosa con engobe anaranjado e irisaciones metálicas que recuerda al de la TS Clara B pero que tampoco parece corresponder con ninguna de sus formas (fig. 140.17).

5.1.1.1.2.2.- Cerámica de cocina

En esta categoría, que supone el 50% del contexto, predominan claramente las producciones de cocina africana con un 38% del total seguidas por el repertorio de cerámica reductora regional con un 10%. Representadas dentro del escaso 2% restante figura algún ejemplar de procedencia oriental así como las piezas de rojo pompeyano y otras formas de la cocina itálica. Comenzando por estas últimas destacan dos fragmentos de la cazuela Bats 6A (fig. 141.1) y dos tapaderas de la forma Bats 7 (fig. 141.2 y 141.3), equivalentes a la forma Celsa 79.15 si atendemos al grosor que adquiere su borde redondeado (Aguarod, 1991: 117-118, fig. 25.2-7). De cerámica de engobe rojo pompeyano sólo se documenta un plato de borde entrante Goudineau 33 (fig. 141.4), que al igual que las anteriores perdura desde el s. I d.C. hasta los inicios del s. II d.C. En cuanto a la cerámica oriental se documentan dos grandes sartenes del área del Egeo de la forma G133 (fig. 141.5 y 141.6). Aunque se ha podido recomponer casi en su totalidad el perfil de ambas, su estado fragmentario impide conocer si poseían el

característico mango hueco y torneado en espiral, como probablemente ocurriría de cara a poder facilitar el manejo de las piezas en el fuego.

En el caso de la cerámica africana de cocina (38%) se documentan principalmente cazuelas y tapaderas. Entre los diversos tipos que componen el repertorio de las primeras destaca la forma H. 23 en sus dos variantes si bien la más temprana, H. 23A, sólo cuenta con 5 fragmentos. La forma H. 23B es, con 64 individuos (14% del total), la mejor representada del contexto (fig. 141.7 y 141.8), documentándose algunos perfiles completos como recogía Ruiz Valderas (1996: 511, lám. 2, 7). La otra cazuela característica es H. 197 (7%), con diversos tamaños y un borde almendrado no muy pronunciado (fig. 142.1 y 142.2). Junto a estas se registra un ejemplar de borde replegado de la forma O. I, 270 (fig. 142.3), significativo por su cronología, que ocupa toda la dinastía severiana: finales del s. II y la primera mitad del s. III d.C. (Atlante I, 1981: 221). El complemento a estas piezas son las tapaderas H. 196, motivo por el que se documentan en un alto porcentaje (12%), mayoritariamente con el fondo plano (fig. 142.4) y excepcionalmente con un pomo (fig. 142.5), aunque con frecuencia lo único que se conserva es el borde (fig. 142.6 y 142.7). Igualmente cabe sumar al repertorio de tapaderas un único borde de la forma H. 195 (fig. 142.8). Esta pieza, al igual que las anteriores y las cazuelas H. 197, no posee barniz y pertenece a la categoría C, algo poco frecuente, pues habitualmente suelen ser formas propias de la categoría B (que en tal caso pasan a denominarse H. 182). Precisamente dentro del grupo de platos/cazuelas más minoritario, el de la forma H. 181 compuesto por 7 individuos, todos los documentados pertenecen a la categoría A (fig. 143.1), a excepción de un único fragmento de pasta marronosa y con el característico pulido a bandas interno de la categoría B (fig. 143.2). Este último es una forma abierta con el borde engrosado y poco entrante que parece corresponderse con la variante A establecida por Bonifay (2004: 213-215) dentro del un ordenamiento tipológico que llevó a cabo sobre este tipo (especialmente complejo por haberse producido contemporáneamente tanto en la categoría A como en la B). El repertorio se completa con 6 fragmentos del puchero monoansado H. 200 y dos piezas del hervidor Uzita 48.1, una de las cuales se conserva completa (fig. 143.3). De la otra tan sólo se ha hallado un asa, marcada por unas acanaladuras superficiales que la hacen inconfundible (fig. 143.4). Por último cabe destacar, dentro del conjunto de formas indeterminadas, la mayoría fragmentos informes, una tapadera de difícil adscripción con el borde ligeramente engrosado (fig. 143.5). La pasta es de un tono amarillento verdoso que

recuerda al de la cerámica común africana, pero el ennegrecido del exterior indica que fue puesta al fuego.

En cuanto a las producciones locales/regionales, la cerámica de cocina reductora o ERW1, el repertorio (10%) a diferencia del africano en el que predominaban las cazuelas, está compuesto mayoritariamente por ollas, recipiente tradicional de cocina antes de la llegada de Roma. Se documentan 7 fragmentos de la olla 2, de gran tamaño, con un cuello diferenciado y un labio engrosado de tendencia cuadrangular que puede adoptar diversas formas (fig. 144.1 y 144.2). En cualquier caso la más abundante, con 19 individuos (7%) es la olla 3, con un cuerpo estriado de paredes rectas marcadamente carenado en su tercio inferior, fondo umbilicado y perfil en S (fig. 144.3 y 144.4). También se registran seis fragmentos de la forma 4, la llamada ollita, caracterizada por presentar un pulido a bandas externo (fig. 144.5 y 144.6). La tapadera 7, también con seis ejemplares, es la forma que acompaña a la olla del tipo 3 (fig. 144.7). Se registran igualmente cinco jarras de cocina de la forma 8, una de las cuales ha sido reconstruida casi enteramente (fig. 145.1 y 145.2). Dentro de ese pequeño conjunto destaca un ejemplar idéntico pero cuya pasta, también reductora y con algunos desgrasantes blanquecinos que se aprecian en superficie, plantea la duda de que se trate de una producción distinta, hecho plausible dada la existencia de diversos talleres dentro de una misma área, como recientemente se ha puesto de relieve en el caso de Valencia (Huguet Enguita, 2012: 435). La pieza posee además un asa de sección más cuadrangular y una incisión bajo el cuello (fig. 145.3), si bien es idéntica a la forma que podemos considerar canónica. En todos los casos se documentó en su interior una concreción blanquecina que, al igual que ocurre con la de la Uzita 48.1, cabe poner en relación con su función como hervidores. Ésta no sería fruto del uso, sino de un producto añadido conscientemente con una finalidad concreta. Por último se registra un fragmento de lo que por ahora se puede considerar un *unicum*: una imitación de la forma H. 181 en cerámica reductora de cocina. La pasta no admite dudas y el perfil remite directamente al plato/cazuela africano del que además copia el pulido a bandas, presente en toda su superficie pero concentrado en su interior (fig. 144.8).

5.1.1.1.2.3.- Cerámica común

En esta categoría priman las producciones locales/regionales, si bien ya se han mencionado los problemas relativos a la falta de datos sobre talleres de origen y

analíticas de pastas. El grupo mejor representado es el de la cerámica oxidante o ERW3 (19%) seguido muy de lejos (1%) por la cerámica romana pintada de tradición indígena o ERW2b, estrechamente vinculada con la anterior. El 1% restante lo comparten ejemplares aislados de cerámica común africana, oriental y gala que a pesar de su escasa incidencia matizan la cronología.

Comenzando por estas últimas, en concreto por la cerámica común del Egeo destaca un solo individuo que sin embargo es característico de esta cronología: la jarrita G188. Su boca trilobulada, la estrechez de su cuello –sobre el que se marcan tres estrías en relieve– y la ligera elevación del asa por encima del borde (fig. 145.4) definen la forma típica de la segunda mitad del s. II d.C. En cuanto a la cerámica común africana, se documentan dos ejemplares de la jarra de pasta amarilla con filtro Bonifay 53, en uno de los cuales no todos los orificios habían sido perforados completamente (fig. 145.5), lo que sin duda hubo de condicionar su uso. Aunque sobre la base de los ejemplares de la necrópolis de Pupput se establece para esta forma una cronología de la primera mitad del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 284), Pavolini la documenta en Ostia durante el s. II d.C. y la centuria siguiente (Pavolini, 2000: 152-153). Por último se recoge una pieza nunca antes documentada en los contextos de *Carthago Noua*: un mortero de pasta beige depurada y porosa procedente de Galia meridional (fig. 145.6). La forma corresponde al tipo 19c de la denominada cerámica "à pate claire récente" según la definición del *DICOCER*, con una cronología que oscila entre 70-180 d.C. (Py, 1993: 241). Se caracteriza por poseer un borde moldurado cuadrangular con labio entrante y un fondo sin pie ligeramente convexo. En su interior presenta un recubrimiento de pequeñas piedras –entre las que destacan gránulos de cuarzo– que facilitarían el rallado de los alimentos. Se trata de una forma cuya distribución queda constreñida principalmente al S de Francia, donde puede ser muy abundante, como muestran algunos ejemplares que la preceden hallados en Nimes en el s. I d.C. (Barberan, 2011: 575, fig. 6).

En cuanto a la cerámica pintada de tradición indígena y la cerámica común oxidante, ya se ha explicado que en realidad son una misma producción (ERW2b y ERW3), pues comparten la misma pasta, si bien una está decorada con pintura ocre y motivos geométricos y la otra no. La primera aparece representada de forma casi residual (1%), sin embargo hallazgos como los de Águilas o Algezares ponen de manifiesto su uso hasta al menos la primera mitad del s. III d.C. (aunque no es posible afirmar si se produjo hasta ese momento). En el elevado porcentaje de la segunda (19%) cabe reconocer su carácter utilitario, pues el variado repertorio de la producción era

empleado en numerosas actividades cotidianas. Pasando al análisis de los distintos individuos cabe distinguir tres ejemplares de cerámica pintada de tradición indígena. Los dos primeros son un olpe Abascal 19 de tipo biansado (fig. 146.1) y una tapadera para la que no se conocen paralelos que parece estar fabricada en la misma pasta, con un pomo sobre el que se aprecia el corte de la cuerda del alfarero y líneas circulares pintadas en rojo a su alrededor (fig. 146.2). El tercero es el más singular, se trata de una jarra de poca altura cuyo fondo se ha perdido y que contaría con un pico vertedor, como se desprende de un ligero estrangulamiento en el borde. El asa , que une la panza directamente con el borde, presenta un peculiar apéndice aplanado en su parte superior que remite a algunos de los olpes más antiguos de la forma 19 de Abascal (fig. 98.1). La decoración sigue un trazado de líneas de grosor irregular que se cruzan a modo de X en el tercio superior del recipiente, extendiéndose sobre lo que parece una capa de engobe blanquecino. Su tono no es el ocre característico, sino un anaranjado más apagado para el que no es posible confirmar si se trata del tono canónico degradado por la acción del tiempo o bien un color más claro, tal y como se ha representado (fig. 146.3). En cuanto a la cerámica oxidante local o regional (ERW3), el cuenco de borde vuelto de la forma 1 es uno de los más frecuentes. Presenta distintos tamaños así como una amplia variedad de bordes, pues aunque su principal rasgo distintivo es que éste se pliega hacia el exterior, su inclinación varía, pudiendo llegar a pegarse sobre sí mismo (fig. 146.4, 146.5, 146.6, 146.7 y 146.8). Aunque casi nunca se suele conservar, gracias a los hallazgos de la C/ Cuatro Santos nº 40 sabemos que contaba con un pie anular, así como con asas laterales. Suele presentar un profuso espatulado tanto en el exterior como el interior, lo que le otorga un aspecto muy bruñido y una gran dureza, como se aprecia en su fractura recta y sonido metálico. Otros tipos como el plato de la forma 2 o el cuenco de la forma 7 sólo cuentan con un ejemplar. Éste último, con el borde engrosado no sólo al exterior sino también al interior así como una pequeña carena marcada por una incisión (fig. 147.2) posee una pasta de tono más beige y e inclusiones de cuarzo más visibles que quizás indiquen una producción distinta. Con ocho individuos está representado el cuenco con pitorro de la forma 6 (fig. 147.1), al que se debe sumar un asa en línea con la apertura para verter como se desprende del hallazgo de Águilas. Los porcentajes más elevados corresponden a los *urceus*, probablemente por su doble empleo para el servicio y el almacenaje. Con un 4% los de la forma 11, de mayor tamaño y quizás sólo destinados a la conservación de alimentos, son los mejor representados. Pueden presentar divergencias tanto en el cuello (más o menos

exvasado), como en el borde o en el asa, por lo general aplanada y con una acanaladura, aunque se trata en cualquier caso de la misma forma (fig. 147.3, 147.4 y 147.5). Los *urceus* tipo Cartagena también están bien documentados (3,2%), aunque a excepción de un ejemplar completo recogido por Ruiz Valderas (1996: 512, lám. 3, 11), aparecen de modo muy fragmentario (fig. 148.1). Incluimos también una ficha recortada en la misma cerámica ERW3 cuyo uso como tapadera para estas piezas (probablemente elaborada con restos de alguna de ellas) ya se ha constatado. Dos recipientes documentados por primera vez, uno con labio engrosado y un asa (fig. 148.2) y otro con el borde vuelto y caído (fig. 148.3) podrían interpretarse como *urceus*, si bien ante la falta de datos sobre su desarrollo completo se han incluido en el apartado de indeterminados. Otra forma bien representada (3,2%) es la jarrita monoansada de la forma 13 (fig. 148.4 y 148.5) destinada al servicio de mesa, junto con las que compartiría repertorio otra jarrita de borde estrangulado y tipo por definir que cuenta con un solo fragmento (fig. 148.6). Dos ejemplares identifican a la forma 18, uno de los cuales conserva medio cuerpo y supone una de las piezas más completas hasta la fecha (fig. 148.7 y 148.8). El exterior de estos recipientes puede presentar un pulido a bandas como sucede en el caso del primero de los anteriormente mencionados; contemplándose la posibilidad de que sirviesen como recipientes de transporte. Ambos muestran la amplia variedad de tonos que se puede registrar dentro de la producción, siendo el primero de una tonalidad rojiza y el segundo de un beige amarillento. Un fragmento biansado cuya pasta suscita algunas dudas en cuanto a su asociación con esta producción, motivo por el que se incluye entre los indeterminados, podría desempeñar esta función o la de *urceus* (fig. 148.9). La forma que hemos denominado *peluis* tipo Cartagena y que pudo tener una función polivalente como la de barreño u orinal, cuenta con tres individuos, dos de los cuales permiten comprender por primera vez el desarrollo completo de su perfil (fig. 149.1 y 149.2). Destaca la diferencia de la forma, que si bien en el caso de la primera figura es cilíndrica, más próxima a un orinal, se abre y posee un diámetro mucho más amplio en el de la segunda, más fácilmente interpretable como un barreño. A pesar de ello ambos mantienen características comunes, como su fondo plano, el pronunciado grosor de las paredes, las acanaladuras internas, la disposición de asas laterales y un borde pronunciado que se inclina a modo de ala hacia el exterior de la pieza. Futuras publicaciones habrán de matizar si estamos ante diversas variantes, así como afinar en lo que a su utilización se refiere, si bien en línea con esto cabe destacar que el ejemplar de la fig.149.1 poseía en su interior una

potente capa calcárea (fig. 110a). Por último hacemos referencia al amplio apartado de las formas indeterminadas, donde se distinguen 15 individuos a pesar de estar compuesto por 956 fragmentos. Algunas de las piezas se identifican con claridad con la producción de cerámica común oxidante, pero otras suscitan más dudas. Ante la falta de análisis arqueométricos y el hecho de que cada individuo no tuviera más representación que la marcada por sí mismo, se ha optado por no otorgarle un tipo propio. No es nuestro objetivo complicar una clasificación todavía en desarrollo incluyendo en una seriación correlativa piezas que podrían pertenecer a talleres diversos dentro de la producción o incluso no identificarse con la misma. Tan sólo se ha definido un tipo cuando este era especialmente recurrente, conocido en varios yacimientos y contaba con perfiles completos, caso del *urceus* y la *peluis* que hemos denominado "tipo Cartagena". Habrá que esperar a la publicación de más contextos para confirmar si los indeterminados se incorporan al repertorio general de la ERW3 (salvo mención expresa las formas se consideran propias del mismo). Así pues entre los ejemplares que se distinguen destaca lo que parece parte de un colador, una pieza convexa formada por varios fragmentos con un total de 20 agujeros (fig. 150.1) algunos de los cuales (y parte del fondo en su cara interna) están recubiertos por una concreción rugosa de color blanco (¿sustancia original para la que se empleaba el recipiente? ¿Adherencias posteriores?). Se trata de una forma bien documentada en otros contextos de esta cronología[278], aunque hasta la fecha no en *Carthago Noua*. Le siguen dos cuencos, uno que por la verticalidad de su borde, con perfil ligeramente exvasado, recuerda a una olla, si bien es en cerámica oxidante y no conserva trazar de haber sido puesto al fuego (fig. 150.2); y otro de cuerpo globular que recuerda a formas como la ERW3.6 (fig. 150.3). Igualmente se documentan dos recipientes de mayores dimensiones que suscitan dudas en cuanto a la pasta: uno con un borde plano, inclinado y saliente (fig. 150.4) y otro de borde más corto, redondeado y bajo el cual se marca un pequeño relieve (fig. 150.5). Por último hay dos individuos cuya definición queda a medio camino entre la jarra grande y el recipiente de transporte, tratándose probablemente de esta última opción. El primero es un vaso con una pequeña pestaña alrededor de la boca bajo la cual parte su única asa, con una sección muy característica de extremos apuntados (fig. 151.1). Su pasta es más bien amarillenta y con gránulos de cuarzo muy visibles que remiten al mencionado cuenco de la forma 7 (fig. 147.2), ¿acaso una producción

[278] Por ejemplo en Tolegassos (Casas y Soler, 2003: 160, fig. 99.7) y Ampurias (Casas *et alii*, 310-311, nº 369a).

distinta? El segundo es un recipiente de cuerpo aparentemente globular con un cuello alto de boca abierta en la cual se marca una carena y el borde se hace entrante (fig. 151.2), lo que recuerda al de algunos *urceus* del tipo Cartagena.

5.1.1.1.2.4.- Ánforas

La presencia de recipientes de transporte es irrisoria (2%) si atendemos a la preeminencia que estos ostentan en muchos otros contextos. Como suele ocurrir su gran tamaño genera siempre un alto número de fragmentos, 280 en este caso, de los que sin embargo sólo dos (apenas el 0,4% de representatividad) se pueden identificar con claridad. Así pues se documenta un ejemplar de ánfora tarraconense, una producción vinaria escasa en la ciudad pero cuya pasta anaranjada con inclusiones de cuarzo no admite margen de error. Se trata de una forma Dr. 2-4 con un borde triangular de labio apuntado y un cuello muy estrecho que le da un aspecto cónico (fig. 151.3). Ampliamente producida en el área catalana (Revilla, 1995: 51-55), se registra en otros yacimientos de la misma cronología y con variantes muy similares como la *uilla* de Tolegassos (Casas y Soler, 2003: 146, fig. 88.4). La caracterización del segundo individuo, con un borde triangular muy redondeado y un cuello recto con marcas de torneado en su interior, es más compleja, pues la forma puede corresponder a varias producciones (fig. 151.4) Aunque recuerda a recipientes galos, su pasta de tono rosado con inclusiones blancas parece acercarla a la forma Oliva 3 del taller homónimo (Valencia), con la que el paralelo es notable (Enguix y Aranegui, 1977: fig. 8.4). Si se acepta esta propuesta, coherente además cronológicamente, porque aunque es propia del s. I d.C también parece documentarse en el s. II d.C. (Márquez y Molina, 2005: 126-127) sería la primera pieza de Denia encontrada en *Carthago Noua*. En cuanto a a su contenido, podría ser aceite, si bien es una propuesta que por el momento no ha podido ser contrastada.

5.1.1.1.2.5.- Lucernas

Con un 5% del volumen total del contexto las cerámicas destinadas a la iluminación están bien representadas, siendo mayoritarias las de procedencia africana (4,5%) frente a dos únicos individuos locales hechos a torno. En cuanto a las primeras, el mayor problema que presentan es sin duda lo fragmentario de su hallazgo, pues en la

mayoría de casos no contamos más que con pequeños trozos informes[279]. Su diferenciación respecto a tipos itálicos es compleja, pues los barnices y las pastas conocen una amplia variedad, pero en cualquier caso los analizados se identifican como producciones africanas, pudiéndose adscribir de forma genérica al tipo VII de Deneauve (1969). Caracterizadas por un pico redondo que se une normalmente con una base recta a la *margo* (fig. 151.5) y con una decoración en el disco que se caracteriza por ser impresa, dentro de la cual las ovas son el motivo más repetido (fig. 151.6). Se trata de un tipo sobre el que se ha reflexionado en profundidad, reconociendo diversos subtipos y variantes en cuya valoración se han tenido en cuenta criterios como el fondo, generalmente no considerados (Bonifay, 2004: 317-329). Este último autor maneja una datación para los ejemplares de este tipo que, más allá de los matices formales que permiten ajustar la horquilla cronológica, oscila entre la segunda mitad del s. II y la primera del s. III d.C. La misma que plantea Bussière (2000: 28-31) para los tipos equivalente en su clasificación, D II y D X 1a, si bien en el caso de la primera la producción arrancaría en la segunda mitad del s. I d.C. Cabe destacar un fondo de lucerna muy fragmentado, de pasta beige y engobe metalizado rojizo-anaranjado con las letras impresas *[N]SVC*, que corresponden a la firma *LMVNSVC* (fig. 151.7). Se identifica con la *officina* de *Lucius Munatus Succesus*, de origen itálico pero que posteriormente abrió sucursales en África, si bien su cronología se sitúa entre finales del s. I y principios del s. II d.C. (Rizzo, 2003: nº 132; Bussière, 2000: 226). Puede aparecer sobre diversos tipos y perdurar hasta la segunda mitad avanzada del s. II d.C., como se documenta en yacimientos como Ampurias, donde aparece muy bien representada (Casas y Soler, 2006: 54). Por último cabe señalar una pieza de pasta muy depurada de color blanquecino-amarillento que no posee engobe o bien lo ha perdido y que corresponde a un fragmento de *margo* sobre la que se aprecia una hoja de vid (fig. 151.8). El propio motivo en sí y el hecho de que aparezca en relieve son dos características del tipo Deneauve VIII (subtipo 3 de Bonifay, 2004: 331-334) o D X 5 de Bussière (2000: 110-111). Sin embargo presenta peculiaridades que suscitan algunas dudas respecto al tipo estándar: la hoja de parra posee un diseño más esquemático que los conocidos, el disco presenta una marcada moldura interior[280] pero sobre todo, la

[279] Lo que no impide que se puedan reconocer ejemplares distintos sobre la base de los mismos, motivo por el cual en el cómputo general recogido en la tabla 6 cada fragmento indeterminado cuenta como un individuo, a diferencia de lo que ocurre con otras producciones.

[280] Que se aproxima a la de la lucerna E1005 documentada en Ampurias (Casas y Soler, 2006: 152, fig. 76).

forma del pico no es la canónica cordiforme. Ni siquiera parece ajustarse a la variante C de Deneauve (1969: Pl. XCII) en la que el pico une directamente con la margo decorada, pues en este caso una línea los separa con claridad. El deterioro de la pieza impide hacer mayores conjeturas, si bien la relación con el tipo Deneauve VIII parece evidente. Éste se fecha según los autores referidos entre el segundo cuarto y mediados del s. III d.C.

En cuanto a la producción de lucernas a torno, de origen probablemente local, sólo se documentan dos individuos pertenecientes al tipo 1A, el más antiguo de la serie, que arranca a finales del s. I y perdura durante todo el s. II d.C. Así se desprende de ambas formas, que aunque muy fragmentadas muestran el característico fondo plano sobre el que es posible apreciar la marca de la cuerda del alfarero (fig. 151.9).

Aunque el análisis ha tenido en cuenta solamente los elementos cerámicos, destacamos por su carácter excepcional una pieza que había sido catalogada como vidrio de ventana pero que en realidad corresponde a una placa de ónice (fig. 151.10). Posee una forma irregular; biselada en su lado inferior y con un perfil sinuoso en los restantes, falta el extremo derecho. La superficie está extremadamente pulida, en especial en su parte superior. Creemos que formaría parte de una pieza de mayores dimensiones en la que se insertaría formando un dibujo, acaso una fuente o una cajita de la que sólo se conoce el lado exterior (marcado por la parte biselada). Se trataría en cualquier caso de un objeto vinculado al mobiliario doméstico de lujo, como se desprende del material utilizado, tan escaso en contextos urbanos como la vajilla de metálica en oro y plata a la que a veces imitaba (Giroire y Roger, 2008: 271). Una muestra de la opulencia que algunas familias de *Carthago Noua* habían llegado a alcanzar en épocas anteriores.

5.1.1.1.3.- Cronología

La revisión de los materiales cerámicos del solar de la C/ Jara nº 12 permite desplazar la cronología otorgada inicialmente en torno a 150 d.C. (Ruiz Valderas, 1996: 504) gracias a la identificación de piezas desconocidas hace 20 años, en especial cerámicas comunes, y al desarrollo de la investigación a lo largo de este tiempo. A pesar de la ausencia de numismática con la que afinar la datación el contexto cerámico pertenece a una secuencia estratigráfica bien sellada, con anecdóticas piezas residuales

como los fragmentos de Campaniense A o TSI que no afectan a su fiabilidad. Dentro del mismo la cerámica africana, tanto fina como de cocina merece una especial atención por su marcado predominio. El grueso de las formas son propias de la segunda mitad del s. II d.C. como H. 23B (o H. 200 en menor proporción), mientras que H. 181 haría su aparición hacia el tercer cuarto de la segunda centuria (Aquilué, 1995: 69) así como los cuencos H. 8A y H. 9A, cuya datación ha sido revisada hacia este momento. Otras categorías mayoritarias como la cerámica común oxidante (ERW3) o la cerámica reductora de cocina (ERW1) son propias de los s. II-III d.C., documentándose ampliamente en la horquilla entre ambos como ponen de manifiesto para el caso de la ERW1 hallazgos como los del pozo severiano de Liria (Escrivà, 1995: 182-183) o el contexto tardo-antonino de la Plaza del Negrito de Valencia (Huguet Enguita, 2006: 47). Piezas más tempranas como la TSG aparecen en menor proporción tanto por su residualidad como por el hecho de que son sustituidas por la TSA A; sin embargo, las formas Drag. 18/31 y especialmente Drag. 27 perviven hasta la mitad avanzada del s. II d.C. Lo mismo sucede con las paredes finas de las formas Mayet 37 y 38, que en este caso parecen relegadas a un segundo plano por el predominio del vaso "tipo Cartagena", cuya producción no sabemos hasta cuando se mantuvo, si bien a finales del s. II la forma se documenta incluso con diversos ejemplares completos. Por todo ello creemos que el término *post quem* para la formación del contexto puede desplazarse hacia el último cuarto del s. II d.C.; el problema estriba en delimitar el cierre de este horizonte cronológico. En ello juegan un papel fundamental piezas que, aun documentadas en porcentajes muy escasos, matizan la datación en su conjunto. Mientras que formas como la Drag. 29 de TSTI y la Dra. 37 de TSH se documentan en la segunda mitad del s. II d.C. (Huguet Enguita, 2007 y 2005) (algunas como las ánforas registradas incluso anteriores), otras como la cerámica vidriada de procedencia itálica se mueven en la horquilla de los s. II-III d.C. Lo mismo sucede con los tipos documentados en TS Clara B, se sitúan entre época tardo-antonina y severiana. Piezas orientales como la sartén G133 y la jarrita G188 son propias de la segunda mitad del s. II d.C., pudiendo perdurar más allá del 200 d.C. Lo mismo sucede con el mortero galo Cl-Rec 19c, el hervidor africano Uzita 48.1 o la cazuela O. I, 270 así como con el conjunto de lucernas Deneauve VII, si bien el único ejemplar firmado, *LMVNSVC*, se encuadraría entre los s. I-II d.C. Otras formas, como la jarra de cerámica común africana Bonifay 53 sería más propia de la primera mitad del s. III d.C., al igual que los cuencos minoritarios en TSA A H. 14A, H. 16 y H. 9 en su variante B, sin decoración. Solamente suscitan un mayor

escepticismo dos piezas: la lucerna asimilable al tipo Deneauve VIII y el cubilete de sigillata lucente de la forma 62 fechados a partir de un momento avanzado del s. III d.C. (en el caso de la TS Lucente la segunda mitad de la centuria). Ante su tardía datación nos hemos inclinado por considerarlos piezas residuales.

Por tanto, aunque el grueso del contexto se centra en el último cuarto del s. II d.C., cerámicas de diversa procedencia marcan la transición hacia el s. III d.C. Al carecer de elementos que permitan ajustar más esta datación o adscribirla a una única centuria (nada impide discernir si estamos ante un contexto formado en el 195 o en el 207 d.C., por ejemplo), y considerando un margen mínimo de tiempo entre la comercialización, el uso y el desecho de las piezas (Peña, 2007b: 319-352), proponemos una cronología en torno a 180-210 d.C.

5.1.1.2.- La *domus* de la Fortuna

La llamada "Casa de la Fortuna", es un yacimiento paradigmático de la arqueología de Cartagena. Excavada en distintas fases durante los últimos 30 años del siglo XX, fue uno de los primeros solares en ser musealizados y a pesar de que se conocían viviendas de mayores dimensiones (Ramallo, 1989, 103-11) ha constituido hasta fecha reciente el ejemplo más completo de arquitectura doméstica hallado en la ciudad.

Fue descubierta en 1971 a raíz de la excavación realizada por Pedro San Martín Moro (1975), entonces director del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, en el número 29 de la C/ Duque (fig. 152). Aunque en la época no se empleaba la metodología estratigráfica, San Martín recuperó todos los materiales y documentó un amplio tramo de calzada con dos fachadas de imponentes alzados que se abrían a la misma. Gracias a diversos factores los restos pudieron ser conservados en los sótanos del edificio de la entidad bancaria (Ruiz Valderas, 2001: 15). En su condición de arquitecto, fue el mismo Pedro San Martín quien adecuó el espacio, mostrando una gran sensibilidad que no siempre ha sido superada por arquitectos posteriores. Distribuyó los pilares de cimentación de modo que afectasen lo menos posible a los restos y creó un espacio diáfano para su contemplación, pero lo más importante es que dejó la posibilidad de ampliar el lateral oeste ante una posible futura intervención. Ésta tuvo lugar 20 años más tarde, entre 1990 y 1991, tras el derribo del inmueble anexo situado en los n^{os} 25-27 de la misma C/ Duque. La nueva excavación, dirigida por M. Martín

Camino y M. Vidal Nieto tenía la finalidad de documentar superficialmente la continuidad de las estructuras excavadas por San Martín a fin de que las nuevas cimentaciones no las dañasen. Debido a una coyuntura económica desfavorable el proyecto estuvo en suspenso hasta 1999, cuando la construcción se retomó. Una actuación negligente por parte del promotor destruyó entonces una parte de los restos, pero tras la correspondiente sanción administrativa el edificio se levantó, conservando los niveles arqueológicos en su interior. La excavación del sótano, en el año 2000, estuvo dirigida por M. Martín Camino, D. Ortiz Martínez y M. Portí Durán. Como resultado de la misma se completó la planta de la casa descubierta en 1971 que cerraba por su parte posterior con un *cardo* paralelo al ya conocido (Martín Camino *et alii.*, 2001: 25). Además se documentaron una serie de estancias con un rico programa decorativo formado por numerosas pinturas y mosaicos en *opus signinum*, uno de los cuales lleva la inscripción de *Fortuna Propitia* que da nombre a la casa (fig. 153). Los nuevos restos se unieron a los hallados por San Martín y fueron abiertos al público en 2003. Los resultados de tan largo proceso de excavación fueron recogidos en una monografía (Ruiz Valderas, 2001) en la que, junto a la evolución de la *domus* y la historia de la excavación, los aspectos mejor tratados eran pintura, mosaico y escultura. El peso del programa decorativo dejó en un segundo plano al *instrumentum domesticum*, que no fue analizado en profundidad. Aunque se hacía alusión al contexto cerámico, para el que además se proponía una datación de la segunda mitad avanzada del s. II d.C. (Martín Camino *et alii.*, 2001: 41-48), no se recogían dibujos de las piezas. Por otra parte algunos de los tipos principales documentados en la campaña de 1990-1991 ya habían sido publicados en el informe sobre la excavación aparecido en las Memorias de Arqueología (Martín Camino y Vidal, 1997: 275-279). Esta situación se intentó solventar mediante el estudio de los contextos al que se consagró la tesina de licenciatura de quien escribe (Quevedo, 2009b), trabajo del que tomamos muchas de las líneas que se encuentran a lo largo de este y los siguientes puntos. Sin embargo, a pesar de ser relativamente reciente, el desarrollo del estudio en un momento previo a la realización de las estancias de la tesis pronto lo dejó desfasado, tanto metodológicamente (no se aplicaron las tablas que ahora manejamos) como sobre todo a nivel crono-tipológico (no se identificaban muchas de las producciones sobre las que ahora podemos aportar muchos más datos)[281]. Incluso se ha modificado el modo de

[281] Algo similar ocurre con un sucinto capítulo dedicado a los contextos de los s. II-III d.C. dentro del volumen sobre los últimos trabajos del Molinete (Quevedo, 2009a), que a pesar de su reciente publicación

tratar las figuras, razón por la que su propia revisión era absolutamente necesaria. Un pequeño adelanto más exhaustivo se recogió en un trabajo consagrado a la evolución urbanística de la ciudad en época imperial (Fernández y Quevedo, 2011: 291-300). El grueso de material sobre el que se ha trabajado corresponde al documentado en la campaña de 2000, en la que se acometió la retirada completa (bajo sótano) de las unidades estratigráficas hasta la cota de circulación. Aunque como se ha explicado en el cap. 2 nuestro estudio tiene un marcado carácter crono-tipológico, cabe destacar un análisis que recientemente hemos planteado sobre los mismos contextos desde el punto de vista de la "arqueología de las unidades domésticas" (Bermejo y Quevedo, e. p.). Con ello se ha pretendido buscar una lectura alternativa que incidiese en las prácticas acontecidas en la vivienda a través de su huella material, para lo cual se desarrollaron unas categorías analíticas diferentes a las tradicionales de carácter tipológico. Su aplicación persigue un enfoque antropológico para el estudio de la relación histórica entre las personas y la cultura material, a pesar de lo cual se trata de un acercamiento escasamente empleado en el mundo de la arqueología clásica. Un tipo de interpretación de corte sociológico sobre la base del análisis de los contextos funcionales que no entraremos aquí pero a la que sin embargo creemos se debería prestar una mayor atención en futuros trabajos.

La entidad de las estructuras documentadas en la dilatada intervención de la calle Duque –que no olvidemos ocupó tres solares (n^{os} 25, 27 y 29)– y su estado de conservación, se prestan a una mejor interpretación que los restos parciales de otras intervenciones. Por ello dedicamos un pequeño apartado a las distintas fases por las que atravesó el edificio desde su construcción hasta su amortización, momento este último al que pertenecen los contextos que constituyen el núcleo de nuestro análisis. Aunque se hallaron en la misma excavación y parecen evolucionar de manera conjunta, se ha optado por separar los niveles del cardo de los de la vivienda, entendiendo que su continuidad podía presentar diferencias, incluyendo por tanto los paquetes de abandono que afectan al primero en el apartado destinado a las construcciones públicas (*vid*. infra).

---

ha sufrido importantes modificaciones, pues en los años sucesivos el desarrollo de la tesis ha permitido matizar muchos aspectos –en especial en lo concerniente a las producciones de cerámica común– que en la época se trataron de forma mucho más generalizada en línea con los conocimientos existentes.

5.1.1.2.1.- Evolución de la vivienda (s. I a.C.-II d.C.)

La casa de la Fortuna se ubica, como se ha visto, en el centro de la península que conformaba la antigua *Carthago Noua*, en la depresión creada entre los cerros de la Concepción y el Monte Sacro (fig. 152). Era una zona privilegiada por la suavidad del relieve en la que se construyeron otras viviendas junto a alguno de los complejos más monumentales de la colonia entre los que destaca el foro (Noguera *et alii*., 2009). Se halla además cerca de dos arterias principales que unían la entrada de la ciudad con el puerto, el *decumanus maximus* (Martínez Sánchez, 2004: 202-203) y otro *decumanus* secundario paralelo a éste (Berrocal y De Miquel, 1991-1992: 190). La adaptación de las principales vías al relieve y los cursos de escorrentía ya desde época púnica (Martínez Andreu, 2004: 15-17) condicionó el entramado urbano, que al contrario de otras ciudades no pudo ser desarrollado de manera ortogonal (Soler, 2001: 57). Marcada por la topografía, la vivienda se levantó dentro de una *insula* irregular de unos 240 m^2 rodeada por dos *cardines*, uno al este y otro al oeste. La zona presenta una ligera pendiente tal y como deja ver la potente fachada principal de *opus uittatum*, cuya cimentación fue nivelada por el arquitecto (Soler, 2001: 63, fig.2). Así, la vivienda se orienta respecto al cardo este, menos pronunciado que el situado en la parte posterior, organizando las habitaciones en dirección E-O (Soler, 2000: 61, fig. 3).

Las dimensiones y la forma del solar sobre el que se erigió condicionaron su estructura, que no presenta *impluuium*, por lo que se deduce que estamos ante una *domus* con *atrium* cubierto o "testudinado". Era el más sencillo de todos, apto para casas pequeñas con estancias poco ventiladas e iluminadas directamente ya que carecía de pozo de luz (Fernández Vega, 1999: 113). Esta idea queda reforzada por la aparición de numerosos fragmentos de vidrio de ventana que podrían solucionar el problema de la captación de luz desde el exterior[282] (Soler, 2001: 77).

Se distinguen cuatro etapas en el desarrollo de la casa (Soler, 2001: 63-76): su levantamiento, una primera modificación con cambios en algunas estancias, una segunda reestructuración en función de nuevos usos y su abandono definitivo (fig. 154). La primera fase se sitúa en torno a finales del s. I a.C., dentro del proceso de renovación urbana que experimenta la ciudad. En este momento de auge se edifica la *domus* de la

[282] Utilizado en la arquitectura romana a partir del s. I d.C. su transparencia dotaba de luminosidad el espacio al tiempo que mantenía la temperatura interior, lo que explica que mármoles y alabastros, materiales usados para esta función con anterioridad, fuesen progresivamente sustituidos (AA. VV., 2005: 85, nº 131)

Fortuna, cuya planta original es la peor conocida dadas las remodelaciones posteriores. Contaba con un *atrium* (estancia VII)[283] al que se entraba tras cruzar el umbral principal; ante la ausencia de un peristilo esta habitación –la más amplia de la casa– era la que hacía las veces de espacio redistribuidor. A la derecha daba acceso al gran *triclinium* (estancia XI) y a la izquierda a dos *cubicula* (estancias X y XII) cuya función se ignora. Al fondo se abría, enlazando con una posible *exedra* (posteriores estancias IV y V)[284], dejando a la izquierda lo que se ha identificado como un ala (estancia III). A través de esta última se pasaría a una zona que las reestructuraciones posteriores han vuelto difícilmente identificable y a la que se llamó "Área de servicios" (posteriores estancias I y II). El hallazgo de un suelo de tierra batida y su posición –opuesta a las salas más importantes de la casa– permiten relacionarla con actividades de almacenaje o de cocina. Volviendo al atrio, al fondo a la derecha daba paso a una nueva habitación: el *tablinum* o sala de recepción (estancia VI). Es la más profusamente decorada y cuenta con un pequeño espacio que a raíz de otros paralelos podría estar dedicado al culto privado o la representación familiar.

Si bien la cronología no es inamovible, a mediados-finales del s. I d.C., la vivienda sufre algunas remodelaciones (fig. 154). Se abre un nuevo acceso por la parte posterior, colocando un gran sillar para salvar los 0,60 cm de diferencia que había entre el cardo oeste y el nivel de circulación de la *domus*. Se crea así el muro D que divide la *exedra* dando lugar a dos habitaciones (estancias IV y V). La habitación V que hace las veces de entrada (*fauces*) comunicaría con el atrio y tendría a su vez un vano para dar acceso a la estancia adyacente (IV); su cuidado pavimento de *opus signinum* mantiene la armonía con los mosaicos de la fase precedente. Dadas las remodelaciones que se efectúan en la segunda fase, es muy poco lo que podemos decir de la estancia IV. Paralelos establecidos con numerosas casas pompeyanas indican que podría tratarse de un espacio destinado a tareas de almacenamiento o servicios como cocina o letrina (Fernández Vega, 1999: 227). El ala (estancia III) también conoce una importante modificación en este momento: el vano que daba acceso a las habitaciones I y II es cegado (muro B) y se levanta un muro que la aísla del *atrium* (muro C) convirtiéndola en un *cubiculum*. Se desconoce la relación con la estancia VII ya que habría podido

[283] Recogemos la misma división numérica de las estancias que fue propuesta por quienes excavaron la domus (Martín Camino *et alii*, 2001: Fig. 1).

[284] En esta zona se hubo de ubicar también la estancia IX. Se trata de un espacio citado en la memoria que sin embargo no aparece en la planta general de la *domus*. Tras haber preguntado a quienes la excavaron se deduce que fue una habitación numerada incluida después en otra de mayores dimensiones, probablemente la exedra, que sufrió distintas remodelaciones.

articularse respecto al *cubiculum* adyacente (estancia X) como un dormitorio de dos cámaras. El cierre del acceso a las habitaciones I y II las configura como espacio independiente de modo que cobra fuerza la hipótesis de que el área de servicio aquí situada pasase a la nueva estancia IV.

En torno a la primera mitad del s. II d.C. la casa conocerá su última reforma, una reestructuración que refleja un cambio en la dinámica socio-económica de la ciudad pero que a su vez da cuenta de la actividad que se desarrolla en la misma. Las estancias III y X se desvinculan de la vivienda tras cerrarse sus accesos desde el atrio, sumándose así al área de servicios originaria (estancias I y II) que se hallaba desligada del edificio desde la fase anterior (fig. 154). De este modo el sector suroeste, formado por estas cuatro habitaciones, se articula de modo independiente respecto a la casa. Además, la estancia IV es recrecida en varias ocasiones y revestida por una capa de mortero hidráulico con media caña y un desagüe con salida a la calle que parece destinada al desarrollo de actividades artesanales. El resto de habitaciones parecen seguir manteniendo un uso doméstico que posiblemente se combinaría con áreas de trabajo.

A partir de la mitad de la segunda centuria y durante un cuarto de siglo, la casa sufrirá un progresivo abandono a raíz del cual todos los espacios del edificio se irán colapsando. Pinturas, mortero, muros de adobe… todos los elementos constructivos caerán y se mezclarán con cerámicas y otros restos orgánicos depositados intencionadamente hasta conformar un homogéneo paquete de abandono. Al deterioro natural hay que sumar los expolios, que si bien no son tan intensos como los documentados en otros monumentos, están siempre presentes. Buen ejemplo de ello es la ausencia de los vanos en mármol o piedra caliza que separaban algunas estancias y cuya impronta ha quedado o de parte de las jambas de la puerta principal. *Tegulae* e *imbrices* tampoco se han encontrado, si bien es posible que se deba tanto a expolio como a que el sistema de cubiertas de la vivienda estaba realizado en *opus signinum*, del que sí se han hallado restos (Martín Camino *et alii.*, 2001: 51). Tras esta fase, durante la que es posible que algunos individuos viviesen en las habitaciones de la casa que aún no habían sido amortizadas, la zona será definitivamente abandonada, quedando ya en época tardía fuera de las murallas (Martínez Andreu, 2004: 24-25, fig. 4).

5.1.1.2.1.1.- El programa decorativo

Dado que definen con mayor precisión la cronología del conjunto y han sido objeto de diversos estudios, los restos pictóricos y musivarios de la *domus* merecen una breve alusión.

5.1.1.2.1.1.1.- Mosaico

La pavimentación de la casa está realizada enteramente en *opus signinum*, un tipo de mosaico de tradición púnica caracterizado por sus diseños geométricos con teselas blancas y/o negras sobre una base de argamasa rojiza muy dura formada por fragmentos cerámicos, cal y arena (fig. 153). Los ejemplos que se documentan en *Carthago Noua* son muy numerosos y su cronología se remonta a los s. II-I a.C., pudiendo perdurar su uso, como en el caso de la casa de la Fortuna, hasta el s. II d.C. (Ramallo, 1985: 31). De hecho, por numerosos paralelos entre viviendas de la ciudad y del entorno cercano como las explotaciones mineras de La Unión, se ha planteado la existencia de varios talleres en la *urbs* (Ramallo, 2001a: 188). La riqueza y el diseño de su composición permite comprender mejor la distribución del mobiliario, la compartimentación del espacio y por lo tanto su posible función. Un buen ejemplo lo tenemos en la interpretación de los *cubicula* X y XII, estancias de las que se conserva poca documentación pero que por sus reducidas dimensiones y un *signinum* liso sin duda fueron los espacios más humildes. La habitación más destacada es el *triclinium* (estancia XI), con una pavimentación en la que se aprecian tres rectángulos yuxtapuestos con distintos motivos ornamentales: crucetas alineadas, una estrella de ocho rombos, cuadriculados, meandros de esvásticas y cuadrados… etc. (Ramallo, 1985: 36-39). En la misma línea se halla el *tablinum* (habitación VI), con dos sectores decorados con meandros de esvásticas y cuadrados el primero y crucetas blancas en torno a una negra el segundo. Dentro de este último se inserta un cuadrado en el que se incluye un círculo con una estrella compuesta por un entramado de rombos. Esta sala podría articularse con el *triclinium* conformando un gran espacio de representación, el más rico de la vivienda, en el que los programas decorativos irían en sintonía; desgraciadamente un pozo moderno impide conocer la unión de ambas (Soler, 2001: 69; aquí *vid*. fig. 153).

Se detectan al menos tres fases constructivas en los pavimentos de la *domus*. La gran mayoría pertenecen al momento de erección de la vivienda, excepto el de la estancia V que se crea al dividir la exedra y abrir un acceso desde el cardo posterior

(mediados-finales I d.C.). Este mosaico de *opus signinum*, decorado con crucetas blancas y negras –en línea con los restantes de la fase precedente– incluye la inscripción de *Fortuna Propitia*. (Martín *et alii.*, 2001, 28: lám. 3). Una última reforma la encontramos en la habitación I, cuando ésta se hallaba ya configurada como un espacio independiente de la casa hacia mediados del s. II d.C. Se trata de un pavimento construido sobre el nivel de la *domus* con materiales reutilizados que se disponen sobre una base de cal: fragmentos de *tegulae*, losas de piedra, una placa de mármol blanco hexagonal, el capitel corintio de una pilastra…. (fig. 155). Todo ello concentrado en la zona central de la sala. De este momento data una segunda fase de pinturas que sin embargo no va acompañada por una renovación de los pavimentos más al gusto de la época, que probablemente se habría correspondido con un *opus tessellatum* como se documenta en la cercana *domus* de la Gorgona (Suárez y Fernández, 2008a y 2008b).

5.1.1.2.1.1.2.- Pintura mural

Las pinturas de esta *domus* conforman uno de los conjuntos más emblemáticos hallado hasta ahora en Cartagena[285] y han sido estudiadas en profundidad por A. Fernández Díaz (2008, Vol. I: 257-307) quien ha analizado los motivos, su composición y la técnica empleada para poner de relieve la relevancia de los distintos espacios, asociándolos a los mosaicos de *opus signinum* teselado y a la propia estructura de la vivienda. Ampliamente documentados, no entraremos aquí de nuevo en el análisis decorativo, incidiendo preferiblemente en el aspecto cronológico.

Se individualizan dos fases: los restos de la más temprana (segunda mitad del siglo I d.C.) corresponden a la estancia VI, mientras que los de las habitaciones III, V, VII y XI pertenecen al segundo momento (primera mitad del siglo II d.C.). Las pinturas más antiguas –y curiosamente mejor conservadas– son las del *tablinum/oecus*, el espacio de representación de la casa (estancia VI). Es un conjunto más cercano al tercer estilo que al cuarto en cuanto a esquema compositivo y motivos decorativos[286]. Está formado por paneles rojos en la zona media de la pared separados por interpaneles negros ricamente decorados con candelabros compuestos a su vez por cuernos de la abundancia, pájaros, cisnes y personajes masculinos (Fernández Díaz, 2008: 303-305,

[285] Junto a los de la *domus* del *Sectile*, de *Saluius* y del sector meridional del Cerro del Molinete en cuanto a ámbito doméstico se refiere (Fernández Díaz, 2008, Vol. I: 146-149, 228-247 y 322-334).
[286] Aunque su cronología no es la del tercer estilo sino la del cuarto, se denominaría "estilo de los candelabros en las provincias".

fig. 47). Gracias a numerosos paralelos se fechan a partir del último cuarto del siglo I d.C. al igual que los restos de moteado blanco sobre fondo negro hallados en el zócalo de la habitación V, cubierto durante la segunda remodelación en la que, la antigua estancia se divide en dos, siendo la más pequeña un pasillo que es nuevamente decorado. Ello tiene lugar hacia la primera mitad del II d.C., si bien como veremos, se puede matizar a raíz del estudio del contexto de abandono. Con la reforma se decoran nuevamente algunas estancias, siendo la V la más completa de las que nos han llegado. Esto responde a diversos factores como la calidad de la pintura y los muros, el desarrollo posterior de la vivienda o el propio proceso de excavación. En el caso de las estancias VII y XI, fueron halladas casi en su totalidad en la excavación de 1971, por lo que los restos de pintura no fueron extraídos con las técnicas empleadas hoy día y la número III se vio en gran parte destruida por el desfonde incontrolado ya citado. El resto de los espacios es peor conocido, en parte debido a las modificaciones posteriores, como las estancias I y II (área de servicios) o la IV (posible uso industrial). El pasillo que daba acceso a la *domus* por la parte posterior a modo de *fauces* (habitación V) está decorado por paneles blancos separados por interpaneles rojos enmarcados por finos filetes amarillos. En la parte superior presenta un moteado rojo sobre fondo amarillo (Fernández Díaz, 2008, Vol II: 89, Lám. 24), reminiscencia del gusto por la imitación de las rocas preciosas que aquí aparece desvirtuado y como un recurso estilístico más. Coetáneos parecen los restos del zócalo de la estancia III en la que el moteado es negro y rojo sobre un fondo blanco. Por el esquema de la composición, los motivos y la elaboración, el conjunto puede fecharse en torno a mediados del s. II d.C. (Fernández Díaz, 2008, Vol. I: 280-283). Misma cronología tienen los restos del *atrium* y el *triclinium* (estancias VII y XI) excavados por P. San Martín en el nº 29 de la C/ Duque. Al primero pertenecerían los restos de un zócalo también moteado y al segundo otro zócalo que imitaría mármol junto a fragmentos de naturalezas muertas en la zona media y en la zona superior y el techo una decoración en red de guirnaldas y plumas de pavo real que enmarcan cabezas humanas. Hay que sumar dos retratos masculinos poco frecuentes (Fernández Díaz, 2008, Vol I: 271), cornisas molduradas en estuco del IV Estilo y algún trazo de la fase pictórica anterior: cenefas caladas con gotas de agua que no superan el s. I d.C. Es interesante señalar cómo junto a estos elementos propios del siglo II d.C. convive la estancia VI que, probablemente por la calidad de sus pinturas y

su función como espacio principal, no fue modificada[287] y subsistió junto al nuevo estilo.

Aunque con cambios en su estructura, la casa de la Fortuna se mantiene en uso hasta un momento avanzado de la segunda centuria a partir del cual se abandona, como parecen evidenciar algunos *graffiti* (fig. 156) realizados mediante incisiones sobre las pinturas[288]. Así, los aportes de desechos y el deterioro de la propia vivienda comenzarán a sedimentarla, sin que se produzca ninguna reocupación en época tardía.

5.1.1.2.2.- Estratigrafía

Dado que la excavación de la *domus* de la Fortuna contó con distintas intervenciones, por motivos ya expuestos hemos seleccionado para el análisis solamente los restos de la C/ Duque n^{os} 25-27, separando la secuencia del cardo por tratarse de un espacio público que será estudiado separadamente. Ya se ha visto la complejidad de la excavación, además de por lo dilatado en el tiempo de los trabajos, por la desigual información que conserva para los diferentes espacios. Resulta muy difícil poner en relación a un nivel que no sea el de la planimetría o el programa decorativo habitaciones como por ejemplo el *triclinium*, excavado por San Martín en 1971, y el *tablinum*, cuyos restos se recuperaron en 2000. Igualmente, por avatares de la propia intervención, estancias dentro de una misma fase como el *cubiculum* III pueden presentar un volumen de información mucho menor que otras. La idea inicial era llevar a cabo un análisis independiente para observar la evolución de cada espacio y entender cómo se había estructurado la vivienda en su última fase. Diversos elementos como las huellas de fuego en el pavimento de la sala III (fig. 157) y el abundante vertido de huesos y otros restos orgánicos como conchas marinas relacionadas con la alimentación en el *tablinum* parecían indicar una ocupación parcial de la *domus* (fig. 158), vinculada con abandonos de tipo pimario (fig. 70b). Así, habría cambiado la funcionalidad de las estancias y mientras que unas mantendrían su uso como habitación junto con actividades que parecen más rudimentarias (¿acción de cocinado directamente sobre el mosaico?), otras

[287] Únicamente se añadió una lechada de cal en el zócalo, quizás el lugar más perjudicado por la humedad y que fue necesario consolidar.

[288] Que no cabe confundir con una inscripción en letra cursiva, pintada en la estancia VI, que por su calidad y el lugar central que ocupa en un panel parece estar destinada a ser un elemento más de la decoración (Fernández Díaz, 2008, vol. I: 302-303). Actualmente se halla en estudio, pudiendo avanzar por el momento que se trata de un texto en griego (comunicación personal de A. Stylow).

se habrían convertido en improvisado vertedero de sus últimos inquilinos[289]. A pesar de todo, la división por pequeños conjuntos de unidades estratigráficas no resultaba satisfactoria a nivel estadístico, pues el NMI descendía en exceso y surgían numerosas dudas en cuanto a la datación. Por lo tanto desde un primer momento se ha abogado por un análisis total de los espacios dado que además el colapso final es claramente homogéneo. Para un intento de distinción de fases remitimos al trabajo que hemos realizado con posterioridad basado en los contextos funcionales (Bermejo y Quevedo, e. p.), donde se reordenó la secuencia estratigráfica, que incluimos aquí, pues la excavación en sótano del solar no permitió realizar dibujos de los cortes estratigráficos (fig. 159). El hecho de que la cota más antigua coincida con el nivel de circulación marcado por los pavimentos de *opus signinum* nos impide conocer la cimentación del edificio, pero aún así se ha propuesto una U.E. negativa (1176) que se identifica con los posibles trabajos de construcción En una primera fase el complejo queda definido por los muros perimetrales, los muros medianeros que definen las habitaciones VI, XI, VII, III, X (U.E. 1175) y los pavimentos de *signinum* de las mismas (U.E. 1147, 1142, 1160, 1154, 1159, 1152 y 1181). En este momento se detectan también reformas arquitectónicas como la apertura de un nuevo acceso desde el lado E que da lugar a las unidades espaciales que denominamos habitación IV y V así como el pavimento de *opus signinum* de esta última (U.E. 1181) que reproduce la inscripción de *F[ORT]VNA PROPITIA* e inspira el nombre moderno de la casa. Además, las estancias I y II se independizan del conjunto al cerrar el vano que comunica ésta última con la habitación III. En un momento cronológico indeterminado se inicia una reestructuración espacial marcada fundamentalmente por la creación de unas piletas de *opus signinum* en la habitación IV (U.E. 1177) y los rellenos de nivelación en la habitación I –independizada– (U.E. 1166, 1155, 1163 y 1162) sobre los que se construye el mencionado *opus sectile* con elementos reutilizados (U.E. 1180), (fig. 155). Entre los niveles de derrumbe y colmatación de las diversas habitaciones se encuentran las U.E. 1109, 1131, 1132, 1140, 1151, 1153, 1158, 1167, 1168, 1170 y 1172, a las que cabe sumar las unidades denominadas Ia, Ib, Ib', Ic y Id que suponen el colapso final del edificio (fig. 160).

Los niveles de amortización están compuestos por un paquete muy uniforme de materiales constructivos (piedra, ladrillo crudo, mortero, restos pictóricos, trozos de

[289] Una "vida entre ruinas", como ya se apuntara para el caso ampuritano (Aquilué *et alii*, 1984, 111).

signinum), cerámicas y huesos (fig. 62 y fig. 71). Ante la falta de mantenimiento la caída de los distintos elementos fue rellenando progresivamente la vivienda tal y como se aprecia en el caso de la estancia VI, donde el enlucido de la pared se desplomó ocupando todo el espacio (fig. 70). La disolución de los adobes que formaban las paredes –restos de los cuales se pueden ver aún *in situ* sobre el zócalo de piedra de la fachada principal (fig. 65)– contribuyeron definitivamente a "sellar" los estratos de abandono.

5.1.1.2.3.- Contexto cerámico

El conjunto cerámico de la *domus* de la Fortuna está compuesto por 1167 fragmentos entre los que se identifica un número mínimo de 607 individuos (fig. 161, 162, 163 y tabla 7). El peso de la cerámica de cocina es abrumador, ocupando el 61% del contexto y seguido muy de lejos por dos categorías que tienden a mostrar valores más cercano entre sí: la cerámica fina (19%) y la cerámica común (12%). Las lucernas están representadas con un 5% del total y en último lugar quedan las ánforas, que cuentan con un valor muy bajo (3%).

5.1.1.2.3.1.- Cerámica fina

En esta categoría (19%) la *terra sigillata* predomina de manera indiscutible, aunque junto a la misma también se documentan algunas paredes finas que completan el repertorio con un porcentaje mucho más modesto. Entre las piezas que pueden considerarse residuales se cuentan dos individuos de Campaniense A y un borde de la forma Lamboglia 5 en Campaniense B/B-oide. Las paredes finas tan sólo forman un 2% del cómputo global, con el *vaso potorio* tipo Cartagena a la cabeza con tres ejemplares (fig. 164.1, 164.2) seguido por las formas Mayet 12, 24, 37 (fig. 164.3) y 38 que sólo aparecen a título individual. Entre los fragmentos indeterminados cabe incluir un fondo que podría identificarse con diversos tipos (fig. 164.4). Con dos piezas para las que tampoco es posible distinguir la forma, la TSI es irrelevante. La TSG sin embargo tiene una presencia destacada (6%), aunque en su mayoría se trata de fragmentos indeterminados. De los dos individuos estudiados del plato Drag. 18/31, un borde (fig. 164.5) y un fondo (fig. 165.5), en este último se puede leer un sello conservado íntegramente: *L.TER.SECVN*. Los *tria nomina* corresponden a *L. Tertius Secundus*,

apareciendo *Tertius* anexado, como dejan ver sobre el cuerpo de la R los trazos de una T y una E invertida. Oswald recoge ejemplares de la misma *officina* con distintos modos de firmar y la asocia, aunque con dudas, al taller de Montans, aunque por la pasta podemos afirmar que se trata de una producción de La Graufesenque. Su cronología oscilaría entre los flavios y Trajano (Oswald, 1931: 290) siendo la primera vez que este sello se documenta en *Carthago Noua*, aunque aparece en contextos de finales del s. II e inicios del s. III d.C. como el de La Bourse de Marsella (Carré *et alii*., 1998: 70-72, nº 10). Continuando con el resto de formas, se registra una que recuerda a la Drag. 18/31 aunque con un borde inclinado más cercano a la Drag. 33 (fig. 164.7); en cualquier caso la mejor representada es Drag. 27, con un 1% del porcentaje total del contexto y diversos fragmentos (fig. 164.9-164.12) entre los que se incluye un perfil con el sello *COSR[* (fig. 164.8). Éste se presenta casi completo y que por las dimensiones de la cartela y la circunferencia en la que se inscribe, así como otros paralelos, se puede reconstruir como *COSR[VF]* o *COSR[V]*. Se trata de *Cosius Rufinus* un ceramista bien conocido de La Graufesenque activo entre 70 y 90 d.C. que firmó sus productos con las más variadas abreviaciones (Hartley y Dickinson, 2008c: 132-137, en especial el nº 12e, con una disposición de las letras muy similar y también hallado sobre fondos de Drag. 27). Se le relaciona con *Cosius Urappus*, otro personaje vinculado a la misma familia que, al menos durante dos generaciones, trabajó vinculado a la producción de TSG. Es una marca ampliamente documentada en el Mediterráneo occidental (Oswald, 1931: 89) y en *Hispania* particularmente en la costa (Castellano, 2000: 162), haciendo acto de presencia en el bien estudiado pecio de Culip IV (Hartley y Dickinson, 2001: 25). En *Carthago Noua* ya se habían identificado dos piezas de este mismo taller: *COSIVSRV* y *COSRVF* (Ramallo, 1989: 172). Cierran el conjunto un pequeño cuenco de Drag. 35 con el borde decorado a la barbotina (fig. 164.13) que posteriormente será imitado en TSA A con la forma Hayes 3, y un cuenco forma Drag. 37a para el que es posible reconstruir el perfil completo y entre cuya decoración destacan dos ciervos enfrentados, uno que yace con las patas flexionadas y otro en pie, separados por un elemento vegetal similar a un arbusto de varios brazos (fig. 164.14). Entre los 23 fragmentos indeterminados que componen el grueso de piezas de la TSG destacan diversos fondos cuya adscripción contempla diversas opciones (fig. 164.15).

En cuanto a la TSA A, es la producción fina mayoritaria (9%). Aunque se registran algunas formas más tempranas como Hayes 3B (164.16), la mayoría se fechan de mediados del s. II d.C. en adelante y pertenecen a la producción A^2, como las formas

decoradas H. 8A (164.17) y H. 9A (165.1), esta última con cinco individuos, al igual que su variante más tardía, H. 9B, sin decoración a ruedecilla (fig. 165.2-165.5). Con porcentajes iguales o superiores se registran algunos vasos propios del momento de transición entre los s. II-III d.C., además con perfiles completos, como es el caso de Hayes 14A, que con 10 individuos es el mejor representado (fig. 165.6 y 165.7), la forma H. 16 (fig. 165.9-165.13) y una variante de la anterior, H. 14B (fig. 165.8), que parece más propia de la primera mitad del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 157-159). En relación con esta serie de cuencos y platos podemos situar un ejemplar poco frecuente de H. 18 conservado de forma íntegra (fig. 165.14). Se trata de la única pieza producida en A/D del contexto, como se deduce por el barniz, más brillante, y por la propia forma en sí, poco habitual. Se data hacia principios de la tercera centuria (Atlante I, 1981: 52-53) y estaría datada a principios de la tercera centuria. A dicha cronología parece adscribirse igualmente la forma H. 27 según los hallazgos de Pupput y Ostia (Bonifay, 2004: 159), de la que a pesar de contar con cinco bordes no se ha podido incluir ningún dibujo debido a su pésimo estado de conservación. Hayes le otorgaba una cronología anterior, entre 160-220 d.C. (Hayes, 1972: 49-55), al igual que al plato de la forma 31 con el que está estrechamente vinculado y para el que contamos con un fragmento (fig. 165.15). Por último cabe destacar la presencia de un pequeño cuenco de borde diferenciado con labio redondeado y engrosado al exterior producido en $A^{1/2}$ (fig. 166.1) que supone una nueva forma para el repertorio de la TSA A, pues no se conoce ningún paralelo aunque quizás se podría establecer cierta relación con piezas como Hayes 138 (aunque sin asa), fechado a finales del s. II d.C. (Hayes 1972: 181-182). En cuanto a los fragmentos indeterminados, corresponden todos a fondos (fig. 166.2, 166.3 y 166.4).

Dentro de la producción de cerámica fina africana destacan dos vasos plásticos. El primero es una *ampulla olearia* de la forma Carandini 1970 fig. 12 que ya recogieron Martín Camino y Vidal (1997: 275-279: lám. III). Destinada a contener aceites y ungüentos estos vasos lenticulares que imitaban formas orientales (Carandini, 1970: 7891) son propios de finales del s. II e inicios del s. III d.C. De la segunda pieza en cuestión sólo se conserva una excepcional cabecita plástica barbada que por las características de su pasta, de un naranja intenso y con un engobe exterior de la misma tonalidad, es de indudable procedencia africana (fig. 166.5). Posee una pequeña abertura biselada, lo que parece un asa que arrancaría de la parte superior de la cabeza y un apéndice triangular posterior que encuentra su paralelo más directo en una pieza del Louvre (Giroire y Roger, 2008: 195, núm. 108). Se trataría de un recipiente también

destinado a contener aceites o ungüentos relacionado con los talleres de *Navigius*, *Olitresis*, *Septus* y *Gugudius* entre otros. La pieza es muy singular ya que de este modelo, que se componía por una doble cabeza (Doppelkopfgefässes), sólo se conocían cuatro ejemplares en el Mediterráneo (Salomonson, 1980: 74, Abb. 19-20). El origen de su aspecto caricaturesco (Barbera, 1992) se encuentra en productos de Asia Menor imitados posteriormente en el norte de África y ha sido fechada –en la mayoría de los casos de forma incierta– entre los siglos III y IV, una cronología que la estratigrafía de la *domus* permite matizar.

Por último, dentro de las producciones de vajilla fina hace su aparición la TSH de *Tritium Magallum*, aunque sólo con tres fragmentos, uno de los cuales ofrece dudas en cuanto a su identificación. El primero corresponde al cuenco carenado de paredes rectas y exvasadas de la forma Drag. 33 (fig. 166.6), aunque con unas reducidas dimensiones que recuerdan también a ejemplares precoces (Fernández García y Roca, 2008: 316, fig. 2.7). El segundo, con el barniz y la pasta característicos de Tricio, es una pieza informe decorada en la que se aprecia la parte inferior de un ave (fig. 166.7). Por último destaca un vaso de pared exvasada para el que no se conocen paralelos, con una pasta de color avellana y un engobe rojizo que eventualmente podría vincularse con otra producción (fig. 166.8).

5.1.1.2.3.2.- Cerámica de cocina

Las cerámicas destinadas al fuego conforman la parte más representativa del contexto, como pone de manifiesto el vasto porcentaje que ocupan dentro del mismo (61%). A su vez, la preeminencia de las africanas es más que destacada, pues uno de cada dos fragmentos del conjunto pertenece a esta producción (50%). La cerámica reductora de cocina aparece en un 8% y en un 1% se cuentan algunas piezas de cocina itálica; encontrando por debajo de este valor ejemplares sueltos de rojo pompeyano así como ollas orientales, tanto del área egea como levantina, que sin embargo permiten matizar la cronología global.

Comenzando el análisis por la cerámica de cocina itálica (1%) destaca la presencia de una cazuela Bats 6 con borde bífido y fondo ligeramente cóncavo (fig. 167.3), propia del s. I a.C. y que perdura hasta el s. I d.C., como recoge también –bajo el nombre de Forma 4. Vegas 14– C. Aguarod (1991: 93-96). Le acompaña la tapadera Bats 7, caracterizada por lo achatado de su cuerpo y un pie circular apenas indicado (fig.

167.1 y 167.2). En cuanto a las piezas de rojo pompeyano, tan sólo se registran tres platos de perfil curvo y borde entrante de la forma Goudineau 28, uno de ellos casi completo (fig. 167.3, 167.4 y 167.5). Igualmente escasa es la cocina oriental. De la zona del Egeo se documenta la olla Ágora J57 (Robinson, 1959: 56, pl. 11) o cacerola tipo 2 si seguimos la nomenclatura de Hayes para las excavaciones de Cnosos (Hayes, 1983: fig. 7, nº 81-89), dotada de dos asas, con cuerpo carenado, fondo curvo y borde plano y saliente (fig. 167.6). Al exterior presenta un acabado ceniciento que recuerda al de las cerámicas africanas, aunque la pasta es de un tono entre rojo oscuro y marrón que la aleja del naranja característico de dicha producción. Sin embargo se documenta otro fragmento cuya adscripción es dudosa. Se trata de una pieza de gran diámetro con un borde saliente (fig. 167.8) que recuerda al de algunas cacerolas africanas de imitación oriental como podría ser Hayes 191 (si bien no posee el resalto interno para apoyar la tapadera que tiene ésta), el plato Fulford 1 (Bonifay, 2004: 230-231), o marmitas como la forma 145 de Marty procedente de Egipto (Marty, 2004: 117). La forma del borde también podría remitir a un mortero, pero sus paredes parecen demasiado delgadas para tal uso. En cualquier caso su pasta anaranjada y pátina cenicienta no permiten establecer macroscópicamente una definición más precisa, por lo que su interpretación queda abierta. Por último, en relación a la cocina del área levantina, se registra una olla asimilable al tipo "cooking pot 2" de Beirut (Reynolds *et alii*., 2008-2009: 89, fig. 18.12), aunque con el borde menos exvasado, o bien los tipos Reynolds 1997-1998 fig. 143 y 145, procedentes de un contexto de la misma ciudad de mediados del s. II d.C. (Reynolds, 1997-1998: 47-48). Se trata de una pieza de tendencia globular, con un cuello curvo y liso (el resto del cuerpo suele presentar acanaladuras) acabado en un borde ligeramente saliente del que parten dos asas circulares que se unen al cuerpo (fig. 167.9). De todos modos, aunque estas producciones aportan ricos matices a la composición y la cronología de esta categoría cerámica, su presencia no deja de ser casi anecdótica.

Ocupando un valor del 50% del contexto, el protagonismo de la cerámica de cocina africana es total. Una de las formas más destacadas es la cazuela H. 23, que si bien cuenta con algún ejemplar de H. 23A (fig. 168.1) está mucho mejor representada en la variante B, más tardía y que alcanza un porcentaje respecto al cómputo global del 9% (fig. 168.2-168.9). Con un volumen ligeramente superior (10%) cuenta la otra cazuela propia de estos niveles, la forma H. 197, con una amplia variedad de diámetros (fig. 169 y fig.170.1-170.4). De manera mucho más modesta, con un ejemplar cada una,

se detectan otras tres cazuelas: la Ostia III, 269 (fig. 170.6), la Atlante CVII, 12 (fig. 170.5) y la Hayes 198 (fig. 170.7). Pertenecientes a la categoría C, las tres suponen una novedad. La primera es una cazuela de cuerpo similar a H. 197 aunque con borde de sección triangular, fechada entre finales del s. II e inicios del s. III d.C. (Atlante, 1981: 221). Con un borde apuntado e inclinado al exterior, Atlante CVII, 12 ha perdido su acabado ceniciento exterior, como ocurría con el único fragmento conocido que recogía el Atlante I (1981: 220) y para el que no se conocía la cronología. Hayes 198 sin embargo conserva su pátina y además se encuentra en un óptimo estado de conservación; de cuerpo cilíndrico y fondo curvo presenta un borde saliente e inclinado, mientras que en el interior posee un resalto para el apoyo de la tapadera. Aunque se fecha en el s, I d.C. (Hayes, 1972: 210), en otros contextos perdura hasta por lo menos época adrianea (Atlante I, 1981: 218-219; donde es la forma Ostia II, 310), si bien a raíz de lo observado quizás sea aconsejable alargar su datación hasta por lo menos finales de dicha centuria. En cualquier caso la forma que predomina, con una presencia del 19%, es la tapadera H. 196, que servía para cubrir a los tipos anteriormente mencionados (fig. 171, 172, y 173.1-173.3). Dentro de este amplio porcentaje se incluye un fondo que presenta algunas dudas, pues además de poseer un grosor quizás excesivo respecto a los que se dan habitualmente, posee pátina cenicienta por toda la superficie (fig. 173.4). En este caso, bien se trata de una forma distinta (¿oriental?), bien estamos ante una de las tapaderas situadas en último lugar dentro del saggar para su colocación en el horno (Aguarod, 1991: 236), lo que ha dado lugar a un ahumado superficial que debería de haberse concentrado en el borde. Igualmente cabe destacar otras tapaderas relacionadas con H. 196 pero que presentan diferencias. Se documentan dos ejemplares con el borde diferenciado y redondeado al exterior que quizás se encuentren más próximos de la forma H. 185 (fig. 173.5 y 173.6), así como uno de borde engrosado tanto al exterior como al interior (fig. 173.7) ligeramente similar a la llamada forma Rosas 2624 recogida por Aguarod (1991: 259), aunque la hemos clasificado como indeterminada porque el tipo no es idéntico, y una tapadera con el labio almendrado y de gran diámetro (fig. 173.8) que por sus dimensiones podría acaso considerarse una variante tardía (y por lo tanto una inclusión). De las restantes tapaderas bien identificadas destaca Hayes 182 (2%), una tapadera de borde vuelto producida en la categoría B, con un pulido exterior a bandas (fig. 173.9) y de la que sólo se conoce un ejemplar de la categoría C, con el borde ahumado al exterior (fig. 173.10), que aun tratándose de la misma forma pasa a denominarse H. 195 (Bonifay, 2004: 216-217). Por último destacan tres

ejemplares de la forma O. I, 264, unas tapaderas producidas en la categoría C y de gran diámetro con un borde recto y saliente de acabado redondeado (fig. 173.11, 173.12 y 173.13), no muy frecuentes y que se registran desde época severiana en adelante (Atlante, 1981: 214). Precisamente tanto estas tapaderas como H. 182 y 195 servirían para cubrir a formas que pueden alcanzar grandes diámetros, como el plato H. 181, si bien en el caso de la *domus* de la Fortuna tan sólo se documentan siete ejemplares y de dimensiones más modestas (fig. 174.1). Completan el repertorio de la cocina africana dos fragmentos del puchero H. 200 (174.2 y 174.3) y al menos dos individuos del hervidor Uzita 48.1. Este último, inconfundible por su peculiar morfología, contaba con diversos fragmentos de panza que contenían una densa concreción calcárea (fig. 174.4), de los que fue posible tomar muestras para analizar pasta y contenido. A pesar de que a raíz de trabajos anteriores su cronología se centraba entre época flavia y el s. II d.C., cada vez parece más evidente (al menos sobre la base de los contextos de *Carthago Noua*), que se puede retrasar su aparición hacia finales del s. II d.C., al igual que ocurre con piezas como H. 181 como ya planteaba Aquilué (1995: 70).

En lo que respecta a la producción local/regional, la cerámica reductora de cocina, está representada solamente en un 8%. De dicho porcentaje un 2% pertenece a la olla de la forma 2 (fig. 175.1 y 175.2) y el doble (4%) a la olla de la forma 3, el tipo sin duda más común (fig. 175.3-175.8). Tapaderas tan sólo se han encontrado cuatro, una de ellas completa (fig. 183.3) y gracias a los restos de diversas asas se han podido identificar siete individuos de la jarra para hervir de la forma 8. Por último cabe destacar una producción reductora no identificada pero que no pertenece a la anteriormente explicada. Se trata de una olla de borde engrosado y cuello bien diferenciado de procedencia desconocida (fig. 175.9). Presenta una superficie ondulada y pulimentada y la pasta es de un tono marrón rosáceo con partículas micáceas plateadas de hasta 3 mm de diámetro; recuerda a las ollas de pasta granítica tipo Celsa 2 del valle del Ebro (Aguarod, 1995: 139-140, fig. 13).

5.1.1.2.3.3.- Cerámica común

Las cerámicas comunes ocupan un 12% del contexto y de ese porcentaje un 11% pertenece a las producción común oxidante o ERW3. El pequeño margen restante se lo reparten la cerámica común del Egeo, la africana y la pintada de tradición indígena con unos pocos individuos cada una.

Un único fragmento atestigua la presencia de la jarrita egea Ágora G188, al igual que ocurre con la jarrita africana de pasta amarilla Bonifay 50. La cerámica romana pintada de tradición indígena cuenta con un ejemplar completo de la forma Abascal 19 (fig. 98.3) y tres fondos que, aunque hemos clasificado como indeterminados en el campo de la ERW3, bien podrían tratarse del mismo olpe dada la forma esférica de la panza y el hecho de contar con un pie anillado (fig. 179.8, 179.9 y 179.10). En cuanto a esta última producción, registra diversas formas ya conocidas pero muchas otras que en principio parecen compartir la misma pasta y sobre las que sin embargo cabrá volver en próximos trabajos. El cuenco de borde vuelto de la forma 1, cuyo diámetro puede variar enormemente, cuenta con tres bordes (fig. 176.1, 176.2 y 176.3) y lo que casi con toda certeza puede considerarse un fondo, si bien por precaución hemos colocado este último en el apartado de indeterminados (fig. 179.11). El vaso mejor representado es el *urceus* de la forma 11 (3%), monoansado y de fondo umbilicado, con un borde cambiante pero paredes con tendencia a exvasarse que permiten reconocer la forma (fig. 176.4-176.7). Con menos de un 2% (ocho ejemplares), le sigue el tipo de menores dimensiones, el llamado *urceus* Cartagena (fig. 176.8 y 176.9) y en un número inferior el resto de piezas. Se documentan algunas jarritas de la forma 13, a las que se cabe vincular un borde y un ejemplar casi completo realizado en la misma pasta (fig. 177.3 y 177.4). Se registran igualmente dos grandes recipientes de la forma 18 con asas apuntadas que ya hemos relacionado con una función de transporte, aunque desconocemos el tipo de producto que podría contener (fig. 177.1). También en número de dos se documentan las *peluis* tipo Cartagena, con una apertura muy ancha que en este caso parece menos apta para las funciones de orinal y más para otras como lavar, tal y como implicaría la definición latina (fig. 177.2). Entre las piezas novedosas cabe destacar una pátera de la que sólo se ha conservado un mango de sección circular rematado por una cabeza de carnero, con una decoración a base de círculos concéntricos en el borde del plato y marcada en el punto de unión de ambas partes por la cara de un personaje desconocido (fig. 177.5). Estas piezas son un modelo bien conocido procedente de los talleres de Cnido, donde imitan claramente los modelos de la vajilla metálica (Atlante I, 1981: 233, tav. CXVIII). Sin embargo, a pesar de las dudas iniciales, la ausencia de barniz y las características de la pasta permitieron descartar el origen oriental, vinculándolo a la producción de cerámica común oxidante o ERW3[290]. En diversos puntos del

[290] Mi más sincero agradecimiento a J. W. Hayes sus valiosos comentarios sobre la identificación de la pieza.

Mediterráneo se conocen imitaciones en arcillas locales, como bien ha puesto de manifiesto sobre la base de algunos hallazgos de Fréjus L. Rivet (2007b: 174-179). En cuanto a su función dentro del ajuar doméstico, podía ser doble: para el aseo y particularmente las abluciones que se realizaban antes y durante la comida (Cool, 2006: 47), o bien de carácter ritual para las ceremonias a los dioses lares (opción posible en la domus de la Fortuna si se acepta la existencia de un pequeño larario; Martín Camino *et alii*., 2001: 34). Por último recogemos una serie de formas que no se han clasificado tipológicamente porque, aun perteneciendo *a priori* a la producción de la ERW3, es necesario contrastar su hallazgo en otros contextos y a ser posible realizar análisis arqueométricos de cara a no complicar una ordenación todavía incipiente. Entre las documentadas destacan: un *urceus* monoansado (fig. 178.1), un plato o fuente que a pesar de ser en cerámica oxidante recuerda a formas de cocina (fig. 178.2) y toda una serie de vasos y cuencos con variados perfiles entre los que predominan siempre las formas abiertas (fig. 178.3-178.7). Dentro de esta clasificación sin embargo, se incluyen dos bordes que quizás no pertenezcan a la ERW3. Se trata de un gran cuenco con una carena en su tercio superior, de borde quebrado y labio apuntado y entrante de una pasta entre rosácea y rojiza (fig. 178.8) y el cuello de una jarra o vaso de borde sinuoso y labio engrosado de pasta amarillenta (fig. 178.9). En cuanto a los fondos, los hay de las formas más variadas, aunque aquellos con un pie anular más macizo parecen vincularse con más seguridad con la producción de cerámica común oxidante (fig. 179.1, 179.2 y 179.12). Algunos ya se han relacionado con el olpe Abascal 19 (fig. 179.8-179.10) o el cuenco de borde vuelto de la forma 1 (fig. 179.11). Solamente en un fondo plano de reconoce la forma del *urceus* tipo Cartagena (fig. 179.3). Otro muy característico parece haber sido retorneado, pues el pie es estrecho, ligeramente apuntado hacia el interior y parece arrancar directamente de la pared (fig. 179.4). Entre los que recipientes de menor tamaño no hay ninguno reconocible, si bien han de pertenecer a jarritas (fig. 179.5, 179.6 y 179.7). Para el de mayor tamaño, de pie apuntado de sección triangular tampoco se conocen paralelos, aunque debido el grosor de las paredes pudiera pertenecer a un mortero (fig. 179.13).

5.1.1.2.3.4.- Ánforas

Los envases de transporte se presentan en un magro porcentaje del 3%, del que además algunos individuos son desconocidos o presentan dudas. A pesar de contar con

un elevado número de fragmentos lo complicado en ocasiones de distinguir piezas informes hace que, ciñéndonos a aquellas significativas, el NMI sea especialmente bajo. Aun con ejemplares aislados, el grupo de las ánforas hispanas parece el mejor representado. Contamos con una Dr. 7-11 de salazón (fig. 180.1) que no ofrece problemas de identificación, al contrario que un borde curvo y engrosado de acabado redondeado que quizás pueda tratarse de una Haltern 70 (fig. 180.2), un ánfora bética bien conocida vinculada al transporte de *defrutum* y vino (AA.VV., 2003). La extrema variedad formal que presenta este tipo, con diversos núcleos de producción y una evolución en la que adopta diversas variantes ha sido recientemente analizada por P. Berni (2011: 87-97). Por el tipo de pasta, de un acabado beige al exterior y rosácea en la fractura, el individuo de la *domus* de la Fortuna podría interpretarse como una Haltern 70, si bien mantenemos la duda al respecto. También entre interrogantes recogemos un borde moldurado que remite al tipo Dr. 28 (fig. 180.3), ánfora de fondo plano destinada con toda probabilidad al comercio de vino (también referida como Oberaden 74; Márquez, 1999: 76-77). Aunque la forma parece ser inequívoca, la pasta, beige y muy depurada, de aspecto calcáreo, no recuerda a la de las producciones béticas. Recientes trabajos han puesto de manifiesto la imitación de estas piezas incluso en zonas del interior peninsular (Almeida y Morín, 2012). En cualquier caso las tres ánforas descritas son más propias del s. I y la primera mitad del s. II d.C. La única que corresponde a un horizonte cronológico más tardío es una Matagallares I, reconocible por su borde curvo, un labio biselado que apunta hacia el interior y tres líneas incisas en la parte exterior (fig. 180.4). Producida durante el s. III d.C. en el taller granadino homónimo situado en Salobreñas, la pieza en concreto pertenece a la variante IC, de borde triangular y triple acanaladura externa (Bernal, 1998b: 286-290, fig. 109.151). Se trata de ánforas de fondo plano para el envasado de vino que imitan a las formas galas. Su hallazgo es muy significativo porque permite identificar la forma en la ciudad, como se ha remarcado recientemente (Quevedo y García-Aboal, e. p. a). Anteriormente clasificada como "cuenco" de cerámica común debido a la engañosa forma del borde, que parece acabar en un pie, es posible que en otros yacimientos locales se encuentren inventariadas de la misma manera.

Con cuatro individuos, la segunda producción más destacada es la gala, con los tipos Gauloise 3 y 4 (en adelante G3 y G4), si bien este último es el mejor representado dentro de los envases de transporte. Ambas son ánforas de fondo plano destinadas a la exportación de vino narbonense. El tipo G3 posee un cuello con tendencia a exvasarse

marcado por un engrosamiento de la pared que acaba en un borde redondeado (fig. 180.6) y es más propia del s. I d.C., mientras que la G4 presenta un cuello curvado al exterior con un borde diferenciado bajo el que parten dos asas de sección muy característica, marcadas por una profunda depresión interna (fig. 180.5). Como se ha puesto de manifiesto en el capítulo 4, la imitación de estas formas en áreas de Denia y su distribución regional suponen un problema de cara a su correcta identificación (Gisbert y Laubenheimer, 2001), por lo que se han planteado análisis de pastas[291], si bien *a priori* el aspecto calcáreo de los ejemplares de la *domus* de la Fortuna permite asignarlos al área de producción del S de la Galia.

Por último hay diversos bordes cuya identificación resulta compleja. En un fragmento de pasta marrón con pequeñas inclusiones blancas que se aprecian tanto en sección como en superficie se ha querido ver un tipo oriental. Ello viene definido sobre todo por una característica propia de las piezas de tal procedencia: una profusa ondulación de su superficie externa que en este caso se extiende a lo largo de todo el cuello, de forma cónica, hasta el borde, marcado por un pequeño engrosamiento (fig. 180.7). También recogemos un fragmento previamente dibujado (fig. 180.8) cuya pasta no ha podido ser analizada macroscópicamente. Incluimos también una pieza de pasta amarilla con un cuello estrecho marcado por un pequeño ensanchamiento anguloso antes del borde, recto y con labio redondeado (fig. 180.9). Aunque había sido clasificada como jarrita, cuenta con un asa de sección circular y ligeramente apuntada (no sabemos si también con una segunda, por lo que se ha desdoblado entre interrogantes), su robustez nos lleva a pensar que quizás pueda tratarse de un recipiente de transporte como en el caso de la forma Agora M254 (aunque en dicho ejemplo el asa parte del cuello y en el nuestro, del borde). Dentro de las formas indeterminadas la más significativa es un ánfora completa que apareció rellena de caracoles terrestres (fig. 181.1). Con un cuerpo piriforme muy alargado y un cuello estrecho que se abre en su parte superior, la pasta es de un tono rojizo anaranjado que en un principio hizo pensar en una producción local; si bien estas piezas estaban destinadas a la exportación. En este caso quizás se trate de una importación reutilizada tras el vaciado de su contenido, como se deduce de la eliminación de algunos de los elementos más característicos de su diseño original como las asas y el ápice (fig. 181.1). Se trata de un uso como contenedor

[291] En curso, gracias a la gentileza de F. Laubenheimer y A. Schmidt.

de almacenamiento doméstico que podría clasificarse dentro del tipo A de Peña (2007b, 61-67) para la reutilización de ánforas.

5.1.1.2.3.5.- Lucernas

Las cerámicas destinadas a la iluminación alcanzan de nuevo un 5% del contexto, como sucedía en el caso de la C/ Jara nº 12, con un predominio total de las producciones africanas. El principal problema que presentan vuelve a ser su grado de fragmentación, en ocasiones tan elevado que impide distinguir los detalles del tipo (aunque sí contabilizar el NMI). Destacan dos grupos, formados por los tipos Deneauve VII (27 ejemplares) y Deneauve VIII (tres ejemplares) y de los mismos se ha prestado especial atención a las piezas que presentaban firma[292], que se concentran en el primero. De éste destaca una lucerna parcialmente conservada (equivalente al tipo D II 1 4b de Bussière, 2000: 96-99) que parece haber sido alterada por una exposición al fuego tras la cocción. En el fondo lleva impresa en caracteres bien legibles la inscripción *CMEVPO* (fig. 181.2). La *officina* de *Caius Marius Euporius,* que firmó con distintas abreviaturas, es bien conocida por sus múltiples hallazgos en el Mediterráneo occidental, aunque se concentra especialmente en el África Proconsular (Bailey, 1988: 98). Su origen africano no admite dudas, si bien Bailly (1962: 89) sitúa el taller en Tebessa (Argelia) sin aducir ninguna explicación. En función del autor su cronología puede variar entre 120-180 d.C. (Bailey, 1988: 98) y 150-180 d.C. (Pavolini, 1980: tabella II). La variante del sello no aporta matices de datación y en el caso de la abreviatura *CMEVPO* las más tempranas corresponden siempre a la primera mitad del s. II d.C., como ocurre con un ejemplar ampuritano (Casas y Soler, 2006: 50-51, E691), y las más tardías a finales de dicha centuria, como una pieza con la firma ya incisa del tipo Bus C V 3/ C VI que se sitúa en la segunda mitad de la centuria (Bonifay, 2004: 313, nº 4). El otro fragmento de este tipo que incluye firma es un fondo parcialmente conservado de grandes dimensiones con pasta de color marrón claro–beige amarillento y restos de engobe marrón rojizo en su superficie. Posee una firma incisa en la que se leen con claridad las letras *LVCCE* y *ORV*, lo que junto a otros trazos poco definidos nos ha llevado a restituirla como *LVCCE/[I]ORVM* (fig. 181.3). El hecho de que aparezca en plural resulta muy interesante ya que se ha interpretado como la unión de

[292] Sobre algunas de las cuales se ha llevado a cabo un pequeño avance en otra sede (Quevedo y García-Aboal, e.p. b).

varias *officinae*. En opinión de Sotgiu (1968: 80-82) los propietarios de los distintos talleres pertenecerían a la familia de los *LVCCEI* y su asociación daría como resultado: *LVCCEI/FORTUN/ATI*, *LVCCEI/MAVRICI* o *LVCCEI FELIX*. Éstos son relativamente frecuentes; su distribución abarca principalmente el África Proconsular pero se extiende por todo el Mediterráneo occidental (Bailey, 1988: 98) como muestran los ejemplares documentados en Italia o la península Ibérica (Casas y Soler, 2006: 56; Balil, 1968-1969: 172). La fórmula *LVCCEIORUM*, mucho más escasa, reflejaría la asociación de al menos dos de ellos en un momento determinado. Aunque se desconoce su área de producción, parece evidente su origen africano, máxime si aceptamos su relación con el taller de *Lucceius*. Cronológicamente se ha situado entre 175-225 d.C. (Bailey 1988, 98; Bussière 2000, 223), una datación que refrenda la propia modalidad de la firma, incisa, lo que la sitúa en un momento avanzado de finales del s. II d.C. (Bonifay, 2005: 32). En cuanto al desarrollo de este taller cabe destacar un ejemplar procedente de Pompeya firmado *LVCPOLY*, *Lucceius Poly*, fechado entre finales del s. I e inicios del II d.C. en el que se ha querido ver el origen de la familia que inició la producción, posiblemente en Italia central, y que habría podido cambiar su nombre griego por otro latino a través de una progresiva romanización antes de la instalación en África de la *officina* (Zoïtopoúlou y Fossey, 1992: 243). Por último destaca un ejemplar con la firma incisa *STERCE/I* carente de pico y decorado por líneas paralelas en la *margo* y un avestruz a la carrera hacia el lado derecho de la pieza en el disco (fig. 181.4). Mientras que el motivo central está bien documentado y encuentra paralelos en muchos otros tipos propios de los s. II-III d.C. (Bussière, 2000: 204), *STERCEI* es un ceramista considerablemente menos conocido, cuya firma sin embargo ha sido atestiguada mayoritariamente en piezas del tipo Deneauve VIII y en especial en el área de Cartago. Un ejemplar recogido por Bonifay de dicha forma (sous-type 3), también con firma *STERCEI*, posee un fondo con varios círculos concéntricos que recuerda al nuestro (Bonifay, 2004: 331-334, fig. 186 nº 3). Se fecharía de forma general en la primera mitad del s. III d.C. Tres fragmentos que con seguridad pertenecen a esta última forma con decoración de hojas de parra se identifican con claridad dentro del contexto, si bien con un acusado deterioro. Por último, dentro de la producción africana, destaca una lucerna plástica cuya forma sin embargo no es reconocible (fig. 181.5). Entre las clasificadas por Bussière y que podrían asimilarse a la nuestra se distinguen formas con cabeza de divinidad (Bus F VI 2) y de piña (Bus F VI 4), ambas producidas entre los s. II y III d.C. (Bussière, 2000: 133-135).

5.1.1.2.4.- Numismática

A diferencia de otras excavaciones en las que la numismática brilla por su ausencia o su mal estado de conservación, la *domus* de la Fortuna cuenta con un pequeño conjunto que ya fue estudiado (Lechuga, 2002: 199; Martín Camino *et alii.*, 2001: 45-46). En total son 7 monedas, aparecidas en distintos puntos de la vivienda y con cronología muy variada. La más temprana es una acuñación flavia indeterminada de la estancia VI (U.E. 1131) hallada en una zona con tierra que debía corresponder al umbral de la sala, ya expoliado en el momento de la deposición. De la habitación I (Nivel I c), que actúa como zona independiente de la vivienda a partir de la fase más tardía, procede un sestercio de Trajano (98-117) y un as de Marco Aurelio (161-180). De Faustina la Mayor, esposa de Antonino Pío (emperatriz 138-141), contamos con dos sestercios, uno de la habitación V (U.E. 1109) y otro de la IV (Nivel Ic). Una emisión indeterminada de Lucio Vero o Marco Aurelio se halló en la estancia IX (U.E. 1135). Por último un sestercio de Faustina la Joven, hija de Antonino Pío y mujer de Marco Aurelio en la habitación V (U.E. 1135). Es una pieza bastante bien conservada que muestra en el anverso el perfil de la emperatriz con el pelo recogido y la leyenda *(...)NA / AVGVSTA*… Faustina, nombrada *Augusta* en 147, fue emperatriz desde 161 a su muerte en 176 (Quevedo, 2009b: 66, lám. 13). En el reverso aparece Juno tal y como indica la leyenda *IV(no)*, sosteniendo una pátera en sus manos y con un pequeño pavo a sus pies (Mattingly y Sydenham, 1986: 345, n^{os} 1645-1647). Por desgracia, en las monedas con busto femenino no aparecen las titulaturas de los emperadores por lo que carecemos del elemento que aporta el matiz cronológico.

En cualquier caso, el nexo de unión de estas piezas, es su aparición en los niveles de abandono del edificio. Teniendo en cuenta la datación de las monedas más tardías, el as de los emperadores antoninos Marco Aurelio y Lucio Vero y el sestercio de Faustina la Joven, la fecha *post quem* se sitúa en torno a 176-180 d.C. Especialmente importante es el sestercio de Faustina, hallado en una capa de ceniza con restos cerámicos y malacológicos en la habitación V ya que evidencia el momento en que este espacio, uno de los accesos de la *domus*, no funcionaba como tal y empezaba a verse cubierto por desechos de todo tipo. Igualmente interesante es el sestercio de Faustina la Mayor (138-141) de la misma sala V que apareció bajo un panel caído de pintura mural, síntoma claro del abandono de la vivienda.

5.1.1.2.5.- Cronología

Tradicionalmente la cronología atribuida al abandono de la *domus* de la Fortuna se situaba hacia la segunda mitad avanzada del s. II d.C. (Martín Camino *et alii*., 2001: 48), una fecha refrendada por los materiales cerámicos y la numismática. Por una datación en dicha línea nos pronunciamos en el análisis que se llevó a cabo durante la tesina de licenciatura, pues tomábamos siempre como referencia el caso de la C/ Jara nº 12, fechado por aquel entonces hacia 150 d.C. y del que el abandono del solar de la C/ Duque suponía una prolongación que culminaba según los aportes monetales hacia 180 d.C. (Quevedo, 2009b: 67-69). A pesar de haberla mantenido hasta fecha reciente (Fernández y Quevedo, 2011: 300; Bermejo y Quevedo, e. p.), la comparación con nuevos contextos y el propio avance de la tesis, que como empezábamos a intuir podía sugerir una modificación de ciertas cronologías de referencia en *Carthago Noua* (Fernández y Quevedo, 2011: 300, nota 42), nos permite ahora matizarla.

Las piezas mejor representadas son claramente las formas africanas, en concreto las de cocina: la tapadera H. 196 y las cazuelas H. 197 y 23B, esta última propia de la segunda mitad del s. II d.C. Entre la vajilla fina predominan igualmente las formas con dicho origen, pero a pesar de documentar ejemplares más tempranos de la TSA A como H. 3B, 8B o 9A, los mayores porcentajes corresponden a H. 14A, H. 16, propias del horizonte entre el s. II y el s. III d.C. A estas cabe sumar otras de la misma cronología, siempre en el espectro de las más tardías de la TSA A como H. 14B y H. 27, bien representadas, así como piezas aisladas pero significativas, caso de H. 31 o el plato en A/D Hayes 18, que pertenecería en un principio a la primera mitad del s. III d.C. (Hayes, 1972: 43). Otras formas que no aparecen representadas más que con un individuo pero que también se sitúan en la horquilla tardoantonina-severiana son los vasos plásticos africanos; la cabecita barbada de la forma Salomonson 1980, fig. 19-20 y el fragmento de *ampulla olearia* Carandini 1970 fig. 12. Es debido a piezas como éstas que la balanza cronológica comienza a inclinarse hacia el s. III d.C. a pesar de contar con formas que difícilmente perduran más allá de mediados del s. II d.C. como la TSG o vasos de paredes finas (entre los cuales cabe distinguir el tipo "Cartagena" cuya cronología exacta se desconoce). El hallazgo aislado de una forma difícilmente cambia la cronología; un fragmento de vaso plástico africano no hace por sí sólo que se empiece a considerar un desplazamiento de la fecha. Es el porcentaje en el que aparecen y el

hecho de que, aunque lo hagan individualmente, sean varias las piezas con cronología más tardía lo que permite cambiar la datación. En el caso de la cerámica de cocina africana se da claramente una presencia de formas a caballo entre los s. II-III d.C. que con uno o dos ejemplares matizan el colapso de la vivienda, como H. 195, H. 200, Ostia III, 269 o Uzita 48.1 (entre las que probablemente quepa incluir la cazuela Atlante CVII, 12). En esa horquilla destacan los 13 individuos de H. 182 (Bonifay, 2004: 216-217) y otras formas no africanas como la cazuela "cooking pot 2" de Beirut (Fernández Díez, 1983: 209) y la Ágora J57 de la zona del Egeo. Esta última también puede aparecer recogida como Ágora G194 (Moliner, 1996: 252, fig 12.7), pero es la misma forma, salvo que Ágora J57 es la evolución propia de finales de siglo II - inicios siglo III d.C. (Forster, 2001, p. 155-157, fig. 4.9.*h*; Robinson, 1959: 56, pl. 11). Entre las formas de cocina más tardía cabe tener en cuenta las tapaderas O. I, 264, cuya aparición no es anterior a época severiana (Atlante I, 1981: 214), que contrastan con formas más antiguas como las cazuelas de rojo pompeyano, si bien entre las formas de cocina itálica conviene reseñar que las tapaderas Bats 6 también se documentan en contextos de finales del s. II d.C. e inicios del s. III d.C. como los de La Bourse de Marsella (Carré *et alii*., 1998: 87). Entre época tardoantonina y severiana se sitúan también piezas de cerámica común: la jarrita oriental Ágora G188 y la jarra africana Bonifay 50, al igual que las producciones de cerámica reductora de cocina, cerámica romana pintada de tradición indígena y cerámica común oxidante local, cuya cronología se extiende desde el s. I d.C. hasta por lo menos mediados del s. III d.C. De las ánforas la más tardía es la forma Matagallares IC, propia del s. III d.C. (Bernal, 2008: 46-48), si bien destaca por su presencia la forma G4, que también se produjo hasta la tercera centuria. En cualquier caso son las lucernas Deneauve VII y VIII, en especial las de firmas incisas que se fechan a partir de un momento avanzado del s. II para adentrarse en el s. III d.C. las que aportan el último matiz, junto a un ejemplar plástico poco frecuente que ratifica dicha cronología.

Por todo ello y a pesar de lo defendido hasta la fecha, consideramos conveniente desplazar la cronología del abandono. El *terminus post quem* viene marcado por el as de Marco Aurelio y Lucio Vero, que sumado a la presencia de formas bien documentadas a inicios del s. III d.C. nos lleva a proponer una fecha para el contexto que de nuevo gira en torno a 180-210 d.C. Esta datación podría incluso dilatarse en el tiempo una década más hasta la aparición de la TSA C, ausente en los contextos. Es la presencia de producciones propias de los s. I-II d.C., aunque sean residuales, lo que nos lleva a

inclinar la horquilla hacia los inicios de la tercera centuria. En cualquier caso cabe tener en cuenta el proceso de formación del registro y el tiempo transcurrido desde que el edificio entró en desuso hasta su definitiva amortización. Por tanto, aunque su colapso pudiera haber acontecido a principios del s. III d.C., las causas que lo provocaron hubieron de darse con anterioridad.

5.1.1.2.6.- Hallazgos descontextualizados de P. San Martín (1971)

Aunque nuestro análisis se ha ceñido a los niveles estratigráficamente bien documentados, creemos conveniente una breve y última digresión relativa a los materiales que documentó P. San Martín en su intervención de 1971, todos ellos inéditos. Aunque es imposible discernir si las piezas que halló pertenecían a la *domus*, a la calzada o a otro punto del solar de la C/ Duque nº 29, fue precisamente en esa excavación que aparecieron algunas de las más interesantes, especialmente en lo que a su estado de conservación se refiere. Para ciertas formas los perfiles completos procedentes de ese sector son los únicos que se conocen y es por ello que, aun sin estratigrafía, recogemos de forma sucinta aquellos que a nuestro parecer pueden ser más significativos[293]. Aunque se incluyan algunos de cronología anterior, es evidente que las conclusiones de nuestro estudio se pueden hacer extensivas a lo exhumado en el solar contiguo, con el que comparte unas mismas estructuras.

Entre las formas más antiguas que cabe destacar figuran un mortero Dramont D2 y un ánfora Lamboglia 2, ambos sellados. El primero, al igual que en el caso de la pieza conservada en el ARQVA, presenta un sello que además de inédito en sí mismo, no encuentra paralelos entre los publicados (fig. 182.1). Aunque fragmentado, se pueden aventurar diversas hipótesis sobre su lectura[294]. Se trata de un sello relacionado con la producción de Domicio Tullo y por tanto fechable entre el 93 y el 108 d.C. (Pallecchi,

[293] Sin minusvalorar la importantísima aportación de P. San Martín a la arqueología de la ciudad cabe decir que su trabajo respecto a la excavación de la C/ Duque permanece incompleto. Aun con la metodología de la época el autor siempre mostró una rigurosa meticulosidad y en el caso que nos afecta encontramos sobre algunas piezas pequeños sellos con códigos alfabéticos que indican sectores. Entendemos pues que su intervención fue muy ordenada y probablemente de esa información habríamos podido reclasificar algunos niveles. Sin embargo el material (cualquier diario de excavación o notas sueltas) o bien se ha perdido o bien permanece en su poder, pues no se encuentra depositado en el MAMC. Aunque lo intentamos, no fue posible concertar una entrevista con él. Sin embargo la cuestión sobre estos datos queda abierta para volver sobre ella si en un futuro se recuperase la información original.

[294] De nuevo agradecemos encarecidamente la amable contribución de S. Pallecchi en este tema, gran parte de cuyos comentarios recogemos a continuación.

2002). En la primera línea de escritura parece leerse el nombre de otro personaje, probablemente un esclavo. La hipótesis de que se trate de *Mercurius* parece verosímil, aunque no se conocen para la producción de *Tullus* otras referencias a personajes de este nombre. Un *Mercurius* esclavo de *Ti. Claudius Quinquatralis* aparece algunos decenios más tarde sobre materiales de construcción realizados en el ámbito de producción de *Domitia P.f.Lucilla*[295]. El nombre *Mercurius* es en cualquier caso demasiado común como para que se pueda establecer una relación entre ambos personajes. Sin embargo cabe destacar que, entre las producciones de *Ti. Claudius Quinquatralis* (Pallecchi, 2002: 163, punzones 18.79 y 18.80) se atestiguan morteros en los que el nombre de éste aparece asociado al de su esclavo *Epagathus*. Centrándonos en la estructura del sello, esta debe probablemente reconstruirse como *[..]V MERCV / [CN] DOM.TVL*

La letra fragmentaria que se conserva al inicio de la primera línea del testo –si admitimos que no se trata de un *signum*– debe probablemente ser considerada como parte de un grupo de tres o cuatro letras, cuya interpretación sin embargo presenta numerosos problemas. Tanto por cuestiones de cronología como por aquellas relacionadas con la estructura organizativa de las *figlinae* de los *Domicii*, parece poco probable reconocer en esta parte del texto una abreviatura de la fórmula onomástica de *Ti. Claudius Quinquatralis*, aunque en el ámbito de sus producciones se atestiguan casos en los que la fórmula se abrevia únicamente con las letras CL CV[296]. De todos modos la posición de este grupo de letras al inicio de la primera línea de testo parece difícilmente compatible con una hipótesis semejante. En ausencia de otras informaciones se puede proponer una hipótesis que vea, en la letra fragmentaria una simple fórmula del tipo *[OP]V(s doliare*). Ésta es bastante común en materiales de construcción y rara en morteros, aunque se constata en el ámbito de producción de una Domicia Lucilla (Pallecchi, 2002: 158-160, punzón 18.69). En definitiva la lectura queda abierta, esperando tras su recuperación de los fondos desde que viera la luz hace más de 40 años, que otros investigadores puedan aportar nuevos datos sobre la misma.

La otra pieza en cuestión, con diferencia la más antigua de las excavadas por P. San Martín[297] sobre las que hemos centrado nuestra atención, es un cuello de ánfora Lamboglia 2 (fig. 182.2). No insistiremos sobre la tipología en sí, pues se trata de uno

[295] CIL XV, 1077-1078.
[296] Como por ejemplo CIL XV, 1071; fechado en 145 d.C.
[297] Puede proceder con probabilidad de niveles republicano excavados bajo el pavimento del *triclinium* de la *domus*.

de los envases itálicos que en los s. II-I a.C. inundan el mercado de *Carthago Noua* (Alonso y Campoy, 2007). La pieza es de especial interés por presentar en el asa el sello *CAVCV*, inédito en la ciudad a pesar de que las excavaciones del anfiteatro han sacado a la luz diversos ejemplares con marcas (Márquez y Molina, 2005; Pérez Ballester y Pascual, 2004). El sello corresponde a la *figlina* de *CAVCVS* y se conoce en otros ejemplares de la forma Lamboglia 2 hallados en Italia (CEIPAC, 19737), sobre los que aparece siempre *in ansa*. La pieza de Cartagena, que presenta la A y la V anexadas tiene su paralelo más cercano en otro ejemplar italiano hallado en Tortona que ha de pertenecer igualmente a una forma Lamboglia 2 aunque en la publicación de origen no se recoja la adscripción de la pieza (CEIPAC, 23412).

El resto de materiales son significativos por presentar perfiles completos, sin que sea necesario volver sobre su descripción, a la que ya se han dedicado varias líneas anteriormente.

Entre las producciones de cocina africana destaca una cazuela de la forma Ostia III, 269, que si bien aparece en pequeños porcentajes en las estratigrafías, lo hace de manera constante. De pared vertical y fondo cóncavo al igual que otras formas como H. 197, posee un borde plegado con una pequeña acanaladura para el encaje de la tapadera (fig. 183.1). En relación a las cerámicas locales/regionales cabe señalar una jarrita de cerámica común oxidante o ERW3 de la forma 13, con el característico pie anular, un asa que arranca bajo el borde y una pequeña pestaña alrededor de este (fig. 183.2). En cerámica reductora de cocina se conserva la que hasta la fecha es la única olla de la forma 3 completa (fig. 183.4), que reproducimos con la correspondiente tapadera de la forma 7, si bien ésta procede de niveles estratigráficamente fiables (fig. 183.3). A diferencia de otras con líneas más curvas, esta olla presenta dos partes bien diferenciadas, un cuerpo superior cilíndrico y un tercio superior cónico unidos por una marcada carena que termina en el característico fondo umbilicado. El borde, exvasado y con un perfil en S no posee un labio apuntado como en otros ejemplares, sino redondeado.

Por último hacemos alusión a una pieza que verdaderamente reviste un carácter excepcional por diversos motivos, tanto su estado de conservación como su hallazgo en latitudes tan meridionales: una fíbula perteneciente al tipo 27 d2 de Feugère (1985). Procedente del E de la Galia o del valle superior del Rhin (Thomas, 1963), se trata de un broche esmaltado y forma polilobular con un orificio central donde se encastraría una

segunda parte móvil, que podría ser cónica o circular[298] (fig. 183.5). Aunque solamente nos hemos encargado del análisis de las cerámicas, objetos similares completan el contexto y permitirán definir con mayor nitidez el *instrumentum domesticum* de la *Carthago Noua* de los s. II-III d.C. Siguiendo la estela de nuestro colega J. Vizcaíno, quien para los siglos VI-VI d.C. ha analizado a fondo los elementos de indumentaria (Vizcaíno, 2009: 755-791), la pieza se encuentra ya en estudio. A diferencia precisamente de lo que sucede en época tardía, en la ciudad altoimperial éstas brillan por su ausencia, en parte debido a que tampoco se han podido excavar necrópolis de dicha cronología[299]. Por ello se trata de elementos que revisten un especial interés, tanto por la propia producción, que en este caso cuenta con escasos paralelos (Bertrand, 2003: 25 y 39, fig. 27; pl. VII, n° 6; Riha, 1967: 197, pl. 65, nº 1695), como por su aportación al contexto, con el que se mantiene en línea cronológicamente, pues la fíbula se fecha hacia mediados del s. II - s. III d.C.

5.1.1.3.- La vivienda de la Calle Cuatro Santos nº 40

El solar de la C/ Cuatro Santos nº 40 esquina C/ Tomás Subiela fue objeto de una excavación de urgencia en 1987 bajo la dirección de Milagros Vidal Nieto y la colaboración de Luis de Miquel Santed y Mª José Conesa (Vidal, 1997: 188). La excavación, situada en la falda N del cerro de la Concepción (fig. 184), permitió documentar una secuencia arqueológica que abarcaba desde niveles púnicos hasta época moderna. Las condiciones del terreno –el peligro de una cercana pared medianera que amenazaba derrumbe y la presencia de cisternas de época moderna que alcanzaban la roca madre eliminado restos anteriores– redujeron el área de trabajo considerablemente (100'8 m^2) a pesar de lo cual los restos hallados fueron de gran interés (fig. 185). Se exhumó un tramo de la calzada de 3,7 m de anchura que enlazaba la zona portuaria con la puerta de salida de la ciudad, motivo por el que fue interpretado en la época como *Decumanus Maximus* (De Miquel, 1987a: 151). Actualmente es considerado un decumano secundario (Antolinos, 2009: 61; Berrocal y De Miquel, 1991-1992, 194), si bien nos mostramos un tanto reticentes ante esta idea, pues la fosilización del trazado viario en las actuales C/ Cuatro Santos – C/ Duque – C/ San Diego parece concederle

[298] Mis más sincero agradecimiento a M. Feugère, I. Bertrand y Th. Hufschmid por sus comentarios sobre la pieza.
[299] Pues aunque no son de las áreas cementeriales, en éstas se documenta con mayor proabilidad este tipo de piezas, prácticamente ausente en los contextos domésticos de la ciudad.

una clara preeminencia como eje principal de la ciudad. En cualquier caso hubo de ser una vía con importante tráfico y en torno a la misma se articularon algunos de los edificios principales de la colonia como el teatro. En la intervención que nos ocupa se constató la existencia de un espacio porticado que se abría hacia el decumano a modo de taberna, levantado al hilo de la renovación urbanística del cambio de era. Un muro (muro 1) corría a lo largo del perfil E del solar[300], al que se adosaba otro a modo de cierre, el recrecido sobre el mencionado acceso. La estructura encuentra un paralelo en los umbrales de tres tabernas similares documentadas en la zona más meridional del foro, concretamente a la nº 2, que contaba con orificios y raíles de diferentes orientaciones por los que se hacían pasar los paneles (Berrocal, 1987: 140-141). A pesar de no conocer estos elementos de un modo completo, su implantación en el caso de la C/ Cuatro Santos nº 40 está relacionada estratigráficamente con la calzada y los niveles tardorrepublicanos. El gran umbral, de 4,25 m, fue posteriormente tapiado en parte para reutilizar el espacio a modo de vivienda en el s. III d.C. (Vidal y De Miquel, 1988: 439-440). En ese momento la estructura fue devastada por un incendio, proporcionando uno de los mejores contextos cerrados de época altoimperial hallados hasta ahora en *Carthago Noua*. Por este motivo, a pesar de haber sido publicados en su momento (Vidal y De Miquel, 1995) creíamos necesario volver sobre los materiales para analizarlos a la luz de los avances de la investigación 25 años más tarde[301].

5.1.1.3.1.- Estratigrafía

Tras la publicación de la memoria de la intervención (Vidal, 1997) aparecieron distintos artículos monográficos que recogían algunas de las piezas más completas del nivel de incendio (Vidal y De Miquel, 1988) así como otros niveles con buenos materiales de cronología anterior (Vidal y De Miquel, 1995). Sin embargo, a pesar de disponer de estos trabajos, la reconstrucción del proceso de excavación no ha estado exenta de problemas, pues debido al uso de sondeos la relación estratigráfica entre las parcelas no siempre era evidente. Afortunadamente gracias a los diarios y otros

[300] Los perfiles de las cuadrículas fueron definidos con letras: a) Noroeste, b) Noreste, c) Sureste y d) Suroeste.
[301] Recientemente hemos llevado a cabo una relectura de los mismos con el acento puesto en el estudio de los contextos funcionales (Quevedo y Bermejo, 2012), trabajo en el que se incluyen algunas de las referencias que se recogen en las líneas sucesivas.

materiales originales conservados en el MAMC (fotos, croquis de campo, planimetrías) se ha podido recomponer con bastante precisión la creación del depósito.

Siguiendo la metodología de la época en el solar se abrieron cuatro cortes en forma de "L" (fig. 185). Los situados de manera paralela a la C/ Cuatro Santos (nº 3 y 4) apenas permitieron recuperar restos de interés debido a su reducido tamaño, impuesto por las propias limitaciones del terreno (1,5 x 3 m y 1,5 x 2 m respectivamente) y las alteraciones provocadas en el registro por la presencia de pozos modernos. Los hallazgos que aquí analizamos se produjeron en los cortes 1 y 2, dispuestos de manera perpendicular a los anteriores y con una superficie mayor de 4,5 x 3 m; separados por un testigo de tierra conocido como "testigo 2". A pesar de constatar otros niveles destacados como un estrato pre-augusteo con un ajuar cerámico bien conservado (Vidal y de Miquel, 1995), nuestro estudio se ha ceñido a la fase de habitación desarrollada en la taberna en el s. III d.C. Este espacio doméstico, dotado de un pequeño hogar en su ángulo NE, apareció en el corte 1 y aunque allí se concentraban las cenizas de su posterior destrucción, el derrumbe de la estructura se extendía sobre parte de la calzada, creando en la acera una pequeña rampa (fig. 186a y 187).

Dado que la estratigrafía original resultaba compleja por el hecho de que niveles idénticos cambiaban de nombre en función de si eran localizados en uno u otro sondeo, se ha optado por reunificar criterios con una nueva numeración (fig. 186b). Ésta afecta exclusivamente a las U.E. de los mencionados cortes 1 y 2 y al testigo 2. Se ha dado una numeración homogénea en la que se añaden unidades constructivas que no se reflejaban en la documentación previa, si bien para facilitar la consulta incluimos las equivalencias entre la nomenclatura propuesta y la que se consigna en los diarios de excavación originales tal y como se ha hecho recientemente (Quevedo y Bermejo, 2012: 110-113)[302]. La secuencia se inicia con un recorte de la roca natural (U.E. 13) relleno a su vez por un depósito de materiales augusteos (U.E. 12), que como se ha indicado contiene piezas que se conservan en un estado excepcional y hasta fecha reciente constituían el mejor contexto de referencia para dicha cronología (Ramallo *et al*., 2010: 294). Encima del mismo se construye una estructura formada por el umbral de caliza (U.E. 10) sobre el que se apoya un pavimento (U.E. 9). Entre las características morfológicas del primero cabe volver sobre la hendidura transversal a modo de riel que

[302] 1: Suelo contemporáneo (= Superficial 1), 2: Preparado suelo contempóraneo (= Superficial 2), 3: Relleno moderno (= 9), 4: Relleno moderno (= 8), 5: Nivel de abandono secundario (= 4.S. 1.A), 6: Bolsada Mogote (= 4S. T III-Mo), 7: Nivel de destrucción (= 4S. 1 III), 8: Hogar de adobe, 9: Pavimento, 10: Umbral, 11: Recrecido sobre umbral, 12: Depósito augusteo y 13: Recorte en la roca natural.

debía servir para deslizar una puerta corredera (fig. 187 y 188). El espacio del siglo I d.C. –del que no se conserva ningún depósito de ocupación– sufre una reforma posterior consistente en el recrecimiento de gran parte del umbral que reduce considerablemente el acceso (U.E. 11); a dicho muro se le adosa además un hogar construido con bloques de adobe (U.E. 8) (fig. 188 y 189). Sellando este último momento se documenta el estrato homogéneo de destrucción del s. III d.C. (U.E. 7) que se identifica con claridad como un abandono *de facto* (LaMotta y Schiffer, 1999: 22-24; Bermejo, 2011: 239-240). Equivalente al nivel 4.S/ 1.III en la antigua nomenclatura, se extiende por el interior y parte del exterior de la vivienda, aunque está muy concentrado, compuesto por una fina capa de ceniza y abundantes restos de madera carbonizada procedentes de la caída de la cubierta de la estancia, con toda probabilidad vegetal dada la ausencia de tejas u otros materiales (Vidal, 1997: 193). Fue en este estrato que apareció la mayoría del lote cerámico objeto de estudio. Todos los recipientes se hallaron quemados y fragmentados, si bien una vez pegados muchos de ellos se pudieron recomponer en su totalidad[303]. El hecho de que el nivel se formase a consecuencia de una destrucción súbita permite deducir que los materiales arqueológicos hallados en él –conservados de forma íntegra en la mayor parte de los casos– se podían aproximar al inventario real que debía de tener en su contexto cultural original (Schiffer, 1983), lo que le otorga además una gran coherencia a nivel cronológico. Estratigráficamente le sigue la U.E. 6, antiguo nivel 4S. T III-Mo que toma su sigla de lo que fue definido como un "mogote" de adobes a los que se habría reducido parte de la vivienda, cubriendo la zona del hogar tras el incendio. Por último, dentro de la fase que más nos interesa, se encuentra la U.E. 5, el abandono inmediato de la zona tras su destrucción. Este estrato se extiende tanto por el interior de la estructura como por encima del derrumbe proyectándose al área del decumano. Antiguo nivel 4.S/1A, presentaba una alta concentración de carbones y cenizas como se desprende de la lectura del diario y en él aparecían cerámicas fragmentadas que cabe relacionar con el abandono de la estructura en un momento inmediato a su destrucción por el fuego. Los depósitos de la secuencia son niveles estériles sin ningún tipo de presencia antrópica (U.E. 4 y 3) a los que se añade en última instancia el suelo contemporáneo del edificio construido en la parcela (U.E. 2 y 1).

En cuanto a la calzada, su secuencia estratigráfica ha sido imposible de analizar tal y como se plantea en el caso del cardo de la *domus* de la Fortuna (*vid. infra*) debido a

[303] Cabe destacar un ánfora que se hallaba en la esquina de la estancia (¿cómo recipiente de almacenaje?) de la que tenemos noticia a través del diario pero que no ha sido posible localizar.

la intrusión de materiales tardíos y púnicos en los niveles que la cubrían y la presencia de pozos modernos (fig. 187). Se ha defendido que la calzada estuvo sometida a labores de mantenimiento hasta el momento anterior al incendio, como se desprendería de la retirada de una de sus losas, que quedó abandonada junto a la casa-taberna (De Miquel, 1987: 150). Sin embargo a raíz de la excavación de otras calzadas similares y debido a su importancia como una de las vías principales, es probable que sobre dichos niveles se conformase uno nuevo –aunque de tierra y con un trazado más estrecho– que continuase siendo transitado en época tardía, como sucede en el caso que analizamos en páginas sucesivas de la C/Roque – Ciprés nº 7 (Vidal *et alii*., 2008: 185-187). En cualquier caso y debido a las complicaciones que ofrece el registro arqueológico en este punto, no entraremos en valoraciones sobre la calzada.

5.1.1.3.2.- Contexto cerámico

Con tan sólo 34 fragmentos, el contexto de la C/ Cuatro Santos nº 40 es inusitadamente bajo como para ser analizado en condiciones normales, si además tenemos en cuenta que ya fue publicado (Vidal y De Miquel, 1998), ¿por qué volver sobre él? Sin duda por una cuestión fundamental: el origen de su propia formación. Al contrario de como se ha observado en los casos anteriores no se trata de un nivel de abandono, sino de destrucción; lo que nos sitúa ante una deposición *de facto* y no una de tipo primario o secundario (*vid*. cap. 3). De ello se desprende que el inventario recuperado posee una mayor fiabilidad cronológica, puesto que se originó en un mismo momento. Además cuenta con numerosos perfiles completos, muchos más que cualquier nivel de abandono de los documentados en la ciudad. Aunque las piezas aparecieron fragmentadas y quemadas por el fuego que destruyó la habitación, la gran mayoría se pueden recomponer íntegramente (fig. 190)[304]. Gracias a esto se definen mejor sus variantes, a lo que cabe sumar el avance de la investigación de los últimos 25 años, que facilita una identificación más precisa de algunas producciones entonces consideradas comunes. Con todos estos matices también es posible perfilar el proceso de recesión de la ciudad, pues en lo que se suponía un largo proceso de deterioro que

[304] En la fig. 190 algunas de las piezas que se observan incompletas lo están debido a que no han sido restauradas íntegramente, como el cuenco de la forma ERW3.7 situado a la izquierda de la imagen, a pesar de lo cual conservan todos sus fragmentos.

duraba dos siglos cabe distinguir episodios concretos como la destrucción de la C/ Cuatro Santos nº 40.

El reducido número de materiales no aconseja realizar estadística alguna, aunque recogemos toda la información a modo de tabla al hilo del resto de casos (tabla 8). Ya se ha explicado que el análisis se circunscribe a las U. E. 5, 6 y 7 (antiguas 4.S. 1.A, 4S. T III-Mo y 4S. 1 III). Mientras que las dos últimas pertenecen propiamente al nivel de destrucción, se ha optado por incluir la capa nº 5 por considerarla cronológicamente coetánea, siendo el abandono inmediatamente posterior que sella el colapso del conjunto. En cualquier caso la formación violenta del contexto hace que de los 34 fragmentos constatados se registre un número mínimo de 33 individuos (!!) y aunque cualquier valoración de tipo estadístico es arriesgada, no se puede negar el peso de las producciones africanas, que suponen más de dos tercios del total (diez ejemplares de TSA, nueve de cerámica de cocina africana, tres de cerámica común y dos lucernas). Aunque algunas producciones como las ánforas ni siquiera están representadas, hemos optado por mantener la división por categorías de cara a facilitar la consulta del lector.

5.1.1.3.2.1.- Cerámica fina

En esta categoría se cuentan 12 ejemplares, de los cuales uno es una forma residual de Campaniense A tipo Morel 5/7a. A excepción de otro ejemplar en TSG, un fondo indeterminado que podría corresponder a una forma Drag. 24/25 o más probablemente a una Drag. 27 tan común en la ciudad, con un sello ilegible que recuerda a las marcas *in planta pedis* aunque no lo es (fig. 191.1) el resto de piezas son producciones de TSA A y TSA C. Comenzando por la primera, dentro de las piezas fragmentadas cabe destacar dos de las más antiguas. Llama la atención el borde de un vaso de muy buena calidad producido probablemente en A^1. Aunque es demasiado pequeño para calcular su diámetro y tiene el borde ligeramente ondulado parece identificarse con la forma Ostia III, 156 (Atlante I, 1981: 146, Tav. LXXII, 6); una copa con motivos aplicados en el exterior y una banda en relieve (fig. 191.2). En este caso aparece representada la fachada de un edificio de columnas helicoidales coronado por un frontón y rematado por una serie de antefijas. Para la producción A y C se conocen decoraciones aplicadas que pueden incluir motivos arquitectónicos y edificios: pilastras, columnas, capiteles, arcos, un altar con una estatua y hasta un faro (Atlante I, 1981: 174-175, n^{os} 163-173), sin que el nuestro cuente con ningún paralelo. Especialmente

interesante es una jarra Hayes 160 en TSA A con el cuello recortado que contenía un conjunto de monedas[305] (fig. 191.3). La pieza, con una boca muy estrecha en su morfología original (Hayes, 1972: 189-190), posee un cuerpo menos globular que el de su versión canónica, muy similar a un paralelo recogido por Lamboglia en Ibiza y además presenta un fondo ligeramente curvo, tal y como sucede en otros casos (Atlante I, 1981: 46-47, Tav. XXI, 11). Destinada al servicio de líquidos, en un momento indeterminado perdió este uso y su parte superior fue seccionada para ser reutilizada como recipiente del citado conjunto numismático, como parecen corroborar los restos de pátina broncínea hallados en el interior (fig. 192a). Cabe entenderlo como una especie de monedero que conformaría uno de los objetos en uso de la habitación, no un tesorillo intencionado. Las marcas de abrasión documentadas en la fractura indican que la reutilización se produjo en un momento anterior a la destrucción de la estancia.

Entre las piezas más tardías de la TSA cabe reseñar también un fondo de H. 27 (fig. 191.4) pero sobre todo dos ejemplares completos de H. 17A y H. 15. El primero es un cuenco esférico producido en A^2 (fig. 193.1) cuyo perfil se asemeja a la variante XVII, 8, recogida en el Atlante I (1981: 34), con restos de abrasión interior y exterior producidas por el incendio (fig. 192b). El segundo, que presenta el mismo tipo de marcas (fig. 192c), es un vaso carenado y de paredes rectas (fig. 193.2) muy interesante por los matices que aporta a la discusión cronológica (*vid. infra*). Por último destaca una pieza completa de la forma Hayes 31 (fig. 193.3) que reviste dos peculiaridades morfológicas: por un lado su fondo es ligeramente curvo como el de algunas formas de cocina africana aunque presenta engobe del tipo A^2 en toda su superficie, tanto interior como exterior (Hayes, 1972: 53-54, form 31.4), que además se encuentra muy deteriorada[306]; por el otro el perfil es un tanto irregular debido probablemente a un defecto en el proceso de torneado.

En cuanto a la TSA C, es en este yacimiento donde se presenta por primera vez en *Carthago Noua* y lo hace a través de dos de sus formas más comunes, Hayes 48 y H. 50, ambas en su variante A y de muy buena calidad. Hayes 48A (fig. 193.4) es un plato con un pequeño pie y un gran borde muy inclinado, con el labio redondeado y ligeramente engrosado que recuerda al tipo 41 de Lamboglia (Atlante I, 1981: 83, Tav.

[305] Que desgraciadamente no han podido ser analizadas para su estudio (lo que permitiría matizar la cronología del conjunto), a pesar de estar documentadas en los diarios de excavación. En cualquier caso en los fondos del MAMC se han localizado dos monedas que pertenecían a este nivel de destrucción pero cuyo avanzado deterioro no ha permitido obtener dato alguno.

[306] Recuerda a las marcas obervadas por J. Th. Peña en un fragmento de TSA D del Palatino (Peña, 2009: 57-59, fig. 12).

XXVI, 5). También muestra importantes restos de abrasión del incendio e incluso pequeños estallidos en su superficie que parecen haberse debido a las altas temperaturas acanzadas (fig. 192d). La fuente H. 50A, que igualmente se documenta entera aunque fragmentada, lo hace con su forma canónica, de perfil apuntado y paredes muy finas (fig. 193.5). Con estas dos piezas, que otorgan al contexto una cronología segura de siglo III d.C., se cierra el bloque destinado a la cerámica fina.

5.1.1.3.2.2.- Cerámica de cocina

A excepción de una cazuela del Egeo tipo Agora J57 reconocible por su borde exvasado (fig. 194.1), la cerámica de cocina está marcada por la preeminencia de las producciones africanas. Destacan las cazuelas Hayes 23B (fig. 194.2) y H. 197 (fig. 194.3), así como las correspondientes tapaderas H. 196, de las que se cuentan tres individuos (fig. 194.4, 194.5 y 194.6) y un cuarto con el borde más engrosado y por tanto probablemente más tardía, que tipológicamente se acerca más a la forma O. I, 261 (fig. 194.7). Por último se registra un plato/fuente tipo H. 181 de la categoría C que presenta un pulido a bandas en su interior y que por la curvatura de su pared puede corresponderse a la variante C de Bonifay (2004: 211-215). En la mayoría de casos el repertorio de cocina presenta abrasiones distintas a las habituales derivadas del uso, fruto por el contrario del incendio que destruyó la vivienda.

5.1.1.3.2.3.- Cerámica común

Dentro de las producciones de cerámica común destacan tres ejemplares africanos (uno de ellos dudoso) y seis de ERW3. Entre los primeros llama especialmente la atención un fragmento de mortero con un ala muy pronunciada y ligeramente cóncava (fig. 195.1), de pasta amarilla en su parte más exterior y rojiza en su núcleo que parece inequívocamente africana. En su superficie interna incluía pequeñas piedras negras que facilitaban el triturado de los alimentos, algunas de las cuales se han desprendido (fig. 197a). Únicamente cuenta con dos paralelos, uno en la villa saguntina de La Vallaeta (Huguet Enguita, 2009: 122, lám. 9.2) y otro en la gerundense de Tolegassos (Casas y Soler, 2003: 211, fig. 143.9). Le acompaña una jarra completa de pasta amarilla que hoy podemos identificar como el tipo 50 de Bonifay (2004: 284-285) si bien en su momento era como una forma local. De cuerpo piriforme

con algunas ondulaciones y cuello rectilíneo con tendencia al exvasado, se caracteriza también por presentar el fondo ligeramente convexo (fig. 195.2). Con mayores dificultades cabe sumar otra hipotética jarra cuya pasta parece africana; un borde si acaso vinculable al tipo 54 de Bonifay (2004: 287), caracterizado por una moldura exterior (fig. 195.3)

En cuanto a la cerámica común oxidante o ERW3, destaca un fragmento sin identificar cuya pasta ponemos en relación con la de esta producción. Se trata de un tubo con una incisión exterior cerca del borde que parte de una pared ligeramente curva con la que no está unida mediante ningún orificio (fig. 195.4). Tenía además diversos restos de argamasa en su superficie pero no es posible entender con claridad su función ni su diseño completo, ni siquiera orientarlo correctamente. Las piezas restantes no plantean problemas: se documenta un fragmento de *urceus* tipo Cartagena muy deteriorado, un cuenco de borde vuelto de la forma ERW3.1 (fig. 195.5) y el borde de una *peluis* tipo Cartagena (fig. 195.6) que anteriormente habría pasado desapercibida pero que ahora podemos reconocer gracias al estudio de otros ejemplares completos. En cualquier caso las formas más interesantes son dos grandes cuencos que, pese a mostrar algunas variaciones claras como la presencia o no de asas o los bordes, ancho y redondeado en el primero, con una depresión externa (fig. 196.1) y plano a modo triángulo invertido en el segundo (fig. 196.2), consideramos la misma forma. Ésta equivaldría al tipo 7 de la ERW3 de Reynolds (1993: 99, plate 4), y además de compartir con la anterior un volumen idéntico, ambas presentan una interesante huella de uso, un orificio realizado mediante el sucesivo rebaje del fondo desde el interior (fig. 197b). El hecho de que el agujero sea post-cocción permite intuir una reutilización distinta a la de su función original[307], que podría ser culinaria. La presencia aleatoria de restos de abrasión en distintos fragmentos, a pesar de que las piezas se conservan de forma íntegra, demuestra que su fractura se produjo en un momento inmediatamente anterior a ser alcanzadas por el fuego. Como se ha indicado en el capítulo 4, la información más relevante que se desprende de la identificación de estas dos piezas como ERW3 es que nos permite conocer sus perfiles completos. Esto facilita la correcta interpretación de otras formas de la misma producción y permite considerar algunas partes como los fondos anillados, que no revestían mayor interés por la escasa

[307] *Vid*. "Tecno-función", en Skibo, 1992: 35-38.

información que aportaban, como nuevos elementos con los que diferenciar la cerámica común oxidante "local".

5.1.1.3.2.4.- Lucernas

Las dos únicas lucernas halladas en el contexto son africanas. La más completa es un ejemplar de pico redondo (Bus D X 2 pico 2d var. 2; Bussière, 2000: 18) decorada con una corona vegetal en el disco y líneas incisas en la margo (fig. 198.1). De pasta amarilla, bastante erosionada, posee restos de un engobe marrón perdido en su práctica totalidad y el fondo, carente de marcas, cuenta con dos surcos concéntricos que junto con el resto de características también permiten equipararla al tipo Deneauve VII / sous-type 2 según la clasificación de Bonifay (2004: 322-323). La segunda, de pasta beige y engobe marrón metalizado, es un fragmento con un asa y decoración geométrica en la orla a base de perlas y semicírculos (fig. 198.2) que cabe clasificar dentro del tipo Deneauve VIII, sous-type 4 de Bonifay (2004: 334). Particularmente dentro de una serie que cuenta con una única línea de perlas y meandros, a diferencia de la mayoría de casos en los que se cuenta con filas dobles o incluso triples de este motivo. Otro elemento a favor de esta identificación sería la ausencia de un segundo círculo concéntrico en el interior del disco como sucede en ejemplares de la forma Deneauve VII.

Al igual que sucedía en otras excavaciones, diversos elementos no cerámicos no han sido incluidos en el análisis pero merecen una mención especial, como por ejemplo un fragmento de escultura en mármol de procedencia desconocida, un muslo derecho bien modelado anatómicamente perteneciente a la representación de un niño de corta edad o un erote, ambos frecuentes en la ornamentación de la vivienda romana (Noguera, 1991: lám. 28, 1-2). Hallado en la taberna, pudo haber sido reutilizado como material constructivo en el recrecimiento del umbral, o bien formar parte del equipamiento doméstico con una funcionalidad indeterminada. En cualquier caso la pieza más significativa por los matices cronológicos que aporta es un cuenco de vidrio incoloro translúcido de la forma Isings 96 b1 en buen estado de conservación (Isings, 1957: 113-116) caracterizado por presentar una decoración tallada de tipo geométrico en su superficie externa (fig. 198.3). Esta antigua técnica, ejecutada sobre la pieza tras su enfriamiento, tiene focos de producción en Oriente, Germania y la Península Itálica

(Alonso Cereza, 2005: 188). En *Augusta Raurica* (Suiza) se han documentado varios ejemplares de idéntico perfil equiparables a la forma AR 60.1 de la tipología local (variante B, con decoración), elaborada sobre la base de numerosos hallazgos (Rütti, 1991: 66-69, n^{os} 1350-1352, Tafel 62). Lo mismo sucede en Atenas (Weinberg y Stern, 2009: 94-96), si bien por el momento no es posible precisar un origen concreto para la pieza, ya que aparece en otros puntos de la propia Grecia y del Imperio como Siria o el área renana.

5.1.1.3.3.- Cronología

A pesar de que el conocimiento sobre la cultura material de la *Hispania* del siglo III se ha incrementado paulatinamente en las últimas dos décadas (García Merino *et alii*., 2009: 221; González, 1990: 69-73), el escaso número de hallazgos publicados contrasta todavía con el de otras regiones del Occidente Mediterráneo. La aportación de Cuatro Santos nº 40 fue especialmente significativa en su momento por tratarse de uno de los pocos conjuntos cerrados existentes y su revisión ahora ha permitido completar el repertorio conocido de ciertas formas y matizar la cronología de otras no identificadas en la época.

En líneas generales se mantiene la propuesta original que fechaba el depósito a mediados del siglo III d.C. (Vidal y De Miquel, 1988: 444), datación marcada por las formas Hayes 48A y 50A, primeras de la producción de TSA C que no hace su aparición antes del primer cuarto de la tercera centuria (Atlante I, 1981: 14). Los recipientes más antiguos de TSA A son propios de la segunda mitad del s. II d.C., incluyendo el posible fondo de TSG Drag. 27, anterior, pero que como se ha visto perdura en los contextos de la ciudad hasta finales de dicho siglo. Mismo caso por ejemplo de la botella Hayes 160, datada en época antonina-severa (Hayes, 1972: 189-190) cuya reutilización como recipiente para monedas permite alargar su uso sin problemas a mediados del III (Atlante I, 1981: 47). Entre las más tardías de dicha producción (finales s. II – s. III) se encuentran los cuencos Hayes 17A, H. 15, el plato H. 27 y la fuente H. 31. Las dos variantes que Hayes considera para la forma 17 se interpretan como tipos distintos en el Atlante, donde la nuestra, Atlante Tav. XVII, 8, es propia de la primera mitad del s. III. (Atlante I, 1981: 34). El gran cuenco de paredes rectas Hayes 15 puede clasificarse como "variante tardía" dentro de la propuesta realizada por Bonifay (2004: 157-159) que la posterga hasta el s. IV, si bien el hallazgo

parece confirmar su difusión a mediados del III d.C. A partir del segundo cuarto de la misma centuria se fecha el excepcional fragmento de copa Ostia III, 156 en TSA A con el motivo aplicado de un edificio (Atlante I, 1981: 146, Tav. LXXII, 6). En cualquier caso el término *post quem* para la datación del contexto viene refrendado por la presencia de la forma Hayes 50A, cuyos primeros ejemplares no se fechan antes de 230-240 d.C. (Hayes, 1972: 73). En cuanto a la vajilla de cocina, a las ampliamente conocidas cazuelas H. 23B y 197 (fig. 4.1-2) se suma un plato/fuente H. 181 (fig. 4.4) cuyo borde permite asimilarlo a la variante C de Bonifay, desarrollada durante finales del s. II y el siglo III d.C (e incluso puede que el s. IV; Bonifay, 2004: 214). El repertorio lo completan las tapaderas H. 196 y un ejemplar de O. I, 261 con el borde más engrosado y de cronología ligeramente posterior (segunda mitad del s. II en adelante; Aquilué, 1995: 67). Por último cabe destacar la cazuela oriental Agora J57 (fig. 4.3), ya documentada con anterioridad a finales del s. II d.C. y cuya producción perdura hasta mediados del s. III d.C. (Robinson, 1959: 56, pl. 11).

Entre la cerámica común destaca el mortero de pasta típicamente africana que también se localiza en la UE 2004 de Tolegassos fechada durante el período de actividad de la *uilla*, a finales del s. II d.C. (Casas y Soler, 2003: 211, fig. 143.9) y en niveles que abarcan hasta los inicios del s. III en La Vallaeta, otra *uilla* pero del área de Sagunto (Huguet, 2010: 89, lám.9.2). En cuanto a los dos grandes cuencos en cerámica común oxidante de la forma ERW3.7 y otro más pequeño de la forma 1, el *urceus* y la *peluis* tipo Cartagena, el arranque de su producción continúa siendo incierto, pero su hallazgo en este contexto confirma su perduración hasta el s. III d.C. como planteaba Reynolds (1993: 101). En esta categoría también cabe reseñar el perfil completo del tipo Bonifay 50, que si bien puede perdurar hasta el s. IV d.C. como ha demostrado recientemente el pecio siciliano de Levanzo I (Royal, 2012: 43) se presenta aquí en su variante más antigua, con un borde alto y exvasado que se encuadra en la primera mitad del s. III (Bonifay, 2004: 284-285; Coletti y Pavolini, 1996: 396-398), fecha que también alcanza el fragmentado ejemplar de la posible forma 54 de Bonifay (2004: 287).

Por último, de las dos piezas africanas destinadas a iluminación, el tipo más completo, Deneauve VII / sous-type 2 (Bussière D X 2 pico 2d var. 2), se sitúa entre la segunda mitad del s. II y el primer tercio del s. III d.C. (Bonifay, 2004. 322). Para el segundo, con decoración de una sola banda de perlas y meandros, la cronología se encuentra menos definida, pero coincidimos con Bonifay en su propuesta de situarla en

la segunda mitad del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 334). Lo mismo sucede con el cuenco de vidrio Isings 96 b1, que incluimos aquí por su valor cronológico, pues se documenta desde mediados del s. II y durante gran parte del s. III (Isings, 1957: 112-115; Rütti, 1991: 91), apareciendo con claridad en contextos de mediados de la tercera centuria (González Villaescusa, 1990: 151, fig. 39.124) e incluso más tardíos para el área que nos afecta (Sánchez de Prado, 1984: 92-93).

Aunque por desgracia ninguna de las monedas revisadas se conserva lo suficientemente bien como para aportar más datos, la homogeneidad del conjunto material y la naturaleza de su formación le confieren una cronología coherente en torno a las décadas de mediados del siglo III, que podemos definir entre 240-270 d.C.

5.1.2.- Espacios públicos

En Cartagena se conocen diversos espacios públicos cuyo colapso se sitúa entre los siglos II-III d.C. Los más interesantes, tanto por la entidad de los edificios como por el hecho de que han sido recientemente excavados y cuentan con secuencias bien documentadas son sin duda el teatro romano y el edificio del Atrio del Molinete (este último de carácter público o semi-público hasta su última fase, en la que es transformado en un conjunto de viviendas). Sin embargo ninguno de los dos ha podido ser abordado aquí por diversas razones (el estudio del teatro en cualquier caso se halla ya en curso). De los restantes es especialmente sugerente el *Augusteum*, con una gran superficie y una ubicación privilegiada junto al área forense. Se trata además de un yacimiento en el que se registra un tesorillo de la primera mitad del s. III d.C. e importantes niveles de derrumbe (*vid*. cap. 7), sobre los que para más inri parece establecerse en época tardía el límite de la nueva ciudad, como indicaría un tramo conservado de la posterior muralla del s. XVI. El análisis de sus contextos podrá aportar algunas de las claves para comprender el desarrollo urbano en un momento tan complejo como el de la tercera centuria. Sin embargo, se encuentra aún inédito y aunque intentamos una primera aproximación, resultó imposible dar con los materiales de la excavación. A pesar de que uno de sus directores nos proporcionó bastante información al respecto, la concienzuda búsqueda de las piezas en las tres naves con que cuenta el MAMC[308] no dio como resultado más que el de algunas cajas con cerámicas informes.

[308] Búsqueda que, ante la posibilidad de que los materiales se hubiesen ubicado en una caja con una etiqueta distinta a la original, consistió en la apertura sistemática de todas las conservadas en los fondos

Su investigación se mantiene en suspenso desde entonces. A pesar de todo, quedaba otro yacimiento no menos interesante sobre el que hemos centrado nuestro análisis: la curia. Se trata de un solar con una gran complejidad cuya excavación puso de relieve la existencia de otros espacios ubicados en el ángulo NE del Foro sobre los que también se lleva a cabo una breve reflexión. En cuanto a los otros casos a incluir nos parecía especialmente interesante observar la evolución de las vías urbanas, por lo que se ha optado por un cardo, el ubicado junto a la *domus* de la Fortuna, y un decumano, en cuya excavación pudimos intervenir personalmente.

5.1.2.1.- La curia y el ángulo NE del Foro: Manzana nº 17 PERI CA-1

El solar en el que fueron hallados los restos de la curia se sitúan en la esquina de las calles Adarve, Maestro Francés y San Vicente, en la ladera oriental del cerro del Molinete (fig. 199). La excavación se desarrolló entre los años 2002-2003 por Luis E. de Miquel[309] para la construcción de un centro de salud y corresponde a la manzana nº 17 del PERI-CA 1. La realización de otras intervenciones previas en la zona permitía adivinar la existencia de restos de importancia, pues los trabajos se situaban en el ángulo NE del foro, muy cerca del llamado Templo Capitolino (Roldán, 2003; Roldán y De Miquel, 1999). No volveremos aquí sobre la configuración del área forense (*vid*. cap. 1), articulada en tres terrazas y dividida por una calzada entre la primera y la segunda de éstas (Noguera *et alii*., 2009). Es precisamente en ese punto, en el flanco E de la plaza pública, que se sitúa el solar, frente al muro de aterrazamiento de la explanada que presidía todo el conjunto. En la superficie de la segunda terraza se ha identificado un basamento asociado a un pavimento de grandes losas de mármol "bardiglio" en el que se ha visto una posible tribuna (Martínez y De Miquel, 2004: .291), junto al que caben destacar las improntas de varios pedestales. Por todo ello este espacio intermedio ha sido interpretado como de carácter político y civil, quedando destinado el más elevado a las representaciones de tipo religioso. Aún así, sería en este nivel donde se hallarían las esculturas levantadas en honor de la casa imperial, a la que podrían atribuirse –con ciertas reticencias– algunos fragmentos conservados. En

del MAMC durante tres semanas del mes de agosto de 2010. Se revisaron las cajas de todas las campañas de excavación realizadas en la ciudad al igual que se visitaron los centros de interpretación del casco histórico por si los materiales hubiesen podido quedar allí en depósito, con infructuoso resultado.

[309] A quien agradecemos su disposición y todas las atenciones facilitadas para la consulta de la memoria y otros datos inéditos, así como numerosos comentarios de gran valor sobre el proceso de excavación.

cualquier caso la intervención arqueológica puso de relieve la existencia de diversos edificios, llamados A, B, C y D, identificándose posteriormente el primero como la curia de la antigua colonia (De Miquel, 2003). Esta última quedaba a su vez delimitada por un decumano y un cardo, y a pesar de que nuestro interés se concentraba en dicha construcción, la complejidad de la estratigrafía ha hecho que se tenga también en cuenta el resto de construcciones documentadas en el solar.

5.1.2.1.1.- La sede del senado municipal

Alrededor del espacio forense se levantaron los principales edificios de representación de *Carthago Noua* y entre ellos, el lugar de reunión de los magistrados de la ciudad, al que desde su descubrimiento se han dedicado diversos estudios (Martín Camino, 2006; De Miquel, 2004), así como a la escultura de un togado hallada en su interior (Noguera y Ruiz, 2006; Noguera, 2003c, Ruiz Valderas y De Miquel, 2003). En otros trabajos la curia también ha sido objeto de atención tanto por su posible interpretación como lugar de culto (Ramallo, 2007: 652-655), como por su programa musivario (Soler, 2004a: 457-463), e igualmente han sido estudiados sus niveles de abandono (Quevedo y García-Aboal, 2008), aspecto este último sobre el que volveremos más adelante. Entre los trabajos existentes el más reciente y sin duda más completo es la revisión realizada por B. Soler (2010), quien bajo un enfoque integral vuelve a analizar el complejo pavimento de *opus sectile* del edificio así como otros elementos decorativos, al tiempo que replantea algunas hipótesis sobre su interpretación y recoge las principales referencias bibliográficas. A pesar de todos estos estudios la curia continua presentando importantes vacíos documentales que dificultan su lectura, marcada por un sistemático expolio ya desde época antigua y una estratigrafía no menos compleja que especialmente en época moderna aceleró su deterioro.

Como se ha visto el edificio cierra la plaza pública en su ángulo nororiental, es de planta cuadrangular, tiene una dimensión de entre 270m^2 (superficie exterior) y 200m^2 (superficie interior) y está orientada en dirección E-O (fig. 200). Aunque está situada en la segunda terraza del foro, su relación topográfica con el Capitolio parece evidente, si bien no ha sido excavada en su totalidad ya que distintas construcciones rodean el solar y actualmente sólo se conoce su cierre por el lado N, donde queda delimitado por un decumano secundario que ingresa en el foro, y el lado E, al que da la propia fachada del edificio. Tras la campaña de 2002-2003 (De Miquel, 2003) se realizó

una segunda intervención entre 2004 y 2005 (Martínez Andreu y Martín Camino, 2005) donde se descubrió un tramo importante de la muralla del s. XVI[310] que arrasó y amortizó gran parte de los restos de época romana (Martín Camino, 2006: 63-66). Se trata de un lienzo defensivo de 3,60 m de anchura que forma parte del diseñado por Juan Bautista Antonelli bajo el reinado de Felipe II, para proteger la ciudad (entre 1575 y 1576). Construcción relativamente endeble, que como recuerdan autores posteriores se hallaba ya deteriorada a los pocos años de su levantamiento, la obra consistía en un muro de tierra con diversas piedras de gran tamaño colocadas verticalmente en su interior para dotarlo de mayor entidad (Martín Camino, 2006: 64, lám. I). Esta técnica socavó el antiguo solar en busca de elementos arquitectónicos y tierra con la que erigir el terraplén (fig. 200), lo que afectó especialmente a la zona de unión entre la curia y el foro, dejando grandes dudas en la forma en que se accedía a su interior. El conjunto se articula en dos grandes espacios, el *atrium* y el *aula*, con unas dimensiones totales de unos 12 m de ancho x 22 m de largo y unos muros que llegan a alcanzar los 60 cm de grosor, contando con un doble paramento en el que el exterior se compone de un macizo *opus quadratum* realizado en arenisca con zócalo de caliza. En la primera habitación el vano de acceso se encuentra precedido por dos basamentos sobre los que se levantarían sendas estatuas, tal y como recuerdan otros paralelos en Timgad y Nimes (Ramallo, 2007: 652-655.). A tenor de la interpretación inicial del edificio sería en el *aula* donde se reunirían los senadores locales, como se desprende del diseño del pavimento (Soler, 2004a: 461-462). Se trata de un destacado mosaico de *opus sectile* en el que podemos diferenciar dos composiciones (fig. 200 y 201). La primera es un damero bícromo blanco y negro (mármol blanco y caliza) situado junto a la puerta y la segunda y más elaborada corresponde a un complejo esquema geométrico que combina distintos mármoles: "bardiglio", "giallo antico", pavonazzetto, "africano", portasanta, etc. (fig. 202 y 207), si bien para los detalles remitimos al trabajo de Soler (2010: 150-162). La distribución favorecería la colocación de los asientos de los magistrados como se observa en una recreación (fig. 203). De hecho del estudio del mobiliario del edificio, entre el que destacaban diversas placas de hueso, se han identificado una *sella* y un *subsellium* (con ciertas dudas), un remache que podría corresponderse con una *sedilia* plegable, así como ocho piezas que podrían pertenecer a una silla de tijera (Fernández Díaz y Velasco, e. p.). En cualquier caso los asientos de los decuriones podrían haberse

[310] Precisamente una de las calles del solar, la C/ Adarve, recuerda con su nombre el recorrido que seguía la muralla por su parte interna.

instalado sobre gradas de madera que sustituyeran a las de obra, como se ha documentado para otras curias como la de Dougga (Balty, 1991: 99)[311]. Por otra parte algunas de las mencionadas piezas también se han vinculado a posibles arcas o *armaria*, elementos propios de edificios en los que se archivaba información como la curia aunque, sobre todo, del *tabularium*, ambos estrechamente relacionados y especialmente importantes en ciudades que desempeñaron el papel de capital, en este caso de un *conuentus* (Ruiz de Arbulo, 1998: 36-37)

Sobre el programa ornamental, íntimamente relacionado con el de otras edificaciones de la ciudad como el *Augusteum* (Martínez y De Miquel, 2003, pp.485-499) y vinculado en un primer momento al período de monumentalización iniciado durante el cambio de Era, la última revisión ha aportado cambios sustanciales (Soler, 2010: 164-165). Antes de incidir sobre los mismos cabe recordar que además del destacado *opus sectile* del *aula*, para el que reenviamos a los trabajos de Soler, este espacio contaba con otros elementos decorativos. Es el caso de un capitel de pilastra de mármol de Luni cuyos paralelos remiten a edificios de prestigio del área centro-itálica, concretamente al *Ara Pacis* (Ramallo, 2007: 654), pero sobre todo de una escultura de tamaño superior al normal que representa a un togado *capite velato* (fig. 204a) y que es sin duda la pieza más sobresaliente (Noguera y Ruiz Valderas, 2006; Noguera, 2003c). Esculpida en mármol lunense, su factura es muy similar al Augusto de Via Labicana y si bien la ausencia del busto impide confirmarlo, el hecho de que sea un personaje con la cabeza velada lo reviste de una sacralidad acorde con la desempeñada por el *Princeps* (fig. 204b). Las esculturas togadas suelen representar a emperadores y miembros de la casa imperial, especialmente aquellas en las que el velo señala al personaje representado ejerciendo de *pontifex maximus*, si se trataba del emperador, o bien de sacerdote, si era cualquier otro individuo. Diversos ejemplos hispanos asocian este tipo de estatuaria –idéntica a la de Cartagena– a tipos imperiales, siempre ubicados cronológicamente en época julio-claudia (Garriguet, 2001: 59-61). En cualquier caso la toga, signo por excelencia de la *romanitas*, fue también utilizada por las clases nobles, debiendo guardar una cierta precaución a la hora de identificar las esculturas acéfalas de este tipo –especialmente las encontradas a partir de Tiberio– con emperadores (Baena, 2009: 241-143). En el caso analizado la inclinación hacia una representación de la casa imperial viene dada por el hecho de que su hallazgo se produjo en un edificio público en

[311] Cit. a través de Ramallo, 2007: 655.

el que además habría ocupado un lugar preferente. Éste sería presumiblemente un nicho, como se ha interpretado dado el grosor de los muros, de hasta 60 cm (fig. 201, 202 y 203) y el hecho de que la escultura no esté bien terminada en su parte posterior.

El estudio del programa decorativo y las fases constructivas permiten matizar la fecha en que fue construida la curia. Su levantamiento amortizó parcialmente el decumano situado en su lado septentrional (fig. 205), para el que se calcula una cronología de entre 50/20 a.C., coincidente con la renovación de gran parte del trazado urbano, lo que otorga un término *post quem* de finales del s. I a.C. (Martín Camino, 2006: 78). Al mismo tiempo las técnicas constructivas se hallan en consonancia con las de otros edificios de la ciudad fechados en época tardo-augustea y julio-claudia (Soler, 2004a, p. 458), lo que llevó, junto con el análisis del pavimento, a situar la construcción del edificio en la primera mitad del s. I d.C. (Soler, 2004a: 468-469)[312]. Sin embargo, recientemente el programa musivario ha vuelto a ser analizado, desplazando la datación propuesta inicialmente hacia principios del s. II d.C. (2010: 164). El peso de esta nueva cronología reside en gran parte en uno de los motivos del *opus sectile* (Q_2/R/Q), así como en la consideración de las distintas piezas de época julio-claudia como restos de almacén que fueron empleadas en esta época de manera conjunta y uniforme y no como arreglos o reparaciones de un pavimento más antiguo (Soler, 2004a: 461). La nueva datación parece ir en línea con la observada en otros programas decorativos como los pictóricos (Fernández Díaz, 2008) y refuerza la idea ya apuntada (*vid*. cap. 1) de que el proceso de recesión en la colonia no sólo no comenzó a finales del s. I d.C., sino que ésta mantuvo un cierto dinamismo durante el gobierno de los primeros dinastas Antoninos.

En cuanto a la interpretación del edificio, el diseño del pavimento parece aludir con claridad a un espacio de reunión, si bien se ha recordado la posibilidad de que pudiera albergar la sede del tribunal de la colonia o bien que funcionase, al menos en su última fase, como un lugar de culto (Soler, 2010: 165). En cualquier caso y a la espera de nuevos avances en los alrededores del foro que permitan comprender con mayor precisión el desarrollo de esta emblemática construcción, continuaremos refiriéndonos a ella como curia. Además de ser una de las hipótesis más plausibles para su identificación y el término con el que la reciente historiografía la identifica, cabe señalar

[312] Entre los argumentos esgrimidos en estas páginas destacaban la presencia de modelos geométricos simples, algunos de ellos incorporados a los esquemas decorativos en época augustea, así como el uso de piedras no marmóreas y combinaciones de materiales propios de la primera mitad del s. I d.C. (Soler, 2004a: 469).

que la orientación de los ángulos de su fábrica se presenta en línea con la de los cuatro puntos cardinales (con una ligera diferencia de 7º aproximadamente), lo que recuerda a los rituales de *inauguratio* que remarcaban el carácter sacro de las curias (Ramallo, 2007: 653).

5.1.2.1.2.- Estratigrafía

Aunque la curia es nuestro principal objeto de interés, el análisis se hace extensivo a toda la manzana nº 17 del PERI CA-1 y esto tiene que ver con la complejidad de su estratigrafía. El área ya fue intensamente expoliada en época antigua, a lo que cabe sumar las potentes remociones que conllevó la construcción de la muralla del s. XVI. De hecho, de las dos intervenciones practicadas nos hemos centrado en la de 2002-2003 (De Miquel), pues la de 2004-2005 (Martínez Andreu y Martín Camino, 2005) descubrió la zona del atrio, la más arrasada, por donde discurre un lienzo de las defensas de Felipe II. Aun así la primera también contaba con algunos estratos donde el número de piezas era excesivamente escaso[313], lo que provocaba que las intrusiones de época moderna (pues además existen diversos pozos ciegos en el solar) adquiriesen demasiado protagonismo, haciendo inviable su estudio en cuanto a términos estadísticos y cronológicos. El análisis del abandono de los edificios de esta zona es precisamente complicado debido a que los expolios que se producen tras su inmediato desuso no solamente provocan alteraciones, sino que en la mayoría de los casos llegan a eliminar los niveles originales de uso (s. I-II d.C.) y las primeras capas de la amortización. Por tanto, teniendo en cuenta las limitaciones que el estudio exclusivo de los niveles de la curia suponía y el hecho de que el resto de estructuras del solar evolucionasen conjuntamente, se ha optado por contemplar el abandono de toda la parcela. En este planteamiento ha sido también decisiva la opinión de su director, L. E. de Miquel, quien apuntó desde un principio la homogeneidad del proceso de colmatación del área. De hecho resulta especialmente interesante constatar la extensión del colapso edilicio no sólo a la sede del *ordo decurional* sino también a las calzadas y construcciones adyacentes. De este modo se hará referencia a la curia (que en principio había sido denominada edificio A), al decumano que la circunda (el cardo apenas se documentó) y a los llamados edificios B, C y D, contando los dos últimos con diferentes estancias, C1,

[313] Se ha llegado a detectar una U.E. con, literalmente, cinco fragmentos en total.

C2, C3 y D1, D2 respectivamente[314]. Todos ellos son de muy difícil interpretación, tanto por el deteriorado estado de sus estructuras como por el conocimiento parcial que de las mismas se tiene (De Miquel, 2003), si bien cabría relacionarlos con instalaciones de carácter semi-público dada su ubicación en el área forense.

La curia, debido a su carácter monumental y a la riqueza de sus materiales es precisamente uno de los edificios que parece sometido a un mayor expolio; en palabras de quien la excavó: "no localizamos ninguna capa de abandono inicial de los pavimentos de *opus sectile* (U.E. 6236), sino inmediatamente sobre los restos de aquellos un paquete de fragmentos marmóreos, caídos y amontonados (U.E. 6234)" (De Miquel, 2003: 103). La mayor parte de las losas fueron arrancadas y las que se han conservado *in situ* sobrevivieron gracias a las acumulaciones de placas marmóreas que, desechadas por los expoliadores, se iban formando a los lados del *aula* (fig. 206). Esto parece deberse a que el arranque de materiales se inició en el emblema central, sin duda de mayor entidad (fig. 200). Los niveles que cubrían a estas remociones eran muy escasos y estaban revueltos, contando con numerosos elementos arquitectónicos del propio edificio que en su caída contribuyeron a la colmatación del espacio. Destacan piezas decorativas como el capitel corintio de pilastra en mármol lunense, aparecido junto a otros fragmentos marmóreos desechados (fig. 207), así como restos de mayor entidad, caso de los bloques de arenisca con mechinales que sustentaban la cercha del edificio (fig. 209a y 209b). Es en uno de estos niveles, revuelto con piedras y otros materiales (fig. 208), una vez iniciado el proceso de degradación del edificio, que se halló la escultura del togado *capite uelato*, ya acéfalo por aquel entonces (fig. 210). El colapso parece progresivo y sellado en última instancia por una capa de gran potencia conformada mayoritariamente por la caída y la disgregación de los últimos bloques de *opus quadratum* de la fachada (fig. 211), si bien a nivel cronológico las continuas remociones suponen un verdadero problema. Piezas de terra sigillata sudgálica pueden aparecer junto a producciones como las ánforas Keay LIII y LXI, lo que ha llevado a no considerar algunas unidades en las que piezas de cronología republicana, tardías y modernas se encontraban en proporciones similares. Los movimientos de tierra que se detectan en época tardía parecen tener como objetivo la recuperación de material constructivo de cara a su reutilización. Así lo muestra la alineación de algunas columnas que difícilmente puede ser fruto de un derrumbe natural (fig. 212). Aunque en un

[314] No ha sido posible incluir ninguna figura referente a su planta o su situación en el solar.

principio se llegó a plantear incluso que formasen parte de alguna estructura y recuerdan a unos restos muy similares hallados por P. San Martín en la Plaza de los Tres Reyes en los que se quiso ver parte de la muralla tardoantigua (hipótesis posteriormente descartada; Ramallo y Vizcaíno, 2007: fig. 10), parece tratarse con mayor probabilidad de elementos acumulados para su reempleo, pues a partir del s. V d.C. el foro se convierte en una gran cantera al aire libre. Si a esta complicada estratigrafía se añaden los problemas que ocasiona la construcción del recinto defensivo renacentista y la existencia de pozos ciegos de época moderna y contemporánea amén de otras cimentaciones, el lector comprenderá las dificultades a la hora de interpretar la secuencia arqueológica.

De los restantes edificios el C es el que ofrece unas U.E. relativamente más coherentes y con mayor abundancia de material. Los niveles de abandono, documentados únicamente en las estancias C1 y C2 son los más completos de entre los estudiados para esta fase y los que han permitido matizar la cronología del abandono, que como decimos puede hacerse extensiva al solar dado que el proceso es generalizado en opinión de quienes lo excavaron (y como confirma el registro arqueológico, a pesar de sus lagunas). En cualquier caso sus diversas salas tampoco escaparon a la acción de los expoliadores. En la estancia C.1. es arrancado incluso el pavimento de *opus signinum* (De Miquel, 2003, 129), del que sólo se conserva una esquina (fig. 213). De este modo los niveles de abandono se encontraban en contacto directo con las colmataciones de época republicana, produciendo intrusiones en algunas U.E. En cuanto a la calzada, el hecho de que no la hayamos tratado separadamente como en el caso de la *domus* de la Fortuna para intentar observar posibles niveles de circulación más tardíos tiene que ver con su amortización. No solamente la construcción de la curia la inutiliza en parte, sino que la propia terraza del foro parece anularla completamente, como se desprende de la planta (fig. 205). Por este motivo nos mostramos reticentes a considerarla una vía activa y mucho menos el decumano máximo (Antolinos, 2009: 62, fig. 8), cuyo recorrido encontramos más lógico situar en el eje de las calles San Diego, Duque y Cuatro Santos (*vid*. cap. 7).

La elección de la curia para su análisis residía principalmente en nuestro interés por conocer la evolución de un edificio público destacado entre los s. II-III d.C. La gentileza de quien la excavó, D. Luis E. de Miquel, no merece más que palabras de agradecimiento, pues en todo momento puso a disposición el material existente,

íntegramente inédito. Sin embargo, a pesar de múltiples revisiones[315], la lectura del mismo ha resultado compleja y aún presenta para nosotros lagunas –sin duda debido a nuestras propias limitaciones, en ningún caso a la calidad del trabajo– que creemos sólo podrá solventar una futura publicación a cargo de quien tan a fondo conoce el solar. Aun así hemos intentado en la medida de lo posible facilitar a quienes en lo sucesivo hayan de acercarse a esta importante excavación algunas pautas, digitalizando dos secciones estratigráficas recientemente halladas con sus respectivos niveles y llevando a cabo una ordenación esquemática según el sistema del *matrix Harris*[316]. Éstas se refieren al edificio de la curia (fig. 214 y 215) y al llamado edificio C (fig. 216 y 217), si bien no entraremos aquí en su descripción, para lo que remitimos a la memoria de la intervención. Tomamos directamente de ésta la división en tres fases que se establece dentro de la llamada "Interfase VIII" y que corresponde a la amortización romana de época altoimperial[317]:

Fase 1: Sobre los pavimentos se individualiza una muy fina (entre 3 y 5 cms. de espesor) capa de limos anaranjados, producto de los arrastres de lluvias iniciales tras la amortización de los mismos.

-6136 y 6199: edificio B y *podium* edificio A.

-6233/6234 y 6250: restos expolio pavimento *sectile*.

-6222: sobre rotura oriental calzada decumano.

-6339: sobre zona este del cardo.

-6433 y 6448: sobre estancia D.2.d

Fase 2: Fina capa de abandono de tierra pardo-grisácea, con manchas de cenizas:

-**6216** y 6217: edificio B y forro edificio A.

-6208: esquina NE. edificio B.

[315] No solamente el estudio del yacimiento fue la base para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados de quien suscribe, sino que además se llevó a cabo un breve trabajo sobre sus niveles de abandono (Quevedo y García-Aboal, 2008), a pesar de lo cual algunos puntos continúan sin poder ser analizados en profundidad.

[316]Para cuya realización fue imprescindible la ayuda de J. Bermejo, a quien desde aquí reitero mi agradecimiento.

[317] Las siguientes líneas en las que se hace relación a las diversas U.E. del proceso de amortización han sido extraídas del texto original (De Miquel, 2003: 101-102), con algún añadido nuestro.

-**6141**: sobre calzada decumano.

-**6220**: sobre rotura oriental calzada decumano.

-**6336**: sobre cardo.

-**6344**: estancia C.1.

-6682, 6694, 6683, 6685 y 6687: en zona NE.

Fase 3: Amortizaciones y derrumbes, con fragmentos de *opus signinum*, piedras, adobes descompuestos, arcillas rojizas de aporte pluvial y arrastres:

-**6230**/6231: derrumbe inicial adobes y placas. Edificio A.

-6207: esquina NE. edificio B.

-6136: edificio B y *podium* edificio A.

-6224: derrumbe muro 6146, esquina SE. Decumano.

-**6335**: sobre cardo.

-**6342**: estancia C.1

-**6334** y **6350**: estancia C.2

-**6438** y 6439: estancia C.3

-6416 y 6441: estancia D.1

-6432 y 6429: estancia D.2

-6661, 6686, 6693, 6653, 6684, 6690 y 6660: en zona NE.

-6663 y 6696: bolsadas blanquecinas de argamasa en zona NE.

Para la conclusión remitimos igualmente al texto original: "El estudio de los materiales de estos tres grupos de estratos, confirma su interpretación como el fruto del proceso de abandono y amortización de las calzadas romano alto imperiales y las estructuras que las limitan, anteriores a los expolios y reutilizaciones medio y bajo imperiales, por lo que puede fecharse entre los siglos II y III d.C." (De Miquel, 2003: 102).

Se pone de manifiesto por tanto la homogeneidad de la estratigrafía, que hemos utilizado como criterio para analizar conjuntamente niveles de diversos espacios pero que afectan a un área común, motivo por el que hacemos extensivas las conclusiones en cuanto a su datación a la propia curia, si bien ésta es la construcción más afectada por los expolios. En cualquier caso cabe matizar algunos aspectos dentro de las diversas fases identificadas. En primer lugar no siempre coincidimos con la división en múltiples fases (interfases, subfases, etc.) que se encuentran en el texto. En el caso de la primera fase, por ejemplo, que cuenta con nueve U.E., tan sólo 6136, 6199 y 6339 eran susceptibles de ser analizadas (las demás contaban exclusivamente con restos constructivos o bien escasísima cerámica). Aun así, la suma total de estas tres sólo daba un NMI de 43 ejemplares y con cronologías tan dispares como cerámicas de cocina de los s. VI-VII junto con ánforas púnico ebusitanas. Por tanto no solamente han sido descartadas por la evidente alteración de su estratigrafía, sino porque consideramos imposible que ésta pueda corresponderse con la "capa de limos anaranjados procedente de arrastres de lluvia". Como ya se ha visto la extensión del solar conlleva un problema añadido (otro) y es que la secuencia que se documenta en la esquina de un edificio, no tiene por qué corresponderse con la formada en el ángulo opuesto del mismo. Por este motivo se han revisado las U.E. de las tres fases de forma individualizada, para posteriormente unir aquellas que considerábamos propias de un mismo momento. La experiencia de C/ Jara nº 12 ha demostrado que incluso en un paquete de abandono de más de 1,5 m de espesor en el que se distinguían estratos con diversos colores y texturas toda la deposición era homogénea. Lo mismo sucede en este caso, en el que los materiales corrigen y modifican algunas de las divisiones establecidas durante el trabajo de campo. Así pues son 13 las U.E. seleccionadas para su análisis (marcadas en negrita en su campo correspondiente, *vid. supra*), que realizamos de forma conjunta y sin distinguir entre fase 2 y fase 3, pues algunos de sus fragmentos pegaban entre sí. Se trata de las U.E. 6141, 6216, 6220, 6230, 6334, 6335, 6336, 6342, 6344, 6350, 6438. A estas cabe sumar la U.E. 6325 (=6341) y 6340 que añadimos siguiendo nuestro propio criterio, pues a pesar de no figurar en la división inicial de los niveles de amortización entendemos que pertenecen a los mismos. Se trata de los dos estratos que se superponen a la U.E. 6342 –la más potente de las documentadas– que constituía la primera capa de amortización del edificio C (fig. 216), con la que comparten numerosos materiales.

5.1.2.1.3.- Contexto cerámico

Antes de abordar el análisis del contexto cerámico, cabe mencionar brevemente lo publicado hasta la fecha en cuanto a su datación. Desde un primer momento se barajaron cronologías que oscilaban entre finales del s. II d.C., como sucede para el estrato en el que apareció la escultura del togado *capite uelato* (Ruiz Valderas y De Miquel, 2003: 273-274), y los inicios del s. III d.C., como parecía deducirse de una visión más global de los contextos (De Miquel, 2003: 102). A raíz de la segunda fase de la intervención se habló, aunque de forma general, de la segunda mitad del s. III d.C., si bien sobre el hallazgo de un borde de TSA D Hayes 91 se retrasaba la ruina del edificio a los s. VI-VII (Martín Camino, 2006: 79-80). Es evidente que la aparición de un único fragmento (además junto a materiales mucho más antiguos como TSG) no puede ser en ningún caso tomada como criterio de datación. Sería preciso analizar el nivel íntegramente, siempre y cuando presentase un mínimo de individuos que permitan establecer una cronología fiable[318], habiendo de ser considerado en este caso una intrusión. Remitiendo a la referencia de este último trabajo (Martín Camino, 2006: 80), otros autores barajan sin embargo un abandono en torno a inicios del s. IV d.C. (Soler, 2010: 149, nota 3). A este ambiguo panorama se venía a sumar un breve trabajo nuestro sobre el análisis de los contextos en el que la datación propuesta giraba en torno al último cuarto del s. II d.C. (Quevedo y García-Aboal, 2008: 630). La revisión de este último estudio, pero sobre todo los avances realizados desde 2008 en el conocimiento de los contextos y en especial de las producciones comunes, nos lleva ahora a matizar dicha cronología. Tiene especial importancia el hecho de haber incluido nuevos niveles como 6325 (que equivale también a 6341), algunas de cuyas piezas pegaban con las de la U.E. 6342 revelando una formación contemporánea. Se trata de unidades con un alto número de fragmentos (por ejemplo en formas de TSA A más tardías), lo que ha propiciado en parte la corrección de la fecha inicialmente propuesta. Sin embargo la inclusión de estos niveles en el último momento no ha ido acompañada de su física revisión por imposibilidad dentro de los plazos establecidos, por lo que los materiales han sido tratados desde los registros de inventario existentes (motivo por el que tampoco el incremento de piezas ha ido acompañado de un aumento de los dibujos).

[318] Ya se ha observado que esto es posible en casos con muy pocas piezas como el de la C/ Cuatro Santos nº 40, donde sin embargo el estrato en cuestión se formó mediante una rápida destrucción y no un abandono paulatino como en la curia.

Ello conlleva que no se haya podido especificar la variante de algunos tipos (como sucede con las lucernas a torno o las lucernas a molde, que en muchos casos sólo aparecen referidas como "lucernas de disco"), a pesar de lo cual el resultado no carece de coherencia en cuanto a la datación ni rigor en cuanto a la metodología.

El contexto del solar de la manzana nº 17 del PERI CA-1 está formado por 5148 fragmentos cerámicos, de los cuales 1716 definen el NMI (tabla 9). En el cómputo general se incluyen algunos materiales antiguos que han de ser considerados residuales como piezas de cerámica campaniense A, cerámica helenística de relieves, gris ampuritana o un ánfora mañá C. Al mismo tiempo se registran diversas inclusiones de cronología más reciente: algunos fragmentos de TSA D, una olla Vila.Roma 5.39, cerámica tosca tardía y cerámica vidriada moderna; algo lógico en un solar con tantas fases constructivas y movimientos de tierra. Entre los materiales antiguos los porcentajes son similares a los ya estudiados en otros casos (fig. 218a, 218b y 219). Con más de la mitad del contexto es indiscutible la preeminencia de la cerámica de cocina (62%), seguida por las producciones finas que, con un 18% de presencia, superan a las cerámicas comunes (13%), para después pasar a las lucernas (4%) y posteriormente las ánforas, siempre en último lugar (3%).

5.1.2.1.3.1.- Cerámica fina

Entre la vajilla de mesa (18%) se repite la tónica detectada anteriormente, con un alto porcentaje de TSA A y en menor medida TSG y paredes finas, además de otras producciones minoritarias. Entre estas últimas se encuentra la TSI, que sólo está representada por dos individuos muy deteriorados que han de considerarse residuales. Dentro de los *vasa potoria* se registran con uno o dos individuos formas antiguas como los tipos Mayet 2 o 2/3 y otras más propias de este momento como Mayet 37 y 38. En cualquier caso con 16 ejemplares el vasito tipo Cartagena (fig. 220.1) vuelve a ser el mayoritario, si bien hay que destacar la existencia de hasta 20 individuos cuyo fragmentario estado impide su adscripción a tipos concretos. En cuanto a la TSG (4%), se vincula la procedencia de todas las piezas al taller de La Graufesenque, aunque un fragmento de cuenco que en principio se ha identificado con una Ritterling 8 suscita algunas dudas (fig. 220.2). La pasta es amarillenta, de un tono avellana, y el barniz aparece algo desgastado en el borde, lo que lleva a plantearnos si no estamos ante una producción distinta (¿acaso oriental? las características no parecen corresponder con las

de la sigillata hispánica ni otros talleres galos como Montans). Entre las formas mejor documentadas, que llega a alcanzar un 1% del contexto, se encuentra el plato carenado Drag. 18/31 (fig. 220.3 y 220.4), si bien uno de los bordes que se ha identificado como tal presenta una pared más redondeada que parece más cercana a la forma Hermet 2/12 (fig. 220.5), también producida durante la primera mitad del s. II d.C. Hay bordes que no responden al tipo canónico pero que pueden relacionarse con esta forma, como un ejemplar con la pared mucho más abierta (fig. 220.6). Otros de tipo indeterminado presentan un labio más apuntado, aunque parecen responder también a platos de estas características (fig. 220.7), así como un borde con acanaladura exterior que recuerda a la forma Drag. 33 (fig. 220.8), aunque con un perfil que tampoco corresponde con la sección tradicional de este vaso, más vertical. A un plato de estas características ha de pertenecer también una base indeterminada con un sello fragmentado en el que se lee *OFCEL[* (fig. 220.9). Se trata de un sello de la *officina* de *Celsus*, un *nomen* para el que se han identificado diversos grupos de punzones entre los que, por su similitud con el ejemplar de la curia cabe destacar dos: uno que trabajó en el taller de Le Rozier entre 50 y 75 d.C. y otro que lo hizo en La Graufesenque de 85 a 110 d.C. (siempre según la casificación de Hartley y Dickinson, 2008b: 137-139 y 326-328, L.C-Celsus y Celsus ii respectivamente), recogiéndose para ambos marcas precedidas por las letras OF. En cuanto al resto de las piezas destacan tres cuencos parcialmente conservados de la forma Drag. 24/25[319] (fig. 220.10, 220.11 y 220.12), así como ejemplares aislados de Drag. 29 (fig. 220.13), Drag. 36 y Drag. 37 (fig. 220.14) o bien fragmentos informes con decoración (fig. 220.15 y 220.16). En cualquier caso, repitiendo el mismo esquema que en otros yacimientos, la copa Drag. 27 supera con creces al resto de piezas y con 33 individuos supone casi un 2% del contexto en sí misma. Cuenta tanto con ejemplares completos como fragmentados (fig. 221.1-221.4) y con probabilidad un alto porcentaje de fondos, muchos con sello, pertenecen también a esta forma. Lamentablemente de estos últimos tan solo tres son parcialmente legibles. En el primero, conservado íntegramente, puede leerse *OFDARIO* (fig. 221.5). Se trata de la *officina* de *Dario*, *nomen* bajo el que se ha querido ver –aunque tan sólo es una propuesta– la posible abreviación de *Darionus* (Hartley y Dickinson, 2008c: 254). Se trata de una producción de La Graufesenque desarrollada durante el s. I d.C., si bien otros autores la han centrado entre época de Claudio y Nerón (Oswald, 1931: 103). También contamos con

[319] Uno de los casos en los que a pesar de contar con dos bordes y un fondo el NMI no es equivalente a dos, sino a tres, puesto que se reconocen ejemplares distintos (tabla 9).

un sello del que sólo ha quedado el arranque: *OF.N[* (fig. 121.6), sin embargo el elevado número de posibilidades para marcas cuyo *nomen* empieza por N, aun limitándonos a aquellas que están precedidas por las primeras letras de la palabra *officina* (Hartley y Dickinson, 2010: 203-268) impiden desafortunadamente plantear cualquier propuesta de identificación. Algo similar ocurre con otro que se conserva íntegramente, *O.L.OF* y para el que sin embargo no se conoce paralelo alguno (fig. 221.7). Entre los numerosos sellos que comienzan por L no se ha identificado ninguno que responda a esta abreviatura (Hartley y Dickinson, 2009b: 1-151), para la que la O inicial (¿acaso una Q?) tampoco resulta habitual. Entre los restantes se atisban algunas letras, como una posible T y una O a lo largo de la cartela (fig. 221.8) o bien trazos sueltos (fig. 221.9), aunque en su mayoría la erosión ha borrado cualquier posibilidad de lectura. De los clasificados como indeterminados destaca un fondo que ha de pertenecer a algún cuenco de grandes dimensiones en el que parece leerse *OEA* (fig. 221.10). Sin embargo no se conoce ningún sello que comience de este modo, por lo que se barajan diversas posibilidades entre las que se encuentra la combinación de las siglas OF más la letra A o bien una lectura alternativa como parece más probable (¿iniciando por una Q?) en la que la firma podría estar abreviada como se deduce de los irregulares trazos de la letra central (¿T + E?). Igualmente no cabe descartar una colocación invertida y que estemos en realidad ante *OFV*.

En cuanto a la TSA A, la producción dominante dentro de la cerámica fina (11%), se documentan numerosas formas propias de la segunda mitad del s. II d. C. como Hayes 3, que a pesar de contar con un ejemplar de H. 3B se presenta mayoritariamente en la variante H. 3C (fig. 221.11), con un total de 13 ejemplares que la hacen una de las formas más abundantes; mismo NMI que el cuenco H. 6C. Una pieza normalmente frecuente como H. 8 aparece en porcentajes mucho más discretos, si bien H. 9, en su dos variantes (H. 9A y H. 9B) suma más de un 2%. Aún así la forma predominante es H. 14A, con 29 individuos, seguida de lejos por otros tipos que se adentran en los inicios del s. III d.C. como H. 14B, H. 16 (fig. 221.12 y 221.13) o H. 27, esta última con un solo ejemplar. Es significativo el elevado número de fragmentos (3,5 %) que debido a su deficitario estado de conservación no han podido ser identificados con formas concretas, fondos en su mayoría (fig. 221.14). En cualquier caso lo más destacable de estos contextos es el registro de formas cerradas de TSA A de gran calidad producidas en A^1 y $A^{1/2}$ y barnizadas sólo al exterior. Todas están representadas con un ejemplar a excepción de Hayes 126, que cuenta con tres. Se trata de una jarrita

de cuerpo globular y cuello troncocónico caracterizado por un asa lateral que le arranca del labio, engrosado al interior (fig. 221.15). En la base interna del cuello presenta un filtro y del cuerpo parte un pequeño pitorro en un ángulo de 90º respecto al asa. Hayes llega a plantear que sea la evolución de la forma Hayes 121, también dotada de filtro y pitorro (Hayes, 1972: 178). Sobre esta última pudimos profundizar en detalle gracias a la revisión de unos hallazgos funerarios en el entorno de Escombreras donde aparecía junto a H. 123, ambas fechadas a mediados del s. II d.C. (Quevedo, 2010a: 2072-2073). Entre los restantes tipos documentados en el solar de la curia también destaca el borde de una tapadera que hemos clasificado como Hayes 22, aunque la versión canónica posee un borde ligeramente engrosado (Hayes, 1972: 45-46) y en nuestro ejemplar éste es prácticamente recto (fig. 221.16), más en línea con el tipo Lamboglia 19 que recoge el Atlante I (1981: 28, Tav. XIV, 16). El fragmento más excepcional es quizás el correspondiente a una jarrita piriforme con decoración a ruedecilla de la forma Pallarés 26A bis (fig. 221.17), un tipo escasamente documentado (Atlante I, 1981: 40). Por último se han recogido dos vasos monoansados de cuerpo globular, pie estrecho y borde exvasado. Del primero, Hayes 138, una forma que pertenecería a la primera mitad del s. II d.C., se puede reconstruir su perfil, que muestra diversas bandas de decoración a ruedecilla en su tercio superior (fig. 121.18). Del segundo, Hayes 140B, muy similar, destaca una decoración compuesta a base de impresiones lanceoladas marcadas por una incisión central (fig. 221.19) que sería propia de finales del s. II inicios del s. III d.C. (Hayes, 1972: 182-183).

En cuanto al resto de producciones, ínfimamente representadas, destaca la TSH, que aun sólo con dos individuos cuenta con una base y el perfil casi completo de una Drag. 37 decorado con círculos concéntricos (fig. 222.1). Ambos proceden de Tricio y su excepcionalidad se debe a su escasez en los contextos de la ciudad, donde la TSG y la TSA parecen copar absolutamente el mercado de la vajilla fina. De hecho al fragmento de fondo, que en un principio se creía único, ya se había dedicado un pequeño trabajo monográfico en el que se reflexionaba sobre la limitada difusión de estas producciones en nuestra área (Quevedo *et alii*., 2008). En cuanto a la decoración del mismo, presenta dos zonas separadas por un baquetón liso, la superior con una composición continua a base de una posible perlita inscrita en un triple círculo concéntrico con un círculo en su interior y la inferior con un posible motivo vegetal. También cuenta con un grafito post-cocción realizado en su interior en el que parece leerse *NICIV* (Quevedo *et alii*., 2008: 109, fig. 1). En relación al porcentaje de otros

vasos, en cerámica vidriada tan sólo se documenta una forma identificable con el tipo 4.5 de Desbat según la clasificación que llevó a cabo este autor de los materiales de Lyon (Desbat, 1986: 116, pl. 4.5). Se trata de una copa carenada con el labio ligeramente engrosado al interior y la típica decoración externa con escamas de piña (fig. 222.2), datada entre finales del s. II e inicios del s. III d.C. Por último cabe incluir un fragmento de vaso plástico de Asia Menor con posibles motivos antropomorfos sobre el que ya se ha incidido (*vid*. cap. 4, fig. 77c).

5.1.2.1.3.2.- Cerámica de cocina

En línea con lo ya observado para otros casos de estudio, entre las producciones culinarias la africana predomina de manera indiscutible (52%) frente a las formas más tradicionales de la cerámica de cocina reductora (8%), acompañadas en un ínfimo porcentaje por algunas piezas de rojo pomeyano y cocina itálica (menos de un 2% entre ambas). Comenzando por estas últimas destacan 11 cazuelas del tipo 7 de Bats y cinco tapaderas de la forma 6 (fig. 222.3 y 222.4), a las que se suma un individuo indeterminado. Los platos de engobe rojo pompeyano poseen una presencia más reducida si cabe, con tres ejemplares del tipo Goudineau 28 (fig. 222.5) y dos de la forma con el borde más entrante Goudineau 33 (fig. 222.6).

Entre la cerámica africana de nuevo las cazuelas son las formas más abundantes, con un porcentaje más bajo de Hayes 23A (1%), más propia de la primera mitad del s. II d.C. (fig. 223.1) y una abrumadora presencia de la variante Hayes 23B (fig. 223.2 y 223.3), que supone un 14% del contexto. Le sigue muy de cerca (13%) la otra cazuela estándar de esta cronología, H. 197 (fig. 223.4 y 223.5). Sin embargo en cuanto a cazuelas este contexto presenta algunas novedades que, aún documentadas con uno o dos ejemplares, nos parecen significativas, pues no se habían atestiguado en la ciudad hasta la fecha. Se trata de las formas H. 193 y H. 184, junto a las que también se registran dos bordes de O. I, 270. La primera es una cazuela de borde indiferenciado y ligeramente entrante (fig. 223.6) con un fondo curvo y una pared carenada que presenta en su exterior la característica pátina cenicienta (Aquilué, 1995: 75-76). Hayes 184 es una cazuela con pared más rectilínea y un peculiar borde de sección triangular, oblicuo y ligeramente cóncavo al exterior, redondeado y convexo en el interior según la definición de Bonifay (2004: 217). Entre las tres variantes que distingue este autor la nuestra pertenecería a la B, si bien llama la atención su diámetro, que parece mayor del

habitual, pues se ha llegado incluso a plantear un uso individual de esta forma en Túnez dadas sus reducidas dimensiones (fig. 223.7). En relación a las tapaderas H. 196 vuelve a aparecer como forma predominante del contexto, pues el tipo supone en sí mismo un 18% del total con más de 300 individuos (fig. 224.1). Con 17 ejemplares cuenta el tipo H. 182, producido en la categoría B, con un pulido a bandas exterior (fig. 224.2 y 224.3), documentándose dos formas con el borde más achatado (fig. 224.4) y puntiagudo (fig. 224.5) que parecen pertenecer a sus variantes más tardías (Bonifay, 2004: 217). También se registran cinco individuos de la forma H. 195, el mismo tipo salvo que producido en la categoría C, si bien no todos los fragmentos han podido ser revisados personalmente, por lo que albergamos algunas dudas en cuanto a su identificación. Por último, al grupo de las tapaderas cabe sumar dos ejemplares de la forma O. I, 264, de mayores dimensiones. Cierran el repertorio piezas como el plato/fuente H. 181, con 44 individuos, y el hervidor Uzita 48.1. Esta última pieza cuenta con diversos fragmentos en el solar y si bien la gran mayoría no pegan entre sí, reconocemos por precaución tres ejemplares. Además de algunos bordes y asas –bien reconocibles dado su aspecto alargado y con acanaladuras en el exterior– se identifican diversas partes del cuerpo marcadas por la existencia en su interior de una característica concreción calcárea (fig. 224.6). Ésta ha sido analizada junto a muestras de otros ejemplares de Tolegassos y *Lucentum*, llegándose a la conclusión de que su deposición no es casual ni fruto de las sustancias que se hirvieron en su interior; sino una capa de origen antrópico añadida ex profeso (González Villaescusa *et alii*., e. p.). Por último se constata la presencia de la forma H. 131 con un solo ejemplar (fig. 225.1), una pieza globular monoansada con un pequeño pie que ha sido considerada una taza para beber (Aquilué, 1995: 70), si bien otros autores la incluyen en el repertorio de cocina como una olla (Aguarod, 1991: 297). El debate es complejo, pues aunque recuerda a tazas como Marabini LXVIII o incluo la propia forma de paredes finas local que hemos definido como "tipo Cartagena" ya se ha visto en el caso de la cerámica reductora cómo formas de reducido tamaño se interpretan también como "ollitas", por lo que queda pendiente un análisis en mayor detalle que preste atención entre otras cosas a las posibles huellas de uso. En estrecha relación con H. 131 se encuentra H. 200, muy similar formalmente pero de mayores dimensiones e interpretada como puchero. Posee un cuerpo completamente esférico con una superficie acanalada y un asa apuntada en el lateral, además de un borde recto e inclinado al exterior (fig. 225.2). Aunque

documentada en otros puntos del SE[320], es una forma relativamente escasa, por lo que sorprende el hallazgo de 16 individuos en el solar de la curia.

En cuanto a la cerámica reductora de cocina o ERW1, se encuentra en clara inferioridad (8%) respecto a las producciones africanas, lo que no impide que se registre buena parte de su repertorio. Entre las dos ollas principales, la forma 2 (1%) y la forma 3 (3,5%), esta última, que adopta diversos tamaños (fig. 225.3 y 225.4) es la más popular y siempre aparece en un número que dobla o triplica a la anterior, como es el caso con 63 individuos frente a 17. De la "ollita" 4 tan sólo se identifica un ejemplar gracias al acabado bruñido de su exterior. Aunque en menor medida que la olla 3, las tapaderas de la forma 7 que la acompañan también están representadas (casi 2%) y en un porcentaje inferior se registran los hervidores de la forma 8. Lo más destacado de la ERW1 de la curia es la identificación de dos fragmentos de una olla con borde redondeado y superficie exterior ondulada (fig. 225.5) que se registran por primera vez en Cartagena y que pertenecen a la forma 10 definida por E. Huguet Enguita (2012: 439, fig. 6.10).

5.1.2.1.3.3.- Cerámica común

La cerámica común (13%) está formada mayoritariamente por la producción oxidante local/regional o ERW3 (12%), viéndose representadas dentro del magro 1% restante algunas formas de otras procedencias. Comenzando por estas últimas y más concretamente por la cerámica común del área del Egeo cabe destacar cuatro ejemplares de la jarrita G188, para uno de los cuales se ha podido reconstruir un perfil completo reuniendo diversos fragmentos (fig. 225.6). Su precario estado de conservación permitió observar una concreción blanca en su interior, lo que parece dar fuerza a la hipótesis de su uso como hervidor al igual que ocurre con la jarra africana Uzita 48.1, con la que comparte el mismo tipo de pátina. En cuanto a las formas africanas sólo se han documentado tres ejemplares de la jarrita Bonifay 50 (fig. 225.7), clasificados en un primer momento como "cerámica púnica". Por último entre las producciones itálicas se documentan tres fragmentos de mortero reconocibles por la pasta, pero excesivamente deteriorados como para asignarles una forma concreta. Clasificado en un principio como itálico aunque probablemente sea oriental, destaca un pequeño vasito con el cuerpo en

[320] Vid. un ejemplar completo documentado en la domus de la C/ Sagasta de Águilas (Hernández García y López Martínez, 2011: 80-81).

forma de dos conos invertidos y un pie macizo al que le falta la parte superior (fig. 225.8). Está recubierto en todo su exterior por un engobe rojo oscuro poco adherente y recuerda a algunas piezas documentadas por Pavolini en Ostia, concretamente al tipo nº 183 de su fig. 69 (Pavolini, 2000: 307), para el que se describe un idéntico acabado exterior. Se trata una forma que ha sido interpretada junto a otras como tapones de botella y si bien otros autores se refieren a los mismos como "vasos miniaturizados" debido a que su interior es hueco, nos resulta más convincente la primera definición (Pavolini, 2000: 303-307). La principal diferencia del ejemplar de Cartagena es el fondo, ligeramente más ancho y achatado, motivo por el que no cabe descartar otra función, quedando esta hipótesis a la espera de confirmación si en el futuro se documentan ejemplares completos.

Antes de entrar con el grueso de la categoría, la cerámica común oxidante local/regional, cabe anotar que una producción íntimamente ligada a la misma como la cerámica pintada romana de tradición indígena cuenta con un porcentaje anecdótico: dos fragmentos reconocibles del olpe Abascal 19. Así, pasando al análisis de la ERW3, se observa cómo ciertas formas parecen predominar sobre las restantes. Es el caso del cuenco de borde vuelto con pulido a bandas externo e interno y diversos diámetros del tipo 1 (fig. 226.1, 226.2 y 226.3). Se documenta también un ejemplar del mucho menos frecuente cuenco de la forma 2, con un cuerpo carenado que recuerda a formas más antiguas de tradición ibérica (fig. 226.4). A pesar de que nuestro ejemplar es más chato y parece más bien un plato o una pátera lo vinculamos a esta forma, con la que comparte bandas de pulido tanto en su interior (donde se entrecruzan a modo de dibujo) como en su exterior, al igual que ocurre en la documentada por Reynolds (1993: 98). Aunque no recogemos ninguna figura, el cuenco con pitorro de la forma 6 cuenta con 15 individuos, mientras que el cuenco de mayores dimensiones con labio engrosado de la forma 7 sólo lo hace con cuatro. De nuevo son las orzas, los recipientes de transporte y almacenaje de alimentos utilizados de manera más cotidiana los que ocupan la primera posición dentro de esta producción con casi un 4% del contexto. Un porcentaje que se dividen casi a partes iguales el *urceus* tipo Cartagena (fig. 226.5 y 226.6) y el *urceus* de la forma 11, de mayores dimensiones (fig. 226.7 y 226.8). También tiene una presencia relevante (1%) la jarrita de la forma 13 (fig. 227.1) a la que es posible vincular formas parecidas (fig. 227.2), si bien en el caso de otras –con las que comparte en principio la pasta– cabría quizás distinguir nuevos tipos (fig. 227.3). La otra forma bien representada, con 12 individuos, es la *peluis* tipo Cartagena, que completa el repertorio

junto a otros tipos muy escasos como la forma 18 o algunas fichas recortadas (en cerámica ERW3). Se han identificado también lo que en el inventario aparecía recogidos como ungüentarios (fig. 227.4), un tipo cuya pasta coincide con la de la cerámica común, si bien su tamaño parece desaconsejar la identificación propuesta. Tal vez se trata de una botella de cuello largo o ¿acaso un embudo? En la categoría de fragmentos indeterminados, sobre la que sin duda cabrá volver en el futuro, se recogen diversos fragmentos, muchos de ellos muy deteriorados pero algunos de los cuales tienen formas reconocibles como una botella o jarra de borde carenado y labio recto (fig. 227.5) o una tapadera de superficie ondulada (fig. 227.6).

5.1.2.1.3.4.- Ánforas

En cuanto a los envases de transporte, vuelve a resultar llamativa su escasa incidencia incluso en una intervención de las dimensiones de la manzana 17 del PERI CA-1. Con un 3% del total del contexto es la categoría con menor representación. Entre las producciones documentadas se registran ánforas africanas, hispánicas, itálicas y lusitanas, pero ninguna alcanza el 1%, pues más de la mitad de la cuota (1,5%) son indeterminadas. Como suele suceder, un alto número de fragmentos no implica un alto número mínimo de individuos. Con las ánforas de procedencia africana, con las que comenzamos, ocurre así; a pesar de sus 16 fragmentos tan solo se cuenta un ejemplar, que además no se puede adscribir a un tipo concreto. Las ánforas sudhispánicas son las mayoritarias, con el envase bético de salazones Dr. 7-11 a la cabeza con cuatro individuos. Le siguen con dos ejemplares las formas Haltern 70 y Dr. 2-4 –si bien uno de los bordes de esta última no se adscribe con claridad a otras formas conocidas de la zona (fig. 227.7)– así como, por primera vez, el ánfora Púnico-Ebusitana 25. El envase ibicenco y un borde con arranque de asa del tipo bético Beltrán 2B son las únicas formas que parecen pertenecer a un momento más avanzado del s. II d.C., pues las restantes sitúan su producción y difusión hacia el s. I d.C. o máxime los inicios de la segunda centuria. Lo mismo sucede con las ánforas itálicas, de las que con seguridad un fragmento de Dr. 1A y otro de Lamboglia 2 son residuales, así como tres individuos de Dr. 2-4. Entre las piezas indeterminadas se cuenta probablemente la más significativa: un fragmento informe con el sello *LDS·* (fig. 227.8) Aparece sobre el ápice, muy deteriorado y roto en su extremo final, lo que impide una identificación clara con un tipo concreto, quizás una Dr. 2-4. Por la pasta, beige pero con las características

inclusiones negras de origen volcánico, se identifica sin margen de error con un ánfora del S de Italia. En el sello se leen con claridad las letras LDS seguidas de una interpunción triangular, a pesar de lo cual no hemos encontrado ningún paralelo. Lo más interesante es la sinuosa silueta de la cartela, que sugiere una forma *in planta pedis*[321], si bien al imprimirse se ejerció más fuerza sobre su lado superior, lo que dejó la parte inferior un acabado más rectilíneo. Sellos *in planta pedis* se conocen en producciones anfóricas de otras regiones, caso de las tarraconenses (Berni y Revilla, 2006: 99, fig. 1 y 2G) e incluso las béticas, aunque estas ya a partir del s. V d.C. (Berni y Moros, 2012). Por último entre los envases lusitanos destaca un fragmento de Almagro 50 que conocemos solamente a través de su inventario, pues no hemos podido revisarlo personalmente. Cierran esta categoría diversas piezas indeterminadas entre las que se encuentran tapaderas y fichas recortadas con fragmentos de panza, así como algunos bordes muy deteriorados entre los que cabe reseñar uno que recuerda a un pequeño *spatheion* (fig. 227.9).

5.1.2.1.3.5.- Lucernas

Dentro de las complicaciones que afectan al solar de la curia ya se ha puesto el acento en que no todos los materiales han podido ser revisados personalmente, algo que afecta especialmente a las lucernas. Aunque en un principio se barajó la posibilidad de no incluirlas debido a este hecho, ello habría descompensado la composición real del contexto a la vez que lo habría privado de una categoría importante, pues suman en total 65 individuos (4%). Así pues, para su análisis hemos de basarnos principalmente en los datos del inventario y en los de algunos ejemplares que sí han podido ser estudiados. Se identifican con claridad dos lucernas de volutas de producción itálica del tipo Loeschcke IC, de pasta beige y con un engobe granate muy denso. Las africanas, con 47 individuos, son las más abundantes. Normalmente aparecen registradas bajo el ambiguo término de lucernas "de disco" (pues todas poseen uno) pero suelen hacer alusión al tipo Deneauve VII como confirman algunos picos redondos, por lo que hacemos extensiva esta denominación a todo el grupo. Dos de las piezas más interesantes, en parte porque las hemos podido estudiar con mayor detalle (Quevedo, 2008), son dos fondos con los sellos de *IVNI ALEXI* y *M.NOVS.IVST*, ambos impresos y muy fragmentados. En el

[321] Aunque no tiene relación con ellos, recuerda entre otros a los sellos de los morteros "tipo Azaila" (Aguarod, 1991: 127-129).

primero se puede leer *IVNI A[* (fig. 227.10). Se conocen distintas firmas para este taller: *IVNI ALEXA*, *IVNI ALEXI*, *C IVN ALE*, *C IVN ALEX* y *C IVN ALEXI* en diferentes formatos: incisas, *in tabula ansata*, en relieve, impresas, y enmarcadas por un recuadro (Bussière, 2000: 222). Sin embargo, que comiencen por *IVNI* y que sean impresas sólo hay una: *IVNI ALEXI*. Esta firma se documenta en distintos puntos del Mediterráneo y la Península Ibérica. En la zona más occidental del *Africa proconsularis* es donde cuenta con un mayor número de hallazgos, lo que sumado a sus características físicas confirma su procedencia africana. *(Caius) IVNI(us) ALEXI(us)* usa distintas abreviaturas, lo que llevó a Bonnet a plantear la cuestión de si *C IVN ALE*, *C IVN ALEX* e *IVNI ALEXI* eran distintos productores o bien un mismo taller con diferentes fases de actividad. En su estudio, estableció más relaciones entre *C IVN ALE* y *C IVN DRAC*, que compartían algunos moldes, que entre *C IVN ALE* e *IVNI ALEXI*. Sin embargo, la autora admitió que la existencia de tres personajes con los mismos *tria nomina* resultaba poco creíble (Bonnet, 1988: 17). Otros estudiosos asocian asocian a este productor con *C IVN DRAC* y *C IVN BIT*, incluyéndolos en la *gens Iunia*[322]. En opinión de Pavolini (1981: 124-125) los distintos nombres de origen griego o servil como *Alexi* pueden hacer referencia a libertos encargados de la producción por los dueños del taller. Son los llamados *institores*, hombres de confianza (esclavos o libertos) puestos al frente de la *officina* por los propietarios (Harris, 1980: 140-141). En cuanto al otro sello, también muy deteriorado, se ha conservado la parte final, distinguiéndose la palabra *]IVST* (fig. 227.11). Para este productor también se conocen varias abreviaturas que aparecen enmarcadas en un recuadro, impresas o en relieve. Nuestro ejemplar es *M NOV IVST*, el único que combina letras impresas con dicha terminación. Los productos con la firma de *M. NOV(ius) IVST(us)* aparecen en diversos yacimientos del Mediterráneo occidental y el territorio hispano y su origen africano es indudable tal y como indica el elevado porcentaje de piezas allí hallado. En concreto puede que el taller estuviera situado en la zona de El-Djem y Constantina, aunque también se han encontrado lucernas en el vertedero de un alfar en Sousse (Bailey, 1988: 99). En línea con esta pieza incluimos otra sellada por *M NOV IVSTI* que, aun hallada por desgracia fuera de contexto, pertenece a la misma excavación (fig. 227.12). Se trata de una lucerna de pico redondo Deneauve VII, subtipo 1 (Bonifay, 2004: 317-321) de pasta beige muy depurada y con barniz anaranjado brillante de muy buena calidad. Se conserva completa a excepción de

[322] Amaré, 1988: 105; Corzo, 1981. Bailey también lo relaciona con *C IVN DRAC* (cit. a través de Bussière, 2000: 144)

la parte superior del pico y medio disco, lo que no impide apreciar la decoración: las puntas de cinco rayos que corresponden a un busto de Helios, dios del sol. Para este motivo existen multitud de paralelos firmados por diversos talleres entre los que además del propio *M NOV IVSTI* se encuentra también el de *IVNI ALEXI* (Bussière, 2000: 164, Planche 56).

Por último en cuanto a las lucernas a torno, en principio una producción propia de la ciudad, no se han podido revisar los 16 individuos pero todos los estudiados pertenecían al tipo 1A, con el fondo recto con marcas de la cuerda de alfarero y la pared con el borde ligeramente entrante.

5.1.2.1.4.- Cronología

Una vez analizado el contexto se pone de manifiesto su similitud con otros previamente estudiados como los de las *domus* de la C/ Jara nº 12 o la de la Fortuna, con los que comparte el grueso de los materiales. Por este motivo remitimos a los mencionados casos para algunos detalles cronológicos generales que obviamos aquí a fin de evitar redundancias, centrándonos en las producciones que diferencian al solar de la curia y que matizan su datación.

La cerámica fina se presenta en unas proporciones similares a las ya observadas. Entre las paredes finas destaca el tipo Cartagena, que sin duda se consolida como una producción propia del s. II d.C. y verosímilmente de la segunda mitad del mismo. En cuanto a la TSG de nuevo el plato Drag. 18/31 y sobre todo la copa Drag. 27 capitalizan el repertorio, en el que se incluyen además diversos sellos que se fechan entre época flavia y los inicios del s. II d.C. De la TSA A, la vajilla fina representada con un mayor NMI, las formas más abundantes son el cuencos Hayes 9 y H. 14A. El primero aparece en igual proporción tanto en su variante decorada, H. 9A, como sin decorar, 9B, y teniendo en cuenta que los motivos a ruedecilla parecen ir abandonándose a partir de mediados del s. II d.C. es posible llevar este último hasta los inicios del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 157-159). Lo mismo sucede con la forma H. 14A, propia de época tardoantonina y severiana. Esta última ha incrementado su número de ejemplares de forma muy importante respecto a la revisión realizada hace unos años (Quevedo y García-Aboal, 2008), ello se debe a la inclusión de los niveles 6340 y 6325 (=6341), situados sobre la U.E. 6342, la primera capa de abandono sobre el llamado Edificio C. Otras formas de esa horquilla entre los s. II-III d.C. serían H. 16 y H. 14B, esta última

incluso más propia del s. III d.C. según Bonifay (2004: 159). También destacan las formas H. 3C y 6C, cuya cronología es posible que deba postergarse más hacia finales del s. II e inicios del III d.C., en línea con las anteriores y con lo ya apuntado por las excavaciones de Ostia. Entre los tipos que completan el repertorio, algunos de los cuales son formas cerradas como H. 126, H. 138 o Pallarés 26 A bis propias mediados del s. II d.C. y muy poco frecuentes, destaca un fragmento de H. 140B que se fecha en torno a época severiana (Hayes, 1972: 182-183). Cierran esta categoría los dos cuencos Drag. 37 en TSH del taller de Tricio, un fragmento indeterminado de vaso plástico de Asia Menor y otro de cerámica vidriada itálica del tipo 4.5 de Desbat (1986), todos ellos propios de finales del s. II e inicios del s. III d.C., en especial los dos últimos.

En cuanto a la cerámica de cocina se aportan pocas novedades, pues al margen de las escasas pero constantes producciones itálicas y de rojo pompeyano –las tapaderas y cazuelas de las formas Bats 6 y 7 y los platos Goudineau 28 y 33– el predominio de las formas africanas es indiscutible, en concreto el de las formas H. 23B, 196 y 197. La representación en una proporción mucho menor de H. 23A, frente a su variante B favorece una cronología más propia de la segunda mitad del s. II d.C. Por lo demás también se documentan otras formas ya conocidas como las tapaderas H. 182 (en un porcentaje destacado), H. 195 u O. I, 264, así como la cazuela O. I, 270 y la jarra de cocina Uzita 48.1 Esta última cuenta con numerosos fragmentos, aunque sólo tres individuos y al igual que ocurre con otras piezas parece cada vez más claro que su cronología es propia de finales del s. II d.C. en adelante y no de época flavia (González Villaescusa *et alii*., e. p.). Destaca el puchero H. 200, mejor representado que en otros contextos, una forma que al igual que H. 181 (en concreto la variante C de Bonifay, 2004: 214) parece más propia de finales del s. II e inicios del s. III d.C. Como piezas novedosas destacan las cazuelas H. 184 y H. 193. Hayes 184, poco distribuida por el Mediterráneo pero muy frecuente en Túnez presenta hasta tres variantes según la clasificación de Bonifay, siendo la nuestra con el borde más redondeado la B, propia además de finales del s. II e inicios del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 217-219). En cuanto a H. 193, una cazuela de borde indiferenciado y con engobe interno perteneciente a la categoría A, que cuenta con un solo ejemplar, su datación se sitúa según varios contextos en el s. III d.C. (Aquilué, 1995: 69), pudiendo alcanzar el s. IV d.C. (Bonifay, 2004: 211). En relación a la cerámica reductora de cocina o ERW1 se mantiene la tónica definida para otros casos, documentándose la olla de la forma 3 en primer lugar seguida

de otras ollas, tapaderas y hervidores (formas 2, 7 y 8 respectivamente), todas ellas propias del s. II d.C. y la primera mitad del s. III d.C.

La cerámica común oxidante local o ERW3 presenta de manera mayoritaria formas ya conocidas y de cronología amplia (s. I-III d.C.) como los *urceus* de la forma 11 o el "tipo Cartagena", la *peluis* con esta misma denominación o los cuencos de borde vuelto (forma 1) y aquellos dotados de un pitorro (forma 6). El elevado NMI que presentan respecto a otros tipos del mismo repertorio los define cada vez con mayor nitidez como piezas propias de la segunda mitad del s. II d.C. e inicios del s. III d.C., un arco cronológico que marcan otras formas comunes de diversa procedencia como las jarritas Agora G188 del Egeo y la africana Bonifay 50. Una última pieza definida en un principio como itálica pero que sin embargo podría ser oriental es el vasito similar al de la fig. 69.183 de Pavolini (2000: 307) documentado en Ostia en un estrato de época adrianea.

Las ánforas, con un escaso porcentaje, presentan sobre todo tipos hispánicos e itálicos pero de ellos la gran mayoría parecen residuales en el contexto, pues su cronología es más propia del s. I d.C. y si acaso primera mitad del s. II d.C. Es el caso de Dr. 2-4 (tanto itálica como hispánica) o Dr. 7-11 y por supuesto Dr. 1A y Lamboglia 2, mucho más antiguas. Identificables con mayor nitidez en contextos de la segunda mitad del s. II d.C. son el envase de salazones bético Beltrán 2B y la forma P.E. 25, como pone de manifiesto el ejemplo de *Tarraco* (Fernández y Remolà, 2008: 94-95, fig. 10). La más tardía, y además única de las producciones lusitanas reconocibles, sería la forma Almagro 50/Keay XVI bien fechada en el s. III d.C. como se registra en contexto emblemáticos como la carga del Cabrera III (Bost *et alii*., 1992: 128-132). Por último las cerámicas de iluminación se sitúan en una horquilla cronológica en torno a finales del s. II d.C. datación máxima que, por ejemplo, parecen alcanzar las lucernas a torno del tipo 1A. Lo mismo sucede con las producciones africanas, mayoritariamente del tipo Deneauve VII para las que no hemos podido precisar subtipos debido a las dificultades comentadas. Los dos fragmentos sellados son aquellos que matizan mejor la datación. En el caso de *IVNI ALEXI*, Bailey (1994: 195) propone una cronología entre 120 y 180 y Pavolini entre 150/160-180 (Pavolini, 1980: tabella II). Bussière mantiene una datación entre 120-200 d.C. para los ejemplares hallados en Argelia al considerar injustificado situarlos sistemáticamente en el último cuarto del siglo II d.C. (Bussière, 2000: 143-222). A raíz de la revisión de casos como el ampuritano se recogen tras referencias bibliográficas en las que la datación podría llegar hasta inicios del s. III d.C.

(Casas y Soler, 2006: 53). Por último, Bonifay recoge varias piezas de la forma Deneauve VII con distintos subtipos, diez de las cuales aparecen firmadas por *C IVN ALEX*, todas propias de mediados o de la segunda mitad del s. II d.C. (Bonifay, 2004: 317-217). Para *M NOV IVST*, Bailey (1988: 99) y Bussière (2000: 143 y 227) defienden una fecha de 120-180 d.C., mientras que Pavolini (1980: tabella II) centra esta última de nuevo entre 150 y 180 d.C. Bonnet recoge un gran número de ejemplares, en su mayoría carentes de datación, sin embargo destaca una pieza procedente de Montans fechada entre 150 y 175 d.C (Bonnet, 1988: 124, nº 18). Un ejemplar itálico conservado en el Museo de Ceuta y propio del s. I d.C. sería uno de los más antiguos documentados (Bernal, 1995b: 43-45). Entre las publicadas por Bonifay destaca un ejemplar decorado con ovas y con el pico que arranca directamente del disco, lo que permite llevarlo a un momento avanzado de mediados del s. II d.C., unas características que mantienen los tipos más tardíos de finales del s. II d.C. y principios del III d.C. al tiempo que abandonan la firma impresa a favor de la incisa (Bonifay, 2004: 325). Por último, y como se recuerda desde el estudio dedicado a las lucernas de *MNOVIVST* halladas en Ampurias (Casas y Soler, 2006: 57), en la cercana *uilla* de Tolegassos aparecen ejemplares con esta firma en contextos de 175-200 d.C. que pueden ser llevados al 210 d.C.

Teniendo en cuenta todo lo expuesto fechamos el abandono del solar en los decenios que oscilan entre los s. II y III d.C., proponiendo una datación en torno a 180-210 d.C. Para ello se han tenido en cuenta las dificultades que presentaba la excavación, especialmente las diversas intrusiones, que abarcan desde fragmentos de Campaniense a cerámica moderna pasando por TSA D. Qué considerar como residual o no puede suscitar ciertas dudas pero como se ha explicado para casos anteriores la cronología no depende de piezas particulares[323]. Éstas pueden matizar el contexto, pero en el caso de unos niveles que no son de destrucción sino de abandono, es la aparición constante de formas como H. 23B, H. 197, H. 9B o H. 14A la que inclina la cronología hacia la horquilla propuesta (que a su vez perfilan otras muchas formas cerámicas, éstas sí en menor porcentaje). En cualquier caso, lo más significativo de esta datación es que, si bien no podemos calcular cuánto tiempo tardó en formarse el contexto, se confirma que en un momento previo (probablemente ya a finales del s. II d.C.) toda un área anexa al

[323] Contrariamente a como hicimos hace algunos años al conferir un excesivo protagonismo a las dos lucernas selladas; en parte también por haber sido recuperadas de la U.E. 6342, la primera capa del abandono del Edificio C (Quevedo, 2008).

foro y en concreto un edificio público de las características de la curia habían sido sometidos a un intenso expolio.

5.1.2.2.- El cardo O de la *domus* de la Fortuna

La calzada situada al O de la *domus* de la Fortuna ha sido analizada de forma separada, al contrario de como se había planteado en un primer momento (Quevedo, 2009b: 9). A diferencia de lo que sucede en el solar de la curia, donde el decumano está casi totalmente amortizado por la construcción de este edificio y la terraza superior del foro, haciendo extensivo a todos ellos el proceso de abandono; el cardo de la C/ Duque nº 25-27 pudo mantener sus niveles de circulación –aun sobre capas de tierra– durante un período más prolongado como sucede en la cercana C/ Beatas (Murcia, 2012). Esto comportaría un proceso de colmatación más dilatado en el tiempo, lo que nos ha llevado a distinguir su análisis del de la estructura de la vivienda. El mantenimiento de las vías urbanas dependía de las autoridades municipales, de ahí que tanto esta calle como la del solar de Don Roque – Ciprés nº 7 desarrollada en el punto siguiente (*vid. infra*) se hayan incluido entre los casos de la edilicia pública.

En cuanto a las características del yacimiento, remitimos al estudio previo sobre la *domus* de la Fortuna. La vivienda, situada en el centro de la antigua ciudad romana (fig. 152) estaba flanqueada por dos cardos, siendo el documentado por P. San Martín en 1971 en su lado E, uno de los más completos (fig. 153). A pesar de no conocer su secuencia estratigráfica, se trata de uno de los mejor conservados, con una longitud de 17,6 m de largo y 3 m de ancho, que alcanza los 4-4,5 m si se añaden las aceras laterales (Soler, 2000: 58-61). Al igual que muchas otras vías de la ciudad repavimentadas en torno al cambio de era, está construido con grandes lajas de caliza y las aceras quedan delimitadas por bloques de arenisca, ambas piedras de procedencia local (Antolinos, 2009: 61-63). Posee un trazado ligeramente irregular que se adapta a la topografía del terreno, algo que también influyó en la configuración de los diversos edificios como muestra la orientación de sus fachadas conforme al entramado viario (Soler, 2001: 62-63). Se trata de unas características que comparte con nuestro objeto de estudio, el cardo O, y que permiten comprender su articulación, pues a pesar de contar con unos 12 m de longitud, del mismo tan sólo se ha documentado una anchura máxima de 2 m. Ello se debe a que una buena parte se pierde bajo el edificio contemporáneo colindante y está además mucho más deteriorado, pues carece de numerosas losas y se vio afectado con

posterioridad por diversos pozos de época moderna (fig. 228). Sólo se han documentado las *margines* del lado que da a la fachada de la vivienda, unas aceras diferenciadas de la vía en sí por unos bloques de arenisca dispuestos de forma un tanto irregular (Soler, 2000: 60). Es precisamente a este lateral que se abre un acceso posterior para el edificio en un momento indeterminado del s. I d.C. (fig. 154), así como un pequeño desagüe vinculado a las piletas de *opus signinum* de su última fase que vertería sus residuos (líquidos de naturaleza desconocida) directamente sobre la acera (Martín Camino *et alii*., 2001: 35). En cualquier caso todo el espacio se verá colmatado a partir de finales del s. II d.C. al hilo de lo que sucede también en las estructuras de la *domus*, una cronología que intentamos matizar en función del análisis detallado de sus niveles.

5.1.2.2.1.- Estratigrafía

La lectura estratigráfica del paquete de colmatación de la calzada O de la *domus* de la Fortuna no está exenta, al igual que en otros de los yacimientos estudiados, de ciertos problemas. En este caso tiene que ver principalmente con las complicaciones derivadas de su propia excavación, pues hubo de realizarse bajo sótano durante la campaña del año 2000, una vez construido el actual edificio sobre los restos (Martín Camino *et alii*., 2001: 25). Aunque gracias a la información conservada en el MAMC en forma de fichas y anotaciones es posible reconstruir la secuencia deposicional, las mencionadas circunstancias impidieron la toma de cotas, por lo que desconocemos el espesor de cada nivel, si bien en su conjunto no superaban los 1,5 m, altura máxima de la fachada oriental de la vivienda (fig. 229). Se conocen un total de cinco U.E.: 1002, 1110, 1101, 1006 y 1008, situadas en dicho orden desde los niveles más antiguos a los más modernos, aunque el análisis de algunos materiales que pegaban entre sí nos ha llevado a identificar como un mismo estrato los dos primeros niveles, 1002 y 1110. La simplicidad de la secuencia nos lleva a no realizar un eje de Harris Matrix, pues éste es lineal, siendo 1002 (=1110) la primera U.E. que cubre la calzada y 1008 la última. En un principio nuestro objetivo consistía en analizar los estratos individualmente de cara a matizar su cronología y distinguir posibles fases pero el NMI de cada nivel por separado era demasiado bajo como para obtener una fecha precisa. A ello se suma el hecho de que no conocemos su desarrollo topográfico, lo que nos ha llevado a considerar la estratigrafía de manera uniforme. Aún así, como se deduce por una imagen de la propia excavación en la que es posible ver parte de la secuencia estratigráfica sobre el cardo

(fig. 229, dcha.), al menos en el sector más septentrional ésta hubo de ser lineal; algo acorde con la existencia de posibles niveles de circulación. A pesar de que su continuidad en el tiempo pueda ser mayor que la de la vivienda adyacente, cabe destacar que ya antes de los primeros niveles de abandono la ausencia de numerosas losas de la calzada –expoliadas o perdidas– parecen indicar una falta evidente de mantenimiento.

5.1.2.2.2.- Contexto cerámico

En los niveles depositados sobre el cardo O de la *domus* de la Fortuna se han registrado un total de 1744 fragmentos cerámicos, de los cuales 766 constituyen el NMI (fig. 230, 231 y 232, tabla 10). Como viene siendo habitual la cerámica de cocina es la categoría más abundante, con un 52% del contexto. Le sigue la cerámica común con un porcentaje del 24% y en este caso la vajilla fina está representada en menor proporción con tan solo un 10% de individuos. Las ánforas cuentan con un 5%, algo más que en otros solares. Lo más interesante es la existencia de diversos cuellos, convirtiendo al sector de la calzada occidental de la C/ Duque nos 25-27 en uno de los contextos urbanos que –siempre dentro de su escasez– ha permitido identificar más tipos. Por último merecen una especial atención las lucernas, con un destacado porcentaje del 9%. En el apartado metodológico ya se ha visto cómo, a diferencia de otras piezas, en el caso de las lucernas todos los fragmentos computan como individuos si son diferentes entre sí. Eso explica por ejemplo que, teniendo un número de fragmentos casi tres veces inferior al de una producción como las ánforas (70 frente a 200), prácticamente doblen a éstas en cuanto a NMI (70 frente a 40). En cualquier caso es interesante destacar su abundante presencia y sobre todo el hecho de que varios ejemplares aparezcan firmados, lo que nos permite matizar algunos aspectos de cronología. En este contexto se documentaron además dos piezas especialmente significativas sobre las que se pudo trabajar durante el período de disfrute de la beca y a las que se dedica un mayor número de páginas tras el análisis general. En cuanto a intrusiones de época posterior sólo se detectan algunos fragmentos de de cerámica tosca tardía y cerámica moderna que forman parte del porcentaje habitual, especialmente si se tienen en cuenta las alteraciones provocadas en la estratigrafía por pozos y aljibes (fig. 228).

5.1.2.2.2.1.- Cerámica fina

A diferencia de otros contextos las producciones de vajilla fina tienen una escasa representación (10%), dentro de la cual aquellas familias con menos individuos aparecen con un 0% por una cuestión estadística aunque en realidad les corresponde un porcentaje que obviamente es mayor salvo que no llega al 1% (fig. 232). La cerámica campaniense A y B/B-oide hace acto de presencia con tres individuos, algo que cabe considerar como meramente residual dada su antigüedad. Las paredes finas cuentan con ocho ejemplares (1%), de los cuales cinco pertenecen al tipo Cartagena y un fondo a la forma supuestamente bética Mayet 38 (fig. 233.1). Resulta sorprendente que la TSG (1%) cuente incluso con menos individuos que los *vasa potoria* por excelencia y tan sólo dos bordes, uno de Drag. 27 y otro de Ritt. 8 (fig. 233.2). La TSA A, con un 7%, es la predominante dentro de la categoría, destacando el cuenco H. 14A (2,5%), si bien el resto de formas están representadas de forma modesta y a excepción de H. 16 (1%) y H. 14B que posee seis individuos, las restantes cuentan con cinco ejemplares, como H. 27, o menos. Es el caso de formas como Hayes 3C (fig. 233.3) y H. 6C (fig. 233.4) y llama especialmente la atención en el caso de cuencos H. 8A (fig. 233.5) y H. 9A (fig. 233.6), habitualmente más frecuentes y que no cuentan con ningún fragmento de su versión lisa (B), más tardía. En cualquier caso la forma más significativa, tanto por contar con la práctica totalidad de su perfil, como por su escasa frecuencia fuera de Túnez, es la forma Atlante LXXII, 2. Se trata de una pátera de TSA A muy chata dotada de un pie y un borde curvilíneo que presenta en su interior una decoración aplicada con diversos animales marinos (fig. 233.7). El Atlante recoge este tipo (Atlante I, 1981: 145) y también el XVII, 17 como distintos, aunque se trata en realidad de una misma forma que puede presentar o no decoración, como matiza Bonifay (2004: 159-162). Este autor, que engloba la forma en su tipo 14 de sigillata, distingue hasta cuatro variantes en función del tipo de decoración y la disposición de la misma. La de *Carthago Noua* pertenecería a la variante C, pues los apliques se encuentran en las paredes y cuenta además con un círculo de decoración a ruedecilla en el centro. Es una pieza que tanto por su forma como por el sorprendente número de hallazgos en la necrópolis de Pupput[324], se asocia a un uso funerario o litúrgico, pues tras realizar las libaciones se rompían sistemáticamente, no apareciendo nunca además en el interior de las tumbas (Ben Abed y Grisheimer, 2001: 585). En cuanto a la decoración en sí de nuestro

[324] Donde se han recuperado casi 500 fragmentos y más de 36 perfiles completos en niveles de circulación, con diversos ejemplares del mismo tipo que el hallado en Cartagena (Bonifay *et alii*., 2004: 39-41).

ejemplar, parece reconocerse un calamar en el motivo superior y, avanzando en el sentido de las agujas del reloj, tres peces, el segundo de los cuales (fragmentado) sería una morena, ocupando el quinto y último lugar una langosta (fig. 233.7). Todos ellos están ampliamente representados en otros soportes como los mosaicos de temas marinos y son bien conocidos gracias a trabajos de la época como el libro IX de la H. N. de Plinio, dedicado a los animales acuáticos (Gianfrotta, 2000). A excepción de tres individuos indeterminados que no merecen mayor atención, cierran la categoría de las cerámicas finas un ejemplar en TSA C y la parte superior de una botella plástica producida en Asia Menor (fig. 240a). Representa a una anciana ebria y al mismo dedicamos un análisis en profundidad en las páginas sucesivas (*vid. infra*). Por último entre tres ítems de producciones no identificadas destaca un cuenco de borde indiferenciado e inclinado ligeramente el interior con una incisión externa (fig. 233.8). Está recubierto por toda su superficie (tanto interna como externa) por un engobe entre granate y anaranjado y cuenta con una pasta beige rosácea que recuerda a formas de la TS Clara B, si bien no se ha encontrado paralelo alguno para el mismo.

5.1.2.2.2.2.- Cerámica de cocina

Entre las piezas destinadas al fuego (52%) la presencia de las cerámicas africanas es siempre abrumadora (45%). El resto del repertorio queda dividido entre una cerámica reductora escasamente representada respecto a otros contextos (3%) así como pequeños porcentajes de cerámica itálica de cocina (1%) y platos de engobe rojo pompeyano (1%), amén de las inclusiones tardías ya mencionadas que no serán tenidas en cuenta.

Comenzando el análisis por las producciones de cocina itálica, la única forma reconocible es una sartén de borde triangular y con una marcada carena al exterior del tipo Celsa 84.13596 (Aguarod, 1991: 96-98). Se trata de una pieza antigua propia de los s. II-I a.C., que si no conserva su mango de cerámica puede confundirse con el plato republicano Bats 6G (Bats, 1993: 360), del que en este caso se diferencia por su fondo inclinado (fig. 234.1). Los ocho ejemplares restantes corresponden a fragmentos indeterminados de fondo al igual que ocurre con los platos de rojo pompeyano, para los que no se distingue ninguna forma concreta. En cuanto a la cerámica africana, aunque se registran algunas cazuelas de la forma H. 23A (fig. 234.2), de nuevo son la H. 23B con un 4% (fig. 234.3 y 234.4) y la H. 197 con un 7% (fig. 234.5) las más abundantes.

Destacan en cualquier caso diez ejemplares de la forma O. I, 270 (fig. 234.6) y cuatro de la también cazuela O. II, 312, poco frecuente en los contextos y caracterizada por un borde saliente, recto y engrosado en su extremo (fig. 234.7) y que posee además en su exterior la pátina cenicienta propia de las piezas producidas en la categoría C. Entre las tapaderas vuelve a ser H. 196, con un 17% de ratio, la pieza más abundante con diferencia (fig. 235.1 y 235.2). En menor medida la acompañan otras tapaderas como H. 182 (2%) u O. I, 264 (nueve ejemplares), de mayor diámetro y destinadas probablemente a cubrir algunos de los platos/fuentes de la forma H. 181, igualmente presente en escasa proporción (1,7 %). Destaca un único borde de una tapadera similar al tipo Pupput 1, que también recuerda a la forma Hayes 185, de la que a su vez se inspira (Bonifay, 2004: 234). Se trata una tapadera muy achatada con el borde almendrado y un labio muy apuntado producida en la categoría C (fig. 235.3). Por último cabe sumar la tacita H. 131 y el puchero H. 200 (fig. 235.4), con seis y siete fragmentos respectivamente, así como el hervidor Uzita 48.1. Según el inventario la jarra para calentar líquidos cuenta con dos perfiles completos, que incluimos en el cómputo a pesar de que sólo hemos podido documentar numerosos fragmentos de panza y un asa (fig. 235.5). En cuanto a los fragmentos indeterminados, con abundancia de fondos estriados y panzas que no siempre se pueden adscribir con claridad a una cazuela u otra, suman un total de 54 ítems.

La cerámica reductora de cocina como se ha indicado aparece en un porcentaje mucho menor que en otros contextos (3%), si bien en cuanto al volumen de cada uno de sus tipos mantiene la misma tónica. La olla 2, con siete ejemplares (fig. 235.6), es doblada en número de individuos por la forma 3 de perfil en S (fig. 235.7), si bien a ambas las completa la tapadera de la forma 7 (fig. 235.8). La presencia de tres asas permite reconocer igualmente tres hervidores del tipo 8, los únicos que cuentan con este tipo de apéndice

5.1.2.2.2.3.- Cerámica común

Entre las producciones comunes (24%) la cerámica común oxidante o ERW3 es la dominante (20%), repartiéndose el porcentaje restante un grupo de piezas no identificadas (2%), algunos ejemplares de cerámica común africana (1%) y en menor medida cerámica romana pintada de tradición indígena (o ERW2b), sin que hagamos

alusión detallada de 4 individuos de cerámica moderna que responden a intrusiones posteriores.

De la cerámica africana sólo se distinguen cinco individuos de una misma pieza, la jarrita de pasta amarilla del tipo Bonifay 50 (1%), que destaca por presentar algunos ejemplares con el cuerpo muy ancho (fig. 236.1), un aspecto bicónico que se irá atenuando en las variantes tardías, con un acabado más piriforme (Bonifay, 2004: 285). En cuanto a la cerámica romana pintada de tradición indígena, cuenta con tres individuos: una pieza indeterminada, un borde de kalathos (sin duda más antiguo) y el cuello de un olpe Abascal 19 biansado que aunque no permite apreciar restos de pintura debido a su estado fragmentario, pertenece sin duda a esta categoría (fig. 236.2). En el mismo tipo de pasta pero sin decoración pictórica y con el característico pulido a bandas, es decir, en cerámica común oxidante, destacan los tipos habituales, con el cuenco de borde vuelto de la forma 1 (2,2%) a la cabeza (fig. 236.3 y 236.4). A dicha forma se ha adscrito un cuenco de paredes más gruesas y acanaladura exterior, carenado en su tercio superior y con un borde más macizo (fig. 236.5) que quizás nuevos hallazgos permitan identificar como una variante o tipo distinto. Aunque no incluimos ninguna figura está bien representado el cuenco con pitorro de la forma 6 (2%) y la *peluis* tipo Cartagena (1,5%). Aún así son más abundantes los *urceus*, que forman en torno a un 1,5% del contexto cada uno, tanto el tipo Cartagena como la forma 11 de ERW3 (fig. 236.6 y 236.7), que en ocasiones se había confundido con posibles ánforas desconocidas al no conservarse más que su asa maciza. Se incluye también la presencia anecdótica de las formas 7 y 9, aunque sin duda el porcentaje más alto dentro de la producción lo constituyen las piezas indeterminadas (10%), sobre las que cabrá trabajar más a fondo y de manera monográfica en el futuro. Entre todas estas destaca un fragmento de panza (probablemente de un *urceus* tipo Cartagena) sobre el que se puede leer parcialmente un grafito post-cocción: *MVRTI[* (fig. 236.8). Entre los análisis que cabrá desarrollar en lo sucesivo se incluyen también piezas no identificadas que en el caso de este contexto ascienden a un total de 17 individuos, uno de los cuales, un rallador (fig. 243), ha sido estudiado en profundidad (*vid. infra*).

5.1.2.2.2.4.- Ánforas

Dentro del escaso porcentaje con el que se vienen documentando los envases de transporte en los contextos de Cartagena, en el cardo O de la *domus* de la Fortuna su

presencia es ligeramente mayor (5%), si bien casi todos los individuos (4%) son indeterminados. A pesar de ello el 1% restante ofrece ejemplos de ánforas hispánicas, itálicas, galas y orientales, siendo, dentro de la escasez habitual para estas producciones, un conjunto relevante.

Entre las hispánicas se detectan dos zonas de producción: la Bética y la isla de Ibiza. Comenzando por la primera se ha de hablar de lo que a todas luces es un fragmento residual, un ánfora tipo Campamentos Numantinos. Se trata de un borde de pared recta, con el labio ligeramente engrosado hacia el exterior pero sobre todo al interior, donde su sección es de tendencia triangular (fig. 237.1). Al exterior posee una incisión poco profunda que ayuda a caracterizar la producción, propia de época republicana. Aunque en un principio se ha incluido en la categoría de producciones béticas su pasta es anaranjada, lo que va en sintonía también con las manufacturadas en la zona del Levante peninsular (Carretero, 2004: 435-436). Sobre el origen sudhispánico del otro individuo no caben dudas: un cuello ancho y de borde redondo que se corresponde con el de un ánfora de salazones Dressel 14 (fig. 237.2). Por último cabe señalar la identificación de un individuo de la forma ibicenca P.E. 25. Además de diversos fragmentos de pasta con ondulaciones se detecta un borde de sección cuadrangular con el labio ligeramente cóncavo hacia el interior (fig. 237.3). Se trata de unas características que a pesar de la amplia variabilidad que presenta esta forma se observan en otros ejemplares (Ramon, 1991: 119-122, fig. 47.1 y 48.3), lo que unido al tipo de pasta, de un tono beige al exterior y rosáceo en su sección, corroboran la identificación. En cuanto a las producciones galas se repite el tándem formado por los envases vinarios de fondo plano Gauloise 3 (fig. 237.4) y G. 4 (fig. 237.5), ambos documentados también en la propia *domus* de la Fortuna. Respecto a las itálicas, a excepción de un fondo indeterminado tan sólo se cuenta con un borde de Lamboglia 2 que ha de ser considerado residual dada su antigüedad (fig. 237.6).

Las posibles ánforas lusitanas documentadas son dos individuos del tipo Almagro 51c. A pesar de que poseen un cuello estrecho y un borde exvasado y de suavizada sección triangular que remiten a la mencionada forma (fig. 237.7 y fig. 237.8), plantean algunos problemas de identificación por su pasta. Ésta es de un color beige amarillento y muy depurada, sin apenas inclusiones, que se aleja del aspecto clásico de las producciones portuguesas, de pasta marrón y con abundantes partículas de cuarzo. La Almagro 51c es un tipo desarrollado a partir del s. III en numerosos puntos de la fachada atlántica lusa (Fabião, 2008: 738 y ss.), en un momento en el que también

se imitan las formas de la Gauloise 4 (con la que nuestros bordes también guardan un cierto parecido), producida en diversos lugares de la Bética, lo que implica una amplia variedad de arcillas (Bernal, 2008: 43-44). De hecho la duda surge al observar algunas imitaciones como las del taller de Los Matagallares (Bernal, 1998b: 250-257), ¿estamos en nuestro caso ante una producción bética?

En relación a las piezas orientales destaca un cuello casi completo del ánfora vinaria Kapitän 1, caracterizado por sus paredes rectas, un borde a modo de triángulo invertido y sus asas de sección circular (fig. 237.9). La pasta es de tonalidad rosácea (Kapitän, 1972: 248) y si bien no se puede establecer con precisión su lugar de origen, son por lo normal producciones que transportaban vinos de la isla de Cos y otros puntos del Egeo y la costa de Asia Menor (Murcia, 2007: 103). También de procedencia oriental sería un cuello cónico idéntico al documentado en la *domus* de la Fortuna, con el labio engrosado y superficie ondulada (fig. 237.10). Esta última característica parece remitir a tipos orientales (las ondulaciones no son rectilíneas sino que generan una pequeña espiral). Por último, dentro de las piezas indeterminadas (en cuyo cómputo cada asa cuenta como un individuo dado que son distintas), destaca un pequeño borde de tendencia cóncava y pasta de tono rosáceo-blanquecino al exterior y un rosa más intenso-anaranjado en su sección (fig. 237.11). Recuerda en parte a la terminación del ánfora Púnico Ebusitana 17, con la que también podría coincidir por las características de la arcilla (Ramon, 1991: 110-112, fig. 35.2 y fig. 36.1), si bien tan sólo es una hipótesis.

5.1.2.2.2.5.- Lucernas

La cerámica de iluminación cuenta en los contextos del cardo O de la *domus* de la fortuna con un porcentaje muy destacado (9%), del cual la gran mayoría pertenece a producciones africanas (8%), con tan sólo un individuo de posible origen itálico y el 1% restante formado por tipos locales fabricados a torno.

La pieza supuestamente itálica es un fragmento de *infundibulum* que no puede adscribirse a tipo alguno, de pasta marrón claro, bastante depurada, con partículas de pequeño tamaño principalmente blancas y algunas mayores de color oscuro, está recubierto por un engobe anaranjado, uniforme y sin brillo. Su interpretación gira en torno a una firma impresa conservada en su fondo de forma parcial, donde se aprecian con claridad las letras *DION* precedidas por una posible N y acompañadas de una

pequeña marca triangular en el extremo final de la cartela (fig. 238.1). En principio *]¿N?DION* se identificaría con el alfarero *M. ANTON DION*, un taller poco conocido cuyos hallazgos no son muy frecuentes, aunque hay constancia de ejemplares en lugares como Argel (Bussière 2000: 215[325]) o *Pollentia* (Balil, 1968-1969: 173). Se desconoce la ubicación de la *officina* con exactitud pero las características de la pasta, ligeramente diferentes a las del resto de los fragmentos estudiados, y otras peculiaridades como el acabado del fondo o de la propia marca observadas en algunas piezas de probable procedencia itálica (Bonifay, 2004: 326, nº 1), nos llevan a inclinarlos por este último origen.

En cuanto a las africanas, el grupo mayoritario está formado por el tipo Deneauve VII, de pico redondo, si bien también se recogen cuatro ejemplares más tardíos del tipo Deneauve VIII, por lo general con el pico cordiforme. De las primeras la pieza quizás más interesante es la única que presenta un perfil completo, caracterizada por presentar el sello inciso *VICTORIS* en su fondo (fig. 238.2). En un primer momento apareció dividida en dos fragmentos, uno de la U.E. 1002 y otro de la U.E. 1110 y además no se identificó su firma; las irisaciones del engobe y algunas concreciones hacen difícil la lectura, pero al colocarla a contraluz ésta aparece con nitidez (*vid*. fig.). Se corresponde con el subtipo 1C de la forma Deneauve VII (Bonifay, 2004: 317, fig. 178, nº 20) y también con la forma D X 1 a de Bussière (2000: 105-107) con las que comparte la pasta; la del nuestro es de color beige claro, con abundantes desgrasantes de pequeño tamaño blancos, grises y negros. De superficie rugosa, muestra algunos poros y vacuolas y está recubierta por un engobe semibrillante que varía entre el marrón anaranjado y el negro. El disco no presenta decoración mientras que sobre la *margo* se suceden una hilera de ovas y en el fondo aparece la mencionada firma a lo largo de dos líneas *VIC/TORIS*. El paralelo más importante es una lucerna de Carthago que recoge Deneauve con el mismo sello (1969, 183, nº 834, Pl. LXXVII y CIX) cuya forma, fábrica, motivos decorativos (13 ovas a cada lado), distribución de las letras en la firma e incluso posición del agujero de alimentación hacen de ella una copia idéntica. Entre los ejemplares que se pueden asociar también al tipo Deneauve VII subtipo 1 destaca una pieza fragmentada que no conserva el asa y que probablemente fue sobremoldeada como parece intuirse de la falta de nitidez de su fondo y su pico así como del motivo

[325] La lucerna que aparece aquí recogida (nº 2888) pertenece al tipo D VII y, dado el diámetro considerable de la base, bien podría corresponder con el de nuestro ejemplar.

decorativo del disco (fig. 238.3). Éste representa parcialmente a tres caballos con sus cabezas orientadas hacia la derecha, el primero de los cuales tiene la pata levantada pero de los que sólo el tercero se aprecia con claridad debido a que el engobe es más claro en ese punto. El motivo representa al *carpentum pompaticum* o *tensa*, una gran litera tirada por cuatro caballos que transportaba las imágenes de los dioses durante los juegos circenses (Bussière, 2000: 187, décor II.d.1. (1))[326]. De los restantes fragmentos algunos se vinculan al subtipo 2 según la clasificación establecida dentro del tipo Deneauve VII por Bonifay (2004: 322-323), como pone de manifiesto el hecho de que los motivos centrales no hayan sido tratados con la técnica de la incisión profunda, que posean estrías en la *margo* y que el fondo cuente con dos círculos concéntricos y no esté sellado. Es el caso de una pieza parcialmente conservada con incisiones rectilíneas en la margo y que muestra una avestruz en el disco corriendo hacia la derecha (fig. 238.4), un motivo bien conocido (Bussière, 2000: 204) ya documentado en la cercana *domus* de la Fortuna (*vid. supra*). Completan el repertorio de este tipo dos piezas con la orla del disco exenta de decoración y el fondo con la doble incisión concéntrica: la primera posee un motivo cuadrangular en el disco con un posible reticulado para el que no se han encontrado paralelos (fig. 238.5), mientras que el estado fragmentario de la segunda no aporta mayor información (fig. 238.6). Entre las indeterminadas que no pueden asignarse a subtipos concretos –aunque pertenecen al tipo Deneauve VII– destacan tres fragmentos, el primero de los cuales posee ovas impresas en la orla y trazos de la cabeza de Medusa (fig. 239.1), con la imagen de la Gorgona en posición frontal (Bussière, 2000: 174, décor I.d.5 (1)). El segundo es un trozo muy deteriorado donde se intuye algo de decoración en el disco (fig. 239.2) y el tercero y más significativo posee la margo decorada con corazones impresos (fig. 239.3). Este último pertenece a la forma D X 9 de Bussière (2000: 112), un tipo muy escaso del que este autor sólo recoge dos ejemplares de pasta beige con un engobe de un tono marrón claro, al igual que el nuestro (y un pico equivalente al 4f de su clasificación, con pequeñas incisiones entre la línea recta que lo separa del disco).

En cuanto a las lucernas Deneauve VIII, de pico cordiforme, la más completa es una pieza con una orla de ovas rectangulares y estrechas y un fondo con diversos círculos concéntrico que ha perdido el disco y el asa (fig. 239.4). El motivo de la *margo*

[326] Entre los paralelos que recoge Bussière (2000) *vid*. especialmente los n^{os} 2706 y 2710, Planche 71 y 72 respectivamente, en los que se reconoce el motivo de la lucerna hallada sobre el cardo O de la *domus* de la Fortuna.

es una ova evolucionada que remite a la primera mitad del s. III d.C., pues las más antiguas en forma de herradura y más separadas entre sí son más propias del s. II d.C. (Bussière, 2000: 105-106). Presenta la particularidad de poseer una banda decorativa también bajo el pico. El fondo está marcado por dos círculos concéntricos muy estrechos que encierran en su interior otro pequeño círculo y en la banda que rodea la base parecen apreciarse también pequeños círculos que remiten al motivo tardío nº 77 de Bussière (2000: 235). Dentro del tipo Deneauve VIII un único fragmento de *infundibulum* presenta firma: tres caracteres incisos en su base, dos de ellos incompletos, en los que se atisba a leer *]¿C?EI* (fig. 239.5). En el último se reconoce claramente una I, sin embargo la lectura de los dos primeros reviste cierta complejidad. El segundo puede ser interpretado únicamente como una F o una E. Si aceptamos la primera opción estaríamos ante el final de la primera línea de una marca formada por la conocida expresión *Ex Offi* seguida del nombre del artesano, utilizada en un buen número de firmas y, por tanto, difícil de adscribir a ningún taller. Sin embargo, la primera letra que se observa no parece ajustarse a una O, ya que presenta un pequeño vástago hacia arriba en la parte derecha superior que sugiere el final del signo en esta zona. Aunque podría corresponder a varios caracteres como G o C, atendiendo al corpus de firmas conocidas la interpretamos como esta última, lo cual permitiría vincularla con las marcas *Luccei* o *Stercei*. La relación con el tipo Deneauve VIII viene dada especialmente por la decoración de la *margo*: pámpanos de vid y racimos de uva (equivalente al tipo D X 5b (2ª serie) de Bussière, 2000: 110-111). Los motivos y el hecho de que aparezcan en relieve son referencias inequívocas, como ocurre con otro pequeño fragmento de borde decorado con ramas de laurel[327] (fig. 239.6) que remiten al subtipo 1 dentro del tipo VIII según la clasificación de Bonifay (2004: 328-330). En el caso de otra pieza con la orla surcada por estrías es el trazo curvo del pico cordiforme lo que revela su tipo de pertenencia (fig. 239.7). Por último, destaca un fondo indeterminado de grandes dimensiones y pasta de color muy claro, casi blanquecina, recubierta por un engobe oscuro perdido en buena parte. Sobre el mismo aparece en letras incisas la firma *]SEM* (fig. 239.8), que sólo puede identificarse con *EX OFFI* (u *OFI*) *Q SEM*, es decir, *Ex offi(cina) Q(uinti) Sem(pronii)*. Se trata de una marca bien conocida cuyo taller cabría ubicar en el África Proconsular (Balil, 1968-1969: 169),

[327] Sobre la identificación de la planta a la que pertenecen las hojas coincidimos con la hipótesis de Bussière que las interpreta como de laurel, dado que los pequeños frutos que las acompañan son más propios de este árbol que no del olivo u otras especies (Bussière, 2000: 186, nota 109).

habiéndose planteado además una relación (acaso familiar) de este fabricante con otros africanos con el mismo *nomen*, en concreto *LVSEMPRONI* y *LSEMHA* (Sotgiu, 1968: 133); e incluso con la *officina* de los *Pullanei*, otra influyente familia de la zona en el siglo II d.C. (Deneauve, 1969: 86). Sus productos alcanzaron una amplia difusión en el Mediterráneo occidental, especialmente en el área argelina (Bussière, 2000: 231). En la península podemos destacar un ejemplar con la misma grafía hallado en el interior, concretamente en Segóbriga (Abascal y Cebrián, 2008: 203), si bien es especialmente interesante uno conservado en el Museo de Sassari, muy similar al nuestro por presentar la firma en el fondo y no en el *infundibulum* como suele suceder (Sotgiu, 1968: nº 476, 132-133).

Cerramos la categoría de las cerámicas de iluminación con el comentario de las lucernas a torno de producción local, representadas con once ejemplares. El contexto es muy interesante porque en él se documentaron unas piezas que definimos como una variante "de transición" entre las formas del s. II d.C. y el s. III d.C.: la lucerna a torno del tipo 1B (Quevedo, 2012b: 337). Nueve de los mencionados individuos pertenecen a la variante 1A, pero los dos restantes parecen presentar unas diferencias que preludian la forma típica del s. III d.C., (lucerna a torno 1C) y que aparece ya asociada a TSA C. Sus características más notables son dos. La primera, un cambio en la orientación de sus paredes, quedando por primera vez el borde en línea con la misma, sin acabar en un labio entrante; la segunda reside en el fondo, cada vez más estrecho y en el que no siempre se aprecian las marcas de la cuerda de alfarero, empezando a aparecer irregularidades (fig. 239.9 y 239.10). De éstas últimas parece derivar la base apuntada característica de la fase más tardía, si bien nuevos hallazgos habrán de reforzar tales conjeturas.

5.1.2.2.3.- Cronología

Si bien en un primer momento la *domus* de la Fortuna y su cardo O habían sido analizadas conjuntamente (Quevedo, 2009b: 9), la reconsideración de este enfoque debido a que la calzada pudo mantenerse transitada por más tiempo nos ha llevado a separar ambos sectores. Esto ha permitido matizar la cronología y a su vez desvincular de la vivienda algunos materiales que podrían haberse utilizado de manera errónea para la propia interpretación del edificio (siempre compleja), como por ejemplo el elevado número de lucernas. Por lo tanto si bien en un primer momento se habló de un abandono

conjunto a finales del s. II d.C. sobre el que pronto se alertó de su posible prolongación en el tiempo (Fernández Díaz y Quevedo, 2011: 293, nota 26), con los nuevos datos es posible postergar la mencionada fecha tal y como ha sucedido con el abandono de la vivienda.

En primer lugar destaca el escaso porcentaje de producciones como paredes finas y, sobre todo, TSG. La ausencia de esta última no es tan sorprendente porque no aparezca a finales del s. II d.C. (momento del que no es propia) si no porque sí hacía acto de presencia en otros contextos de dicha cronología en la ciudad. En cuanto a la sigillata africana A el tipo mayoritario es H. 14A, típico de finales del s. II d.C. e inicios del s. III d.C., que aparece acompañado con otras formas también tardías como H. 27 o H. 3C y H. 6C. Resulta significativa la ausencia de cuencos lisos de las formas H. 8 y H. 9, abundantes en esta horquilla cronológica, pero sobre todo destaca la pátera Atlante LXXII, 2, un ejemplar completo de la variante C de Bonifay que este autor ubica en la primera mitad del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 159-162). Creemos que el único individuo informe de TSA C documentado ha de considerarse residual. Junto al mismo cierra el repertorio de la vajilla fina un posible cuenco en TS Clara B que iría en línea con esta cronología mencionada hasta el momento para el resto de piezas y el fragmento de vaso oriental con el motivo de la *anus ebria* que analizamos en líneas inferiores. En cualquier caso aludimos aquí a su datación, que en línea con la de otros productos plásticos de Cnido se sitúa entre los s. II-III d.C. (Baldoni, 2003: 7). Así lo confirman los hallazgos con forma de carnero de la misma procedencia en otros puntos de la ciudad (Murcia, 2007: 102) y las botellas africanas de la *anus ebria* (Barbera, 1992: 172; Salomonson, 1980: 69,) algunas de las cuales firmadas por *officinae* como *PVLLAENI*, también produjeron lucernas en dicha época (Salomonson, 1982: 197).

En cuanto a las formas de cocina poco se puede aportar que no se haya dicho ya sobre los escasos fragmentos itálicos y de engobe rojo pompeyano, en concreto sólo destaca una forma perteneciente a los primeros, la sartén Celsa 84.13596, de cronología republicana y que cabe interpretar como material residual (Aguarod, 1991: 96-98). El mayor porcentaje dentro de la categoría es el de las cerámicas africanas y una vez más son las cazuelas H. 23B y H. 197 junto con la tapadera H. 196 las que predominan indiscutiblemente. Le siguen la tapadera H. 182, producida en la categoría B, y el plato/fuente H. 181, que inclina siempre la datación hacia el último cuarto del s. II d.C., en especial si es la variante C, con la pared curva pero el borde menos entrante (Bonifay, 2004: 214). Lo mismo podemos aplicar a la forma Uzita 48.1, presente con

tres ejemplares, cuya cronología parece confirmarse como tardía, quizás sin que su distribución arranque antes de mediados del s. II d.C. Entre las piezas que aparecen de forma más aislada destacan los cuatro bordes de la infrecuente cazuela O. II, 312, que puede perdurar hasta mediados del s. II d.C. (Aguarod, 1991: 274) o la tapadera H. 185 similar a la forma Pupput 1 que recoge Bonifay (2004: 232-234) y que recuerda concretamente al tipo de su fig. 124.2, procedente de los niveles de frecuentación de la necrópolis de principios del s. III d.C. Con más individuos cuentan las formas H. 131, H. 200 y especialmente O. I, 270, una cazuela que se extiende hasta la primera mitad del s. III d.C. (Atlante I, 1981: 221) tal y como se constata en algunos hallazgos recientes, caso del pecio Arles-Rhône 3 (Djaoui, 2011: 49-52). En cuanto a la cerámica reductora de cocina, su presencia es característica en contextos de finales del s. II e inicios del s. III d.C. como se ha visto en casos precedentes en los que las ollas 2 y 3, siempre dominantes, aparecen en proporción semejante a como lo hacen aquí.

Respecto a la cerámica común se repiten las dataciones de tipos como la jarrita africana Bonifay 50, que parece más propia del s. III d.C. pero se detecta ya a finales del s. II d.C. como sucede en Ostia. En el caso de la cerámica común oxidante o ERW3 ya se ha explicado la amplitud de su cronología, en línea con la de la cerámica reductora, que puede perdurar desde finales del s. I d.C. hasta mediados del s. III d.C. Algunas de las formas documentadas con mayor porcentaje en este contexto como el cuenco de borde vuelto de la forma 1, el dotado de un pitorro de la forma 6, la *peluis* tipo Cartagena y sobre todo los dos *urceus* más abundantes son también las más frecuentes en casos anteriores fechados entre época tardonantonina y severiana. Las ánforas son especialmente interesantes, si bien algunas como el tipo CC. NN. o la Lamboglia 2 han de considerarse residuales. Dressel 14 se documenta en el s. II d.C. y el ánfora P.E. 25, aunque surge hacia mediados del s. I d.C. puede perdurar hasta finales del s. II d.C. e incluso mediados del s. III d.C., habiendo aparecido en contextos con TSA A y C (Ramon, 1991: 164-166). Los envases vinarios Gauloise 3 y G. 4 son formas típicas de la Narbonense bien difundidas –con especial amplitud ésta última– entre los s. I-III d.C. (Laubenheimer, 1985: 390-392), registradas también en los niveles de finales del s. II d.C. e inicios del s. III d.C. de la *domus* anexa al cardo. En cuanto a las posibles Almagro 51c, a pesar de que Keay (1984: 178) recogía un ejemplar de finales del s. II d.C. procedente de Tipasa, en general su cronología no se considera anterior a los inicios del s. III d.C. (Márquez y Molina, 2005: 145-147). Por último entre las orientales se repite el fragmento de borde con ondulaciones al exterior que se asigna a esta familia

y que también se documenta en la *domus* de la Fortuna por lo que, aun indeterminado, se puede considerar de la misma cronología. El único tipo bien definido con dicha procedencia es un ánfora Kapitän 1, que junto con la Kapitän 2 (documentada en la cercana C/ Beatas en un contexto de inicios del s. III d.C.; Murcia, 2007: 104, fig. 7) sirvió para distribuir el vino del Egeo, alcanzando diversos puntos del Occidente mediterráneo durante los s. I-II d.C. (Panella, 1986). Una cronología cada vez mejor conocida (Koehler y Wallace Matheson, 2004) que se prolonga durante el s. III d.C. según corroboran diversos contextos y hallazgos como los del pecio siciliano de Punta Mazza, en Milazzo, fechado en la primera mitad de dicha centuria (Ollà, 1997).

De las lucernas cabe destacar especialmente aquellos ejemplares con firma que aportan una información más detallada para la datación del contexto. La única pieza de supuesta procedencia itálica, que cabría relacionar con el alfarero *M ANTON DION* se fecharía entre finales del s. II e inicios del s. III d.C. (Bussière, 2000: 215). Las africanas, tipos Deneauve VII y VIII se sitúan entre la segunda mitad del s. II d.C. y la centuria siguiente. Entre las piezas firmadas *VICTORIS* podría ser una de las más tardías, a pesar de que en un momento inicial se propusiera para el ejemplar idéntico hallado en Carthago una cronología de entre 150-200 d.C. (Deneauve, 1969, 183, nº 834). Bonifay recoge un ejemplar fragmentario del tipo Deneauve VII subtipo 4 (Bussière D VI) con la inscripción, también incisa, I/TORIS (Bonifay, 2004: 322-325, fig. 181, nº 4); pero de este grupo sólo consigue fechar uno de los ejemplares entre 225-250 d.C. La forma equivale al tipo D VI de Bussière, para el que este autor da una cronología exclusiva de la 2ª mitad del siglo II d.C. (Bussière, 2000, 101-102). Por otro lado, Sotgiu (1968, 142) asocia a la misma familia alfarera la firma incisa EX *OFI/VICTO/RIS*, encuadrando su producción desde finales del s. II a inicios del s. III d.C., datación que amplían hasta el final de dicha centuria dos ejemplares procedentes de Carthago y Tipasa (Bonifay, 2004: 329-331); varios ejemplares argelinos se fechan exclusivamente en el primer cuarto del s. III d.C. (Bussière 2000, 232). Los numerosos hallazgos en África Proconsular sitúan con claridad el taller en esa zona, si bien no hay que confundir esta firma con la de otras *officinae* homónimas tanto de finales del s. I d.C. (de posible origen itálico), como especialmente del primer cuarto del s. IV d.C., situada en Mauretania Cesariense (Bussière 2000, 124-125)[328]. La ausencia del término

[328] Caso de varias lucernas firmadas como *VIC VICTOR* y *VICTORINVS* entre otras que formaban parte de un total de 250 ejemplares encontrados en el pecio de la Pointe de la Luque B, fechado hacia finales del s. III principios del s. IV d.C. (Volpe, 1998: 598-601).

EX OF y de una doble circunferencia en el fondo de nuestro ejemplar permitirían situar nuestro ejemplar en los momentos finales del s. II d.C. (Bonifay, 2005, 32; Atlante I, 1981: 186-188), si bien no hay argumentos que impidan prolongar esta datación hacia el s. III d.C. Entre los restantes ejemplares del tipo Deneauve VII, muchos se fechan entre la segunda mitad del s. II d.C. y el primer tercio del s. III d.C. como ponen de relieve los hallazgos de Pupput, caso por ejemplo del decorado con una avestruz en el disco (Bonifay, 2004: 322). Los del tipo Deneauve VIII, como el decorado con laurel o el que presenta hojas de parra, ambos motivos siempre en relieve, son propios de la primera mitad del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 329-334). Este último cuenta además con una firma que podría ser *LVCCEI* o *STERCEI*. El primer caso correspondería a un alfarero bastante difundido y conocido en el Mediterráneo occidental cuya producción se fecha entre los años 175 y 225 d. C. si bien no sobre lucernas con esta clase de decoración. La firma *STERCEI* aun siendo menos conocida ha sido atestiguada mayoritariamente en ejemplares de este tipo, aunque la difusión de sus productos parece reducirse al ámbito africano, especialmente al área de Carthago en la primera mitad del siglo III d.C. (Bonifay 2004, 331-334). Por último la firma interpretada como EX OFFI Q SEM sobre un fondo indeterminado se encuadraría según diversos autores entre los siglos II y III d.C. (Rodríguez Martín y Alonso, 2005: 49; Bussière; 2000: 231). Cierra el apartado de las lucernas un pequeño grupo de las fabricadas a torno, consideradas una producción local. Aunque entre los ejemplares documentados el tipo 1A es el mayoritario (s. I y sobre todo s. II d.C.), la aparición de una variante que parece transitar hacia la forma más tardía y que hemos definido como 1B, se situaría entre finales de época antonina y comienzos del s. III d.C.

Los diversos motivos expuestos nos llevan a postergar la cronología que hasta ahora manejábamos para la secuencia estratigráfica documentada sobre el cardo O de la *domus* de la Fortuna. Si bien comparte muchos de sus materiales con otras intervenciones que se pueden fechar en las décadas finales del s. II d.C., la existencia de ciertas formas que parecen exclusivas del s. III d.C. nos lleva a proponer una datación de época severiana. Quizás por la prudencia que otorga la cronología de otras piezas en contextos de finales del s. II e inicios del s. III d.C. se pueda tomar 190 d.C. como fecha de partida, pero a grandes rasgos creemos que el contexto puede fecharse entre 200-220 d.C., un término *ante quem* marcado por la ausencia –a excepción de un único fragmento informe cuya fiabilidad es discutible– de TSA C. En cualquier caso no cabe

olvidar la particularidad de unos niveles que se formaron en una zona abierta y a todas luces transitada, cuya falta de mantenimiento fue provocando un paulatino colapso cuyos ritmos fueron con toda probabilidad distintos a los de otros espacios cerrados. Sea como fuere antes de mediados del s. III d.C. la zona quedará completamente abandonada como se desprende del hiatus que se documenta en el registro arqueológico hasta época moderna.

5.1.2.2.4.- Profundizando en el estudio del *instrumentum domesticum*

Entre los materiales hallados en los contextos que cubrían el cardo O de la *domus* de la Fortuna se cuentan dos piezas que debido a su singularidad han sido trabajadas de forma monográfica al amparo de la tesis, motivo por el que consideramos adecuada su inclusión en este último punto. Análisis de este tipo permiten profundizar en el conocimiento del *instrumentum domesticum* de los s. II-III d.C. y, más allá de cuestiones crono-tipológicas (que también se tienen en cuenta), nos llevan a reflexionar sobre aspectos de la vida cotidiana en la colonia. Aspectos que nos acercan a los modos de alimentación en *Carthago Noua* en un momento histórico muy concreto e incluso nos permiten plantear hipótesis sobre el nivel cultural de un sector de la población, completando así un discurso narrativo que con frecuencia sólo se elabora desde los textos clásicos. Los dos objetos en cuestión son un vaso plástico de Asia Menor que representa a una "vieja borracha" y lo que hemos interpretado como un rallador cerámico. A continuación reproducimos parte de las palabras consagradas a las mencionadas piezas: el vaso oriental (Quevedo, 2010b) y el utensilio de cocina (Quevedo, 2011b).

5.1.2.2.4.1.- La *anus ebria*. Un vaso plástico de Asia Menor

La pieza en cuestión es el cuello de una botella con forma de cabeza femenina (9'5 x 5 cm) fabricada mediante un molde bivalvo. El rostro muestra unos rasgos bien definidos que permiten distinguir con nitidez un ojo, una ceja, la boca entreabierta y unos pómulos muy marcados (fig. 240a). El pelo está cubierto parcialmente por un

pañuelo[329] y recogido en un moño por cuatro *acus crinalis*[330]. Se estrecha en su parte superior y, en el lado derecho, en el punto en el que unen las dos mitades del molde, se observa el arranque de un asa que acabaría cerca de la embocadura. Iconográficamente representa a la "vieja borracha"[331], un personaje cuyas primeras figuraciones aparecen en la cloroplastia del s. IV a.C.[332] inspirado en las comedias griegas del momento (Laubscher, 1982: 118). Siguiendo esta tradición, entre los siglos III y II a.C. Mirón de Tebas creó una célebre escultura de mármol[333] de la que dan noticia las fuentes antiguas (Plinio, *N.H*. XXXVI, 32). Se trata de una anciana sentada en el suelo que sujeta entre sus rodillas un *lagynos* decorado con hiedra[334] al tiempo que lo cubre con sus brazos de modo que nadie pueda quitárselo (fig. 241a). Su único consuelo frente a los misterios de la vida, que debe afrontar en su solitaria vejez, no es más que su botella de vino (Bieber, 1955: 81, Fig. 284). A consecuencia del éxtasis provocado por la embriaguez mantiene la mirada perdida hacia lo alto al tiempo que la boca, casi desdentada, queda entreabierta[335]; rasgos expresivos comunes a la terracota de Cartagena.

En cuanto a la discusión sobre la procedencia de la pieza, la pasta guarda un gran parecido con las producciones de Cnido (Murcia, 2007: 95-97; Baldoni, 2003: 7-10; Hayes, 1972: 411): sin apenas vacuolas y con pequeñas inclusiones micáceas, es de un tono anaranjado claro y está recubierta sólo en el exterior por un engobe de baja calidad de un naranja más intenso con un ligero reflejo metálico, poco homogéneo y muy diluido, que se ha desprendido en gran parte (fig. 240a). A pesar de que el motivo surge en época helenística y que las formas a molde de Cnido se documentan desde la

[329] Aunque puede parecer una diadema o algún tipo de gorro, se trata de un pañuelo que no cubre enteramente la cabeza (Bieber, 1955: 81). En el caso de Cartagena además, presenta decoración en el borde.

[330] El peinado, con la posición de las agujas "a las 2 y a las 10" es típicamente romano, así como los propios *acus*, utensilios empleados solamente por mujeres (Stephens, 2008: 116-117, fig. 6-7), un punto más a favor de la identificación femenina del rostro.

[331] El trabajo de referencia para este modelo con matices sobre multitud de aspectos sigue siendo *Die trunkene Alte: das Lachen der Verhöhnten*, de P. Zanker (1989).

[332] La coroplástica siciliana, orientada preferiblemente hacia temas caricaturescos y cómicos, documenta a través de un conjunto de estatuillas de finales del s. IV a.C. el tema de la "vieja borracha" al mismo tiempo que la literatura (Greco, 1983-84: 687. Para referencias a figuras de dicha cronología *vid*. pp. 688-689).

[333] Para lo concerniente a la estatua y sus paralelos *vid*. Sande, 1995.

[334] El *lagynos* es una botella de vino empleada en festivales dionisíacos del período helenístico (Bieber, 1955: 81, nota 34) como los celebrados en el Egipto ptolemaico (Andreae, 2001: 98). La decoración con hiedra, al igual que otros motivos relacionados con la esfera dionisíaca como sátiros, ménades, erotes que vendimian, Pan… etc, son a su vez los que cubren la mayor parte del repertorio formal de las producciones cerámicas de Cnido: *oinophoroi*, pequeñas ánforas de cuerpo ovoide o troncocónico, *pelikai*, jarras cilíndricas de boca trilobulada, copas y *skyphoi* (Baldoni, 2003: 10).

[335] En el ejemplar de Cartagena no se acierta a distinguir si es la encía desprovista de dientes o la lengua lo que asoma entre los labios, algo también propio de las representaciones escultóricas de este modelo (Sande, 1995: 33).

segunda mitad del s. I d.C. (Mandel, 2000: 57) el paralelo más exacto lo tiene en una botella africana –de hecho en un principio fue catalogada como tal– que también representa a la "vieja borracha". Se trata de un tipo bien estudiado[336] del que se conocen varios ejemplares completos que permiten reconstruir el del caso de la *domus* de la Fortuna. A diferencia del modelo escultórico la anciana aparece sentada en una silla, moldeada separadamente y unida con posterioridad a las otras dos partes que conformaban el cuerpo (Barbera: 1992, 171-172; Hayes, 1980b: 142). El esquema compositivo es el mismo: con un vestido de pliegues toscos la figura abraza el *lagynos* entre sus rodillas mientras dirige su mirada perdida hacia el cielo (fig. 241b). Las formas africanas difieren en detalles como el tratamiento del peinado, generalmente ondulado[337], las arrugas abundantes del rostro, las del cuello (verticales frente a los pliegues horizontales de nuestro ejemplar) y otros aspectos como la existencia de agujeros en las orejas para la colocación de pendientes al igual que en la escultura marmórea (Yacoub, 1969: 105, fig. 114). También en la situación del asa (posterior y no lateral como se documenta en todos los casos) y la decoración del pañuelo, ausente en las demás piezas. Sin embargo, es obvio que el uso repetido de un molde durante el proceso de fabricación daba lugar a copias mal definidas que era necesario retocar. Además eran susceptibles de ser imitadas en otros centros a través del sobremoldeado, tal y como se ha visto con las lucernas, por lo que sus características físicas podían variar. Un ejemplar africano conservado en el *Royal Ontario Museum*[338] con el cabello también recogido hacia atrás, un espatulado lateral claramente visible en la unión de las dos partes del molde y una doble incisión que separa la cabeza de la boca del recipiente guarda mayores similitudes con la pieza de Cartagena (fig. 240b).

A pesar de que los criterios morfológicos no permiten diferenciar la procedencia[339], el análisis macroscópico de la pasta confirma su adscripción a talleres

[336]El trabajo de J. W. Salomonson (1980) es la referencia indiscutible.

[337] Elemento éste que refuerza la cronología tradicional otorgada entre finales del s. II e inicios del III ya que se trata de un peinado propio de época antonina (Salomonson, 1980: 70).

[338] Esta pieza, procedente del mercado del arte, fue recogida por Salomonson, que la vio algunos años antes de publicar su trabajo monográfico en el que explica su posterior desaparición (Salomonson, 1980: 82 y 126, Fig. 43 a-d). Curiosamente en 1976 fue adquirida por el *Royal Ontario Museum* (Hayes, 1980b: 142) cuyo catálogo de lucernas griegas y romanas se publicó al mismo tiempo que el artículo de Salomonson sin que aparentemente éste supiese que la pieza había vuelto a aparecer. Los caracteres de la firma, *AVGENDI*, así como otras marcas en superficie no dejan dudas respecto a su identificación como el mismo ejemplar.

[339] A excepción probablemente de la ausencia de orificios para pendientes, rasgo común entre los ejemplares africanos y el recogido del pelo, que sólo en el caso de Cartagena presenta *acus crinalis*.

sudoccidentales de la península de Anatolia[340]. Si bien no se ha encontrado un tipo idéntico existen recipientes moldurados con representaciones del rostro de la *anus ebria* –fácilmente reconocible por el peinado y el exceso de arrugas– tanto en Pérgamo (fig. 242a) como en Cnido (fig. 242b). Durante el período de mayor prosperidad de este último centro (s. II d.C.), es probable que otros de la propia Asia Menor realizasen con la misma técnica imitaciones locales de estos recipientes (Baldoni, 2003: 3). La relación entre ambas ciudades queda constatada a través de la similitud que guardan ciertos tipos de formas fálicas, así como *askoi* y vasos antropomorfos (Mandel, 1988: 211). La prueba más evidente de que botellas de la "vieja borracha" fueron fabricadas en la región es un fragmento de molde hallado en Pérgamo –desgraciadamente perdido durante la II Guerra Mundial– que reproduce la misma forma (fig. 242c). Aunque no hay argumentos para especificar la zona del taller, a favor del área de Cnido se halla la propia difusión de las producciones, que a diferencia de las de Pérgamo –restringida a la zona costera y las islas de Grecia y Asia Menor con algún ejemplar hallado en el Norte de África y el Mar Negro (Baldoni, 2003: 4-6, fig. I-II)– se extiende hacia el Mediterráneo central, llegando a alcanzar puntos más occidentales. Así lo muestran los casos del S de Francia (Marty, 2011) o los ya mencionados de Cartagena, representados hasta la fecha por los vasos con forma de carnero (Murcia, 2007).

En cualquier caso el comercio de estas botellas sería minoritario (como evidencia en sí el transporte de formas cerradas de vajilla fina, más difíciles de estibar en la carga de las naves) y las piezas tendrían con probabilidad un carácter suntuario. Entre los criterios que caracterizaban el lujo en época imperial destacaba el material en que estaban hechos los objetos (en este caso su posible contenido, sobre el que se reflexiona más adelante) y su origen lejano. El factor geográfico era especialmente importante dado que el coste del transporte implicaba un valor generalmente elevado (Dubois-Pelerin, 2008: 241). En la exclusividad del producto también entraba el acceso al mismo y la posibilidad de hacer extensivo su consumo a un número mayor o menor

[340] No hay que olvidar que para la producción africana, al igual que ya se ha apuntado para las *ampullae oleariae* y los vasos antropomorfos de las *officinae* de *Nauigius*, el origen del tipo que se copia es siempre oriental (Baldoni, 2003: 30-31; Salomonson, 1980: 100-102; Carandini, 1970: 781). *Vid*. la interesante discusión entre J.-W. Salomonson y P.-A. Février tras la exposición del tema de la "vieja borracha" por parte del primero en el congreso de Cartago (1980) en la que se reflexiona sobre los vínculos comerciales entre Asia Menor y África y la posibilidad de que el motivo iconográfico pudiese surgir en cualquier punto del Mediterráneo en función de una demanda de imágenes caricaturescas (P.-A. F.) o bien respondiese a una relación concreta (J.-W. S.) como apuntaría el hecho de que las piezas sólo apareciesen en determinadas áreas (Salomonson, 1982: 209).

de personas[341]. De hecho por la obtención de ciertos perfumes, ungüentos y bálsamos podían pagarse sumas astronómicas, lo que los convertía sin duda en indicadores de la opulencia de las clases pudientes (Dubois-Pelerin, 2008: 232-235). Parece pues que esta botella no fue un objeto frecuente en los contextos del Mediterráneo occidental; sin embargo no nos interesa tanto el carácter suntuario de la pieza como la lectura que de ella podían hacer quienes la utilizaban, algo en estrecha relación con su posible contenido.

5.1.2.2.4.1.1.- La vieja borracha y el poder de las imágenes

Antes de entrar a valorar la elección del motivo iconográfico de la *anus ebria* sobre este tipo de envase cabe reflexionar brevemente sobre su posible función, una cuestión que se mantiene abierta si bien son dos las hipótesis que prevalecen. La aparición de algunas inscripciones de carácter "cómico-profiláctico" relativas al vino en ejemplares africanos así como el propio motivo de la botella ha hecho pensar en tal contenido (Salomonson, 1982: 198-202, Carcopino, 1920: CCIV-CCVII). Además, para algunas producciones como las de Cnido la misma difusión de las piezas parece ligada directamente a la exportación del vino (egeo en este caso; Baldoni, 2003: 93). La otra posibilidad es que contuviesen aceites perfumados, bálsamos u otras sustancias suntuarias que debían ser administradas en pequeñas cantidades como ocurre con las *ampullae oleariae* o los vasos de carnero, en las que la estrechez de la boca no permitía la salida abundante de contenido (Murcia, 2007: 95 y 102). En esta línea es de especial interés el análisis realizado a una botella norteafricana de la *anus ebria* hallada en un excepcional estado de conservación en Valencia (Jiménez *et alii*., 2007: 232-233), que junto con un fragmento de Tarragona (Bernal, 1995a: 265-266), constituyen los dos únicos ejemplos de esta procedencia hallados en *Hispania*. Tras tomar numerosas muestras de una película que cubría el interior del recipiente (también algunos puntos del exterior) y analizarlas se concluyó que se trataba de una resina de la familia de las pináceas[342] destinada a su impermeabilización (Roldán *et alii*., 2007: 243-252). En cualquier caso, la cuestión sobre si las botellas orientales de la "vieja borracha" y las

[341] Hipótesis aplicable, por ejemplo, en el caso de que la botella de la *anus ebria* contuviese un vino oriental de especiales características. Para una interesante digresión sobre cómo la ostentación alimenticia revela un "comportamiento de clase" (aplicado en este caso a la Edad Media), *vid*. Montanari, 2008: 89-104.

[342] Una sustancia también utilizada para impermeabilizar algunas ánforas, *vid*. Garnier, 2007: 41-45.

africanas contenían el mismo producto o si bien la imitación del modelo por parte de los talleres norteafricanos implicaba un nuevo uso sigue abierta. En nuestro caso las diversas razones aducidas, entre las que destaca el propio motivo de la anciana ebria y su vinculación a una zona productora de vino, nos llevan a interpretarla como una botella destinada a contener este líquido.

Entre las diversas piezas que componían el repertorio de Cnido no hay que olvidar que además de formas cerradas hay *vasa potoria*, algunos decorados con elementos báquicos (Baldoni, 2003), lo que refuerza a su vez su vinculación con el vino y muy probablemente con el culto y las festividades dedicadas a Dioniso/Baco. A pesar de nuestras dificultades para aproximarnos a la percepción de los romanos, es evidente el carácter "divertido" de algunas de estas piezas tal y como recoge literalmente Luciano de Samosata al hablar de ciertas producciones lascivas que podían encontrarse en el Oriente del s. II d.C., algunas cercanas a santuarios[343]. El mejor ejemplo son los llamados "vasos-sorpresa", para uno de los cuales hallado de forma fragmentaria en Fos-sur-Mer se ha planteado una reciente hipótesis de reconstrucción (Marty, 2011: 638-639). Se trata de unos cubiletes con un falo cerámico en su interior cuya parte superior estaba hueca, de modo que al llenar el vaso de vino éste asomaba por encima del líquido (fig. 242d). En el caso de la *anus ebria*, estamos ante un personaje conocido del teatro que provocaría probablemente hilaridad, como denota su aspecto grotesco, de edad y fealdad exageradas. Era una caricatura de cualidades morales opuestas a las que se esperaba del ciudadano griego[344], que tenía en las representaciones teatrales una válvula de escape frente a las normas de comportamiento imperantes (Zanker, 1989: 22-24). La propia escultura marmórea de la vieja borracha, después imitada en estos recipientes de barro, surgió en un momento en el que el arte helenístico, junto a los hermosos cuerpos de dioses, héroes y atletas, representó también la vejez en todos los aspectos de la decadencia física con una serie de modelos del que el nuestro es un claro exponente (Becatti, 1961: 163-177, fig. 130). El cuerpo, de carnes flácidas y una extrema delgadez, muestra unas marcadas clavículas así como numerosas arrugas en cuello y cara (fig. 241a). En contraste con la miseria de su forma viste ropas caras al igual que pendientes[345] y dos anillos, dejando ver que el decrépito personaje –además

[343] *Cit*. a través de Marty, 2011: 639.
[344] Para una ampliación del tema de la caricatura en los vasos plásticos imperiales *vid*. Barbera, 1992.
[345] En los lóbulos de las orejas queda el orificio para la colocación de arracadas auténticas.

interpretado tradicionalmente como una hetaira o cortesana[346]– conoció días mejores (Andreae, 2001: 98-99, fig. 58-59; Zanker, 1989: 32-36). El poder de las imágenes no fue exclusivo de los programas marmóreos augusteos; en la mayoría de los casos es evidente que su uso escapa a nuestra percepción, especialmente en aspectos humorísticos que, como acredita este caso, sin duda también existieron (Clarke, 2007: 15-19). Beber vino de una botella que representaba a una vieja borracha que a su vez se aferra a una botella destinada a la misma finalidad sin duda fue un motivo elegido con una clara intencionalidad, para nosotros, humorística. Al igual que los temas o la disposición de las pinturas murales de una habitación no responden a arte por azar y permiten comprender el espacio en el que se sitúan, tampoco los motivos decorativos de piezas como la analizada pueden ser entendidos como fruto de la casualidad o la mera subjetividad del artesano.

El curioso ejemplo de una popular jarra inglesa para beber de época moderna ilustra con claridad nuestros argumentos. Se trata de unas piezas antropomorfas conocidas como "Toby jugs", fiel reflejo de la influencia en la cerámica del ingenio y el sarcasmo del mundo literario y artístico de la Inglaterra de finales del s. XVIII (Mortley-Fletcher, 1985, 180-181, de quien tomamos las ideas que siguen). En 1761 un reverendo, F. Hawkes, publicó una serie de poemas entre los que se incluía uno del italiano G. Amalteo llamado "Metamorfosis" dedicado al borracho Toby Fillpot y que Hawkes subtituló en su traducción como "Toby reducido". Los últimos versos dicen así: "Cuando su cuerpo llevaba muchos años bajo tierra / y el tiempo lo había vuelto a convertir en barro / Un alfarero lo encontró descasando tan ricamente / Y con una parte del gordo Toby hizo esta jarra marrón". El poema inspiró un grabado que representaba al personaje fumando y bebiendo y de éste a su vez R. Wood y diversos alfareros de Staffordshire hicieron una serie de jarras que llegaron a ser muy populares, perdurando su producción hasta la actualidad. Entre los distintos modelos también se representó a Martha Gunn, una asistente de baños de Brighton que alcanzó una gran celebridad cuando las inmersiones marinas comenzaron a popularizarse en la segunda mitad del s. XVIII. Se la representa sentada de forma similar a como lo está Toby, con una botella en la mano y con tres plumas en el tricornio, el símbolo del Príncipe de Gales, con quien mantenía una buena relación respecto a la cual corrían diversos chismes en la época (fig. 241c). La similitud que la jarra Martha Gunn guarda con la *anus ebria* romana es

[346] O una sacerdotisa de Dionisos (Jiménez *et alii*., 2007: 232-233).

sin duda casual, aunque no por ello menos sorprendente. En cualquier caso, independientemente del modelo iconográfico, se trata de un personaje muy del gusto del humor de la época, si bien aquí queremos insistir sobre el hecho de que quienes bebían en la jarra identificaban la imagen con toda probabilidad

A propósito del reconocimiento de la decoración, en este caso sobre lucernas, reflexionaba en una reciente charla A. Morillo explicando que ésta cambiaba de unos territorios a otros y que era leída de forma distinta según el nivel cultural[347]. Así por ejemplo, ¿distinguía un provincial de cualquier pequeña ciudad un tema epicúreo como el de los placeres de la vida ante la brevedad de ésta cuando observaba una lucerna con dos esqueletos hablando? ¿Veía en un creciente lunar uno de los atributos de Diana o tan sólo un motivo aislado en lugar de una alusión a la divinidad? La decoración de los productos hubo también de adaptarse a cada región y a su vez el nivel cultural del comprador (junto a sus necesidades en el momento) hubieron de incidir en la elección de una u otra escena. Así pues volviendo sobre el ejemplar de la *anus ebria* de *Carthago Noua*, ¿eran conscientes quienes utilizaron esta botella del motivo iconográfico representado? ¿Podemos ver en la misma el reflejo de unas clases cultas que entendían el sentido tragicómico del decrépito personaje teatral mientras consumían el vino oriental que contenía? Unas preguntas de difícil respuesta, máxime al no poder vincular la pieza a un espacio de habitación del que recabar más datos, pero sobre las que cabrá profundizar en nuestro camino hacia el conocimiento de la sociedad de la colonia en los s. II-III d.C.

5.1.2.2.4.2.- Un rallador cerámico de cocina

La segunda pieza analizada en profundidad es una placa maciza de barro cocido con forma de triángulo isósceles carente de vértice (fig. 243a). Todos sus bordes fueron levantados dando lugar a una concavidad de 1,5 cm de altura excepto el extremo inferior, cuyo acabado es recto. Posee una longitud de 13,6 cm, con una anchura de 5,7 cm en su punto más estrecho y 9 cm en el más ancho. En este último, que corresponde con su parte superior, cuenta además con un orificio irregular creado desde dentro hacia fuera. Toda la superficie interna presenta una serie de incisiones de escasos mm de profundidad con una inclinación aproximada de unos 50º que se remontan también por

[347] A. Morillo Cerdán, I curso "La cerámica romana en Hispania", Madrid, 13-IV-2011.

el borde de manera más aleatoria. Fueron realizadas cuando la pasta estaba aún tierna con un utensilio puntiagudo, al igual que un piqueteado intermitente que se aprecia entre los espacios dejados por las estrías. En la parte inferior, ligeramente curva e irregular, se hace patente el modelado manual de la pieza que en algunos puntos es aplanada como si sobre la misma se hubiese pasado una espátula. A ambos lados de la zona central se aprecia un pulido post-cocción debido con toda probabilidad a su empleo. Salvo una pequeña rotura en el ángulo superior izquierdo y el inferior derecho, se conserva completa.

En el inventario de la excavación el objeto ya fue clasificado como posible utensilio de cocina y a pesar de que no se encontró ningún paralelo, esta adscripción constituía la única hipótesis de partida. Normalmente la cerámica común carece de decoración o presenta motivos ornamentales muy simples debido a un carácter práctico y funcional que la mantiene alejada de criterios estéticos, pudiendo distinguir dentro del amplio repertorio que conforma este tipo de vajilla pastas depuradas y groseras (Olcese, 2003: 19). Las primeras solían emplearse en la elaboración de recipientes para conservas; las segundas en la de aquellos destinados al fuego o a la preparación de alimentos, como ollas y morteros. El acabado burdo e irregular de nuestra pieza lo situaría en esta segunda categoría y en lo que a su función se refiere, el rallado de alimentos parece la más adecuada dado su diseño y características formales. Desde el punto de vista de la tecnología la propia pasta se convierte en un argumento a favor de esta atribución. Es de un color rosáceo, aunque en el exterior adquiere una tonalidad crema más clara que ha de relacionarse con el proceso de cocción ya que no presenta ningún tipo de engobe o tratamiento. Muy áspera al tacto, granulosa y dura, es idónea como superficie abrasiva. En cuanto a la descripción macroscópica de sus componentes destacan pequeñas partículas (0,1 cm) blancas, negras y granates (fig. 243b) aunque estas últimas pueden alcanzar de forma aislada un tamaño superior a los 0,3 cm (fig. 243c). La pasta recuerda enormemente a la de las producciones béticas, si bien nuestro examen no permite certificarlo. No es casual que la de algunos morteros sea muy similar a la de ciertas ánforas (de Alvarado y Molano 1995: 290), ni que los alfareros se decantasen por aquellas ricas en granos de rocas duras que, ante la erosión de la pared, afloraban manteniendo el rallador constantemente afilado (Santrot y Santrot, 1979: 109). Así, a pesar de los prejuicios que en ocasiones puede entrañar un acabado “tosco” de las cerámicas, estamos ante una pieza de cualidades bien diferenciadas (su pasta no se encuentra en otras de la Cartagena del s. II) diseñada para un fin muy concreto.

La existencia de ralladores se constata ya en la cocina de la Grecia Arcaica (Villing y Pemberton, 2010: 614-615) y arranca probablemente de muchos siglos atrás como muestra una pieza inédita del Minoico Medio procedente de Festos (Creta) que incorpora uno en su interior (fig. 244a). A pesar de ello, para el período romano las evidencias materiales son escasas y los textos latinos parcos en definiciones que permitan su identificación. Escribonio Largo, médico del siglo I que lleva a cabo un compendio sobre diferentes plantas –y otras sustancias– empleadas con fines medicinales: raíces, tallos, resinas, gomas… (Martínez Saura, 1995: 444-445) es la única fuente que recoge la acción de rallar (*radere*), (*Comp*. 136): *radix lota et rasa in minimas particulas concisa*. Por otra parte para el sustantivo *radula* sólo contamos con una cita de Columela que hace alusión a un instrumento metálico (*De R. R*. XII, 18, 5): *ferrea curuata radula ducitur quod destilauit* aunque probablemente se trate de un derivado del *cribarium*, con agujeros para destilar el jugo del alimento en cuestión. Si bien no aparece en el completo trabajo de Hilguers (1969) sobre el léxico de los recipientes de mesa y cocina en las fuentes, con el nombre de *radula* se hace referencia en el *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines* a un rallador de bronce (Saglio 1877-1919: 809-810, fig. 5913). El registro arqueológico ha proporcionado otros modelos, siempre escasos (Hostetter, 2001: 136, nº 343; Dosi y Schnell, 1986: 58; Kozloff 1976: 77-79), de láminas metálicas con numerosos orificios idénticas a las existentes hoy día en cualquier cocina (fig. 244b). En cuanto a su representación, el ejemplo más interesante es el de la tumba de *P. Nonius Zethus*. Sobre el relieve funerario de este molinero ostiense se puede observar con detalle parte del instrumental empleado en las panaderías: cestos, *modius* para la medida del trigo, *cribaria* para el tamizado de la harina y lo que parece ser un rallador (fig. 244c). Esta última pieza es una placa ovalada con diversas ondulaciones, idónea como superficie de frotación, que posee un enganche para poder colgarla y de la que se desconoce el material con que fue fabricada, probablemente metal. A partir del s. I d. C. el pan se convierte en un elemento omnipresente en la cocina romana cuya masa puede enriquecerse con líquidos como vino, miel, leche, aceite o alimentos sólidos que necesitarían ser desmenuzados como tocino, frutas confitadas o ajo (André 1961: 21).

Ante el silencio de la literatura y la ausencia de paralelos del caso que nos ocupa se planteó una comprobación empírica de la hipótesis de partida. Análisis como un

raspado de la superficie para la detección de fitolitos, cristales de sílice que se forman en la epidermis de las plantas, habría sido más determinante (Zurro, 2006: 36-39). Sin embargo, ante la imposibilidad de llevarlo a cabo se optó por un ejercicio de arqueología experimental, práctica todavía poco desarrollada en la península ibérica en el ámbito de la cultura material romana como ya se avanzó en el apartado metodológico. Con tal fin se creó una réplica de la pieza en una pasta tosca que diese como resultado una superficie áspera lo más cercana posible a la de la original (fig. 245a). Se calculó la pérdida de un 10% de volumen tras el secado previo a la cocción para que las medidas fuesen similares y en su interior se realizaron las distintas incisiones y el orificio superior. En cuanto a la elección de los alimentos a rallar nos inclinamos por la única referencia conocida en las fuentes sobre las raíces comestibles. Aunque es posible que muchas de ellas no se conserven en los textos debido a que su consumo era desconocido en el nivel social al que pertenecían los autores (André, 1961: 22), tubérculos y bulbos eran una pieza clave de la dieta romana, especialmente de las clases más humildes (Gómez, 1996: 99; Bats, 1988: 63). Como recuerda la inscripción de una lucerna altoimperial: "pan, vino y raíces son la cena del pobre" (*pauperis cena pane vinu radic,* fig. 245b). Sobre esta base se seleccionaron para el experimento productos básicos como rábanos, nabos, cebollas y ajos, descartando otros que también se consumieron pero en menor grado como zanahorias y remolachas (André, 1961: 15-22). Sujetando con una mano el rallador (apoyado sobre un recipiente o mantenido en el aire) y frotando contra su superficie las hortalizas con una cierta fuerza, estas se fueron reduciendo paulatinamente (fig. 245c). El resultado final, satisfactorio en todos los casos, fue una especie de picado o pulpa (fig. 246a) con una textura más densa que la obtenida con un rallador actual.

Por más que no aparezcan con facilidad en nuestro imaginario actual, otros alimentos son igualmente susceptibles de ser rallados, como por ejemplo, la sal. En un retablo del siglo XIII procedente de la iglesia de San Vicente de Liesa (Aragón) donde se representan los distintos suplicios por los que pasó el mártir (Castiñeiras, 2009: 298-299) se muestra un utensilio muy similar al hallado en la *domus* de la Fortuna (fig. 246b). Se observa en una escena en la que dos hombres torturan al santo echando sal en sus heridas al tiempo que yace en un lecho de brasas. Una de las figuras sujeta un cuenco del que extrae la sal y tras pasarla sobre la superficie de lo que sin duda parece un rallador, cae desgranada sobre el cuerpo de Vicente, al que previamente le han infligido diversos cortes. El objeto es de forma triangular y presenta hendiduras en su

superficie (¿orificios?) y un mango en cuyo extremo se aprecia un agujero. Por el tono grisáceo de la imagen podría tratarse de una pieza metálica, aunque no se han de descartar otros soportes como cerámica o madera. Conviene tener presentes las distintas formas de explotación de la sal en la Antigüedad y el modo en que esta se comercializaba, pues aunque las salinas fueron numerosas, algunas regiones del imperio como Centroeuropa y el N de África también destacaron por sus yacimientos de sal de roca (Thurmond, 2006: 236-237). La sal era un elemento con un peso muy importante en la cocina romana cuyo uso podía incluso entrañar una cierta distinción social; se "aliñaba" con diferentes productos que la convertían en uno de los condimentos por excelencia (Martínez Maganto, 2005: 113), habiendo de ser desmenuzada aquella obtenida en forma de cristal de roca en morteros u otras piezas de cerámica común como la que se presenta. En cualquier caso es difícil extrapolar el uso de sal gema procedente de explotaciones interiores al área de Cartagena, dado que la ciudad se abastecería de las salinas que se desarrollaron en el entorno salobre del Mar Menor y otros núcleos cercanos como Mazarrón (Ramallo, 2011: 48).

A pesar de que apenas existen referencias para el mundo romano, un repaso a vuelo de pájaro por la gastronomía de culturas más alejadas tanto geográfica como cronológicamente permite reconocer utensilios muy similares empleados de igual modo. Uno de los paralelos más cercanos se encuentra en la cocina de la Provenza (S de Francia), donde se utilizan "ralladores de ajo". Se trata de piezas con un interior estriado que se obtiene mediante la aplicación de una ruedecilla cuando la pasta aún está fresca. Están destinadas específicamente a esa función y pueden tener desde forma de rectángulos con las paredes ligeramente levantadas a pequeños platos o cuencos (fig. 247a y 248c), pasando por otras de la más variada índole (y gusto) destinadas a los turistas. En la actualidad todas suelen esmaltarse para facilitar su limpieza, evitando que el olor se impregne como ocurría con los morteros cerámicos empleados con el mismo fin, para los que un dicho provenzal recuerda que "siempre olían a ajo" (Duplessy, 2002: 60). En la cocina japonesa existe un instrumento similar para el preparado de ciertos tubérculos, el *oroshigane* u *oroshiki* (Klippensteen, 2006: 74-75). Originalmente se trataba de piezas dotadas de un mango (y también un agujero) revestidas por una placa metálica con pequeños relieves elaborados con una gubia. En la actualidad se han multiplicado las copias en otros materiales como plástico o porcelana (fig. 247b) pero en cualquier caso la diferencia con los ralladores occidentales estriba en la ausencia de

orificios en su superficie, de modo que las pequeñas marcas resultan idóneas para un picado mucho más fino de raíces como el jengibre o el *wasabi*, una variedad de tubérculo autóctona (fig. 247c). Por poner un último ejemplo y remontándonos en el tiempo, resultan especialmente sugerentes las colecciones del Museo de América de Madrid, donde es posible encontrar ralladores confeccionados con las técnicas y los materiales más dispares. Desde platos aztecas (s. XV-XVI) con una superficie estriada para raspar ají (pimiento) (fig. 6d) hasta piezas con hendiduras o incluso piedras incrustadas de la cultura Tumaco-La Tolita (Ecuador y Colombia, 500 a.C.-500 d.C.; fig. 247e y 247f) cuya abundancia indica el papel destacado del tubérculo de la yuca en estos grupos para la obtención harina (AA.VV. 2011: nos inv. 1991/12/09, 03410 y 1981/04/081).

Sin duda podrían encontrarse otros ejemplos pero con los citados sólo se ha querido poner de relieve la variedad de respuestas frente a la necesidad de preparar ciertos alimentos de una manera común: rallándolos. A pesar de que no es posible equiparar una pieza romana a otras originadas en contextos culturales completamente distintos, el diseño de estas –en algunos casos muy específico, destinado a ingredientes concretos y con puntos en común como la ausencia de verdaderos orificios– permite comprender con mayor claridad cuál pudo ser su uso. Obviamente y por más que la experiencia empática sea sugerente, conviene tomar los datos con precaución.

5.1.2.2.4.2.1.- Ralladores para morteros, morteros para rallar

Al aceptar que la pieza presentada es un rallador salta a la vista su carácter de *unicum*, no ya dentro del menaje de cocina de la *Carthago Noua* de los s. II-III d.C., sino incluso a nivel hispano. Si verdaderamente fue una pieza empleada en la preparación en frío de los alimentos ¿cómo es que no es más común? El azar de los hallazgos arqueológicos o su fabricación en soportes que resisten peor el paso del tiempo como la madera o el metal bien podrían responder a esta pregunta, aunque otra solución no menos sencilla es el uso de recipientes distintos para la misma función: los *mortaria*.

Destinados principalmente al triturado de los alimentos, su mezcla y dilución con líquidos diversos, los morteros eran una de las piezas más comunes de la cocina romana y de aquellos lugares en los que se preparaban fármacos, remontándose sus primeras atestaciones en la literatura latina al s. III a.C. (Pallecchi, 2002: 34; Gómez,

1995: 32-33, con bibliografía y fuentes, a las que cabe añadir Apicio: 151,1; 184,2; 199,5; 232,1; 374,8). Su origen arranca en la Grecia del s. VII a.C., donde tiene especial importancia el centro productor de Corinto (Villing y Pemberton, 2010: 559), pero a través de las colonias de Magna Grecia pronto pasarán a Roma. Allí alcanzarán un papel destacado gracias al gusto de los itálicos por las salsas y los condimentos, de sobra conocido por las recetas de la Antigüedad que han llegado hasta nuestros días (Aguarod, 1991: 122-123). Tanto es así que los morteros serán interpretados como un índice de romanización (Baatz, 1977: 153-155), especialmente en provincias como *Hispania* (Serrano, 1995: 231; Aguarod 1991: 121) o las Galias (Woolf, 1998: 187-191), asociando su distribución a la expansión de Roma y la asimilación de nuevos hábitos culinarios. En cualquier caso conviene recordar, en palabras de Bats (1988: 232), que existe una correlación posible pero no necesaria entre la adopción de un recipiente y su uso en su cultura de origen, a pesar de que ello marque al menos una ruptura con los gestos tradicionales. Un buen ejemplo sobre esta reflexión lo encontramos en la provincia de *Britania* donde, más allá del reconocimiento de la forma como un fenómeno indisoluble de la presencia romana en la isla (está ausente en los contextos materiales de la Edad del Hierro), surgen numerosas dudas sobre su empleo (Cool, 2006: 42-46). Su hallazgo en las ciudades más romanizadas del S donde una nueva manera de cocinar pudo ser asumida no carece de sentido, pero sorprende la aparición en cantidades desproporcionadas en asentamientos rurales del N donde virtualmente no se hacía uso de este tipo de cultura material. Cuestiones como una amplia producción local (en algunos casos las imitaciones de los morteros de *terra sigillata* gálica se dotan de un orificio vertedor mal hecho o incluso pintado), un tamaño reducido de los recipientes o trazas de haber sido expuestos al fuego, inclinan a la autora por plantear un uso concreto que difiere del itálico, excluyendo por tanto que su presencia arrastre consigo una forma mediterránea de preparar los alimentos.

Roma no fue una cocina, sino varias y sólo basta echar un vistazo a los contextos de distintas ciudades dentro de una misma provincia o desplazarse desde la costa hacia el interior para entender los cambios que se producen en los repertorios cerámicos. Si, como recientemente ironizaba Cl. Raynaud (2010: 298), es imposible encontrar un "gusto universal" en la era de Mc Donald's, ¡cuánto menos en un Mundo Antiguo en el que Roma habría suplantado la cocina regional de cada pueblo por los platos de Apicio y Lúculo! Tomando como referencia el caso de los morteros esta variedad se pone de manifiesto en *Hispania* donde, frente a las piezas que podemos considerar

"tradicionales" con pequeñas partículas de roca en el interior, se desarrolla un modelo original que en su lugar presenta diversas estrías como superficie de frotación (Vegas, 1973: 28). Este hecho permite plantear algunas cuestiones sobre su función. Identificados como recipientes para la elaboración de salsas y el triturado de diversos alimentos –del que derivaría su propio nombre pues "se mata a la semilla en él" como recuerda San Isidoro (*Etym*. IV, 11, 6)– para autores como Hilguers (1969: 68) estarían más bien destinados a amasar pastas y mezclas similares y en opinión de Raynaud (2010: 294) aunarían todas las funciones: machacar, amasar y raspar. La posibilidad de rallar es obvia, tal y como se ha visto en un ejemplo sudamericano que empleaba el mismo sistema de piedrecitas en su superficie (fig. 247f); además, en ocasiones son definidos como "cuencos con rallador" (*ciotola-grattugia*, Pallecchi, 2002: 35). Es muy significativo el caso de los morteros norteafricanos, donde encontramos una amplísima variedad de tipos en cerámica común cuyo uso se detecta desde el siglo I hasta probablemente el s. VIII (Bonifay, 2004: 249-260). En *terra sigillata* africana también hay formas susceptibles de ser clasificadas como tal, la más conocida de las cuales es la Hayes 91 (Hayes, 1972: 140-144) que ha suscitado ríos de tinta en lo relativo a su cronología y tipología (Quaresma, 2008, con bibliografía) y mucho menos debate en cuanto a su uso (Tréglia, 2002). Este cuenco producido en TSA D, caracterizado por un listel exterior y decoración a ruedecilla en su fondo interno, cuenta con distintas variantes (Atlante I, 1981: 105-108; Hayes, 1972: 144) y parece que sus predecesoras son la Hayes 53B y otras sigillatas derivadas de la forma Salomonson C9 propias del siglo III. Estas últimas pueden presentar en su interior tanto motivos a ruedecilla como granos basálticos (fig. 248a) al igual que ocurre con las variantes precoces de Hayes 91 (fig. 248b), lo que no deja lugar a dudas en cuanto a su relación con los morteros (Bonifay, 2004: 162-165 y 181). Una incógnita que por el contrario surge entre algunos autores para la forma plenamente desarrollada (fig. 51), en la que están ausentes piedrecitas volcánicas. Desde nuestro punto de vista esto no altera su uso pues entendemos, al igual que Tréglia (2002: 290) que la "decoración" no es casual y constituye igualmente una superficie de frotación. El paralelo más evidente lo tenemos en los ya mencionados ralladores de ajo (*gratte-ail*) de la Provenza francesa (fig. 248c), que funcionan de igual modo. Con independencia del mayor o menor relieve interno que pueda presentar Hayes 91, alimentos no muy duros como los ajos se reducen con facilidad. Además estos últimos eran ampliamente consumidos por las clases más pobres –por lo general en plato– y gozaban de especial fama en el N de África, donde se

producía una especie de alioli, el *alium punicum* (Mezzabotta 2000, André 1961: 20). Un ejemplar tardío en TSA D procedente de Valencia, concretamente una forma Hayes 91B (s. V d.C.) que no pudimos incluir en su momento en nuestro estudio monográfico (Quevedo, 2011b) apoya las hipótesis planteadas hasta ahora. Presenta un pico vertedor decorado con una cabeza de león (fig. 248e), como los *mortaria* de TSG producidos cuatro siglos antes, lo que refuerza su interpretación como mortero tal y como fue definido en su momento (Pascual *et alii*., 1997: 184).

Respecto a los *mortaria* hispanos con estrías interiores M. de Alvarado se preguntaba en la reunión sobre cerámica común celebrada en Ampurias en 1995 si en lugar de para machacar no eran utensilios más abrasivos, tipo rallador (Gómez, 1995: 37). Una cuestión que se ve confirmada por el uso de la pieza que aquí se presenta, con la que comparten el sistema de incisiones (tal y como ocurre con otros morteros tardíos de época bizantina, Bonifay 2004: fig. 141.3, commune type 18). De hecho, esto puede explicar la escasez de ralladores, pues dicha función se realizaría con los morteros estriados (fig. 248d). Estos aparecen a partir del s. I en distintos puntos de la *Baetica* y la *Lusitania* (Serrano, 2008: 475; Morais, 2004; de Alvarado y Molano, 1995: 290) aunque al mismo tiempo se desarrollan formas muy similares pero sin ningún elemento específico en su interior, los llamados "cuencos-mortero", sin duda también empleados en la cocina (Serrano, 1995 231-232). En casos como el britano la presencia de *graffiti* sobre algunos de estos recipientes permite distinguir entre aquellos destinados al triturado de los alimentos (*mortaria*) y a su mezcla (*peluis*), (Cool 2006: 43). Para este último tipo de piezas u otras como los ejemplares en piedra que también carecen de raspador interno (fig. 249a), utensilios como el de la *domus* de la Fortuna parecen un complemento perfecto pues permitirían añadir nuevos ingredientes a las salsas durante su elaboración al tiempo que estas se llevaban a cabo sobre una superficie lisa. La mejor evidencia la tenemos en la Grecia Clásica donde queda constancia por las fuentes y la representación de pequeñas figuritas en terracota del uso de ralladores (Villing y Pemberton, 2010: 604-615). Una de ellas muestra, sobre una mula, un mortero con los alimentos a elaborar: tres cabezas de ajos y un queso, así como un rallador rectangular con dos orificios laterales y el *pistillum* para machacar y remover (fig. 249b). Se ha planteado que los ralladores estuviesen fabricados en madera –¿por qué no en cerámica?– y se observa cómo uno de los productos con los que se utilizaban era el queso, como detallan otros ejemplos que confirman el uso del mortero también como bol para mezclas (fig. 249c y 249d). Un interesante paralelo aún más antiguo se localizó

en Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz); una placa fenicia de arcilla cocida con reticulado inciso fechada en la segunda mitad del s. VIII a.C. (fig. 249e). A pesar de su antigüedad con respecto al ejemplar romano aquí analizado, su similitud es más que evidente. De hecho en la publicación donde es recogida se plantea –junto a otras hipótesis más inverosímiles– la firme posibilidad de que el objeto tuviese un uso culinario (Vallejo, 2010: 164-165). La superficie abrasiva que creaba el reticulado y la ergonomía y dimensiones de la pieza, 12,5 x 7,5 cm (muy parecidas a la de la *domus* de la Fortuna, ambas aptas para sostener con la mano) apoyan esta idea, reforzada a su vez por su hallazgo en un contexto doméstico del llamado "barrio fenicio". Como ya confirmaban los anteriores ejemplos griegos, el uso de ralladores en algunas cocinas del Mediterráneo antiguo era una realidad a la que ahora viene a sumarse esta aportación fenicia. El paralelismo de la pieza romana de Cartagena con la misma muestra la pervivencia de un diseño que, como siempre ocurre con aquellos que son prácticos, se mantiene a lo largo de los siglos.

Considerado un recipiente "universal" de la cocina itálica, el empleo del mortero varía según el área geográfica a la que hagamos referencia (en este caso las provincias occidentales), matizando lo que en ocasiones se ha entendido como una forma de cocinar "a la romana" (Raynaud, 2010: 298). Diseñado para triturar, amasar y mezclar, algunos presentan estrías o decoraciones a ruedecilla en su interior que, al igual que ocurre con aquellos poseen inclusiones volcánicas, permiten el raspado de diversos alimentos. Ello no excluye la existencia de otras piezas auxiliares como el rallador aquí estudiado, que viene a completar el repertorio de cocina en la *Carthago Noua* de finales del s. II.

5.1.2.3.- El decumano de Calle Don Roque - Ciprés nº 7

El solar de las C/ Don Roque – Ciprés nº 7, donde se documentó parte de un decumano que discurría en sentido E-O, se sitúa en la zona centro-oriental de la antigua colonia, en la falda del Monte Sacro y muy próximo a la *domus* de la Fortuna (fig. 250). Se trata de una excavación que no aportó unas secuencias de abandono especialmente potentes debido tanto a sus reducidas dimensiones como a que la calzada, que ocupaba casi todo el espacio, mantuvo niveles de circulación hasta época tardía. Sin embargo la inclusión de esta intervención arqueológica como caso de estudio tiene que ver con el hecho de que pudimos participar activamente en ella durante el desarrollo de la tesis.

Dirigida por M. Vidal Nieto y co-dirigida por J. Vizcaíno Sánchez, tuve la suerte de sumarme a la misma en calidad de co-director no remunerado. De este modo la actuación me permitía tratar sobre el terreno y de primera mano los "niveles de abandono" que eventualmente pudieran aparecer –como así fue–, objeto del presente trabajo. Realizada entre abril y mayo de 2008, intentamos publicar los resultados con la mayor celeridad posible (ese mismo año; Vidal *et alii*., 2008), incidiendo especialmente en el descubrimiento del decumano por cuanto ello supone siempre de cara a reflexiones de mayor calibre sobre el entramado viario de la ciudad (Antolinos, 2009). En el mencionado artículo se desarrollaban las diferentes U.E. que colmataron el solar, haciendo referencia también a algunas de las piezas cerámicas más destacadas aunque sin incluir figura alguna[348]. Quedaba pues pendiente un estudio más detallado del *instrumentum domesticum*, pero la escasez de piezas en cada nivel, el deteriorado estado de conservación de la gran mayoría de fragmentos y lo dilatado de su cronología ha impedido un acercamiento con la profundidad deseada. Quizás éste pueda abordarse en un futuro próximo, en colaboración además con los colegas que dirigieron la intervención y junto a los que realizamos también el trabajo de laboratorio. Por los motivos mencionados no desarrollaremos una tabla de contextos tal y como se ha hecho con antelación, aludiendo exclusivamente a piezas que, aun de forma aislada, creemos resultan significativas. La ausencia de estratos especialmente ricos en cuanto a número de fragmentos es una complicación añadida para su análisis pues las horquillas cronológicas se dilatan en exceso (por ejemplo, s. III-IV d.C.), sin que ciertos materiales puedan ser considerados inclusiones con seguridad. Además, al tratarse de un espacio de tránsito su colmatación pudo ser mucho más prolongada que la de un área cerrada, confirmándose en cualquier caso su pervivencia hasta época tardía.

La atención puesta desde los inicios del proceso de excavación en las fases de colapso de las estructuras altoimperiales nos permitió documentar todas ellas con especial atención. El dato es muy interesante para considerar el abandono de la red viaria, pues aunque en muchos casos se ha hablado de su colapso en los s. II-III d.C. es posible que quepa revisar ciertos tramos en los que la circulación continuó en forma de camino de tierra. Así, mientras que calzadas secundarias como el cardo estudiado para la *domus* de la Fortuna se colapsaron con potentes y homogéneos niveles de escombro

[348] Solamente una gran cazuela tardía de la forma H. 197 fue recogida en un trabajo publicado un año más tarde sobre un dibujo original de quien firma estas líneas tratado digitalmente por S. Pérez Cuadrado (Quevedo, 2009a: fig. 55.5).

(*vid. supra*), las principales hubieron de mantenerse a tenor de los materiales tardíos que muestran una cierta frecuentación. A diferencia de otras intervenciones en las que se intuía el recrecido de las calzadas pero sólo se observaba en las secciones del solar (fig. 251) en la C/ Don Roque-Ciprés nº 7 se pudieron distinguir diversas fases[349]. Tres son las etapas principales: un primer momento de deterioro de la vía, coetáneo al abandono del porticado anexo (fin. s. II – inicios s. III d.C.), su paulatino recrecido con diversas capas (s. III-IV d.C.) y una última fase de actividad que acaba con un vertido superficial de finales del s. IV o principios del s. V d.C. La decisión de excavar la mitad del camino permitió registrar sus distintos recrecidos, documentando posteriormente toda su amplitud y practicando sondeos para localizar el sistema de alcantarillado (fig. 252).

Pasando a la propia intervención, el inmueble contaba con dos fachadas que daban a las respectivas calles, siendo el área de excavación de aspecto trapezoidal. La cuadrícula abierta que planteamos contaba con unos 10 m de longitud por 6,5 de ancho en su punto máximo y entre las circunstancias que limitaron sus dimensiones se encontraban los obligatorios perímetros de seguridad con los edificios colindantes y un espacio (de 4,8 m) en el que hubo que colocar los contenedores para la retirada de materiales. Debido a la profundidad que sabíamos se podía alcanzar gracias a excavaciones cercanas (que descendieron hasta más de 4 m), hubo que añadir una rampa de 1,5 m de anchura que también redujo la superficie final[350]. Además de la calzada tardorrepublicana, con 3 m de anchura máxima y formada por piedras pequeñas y algunos bloques de caliza gris, en su lado septentrional se identificó un posible porticado tal y como se ha mencionado (fig. 253). Éste constaba de un duro suelo de tierra batida y estaba cubierto por una estructura sustentada por columnas formadas con ladrillos triangulares, algunos de los cuales se hallaron junto a un pilar compuesto por dos bloques cuadrados de caliza. Entre el decumano y el porticado también se constató la presencia de una serie de bloques de arenisca interpretados como parte de las *margines* o acera al igual que en la cercana *domus* de la Fortuna (Soler, 2000: 60). En su zona interna el espacio cubierto limitaba con una fachada de la que no fue posible recabar mayores informaciones más allá de su documentación en planta. Mientras tanto en la zona S, al otro lado de la vía, no se detectó estructura alguna, quedando el espacio muy delimitado por el solar y registrando únicamente niveles estériles. El porticado de

[349] Si bien el fenómeno ha sido minuciosamente documentado sobre un cardo de la cercana C/ Beatas, en curso de publicación (Murcia, 2012).

[350] Para los datos relativos a la intervención como para muchas otras de las ideas expuestas en las siguientes líneas remitimos al trabajo mencionado anteriormente (Vidal *et alii*., 2008).

la zona septentrional sin embargo, dio una interesante secuencia de abandono (fig. 253, *sup*.). Tras unos primeros niveles formados por la caída de algunos adobes y pintura mural de la fachada del edificio se documenta un nivel ceniciento que fue interpretado como parte de la estructura de madera que lo protegería. Dada la exigüidad de los restos fue imposible dilucidar si se trataba de un nivel formado por material lígneo descompuesto o bien una capa de incendio. En cualquier caso no se registraron cerámicas completas fragmentadas *in situ* ni trazas de fuego evidentes sobre otros objetos u estructuras que permitieran incidir en la existencia de un posible nivel de destrucción. Éste cabría buscarlo en el desplome de grandes fragmentos de *opus signinum* del piso superior del edificio que se extendía tras el pórtico. Algunos de ellos, de más de un metro de longitud aparecieron literalmente clavados de forma vertical sobre los niveles de adobe (fig. 258). Sus considerables dimensiones y tan peculiar posición hicieron que su parte superior quedara todavía expuesta en época tardía. De hecho, a pesar de que la disolución de adobes alcanzó también una gran potencia en el lado septentrional, algunos de los materiales del s. V d.C. están en contacto con las placas del pavimento caído (fig. 254).

Al mismo tiempo que se inició el deterioro del pórtico (en un momento previo a la caída de la cubierta) la falta de mantenimiento se hizo patente sobre la calzada, donde comenzaron a acumularse niveles de tierra y piedras que conformarían su aspecto en los siglos posteriores (fig. 255). En el primero de estos estratos (U.E. 1023) se documentaron algunas piezas propias de esa horquilla entre los s. II-III d.C. como la jarra Uzita 48.1 (fig. 256.1-3) o, entre otras, una lucerna a torno del tipo 1C (fig. 256.4), la más tardía de la serie y cuya cronología se ubica en la primera mitad del s. III d.C. (Quevedo, 2012b: 337-341). En el resto de niveles que se detectan conjuntamente tanto sobre la estructura porticada como en el recrecido de la calle[351], los materiales remiten a los s. III e incluso IV d.C. Sin entrar como se ha explicado en cuestiones de detalle destacamos la práctica totalidad de las pocas piezas que eran aptas para dibujo. Son significativas algunas formas de TSA A tardía como una Hayes 8B (fig. 256.5) y un borde apuntado de lo que parece una H. 16 (fig. 256.6). También un cuenco de la forma H. 15 (fig. 265.7) que recuerda a algunos de los perfiles recuperados en el pecio Cabrera III –aunque de tendencia exvasada– y en el que se ha visto la transición con tipo 14, fechándose en cualquier caso en la segunda mitad del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 157-

[351] U.E.: 1010, 1012, 1014, 1020, 1021, 1023.

159). En cuanto a las formas de cocina destacan algunas tapaderas H. 196 con un borde cada vez más engrosado (fig. 256.8 y 256.9), una característica propia de época tardía tal y como confirma su difusión en el s. IV e incluso el V d.C. (*Atlante I*, 1981: 212). Se documenta además un fragmento de la tapadera H. 195 en cuanto que parece producido en la categoría C (fig. 256.10), si bien su forma remite a la variante D de H. 182 (categoría B), con un borde más redondeado y aplanado que se difunde a lo largo del s. III e incluso el IV d.C. (Bonifay, 2004: 216-217). También hacen acto de presencia otras formas más clásicas de la cocina africana como la cazuela H. 23B (fig. 257.1). En cuanto a las escasas piezas dibujables de cerámica común destaca un borde con el labio redondeado que probablemente pertenece a la ERW3 (fig. 257.2). Igualmente cabe reseñar un ánfora que remite a la Africana II C, variante 1 según la clasificación de Manacorda matizada por Bonifay (2004: 114-115). Se trata de un borde menos convexo al exterior que el mencionado tipo, si bien el fragmento se encontraba en unas pésimas condiciones de conservación. Manteniendo dicha adscripción (con alguna duda) se fecharía entre mediados del s. III d.C. y principios del s. IV d.C., presentando como aspecto más interesante un sello en la parte superior del cuello troncocónico donde puede leerse parcialmente *]VR* (fig. 257.3), precedido acaso de una posible T de la que se intuiría el astil *(]¿T?VR*).

La aparición de estos materiales tardíos sobre la vía es uno de los aspectos más interesantes del pequeño solar de la C/ Don Roque-Ciprés nº 7 puesto que permiten constatar el mantenimiento de los niveles de circulación[352] y reflexionar sobre las transformaciones urbanas en un momento posterior a la capitalidad que ostentó la ciudad tras la reforma de Diocleciano.

5.1.2.3.1.- Del evanescente s. IV d.C. a la ciudad tardía

A pesar de haber documentado algunos materiales del s. IV d.C. (Murcia, 2009d), es muy poco lo que aún sabemos sobre la ciudad en una centuria que se inició con su nombramiento como capital de la nueva *prouincia Carthaginensis*. La escasez de contextos sorprende enormemente si tenemos en cuenta las transformaciones urbanas que se suponen para un solar urbano que hubo de albergar una mayor actividad política

[352] Aunque sólo se ha hecho alusión a las piezas que era posible ilustrar, las hipótesis en lo concerniente a la cronología no se apoyan exclusivamente en ellas, sino en el resto de materiales de la excavación (Vidal *et alii*., 2008).

y administrativa en tanto que sede del gobernador y su corte. La concesión del nuevo estatus no encuentra reflejo –de momento– en nuevas estructuras, siendo la numismática la evidencia más nítida para explicar la continuidad del período, como se aprecia en hallazgos como los del Molinete (Lechuga, 2009). Otros núcleos del territorio se conocen mejor en este momento y parecen mucho más activos, como el Puerto de Mazarrón –a tenor de los materiales dragados en sus aguas (Pérez Bonet, 1988)– o la *uilla* jumillana de Los Cipreses, donde recientemente se ha registrado un conjunto monetario fechado en pleno s. IV d.C. (Arias *et alii.*, 2011).

Así pues, resulta muy significativo constatar la aparición de algunas piezas de este período –si acaso prorrogables hasta inicios del s. V d.C.– en el solar de la C/ Don Roque-Ciprés nº 7. Se trata de un nivel de vertido (U.E. 1008) vinculado a la última fase de circulación del camino que apareció en su lado N, sobre los restos aún visibles de la estructura altoimperial. La mencionada caída de grandes fragmentos de *opus signinum* (*vid*. *supra*) que quedaron en posición vertical (fig. 258) dio pie a que la paulatina colmatación mantuviera en contacto materiales de época tardía con restos (en su mayoría arquitectónicos) mucho más antiguos, uno de los problemas a los que se ha aludido de cara a explicar la heterogeneidad de la estratigrafía. Así, sobre la cota más alta y junto a algunas piezas residuales se detectó un vertido concentrado con abundantes huesos, caracoles, carbones y material cerámico fragmentado (fig. 259 *supra*). La acumulación de basuras no estaba recogida en ninguna fosa o estructura, sino que formaba un pequeño montículo. Entre las piezas arrojadas pudimos recomponer (aunque no totalmente pues ya estaba incompleta de antiguo) una fragmentada cazuela de la forma Hayes 197 de la que conseguimos dibujar su perfil completo. La forma refleja de manera paradigmática la evolución tardía de esta conocida cazuela, siendo una de las piezas más significativas del contexto (fig. 259.1). Sus gruesas paredes, la marcada carena del cuerpo, sobre la que se conservaban tres bandas oscuras, su profundo fondo cóncavo y el grosor de su labio almendrado remiten a las últimas variantes de H. 197. Estas características y su gran volumen permiten equipararla a otros ejemplares fechados en el s. IV d.C. como los del pecio Heliópolis I (Bonifay, 2004: 224-225, fig. 120.6). Además, en este nivel se registraron algunas formas de TSA C que, a pesar de su abundancia en el Mediterráneo, en especial en lo que al plato H. 50 se refiere (Cabras, 2007), brillan por su usencia en los contextos de *Carthago Noua*. Se trata de las formas Hayes 45A y H. 50B, dos de las más difundidas de la TSA C. La primera es un cuenco de labio exvasado y fondo retorneado con decoración a ruedecilla

tanto en el interior del borde como en el centro de la pieza (fig. 259.2), fechada entre el segundo cuarto del s. III y las primeras décadas del s. IV d.C. (Hayes, 1972: 62-65). El otro plato pertenece a la variante H. 50B, la más tardía, con una pared más gruesa y práctica desaparición del pequeño pie (fig. 259.3), si bien cuenta con un diámetro que parece excesivo para los tipos de este momento, fechados desde la segunda mitad del s. IV d.C. en adelante (Hayes, 1972: 68-73). Volviendo sobre las formas de cocina africana, la aparición de tapaderas H. 196 con un grosor mucho mayor en sus paredes y borde, en sintonía con lo que sucede también con las cazuelas de la forma H. 197, pone de manifiesto su cronología tardía (fig. 260.1). Un fragmento de H. 181 con el borde apuntado y la pared recta producido en la categoría A (fig. 260.2), remite igualmente al tipo más tardío de la serie, la variante C de Bonifay (2004: 211-213), fechada por este autor entre finales del s. IV y mediados del s. V d.C. En cualquier caso es la significativa presencia de una olla Villa-Roma 39 la que indica con mayor claridad la transición hacia el horizonte del s. V d.C. (TED'A, 1989). Esta forma de fondo umbilicado y cuerpo globular con dos asas que parten del mismo y se unen a un borde atrofiado en el que encajaría una tapadera (fig. 260.3) representa un cambio que, más allá de la cronología, tiene que ver con la transformación de los hábitos culinarios. Su aparición marcará el paulatino final de la universal cazuela H. 197 (junto a la que aparece en este depósito), dando paso a un cocinado mayoritario de los alimentos en ollas. La horizontalidad del labio de nuestro ejemplar remite a los primeros tipos, cuya datación ronda los decenios finales del s. IV d.C. si bien la forma se distribuye ampliamente en el s. V d.C. (Bonifay, 2004: 242).

Por último recogemos un cuello de ánfora del tipo Africana II A (variante A3 de Bonifay, 2004: 111) fechada en la segunda mitad del s. III d.C. que sin duda ha de considerarse residual en el nivel analizado. La presencia de envases africanos en la excavación es ya un síntoma en sí de una cronología más tardía que parte del s. III d.C., momento a partir del cual los productos del N de África llegan masivamente a los mercados de nuestras cosas. El aspecto más significativo de la pieza, por lo general también escasa en la ciudad, es un sello localizado bajo el borde: *TVN*, para el que no se han encontrado paralelos (fig. 260.4). Cerramos la descripción del depósito de basurero con una lucerna de canal curvo producida en *Mauretania Caesariensis* del tipo Bus E IV. Se trata de una pieza de pasta beige claro que sólo conserva su parte superior, caracterizada por presentar el pico unido con el disco y toda la *margo* decorada con hojas de hiedra (fig. 260.5). Perteneciente a la familia de las conocidas lucernas con

inscripción en el borde *EMITE LVCERNAS / COLATAS AB ASSE*, es una pieza con numerosos paralelos en Argelia, donde los hallazgos remiten a un horizonte cronológico –en línea con el que aquí se propone– entre el s. IV e inicios del s. V d.C. (Bussière, 2000: 121-123, *vid*. Planche 121, n^{os} 4881, 4891 y 4895). El elevado número de hallazgos en Tipasa y la existencia de moldes sugieren que el centro de producción se encontrase en esta ciudad, lo que nos lleva a recordar la relación –ya planteada al tratar otros materiales– entre *Carthago Noua* y un territorio próximo, el argelino, con el que la comunicación hubo de ser fluida.

La aparición de estos niveles nos permite enlazar el discurso sobre las transformaciones de época tardoantonina y severiana con el cambio que experimentará la ciudad en época tardía, tal y como se tratará en el último capítulo. La ausencia de cualquier tipo de estructura en el solar de la C/ Don Roque-Ciprés nº 7 parece confirmar el repliegue urbano hacia la fachada portuaria, si bien la zona registra niveles de frecuentación, en concreto los de la antigua calzada, convertida en camino de tierra, hasta por lo menos el s. V d.C. En este hecho cabe leer la importancia de un eje que, quizás por tratarse de un decumano que entroncaba con el máximo y unía la entrada de la ciudad el frente marítimo (Vidal *et alii*., 2008: 188), mantuvo una circulación constante frente a otras calzadas cercanas como el cardo O de la *domus* de la Fortuna, abandonado como muy tarde en la primera mitad del s. III d.C. La interrupción de este paso a partir del s. V d.C. nos es desconocida. ¿Cabe ponerla en relación con las defensas de época bizantina que privilegiaron el eje de las calles San Ginés, del Duque-Cuatro Santos? Por el momento es imposible saberlo, si bien queda patente que la mencionada vía, que fosilizaba el antiguo decumano máximo, mantuvo su papel protagonista como eje de entrada a la ciudad. Así lo pone de manifiesto la necrópolis que entre los s. V-VI d.C. se desarrolla en su margen meridional (Vizcaíno, 2009: 543-546). Por último, uno de los aspectos sobre los que nos parece fundamental incidir es el vertido de finales del s. IV o inicios del s. V d.C. Si consideramos el basurero en una zona *extra moenia* o alejada del nuevo centro de la ciudad estaría indicando una preocupación por el tratamiento de los residuos que había dejado de observarse a finales del s. II d.C. En este basurero cabría ver la vuelta a una regulación de la gestión de los desechos, que a partir de este momento bien se depositan en fosas excavadas a tal propósito entre las antiguas estructuras altoimperiales (como en el caso de la cercana C/ Duque nº 33 (Láiz y Berrocal, 1991), bien se vierten fuera el área urbana (Vizcaíno,

1999). Una reactivación que en definitiva denota el impulso que paulatinamente irá recobrando la ciudad tardía.

5.2.- El Territorio. Un caso excepcional en el *ager* de *Carthago Noua*: la *uilla* de Portmán

Junto al estudio de los contextos de los s. II-III d.C. de Cartagena se planteó desde un primer momento la necesidad de cotejar la información con alguno de los yacimientos del entorno inmediato de la ciudad (y en un futuro, con los de otras zonas más al interior). La evolución del *ager* en este momento también está marcada por un importante receso de las instalaciones agropecuarias (Murcia, 2010a: 156-158, 1999) pero al igual que en el caso de los niveles urbanos, era preciso matizar las cronologías manejadas hasta la fecha. Entre los conjuntos susceptibles de ser analizados la *uilla* de Portmán reunía unas condiciones especialmente favorables. El calificativo del título no está tomado al azar: se trata de un yacimiento verdaderamente excepcional tanto por su situación privilegiada como por la potencia de sus estructuras y sin duda por la variedad de sus materiales. Su riqueza es tal que irónicamente llega a superar la de los contextos excavados en la colonia, algo en lo que también influye el hecho de no haber tenido continuidad en época tardía. Geográficamente además la *uilla* se ubica a 13 km de *Carthago Noua*, lo que permitía comprobar si también había sufrido la recesión detectada en la ciudad o si por el contrario mantuvo su actividad (¿recibiendo incluso *gentes* que hubiesen podido desplazarse al campo ante un momento de dificultad?). El complejo se sitúa al fondo de la bahía de Portmán –el romano *Portus Magnus*– un enclave de excepción en la montañosa e irregular costa oriental de Cartagena que dejaba a sus espaldas la Sierra Minera de La Unión (fig. 3 y fig. 261). Esta dificultad de acceso y la capacidad de la ensenada hubieron de favorecer desde un primer momento una conexión marítima. De hecho hasta mediados del s. XX la bahía mantuvo un tráfico activo, pues debido a su profundidad natural en ella se adentraban los vapores para cargar el metal extraído de las cercanas minas (fig. 262a), a los que se hacía llegar a través de barcazas (Lorenzo Solano, 1990: 23, figura s. nº). Sin embargo entre las décadas de los 60 y los 80 el entorno sufrió una degradación sin precedentes que lo han hecho tristemente famoso como el mayor desastre medioambiental del Mediterráneo. Toda la bahía fue colmatada con estériles procedentes de las minas, creando un paisaje

respecto al cual la *uilla*, en su momento cercana a la línea de costa, parece hoy completamente desubicada (fig. 262b).

No profundizaremos en la historia y el desarrollo del propio yacimiento, para el que remitimos directamente al trabajo de A. Fernández Díaz (1999b): *La villa romana de Portmán: programa decorativo ornamental y otros elementos para su estudio*. La modestia del título no debe confundir al lector, pues bajo esos "otros elementos" la autora dedicó más de 100 páginas al estudio y catalogación de los contextos cerámicos (Fernández Díaz, 1999b: 205-332) con los que se completaba el análisis de los restos pictóricos, escultóricos y musivarios. Se ponía así de relieve ya desde finales de los años 90 la existencia de una serie de producciones cerámicas en este punto del SE –algunas prácticamente desconocidas– sobre las que ahora hemos vuelto, pues ya se ha visto cómo la velocidad con la que avanzan los estudios ceramológicos permitía una puesta al día de ciertos aspectos[353]. Aun así la fecha dada para el contexto en torno a las primeras décadas del s. III d.C. se mantiene plenamente vigente. Además de al trabajo de 1999, que a su vez recogía otros estudios anteriores dedicados a aspectos monográficos como la pintura mural o un pequeño conjunto de figuritas plásticas, remitimos también a un amplio artículo que resumía en la revista Mastia las transformaciones de la *uilla* (Fernández Díaz, 2003). A fin de no citar constantemente ambos trabajos aclaramos que de ellos se extraen las principales ideas referidas en este punto.

El yacimiento fue descubierto en el último tercio del s. XX. , aunque ya desde el s. XIX se tenía noticia de diversos hallazgos en la zona. Se encuentra a 22 m sobre el nivel del mar, en lo alto de un área aterrazada desde los s. XVIII-XIX para uso agrícola. De hecho las estructuras aparecieron bajo la casa de "Los Paturros", vivienda de la que toma el nombre la *uilla*, también conocida como de "El huerto del Paturro". Sin embargo no es hasta 1969, año en que unos niños dieron con uno de los mosaicos del complejo, que se inició su excavación. Ésta tuvo lugar en 1970 de la mano de M. Jorge Aragoneses y P. San Martín, a la sazón directores de los museos arqueológicos de Murcia y Cartagena respectivamente. En la campaña se intervino en dos sectores llamados A y B (fig. 263). En el primero se encontraron los restos de la parte más noble de la *uilla*, con gran profusión de elementos decorativos. Entre los más significativos

[353] A pesar de nuestra referencia al principio de este trabajo, reiteramos nuestro sincero agradecimiento a la autora, que en todo momento ha facilitado el estudio de los materiales, enriqueciéndolo constantemente con nuevos datos y observaciones.

destacan varios mosaicos de *opus tessellatum* polícromo, de los cuales un emblema con representación de un pavo real (fig. 264a) y otro con una figura femenina son los más conocidos. Igualmente cabe reseñar el rico programa pictórico (Fernández Díaz, 2008: 355-414) y, entre los elementos arquitectónicos, un capitel jónico especialmente interesante sobre el que volveremos en las valoraciones finales (fig. 264b). En la segunda de las zonas excavadas, el sector B, se localizó lo que fue interpretado como parte industrial de la *uilla*. En ella se documentaron dos enormes balsas de *opus signinum* separadas entre sí por 7,2 m de distancia y con unas dimensiones de 7,5 x 15, 25 m y 1,5 m de profundidad y 6,25 x 14,5 m x 1,3 m respectivamente (fig. 265). Aparecieron completamente colmatadas por los materiales que aquí se analizan, si bien la formación del contexto plantea algunos problemas (*vid. infra*) debido a que la zona se vio afectada por la antigua carretera que conduce al Mar Menor (fig. 266), construyendo para la ocasión un potente muro de aterrazamiento sobre los restos (fig. 265). En la década de los 80, concretamente entre 1984 y 1985 se realizó otra campaña de intervención desde el MAMC con la intención de comprender la articulación de los dos sectores sacados a la luz en 1970. Los trabajos, dirigidos por R. Méndez Ortiz permitieron descubrir nuevas habitaciones de la zona residencial así como el inicio de un pasillo que conectaría ambas partes de la *uilla* (fig. 263). Desde entonces y hasta fecha reciente el conjunto no había experimentado actividad arqueológica alguna. En el período 2006-2007 se acometieron unos trabajos de musealización y puesta en valor a cargo de una empresa privada que ampliaron el número de habitaciones y estructuras conocidas[354] (Lara y López Seguí, 2008). Destaca la ampliación del pasillo que ya se intuía desde la campaña de 1984-1985, que resultó tener un segundo piso, así como la escalera de la que sólo se habían detectado tres peldaños en 1970 (Lara y López Seguí, 2010: 236, fig. 1). Por otro lado, desde la Universidad de Murcia y a cargo de A. Fernández Díaz se han realizado prácticas de campo contempladas dentro del Máster en Arqueología durante los últimos cuatro años (2009-2012). Gracias a estos últimos trabajos se han documentado nuevas habitaciones, completando especialmente el espacio más elevado de la *uilla* (fig. 267), situado casi a la altura de la moderna carretera, a continuación de las mencionadas escaleras (fig. 268). Los múltiples pasillos y aterrazamientos conocidos en la última década han perfilado con mayor detalle la

[354] Durante el que se recuperaron diversos materiales, entre los que destaca un bol helenístico que mereció un trabajo monográfico (Lara *et alii*., 2009). Una interesante pieza que a pesar de proceder de niveles de relleno superficiales ilustra la frecuentación de la rica zona minera en época republicana.

configuración privilegiada del complejo frente a la bahía, al estilo de las *uillae maritimae* de Campania o el paradigmático caso tarraconense de Els Munts (Fernández Díaz, 2003: 72). Un marco arquitectónico que aparece representado incluso en uno de los paneles de la propia zona residencial (Fernández Díaz, 2008, Vol. 2: 170-173).

En líneas generales la *uilla* de la Huerta del Paturro se define como un conjunto edificado hacia el s. I d.C.[355], vinculado en un sus inicios a las cercanas explotaciones mineras. En una segunda fase el complejo abandonaría su carácter industrial para ser transformado en *uilla* de recreo, alzándose en este momento nuevas habitaciones profusamente decoradas. En su última etapa las grandes balsas de *opus signinum* fueron cubiertas con numerosos restos cerámicos y parte del programa ornamental para pasar a convertirse en el *hortus* del conjunto residencial, que perduraría hasta la primera mitad del s. III d.C. (Fernández Díaz, 2003: 101-103).

5.2.1.- El análisis de los materiales de 1970

Las piezas sobre las que se ha trabajado proceden de la excavación realizada por San Martín y Aragoneses en 1970, concretamente del sector B, la zona de las balsas. Unas estructuras sobre cuya interpretación no se ha profundizado, pues si en un principio se valoró su uso para la producción de *salsamenta* descartando el tratamiento de otras materias como el esparto , su enorme tamaño ha permitido reconsiderar esta última idea[356]. El estudio se ciñe a los fragmentos que, junto a otros materiales de diversa naturaleza, colmataban el llamado "estanque 2". A pesar de haber sido analizados por A. Fernández Díaz (1999b: 205-332) la vuelta sobre los mismos responde a varios motivos. En primer lugar, y como ocurría en otros casos como el de la C/ Jara nº 12, el avance de los estudios ceramológicos nos permitía poner al día un conjunto emblemático. En segundo lugar las campañas realizadas en fecha más reciente sobre el yacimiento no se habían visto traducidas en la documentación de nuevos contextos. Los trabajos realizados por la Universidad de Murcia durante las prácticas de campo del Máster de Arqueología (2009-2012) pudieron avanzar en extensión pero no en profundidad, dado que el hallazgo de numerosos restos de pintura mural y la

[355] Como entre otras cosas certificarían, además de las diversas pinturas murales, algunos materiales de construcción. Es el caso de dos ladrillos sobre los que tuvimos oportunidad de profundizar con sello de *L. Herennius Optatus*, un *officinator* vinculado a la colonia romana de Fréjus, si bien cabe tener en cuenta que pudieron usarse tanto en el s. I d.C. como en alguna de las reformas emprendidas en la centuria siguiente (Quevedo, 2011a).
[356] Comunicación personal, A. Fernández Díaz.

imposibilidad de restaurarlos convenientemente delimitaron la excavación a los niveles de colapso del edificio. Además las condiciones en las que había que realizar la revisión de las piezas aconsejaban un lote de material que no excediese las 50 cajas. Éstas se encuentran conservadas en el depósito del Museo Arqueológico Provincial de Murcia (MAM), en Beniaján (a 7 km de la capital). De haber abordado un conjunto mayor el desplazamiento constante y los ritmos de trabajo habrían demorado en exceso este proyecto (como aun así ha ocurrido en parte). El hecho de que la intervención tuviese lugar en 1970, cuando la arqueología de Cartagena se encontraba en sus inicios, hizo que estas primeras colecciones se depositasen en los fondos del Museo Provincial[357], una parte de las cuales conforma su exposición permanente. Una selección de piezas se encuentra en la sede principal del MAM, donde también fueron revisadas[358]. Los materiales de la excavación de 2006-2007 sin embargo están conservados en la ciudad portuaria –lo que nos favorecía– a pesar de lo cual rondaban las 300 cajas, haciendo inviable su estudio para el tiempo de que disponíamos. Antes que una aproximación parcial a un contexto excesivamente grande optamos por el análisis íntegro y exhaustivo de un lote más modesto. Por último, la ausencia de niveles de cronología posterior, a diferencia de lo que ocurre en los casos de arqueología urbana con las alteraciones que ello suele conllevar, hacían de los materiales del estanque 2 de Portmán un contexto idóneo para su revisión.

En cuanto al depósito de la balsa, no es posible abordar su lectura desde un punto de vista estratigráfico. Aunque fue excavada con detalle, las notas consultadas de la intervención de 1970 sólo hacen alusión a los puntos del estanque en los que aparecían ciertas piezas (ej: "esquina norte, "lado Sur"), sin que ello nos aporte mayor información. En cualquier caso la colmatación muestra una gran coherencia desde el punto de vista de los materiales y ha sido posible unir fragmentos de piezas catalogadas *a priori* separadamente[359], por lo que su formación responde a un mismo momento. La construcción del muro de aterrazamiento de la antigua carretera sobre el borde de los estanques suscita algunas dudas (fig. 265), pues una parte de la tierra removida entonces podría haber colmatado las balsas. Sin embargo, si nos atenemos a la hipótesis

[357] Otras piezas procedentes de la excavación se encuentran dispersas por otras instituciones, como una conocida *capsella* de plata (Lillo, 1985) conservada en el Museo Arqueológico de Águilas.
[358] De nuevo reiteramos nuestro agradecimiento más sincero a su director, Luis E. de Miquel, por las facilidades otorgadas en todas las fases del trabajo.
[359] Aún así sería conveniente extender el material de todas las cajas y realizar una labor intensiva de recomposición. Aunque se planteó en un primer momento, la envergadura del contexto y las dificultades que imponía el espacio físico nos hicieron desistir de ello.

tradicional este relleno habría tenido lugar en época romana. Correspondería a la última fase de la *uilla* en la que los estanques habrían sido amortizados para su empleo a modo de jardín. La propuesta no está exenta de problemas, pues resulta difícil diferenciar la intencionalidad del depósito[360], aunque el reciente hallazgo de varios *urceus* (tipo Cartagena, ERW3) horadados y alineados junto a la balsa e interpretados como macetas (Lara y López Seguí, 2010: 239-240), reforzarían el planteamiento tradicional.

5.2.1.1.- Contexto cerámico

A la hora de estudiar los materiales se ha partido de cero, es decir, se han reinventariado y redibujado todos sin tener en cuenta los trabajos previos a fin de evitar vernos influenciados por los mismos. Sólo incluimos las piezas que han podido ser analizadas por nosotros personalmente, remitiendo en lo demás al trabajo de A. Fernández (1999b: 205-332), motivo por el que los porcentajes estadísticos y el número de piezas pueden presentar algunas diferencias respecto al mismo. El contexto del estanque 2 está formado por un total de 976 fragmentos (fig. 269, 270 y 271, tabla 11) y aunque pueda no parecer una cantidad excesiva, su buen estado de conservación hace que contemos con numerosos perfiles casi completos lo que se traduce en un NMI también muy alto, con un total de 597 ítems**.** Los porcentajes de las diversas categorías varían respecto a lo registrado en la ciudad. Por primera vez no es la cerámica de cocina la que domina el contexto (28%), sino la común (32%), seguida en tercera posición por la vajilla fina, siempre bien representada (24%). En este caso también es llamativo el porcentaje de ánforas, que con un 11% cuenta con un repertorio excepcionalmente rico que supera lo registrado hasta ahora, quedando en último lugar las lucernas con un 5% de representatividad.

A diferencia de lo que sucede en yacimientos urbanos, donde la cultura material no siempre puede adscribirse a las estructuras halladas, en el caso de Portmán parece fuera de toda duda que las cerámicas estudiadas fueron las utilizadas por los habitantes de la *uilla*. Ésta presenta además la peculiaridad de contar con algunos vasos no registrados hasta la fecha en *Carthago Noua*. Se trata de cerámicas comunes, de cocina

[360] A raíz de una reflexión para sobre ciertas colmataciones similares de Mérida recogemos las palabras de J. Acero (2011: 174): "No obstante, en el caso particular de la obliteración de estructuras huecas (pozos, cisternas, estanques…), resulta difícil llegar a entender si su obliteración se produjo ante la necesidad de eliminar un determinado residuo, aprovechando para ello una estructura en desuso, o si, en cambio, se trata de rellenos con una finalidad constructiva y de nivelación, que pretenden ocultar estas estructuras ante una remodelación funcional o edilicia del entorno".

y de transporte o almacenaje que podemos considerar con una alta probabilidad producciones de la zona. Un aspecto sobre el que cabrá incidir a través de análisis arqueométricos y el estudio de su posible difusión en un área más amplia, si bien aquí son definidas de forma somera.

5.2.1.1.1.- Cerámica fina

La vajilla fina (24%) está compuesta por diversas producciones que parecen mantener una proporción ya observada en otros yacimientos, con predominio de la TSA A seguida de la TSG y las paredes finas. Entre las disintas familias tan sólo se cuenta un fragmento que a todas luces ha de ser residual: un fondo indeterminado de Campaniense B/B-oide. Comenzando por las paredes finas, aun con un pequeño porcentaje (3%), presentan un repertorio más variado que en otras ocasiones. El vaso tipo Cartagena es, con siete individuos, el dominante (fig. 272.1-272.5) y su presencia pone de relieve una distribución de la forma al menos en el área inmediata a *Carthago Noua*. También se documentan bordes aislados como el de una forma asimilable –no sin dudas– a Mayet 21, con la que comparte un cuerpo globular con un cuello estrecho de borde recto. Se caracteriza por presentar una decoración a partir de la zona inferior del cuello con bandas paralelas y en relieve (fig. 272.6), siendo su pasta de color beige y con restos de un engobe rojizo en la superficie. Cabe sumar un fondo de Mayet 34, un vaso ápodo de paredes extremadamente delgadas con una marcada carena en su parte inferior (fig. 272.7). Poco frecuente es el cuenco Mayet 37, del que se registra un ejemplar de superficie con textura arenosa y engobe anaranjado (fig. 272.8). Por último la forma Mayet 38 es la segunda mejor representada, con cuatro ejemplares entre los que se ha podido reconstruir un excepcional perfil completo (fig. 272.9). De los tres restantes, con decoración a la barbotina (fig. 272.10), hay uno de paredes ligeramente más inclinadas que podría no poseer asas (fig. 272.11) y otro que seguramente las tuvo pero de las que no ha quedado constancia dadas las exiguas dimensiones del fragmento conservado (fig. 272.12).

En cuanto a la *terra sigillata*, la de procedencia itálica sólo cuenta con un individuo de la forma Conspectus 13.2 (fig. 272.13). La TSG apenas cuenta con un 5% de representatividad, si bien posee mayor variedad de tipos. Entre los primeros, a excepción de un borde de Drag. 15, el plato Drag. 18/31 es el más destacado con tres ejemplares: un borde (fig. 272.14) y dos fondos sellados. El primero, *MARTI[*, impreso

con nitidez y del que se conserva la parte inicial (fig. 272.15), pertenece al taller de *Martialis*, pudiéndose recomponer como *MARTIA[LIS]* o *MARTIA[LI]*. Aunque también cabía la posibilidad de leerlo como *Martianus*, la grafía y el diseño de la cartela se acercan más a la primera opción (concretamente al tipo Martialis ii, 2a de Hartley y Dickinson, 2009b: 309-310). Lo más significativo es que según estos autores provendría del taller de Lezoux y no La Graufesenque, como suele ser habitual. Éste es el origen de la pieza con el segundo sello, perteneciente al conocido ceramista *Sulpicius* (Hartley y Dickinson, 2011b: 367-372), que firmó sus productos con las abreviaturas más variadas, algunas incluyendo las letras OF que hacen alusión a la *officina* como en el caso que nos ocupa, *OFSVLPICI* (fig. 272.16). Junto a estos fondos se documentan otros dos de difícil adscripción que sin embargo también están sellados. En uno se lee *PRIVA[* (fig. 272.17), con el que se identifica a *Privatus*, *nomen* al que responden alfareros de diversos talleres en Galia. En nuestro caso, por las características de la grafía (por ejemplo el modo en que se alarga el astil de la R) parece identificarse con el que operó en Lezoux (Hartley y Dickinson, 2011a: 266-267, Privatus iii). El segundo sello, *C.IV[* (fig. 272.18), presenta una lectura compleja debido a la vinculación que puede establecerse entre las dos primeras letras, IV, y un *nomen* tan común como *Iulius* u otros afines que comienzan de la misma manera. Además se añade la dificultad de una fractura importante de la pieza que nos revela únicamente su última letra y quizás parte de la penúltima (no representadas en la figura). Es tentador ver en los astiles que han quedado los trazos de una OF, aunque tampoco es posible aseverarlo con certeza. Sin embargo, si aceptamos que la última letra es una E, por otros argumentos como las dimensiones y el aspecto de la cartela (separación de las letras, interpunciones) podría tratarse de *C. Iulius Clemens*. Se trata de un ceramista de La Graufesenque del que se conserva un sello muy similar abreviado como *C.IVL.CLE* (Hartley y Dickinson, 2009a: 345, nº 3a). Entre el resto de formas predomina como viene siendo habitual la copa Drag. 27, entre cuyos ejemplares, diez en total, se cuentan diversos perfiles completos y algún sello ilegible (fig. 273.1-4). Igualmente se registran tres individuos de la copa Ritt. 24/25 (fig. 273.5-6) y numerosos fragmentos informes pero con decoración de los cuencos Drag. 29 y 37. A título individual se documentan un cuenco Drag. 33B (fig. 273.7), las copas Drag. 25 y 36, con marcas de agua en el borde (fig. 273. 8), una copa Ritt. 8 y una forma indeterminada que por las características de su engobe procede inequívocamente de La Graufesenque. Se trata de un cuenco con un estrangulamiento

central que da lugar a un sinuoso perfil (fig. 273.9) para el que no hemos encontrado paralelos.

En cuanto a la TSA A, la más abundante entre la vajilla fina (13%), cuenta con numerosos tipos. Se conservan algunas de las primeras formas como Hayes 3B y 3C (fig. 273.10-11), siendo especialmente significativo el cuenco Hayes 5A, no registrado hasta la fecha (fig. 273.12-13). El cuenco de borde saliente Hayes 6B es, con un porcentaje de casi el 2% uno de los mejor representados del contexto (fig. 274.1-7). En menor proporción aparecen Hayes 8 y Hayes 9 en sus distintas variantes, de las que sólo destaca H. 8A con seis individuos (fig. 274.8-9 y fig. 275.1-2). Las formas de la serie Hayes 14/16 son muy abundantes, predominando especialmente H. 14B, que ocupa más de un 2% de la totalidad del conjunto. Hayes 14A cuenta con cuatro ejemplares (fig. 275.3-4) frente a los 13 del anterior, que a pesar de presentar numerosos matices poseen en común una pared de tendencia entrante (fig. 275.5-13). Estas características preludian la aparición de la forma H. 15 (fig. 276.1-5), que también acompaña en el tiempo al pequeño plato H. 16 (fig. 276.6-9), ambos representados con seis y cuatro ejemplares respectivamente. La mencionada riqueza del contexto de Portmán queda de manifiesto con la aparición de formas que sólo se documentan aquí como una cazuela Hayes 19 (fig. 277.1). A pesar de la denominación tipológica nuestro ejemplar no estaba destinado a ir al fuego, pues presenta engobe (de un tono rojizo muy oscuro) en toda su superficie externa, incluido su característico fondo, dotado de tres pequeños pies. En cuanto a formas de TSA A con decoración aplicada destacan un fragmento informe con un motivo no identificado (fig. 277.2) y de nuevo una pátera Atlante LXXII, 2, con un fragmento que conserva parcialmente el relieve de un pez (fig. 277.3). También hay dos individuos de la forma H. 27 (fig. 277.4) y diversos tipos que sólo cuentan con un ejemplar: un cuenco no identificado de borde grueso cuya forma ya se documentó en la domus de la Fortuna (fig. 277.5), y dos jarritas, una jarra H. 160 (fig. 277.6) y una Pallarés 26A (fig. 277.7).

Aun con un porcentaje muy bajo (1%) es significativa la presencia de TSH, siempre propia de Tricio, que muestra una variedad mayor que en otros yacimientos. Se detectan dos fondos de un cuenco indeterminado con cuerpo esférico, uno de los cuales posee en su interior un tosco grafito similar a una palma (fig. 277.8 y 277.9); podrían pertenecer a una forma Ritt. 8, al igual que se apunta para un borde de labio no diferenciado (fig. 277.10). Especialmente interesantes resultan dos platos tipo Drag. 15/17 no registrados hasta la fecha en otros contextos de la zona, siendo su principal

característica un baquetón interno que se acompaña de una moldura al exterior de la pieza (fig. 277.11 y 277.12). Estos platos lisos de *Tritium* son abundantes en otros enclaves como *Baelo Claudia*, en particular las formas ligeramente más tardías que presentan una pequeña moldura exterior a la altura de la carena además del resalto interno (Bourgeois y Mayet, 1991: 198, Planche XXXVI, n^{os} 2-8). También con un 1% hace acto de presencia la TS Clara B. Ha sido posible reconstruir un plato de la forma Desbat 1A con decoración sobre la parte superior del borde (fig. 278.1), registrándose además un cuenco con listel Desbat 16 característico de esta producción (fig. 278.3). Con mayores dudas debido a su engobe, de un tono rojo muy oscuro que sin embargo también se da entre la TS Clara B, se ha identificado lo que podría ser un vaso monoansado que formalmente remite al tipo Desbat 68 (fig. 278.2). Otro 1% del contexto corresponde a las cerámicas corintias, concretamente a cuatro copas / píxides equivalentes a la forma 1 de Malfitana (fig. 278.6-8), quien también distingue dentro de esta producción la fabricación de copas / platos y *trullae* (Malfitana, 2007: 39-42). Decoradas con escenas de los trabajos de Hércules como ya se ha explicado (*vid*. cap. 4), remitimos al trabajo del mencionado autor para mayores detalles. El resto de producciones que completan el repertorio de la vajilla fina son muy minoritarias. Con tan sólo un individuo cuentan la cerámica vidriada, con un fondo indeterminado de color verde que hubo de pertenecer a una copa (fig. 278.4), y los vasos plásticos orientales, representados por un fragmento informe cuyo relieve exterior recuerda a un animal, quizás un felino (fig. 278.5). Por último queda resaltar la existencia de dos cuencos de pasta amarilla y sin engobe que imitan a la forma Drag. 27 y que por el escaso grosor que presentan podrían incluso considerarse vasos de paredes finas (fig. 279.1-2), como se ha desarrollado en el cap. 4.

5.2.1.1.2.- Cerámica de cocina

Entre las producciones destinadas al preparado al fuego de los alimentos las de origen africano ocupan la primera posición (17%), seguidas por la cerámica reductora de cocina (8%) y un singular repertorio de mica plateada que hemos definido como una producción propia de Portmán (2%). Otras formas indeterminadas completan esta categoría, así como ejemplares aislados de cocina itálica y de procedencia oriental. Comenzando por estas últimas, tan solo se documenta una tapadera itálica del tipo Bats 7 (fig. 279.3) y una olla libanesa del tipo cooking-pot 2 (fig. 279.4). Entre las piezas

africanas las cazuelas predominan de forma indiscutible. A excepción de algunos ejemplares de H. 23A (fig. 279.5-7), son H. 23B (fig. 279.8-10, 280.1-5) y H. 197 (fig. 280.6-9 y 281) las mejor representadas, con unos porcentajes del 2,5% y el 4,8% respectivamente. Aun así se ven superadas por la popular tapadera H. 196 que acompañaría a ambas formas y cuya presencia se acerca al 6% del contexto (fig. 282 y 283.1-6). Un ejemplar con el borde redondeado similar a la forma Rosas 2624 (fig. 283.7), que no cuenta con la ranura interna que define Aguarod (1991: 259), y dos del tipo H. 195 (fig. 283.8) completan el conjunto de piezas destinadas a cubrir las cazuelas. Entre estas últimas destacan algunas formas inéditas hasta a la fecha en nuestra zona y que, aun halladas de manera individual, ayudan a caracterizar la cronología del contexto. Es el caso de Hayes 183, una pequeña cazuela producida en la categoría C como muestra su acabado exterior ceniciento, con borde ligeramente cóncavo (fig. 284.1); también el de H. 184 una cazuela de la categoría B con un pulido a bandas exterior (fig. 284.2) y un borde ligeramente redondeado al interior que permite encuadrarlo en la variante 184 B de Bonifay (2004: 217-219, fig. 116.7). Otras formas minoritarias pero más comunes son la cazuela O. I, 270 o las ollas H. 131 (fig. 284.3) y H. 200 (fig. 284.4). Con tres ejemplares cuenta el plato / fuente H. 181, perteneciente a la categoría A, dos de los cuales, de borde muy entrante, parecen remitir a las variantes más antiguas de esta forma (fig. 284.5 y 284.6). El hervidor Uzita 48.1 cuenta con tres ejemplares si bien uno de ellos, a diferencia de la forma más canónica perteneciente a la categoría C (fig. 284.7 y 284.8), presenta una pasta amarillenta que recuerda a la de algunas cerámicas comunes también de procedencia africana (fig. 284.9). A pesar del grosor de su sección, la forma de la misma y la inclinación de la panza remiten con claridad a la Uzita 48.1, sobre la que ya se ha apuntado la posibilidad de una producción en diversos talleres (González Villaescusa *et alii*., e. p.). Por último destacan dos piezas muy singulares que por su pasta y el acabado exterior ceniciento que presentan parecen inequívocamente africanas. Ambas recuerdan a *urceus* y cuentan con unas paredes muy gruesas (¿algún tipo de marmita?). La primera, de borde cóncavo, posee una pequeña moldura al exterior (fig. 284.10), mientras que en la segunda el borde, especialmente grueso, es saliente (fig. 284.11).

El análisis de la cerámica reductora de cocina o ERW1 (8%), revela unos porcentajes de sus tipos que difieren de los documentados en los contextos de *Carthago Noua*. La cazuela de fondo plano de la forma 1, más escasa en otros yacimientos, está bien representada (fig. 285.1-4), pero sin duda sorprende el predominio de la olla 2, que

con más de un 2% del conjunto es la más abundante (fig. 285.5-12). Así, la olla 3, que hasta el momento parecía mejor representada, queda reducida a la exigua cantidad de tres ejemplares (fig. 286.1-2). Con un individuo más cuenta la ollita de exterior pulido de la forma 4 (fig. 286.3-4), mientras que asciende a 10 el número de ítems de la tapadera 7, destinada a cubrir las mencionadas ollas (fig. 286.5-6). Una de éstas (fig. 286.5) presentaba en su exterior una cocción parcialmente oxidante que dejaba ver una pasta de tonalidad rosácea. Del hervidor de la forma 8 se conocen cinco individuos (fig. 286.7-9), uno de los cuales con cuello más ancho y labio saliente (fig. 286.10) pertenecería a una variante anterior del tipo fechado en época flavia (*vid*. cap. 4). Por último un fondo de grandes dimensiones queda sin adscripción (fig. 286.11), pues podría pertenecer a una olla de la forma 2 pero también a otros tipos como la jarra 18 definida para esta misma producción por E. Huguet Enguita (2012: 445, fig. 8).

Entre las cerámicas de cocina de Portmán se ha hallado un conjunto de formas exclusivas en la *uilla* y que comparten unas características comunes, lo que nos ha llevado a identificarla como una producción propia de la zona. Se trata de una serie de ollas de cocción reductora pero realizadas en una pasta con abundante mica plateada; unas inclusiones que llegan a alcanzar los 5 mm y junto a las que en ocasiones también aparecen partículas de cuarzo (fig. 287.1). El acabado de las piezas, hechas a torno, es muy tosco, lo que permite distinguirlas de la ERW1 a pesar de presentar la misma tonalidad exterior. Precisamente el repertorio guarda una gran similitud con la ERW1, en concreto con la olla 2, a la que parece imitar, con un borde de sección cuadrangular y un cuello marcado respecto al cuerpo, de tendencia cilíndrica (fig. 287.2-3). Si ya en ERW1 la olla 2 era una forma que revestía una cierta complejidad por contar con una amplia variedad de bordes diversos, el traslado de esta problemática a una producción prácticamente desconocida como la cerámica de mica plateada multiplica las incógnitas en cuanto a su clasificación. Se registran además diversos tamaños, algunos de cuerpo más reducido y más próximo en volumen a la forma 3 de la ERW1, aunque con una marcada carena cuya continuidad con el fondo –¿plano? ¿umbilicado?– nos es desconocida (fig. 287.4-5). A ello cabe unir la existencia de diversos bordes y perfiles, algunos además con un único ejemplar (fig. 287.6-9), lo que nos ha condicionado a la hora de no diferenciar tipos a fin de no crear mayor confusión. Sólo un estudio más completo, a ser posible con análisis arqueométricos y que tenga en cuenta otros contextos permitirá dibujar con mayor nitidez la clasificación de este repertorio cerámico. En cualquier caso parece evidente la imitación de las formas de cerámica

reductora local / regional o ERW1, de la que en el área valenciana se han identificado diversos talleres (Huguet Enguita, 2012), una situación que podría darse también en nuestra zona.

Por último destaca una pieza de producción no identificada. Se trata de un plato o fuente con un labio apuntado con un pequeño ángulo hacia el exterior (fig. 287.10). La pasta es de un tono marrón oscuro y posee diminutas partículas de mica dorada, además su superficie externa está bruñida y presenta trazas de haber sido colocada al fuego.

5.2.1.1.3.- Cerámica común

En la *uilla* de Portmán la cerámica común es la más abundante del contexto (32%), al contrario de lo que sucedía en ocasiones anteriores en las que predominaban las producciones culinarias. Un 20% está ocupado por la cerámica común oxidante y un 2% por cerámica común africana e itálica, sorprendiendo el 10% restante en el que se incluyen producciones no identificadas sobre las que será necesario profundizar en el futuro.

Empezando por las más minoritarias, concretamente la cerámica común itálica, destaca un excepcional mortero Dramont D2 (fig. 288.1) con un sello fragmentado que ya fue correctamente identificado como *Calpetanus Victorinus* por A. Fernández Díaz (1999b: 269-270)., a cuyas páginas remitimos. En la revisión de los materiales se ha tenido la suerte de recuperar la otra mitad de la pieza pudiendo confirmar la interpretación y dibujando gran parte de su perfil. El sello cuenta con un paralelo idéntico conservado en Aquilea (Pallecchi, 2002: 108-109, punzone 11.15), si bien el ejemplar de Portmán parece realizado con un punzón diverso. El ramo de palma que separa los dos registros equivale el tipo nº 5 de esta autora (Pallecchi, 2002: 70, fig. 16) mientras que en el sello por ella recogido se trata del nº 6. Junto a esta forma se documenta un pequeño vasito que recuerda al identificado en la curia (fig. 288.2) aunque no presenta engobe, dejando visible una superficie rosácea que tanto por color como por forma podría asimilarse al nº 189 de Pavolini (2000, 306-307, fig. 69.189). Éste último tiene un cuerpo más achatado y su diferenciación con una base maciza no parece estar definida. Estudiado entre los materiales de Ostia pero sin procedencia conocida, Pavolini lo interpreta como un posible tapón en línea con los otros que recoge, en su mayoría, de probable origen oriental. Pasando a la cerámica común africana, caracterizada por una pasta de un amarillo pálido, destaca la jarrita Bonifay 50

(fig. 288.3-6) así como el cuello tubular de una botella biansada del tipo 48 de este autor (fig. 288.7), uno de cuyos ejemplares completos se ha documentado recientemente en el Molinete (García-Aboal, 2009). También se registra por primera vez el gran barreño de la forma Uzita 2, una pieza de gran diámetro con borde inclinado al exterior que pudo tener una función multiusos (fig. 288.8). Su ausencia es significativa en otros contextos, pudiendo haber pasado en muchos de ellos por cerámica común indeterminada. En pasta africana pero de tonalidad marrón y con inclusiones de cuarzo redondeado parecen igualmente estar fabricados un pebetero y, con más dudas, un gran cuenco con digitaciones. El primero, con el pie hueco y una decoración a base de digitaciones en la unión de éste con el cuerpo, en el borde y la carena (fig. 289.1), es una forma que encuentra diversos paralelos en cerámicas locales en esta fecha como en Mérida (De Alvarado y Molano, 1995: 292-293) o Marsella, donde en un principio las formas habían sido erróneamente identificadas como tapaderas (Pietropaolo, 1998: 89, fig. 64.91-92). El segundo es un gran cuenco carenado con digitaciones sobre el ángulo de la pared y el borde, ligeramente saliente (fig. 289.2). Recuerda en algunos puntos a una forma documentada en Uzita y Pupput recogida como el tipo 3 en cerámica común de Bonifay (2004: 245, fig. 133.1), si bien ésta posee un borde trífido del que carece la nuestra.

La cerámica romana pintada de tradición indígena sólo posee dos fragmentos, uno de los cuales es un fondo que por lo esférico de su cuerpo se identifica con el olpe Abascal 19 (fig. 289.3). En cuanto a la cerámica común oxidante local / regional o ERW3, entre sus múltiples formas el tipo 1 –cuenco de borde vuelto– es uno de los mejor representados (1,8%), con varios ejemplares de gran diámetro (fig. 289.4, 290). Con seis individuos destaca una pieza escasa hasta ahora: el cuenco carenado de la forma 3 (fig. 291.1-3), que recuerda a los tipos H. 14/16 de TSA A. Un individuo posee dos orificios realizados con posterioridad a la cocción si bien no se aprecia necesidad de reparación alguna por lo que quizás estaban orientados a colgar la pieza (fig. 291.4). Con 21 ejemplares (2%) el cuenco con pitorro de la forma 6 es el más destacado del repertorio. En el momento de realizar los dibujos no se había estudiado todavía la pieza de Águilas gracias a la cual pudimos comprender el desarrollo total de la forma, con un pitorro y un asa en línea con el mismo (*vid*. cap. 4). Esto hacía que se interpretase como un cuenco con pitorro o bien biansado, desdoblando el elemento de prensión. Se ha corregido uno de ellos (fig. 291.5) dejando los demás tal y como estaban aunque con la advertencia (!) para dejar constancia del modo en que esta forma se encontrará con

probabilidad en diversas publicaciones (fig. 291.6-8). Las formas 7 y 8 sólo cuentan con un ejemplar cada una. La primera, un gran cuenco de borde engrosado, presenta un pequeño apéndice sobre el mismo (fig. 292.1), la segunda es una posible sartén o bien plato / fuente de borde ligeramente entrante (fig. 292.2), al estilo de H. 181, y aunque no hemos podido constatar el aspecto de esta forma según la descripción de Reynolds (1993), remitimos a su tipo 8 en tanto que comparte la misma funcionalidad. La forma 9, con un borde recto y engrosado en su extremo posee cuatro individuos (fig. 292.3). El *urceus* ERW3 11 es otra de las formas más abundantes (1,9%), con bordes que varían ligeramente (fig. 292.4-9). Le sigue de lejos (10 ítems) el *urceus* tipo Cartagena (fig. 293.1-4), que presenta una pasta muy dura y de sonido metálico que parece diversa de la documentada en la colonia ¿también una imitación local? Un borde ligeramente similar pero con incisiones en el exterior del labio se incluye aquí aunque con algunas dudas (fig. 293.5), registrándose también otro borde de la forma 12. Igualmente se ha incorporado lo que hemos definido como *urceus* de doble asa, una pieza con un borde muy similar al del tipo Cartagena pero una pequeña asa lateral que por otros paralelos como el de un contexto de Lorca (Pérez Asensio, 2007) que creemos poder desdoblar en el dibujo (fig. 294.1-4). Se trata de algo común en estas piezas de almacenaje (Escrivà, 1995: 172), si bien el problema que presenta este tipo concreto es su adscripción a la ERW3, pues algunos fragmentos parecen incluir partículas micáceas como los de la "cerámica de mica plateada", por lo que su identificación queda sujeta a futuras modificaciones En cuanto a la jarrita de la forma 13, junto a la forma canónica (fig. 294.5) se documentan muchas otras en la misma pasta que cabrá definir sobre la base de perfiles más completos (fig. 294.6-9). Una de las piezas más interesantes es la forma 18 (12 individuos) destinada a funciones de transporte o almacenaje. Se ha podido conocer la continuidad del cuello identificado por Reynolds (1993), que posee dos asas que pueden ser apuntadas y sobrepasar el borde de forma (fig. 295.1-3), si bien no contamos con el desarrollo completo de la pieza. Siempre en ERW3 se recogen varios cuellos biansados que pueden pertenecer a este tipo de vasos (fig. 295.4-7) reflejo de la amplitud de formas y la complejidad que muestra la clasificación de la cerámica común oxidante local / regional, inabarcable en esta sede. Entre las formas recientemente definidas dentro de esta producción destacan las *trullae*, unos cacitos cuyo perfil completo conocemos gracias a la revisión de los materiales de la necrópolis de Algezares (*vid*. cap. 4). Esto nos permite asignar a este tipo fragmentos que antes engrosaban las listas de la cerámica común indeterminada, como un fondo con carena

inferior ahora de inequívoca adscripción (fig. 296.1). En cualquier caso su detalle más característico es el mango, con forma de cola de golondrina y extremadamente bruñido, una clara imitación de prototipos metálicos. Éste presenta diversos acabados en su extremo que tienden a repetirse, lo que nos ha llevado, dada la nitidez con que se identifican, a distinguir tres variantes distintas: A, B y C. En la variante A el mango de la trulla posee un acabado rectilíneo (fig. 296.2), mientras que en la variante B el asa acaba en un peculiar zig-zag que ha de hacerse con algún molde o plancha con dicha forma puesto que los motivos se repiten de manera idéntica (fig. 292.3). En uno de ellos, sobre la bruñida superficie, se dibujó una palma cuando la pasta aún estaba fresca (fig. 296.4). Por último, y siempre con forma de cola de golondrina como los anteriores, la variante C es aquella en la que el borde se adelgaza hacia el extremo y acaba de manera semicircular (fig. 296.5). Cabe notar la variedad de tonos que presentan las formas a pesar de pertenecer a la misma producción, un problema constante en la identificación de las cerámicas comunes oxidantes cuando los análisis son, como ocurre en nuestro caso, tan solo macroscópicos.

La *peluis* en cerámica común oxidante cuenta con dos ejemplares, uno de grandes dimensiones que pudo utilizarse para diversos fines, como los barreños africanos de la forma Uzita 2 (fig. 297.1) y otro con perfil completo y medidas más reducidas que pudo ser un orinal (fig. 297.2). Dentro de la ERW3 se identifican otras piezas que carecen por el momento de tipo propio, como una posible olla que recuerda por el borde a la forma 9 (fig. 279.3) o la ficha recortada en la panza de algún vaso de esta producción, una forma que aparece de manera reiterada en los contextos y que más que una reutilización aislada parece un tipo propio (fig. 279.4). Por último se documentan una serie de tapaderas dotadas de pomo estrecho y macizo, con un acabado recto sobre el que se distinguen las trazas de la cuerda de alfarero. En ocasiones presentan el eje desviado, lo que altera la simetría de la forma (fig. 279.5-7). En un principio la pasta parece ERW3 y el fondo no deja de mostrar un evidente paralelismo con el de las lucernas a torno de la forma 1A, para las que se apuntaba su posible producción local. Con más dudas, aunque en principio también parecen pertenecer a esta producción, se documenta otra tapadera de mejor acabado y con el pomo también cortado a cuerda. Presenta una peculiaridad: una ranura realizada con esmero desde el borde hasta el pomo en un momento previo a la cocción (fig. 298.1-2). Probablemente ésta servía para albergar una cuchara o cualquier otro utensilio, siendo uno de los

paralelos que antes acude a nuestra mente al contemplarla el de las tapaderas de la modernas jarras de sangría, cuyo contenido precisa ser removido.

Entre las producciones no determinadas (3,5%) se cuentan diversas formas como por ejemplo otras tapaderas de pared muy gruesa (¿acaso cuencos?) y borde redondeado (fig. 298.3-4) o una serie de piezas circulares de diferente tamaño y grosor –y algunas con una hendidura interna– que recuerdan a pesas de red pero que podrían funcionar a modo de soportes (fig. 298.5-7). En Mérida, donde se han hallado formas muy similares han sido interpretadas como separadores utilizados en alfarería para evitar que las piezas introducidas en el horno se pegasen entre sí durante la cocción (Barrientos, 2004: fig. 29-30); numerosos perfiles con dicha función se cuentan también entre el amplio repertorio recientemente documentado en Andújar por P. Ruiz Montes (2011: 235-242). En cualquier caso unas de las piezas más singulares que ha ofrecido el contexto de Portmán –por el momento sólo allí– son unos vasos de fondo recto cortado con cuerda y cuerpo fusiforme que presentan multitud de agujeros realizados de forma tosca antes de que fuesen cocidos. Los orificios se concentran en el fondo y en la parte inferior de los recipientes, disponiéndose aleatoriamente o bien siguiendo algunas líneas (fig. 299.1-4). La pasta presenta diversas tonalidades según la cocción sin que pueda adscribirse con seguridad a la ERW3, por lo que se ha incluido entre las indeterminadas. Por su forma recuerdan también a *urceus* y quizás se realizase un mismo tipo de vaso, destinándose unos al almacenaje mientras otros eran agujereados. Los orificios recuerdan a queseras o recipientes para la elaboración de productos lácteos, tal y como han sido definidos en la tabla general. En tal caso un segundo recipiente (en cerámica u otro material) sería necesario para recoger el suero sobrante si bien como decimos es tan sólo una hipótesis. Por último sumamos dos bordes y un fondo de posibles *dolia*, lo que iría en línea con la producción y el almacenaje de productos que se detecta en la *uilla* a raíz del análisis de otras producciones (fig. 299.5-7). Por último se cuenta una amplia diversidad de jarritas sobre las que se deberá profundizar de manera monográfica (fig. 300.1-4) así como otras piezas como una posible urna en cocción oxidante que recuerda a las ollas de mica plateada (fig. 300.5). Destaca un cuenco de borde no diferenciado y color entre granate y púrpura, de pasta muy depurada y dura con pequeñas inclusiones blancas (fig. 300.6).

5.2.1.1.4.- Ánforas

Con un 11% del contexto los envases de transporte tienen en Portmán una representatividad que supera la hasta ahora documentada en cualquier yacimiento urbano de *Carthago Noua*. Se registran formas con un amplio abanico de procedencias: hispánicas, itálicas, galas, africanas y orientales, a pesar de lo cual cuentan con escasos tipos reconocibles que en ningún caso superan los 8 ejemplares. Aunque porcentualmente las más destacadas con las hispánicas (3%), si tenemos en cuenta las regiones de origen (Bética, Baleares...) son las ánforas africanas (2%) y galas (1%) las más numerosas. Las dificultades que presenta su identificación residen en la propia escasez de formas en los contextos estudiados (que ha dificultado la familiarización con pastas y tipos) así como el amplio y complejo horizonte de imitaciones que convive en la Hispania meridional en el s. III d.C. (Bernal, 2008).

Dentro de las ánforas hispánicas la Bética está representada por un ejemplar de Dr. 2-4 cuya pasta parece no ofrecer dudas respecto a esta procedencia (fig. 300.7) y un borde de una Matagallares I de la variante C, con triple acanaladura al exterior (Bernal, 1998b: 290), procedente del homónimo taller granadino (fig. 301.1). Con mayor dificultad podrían identificarse dos bordes que por la pasta remiten a producciones ibicencas y por el borde a la forma P.E. 25, aunque éste aparece aquí de forma muy cuadrangular (fig. 301.2-3). En cuanto a los envases del área de Denia (dos ítems), poseen distintas pastas, lo que dificulta su identificación (Márquez y Molina, 2005: 122-125), que en este caso tiene que ver con aspectos formales como un borde de sección triangular y labio redondeado, cuello troncocónico y asa bífida (fig. 301.4-5). Uno de los aspectos más interesantes del contexto de Portmán es la definición de recipientes anfóricos que consideramos de posible producción local (y que vienen a engrosar el porcentaje de los envases hispánicos en la tabla 11). Se han distinguido tres tipos con números arábigos. Portmán 1 es un recipiente de cuello cilíndrico con una boca ligeramente troncocónica caracterizada por un borde de sección triangular pero labio redondeado que presenta al exterior una pequeña moldura y cuya parte superior puede ser ligeramente cóncava (fig. 302). En el interior el borde se retranquea ligeramente dejando un hueco para albergar la tapadera. Cuenta con dos asas que arrancan bajo el borde, pegadas al mismo, superándolo en altura previsiblemente. La pared es gruesa y se ensancha considerablemente al llegar al cuerpo. La pasta, al igual que en los otros dos casos, parece la misma que la cerámica común oxidante (ERW3), a cuyo repertorio haya quizás que incorporarlas en futuros trabajos. Aunque similar al anterior, el tipo Portmán 2 posee una ranura que divide el borde en su exterior, con un perfil igualmente

quebrado que deja hueco en su parte interna para albergar la tapadera (fig. 303.1-3). Las asas arrancan de igual modo, habiéndose conservado en una de ellas la longitud suficiente como para conocer su sección, ovalada y marcada por una nervadura central. La forma recuerda al ánfora Dr. 28 (Oberaden 74) y también a tipos que por grosor y pasta es difícil clasificar entre recipientes tipo *urceus* en ERW3 como los de la forma 18 o ánforas más próximas a la definida (fig. 303.4-5). Por último identificamos como Portmán 3 dos ejemplares de cuello largo y cilíndrico, con una boca más ancha acabada en un borde redondeado que se inclina hacia el interior (fig. 303. 6-7). Del cuello, de paredes delgadas, parten dos asas. El borde es muy similar a los *urceus* tipo Cartagena por lo que la relación con la cerámica común oxidante parece evidente. En la *domus* de la Fortuna un tipo clasificado como posible P.E. 25 (la pasta puede producir confusión) debe ser reinterpretado como un envase Portmán 3.

En lo relativo a otras áreas de producción destaca la llegada del vino narbonense que tiene en la forma Gauloise 4 el envase mejor representado del contexto con ocho individuos (fig. 304), una forma ampliamente imitada en otros puntos del SE como Denia o Salobreña. Precisamente en este último taller se produjeron tipos como Almagro 50 / Keay XVI, un ánfora que hemos clasificado como lusitana (fig. 305.1-2) aunque su pasta, amarillenta y con gránulos de cuarzo suscita algunas dudas. Podría quizás tratarse de un producto de la Bética, en cuya costa también se produjo (Márquez y Molina, 2005, 143-144, con bibliografía), estando destinada con probabilidad al comercio de preparados piscícolas (Fabião y Guerra, 1993: 1005-1006). Entre los restantes tipos lusitanos (1%) cabe destacar una posible Almagro 51a-b (fig. 305.3) con la base del cuello más redondeada que el tipo XIX B de Keay (1984: 156-164) y tres bordes de lo que parece la forma Almagro 51c (fig. 305.6). Por último, con un grueso borde de sección ligeramente cuadrangular se documenta una Dr. 14 (fig. 305.4). Las ánforas orientales tan solo cuentan con dos ejemplares a título individual. El primero es un característico fondo cilíndrico con pivote interior de la forma Agora F65/66 (fig. 306.1). Se trata de un envase monoansado producido en Asia Menor, en el área de Éfeso, del que se desconoce con precisión su contenido (Lémaître, 1997). El otro ejemplar plantea varias dudas, pues por su pasta rosácea y aspecto recuerda a una "carrot amphora". Este es un contenedor de cuerpo apuntado, con su superficie externa marcada por numerosas acanaladuras, destinado con probabilidad al transporte de dátiles y procedente de la región sirio-palestina (Carreras y Williams, 2002), aunque la problemática respecto a su origen –para el que también se ha defendido el Líbano–

queda abierta. Nuestro fragmento comparte con dicho tipo una parte superior globular y acanaladuras en la superficie, sin embargo, también presenta algunas diferencias. Las principales son el borde, menos diferenciado respecto al cuerpo que en los ejemplares de "carrot amphora" y el asa, que no solamente se une al anterior, sino que de la misma arranca un apéndice que no ha encontrado refrendo en otros paralelos (fig. 306.2). Por todos estos motivos mantenemos abierta la interpretación del fragmento.

Con un destacado 2% de representatividad cuentan las ánforas africanas. Éstas registran un ejemplar de la forma Dr. 30 / Keay IA (Keay, 1984: 95), que recuerda enormemente al tipo Gauloise 4 (fig. 306.3), pero seis del tipo Africana II A, la segunda forma mejor representada de todo el contexto. Se caracteriza tanto por sus bordes (fig. 306.4) como por sus macizos pivotes (fig. 303.6-7), distinguiendo en algún caso variantes como la A2 (fig. 306.5) según la división establecida por Bonifay (2004: 111, con bibliografía). En esas mismas páginas el autor recuerda que a pesar de lo escrito es posible que estas ánforas no contuviesen aceite, dado que muchos ejemplares conservan pez en su interior. También se ha documentado la existencia de la forma africana II B, cuya identificación reviste ciertos problemas (Bonifay, 2004: 111-114), a pesar de lo cual la identificación del borde del fragmento, de sección cuadrangular, parece suscitar pocas dudas (fig. 306.8). Nada se sabe por ahora en relación a su posible contenido. Entre los materiales que se vinculan al comercio africano, Portmán ha proporcionado dos piezas verdaderamente excepcionales: dos etiquetas anfóricas de plomo[361]. Se trata de dos placas rectangulares realizadas en este material que presentan un tridente en relieve (fig. 307.1-2) y sobre las que ya puso el acento R. Léquement, cuyo trabajo continúa siendo de obligada referencia y en el que se recogen paralelos idénticos (Léquement, 1975: 675-676, fig. 9-10). No entraremos en profundidad en su análisis dado que un trabajo monográfico se encuentra ya en curso de preparación. En cualquier caso cabe destacar la importancia de estos objetos, que parecen remitir a *officinae* de productores de salazones, como se desprende de las inscripciones conservadas sobre algunas placas. La ausencia de epigrafía y el uso de emblemas como el tridente vendría a simbolizar a estas corporaciones (Léquement, 1975: 679) tal y como dejan ver numerosos ejemplos sobre mosaico en la plaza ostiense del mismo nombre. Los importantes hallazgos subacuáticos de Annaba, en Argelia, de los que proviene el grueso de material, remiten a un cargamento de ánforas de tipo Africana II C producidas

[361] Nuestro más sincero agradecimiento por su ayuda con la identificación a C. Sánchez Natalías e I. Simón Cornago de la Universidad de Zaragoza.

en el área de Nabeul, concretamente de la variante C 2 de Bonifay (2004: 113-115), sobre una de las cuales aún se conserva una placa enrollada en torno al asa (fig. 307.3). En Portmán sin embargo no pueden vincularse a ningún envase africano concreto, a pesar de lo cual constituyen un hallazgo de primer orden en relación al comercio anfórico, que además de sellos, *tituli picti* y *graffiti* contó también con este singular etiquetado plúmbeo.

Por último un 2% de ánforas quedan sin identificar, sin que entremos aquí en detalles sobre su caracterización. Algunas, como un borde de pasta amarillenta recuerdan a formas como Portmán 1 (fig. 308.1), otros se alejan de estos tipos pero parecen compartir su tipo de pasta (fig. 308. 4). Un cuello en pasta beige podría interpretarse como una Dr. 12 (fig. 308.2), mientras que otros quizás sean producciones lusitanas (fig. 308.3), así como dos fondos con un pivote muy corto, ¿acaso un tipo Almagro 51a-b menos desarrollado? (fig. 308.5-6). Se documentan fondos planos (fig. 308.7), estrechos y huecos similares a la forma Gauloise 11 (fig. 308.8) y macizos acabados en un ápice redondeado (fig. 308.9). Entre las tapaderas destaca una cuya pasta podría a priori parecer africana (fig. 308.10), con el borde ligeramente levantado y paredes de aspecto cóncavo y un pinzamiento en la parte superior a modo de asidero. Una segunda de acabado más irregular queda sin adscripción (fig. 308.11).

5.2.1.1.5.- Lucernas

Sobre las piezas destinadas a la iluminación (5%) no insistiremos, pues el grueso de los materiales es africano, por lo que remitimos al análisis de los contextos anteriores para los detalles generales. Una de las piezas quizás más destacadas es una forma con volutas que por sus características como su engobe rojizo metalizado y sobre todo una firma en el fondo nos parece africana (fig. 309.1), aunque podría confundirse con una forma más antigua, una Loeschcke IC. Aunque clasificada como Deneauve X, el fondo parece diferir de las de este tipo (por lo general moldurado o con incisiones (Bonifay, 2004: 334-337), siendo el elemento más significativo una N incisa; una firma poco frecuente, pues esta letra sólo se documenta –e impresa– sobre el fondo de un ejemplar Deneauve VII (Bussière, 2000: 308, nº 1930). La gran mayoría de las restantes pertenecen a este último tipo, con diversas variantes en función de la decoración de su *margo*, destacando un ejemplar con una figura de Hércules en el disco (fig. 309.2-6). Cabe señalar una pieza con un gran depósito (fig. 309.7) que podría corresponder con el

tipo D VII de Bussière (2000: 102) definidas como "de gros module". Igualmente se documentan varios fragmentos de Deneauve VIII, con el pico cordiforme y otros motivos decorativos característicos de este tipo como las hojas de laurel en relieve sobre la *margo* (fig. 309.9). En cualquier caso el ejemplar que nos parece más interesante es una posible imitación en cerámica local. La pieza copia una forma Deneauve VII pero está hecha de manera muy tosca y sin engobe, en una pasta que recuerda enormemente la de la ERW3. Se llevó a cabo con la técnica del sobremoldeado (Quevedo, 2008: 67-68) como indica una firma ilegible en el fondo que correspondía al tipo original. La base fue retocada de manera burda con un punzón para resaltar su circularidad, el asa está torcida y el cuerpo presenta en general una superficie un tanto poligonal (fig. 309.8). La confirmación de esta imitación a nivel local pondría de manifiesto una actividad hasta ahora no documentada en nuestra zona y sobre la que recientemente se ha comenzado a reflexionar con interesantes resultados (Poveda, 2012).

5.2.1.2.- Cronología

Aunque desconocemos si la colmatación del estanque 2 se produjo en un momento de reforma de la *uilla* para transformarlo en un posible *hortus* o bien corresponde a una última fase en la que pudo actuar a modo de basurero, el conjunto muestra una gran coherencia en cuanto a su datación.

La vajilla fina permite realizar algunas precisiones cronológicas, si bien producciones como las paredes finas o la TSG no aportan mayores novedades respecto a las mencionadas en el análisis de contextos anteriores. De esta última, donde como viene siendo habitual predomina Drag. 27, destacan los cuatro ejemplares sellados. Mientras que la *officina* de *Sulpicius* fecharía su actividad entre 85 y 110 d.C. (Hartley y Dickinson, 2011b: 367-372), la producción de *Martialis* se habría desarrollado entre 120-150 d.C. (Hartley y Dickinson, 2009b: 309-310). En cualquier caso el más interesante es el sello de Lezoux *Priuatus*, con una cronología especialmente tardía que cabría situar en la segunda mitad del s. II d.C., entre 165-180 d.C. (Hartley y Dickinson, 2011a: 266-267, Privatus iii). En cuanto a la TSA A, a pesar de la existencia de algunos fragmentos más tempranos, como H. 5A, los mayores porcentajes están formados por H. 6B y H. 14B. Para la primera, cuya datación se sitúa entre mediados y finales del s. II d.C. (Hayes, 1972: 31), quizás quepa contemplar una continuidad mayor en el tiempo, postergándola hacia finales de dicha centuria e incluso inicios del s. III d.C. como

sucede con otras formas lisas con engobe de tipo A2 como H. 8B y H. 9B. Un planteamiento que quizás quepa extender a la forma H. 3C. En cuanto a Hayes 14A y H. 16, propias de finales del s. II e inicios del s. III d.C., aparecen junto a la abundante H. 14B, cuya cronología parece ir en consonancia con la de las anteriores, a pesar de que se tiende a ubicar en la primera mitad del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 159). Algunos de los perfiles de Hayes 14B documentados como el de la fig. 275.5, con una pared rectilínea y un borde redondeado, parecen preludiar la forma H. 15 (Bonifay, 2004: 157). De ésta se registran algunos individuos cuya cronología cabría centrar por el contexto en época severiana. Otras piezas como la poco frecuente H. 19, que imita la cazuela africana O. II, 303 –aunque en este caso no sea una forma de cocina– se datan en la primera mitad del s. II d.C. (Aquilué, 1987: 137-138), es el caso también de las jarritas Pallarés 26A y de H. 160. Más propias de principios del s. III d.C. serían formas más tardías como H. 27 y la pátera Atlante LXXII, 2 equivalente al tipo 14C de Bonifay (2004: 162) y en la horquilla entre esta centuria y la anterior se situarían algunos tipos como el cuenco de TSA A indeterminado que también apareció en la *domus* de la Fortuna. En cuanto a la TSH de Tricio, formas lisas como Ritt. 8 y el plato Drag. 15/17 perduran de forma generalizada desde el s. I d.C. hasta el s. III d.C. (Fernández García y Roca, 2008: 325, fig. 13), por lo que más que aportar una cronología es el contexto el que permite matizar la de estos vasos. Entre mediados del s. II y el s. III d.C. se situarían también las formas de TS Clara B documentadas como el tipo Desbat 1a (Desbat y Picon, 1986). La forma 16 se situaría en la segunda mitad del s. II d.C. y Desbat 68 no haría su aparición hasta época tardoantonina, perdurando durante todo el s. III d.C. El horizonte entre ambas centurias es el que ocupa la cerámica vidriada de producción itálica al igual que los vasos plásticos minorasiáticos, también representados aunque con un solo ejemplar. Por último la cronología de las copas / píxides corintias ha sido revisada en profundidad por D. Malfitana (2007: 135-139) sobre la base de diversos contextos (Corinto, Ostia, *Paestum*…) fijándola entre el segundo cuarto del s. II d.C. y todo el s. III d.C. Una datación que cabe hacer extensiva a las imitaciones de las copas Drag. 27, localizadas en niveles de composición similar en el yacimiento romano de Faldetes, Valencia (Guilabert, 2012).

Respecto a la cerámica de cocina, las formas remitimos a contextos anteriores para las referencias a las formas más comunes como H. 23A y 23B, H. 196 y H. 197, que componen el mayor porcentaje dentro del conjunto. A excepción de formas sueltas como H. 131, H. 195 o una tapadera similar a la forma Rosas 2624, destacan piezas que

se sitúan en la horquilla entre finales del s. II y el s. III d.C. y que incluso se adentran en esta última centuria como sucede con la cazuela O. I, 270, la olla H. 200 o la jarra de cocina Uzita 48.1. Del plato / fuente H. 181, los dos individuos mejor conservados, pertenecientes a la categoría A, poseen un perfil entrante que correspondería a la variante A de Bonifay (2004: 211-213), la más antigua, que se fecharía a inicios del s. II d.C. Cabría otorgarle una cierta residualidad en el contexto, a pesar de que tradicionalmente consideramos que no hacía acto de presencia hasta la segunda mitad avanzada del s. II d.C. (Aquilué, 1995: 69). En cuanto a las dos formas documentadas en Portmán por primera vez, la cazuela del tipo Hayes 183 era fechada de manera incierta por este autor entre los s. II o III d.C. (Hayes, 1972: 202-203), una datación que refrenda este contexto, ajustándola a la horquilla que separa ambas centurias. Por otro lado H. 184 con un borde triangular redondeado y ligeramente cóncavo al interior pertenece a la variante B de Bonifay, propia de finales del s. II d.C. y mediados del s. III d.C. (Bonifay, 2004: 219). El mismo horizonte que matiza la cronología de la olla levantina de la forma 2 y hasta el que también parece perdurar la tapadera itálica de la forma Bats 7. En cuanto a la cerámica reductora de cocina se mantiene la datación otorgada por contextos precedentes, la misma que se ha de hacer extensible a la producción de "cerámica de mica plateada" definida a raíz de los hallazgos de la *uilla* y cuya manufactura se realizó probablemente en la zona.

De la cerámica común las producciones minoritarias permiten matizar la cronología. Destaca el mortero itálico Dramont D2, que por el tipo de sello y otras características se fecharía entre finales del s. I d.C. e inicios del s. II d.C. (Pallecchi, 2002: 109), por lo que su presencia ha de ser residual. En cualquier caso es posible que piezas de esta entidad perdurasen durante mucho tiempo en las cocinas. Reenviamos a los casos de estudio anteriores para las apreciaciones sobre piezas como la olla levantina cooking-pot 2 o las jarritas africanas del tipo Bonifay 50, todas del arco comprendido entre finales del s. II e inicios del s. III d.C. Precisamente entre las africanas el barreño Uzita 2, que pertenecería a la variante A de Bonifay, se fecharía en ese mismo horizonte cronológico (Bonifay, 2004: 262-263). El cuenco con digitaciones de la posible Bonifay 3, una forma conocida en localidades como Uzita y Pupput, se sitúa en el s. III d.C. (Bonifay, 2004: 245) y entre principios de esa centuria y finales de la anterior algunos quemaperfumes similares al nuestro documentados en el contexto del pecio del solar de La Bourse de Marsella (Bonifay *et alii*., 1998: 101). Las formas comunes en ERW3 no precisan de más comentario (vid. casos precedentes). Algunas formas nuevas que

parecen asociarse a esta producción como las tapaderas de tendencia cónica y con fondo plano con marcas de la cuerda de alfarero recuerdan a otras de cerámica oxidante documentadas en Ampurias y Tolegassos, esta última a mediados del s. II d.C. (Casas *et alii*., 1990: 228-229, n^{os} 460 y 462 respectivamente). Las *trullae* también encuentran paralelos en hallazgos en contextos de la segunda mitad del s. II d.C. del área gerundense (Casas *et alii*., 1990: 268-269, n^{os} 537-538). Igualmente fueron producidas a nivel local en el alfar granadino de Los Matagallares (Bernal, 1998: 346-348, fig. 137.168). En cuanto a las "queseras", formas similares (más de tipo "colador"), con el fondo curvo y horadado, relacionadas con la producción de quesos y productos derivados de la leche se registran de nuevo en Ampurias y Tolegassos en contextos de la segunda mitad del s. II d.C. e inicios del s. III d.C. (Casas *et alii*., 1990: 33 y 308-311, n^{os} 639 y 639a). En el caso de Cartagena, donde ya se ha visto que los recursos del campo pueden verse limitados debido a la escasa pluviosidad a pesar de que el suelo es de una gran riqueza, la producción de quesos (plausiblemente de cabra) no es una hipótesis imposible, si bien por el momento nuestros argumentos son demasiado endebles como para sustentarla. Lo más importante a destacar es que, aunque cambien las pastas y se adapten en cada región a las necesidades locales, el repertorio de este momento cronológico parece repetirse en diversos puntos de Hispania. Por último y aunque no aporte novedades cronológicas, la confirmación de los posibles separadores para la cocción de cerámicas supondría el reconocimiento de Portmán como una zona que contó con una producción propia, tal y como se viene apuntando a raíz del análisis de ciertos tipos y pastas que parecen exclusivos de allí.

En cuanto a los envases de transporte, destaca entre los tipos hispánicos la forma Matagallares IC, fechada en la primera mitad del s. III d.C. aunque no en los inicios del taller (Bernal, 1998b: 291), así como las posibles Dr. 2-4 de *Dianium*, envases destinados al comercio regional de vino con una difusión entre los s. I-III d.C. (Gisbert, 1998). Para otros tipos de esta horquilla como las P.E. 25 remitimos a los contextos analizados previamente. Las definidas como ánforas de Portmán tipos 1, 2 y 3 han de fecharse con el grueso del contexto, entre finales del s. II e inicios del s. III d.C., al igual que el ánfora más abundante, Gauloise 4, siempre bien representada en este horizonte. En cuanto a las lusitanas, Almagro 50 / Keay XVI tuvo una amplia difusión a partir de esa última fecha, estando bien documentada en contextos de la segunda mitad del s. III d.C. como el pecio Cabrera III (Bost *et alii*., 1992: 128-132). Cronológicamente la forma Almagro 51a-b parece no arrancar antes de mediados del s. III d.C. a raíz de lo

que deparan los hallazgos tarraconenses (Keay, 1984: 160), si bien la forma del envase –aun destinada a productos piscícolas– se inspiraría en modelos olearios africanos propios de la horquilla de finales del s. II e inicios del s. III d.C., (Márquez y Molina, 2005: 144-145). En otros lugares se documentan cuellos asociados a esta forma o a la precedente que también presentan dudas, caso de dos ejemplares vinculados a ánforas Almagro 51c hallados en el pecio Cabrera III (Bost *et alii*., 1992: 146 y 175, fig. 42.1-2.). Respecto a las ánforas orientales, el tipo Agora F65/66 está bien documentado en contextos de los s. II-III d.C. que pueden prolongarse en la centuria siguiente (Lémaître, 1997). Para la pieza que recuerda a la carrot amphora no se conoce la cronología, pero la producción original no supera el s. II d.C. (Carreras y Williams, 2002). La presencia de ánforas africanas es un indicador en sí de una cronología que se adentra en el s. III d.C. El tipo II A, concretamente la variante A2, es propia de finales del s. II y la primera mitad del s. III d.C., y en esta última centuria se ubica también la forma II B (Bonifay, 2004: 111-114). El caso de las etiquetas de plomo es muy interesante, aunque no podemos vincularlas a piezas africanas concretas. El hallazgo de Annaba está vinculado a un ánfora Africana II C 2 que no parece fecharse antes de finales del s. III (Bonifay, 2004: 115). Es una cronología excesivamente tardía para nuestro contexto lo que podría estar indicando un uso de este etiquetado desde un momento anterior, al menos ya desde finales del s. II d.C. Entre las piezas indeterminadas destaca la posible tapadera africana, que podría contar con paralelos entre hallazgos de dimensiones y forma similares del pecio Cabrera III (Bost *et alii*., 1992: 147 y 177, especialmente fig. 44.1).

Sobre las lucernas, de procedencia africana y de las que sólo una (compleja además por su relación con modelos itálicos) presenta una firma en forma de N que apenas aporta información; no añadiremos nuevos comentarios. Remitimos a los análisis anteriores dado que el grueso de las formas pertenecen a los tipos Deneauve VII y VIII, propios del s. II e inicios del s. III d.C. Destaca en cualquier caso un ejemplar de posible producción local, una copia mediante sobremoldeado de una Deneauve VII. Igualmente reseñable es la ausencia de formas a torno.

La valoración conjunta de todos los materiales y la inexistencia de TSA C nos permite fechar el conjunto muy a finales del s. II d.C. o más probablemente a inicios del s. III d.C., en línea con lo planteado hace unos años (Fernández Díaz, 1999b: 203). A excepción de alguna pieza que parece más propia de mediados de la tercera centuria, la ausencia de TSA C marca un término *ante quem* en torno al 220 d.C., refrendado

además por la presencia masiva de formas tardías de TSA A. Entre las escasas evidencias numismáticas documentadas, un denario de Septimio Severo, proporciona un término *post quem* para el contexto en el año 193 d.C. (Fernández Díaz, 1999b: 204), oscilando por tanto su formación entre 193-220 d.C. Más allá de la datación, que supone un importante complemento a los niveles estudiados en *Carthago Noua*, el problema que sigue pendiente en Portmán es el de la interpretación. ¿Corresponde la colmatación del estanque al abandono de la *uilla*? ¿Se puede vincular la entrada en desuso del conjunto con la recesión que afecta a la ciudad? Probablemente, pero solo futuros e imprescindibles trabajos podrán aportar algo de luz en este punto con el análisis de las habitaciones del complejo residencial. Hasta ahora el único elemento que podía esgrimirse para una continuidad más tardía era el capitel jónico antes mencionado (fig. 264b) que algunos autores llevaban al s. III d.C. Sin embargo como se desprende de la lectura del contexto éste ha de ser anterior, por lo que coincidimos plenamente con A. Fernández Díaz (1999b: 96-97) que lo ubica en torno a mediados del s. II d.C. Ya se ha visto la problemática que presentaban otros capiteles jónicos localizados en *Carthago Noua* por su presunta cronología tardía (vid. cap. 1), pero en el caso de Portmán si el relleno del estanque marca el fin de la *uilla* difícilmente tienen cabida reformas arquitectónicas de entidad de época posterior. En cualquier casi si fue un abandono paulatino y una parte de sus estructuras mantuvieron una continuidad, o bien si fue total, o incluso si se trató de una destrucción, solamente el análisis de nuevas secuencias estratigráfica permitirá demostrarlo.

5.3.- Valoración de los contextos de los s. II-III d.C.: datos para una historia de la ciudad.

A modo de breve recapitulación reflexionamos en las siguientes líneas sobre algunos aspectos de interés que se derivan de los contextos analizados, sin incidir en exceso en los aspectos cronológicos a título de cada producción, ya detallados en los casos de estudio. En líneas generales, tanto por la naturaleza del registro estratigráfico como por su datación, se distinguen con claridad dos fases históricas: un primer momento marcado por el paulatino abandono de numerosos edificios entre finales del s. II e inicios del s. III d.C. y una segunda etapa que se desarrolla en torno a la segunda mitad del s. III d.C. caracterizada por niveles de destrucción.

El colapso de diversos espacios tanto públicos como privados define la primera fase. Para las *domus* de la C/ Jara y de la Fortuna, así como la curia y su área circundante se ha establecido un abandono en torno a 180-210 d.C. Esta fecha parece prolongarse hacia el s. III d.C. en el caso de las vías públicas como el cardo de la C/ Duque, cuya obliteración se ha marcado hacia 190-220 d.C. El análisis en última instancia de la *uilla* de Portmán ha mostrado un rico contexto de idéntica datación y con tipos que también aparecen en los primeros casos citados (aunque en distinta proporción). Parece evidente que estamos ante un mismo fenómeno, desarrollado entre finales del s. II e inicios del s. III d.C. y que a pesar de las dificultades para matizar la horquilla temporal en períodos menores de 50 años, parece ceñirse a época severiana. Numerosos contextos confirman nuestra propuesta (tabla 2), algunos con materiales casi idénticos y en similares proporciones. En el caso de *Hispania* resultan verdaderamente paradigmáticos los estudiados en el área de Girona. Además de Ampurias (Aquilué et alii., 2008), la *uilla* de Tolegassos es el referente por excelencia (Casas y Soler, 2003). Diversos niveles documentados en distintas partes del complejo pero sobre todo el pozo (Casas y Nolla, 1986-89) fechado entre finales del s. II e inicios del s. III d.C., hacen de este yacimiento un referente para comprender la composición y la evolución de los ajuares cerámicos de *Carthago Noua* a partir de época tardoantonina. Otras excavaciones como la del pecio de La Bourse de Marsella remiten al mismo horizonte cronológico (Bonifay et alii., 1998: 101); una cronología que continúan confirmando los trabajos más recientes como el estudio de un establecimiento rural en Campiani, Córcega (Lang-Desvignes, 2011).

La segunda fase está definida por el pequeño pero rico contexto de la C/ Cuatro Santos nº 40, fechado entre 240-270 d.C. Aunque es el único con niveles claros de destrucción, su estudio ha sido muy importante de cara a relacionar lo que sucede en otros edificios de la colonia en la segunda mitad del s. III d.C., un aspecto desarrollado en profundidad en el siguiente capítulo, por lo que no insistermos ahora en él. Confirman la datación propuesta otros contextos que la comparten, como el excavado en la Avenida de España nº 3 en Ibiza (González, 1990: 74-75) o los niveles del patio central de Tolegassos (Casas y Soler, 2003: 205-206, fig. 137). Conjuntos cerámicos idénticos, por añadir referencias más recientes, se encuentran en los niveles asociados al abandono del foro y otros puntos de la ciudad romana de Ampurias, fechados entre 225-275 d.C. en los que destaca de manera notable el plato H. 50 (Aquilué *et alii*., 2008: 56-58) y el vertedero de la calle del gasómetro nº 18 de Tarragona, situado en un espacio

cercano al cierre de la cávea del teatro, con una cronología de la primera mitad del III d.C. (Fernández y Remolà, 2008: 95-98).

En cualquier caso al tener un mayor peso –cuantitativamente hablando– los contextos de época severiana, nos centraremos en ellos. En cuanto a las diversas producciones, hemos recogido en un cuadro-resumen (*vid*. cara interna contraportada) las principales formas de cada categoría documentadas en los contextos de Cartagena y su entorno en el horizonte de 190-220 d.C. Entre las novedades destaca la identificación de piezas foráneas de transporte, vajilla fina o cerámica de cocina que hasta ahora eran consideradas locales (especialmente orientales y africanas, aunque también itálicas o galas); igualmente el reconocimiento de producciones de carácter regional muy abundantes como la cerámica de cocina reductora o la llamada cerámica común oxidante, así como la definición de numerosas piezas del *instrumentum domesticum* (lucernas a torno, vasos plásticos de Asia Menor, utensilios de cocina) que completan el repertorio de formas empleadas en la *Carthago Noua* de época severiana. Mención especial tienen los posibles envases de transporte en cerámica común, un punto que vendría a aportar algo de luz en el oscuro panorama de los contenedores anfóricos de producción propia.

Algunas de las producciones merecen un breve comentario. En primer lugar destaca la presencia de TSG en contextos tan tardíos, especialmente la forma Drag. 27, que en el caso de Cartagena está muy bien representada, seguida por el plato Drag. 18/31. Esto se debe sobre todo a que eran piezas abiertas y fácilmente apilables destinadas sin duda a un comercio a larga distancia (Sánchez y Silvéréano, 2005: 175). Aunque sea en porcentajes poco significativos a partir de mediados del s. II d.C. subsiste igualmente en contextos como los de Badalona (Madrid Fernández *et alii*., 2005: 187) o Ampurias, donde se registra hasta el s. III d.C., siendo también Drag. 27 la más numerosa tal y como ponen de manifiesto algunos niveles excavados en el criptopórtico del foro (Aquilué *et alii*., 2005: 219). Igualmente cabe valorar la presencia de algunos vasos de paredes finas. Es significativa la presencia recurrente, aunque escasa, de la forma Mayet 38. La producción de *vasa potoria* en la Narbonense y los problemas para distinguir algunas piezas de las béticas han sido puestos de manifiesto recientemente por A. López Mullor (2008: 372). Su hallazgo en un pecio como el Culip IV del que se han analizado a fondo la ruta del barco y la carga (Nieto, 1989: 243 y ss.) y donde aparece un completo lote de paredes finas junto a TSG (Puig, 1989: 189, fig. 144) abre una vía tan interesante como compleja en cuanto a los problemas derivados de

su comercialización, sobre los que cabrá profundizar en el futuro. Por otra parte no hay que olvidar que el vaso de paredes finas mayoritario en nuestros contextos es el "tipo Cartagena" que además recuerda a una producción monoansada de TSA A de la que es contemporánea: Hayes 136, con labio exvasado y decoración a ruedecilla (Hayes, 1972: 180-181)[362]. En cuanto a la TSH lo significativo es su acentuada ausencia (Quevedo *et alii*., 2008). Si las sigillatas de *Tritium Magallum* se distribuían hacia el oeste peninsular y el Norte de África a través de una navegación de cabotaje, sorprende no encontrar mayores porcentajes en puertos como *Lucentum* o *Carthago Noua* ya desde el siglo I d.C. frente a lo que ocurre en otras ciudades como *Valentia* (Escrivà, 1989) o incluso *Baetulo*, tan cercana a los centros productores de TSG (Madrid i Fernández, 1999). Al igual que ocurre en la cercana *Lucentum* (Ribera, 1988-1989), donde también se registra en esaso porcentaje, parece cada vez más claro que esta distribución desigual sería el resultado de unas rutas comerciales que no contemplarían como fondeadero para sus naves los mencionados puertos, quedando controlado el mercado de la vajilla fina primero por la TSG y posteriormente por la TSA.

En cuanto a esta última producción, en un principio se partía con un cierto recelo hacia las nuevas propuestas que retrasaban su cronología, seguida tradicionalmente en la ciudad. Sin embargo el análisis de los contextos las ha confirmado plenamente, pasando a ser uno de los argumentos por los que el abandono de los edificios se prolonga hasta el s. III d.C. Hasta la fecha la definición de los conjuntos cerámicos de la primera mitad de la tercera centuria estaba fuertemente condicionada por el hallazgo de TSA C. Sin embargo este punto se ve paulatinamente modificado por la prolongación en el tiempo de la producción de algunas formas de TSA A tardías, como bien ha puesto de relieve recientemente J. C. Quaresma (2011). Cabe recordar además que este repertorio tardío (piezas Hayes 14, 16 y especialmente H. 15) fue producido en la parte más occidental de Túnez. Es lo que M. Bonifay ha definido como la "pista argelina", pues es muy probable que tanto formas precoces como tardías de la TSA A se hubiesen producido en este territorio (Bonifay, 2004: 48). La cuestión nos afecta de lleno por la estrecha relación de *Carthago Noua* con ciudades relativamente cercanas como Cesarea de Mauretania a tenor de lo que recuerdan las fuentes, que también apuntan a que Cartagena era el camino más corto para llegar por mar hasta Libia (Apiano, 6, 19). Con el área argelina en concreto se ha querido ver una relación incluso entre los capiteles del

[362] Nuestro más sincero agradecimiento a A. López Mullor por tan interesante observación.

teatro de Cartagena y los de Cherchel, que compartirían algunos rasgos estilísticos muy similares (Ramallo, 2004a: 176). La falta de contextos publicados en Argelia hace que muchas cuestiones queden en el aire[363], siendo una de las vías de trabajo que cabría desarrollar en los próximos años.

En cuanto a las cerámicas culinarias el aspecto que más nos interesa señalar es la convivencia de las producciones africanas con una –ahora mejor conocida– cerámica reductora de cocina regional. Al tratarse de piezas que condicionan el modo en que se preparan los alimentos y además de forma distinta (cazuelas africanas *vs* ollas hispanas) su examen es muy interesante de cara a profundizar en lecturas que vayan más allá de las socioeconómicas, como ha explicado mejor que nadie M. Bats (1996: 483): "Ce n'est pas nier en effet les raisons économiques, sociales et technologiques qui expliquent que telle céramique commune soit issue de tel atelier ou de telle zone plutôt que de telle autre; c'est ajouter une autre dimension en prenant en compte aussi la responsabilité des consommateurs pour qui, au fond, la céramique trouve sa raison d'exister". Establecer una relación más palpable entre la cerámica y quienes la utilizaron dentro de un contexto amplio que permita explicar cambios socio-culturales y sus causas ha de ser uno de nuestros objetivos principales (Djordjevic, 2005: 62) por encima de otros, igualmente importantes como la precisión cronológica, que en este caso era prioritaria. En el Levante peninsular de época prerromana la olla es la pieza por excelencia.

A pesar de la estrechez del fondo los ejemplares de ERW1 son estables, aunque podrían colocarse sobre un trípode, si bien en otras regiones del Mediterráneo occidental donde poseen fondo plano se sitúan directamente entre las brasas o cerca del hogar. En ella los alimentos se cocinan mediante hervido con abundante cantidad de agua. Sin embargo el *caccabus*, la forma de tradición oriental y fondo curvo, favorece una cocción mixta: se puede hervir pero también sofreír o rehogar[364]. Su introducción en Roma, donde la olla era el recipiente de base, no tiene lugar hasta finales del s. I a.C. aunque será adoptada con rapidez como prueba el hecho de que en el compendio de recetas de Apiano (s. I-IV d.C.), el *caccabus* sea citado 60 veces frente a las 8 de la *olla* (Bats, 1988: 69-76).

[363] Una de ellas quizás la ausencia de TSH debido a una relaciones más intensas con esta zona del N de África que habría copado el mercado con sus productos.

[364] Para una distinción de las distintas piezas es fundamental: Bats, 1996: 481-484. También muy práctico el apéndice recogido al final del volumen de las monografías ampuritanas dedicado a la cerámica común en las fuentes y basado en el artículo de Gómez (1995, "Documento de trabajo", pp. 311-315).

Aún no se sabe con certeza cómo la cerámica africana desplazó a las piezas de producción local/regional, infiltrándose progresivamente en el mercado y relegándolas a una posición marginal (Olcese, 2003: 65). Tras el análisis de los contextos de *Carthago Noua*, se aprecia cómo por ejemplo a finales del s. II e inicios del s. III d.C. en la *domus* de la Fortuna la cocina africana supone un 50% del material cerámico frente al 11% que ocupa la reductora; o cómo en la C/ Jara nº 12 el porcentaje es de un 38% para las africanas y un 10% para las reductoras. En la Plaza del Negrito en *Valentia* las africanas rondan cifras similares con un 42'15% en niveles de la misma cronología, sin embargo las reductoras poseen una mayor presencia, 17'12%, argumento que respalda su posible origen en la zona (Huguet, 2012). Sería sin duda muy interesante analizar su presencia en otras ciudades no portuarias –asentamientos con un notable número de individuos como la *uilla* jumillana de Los Cipreses (Noguera y Antolinos, 2009: 205-206) o el área de El Monastil (Elda; Reynolds, 1993: 97)– de cara a la identificación de un posible transporte y difusión (¿acaso también producción?) interiores. En Ostia, el puerto por excelencia, la cerámica africana es todavía más abundante en época tardoantonina y está representada en los contextos ligeramente por encima del 50% del total (Anselmino *et alii*, 1986: 57 y ss.). En cualquier caso estas comparaciones no deben dar lugar a error: no se trata de enfrentar una producción a otra. Ambas complementan un modelo de cocina y de hecho así parece ocurrir con las formas reductoras más estandarizadas en el s. II d.C. como la olla 3 y la tapadera 7 (u otras como la olla 2 y la jarra 8) que aparecen con frecuencia junto a cazuelas africanas (principalmente Hayes 23B, 197 y 181). La olla responde a una forma tradicional de preparar los alimentos –con una increíble perduración durante milenos (Sanchez, 2010)– que probablemente no puede alcanzarse con las piezas africanas, motivo por el que se mantiene junto al repertorio de éstas como ilustra claramente el conjunto expuesto en el centro de interpretación de la *domus* de la Fortuna (fig. 88d). Es probable que el fondo umbilicado facilite el removido, máxime si se piensa en comidas como las *pultes*, papillas o a gachas de cereales que componían la base de la dieta de las clases rurales y aquellas más humildes de ámbito urbano (André, 1981: 60-61). Un interesantísimo ejemplo sobre este debate basado en las "texturas" de lo cocinado se ha planteado a raíz de unos hallazgos de la misma cronología en *Eboracum* (York, Gran Bretaña). En *Britania* la forma tradicional de cocina era la olla –alta, ovoide y de fondo plano– que se colocaba directamente entre las brasas, pero a raíz de la presencia de soldados africanos se detecta la aparición –en cerámica local– de imitaciones de formas africanas de cocina. La arqueología experimental ha demostrado

que la textura del guiso cocinado en la cazuela de fondo curvo sobre brasero es mucho más seca que la de la olla y curiosamente estas piezas se concentran en el norte, donde estaban acantonados los soldados. Lo mismo ocurre en York donde el emperador Septimio Severo, también africano, murió tras haber residido varios años con su corte (desde 208 a 211 d.C.). Una localidad en la que las cazuelas de fondo curvo no encontraron el favor de la población civil, que continuó utilizando las ollas que les proporcionaban la textura a la que estaban habituados, relegando a las anteriores a la duración del grupo étnico que trajo consigo esos hábitos de cocina (Cool, 2006: 39-40).

En cuanto a otras producciones, la cerámica común oxidante es también muy interesante. Llama la atención la pervivencia de algunas formas pintadas de tradición indígena (realizadas en el mismo tipo de pasta) hasta el s. III d.C., aunque aparecen de forma probablemente residual. De hecho continuamos sin saber hasta qué punto los talleres indígenas prolongaron su actividad adaptándose a nuevos gustos a partir de la llegada de Roma o si bien se trata en realidad de productos hechos por alfareros itálicos instalados en la zona (Ros, 1989: 139-140). Precisamente en cerámica común oxidante (o ERW3) es posible que se fabricasen algunos envases de transporte que hemos definido como locales, tanto de la forma 18 de esta producción, como los tipos Portmán 1, 2 y 3. La parquedad de las ánforas en los contextos impide establecer, a diferencia de como suele ocurrir con estos materiales, relaciones de tipo económico. Se documentan de muy diversas regiones, pero siempre en ínfima proporción. Un síntoma probablemente de la recesión que afecta a la ciudad pues sólo hay que observar la proverbial riqueza de los contextos de los s. II-I a.C. para comprender que el volumen de ánforas (itálicas sobre todo) que se llegó a alcanzar en la etapa de mayor de bonanza para la ciudad. Solamente cabe hacer dos menciones: la reiterada presencia del ánfora vinaria Gauloise 4 y la aparición cada vez más notoria de envases africanos (como por ejemplo ocurre en Portmán) a partir de finales del s. II d.C. La primera indica una relación permanente con la Narbonense que se prolonga desde el s. I d.C., cuando las piezas de TSG inundaron el mercado local. Tras la "explosión" de la producción del vino galo, éste llegó a numerosos puntos del Imperio y por lo general lo hizo en una Gauloise 4, que en palabras de F. Laubenheimer se puede considerar, si es que había uno, el símbolo del ánfora gala (Laubenheimer, 1990: 99-101). Con un contenido de 30 litros pero un peso de 10 kilos presentaba una relación 1:3 entre su capacidad y su peso, lo que ayuda a entender su gran popularidad al contrario de otras ánforas como las itálicas, que pesaban tanto casi como el producto que contenían. Esto explica su

abundante imitación a finales del s. II e inicios del s. III d.C., lo que supone un problema de identificación añadido a la cuestión de las ya de por sí escasas ánforas de los contextos de *Carthago Noua*. En nuestro entorno se produjeron en el taller de Los Matagallares (1998c) y en Denia (Gisbert y Laubenheimer, 2001), así como en la moderna Tiklat, en Mauritania Cesariense (Laubenheimer, 1990: 140-141). No hay que olvidar además que la estrechez de sus paredes hace que erróneamente se clasifiquen en ocasiones como cerámica común (de hecho las propias Gauloise 4 eran protegidas en muchos casos por un trenzado de esparto como ponen de manifiesto conocidos relieves como el de Cabrières d'Aigues; Laubenheimer, 1990: 132-133). En el caso de las posibles producciones de Cartagena (Portmán 1, 2 y 3), esta problemática les afectaba de lleno. Su historia está todavía por hacer, pues no estamos dando más que los primeros pasos en esta dirección, y en cualquier caso lo más probable es que su impacto sea mínimo; a nivel regional o casi local, para autoconsumo.

En relación a la célebre pero inexistente producción de *garum* de *Carthago Noua*– y en general a su notable disminución en los contextos estudiados– se ha apuntado la posibilidad de una competencia con otros envases de transporte como odres y toneles. Éstos no sustituyen a las anteriores, al menos no en un primer momento y para productos como el vino, sino que conviven con ellas y complementan el transporte de ciertas mercancías (Marlière, 2002: 189-192, de donde tomamos algunas de las ideas que siguen). Mientras que las ánforas permitían exportar un abanico de productos mucho más amplios (vinos de toda clase, aceite, *salsamenta*, miel e incluso frutas) el tonel sólo era apto para vino y cerveza y el odre para vino y aceite. Problemas como un cierre que no llegaba a ser tan estanco como el de las ánforas o el sabor que podían imprimir a algunos de los alimentos comercializados jugaban en contra de los envases degradables. Sin embargo presentaban otras ventajas como la facilidad para transportarlos tierra adentro y en vías fluviales. Así, las ánforas eran idóneas para el transporte marítimo, pero un tonel podía hacerse rodar entre los diversos transbordos de una ruta interior o estibarse con mayor facilidad en un carro, al igual que los odres, que podían cargarse sobre animales para atravesar las rutas más inaccesibles. También se ha comentado su complementariedad dentro del propio proceso de producción de algunos alimentos como el vino o el aceite, que bien podían recogerse en toneles y odres hasta su definitivo envasado en ánforas para el comercio marítimo. En cualquier caso es difícil explicar la escasez de ánforas en Cartagena debido a una sustitución por otros recipientes que en nuestras latitudes apenas dejan huella en el registro arqueológico,

siendo la ralentización económica que experimenta la ciudad el motivo más aparente para la caída de sus relaciones comerciales. En cualquier caso sí es cierto que a finales del s. III d.C. el tonel toma un especial protagonismo en relación al transporte del vino, lo que podría ayudar a explicar el cese de la producción de ciertas ánforas destinadas al comercio del líquido elemento, a pesar de que algunos envases muy populares como la forma Gauloise 4 continuasen fabricándose e imitándose.

PARTE III

CAPÍTULO 6

CARTHAGO NOUA DE MARCO AURELIO A DIOCLECIANO (161-305 D.C.)

El análisis de los llamados "niveles de abandono", objeto principal de este trabajo, ha permitido discernir, dentro de la paulatina decadencia que se atribuía a la ciudad durante los s. II-III d.C., al menos dos momentos diferenciados. El primero abarca desde finales del s. II d.C. a inicios del s. III d.C. y está marcado por la aparición de diversos abandonos y el colapso paulatino de numerosos edificios tanto de carácter público como privado como ha puesto de manifiesto el estudio de los contextos de la curia, la *domus* de la Fortuna y la C/ Jara nº 12. El segundo se desarrolla en la segunda mitad del s. III d.C. y está caracterizado por la aparición de niveles de destrucción –ya en una ciudad replegada sobre sí misma– originados de forma violenta como evidencia el paradigmático caso de Cuatro Santos 40 y otros que, aun no habiendo sido analizados– parecen compartir el mismo tipo de secuencias. Al mismo tiempo, el estudio de la colmatación de algunas calzadas, como el cardo adyacente a la *domus* de la Fortuna y el decumano de la C/ Don Roque -Ciprés nº 7 ha permitido constatar el mantenimiento de algunos niveles de circulación hasta época tardía a pesar de su continuo deterioro y posterior recrecimiento (fig. 310).

El objetivo de este capítulo final no es otro que intentar dotar de un marco histórico al período estudiado, el de la recesión urbana de los s. II-III d.C., distinguiendo los fenómenos que habrían llevado a tal situación de aquellos que no son más que derivados de la misma, como sugería J. Arce[365]. Aunque en función de los procesos de formación del registro arqueológico y la cultura material cerámica en él contenida se observan dos fases –una primera en torno a las dinastías de los últimos Antoninos y los Severos (abandonos) y una segunda que tendría lugar durante la anarquía militar (destrucciones)– la falta de definición de otros aspectos[366] nos ha llevado a valorar toda la etapa de forma global. Aunque carecemos de datos para la comprensión de la ciudad

[365] Arce, 1988: 56: "Según trabajos de algunos historiadores, parece que es lícito hablar de una crisis en Hispania durante los períodos antoniniano y severiano. Sin embargo, estos historiadores no definen claramente en qué consiste esa crisis ni analizan sus causas. Según ellos los síntomas principales donde se evidencia serían la "baja espectacular de la exportación de aceite bético" entre los años 160-200, el saqueo de Hispania en tiempos del emperador Cómodo por las bandas de Materno y las *razzias* de los *mauri* en la región Bética. En realidad, el problema reside en saber si esto son causas, síntomas o consecuencias de "la crisis". […] Nos encontramos, pues, con que no es posible definir con nitidez, en términos generales, el momento anterior a la "crisis" y que la evidencia es a veces contradictoria."

[366] Como por ejemplo el de los precios y el tráfico comercial o la situación de las necrópolis de la ciudad.

durante el reinado de Diocleciano se ha optado por prolongar el marco cronológico hasta su abdicación dado que fue a partir de la reorganización provincial por él emprendida que *Carthago Noua*, ya en el s. IV d.C., comenzó a recobrar un cierto protagonismo.

El análisis se centra en los aspectos que afectan a la evolución de la colonia, pues entendemos que ante la ausencia de un modelo central, como ocurría en siglos anteriores, solamente es posible trazar la imagen histórica de la época a través del estudio de las diversas ciudades. Por ello no trataremos cuestiones generales de este momento –en especial del turbulento siglo III d.C.– y, a excepción de referencias que consideremos oportunas, nos ceñiremos al caso de *Carthago Noua* y su entorno; siempre desde una perspectiva arqueológica. Aunque, por cuestiones de comodidad para el lector, se ha establecido una división en varios apartados cabe recordar la indisociable vinculación entre todos ellos –sociedad, política, economía– como pone de manifiesto la relación, por ejemplo, entre minería, riqueza, evergetismo y edilicia urbana.

6.1.- Las transformaciones del paisaje urbano

Si bien en la primera mitad del s. II d.C. la epigrafía da fe de nuevas construcciones públicas (aún no documentadas en planta) y a través del mosaico, la pintura y la escultura se constata la vitalidad de la edilicia doméstica, la dinámica urbana a partir de la segunda mitad de la centuria es bien distinta. Frente a la fase anterior en la que todavía se llevaban a cabo numerosas reparaciones y algunos espacios son reestructurados, a partir de mediados del s. II d.C., en un momento que situamos desde el gobierno de Marco Aurelio en adelante, no se registra el levantamiento de nuevos edificios en la ciudad. La renovación de los programas decorativos se interrumpe; las pinturas más recientes que se conocen son de época antonina e igualmente a mediados del s. II d.C. se fechan los últimos mosaicos y "marmolizaciones". Tampoco se documentan elementos arquitectónicos propios de este período[367], ni se conocen -aunque probablemente debieron existir, aun en número menor– inscripciones procedentes del área forense. Dando por válida la identificación del retrato de Antonino Pío, durante más de medio siglo no se detectan nuevas

[367] Para un acercamiento a los programas decorativos de este momento resulta especialmente interesante el caso de Itálica, estudiado en detalle a través de la arquitectura severiana del teatro y otros edificios, donde se distingue una tradición de origen oriental influenciada por talleres norteafricanos (Rodríguez Gutiérrez, 2004: 371-374).

representaciones imperiales hasta el pedestal dedicado a Julia Mamea, que será además la última. La situación contrasta con los testimonios de otras ciudades portuarias como Barcelona, Sevilla y Lisboa para las que –amén de las tres capitales provinciales– se supone un enriquecimiento derivado de sus actividades comerciales (Garriguet, 2005, 508: nota 82), una tónica que sin embargo no comparte Cartagena.

La gran mayoría de las estratigrafías que se documentan en la ciudad a finales del siglo II d.C. son deposiciones de tipo secundario. En ellas la incorporación de los objetos al registro arqueológico se produce tras su abandono y la paulatina desintegración de las estructuras que los albergan. Distinguir deposiciones primarias en las que las acumulaciones de material se formen debido a una ausencia de limpieza resulta especialmente complejo, sin embargo, es posible que tal situación se dé en la fase previa al abandono definitivo en la que algunos edificios se compartimentan. Así mientras unas salas se conciben para su uso como habitación, el resto se transforman en áreas de trabajo o de preparación de alimentos donde los desechos no son retirados tal y como se ha visto en la *domus* de la Fortuna.

La reutilización de materiales –en muchos casos fruto de expolios– es un fenómeno propio de este momento. Volviendo de nuevo a la *domus* de la Fortuna el pavimento de la estancia I-II, desvinculada de la casa desde su última fase y formado con piezas procedentes de otros edificios, es un buen ejemplo. En construcciones como el *Augusteum* se aprecia la recuperación sistemática de todos aquellos elementos que, como las losetas, podían ser reciclados (fig. 311). De hecho, en la misma sede de los Augustales apareció un conjunto de lujosos mármoles –serpentino, *giallo antico*, pórfido rojo– procedentes de otro edificio, pues cronológicamente no formaban parte de la decoración original, planteándose su almacenamiento para un posible uso artesanal (Soler, 2004a, 465-466, nota 61). Aunque la sugerente propuesta queda en el plano de la hipótesis, el hallazgo de los fragmentos señala que probablemente en ese momento el *Augusteum* ya no funcionaría como tal y que además, antes de 238 d.C. (fecha de su colapso según la numismática; Lechuga, 2002: 198-201) el costoso programa decorativo de otro edificio habría sido ya desmantelado. Otros ejemplos ya vistos y sobre los que no cabe insistir como el desmantelamiento de los mármoles de la curia, son paradigmáticos. Incluso los suelos de *opus signinum* llegan a ser expoliados hasta hacerlos desaparecer casi por completo, como sucede en el llamado "Edificio C" cercano a la sede del gobierno local (fig. 312). La reutilización de este tipo de fragmentos se aprecia en construcciones como una canalización documentada en la calle

Martín Delgado n^{os} 4-6, realizada en parte con trozos de *signinum* y amortizada a finales del siglo II o principios del III d.C. (Fernández Azorín, 2008a: 270).

En paralelo a este proceso de expolios y reutilizaciones se produce una reocupación de espacios para su uso como vivienda que, como se ha visto en la habitación de la C/ Cuatro Santos nº 40, ubicada en una antigua taberna tardorrepublicana, se caracterizan por lo modesto de su configuración. Debido a un prolongado deterioro algunos se colapsarán a finales del s. II o inicios del III d.C., mientras que otros perdurarán, reconvertidos, hasta la segunda mitad de esta última centuria. El ejemplo mejor documentado hasta la fecha sobre las nuevas condiciones de vida que se dan en el siglo III d.C. lo constituye sin duda el llamado "Edificio del Atrio" del Molinete. Tras su levantamiento en época augusteo-cesariana como posible *Banketthaus*, construcción propia de los santuarios y las corporaciones de culto según se deduce de sus grandes salas hipóstilas (Fase I), el conjunto conoció diversas reformas. Entre las que se llevan a cabo en la primera mitad del s. II d.C. (Fase II, fig. 313a y 314a) algunas de las más destacadas son la construcción de un larario en el atrio central, junto al pozo, y el refuerzo del piso superior mediante nuevos pilares, así como la renovación de los ciclos pictóricos y la anulación de algunos vanos (Noguera *et alii*., 2009: 138-140). Sin embargo a partir de la segunda mitad del s. II y durante la primera mitad del III d.C. acontece la reforma más significativa: el gran complejo de carácter público o semipúblico pasa a ser privado. Las modificaciones que se efectúan en este momento no mantienen la unidad del conjunto, sino que lo compartimentan, alterando los recorridos de circulación (Fase III, fig. 313b y 314b). Se separan y crean diversos espacios y cada una de las anteriores e imponentes salas pasan a actuar como casas individuales donde se distinguen zonas de cocina y almacén (aunque en este último caso posiblemente pueda tratarse de una pequeña taberna o *popina*). El atrio, en el que se mantuvieron el pozo y el larario, fue lo único que funcionó como un espacio común alrededor del edificio, reestructurado como una *insula* con patio de vecinos (Madrid *et alii*., 2009: 226-231). Se trata de una transformación que preludia las observadas en otros puntos del Mediterráneo en época tardía y en las que es posible observar los primeros cambios que acabarán con el modelo tradicional de la casa romana (Ellis, 1988: 567). Todo el conjunto de viviendas unifamiliares quedará destruido por un incendio en la segunda mitad del s. III d.C.

Volviendo a las características que definen la degradación de las condiciones de vida en la colonia entre finales del s. II y el s. III d.C., junto a la ocupación de espacios

para vivienda se observan fenómenos tales como la aparición de zonas artesanales en edificios públicos y privados, la acumulación de residuos urbanos *intra moenia* y el recrecimiento (y en algunos casos colapso) de parte de la red viaria.

6.1.1.- Los artesanos y la invasión de espacios

Uno de los aspectos que parece incidir con mayor claridad en la debilidad del ordo municipal de *Carthago Noua* a la hora de mantener la función de algunos de sus principales edificios públicos es la aparición, tanto en estos como en los de tipo privado, de estructuras vinculadas con actividades artesanales. A excepción de los posibles puntos de producción cerámica y las cuestiones generales sobre la situación del artesanado en la ciudad[368], en este momento de la segunda mitad del s. II d.C. se detectan talleres de vidrio, hornos para pan, restos materiales vinculados con el trabajo del hueso así como estructuras hidraúlicas de ambigua interpretación. Es difícil resumir esta tendencia a la ocupación de espacios con mayor claridad y concisión de como ya hiciera J.-P. Morel[369]. El autor recoge además distintos ejemplos de ciudades itálicas como *Fregellae*, donde en unas suntuosas *domus* republicanas todavía a medio construir se levantan unos talleres para bataneros, o Pompeya, en la que tras el terremoto del año 63 muchos artesanos se instalan en casas abandonadas para desarrollar sus actividades. En la propia Roma llega a darse un enfrentamiento entre un grupo de bataneros que habían ocupado un espacio público y el *curator aquorum*, al pretender éste recuperarlo o hacerles pagar por ello (Morel, 1991: 283-284). En el estado actual de la investigación son pocos los datos con los que comprender la organización de estos artesanos, aunque paralelos con otros yacimientos invitan a interrogarse sobre su inserción en el sistema económico de la ciudad. En Chartres, caso paradigmático, la presencia de un taller para el trabajo del hueso en una *insula* de carácter doméstico, junto a una calzada, y la

[368] La interesante excavación de la Morería Baja ha sido la que ha aportado la mejor documentación al respecto, convirtiéndose en referencia obligada (Egea *et alii*., 2006).

[369] Morel, 1991: 283: "Por un lado, pues, existe un pequeño artesanado y un pequeño comercio omnipresentes, infinitamente parcelados, prestos a expandirse, a menudo a expensas del dominio público, por un espacio vital que mezquinamente se les dispensa. Por otro lado, una tendencia del Estado o de las autoridades municipales (porque este fenómeno es tan perceptible fuera como dentro de Roma) a canalizar, reglamentar este dinamismo o esta disciplina, asignando unos lugares bien determinados a las actividades vinculadas a la artesanía. En esta lucha entre el orden y la dejadez, entre la contención y la invasión, la autoridad gana ciertos puntos, pero nunca serán decisivos. La propensión de los artesanos a invadir es constante, a expensas de edificios públicos y residencias privadas, y aunque sean tan despreciados por la sociedad urbana, representan uno de los elementos más dinámicos por su emprendedora vitalidad".

reciente aparición de otro que producía botones y agujas, permite sostener la existencia de un barrio especializado. Su situación en una zona que comprende grandes *domus*, espacios de hábitat más modestos, tiendas y artesanos del tejido y de la metalurgia del bronce refleja una organización urbana no diferenciada y concentrada en una misma área que va más allá de lo que podría considerarse una actividad marginal[370]. La presencia de estos artesanos en un medio urbano tiene que ver con diversos factores entre los que se encuentra la percepción más o menos negativa de los mismos, la forma en la que definen la riqueza y la imagen de una ciudad; un campo que de momento sólo ha generado esquemas explicativos cuya conversión a modelo queda todavía en el terreno de la hipótesis (Béal, 2002: 13). Igualmente desconocido es el grado de implicación municipal a la hora de favorecer el desarrollo de ciertas actividades artesanales[371].

En el caso de Cartagena este fenómeno se detecta desde mediados de la segunda centuria en diversas viviendas. En una de las primeras en las que lo hace –y quizás con mayor claridad– es en la llamada *domus* de *Saluius* del PERI CA-4 o Barrio Universitario, donde parece evidenciarse a partir de finales del s. I d.C.[372]. En la habitación nº 2, una sala noble de grandes dimensiones (5 x 8 m) situada en la parte meridional del edificio y simétrica con la nº 11 (conocida por ser la que conserva el mosaico que da nombre a la vivienda) se produjeron una serie de importantes transformaciones (Madrid *et alii.*, 2005: 123-125). El espacio se tabicó mediante muros que redujeron su superficie y generaron dos nuevas habitaciones: una cuadrangular al fondo (habitación 7) y otra más estrecha a modo de pasillo (habitación 6). El programa pictórico original de las paredes se cubrió con una capa monocroma de color ocre y el pavimento marmóreo fue expoliado (a pesar de que un posible *herma* que formaba parte

[370] Canny e Yvinec, 2008: 84: *"Le tabletier paraît ici parfaitement integré dans la vie urbaine; il ne s'agit donc pas d'une activité marginale rejetée en périphérie mais, bien au contraire, constitutive de la vie économique de la ville"*

[371] No hay que olvidar el sesgo que podían imprimirle los gestores municipales a la actividad económica dada también su condición de privados. En otras ciudades se sabe que la *res publica* era propietaria de *figlinae* –de hecho en algunos productos aparecen nombres de magistrados locales y esclavos públicos– por las que los privados pagaban a cambio de los derechos de uso (Cébeillac-Gervasoni, 2009: 24-25).

[372] Una fecha que conviene manejar con prudencia al continuar inéditos los contextos. Su temprana cronología –en la *domus* de la Fortuna por ejemplo las remodelaciones espaciales no acontecen hasta la primera mitad del s. II d.C. (Fernández Díaz y Quevedo, 2011: 297)– la ha convertido en una referencia para explicar el inicio de los cambios la ciudad y el comienzo de los abandonos a mediados ya del s. II d.C. (Quevedo, 2009: 216). Sin embargo, de los escasos materiales citados (TSA A Hayes 6C, 14/17, cocina africana O. I, 270… Madrid *et alii*., 2005: 135-136) se deduce una secuencia de colapso de las estructuras muy similar a la documentada en el resto de la colonia que se puede llevar sin problemas hasta finales del s. II d.C. (¿desplazaría esto también la fecha de las reformas?). De este modo el fenómeno de abandono, que se acusa de forma intensa en el área más oriental de la colonia, sería más homogéneo de lo planteado hasta ahora, afectando por igual a toda la ciudad.

de la ornamentación fue respetado hasta la última fase de uso [Madrid *et alii*., 2005: 124, Lám. 3]). Al mismo tiempo se recrecieron los niveles de circulación con tierra batida, documentándose los restos de un hogar. En cualquier caso el elemento más singular que denota con claridad un cambio en las funciones del edificio es la creación de un horno de planta circular construido en adobe interpretado como una tahona u horno de pan (fig. 315 y 316), sin que podamos especificar si esta transformación implicó también un cambio de propietrario. En otra de las viviendas del PERI CA-4, antes del abandono definitivo de finales del s. II – inicios del s. III d.C. que afecta tanto a los espacios de hábitat como a las calzadas, se documentan una serie de reformas que perduran a lo largo del s. II d.C. (Berrocal y de Miquel, 2003: 77). Se trata de piletas de *opus signinum* y nuevos muros[373], acompañados de pavimentos hechos con materiales reutilizados como fragmentos de *opus sectile* e incluso enlucidos parietales.

Una situación análoga se encuentra en la domus de la Fortuna, ya analizada, donde tienen lugar diversas reestructuraciones similares a las de *Saluius* (Soler, 2001: 75-76): recrecido de suelos, desarrollo de nuevos enlucidos en salas con decoración pictórica preexistente, compartimentación de espacios y especialmente creación de un conjunto de piletas de *opus signinum* que parecen indicar con claridad una finalidad artesanal[374]. La desvinculación de algunas estancias del conjunto de la vivienda, así como el carácter impermeable del mortero hidraúlico y el hecho de que las estructuras desaguaran directamente a la calle a través de un conducto refuerza la hipótesis de que al menos una parte del conjunto se reorientó en su última fase hacia tareas de carácter artesanal (Bermejo y Quevedo, e. p.). Cabe señalar el significativo número de objetos de hueso –singularmente *acus crinalis*– que deparó la excavación, lo que invita a pensar en el desarrollo de este tipo de industria.

[373] Berrocal y de Miquel, 2003: 77: "Así mismo entre las fases IX y VII hemos documentado una fase intermedia (fase VIII) en la que se documentan una serie de transformaciones posteriores (nuevos muros que se apoyan sobre el pavimento y una pileta revestida de *signinum*) caracterizadas por el empleo de materiales de baja calidad, donde se perfila un cambio de funcionalidad posiblemente vinculado a actividades de tipo artesanal, al igual que ocurre en otras domus urbanas como la de la calle del Duque 29-27, cuya segunda fase de ocupación se ha datado en la primera mitad del siglo II d. C., dato que nos puede servir de referencia ya que posiblemente en nuestro caso no se pueda precisar debido a la exigüidad del depósito arqueológico". Igualmente ignoramos cuál era la situación de los acueductos y estructuras vinculadas con el abastecimiento hídrico de la ciudad, ante su hipotético colapso ¿cabe observar en este tipo de piletas la vuelta a un sistema de captación como el observado en época púnica (García Blánquez, 2012)?.

[374] Como también se detecta cerca del área forense, en una excavación realizada en la esquina de la C/ San Francisco nº 8 con el Callejón de Zorrilla (López Rosique y Berrocal, 2002: 52).

6.1.1.1- El artesanado del hueso[375]

La reveladora abundancia de fragmentos óseos de la *domus* de la Fortuna, lo tosco, en ciertos casos, de su acabado y el uso de materiales aparentemente locales[376] induce a considerar su producción en la misma ciudad aun sin contar con estructuras asociadas. A pesar de las cuestiones que se plantean sobre el espacio en el que se desarrollarían estas actividades (probablemente en las propias carnicerías) cabe tener presente que los huesos largos se sometían a diversos tratamientos entre los que se incluía la eliminación de las epífisis y la probable cocción en piletas de cal o sosa cáustica para facilitar la limpieza de cartílagos, tendones y otros restos cárnicos (Canny e Yvinec, 2008: 82). La presencia de un taller ya fue planteada a raíz del estudio de los materiales del solar de la cercana C/ Beatas (fig. 310.40) , entre los que se contaba un posible mango inacabado en un contexto también de s. II d.C. (Murcia, 2005: 185 y 191-192). La aparición en esta excavación de numerosos objetos de hierro y bronce lleva a recordar la posibilidad de que el trabajo del hueso fuese complementario al del metal, como se ha propuesto en Rennes tras el hallazgo de un mango óseo de cuchillo roto por la mitad junto a varias agujas en un taller de bronce de la segunda centuria (Labaune, 2008: 59). De hecho la excavación de numerosos talleres de industria ósea en Francia en los últimos años y la revisión de antiguas intervenciones han obligado a crear nuevas metodologías para caracterizar y comparar las fases productivas de cada centro (Feugère *et alii.*, 2008, p. 25). Así, en ciudades como Amiens, Chartres, Orange o Poitiers, el hallazgo de estructuras relacionadas con la fabricación (¡hasta diez en el caso de esta última!) ha permitido definir con mayor claridad el concepto de "taller". Si bien las características espaciales no siempre ayudan de manera sistemática a su identificación, se reconoce su presencia allí donde se conservan elementos de hueso trabajados y restos de las cadenas operatorias (Prévot, 2008: 197). Aspectos como su localización, próxima en ocasiones a talleres metalúrgicos, han planteado distintas incógnitas sobre su organización, pues todavía se ignora si eran los mismos individuos

[375] Las reflexiones contenidas en este punto reproducen en su mayor parte las publicadas en Quevedo y Sevastides, 2009: 97-99.

[376] Dato éste a confirmar en futuros análisis de mayor calado que tengan en cuenta el total de los utensilios óseos hallados en la vivienda, un total de 63: un mango con decoración romboidal y alma de hierro que recuerda al de un espejo, una espátula, una bisagra y el resto agujas, tanto de coser como ornamentales (Quevedo y Sevastides, 2009: 94).

que trabajaban el metal los que manufacturaban los restos óseos[377], si por el contrario eran expertos itinerantes[378] o si existía una especialización de sus productos.

Exceptuando piezas de gran calidad hechas con materiales de importación como el marfil[379] o procedentes de la caza (asta de ciervo), la mayoría de elementos de hueso provenían del consumo cárnico. La asociación de las actividades artesanales con la carnicería parece evidente, pues constituiría un aprovisionamiento "casi industrial" en unas condiciones de regularidad y cantidad constantes (Canny e Yvinec, 2008: 81)[380]. Ahora bien, si los huesos eran desechados o proporcionados directamente a los artesanos, si existían intermediarios, si eran tratados previamente o si los talleres se situaban cerca de estos negocios, son aspectos de la investigación aún por dilucidar. En cualquier caso, el uso abundante de huesos largos de bóvidos, animal de referencia junto con el cerdo y la oveja en la dieta romana (MacKinnon, 2004: 215) queda ampliamente demostrado por la evidencia arqueológica[381].

Parece ilógico pensar que una ciudad como *Carthago Noua*, conquistada por Roma desde finales del s. III a.C. y lugar de asentamiento de colonos, no contase con talleres de este tipo; máxime si tenemos en cuenta las variadas funciones que podían desempeñar los objetos óseos. A menudo observados como un índice de romanización, la inclusión de estos utensilios en las actividades de la vida cotidiana (con casos muy concretos como el peinado de las mujeres[382]) denotan la adopción de las nuevas formas y tendencias llegadas desde la Península Itálica[383]. Actualmente la prueba más evidente sobre la existencia de una industria ósea en la colonia son dos placas procedentes de los

[377] Para referencias a varios yacimientos en los que se observa una estrecha relación entre los artesanos del metal y de las materias duras animales *vid*. Bertrand, 2008a: 131.
[378] Cuestión que se plantea especialmente cuando se documentan elevados porcentajes de materiales de importación, como en Amiens, donde un 30% de las piezas, de compleja elaboración, no fueron producidas en la ciudad (Thuet, 2008: 44).
[379] Trabajado en los centros de referencia: Roma, Alejandría, o más al Este, en Oriente (Béal, 2000: 113).
[380] Este magnífico trabajo, llevado a cabo con una metodología ejemplar que permitió reconocer distintos grupos de restos óseos de un taller de Chartres y analizar varias fases del trabajo del hueso, recoge una interesante discusión sobre el aprovisionamiento al tiempo que trata aspectos como las marcas de cortes que hacen pensar que la materia prima procedía directamente de las carnicerías.
[381] En el caso de Chartres se han hallado distintos grupos de restos ¡de hasta 60 kilos! (Canny et Yvinec, 2008: 72). El empleo sistemático del ganado vacuno tiene que ver tanto con la facilidad de procurarse dicho material como con la morfología de los órganos óseos, más interesantes a trabajar que, por ejemplo, la de los suidos (Prévot, 2008: 227). Sin embargo, en el caso de *Carthago Noua*, el estudio de algunos conjuntos de fauna indica una presencia relevante de ovicápridos (Portí, 2009: 85-87), cabaña ganadera más apropiada además para las condiciones climáticas que ofrecía la zona (Ramallo, 2011: 51).
[382] No nos refererimos a agujas aisladas que sin duda habrían sido utilizadas con anterioridad, sino a los peinados voluminosos que requerían numerosas piezas (Béal, 1984b: 24, fig. 42).
[383] Feugère *et alii*, 1998: 337: *"[…] la tabletterie est une activité organisée, dans les villes, en réponse à des besoins nouveaux qui ne sont ni ceux des indigènes, ni du monde rural. C'est donc un artisanat bien "romain" dont les produits pourraient être analysés comme tels, au-délà de leur typologie évidemment nouvelle en Gaule du Sud"*.

niveles de abandono de la curia. Se trata de piezas de desecho, la mayor de las cuales[384] tiene 129,5 mm de longitud, 26,6 mm de anchura y 8,1 mm de grosor además de contar con 18 orificios de un diámetro de 5,5 mm (fig. 317a y 317b). Estos últimos son el característico resultado de la extracción de varias fichas circulares[385] con la técnica del torno (Picod, 2004: 73-75; Béal, 1983:. 30-35), tecnología empleada desde la Edad del Hierro (Minni, 2004: 120-124, fig. 12). En cualquier caso parece una muestra inequívoca de su fabricación en algún punto del área urbana a pesar de que no contemos con estructuras de posibles talleres, una evidencia que por el momento queda reservada únicamente al trabajo del vidrio.

6.1.1.2.- El artesanado del vidrio

A pesar de ser un material extremadamente frágil y fácilmente reciclable[386], el vidrio ha dejado evidencias de su fabricación en la *Carthago Noua* de época medioimperial (Fernández Matallana, 2009). Hasta fecha relativamente reciente sólo se conocía el repertorio de las distintas formas a través de los estudios de M. D. Sánchez de Prado (1999), pero los trabajos de excavación de los últimos años han permitido definir tres posibles zonas de producción: en la C/ Mayor nº 41, el área de la Morería Baja y en la C/ Honda nº 17 (Fernández Matallana, 2009: 144-149). Todas están situadas en la parte más occidental de la ciudad, lo que parece evidenciar el repliegue que sufre la misma hacia el área portuaria (fig. 310.1, 310.3, 310.21, 310.7), y mientras que en la primera se detectan escorias y restos vinculados a una posible producción, las excavaciones realizadas de las últimas han librado estructuras de horno. En el caso de la Morería se documenta una cámara de cocción y un rebanco de trabajo asociado a carbones, cenizas, sílice y restos semivitrificados (Egea *et alii*., 2006: 36). Igual de significativo es el pequeño complejo de la C/ Honda nº 17 (Fernández Matallana, 2009: 144-149). Se trata de una construcción circular de casi un metro de diámetro conservada únicamente en planta (fig. 318). Está formada por ladrillos refractarios, ligeramente

[384] Nº de inventario 6608-271.1

[385] Los objetos discoidales de hueso no son infrecuentes en los repertorios de cultura material del altoimperio y de hecho en algunos catálogos pueden formar una categoría aparte aunque no se conozca con precisión su uso. Por citar algunos: "Objets circulaires divers et indeterminés" (Béal, 1983: 337 y ss.); "Éléments circulaires indéterminés" (Béal, 1984a: 83 y ss.) o "Les objets indéterminés. Les éléments en forme de disque" (Schenk, 2008: 115).

[386] Se trata de un tema destacado en los estudios ya que debido a su reutilización la proporción con la que el vidrio se conserva en las estratigrafías es siempre muy parcial. Sobre la cuestión se pueden consultar, entre otros: Foy, 2003; Fuentes Domínguez, 2002 o Pérez-Sala, 2001.

vitrificados de resultas de su prolongada exposición a altas temperaturas. La presencia de escorias y otros desechos vítreos documentados junto al horno despejan las dudas sobre el desarrollo de la mencionada actividad (Foy, 2000). En cuanto a su cronología, sólo se conoce la fecha de su amortización, que oscila entre finales del s. III e inicios del V (Fernández Matallana, 2009: 147, nota 29), la misma que se baraja para la instalación de Morería (Egea *et alii*., 2006: 36). Sin embargo es muy probable que, como muestra la excavación del taller de la C/ Mayor nº 41, datado entre finales del s. II e inicios del s. III d.C. (Antolinos y Soler, 2010c: 442-443), la producción fuese anterior. Si atendemos a los hallazgos fechados a partir del s. I d.C. (Sánchez de Prado, 1999: 131-132) ésta hubo de ser temprana, aunque si estas piezas fueron traídas directamente de Oriente o bien solamente su materia prima para después ser trabajada en la ciudad es algo a precisar mediante análisis químicos. En cualquier caso a través del puerto de *Carthago Noua* la técnica hubo de penetrar hacia el interior. En Lorca el hallazgo de un completo repertorio en los niveles de abandono en un edificio de tabernas muestra cómo a mediados ya del s. II d.C. el uso de estas piezas era habitual (Sánchez de Prado y Pérez Asensio, e. p.); habiéndose documentado además lascas de vidrio en bruto que podrían sugerir su fabricación en la ciudad (Sánchez de Prado, 2008: 82, nota 12).

Para nuestro objeto de interés –la ocupación de espacios por parte del artesanado– lo más destacado del horno de la C/ Honda nº 17 es el hecho de que sus estructuras estén amortizando parte de las habitaciones de una *domus* con elementos que parecen propios de los s. I-II d.C. como un capitel jónico de travertino (*vid*. cap. 1, punto 1.2.2.3). Su cercanía al área forense muestra con nitidez, al igual que con el posible taller de hueso cercano a la curia y como se ha visto en destacados casos como el de Pompeya, la instalación de este tipo de actividades en las proximidades de los principales espacios de representación de la colonia y no sólo en aquellos ligeramente más periféricos como pudiera ser el caso de las estructuras de la *domus* de la Fortuna o el PERI CA-4.

6.1.2.- Residuos y basuras en la ciudad altoimperial

La aparición dentro de la cinta muraria de los distintos niveles de abandono y la ausencia de un poder municipal que mantenga el trazado urbano limpio de desechos es en sí uno de los síntomas más significativos de la nueva configuración que muestra la ciudad a partir de la segunda mitad del s. II d.C. Los vertidos en edificios o solares

abandonados son un fenómeno difícil de concretar y frecuente también en las ciudades actuales, pero el hallazgo de residuos en espacios públicos y calles evidencia una transformación urbana marcada por la incapacidad de los magistrados locales para continuar con el mantenimiento y la limpieza de la colonia[387]. Exceptuando acumulaciones de basura puntuales que podían darse en zonas específicas de las casas como los patios o los jardines[388], en la ciudad romana los residuos –al igual que los muertos– son considerados impurezas que se han de llevar fuera de los límites urbanos (Carandini, 2000: 1). Aunque en lo relativo a este aspecto sólo es conocida de forma parcial, la legislación romana recoge diversas prohibiciones e imposiciones sobre el tratamiento de cadáveres, excrementos, mantenimiento de las vías… etc. (Carreras, 2011: 22-24; Panciera, 2000: 99-105). En el caso hispano el principal referente es la ley de Urso (Stylow, 1997), una normativa municipal que recuerda la necesidad de situar fuera de las murallas los enterramientos (López Melero, 1997: 110-112) así como las actividades de los talleres cerámicos con un volumen relevante de producción como los de *tegulae* (Tsiolis, 1997). Las distintas normativas estaban dirigidas principalmente al mantenimiento de los espacios públicos como tal más que a su limpieza, siendo un síntoma de debilidad administrativa la alteración de la trama urbana[389].

En el caso de la Cartagena romana el tratamiento de los residuos se conoce de manera dispar en función de la cronología y del tipo de detritus que se analice (Egea *et alii.*, 2011). Hasta el siglo II apenas se identifican puntos de vertido, exceptuando algunos ejemplos dentro del recinto de la ciudad en época púnica y republicana. En la mayoría de los casos se trata de espacios que inicialmente fueron diseñados para otra función y que finalmente se acabaron rellenando con distintos desechos[390]. El panorama cambia radicalmente en época tardía con el desarrollo de numerosos basureros intraurbanos (Egea *et alii.*, 2011: 289, fig. 8; Vizcaíno, 1999). Sin embargo de época

[387] La simple constatación de los mismos es en sí significativa, y aunque nos centremos en aspectos tipológicos de su contenido y particularmente del repertorio cerámico como explicaremos en el punto siguiente, somos conscientes del valor arqueológico y la información que reside en su propia génesis (Remolà, 2000: 107).

[388] Como evidencian los pozos ciegos hallados en Pompeya (Jansen, 2000: 38-39, fig. 7; Jansen, 1997).

[389] Liebeschuetz, 2000: 59-60: "Nevertheless it would seem that local and imperial authorities between them succeed in keeping the classical street pattern more or less intact as long as the system of municipal government continued to function. Failure to keep up the pattern which happened at different time in different areas of the Empire can be taken as an indication of the breakdown of the Roman administrative system".

[390] Como por ejemplo el hipogeo púnico del Barrio Universitario (Madrid y Vizcaíno, 2008: 255-256) o las deposiciones de época púnica localizadas en la Serreta (Martín y Roldán, 1997c: 89-90). A estos habría que añadir un depósito inédito localizado en la ladera nororiental del cerro de Despeñaperros (Egea *et alii*, 2011: 291, nota 24).

imperial –y a pesar del relativo conocimiento que se tiene del sistema de cloacas y canalizaciones para la evacuación de residuos líquidos (Egea, 2002, 2004)– no se han identificado áreas de vertido[391]. Con toda probabilidad estos se encontraban fuera de las murallas, un espacio poco conocido debido a los importantes movimientos de tierra realizados en el siglo XVIII para el levantamiento de las defensas de Carlos III (Rubio, 2001 y 1991: 20 y ss.; Gómez Vizcaíno y Gómez Vizcaíno, 2001a: 266-271) alteraron profundamente la zona perimetral de época romana. En los primeros siglos tras el cambio de era, los vertederos suelen situarse en áreas suburbanas al igual que ocurre con los hornos, que debido al riesgo que implicaban por la posible propagación de incendios se hallaban en el exterior de la ciudad o bien en el interior pero en la zona más alejada del núcleo urbano[392]. En Cartagena dos hornos documentados en el Barrio Universitario se encuentran muy cerca de la puerta de la ciudad por su cara interna, probablemente para facilitar la llegada y salida de materias primas y productos elaborados (Madrid, 2004: 47-49). Sin embargo no se han hallado desechos vinculados a estas estructuras y aunque es posible que la acumulación de los mismos se produjese también en la zona interior de la muralla[393], no hay evidencias de ello. La otra área artesanal de la colonia se sitúa en un espacio periurbano al Noroeste del cerro del Molinete (Ramallo *et alii.*, 2010: 228), en torno a la salida natural de la ciudad hacia la Bética: la llamada porta *ad stagnum et mare versa* (Tito Livio, XXVIII, 36: 7). Se caracteriza por la presencia de diversos talleres destinados a lavanderos, tintoreros, curtidores, etc., como demuestra la existencia de cisternas, zonas para el encendido del fuego, bancos de trabajo, piletas, desagües… etc. (Egea *et alii.*, 2006: 22-34).

Para el caso emeritense, a la luz de una mejor definición del área defensiva de la ciudad, vertidos que se consideraban en el interior de la misma (De Alvarado y Molano,

[391] Cabe tener en cuenta que muchos residuos como el metal, el vidrio y especialmente aquellos orgánicos, eran reciclados con frecuencia y no dejaban huella, habiéndose planteado para ciudades de envergadura como la propia Roma una gran capacidad "auto-limpiadora" (Rodríguez Almeida, 2000: 123-127). Sin embargo otros autores consideran que a pesar del impacto positivo de las reutilizaciones el volumen de las basuras no sería nada desdeñable (Remolà, 2000: 110). En nuestro caso compartimos también esta última opinión, que se ha visto refrendada por recientes trabajos de excavación llevados a cabo en el ámbito hispano.

[392] Así lo establecía la legislación romana, especialmente para los establecimientos de mayor capacidad. Sobre las áreas de producción alfarera en Hispania, *vid*. las actas (e. p.) del I Congreso Internacional de la SECAH – Ex Officina Hispana, *Hornos, talleres y focos de producción alfarera en Hispania* celebrado en la Universidad de Cádiz durante los días 3 y 4 de marzo de 2011. A pesar de ello distintas intervenciones ponen en entredicho la severidad de estas normas, teniendo que acudir a los casos locales para comprobar su aplicación (Ramallo *et alii*, 2010: 227).

[393] Dado que es muy posible que el núcleo urbanizado no se extendiese hasta el mismo cinto murario, dejando un área de *inervalum* como parece documentarse en otras ciudades hispanas (Ramallo y Vizcaíno, 2007: 491; Ramallo, 2003: 354).

1995: 282-283) han sido "reubicados" en su exterior[394]. Sin duda un síntoma de la capacidad de la mayoría de las ciudades hispanas de gestionar y mantener su limpieza durante el Altoimperio. Buenos ejemplos de esta práctica los tenemos en ciudades como *Baelo Claudia*, donde cabe destacar la evacuación de residuos sólidos documentada al exterior de la puerta de *Carteia*, recientemente excavada (Darío *et alii.*, 2011: 86-92). A través de diversos sondeos se ha podido constatar la existencia de un gran vertedero de unos 1000 m^2 de superficie y 1,5 m. de potencia para el que se ha calculado una capacidad de 1.500 – 2.000 toneladas de basura. Está compuesto en su mayoría por residuos de tipo artesanal-comercial y/o doméstico, aunque resulta significativa la práctica ausencia de restos animales y envases comerciales como ánforas, que llegarían con frecuencia a la ciudad *baelonense*. Para estas últimas producciones –cuyo hallazgo también sería de esperar en un enclave portuario como Cartagena– se ha planteado la posibilidad de un tratamiento aparte, formando acumulaciones periurbanas[395]. El vertido se fecha entre la segunda mitad del siglo I d.C. y la primera del s. II d.C., y una recreación de la puerta de *Carteia* vista desde el exterior (Bernal *et alii.*, 2011: p. 89, fig. 20) permite comprender su paulatina formación, con diferentes niveles que fueron aplanándose progresivamente para facilitar las descargas y que en su fase final cubrían el enlosado de la calzada. Otro caso paradigmático es sin duda el de Mérida, para el que se conocen distintos vertederos de los siglos I-II d.C., todos ellos situados *extra moenia* (Acero, 2011: 172-177, especialmente fig. 16). Gran parte de los mismos se corresponde con restos procedentes de alfares que rellenaban los huecos dejados en el terreno para la extracción de arcillas. También se aprovecharon las oquedades de una antigua cantera cercana a los muros de la ciudad como lugar de descarga. Un caso especialmente significativo, este último, porque también fue utilizado como fosa común o *puticulum*. En él acabaron los cuerpos de los emeritenses más desfavorecidos: indigentes, esclavos, criminales… algunos de ellos en posición anatómica, lo que indica que pudieron fallecer *in situ* (Acero, 2011: 175, fig. 18). De cualquier modo los dos vertederos públicos más llamativos de Mérida son los de la zona de Los Columbarios y la C/ Almendralejos nº 41. En ambos casos se trata de áreas abiertas con una

[394] Aunque el dato había sido repetido por la bibliografía (entre otros, y para el caso que nos afecta: Vizcaíno, 1999: 94, nota 65) ha quedado recientemente corregido (Acero, 2011: 174, nota 82). En otros casos como Tarraco donde en época altoimperial los vertederos también se encuentran fuera de las murallas, alguno de los aparecidos en el interior entre la parte alta y el puerto de la ciudad tienden a considerarse niveles de relleno (Tarrats, 2000: 132-133, fig. 36).

[395] Como se documenta en *Baetulo* (Badalona), donde dos depósitos anfóricos situados cerca de la antigua línea de costa parecen indicar un punto de intercambio de mercancías en el que posteriormente los envases serían desechados (Comas y Padrós, 2008: 75-86).

potentísima estratigrafía que cubrió en un breve lapso de tiempo dos espacios de necrópolis, fechándose la primera entre mediados del siglo I d.C. y finales del II d.C. y la segunda entre los siglos I-IV d.C. Los trabajos en este último y su datación tardía (Heras *et alii.*, 2011: 346-348) confirman que durante el Bajo Imperio Mérida mantendrá una dinámica de evacuación de residuos que, si bien ocupa espacios domésticos situados fuera de las murallas de la ciudad, nunca penetra en el núcleo urbano[396], un panorama bien distinta al de Cartagena. Acaso para la ciudad portuaria quepa plantear una situación diversa derivada de sus peculiares condiciones topográficas. Al igual que ocurre en Valencia, donde parece que un paleocanal se colmata intencionadamente (Huguet Enguita, 2005: 181), quizás en *Carthago Noua* también se vertiesen parte de los residuos cerca de la laguna. Esto aumentaría la superficie constructiva en un solar urbano limitado por el mar y la orografía y explicaría en parte la incapacidad de la arqueología de la ciudad para detectar vertederos de época imperial hasta la fecha.

6.1.3.- El colapso de las vías urbanas

Si hay un elemento que, ayer igual que hoy, refleje la situación socio-económica de una ciudad, ese es el estado de las calzadas urbanas. Recrecidas y ampliadas en momentos de auge como ocurre a finales de época republicana, el creciente deterioro a partir de mediados del s. II d.C. de unas estructuras que son por excelencia objeto de público interés, denota la debilidad de las instituciones municipales. Las autoridades debían velar por su mantenimiento en condiciones (Liebeschuetz, 2000: 59-60), de ahí que en nuestra clasificación se incluyan dentro de la edilicia pública (fig. 76). Dado que se analizan en profundidad algunos casos (*vid*. cap. 5), el fenómeno no se esboza aquí más que de forma somera. Los primeros síntomas aparecen a principios de la segunda centuria con el colapso del sistema de cloacas en puntos como la C/ Beatas (Fernández *et alii*., 2005: 143), donde recientemente ha podido estudiarse en detalle el paulatino proceso de sedimentación (Murcia, 2012). Se trata de un decumano y un cardo, donde destaca este último, con 4,5 m. de anchura y un pórtico. Sobre el mismo a partir de inicios del II d.C. se van a ir ampliando los márgenes de las aceras con arcilla compactada, construyendo una especie de "andenes" que van a ir reduciendo el espacio

[396] *Vid*. abundante bibliografía en Acero, 2011: 176, nota 6.

de circulación a dos metros. En un momento posterior se produce un derrumbe y se observa cómo las rodadas quedan registradas por encima, lo que indica un tránsito bastante tortuoso. Ya en el siglo III d.C. una pequeña estructura de ocupación se construye sobre el eje viario. De hecho el colapso de las calzadas parece responder a ritmos distintos. En zonas más periféricas respecto al centro como el PERI CA-4, los cardos que llevan al anfiteatro quedan colmatados en el s. II d.C. El proceso de abandono es el mismo ya documentado y se distingue por la potente capa de limos (fruto del arrastre natural) y adobes anaranjados de las estructuras colindantes que progresivamente se derrumba sobre la calle (fig. 319). Esta incluye también numerosos elementos constructivos: *tegulae*, pintura parietal, piedras, láguena, fragmentos de *opus signinum*… (Berrocal y De Miquel, 2002: 29-31). En uno de los cardos del PERI CA-4 se documenta incluso un fragmento de columna (fig. 320) lo que da idea de la potencia de los derrumbes, que pueden llegan a superar los 2 metros como ocurre sobre el decumano de la C/ Caridad esquina San Cristóbal la Corta (fig. 66), y que verdaderamente impiden la circulación. En áreas del centro, por el contrario, se detectan las ya comentadas marcas de rodadas sobre niveles sin limpiar en los que la tierra va cubriendo progresivamente las lajas de piedra. El fenómeno queda también ilustrado con claridad en el sector de Morería (Egea, 2005: 31; aquí fig. 321), donde además se aprecian caídas de estucos (fig. 322) que junto a otros derrumbes van anulando finalmente la calzada. La fecha final de colapso de muchas de las vías, que parece acontecer a lo largo del s. III d.C., continúa siendo un aspecto a matizar, incidiendo en cuáles fueron aquellas que se mantuvieron activas, aún con una anchura muy limitada respecto a la que poseían originalmente, y cuáles quedaron completamente amortizadas[397]. Por ejemplo, en el tramo del decumano máximo documentado en la C/ San Diego n^{os} 1-3, la principal vía de entrada y salida de la ciudad, se detectan algunas acumulaciones de material constructivo sin fechar (fig. 323a y 323b). Lo mismo sucede en el decumano de la C/ San Francisco nº 8 (fig. 324), donde un derrumbe de tejas que no fue retirado impediría (o dificultaría en gran medida) el paso por una de las calzadas más cercanas al área forense (fig. 310.19). Muy cerca de esta intervención, en la C/ San Antonio el Pobre nº 5 (fig. 310.17), sobre un cardo secundario unas estructuras construidas en el s. III d.C amortizan parcialmente el enlosado de la calzada.

[397] La colmatación de las calles no tiene por qué ser homogénea y en función de su interés o de la zona de la ciudad puede presentar ritmos distintos, en Baelo Claudia por ejemplo, un cardo abandonado en época flavia convive con el *decumanus maximus*, activo hasta los s. III-IV d.C. (Bravo Jiménez *et alii*., 2011: 133-136).

En definitiva, a partir de la segunda mitad del s. II d.C., coincidiendo con el deterioro y el abandono de gran parte de los edificios públicos y privados de la ciudad, la red urbana de calzadas se hará mucho menos transitable, cambiando su aspecto pétreo por el de caminos de tierra (Murcia, e. p.) con tramos de difícil acceso. Este proceso que en otras capitales como Mérida se ha dado en época tardía (s. IV d.C.), no siempre ha sido interpretado como un receso cualitativo. Frente al hundimiento de las diversas piedras, resbaladizas y sin amortiguación alguna para el paso de los carros, se sugiere que los nuevos niveles de limos y cal, añadidos *ex profeso*, hubieron de suponer una superficie fácilmente reparable, cómoda y silenciosa (Alba, 1999: 407-408). Sin embargo en el caso de Cartagena, la ausencia de intencionalidad, la reducción del espacio (que en casos como el de la C/ Beatas impide la circulación de carros en doble sentido al pasar de 4,5 a 2 m.) y la aparición de importantes escombros que hacían impracticable el paso (columna PERI CA-4), difícilmente puede ser interpretado como una mejora de la calidad de vida, sin duda cada vez más degradada.

6.1.4.- El teatro romano: un caso singular

El edificio de espectáculos, que a lo largo de su dilatada historia se convierte en una guía para comprender los avatares que experimenta la ciudad, inicia en esta época una importante transformación, quedando en parte amortizado pero sobreviviendo e insertándose en la dinámica urbana de la colonia. Hacia mediados de la segunda centuria sufre un incendio en su frente escénico que conlleva el desplome de la estructura del tornavoz y parte de la fachada (Ruiz Valderas y García Cano, 2001)[398]. A consecuencia de la caída gran parte del programa decorativo que albergaba se fragmenta y esparce en el foso del *hyposcaenium* como muestra con especial claridad el hallazgo en su interior de la escultura de Apolo Citaredo (Ramallo *et alii*., 2004: 353), en un nivel con un alto número de tejas muy rico en carbones (fig. 325a y 325c). Resulta especialmente significativa por presentar gotas de plomo fundido en distintas partes (sobre todo del costado derecho, fig. 325b) a consecuencia del fuego que acabó con la madera de la *contabulatio*, también caída en el derrumbe (Ramallo, 2001b: 117). Sin

[398] Sin haber sido revisados en profundidad los contextos de destrucción datados en su momento a mediados del s. II d.C. sobre la base principalmente de la escasa vajilla fina documentada (Ruiz Valderas y García Cano, 2001: 200-202), la presencia de piezas comunes como la cerámica reductora de cocina que ahora conocemos mejor permitiría desplazar esta fecha sin problemas a finales del s. II d.C. como, por otra parte, ya se plantease (Ramallo *et alii*., 1993: 87).

embargo los compartimentos destinados a las tramoyas y otros mecanismos empleados durante las representaciones muestran una estratigrafía formada por niveles de abandono, lo que indica que tras el incendio se inicia un proceso paulatino de expolio y colmatación. Así, mientras que algunos elementos aparecen en el nivel inicial de derrumbe mezclados o desplazados a una distancia de hasta 12 m. a consecuencia del impacto, otros, como los fragmentados altares (fig. 326), parecen rellenar de forma intencionada lo que posteriormente será la cimentación de las *tabernae* del mercado tardorromano (Ramallo, 2001b: 71). A pesar de ello parece continuar manteniendo su función como edificio de espectáculos, como se deduce de la existencia de un pavimento de cal que anula la *orchestra* y las gradas de la *proedria*, expoliadas con anterioridad (Ramallo *et alii.*, 2010: 206). Reformas similares se atestiguan en otros teatros del imperio[399], siendo el caso de Clunia el más destacado en el área hispana por sufrir una importante transformación también en la segunda mitad del s. II d.C. (De la Iglesia y Tuset, 2010: 270-271). En este momento el podio del edificio, así como parte de la *ima cauea* y el programa decorativo, son desmontados y reemplazados por un suelo de tierra batida, adecuando sus funciones hacia las de circo o anfiteatro. Gracias a una inscripción que se coloca en el centro de la "arena" y que recoge el nombre de los ediles municipales se sabe con certeza que la operación se realiza en el año 169 d.C. La placa, diseñada para poseer una argolla, refuerza la hipótesis de este nuevo uso del monumento como recinto para espectáculos en los que estaría implícita la participación de animales (Gutiérrez Behmerid *et alii.*, 2006: 303). En el caso de Cartagena no hay que olvidar que para mediados del s. III el anfiteatro, situado en el área más oriental de la ciudad, se encuentra abandonado (Pérez Ballester *et alii.*, 1995: 101)[400], pudiendo concentrar el teatro las principales actividades lúdicas de la ciudad (¿también las propias del otro recinto?) si es que éstas se llevaban a cabo.

En cuanto a la parte posterior del edificio, *la porticus post scaenam*, continuará en pie y albergará hasta su definitivo colapso (Ramallo y Ruiz, 2006: 279)[401] diversas estructuras de carácter artesanal, confirmando la tendencia apuntada previamente –y constatada tanto en Cartagena como en otras ciudades– de instalar talleres en espacios

[399] Entre otros Cherchel y Taormina (Ramallo *et alii*, 2010: 206 nota 6).
[400] El conocimiento parcial del edificio y las escasas secuencias estratigráficas documentadas hasta ahora exigen una especial prudencia con el tratamiento de los datos, a considerar orientativos más que definitivos (para un resumen de las intervenciones *vid*. Rubio, 2009: 59-62).
[401] A tenor de los materiales inéditos revisados por el autor puede situarse a finales del s. II o inicios del III d.C. dado que comparte los mismos contextos que otros muchos yacimientos fechados en dicha cronología y recogidos en este trabajo; siempre, con ausencia de TSA C.

públicos y privados. Entre los paralelos que se pueden buscar un caso destacado, por tratarse también de un teatro, es el de Drevant (Cher, Francia), ocupado por estructuras para la fabricación de distintos objetos de hueso, desde peines y estuches (Bertrand, 2008b) a fusayolas[402] y otros elementos (Cribellier y Bertrand, 2008). En cualquier caso y volviendo a *Carthago Noua*, toda la parte posterior del edificio continuará en pie hasta finales del s. II d.C., cuando, sobre unos primeros niveles de abandono[403], acabe por desplomarse definitivamente.

6.2.- Epigrafía y sociedad

El escaso número de inscripciones que se conocen en *Carthago Noua* desde la segunda mitad del s. II d.C. en adelante (fig. 14), impide comprender muchos aspectos de la vida en la ciudad, particularmente la evolución de las *elites* urbanas y el fenómeno evergético, al contrario de como sucede en otros núcleos privilegiados como la capital provincial (Ruiz de Arbulo, 1993).

De los epígrafes documentados en este momento, poco más de una decena y alguno con cronología imprecisa entre los s. II y III d.C.[404], todos salvo un pedestal dedicado a la madre de Alejandro Severo parecen ser de tipo funerario. A pesar de ello apenas se conocen áreas de necrópolis para este momento, si bien en función de los hallazgos podrían ubicarse, al menos, en la vía de salida hacia la Bética y en el entorno del cerro de la Concepción, en una zona que entendemos se hallaría fuera de las murallas (fig. 11). Algunas de las placas halladas se han vinculado a posibles *cupae*, tal y como confirmaría su tipología y la existencia de este tipo de estructuras (aunque anepígrafas) en la necrópolis de Algezares, fechada por sus ajuares a mediados del s. III d.C. (Quevedo y Ramallo, 2012: 130-135). Uno de los casos más interesantes permite

[402] A pesar de lo extendido de su uso en las publicaciones arqueológicas ésta palabra no existe en castellano, siendo una transliteración del francés *fusaïole*. En nuestro idioma el nombre correcto es "tortera", del latín *torcere*, ya que su colocación en el extremo del huso ayuda a torcer la hebra de hilo (Velasco, 2009c: 314; Quevedo y Sevastides, 2009: 95, nota 25).

[403] La cronología de estos niveles, en curso de estudio, queda de momento situada en torno a finales del s. II d.C. dado que no se han hallado fragmentos de TSA C, aunque la fecha queda sujeta a modificaciones a tenor de los futuros avances.

[404] Entre la segunda mitad del s. II d.C. y la primera del s. III d.C.:, Abascal y Ramallo, 1997: n^{os} cat.: 44, 63, 113, 128, 131, 137, 142, 169, 172(?), 186, 197); a los que cabe sumar dos hallazgos recientes del Molinete; Abascal, 2009d: n^{os} ficha cat.: 72(?), 73(?); uno del entorno del Cerro de la Concepción Ramallo, 2010-2011: nº cat.: 1 y la placa del *beneficiarius consularis* encontrada en los alrededores de la Plaza de España (Antolinos *et alli*., 2007, Schmidt, 2006, Ferragut y Miseros, 2001).

documentar en la colonia la presencia de L. Septimio Hermócrates, un cargo vinculado a la oficina del gobernador (*vid*. infra).

A pesar de que a nivel hispano el hábito epigráfico tiende a disminuir en esta época (Witschel, 2009: 475-478), en el caso de Cartagena se hace difícil no ver en su brusca caída y posterior desaparición a partir de la primera mitad del s. III d.C. un síntoma evidente de la situación por la que atravesaba la ciudad. Es cierto que fenómenos posteriores, como la reutilización masiva de elementos constructivos durante la reactivación urbana del s. V d.C. (fig. 327), pudieron ocultar algunas evidencias, pero difícilmente se puede achacar al azar del hallazgo arqueológico la ausencia total de inscripciones.

Una de las cuestiones más relevantes a las que la epigrafía permite tomar el pulso es al estado de la munificencia cívica. Tradicionalmente se ha establecido un vínculo entre esta ausencia y el fin de la bonanza de la ciudad, asumiendo que tras el cese de la minería se habría producido un agotamiento de las principales fortunas prestas a invertir en el embellecimiento urbano (Ruiz Valderas, 1996: 506). Igualmente se podría pensar en un desplazamiento de los personajes más destacados a otros núcleos de importancia con el fin de continuar su *cursus honorum*, tal y como habría ocurrido con el reiterado caso de *C. Valerius Auitus* que llegó a ser ”alcalde” de *Tarraco* (Alföldy, 1998: 28). Las consecuencias de esta decisión se reflejarían en la prolongada falta de mantenimiento y abandono de algunos de los principales edificios de la colonia. Sin embargo, si se intenta rastrear el número de hispanos que alcanzaron el rango senatorial resulta sorprendente la ausencia de personajes oriundos de Cartagena (Caballos, 1990; Hammond, 1957). Una representación gráfica (fig. 328) permite comprender con nitidez la aportación de las provincias hispanas al senado de Roma durante el Alto Imperio. Independientemente de la evolución sufrida por las ciudades entre el s. I d.C. y la primera mitad del II d.C., en la que se ve cómo algunos núcleos como Itálica, que había visto nacer a Trajano y Adriano, despegan hasta con 11 senadores, *Carthago Noua* brilla por su ausencia (Canto, 1998: 213-216). Para la ciudad portuaria solamente en el caso de M. Servilio Sulpicio –individuo recordado en una inscripción perdida y que conviene tomar con reserva– podría verse la figura de un senador del s. II d.C. (Abascal y Ramallo, 1997: 196-197, nº cat. 57). La *origo* del personaje no se puede afirmar y ni tan siquiera se adscribe con certeza a las provincias hispanas, relacionándosele en cualquier caso con *Caesaraugusta* por su pertenencia a la tribu *Aniensis*. En general el número de senadores conocidos procedentes de las

ciudades del Sureste es muy escaso y si la Tarraconense ocupa la segunda posición en el cómputo global (57) por detrás de la Bética (108) es sobre todo debido al peso de la capital provincial, donde se distinguen hasta 27 personajes locales que alcanzaron el máximo honor.

Si la búsqueda se centra en otro tipo de cargos, como los relacionados con el sacerdocio, la aportación de *Carthago Noua* continúa siendo igualmente muy baja. Es el caso del flaminado provincial, un culto muy interesante tanto por ser el más importante de la Citerior como por contar con amplias evidencias en el s. II d.C., momento que nos atañe especialmente. A este período, concretamente a la primera mitad de la centuria, pertenecen los dos únicos personajes –ambos de la *gens Numisia* y sobre los que ya se ha hecho mención (*vid*. cap. 1)– que a ciencia cierta desempeñaron dicho sacerdocio (Ramallo, 2007: 665-667). Un dato que contrasta con el de otros núcleos más pequeños en los que –más allá de las singulares condiciones de conservación, sin superposiciones modernas o contemporáneas– se detectan un número más elevado de *flamines*, siendo especialmente paradigmático el caso de Segóbriga, que llega incluso a superar a la propia *Tarraco* (Alföldy, 1973). Por tanto, aunque para finales del s. II d.C. se podría haber visto en la falta de políticos autóctonos al más alto nivel el impacto del conflicto entre Clodio Albino y Septimio Severo, quien, tras su victoria habría eliminado a muchos de los partidarios de su rival (González Fernánez y Sancho, 2006: 63-64; Jacques, 1992), esta ausencia parece responder a motivaciones distintas que se arrastraban ya desde antes.

En este estado de cosas destaca el pedestal levantado a *Iulia Auita Mammaea* hallado a finales del s. XVIII en la calle Balcones Azules, en las cercanías del espacio forense (Abascal y Ramallo, 1997: 180-183, nº cat. 44). Se trata de un bloque de serpentina gris azulada en el que, con una *ordinatio* irregular, el *conuentus Karthaginensis* homenajea a la madre de Alejandro Severo (fig. 329). Si bien este tipo de dedicaciones solían ser propias del comienzo del reinado, en este caso probablemente antes del 225, la falta de referencias impone prudencia a la hora de la datación, que se extiende a todo el gobierno del joven emperador (222-235 d.C.). Igualmente cautos conviene ser ante la interpretación de la pieza, vista normalmente como un síntoma del mantenimiento del espacio forense en las primeras décadas de la tercera centuria, del que sería la última actuación –al menos epigráfica– conocida. A tenor de lo observado por la arqueología, en el s. III d.C. la plaza pública presenta un marcado deterioro y a las diversas reparaciones y obliteraciones (Noguera *et alii*, 2009: 277-279) cabe sumar

el colapso de la *porticus duplex* en un momento posterior a 238 d.C. (*vid* infra) aunque el ejemplo más significativo es sin duda el de la curia, analizado aquí con detalle, que muestra ya a finales del s. II d.C. la inutilización completa de un relevante edificio. A expensas de futuros hallazgos, cabe destacar que el último homenaje imperial conocido anterior al de a Julia Mamea había sido hacía 60 años (!!), en forma de pedestal a Antonino Pío. Curiosamente ambos –así como a un tercero dedicado al flamen M. Valerio Vindiciano en el s. II d.C.[405]– fueron levantados por el *conuentus carthaginensis* y no por el senado local, lo que lleva a reflexionar sobre la existencia de un culto organizado en la ciudad a nivel conventual (Ramallo, 2007: 666-667). El cambio que se observa entre los dedicantes imperiales, que pasan de ser los propios particulares (en el caso de magistrados, en su nombre o en el del senado local) a las comunidades urbanas "en abstracto" tiene lugar en este momento[406]. Al margen de una posible continuidad institucional, la degradación del paisaje urbano empieza a hacerse patente con los últimos antoninos y quizás la inscripción tenga más que ver con la propaganda promovida desde de la casa imperial[407] (Fernández Ardanaz y González Fernández, 2006: 28-31) que con un funcionamiento real del foro como tal[408]. Una situación muy similar se observa con claridad en la cercana *Lucentum* donde el hallazgo de un epígrafe dedicado a Marco Aurelio y Cómodo coincide en el tiempo con el desmantelamiento de gran parte de los equipamientos públicos del municipio (Olcina y Ramón, 2000, 415, nota 5). A pesar de todo conviene guardar una cierta prudencia a la hora de evaluar la situación del ordo decurional, siendo quizás aventurado hablar de su colapso en este momento (Soler, 2009: 212), pues, si bien su sede se hallaba abandonada desde finales de la segunda centuria (en caso de aceptar que no era un edificio de culto), desconocemos el estado de la propia institución, que bien podría reunirse en otros lugares no diseñados *a priori* para tal uso.

6.3.- Economía

[405] Cabría incluir un cuarto un cuarto epígrafe, de origen desconocido, cuyo notable deterioro invita a ser extremadamente cautos con su interpretación (Ramallo, 2007: 667; Abascal y Ramallo, 1997: 480-481, nº cat. 228)

[406] Quedando prácticamente a partir del s. III d.C. en manos de los altos cargos de la administración imperial (Stylow, 2001: 146-147; a través de Garriguet, 2008: 141).

[407] No hay que olvidar la forma poco habitual en que recoge los títulos de la madre de Alejandro Severo: *mater castrorum et senatus et patriae et uniuersis generis humani*.

[408] A este respecto cabría preguntarse hasta cuándo efectivamente la plaza pública funciona como tal y, a propósito de como se planteó en un coloquio celebrado recientemente, cuanto perdura en la mentalidad colectiva del recuerdo y el simbolismo del espacio forense (Diarte, 2012).

A pesar de que los datos para la ciudad de *Carthago Noua* y su entorno son escasos, diversos autores han esbozado un mapa económico de *Hispania* en el que, desde finales del s. II d.C. se apreciarían, si no de modo genérico, sí para amplias zonas del territorio, síntomas de agotamiento. "Medir" los factores de tal desaceleración resulta complejo[409], siendo el resultado (que no la causa) más evidente en Cartagena el colapso definitivo de diversos espacios. Es cierto que no se han analizado mercados o factorías (desconocidas por ahora), sino viviendas y edificios públicos, pero el derrumbe de algunos tan destacados como la curia y la paulatina obliteración de calzadas y canalizaciones, permite suponer si no una interrupción, sí un empeoramiento de las condiciones en las que la ciudad desarrollaba sus múltiples actividades, incluidas las de índole económica.

A partir del reinado de Adriano comienzan a detectarse una serie de fisuras en el sistema económico del Imperio que acabarán por aflorar en toda su magnitud a partir del gobierno de Marco Aurelio (Chic, 2005: 579-583, de donde recogemos las ideas que a continuación se exponen). El fisco imperial experimentó, desde época flavia en adelante, una burocratización cada vez mayor así como un incremento de poder que se tradujo en un claro intervencionismo. Intervencionismo no solamente sobre las transacciones comerciales, también sobre el propio sistema de munificencia cívica con el que se mantenían muchas ciudades y que se vio "fiscalizado" como revela la obligatoriedad en la asunción de cargos públicos. A partir de este momento la ciudad aparece, en palabras de Domingo Plácido (2004: 31): "como una unidad administrativa, y no como institución que sirve para definir la condición social y las potenciales perspectivas económicas de ciudadanos y no ciudadanos". Además, si bien bajo Trajano la conquista de la Dacia había supuesto una copiosa llegada de metales preciosos a Roma (Cortés, 2009: 134-135), el período de paz que le siguió no conllevó nuevas aportaciones, poniendo de relieve que la guerra era la única posibilidad de abastecerse de estas materias en un momento en el que las minas –que pertenecían en su gran mayoría al estado– no contaban con las grandes inversiones que su explotación requería.

[409] Alföldy (Granollers, 1998), p. 14: "Lo que necesitamos son indicios que puedan reflejar algo más que fenómenos superficiales de un sistema, es decir, indicios que puedan reflejar también problemas de un contexto estructural; necesitamos, en vez de la consideración de fenómenos aislados, un análisis simultáneo de todas las indicaciones relevantes, comprobar si pueden ofrecer una imagen coherente o no. Evidentemente con esto no quisiera negar los límites de cada síntesis: tenemos que contar siempre con evoluciones locales, particulares, excepcionales. Sin embargo, lo que cuenta, en primer lugar, es encontrar las líneas generales".

De resultas de esta situación, cuando a partir de Marco Aurelio la presión en las fronteras se haga mayor y provoque además un aumento del gasto, se agudizará la necesidad de metal amonedable, con la consiguiente devaluación de la moneda de plata y el incremento de la inflación. Síntoma de la misma parece ser la escasez de numerario en *Carthago Noua* y su entorno para finales del s. II d.C. e inicios del III d.C. (Arias, 2006: 59-60; Lechuga, 2002: 199-200). Se trataría, en definitiva, de un fallo del sistema financiero en el que se ha querido ver "el hundimiento del antiguo orden económico, y con él el político y cultural" (Chic, 2005: 585)[410].

6.3.1.- El impacto de la minería

En el caso de Cartagena el cese de la actividad minera ha sido interpretado como la principal causa del declive económico, al que va indisolublemente asociado el comportamiento de las *elites* locales (Ruiz Valderas, 1996: 506). Que las riquezas que se derivaron de la explotación del plomo y la plata impulsaron el proceso de monumentalización queda fuera de toda duda, sin embargo, teniendo en cuenta que hasta el s. XIX no se retomará la extracción de metales a gran escala, cabe preguntarse cuáles fueron los recursos con los que la ciudad se mantuvo en otros períodos como la Antigüedad Tardía, (probablemente el esparto, que tanto renombre le dio o bien la industria salazonera[411]). Sin avanzar tanto en el tiempo, el interrogante se plantea para la primera mitad del s. II d.C., momento en el que, a pesar de que las minas ya no estaban en funcionamiento, se registran diversos homenajes públicos y otros signos de vitalidad urbana (si bien pocos en comparación con el siglo precedente). Quizás el origen de esta relativa bonanza económica residía en el comercio o bien, como se ha planteado, se trataba de las últimas inversiones realizadas por los herederos de las enriquecidas familias mineras. El canto de cisne de una clase social que había simbolizado un rápido ascenso y que en adelante desaparecería. Se podría aducir una continuidad en las extracciones aunque a mucha menor escala, si bien no hay elementos que sustenten con seguridad esta hipótesis, hecho que por el momento no permite postergar su actividad

[410] A los mencionados factores económicos cabe sumar otros de corte social y político como la crisis del sistema esclavista del campo o la ruptura del equilibrio entre senadores y caballeros (con el incremento de las funciones de estos últimos), que también han sido interpretados como parte de los cambios que se producen en este momento (Plácido, 2004: 32-33).

[411] Quizás también cabe incluir el peso de las tasas portuarias. Como se ha recordado, en época moderna llegaron a suponer una carga tan excesiva para quienes atracaban en la ciudad que llegaron a inclinar la balanza comercial a favor de un puerto cercano como el de Alicante, donde eran menos abusivas.

más allá de mediados del s. I d.C. (Domergue, 2008: 85, Tableau IV). La única evidencia de un posible mantenimiento durante época imperial se encuentra en la Sierra de las Moreras, en uno de los filones más ricos del distrito minero de Mazarrón, donde aparecieron diversos fragmentos de TSA A, C y D (Ramallo, 2011: 39).

La constante vinculación con las explotaciones metalíferas está profundamente marcada por la huella de la intensa actividad que se dio en la zona a partir de la segunda mitad del s. XIX (Vilar y Egea, 1990). Aunque la analogía entre los dos momentos históricos es una trampa fácil, en las consecuencias de la crisis de la minería contemporánea es posible leer algunos de los paralelismos que, con la debida precaución, permiten comprender el fenómeno de época romana con mayor nitidez. Destacan especialmente los ritmos de la producción y la celeridad de los cambios. El impulso dado por el Estado a la minería nacional tras la pérdida en 1820 de los importantes yacimientos americanos y el descubrimiento de nuevos filones en la Sierra Minera de Cartagena-La Unión propiciaron una completa revitalización del sector en cuya pronta explotación pronto intervinieron diversas compañías procedentes tanto del Norte peninsular como de otros países (Inglaterra, Francia y en menor medida, Bélgica). Al igual que en época romana el plomo (con la plata como sustancia alternativa) fue el producto que alcanzó los mayores niveles extractivos y el que tomaremos aquí como referencia (aunque luego se sumasen otros minerales como cinc, cobre y hierro). Sin embargo tras medio siglo de trabajos a finales del s. XIX este metal sufrió una importante caída debido a una depreciación del mineral, a consecuencia de la cual se abandonaron un gran número de minas y se cerraron las fundiciones de menor porte. El desolador paisaje, privado de la intensa actividad de años precedentes[412] invita a pensar en el panorama que –con ritmos sin duda más lentos– hubo de darse en el s. I d.C. Fue el comienzo del fin para una industria que en términos generales continuaría reduciendo su actividad en el primer tercio del s. XX ante su incapacidad de adaptación, las deficitarias estructuras para el transporte, el agotamiento de los criaderos, su devaluación por el afloramiento de blenda y los efectos derivados de la Primera Guerra Mundial (Vilar y Egea, 1990: 287-289). Independientemente de los factores que provocaron la crisis del sector, nuestro interés se centra en las consecuencias de la

[412] "[…] se descubren varios edificios industriales ya medio ruinosos por consecuencia de la suspensión de labores; gran número de fábricas de fundición, cuyos hornos no dan pasto alguno a sus elevadas chimeneas; más de 400 malacates abandonados, un plano inclinado del que sus propietarios han quitado sus raíles y el aspecto general de una anchurosa comarca, anteriormente cruzada sin cesar por innumerables recuas y carros destinados al acarreo, ahora solitaria y huérfana de todo movimiento…" (Vargas, 1895: 292. Tomado de Vilar y Egea, 1990: 211).

misma: no solamente un acentuado descenso en el número de braceros (Egea, 1981), sino en el de la propia población, cuya recesión en el caso de La Unión es paradigmático, pasando de 30.000 a casi 17.000 habitantes[413] de 1900 a 1923, una bajada del 44% (Egea, 1986: 29, tabla 1). Así en el plazo de menos de un siglo (1840-1930) asistimos a los inicios de la actividad minera, su auge y su posterior e irremediable caída, esta última acontecida en apenas una generación. Unos datos que invitan a reflexionar sobre el manejo del tiempo y la duración de situaciones como la recesión de *Carthago Noua*[414].

Sin querer hacer un uso exacerbado de las comparaciones con otros períodos, es posible que otra pequeña digresión diacrónica ayude a comprender mejor los cambios de época romana, pues la historia de la ciudad, con unas condiciones constantes –pobreza de suelos y dependencia del puerto en lo económico– está salpicada por repetidos altibajos, algunos tan profundos como rápidos. Por poner otro ejemplo, entre los siglos XVI y XVII Cartagena pasa de ser un pueblo pesquero a rivalizar con las principales plazas españolas del momento, multiplicando por diez su población y ampliando su perímetro urbano, que hasta ese momento se mantenía prácticamente en el límite fijado en el s. III d.C. (Velasco Hernández, 2001: 455-463). Este crecimiento, favorecido por el distanciamiento de la frontera con Granada, el comercio de productos como el jabón, el esparto, la barrilla, la lana castellana y en especial el alumbre de Mazarrón, el impulso dado por los comerciantes genoveses y una situación política favorable hicieron despegar a la ciudad. A ello contribuyeron las siempre favorables condiciones de su puerto[415], que dio salida a productos de ciudades como Toledo, renovando itinerarios terrestres como el que ya en época romana unía *Carthago Noua* con el interior de la Península. Sin embargo hacia 1640 se inicia un período de crisis que durará tres décadas derivado de los cambios geopolíticos, las nuevas contiendas y la constante rivalidad con un puerto cercano y más competitivo como Alicante que, fuera

[413] Número muy similar a la que ronda en la actualidad, ligeramente superior a los 17.000. Cabe además tener en cuenta que debido al amplio número de trabajadores que acudían a las minas, a finales del s. XIX se le llegó a calcular una población "de facto" de hasta 90.000 habitantes.

[414] Igualmente se puede hacer una lectura en clave edilicia, pues uno de los aspectos más interesantes del "boom" minero decimonónico es el legado arquitectónico que generó tanto en La Unión como Cartagena. Curiosamente coincidiendo con la crisis finisecular es cuando se levantan algunos de los mejores ejemplos de arquitectura modernista –con algunos edificios públicos emblemáticos como el Mercado de La Unión– fruto de las riquezas obtenidas por algunos empresarios durante los años de bonanza económica (Pérez Rojas, 1986: 179-183).

[415] "Una expansión económica que se apoyó fundamentalmente en la explotación de un modelo socio-económico basado en la actividad comercial generada desde su puerto" (Velasco Hernández, 2001: 463).

de la órbita castellana, soportaba una presión fiscal mucho menor. Las consecuencias serán evidentes: un continuo encarecimiento de los artículos objetos de comercio y reducción generalizada de ganancias que trajo consigo la ruina de la hacienda municipal, incapaz de invertir en el mantenimiento de las principales obras públicas como indica la falta de reparación de los muelles. El aspecto que más nos interesa es que esta situación: "provocó de forma directa la huida despavorida de muchos mercaderes cartageneros hacia otros paraísos fiscales (caso de Alicante y Cádiz) o a puertos y ciudades con mayor atractivo económico (Madrid, Sevilla, Granada, Málaga o los enclaves portuarios del Golfo de Cádiz)" (Velasco Hernández, 2001: 464-466).

Volviendo a la *Hispania* romana, ya se han visto las consecuencias que para una ciudad podía tener el desplazamiento de su clase principal[416]. Como se recordaba en el cap. 1, la localidad de Augustóbriga (Soria) padeció la decisión del notable *C. Valerius Auitus* de hacer carrera en *Tarraco*, privando a su municipio natal de una serie de inversiones que finalmente tuvieron lugar en la capital provincial (Alföldy, 1998: 28). El fin del evergetismo y la desaparición de los principales actores económicos –bien porque se trasladasen a otras ciudades, bien porque la riqueza se invirtiese de otro modo– ha sido uno de los argumentos empleados para explicar la recesión de *Carthago Noua*, aunque todavía es necesario dilucidar si ello fue causa o consecuencia de la misma.

6.3.2.- Pecios y comercio

Entre los factores que permiten tomar el pulso económico de la ciudad, la visión diacrónica de los distintos pecios de este periodo[417] se encuentra entre los más ilustrativos. Aún siendo conscientes de la limitación que comporta en ocasiones el azar del hallazgo arqueológico es innegable que un aumento del tráfico comercial conlleva también un incremento del número de naufragios. Sobre la base de todos aquellos recogidos por J. Pinedo para el litoral murciano en 1996, teniendo en cuenta los trabajos realizados con posterioridad como los dragados de la Isla de Escombreras (Alonso y Pinedo, 2004) y las más recientes prospecciones (Castillo *et alii*., 2012, Castillo y

[416] La situación descrita para época moderna no puede ser definida como análoga dado que las obras públicas dependían del Concejo, circunscribiéndose el fenómeno evergético al período romano. En cualquier caso sí es parangonable el impacto que la pérdida de las principales fuentes inversoras suponían para la ciudad.

[417] No se incluyen hallazgos anteriores como los de época fenicia y púnica (para esta última fase, más cercana en el tiempo, *vid*. Martín y Roldán, 1991-1992).

Miñano, 2012: 66-67), se documentan un total de 18 hundimientos. En el cómputo se han incluido exclusivamente los pecios, no habiéndose considerado aquellas concentraciones de material cuyo origen era incierto (Tabla 12).

La imposibilidad de ajustar la datación de algunos conjuntos nos ha llevado a agruparlos en arcos cronológicos muy amplios. La referencia a los mismos se encuentra en las citadas publicaciones, si bien la revisión de algunos materiales permite hacer ciertos matices. El pecio Cartagena 1[418], recientemente descubierto, transportaba ánforas Lamboglia 2 y Dr. 1 que remiten al s. II a.C. (Castillo *et alii*., 2012: 19). A su vez, en sus cercanías y próximo a la bocana del puerto, se localizó un supuesto naufragio de época romana con un cargamento de columnas (Castillo *et alii*., 2008: 7). De confirmarse sería el primero hallado en la zona con materiales de construcción, vinculable al auge edilicio de la ciudad a finales del s. I a.C. – inicios del s. I d.C. En cualquier caso se trata de un dato a confirmar –por lo que no ha sido tenido en cuenta en el cómputo– ante el que conviene mantener todo tipo de reservas. Para otros como el Bajo de la Campana 3 fechados inicialmente entre los s. I-III d.C. (Pinedo, 1996: 68), la descripción de su carga –Dr. 7-11, Dr. 14 y Dr. 20– permitía replantear la datación hacia el s. II d.C. Gracias a la información aportada por algunos sellos anfóricos su hundimiento puede centrarse ahora con mayor seguridad en el segundo cuarto de este siglo (Pinedo y Polzer, 2012: 91), tratándose con probabilidad con barcos de paso cuyo destino era Roma o el S de la Galia. Para esta centuria y la siguiente resultan especialmente interesantes los materiales procedentes de la Isla Perdiguera, en el Mar Menor, quizás los únicos que se pueden adscribir a esta cronología: TSA A además de TSA C y D, lo que alargaría la frecuentación del sitio hasta época tardía (Pérez Rebollo, 1988: 641-644). Se hallaron en La Esparteña, un promontorio unido a la isla por su parte meridional, concretamente en la zona de poniente. Es posible que allí se estableciese un embarcadero, al igual que en la zona opuesta del istmo, en El Puertecico. De hecho los restos se vinculan con un supuesto pecio localizado en la orilla (aunque el yacimiento sería mixto, pues continúa en tierra), llamado en los años 80 pecio "Guadalupe" entre cuyos materiales se encontraba *terra sigillata* africana (Pérez Rebollo, 1988: 16-20). Lo más significativo sin embargo es el hallazgo en este último de piezas arquitectónicas como *tegulae* y *clavi coctile* por lo que cabría imaginar algún tipo de estructura, si bien la información al respecto es todavía muy escasa.

[418] Nombre oficial del pecio aunque no figure como tal en la bibliografía (Castillo *et alii*., 2012). Comunicación personal de Rocío Castillo Belinchón (10-IX-2012).

La situación es igualmente complicada respecto a los yacimientos tardíos, para algunos de los cuales sería necesaria una puesta al día de sus materiales, en ocasiones además, muy dispersos. Es el caso del llamado pecio de Islas hormigas, que en caso de ser tenido como tal fue fechado entre los s. III-IV d.C. aunque la presencia de un ánfora Keay 35A[419] nos permite llevar su cronología al s. V d.C. directamente (Bonifay, 2004: 134-135)[420]. Otros, como el posible naufragio recientemente documentado en la Playa de Poniente de Águilas, poseen piezas que giran en torno a los s. III-IV, aunque la presencia de ánforas locales tipo Águilas V podría llevar su cronología hasta el s. V d.C. (Castillo, 2012: 6-10). En las cercanías de la bocana del puerto de Cartagena se localiza el pecio de Trincabotijas, donde ya se localizó un conjunto importante de ánforas Keay 5 para el que se propuso una datación similar, *grosso modo* entre los s. III-V d.C. (Pinedo y Miñano, 2012: 17-19; Arellano *et alii*., 1997: 301). Otros pecios como el Escolletes 1, se pueden datar con mayor detalle –en el s. IV d.C. en este caso– gracias a una reciente revisión de sus materiales. (Cerezo, 2012: 141-143).

Al trazar una curva con la información disponible queda patente la brusca caída del tráfico comercial entre los s. II-III d.C. (fig. 330). El receso se produce tras el auge experimentado en los s. II a.C. – I d.C., donde sin duda la exportación marítima de mineral jugó un papel capital, y precede a su vez a la reactivación del comercio en época tardía. En cualquier caso el gráfico puede resultar engañoso en algunos aspectos y ha de leerse siempre con precaución pues para los s. IV-V, por ejemplo, tampoco sabemos si el transporte estaba más vinculado a puertos como Águilas y Mazarrón y no tanto a Cartagena. Así lo denotarían algunos tipos anfóricos producidos en estas localidades (Berrocal, 2012) presentes en pecios como el de Cala Reona (Pinedo y Pérez Bonet, 1991: 404-407) y la Playa de Poniente (Castillo, 2012: 6-10), al igual que el importante volumen de otras producciones como la TSA D documentados en los dragados del Puerto de Mazarrón, síntoma de una clara actividad en la época (Pérez Bonet, 1988). En cualquier caso es evidente que el puerto no volverá a recobrar el protagonismo que alcanzó durante los últimos siglos de la República y el gobierno de los Julio-Claudios. El estudio de las ánforas halladas en la bahía (Pérez Bonet, 1996) y su entorno inmediato (Pinedo, 2012: 49; Alonso *et alii*., 2003, Alonso *et alii*., 1997)

[419] ARQVA, nº de inventario 02840.
[420] *Vid*. un paralelo idéntico conservado en el ARQVA y de procedencia desconocida fechado en este mismo momento (Pérez Bonet,2008: 260-261).

muestran igualmente el predominio masivo de envases propios de los s. II a.C. –I d.C.[421] (fig. 331). Para el período que nos interesa apenas se conocen datos a excepción del hallazgo de la Perdiguera. Cabría destacar un conjunto de material aislado localizado en un fondo de arena en la zona de Galúa, también en la Manga del Mar Menor, con paredes finas, TSI, TSG, TSH, cerámica común y presencia de TSA A, lo que permitiría llevarlo al s. II d.C. (Pinedo, 1996: 69). Sin embargo la falta de una intervención sistemática no permite aventurar mayores conjeturas, ni siquiera sobre su consideración como pecio.

En cualquier caso la acusada caída del tráfico comercial en la ciudad en los s. II-III d.C., más allá de la recesión experimentada a nivel local, sigue la tónica generalizada para este momento en el Mediterráneo, en el que el número de pecios desciende frente al período anterior (Parker, 1992: fig. 3-5). Entrando más en detalle en la evolución de la dinámica económica de las provincias occidentales se observa cómo a partir del gobierno de Antonino Pío en *Hispania* comienza lo que se ha llegado a definir como "el final de una bella época" (Plácido, 2004: 31). Entre los argumentos que se esgrimen como muestra de la ralentización económica, tiene un peso muy destacado dentro del debate el fin de las exportaciones de aceite bético a Roma. En realidad no se habrían interrumpido en época tardía, sino que de Diocleciano en adelante habrían sido redirigidas hacia el ejército y los funcionarios occidentales (Remesal, 1986: 112). En especial a otras provincias como Germania o la misma Roma, pero a través de nuevas formas como denotan los cambios en la epigrafía anfórica y la tipología con la aparición del contenedor Dr. 23, de tamaño más reducido[422]. Aunque la presencia de producciones africanas en el Testaccio desde mediados del s. II d.C. no puede interpretarse literalmente como la sustitución de los circuitos de intercambio béticos por los africanos (Revilla, 2003: 402-404), la presencia de envases tripolitanos a partir de principios del s. III d.C. evidencia el auge de esta región, estrechamente vinculada a los Severos (Revilla, 2001: 376-378). Al menos así se observa desde la óptica hispana, dado que a nivel de exportación la provincia pasa a ocupar un segundo lugar frente a *Africa* (Márquez y Molina, 2005: 95-99). Zonas con una importante producción anfórica como el entorno de la bahía de Cádiz, muy dinámica hasta mediados del s. II d.C., experimentan ya en la segunda mitad de la centuria una interrupción de su actividad

[421] Los contenedores más comunes, según se extrae del trabajo de J. Pinedo (2012, 49) son, para el s. II a.C., PE 17, Mañá C2a y Tripolitana antigua, para el s. I a.C. Dressel 1 (en especial variante 1C), Lamboglia 2 y Mañá C2b y para el s. I d.C. Dressel 7-11, Haltern 70, Lomba do Canho 67 y Dressel 2-4.
[422] *Vid*. Revilla, 1999: 78, nota 4, con bibliografía.

(García Vargas y Bernal, 2008: 677-679). En palabras de E. García Vargas (1998, 240): "La estabilidad económica se convierte en estancamiento en el principado de Antonino Pío y, finalmente, con Marco Aurelio, en clara recesión". La traducción más elocuente de este fenómeno es, sin duda, la desaparición de numerosos talleres del entorno gaditano (fig. 332). Los argumentos empleados para explicar esta situación, interpretados en función de los autores como causa o bien consecuencia de la misma[423], son muy variados, aunque en cualquier caso el origen del problema parece encontrarse en la estructura de la propia economía romana[424]. Septimio Severo intentó dinamizar ésta última poniendo bienes en circulación y siguiendo una política de confiscaciones de las que se derivó un incremento de cargas fiscales y, en el caso hispano, entregas no ya obligatorias sino incluso gratutitas de la *annona* (Chic, 1986: 262). Sin embargo, aunque el comercio remontó y se controló la inflación de tiempos de Cómodo, se disparará posteriormente. Le corresponde a la (en gran parte todavía poco conocida) arqueología del s. III d.C. matizar el impacto de esta reactivación a través del análisis de centros productores y contextos que evidencien la dinámica comercial en este momento, siendo un buen ejemplo los talleres anfóricos de Los Matagallares (Bernal, 1998c).

6.3.3.- El ámbito rural

La historia de la ciudad y su *ager* corren paralelas por lo que es imposible comprender los cambios que se producen en la primera sin tener en cuenta la dinámica evolutiva de este último. A modo de pincelada, pues el tema requiere un estudio monográfico, la situación que desde hace años se viene observando en el territorio es análoga a la de la colonia (Murcia, 2010a: 156-157; Murcia, 1999). De hecho, tradicionalmente se ha considerado que fue el entorno productivo del campo el que primero se deterioró, lastrado en parte por el cese de las explotaciones minero-metalúrgicas que habían alcanzado su auge entre los s. II-I a.C. (Antolinos *et alii*., 2010: 217). Si este fue uno de los motivos que precipitó la profunda recesión de la ciudad o bien no es más que el

[423] Al respecto son fundamentales las páginas que E. García Vargas (1998: 240-249) dedica a la evolución de las producciones anfóricas en la bahía de Cádiz entre los Antoninos y el s. IV d.C. En ellas recoge los diversos factores que incidieron en el cambio de la dinámica comercial y productiva, un marco histórico extensible al caso de *Carthago Noua*, motivo por el que reenviamos para algunos de los datos que a continuación se manejan, a las citadas páginas.

[424] De nuevo en palabras de García Vargas (1998, 242) en: "[…] su incapacidad crónica para mantener la producción y el consumo en los niveles exigidos por una administración y un ejército cuyo crecimiento corría en paralelo a la transformación del Imperio desde una confederación de municipios a un auténtico Estado nacional".

reflejo de lo que en ella sucedía es una cuestión que continúa abierta, pero en cualquier caso la comparación entre el número de yacimientos que se encuentran activos en los s. I-II d.C. y los que quedan en el s. III d.C. da idea de hasta qué punto el sistema económico de *Carthago Noua* se había debilitado (fig. 333). Aunque la revisión de los diversos contextos podría quizás aportar algunos matices cronológicos[425] sobre la base de las novedades recogidas para los yacimientos de Cartagena y la *uilla* de Portmán, parece innegable que el territorio se resintió ya desde el s. I d.C. Recientes trabajos así parecen corroborarlo, como sucede en el abandono del complejo del Cabezo de la Atalaya (Antolinos, 2007: 159-160) y por supuesto en el de otras numerosas industrias agrícolas y de salazón (Ruiz, 1995, 171-182). De hecho esto último remite de nuevo al problema de la propia producción de la ciudad. No solamente porque de las diferentes actividades la minerometalurgia fuese la única que parecía tener un peso económico real, ni porque se desconozca la existencia de envases propios destinados a la exportación, sino porque, aunque tímidamente se detectan nuevos datos relativos a la producción de productos como vino y aceite, ésta parece para un mercado de consumo local. Las escasas ánforas que se detectan en contextos terrestres de los s. II-III d.C. indican además un consumo foráneo de estos productos, especialmente vino galo[426].

En definitiva conocer la dinámica evolutiva del *ager* ante la recesión es fundamental de cara a comprender la reorganización del territorio a partir del s. III d.C., para el que incluso parecen retomarse los asentamientos en altura (Murcia, 1999, 223-224). En este sentido, cabría contemplar si núcleos urbanos que parecen resentirse en

[425] Y también relativos al modo en que la actividad cesó en las distintas instalaciones, pues si en un principio parece que se trata de abandonos, en algunos casos situados hacia el interior como en la Fuente de la Teja (Caravaca de la Cruz). Los contextos se originaron a raíz de incendio que arrasó gran parte de los llamados edificios A y B, hallándose en su interior potentes niveles con las piezas fragmentadas *in situ*. Cronológicamente la presencia de formas de TSG como Drag. 18, 27, 29 y 37, junto a paredes finas béticas, cerámicas pintadas altoimperiales y un fragmento de terra sigillata hispánica además de *terra sigillata* africana (producción A^1), ha llevado a fecharlos en torno a mediados del s. II d.C. (Murcia, 1997-1998: 221-226).

[426] Cabría valorar aquí hasta dónde el Campo de Cartagena, eminentemente de secano dadas su climatología, era capaz de generar productos suficientes para la ciudad hasta el punto de evitar su dependencia económica del exterior. Salvando las distancias y a modo de ilustración, en el s. XVIII, momento en el que gracias a una especial bonanza y aumento poblacional se produjo una importante "ruralización", la ciudad seguía consumiendo en buena parte productos foráneos de un mercado cada vez más especializado. Sin bien no es posible plantearlo al mismo nivel para el caso de *Carthago Noua*, quizás no sea excesivamente aventurado imaginar una dependencia similar del comercio exterior: "A diferencia de las ciudades del interior, su hinterland económico más próximo no estaba tan obligado a cubrir la mayor parte del abastecimiento urbano y podía aprovechar las posibilidades de unas producciones más comerciales; productos comerciales que a su vez servían para pagar en parte el abasto marítimo. Los ejemplos bien conocidos del vino en Alicante, los aguardientes en Málaga o la cebada y la barrilla en Cartagena son suficientemente expresivos. Pero el precio de esta posibilidad de diversificación económica era una mayor dependencia de la continuidad del abastecimiento marítimo" (Torres Sánchez, 1998: 168).

menor medida como Águilas –que se mantiene muy activa durante el s. II d.C.[427] y volverá a repuntar con fuerza a partir del IV tras un episodio de crisis urbana en la segunda mitad del s. III d.C. (Hernández García, 2010a: 268-279)– no habrían absorbido parte de la población del área de *Carthago Noua*[428].

6.4.- Inestabilidad política

En los siglos II y III d.C. *Hispania* ve truncada en diversos momentos su estabilidad política debido a una serie de eventos en los que se incluyen desde revueltas internas a la llegada de pueblos extraños al Imperio. Sin ser exhaustivos algunos de estos episodios son: el intento de usurpación de Cornelio Prisciano (145 d.C.), las incursiones de los *mauri* (en torno a 172 y 177 d.C.)[429], la usurpación de Materno (186-188 d.C.), la de Clodio Albino (195 d.C.)… todo ello para el s. II d.C. (Arce, 1981). El s. III d.C. comienza con las consecuencias de la derrota de Albino y la eliminación por parte de Septimio Severo de muchos de los senadores –entre ellos varias familias hispanas– que habían apoyado a su rival. Le seguirá la inestabilidad propia del período de la anarquía militar (235-285 d.C.) y además hacia los años 260-261 d.C. tendrá lugar la invasión de los francos, que tras cruzar los Pirineos y antes de embarcar hacia África saquean *Tarraco* a tenor de lo que recogen las fuentes (Arce, 1988: 59, nota 19).

En el caso concreto de Cartagena las incursiones de los *mauri* tienen un peso muy específico, pues dado que su cronología viene a coincidir con el momento en el que la ciudad comienza su repliegue urbano han sido vistas como uno de los factores que habrían provocado su decadencia. Son muchas las dificultades que entraña la identificación de niveles arqueológicos con episodios históricos concretos y efectivamente es posible que, en ocasiones, el arqueólogo asigne éstos con excesiva facilidad a algunas fases de sus yacimientos. Sin embargo este sano escepticismo puede provocar también el efecto contrario, tornándose en una negación sistemática que obvia la realidad arqueológica.

---

[427] Este asentamiento, con estructuras de cierta entidad que cabría asociar un *uicus* y que muchos investigadores identifican con la antigua *Urci* (García Antón, 2002: 216-226) aunque arqueológicamente no es posible confirmarlo, parece tener verdaderamente una dinámica aparte. Es uno de los pocos núcleos para el que se conoce desarrollo importante en el s. II d.C., como prueban las termas orientales que se crean en la segunda mitad de dicha centuria (Hernández García y Pujante, 2002: 266-267).

[428] O acaso estamos ante una actividad productiva temporal que conllevaba un incremento de población procedente de otros núcleos en momentos puntuales.

[429] Para una discusión sobre la cronología de estas razias *vid*. Bernard, 2009: 358-364.

Hasta la fecha las secuencias documentadas en Cartagena en los s. II-III d.C. habían sido entendidas de manera uniforme, pero los matices cronológicos aportados por el análisis pormenorizado de la estratigrafía y los contextos cerámicos nos han permitido distinguir con claridad entre abandonos y destrucciones. En este apartado nuestro interés se centra en interpretar los niveles estudiados y dotarlos de un marco histórico, pero siempre partiendo desde el punto de vista del registro arqueológico, prestando especial atención a la estratigrafía y su proceso de formación. Por tanto, en un primer momento trataremos la cuestión histórica de los *mauri* por el interés que ha suscitado en la reciente historiografía de la ciudad, si bien a raíz de los datos estudiados la consideramos una hipótesis poco consistente. En segundo lugar planteamos una propuesta interpretativa para los niveles de destrucción de la segunda mitad del s. III d.C. como los de la C/ Cuatro Santos nº 40, que vinculamos con algún evento traumático. No se trata de volver al discurso de las destrucciones y las invasiones germánicas sobre las que tanta tinta se ha derramado, sino de hacer una lectura estratigráfica de lo que deparan las excavaciones arqueológicas.

Más allá del debate sobre la continuidad de la ciudad en época tardía y la comprensión de los cambios que en ella acontecieron como una ruptura o una transformación (*vid*. Infra), cabe tener presente que el cese brusco de la vida en algunas ciudades de la Antigüedad fue una realidad. Entre los diversos ejemplos se encuentran desde niveles de destrucción en Italia asociados al conflicto del 69 d.C. a los vinculados con los vándalos en áreas de la costa valenciana como Cullera (Hurtado *et alii*., 2008) e incluso la destrucción de *Carthago Spartaria* por Suintila (Vizcaíno, 2009: 233-235, aquí *vid*. fig. 70). Diversas reuniones han reflexionado recientemente sobre el impacto de la violencia en el mundo antiguo y nuestra dificultad para comprender su percepción en la época (Bravo y González Salinero, 2007; Zimmermann, 2006)[430]. En *Hispania* el

[430] Aún estamos lejos de comprender el impacto que los hechos más recientes de nuestra historia como los atentados del 11 de Septiembre de 2001 tendrán sobre nuestra constante reinterpretación de la Antigüedad. Durante los años 90 del siglo XX Europa, a pesar de la intervención en la Guerra del Golfo y el conflicto de los Balcanes, no conoció eventos traumáticos (sin que con esto se pretenda en absoluto minimizarlos). Ello pareció reflejarse en la concepción de un mundo romano donde las situaciones inestables y violentas que vieron especialmente los siglos de la Antigüedad Tardía fueron sustituidas por tratados y pactos con los invasores germanos y, en general, apacibles transformaciones. También hay quienes consideran que en esta concepción influyó directamente la necesidad de desmitificar un período calificado de oscuro por sus estudiosos, eliminando cualquier aspecto peyorativo como la propia denominación de Bajo Imperio. Sin embargo, algunos autores han empezado a alejarse de esta corriente y plantean sin ambages la caída "con rumore" del Imperio. Así lo hacía A. Marcone en la inauguración del congreso celebrado en 2010 en la *British School at Rome* y el *Istituto Svizzero di Archeologia di Roma* con motivo del 1600º aniversario del saqueo de la ciudad por los godos, una alusión directa a la caída "senza rumore" propuesta por A. Momigliano (1973) y en la que se hizo referencia al impacto de los

caso de la destrucción de Valencia por los hombres de Pompeyo en el 75 a.C. supone un ejemplo verdaderamente paradigmático tal y como han permitido confirmar diversos argumentos históricos y sobre todo arqueológicos, derivados en especial de las excavaciones realizadas en la Plaza de La Almoina (Ribera y Calvo, 1995). La presencia de potentes niveles de ceniza y cerámicas propias de principios del s. I a.C. (cerámica de Cales y ánforas itálicas) así como un denario del 77 a.C. y la referencia de las fuentes a la derrota del ejército de Sertorio, dan validez a una hipótesis refrendada por el excepcional hallazgo de 14 individuos mutilados de forma violenta que aparecieron junto a numerosas armas: umbos de escudos, jabalinas (*pilum*), un cuchillo, dos podones… (Alapont *et alii*., 2010: 23-27, aquí fig. 334a, b y c). A excepción a uno de edad más avanzada, se trata en su gran mayoría de hombres jóvenes y de su complexión se desprende que eran militares. Hallados en la plaza del foro, el estudio de sus restos muestra que fueron torturados en vida (Alapont, 2008), probablemente de modo ejemplificante frente a quienes habían optado por el bando de Sertorio[431]. Los cuerpos presentaban signos de amputación y el intenso brillo de color negro de algunos huesos indica la presencia de sangre cuando fueron quemados. Las marcas de los cortes revelan que algunos no fueron limpios, por lo que tras sucesivos tajos los miembros fueron arrancados. Sin duda el más singular es el individuo de mayor edad, al que, tras atarle las manos a la espalda y cortarle una pierna, empalaron vivo con un *pilum* (fig. 334c).

Aún sin los hallazgos "clave" de los cadáveres y las armas, la lectura estratigráfica (carbones, cenizas) y los diversos materiales (cerámicas fechadas entre 90-70 a.C., denario del 77 a.C.) permitirían cuanto menos plantear una hipótesis cercana a la histórica destrucción de la ciudad. Es el caso por ejemplo de las termas republicanas, donde junto a restos de incendio que afectan a la zona del *praefurnium* se detecta la caída de un muro de adobes y otros materiales que formaban parte de la estructura del edificio (fig. 334d), llegando a alcanzar un depósito de hasta 60 cm y aplastando en su caída piezas como un ánfora de vino itálica (Marín y Ribera, 2000: 156). A excepción de una bola de *ballista*, la composición y el proceso de formación de los niveles es muy

atentados del 11-S en el dibujo de un nuevo orden mundial (Friedman, 2002) así como su influencia en la historiografía hecha desde entonces. Convendrá por tanto estar atentos al enfoque de las próximas publicaciones que surjan sobre el fin del poder romano, dedicando algunas de las más recientes una especial atención al contexto histórico de la escritura (Goldsworthy, 2009: 11-25). Asimismo, los matices que requieren conceptos como el de "crisis" vienen a coincidir con un momento histórico en el que el término se usa de forma extremadamente reiterativa en los medios, habiendo de evitar que preconcepciones modernas desvirtúen el debate sobre tiempos pasados. (Ward-Perkins, 2009).

[431] Sobre el empleo de la violencia de forma intimidatoria en la *Hispania* del s. I a.C. *vid*. Marco, 2006.

similar a la que se encuentra en los estratos de destrucción de Cartagena en el s. III d.C. o la propia *Valentia*, que también en esa fecha sufre un episodio de crisis urbana (fig. 334e). Las excepcionales condiciones de conservación del episodio valenciano permiten reflexionar sobre la concepción de la violencia en el mundo antiguo y el impacto que en momentos de inestabilidad ciertas acciones pudieron tener en la vida de las ciudades. Como irónicamente escribe Ward-Perkins (2010: 19), unas mujeres consagradas a Dios violadas por los Vándalos en su camino a Cartago y el obispo León, que trataba de reconsiderar la naturaleza de su condición por haber perdido su pureza, quedarían estupefactos hoy día al observar cómo algunos eruditos relativizan el carácter violento de esta época. Su sorpresa no distaría mucho de la del hombre mutilado y empalado vivo de La Almoina, cuya opinión al respecto sería sin duda muy similar.

6.4.1.- Los *mauri*

En dos ocasiones a finales del reinado de Marco Aurelio los *mauri*, poblaciones beréberes del norte de África, llevaron a cabo incursiones en *Hispania* sobre las que la historiografía ha hecho correr ríos de tinta[432]. Los ataques tuvieron lugar en torno a los años 172 y 177 d.C. y afectaron principalmente a la Bética, provincia *inermis* debido a su carácter senatorial. Ante la primera irrupción Marco Aurelio respondió enviando al frente a dos de sus mejores hombres, bien conocidos gracias a distintos epígrafes que desvelan parte de sus carreras[433]. Se trata de C. Aufidio Victorino, legado en las provincias hispánicas y amigo personal del emperador (Birley, 2009: 107), que venía de participar en la *expeditio Germanica* de los años 168-169, y de L. Julio Juliano, comandante de una *vexillatio* que acababa de derrotar a los costobocos en Acaya y Macedonia (Grimal, 1997: 197). El encargado de intervenir de nuevo contra los *mauri* cinco años después fue C. Vallio Maximiano, legado de la *prouincia* de Mauritania Tingitana.

Para el estudio de estos episodios se cuenta principalmente con cuatro inscripciones y dos pasajes de la Historia Augusta, fuente no exenta de problemas que alude a los devastadores efectos que los agresores habrían producido de no ser por la intervención de los legados imperiales (*SHA, Vita Marci*, 21.1.): *Cum mauri Hispanias*

[432] Para una revisión crítica es de obligada consulta el trabajo de G. Bernard (2009) en el que se incluye la bibliografía más importante generada en torno al tema (Bernard, 2009: especialmente p. 357, notas 1-4).
[433] AE, 1934, 155 en el caso de Aufidio Victorino y CIL, VI, 8, 3, 41271. para Julio Juliano.

prope omnes vastarent, res per legatos bene gestae sunt[434]. El término en plural *Hispanias* resulta especialmente significativo y da pie a diversas interpretaciones. De la relación de este pasaje con otro de la *Vita Marci* (22.11) algunos autores dedujeron la extensión del conflicto a Lusitania, si bien se demostró que la alusión a esta provincia se refería a disturbios internos (Arce, 1981: 110-111). Tras la lectura de los epígrafes dedicados a Aufidio Victorino y a Julio Juliano, Bernard llega a la conclusión de que se trata de una exageración (2009: 368-369). En el caso del primero porque su condición de legado *propraetor* de la provincia de *Hispania Citerior* y Bética no implica que ambas regiones sufrieran los efectos, sino que el senador podía disponer de los recursos de la Citerior (ya que en León se encontraba acantonada la VII legión) para socorrer a la Bética. En el del segundo, porque entiende la vaga definición de *in Hispanias* en su *cursus honorum* como una hipérbole cuya única finalidad era destacar los méritos militares.

La epigrafía no acaba de resolver el debate sobre la capacidad destructiva de los *mauri* –simples bandoleros para unos, enemigos considerables para otros– ni sobre el territorio real que se vio afectado por sus escaramuzas[435]. En cualquier caso los mejores ejemplos son dos inscripciones, una de *Singilia Barba* (Antequera, Málaga) y otra de Itálica que se vinculan a la segunda incursión, cuyo interés para nosotros es menor dado que parece circunscribirse exclusivamente a la Bética (Gozalbes, 2002: 481). La primera se refiere a un asedio fallido a la ciudad[436] y la segunda parece meramente honorífica, dedicada a honrar al procurador C. Vallio Maximiano sin que deba entenderse por ello que los *mauri* hostigaran la cuna de Trajano (Arce, 1981: 108-109). Incluso el propio término con el que se define el conflicto ha generado controversia, pues mientras que la inscripción de *Singilia Barba* habla de *bellum Maurorum* (Atencia, 1984-1985) otro epígrafe conservado en Llíria y fechado en la segunda mitad del s. II d.C. hace alusión al *bellum Mauricum* (Corell, 1988). Este último, un pedestal que

[434] "Cuando los mauritanos estuvieron a punto de devastar todo el territorio de las provincias hispanas, sus legados culminaron con éxito la guerra"

[435] En cualquier caso, más allá del impacto que causaron, declinamos el uso del término "invasión" puesto que entendemos que en ningún momento estas *gentes* vinieron con intención de establecerse en el solar hispano (Bernard, 2009: 358).

[436] El largo –e infructuoso– cerco al que habría sido sometida ha sido empleado para mostrar la escasa capacidad de los atacantes, "simples bandas de saqueadores" (Gozalbes, 2002: 481), si bien en la acertada opinión de Bernard, es probable que el término *obsidio* al que hace alusión la inscripción no tenga tanto que ver con un verdadero asedio sino con la amenaza inminente que suponía la presencia de los *mauri* (Bernard, 2009: 368).

recuerda a J. C. Cornelio Potito[437], muerto en la lucha contra los *mauri* (fig. 335), ha mantenido el debate semántico abierto, pues mientras que el genitivo remitiría a los combates contra una *gens*, el adjetivo haría referencia al territorio sobre el que se desarrolla la acción[438].

En cualquier caso, aunque las mencionadas evidencias demuestran la existencia del conflicto, éste queda todavía muy lejos de ser verificado arqueológicamente. La construcción de algunas fases de las murallas de Munigua (Mulva, Sevilla), levantadas rápidamente para defenderse, en teoría, de estas razias (Schattner, 2003, 59) se ha querido ver como una consecuencia del mismo. También el cese de la actividad de las minas de Riotinto (Huelva), con niveles de destrucción y la presencia de un *restitutor metallorum* –en principio a partir de 173 d.C.– encargado de volver a poner en funcionamiento las instalaciones (Jones, 1980). La afirmación de la primera es compleja, pues diversos motivos podían favorecer la construcción de unas defensas, como por ejemplo su identificación como un elemento de prestigio para la ciudad. En cuanto a la segunda, Cl. Domergue (2008: 215) también ha apuntado hacia la inestabilidad causada por los *mauri* como posible origen para la interrupción de la actividad minera en la zona aunque, como se verá tras la alusión al caso de Cartagena, la propuesta quizás deba ser matizada.

Al explicar el declive de la segunda mitad del s. II d.C. en *Carthago Noua* se ha recurrido en ocasiones a la presencia de los *mauri*. Si ésta ya suscita algunas dudas en según qué zonas de la propia Bética… ¿por qué plantear una incursión de estas tribus en la ciudad? En primer lugar porque se dan todos los condicionantes físicos para que esto sea posible. Cabe tener presente, como recientemente se ha recordado, la condición de piratas que revestían los moros, (Detalle, 2011: 150-153) así como el hecho de que la distancia que separaba Cartagena del Estrecho se cubriese en pocos días de navegación y que la ruta, que unía *Gades* con *Tarraco*, las Galias e Italia, fuese bien conocida (Arnaud 2005, 153-167, esp. fig. pp. 154-155). En segundo lugar, si se acepta que se trataba de una flota de cabotaje de poca entidad y el objetivo era la obtención rápida de botín, resulta más lógico una acción depredadora sobre núcleos costeros (Rahmoune, 2001: 112-113) que un adentramiento en el territorio sin los medios adecuados como

[437] L(ucio) Cornelio L(uci) f(ilio) / Gal(eria tribu) Potito, / honor(ibus) aedil(iciis)/ functo, qui p(rimus) p(ilus)/ in bello/ maurico peri(i)t. L(ucius) Cor(nelius)/ Valerianus et Ful(via)/ Zosime, fil(io) piisimo. Xxxx "A Lucio Cornelio Potito, hijo de Lucio, de la tribu Galeria, que, después de desempeñar los honores edilicios, cayó siendo primpilo en la guerra contra los moros. Lucio Cornelio Valeriano y Fulvia Zósima, a su hijo afectuosísimo". Corell, 1988: 299.

[438] *Vid*. el trabajo de G. Alföldy (1985) y la respuesta al mismo de P. Le Roux (1985).

indica el ataque fallido a *Singilia Barba*. Desconocemos el estado de las defensas de la colonia en ese momento al igual que la existencia de destacamentos militares, pero si la colonia comenzaba a dar signos de agotamiento un repentino ataque por mar habría hecho de ella una presa fácil. En tercer lugar, de las ciudades costeras de la Citerior, *Carthago Noua* es el primer núcleo de entidad en cuanto a cercanía a la Bética (Le Roux, 2006: 194, mapa 1). Esto no sólo la convierte en un objetivo asequible, sino que además permitiría comprender la alusión a las *Hispanias* de la Historia Augusta, puesto que serían dos las provincias afectadas. Precisamente no hay que olvidar que la Bética, de carácter senatorial y la Tarraconense –a la que pertenecía la ciudad– de tipo consular, se unieron bajo el mando del *legatus Augusti*, Aufidio Victorino. Por último una placa funeraria de mármol local hallada en el año 2000, el epitafio de Memmia Coeliana (Antolinos *et alii*., 2007, Schmidt, 2006, Ferragut y Miseros, 2001), ha dado pábulo a esta interpretación. Perteneciente a una posible *cupa* (Quevedo y Ramallo, 2012: 124-126), el epígrafe hace también alusión al marido de la difunta, L. Septimio Hermócrates, quien era *beneficiarius consularis* (fig. 336). Este cargo militar formaba parte de la oficina del gobernador y en su presencia se ha querido ver la de una posible *statio* destinada a solventar cualquier situación de inestabilidad. Según criterios paleográficos la inscripción se fecha entre finales del s. II e inicios del III d.C. motivo por el que se vinculó a las incursiones de los *mauri*. Sin embargo los mismos autores que planteaban la propuesta reconocían que no carecía de inconvenientes, pues un *beneficiarius consularis* desempeñaba distintas funciones relacionadas con la gestión provincial y además en caso de pertenecer al s. III d.C. la fecha se alejaba en exceso del momento de las incursiones (Antolinos *et alii*, 2007: 57). Por tanto conviene manejar esta hipótesis con la mayor prudencia, sin que podamos considerarla a día de hoy un argumento sólido a favor de las razias de los *mauri* en la zona.

En cualquier caso la mayor dificultad para vincular las acciones de pillaje de estas tribus a *Carthago Noua* y su territorio reside en las características del propio registro arqueológico. Como se ha recordado, en torno a esta fecha sólo el teatro romano presenta un nivel de destrucción (Ruiz Valderas y García Cano, 2001); un incendio fechado a mediados del s. II d.C. cuya datación convendrá revisar, sin que por el momento se puedan atribuir las causas del mismo a un acto violento o fortuito. El resto de niveles documentados en la ciudad para esta fecha son abandonos, no destrucciones, con potentes niveles en los que las cerámicas aparecen muy fragmentadas por el uso (apenas se pueden reconstruir perfiles completos). Lo más interesante es que muchos de

los edificios en desuso no volvieron a ser ocupados con posterioridad, al igual que tampoco fue reconstruido el frente escénico del teatro. Si esta situación fue provocada por la inestabilidad derivada de la presencia de los *mauri*, es una hipótesis imposible de afirmar con los datos disponibles. También en torno a este momento parecen registrarse destrucciones en zonas del interior como en la explotación industrial de Fuente de la Teja (Murcia, 1997-1998: 221-226), aunque sólo un análisis detallado de sus contextos permitirá ahondar en esta problemática.

Llegados a este punto es inevitable volver al debate inicial sobre la capacidad depredadora de los *mauri* y sus consecuencias, tradicionalmente interpretada como de dimensiones devastadoras (Blázquez, 1978: 215-220). Aunque es probable que las fuentes literarias –más tardías– las contemplasen desde una órbita singularmente catastrofista influenciadas por el contexto del momento en el que fueron escritas, es innegable su impacto en la literatura posterior[439]. La misma respuesta imperial es muy significativa en sí, poniendo frente a los moros no a uno sino a dos hombres capaces y amigos personales del emperador Marco Aurelio. Igualmente sorprendente es que, tras los incidentes del 172 d.C., se produjese una segunda acometida en 177 d.C., lo que invita a reflexionar sobre si no se ha minimizado en exceso su impacto a favor de un criticismo exacerbado de las fuentes. Sin embargo, partiendo de las limitaciones arqueológicas de su demostración[440] cabe preguntarse hasta dónde –y por dónde entendemos físicamente– es posible alargar la sombra de los *mauri*. *Lucentum*, por poner un ejemplo, es una ciudad costera que también comienza a dar síntomas de agotamiento en la segunda mitad del s. II d.C. (Guilabert *et alii*., 2007). ¿Hay que ver en ello una consecuencia de las incursiones moras? O el caso de la minería en el Suroeste peninsular. Para Riotinto se ha planteado una interrupción derivada del conflicto con las tribus beréberes que en un principio también se había contemplado para explicar el cese de actividad en las explotaciones de Aljustrel (Domergue, 1987: 499-500). Al observar la amplitud del territorio afectado y aun siendo conscientes de las importantes lagunas que persisten sobre los *mauri* (origen, número, capacidad de ataque…) es comprensible la tendencia de la historiografía más reciente a restar importancia a estos episodios. Por volver sobre algunos casos mencionados, para Aljustrel se ha propuesto posteriormente

[439] "Bien que les divers contingents employés aient réussi à les repousser assez rapidement et que les traces archéologiques laissées par ces incursions soient indécelables, le retentissement de ces ataques a été considérable chez les auteurs anciens comme modernes" (Bernard, 2009: 367).
[440] "Sur le plan archéologique, aucune preuve réelle de ces destructions ne peut être apportée" (Bernard, 2009: 368).

un receso de tipo económico (Bustamante *et alii*., 2008 169-170), e igualmente la disminución de la producción en los talleres del área gaditana –en la que también se había querido ver la influencia de las razias moras– se explica por cuestiones de tipo estructural (García Vargas, 1998: 243). En todo momento somos conscientes de que las incursiones pueden ser "refugio fácil para los arqueólogos que explican con ellas cualquier destrucción o interrupción de actividad en sus yacimientos de forma cómoda" (Arce, 1981: 105). Ello no es óbice para considerarlas si el registro arqueológico muestra evidencias consistentes como a continuación se defiende para el caso de los francos. En el de los *mauri*, sin embargo, y hablando siempre de *Carthago Noua*, no hay argumentos materiales suficientes que permitan atestiguar su paso por la colonia.

La revisión dedicada al tema en estas páginas tiene que ver con la importancia que la historiografía sobre la ciudad le ha concedido en los últimos años, si bien ya se ha visto la dificultad de aseverar semejante hipótesis, hoy por hoy poco probable. Sólo nuevos hallazgos permitirán volver sobre el tema, teniendo en cuenta eso sí, la posibilidad real de un asalto por mar desde la costa bética. En términos generales cabe resaltar que, si los *mauri* desplegaron sus acciones de pillaje hasta *Carthago Noua*, éstas sólo pudieron contribuir a la inestabilidad existente, sin interpretarlas en ningún caso como la causa del declive de la ciudad[441]. El origen ha de buscarse en el marco de un sistema económico agotado, como demostraría la incapacidad de la colonia no ya para reconstruir (caso del teatro) sino para mantener algunos de sus principales espacios públicos y privados a partir de esa época.

6.4.2.- Los francos (y las destrucciones del s. III d.C.)

Frente a los niveles de finales del s. II e inicios del III d. C. en los que el registro estratigráfico muestra una formación paulatina, las secuencias de mediados del s. III d.C. documentadas hasta ahora revelan un origen puntual y violento fruto de un incendio. El contexto de destrucción de la vivienda de la calle Cuatro Santos nº 40, constituido por una densa capa de cenizas y carbones, es uno de los mejores ejemplos

[441] Compartimos las palabras de García Vargas para el declive de los talleres gaditanos, perfectamente válidas para el tema que aquí se esboza: "Las guerras y las invasiones de los nómadas norteafricanos actuarían, en el mejor de los casos, acelerando un proceso de decadencia, cuyo origen se remonta al menos a la mitad del s. II d.C. La reducción de la actividad debe explicarse, pues, atendiendo a otros factores. Éstos no pueden ser sino de índole estructural y afectan tanto a la estructura económica de Occidente durante estos años como, en un plano más general, al carácter mismo de la industria antigua" (García Vargas, 1998: 243).

conocidos. En él el ajuar cerámico se hallaba completo, aun fragmentado por el desplome de las carbonizadas estructuras lígneas, también documentadas. Aunque por el momento se trata del único nivel *de facto* de esta cronología estudiado en detalle, otros coetáneos como los del pórtico del *Augusteum* (Fuentes, 2006: 147), y especialmente el del llamado Edificio del Atrio del Molinete presentan las mismas características[442]. Este último es especialmente interesante por su potencia y su situación, cercana al foro (Madrid *et alii*., 2009). Edificio público en su origen, su excavación pone de manifiesto la interrupción violenta de un complejo reconvertido para uso de viviendas unifamiliares. Hacia mediados del s. III d.C. como evidencia la presencia de TSA C, es destruido en su totalidad por un incendio, apareciendo sobre su superficie una potente capa de cenizas y carbones a la que se suma el desplome de las estructuras del piso superior (fig. 337). Los efectos del fuego se dejan ver en las propias pinturas de las paredes (fig. 338), cuyo color rojo acabó tornándose amarillo a causa del exceso de calor[443]. En cualquier caso lo más significativo es la aparición *in situ*, al igual que ocurría en la C/ Cuatro Santos nº 40, de todas las cerámicas fragmentadas pero completas y de gran parte de las estructuras lígneas quemadas (fig. 339).

Entre las causas que podrían explicar estas evidencias cabe la hipótesis, ya formulada, de un incendio fortuito que se hubiese extendido por la antigua colonia[444]. Sin embargo a la amplia superficie afectada (fig. 310) cabe añadir el hecho de que ninguno de los edificios destruidos fuese rehabilitado[445], viéndose progresivamente colmatados. Teniendo en cuenta los hallazgos en otras ciudades cercanas parece viable

[442] Quizás cabría incluir aquí el cercano solar de las Termas del Foro, recientemente excavado y donde se aprecian considerables niveles de cenizas (Suárez, 2011: 117-119, lám. 3, 4 y 6.), entre las que cabrá discernir aquellas provocadas por la propia actividad de los hipocaustos.

[443] Comunicación oral, Carmen Guiral Pelegrín, 30 de Abril de 2009.

[444] La hipótesis se planteó por primera vez para el solar de la C/ Cuatro Santos nº 40 (Vidal y De Miquel, 1988: 444) donde el desconocimiento del resto de estructuras que componían la precaria vivienda hacía imposible saber si el fuego había arrasado una sola habitación o bien todo el edificio. Casos paradigmáticos como el de la villa de Vilauba (Camòs, Girona) demostraban cómo un incendio que había acabado con tres habitaciones de la parte norte –un *triclinium*, una despensa, un larario y parte de una galería porticada– en la segunda mitad s. III d.C., no había impedido la ocupación continuada del resto del complejo hasta los inicios del s. IV (Castanyer y Tremoleda, 1999: 112-115). Otro ejemplo emblemático, el de la Casa de los Plintos de *Uxama* (Osma, Soria) cuya estructura fue destruida a causa de un fuego en la segunda mitad del III, mostraba el mantenimiento de los niveles de circulación exterior de la ínsula con la repavimentación de las calles circundantes sobre las cenizas (García *et al*., 2009: 224-225). Sin embargo el avance de las investigaciones y la aparición de niveles de incendio en tantos edificios con una cronología en principio coincidente nos inclina a pensar en un fenómeno generalizado.

[445] Tampoco hay constancia de que se hubiesen producido remociones con la intención de recuperar elementos constructivos o posibles objetos de valor, especialmente metálicos, si bien estos últimos apenas se han documentado.

plantear como hipótesis para la explicación de este episodio un origen externo, que debido al marco cronológico cabría vincular a las razias de los francos.

La identificación de evidencias arqueológicas con el paso de este pueblo germano resulta polémica y especialmente problemática si tenemos en cuenta los catastróficos efectos que tradicionalmente le ha atribuido la historiografía (Blázquez, 1978: 224-232). No es nuestro objetivo reabrir el viejo debate del "apocalipsis" invasor, pero ante la realidad arqueológica de Cartagena cabe tomar en consideración otra realidad, cronológicamente coherente, como es la invasión de los francos en torno a 260-261 d.C. En dicho momento estas *gentes* cruzaron el *limes* y penetraron en las Galias, alcanzando posteriormente *Hispania* donde intentaron tomar *Tarraco*. Desde allí una parte de ellos embarcó hacia *Africa* si bien el resto, y siempre según las fuentes, habría quedado en la península durante los 12 años siguientes (Arce, 1988: 57-60). A pesar de las referencias literarias resultaba difícil documentar el rastro de tal acción en la asediada capital de la *prouincia* (Ruiz de Arbulo, 1993: 110). Sin embargo, recientemente se han apuntado algunas evidencias a favor de esta hipótesis[446]. Destacan algunas excavaciones donde los niveles de destrucción se aprecian con nitidez, como la de una instalación vinaria de la Calle Sevilla n^{os} 12-14, con incendio y depósito monetario directamente sobre el pavimento (Díaz García *et alii*., 2005: 66-68 y 76), diversos espacios residenciales tanto dentro como fuera de las murallas (Macias, 2010: 223, nota 7), los de las termas de la C/ Sant Miquel y otros cercanos al área del puerto (Macias, 2004: 159). Aunque se ha demostrado que no se restringen a esta zona (Macias y Remolà, 2010: 135-136), cabe destacar el interés mostrado por los atacantes por hacerse con las naves, tanto por la capacidad de desplazamiento que esto les otorgaba como de realizar acciones de piratería (Arce, 1988: 60). Con un relativo dominio del mar e independientemente de si suponían una escala en su camino hacia *Africa*, no es difícil imaginar razias sobre enclaves costeros, especialmente en ciudades como *Carthago Noua*, ya debilitada económicamente. Hace ya medio siglo se achacó a los mismos actores la destrucción de la cercana *Ilici* a raíz de los materiales de relleno de unos pozos[447] (Ramos Folqués, 1960: 41-53). Aunque aún es necesario analizar más contextos tanto de la propia Cartagena como de yacimientos cercanos para observar si las cronologías obtenidas giran en torno al mismo momento –para lo que además sería

[446] *Vid*. López Vilar, 2004: 242-245, con bibliografía.
[447] Cuatro concretamente, rellenos con materiales entre los que se incluyen piezas idénticas a las de la C/ Cuatro Santos nº 40 como Hayes 48 y 50 (y por tanto de la misma cronología) y monedas, siendo la más tardía del 254 d.C. (Ramos, 1960: Lám. IV).

recomendable disponer de hallazgos numismáticos que permitiesen ajustarlas al máximo– su aparición difícilmente puede ser casual. En cualquier caso no se trata de "buscar" el rastro de invasión alguna, sino de leer el registro arqueológico, quedando abierta nuestra hipótesis a cualquier modificación derivada de nuevos datos. A pesar de no contar con evidencias tan singulares como los cuerpos y armas mencionados en la Valencia destruida por Pompeyo, el rápido y violento proceso de formación de la estratigrafía y la amplitud de la zona afectada en la ciudad nos permiten, en un contexto de fuerte inestabilidad, plantear semejante hipótesis, que por cuestiones cronológicas queda vinculada a los francos.

Nuestra argumentación se apoya en otros casos en los que, sobre la base de un registro arqueológico de idénticas características, se ha planteado la identificación de niveles de destrucción. Si consideramos algunos ejemplos propios de la segunda mitad del s. III d.C., de nuevo *Valentia* vuelve a ser paradigmática. En esta ciudad, en torno al último tercio de la tercera centuria (270-280 d.C.) acontece lo que se ha definido sin ambages como episodio de "crisis urbana", un momento de ruptura marcado por diversos contextos con niveles de incendio y destrucción entre los que además se han encontrado algunos tesorillos (Pascual *et alii*, 1997: 179-184). Este fenómeno afecta especialmente a viviendas, abandonadas tras su colapso, y parcialmente al área del foro, que padeció los mismos efectos como se constata en el ángulo excavado de la posible basílica, también destruida (Ribera, 2000: 19-22, vid. esp. fig. p. 19). Entre la edilicia doméstica destaca el colapso violento de casas como la hallada bajo el edificio de las Cortes Valencianas o la de la calle Roc Chabàs (acaso un edificio público) donde apareció –esparcido sobre el pavimento de *opus signinum*, no como ocultación– un tesorillo de 89 antoninianos. Cronológicamente las monedas más recientes son de Claudio II por lo que la deposición se debió producir a partir de 270 y gracias al estudio de la epigrafía se ha propuesto un período más ajustado, entre 274 y 281 d.C., fecha a partir de la cual la ciudad parece haber perdido una cierta autonomía a favor de una mayor dependencia del gobierno provincial (Salavert y Ribera, 2005: 152). En los niveles de la plaza forense se documentó, junto a la curia y al *macellum*, una capa de incendio de 20 cm de potencia cuya datación viene marcada por una moneda de Galieno, entre 267-268 d.C. (Pascual *et alii.*, 1997: 183). Sin embargo, pasado este traumático episodio este espacio retomó su actividad, como muestra el mantenimiento de edificios tan significativos como la curia.

El debate sobre la identificación de ciertos niveles de destrucción ha sido planteado en la península itálica para diversas ciudades de la región de Emilia-Romagna[448] –*Claterna*, Forlimpopoli, *Sarsina*, Rávena y Rímini– que se ven afectadas en torno a un mismo momento de la segunda mitad del s. III d.C. por una serie de eventos destructivos. Ello se debe al debilitamiento de las fronteras, que dejó a esta zona más expuesta a las razias de los Alamanes y otros pueblos (Tocchetti, 1984: 36)[449]. Lo más interesante de este sugerente estudio es la atención que presta al proceso de formación de los yacimientos, pues si bien no desarrolla los contextos materiales, incluye secuencias estratigráficas en las que se aprecian los niveles de destrucción directamente sobre los de circulación (fig. 340e). En la gran mayoría de casos se trata de viviendas embellecidas con anterioridad, situadas junto a ejes principales que tienen en común una ruptura abrupta. Los incendios detectados pueden afectar en algunos casos a barrios enteros y quizás el aspecto más señalado es su posterior abandono, pues ni los edificios fueron reconstruidos ni se intentó recuperar de ellos los elementos de mayor valor (Ortalli, 1992: 594-595). Uno de los ejemplos más destacados es el de la antigua *Sarsina* (Ortalli, 2008: 77-81). En una *domus* de esta localidad excavada en via Finamore se constató el violento derrumbe del edificio tras un incendio (pinturas, vigas quemadas) directamente sobre el pavimento (Ortalli, 1997: 153-157). Se documentaron incluso los muebles de madera carbonizados *in situ*, así como la propia puerta e igualmente recipientes conservados en la despensa entre los que se incluían ollas de cocina que todavía contenían restos de vegetales carbonizados (fig. 340c). El caso de Rímini resulta verdaderamente paradigmático en cuanto a transformaciones urbanas de esta época (Ortalli, 2010: 142-146); allí, una vivienda situada en piazza Ferrari y llamada *domus* "del chirurgo" se desplomó también a raíz de un potente incendio, dejando sobre el pavimento restos del armazón de madera quemado y numerosos carbones (Ortalli, 2009). Las diferentes piezas del *instrumentum domesticum*, que aparecieron en su posición original –siempre fragmentados pero íntegramente reconstruibles– incluían numerosos morteros de mármol, pesos, balanzas y numerosos

[448] Siempre desde la prudencia y con argumentos sólidos: "Le risultanze dei vari scavi non possono certo indurre a facili generalizzazioni, nè permettono di individuare cause e meccanismi unitari nella genesi dei singoli fenomeni. Certo è comunque che la natura delle fonti archeologiche pare tale da escludere l'evenienza di casi totalmente isolati ed episodici, fisiologici, potremmo dire, per organismo urbani quelli del mondo antico: incendi che si potevano sviluppare dovunque e con una certa frequenza, ma che al tempo stesso erano seguiti da immediati interventi di ripristino e ricostruzione, senza che la città dovesse conservarne una indelebile traccia. Ben altre sono le impressioni che si ricavano dai contesti qui presi in esame" (Ortalli, 1992: 594). *Vid*. también Ortalli, 2003: 99-102.
[449] Citado a través de Gelichi, 2000: 18.

bisturís, escalpelos, sondas y pinzas que dan nombre a la casa, pues se vincula a alguien que ejercía la medicina (fig. 340a y 340b). Lo más interesante fue el hallazgo en el centro de la estancia de dos armas, una punta de lanza y un *pilum*, vinculadas a dotaciones de infantería romana, que parecen reforzar la idea de clima violento que acabó con la vivienda (fig. 340d). Por último cabe señalar el descubrimiento de un conjunto de monedas que se encontraban en una cajita de madera (para uso de los habitantes, no como tesorillo) que dan una datación entre 253-257/258 d.C. y que no fueron recuperadas tras el incendio (Ortalli, 1992: 586-589).

En cualquier caso, por insistir sobre la misma idea, esta vez en palabras del propio Ortalli (1992, 597): "Non si trata certo di una ripresa della vecchia tradizione "catastrofista", di una volontà di ricercare a tutti i costi eventi disastrosi, reali o immaginari che siano, da correlare a tutto campo al tramonto del mondo antico, leggendo questa fase storica solo in chiave negativa". En *Carthago Noua*, los niveles de destrucción se asocian a un evento traumático que por su extensión y relación con núcleos cercanos como Elche no parece casual ni fruto de un incendio fortuito. En la vecina Águilas se documenta el mismo fenómeno, con nítidos niveles de destrucción en la segunda mitad del s. III d.C. como los de la *domus* de la C/ Quintana nos 4-8 (fig. 341a y b), con aparición de TSA C y un sestercio de Julia Mamea (Hernández García, 2010a: 273, con bibliografía). De constatarse la hipótesis de una razzia cronológicamente podría corresponder a los francos, si bien ya se han indicado las limitaciones para datar que en ocasiones presenta la cerámica. Sea como fuere no se pretende imputar a esta posible invasión los factores desencadenantes de la "crisis" (Arce, 1988: 56-57) pues la ciudad, como se ha visto, se hallaba dentro de un marco de recesión ya desde finales del s. II d.C.[450]. Ejemplo de ello es el hecho de que no se reconstruya con inmediatez: los edificios se abandonan y son paulatinamente cubiertos, no encontrando nuevos niveles de ocupación hasta época tardía (en muchos casos en forma de vertederos). Si tenemos en cuenta las razias de los vándalos, que tras su incursión en las Baleares saquearon *Carthago Spartaria* a principios del s. V d.C. (Arce, 2000: 82), éstas no parecen afectar en exceso a la ciudad, muy activa económicamente como refleja su tejido urbano (Ramallo y Ruiz Valderas, 1998: 43-48), al contrario de cómo sucede en los s. II-III d.C.

[450] De hecho para poder hablar de crisis es necesario suponer un estado previo de bonanza que no se daba en Cartagena. Sobre este concepto *vid*. Arce, 1988: 53, nota 1.

Si volvemos a Valencia, se observa cómo la ciudad renace literalmente de sus cenizas a finales del s. III d.C. (Ribera, 2010b: 88), como dan fe tanto la epigrafía como las nuevas construcciones. En 275 el órgano de gobierno ciudadano le dedica una inscripción a Aureliano y en 281 un alto funcionario provincial repite el gesto hacia el emperador Probo. Se hace pues evidente el dinamismo de la colonia, si bien con la duda de si semejante reactivación fue promovida por la propia ciudad o bien consecuencia de una decisión estatal. La cuestión reviste una importancia capital en el caso de Cartagena, pues parece que debido a su agotamiento, sólo una intervención de Roma –también sumida en una fuerte inestabilidad política– permitiría revitalizarla. Quizás sea necesario contemplar una reestructuración del territorio en función de una serie de ciudades que se habrían erigido como nuevos núcleos de referencia (Brassous, 2012). En cualquier caso y a pesar de que –por ahora– apenas existen referencias materiales de la *Carthago Noua* del s. IV d.C., parece que a partir de ese momento empieza a recuperar un cierto protagonismo aunque bajo una nueva configuración mucho más reducida de 15 hectáreas (Ramallo, 2010). Si vuelve a remontar el vuelo es sin duda gracias a los efectos de la reorganización provincial de Diocleciano[451], pues no cabe olvidar que otras ciudades como Liria, Sagunto o *Lucentum*, por tomar casos del mismo *conuentus*, dejan de existir a partir de la segunda mitad del s. III d.C. (Ribera, 2010b: 88).

6.4.2.1.- La evidencia numismática: el depósito monetal de la C/ Caballero

Una mención especial merece, por la importancia que la historiografía le ha otorgado a las tesaurizaciones en relación con la "crisis" del s. III (Martínez Mira 2007,

[451] Se desconocen a ciencia cierta las causas por las que, en el marco de una realidad urbana degradada, la colonia fue elegida capital de la nueva *prouincia*. Sin duda, más allá de su peso histórico o su cercanía a otra provincia como la Bética (no cabe olvidar que la nueva división se realiza como un intento de controlar con mayor facilidad territorios antes muy extensos), por las características de su formidable puerto, que ofrecía un incomparable resguardo para cualquier tipo de flota, militar o comercial. Como demostró la construcción del Arsenal en el s. XVIII, el puerto fue siempre la razón de ser de la ciudad (Pérez-Crespo, 1992: 33-75). Si extrapolamos –siempre con la debida prudencia respecto al degradado horizonte del s. III d.C.– las consecuencias que para la ciudad tuvo en 1726 su elección como capital del Departamento Marítimo del Mediterráneo los cambios acontecidos dan una idea de las repercusiones que generó un apoyo importante del Estado, pues "llegó el caso de faltar todos los recursos para colocar tan crecido pueblo" . Entre esa fecha y finales del s. XVIII Cartagena pasó de tener unos 15.000 a unos 50.000 habitantes y se dotó con una serie de potentes estructuras urbanas. Puerto (1731-1751), Arsenal (1745-1782), murallas (1771-1782), parque de artillería (1777-1798), academia de guardias marinas (1789-1810), cuartel de presidiarios (1776-1785), cuartel de Antiguones (1783-1796), edificios administrativos, defensivos e incluso un Hospital de Marina (1752-1762) que dada su capacidad ha mantenido su primigenia función hasta finales del siglo pasado, 200 años después de su construcción (Torres Sánchez, 1998: 107-113, esp. Cuadro nº 22).

2004-2005, 2000-2001 y 1995-1997) y por ser el único de esta época documentado en la ciudad, un tesorillo procedente del Edificio A de la C/ Caballero. El hallazgo apareció bajo la caída del potente muro de sillares de arenisca que separaba esta construcción del contiguo *Augusteum*, dentro de una bolsa de cuero o tela por el modo en que fueron encontradas las piezas. Aunque en un principio cabría presuponer una ocultación intencionada, tras su estudio se tiene más bien a identificarlo con un "monedero" o bolsa de numerario circulante. La falta de una publicación detallada impide conocer por el momento la estratigrafía y descartar con seguridad que no se encontraba en el interior de la posible aula basilical, cuya paulatina colmatación indicaba ya una acusada falta de mantenimiento antes de su colapso (De Miquel y Subías, 1999: 49). El tesorillo está compuesto por 45 monedas de bronce, siendo las más recientes tres sestercios de Maximino que aportan una fecha *post quem* de 238 d.C. (Lechuga, 2002: 200-203). En cualquier caso la cronología debe ser tomada con precaución pues, entre las monedas no identificadas se incluía una que podría pertenecer a Volusiano (Lechuga, 2002: 200), hecho que desplazaría la fecha como poco a 251-253 d.C. Sea como fuere, aceptando la fecha propuesta oficialmente resulta difícil hacer conjeturas sobre los motivos de la ocultación debido a la ausencia de datos para este período.

De todos modos el uso de los tesorillos como indicadores de la crisis del s. III d.C. ha sido muy discutido pues otras causas de índole económica o en cualquier caso no violenta podrían estar detrás de los mismos (Arce, 1988: 63-65)[452]. Mientras que algunos autores consideran este enfoque obsoleto (Étienne *et alii*., 1993: 189 y 197), otros recuerdan que "la concentración de atesoramientos que se constata en Hispania entre finales de la década de los 50 y el 270, necesariamente tiene que ser consecuencia de un período de inestabilidad por el que atravesó el área mediterránea" (Gozalbes Fernández, 2005: 128). A diferencia de otros puntos del Levante en el territorio más meridional de la Citerior, concretamente el comprendido por la actual Región de Murcia, los hallazgos no son especialmente abundantes. Cabe destacar un conjunto de 9 monedas del que la más tardía es de Trajano Decio (249-251 d.C.) procedente de la villa de los Torrejones de Yecla (Amante y Lechuga, 1986; para otras ref. *vid*. Martínez Mira, 2007: 268; 2004-2005: 211, 1995-1997: 128, nº cat. 23). Igualmente en el área de Lorca se encontró, en el yacimiento del Cerro de la Encantada, un depósito de 205

[452] Incluso el análisis de algunos casos en los que se ha prestado especial atención a la composición de las monedas, como en el de dos depósitos lucenses, ha permitido replantear y descartar viejas cuestiones que vinculaban este tipo de hallazgos a la "crisis" provocada por otros factores como la introducción del antoniniano (Cavada, 1994: 46-53).

monedas con una datación *post quem* según una pieza del emperador Probo que oscila entre 279 y 282 d.C. en función de los autores (Martínez Mira, 2004-2005: 220 y 2000-2001, 305: nº cat. 110); y en el Aljibe de Poveda, en circunstancias desconocidas, un conjunto del que la moneda más reciente es de Gordiano III (Martínez Mira, 2000-2001, 300: nº cat. 95; Martínez Rodríguez: 116-222). Su relación con la inestabilidad conocida en el s. III d.C. requeriría de un análisis en profundidad –incluyendo secuencias estratigráficas y demás datos de corte arqueológico– que no desarrollaremos en esta sede. En lo que respecta al depósito monetal de la C/ Caballero, por el momento no hay argumentos suficientes (principalmente cronológicos) que permitan profundizar en las circunstancias de su deposición.

6.4.3.- Otros factores de inestabilidad: epidemias y catástrofes naturales

Tras haber recuperado argumentos como el del impacto de una posible razia de los francos, habrá quien vea en el título del apartado una definitiva vuelta a las hipótesis más "catastrofistas" con las que hacía décadas se interpretaba este período, especialmente el s. III d.C. Sin embargo, nada más lejos de la realidad, se trata de valorar dos factores de inestabilidad que por diversos motivos creemos tuvieron posibilidades reales de darse y contribuir al deterioro socioeconómico de la colonia.

6.4.3.1.- La peste antonina

Para el primer punto al que se hace alusión, una epidemia, sólo contamos con la referencia de las fuentes escritas, que recuerdan cómo en los s. II-III d.C., en época de los emperadores Marco Aurelio y Treboniano Galo concretamente (Brassous, 2010: 459) hubo dos importantes brotes de peste. Cronológicamente el primero, que duró aproximadamente entre 165 y 180 d.C., es el que reviste mayor interés, pues vendría a coincidir con el inicio de la recesión urbana de *Carthago Noua*. Se originó en Oriente y a tenor de lo que cuenta la Historia Augusta, se tradujo en una importante pérdida de vidas: "[…] surgió una epidemia tan grande que los cadáveres se transportaron en distintos vehículos y carruajes. Los Antoninos promulgaron entonces leyes severísimas respecto a la inhumación y a las sepulturas, pues prohibieron que nadie las construyera a su gusto, reglamentación que se observa todavía hoy. Por cierto, dicha epidemia acabó con muchos miles de personas, muchas de ellas de entre los primeros ciudadanos, y

Marco Antonino dispuso que se erigieran estatuas en honor de los más prestigiosos" (*SHA*, Vita Marc. 13, 13-6).

Los problemas que se plantean al respecto son muchos. En primer lugar la propia identificación de la enfermedad y su capacidad de transmisión y peligrosidad (Greenberg, 2003, Duncan-Jones, 1996), respecto a la que la investigación no acaba de encontrar una posición común (Bruun, 2003; Bagnall, 2002). Sobredimensionada para unos, infravalorada para otros, la cuestión, lejos de tener respuesta, cuenta con un inconveniente añadido: la imposibilidad de ser documentada –por el momento– arqueológicamente[453]. La enfermedad no sólo no deja huellas paleopatológicas, sino que además en situaciones de contagio lo normal era quemar los cuerpos de los fallecidos. Algunos autores han vinculado el descenso en el consumo de ciertas producciones cerámicas en yacimientos del Mediterráneo oriental con la peste antonina (Vaag, 2006)[454] y si bien el argumento es interesante, en nuestro caso y con el nivel actual de conocimiento, tal hipótesis es difícilmente contrastable[455]. Si además de estas consideraciones se tiene presente que los efectos de la epidemia parecen ceñirse a Oriente, ¿por qué plantear su extensión a la antigua Cartagena? Sin duda por su carácter portuario y la facilidad con la que un fenómeno de estas características podría haberse transmitido[456] (además, la paulatina degradación que experimenta la ciudad bien podría estar en relación con un descenso demográfico para el que, sin embargo, carecemos de datos).

La ausencia de referencias en las fuentes no ha de impedir contemplar la extensión periódica de enfermedades contagiosas; ante la falta de datos, un acercamiento a las crisis de mortalidad provocadas por este tipo de fenómenos infecciosos en época moderna –que además siempre entraron en la ciudad por su

[453] A pesar de las diversas propuesta de Duncan-Jones (1996: 120-134) que analizaba desde las fuentes literarias hasta diplomas militares, pasando por el hallazgo de diversos tesorillos o el cese de las canteras de Frigia, continúa resultando complicado establecer una relación directa con los efectos derivados de la plaga, como demuestran las diversas respuesta que suscitó el trabajo trabajo en el mismo *JRA* (Vaag, 2006: 241, nota 4).

[454] L. E. Vaag se analiza diversos casos de estudio, algunos especialmente significativos como el de Palaiapaphos (Chipre) o el de Anemurium (Asia Menor) (Vaag, 2006: 243, fig. 1a y 2a) para después llevar a cabo una comparación con los catastróficos efectos que para el comercio tuvo el foco de peste que en época de Justiniano se desató en Oriente (alcanzando su pico en el 542).

[455] La caída que se registra en *Carthago Noua* parece claramente vinculada, como sucede en otras ciudades hispanas, a un colapso del sistema económico, pero en cualquier caso sería necesario contar con el análisis de muchos más contextos (y además con secuencias tanto anteriores como posteriores cronológicamente) como para poder esbozar una lectura con garantías sobre esta cuestión.

[456] En época moderna y siempre a través de un contagio propagado por vía marítima, la ciudad vivió diversos episodios infecciosos cuyo origen radicaba en zonas tan dispares como el Norte de África, Marsella o la isla de Corfú.

puerto– puede ser un clarificador ejemplo. Guardando siempre la debida prudencia a la hora de establecer comparaciones entre momentos históricos distantes en el tiempo, lo cierto es que en las poblaciones preindustriales la capacidad de mitigar estas situaciones era muy limitada, siendo la huida una de las formas más comunes de escapar al contagio[457]. En el s. XVI la peste hace acto de presencia acarreando un puntual despoblamiento hasta en tres ocasiones –1507, 1523 y 1558– y aunque entre los efectos del último episodio se recoge la noticia de que fallecieron unos 800 vecinos (un 18% de la población) y casi 100 casas quedaron cerradas, la ciudad pareció recuperarse con prontitud (Torres Sánchez, 1998: 169). No será hasta casi un siglo más tarde (1648), periodo durante el que la ciudad continúa creciendo, que volverá a producirse un contagio importante a consecuencia de la peste, en este caso de devastadoras consecuencias. Para la misma se calcula una disminución del 60% en el número de habitantes de la ciudad entre quienes huyeron y quienes fallecieron, registrándose más de 14.000 enterramientos y diversas fosas comunes con miles de muertos en Antiguones y el barrio de Santa Lucía[458]. Sin embargo hay que tener presente que en época moderna ésta no era la única amenaza contagiosa: existe todo un rosario de enfermedades que en algunos casos como el paludismo o las tercianas, llegaron a alcanzar un protagonismo destacado, como se documenta también en 1637. Por supuesto diversos condicionantes podían acrecentar el riesgo de epidemia, como un déficit alimenticio provocado por malas cosechas o una escasa higiene pública derivada del hacinamiento urbano y la falta de servicios sanitarios (principalmente evacuación y abastecimiento de aguas). Al igual que cabría reseñar para época antigua, la importancia no reside tanto en la virulencia de la enfermedad en sí, como en el impacto real que por cuestiones varias pudo tener sobre los habitantes del núcleo urbano. La presencia junto a este último de las aguas estancadas del Almarjal hubo de ser un foco de contagio constante, registrándose siempre a finales del verano un incremento en el número de fallecidos; hablándose de "paludismo endémico" (Torres Sánchez, 1998: 179-181). En el año de 1707, por recoger un ejemplo concreto, se produce una crisis de mortandad debido a la escasez de

[457] Así lo recuerda un proverbio médico de la época "Huir luego, lexo y largo tiempo", recogido por R. Torres Sánchez (1998: 168). Para la dinámica demográfica en la ciudad son fundamentales las páginas que este autor dedica al tema en la misma publicación, de las que extraemos algunas de las principales ideas que a continuación se exponen (Torres Sánchez, 1998: 135-183), así como las recogidas en una pequeña monografía editada con anterioridad (Torres Sánchez, 1990).

[458] A pesar de la innegable constatación de estos hechos y su impacto, los datos de los informes de la época deben ser tomados con precaución, pues el número de muertos parece inusitadamente alto y se ha apuntado a un interés del concejo en elevarlo artificialmente de cara a beneficiarse con posterioridad de exenciones fiscales, como así ocurrió (Torres Sánchez, 1990: 74-91).

alimentos, pero también a la propagación de las tercianas a consecuencia de unas lluvias torrenciales que años antes habían anegado el barrio de San Roque, quedando estancadas en el pantanoso Almarjal (Torres Sánchez, 1990: 406). Por finalizar con los distintos episodios infecciosos que afectan a la ciudad en época moderna y sin ánimo de ser exhaustivos, el s. XVIII conocerá diversas crisis vinculadas al paludismo –y a problemas de subsistencia– en plazos relativamente cortos de tiempo[459]. Posteriormente, a partir de 1804, la llegada de una nueva epidemia procedente de América, la Fiebre Amarilla, causará de nuevo estragos en Cartagena, con escenas que recordaban a los episodios pestilentes del s. XVII: alto número de muertos, presidiarios cavando zanjas para enterrar al elevado número de fallecidos, pudientes abandonando la ciudad… etc. (Torres Sánchez, 1990: 144-147).

Con este rápido repaso de las epidemias que tuvieron lugar en la ciudad en época moderna tan sólo se pretende tomar en consideración los efectos que un episodio infeccioso como la peste antonina podría haber tenido en *Carthago Noua*. En ningún caso se trata de equiparar situaciones que por su contexto socioeconómico no son parangonables, sino de buscar puntos en común a los que no afecta la distancia cronológica.

Así, entre las cuestiones que trascienden la barrera temporal y que cabría tener en cuenta, destaca el papel del puerto en la difusión de contagios originados en otros territorios, algunos muy distantes y llegados siempre por vía marítima. Igualmente interesante es la consideración de las aguas paludosas del Almarjal como un foco infeccioso que habría podido dificultar la vida en la colonia, especialmente durante la temporada más calurosa. Por último, la influencia de la extensión de una enfermedad virulenta en el despoblamiento de parte de la ciudad –bien por su abandono para hacerle frente (aun en parte puntual), por la emigración hacia otros núcleos cercanos, o bien por un incremento de la mortalidad– nos parece un argumento lo suficientemente realista como para plantear dicha hipótesis. En cualquier caso, y puesto que repetidamente se ha hecho alusión a la diferencia entre las causas y las consecuencias de la recesión, conviene resaltar que difícilmente la peste antonina puede ser considerada el desencadenante de la misma[460]. No solamente por la dificultad para detectar sus efectos

[459] Con distinto grado de afectación según se haga referencia a la zona rural o el núcleo urbano, se irán agudizando hacia finales de siglo: 1729-1733, 1737-1738, 1744-1745, 1749-1750, 1761-1764, 1768, 1776, 1780-1781, 1794-1795, 1810-1812 (Torres Sánchez, 1998: 175-176).

[460] Algunos autores como Gilliam (1961: 248) se muestran directamente escépticos sobre el impacto real de la plaga en la demografía, asegurando que si fuentes contemporáneas como el médico Galeno hubiesen

arqueológicamente (lo que no es óbice para plantear su existencia), sino por el hecho de que, ante un mantenimiento de las condiciones socioeconómicas de la colonia, ésta habría debido reponerse con mayor o menor prontitud en lugar de continuar con un deterioro de su tejido urbano como sucede en el s. III d.C.[461] Catalizador de tal proceso, si acaso pudo acelerarlo, pero difícilmente se puede considerar el factor que lo desencadenó.

6.4.3.2.- ¿Un movimiento sísmico en el s. III d.C.?

Si bien para algunos niveles de destrucción de la segunda mitad del s. III d.C. se plantea un origen violento relacionado con posibles razias, también se ha sugerido que el desplome de ciertos edificios pudiera deberse a alguna catástrofe natural, concretamente un movimiento sísmico (Ramallo, 2007: 658). A falta de una revisión en profundidad de sus contextos, la hipótesis puede aplicarse a dos construcciones de especial entidad: la *porticus post scaenam* del teatro y el *Augusteum*. Sin duda el estudio de la estratigrafía situada bajo el derrumbe aportará una información fundamental relativa al estado de las piezas (saber si están fragmentadas pero completas o si por el contrario fueron desechadas), la presencia o ausencia de cenizas, la detección de síntomas de expolio previo… etc. En cualquier caso el punto común a ambos edificios es la caída de potentes muros de *opus quadratum* con una misma orientación, característica que como veremos permite al menos contemplar la hipótesis de que un sismo afectase a la ciudad a finales del Alto Imperio.

La actual Región de Murcia comprende diversas zonas de riesgo sísmico como la Falla de Alhama de Murcia, tal y como se constató en 2011 en su tramo Lorca-Totana con los dos movimientos telúricos que afectaron sobre todo a la ciudad lorquina el 11 de mayo de dicho año. A pesar de que las fuentes clásicas recogen numerosas referencias a terremotos (Liner, 1997) y en casos excepcionales se cuenta incluso con representaciones de sus efectos, como sucede con un bajorrelieve de Pompeya (Martín

---

vivido en época anterior probablemente la literatura recogería otras epidemias para el s. I y la primera mitad del s. II d.C. (cit. A través de Vaag, 2006: 241). Una aseveración que, a raíz de las numerosas manifestaciones de carácter infeccioso observadas para la Cartagena de época moderna, nos parece sin duda muy acertada.

[461] Para época moderna ya se ha visto cómo a pesar de las repetidas crisis de mortandad provocadas por diversos contagios, Cartagena experimentó un crecimiento constante. Solamente epidemias muy graves como la de 1648 provocaron hundimientos demográficos importantes, si bien cabe señalar que el intervencionismo estatal palió los efectos de semejantes situaciones con exenciones de impuestos y otras medidas (Torres Sánchez, 1998: 172-174, 1990: 91-104).

Escorza, 2005: 230-231), no existen noticias relativas al área de estudio. No será hasta el siglo de la Ilustración cuando se empiecen a registrar con mayor detalle este tipo de fenómenos. Algunas de las primeras informaciones que se conservan para nuestra zona remiten directamente a los efectos del terremoto lisboeta del 1 de noviembre de 1755 que, aunque levemente, se dejaron sentir en forma de iglesias cuyas campanas tañían solas, movimientos de tierras y aguas o resquebrajamiento de algunos edificios sin mayores consecuencias para la población (Rodríguez de la Torre, 1993: 80-92). En la actualidad este interés se ha hecho extensivo a los terremotos ocurridos en el pasado y a través de la arqueosismología está conociendo un auge muy importante en la última década[462]. La creación de mapas históricos de terremotos permite comprender, además de posibles cambios socio-económicos que tuvieron lugar en determinadas épocas –aspecto éste que más nos interesa–, el riesgo sísmico al que se halla sometido una zona. Esta joven disciplina combina para su análisis elementos de la geoarqueología (estratigrafías arqueológicas y datos geológicos y geomorfológicos) con otros derivados de la ingeniería geofísica, si bien metodológicamente se encuentra inmersa en un activo debate (Galadini *et alii*, 2006a).

La relación entre arqueología y sismología no es novedosa y en numerosos ocasiones se ha defendido la posibilidad de que fenómenos naturales de estas características hubiesen interrumpido la actividad de algunos yacimientos, como puede plantearse sin ambages en algunos casos excepcionales de la parte oriental del Imperio[463]. Un ejemplo paradigmático es el virulento terremoto que asoló la provincia de Cirenaica en el 365 d.C. reduciendo a escombros varias de sus ciudades (Bacchielli, 1995). La excavación de diversos edificios en muchas de ellas no solamente ha deparado el hallazgo de nítidas secuencias de derrumbe y cerámicas completas (o bien destruidas pero que se pueden reconstruir íntegramente); también de individuos que sucumbieron con la catástrofe y han aparecido sepultados bajo las construcciones desplomadas[464]. Es el caso de un cuerpo localizado en el teatro-santuario de Asclepios en *Balagrae* (fig. 342a) o de varios cadáveres aplastados bajo las columnas de la *stoa* Norte del Ágora de Cirene (fig. 342b). En cualquier caso, tan extraordinarias

[462] Tal y como prueba el incremento de publicaciones y la aparición de números monográficos en revistas especializadas como el *Journal of Seismology* (Galadini *et alii*, 2006b: 393-394).
[463] Al mismo tiempo se puede dar la circunstancia de que las fuentes recojan la existencia de sismos para los que la arqueología no tiene evidencias, como el acontecido en el Norte de Italia en 395 según se desprende de la lectura de las cartas de Ambrosio de Milán (Février, 1986: 740).
[464] Incluso la epigrafía funeraria deja constancia de la catástrofe, como recuerda una inscripción pintada en la que se explica que Demetria y su hijo Theodoulos murieron en un terremoto (Bacchielli, 1995: 979, fig. 4).

condiciones suelen ser más excepción que norma y en nuestro ámbito la identificación arqueológica de los efectos provocados por estos fenómenos continúa siendo compleja. En *Hispania*, con una cronología muy similar a la estudiada para *Carthago Noua*, resulta muy interesante el ejemplo de *Baelo Claudia* (Sillières, 1997: 106-113). En el desplome de su basílica, homogéneo (fig. 343), con columnas caídas de forma articulada y directamente sobre el pavimento (fig. 344), se ha visto la huella de un sismo, datado según la numismática en un momento posterior al reinado de Septimio Severo (Sillières, 1993: 148-149, fig.1). Cabe destacar el mantenimiento del edificio hasta el catastrófico evento, definiendo su colapso como un "vuelco violento" y un "derrumbe súbito" (Sillières, 1997: 113).

Sin embargo, manteniendo un prudente escepticismo, ¿cómo discernir si el colapso de un edificio se produce por un movimiento sísmico o bien debido a su falta de mantenimiento? En un reciente y brillante trabajo se ha planteado una clasificación de las diversas deformaciones[465] que pueden encontrarse en construcciones de época antigua a consecuencia de fenómenos telúricos (Rodríguez-Pascua *et alii*, 2011; aquí fig. 345). La cuestión, que esperamos poder tratar en profundidad en un futuro inmediato, se ha visto además completada por los datos que pudieron recogerse tras los terremotos que afectaron a la localidad de Lorca el 11 de mayo de 2011. La documentación compilada en las 96 horas siguientes al sismo ha aportado una información fundamental sobre sus efectos en la arquitectura de la ciudad (Rodríguez-Pascua *et alii*, e. p.). Los tipos de fracturas, las torsiones a las que fueron sometidos los edificios, los desplazamientos de ciertos elementos estructurales y el modo en que se produjeron los derrumbes constituye una información excepcional válida también para la lectura realizada desde el registro arqueológico. En este caso, de la *Carthago Noua* de finales del Alto Imperio, si bien hace años que este tipo de acercamientos se plantean en ciudades como Pompeya, donde se tiene documenta de manera fehaciente un terremoto histórico como el del año 62 (Nappo, 1995). Entre los daños arquitectónicos que se destacan figura la caída de muros y columnas (fig. 346) tal y como sucede en la *porticus post scaenam* del teatro y el *Augusteum*[466]. En este último el desplome de su pared meridional afectó al edificio adyacente, la posible basílica (*porticus duplex*), partiendo varias de sus columnas monolíticas de arenisca (fig. 350b y 350c). El capitel de una de

[465] EAE: Earthquake Archaeological Effects.
[466] En este caso ambas estructuras construidas mayoritariamente con arenisca, aunque cabrá especificar si diversos materiales reaccionan de igual forma ante un movimiento sísmico.

ellas se conserva fragmentado todavía in situ (fig. 348b). Uno de los aspectos más singulares del derrumbe es que se produce sobre unos niveles de abandono derivados de la acumulación de residuos (fig. 350a), al igual que ocurre en el teatro (fig. 349a y 349b). Eso ayuda a comprender por qué en el caso del Augusteum la columna no se halla completamente caída: la parte inferior estaba ya cubierta por desechos que impidieron su vuelco. Por ello la falta de mantenimiento ha sido vista tradicionalmente como uno de motivos que explican el colapso, aunque dos aspectos importantes vienen a matizar esta cuestión. El primero es la entidad de los propios edificios: frente a otras construcciones privadas donde prima el uso del adobe en este caso se trata de arquitectura pública que cuenta con potentes muros formados por bloques de arenisca según la técnica del *opus quadratum*. El segundo es la orientación de los desplomes, coincidente en ambos casos (fig. 347a y 347b). Como quedó de manifiesto en Lorca a raíz de los hechos del 11 de mayo de 2011, cuando se produce un terremoto la onda sísmica se desplaza barriendo el suelo en una dirección, lo que confiere una misma orientación a los diversos derrumbes (fig. 346). Que dos edificios sólidos[467] y distanciados entre sí se colapsen del mismo modo en torno a un mismo momento nos parece argumento suficiente, teniendo en cuenta además la sismicidad de la zona, como para aventurar la hipótesis de un posible movimiento sísmico[468]. El análisis de su estratigrafía, todavía pendiente, aportará datos fundamentales sobre el proceso de formación y permitirá además matizar la cronología. Esta se sitúa en cualquier caso a partir de mediados del s. III d.C. si tenemos en cuenta la presencia del tesorillo con fecha *post quem* de 238 d.C. en el *Augusteum*, aunque en el caso del teatro, donde los contextos continúan en estudio, aún no se conoce (si bien a priori no parece detectarse presencia de TSA C). Para finalizar, un último detalle. Una de las columnas fracturadas de la sede de los Augustales aparece desplazada respecto a su plinto (fig. 350c) y aunque a priori este hecho podría estar justificado por la caída del mencionado muro,

[467] Respecto a la solidez de las técnicas constructivas cabe destacar la resistencia de los muros del Edificio del Atrio del Molinete, todavía en pie a día de hoy con hasta más de 4 m. de alzado. Para los mismos se ha destacado el uso de una obra mixta en la que se incluían listones de madera que recuerdan al *opus craticium*, sin funcionalidad aparente más allá que la de asegurar la horizontalidad de los paramentos (Noguera et alii., 2009: 122-125, lám. 90). En Grecia se constata el uso de ténicas similares para el levantamiento de muros (posteriormente recubiertos con estuco) con un claro carácter antisísmico (Stiros, 1995: 727-729). ¿Cabe observar también en este caso dicha intencionalidad?

[468] Para la comprobación de hipótesis similares en la ciudad romana de Colonia para sismos de época romana y medieval sobre la base de la evidencia arqueológica, la lectura de paramentos y diversas técnicas de análisis entre las que se incluye el escáner en 3D *vid*. Hinzen *et alii*., 2012.

¿no cabría ver en él la consecuencia directa de un sismo como ocurre en la cercana Lorca otros elementos estructurales?

En definitiva sólo un análisis más profundo del tema podrá aportar algo de luz, dentro del cual la propia composición de la estratigrafía habrá de tener un papel fundamental. Cuestiones como si la aparición de cenizas pueden relacionarse con un terremoto –como recuerdan los diversos incendios surgidos en Lisboa a raíz del de 1755– o bien se vinculan a fenómenos de otra índole (posibles razias), como parece más probable, quedan pendientes de resolución. Respecto a este último factor la cuestión queda igualmente abierta, pues se hace muy difícil calcular su capacidad de destrucción. Como planteaba A. di Vita respecto al colapso de algunas ciudades tripolitanas de la segunda mitad del s. IV d.C., la amenaza de tribus pudo ser relevante, pero difícilmente se podía achacar a las mismas la "metódica destrucción" de muchos de sus edificios, en la que cabía ver una consecuencia del mencionado terremoto del 365 d.C. (Di Vita, 1995: 974). Otra de las cuestiones pendientes sería rastrear si hay constancia histórica de terremotos en torno al s. III d.C. que hubiesen podido afectar al área de *Carthago Noua*[469].

De haberse producido, el sismo pudo suponer el golpe de gracia para una ciudad en paulatina decadencia desde finales de la centuria anterior, tal y como evidenciaba la propia recesión física de sus estructuras hacia el frente marítimo. Aun sin el devastador efecto de los terremotos documentados en Oriente, sobre todo en lo que a número de fallecidos se refiere, no es difícil imaginar las consecuencias que podría haber tenido para la colonia. Tomando de nuevo como ejemplo el caso de la actual Lorca, el terremoto de 2011, de una magnitud de 5,2, se saldó con nueve víctimas mortales pero provocó el desplazamiento de 20.000 personas y ocasionó desperfectos en el 80% de los edificios de la ciudad (Rodríguez-Pascua et alii., e. p.). Una situación análoga en un caso previamente deteriorado y al que además se sumaba la inestabilidad política de Roma (con lo que ello podía implicar en el posible apoyo del Estado a la recuperación de la ciudad) ayudaría a comprender la ruina definitiva de muchos espacios que serán definitivamente cubiertos y olvidados. En cualquier caso cabe insistir en que no es posible ver en el sismo la causa de la decadencia urbana, ésta había comenzado ya a finales del s. II d.C., en un momento a partir del cual los expolios continuados, la

[469] Entre los pocos que se conocen para la época además del de *Baelo Claudia* cabe señalar uno acontecido en Cirenaica en torno a 262 d.C. (Bacchielli, 1995: 977 con bibliografía); para otro recientemente estudiado en la zona centro de la península itálica pero de mediados del s. II d.C. *vid*. Ceccaroni *et alii*., 2009.

reocupación de espacios y la aparición de basuras y escombros en el área urbana serán frecuentes. A diferencia de como puede suceder en otros lugares donde se levantan precarias viviendas entre los restos de las derrumbadas construcciones, en la Cartagena de mediados del s. III d.C. ¡éstas ya existían antes de cualquier catástrofe!

6.5.- Los enterramientos infantiles y el límite de la nueva ciudad

Entre las escasísimas evidencias que permiten perfilar la evolución de la ciudad a finales del s. III y durante el IV d.C. destacan, a excepción de algunos hallazgos numismáticos, diversas inhumaciones aisladas. La gran mayoría fueron realizadas en ánforas reutilizadas y corresponden a infantes (Peña, 2007a: 165-169), una práctica definida como *enchytrismos* sobre la que se ha trabajado en detalle especialmente en Francia, donde casos como el de Chartres resultan paradigmáticos por la atención prestada al modo en que fueron reutilizadas las piezas (Simon *et alii*., 2011). Se trata de enterramientos documentados sobre los restos de los edificios altoimperiales, casi todos públicos, y en un momento posterior a su definitivo colapso. Su datación se apoya en la secuencia estratigráfica y en la identificación de algunos contenedores en los que aparecieron los cuerpos, aunque no todos se encontraban en tan buenas condiciones como para llevarla a cabo o bien están pendientes de una publicación más exhaustiva. Su hallazgo plantea diversas cuestiones, la primera la de su propia consideración y vinculación con el espacio urbano. La ley romana impedía los enterramientos *intra moenia* si bien en diversos asentamientos tardorrepublicanos y altoimperiales, entre los que destaca la Colonia Lépida-Celsa, se han documentado los de individuos de tierna edad dentro de las viviendas o en sus cercanías (Mínguez, 1989-1990: 105-122, con bibliografía). El caso de Cartagena parece estar más relacionado con formas de inhumación propias del mundo tardío, como ocurre por ejemplo en *Astigi* (García-Dils, 2011: 61-62, fig. 15), que con una tradición que se remonta más allá de época ibérica. Su singularidad reside en que no comparten el espacio de los vivos, sino que se encuentran entre los restos de antiguas estructuras. Al contrario de como sucede en momentos más avanzados de la Antigüedad Tardía en la que se permite dar sepultura de forma excepcional a individuos agrupados dentro de las murallas (Beltrán de Heredia, 2008), aquí aparecen aislados y nunca vinculados a edificios de tipo religioso que puedan indicar elementos de cristianización en la topografía urbana. Su hallazgo podría estar marcando los límites de la nueva ciudad si es que se considera su deposición *extra*

moenia tal y como han apuntado diversos autores (Murcia, 2009d: 223; Ramallo y Vizcaíno, 2007: 512-516).

En cuanto a las características de las sepulturas, se trata de individuos muy pequeños que en ocasiones no alcanzaron el año de vida[470] como denota la fragilidad de sus huesos, el hecho de que no se hubiese producido la fusión epifisaria y que algunas partes no estuvieran todavía soldadas como sucede con la sutura metópica craneal. Contamos con numerosos paralelos que, sin ánimo de ser exhaustivos, se dan especialmente en ámbito costero: desde el área catalana (caso de *Barcino*, fig. 351a), pasando por el País Valenciano (por ejemplo, en la necrópolis de la villa de Baños de la Reina, en Ifach; Abascal *et alii*., 2007: 197-198, fig. 172) hasta la costa bética. En la zona más occidental de esta última destacan necrópolis como la de El Eucaliptal, en Huelva (Campos Carrasco *et alii*., 1994: 204-213) aunque por encima de todas, el excepcional caso de Chipiona, donde se documentó una necrópolis exclusivamente infantil en la que –salvo uno– todos los párvulos se hallaban enterrados en ánforas (Alcázar *et alii*., 1994). Fechada entre los siglos II-IV d.C., a lo inusual del hallazgo se unen unas peculiares condiciones de conservación, pues la zona fue cubierta rápidamente por arena de playa. Esto permitió realizar un minucioso análisis antropológico que desveló que la práctica totalidad de los individuos no había alcanzado los 4 meses de vida. En esta área sepulcral el grueso de los contenedores lo componen ánforas Almagro 51 y una Africana II C (fig. 351c), siendo las primeras una forma bastante común en otros yacimientos (Alcázar *et alii*., 1994: 42-43). En cuanto a las características de la deposición, los contenedores eran cortados normalmente por la boca aunque también por el fondo y en su interior se introducía el cuerpo del difunto, por lo general sin ningún tipo de ajuar. El corte se realizaba siempre de forma transversal, nunca longitudinal y en un momento posterior se volvía a recolocar la parte cortada (que no siempre se correspondía, empleando en ocasiones dos mismas mitades de ánfora). Tras esto eran enterradas, documentándose algunas veces el uso de piedras para calzarlas. En Cartagena algunos de los hallazgos conocidos hasta la fecha comparten las mismas características, a excepción de tres enterramientos de adultos efectuados en el teatro, uno de los cuales parecía una ocultación (Martín *et alii*., 1997: fig. 5; aquí fig. 353.3). Entre los infantiles sin ánfora se cuentan uno aparecido entre las suspensuras de

[470] Sobre la consideración de la mortalidad infantil en Roma y su evolución (en época de Cicerón por ejemplo la muerte de un niño de entre 1 y 3 años ni siquiera iba acompañada de luto) *vid*. González Villaescusa, 2001: 79-81, con bibliografía.

las termas de la calle Honda (Méndez, 1988: 59; aquí fig. 353.2) y otro procedente de la C/ Duque nos 8-10-12 (fig. 453.6). Respecto a los contenedores de los restantes, los más significativos son los de Morería (fig. 353.1), pues el del pórtico del *Augusteum* (fig. 353.5 y fig. 351b) y el de la C/ San Francisco n^{os} 16-22 (donde también se documentó uno en cista; Moro y Gómez Zamora, 2007: 102, aquí fig. 353.4), estaban muy deteriorados como para aportar información sobre su tipología. En la primera de las áreas mencionadas se localizaron 3 enterramientos (fig. 352a), uno en un posible ataúd como se desprende por la presencia de cuatro clavos (fig. 352b) encontrados y dos en ánfora (fig. 352d y 352e) (Egea *et alii*., 2006: 37-38). También cabe señalar una caja formada por *tegulae* con algún hueso y fragmentos cerámicos en su interior –destacando una tapadera Hayes 196– que pudo ser un cuarto enterramiento o bien estar relacionada con el ritual funerario de los tres restantes (fig. 352c). La cronología de una de las ánforas se sitúa entre finales del s. III y finales del IV, tal y como confirmaría la presencia de algunas monedas de esta última centuria.

Así pues, se ha interpretado su presencia como una materialización del repliegue físico de la colonia hacia el puerto, quedando concentrada entre los cerros del Molinete y la Concepción. La consideración de la parte más oriental de la colonia como arrabal de los nuevos límites urbanos parece quedar confirmada por la instalación, a partir del s. V, de una necrópolis de más de 200 individuos que se extiende sobre una zona entonces totalmente despoblada (Vizcaíno, 2009: 543-546). Sin embargo el trazado y situación de las defensas de la ciudad en torno a los s. II-III d.C. es una cuestión que todavía suscita numerosas dudas. Las de época anterior, más ricas en evidencias epigráficas que arqueológicas, han sido tratadas de manera extensa (Ramallo, 2003) a pesar de lo cual su funcionamiento a partir de la segunda centuria continúa siendo una incógnita. Aunque se ignora si se mantiene el perímetro original, que abarcaba toda la península de las cinco colinas, cada vez parece más evidente que se crea uno nuevo de dimensiones más reducidas. A favor de esta última hipótesis hay distintos argumentos, siendo uno de los principales el hecho de que los niveles de ocupación del siglo III d.C. sólo se hayan documentado en su parte más occidental (fig. 353). Igualmente significativo es que la ciudad, ni siquiera con el desarrollo que supuso la capitalidad dioclecianea consiga superar con posterioridad los límites trazados entre los mencionados cerros del Molinete y la Concepción. De hecho, el registro arqueológico no muestra por el momento evidencias acordes con tal nombramiento, vinculado a una voluntad real de restauración a través de la intermediación de los

gobernadores (Brassous, 2011a: 340)[471]. Ni siquiera se tiene constancia arqueológica del encintado bizantino, atestiguado por la célebre inscripción del patricio Comenciolo (Vizcaíno, 2009: 736-741), aunque se ha planteado que su recorrido hubiese mantenido el de época tardía, a su vez fosilizado por la muralla del s. XVI (Ramallo y Vizacaíno, 2007: 500, fig. 7). Las defensas de Felipe II cerraban la ciudad por su flanco Este uniendo los mencionados cerros del Molinete y la Concepción, ubicando su puerta en la actual plaza de San Ginés, en el eje del antiguo decumano (Gómez Vizcaíno, 2003). Al otro lado, en la parte más oriental de lo que había sido el perímetro urbano cuando conociera su máxima extensión, se había desarrollado con anterioridad la necrópolis tardía. En época moderna la zona, conocida como Hoya de Heredia, sería abandonada y convertida en vertedero. Su carácter de vaguada inundable y colector natural debido a lo bajo de su cota indica una posible fosilización de una antigua laguna interior (Berrocal, 2005a: 168), no siendo plenamente recuperada como área urbana hasta la expansión del s. XVIII.

6.6.- ¿Transformación, recesión, crisis? Viviendo entre ruinas

En la publicación, hace 20 años, del coloquio sobre *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (s. II y III d.C.)* que ha servido en gran parte como apoyo para los primeros pasos de nuestro trabajo, se recogía una contribución P. Sillières en la que se planteaba entre interrogantes si en *Hispania* se vivía entre ruinas en el s. II d.C. En realidad la pregunta hacía referencia al s. III d.C.[472] y hoy, con los datos obtenidos tras el análisis de los contextos de *Carthago Noua* podemos afirmar que, al menos en esta ciudad, así era. En este último punto planteamos algunas reflexiones sobre la transformación de la colonia teniendo en cuenta otros paralelos de la misma cronología, si bien por cuestión de espacio y tiempo no es posible llevar a cabo una revisión tan exhaustiva como la emprendida en algunas recientes publicaciones[473].

A la ardua historia del s. III d.C., incomprensible sin los cambios que empiezan a desarrollarse ya a mediados de la centuria precedente, se suma una compleja realidad

[471] *Vid*. el amplio número de páginas que en este mismo trabajo el autor dedica a los problemas relacionados con la ciudad y su aparente irrelevancia como capital en época tardía.
[472] Comunicación personal del autor, quien nos informó de que en realidad fue un deliz editorial que no pudo corregirse, siendo en realidad el título original: *Vivait-on dans des ruines au III^e siècle ap. J.-C.? Approche du paysage urbain de l'Hispanie après quelques grandes fouilles récentes*.
[473][473] *Vid*. las contribuciones contenidas en trabajos como los editados por, R. Schatzmann y S. Martin-Kilcher (2011), O. Hekster , G. de Kleijn y D. Slootjes (2007) o E. Fentress (2000).

arqueológica que, creemos, precisa de análisis detallados como el que se ha intentado plantear a lo largo de estas páginas. El avance de la investigación en otros períodos como la Tardoantigüedad o en cuestiones como la monumentalización augustea o el desarrollo municipal de época flavia no ha seguido en la península una evolución paralela para los últimos siglos del Alto Imperio. Las dificultades que se derivan de su estudio tienen que ver tanto con la interpretación de las evidencias arqueológicas como con la visión historiográfica. Frente al enfoque "catastrofista" de los años 70, la reinterpretación del Bajo Imperio como un período dinámico y activo –rebautizado para no generar traumas como Antigüedad Tardía– ha conseguido en ocasiones el efecto inverso: de la más absoluta de las crisis se ha pasado a la bondad de un período de "transformación", término que por ambiguo genera también controversia. Es cierto que hace décadas algunos trabajos planteaban, tras una lectura de las fuentes, la confirmación arqueológica de invasiones y razias. La crítica a este modo de proceder, que se habría perpetuado en la historiografía española[474], ha provocado sin embargo el fenómeno contrario: que a pesar de documentar niveles de destrucción o en los que se observa un marcado empobrecimiento, el historiador busque a toda costa signos de prosperidad (Le Bohec, 2010: 167).

En el caso de la *Carthago Noua* de los s. II-III d.C. nuestro estudio no partía con la premisa de "verificar" hipótesis alguna. Tan sólo se constataba la aparición de diversos abandonos a partir del s. II d.C. en una recesión que arrancaba, teóricamente, con el cese de la minería a finales del s. I d.C. La revisión de los materiales ha permitido descartar la primera mitad del s. II d.C. como un periodo de decadencia; lo es, al contrario, de especial actividad, si bien nunca llega a los niveles desarrollados entre los s. I a.C. y I d.C. En el caso de la segunda mitad del s. II y el s. III d.C., se han detectado numerosos abandonos y, a partir ya de la segunda mitad de la tercera centuria, niveles de destrucción. Hemos relacionado el primer tipo de niveles con una desaceleración económica que parece afectar a un gran número de ciudades hispanas y en el que vemos reflejado el colapso del sistema económico (Chic, 2005; García Vargas, 1998). Los segundos tienen que ver con un episodio violento y puntual, que diversos argumentos permiten vincular a una posible razia (que cronológicamente correspondería a los

[474] Kulikowsi, 2004: 50: "The old view has been perpetuated by many decades of archaeological research which explicitily linked material findings to a chronology drawn from the sparse narrative evidence, for instance the invasion of southern Spain by Moors during the reign of Marcus Aurelius".

francos), si bien también se detectan síntomas de lo que podría haber sido un posible movimiento sísmico.

No pretendemos volver sobre unas tesis apocalípticas, pero las evidencias arqueológicas son nítidas. Igualmente no se trata de justificar planteamientos adquiridos *a priori* sobre la base de unos niveles estratigráficos[475], sino de analizar y leer estos últimos. Para ello se ha prestado especial atención al proceso de formación del registro material, que a nivel interpretativo ha tenido un peso muy destacado. Una inscripción pública en el foro en la primera mitad del s. III d.C. como la de Julia Mamea puede ser considerada un síntoma del dinamismo de la colonia. En nuestro caso, sin embargo, tan sólo vemos en ella la confirmación de una continuidad institucional, pues en lo que se refiere a la ciudad, el deterioro del espacio urbano es creciente: canalizaciones, calzadas, edificios públicos y privados se ven parcialmente colapsados ya desde finales de la centuria anterior. Cabe poner el acento en la concepción de los cambios que se producen en este momento y en torno a ello y a la terminología se ha creado un importante debate (Witschel, 1999). ¿Estancamiento, crisis, recesión, transformación, mutación?[476]

En el caso de Cartagena desde un primer momento hemos definido todo el proceso observado desde finales del siglo II d.C. como una recesión, tanto porque el término atañe a una depresión económica como porque hace referencia a un retroceso que en este caso es también físico, como demuestra el repliegue urbano hacia el puerto. Hablar de crisis implica, en el sentido original de la palabra, una situación crítica en la que el enfermo sana o muere (Alföldy, 1998: 32) y dada la paulatina formación de los niveles de abandono a partir de gobierno de Marco Aurelio aproximadamente, su uso no es el más apropiado[477]. Sí creemos que se puede emplear para los eventos destructivos

[475] Kulikowski, 2005: 53: "Yet when sites are excavated, dated, and published according to a framework derived from the literary evidence, they can hardly help but confirm it. This has produced a circularity of argument that underpins most studies of late Roman Spain: much of the material evidence seems to confirm old historical interpretations precisely because it was excavated and published in the belief that those interpretations were correct. The trap is all too often invisible. One can only guard against it by reading full excavation reports, rather than summaries, abstracts, or popularizations. When one does so, the material record can provide not merely a supplement to traditional textual sources, but rather an independent alternative to them which can be studied on its own terms before being brought into dialogue with other sources".

[476] Se trata de una cuestión verdaderamente en boga que sin duda quedará en la historiografía futura como una de las tendencias más destacada de estos años. Como ejemplo de la diversidad de disciplinas y temáticas que se plantean los mismos interrogantes, *vid*. el ciclo de conferencias que tendrá lugar los días 9 y 10 de noviembre de 2012 en los Royal Museums of Art and History de Bélgica sobre la Isla de Pascua: *Easter Island. Collapse or Transformation? A State of the Art*.

[477] Además, como explica Arce (1988: 55): "Para llegar a definir una situación de crisis o coyuntura crítica hay que presuponer (o el hecho lo presupone en sí) que los momentos inmediatamente anteriores lo

que tienen lugar en la segunda mitad del s. III d.C. y que pueden ser definidos sin tapujos como crisis urbana al igual que ocurre en Valencia, donde también se detectan numerosos niveles de incendio (Ribera, 2000: 19, fig. s. n.). Superado este momento puntual la ciudad continúa su existencia, como certifica la concesión de la capitalidad de la nueva *prouincia Carthaginiensis* si bien apenas hay evidencias arqueológicas para este período. A partir de un momento avanzado del siglo IV d.C. y sobre todo ya desde el s. V d.C. se reactiva económicamente, como se puede ver en nuevas construcciones que reutilizan masivamente las estructuras altoimperiales. Es el caso del mercado tardorromano, construido sobre el teatro reaprovechando los materiales de su frente escénico, o de la calzada de la Plaza de los Tres Reyes, repavimentada con numerosos pedestales del área forense (fig. 327). Esta reorganización del espacio urbano bajo un nueva concepción que atañe a edificios públicos es claro reflejo de un momento de dinamismo urbano; dinamismo que no podemos defender entre los s. II-III d.C. por el simple hecho de que también se reutilicen elementos arquitectónicos. A ello nos referimos al hablar de la ambigüedad con la que pueden entenderse ciertos cambios de este período[478]. Sin duda habrá quien pueda ver en la compartimentación del edificio del Atrio del Molinete y su ocupación por diversas familias un reflejo del modo de vida de los nuevos tiempos, pero desde nuestra óptica entendemos que las condiciones para el desarrollo de la vida urbana empeoran considerablemente respecto a las de dos siglos atrás. Este es sin embargo un punto de difícil análisis, pues diversos autores han mostrado cómo la visión de la ciudad puede ser manipulada por las preconcepciones modernas (Laurence, 1997: 2). Un ejemplo singular es el de A. Scobie (1986)[479], quien utilizó índices sanitarios de ciudades inglesas del s. XIX para intentar recomponer las condiciones de salubridad en Roma. A pesar de que el análisis era riguroso, la imposibilidad de cotejar algunos parámetros como el tratamiento de los cadáveres y las basuras en la Antigüedad o lo que es lo mismo, la incapacidad de reconstruir su percepción ambiental respecto a la nuestra, daba como resultado un discurso desvirtuado por la visión de quien escribía. En el caso de *Carthago Noua* el empeoramiento que defendemos no viene definido tanto por la constricción del área

son de prosperidad, estabilidad y florecimiento, que se rompe precisamente con el advenimiento o momento coyuntural "crítico"".

[478] Liebeschuetz, 2001: 414: "Of course it is nature's way to use the material of dead organisms to fashion new life, and this can be observed in human history as much as in any other natural process. But the historians loses much if he insists on concentrating his attention exclusively on "recycling". The late Late Roman cities certainly were different. It is part of the function of the historian to assess the effects of the change".

[479] Citado a través de Laurence, 1997: 11-14.

urbana (aunque ésta se reduce en casi dos tercios respecto al s. I d.C.) como por la obliteración de calzadas y canalizaciones y la aparición de vertederos urbanos. Unos basureros que tienen poco que ver con los documentados en los s. V-VII d.C. En época tardía se observa una cierta atención en el tratamiento de los residuos, ya sea creando fosas que conllevan una voluntad implícita de ocultación o bien depositándolos en la parte supuestamente externa de la ciudad a modo de montículos (Vizcaíno, 1999: 89-91). A partir de época tardoantonina parecen formarse de manera espontánea, en espacios abiertos situados en pleno centro cuya característica común es que han sido abandonados, como pone de manifiesto la colmatación de las *domus* de la C/ Jara nº 12. En cualquier caso el análisis de las condiciones de vida deberá hacerse incidiendo sobre todo en la cultura material de este momento, estudiando la capacidad de consumo y producción, las vajillas utilizadas, el mantenimiento o no de ciertas prácticas de comensalidad… Un análisis en definitiva en el que los contextos materiales habrán de jugar un papel determinante (Bermejo y Quevedo, e. p.).

La dificultad principal para la comprensión de la ciudad en este período reside en la ausencia de un modelo central[480]. A ello cabe sumar el mencionado problema sobre nuestra concepción del espacio urbano y la de los propios romanos. ¿Qué es prioritario y qué no para el mantenimiento de la actividad cívica? Tras el terremoto del año 62 en Pompeya no se retiraron las ruinas del foro, el capitolio y la basílica, que los hacía inutilizables, sino que los esfuerzos se concentraron en restaurar las termas y el anfiteatro (Zanker, 1987, 41 y ss.)[481]. Probablemente este último edificio acogió las reuniones de la comunidad. En cualquier caso, se observa que la destrucción o la caída en desuso de un foro y una basílica no parecen tener consecuencias dramáticas para el funcionamiento del ente urbano. En *Carthago Noua* esta situación tiene su reflejo en el abandono de la curia (si aceptamos la interpretación del edificio como tal), acaecido bajo el reinado de Marco Aurelio y tras el que la ciudad continúa existiendo, por lo que la clase política hubo de adaptarse a nuevas formas de reunión o hacerlo en otros

[480] Como de forma clarividente ha recogido P. Gros para el caso de las ciudades itálicas: "La difficulté principale à laquelle se heurte l'historien pour suivre l'évolution des villes [d'Italie] au cours de la période impériale réside dans l'absence de modélisation. Si les "modèles" qui regissent l'ordonnance des agglomérations urbaines au tours des siècles antérieurs –ceux des colonies maritimes, de la "municipalisation" consécutive à la Guerre Sociale ou du premier urbanisme augustéen– sont, dans leurs grandes lignes, précisement définis et se laissent en général repérer sur le terrain, les normes observées au long du Haut-Empire, si tant est qu'elles aient jamais existé, nous échappent pour l'essentiel" (Gros, 2000: 211; el corchete es nuestro).

[481] Citado a través de Gros, 2000, 32.

espacios[482]. En este sentido un caso paradigmático en *Hispania* es el de Ampurias, que ya mostraba síntomas de deterioro a partir de época flavia (Nieto, 1981). En el siglo II d.C. éstos se harán patentes con el abandono de amplios sectores de la ciudad que afectan tanto a la red viaria como a las estructuras domésticas (casas n^{os} 1, 2 y 3) y públicas, especialmente el foro, que desde finales del s. I d.C. hasta el III d.C. "fue derrumbándose paulatinamente" (Mar y Ruiz de Arbulo, 1993: 416). Dentro de esta situación, que ha generado una abundante bibliografía[483], destaca el caso de las termas de la ínsula 30, que frente al deterioro de otros edificios fueron mantenidas hasta el s. III d.C. (Aquilué *et alii*, 2002: 258). De hecho las termas son un tipo de edificio que parece desarrollar un especial protagonismo en este momento. Resulta llamativo el caso de *Complutum* donde en el s. III d.C. –centuria de especial dinamismo para la ciudad como constatan diversas obras y el hallazgo de un *carmen epigraphicum*– la propia curia se instala en las termas tras una remodelación (Rascón y Sánchez Montes, 2012). Otros casos que también destacan por su interesante paralelismo son *Baetulo* y *Baelo Claudia*. En la primera se asiste a la inutilización de cloacas y redes de abastecimiento de agua a partir de la segunda mitad del s. I d.C., así como al progresivo colapso de *tabernae*, *domus* y termas asociadas a las mismas durante el s. II d.C. (Aquilué, 1987: 205). Sin embargo el aspecto más interesante reside en la observación de una aparente dicotomía, pues mientras se obliteran las aceras porticadas del cardo máximo, sobre el que producen vertidos y se amortiza la puerta principal de entrada a la ciudad en torno a mediados del s. III d.C., diversos pedestales están siendo dedicados a los emperadores de dicho momento por parte del gobierno municipal (Padrós y Sánchez, 2012). En el otro interesante caso de estudio, *Baelo Claudia*, el *macellum* comienza su progresivo abandono a finales del s. II d.C. (Sillières, 1993, 148), al igual que importantes zonas del barrio industrial, recientemente excavadas y con secuencias estratigráficas que documentan su colapso entre 175-200 d.C. (Bernal *et alii*, 2007, 421-422).

Si bien son muchos los casos de estudio sobre los que sería susceptible profundizar, limitaciones geográficas y temporales impiden tratarlas en esta sede[484]. En

[482] En cualquier caso a partir del s. II d.C. no vuelven a documentarse nuevas inscripciones en las que se mencione la actividad del senado municipal (Abascal y Ramallo, 1997), como por ejemplo ocurría en fecha anterior, siendo un buen ejemplo el fragmento epigráfico hallado en las termas que aún recoge la formula *loco dato decreto decurionum* que expresaba la autorización del gobierno local para la colocación de un monumento (vid. Abascal, 2009d, quien recoge diversos matices para la lectura).

[483] *Vid*. las p. 95-97 dedicadas recientemente por J. Tremoleda (2008) al abandono y decadencia del municipio entre los s. II y III d.C. en las que se recogen los principales trabajos.

[484] En reuniones científicas desarrolladas paralelamente al disfrute de la beca y surgidas a raíz de la misma se ha abordado el estado de las ciudades en esta época en las provincias occidentales del Imperio,

cualquier caso, la vinculación existente entre diversas ciudades de un territorio común hace que la comprensión de las transformaciones acontecidas en la *Carthago Noua* en los s. II-III d.C. pase por un acercamiento a la evolución de otros núcleos cercanos, aunque éstos no sean aquí analizados en detalle. El espacio que nos afecta es el de la parte más meridional de la Tarraconense, especialmente la fachada mediterránea, un arco que se extiende desde su flanco oriental, en torno a Águilas, hasta Valencia y Sagunto, quedando limitada por el interior hasta la zona de Los Llanos de Albacete. Esta división tiene que ver especialmente con la homogeneidad de los contextos estudiados, que parecen definir un espacio geográfico común (Orfila y Cau, 2004) en el que políticamente las Baleares (aquí excluidas) podrían tener cabida aunque a nivel de cultura material las diferencias sean mayores. Geográficamente el marco trazado guarda también unas características comunes relativas a su orografía, sus escasos ríos, su clima, la aridez de sus suelos y sus posibles usos agrícolas, las rutas de navegación desarrolladas a lo largo de su costa e incluso a los grupos humanos asentados previamente antes de la llegada de Roma (Jacob, 1997: 83-89). Precisamente la división provincial de Diocleciano parece reconocer la entidad de un espacio que se intuye a nivel de contextos cerámicos, desvinculando a *Valentia* de la *Tarraconensis* e incluyéndola en la *Carthaginiensis*.

Ya se ha comentado la situación de Valencia, que conoce una crisis urbana en la segunda mitad del s. III d.C. reflejada en el hallazgo de diversos niveles de destrucción, aunque por la numismática no se puedan asociar al momento de paso de los francos según las fechas determinadas por las fuentes. En esa centuria Liria también manifiesta signos de colapso generalizado como pone de manifiesto la inutilización del recinto funerario de la calle Sant Vicent y el abandono de las *domus* conocidas, destacando, hacia 260-270 d.C. el de la llamada "Casa del Tresor" (Escrivà *et alii*., 2001: 66-70). A pesar de todo en algunas zonas del espectacular santuario hallado en Partida de Mura (Escrivà y Vidal, 1995), concretamente en la fachada de uno de los conjuntos termales que se le vinculan, se detectan algunas reformas a finales del s. III d.C. o inicios del IV d.C. (Escrivà *et alii*., 2001: 80). Mientras tanto en *Saguntum* parecen apreciarse síntomas de renovación en el s. II d.C. (Aranegui, 1993), si bien la situación en el s. III

---

con especial atención a *Hispania*, contado con la participación de diversos investigadores que han presentado las novedades de los casos locales. El mejor ejemplo es el coloquio internacional *¿Crisis urbana a finales del Alto Imperio? La evolución de los espacios cívicos en el Occidente romano en tiempos de cambio (s. II-IV d.C.)* celebrado del 22 al 23 de marzo de 2012 en el Museo del Teatro Romano de Cartagena en colaboración con la Casa de Velázquez.

d.C. es más desconocida. Para otras como *Saitabi* los datos son aún demasiado exiguos como para plantear un estado de la cuestión (Jiménez Salvador, 2001: 87-88). Más al sur uno de los casos más interesantes por su paralelismo con *Carthago Noua* es *Lucentum*, donde el registro arqueológico muestra los mismos efectos y en las mismas fechas: tramos de alcantarillado colmatados que en ocasiones afectaban a edificios que dependían de su buen funcionamiento como las Termas de Popilio y equipamientos públicos como una puerta monumental acceso al foro que ya a finales del s. I – inicios del s. II d.C. es desmantelada (Olcina y Ramón, 2000: 414-415). Es precisamente en la plaza pública donde, a falta de restos especialmente monumentales, se han podido documentar de manera exhaustiva todas las secuencias de expolio y degradación de los mismos desde mediados del s. II d.C. hasta el s. III d.C. (Olcina *et alii*., 2007: 93-95). El mencionado desmonte de la estructura de la puerta, la caída y reaprovechamiento de un arco situado en el centro de la plaza, el robo de su enlosado, del forro de sillares del templo y hasta de las cimentaciones de las columnas del pórtico, hacen del área forense un caso paradigmático donde observar todos estos fenómenos que también acontecen en *Carthago Noua* por las mismas fechas. Además en un momento situado entre el 230-280 d.C. como pone de relieve el contexto en el que fue hallada recientemente una mano de bronce, se documenta también un nivel de destrucción generalizado que afecta a la ya deteriorada plaza pública (Guilabert *et alii*., 2007). Se han documentado las improntas carbonizadas de las puertas por las que se accedía a este espacio y el propio fragmento escultórico muestra signos de haber padecido un incendio (Roca y Santamarina, 2007: 106, lám. 6.9). Sin embargo cabe destacar que dentro del foro el espacio conformado por la cabecera del área sacra y una calle que discurría delante de la misma se mantienen cerrados al resto de la plaza mediante un muro realizado con materiales reutilizados. En su interior la homogeneidad y densidad de los niveles de ceniza ha hecho que recientemente se haya reinterpretado como un recinto para la estabulación de animales en el que periódicamente se procedería a quemas de forraje para la eliminación de parásitos (Guilabert *et alii*., 2012). En cualquier caso los niveles no se relacionan con una destrucción como la que se plantea para Cartagena, si bien en los próximos años es posible que quepa reflexionar sobre esta idea ahora que estamos de acuerdo en que las causas del declive urbano fueron de carácter económico, aunque un fenómeno como el de las razias bárbaras pudo suponer una estocada definitiva[485].

[485] Olcina y Pérez Jiménez, 2007: 31: "Así pues, en el siglo III d.C., *Lucentum* había dejado de ser una ciudad, desapareciendo como núcleo urbano activo y como centro económico, político y jurídico,

Mientras tanto, *Ilici* y el *Portus Ilicitanus* parecen disfrutar de una especial bonanza en los siglos que separan el Alto Imperio de la Antigüedad Tardía (Abascal, 2004: 92-94 y Sánchez *et alii*., 1986: 98-99 respectivamente). De hecho este último enclave funcionará hasta el s. V d.C. (Márquez y Molina, 2001: 97-98), momento a partir del cual *Carthago Noua* volvía a capitalizar una parte importante del tráfico comercial como muestra el aumento del número de pecios (fig. 330). No cabe olvidar la competencia entre ciudades y el desplazamiento de los intereses geopolíticos, que en muchos casos supuso el declive de unas frente a otras, como ya se observara para el caso catalán durante el s. I d.C.[486]. Hay núcleos que languidecieron rápidamente como Messas do Castelinho, en Portugal, que ha llegado a ser definida una "ciudad fallida", pues a pesar de haber desempeñado una cierta relevancia desde el s. V a.C. fue abandonada en el s. I d.C. tras quedar fuera de las nuevas rutas de interés (Fãbiao y Guerra, 2010: 484-486). Un caso similar cercano a nuestra zona de estudio es *Libisosa* (Fuentes Domínguez, 2006: 100-101), que tras la conquista y debido también a cambios en el territorio pronto perdió su valor estratégico, quedando situada en un área yerma e improductiva (Alföldy, 1998: 26). De hecho la explicación que se ha dado al declive del Tossal de Manises a lo largo del Alto Imperio es la pérdida de esa misma función estratégica que había desempeñado en época bárquida y sertoriana, a la que cabe sumar la pujanza de núcleos cercanos como *Dianium* y Villajoyosa al norte e *Ilici* y *Portus Ilicitanus* al sur, que habrían actuado a modo de "pinza" sobre el antiguo municipio (Olcina y Ramón, 2000: 417). No cabe descartar que la vitalidad de *Ilici* incidiera también en la maltrecha situación de *Carthago Noua*, acaparando parte del protagonismo que otrora disfrutara la antigua ciudad minera.

De cualquier modo, y como se viene insistiendo, es necesario un análisis detallado de cada centro de cara componer una imagen de conjunto, pues como se aprecia en trabajos que intentaron abordar el tema desde un punto de vista global como el de A. Cepas dedicado a *Crisis y continuidad en la Hispania del s. III d.C*. (1997), el

---

cristalizando así un largo proceso de declive iniciado mucho tiempo atrás. Hay que rechazar la idea, hasta hace unos años vigente, que explicaba la ausencia de materiales muebles del siglo III en adelante y en algunos niveles estratigráficos de incendio como la consecuencia de una destrucción súbita, estando implícitamente presente en esa explicación el asalto de algún pueblo foráneo siguiendo la idea derivada de anteriores excavaciones (Tarradell y Llobregat, 1966: 141-146). La razón de esta decadencia hay que buscarla en buena parte en el contexto regional, en particular por la potenciación de la cercana *Ilici* […]".

[486] Tras las profundas reformas administrativas y militares de finales de la República ciudades como *Tarraco* o *Barcino* iniciaron un rápido desarrollo económico, mientras que otras más antiguas como *Emporiae* o *Baetulo*, que ya no se insertaban dentro de los nuevos condicionamientos geopolíticos del sistema entraron en recesión (Aquilué, 1987: 207; 1984: 109).

significativo aumento de las excavaciones urbanas ha modificado en pocos años la percepción que de muchos de ellos se tenía[487]. Muchos de los cambios que acontecen en este momento tienen que ver con singularidades propias de cada centro urbano y en ocasiones es preciso leer su evolución en clave regional. Sin embargo en la búsqueda de unas "líneas generales" (Alföldy, 1998: 14) algunos autores como G. P. Brogiolo han planteado una serie de puntos comunes que parecen observarse en numerosas ciudades de la Antigüedad Tardía, especialmente sobre la base de casos sistemáticos de estudio como el realizado en el N de Italia por Ward-Perkins (1984). En muchos centros se produce una reducción del área ocupada en época precedente, un fenómeno que puede ir acompañado por la construcción de murallas o reparación de las antiguas. En ocasiones queda fuera del nuevo trazado el foro, centro ideológico de la ciudad clásica, que es abandonado al igual que ocurre con templos, edificios destinados a espectáculos u otros propios de la administración local. En las nuevas áreas urbanas, dentro de las murallas, pueden aparecer espacios "ruralizados" así como enterramientos, aislados o en grupo, que en fases más tardías suelen asociarse a iglesias. Por último, y como ya se ha señalado, se aprecia un cambio importante en las técnicas constructivas que implican la compartimentación de antiguos edificios y la reutilización de sus ruinas así como el empleo de nuevos materiales más simples como adobe o madera (Brogiolo, 1999a: 247-249). Se trata de una definición que precisa igualmente de matices pues, como recientemente se ha demostrado para el caso de las murallas tardías de *Hispania*, es un tópico historiográfico que éstas conllevasen la reducción del centro urbano: ciudades como Zaragoza, Barcelona, Mérida o Lisboa mantienen su extensión (Brassous, 2011b: 292-294), siendo Cartagena un caso más excepcional. De cualquier modo el aspecto más interesante respecto a estos cambios que se esgrimen para definir el paso de la ciudad clásica a la tardía es que muchos de ellos tienen lugar a partir del s. IV d.C., pero en *Carthago Noua* los mismos síntomas se manifiestan mucho antes.

[487] Para ello tan sólo cabe ver la evolución sobre el conocimiento de la trama urbana de Cartagena que recogía Cepas (1997: 141-142) y los datos que se manejaban menos de diez años después (Ramallo, 2006a). Dentro de esta dinámica un caso paradigmático es de nuevo *Lucentum*, pues aunque a día de hoy conocemos con mayor detalle las dificultades por las que pasa la ciudad a partir del s. II d.C., hace quince años se defendía su "continuismo" a pesar de las escasas evidencias. En palabras de Pérez Centeno (1998-1999: 216): "En contra de la historiografía tradicional que evidenciaba la crisis e incluso la ruina y destrucción de las ciudades del litoral levantino, a causa de las invasiones francas de mediados del siglo III d.C., nuestro trabajo muestra un continuismo con la etapa anterior, sin signos evidentes de destrucción alguna, por lo que debemos rechazar ésta como una de las causas de la "crisis del siglo III", e incluso ésta como tal, al menos para la zona que acabamos de ver". Cabría aquí matizar lo que se entiende por "continuismo" pues ello solamente evidencia que el espacio no ha sido abandonado completamente pero no explica las condiciones en que se encuentra y en nuestra opinión no puede ser interpretado per sé como muestra de dinamismo alguno.

Compartimentaciones de edificios como las que se dan en la Mérida del s. VI d.C. acontecen ya desde el siglo II d.C. en el edificio del Atrio del Molinete, configurando un patrón de habitación más cercano al modelo tardoantiguo que al clásico (Gurt y Sánchez Ramos: 2008, 188-190). En esta misma ciudad los vertidos se mantienen fuera del espacio urbano hasta finales del s. IV d.C. (Acero, 2011: 177), mientras que en nuestro caso ya se ha visto su proliferación en pleno centro.

Sea como fuere la mayor dificultad para la comprensión del fenómeno urbano en este período reside en distinguir si ciertas transformaciones fueron provocadas por un cambio de mentalidad o bien responden a una nueva situación derivada de otras circunstancias[488]. En el caso de *Carthago Noua* es evidente que la acentuada pauperización que sufre la colonia desde finales del s. II d.C. influye en el desmantelamiento y reocupación de ciertos espacios que acompaña al repliegue del área urbana. Sin embargo para otros lugares en los que se mantiene el ritmo de siglos precedentes se da igualmente una evolución que muestra cambios de actividad o nuevas formas de entender ciertos edificios, en especial los de carácter público (Diarte, 2009: 73 y ss.), sin que ello haya de ser visto como un síntoma de decadencia urbana[489]. La percepción que de ellos se tenía así como su inserción en el trazado urbano es uno de los puntos que más debate y problemas de interpretación generan. Cabe pues reflexionar sobre el mantenimiento de algunos –en ocasiones durante siglos– y los cambios que en ellos se produjeron hasta que entraron en desuso, apreciándose reestructuraciones para albergar actividades diversas a las originalmente concebidas[490].

[488] Transformaciones que, por otro lado, tampoco son exclusivas de este momento. Un caso singular como el del odeón de Cosa sobre el que ha reflexionado en profundidad P. Gros sirve de ejemplo a la hora de comprender la problemática de estos cambios. En la mencionada ciudad, que no contaba con ninguna de las estructuras que definían los nuevos lugares de consenso en las ciudades de principios del Imperio: teatro y templo de culto imperial, la basílica había dejado aparentemente de funcionar ya para los años 34-37 a.C. Sin embargo, en sus ruinas y en el marco de una plaza pública medio "ruralizada" se levanta un odeón un cuarto de siglo más tarde. ¿Cómo se explica la elección de dicho monumento –ya de por sí raro en la Italia de la época– que no se concibe más que como el complemento de un gran teatro a cielo abierto? Además no se erige en un barrio dedicado a espectáculos, que nunca existió en Cosa, sino en un foro que hacía tiempo había dejado de cumplir sus funciones y se encontraba abandonado. En su interpretación no cabe observar la degradación de un espacio civil y administrativo en un espacio lúdico, sino una nueva forma de vivir la ciudad (Gros, 2000: 214).

[489] Unos cambios que se harán definitivamente patentes algunos siglos más tarde, en la evolución de la ciudad hacia el Alto Medioevo (Brogiolo, 1999b: 100-101).

[490] Una situación que en nada sorprende si observamos los innumerables edificios históricos, especialmente de época moderna, que en nuestras ciudades han sido transformados para los más variados usos.

Así, si bien es cierto que uno de los aspectos que marcan el paso a la ciudad tardía es la desaparición de los edificios clásicos[491] y la mayoría de las veces esto no ocurrió de forma súbita, es obvio que construcciones erigidas en el s. I d.C. no siempre mantuvieron su funcionalidad primigenia. En cualquier caso en Cartagena las evoluciones que tienen lugar vienen marcadas por una desaceleración a todos los niveles, principalmente económica. En la repetida necesidad de distinguir entre causa y consecuencia no es posible entender la conversión de la curia en un vertedero como una "transformación" derivada del nuevo modo de vivir la ciudad. Es la consecuencia directa de la incapacidad del ordo municipal de mantener algunos de los principales edificios públicos y será a partir de hechos como éste que el espacio cívico pasará a ser comprendido y valorado de forma distinta. Núcleos urbanos con una mayor continuidad y riqueza epigráfica nos permiten comprender mejor cómo se produjeron estos cambios y entre ellos destaca sin lugar a dudas el caso de la capital, *Tarraco*, donde casi es posible palparlos. Cuando, entre 270 y 275 d.C. (tras el raid de los francos), el caballero M. Asidonius dedicó un pedestal a Aureliano y Ulpia Severina reutilizando por primera vez una inscripción situada en el foro y dedicada 200 años atrás, se dio el primer paso en lo que, en adelante, sería el mantenimiento de los espacios de representación bajo una nueva mentalidad (Ruiz de Arbulo, 1993: 111).

En cuanto a las causas de la recesión tampoco insistiremos más: son de naturaleza económica. Ésta surgirá al amparo de procesos históricos y cambios estructurales acontecidos durante el s. II d.C., desequilibrando la dinámica de numerosas ciudades y golpeando con especial virulencia a aquellas que, como *Carthago Noua*, eran más vulnerables por su dependencia de las inversiones externas. Por más que la terminología pueda sonar propia de nuestros días, "lo que falló fue el sistema financiero", en palabras de G. Chic [492]. En las deliciosas e imprescindibles páginas que en "El debilitamiento del sistema" dedican a la ciudad hispanorromana Abascal y Espinosa (1989: 227-230, de quienes tomamos las ideas que siguen) se plantea cómo la municipalización flavia conllevaba de manera intrínseca una serie de elementos

[491] Al generalizar nos referimos siempre al Occidente del Imperio, pues el Este presenta una evolución distinta, perdurando allí el modelo clásico hasta por lo menos el s. VII d.C. (Sears 2007: 23-29).
[492] Chic, 2005: 583: "No era posible aumentar la presión impositiva sobre una población que producía pocos excedentes, pese a los esfuerzos imperiales por cambiar –por necesidad- la mentalidad desde el ocio al negocio, y con una aristocracia que se había acostumbrado a sostener económicamente al Estado a cambio de privilegios fiscales que se traducían en inmunidades (como vemos claramente en el abastecimiento annonario). El equilibrio entre gastos e ingresos se rompió".

desestabilizadores que a la larga provocaron el colapso del la estructura cívica tal y como había sido concebida. Durante los dos primeros siglos del Imperio la moderada fiscalidad impuesta por Roma y el afán de las *elites* locales por ascender en la escala pública dotaron a los diversos núcleos urbanos de una serie de equipamientos propios de la *dignitas* de sus instituciones. Sin embargo este modelo evergético sustentado sobre las artistocracias locales, las senatoriales y ecuestres y el propio estado acabó siendo insostenible, pues si bien las monumentales realizaciones urbanísticas eran costeadas por particulares, su no menos monumental mantenimiento solía correr a cargo del erario local. Podemos definir la situación de muchas ciudades hispanorromanas como un intento de vivir por encima de sus posibilidades. En palabras de Abascal y Epinosa (1989: 228-229): "Había sido excesiva la velocidad del tren económico de los municipios y de las élites en la primera mitad del siglo II, al menos en relación a la capacidad generadora de excedentes sobre los que aquel debía mantenerse". Unas circunstancias a las que hubo que añadir los avatares históricos del momento, particularmente los casi 20 años de guerra de Marco Aurelio que dejaron exhaustas las arcas imperiales. Precisamente a partir de esta fecha se producirá un claro aumento de la presión fiscal y surgirán los primeros *curatores*, administradores imperiales enviados a las ciudades para, entre otras funciones, fiscalizar y racionalizar el gasto local. A su vez desaparece gradualmente el fenómeno evergético, convertido en algo especialmente gravoso para las clases pudientes que observan cómo el desempeño de cargos públicos también se fiscaliza, pasando a ser de carácter obligatorio (Chic, 2005: 578). Un reflejo de esta situación se encuentra en las medidas propuestas por Dión Cassio hacia el año 222, de las que se ignora si fueron llevadas a cabo pero que son definidas como "todo un recetario de austeridad en la economía de las ciudades para tiempos de crisis"[493]. Por tanto, las transformaciones analizadas a nivel arqueológico para los s. II-III d.C. encuentran su origen en esta serie de cambios de los que surgirán otras ciudades bajo una nueva concepción. "Decididamente, concluyó para éstas la antigua alegría inversora, las dispendiosas construcciones, el irracional boato en festivales. En adelante fue imposible mantener la función para la que habían sido levantados tantos

[493] Entre las propuestas de Dión Casio (Abascal y Espinosa, 1989: 230): "[…] que se impida a las ciudades la competencia de prestigio por sus construcciones o espectáculos públicos, que no provoquen por ello la ruina de sus cajas ni recurran a la extorsión sobre los privados y sobre los forasteros, que no se mantenga de por vida a cualquier vencedor del circo o del arte gladiatorio, que las carreras de carros sólo se autoricen en Roma para que el ejército disponga de los mejores caballos, que no se envíen legaciones a Roma en agasajo del emperador, a no ser por estrictos motivos judiciales, y así las ciudades y el fisco se ahorren tantas y tan costosas cargas".

monumentos, particularmente los dedicados a juegos y espectáculos. Muchos de los teatros, circos y anfiteatros se abandonaron ahora; se convirtieron en talleres, viviendas, necrópolis o simplemente en gigantescas canteras de piedra"[494].

La sensación que transmite el registro arqueológico de la *Carthago Noua* de época tardoantonina y severiana es el de una ciudad agotada, abocada a una lenta desaparición como la de Ampurias o *Lucentum*. Tras alcanzar su *floruit* en época republicana, cuando actuó como puerta de entrada de Roma en la península, con el cese de las extracciones mineras y unos suelos yermos (no por su calidad, óptima, sino por la aridez del clima) la colonia inicia un paulatino declive. Una recesión en la que probablemente la competencia de un núcleo cercano de especial vitalidad como *Ilici* también pudo incidir. Esta dinámica sólo se verá truncada por su nombramiento como capital de la nueva *prouincia* formada por Diocleciano a finales del s. III d.C. (en el que las condiciones de su puerto y situación geográfica hubieron de jugar un papel determinante). Ni siquiera se aprecian cambios en ese "gozne" que también para el aspecto productivo supuso el tránsito de los s. II-III d.C. (García Vargas, 1998: 247), aunque al desconocimiento de envases propios se suma la difícil identificación en el registro arqueológico de actividades como el comercio del esparto que tanto renombre dio a la ciudad en época tardía. Creemos pues, haciendo nuestras las palabras de G. Alföldy, que no es posible hablar de crisis sino de "un empeoramiento lento y paulatino de las condiciones generales, con dificultades económicas, con problemas sociales, con restricciones de la cultura política y con un desfallecimiento de las facultades intelectuales" (Alföldy, 1998: 32). Tan sólo podría hablarse de "crisis urbana" en el caso del violento episodio que se produce en la segunda mitad del s. III d.C. si bien la realidad arqueológica de la colonia en las décadas posteriores escapa por completo a nuestro conocimiento. Para explicar estas destrucciones se han planteado diversas hipótesis, destacando la del raid de los francos, si bien tampoco cabe descartar un posible movimiento sísmico. No pretendemos retomar antiguas teorías catastrofistas sino interpretar lo que deparan las evidencias arqueológicas; evidencias en las que

[494] Abascal y Espinosa (1989: 230). Aun a riesgo de abusar de las paradigmáticas palabras de estos autores, completamos la cita [misma ref.]: "Como resultado del intervencionismo estatal debió descender notablemente el beneficio que las élites locales obtenían del desempeño de magistraturas y comenzaron a ser remisas a aceptarlas. Por otro lado, al intentar el fisco resolver sus problemas fabricando más moneda con igual masa metálica, se provocó la subida de los precios y la ruina de las capas medias y bajas de las provincias. El complejo entramado de fundaciones benéficas del siglo II, amortiguador de miseria para los humildes, se vino abajo junto con el valor de sus capitales fundacionales".

apoyamos nuestro discurso al margen de las tendencias historiográficas. En cualquier caso, llegados a este punto del trabajo entendemos que la mención de un fenómeno como el raid de los francos no debería suscitar ningún recelo. En ningún momento se ha achacado a los bárbaros el fin de la ciudad clásica ni se ha hablado de crisis generalizada durante la tercera centuria. En el caso de Cartagena se ha puesto de manifiesto cómo el problema surgió mucho antes. La ciudad comenzó a languidecer a partir de mediados del s. II d.C. y es en esas condiciones de debilidad que un siglo más tarde un evento violento –razia, terremoto, ambos u otros– le dio su golpe de gracia. Mientras que ciudades que sufrieron destrucciones en el mismo momento como *Tarraco* y *Valentia* comenzaron a los pocos años trabajos de restauración y construcción –bajo una nueva concepción, cierto–, *Carthago Noua* fue incapaz de levantarse por sí misma. No encontramos en la colonia los pedestales dedicados por los gobernadores y otros personajes de su *officium* a la restauración de monumentos que sí aparecen en los mencionados centros a finales del s. III d.C. (Ruiz de Arbulo, 1993: 112, en el caso de Tarragona y Ribera, 2000: 21, en el de Valencia). Empobrecida y muy alejada del papel político que había llegado a desempeñar, se replegó entre las ruinas de su pasado esplendor carente de cualquier dinamismo urbano. Si en esa situación de debilidad se produjeron además eventos de carácter violento, éstos no hicieron más que acelerar el colapso de la ciudad, pues hacía tiempo que estaba tocada de muerte.

Es cierto, haciendo balance de la situación, que parece que no hayamos avanzado, y es muy probable que no hayamos avanzado. Incluso es posible que hayamos retrocedido, cosas ambas difíciles de determinar cuando no se conoce el punto de partida ni el objetivo último de nuestro caminar. Pero también puede darse lo contrario, es decir, que hayamos avanzado sin darnos cuenta. Bien es verdad que avanzar sin enterarse de que se avanza es lo mismo que no avanzar, al menos para el que avanza o pretende avanzar. Visto desde fuera es distinto. Aún así, yo abrigo la esperanza de que este avance, real o imaginario, dentro de poco nos conducirá a la solución definitiva o, cuando menos, al principio de otro avance.

Eduardo Mendoza.
El enredo de la bolsa y la vida (Barcelona, 2012).

CONCLUSIÓN Y PERSPECTIVAS DE INVESTIGACIÓN

El estudio de la ciudad romana en la península Ibérica entre el Alto Imperio y la Antigüedad Tardía resulta un tema de difícil comprensión ya que su evolución varía enormemente en función de los distintos casos. Mientras que regiones como el NO hispano experimentan un especial dinamismo urbano, otras como la fachada meridional de la Tarraconense, donde Roma había llegado 200 años antes, muestran un desarrollo desigual. En esta última, bajo una generalizada ralentización, el mantenimiento de algunos núcleos (*Ilici*, *Valentia*) viene a contrastar con la desaparición de otros (*Lucentum*, Liria). En tal coyuntura la falta de datos sobre la situación de *Carthag Noua*, definida por una larga e imprecisa recesión desde finales de época flavia, suponía un importante vacío para la investigación. No solamente porque se desconocían las causas que habían llevado a una de las ciudades republicanas más destacadas de la península a la pérdida de su preeminencia política; también porque se ignoraban las condiciones en las que a partir de la reforma de Diocleciano ésta había de asumir la capitalidad de la *prouincia Carthaginiensis*. Era por tanto necesario emprender un estudio sobre la realidad urbana de la colonia y las transformaciones que en ella acontecieron en un período de tránsito como el de los s. II y III d.C.

La limitación del análisis a una sola ciudad, enfoque que *a priori* podría parecer demasiado local, responde principalmente a una cuestión: la disponibilidad de las fuentes existentes. Éstas son arqueológicas en su práctica totalidad, pues a partir del s. I d.C. las referencias literarias desaparecen y el hábito epigráfico experimenta una considerable disminución. A su vez el registro arqueológico presenta una serie de problemas ya que no se conocen construcciones de nueva planta para este período, sino la reocupación y el colapso de muchas de las levantadas entre finales del s. I a.C. y principios del s. I d.C. Las excavaciones emprendidas desde finales de los años 70 del siglo XX venían poniendo de relieve el deterioro y posterior derrumbe de numerosos espacios públicos y privados altoimperiales. Así pues, la principal fuente de información para la ciudad entre época antonina y dioclecianea eran los contextos arqueológicos y dentro de los mismos el material cerámico. La larga trayectoria de la investigación en este campo –la ceramología, a la que cabe reconocer un protagonismo cada vez mayor como rama especializada dentro de los estudios arqueológicos– implicaba un análisis exhaustivo que también tuviera en cuenta una revisión de las estratigrafías. Aunque del mismo se pueden extraer diversas lecturas (económicas,

sociales) uno de los principales aspectos que cabía tratar era el cronológico. El problema de las dataciones no afecta solamente a la *Carthago Noua* de los s. II-III d.C., es común a otros núcleos urbanos de *Hispania* tanto de este momento como, sobre todo, de siglos posteriores. La cuestión es básica, pues la falta de cronologías favorece el desarrollo de generalizaciones históricas carentes en ocasiones de una base suficiente. En otros casos, el apoyo exclusivo en las referencias epigráficas o literarias obvia por completo la realidad arqueológica. Si además la utilización de estas fuentes no se somete a crítica se puede deformar completamente el discurso histórico, viendo por ejemplo signos de vitalidad en la mera continuidad del hábito epigráfico. A consecuencia de esta situación resulta especialmente complejo llevar a cabo trabajos de síntesis sobre el estado de las ciudades hispanas, pues los datos conocidos para cada centro son desiguales y en ocasiones demasiado imprecisos.

En el caso de Cartagena perfilar la secuencia cronológica de los contextos era prioritario para poder evaluar las transformaciones que acontecían a finales del Alto Imperio. Tradicionalmente se hablaba de un declive generalizado desde finales del s. I d.C. a consecuencia del cese de las explotaciones mineras, una paulatina ralentización que se prolongaría durante las dos siguientes centurias dando lugar a los llamados "niveles de abandono de los s. II y III d.C.". Sin embargo una etiqueta cronológica tan extensa (¡200 años!) impedía realizar cualquier precisión sobre el estado de la colonia. Fenómenos como las posibles razias de los *mauri* o los efectos de la "crisis" del s. III d.C. se relacionaban con este período, en ocasiones de forma un tanto abstracta, sin partir de una evidencia fehaciente sobre el terreno y sin distinguir si los mismos eran causa o consecuencia de la recesión urbana.

Por ello, con el fin de trazar una imagen de conjunto sobre el estado de la ciudad, nuestro trabajo ha consistido en la revisión sistemática de diversas intervenciones arqueológicas en las que se detectaron niveles de esta cronología. La selección se realizó teniendo en cuenta la disponibilidad de acceso a los materiales y sobre todo que estuvieran representados tanto espacios públicos (caso de la curia, el decumano de la C/ Roque o el cardo de la *domus* de la Fortuna) como edificios privados (como esta última vivienda, la de la C/ Cuatro Santos nº 40 y las de la C/ Jara nº 12). Al mismo tiempo se incluyó en el análisis un sector de la cercana *uilla* de Portmán que permitiese comprender cuál era la situación en el ámbito rural. Las seis actuaciones analizadas, algunas con distintas fases a lo largo de varios años, tuvieron lugar en un período que comprende desde 1970 hasta 2008. Ello implica metodologías de trabajo

muy distintas, especialmente en lo referente a la ordenación de los materiales, pues no en todos los casos se aplicaban criterios estratigráficos y muchos datos se hallaban dispersos. Debido a estas circunstancias toda la información ha sido reelaborada, en especial las secuencias de deposición cuando ha sido posible. Igualmente ha sido necesario rehacer los inventarios, pues el conocimiento sobre las distintas producciones cerámicas avanza con mucha velocidad y en el caso de excavaciones que tenían más de 20 años las definiciones originales habían quedado en gran parte obsoletas. Se ha dedicado una especial atención a la documentación gráfica, pues entendemos que a pesar de los cambios que vendrán en el futuro (no es inusual que nuevos estudios modifiquen la procedencia de algunas producciones cerámicas e incluso su cronología) los datos han de constituir una base sólida sobre la que poder trabajar, reelaborándola cuantas veces sea necesario. Igualmente se ha insistido en rehacer las antiguas secciones estratigráficas o plantear matrices esquemáticas para facilitar la comprensión sobre el proceso de colapso de los distintos edificios.

El interés dedicado al apartado metodológico también se extiende al análisis de los contextos. Frente a la forma de trabajar de hace unas décadas en la que aún primaba el estudio de materiales de forma aislada como las sigillatas o las ánforas, se ha optado por un tratamiento conjunto de todas las clases cerámicas. Igualmente a la hora de asignar cronologías la arqueología de Cartagena (si bien por norma general se podría incluso hacer extensivo a la arqueología española dedicada a la Roma Clásica) sigue dependiendo en exceso de ciertas producciones finas, pero cabe tener presente que algunas piezas pueden perdurar hasta fecha avanzada. En *Carthago Noua* se aprecia con claridad en el caso de formas de engobe rojo pompeyano o *terra sigillata* gálica propias del s. I d.C. que aparecen a finales del s. II d.C.; residuales, pero a veces completas y en óptimo estado. Igualmente el uso de dataciones "casi monolíticas" como propone el DICOCER puede resultar peligroso. Éstas han de ser orientativas pero en cualquier caso se ha de analizar el contexto de forma integral. Por más que se pretenda ajustar la horquilla cronológica es muy difícil alcanzar una datación inferior a 50 años, tal y como pusieron en valor los pioneros trabajos sobre la cerámica tardía del grupo CATHMA, contando en casos más excepcionales con paquetes estratigráficos que pueden ceñirse a un cuarto de siglo. Ante la ausencia de estudios de detalle realizados previamente para las cerámicas de esta cronología en Cartagena y teniendo en cuenta el análisis global de los contextos, ha sido necesario distinguir y clasificar nuevas producciones como cerámicas comunes y lucernas locales para las que no existía ninguna tipología.

Igualmente se ha llevado a cabo una reflexión sobre los procesos de formación del registro arqueológico, distinguiendo entre abandonos y destrucciones. Hasta ahora todos eran considerados un fenómeno uniforme en la arqueología de la ciudad, con los inconvenientes que ello comportaba de cara a su vinculación con eventuales hechos históricos. En cuanto a la fase interpretativa, se ha llevado a cabo siempre tras el análisis de los contextos y sin partir en ningún caso de concepciones previas; especialmente en lo que respecta a los numerosos hechos catastróficos que pueden atribuirse al siglo III d.C. Sin embargo tampoco se ha descartado ninguna posibilidad si ésta nos parecía verosímil por más que pueda parecer contraria a las actuales tendencias historiográficas, caso de la acción destructiva de grupos bárbaros como los francos.

Asimismo, aunque el peso del trabajo ha recaído sobre las producciones cerámicas, antes de proceder al análisis de los contextos se ha llevado a cabo una revisión de la realidad urbana de la colonia a finales del s. I d.C. para constatar si el aparente deterioro comenzaba en dicho momento como tradicionalmente se defendía. Para ello se ha estudiado tanto la epigrafía como los programas arquitectónicos y decorativos, en especial pintura mural, mosaico y escultura El análisis de las escasas –pero ricas– inscripciones existentes revelan un descenso del hábito epigráfico pero un mantenimiento de los homenajes públicos al menos durante la primera mitad del s. II d.C. Igualmente se constatan obras de reforma en diversos edificios públicos y privados, en muchos casos en forma nuevos programas pictóricos y musivarios. Estos últimos, revisados con más detalle en función de los últimos hallazgos, cuentan con modelos que se pueden datar en época trajano-adrianea e incluso fecha más reciente. Igualmente un retrato muy erosionado conservado en el Museo del Teatro Romano ha podido identificarse casi con seguridad con Antonino Pío, al que el *conuentus* también dedica un pedestal. En definitiva, una serie de elementos que certifican la vitalidad urbana hasta por lo menos el gobierno de Marco Aurelio y han permitido disociar la primera mitad del s. II d.C. del fenómeno de los abandonos generalizados.

En cuanto a los contextos cerámicos, su estudio ha supuesto diversas novedades.

En primer lugar ha permitido identificar numerosas producciones que hasta la fecha se consideraban locales. Es el caso de las cerámicas comunes y de cocina itálicas, africanas y orientales, éstas últimas del área del Egeo y la zona del Levante Mediterráneo. Asimismo se han registrado en la ciudad nuevos tipos de ánforas orientales y alguna pieza de vajilla fina, productos que, como los anteriores, llegan en pequeñas proporciones pero permiten matizar la cronología de los contextos. Se trata de

materiales que, a pesar de haber sido bien estudiados en contextos como los del S de Francia u *Ostia Antica*, son en gran parte desconocidos para la arqueología hispana. A excepción de algunos trabajos del área catalana en el SE no se identificaban ni se conocía la bibliografía relativa a los mismos. Así, antes de empezar el trabajo, piezas tan dispares como una olla egea G 194, una jarrita africana Bonifay 50, una tapadera itálica Bats 3 o un ánfora Agora F65/66 de Éfeso eran clasificadas en los inventarios como cerámica de producción local. Uno de los avances más significativos ha sido el relativo a las cerámicas comunes, hasta ahora agrupadas de forma genérica en reductoras y oxidantes, sin mayores precisiones en cuanto a sus tipos, procedencia, cronología o funcionalidad. Retomando su clasificación según el trabajo de Reynolds como Early Roman Ware 1 y 3, se han reordenado, completando el repertorio con nuevos perfiles y formas, planteando algunos usos y aportando secuencias estratigráficas con las que poder fecharlas. Además, se ha identificado un tipo de vaso de paredes finas especialmente abundante en los contextos que, a pesar de ser interpretado como bético, creemos propio de la ciudad. Misma procedencia que se atribuye a una serie de lucernas hechas a torno sobre las que se ha reflexionado en profundidad desarrollando una clasificación tipológica. Todo ello a pesar de no haber podido contar con los cada vez más necesarios estudios arqueométricos, siendo conscientes de los cambios que la aplicación de estos análisis aportarán en un futuro.

El segundo punto a destacar ha sido el acercamiento a la comprensión de los flujos comerciales de los s. II-III d.C. en función de los materiales estudiados, si bien piezas clave para la historia económica como las ánforas apenas están representadas en los contextos. Cabe destacar la fuerte relación con el S de Francia, de donde llegan cantidades ingentes de *terra sigillata* gálica que dominan el mercado y parecen no dejar opción a la distribución de la *terra sigillata* hispánica, prácticamente ausente en la ciudad. En cualquier caso la relación con la Narbonense parece especialmente marcada por las ánforas vinarias Gauloise 4 consumidas en *Carthago Noua*, donde además se sabe muy poco sobre la producción de vino u otros productos como aceite o salazones. En cuanto a los materiales orientales, cabe ser cauto, pues además de su escasa proporción, es posible que llegasen redistribuidos desde Ostia y no directamente desde el Egeo o el Levante. En cualquier caso la ruta de preferencia es la establecida con los productos africanos, región con la que la relación histórica y geográfica de Cartagena es más que evidente. Además de la llegada masiva de cerámicas de cocina se constata, en especial a partir del s. III d.C. un predominio de ánforas africanas, aunque también se ha

identificado alguna aportación bética como las del taller de Matagallares, hasta ahora interpretadas como cerámica común.

En tercer lugar, se han podido distinguir contextos pertenecientes a dos momentos cronológicos diferenciados en función de la composición estratigráfica y la cultura material: niveles de finales del s. II e inicios del s. III d.C. y niveles fechados a partir de mediados del s. III d.C. Se trata de una separación marcada por la presencia o ausencia de formas de TSA C pero también por la proporción en que se documentan muchas otras producciones. Para el primer caso, es extremadamente difícil precisar la datación, sobre todo en ausencia de numismática. Por ello, aunque entendemos que algunos niveles se empiezan a formar a finales del s. II d.C. (especialmente si tenemos en cuenta la duración de los procesos de colmatación) es casi imposible discernir si un contexto es del año 180 d.C. o del 210 d.C. por lo que hemos optado por definirlos como "antonino-severianos". En el caso de los niveles de la segunda mitad del s. III d.C. uno de los criterios que más ha influido ha sido el estratigráfico, pues en el área urbana todos parecen haberse formado tras un evento violento como muestra el caso emblemático de la C/ Cuatro Santos nº 40. Esta homogeneidad viene marcada por la presencia de piezas completas y sobre todo la aparición de vajilla en TSA C.

Por último, la principal novedad que aporta el trabajo es la elaboración de tablas de referencia con las producciones de estos contextos. Con ello se ha querido crear un instrumento (refrendado por criterios estratigráficos) con el que analizar futuros niveles de esta cronología, pudiendo así plantear con mayor fiabilidad cuestiones relativas al desarrollo de las ciudades y el territorio de la Tarraconense meridional durante los s. II y III d.C.

El análisis de las secuencias de deposición no solamente ha permitido distinguir dos momentos cronológicos diversos; también dos tipos de niveles arqueológicos. Los de finales del s. II e inicios del s. III d.C. se pueden definir como abandonos debido a su paulatina formación. Son contextos más heterogéneos, compuestos por restos orgánicos, adobes, pintura mural y otros elementos arquitectónicos donde las piezas han sido desechadas (apenas hay perfiles completos). Los de la segunda mitad del s. III d.C. son niveles de destrucción, mucho más homogéneos, con abundantes carbones y estructuras quemadas y en los que los materiales, aun fragmentados, se pueden reconstruir íntegramente. Esta diferenciación nos permite hacer una valoración histórica más precisa en un momento en el que la ausencia de un modelo central dificulta la

comprensión del fenómeno urbano. Así, se constata que la recesión que afecta a la ciudad no comienza a finales del s. I d.C., sino un siglo más tarde, a partir del último cuarto del s. II d.C. El cese de la actividad minera tuvo sin duda un impacto fundamental en la economía de *Carthago Noua*, a pesar de lo cual la colonia se mantuvo activa durante el gobierno de los primeros dinastas antoninos cuando las explotaciones ya no estaban en uso. En el inicio de su declive se había querido ver la acción de las razias de los *mauri*, pero a pesar de que las posibilidades físicas existen, no hay evidencias arqueológicas que puedan apoyar esta hipótesis. Los niveles estudiados muestran un abandono paulatino, no violento, más acorde con una recesión de tipo económico como la que afecta a diversas regiones de *Hispania* a partir de Marco Aurelio. El desmantelamiento de centros cercanos como *Lucentum* o la brusca caída de productividad registrada en los talleres gaditanos así parecen indicarlo. Por tanto a partir de finales del s. II d.C. la ciudad comienza un repliegue progresivo sobre sí misma hacia la zona portuaria. Ello se traduce en la compartimentación y ocupación de edificios altoimperiales y en un acelerado deterioro del espacio urbano: se detecta la aparición de vertederos *intra moenia*, las calzadas se cubren paulatinamente de desechos, se obliteran las principales canalizaciones y tanto construcciones privadas como públicas son sometidas a expolios sistemáticos. Para entonces la epigrafía deja de existir, siendo un pedestal dedicado a Julia Mamea, madre de Alejandro Severo, la última inscripción conocida de este período. El hallazgo mostraría una cierta continuidad institucional, pero no puede ser interpretado como un síntoma de vitalidad urbana en un paisaje degradado en el que la propia curia ha sido convertida en un basurero. Es cierto que todavía sabemos muy poco sobre los cambios que se producen en este momento histórico y el modo en que los entendieron los propios habitantes de la ciudad. Casos paradigmáticos como Ampurias muestran que mientras el foro se abandonaba, las termas de la ciudad eran restauradas. Continuamos ignorando cómo funcionaba *Carthago Noua* en época severiana, cuáles eran sus espacios de representación (si los había) y dónde se reunía el senado local. En cualquier caso las condiciones de vida de sus habitantes poco tenían que ver con las de dos siglos antes. La construcción de viviendas como la de la C/ Cuatro Santos nº 40, levantada sobre una antigua taberna o las del compartimentado edificio del Atrio del Molinete, la incapacidad de las autoridades municipales para mantener estructuras tan básicas para el buen funcionamiento de la ciudad como las calzadas, algunas de las cuales quedan impracticables, y el descenso de la actividad comercial que se registra incluso en el

número de pecios documentados nos parecen evidencias lo suficientemente sintomáticas como para hablar de una depauperación generalizada de la colonia. La reutilización de las ruinas del teatro en el s. V d.C. para construir un mercado o el expolio de los pedestales del foro para pavimentar una nueva calle en la misma cronología son evidentes signos de reactivación económica bajo una nueva concepción del entorno urbano. Sin embargo el momento en el que la ciudad altoimperial comienza a replegarse sobre sí misma hasta quedar reducida a casi un tercio de su extensión original y observa cómo se colapsan la mayoría de sus edificios en ningún caso puede ser interpretado como un período de actividad urbana al amparo de una ambigua "transformación".

En esta situación, en torno a mediados del s. III d.C. o en las primeras décadas de su segunda mitad se detectan potentes niveles de destrucción con evidencias claras de incendio como los del Molinete, el pórtico del Augusteum o la C/ Cuatro Santos nº 40, de los cuáles sólo este último ha sido analizado en detalle. Su origen puede tener diversas causas, como un incendio fortuito que se hubiese extendido por la ciudad. Sin embargo, la detección de niveles similares en torno a las mismas cronologías en ciudades costeras como *Tarraco*, *Valentia, Ilici* y con seguridad Águilas, nos lleva a plantear su vinculación con el paso de los francos hacia el N de África. No pretendemos retomar con esta hipótesis las tendencias catastrofistas de los años 50 y 60 que buscaban a toda costa en las excavaciones el reflejo de lo que las fuentes narraban. Sin embargo tampoco nos es posible negar la evidencia material y a pesar de la dificultad de asociar hechos históricos al registro arqueológico, creemos que es una línea de trabajo sobre la que se deberá profundizar en los próximos años. Igualmente no se descarta la opción de un posible movimiento sísmico, hipótesis avalada por las fracturas y desplomes de espacios públicos de gran entidad como la *porticus duplex* y el peristilo del teatro. En cualquier caso más allá de posibles eventos que causasen crisis urbanas puntuales, el problema de *Carthago Noua* parece económico y tiene su origen mucho antes, manifestándose las consecuencias desde finales del s. II d.C. Si bien Tarragona y Valencia conocen destrucciones en la segunda mitad del s. III d.C., a los pocos años se documentan inscripciones del gobernador provincial o de personajes que dependen de él y que atestiguan la continuidad urbana con reparaciones y nuevas construcciones. En Cartagena no. Las zonas destruidas en el s. III d.C. no volverán a ocuparse y la única actividad detectada en sus ruinas serán enterramientos infantiles en ánfora un siglo más tarde.

En estas condiciones a partir del año 297 aproximadamente la ciudad será nombrada capital de la nueva provincia *Carthaginiensis* tras la reforma de Diocleciano. Una elección que parece sin duda fundada en las magníficas condiciones de su puerto, como ocurrirá en épocas posteriores, pues a pesar de haber sido la capital del *conuentus* la arqueología nos muestra las notorias dificultades por las que atravesaba. A partir de este momento la colonia se reorganizará para desempeñar su nueva función, albergando al gobernador y el resto de su *officium* en un espacio urbano del que nada sabemos pero que resurgirá bajo una nueva configuración a partir del s. V d.C.

El estudio de nuevos contextos tanto del s. IV d.C como de los s. II y III d.C. que permitan perfilar o descartar nuestras hipótesis serán proyectos sobre los que avanzar en los próximos años. Líneas de investigación en las que además de valorar el aspecto crono-tipológico los materiales deberían ser estudiados desde otros puntos de vista con los que explicar las condiciones de vida de quienes los usaron. En definitiva, con nuestro trabajo hemos intentado llevar a cabo un estado de la cuestión sobre el desarrollo de *Carthago Noua* entre el Alto Imperio y la Antigüedad Tardía aproximando dos mundos que, incomprensiblemente, se llegan a ignorar como son el histórico y el arqueológico, aunque nuestro enfoque se incline claramente por el lado de este último. Un acercamiento planteado desde el estudio de las evidencias materiales y concretamente de una fuente documental de primer orden, a veces menospreciada pero siempre apasionante: la cerámica.

CONCLUSION ET PERSPECTIVES DE RECHERCHE

L'étude de la ville romaine dans la péninsule ibérique, entre le Haut-Empire romain et l'Antiquité tardive est un sujet difficile à aborder car son évolution est très variable selon les cas. Alors que des régions comme le Nord-Ouest expérimentent un certain dynamisme urbain, d'autres comme la façade sud de la Tarraconaise, où Rome était arrivé 200 ans plus tôt, montrent un développement inégal. Dans ce dernier cas, sur fond de ralentissement généralisé, le maintien de certains noyaux (Ilici, Valentia) est en contraste avec la disparition d'autres (Lucentum, Liria). Dans cette situation, le manque de données sur la situation de Carthago Noua, marquée par une longue et imprécise récession depuis la fin du règne des Flaviens, était une lacune importante de la recherche. Non seulement parce que les causes qui ont conduit l'une des villes les plus importantes de la péninsule à l'époque républicaine à la perte de son importance politique étaient inconnues, mais aussi parce les conditions dans lesquelles celle-ci devait assurer sa place de capitale de la prouincia Carthaginiensis après les réformes de Dioclétien étaient ignorées. Il était donc nécessaire d'entreprendre une étude sur la réalité urbaine de la colonie et les changements qui l'ont affectés pendant la période de transition située entre les IIe et le IIIe siècles ap. J.-C.

La limitation de l'analyse à une seule ville pourrait a priori paraître une approche trop locale. Cela est principalement dû au problème de la disponibilité des sources existantes. Celles-ci sont presque essentiellement archéologiques, car à partir du Ier siècle ap. J.-C. les références littéraires disparaissent et la pratique épigraphique a connu une baisse significative. Le dossier archéologique connaît également un certain nombre de problèmes, car la construction d'aucun nouveau bâtimentn'est connue pour cette période, sinon la réoccupation et l'effondrement des constructions érigées entre la fin Ier siècle av. et du IIe siècleap. J.-C. Les fouilles archéologiques, entreprises depuis la fin des années 1970, ont mis en évidence la détérioration et l'effondrement postérieur de nombreux espaces, publics et privés, du Haut-Empire. Ainsi, la principale source d'information pour la ville entre les époques Antonine et Dioclétienne sont les contextes archéologiques et partant le matériel céramique. La longue histoire de la recherche dans le domaine de la céramologie, à laquelle il faut reconnaître un rôle croissant comme branche spécialisée dans les études archéologiques, nécessitait une analyse exhaustive qui devait également tenir compte d'une révision de la stratigraphie. Bien que d'une même fait, on puisse faire des lectures variées (économique ou sociale), l'un

*des principaux aspects qui pouvait être traité était la chronologie. Le problème de la datation ne concerne pas seulement Carthago Nova entre les IIe et IIIe siècles*ap. J.-C., *il est commun à d'autres centres urbains en Hispanie de cette époque et surtout des siècles suivants. Or, dans certains cas, l'absence de chronologie précise a favorisé des généralisations historiques qui manquaient parfois d'une base suffisante. Dans d'autres cas, l'utilisation exclusive des références épigraphiques et littéraires ne prenait pas en compte la réalité archéologique. Si, par ailleurs, l'utilisation de ces sources n'est pas soumise à la critique, cela peut fausser complètement le discours historique, en voyant des signes de vitalité dans la simple continuité de la pratique épigraphique. Une conséquence de cette situation est qu'il est particulièrement complexe d'effectuer des travaux de synthèse sur l'état des villes hispaniques, car les données connues pour chaque site sont inégales et parfois trop imprécises.*

Dans le cas de Carthagène,la détermination de la chronologie des contextes étaitune priorité afin d'évaluer les changements survenus à la fin du Haut-Empire. Traditionnellement, il était question d'un déclin généralisé depuis la fin du Ier siècle ap. J.-C., à la suite de la fin des extractions minières, et d'un ralentissement progressif qui allait durer pendant les deux siècles suivants, formant les dits "niveaux d'abandon de des IIe et IIIe siècles". Cependant une chronologie si vaste (200 ans!) interdisait de connaître avec précision l'état de la colonie. Des phénomènes, comme les raids possibles de mauri ou les effets de la «crise» du IIIe siècle ap. J.-C., étaient liés à cette période, de façon parfois un peu abstraite sans preuve irréfutable sur le terrain et sans distinguer s'ils étaient la cause ou la conséquence de la récession urbaine.

Par conséquent, afin de dresser un tableau d'ensemble de l'état de la ville, notre travail a consisté en l'examen systématique de plusieurs fouilles archéologiques dans lesquelles des niveaux de cette chronologie ont été détectés. La sélection a été faite en tenant compte de la disponibilité du matériel et de la diversité de la provenance, tant deslieux publics (la curie, le decumanus de la rue Roque ou le cardo de la domus de Fortune) que des espaces privés (habitats du 40 de la rue Cuatro Santos et du 12 de la rue Jara). Dans le même temps, l'analyse a inclu un secteur de la proche uilla de Portmán, ce qui a permis de comprendre quelle était la situation dans les zones rurales. Les six fouilles archéologiques étudiées, certaines conduitesen différentes phases et sur plusieurs années, ont été réaliséessur une période allant de 1970 à 2008. Cela implique l'utilisation de méthodes de travail très différentes sur la durée, en particulier en ce qui concerne la gestion du matériel, parce que les critères stratigraphiques n'ont pas été

appliqués dans tous les cas et beaucoup de données sont dispersées. Dans ces circonstances, toute l'information a été retravaillée, en particulier les séquences de dépôt lorsque cela est possible. Il a également été nécessaire de refaire les inventaires, car la connaissance des différentes productions de céramique a progressé très rapidement et, dans le cas de fouilles qui ont plus de 20 ans, les définitions d'alors sont aujourd'hui en grande partie obsolètes. Il a été portée une attention particulière à la documentation graphique. En effet, nous comprenons que, malgré les changements à venir dans le futur (il n'est pas inhabituel que de nouvelles études changent l'origine de certaines productions et la chronologie même des céramiques), les données étudiées doivent servir de base solide sur laquelle travailler, en revoyant autant de fois qu'il sera nécessaire. Il a également été insisté sur la mise à jour des coupes stratigraphiques et la mise en place systématique de matrices nouvelles afin de faciliter la compréhension du processus d'effondrement desdifférents bâtiments.

L'intérêt apporté à l'aspect méthodologique s'étend également à l'analyse des contextes. Face à la façon de travailler qui prévalait encore il y a quelques décennies en étudiant isolément le matériel, comme la sigillée ou les amphores, il été opté pour un traitement conjoint de tous les types de céramique. Egalement, à l'heure de préciser des chronologies, l'archéologie de Carthagène (bien qu'en règle générale, cela pourrait même être étendu à l'archéologie espagnole consacrée à la Rome classique) continue de dépendre de façon excessive de certaines productions fines, mais il faut tenir compte du fait que certaines pièces peuvent perdurer jusqu'à une date avancée. À CarthagoNoua, cela se voit clairement dans le cas des formes à engobe rouge pompéien ou des sigillées gauloisesdu Ier siècle ap. J.-C. qui apparaissentencore à la fin du IIe siècle ap. J.-C. sous une forme résiduelle, mais parfois complètes et en excellent état. Également l'utilisation des datations "presque monolithiques" proposées par le DICOCER peut s'avérer dangereuse. Elles doivent être indicatives, mais en tout cas il faut analyser le contexte d'une manière globale. Bien qu'il soit prévu de préciser les fourchettes chronologiques, il reste très difficile de le faire à moins 50 ans, comme l'ont montré les travaux sur les céramiques tardives du groupe d'étude CATHMA. En l'absence d'études détaillées menées précédemment pour les céramiques de cette époque à Carthagène et en tenant compte de l'analyse globale des contextes, il a été nécessaire de distinguer et de classer de nouvelles productions des céramiques communes et des lampes locales pour lesquels il n'existait pas de typologie.

Il a également été nécessaire de réfléchir aux processus de formation de la documentation archéologique, en distinguant entre les abandons et les destructions. Jusqu'à présent, tous étaient considérés comme un phénomène uniforme dans l'archéologie de la ville, avec les inconvénients que cela comportait du point de vue de leur éventuelle association avec des faits historiques. La phase interprétative a toujours eu lieu après l'analyse des contextes et sans aucun préjugé, en particulier en ce qui concerne les nombreux événements catastrophiques qui peuvent être attribués au IIIe siècle ap. J.-C. Mais il n'a pas été écarté non plus tous les faits qui semblaient plausibles, même si cela peut sembler contraire aux tendances historiographiques actuelles, telle que l'action destructrice des groupes de barbares comme les Francs.

En outre, bien que ce travail repose sur les productions céramiques, avant de mener l'analyse des contextes, il a été procédé à un examen de la réalité urbaine de la colonie à la fin du Ier siècle ap. J.-C. pour voir si la détérioration apparente a commencé à cette époque, comme cela est traditionnellement défendu. À cette fin, l'épigraphie, les programmes architectoniques et décoratifs, la peinture murale, la sculpture en particulier, et les mosaïques ont été étudiées. L'analyse des rares, mais riches, inscriptions disponibles montrent certes une baisse de la pratique épigraphique, mais un maintien des hommages publics, au moins la première moitié du IIe siècle ap. J.-C. Il est possible de noter également des travaux de rénovation sur divers bâtiments publics et privés, souvent sous la forme de nouvelles peintures ou mosaïques. L'examen détaillé de ces dernières, analysées en détail selon les dernières découvertes, montre des modèles qui peuvent être datés des règnes de Trajan et Hadrien voire d'une époque encore plus récente. De même, un portrait très érodé conservé au Musée du Théâtre Romain a été identifié avec une quasi certitude comme étant celuid'Antonin le Pieux, auquel le conuentus consacra également un piédestal. En bref, ces quelques éléments attestent de la vitalité urbaine, au moins jusqu'au gouvernement de Marc-Aurèle et ont permis de dissocier la première moitié du IIe siècle ap. J.-C. du phénomène desabandons généralisés qui ont suivi.

Concernant le matériel céramique, l'étude a induit plusieurs nouveautés.

Tout d'abord, beaucoup de productions considérées comme locales jusqu'à ce jour on été identifiées comme des productions importées. C'est le cas de céramiques communes et de cuisine italiques, africaines et orientales dont certaines provenaient pour ces dernières de la mer Egée et de la zone du Levant. De nouveaux types d'amphores et de plats orientaux ainsi que quelques pièces de céramiques fines ont

également été enregistrées dans la ville. Ces produits, comme les précédents, venaient dans de faibles proportions, mais ils ont permis d'affiner la chronologie des contextes archéologiques. Ce sont des matériels qui, bien qu'ayant été bien étudiée dans des contextes tels que le sud de la France ou à Ostia Antica, sont en grande partie inconnus par l'archéologie espagnole. A l'exception de certains travaux dans le nord-ouest catalan, leur identification et la littérature les concernant n'étaient pas connues. Ainsi, avant de commencer ce travail, des éléments aussi disparates qu'une marmite égéenne G 194, une cruche africaine Bonifay 50, un couvercle italique Bats 3 ou encore une amphore Agora F65/66 d'Ephèse étaient inventoriés comme des céramiques produites localement. Dans tous les cas, l'un des progrès les plus significatifs a été celui concernant les céramiques communes qui jusqu'ici étaient génériquement classées entre les "réductrices" et "oxidantes", sans plus de précisions quant à leur nature, leur origine, leur chronologie ou leur fonctionnalité. Reprenant leur classification par les travaux de Reynolds selonles types Early Roman Ware 1 et 3, le répertoire a été réordonné et complété avec de nouveau profils et de nouvelles formes, en proposant certaines utilisations et en fournissant des séquences stratigraphiques avec laquelle les dater. En outre, nous avons identifié un type de vase à parois finesparticulièrement abondant dans les contextes archéologiques qui, en dépit d'être interprété comme une importation de la Bétique, pourrait avoir été fabriqué dans la ville ou ses environs. Une série de lampes, réalisées au tour, pour lesquelles une profonde réflexion a permis de mettre en place une typologie, est attribuée à la même provenance que les vases à parois fines précédents. Il n'a pas été possible debénéficier d'études archéométriques, de plus en plus nécessaires, malgré l'intérêt de l'application de ces procédés et des progrès qu'ils apporteront dans l'avenir.

Le deuxième point à relever fut, selon les matériels étudiés, l'étude des flux commerciaux des IIe et IIIe siècles ap. J.-C., bien que des éléments clés pour l'histoire économique comme les amphores soient à peine représentées dans les contextes archéologiques. Il faut noter la forte relation avec le sud de la Gaule, d'où proviennent de grandes quantités de sigillées gauloises qui dominent le marché et semblent ne laisser aucune place aux céramiques sigillées hispaniques, pratiquement absentes dans la ville. Dans tous les cas, les liens avec la Narbonnaise sont particulièrement marquées par la découverte des amphores à vin de type Gauloise 4 importées à CarthagoNoua, où par ailleurs peu de choses sont connues sur la production de vin ou d'autres produits comme l'huile ou les salaisons de poisson. En ce qui concerne le

matériel oriental, il faut être prudent, car en plus de sa faible proportion, il est possible qu'il fut redistribué depuis Ostie et ne provint pas directement de la mer Egée et du Levant. En tout cas, la voie privilégiée est établie avec les produits africains, une région avec laquelle la relation historique et géographique de Carthagène est plus qu'évidente. En plus de l'afflux massif de céramique de cuisine, on trouve en particulier à partir du IIIe siècle ap. J.-C. une prédominance des amphores africaines. Toutefois, quelques importations de Bétique ont également été identifiées comme celles de l'atelier de Matagallares, jusqu'à présent interprétées comme des céramiques communes.

Troisièmement, il a été possible de distinguer des contextes appartenant à deux périodes différentes en fonction de la composition stratigraphique et de la culture matérielle: d'une part, les niveaux datés entre la fin IIe siècle et le début du IIIe siècle ap. J.-C. et, d'autre part, les niveaux datés à partir du milieu du IIIe siècle ap. J.-C. La séparation est marquée par la présence ou l'absence de formes de TSA C, mais aussi par la proportion de nombreuses autres productions. Dans le premier cas, il est extrêmement difficile de déterminer la datation, surtout en l'absence de numismatique. Par conséquent, même si nous savons que certains niveaux commencent à se former à la fin du IIe siècle ap. J.-C. (surtout si l'on considère la longueur du processus de colmatage), il est presque impossible de discerner si un contexte date de l'année 180 ap. J.-C. ou 210 après J.-C. C'est pourquoi nous avons choisi de définir ces niveaux comme "Antonino-sévériens". Pour les niveaux de la seconde moitié du IIIe siècle ap. J.-C., le critère stratigraphique a été le plus influent. Ainsi, dans le secteur urbain, tous les niveaux semblent avoir été formé après un événement violent, comme le montre le cas emblématique de la fouille de la Calle Santos, n ° 40. Cette homogénéité est caractérisée par la présence de pièces complètes et en particulier l'apparition de plats de TSA C.

Enfin, et croyons-nous le plus important, la principale nouveauté de ce travail est l'élaboration de tables de référence avec les principales production de ces contextes. Ces tables fondées sur des critères stratigraphiques devraient pouvoir servir de base pour analyser les futurs niveaux de cette époque, permettant ainsi de poser avec davantage de fiabilité les questions concernant le développement des villes et du sud de la Tarraconaise pendant les IIe et IIIe siècles ap. J.-C.

L'analyse des séquences de dépôt a non seulement permis de distinguer deux moments chronologiques différents, mais aussi deux types de niveaux archéologiques.

Ceux de la fin du IIe siècle et du début du IIIe siècle peuvent être définis comme des niveaux d'abandon en raison de leur formation progressive. Ces contextes sont plus hétérogènes et composés de débris organiques, de briques, de peintures murales et d'autres éléments architecturaux,d ans lesquels les pièces de céramique semblent avoir été jetées (il ya à peine quelques profils complets). Ceux de la seconde moitié du IIIe siècle ap. J.-C. sont des niveaux de destruction beaucoup plus homogènes avec d'abondants restes charbons et de structures brûlées ainsi que des matériels qui, même fragmentés, peuvent être entièrement reconstruits. Cette différenciation nous permet de faire une évaluation historique plus précise dans un moment où l'absence d'un modèle central rend difficile la compréhension du phénomène urbain. Ainsi, il semble que la récession dans la ville ne commence pas à la fin du Ier siècle ap. J.-C., mais un siècle plus tard, à partir du dernier tiers du IIe siècle ap. J.-C. La cessation de l'exploitation minière a certainement eu un impact fondamental sur l'économie de Carthago Noua, en dépit de quoi la colonie est restée active pendant le règne des premiers Antonins lorsque les exploitations ne sont plus en cours d'utilisation. À l'origine de son déclin, on avait voulu voir le résultat des raids de maures, mais même si les possibilités existent, aucune preuve archéologique ne permet d'étayer cette hypothèse. Les niveaux étudiés montrent un abandon progressif, et non violent, plus en phase avec une récession économique, car elle affecte différentes régions d'Hispanie à l'époque de Marc-Aurèle. Le démantèlement des centres proches comme Lucentum ou la forte baisse de la productivité enregistrée dans les ateliers de Cadix semblent l'indiquer. Donc, à partir de la fin du IIe siècle ap. J.-C., la ville commence un retrait progressif sur elle-même vers la zone portuaire. Cela se traduit par la compartimentation et une réoccupation de bâtiments du Haut-Empire ainsi qu'une détérioration accélérée de l'espace urbain: on détecte la présence de décharges intra moenia, les routes sont recouvertes progressivement de déchets, les canalisations sont bouchées et les bâtiments, privés comme publics, sont soumis à un pillage systématique. L'épigraphie cesse alors d'exister, à l'exception d'un piédestal dédié Julia Mamea, la mère d'Alexandre Sévère, la dernière inscription connue de cette période. Cette découverte montre une certaine continuité institutionnelle, mais ne peut pas être interprétée comme un signe de la vitalité urbaine dans un paysage dégradé, dans lequel la curie elle-même a été transformée en dépotoir. Il est vrai que nous en savons encore très peu sur les changements qui se produisent à ce moment historique et comment les habitants de la ville le perçoivent. Un cas paradigmatique comme celui d'Ampurias montre que si le

forum a été abandonné, les thermes de la ville ont été restaurés. Nous continuons d'ignorer la façon dont fonctionnait Carthago Noua à l'époque sévérienne; quels étaientles espaces de représentation (s'il y en avait), et où se réunissait le sénat local. Dans tous les cas, les conditions de vie de ses habitants avaient peu à voir avec celles des deux siècles auparavant. La construction de logements tels que ceux de la C/ Cuatro Santos n ° 40, construits sur une ancienne taberna ou le bâtiment à compartiments de l'Atrium du Molinete, ainsi que l'incapacité des autorités locales à maintenir des structures aussi basiques pour le bon fonctionnement de la ville telles que les voies, dont certaines sont devenues impraticables, et la baisse d'activité commerciale enregistré par le nombre même d'épaves documentées, nous semblent des preuves suffisamment symptomatiques pour parler d'un appauvrissement général de la colonie. La réutilisation des ruines du théâtre au cours du Ve siècle pour construire un marché ou le pillage des piédestaux du forum pour le pavage d'une nouvelle route à la même époque, sont des signes évidents d'une reprise économique dans une nouvelle conception de l'environnement urbain. Cependant, le moment où la ville du Haut-Empire commence à se replier sur elle-même jusqu'à être réduite à environ un tiers de sa superficie initiale et au cours duquel on observe l'effondrement de la plupart des bâtiments ne peut en aucun cas être interprété comme une période d'activité urbaine en vertu d'une ambigüe «transformation».

Dans cette situation, vers le milieu du IIIe s.ap. J.-C. ou dans les premières décennies de la seconde moitié de ce siècle de puissants niveaux de destruction avec d'évidentes traces d'incendiesont détectés. C'est le cas de ceux du Molinete, du portique de l'Augusteum ou du n°40 de la calle Cuatro Santos, dont seul ce dernier a été analysé en détail. Son origine peut avoir différentes causes, comme un incendie accidentel qui se serait propagé à travers la ville. Cependant, la détection de niveaux similaires et de même chronologie dans les villes côtières, telles que Tarragone, Valence, Ilici et en toute sécurité Águilas nous conduit à penser qu'ils peuvent être mis en relation avec le passage des Francs en Afrique du Nord. Nous n'avons pas l'intention de revenir, avec cette hypothèse, aux tendances catastrophiques des années 50 et 60 qui cherchaient à tout prix dans les fouilles le reflet de ce que les sources racontaient. Mais on ne peut pas nier les preuves matérielles et malgré la difficulté d'associer les faits historiques au dossier archéologique, nous croyons qu'il s'agit là d'une direction de travail qui devra être approfondie dans les années à venir. Il ne faut pas exclure

également l'option d'un possible tremblement de terre, hypothèse confirmée par des fractures et des effondrements d'espaces publics de grandes dimensions, comme ceux du porticus duplex et du péristyle du théâtre. En tout cas, au-delà des événements qui causèrent des crises urbaines ponctuelles, le problème Carthago Noua paraît économique et trouve son origine beaucoup plus tôt, les conséquences se manifestant dès la fin du IIe siècle ap. J.-C. Si Tarragone et Valence connaissent des destructions dans la seconde moitié du IIIe siècle ap. J.-C., en quelques années des inscriptions du gouverneur de la province ou de personnages qui dépendent de lui sont connues et témoignent de la continuité urbaine avec des réparations et de nouvelles constructions. Ce n'est pas le cas à Carthagène. Les zones détruites au IIIe siècle a p. J.-C. n'ont pas été réoccupées et l'unique activité découverte dans ses ruines correspond à des enterrements infantiles dans des amphores, un siècle plus tard.

Dans ces conditions, à partir de l'année 297, la ville fut désignée capitale de la nouvelle province Carthaginiensis après la réforme de Dioclétien. Un choix qui semble lié, sans aucun doute, à ses magnifiques conditions portuaires. A partir de ce moment, la colonie a été réorganisée pour jouer son nouveau rôle, hébergeant le gouverneur et le reste de son officium dans un espace urbain dont nous ne savons rien, mais qui surgira de nouveau dans une autre configuration au Ve siècle ap. J.-C.

L'étude de nouveaux contextes,tant du IVe siècle, que des IIe et IIIe siècles ap. J.C qui permettent de confirmer ou de corriger nos hypothèses, seront des projets à explorer dans les prochaines années. De même, de nouvelles directions de recherches, en plus de l'évaluation chrono-typologique du matériel, doivent être considérées en prenant d'autres points de vue pour comprendre par exemple les conditions de vie de ceux qui les ont utilisés. Finalement, avec notre travail, nous avons essayé de réaliser un état de la question sur le développement de CarthagoNoua entre le Haut Empire et l'Antiquité tardive, en associant deux mondes, l'historique et l'archéologique, qui, d'une façon incompréhensible, viennent à s'ignorer, bien que notre approche s'appuie clairement du côté de ce dernier. Il s'agit d'une approche proposée à partir de l'étude des évidences matérielles et plus spécifiquement d'un document de premier ordre, parfois sous-estimé, mais toujours passionnant: la céramique.

RESUMÉ

L'histoire de l'Empire romain est, avant tout, une histoire de villes. Effacées par le passage du temps, certaines ont été oubliées, d'autres plus chanceuses ont survécu grâce à leurs monuments et aux souvenirs qu'elles ont laissé dans les sources littéraires. Dans le cas de Carthagène, les traces de son passé ont été occultées sous des siècles d'occupation ininterrompue. En dépit de découvertes régulières, ce n'est que récemment, grâce aux progrès de l'archéologie, que nous avons commencé à pouvoir distinguer l'image de la ville à l'époque antique.

Les fouilles de ces dernières années ont généré une importante quantité d'informations mais quelques périodes restent encore mal connues. Les siècles de la fin de la République et du début de l'Empire, ainsi que celle de la période tardive jusqu'à la fin de la présence byzantine sont aujourd'hui les mieux documentés. La première époque se démarque par l'importance d'une documentation qui comprend de nombreuses citations dans les textes classiques, une riche collection épigraphique ainsi que de nombreux vestiges publics, domestiques ou funéraires (Ramallo, 2011). Nous ne devons pas oublier que Polybe, qui a personnellement visité la ville, en a laissé une précieuse description (X, 10, 1), et des auteurs tels que Pline l'Ancien, Diodore, Appien, Tite-Live ou Strabon, entre autres, ont fait de Carthago Noua l'une des villes topographiquement les mieux décrites par les textes. La phase tardive, même sans posséder le caractère monumental de l'antérieure, est tout aussi remarquable. Son potentiel a été dégagé dans son intégralité grâce à un intense travail de recherche au cours duquel furent analysé dans leur ensemble, non seulement les sources écrites, mais également tous les éléments de la culture matérielle (Vizcaino, 2009). Ainsi, les siècles compris entre l'une et l'autre périodes sont devenus les plus mal connus, alors que précisément leur caractère transitoire révèle leur intérêt particulier.

A l'heure de déterminer l'image du paysage urbain entre les deux villes impériale et tardive, tout à fait différentes dans leur conception, plusieurs problèmes se posent. Le plus important tient à la rareté des références littéraires et à la diminution de la pratique épigraphique, phénomène qui s'étend à d'autres parties de l'Espagne et de l'Occident romain (Witschel, 2009: 475-478). Cela donne, le cas échéant, un poids plus important que d'habitude à la documentation archéologique, devenue la seule source d'information. Toutefois, celle-ci n'atteint pas non plus la richesse de l'horizon

précédent. Des doutes importants persistent sur des points fondamentaux telles que l'activité économique ou la distribution du peuplement, à peine repérable à travers les espaces domestiques, les nécropoles, les épaves ou la production de céramique. Le seul élément de certitude est l'apparition d'une série de niveaux d'abandon et de destruction qui couvrent un large secteur de la colonie entre les II^e^ et III^e^ siècles de notre ère. Ces niveaux permettent de constater l'effondrement irréversible de nombreux bâtiments, tant publics que privés, ainsi que la rétraction de la zone urbaine sur la zone portuaire. L'étude des contextes céramiques qui obstruent certaines de ces structures se révèle comme l'un des outils les plus efficaces, sinon le seul, pour la connaissance de la période. Sur la base de leur analyse, les pages qui suivent ont pour but de nuancer les changements qui, selon différents rythmes et intensités, se sont produit entre le gouvernement des derniers Antonins et l'accession au pouvoir de Dioclétien.

Les transformations qui se déroulent en Espagne depuis le milieu du IIe siècle et leur interprétation comme un prélude aux années d'instabilité du IIIe siècle et son éculé «crise», constituent un point débattu de la recherche actuelle (Witschel, 2009: 474-475, avec bibliographie). Face à aux idées du XIXe siècle, qui interprétaient les règnes des empereurs hispaniques, Trajan et Hadrien, comme particulièrement prospères pour ces provinces, M. Rostovtzeff a été le premier à affirmer catégoriquement que l'histoire des villes hispanoromaines, après le processus de municipalisation flavien, fut avant tout celle d'une absence d'Histoire (Rostovtzeff, 1962). Nous n'avons pas l'intention de rouvrir un débat sur la «crise générale» des villes d'Espagne et leur déclin dans l'Antiquité tardive, qui a déjà été largement analysé et discuté (Arce 1993: 183). Cependant, plusieurs auteurs ont depuis mis en évidence le ralentissement qui, à différents niveaux semble apparaître dès le règne de Marc-Aurèle. En étudiant en détail la période, on observe un développement différent selon les régions dont les rythmes variés interdisent d'en faire une lecture homogène; difficultés mises en évidence par quelques tentatives de dresser un tableau général des villes hispaniques au cours de cette période (Kulikowski, 2004). Construire un récit complet implique inévitablement l'assimilation des diverses réalités locales, sur quoi influe le développement inégal de la recherche. Dans le même temps, l'utilisation de phénomènes isolés comme des points de références se révèle insuffisante comme en témoigne G. Alfölfy (1998: 14), qui préconisait de rechercher des lignes générales avec lesquelles comprendre les changements structurels.

Ce travail présente une approche nettement archéologique et en aucun cas ne prétend confirmer ou démentir un quelconque fait historique, avertissement apparemment inutile mais qui semble encore nécessaire d'après ce qui peut-être encore lu dans certains travaux (comme le rappelle Kulikowski, 2005: 53). La tradition historiographique tient un rôle très important dans l'interprétation de cette période, marquée par l'instabilité militaire, à laquelle sont souvent associée les trésors monétaires, les niveaux d'incendies et les événements supposément catastrophiques (García de Castro, 1995). Le risque qu'entraine cette situation réside dans l'inversion du processus d'interprétation qui fait de la lecture de la documentation archéologique l'instrument destiné à confirmer une hypothèse posée a priori (Gutiérrez Lloret, 1997). Ainsi, l'archéologue a souvent été accusé par l'historien de vouloir lire dans la stratigraphie les évènements ponctuels du passé. Cependant, il faut aussi rejeter l'attitude de ce dernier qui refuserait systématiquement d'établir un lien entre les données archéologiques et des faits historiques. Il est permis de garder un regard critique devant de telles mises en relation en raison de leur caractère exceptionnel (mais pas impossible). Toutefois, si dans certaines circonstances elles semblent clairement documentées et qu'il y a suffisamment d'arguments pour qu'elles soient prises en compte, nous pensons que leur rejet systématique est tout aussi préjudiciable à l'enquête que les préjugés évoqués précédemment. Le phénomène inverse apparaît alors : malgré l'observation de niveaux de destruction ou dans lesquels s'observe un appauvrissement marqué, l'historien cherche à tout prix des signes de prospérité (Le Bohec, 2010: 167). Dans le cas qui nous occupe, l'établissement d'un cadre historique s'est appuyé sur l'analyse préalable des contextes archéologiques et l'obtention d'une chronologie, et non l'inverse.

La période souffre, outre d'une documentation plus faible que pour les autres périodes, de l'absence de datations qui permettraient de construire un récit historique avec une certaine fiabilité. Trop souvent, ce sont des fourchettes chronologiques de près d'un siècle qui sont utilisées comme unités temporelles, d'où l'intérêt de connaître avec précision les faciès céramologiques des IIe et III^{e} siècles ap. J.-C., récupérés dans divers secteurs de Carthagène et de ses environs. C'est notamment le cas dans un contexte historique dominé par la "crise", terme qu'il convient sans aucun doute de préciser. En effet, si elle est comprise dans son sens originel comme une situation critique dans laquelle le patient guérit ou meurt ou encore comme un changement accéléré des structures du système dont les contemporains sont aussi conscients

(Alföldy, 1998: 32), alors son extension dans le temps est limitée. Ainsi, malgré la complexité de la situation, une crise ne peut pas durer cent ans et il est par ailleurs nécessaire de distinguer les symptômes qui précèdent les conséquences liées à son développement (Arce 1988: 55-56).

Même en essayant d'être guidé par un point de vue critique et objectif, chaque travail est inévitablement marqué par son époque et c'est seulement sur le long terme, qu'il est possible de mesurer l'influence que les événements les plus récents de notre histoire ont eu dans la construction du récit. Dans le texte de Dio Cassio, datant de la première moitié du III^e^ siècle et exhortant les villes de ne pas se concurrencer les unes avec les autres et de réduire le coût de leurs programmes de construction (Abascal et Espinosa, 1989: 229-230), il est aisé de trouver l'écho de notre situation actuelle. Les décors grandiloquents de centres urbains qui probablement vécurent au-delà de leurs moyens (Ramallo, 2004b: 7-8; Alföldy, 1998: 26-27) tel Clunia, où fut construit le plus grand forum d'Hispanie, abandonné deux siècles plus tard (Palol et Guitart, 2000), témoignent d'un abus des ressources économiques qui peut facilement être mis en parallèle avec nos villes modernes, parsemées de bâtiments monumentaux signés par des architectes de renom et parfois à peine utilisés (Moix, 2010). Cependant, la comparaison des situations actuelles avec des données archéologiques est un piège qui, par simplisme, peut fausser et modifier l'interprétation, ainsi il n'est pas possible de supposer que toutes les formes de comportements culturels observés aujourd'hui ont des analogies dans le passé (Kramer, 1979: 2). Il faut également rappeler l'ambivalence que peuvent recouvrir des événements selon le point de vue avec lequel ils sont observés. Par exemple, le petit nombre de milliaires sous Marc-Aurèle peut être interprété ou bien comme le reflet d'un moment de crise économique, ou au contraire comme un constat du bon état des routes rendant inutiles de nouvelles réparations (Alföldy, 1998: 13).

Au cours des II^e^ et III^e^ siècles, cette période «charnière» entre le Haut-Empire et l'Antiquité tardive, une série de changements dans la perception se produisent et dont la discussion maintient actif le débat interprétatif (et terminologique), de mieux en mieux illustré par des exemples paradigmatiques comme celui de la ville de Cologne qui nous font revenir sur l'éternel réflexion: "Krise oder Nichtkrise ? Das ist hier die Frage" (Eck, 2007). Comment faut-il comprendre que vers 270-275 ap. J.-C. un probable procureur de Tarraconaise ait dédié dans la capitale provinciale une inscription à l'empereur Aurélien et son épouse en réutilisant pour la première fois le piédestal d'une

statue du I^er^ siècle ap. J.-C.? (Ruiz de Arbulo, 1993: 111). À Ampurias, tandis que le forum présente des signes de décadence dès l'époque des Flaviens (Mar et Ruiz de Arbulo, 1993: 415-417), les bains sont restaurés et entretenus jusqu'à la fin du II^e^ siècle et le début du III^e^ siècle ap. J.-C. (Aquilué et alii., 2002: 258). Quelles sont donc les conditions de vie, les priorités et la conception de la ville qu'avaient ses habitants? Peut-on interpréter l'inscription dédié à Julia Mammea sur le forum de Carthago Noua comme un symbole de vitalité urbaine, alors que la curie à proximité a été pillée et convertie en une décharge d'ordure ? (Noguera et alii., 2009: 223) L'analyse de cette nouvelle façon de penser et de comprendre l'espace urbain passe par l'étude de l'évolution de la ville, interprétant les différents changements soit comme une rupture (Ward-Perkins, 2010: 6 -7), soit comme série de transformations (Liebeschuetz, 2001: 29). Les références à d'autres siècles plus tardifs est nécessaire, car la série de changements que vit Carthagène à partir du règne de Marc-Aurèle semble ne pas avoir d'équivalent dans d'autres villes de l'Europe occidentale avant les III^e^ et IV^e^ siècle ap. J.-C. (Brogiolo, 1999a: 247-249). À cette époque, dans de nombreux centres urbains, il se produit une réduction de la zone précédemment occupée (une idée qui s'est démontrée fausse pour la péninsule Ibérique (Brassous, 2011b) malgré s'il y a des exceptions comme Carthago Noua), un phénomène qui peut être accompagné par la construction de murailles ou la réparation des anciennes. Parfois le forum, centre idéologique de la ville classique, reste à l'extérieur du nouveau tracé; il est abandonnée comme les temples, les édifices de spectacles ou d'autres bâtiments réservés à l'administration locale. Dans les nouveaux espaces urbains peuvent apparaître des espaces "ruralisés" à l'intérieur des murailles ainsi que des enterrements isolés ou groupés qui, aux époques les plus tardives, sont habituellement associés avec les églises. Enfin, nous voyons un changement majeur dans les techniques de construction impliquant la compartimentation des bâtiments anciens et la réutilisation des ruines comme l'emploi de nouveaux matériaux plus simples tel le bois ou l'adobe (Vizcaino, 2002). En fin de compte, il s'agit d'une série de transformations dont seule l'analyse détaillée permet de préciser la façon dont la ville continue d'exister (Ward-Perkins, 1996).

Le cas de Carthagène possède un intérêt qui dépasse le caractère strictement local en raison de son rôle d'articulation d'un vaste territoire. Ce travail a été réalisé dans le but de jeter les bases d'une discussion qui veut savoir si la récession est liée aux conditions régionales, notamment l'épuisement des mines, le principal moteur

économique de la cité ou, au contraire, doit être généralisé à l'échelle provinciale. Ce n'est pas quelque chose d'implicite, comme cela a déjà été signalé, les rythmes de chaque ville étaient différents et ainsi que l'a souligné Aelius Aristide dans son Eloge de Rome de l'année 154 ap. J.-C. (26,61), à cette époque, l'Empire était une fédération de cités florissantes. Elles ont été soumises à des changements constants, elles rivalisaient entre elles et étaient en compétition les unes avec les autres, certaines en détronaient d'autres... Pouzzoles, après des siècles de contrôle du trafic maritime à Rome, a fait place à Ostie comme port principal port de l'Empire (Rostovzeff, 1998: 321-322). Dans la région catalane, alors qu'à partir du I^er^ siècle ap. J.-C., un centre comme Emporiae décline (Aquilué, 1984), un autre comme Barcino a entamé un processus de développement qui culminera dans l'Antiquité tardive (Ripoll, 2000: 381-382). Certains d'entre eux, tels que Messas do Castelinho (Fabiao et Guerra, 2010: 484-486) ou Libisosa (Alföldy, 1998: 26), peuvent même être considérés comme des «villes avortées» qui après la conquête, en raison de changements dans le territoire, ont rapidement perdu leur valeur stratégique parce qu'elles étaient situées loin d'une voie ou dans une zone stérile.

Pour notre étude, en utilisant la céramique comme élément de référence, nous le faisons en tenant compte que c'est un objet historique avant d'être un objet chronologique (ou devrait l'être). Bien que cet aspect chronologique soit celui qui se remarque davantage ici, nous sommes conscients que la céramique ne doit pas être étudiée d'une manière isolée, mais d'une façon transversale en reliant les époques et le matériel, pouvant ainsi poser des questions non seulement économiques, mais aussi sociales. Le travail a été rendu possible grâce à une bourse de la Formación de Profesorado Universitario del Ministerio de Ciencia e Innovación pour la période quadriennale 2007-2011, à laquelle il a fallu ajouter une année supplémentaire pour son accomplissement final. Sa réalisation incluait des séjours à l'étranger, qui au delà de l'intérêt bibliographique, ont été l'occasion de travailler avec des équipes de céramologues de premier plan et des ensembles céramologiques de référence du II^e^ et III^e^ siècle ap. J.-C. Il est en effet impossible d'apprendre à connaître la céramique sans la toucher et sans le faire à plusieurs reprises, en regardant d'autres ensembles, en participant à l'élaboration des inventaires et en dessinant le matériel autant que possible. Pour autant qu'elle soit nécessaire et intense, la lecture d'ouvrage n'est pas toujours la meilleure façon d'acquérir des connaissances dans le domaine de la science

céramologique. Etre capable d'identifier une pièce inventoriée à Carthagène avec une autre vue à Aix-en-Provence, par exemple un Brittle Ware oriental, n'est pas un hasard mais le résultat direct d'une expérience pratique régulière. Un premier séjour a eu lieu au Centre Camille Jullian (Maison Méditerranéenne des Sciences de l'Homme, CNRS) à Aix-en-Provence, entre Septembre et Décembre 2009. Le second s'est déroulé dans le Laboratorio per lo studio delle produzioni artigianali dell'Antichità de l'Università degli Studi di Roma "La Sapienza" entre septembre et décembre de l'année 2010. Le premier centre de recherche, qui a développé plusieurs axes d'études sur la céramique africaine et son commerce, possède une bibliothèque spécialisée, mais surtout une ceramothèque de premier ordre. Dans celle-ci, il est possible en autres de manier des productions qui s'étendent sur un large éventail chronologique, d'observer des pâtes, des textures ou des types ainsi que d'identifier des ateliers. Le second laboratoire, à Rome, présentait l'avantage d'être pionnier dans l'étude des contextes achéologiques des II^e^ et III^e^ siècles ap. J.-C. comme ceux des thermes del Nuotatore à Ostie. Dirigé par A. Carandini, C. Panella et P. Pensabene, il renferme également les dépôts de matériel d'autres fouilles archéologiques remarquables de Rome (le Palatin, Meta Sudans, le temple de Magna Mater, etc.) et du reste de l'Italie (Pompéi, Sperlonga, Corcolle, Veio, etc.).Le matériel mis au jour lors des récentes fouilles archéologiques d'Ostie, port de la capitale de l'Empire et centre de redistribution des machandises par excellence, est particulièrement intéressant pour notre étude. Par ailleurs, ce sejour à Rome a permis de conduire une recherche documentaire fructueuse dans les prestigieuses bibliothèques de l'Ecole Française de Rome, de l'Institut Archéologique Allemand ou de l'EEHAR et d'assister à différents séminaires. L'expérience acquise à Aix-en-Provence a eu un poids certainement beaucoup plus important dans la réalisation de cette thèse. Elle fut importante par l'acquisition d'une méthode de travail, qui s'étend des principes fondamentaux sur la quantification du matériel au dessin, mais elle reste particulièrement forte dans la façon d'aborder la céramique. Pour cette raison, le Centre Camille Jullian est devenue une destination préférentielle pour des séjours plus courts réalisés en 2010 et 201.

Tout au long de ces années de bourse, l'assistance à divers cours, conférences et séminaires (Olbia, Ampurias, Rome, Madrid, Livourne, Cadix, etc.) ainsi que de nombreuses visites dans les musées et les collections et la participation à plusieurs chantiers de fouilles archéologiques ont permis de comprendre le potentiel des céramiques et de proposer, à l'avenir, de nouvelles perspectives d'études qui prennent

davantage en compte ceux qui les ont utilisés et leur mode de fabrication. La présentation de quelques premiers résultats sous la forme de posters et de communications dans des congrès nationaux et internationaux, a été un élément préliminaire important de structuration de notre propos. Ce fut le cas également lors de la rédaction de plusieurs articles, dont certaines conclusions sont rassemblées ici. A l'inverse de l'ancien règlement ministériel qui interdisait au doctorant de divulguer des résultats avant la fin de la thèse, le nouveau modèle encourage le chercheur à présenter les progrès de son travail au cours de sa mise en œuvre, si possible dans les forums de discussion pertinents dans la discipline et dans des publications d'envergure. Tout cela, bien sûr, alors que les contributions tournent autour du sujet d'étude. Indépendamment des mérites du curriculum, la nécessité d'organiser les données et les conclusions ainsi que les critiques des articles par des examinateurs externes forment un exercice fondamental avant la rédaction de la thèse. Si aujourd'hui, la relecture de certains des premiers écrits peut causer une certaine gêne -non pas qu'ils fussent peu travaillés, bien au contraire, mais en raison de leur faible contribution-, leur rôle dans la formation au travail de rédaction est irremplaçable. Dans le même temps, l'activité d'enseignement qu'implique la bourse doctorale a nécessité d'importantes adaptations dans la maîtrise des ressources du langage oral et l'adoption d'une approche didactique pour l'explication, sans parler d'une expérience personnelle avec les étudiants très satisfaisant.

Finalement, ce travail propose une perspective d'analyse des IIe et III^{e} siècles à l'aide de la documentation archéologique et plus spécialement de la culture matérielle céramique. La documentation réunie a trois objectifs : servir comme instrument de datation, de fournir des données chiffrées sur la consommation et les relations commerciales de Carthago Noua et enfin contribuer à la compréhension de la ville dans une période de transformation de laquelle surgira le modèle urbain de l'époque tardive.

BIBLIOGRAFÍA

ABREVIATURAS

Las abreviaturas de revistas y colecciones aparecen recogidas según el índice de l'*Année Philologique* (Vol. 80, 2009). Aquellas que no forman parte del citado repertorio han sido añadidas por el autor.

A&Cr	Antigüedad y Cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía
AA	Archäologischer Anzeiger
AAC	Anales de Arqueología Cordobesa
AArchHung	Acta archaeologica Academiae Scientiarum Hungaricae
ABSA	Annual of the British School at Athens
AEspA	Archivo Español de Arqueología
AfrRom	L'Africa Romana
Agora	Athenian Agora. The American School of Classical Studies at Athens, Princeton
AIEE	*Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos*
AJA	American Journal of Archaeology
Alberca	Revista de la asociación de amigos del Museo Arqueológico de Lorca
AmBeS	American Behavioral Scientist
AmerAnt	American Antiquity
Anas	Mérida. Museo Nacional de Arte Romano
AnMu	Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia
AnnGeo	Annali di Geofisica. Istituto Nazionale di Geofisica
AntAfr	Antiquités Africaines
Antesteria	Debates Historia Antigua. Universidad Complutense de Madrid
Antiquity	Antiquity. An international journal of expert archaeology. Cambridge, Company of Biologists.
AntTard	Antiquité Tardive
AnUISEK	Anuario de la Universidad Internacional SEK
APL	Achivo de Prehistoria Levantina. Diputación de Valencia
Arctos	Acta philologica Fennica. Helsinki, Klassilis-filologinen yhdistys
Argentvm	Revista del Museo Minero de La Unión
ArqEsp	Arqueología Espacial. Seminario de arqueología y etnología turolense
Arqueoweb	Revista de Arqueología en Internet
ARSE	Boletín del Centro Arqueológico Saguntino
AUM	Anales de la Universidad de Murcia
BABesch	Bulletin Antieke Beschaving, Annual papers on classical archaeology, Leiden
BAEAA	Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología
BAR	Britsh Archaeological Report
BArq	Butlletí Arqueològic. Reial Societat Arqueològica Tarraconense
BASP	Bulletin of the American Society of Papyrologists
BCAR	Bulletino della Commissione Archeologica Comunale di Roma
BCH	Bulletin de correspondance hellénique. École française d'Athènes
BClevMus	The Bulletin of the Cleveland Museum of Art

Berytus	Berytus: archaeological studies. American University of Beirut
BexOH	Boletín Ex Officina Hispana. SECAH
BGM	Boletín Geológico y Minero
BiAMA	Bibliothèque d'archéologie mediterranéene et africaine
BMC	Boletín del Museo de Cádiz
BMZ	Boletín del Museo de Zaragoza
BolMusPrado	Boletín del Museo del Prado
BSEAA	Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. Universidad de Valladolid
BSECV	Boletín de la Sociedad Española de Cerámica y Vidrio
BSEM	Boletín de la Sociedad Española de Mineralogía
Cadernos	Cadernos do Laboratorio Xeolóxico de Laxe
Caesaraugusta	Arqueología, Prehistoria, Historia Antigua. Zaragoza
CaLPA	Cahiers Ligures de Préhistoire et d'Archéologie
CAM	Cuadernos de Arqueología Marítima
CAME	Congreso de Arqueología Medieval Española
CAS	Cahiers d'Archéologie Subaquatique
CCV	Collection de la Casa de Velázquez
CÉFR	Collection de l'École Française de Rome
CH	Cahiers d'Histoire. Revue trimestrielle publiée par le Comité historique du Centre-Est
Chiron	Chiron. Mitteilungen der Kommission für Alte Geschichte und Epigraphik des Deutschen Archäologischen Instituts. München.
CNA	Congreso Nacional de Arqueología
Complutum	Complutum. Universidad Complutense de Madrid
Cota Zero	Revista d'Arqueologia i Ciència. Universitat de Vic
CQ	The Classical Quarterly. Oxford University Press.
CRAI	Comptes-rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, Paris
CSCT	Columbia Studies in the Classical Tradition
CuadArqRom	Cuadernos de Arquitectura Romana
CuadDiecioch	Cuadernos Dieciochistas. Universidad de Salamanca
Cudas	Revista de Arqueología e Historia
CuPAUAM	Cuadernos de Prehistoria y Arqueología
Cypsela	Revista de Prehistòria i Protohistòria. Museu d'Arqueologia de Catalunya
DAM	Documents d'Archeologie Meridionale
DArch	Documenti di Archeologia. Mantova
DARF	Documents d'Archéologie française
DStudForlimpopoli	Documenti e Studi. Rivista del Museo Archeologico Civico "Tobia Aldini" di Forlimpopoli
EAA	Enciclopedia dell'Arte Antica
Empúries	Revista de Món Classic i Antiguitat Tardana. Museu d'Arqueologia de Catalunya
EsOr	Estudios Orientales
ETF(Hist)	Espacio, Tiempo y Forma. Historia Antigua. Revista de la Facultad de Geografía e Historia de la UNED, Serie II
ExClass	Exemplaria classica. Revista de filología clásica de la Universidad de Huelva

FACTA	A Journal of Roman Material Culture Studies. Pisa-Roma
Figlina	Documents du Laboratoire de Céramologie de Lyon
FlorIlib	Florentia Iliberritana. Revista de estudios de Antigüedad Clásica. Granada
Gallaecia	Revista de Arqueoloxía e Antigüidade, Departamento de Historia I. Universidade de Santiago de Compostela
Gallia	Archéologie de la France Antique
Gerión	Revista de Historia Antigua. Universidad Complutense de Madrid
Germania	Anzeiger der Römisch-Germanischen Komission des Deutschen Archäologischen Institute
Gradus	Rivista di archeologia dell'acqua
Habis	Filología Clásica, Historia Antigua, Arqueología. Universidad de Sevilla
HAnt	Hispania Antiqua. Revista de Historia Antigua
Hesperia	The Journal of the American School of Classical Studies at Athens
HuHis	Huelva en su Historia
IbArch	Iberia Archaeologica
IJNA	International Journal of Nautical Archaeology
Itálica	Revista de Arqueología Clásica de Andalucía
JAnthrR	Journal of Anthropological Research
JESHO	Journal of the economic and social history of the Orient
JKSW	Jahrbuch der Kunsthistorischen Sammlungen in Wien
JLA	Journal of Late Antiquity
JMA	Journal of Mediterranean Archaeology
JRA	Journal of Roman Archaeology
JRS	Journal of Roman Studies
JSeismol	Journal of Seismology
Kalathos	Revista del seminario de arqueología y etnología turolense
Klio	Beiträge zur Alten Geschichte. Berlin, Akademie Verl
Laietania	Estudis d'Historia i d'Arqueología de Mataró i del Maresme
Latomus	Révue d'études latines
LATTARA	Mélanges d'Histoire et d'Archéologie de Lattes
Lauro	Quaderns d'Història i Societat. Ajuntament de LLíria
LibAnt	Libya Antiqua
Libyca	Anthopologie, Préhistoire, Ethnographie. Travaux du Laboratoire d'Anthropologie et d'Archéologie préhistoriques du Musée du Bardo
Lucentum	Anales de Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua de la Universidad de Alicante
Macla	Revista de la Sociedad Española de Mineralogía
Mainake	Estudios de Arqueología malagueña
Mastia	Revista del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena
MC	Monografies del CASC. Museu d'Arqueologia de Catalunya
MCV	Mélanges de la Casa de Velázquez
MDAI(M)	Madrider Mitteilungen
MÉFRA	Mélanges de l'École Française de Rome. Antiquité.
MemArqCor	Memorias de Arqueología Cordobesa
MEMIW	The Medieval and Early Modern Iberian World

MéridaExcArq	Mérida. Excavaciones arqueológicas
mHA	Monografías de Historia y Arte. Universidad de Cádiz.
Minerva	Revista de Filología Clásica. Universidad de Valladolid
MMAC	Monografies del Museu d'Arqueologia de Catalunya - Barcelona
Murgetana	Real Academia Alfonso X El Sabio
MusSect	International journal for the study of ancient pavements and wall revetments in their decorative and anchitectural context. Pisa
NAC	Numismatica e antichità Classiche: quaderni ticinesi
NAH	Noticiario Arqueológico Hispano
NatHaz	Natural Hazards
Numisma	Numisma. Sociedad Ibero-Americana de estudios numismáticos. Madrid
OJA	Oxford Journal of Archaeology
Pallas	Révue d'études antiques. Toulouse
PBSR	Papers of the British School at Rome
Pyrenae	Revista de Prehistoria i Antiguitat de la Mediterrània Occidental
QuaDA	Quaderns de difusió arqueológica
QuadPAC	Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló
Quarhis	Quaderns d'Arqueologia i Història de la ciutat de Barcelona
QuaternaryInt	Quaternary International. The Journal of the International Union for Quaternary Research
RAE	Revue Archéologique de l'Est: du Paléolithique au Moyen Âge. Dijon, Université de Bourgogne
RAN	Révue archéologique de Narbonnaise
RAP	Revista portuguesa de Arqueologia
RAPP	Atti della Pontifica Accademia Romana di Archeologia
RCRFActa	Rei Cretariae Romanae Fautorum Acta
RevArq	Revista de Arqueología
RevArqueolPonent	Revista d'Arqueologia de Ponent. Universitat de Lleida
RMAnt	Revista Murciana de Antropología
Romula	Revista del Seminario de Arqueología de la Universidad Pablo de Olavide
RSI	Rivista Storica Italiana
RSP	Rivista di Studi Pompeiani
RStudLig	Rivista di studi liguri. Bordighera
RUM	Revista de la Universidad de Madrid
Saguntum	Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia
Salduie	Estudios de prehistoria y arqueología. Universidad de Zaragoza
SCO	Studi classici e orientali. Pisa.
SHHA	Studia Historica. Historia Antigua. Universidad de Salamanca.
SO	Symbolae Osloenses. Norwegian Journal of Greek and Latin Studies, Scandinavian University Press
SPAL	Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla
SPhV	Studia philologica Valentina
SS	Studi Sardi. Cagliari. Istituto per gli Studi Sardi
StudArch	Studia Archeologica
StudMis	Studi Miscelanei. Roma
StudRomagn	Studi Romagnoli. Cesena
StudStor	Studi Storici. Rivista trimestrale dell'Istituto Gramsci

TA	Traballos de Arqueoloxía
Talanta	Τάλαντα. Proceedings of the Dutch Archaeological and Historical Society. Amsterdam, Nederlands Archeologisch-Historisch Genootschap
TAN	Trabajos de Arqueología Navarra
TMAIF	Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera
TPh	Trabajos de Prehistoria
Verdolay	Revista del Museo Arqueológico de Murcia
Zephyrus	Revista de Prehistoria y Arqueología. Salamanca.
ZonA	Zona Arqueológica. Museo Arqueológico Regional de Madrid
ZPE	Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik. Bonn.

FUENTES CLÁSICAS

APICIO: *De Re Coquinaria, Antología de recetas de la Roma Imperial*, Edición de A. A. DEL RE y traducción de J. BARRÍAS , Barcelona, 2005.

COLUMELA: *Los doce libros de agricultura*, Traducción de E. M. AGUILERA, 2 vols., Barcelona, 1959.

DIODORO SÍCULO: *Bilbioteca histórica*, Diodoro de Sicilia, Introducción, traducción y notas de F. PARREU, J. J. TORRES y J. M. GUZMÁN HERMIDA, 5 vol. Ed. Gredos, Madrid, 2001.

ELIO ARÍSTIDES: *Discursos*, Introducción, traducción y notas de F. GASCÓ, A. RAMÍREZ DE VERGER, L. A. LLERA y J. M. CORTÉS COPETE, 4 vol., Ed. Gredos, Madrid, 1987-1999.

ESCRIBONIO LARGO: *Compositiones*, Traducciín de A. MARSILI, Pisa, 1956.

ESTRABÓN: *Geografía de Iberia*, Traducción de J. GÓMEZ ESPELOSÍN, Ed. Alizanza, Madrid, 2007.

Historia Augusta, Edición de V. PICÓN y A. CASCÓN, Ed. Akal / Clásica, Madrid, 1989.

PLINIO: *Historia Natural*, Introducción, traducción y notas de J. CANTÓ, I. GÓMEZ SANTAMARÍA, S. GONZÁLEZ MARÍN y E. TARRIÑO, Ed. Cátedra, Madrid, 2002.

POLIBIO: Historias, Introducción general de G. CRUZ, traducción de M. BALASCH, Biblioteca Gredos, 2 vol., Madrid, 2007.

ISIDORO DE SEVILLA: *Etimologías*, Edición de J. OROZ y traducción de M. A. MARCOS, 2 vols., 2004.

TITO LIVIO: *Historia de Roma desde su fundación*, Traducción y notas de J. A. VILLAR, Biblioteca Gredos, 8 vol., Madrid, 2008.

VITRUBIO POLIÓN, M.: *Los diez libros de Arquitectura*, Traducción de J. L. OLIVER, Introducción de D. RODRÍGUEZ RUIZ, Madrid, 2009.

BIBLIOGRAFÍA

AA. VV. (2005): *La fragilidad en el tiempo, El vidrio en la Antigüedad*, Museu d'Arqueologia de Catalunya–Barcelona.

AA.VV. (1998): *Comerç i vies de comunicació: 1000 a.C. – 700 d.C.*, XI Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, (31 d'octubre i 1 de novembre de 1997), Puigcerdà.

AA.VV. (2003): *Culip VIII i les àmfores Haltern 70*, MC, 5.

AA.VV. (2004): "Gli "spazi" del tardoantico", *StudStor*, 45, 1, pp. 5-46.

AA.VV. (2006a): "Alfares femeninos de España: huellas congeladas en la era de la revolución digital", en J. L. HERNANDO (Coord.): *Las alfarerías femeninas*, Catálogo de la Exposición, Museo Etnográfico de Castilla y León, Zamora abril-agosto 2006, pp. 12-19.

AA.VV. (2006b): "Alfares zamoranos. Colección Museo Etnográfico de Castilla y León", en J. L. HERNANDO (Coord.): *Las alfarerías femeninas*, Catálogo de la Exposición, Museo Etnográfico de Castilla y León, Zamora abril-agosto 2006, pp. 45-108.

AA.VV. (2011): "rallador", voz Catálogo de Colecciones del Museo de América, nº inventario: 1991/12/09, 03410 y 1981/04/081. Imágenes de J. Otero Úbeda (Ministerio de Cultura 2011),http://ceres.mcu.es/pages/ResultSearch?Museo=MAM&txtSimpleSearch=Ralladors&simpleSearch=0&hipertextSearch=1&search=simple&MuseumsSearch=MAM|&MuseumsRolSearch=11&listaMuseos=[Museo de América]>, (Consultado el 13-X-2011).

AA.VV. (e. p.): *Hornos, talleres y focos de producción alfarera en Hispania*, Actas del I Congreso Internacional de la SECAH – Ex Officina Hispana celebrado en la Universidad de Cádiz durante los días 3 y 4 de marzo de 2011.

ABAD CASAL, L. (1989): "La Torre Ciega de Cartagena (Murcia)", *Homenaje al Profesor Antonio Blanco Freijeiro*, Madrid, pp. 243-266.

ABAD CASAL, L. (2004a): "La Alcudia Ibérica. En busca de la ciudad perdida", en: *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici,* Catálogo de la exposición, Caja de Ahorros del Mediterráneo, pp. 69-78.

ABAD CASAL, L. (2004b): "Les ciutats romanes del sud-est del Conuentus Carthaginensis", en M. ORFILA y M. A. CAU (Coord.): *Les ciutats romanes del llevant peninsular i les Illes Balears*, Ed. Pòrtic, Barcelona, pp. 95-116.

ABAD CASAL, L. y ARANEGUI GASCÓ, C. (1993): "Las ciudades romanas de los ámbitos levantino y baleárico", en BENDALA, M. (Com.): *La ciudad hispanorromana*, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 84-107.

ABAD CASAL, L., SALAS SELLÉS, F. y ALBEROLA BELDA, E. M. (1995-1997): "La necrópolis y el área sacra ibéricos de "Las Agualejas" (Monforte del Cid, Alicante)", *Lucentum*, 14-16, pp. 7-18.

ABASCAL PALAZÓN, J. M. (1986): *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica, Centros de producción, comercio y tipología*, Madrid.

ABASCAL PALAZÓN, J. M. (2002): "La fecha de la promoción colonial de Carthago Nova y sus repercusiones edilicias", *Mastia*, 1, pp. 21-44.

ABASCAL PALAZÓN, J. M. (2009a): "El cerro del Molinete y los cultos orientales de Carthago Noua", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, p. 118-119.

ABASCAL PALAZÓN, J. M. (2009b): "Fragmento de placa con inscripción funeraria" [Ficha de catálogo, nº 77], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, p. 321.

ABASCAL PALAZÓN, J. M. (2009c): "Fragmento de placa de mármol blanco con titulus pictus / Fragmento de placa marmórea con titulus pictus" [Fichas de catálogo, n^{os} 79 y 80], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, p. 323.

ABASCAL PALAZÓN, J. M. (2009d): "Fragmento de placa epigráfica" [Fichas de catálogo, n^{os} 2, 71, 72, 73, 74, 75, 76 y 78], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, p. 256, 318, 319, 320 y 322.

ABASCAL PALAZÓN, J. M. (2009e): "Pedestal ecuestre para C. Laetilius M. f. en Carthago Nova (Hispania citerior)", *Mastia*, 8, pp. 103-113.

ABASCAL PALAZÓN, J. M. y RAMALLO ASENSIO, S. F., (1997): *La ciudad de Carthago Nova: La documentación epigráfica*, La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, 3, 2 vol. (apéndice láminas), Universidad de Murcia.

ABASCAL PALAZÓN, J. M., SOLER HUERTAS, B., MADRID BALANZA, M. J. y NOGUERA CELDRÁN, J. M. (2009): "Fragmentos de zócalo (?) con banda epigráfica" [Ficha de catálogo, n^{o} 4], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, p. 258.

ABASCAL, J. M. (1987-1988): "Olpes pintados de época imperial en la provincia de Alicante", *Saguntum*, 21, pp. 361-178.

ABASCAL, J. M. (2004): "Colonia *Iulia Ilici Augusta*", en: *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici,* Catálogo de la exposición, Caja de Ahorros del Mediterráneo, pp. 79-94.

ABASCAL, J. M. y CEBRIÁN, R. (2007): "Las necrópolis", en ABASCAL, J. M., CEBRIÁN, R., RONDA, A. M. y SALA, F. (Coord.): *Baños de la Reina de Calpe. Un vicus romano a los pies del Peñón de Ifach*, Calpe, pp. 195-198.

ABASCAL, J. M. y CEBRIÁN, R. (2008): "Marcas de alfarero en lucernas romanas descubiertas en Segóbriga", *Verdolay*, 11, pp. 179-224.

ABASCAL, J. M. y ESPINOSA, U. (1989): *La ciudad hispanorromana: privilegio y poder*, Prólogo: J. CARO BAROJA, Logroño.

ABASCAL, J. M., NOGUERA, J. M. y MADRID, M. J. (2012): "Nuevas inscripciones romanas de Carthago Nova (Cartagena, Hispania Citerior)", *ZPE*, 182, pp. 287–296.

ABRAM, J. (2006): *Le Corbusier à Briey. Histoire mouvementée d'une Unité d'habitation*, avec un entretien avec Guy Vattier, Ed. Jean-Michel Place, Coll. Architecture/archives, Paris.

ACERO PÉREZ, J. (2011): "Mérida", en J. A. REMOLÀ y J. ACERO (Eds.): *La gestión de los residuos urbanos en Hispania, Xavier Dupré Raventós (1956-2006). In Memoriam*, Anejos de *AEspA*, LX, Madrid, pp. 157-180.

ACIÉN, M. (1993): "La cultura material de época emiral en el sur de Al-Andalus. Nuevas perspectivas", en A. MALPICA (Dir.): *La cerámica altomedieval en el Sur de Al-Andalus*, *Monografía Arte y Arqueología*, 19, Universidad de Granada, pp. 153-172.

ACUÑA FERNÁNDEZ, P. (1975): *Esculturas militares romanas de España y Portugal, I, Las esculturas thoracatas*, Biblioteca de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 16, Roma.

ADROHER AUROUX, A. M. y RISUEÑO OLARTE, B. (1991): "Los modos de producción en el artesanado de la antigüedad a través de los talleres cerámicos", *FlorIlib*, 2, pp. 7-20.

AGUAROD OTAL, C. (1991): *Cerámica romana importada de cocina en la Tarraconense*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza.

AGUAROD OTAL, C. (1995): "La cerámica común romana de producción local/regional e importada. Estado de la cuestión en el Valle del Ebro", *Ceràmica Comuna Romana d'època Alt-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*, Monografies Emporitanes, 8, pp. 129-153.

AGÜERA MARTÍNEZ, S. y MARTÍNEZ ALCALDE, Mª. (2005): "Excavación arqueológica Calle Era (Sur) del Puerto de Mazarrón", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 301-302.

AGÜERA MARTÍNEZ, S., INIESTA SANMARTÍN, Á. y MARTÍNEZ ALCAIDE, M. (1999): "Carta arqueológica de Mazarrón. Resultados de la campaña de 1992-1993", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia,* 8 (1993), pp. 507-522.

AGUELO I MAS, J., CARRERAS MONFORT, C. y HUERTAS ARROYO, J. (2006): "L'ocupació altimperial del solar del mercat de Santa Caterina. Un posible centre productor ceràmic", *Quarhis*, época II, 2, pp. 60-73.

ALAPONT MARTÍN, LL., CALVO GÁLVEZ, M. y RIBERA I LACOMBA, A. (2010): *La destrucción de Valencia por Pompeyo (75 a.C.)*, *QuaDA*, 6, pp. 1-39.

ALAPONT, L. (2008): "Evidencias de la ejecución y tortura pública de los soldados sertorianos en el pórtico del foro de Valentia", en C. ROCA DE TOGORES y F. RODES (Eds.): *Actas de las Jornadas de Antropología física y forense*, (Alicante, 29-30 de Junio de 2006), Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, pp. 73-80.

ALARÇAO, A. M. y DA PONTE, S. (1976): "Les lampes", en J. ALARÇAO, F. MAYET, A. M. ALARÇAO y J. DELGADO (Dir.): *Fouilles de Conimbriga VI. Céramiques diverses et verres*, t. VII, Paris, pp. 93-114.

ALBA CALZADO, M. (1999): "Características del viario urbano de Mérida entre los siglos I y VIII", *Mérida*, 5, pp. 397-423.

ALBA CALZADO, M. (2010): "La industria artesana en *Avgvsta Emerita*", en ÁLVAREZ, J. M. y MATEOS, P. (Eds.): *Actas Congreso Internacional 1910-2010. El yacimiento emeritense*, Mérida, pp. 345-363.

ALBA CALZADO, M. y GUTIÉRREZ LLORET, S. (2008): "Las producciones de transición al Mundo Islámico: el problema de la cerámica paleoandalusí (siglos VIII y IX)", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 585-613.

ALBIACH, R. (2001): "La topografía periurbana de la ciudad de Valencia", *APL*, 24, pp. 337-350.

ALCÁZAR GODOY, J., SUÁREZ LÓPEZ, A. y ALARCÓN CASTELLANO, F. J. (1994): "Enterramientos infantiles en ánforas romanas. Estudio antropológico de un hallazgo excepcional", *RevArq*, 164, pp. 36-47.

ALDINI, T. (1999): "Anfore foropopiliensi in Italia", *DocStudForlimpopoli*, 10, pp. 23-56.

ALEXANDER, M. A. y ENNAIFER, M. (con la colaboración de: BEN ABED, A.; BEN BAAZIZ, S.; BESROUR, S., DULIERE, C., GRETZINGER, J., METRAUX, G. P. R., SOREN, D. y SPIRO, M. (1973-1976): *Corpus des Mosaïques de Tunisie*, I, Utique, El Alia, 3 Vols., Túnez.

ALFÖLDY, G. (1973): *Flamines Provinciae Hispaniae Citerioris*, Anejos de *AEspA*, 6, Madrid.

ALFÖLDY, G. (1985): "Bellum Mauricum", *Chiron*, 15, pp. 90-109.

ALFÖLDY, G. (1998): "Hispania bajo los Flavios y los Antoninos: consideraciones históricas sobre una época", en M. MAYER, J. M. NOLLA y J. PARDO (Eds.): *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispània*

Citerior, Homenatge a Josep Estrada i Garriga, Ítaca, Annexos, 1, Barcelona, pp. 11-32.

ALLISON, P. M. (1997a): "Roman households: an archaeological perspective", en H. M. PARKINS (Ed.): *Roman Urbanism: Beyond the Consumer City*, Routledge, London, pp. 112-146.

ALLISON, P. M. (1997b): "Why archaeological reports have finds catalogues?", en C. G. CUMBERPATCH y P. W. BLINKHORN (Eds.): *Not so much a pot, more a way of life: current approaches to artifact analysis in archaeology*, Oxbow, Oxford, pp. 77-84.

ALLISON, P. M. (1999): "Labels for ladles: Interpreting the material culture of Roman households", en P. M. ALLISON (Ed.): *The Archaeology of Household Activities*, Routledge, London y New York, pp. 57-77.

ALLISON, P. M. (2004): *Pompeian Households: An Analisys of Material Culture*, Cotsen Institute of Archaeology, Monograph, 42, Los Angeles.

ALLISON, P. M. (2008): "Household Archaeology", en D. PEARING (Coord.): *The Encyclopedia of Archaeology,* Elsevier, New York, pp. 1449-1458.

ALONSO CAMPOY D. y PINEDO REYES J.(2007): "Notas sobre las ánforas adriáticas del pecio Escombreras 2 (Cartagena)", en J. PÉREZ BALLESTER y G. PASCUAL (Eds.): *Comercio, redistribucíon y fondaderos. La navegación a vela en el Mediterráneo*, *Actas V Jornadas Internacionales de Arqueología Subacuática*, (Gandía, 8 a 10 de noviembre de 2006), Valencia, pp. 221-229.

ALONSO CAMPOY, D. (2003): "Villa romana de La Raya (San Pedro del Pinatar). Febrero de 2002", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XIV, pp. 92-95.

ALONSO CAMPOY, D. (2006): "Intervención arqueológica en la Calle Carmen nº 7 - Calle Sagasta nº 10, Cartagena, Abril de 2005", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVII, pp. 103-104.

ALONSO CAMPOY, D. (2009): "Minería y tráfico marítimo. Pecios y enclaves costeros para el estudio de la actividad minera en *Carthago Noua*", *Argentvm*, 1, pp. 11-55.

ALONSO CAMPOY, D., PINEDO REYES, J. y GÓMEZ BRAVO, M. (1997): "Intervención arqueológica de urgencia en la Boca Chica (Escombreras, Puerto de Cartagena). Junio de 1996", *Jornadas de Arqueología Regional*, VIII, Murcia, pp. 47-48.

ALONSO CAMPOY, D., PINEDO REYES, J., MIÑANO DOMÍNGUEZ, A. I. y GÓMEZ BRAVO, M. (2002): "Prospecciones submarinas de urgencia en la Boca Chica de Escombreras, Cartagena (1996)", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 11, (1996),, Murcia, pp. 411-422.

ALONSO CEREZA, E. (2005): "Vidrios", *Antigüedades romanas 3*, Catálogo del Gabinete de Antigüedades, Real Academia de la Historia, Madrid, pp. 171-278.

AMANTE SÁNCHEZ, M. (1993): *Lucernas romanas de la Región de Murcia. Hispania Citerior*, Anejos de *A&Cr*, 1.

AMANTE SÁNCHEZ, M. y LECHUGA GALINDO, M. (1986): "Un conjunto de bronces del s. III d.C. procedente del yacimiento romano de los Torrejones (Yecla, Murcia)", *I Jornadas de Historia de Yecla*, pp. 51-61

AMANTE SÁNCHEZ, M., PÉREZ BONET, M. A. y MARTÍNEZ VILLA, M. A. (1996): "El complejo romano del Alamillo (Puerto de Mazarrón, Murcia)", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 5, (1990), pp. 313-343.

AMANTE SÁNCHEZ, M., PÉREZ BONET, M. A., MARTÍN CAMINO, M., GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R. y MARTÍNEZ VILLA, M. A. (1995): "El *Sacellum* dedicado a *Iuppiter Stator* en Cartagena", *A&Cr*, 12, Ejemplar dedicado a: Lengua e Historia: Homenaje al Profesor Dr. D. Antonio Yelo Templado al cumplir 65 años), pp. 533-562.

AMARÉ TAFALLA, M. T. (1988): *Lucernas romanas en Aragón*. Institución Fernando el Católico (CSIC), Zaragoza.

ANDRÉ, J. (1961): *L'alimentation et la cuisine à Rome*, Paris.

ANDREAE, B. (2001): *Skulptur des Hellenismus*, Aufnahmen Albert Hirmer und Irmgrad Ernstmeier-Hirmer, München.

ANDREU PINTADO, J. (2004): *Munificencia pública en la Provincia Lusitania (siglos I-IV d.C.)*, Institución "Fernando el Católico", Colección Estudios, Zaragoza.

ANDREU PINTADO, J. (Ed.) (2012): *Las cvpae hispanas. Origen, difusión, uso, tipología*, Monografías "Los Bañales", 1, UNED, Tudela.

ANSELMINO, L., COLETTI, C. M., FERRANTINI, M. L. y PANELLA, C. (1986): "Ostia, Terme del Nuotatore", en A. GIARDINA (Ed.): *Le merci, gli insediamenti*, Società romana e Impero Tardoantico, Vol. 3, Ed. Laterza, Roma-Bari, pp. 45-81.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. (2003): "Excavación arqueológica en calle del Aire nos 34-36. Esquina callejón de Estereros de Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XIV, pp.68-71.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. (2005a): "Las técnicas de explotación en las minas romanas de *Carthago Noua*", en J. A. ANTOLINOS y J. I. MANTECA (Coord.): *Bocamina. Patrimonio minero de la Región de Murcia*, Catálogo de la exposición celebrada en Murcia (8 septiembre a 6 noviembre de 2005), Murcia, pp. 71-83.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. (2005b): "Prospección minero-metalúrgica antigua en la sierra de Cartagena y su territorio adyacente", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 13, (1998), pp. 581-602.

ANTOLINOS MARIN, J. A. (2006): "Hallazgos ibéricos, púnicos y romanos en Cartagena: excavación en Calle Palas 5-7", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVII, pp. 101-104.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. (2007): "El complejo arqueológico del Cabezo de la Atalaya (El Algar, Cartagena" *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 151-162.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. (2008): "La explotación de los recursos minerales en el entorno de Carthago Noua", en J. UROZ, J. M. NOGUERA y F. COARELLI (Eds.): *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*, IV Congreso histórico-arqueológico hispano-italiano, (Murcia, 2006), pp. 619-632.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. (2009): "El trazado urbanístico y viario de la colonia romana", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 59-67.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. (2012): "Centros de producción y administración en el territorio minero de Carthago Nova: a propósito de los hallazgos documentados en El Gorguel (sierra de Cartagena)", en A. OREJAS y C. RICO (Eds.): *Minería y metalurgia antiguas. Visiones y revisiones*, Homenaje a Claude Domergue, Collection de la Casa de Velázquez, 128, Madrid, pp. 63-79.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. y FERNÁNDEZ-HENAREJOS, D. (2004): "Intervención arqueológica en el yacimiento romano de Los Tinteros de Isla Plana (Cartagena)", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XV, pp. 89-92.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. y SOLER HUERTAS, B. (2000): "Nuevos testimonios arqueológicos sobre la industria del aceite en los alrededores de *Carthago Nova*. Las ánforas de la bética en la ciudad portuaria", en *Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae, Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano*, Vol. 2, Écija, pp.537-555.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. y SOLER HUERTAS, B. (2007): "Los orígenes de la arqueometría en la Región de Murcia (I): los hallazgos en la Sierra Minera de Cartagena-La Unión", *Mastia*, 6, pp. 123-142.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. y SOLER HUERTAS, B. (2008): "Los orígenes de la arqueometría en la Región de Murcia (II): los descubrimientos en el área minera de Mazarrón", *Mastia*, 7, pp. 9-34.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. y SOLER HUERTAS, B. (2010a): "El taller de alfarería de época romana de Los Tinteros (Isla Plana, Cartagena)", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 15, (2002-2003), pp. 227-245.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. y SOLER HUERTAS, B. (2010b): "Hallazgos antiguos en el sector occidental de Carthago Nova: excavación de urgencia en Calle Aire 34-

36, esquina Callejón de Estereros de Cartagena", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 15, (2002-2003), pp. 401-413.

ANTOLINOS MARÍN, J. A. y SOLER HUERTAS, B. (2010c): "Testimonios arqueológicos sobre la producción de vidrio en *Carthago Nova*: excavación en Calle Mayor 41 de Cartagena", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 15, (2002-2003), pp. 437-444.

ANTOLINOS MARÍN, J. A., LÓPEZ ROSIQUE, C. y SOLER HUERTAS, B. (2002): "Intervención de urgencia en la calle Mayor 41 (Cartagena)", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología regional*, XIII, pp. 52.

ANTOLINOS MARÍN, J. A., NOGUERA CELDRÁN, J. M. y SOLER HUERTAS, B., (2007): "Una nueva inscripción de Beneficiarivs consvlaris procedente de Cartagena (Carthago Nova, Hispania Citerior Tarraconensis)", en M. MAYER, G. BARATTA, y A. GUZMÁN (Eds.): *Acta XII Congressvs Internationalis Epigraphiae Graecae et Latinae: provinciae Imperii romani inscriptionibus descriptae*, Universidad Autónoma de Barcelona, 3-8 septiembre 2002, Barcelona, pp. 49-59.

ANTOLINOS MARÍN, J. A., NOGUERA CELDRÁN, J. M. y SOLER HUERTAS, B., (2010): "Poblamiento y explotación minero-metalúrgica en el distrito minero de Carthago Noua", en J. M. NOGUERA (Ed.): *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania. 15 Años después*, Murcia, pp. 167-231.

ANTOLINOS MARÍN, J. A., SUÁREZ ESCRIBANO, L., CONDE GUERRI, E. y NOGUERA CELDRÁN, J. M. (2005): "Intervención arqueológica en la villa romana de Los Cipreses (Jumilla, Murcia). Primeros resultados de la campaña de 2004", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 310-314.

AQUILUÉ ABADÍAS, J. (1987): *Las cerámicas africanas de la ciudad romana de Baetulo* (*Hispania Tarraconensis*), BAR Internacional Series, 337, Oxford.

AQUILUÉ ABADÍAS, X. (1984): "Las reformas augusteas y su repercusión en los asentamientos del Nordeste peninsular", *ArqEsp, 5*, Teruel, pp. 95-114.

AQUILUÉ ABADÍAS, X. (1985): "Algunas consideraciones sobre el comercio africano. Tres facies características de la cerámica común africana de época alto-imperial", *Empúries*, 47, pp. 210-222.

AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURAN, J. (Coord.) (2000): *La ceràmica de vernís negre dels s. II i I a.C.: centres productors mediterranis i comercialització a la Peninsula Ibèrica*, Actas de la Taula rodona, (Empúries, 4 i 5 de juny de 1998), Mataró.

AQUILUÉ, X. (1995): "La cerámica común africana", *Ceràmica Comuna Romana d'època Alt-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*, Monografies Emporitanes, 8, pp. 61-74.

AQUILUÉ, X. (2008): "Las imitaciones de cerámica africana en *Hispania*", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 553-561.

AQUILUÉ, X., CASTANYER, P., SANTOS, M. y TREMOLEDA, J. (2002): "Primers resultats del projecte d'intervenció arqueológica a les termes publiques de la ciutat romana d'Emporiae (Empúries, L'Escala, Alt Empordà)", *Empúries, 53*, pp. 241-260.

AQUILUÉ, X., CASTANYER, P., SANTOS, M. y TREMOLEDA, J. (2005): "Presencia de producciones sigillatas sudgálicas en las excavaciones realizadas en el foro de la ciudad romana de Empúries (L'Escala, Alt Empordà)", en X. NIETO, M. ROCA, A. VERNHET y P. SCIAU (Eds.): *La difusió de la terra sigillata sudgàl.lica al nord d'Hispania*, MMAC, 6, pp. 199-239.

AQUILUÉ, X., CASTANYER, P., SANTOS, M. y TREMOLEDA, J. (2008): "L'evolució dels contextos ceràmics d'Empúries entre els segles II a.C. i VII d.C.", *SFÉCAG, Actes du congrès de L'Escala-Empúries,* 1er-4 mai 2008, pp. 33-62.

AQUILUÉ, X., MAR, R., NOLLA, J. M., RUIZ DE ARBULO J. y SANMARTÍ, E. (1984): *El Fòrum romà d'Empúries (Excavacions de l'any 1982). Una aproximació arqueològica al procès històric de la romanització al nord-est de la Península Ibèrica,* Monografies Emporitanes, 6, Barcelona, 1984.

ARAGONESES, M. J. (1982): *Artes Industriales Cartageneras. Lozas del siglo XIX*, Academia Alfonso X El Sabio, (1ª Ed. 1960), Murcia.

ARANA CASTILLO, R. (1985): "Envases para salazón en el bajo Imperio (II): estudio mineralógico de las cerámicas romanas de Águilas y Mazarrón (Murcia)", *VI Congreso Internacional de Arqueología Submarina*, Cartagena, 1982, pp. 443-450

ARANA CASTILLO, R. y ALÍAS LINARES, A. (2007): "Estudio mineralógico y estadístico de ánforas tardías en el SE peninsular", *Macla*, 7, pp. 17.

ARANA CASTILLO, R. y RAMALLO ASENSIO, S. F. (1985): "Los mármoles del Cabezo Gordo (Torre Pacheco, Murcia) y su empleo en la Antigüedad", *BSEM*, 8, pp. 391-398.

ARANA, R., ANTOLINOS, J. A., NOGUERA, J. M. y SOLER, H. (2012): "Quarrying, use and scope of Cabezo Gordo and Rambla de Trujillo marbles (Murcia, Spain) in the Roman Era", en A. GUTIÉRREZ GARCÍA-M., P. LAPUENTE e I. RODÀ (Eds.): *Interdisciplinary Studies on Ancient Stone Proceedings of the IX ASMOSIA Conference (Tarragona 2009)*, Documenta, 23, ICAC, Tarragona, pp. 657-664.

ARANEGUI GASCÓ, C. (1993): "Datos para el conocimiento de Sagunto en el siglo II", *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (Siglos II y III d.C.), Cité et communauté civique en Hispania*, Actes du colloque organisé para la Casa de Velázquez et par le Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 25-27 janvier 1990, Madrid, pp. 139-146.

ARANEGUI GASCÓ, C., KBIRI ALAOUI, M. y VIVES FERRÁNDIZ, J.I (2004): "Alfares y producciones cerámicas en Mauritania occidental: balance y perspectivas", en D. BERNAL y L. LAGÓSTENA (Eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, Actas del Congreso Internacional, (Cádiz, 12-14 de noviembre de 2003), Vol., 1, BAR International Series, 1266, Oxford, pp. 363-378.

ARCE MARTÍNEZ, J. (1981): "Inestabilidad política en Hispania durante el siglo II d.C.", *AEspA*, Vol. 54, 143-144, pp. 101-116.

ARCE MARTÍNEZ, J. (1982): *El último siglo de la España romana (284-409)*, Alianza Universidad, Madrid [Ed. 1997].

ARCE MARTÍNEZ, J. (1988): "La crisis del siglo III d.C. en Hispania y las invasiones bárbaras", en: *España entre el mundo antiguo y el mundo medieval*, [Publicado con anterioridad en *HAnt*, 8, (1978), pp. 257-269], Madrid, pp. 53-67.

ARCE MARTÍNEZ, J. (1993): "La ciudad en la España tardorromana: ¿continuidad o discontinuidad?", *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (Siglos II y III d.C.), Cité et communauté civique en Hispania*, Actes du colloque organisé para la Casa de Velázquez et par le Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 25-27 janvier 1990, Madrid, pp. 177-184.

ARCE MARTÍNEZ, J. (1998): "El siglo III d.C.: los preludios de la transformación en Hispania", en M. ALMAGRO-GORBEA y J. M. ÁLVAREZ MARTÍNEZ, (Eds.): *En el año de Trajano. Hispania, el legado de Roma*, Ministerio de Educación y Cultura, Zaragoza, pp. 353-361.

ARCE, J. (2002): "Los vándalos en Hispania (409-429 A.D.)", en A. BEN ABED y N. DUVAL (Eds.): *L'Afrique vandale et byzantine*, Actes du colloque international (Tunis, 5-8 octobre 2000) et de la Table ronde sur l'Afrique byzantine organisée dans le cadre du XXe congrès international des études byzantines (Paris, 20 août 2001), *AntTard*, 10, pp. 75-85.

ARCELIN, P. (1998): "Quantifier les céramiques d'un site. Choix préalables et traitements de l'information archéologique", en P. ARCELIN y M. TRUFFEAU-LIBRE (Dir.): *La quantification des céramiques. Conditions et protocole*, *Bibracte*, 2, Actes de la table ronde du Centre archéologique européen du Mont Beauvray (Glux-en-Glenne, 7-9 avril, 1998), pp. 37-46.

ARCELIN, P. y RIGOIR, Y. (1979): *Normalisation du dessin en céramologie*, *DAM*, Número spécial 1, Résultats de la table-ronde de Montpellier, Lambesc.

ARCELIN, P. y TRUFFEAU-LIBRE, M. (Eds.) (1998): *La quantification des céramiques. Conditions et protocole*, *Bibracte*, 2, Actes de la table ronde du Centre archéologique européen du Mont Beauvray (Glux-en-Glenne, 7-9 avril, 1998).

ARELLANO GAÑÁN, I., GÓMEZ BRAVO, M., MIÑANO DOMÍNGUEZ, A. y PINEDO REYES, J. (1997): "Informe preliminar de la prospección arqueológica subacuática realizada en los accesos al puerto de Cartagena y puerto e Isla de

Escombreras", Memorias de Arqueología de la Región de Murcia, 6, (1991), pp. 295-302.

ARIAS FERRER, L. (2006): *La circulación monetaria en el Levante peninsular durante el siglo II d.C.*, Fundación Municipal Jose María Soler, Villena.

ARIAS FERRER, L., ANTOLINOS MARÍN, J. A. y NOGUERA CELDRÁN, J. M. (2011): "Un conjunto numismático de época bajoimperial procedente de la villa de "Los Cipreses" (Jumilla, Murcia), *Numisma*, 255, pp. 77-109.

ARIÑO DÍAZ, B. (2006): "Sello sobre lingote de plomo inédito conservado en el Museo Nacional de Arqueología Marítima de Cartagena", *Salduie*, 6, pp. 291-295.

ARNAUD, P. 2005, *Les routes de la navigation antique. Itinéraires en Méditérranée*, Ed. Errance, Paris.

ARNAUD-LINDET, M.-P. (1997): "Les sources littéraires de l'histoire de l'Empire romain de la fin des Antonins au concile de Nicée", en Y. LE BOHEC (Coord.), *L'Empire Romain de la mort de Commode au Concile de Nicée*, Questions d'Histoire, Paris, pp. 9-28.

ARNOLD, D. E. (1985): *Ceramic theory and cultural process*, New Studies in Archaeology, Cambridge University Press.

ARRAYÁS MORALES, I. (2004): "Tarraco, capital provincial", *Gerión*, 22, 1, pp. 291-303.

ARTHUR, P. (1987): "Precisazioni su di una forma anforica medio-imperiale della Campania", en: *El vi a la antiguitat. Economia, producció i comerç al Mediterrani Occidental*, Actes del I Col.loqui International d'Arqueologia Romana, (Badalona, 28-30 novembre i 1 de desembre 1985), pp. 401-406.

ATENCIA PAZ, R. (1984-1985): "El epígrafe singiliense de G. Vallio Maxumiano, reencontrado", *Mainake*, 6-7, pp. 177-186.

ATHANASSIADI, P. (2006): "Antiquité tardive: construction et déconstruction d'un modèle historiographique", *AntTard*, 14, pp. 311-324.

ATLANTE I [CARANDINI, A., (Dir.)] (1981): *Atlante delle forme ceramiche, I, Ceramica fine romana nel bacino mediterraneo (medio e tardo Impero)*, *EAA*, Roma.

AURIEMMA, R. (2000): "Le anfore del relitto di Grado", *MÉFRA*, 112, 1, pp. 27-51.

AYALA JUAN, M. M. y LORA SERRANO, G. (2007): "Útiles de esparto en la Prehistoria reciente. Evidencias arqueológicas", en J. B. VILAR, A. PEÑAFIEL y A. IRIGOYEN (Coord.): *Historia y sociabilidad*, Homenaje a la profesora María del Carmen Melendreras Gimeno, Murcia, pp. 171-196.

AZUAR RUIZ, R. (1989): *Denia islámica: arqueología y poblamiento*, Instituto de Cultura Juan-Gil Albert, Alicante.

BAATZ, D. (1977): “Reibschale und Romanisierung”, *RCRFActa,* 17-18, pp. 147-158.

BACCHIELLI, L. (1986): "Monumenti funerari a forma di cupola: origine e diffusione in Italia meridionale", en A. MASTINO (Ed.): *AfrRom, 3, Atti del III convegno di studio* (Sassari, 13-15 diciembre 1985), Sassari, pp. 303-319.

BACCHIELLI, L. (1995): “A Cyrenaica earthquake *post* 364 A.D.: written sources and archaeological evidences”, *AnnGeo*, 30, 5-6, pp. 977-982.

BAENA, L. (2009): “Estatuas togadas y femeninas vestidas”, en P. LEÓN (Coord.): *Arte romano de la Bética. Escultura*. pp. 235-276.

BAGNALL, R. S. (2002): “The effects on plague: model and evidence”, *JRA*, 15, pp. 114-120.

BAHAMONDE BAGO, S. (2009): “La intervención arqueológica de la calle San Francisco nº 8: una revisión de la excavación de 1983”, *Mastia*, 8, pp. 7-34.

BAILEY, D. M. (1994): “Lamps”, en M. FULFORD y R. TOMBER (Eds.): *Excavations at Sabratha 1948-1951*, vol. II. *The finds, Pt. 2. The finewares and lamps*, pp. 145-210.

BAILEY, D.M. (1988): *A Catalogue of the Lamps in the British Museum, III. Roman Provincial Lamps*, London.

BAILLY, R. (1962): “Essai de classification des marques de potier sur lampes en argile dans la Narbonnaise”, *CaLPA*, 11, pp. 79-127.

BAJO, F. y MANGAS, J. (1994): “Roma”, en J. MANGAS (Coord.): *Historia Antigua,* Manual de Historia Universal, Historia 16, Madrid, pp. 459-806.

BALDONI, D. (2003): *Vasi a matrice di età imperiale a Iasos*, Missione archeologica italiana di Iasos III, Archeologia 139, Roma.

BALIL, A. (1968-1969): “Marcas de ceramista en lucernas romanas halladas en España”, *AEspA*, 41, pp. 158-178.

BALMELLE, C., BLANCHARD-LEMÉE, M., CHRISTOPHE, J., DARMON, J.-P., GUIMER-SORBETS, A.-M., LAVAGNE, H., PRUDHOMME, R. y STERN, H. (2002): *Le décor géométrique de la mosaïque romaine, I. Répertoire graphique et descriptif des compositions linéaires et isotropes*, Dessins de R. PRUDHOMME, [1ère éd. 1985], Ed. A. et J. Picard, Paris.

BALMELLE, C., BLANCHARD-LEMÉE, M., DARMON, J.-P., GOZLAN, S. y RAYNAUD, M.-P. (con la colaboración de: BLANC-BIJON, V. y CRISTOPHE, J.) (2002): *Le décor géométrique de la mosaïque romaine, II. Répertoire graphique et descriptif des décors centrés*, Dessins de R. PRUDHOMME, [1ère éd. 1985], Ed. A. et J. Picard, Paris.

BALTY, J. CH. (1991): *Curia ordinis. Recherches d’architecture et d’urbanisme antiques sur les curies provinciales du monde romain*, Mémoires de la classe des

Beaux-Arts, Coll. in 4º - 2e série, T. XV – fascicule 2, Académie Royale de Belgique, Bruxelles.

BAÑOS SERRANO, J. (1991-1992): "Un olpe romano de tradición ibérica en Alhama de Murcia", *AnMu*, 7-8, pp. 163-171.

BAÑOS SERRANO, J. (2005): "La singularidad del olpe romano de Alhama de Murcia: cultos fálicos y fecundidad en la tierra del Valle del Guadalentín", *RMAnt*, 12, Actas del I Congreso sobre Etnoarqueología del vino, Bullas, 4-6 noviembre de 2004, pp. 133-144.

BARADEZ, J. (1957): "Nouvelles fouilles à Tipasa dans une nécropole païenne", *Libyca*, 5, pp. 159-275.

BARBERA, M. (1992): "Il tema della caricatura in alcune forme vascolari di età imperiale", *BABesch*, 67, pp. 169-182.

BARBERAN, S. (2011): "Un dépotoir constitué à la fin du regne de Tibère au pied de l'enceinte romaine de Nîmes", *SFÉCAG, Actes du congrès d'Arles,* 2-5 juin 2011, pp. 571-583.

BARRIENTOS VERA, T. (2004): "Una *figlina* emeritense extramuros del siglo I d.C. y la ocupación funeraria del espacio en épocas bajoimperial y andalusí. Intervención arqueológica realizada en el solar nº 19 de la calle Concejo (Mérida)", *MéridaExcArq*, 10, pp. 371-407.

BATIGNE, C. y DESBAT, A. (1996): "Un type particulier de "cruche": les bouilloires en céramique d'époque romaine (Ier-IIIe siècles)", *SFÉCAG, Actes du congrès de Dijon, 16-19 mai 1996*, Marseille, pp. 381-394.

BATS, M. (1988): *Vaisselle et alimentation à Olbia de Provence (v. 350 - v. 50 av. J.-C), RAN,* Supplément, 18.

BATS, M. (1993): "Céramique commune italique", en M. PY (Dir.): *LATTARA*, 6, *DICOCER*, *Dictionnaire des Céramiques Antiques (VIIème s. av. n. è. – VIIème s. de n. è.) en Méditerrannée nord-occidentale (Provence, Languedoc, Ampurdan)*, Lattes, pp. 357-362.

BATS, M. (1996), "Remarques finales", en M. BATS (Dir.): *Les céramiques communes de Campanie et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C. – IIe s. ap. J.-C.). La vaisselle de cuisine et de table,* (Naples, 27-28 mai 1994), Coll. CJB, 14, Naples, pp. 481-484.

BATS, M. (2009): "Les artisans de l'îlot VI à Olbia de Provence (Hyères, Var)", en J.-P. BRUN (Ed.): *Artisanats antiques d'Italie et de Gaule. Mélanges offerts à Maria Francesca Buonaiuto*, Collection du Centre Jean Bérard, 32, Archéologie de l'artisanat antique, 2, Naples, pp. 199-202.

BÉAL, J.-C. (1983): *Catalogue des objets de tabletterie du Musée de la Civilisation Gallo-Romaine de Lyon*, Centre d'Études Romaines et Gallo-romaines de l'Université Jean Moulin Lyon III, Nouvelle série, 1.

BÉAL, J.-C. (1984a): *Les objets de tabletterie antique du musée archéologique de Nîmes,* Cahiers des musées et monuments de Nîmes, 2.

BÉAL, J.-C. (1984b): *Les objets en os et en ivoire*, coll. Documents, 1, Musées de la ville de Vienne.

BÉAL, J.-C. (2000): "Objets d'ivoire, valeur des objets, lieux de production: l'exemple de la Gaule romaine. Des ivoires et des cornes dans les mondes anciens (Orient-Occident)", en J-C. BÉAL y J-C. GOYON (Dir.): *Archéologie et Histoire de l'Antiquité*, 4, Université Lumière-Lyon 2, pp. 101-113.

BÉAL, J.-C. (2002): "L'artisanat et la ville: relecture de quelques textes", en J-C. BÉAL y J-C. GOYON (Coord.): *Les artisans dans la ville antique*, Collection Archeologie et Histoire de l'Antiquité, Université Lumière-Lyon 2, Vol. 6, pp. 5-14.

BECATTI, G. (1961): *Scultura greca. Il quarto secolo e l'Ellenismo*, Verona.

BELMONTE MARÍN, J. A. y FILIGHEDDU, P. (2004): "Marcas de alfarero púnicas procedentes de Cartagena y su entorno", en A. GONZÁLEZ BLANCO, G. MATILLA y A. EGEA (Eds.): *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*, *EsOr*, 5-6, (Actas II Congreso Internacional del Mundo Púnico, Cartagena, 6-9 de abril de 2000), pp. 501-508.

BELTRÁN DE HEREDIA BERCERO, J. (2008): "Inhumaciones "privilegiadas" *intra muros* durante la Antigüedad Tardía: el caso de *Barcino*", *AAC*, 19, pp. 231-260.

BELTRÁN DE HEREDIA, J. y RODÀ, I. (2012): "Las cupae de la Hispania Citerior: reflexiones sobre su origen y sobre el caso de Barcino", en J. ANDREU (Ed.): Las *cvpae* hispanas. Origen, difusión, uso, tipología, Monografías "Los Bañales", 1, UNED, Tudela, pp. 77-110.

BELTRÁN DE HEREDIA, J., (2007): "La *via sepulchralis* de la Plaza Vila de Madrid. Un ejemplo del ritual funerario durante el Alto Imperio en la necrópolis occidental de Barcino", *Quarhis,* 3, pp. 13-63.

BELTRÁN LLORIS, M. (1978): *Cerámica romana: tipología y clasificación*, Zaragoza.

BELTRÁN LLORIS, M. (2004): "Alfares y hornos en Andalucía. Historiografía de la investigación y claves de lectura", en D. BERNAL y L. LAGÓSTENA (Eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, Actas del Congreso Internacional, (Cádiz, 12-14 de noviembre de 2003), Vol., 1, BAR International Series, 1266, Oxford, pp. 9-37.

BELTRÁN LLORIS, M. (2008): "Prólogo. La cerámica hispanorromana en el s. XXI", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 37-46.

BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1952): "El plano arqueológico de Cartagena", *AEspA*, 25, pp. 47-82.

BELTRÁN, A. (1948): "Topografía de Carthago Nova", *AEspA*, 21, 72, pp. 191-224.

BÉMONT, C. y CHEW, H. (2007): *Lampes en terre cuite antiques. Musée d'Archéologie Nationale de Saint-Germain-en-Laye*, Paris.

BEN ABED, A. y GRIESHEIMER, M., (2004): "Topographie funéraire et typologie sépulcrale de la nécropole de Pupput", en A. BEN ABED y M. GRIESHEIMER (Dir.): *La nécropole romaine de Pupput, CÉFR, 323*, pp. 5- 13.

BEN ABED, A., BONIFAY, M., FILANTROPI, G. y GRIESHEIMER, M. (2004): "Un exemple de traitement des données archéologiques: la zone ouverte sud", en A. BEN ABED y M. GRIESHEIMER (Dir.): *La nécropole romaine de Pupput*, *CÉFR*, 323, pp. 21-57.

BEN MOUSSA, M. (2007a): "Nouvelles données sur la production de sigillées africaines dans la Tunisie centrale", en A. MRABET y J. REMESAL (Eds.): *In Africa et in Hispania: Études sur l'Huile Africaine*, Instrumenta, 25, Barcelona, pp. 107-136.

BEN MOUSSA, M. (2007b): La production de sigillées africaines. Recherches d'histoire et d'archéologie en Tunisie septentrionale et centrale, Instrumenta, 23, Barcelona.

BENDALA GALÁN, M. (1992): "Materiales de construcción romanos: peculiaridades de Hispania", en I. RODÀ (Coord.): *Ciencias, metodologías y técnicas aplicadas a la arqueología*, Fundación La Caixa, Barcelona, pp. 215-226.

BERMEJO TIRADO, J. (2009): "El pan nuestro de cada día: la religiosidad en el contexto arqueológico de las unidades domésticas ibéricas", *RevArqueolPonent*, 19, pp. 98-108.

BERMEJO TIRADO, J. (2011): "Arqueología de las actividades domésticas: una propuesta metodológica para el mundo romano", en A. FERNÁNDEZ DÍAZ y A. QUEVEDO (Eds.): *La arquitectura doméstica romana en ámbito urbano y rural, AnMu,* 23, 2007-2008 [Ed. 2011], Nº Monográfico: *La arquitectura doméstica romana en ámbito urbano y rural*, pp. 231-251.

BERMEJO TIRADO, J. y QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (e. p.): "Fortuna *domus* (Cartagena): archaeological analysis of household activities", *OJA*.

BERMÚDEZ MEDEL, A. y JUAN TOVAR, L. C. (1995): "Las fuentes clásicas en el estudio de las producciones cerámicas. Una introducción", *AnUISEK*, 1, pp. 23-35.

BERNAL CASASOLA, D. (1995a): "Cerámicas romanas de tipo figurado en contextos tarraconenses", *BAEAA*, 35, pp. 263-268.

BERNAL CASASOLA, D. (1995b): *Las lucernas romanas del Museo Municipal de Ceuta*, Ceuta.

BERNAL CASASOLA, D. (1998a): "Las cerámicas de importación y la cronología del alfar", en D. BERNAL (Ed. y Coord.): *Los Matagallares (Salobreña, Granada).*

Un centro romano de producción alfarera en el siglo III d.C., Ayuntamiento de Salobreña, pp. 169-229.

BERNAL CASASOLA, D. (1998b): "Las producciones anfóricas del taller", en D. BERNAL (Ed. y Coord.): *Los Matagallares (Salobreña, Granada). Un centro romano de producción alfarera en el siglo III d.C.*, Ayuntamiento de Salobreña, pp. 231-305.

BERNAL CASASOLA, D. (2000): "La producción de ánforas en la Bética en el s. III y durante el Bajo Imperio romano", en *Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae, Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano*, Vol. 1, Écija, pp. 239-372.

BERNAL CASASOLA, D. (2008): "Ánforas y vino en la Antigüedad Tardía. El ejemplo de la *Hispania* meridional", en J.BLÁNQUEZ y S. CELESTINO (Eds.): *El vino en época tardoantigua y medieval*, Serie Varia, 8, Madrid, pp. 33-60.

BERNAL CASASOLA, D. (Ed.) (1998c): *Los Matagallares (Salobreña, Granada). Un centro romano de producción alfarera en el siglo III d.C.*, Ayuntamiento de Salobreña.

BERNAL CASASOLA, D. y GARCÍA VARGAS, E. (2012): "Las ánforas tipo Puerto Real 3. Un nuevo envase de salazones gaditanas en época antonino-severiana", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*, *mHA*, Cádiz, pp. 247-254.

BERNAL CASASOLA, D. y JIMÉNEZ-CAMINO ÁLVAREZ, R. (2004): "El taller de El Rinconcillo en la Bahía de Algeciras. El factor itálico y la economía de exportación (ss. I a.C. – I d.C.)", en D. BERNAL y L. LAGÓSTENA (Eds.): *Figlinae Baeticae: talleres alfareros y producciones de cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII s. C.),* Actas del Congreso Internacional (Cádiz, 12-14 de noviembre de 2003), BAR International Series, 1266, Oxford, pp. 589-606.

BERNAL CASASOLA, D. y RIBERA I LACOMBA, A. (2008): "Introducción. "What are we looking for in our pots?" Reflexiones sobre ceramología hispanorromana", en D. BERNAL y A. RIBERA (eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 15-35.

BERNAL CASASOLA, D., ARÉVALO GONZÁLEZ, A., MUÑOZ VICENTE, Á., GARCÍA JIMÉNEZ, I., BUZTAMANTE ÁLVAREZ, M. y SÁEZ ROMERO, A. M. (2011): "Baelo Claudia", en J. A. REMOLÀ y J. ACERO (Eds.): *La gestión de los residuos urbanos en Hispania, Xavier Dupré Raventós (1956-2006). In Memoriam*, Anejos de *AEspA*, LX, Madrid, pp. 65-92.

BERNAL CASASOLA, D., DÍAZ RODRÍGUEZ, J. J. y LAVADO FLORIDO, M. L. (2008): "Un taller alfarero en el barrio industrial urbano de Gades. A propósito del horno cerámico de la C/ Solano 3 (Cádiz)", *SPAL*, 17, pp. 317-322.

BERNAL CASASOLA, D., LÓPEZ CHAMIZO, S., ROMÁN PUNZÓN, J. M. (2011): "Un ánfora ¿libanesa? en la Malaca severiana. Excepcional hallazgo funerario en la C/ Rosario 6", *BexOH*, 3, SECAH, pp. 12-15.

BERNAL CASASOLA, D., LORENZO MARTÍNEZ, L. y NAVAS, J. (2004): "La tipología de los hornos béticos en el s. III d.C. Novedades en el taller de los Matagallares (Salobreña, Granada)", en D. BERNAL y L. LAGÓSTENA (Eds.): *Figlinae Baeticae: talleres alfareros y producciones de cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII s. C.),* Actas del Congreso Internacional (Cádiz, 12-14 de noviembre de 2003), BAR International Series, 1266, Oxford, pp. 489-506.

BERNAL, D., ARÉVALO, A., LORENZO, L. y CÁNOVAS, A. (2007): "Abandonos en algunas *insulae* del barrio industrial a finales del siglo II d.C.", en D. BERNAL y A. ARÉVALO (Eds.): *Las Cetariae de Baelo Claudia, Avance de las investigaciones arqueológicas en el barrio meridional (2000-2004)*, Universidad de Cádiz, pp. 383-453.

BERNAL, D., GARCÍA, R., SÁEZ, A. M., DÍAZ, J. J. y MONTERO, R. (2004): "Ánforas locales e importadas del yacimiento Los Cargaderos. Caracterización arqueométrica de algunos talleres alfareros de época romana de San Fernando (Cádiz)", en Mª J. FELIU, J. MARTÍN, M. C. EDREIRA, M. C. FERNÁNDEZ LORENZO, M. P. MARTÍNEZ BRELL, GIL, A. y R. ALCÁNTARA. (Eds.): *Avances en Arqueometría 2003*, Universidad de Cádiz, pp. 145-154.

BERNARD, G. (2009): "Les prétendues invasions maures en Hispanie sous le regne de Marc Aurèle: essai de synthèse", *Pallas*, 79, pp. 357-375.

BERNÁRDEZ GÓMEZ, M. J. y GUISADO DI MONTI, J. C. (2012): "El distrito minero romano de *lapis specularis* de Castilla-La Mancha", en A. OREJAS y C. RICO (Eds.): *Minería y metalurgia antiguas. Visiones y revisiones*, Homenaje a Claude Domergue, Collection de la Casa de Velázquez, 128, Madrid, pp. 183-199.

BERNI MILLET, P. (1998): *Las ánforas de aceite de la Bética y su presencia en la Cataluña romana*, Instrumenta, 4, Barcelona.

BERNI MILLET, P. (2011): "Tipología de la Haltern 70 bética", en C. CARRERAS, R. MORAIS y E. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ (Coord.): *Ánforas romanas de Lugo*, *TA*, 3, pp. 80-107.

BERNI MILLET, P. y MOROS DÍAZ, J. (2012): "Los sellos *in planta pedis* de las ánforas olearias béticas Dressel 23 (primera mitad s. V d.C.)", *AEspA*, 85, pp. 175-201.

BERNI MILLET, P. y REVILLA CALVO, V. (2006): "Los sellos de las ánforas de producción tarraconense: representaciones y significado", en A. LÓPEZ MULLOR y AQUILUÉ, X. (Coord.): *La producción i el comerç de les àmfores de la "Provincia Hispania Tarraconensis": homenatge a Ricard Pascual i Guasch*, Actes de les jornades d'estudi celebrades al Palau Marc de la Generalitat de Catalunya els dies 17 i 18 de noviembre de 2005, MMAC, 8, pp. 95-111.

BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (1987): "Nuevos hallazgos sobre el foro de Carthago Nova", *Los foros romanos de las provincias occidentales* (Valencia 1986), Madrid, pp. 137-142.

BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (1995): "Aproximación al poblamiento romano en la Sierra Minera de Cartagena-La Unión", *XXIII CNA*, (Elche, 1995), vol. 2, pp. 111-117.

BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (1997): "Intervención arqueológica en la Plaza de San Francisco", *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988)*, pp. 63-71.

BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (1998): "Instalaciones portuarias en Carthago Nova: la evidencia arqueológica", en J. PÉREZ BALLESTER, J. y G. PASCUAL (Eds.): *Puertos Antiguos y Comercio Marítimo,* Actas III Jornadas de Arqueología Subacuática, (1997), Valencia, pp. 100-114.

BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (1999): "Poblamiento romano en la Sierra Minera de Cartagena", *Pallas*, 50, Mélanges Claude Domergue, pp. 183-193.

BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (1999): "Una nueva instalación portuaria de época romana en Carthago-Nova debajo del Real Hospital de Marina y del baluarte Sureste de la muralla del siglo XVIII", *XXIV CNA,* (Cartagena, 1997)*,* Vol. 4, *Romanización y desarrollo urbano en la Hispania republicana*, Murcia, pp. 205-209.

BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (2007a): "El puerto de Cartagena y los fondeaderos desde Cabo de Palos a Cabo Tiñoso", en J. PÉREZ BALLESTER y G. PASCUAL (Eds.): *Comercio, redistribucíon y fondaderos. La navegación a vela en el Mediterráneo*, *Actas V Jornadas Internacionales de Arqueología Subacuática*, (Gandía, 8 a 10 de noviembre de 2006), Valencia, pp. 337-348.

BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (2007b): "Nuevas aportaciones sobre cerámicas tardías producidas en el área de *Cartago Spartaria*. El alfar de El Mojón", en A. MALPICA y J. C. CARVAJAL (Eds.): *Estudios de cerámica tardorromana y medieval,* Actas del I Taller de Cerámica de Granada (2005), Granada, pp. 301-328.

BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (2008): "Poblamiento y explotación intensiva durante la época republicana en la Sierra Minera de Cartagena-La Unión: un modelo de ocupación inicial", en J. UROZ, J. M. NOGUERA y F. COARELLI (Eds.): *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*, IV Congreso histórico-arqueológico hispano-italiano, (Murcia, 2006), pp. 603-618.

BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (2012): "Producciones anfóricas en la costa meridional de *Carthago Spartaria*", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*, Universidad de Cádiz, pp. 255-277.

BERROCAL CAPARRÓS, M. C. y DE MIQUEL SANTED, L. E. (1999): "Definición del área foraria de Carthago Nova", *XXIV CNA,* (Cartagena, 1997)*,* Vol. 4, *Romanización y desarrollo urbano en la Hispania republicana*, Murcia, pp. 187-194.

BERROCAL CAPARRÓS, Mª. C. (2005a): "Arqueología preventiva en el casco histórico de Cartagena: realización de sondeos geotécnicos con finalidad arqueológica en el PERI CA-4", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 13, (1998), pp. 129-170.

BERROCAL CAPARRÓS, Mª. C. (2005b): "La ciudad de Carthago Nova: el declive del siglo II d.C.", *Cartagena Histórica*, 13, pp. 20-29.

BERROCAL CAPARRÓS, Mª. C. y DE MIQUEL SANTED, L. E. (1991-1992): "El urbanismo romano de Carthago-Nova: ejes viarios", *AnMu*, 7-8, pp. 189-197.

BERROCAL CAPARRÓS, Mª. C. y DE MIQUEL SANTED, L. E. (2002): *Actuación arqueológica en el PERI CA-4 de Cartagena (Fase I). Memoria científica*, Inédito.

BERROCAL CAPARRÓS, Mª. C. y DE MIQUEL SANTED, L. E. (2003): "Actuación arqueológica en el PERI CA-4 de Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XIV, pp. 76-79.

BERRY, J. (1997a): "Household artefacts: towards a re-interpretation of Roman domestic space", en R. LAURENCE y A. WALLACE-HADRILL (Eds.): *Domestic Space in Rome: Pompeii and Beyond*, *JRA*, Supplementary series, 22, pp. 183-196.

BERRY, J. (1997b): "The conditions of domestic life in Pompeii in A.D. 79: a case-study of houses 11 and 12, insula 9, region I", *PBSR*, 65, 52, pp. 103-123.

BERTRAND, I. (2003): *Objets de parure et de soins du corps d'époque romaine dans l'Est picton (Deux-Sèvres, Vienne)*, Mémoire de l'Association des Publications Chauvinoises, 23, Chauvigny.

BERTRAND, I. (2008a): "Le travail de l'os et du bois de cerf à Lemonum (Poitiers, F): lieux de production et objets finis. Un état des données", en I. BERTRAND (Dir.): *Le travail de l'os, du bois de cerf et de la corne à l'époque romaine: un artisanat en marge?,* Actes de la table ronde *instrumentum*, Chauvigny (Vienne, F), 8-9 décembre 2005, Monographies *Instrumentum*, 34, Montagnac, pp. 101-144.

BERTRAND, I. (2008b): "Peignes et étuis en os et bois de cerf du théâtre de Drevant (Cher)", en I. BERTRAND (Dir.): *Le travail de l'os, du bois de cerf et de la corne à l'époque romaine: un artisanat en marge?,* Actes de la table ronde *instrumentum*, Chauvigny (Vienne, F), 8-9 décembre 2005, Monographies *Instrumentum*, 34, Montagnac, pp. 187-193.

BERTRAND, I. (2011): "Les mobiliers domestiques en contexte urbain dans le Centre-Ouest des Gaules (fin I^{er} s. av. J.-C. – III^{e} s. ap. J.-C.): problématique et exemples", en A. FERNÁNDEZ DÍAZ y A. QUEVEDO (Eds.): *La arquitectura doméstica romana en ámbito urbano y rural, AnMu,* 23, 2007-2008 [Ed. 2011], Nº Monográfico: *La arquitectura doméstica romana en ámbito urbano y rural*, pp. 161-197.

BIEBER, M. (1955): *The sculpture of the Hellenistic Age*, Columbia University Press, New York.

BINFORD, L. (1976): "Forty-seven trips: A case study in the character of archaeological formation processes. Contributions to Anthropology: the interior peoples of Northern Alaska", en E. S. HALL (Ed.): *Archaeological survey of Canada*, Ottawa, pp. 299-351.

BINFORD, L. (1981): "Behavioral Archaeology and the "Pompeii Premise", *JAnthrR*, 37, pp. 195-208.

BIRLEY, A. (2009): *Marco Aurelio. La biografía definitiva,* Ed. Gredos, Madrid.

BIRMINGHAM, J. (1975): "Traditional potters of the Kathmandu valley: An ethnoarcheological study", *Man* (n. s.), 10, pp. 370-386.

BLANC, N. y NERCESSIAN, A. (1992): *La cuisine romaine antique*, Grenoble.

BLANCO FREIJEIRO, A. (1978): *Mosaicos romanos de Itálica (I). Mosaicos conservados en colecciones públicas y particulares de la ciudad de Sevilla*, Corpus de mosaicos romanos de España, Fascículo II, CSIC, Madrid.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1971): "Economía de Hispania al final de la República romana y a comienzos del Imperio según Estrabón y Plinio", *Estudios de Historia Económica,* I, *RUM,* 20, 78, pp. 57-143.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1978): *Historia económica de la Hispania romana*, Ed. Cristiandad, Madrid.

BONET ROSADO, H. y VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (2011): "Arqueología experimental. Reconstrucción arquitectónica y una experiencia con recipientes cerámicos", en H. BONET y J. VIVES-FERRÁNDIZ (Eds.): *La Bastida de Les Alcusses. 1928-2010*, Valencia, pp. 274-291.

BONET, H. y MATA, C. (2008): "Las cerámicas ibéricas. Estado de la cuestión", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 147-169.

BONIFAY, M. (2002): "Les ultimes niveaux d'occupation de Sidi Jdidi, Pupput e Neapolis: difficulté de datation par la céramique", en A. BEN ABED y N. DUVAL (Eds.): *L'Afrique vandale et byzantine*, Actes du colloque international (Tunis, 5-8 octobre 2000) et de la Table ronde sur l'Afrique byzantine organisée dans le cadre du XXe congrès international des études byzantines (Paris, 20 août 2001), *AntTard*, 10, pp. 182-190.

BONIFAY, M. (2004): *Études sur la céramique romaine tardive d'Afrique*, BAR International Series, 1301, Oxford.

BONIFAY, M. (2005): "Observations sur la typologie des lampes africaines (II^{e} – VII^{e} siècle)", en CHRZANOVSKI, L. (Dir.): *Lychnological Acts 1, Actes du 1er Congrès international d'études sur le luminaire antique, Monographies instrumentum*, 31, pp. 31-38, Pl. 12 – 16.

BONIFAY, M. y RAYNAUD, C. [con contribuciones de BERTHAULT, F., BIEN, S., BOUCHARLAT, E., FOY, D., MUKAI, T., PELLEGRINO, E. PELLETIER, J.-P., PIERI, D., PITON, J., RIGOIR, Y., SILVINO, T. y TRÉGLIA, J.-C.] (2007): "Échanges et consommation", en M. HEIJMANS y J. GUYON (Dir.): *Antiquité Tardive, Haut Moyen Âge et premiers temps chrétiens en Gaule Méridionale. Seconde partie: monde rural, échanges et consommation*, *Gallia*, 64, pp. 93-161.

BONIFAY, M. y TRÉGLIA, J.-C. (2010): "De Vigo a Voitenki, en passant par Pise et Parme", en S. MENCHELLI, S. SANTORO, M. PASQUINUCCI y G. GUIDUCCI (Eds.), *LRCW 3. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry. Comparisson between western and Eastern Mediterranean*, Vol. II, BAR International Series, 2185, Oxford, pp. 1033-1039.

BONIFAY, M. y TRÉGLIA, J.-C. (Eds.) (2007): *LRCW 2. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*, 2 Vols., BAR International Series, 1340, Oxford.

BONIFAY, M., BRENOT, Cl., FOY, D., PELLETIER, J.-P., PIERI, D. y RIGOIR, Y. (1998): "Élements de synthèse. Le mobilier de l'Antiquité tardive", en M. BONIFAY, M.-B. CARRE e Y. RIGOIR (Dir.): *Fouilles à Marseille. Les mobiliers (I^er^-VII^e^ siècles ap. J.-C.)*, Collection Études Massaliètes, 5, Travaux du Centre Camille Jullian, 22, Paris, pp. 355-358.

BONIFAY, M., CARRE M.-B. y RIGOIR, Y. (Dir.) (1998): *Fouilles à Marseille. Les mobiliers (I^er^-VII^e^ siècles ap. J.-C.)*, Collection Études Massaliètes, 5, Travaux du Centre Camille Jullian, 22, Paris.

BONIFAY, M., MUKAI, T., PIERI, D y TRÉGLIA, J.-C. (2004): "Observations préliminaires sur la céramique de la nécropole de Pupput", en A. BEN ABED y M. GRIESHEIMER (Dir.): *La nécropole romaine de Pupput, CÉFR, 323*, pp. 21-58.

BONINU, A. (1971-1972): "Catalogo della ceramica "sigillata chiara africana" del Museo di Cagliari", *SS*, 22, pp. 293-352.

BONNET, CH y BLAIZOT, F. (2007): "Traitements, modalités de dépôt et rôle des céramiques dans les structures funéraires gallo-romaines", en L. BRAY, P. BRUN y A. TESTART. (Dir.): *Pratiques funéraires et sociétés. Nouvelles approches en archéologie et en antrhopologie sociale*, (Actes du colloque interdisciplinaire de Sens, 12-14 juin 2003), Éd. Universitaires de Dijon, Coll. Art, Archéologie et Patrimoine, pp. 207-228.

BONNET, J., 1988: *Lampes céramiques signées. Définition critique d'ateliers du Haut Empire*. *DARF*, 13, Paris.

BONNEVILLE, J.-N., FINCKER, M., SILLIÈRES, P., DARNAINE, S. y LABARTHE, J.-M. (2000): *Belo VII. Le capitole, CCV*, 67, 2 vol., Madrid.

BORGARD, P., BRUN, J.-P., LEGUILLOUX, M. y LIBRE, M. T. (2003): "Le produzioni artigianali a Pompei, Ricerche condotte dal Centre Jean Bérard", *RSP*, 14, p. 9-29.

BORGARD, P., BRUN, J.-P., LEGUILLOUX, M., MONTEIX, N., CULLIN-MINGAUD, M. y LIBRE, M. T. (2005): "Recherches sur les productions artisanales à Pompéi et Herculanum", en P. G. GUZZO y GUIDOBALDI, M. P. (Dir.): *Nuove ricerche archeologiche a Pompei ed Ercolano*, Atti del convegno internazionale, Roma, 28-30 novembre 2002, Napoli, pp. 295-317.

BOST, J.-P., CAMPO, M., COLLS, D., GUERRERO, V. y MAYET, F. (1992): *L'épave Cabrera III (Majorque). Échanges commerciaux et circuits monétaires au milieu du IIIe siècle après Jésus-Christ*, Publications du Centre Pierre Paris, 23.

BOTTE, E., EXCOFFON, P. y PASQUALINI, M. (2009): "Un quartier voué à l'artisanat textile à Forum Iulii (Fréjus, Var)", en J.-P. BRUN (Ed.): *Artisanats antiques d'Italie et de Gaule. Mélanges offerts à Maria Francesca Buonaiuto*, Collection du Centre Jean Bérard, 32, Archéologie de l'artisanat antique, 2, Naples, pp. 203-209.

BOURGEOIS, A. y MAYET, F. (1991): *Belo VI. Les sigillées*, Fouilles de Belo, CCV, 34, Archéologie 14, Madrid.

BOWMAN, A. K., GARNSEY, P. y CAMERON, A. (Eds.) (2008): *The Crisis of the Empire, A.D. 193-337, The Cambridge Ancient History*, Vol. XII, Second Edition, Cambridge.

BOWMAN, A. K., GARNSEY, P. y RATHBONE, D. (Eds.) (2008): *The High Empire, A.D. 70-192, The Cambridge Ancient History*, Vol. XI, Second Edition, Cambridge.

BRAITHWAITE, M. (1982): "Decorations as ritual symbol: a theorical proposal and an ethnographic study in southern Sudan", en I. HODDER (Ed.): *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 80-88.

BRASSOUS, L. (2010): *Les villes de la péninsule Ibérique au IIIe siècle ap. J.-C.*, Université de Bordeaux 3, Tesis doctoral, Inédita.

BRASSOUS, L. (2011a): "L'identification des capitales administratives du diocèse des Espagnes", en A. CABALLOS y S. LEFÈBVRE (Eds.): *Roma generadora de identidades. La experiencia hispana*, *CCV*, 123, pp. 339-353.

BRASSOUS, L. (2011b): "Les enceintes urbaines tardives de la peninsula Ibérique", en R. SCHTZMANN y S. MARTIN-KILCHER (Eds.): *L'Empire romain en mutation. Répercussions sur les villes romaines dans la deuxième moitié du 3e siècle,* Colloque International Bern/Augst (Suisse), 3-5 décembre 2009, / *Das römische Reich im Umbruch. Auswirkungen auf die Städte in der zweiten Hälfte des 3. Jahrhunderts,* Internationales Kolloquium Bern/Augst (Schweiz) 3.-5. Dezember 2009, *Archéologie et Histoire romaine*, 20, Éd. Monique Mergoil, Montagnac, pp. 275-299.

BRASSOUS, L. (2012): "La dégradation des espaces civiques en Hispanie entre le IIe et le IVe siècles: mutation des pratiques civiques ou sélection du réseau des cités?", *¿Crisis urbana a finales del Alto Imperio? La evolución de los espacios cívicos en el Occidente romano en tiempos de cambio (s. II-IV d.C.)*, Coloquio

Internacional, 22-23 marzo 2012, Museo del Teatro Romano de Cartagena, Comunicación Oral, 22 marzo 2012.

BRAVO JIMÉNEZ, S., EXPÓSITO ÁLVAREZ, J. A. y MUÑOZ VICENTE, A. (2011): "Últimas aportaciones al conocimiento del viario de la ciudad hispanorromana de Baelo Claudia", *Itálica*, 1, pp. 121-143.

BRAVO, G. y GONZÁLEZ SALINERO, R. (Eds.) (2007): *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*, Actas del IV Coloquio de la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos, Ed. Signifier Libros, Madrid.

BREISACH, E. (2006): *Historiography: ancient, medieval, & modern*, The University of Chicago Press, Chicago-London.

BROGIOLO, G. P. (1999a): "Conclusions", en G. P. BROGIOLO y B. WARD-PERKINS (Eds.): *The idea and ideal of the town between Late Antiquity and the Early Middle Ages, The transformations of the Roman world*, Vol. 4, Leiden-Boston-Köln-Brill, pp. 245-254.

BROGIOLO, G. P. (1999b): "Ideas of the Town in Italy during the transition from Antiquity to the Middle Ages", en G. P. BROGIOLO y WARD-PERKINS, B. (Eds.): *The idea and ideal of the town between Late Antiquity and the Early Middle Ages, The transformations of the Roman world*, Vol. 4, Leiden-Boston-Köln-Brill, pp. 99-126.

BRONEER, O. (1977): *Isthmia: Excavations by the University of Chicago under the auspices of the American School of Classical Studies at Athens, Terracota lamps*, Vol. III, Princenton (NJ): American School of Classical Studies at Athens.

BROTÓNS YAGÜE, F. y LÓPEZ MONDÉJAR, L. (2010): "Poblamiento rural romano en el Noroeste murciano", en J. M. NOGUERA (Ed.): *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania. 15 Años después*, Murcia, pp. 413-438.

BROWN, P. (1974): *Il mondo tardo antico. Da Marco Aurelio a Maometto*, Torino.

BRUNEAU, P. (1980): "Les lampes et l'histoire economique et sociale de la Grèce", en P. LÉVÊQUE y J.-P- MOREL (Dir.): *Céramiques hellénistiques et romaines*, Annales Littéraires de l'Université de Besançon, 36, 242, Paris, pp. 19-54.

BRUSINI, S. (2006): "La statuaria nelle ville d'*otium*. Attestazioni di età medioimperiale", en J. ORTALLI (Dir.): *Vivere in villa. Le qualità delle residenze agresti in età romana*, Atti del convegno di Ferrara, 10-11 Gennaio 2003, Firenze, pp. 309-332.

BRUUN, C. (2003): "The Antonine plague in Rome and Ostia", *JRA*, 16, pp. 426-434.

BUSSIÈRE, J., 2000: *Lampes antiques d'Algérie*, Monographies Instrumentum, 16, Montagnac.

BUSTAMANTE ÁLVAREZ, M. (2010): "Nuevas consideraciones cronológicas en torno a la producción de paredes finas emeritenses", *Zephyrus*, 67, pp. 161-170.

BUSTAMANTE ÁLVAREZ, M., PÉREZ MACÍAS, J. A. y MARTINS, A. (2008): “"Sigillatas" claras de Aljustrel a crise do século II d.C. nas minas Sudoeste ibérico”, *RPA*, 11, 1, pp. 163-181.

BUXEDA I GARRIGÓS, J. (2010): “Impacte tecnològic en el Nou Món colonial. Aculturació en Arqueologia i Arqueometria ceràmica (Tecnolonial)”, *Quarhis*, época II, 6, pp. 207-208.

BUXEDA I GARRIGÓS, J., CAU ONTIVEROS, M.A., GURT I ESPARRAGUERA, J.M. y TUSET I BELTRÀN, F. (1995): “Análisis tradicional y análisis arqueométrico en el estudio de las cerámicas comunes de época romana”, *Ceràmica Comuna Romana d’època Alt-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*, Monografies Emporitanes, 8, pp. 39-60.

BUXEDA I GARRIGÓS, J., MARTÍNEZ FERRERAS, V., VILA SOCIAS, L. (2008):“Les primeres produccions d'àmfores romanes a la tarraconense. Per una arqueometria del canvi tecnològic, de la producció i del consum”, en A. LÓPEZ MULLOR y X. AQUILUÉ (Coord.): *La producció i el comerç de les àmfores de la "Provincia Hispania Tarraconensis*, homenatge a Ricard Pascual i Guasch, Actes de les jornades d'estudi celebrades al Palau Marc de la Generalitat de Catalunya (17-18 de novembre de 2005), pp. 151-162.

CABALLERO ZOREDA, L. (1974): “Cerámica sigillata clara de tipo D estampada de las provincias de Murcia y Almería”, *Miscelánea Arqueológica*, vol. 1, Barcelona, pp. 193-222.

CABALLERO ZOREDA, L. (1974): “Cerámica sigillata clara decorada de tipo D estampada en las provincias de Murcia y Almería”, *Miscelánea Arqueológica*, vol. I, pp. 193-222.

CABALLERO ZOREDA, L., MATEOS CRUZ, P. y RETUERCE VELASCO, M. (2004): *Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica. Ruptura y Continuidad*, Anejos de AEspA, 28, (II Simposio de Arqueología, Mérida, 2001).

CABALLOS RUFINO, A. (1990): *Los senadores hispanorromanos y la romanización de Hispania (siglos I-III). Prosopografía*, 2 vols., Ed. Gráficas Sol, Écija.

CABRAS, V. (2007): “La sigillata africana C: studi di diffusione e di distribuzione di una clase ceramica”, en M. BONIFAY y J.-C. TRÉGLIA (Eds.): *LRCW 2. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*, Vol. I, BAR International Series, 1662, Oxford pp. 29-37.

CALZA, G. (1940): *La necropoli del porto di Roma nell’Isola Sacra*, Libreria dello Stato, Roma.

CAMERON, A. y GARNSEY, P. (Eds.) (2008): *The Late Empire, A.D. 337-425, The Cambridge Ancient History*, Vol. XIII, Second Edition, Cambridge.

CAMERON, A., WARD-PERKINS, B. y WHITBY, M. (Eds.) (2008): *Late Antiquity. Empire and Successors, A.D. 425-600, The Cambridge Ancient History*, Vol. XIV, Second Edition, Cambridge.

CAMERON, C. M. y TOMKA, S. A. (1993): *Abandonment of settlements and regions: archaeological and etnoarchaeological approaches*, Cambridge University Press, Cambridge.

CAMPOS CARRASCO, J. M., PÉREZ MACÍAS, J. A. y DE LA O VIDAL TERUEL, N. (1994): "El Eucaliptal. Una necrópolis romana de pescadores (Punta Umbría, Huelva)", *HuHis*, 5, pp. 195-231.

CAMPOS CARRASCO, J. M., PÉREZ MACÍAS, J. A. y VIDAL TERUEL, N. O. (2004): "Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Huelva: balance y perspectivas", en D. BERNAL y L. LAGÓSTENA (Eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, Actas del Congreso Internacional, (Cádiz, 12-14 de noviembre de 2003), Vol., 1, BAR International Series, 1266, Oxford, pp. 125-160.

CANNY, D. e YVINEC, J-H. (2008): "Un atelier de travail de l'os à Chartres au III s. ap. J.C.", en I. BERTRAND (Dir.): *Le travail de l'os, du bois de cerf et de la corne à l'époque romaine: un artisanat en marge?,* Actes de la table ronde *instrumentum*, Chauvigny (Vienne, F), 8-9 décembre 2005, Monographies *Instrumentum*, 34, Montagnac, pp. 65-84.

CANTO, A. M. (1998): "Saeculum Aelium, Saeculum Hispanum: poder y promoción de los hispanos en Roma", en M. ALMAGRO-GORBEA y J. M. ÁLVAREZ MARTÍNEZ, (Eds.): *En el año de Trajano. Hispania, el legado de Roma*, Ministerio de Educación y Cultura, Zaragoza, pp. 209-224.

CANTO, A. M. (2003): "La dinastía Ulpio-Aelia (98-192 d.C.): ni tan "Buenos", ni tan "Adoptivos", ni tan "Antoninos"", *Gerión*, 21, 1, pp. 305-347.

CAPEL MOLINA, J. J. (1986): "El clima del territorio de Cartagena", en J. MAS (Dir.): *Historia de Cartagena*, Vol. 1, Ed. Mediterráneo, Murcia, pp. 171-192.

CARANDINI, A. (1970): "Ampullae Oleariae. Appunti sulla produzione e il commercio della ceramica africana in età imperiale", *MÉFRA*, 82, 2, pp. 753-785.

CARANDINI, A. (2000): "I rifiuti finalmente accolti. Appunti per l'utilizzo investigativo delle inmondizie e per una teologia della purificazione", en X. DUPRÉ y J. A. REMOLÀ (Eds.): *Sordes Urbis. La eliminación de los residuos en la ciudad romana*, Bibliotheca Italica, Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 24, pp. 1-2.

CARANDINI, A. (2008): *Archeologia classica. Vedere il tempo con gli occhi del 2000*, Einaudi, Torino.

CARBONELL MANILS, J., GIMENO PASCUAL, H. y GONZÁLEZ GERMAIN, G. (2011): "Tràfecs epigràfics: L. Aemilius Rectus entre Cartagena i Caravaca (*CIL* II, 3423, 3424, 5941 i 5942)", *SPhV*, 13, pp. 21-44.

CARCOPINO, J. (1920): *Bulletin archéologique du Comité des travaux historiques et scientifiques*, pp. CCIV-CCVII, Taf. XXIII.

CARDOSO, C. F. S. y PÉREZ BRIGNOLI, H. (1999): *Los métodos de la Historia*, Ed. Crítica [1ª Ed. 1976], Barcelona.

CARO BAROJA, J. (1984): *Apuntes murcianos (De un Diario de Viajes por España, 1950)*, Academia Alfonso X El Sabio, Murcia.

CARRE, F. (1985): "Les lampes en terre cuite d'Alésia (collections des musées d'Alésia)", *RAE*, 36, 3-4, pp. 277-297.

CARRE, M.-B., DEL VAIS, C., FOY, D., GUÉRY, R., LANG, S., MICHELINI, R., PASQUALINI, M. y PIETROPAOLO, L. (1998): "Le secteur de l'épave", en M. BONIFAY, M.-B. CARRE e Y. RIGOIR (Dir.): *Fouilles à Marseille. Les mobiliers (I^{er}-VII^{e} siècles ap. J.-C.)*, Collection Études Massaliètes, 5, Travaux du Centre Camille Jullian, 22, Paris, pp. 68-101.

CARRERAS MONFORT, C. (2011): "Urbanismo y eliminación de residuos urbanos", en J. A. REMOLÀ y J. ACERO (Eds.): *La gestión de los residuos urbanos en Hispania, Xavier Dupré Raventós (1956-2006). In Memoriam*, Anejos de *AEspA*, LX, Madrid, pp. 17-26.

CARRERAS MONFORT, C. y GONZÁLEZ CESTEROS, H. (2012): "Ánforas tarraconenses para el *limes* germano: una nueva visión de las Oberaden 74", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*, *mHA*, Cádiz, pp. 207-230.

CARRERAS MONFORT, C. y WILLIAMS, D. F. (2002) "'Carrot' amphoras: a Syrian or Palestinian connection?", en J. H. HUMPHREY (Ed.): *The Roman and Byzantine Near East, 3, Late-Antique Petra, Nile Festival Building at Sepphoris, Deir Qal'a Monastery, Khirbet Qana Village and Pilgrim Site, 'Ain-Arrub Hiding Complex, and Other Studies, JRA, Supplementary Series,* 49, pp. 133-144.

CARRETERO POBLETE, P. (2004): "Las producciones cerámicas de ánforas tipo "Campamentos Numantinos" y su origen en San Fernando (Cádiz): los hornos de Pery Junquera", en D. BERNAL y L. LAGÓSTENA (Eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, Actas del Congreso Internacional, (Cádiz, 12-14 de noviembre de 2003), Vol., 1, BAR International Series, 1266, Oxford, pp. 427-440.

CASAL MARTÍNEZ, F. (1930): *Historia de las calles de Cartagena*, Cartagena.

CASAS GENOVER, J. y SOLER FUSTÉ, V. (2003): *La Villa de Tolegassos. Una explotación agrícola de época romana en el territorio de Ampurias*, BAR International Series, 1101, Oxford.

CASAS GENOVER, J. y SOLER FUSTÉ, V. (2006): *Llànties romanes d'Empúries. Materials augustals i alto-imperials*, Monografies empuritanes, 13, Girona.

CASAS I GENOVER, J. y MERINO I SERRA, J. (1990): "Troballes de ceràmica vidriada d'època romana a les comarques costaneres de Girona", *Cypsela*, 8, 139-155.

CASAS, J. y NOLLA, J. M. (1986-1989): "Un conjunt tancat amb ceràmica de la vil.la romana dels Tolegassos (Viladamat, Alt Empordà)", *Empúries*, 48-50, pp. 202-213.

CASAS, J. y NOLLA, J. M. (2008): "Un ensemble céramique de la fin du IIe siècle après J.-C. à Puig de Sant Grau (Caldes de Malavella)", *SFÉCAG, Actes du congrès de L'Escala-Empúries,* 1er-4 mai 2008, pp. 63-74.

CASAS, J., CASTANYER, P., NOLLA, J. M. y TREMOLEDA, J. (1995): "Les ceràmiques comunes locals del N. E. de Catalunya", *Ceràmica Comuna Romana d'època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*, Monografies Emporitanes, 8, pp. 99-127.

CASAS, J., CASTANYER, P., NOLLA, J. M., TREMOLEDA, J. (1990): *Ceràmiques comunes i de producció local d'època romana. I, Materials augustals i alto-imperials a les comarques orientals de Girona*, Centre d'Investigacions Arqueològiques, Serie Monográfica, 12, Girona.

CASCALES, M. (1892): *Discurso de la ciudad de Cartagena dirigido a la misma y compuesto por…*, [Edición original: Valencia, 1598], Madrid.

CASTANYER I MASOLIVER, P. y TREMOLEDA i TRILLA, J. (1999): *La vil.la romana de Vilauba, Un exemple de l'occupació i explotació romana del territorio a la comarca del Pla de l'Estany*, Girona.

CASTANYER i MASOLIVER, TREMOLEDA i TRILLA y ROURE i BONAVENTURA, A. (1990): "Un conjunt ceràmic de finals del segle III d.C. a Vilauba (Camós, Pla de l'Estany)", *Cypsela*, 8, pp. 157-191.

CASTANYER, P., SANMARTI, E., SANTOS, M., TREMOLEDA, J., BENET, C., CARRETE, J. M., FABREGA, X., REMOLA, J.-A. y ROCAS, X. (1993): "L'excavació del kardo B. Noves aportacions sobre l'abandonament de la ciutat romana d'Empúries", *Cypsela*, 10, pp. 159-194.

CASTELLANO CASTILLO, J. J. (2000): "La terra sigillata sudgálica del área del anfiteatro romano de Carthago Nova", *Sagvntum*, 32, pp. 151-167.

CASTILLO BELINCHÓN, R. (2012): *Informe de la actuación de prospección, supervisión e inspecciones técnicas arqueológicas en las actuaciones arqueológicas subacuáticas de la Región de Murcia del año 2011*, Museo Nacional de Arqueología Subacuática - ARQVA, Inédito.

CASTILLO BELINCHÓN, R. y MIÑANO DOMÍNGUEZ, A. I. (2012): "Proyecto de «Actualización y normalización de la Carta Arqueológica Subacuática de la Región de Murcia» (2009-2011)", *Actas de las Jornadas de ARQUA*, (Cartagena 3-4 diciembre 2011), Ed. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, pp. 63-69.

CASTILLO BELINCHÓN, R., GAMBIN, T. y MIÑANO DOMÍNGUEZ, A. I. (2008): *Informe – Memoria del Proyecto de prospección arqueogeofísica y documentación con ROV en la bahía de Cartagena*, Museo Nacional de Arqueología Marítima y Centro Nacional de Investigaciones Arqueológicas Submarinas (Cartagena), Aurora SP Trust (Florida), Inédito.

CASTILLO BELINCHÓN, R., MIÑANO DOMÍNGUEZ, A. I., MUNUERA NAVARRO, D., GAMBIN, T. y RODRÍGUEZ IBORRA, J. (2012): "Prospecciones arqueológicas geofísicas realizadas por el Museo Nacional de Arqueología Subacuática de 2007 a 2011", *Actas de las Jornadas de ARQUA*, (Cartagena 3-4 diciembre 2011), Ed. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, pp. 17-23.

CASTIÑEIRAS, M. (2009): "La pintura mural y sobre tabla en la España del siglo XIII. Una aproximación a partir del caso catalán", en M. T. LÓPEZ DE GUEREÑO (Coord.): *Alfonso X El Sabio, Catálogo de la exposición, Sala San Esteban, 27 octubre 2009 – 31 enero 2010*, Murcia, pp. 282-299.

CATHMA (1991): "Importations céramiques communes méditerranéennes dans le Midi de la Gaule (Ve-VIIe s.)", *A cerámica medieval no Mediterrâneo occidental*, (Lisboa 16-22 noviembre 1987), Mértola, pp. 27-48.

CAU ONTIVEROS, M. A. (1996): "Cerámicas tardorromanas de cocina con inclusiones de rocas metamórficas halladas en las Islas Baleares: ¿posibles producciones de la zona de Cartagena?", *Actes du Colloque de Périgueux, Supplément à la Revue d'Archéométrie*, *Périgueux, 1995*, pp. 101-106.

CAU ONTIVEROS, M. A. (2009): "Las Baleares durante la Antigüedad Tardía: investigaciones recientes en un sistema insular", *Mainake*, 31, pp. 63-70.

CAU ONTIVEROS, M.A. (2003): *Cerámica tardoromana de cocina de las Islas Baleares. Estudio Arqueométrico*, BAR International Series, 1182, Oxford.

CAU, M. A., REYNOLDS, P. y BONIFAY, M. (2011a): "LRFW working Group. An initiative for the revision of late Roman fine wares in the Mediterranean (c. AD 200-700): The Barcelona ICREA/ESF Workshop", en M. A. CAU, P. REYNOLDS y M. BONIFAY (Eds.): *LRFW 1. Late Roman Fine Wares. Solving problems of typology and chronology. A review of the evidence, debate and new contexts,* Roman and Late Antique Mediterranean Pottery, 1, Oxford, pp. 1-10.

CAU, M. A., REYNOLDS, P. y BONIFAY, M. (Eds.) (2011b): *LRFW 1. Late Roman Fine Wares. Solving problems of typology and chronology. A review of the evidence, debate and new contexts*, Roman and Late Antique Mediterranean Pottery, 1, Oxford.

CAVADA NIETO, M. (1994): *La crisis económico-monetaria del s. III: ¿un mito historiográfico? Avance del resultado de los análisis metalográficos sobre dos Tesorillos de la Provincia de Lugo*, Tórculo Edicións, Santiago de Compostela.

CÉBEILLAC-GERVASONI, M. (2009): "Les autorités politiques municipales et la vie économique locale: quelques aspects", en J.-P. BRUN (Ed.): *Artisanats antiques*

d'Italie et de Gaule. Mélanges offerts à Maria Francesca Buonaiuto, Collection du Centre Jean Bérard, 32, Archéologie de l'artisanat antique, 2, Naples, pp. 23-30.

CECCARONI, E., AMERI, G., GÓMEZ CAPERA, A. A. y GALADINI, F. (2009): "The 2nd century AD earthquake in central Italy: archaeoseismological data and seismotectonic implications", *NatHaz*, 50, 2, pp. 335-359.

CEIPAC. Base de datos CEIPAC (Centro para el Estudio de la Interdependencia Provincial en la Antigüedad Clásica), http://ceipac.ub.edu.

CEPAS PALANCA, A. (1997): *Crisis y continuidad en la Hispania del siglo III*, Anejos de AEspA, XVII, Madrid.

CEREZO ANDREO, F. (2012): "La colección material del yacimiento subacuático de Escolletes. Arqueología náutica y dinámicas comerciales en el Sureste Ibérico en época Bajo Imperial", *Actas de las Jornadas de ARQUA*, (Cartagena 3-4 diciembre 2011), Ed. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, pp. 139-143.

CEREZUELA, F. (1978): Antigüedades de Cartagena, c. 1726, Biblioteca Nacional, Madrid, (MSS/8829/X-113), transcripción, notas y comentarios de J. M. Rubio [Ed. 1978].

CHÁVET LOZOYA, M. (2005): "Excavación arqueológica de urgencia en calle Saura – Plaza de la Merced, Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 278-279.

CHÁVEZ ÁLVAREZ, M. E., ORFILA PONS, M. y CAU ONTIVEROS, M. A. (2008): "Cerámicas vidriadas en la ciudad romana de *Pollentia* (Alcudia, Mallorca, España)", *SFÉCAG, Actes du congrès de L'Escala-Empúries,* 1er-4 mai 2008, pp. 153-158.

CHIC GARCÍA, G. (1986): "El comercio del aceite de la *Astigi* romana", *Habis*, 17, pp. 243-264.

CHIC GARCÍA, G. (1990): *La dinastía de los Antoninos*, Akal Historia del Mundo Antiguo, Roma, 50, Madrid.

CHIC GARCÍA, G. (2000): "Implicaciones económicas de los estudios anfóricos", en *Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae, Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano*, Vol. 4, Écija, pp. 1183-1206.

CHIC GARCÍA, G. (2005): "Marco Aurelio y Cómodo. El hundimiento de un sistema económico", en L. HERNÁNDEZ GUERRA (Ed.): *La Hispania de los Antoninos (98-180)*, Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua, (Valladolid, 10-12 noviembre de 2004), Universidad de Valladolid, pp: 567-586.

CHIC GARCÍA, G. y GARCÍA VARGAS, E. (2004): "Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Sevilla: balance y perspectivas", en D. BERNAL y L. LAGÓSTENA (Eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, Actas del Congreso

Internacional, (Cádiz, 12-14 de noviembre de 2003), Vol., 1, BAR International Series, 1266, Oxford, pp. 279-347

CHRAZNOVSKI, L. (2005): "Une décennie de lumière: bibliographie lychnologique choisie 1995-2005", *Arctos*, pp. 43-68.

CLARKE, J. R. (2007): *Looking at laughter. Humor, Power, and Transgression in Roman Visual Culture, 100 B.C. – A.D. 250*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles-London.

COARELLI, F. (1987): "La situazione edilizia di Roma sotto Severo Alessandro", en: *L'Urbs. Espace urbain et Histoire Ier siècle avant J.-C. – IIIe siècle après J.-C.*, *CÉFR*, 98, (Actes du colloque international organisé par le Centre National de la Recherche Scientifique et l'École française de Rome, Rome, 8-12 mai, 1985), pp. 429-456.

COLETTI, C. M. y PAVOLINI, C. (1996): "Ceramica comune da Ostia", en M. BATS (Dir.): *Les céramiques communes de Campanie et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C. – IIe s. ap. J.-C.). La vaisselle de cuisine et de table,* (Naples, 27-28 mai 1994), Coll. CJB, 14, Naples, pp. 391-419.

COLL CONESA, J. (2008): "Hornos romanos en España. Aspectos de morfología y tecnología", en D. BERNAL y A. RIBERA (eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 113-125.

COLL CONESA, J., MARTÍ OLTRA, J. y PASCUAL PACHECO, J. (1988): *Cerámica y cambio cultural. El tránsito de la Valencia Islámica a la Cristiana*, Museo Nacional de Cerámica y de las Artes Suntuarias "González Martí", Madrid.

COLLS, D., ÉTIENNE, R. y MAYET, F. (1988): "Des tonneaux dans l'épave Port-Vendres III?", *Navires et commerce de la Méditerranée antique, Hommage à J. Rougé*, *CH*, 33, 3-4, pp. 309-319.

COMAS i SOLÀ, M. y PADRÓS i MARTÍ, P. (2008): "Deux grands dépotoirs d'amphores léétaniennes, bétiques et gauloises, hors les murs de la ville de Baetulo (Badalone). Un lieu de transbordement de marchandises", *SFÉCAG, Actes du congrès de L'Escala-Empúries,* 1er-4 mai 2008, pp. 75-86.

COMAS i SOLÀ, M. y PADRÓS i MARTÍ, P. (2008): "Deux grands dépotoirs d'amphores léétaniennes, bétiques et gauloises, hors les murs de la ville de Baetulo (Badalone). Un lieu de transbordement de marchandises", *SFÉCAG, Actes du congrès de L'Escala-Empúries,* 1er-4 mai 2008, pp. 75-86.

COMAS, M., GURT, J. M., LÓPEZ, A., PADRÓS, P. y ROCA, M. (Eds.) (1997): *Contextos ceràmics d'època romana tardana i de la Alta Edat Mitjana (segles IV-X)*, Arqueo Mediterrània, 2, Treballs de l'Àrea d'Arqueologia de la Universitat de Barcelona., Actes de la taula rodona, (Badalona 6-8 novembre, 1996).

COMPAÑA, J. M., LEÓN-REINA, L. y ARANDA, M. A. G. (2010): "Archaeometric characterization of Terra Sigillata Hispanica from Granada workshops", *BSECV*, 49, 2, pp. 113-119.

CONDE GUERRI, E. (2003): *La ciudad romana de Carthago Nova: la documentación literaria (Inicios – Julioclaudios)*, La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, 4, Murcia.

CONESA GARCÍA, C. (1990): *El Campo de Cartagena. Clima e Hidrología de un medio semiárido*, Universidad de Murcia, Ayuntamiento de Cartagena, Murcia.

CONESA SANTACRUZ, Mª. J. (1997): "Informe preliminar de la excavación de urgencia en C/ Caridad nº 12, esquina con C/ San Cristóbal la Corta", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia, 6, III Jornadas de Arqueología Regional*, (1991), pp. 264-265.

COOL, H. E. M. (2006): *Eating and drinking in Roman Britain*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.

CORDERO, T., GARCÍA SANJUÁN, L., HURTADO, V., MARTÍN RAMÍREZ, J.M., POLVORINOS DEL RÍO, A. y TAYLOR, R. (2006): "La arqueometría de materiales cerámicos: una evaluación de la experiencia andaluza", *TPh*, 63, 1, pp. 9-35.

CORELL I VICENT, J. (1988): "Inscripción referente a un primpilo muerto in bello maurico. ¿Un nuevo testimonio de las invasiones moras en la Bética?, *AEspA*, 61, pp. 298-304.

CORTÉS COPETE, J. M. (2009): "Crisis y restauración", en: J. GONZÁLEZ y P. PAVÓN (Eds.): *Adriano. Emperador de Roma*, "L'Erma" di Bretschneider, Roma, pp. 133-154.

CORZO SÁNCHEZ, R. (1981) : "El ceramista Gaius Iunius Dracus", *BMC*, 3, pp. 55-60.

CRIBELLIER, Ch. y BERTRAND, I. (2008): "Un artisanat de l'Antiquité tardive dans le théâtre de l'agglomération antique de Drevant (Cher). La production de fusaïoles et autres objets en bois de cerf et os", en I. BERTRAND (Dir.): *Le travail de l'os, du bois de cerf et de la corne à l'époque romaine: un artisanat en marge?,* Actes de la table ronde *instrumentum*, Chauvigny (Vienne, F), 8-9 décembre 2005, Monographies *Instrumentum*, 34, Montagnac, pp. 165-185.

CUOMO DI CAPRIO, N. (2007): *Ceramica in archeologia 2. Antiche tecniche di lavorazione e moderni metodi di ingadine*, "L'Erma" di Bretschneider, Roma.

DE ALBENTIIS, E. (1980): *La casa dei Romani*, Ed. Longanesi & C., Milano.

DE ALBENTIIS, E. (2011): "La tipologia delle abitazioni romane: una visione diacronica"en A. FERNÁNDEZ DÍAZ y A. QUEVEDO (Eds.): *La arquitectura doméstica romana en ámbito urbano y rural, AnMu,* 23, 2007-2008 [Ed. 2011], Nº Monográfico: *La arquitectura doméstica romana en ámbito urbano y rural*, pp. 13-74.

DE ALMEIDA, R. R. y MORÍN DE PABLOS, J. (2012): "¿Ánforas tipo *Segobriga*/Oberaden 74 *similis*? Bases para una producción singular en la Tarraconense interior", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*, *mHA*, Cádiz, pp. 231-145.

DE ALVARADO GONZALO, M. y MOLANO BRÍAS, J. (1995): "Aportaciones al conocimiento de las cerámicas comunes alto-imperiales en Augusta Emérita: el vertedero de la Calle Constantino, *Ceràmica comuna romana d'època altoimperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió,* Monografies Emporitanes, 8, pp. 281-295.

DE BLAS CORTINA, M. A. (1995): "Vasos de madera y vasos cerámicos: un probable origen romano de ciertas formas en las vajillas de madera de la tornería tradicional", *BSEAA*, 61, pp. 173-183.

DE CHAISEMARTIN, N. (1987): *Les sculptures romaines de Sousse et des sites environnants*, *CÉFR*, 102, *Corpus Signorum Imperii Romani*, Tunisie, Proconsulaire, Vol. II, 2 (Byzacium), Recherches d'archéologie africaine publiées per l'Institut National d'Archéologie et d'Art de Tunis, Rome.

DE LA IGLESIA SANTAMARÍA, M. A. y TUSET BERTRÁN, F. (2010): "La restitución de la *Scaenae Frons* del teatro de Clunia", en S. F. RAMALLO y N. RÖRING (Eds.): *La Scaenae Frons en la arquitectura tearal romana*, Actas del Symposium Internacional celebrado en Cartagena los días 12 al 14 de marzo de 2009 en el Museo del teatro Romano, Murcia, pp. 269-287.

DE MIQUEL SANTED, L. E (1986): "Las cerámicas tipo "cáscara de huevo" en Cartagena", *AnMu*, 2, pp. 103-118.

DE MIQUEL SANTED, L. E. (1987a): "El trazado viario de Carthago Nova (nuevos hallazgos del decumanus maximus)", *AnMu*, 3, pp. 145-154.

DE MIQUEL SANTED, L. E. (1987b): "Los cubiletes de paredes finas en Cartagena", en M. MAYER, J. M. NOLLA y J. PARDO (Eds.): *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispània Citerior*, Homenatge a Josep Estrada i Garriga, Ítaca, Annexos, 1, Barcelona, pp. 415-425.

DE MIQUEL SANTED, L. E. (1987c): *Aproximación al estudio de las cerámicas de paredes finas en Cartagena*, Tesis de Licenciatura, Universidad de Murcia, Inédita.

DE MIQUEL SANTED, L. E. (2003): *Proyecto de intervención arqueológica de la manzana 17 del P.E.R.I del Molinete de Cartagena*. Memoria científica, Inédito.

DE MIQUEL SANTED, L. E. (2004): "Intervención arqueológica en la manzana nº 17 del Peri del Molinete (Cartagena). La posible curia de la calle Adarve", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XV, pp. 56-57.

DE MIQUEL SANTED, L. E. y BAÑOS SERRANO, J. (1987): "El poblamiento antiguo en el Campo de Cartagena: I. El yacimiento iberorromano de la Molata Chica (Sucina – Murcia)", *AnMu*, 3, pp. 135-144.

DE MIQUEL SANTED, L. E. y MARTÍNEZ SÁNCHEZ, M. A. (2005): *Actuación arqueológica en el PERI CA-2 Molinete (Cartagena), Campaña 2004, Sector 4-A*, Inédito.

DE MIQUEL SANTED, L. E. y SUBÍAS, E. (1999): "Un edificio de culto en la Calle Caballero (Cartagena)", *XXIV CNA,* (Cartagena, 1997), Vol. 4, *Romanización y desarrollo urbano en la Hispania republicana*, Cartagena, pp. 49-56.

DE VOS, M. (1992): "La casa, la villa, il giardino. Tipologia, decorazione, arredi", en S. SETTIS (Ed.): *Civiltà dei Romani III. Il rito e la vita privata*, Ed. Electa, Milano, pp. 140-154.

DEL HOYO, J. (2005): "Cultura literaria en la Hispania de los Antoninos", en L. HERNÁNDEZ GUERRA (Ed.): *La Hispania de los Antoninos (98-180)*, Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua, (Valladolid, 10-12 noviembre de 2004), Universidad de Valladolid, pp: 433-442.

DELGADO, M. y MORAIS, R. (col. Ribeiro, J.). (2009): *Guia das cerâmicas de produçâo local de Bracara Agusta*, Porto.

DENEAUVE, J. (1969): *Lampes romaines de Carthage*, Ed. CNRS, Paris.

DERU, X., CHAMPARNAUD, L., DABO, S. y FLORENT, G. (2007): "Chronologie, céramique et statistique", *SFÉCAG, Actes du congrès de Langres,* 17-20 mai 2007, pp. 49-60.

DESBAT, A. (1986): "Céramiques romaines à glaçure plombifère des fouilles de Lyon (Hauts-de-Saint-Just, Rue des Farges, La Solitude)", *Figlina*, 7, pp. 105-124.

DESBAT, A. (1988): "Sigillée Claire B: état de la question", *SFÉCAG, Actes du congrès d'Orange,* 12-15 mai 1988, pp. 91-99.

DESBAT, A. y PICON, M. (1986): "Sigillée claire B et "luisante": classification et provenance", *Figlina*, 7, pp. 5-18.

DETALLE, M.-P. (2011): "Piraterie maure en Hispanie romaine: qu'en est-il?", *Latomus*, 70, 1, pp. 140-153.

DI GIOVANNI, V., (1996): "Produzione e consumo di ceramica da cucina nella Campania romana (II a.C.- II d.C.)", en M. BATS (Dir.): *Les céramiques communes de Campanie et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C. – IIe s. ap. J.-C.). La vaisselle de cuisine et de table,* (Naples, 27-28 mai 1994), Coll. CJB, 14, Naples, pp. 65-103.

DI VITA, A. (1995): "Archaeologists and earthquakes: the case of 365 A.D .", *AnnGeo*, 30, 5-6, pp. 971-976.

DIARTE BLASCO, P. (2009): "La evolución de las ciudades romanas en Hispania entre los siglos IV y VI d.C.: los espacios públicos como factor de transformación", *Mainake*, 31, pp. 71-84.

DIARTE BLASCO, P. (2012): ""La convivencia de lo público y lo privado: el establecimiento de unidades domésticas y artesanales en los espacios cívicos hispanos"", *¿Crisis urbana a finales del Alto Imperio? La evolución de los espacios cívicos en el Occidente romano en tiempos de cambio (s. II-IV d.C.)*, Coloquio Internacional, 22-23 marzo 2012, Museo del Teatro Romano de Cartagena, Comunicación Oral, 23 marzo 2012.

DÍAZ ARIÑO, B. (2004): "*Heisce Magistreis*: aproximación a los *collegia* de la *Hispania* republicana a través de sus paralelos italianos y delios", *Gerión*, 22, pp. 447-478.

DÍAZ ARIÑO, B. (2008): *Epigrafía latina republicana de Hispania*, Instrumenta, 26, Barcelona.

DÍAZ GARCÍA, M., MACÍAS SOLÉ, J. M. y TEIXELL NAVARRO, M. I. (2005): "Intervencions al carrer Sevilla núms. 12-14. Noves dades per a l'evolució urbana del "Casc Antic" de Tàrraco", *BArq*, 27, pp. 47-103.

DÍAZ ORDÓÑEZ, M. A. (2006): "El empleo del esparto en la cordelería naval española de la Antigüedad al siglo XVIII", *Tiempos modernos (Revista electrónica de Historia Moderna)*, 14, 2, pp. 1-17.

DÍAZ RODRÍGUEZ, J. J. (2008): "De la arcilla a la cerámica. Aproximación a los ambientes funcionales de los talleres alfareros en Hispania", en D. BERNAL y A. RIBERA (eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 93-111.

DIETLER, M. y HAYDEN, B. (2001): "Digesting the Feast- Good to Eat, Good to Drink, Good to Think: An Introduction", en M. DIETLER y B. HAYDEN (Eds.): *Feasts: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*, Smithsonian Instituition Press, Washington y Londres, pp. 1-22.

DÍEZ FERNÁNDEZ, F. (1983): *Cerámica común romana de la Galilea. Aproximaciones y diferencias con la cerámica del resto de Palestina y regiones circundantes*, Ed. Biblia y Fe, Madrid.

DÍEZ MANTILLA, M. A. y PECETE SERRANO, S. M. (2005a): "Hallazgo de un epígrafe en la calle del Duque (Cartagena)", *Mastia*, 4, pp. 175-182.

DÍEZ MANTILLA, M. A. y PECETE SERRANO, S. M. (2005b): "Intervención arqueológica en la Calle del Duque nos 8, 10 y 12 (Cartagena)", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 274-275.

DJAOUI, D. (2011): "Arles: une destinée portuaire", en D. DJAOUI, S. GRECK y S. MARLIER (Dir.): *Arles-Rhône 3. Le naufrage d'un chaland antique dans le Rhône, enquête pluridisciplinaire*, Actes Sud, pp. 36-77.

DJORJEVIC, B. V. (2005): "Some ethnoarchaeological possibilities in the pottery technology investigations", en M. I. PRUDÊNCIO, M. I DIAS y J. C. WARENBORGH (Eds.): *Understanding people through their pottery,*

Proceedings of the 7th European Meeting on Ancient Ceramics (EMAC'03), (October 27-31, 2003, Instituto Tecnológico e Nuclear, Lisbon, Portugal), *Trabalhos de Arqueologia, 42*, Lisboa, pp. 61-69.

DOMERGUE, C. (1965): "Les Planii et leur activité industrielle en Espagne sous la République", *MCV*, 1, pp. 9-28.

DOMERGUE, C. (1966): "Les lingots de plomb romains du Musée archéologique de Carthagène et du Musée Naval de Madrid", *AEspA*, 39, 113-114, pp. 41-72.

DOMERGUE, C. (1985): "L'explotation des mines d'argent de Carthago Nova: son impact sur la structure sociale de la cité et sur les dépenses locales à la fin de la République et au début du Haut Empire", en Ph. LEVEAU (Ed.): *L'origine des richesses depensées dans la ville Antique: Actes du colloque organisé à Aix-en-Provence*, Travaux du CCJ, 12, pp. 197-217.

DOMERGUE, C. (1987): *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*, 2 Vol., Publications de la Casa de Velázquez, Série Archéologie, 8, Madrid.

DOMERGUE, C. (1990): *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'antiquité romaine*, *CÉFR*, 127.

DOMERGUE, C. (2004): "Un parcours à travers les lingots de plomb romains d'Espagne", *Pallas*, 66, pp. 105-118.

DOMERGUE, C. (2008): *Les mines antiques. La production des métaux aux époques grecque et romaine*, Antiqva, Ed. A. et J. Picard, Paris.

DOMERGUE, C. (2010): "Production et commerce des métaux dans l'Occident romain: l'Hispanie et la Gaule", en Ll. PONS (Coord.): *Hispania et Gallia: dos provincias del occidente romano*, Instrumenta, 38, Barcelona, pp. 109-123.

DOMERGUE, C. y MAS, J. (1983): "Nuevos descubrimientos de lingotes de plomo romanos estampillados", XVI *CNA*, (Murcia-Cartagena, 1982), Zaragoza, pp. 907-909.

DOMERGUE, C. y RICO, C. (e. p.): "L'exportation des métaux de l'Occident méditerranéen à l'époque romaine. L'exemple de la Gaule et l'Hispanie", en: M. PAQUINUCCI y S. MENCHELLI (Ed.): *Porti antichi e retroterra produttiv*i, BiAMA, (Actas del congreso celebrado en Livorno, 26-28 marzo 2009).

DOSI, A. y SCHNELL, F. (1986): *I romani in cucina*, Vita e costume dei romani antichi, 3, Museo della Civiltà Romana, Roma.

DRESSEL, H. (1899): *Inscriptiones urbis Romae Latinae. Instrumentum domesticum, CIL*, vol. XV, pars II, fasc. 1.

DUBOIS–PELERIN, E. (2008): *Le luxe privé à Rome et en Italie au Ier siècle après J.-C*, Coll. CJB, 29, Naples.

DUNCAN-JONES, R. P. (1996): "The impact of the Antonine plague", *JRA*, 9, pp. 108-136

DUPLESSY, B. (2002): *Poteries et faïences de Provence*, Toledo.

DYSON, S. L. (2003): *The Roman Countryside*, Duckworth Debates in Archaeology, London.

ECK, W. (2007). "Krise oder Nichtkrise? Das ist hier die Frage. Köln und sein Territorium in der 2. Hälfte des 3. Jhr.", en O. HEKSTER, G. DE KLEIJN y D. SLOOTES (Eds.): *Crises and the Roman Empire. Proceedings of the Seventh Workshop of the International Network Impact of Empire,* Nijmegen (June 20-24, 2006), Leiden-Boston, pp. 23-43.

EGEA BRUNO, P. (1981): "Movimiento obrero y crisis finisecular en el distrito minero de Cartagena (1895-1898)", *AUM*, 38, 4, Murcia, pp. 3-25.

EGEA BRUNO, P. M. (1986): *El distrito minero de Cartagena en torno a la Primera Guerra Mundial (1920-1923)*, Universidad de Murcia, Ayuntamiento de Cartagena.

EGEA VIVANCOS, A. (2002): "Características principales del sistema de captación, abastecimiento, distribución y evacuación de agua de *Carthago Nova*", *Empúries*, 53, pp. 13-28.

EGEA VIVANCOS, A. (2002): "Ingeniería hidraúlica en Carthago Nova: las tuberías de plomo", *Mastia*, 1, pp. 167-178.

EGEA VIVANCOS, A. (2003a): "Ingeniería hidraúlica en Carthago Nova: las cisternas", *Mastia*, 2, pp. 109-127.

EGEA VIVANCOS, A. (2003b): "Ingeniería hidraúlica romana en el cerro del Molinete", en J. M. NOGUERA (Ed.): *Arx Asdrubalis. Arqueología e Historia del Cerro del Molinete (Cartagena)*, Vol. 1, Universidad de Murcia pp. 203-230.

EGEA VIVANCOS, A. (2004): "Ingeniería hidraúlica romana en Carthago Nova: las cloacas y la red de saneamiento", *Mastia*, 3, pp. 71-94.

EGEA VIVANCOS, A. (2005): *Actuación arqueológica en Plan Especial CA-2 Molinete, Área de "Morerías", Cartagena, 2ª fase, Manzanas 3, 4B y C, Noviembre 2004 - Marzo 2005,* Inédito.

EGEA VIVANCOS, A., DE MIQUEL SANTED, L. E., MARTÍNEZ SÁNCHEZ, M. A. y HERNÁNDEZ ORTEGA, R. (2006): "Evolución urbana de la zona "Morería". Ladera occidental del Cerro del Molinete (Cartagena)", *Mastia*, 5, pp. 11-59.

EGEA VIVANCOS, A., RUIZ VALDERAS, E. y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. (2011): "Carthago Nova", en J. A. REMOLÀ y J. ACERO (Eds.): *La gestión de los residuos urbanos en Hispania, Xavier Dupré Raventós (1956-2006). In Memoriam*, Anejos de *AEspA*, LX, Madrid, pp. 281-296.

EILERS, C. (2002): *Roman Patrons of Greek cities*, Oxford Classical Monographs, Oxford.

ELLIS, S. P. (1988): "The End of the Roman House", *AJA*, 92, 4, pp. 565-576.

EMPEREUR, J.-Y. y HESNARD, A. (1987): "Les amphores héllenistiques", en P. LÉVÊQUE y J.-P. MOREL (Dir.): *Céramiques hellénistiques et romaines II*, Centre de Recherches d´histoire ancienne, 70, Paris, pp. 9-72.

EMPEREUR, J.-Y. y PICON, M. (1989): "Les régions de productions d'amphores impériales en Méditerranée Orientale", Amphores romaines et histoire économique: dix ans de recherches, *CÉFR*, 114, pp. 223-248.

ENGUIX, R. y ARANEGUI, C. (1977): *Taller de ánforas romanas de Oliva (Valencia)*, Servicio de Investigaciones Prehistóricas, Trabajos Varios, 54, Valencia.

ESCRIVÀ TORRES, V. (1989): *Cerámica romana de Valentia. La Terra Sigillata Hispánica*, Serie Arqueológica Municipal, 8, Ajuntament de València.

ESCRIVÀ TORRES, V. (1995): "Cerámica común romana del *Municipium Liria Edetanorum*. Nuevas aportaciones al estudio de la cerámica de época alto-imperial en la Hispania Tarraconensis"*Ceràmica Comuna Romana d'època Alt-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*, Monografies Emporitanes, 8, pp. 167-186.

ESCRIVÀ TORRES, V., MARTÍNEZ CAMPS, C. y VIDAL FERRÚS, X. (2001): "Edeta Kai Leiria. La ciutat romana d'Edeta de l'època romana a l'antiguitat tardana", *Lauro*, 9, pp. 15-91.

ESCRIVÀ, V. y VIDAL, X. (1995): "La Partida de Mura (Liria, Valencia): un conjunto monumental de época flavia", *Saguntum*, 29, pp. 231-240.

ESPÍN, J. (1999): "La necrópolis romana de Eliocroca", *Miscelánea. Joaquín Espín Rael*, (Ed.: *La Tarde de Lorca* nº 5, 172, 1928, Lorca), pp. 41-44.

ESTEBAN DELGADO, M., IZQUIERDO MARCULETA, M. T., MARTÍNEZ SALCEDO, A. y RÉCHIN, F. (2012): "Las cerámicas comunes no torneadas de difusión aquitano tarraconense (CAQTA): estado de la cuestión", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*, *mHA*, Cádiz, pp. 561-579.

ETIENNE, R. (1959: "Demographie et épigraphie", *Atti III Congresso Internazionale di Epigrafia Greca e Latina*, L'Erma di Bretschneider, Roma, pp. 415-424.

ÉTIENNE, R. y MAYET, F. 1995-1996 [1998]: "Cartographie critique des établissements de salaisons de poisson dans la Péninsule Ibérique", en É. RIETH (Dir.): *Méditerranée Antique. Pêche, navigation, commerce*, 120e et 121e Congrès national des societés historiques et scientifiques (Aix-en-Provence, 1995; Nice, 996), pp. 33-57.

ÉTIENNE, R., MAYET, F. y MORAND, I. (Eds.) (1993): *Histoire et archéologie de la péninsule ibérique antique. Chroniques quinquennales, 1968-1987*, Ed. De Boccard, Paris.

ETTLINGER, E., EDINGER, B., HOFFMAN, N., KENRICK, P. M., PUCCI, G., ROTH-RUBI, K., SCHNEIDER, G., VON SCHNURBEIN, S., WELLS, C. M., ZABEHLICKY-SCHFFENEGGER, S. (1990): *Conspectus formarum terrae sigillatae Italico modo confectae*, Materialen zur römisch-germanischen Keramik, 10, Bonn.

EVERS, C. (1994): *Les portraits d'Hadrien. Typologie et ateliers*, Académie royale de Belgique, Classe des Beaux-Arts, Bruxelles.

EVERSHED, R. P., VAUGHAN, S. J., DUDD S. N. y SOLES, J. S. (1997): "Fuel for thought? Beeswax in lamps and conical cups from late Minoan Crete", *Antiquity*, 71, 274, pp. 979-985.

FABIÃO, C. (2011): "Ceramica come mezzo, ceramica come fine", *BexOH*, 3, SECAH, pp. 1-4.

FABIÃO, C. y GUERRA, A. (1993): "Sobre os conteúdos das ânforas lusitanas", *II Congreso Peninsular de Historia Antigua*, (Coimbra, 18-20 outubro 1990), Coimbra, pp. 995-1016.

FABIÃO, C. y GUERRA, A. (2010): "Mesas do Castelinho (Almodôvar): Um exemplo falhado no sul da Lusitania", en J.-G. GORGES y T. NOGALES (Coord.): *Origen de la Lusitania romana (siglos I a.C. – I d.C.)*, VII Mesa Redonda Internacional sobre la Lusitania romana, (Touluse, 8-9 noviembre 2007), pp. 459-488.

FEBVRE, L. (1970): *Combates por la historia*, Ed. Ariel, Barcelona.

FENTRESS, E. (2000): "What are we counting for?", en R. FRANCOVICH, H. PATTERSON y G. BARKER (Eds.): *Extracting Meaning from Plughsoil Assemblages, The Archaeology of Mediterranean landscapes*, 5, Oxford, pp. 44-52.

FENTRESS, E. (Ed.) (2000): *Romanization and the City. Creations, Transformations and Failures*, Proceedings of a conference held at the American Academy in Rome to celebrate the 50th anniversary of the excavations at Cosa, 14-16 May, 1998, *JRA*, Supplementary series, 38.

FERDIÈRE, A. (2007): "Le temps des archéologues, le temps des céramologues", *SFÉCAG, Actes du congrès de Langres,* 17-20 mai 2007, pp. 15-24.

FERNÁNDEZ ARDANAZ, S. y GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R. (2006): "El *consensus* y la *auctoritas* en el acceso al poder del emperador Septimio Severo", en M. C. CONDE, R. GONZÁLEZ y A. EGEA (Coord.): *A&Cr*, 23, Espacio y Tiempo en la percepción de la Antigüedad Tardía: Homenaje al profesor Antonino González Blanco, "In maturitate aetatis ad prudentiam", pp. 23-37.

FERNÁNDEZ AZORÍN, T. (2008a): "Excavación urbana en la Calle Martín Delgado, números 4-6, Cartagena", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 269-270.

FERNÁNDEZ AZORÍN, T. (2008b): "Excavación urbana en Plaza del Sevillano, número 33, Cartagena", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 271-172.

FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (1999a): "Pinturas murales del I Estilo pompeyano en Cartagena", *AEspA*, 72, pp. 259-263.

FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (1999b): *La villa romana de Portmán. Programa decorativo ornamental y otros elementos para su estudio*, Universidad de Murcia.

FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2002): "Evolución de la pintura mural en *Carthago Noua*", *Mastia*, 1, pp. 77-166.

FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2003): "Portmán: de villa industrial a villa de recreo", Mastia, 2, pp. 65-107.

FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2004a): "Decoración pictórica y en estuco de algunos elementos arquitectónicos de la ciudad romana de *Carthago Nova*", en S. F. RAMALLO (Ed.): *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de occidente,* Actas del Congreso Internacional celebrado en Cartagena entre los días 8 y 10 de octubre de 2003, Murcia, pp. 501-517.

FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2004b): "Representación de arquitectura ficticia en las ciudades romanas de *Carthago Nova* y *Valentia*", en S. F. RAMALLO (Ed.): *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de occidente,* Actas del Congreso Internacional celebrado en Cartagena entre los días 8 y 10 de octubre de 2003, Murcia, pp. 519-534.

FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2008): *La pintura mural romana de Carthago Nova: evolución de los programas pictóricos a través de los estilos, talleres y técnicas decorativas*, 2 Vol., Monografías MAM, 2, Murcia.

FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2009): "La pintura mural romana de Carthago Noua", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, p. 153-164.

FERNÁNDEZ DÍAZ, A. y QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (2011): "La configuración de la arquitectura doméstica en Carthago Nova desde época tardo-republicana hasta los inicios del Bajoimperio", en A. FERNÁNDEZ DÍAZ y A. QUEVEDO (Eds.): *La arquitectura doméstica romana en ámbito urbano y rural, AnMu,* 23, 2007-2008 [Ed. 2011], Nº Monográfico: *La arquitectura doméstica romana en ámbito urbano y rural*, pp. 273-309.

FERNÁNDEZ DÍAZ, A. y VELASCO ESTRADA, V. (e. p.): "El mobiliario de la Curia de *Carthago Nova*".

FERNÁNDEZ DÍAZ, A., MURCIA MUÑOZ, A. y GARCÍA CANO, C. (2005): "Actuación arqueológica en la C/ Beatas (Cartagena): constatación de una nueva técnica decorativa de ámbito doméstico", *AnMu*, 21, pp. 127-146.

FERNÁNDEZ GARCÍA, M. I. y ROCA ROUMENS, M. (2008): "Producciones de *Terra Sigillata* Hispánica", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 307-332.

FERNÁNDEZ GÖTZ, M. A. y RUIZ ZAPATERO, G. (2011): "Hacia una arqueología de la etnicidad", *TPh*, 68, 2, pp. 219-236.

FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, J. C. (1986): "Paleolíneas de la costa del sureste español desde el Plioceno al Cuaternario reciente", en J. MAS (Dir.): *Historia de Cartagena*, Vol. 3, Ed. Mediterráneo, Murcia, pp. 109-127.

FERNÁNDEZ MATALLANA, F. (2008): "Sartén" [Ficha de catálogo, nº 38], *Catálogo ARQVA. Museo Nacional de Arqueología Subacuática*, Ministerio de Cultura, pp. 188-189.

FERNÁNDEZ MATALLANA, F. (2009): "La producción de vidrio en *Carthago Nova*. Algunas evidencias arqueológicas", *Mastia*, 8, pp. 139-157.

FERNÁNDEZ MATALLANA, F. (e. p.): "La producción de vidrio en *Carthago Nova*. El ejemplo del horno de la C/ Honda, nº 17", *II Jornadas nacionales sobre el vidrio en la España romana, La Granja de San Ildefonso*, Segovia.

FERNÁNDEZ MATALLANA, F. y NADAL SÁNCHEZ, M. (2007): "Excavación arqueológica en la Calle del Parque, números 25-27, Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 121-123.

FERNÁNDEZ MATALLANA, F. y NADAL SÁNCHEZ, M. (2008): "Excavación arqueológica en el solar situado entre la Calle San Fernando y Calle Tahona de Cartagena", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 279-281.

FERNÁNDEZ MATALLANA, F. y ZAPATA PARRA, J. A. (2005): "Excavación arqueológica de urgencia en el solar de la calle Jara nº 26 de Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 284-285.

FERNÁNDEZ MATALLANA, F., ZAPATA PARRA, J. A. y CARRILLO MIÑANO, R. (2007): "Informe de la excavación en el solar del Callejón de San Esteban, Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 129-131.

FERNÁNDEZ MATALLANA, F., ZAPATA PARRA, J. A. y NADAL SÁNCHEZ, M. (2007): "Excavación arqueológica en el solar de la Calle Mayor esquina Calle Medieras de Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el*

patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia, XVIII, Vol. I, pp. 141-143.

FERNÁNDEZ MATALLANA, F., ZAPATA PARRA, J. A. y TERCERO GARCÍA, J. A. (2007): "Excavación arqueológica de urgencia en la Calle Honda número 17, Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 125-127.

FERNÁNDEZ OCHOA, C. y ZARZALEJOS PRIETO, M. (1999): "Reflexiones sobre una producción peculiar de cerámica común romana localizada en el tercio norte de la península ibérica y el sur de Aquitania. Los materiales de la ciudad de Gijón (España)", *CuPAUAM*, 25, 2, pp. 251-265.

FERNÁNDEZ VEGA, P. A. (1999): *La casa romana*, Akal, Madrid.

FERNÁNDEZ VILLAMARZO, M. (1905): *Estudios gráfico-históricos de Cartagena desde los tiempos prehistóricos hasta la expulsión de los árabes*, Cartagena.

FERNÁNDEZ, A. y REMOLÀ, J. A. (2008): "Tarraco: contextos ceràmics d'època altoimperial", *SFÉCAG, Actes du congrès de L'Escala-Empúries,* 1er-4 mai 2008, pp. 87-102.

FERNÁNDEZ-HENAREJOS JIMÉNEZ, D., LÓPEZ ROSIQUE, C. y BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (2005): "Excavaciones arqueológicas de urgencia en plaza de la Merced nº 1 esquina con calle del Duque (Cartagena)", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 280-281.

FERNÁNDEZ-HENAREJOS JIMÉNEZ, D., LÓPEZ ROSIQUE, C. y BERROCAL CAPARRÓS, Mª. C. (2003): "Excavación arqueológica de urgencia en el solar situado en la C/ Serreta nos 3-7 y C/ San Vicente nos 10-18, en Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XIV, pp. 64-66.

FERRAGUT, C. Y MISEROS, L., (2001): "Inscripción inédita de un beneficiarius consularis en Carthago Nova", *SPhV*, 5, pp. 53-60.

FERRER CARRIÓN, R. (2005): "Excavación de urgencia de la calle Cuatro Santos 33-35 de Cartagena (Murcia)", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 272-273.

FEUGÈRE, M. (1985): *Les fibules en Gaule Méridionale de la conquête à la fin du Ve s. ap. J.-C*, *RAN*, Supplément, 12.

FEUGÈRE, M., FOREST, V. y PRÉVOT, Ph. (2008): "Une grille d'analyse pour décrire et comparer les ateliers de tabletiers?", en I. BERTRAND (Dir.): *Le travail de l'os, du bois de cerf et de la corne à l'époque romaine: un artisanat en marge?*, Actes de la table ronde *instrumentum*, Chauvigny (Vienne, F), 8-9 décembre 2005, Monographies *instrumentum*, 34, Montagnac, pp. 25-33.

FEUGÈRE, M., PASSELAC, M., PELLEMER, C. y GARNY, P. (1998): "Signes de la romanisation", *RAN*, 31, pp. 299-353.

FÉVRIER, P.-A. (1980): "A propos de la céramique de de Méditerranée occidentale (I^{er}-VI^{e} siècle après J.-C.)", en P. LÉVÊQUE y J.-P. MOREL (Dir.): *Céramiques hellénistiques et romaines*, Centre de recherches d'Histoire Ancienne, 36, Besançon, pp. 159-200.

FÉVRIER, P.-A. (1986): "Habitat ed edilizia nella Tarda Antichità", en: A. GIARDINA (Ed.): *Le merci, gli insediamenti*, Società romana e Impero Tardoantico, Vol. 3, Ed. Laterza, Roma-Bari, pp. 731-760.

FITTSCHEN, K. y ZANKER, P. (1985): *Katalog der römischen Porträts in den Capitolinischen Museen und den anderen kommunalen Sammlungen der Stadt Rom*, Band I, 4 Vol. Text & Tafeln, Ed. Philip von Zabern, Mainz am Rheim.

FLORIDO ESTEBAN, D. D., TROJAN HERNÁNDEZ, M. N. y SÁNCHEZ LÓPEZ, A. (2007): "Excavación de urgencia en Calle San Antonio el Pobre, número 5, Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 137-139.

FONTANA I LÁZARO, J. (1982): *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Ed. Crítica, Barcelona.

FORSTER, G., 2001: "The Roman Period", en J. N. COLDSTREAM, L. J. EIRING y G. FORSTER (Eds.): *Knossos Pottery Handbook. Greek and Roman*, British School at Athens, Studies, 7, pp. 137-167.

FOY, D. (2000): "Les indices d'une production de verre: réperages et interprétations. Etude méthodologique, l'exemple provençal", en P. CRESSIER (Ed.): *El vidrio en Al-Andalus*, Casa de Velázquez-Fundación Centro Nacional de Vidrio, Madrid, pp. 13-41.

FOY, D. (2003): "Récyclage et réemplois dans l'artisanat du verre. Quelques exemples antiques et médiévaux", en P. BALLET, P. CORDIER y N. DIEUDONNÉ-GLAD (Dir.): *La ville et ses déchets dans le monde romain. Rebuts et récyclages*, Actes du Colloque de Poitiers, 19-21 septembre 2002, Archéologie et Histoire Romaine, Montagnac, pp. 271-276.

FRIEDMAN, Th. L. (2002): *Longitudes and Attitudes: Exploring the World After September 11*, Ed. Farrar, Strauss & Giroux, New York.

FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (2002): "El vidrio ¿el primer material reciclado de la historia?", en A. FUENTES, J. A. PAZ y M. E. ORTIZ (Eds.): Vidrio romano en España. La revolución del vidrio soplado, Octubre 2001 – Marzo 2002, La Granja, Segovia, pp. 146-149.

FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (2006): "Escenarios de plena romanización en Castilla-La Mancha", en A. FUENTES DOMÍNGUEZ (Coord.): *Castilla-La Mancha en época romana y Antigüedad Tardía*, Biblioteca Añil, Ed. Almud, Ciudad Real, pp. 97-132.

FUENTES MIRALLES, F. (2009): "Excavación arqueológica de un horno de cal en El Mingrano (Mazarrón, Murcia)", *Argentvm*, 1, pp. 159-171.

FUENTES MIRALLES, F. y SÁNCHEZ MARTÍNEZ, M. M. (2007): "Excavación arqueológica de urgencia en El Galtero, Torre Pacheco", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 175-177.

FUENTES SÁNCHEZ, M. (2006): "Novedades en el extremo sureste del foro de Carthago Nova: el porticado de la sede colegial", *Mastia*, 5, pp. 141-155.

FULFORD, M. (2005): "Preface", en J. M. GURT I ESPARRAGUERA, J. BUXEDA I GARRIGÓS y M. A. CAU ONTIVEROS (Eds.): *LRCW 1. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*, BAR International Series, 1340, Oxford, pp. v.

FULFORD, M. G. y PEACOCK, D. P. S. (Dir.) (1984): *Excavations at Carthage: The British Mission,Vol. I, 2, The Avenue du Président Habib Bourguiba, Salambo: The Pottery and other Ceramic Objects from the site*, 2, University of Sheffield, Shefield.

FULFORD, M. G. y PEACOCK, D. P. S. (Dir.) (1994): *Excavations at Carthage: The British Mission, Vol. II, 2, The circular Harbour, North side, The Pottery*, University of Sheffield, Shefield.

GALADINI, F., HINZEN, K.-G. y STIROS, S. (2006a): "Archaeoseismology: Methodological issues and procedure", *JSeismol*, 10, 4, Special issue: *Archaeoseismology at the Beginning of the 21st century*, pp. 395-414.

GALADINI, F., HINZEN, K.-G. y STIROS, S. (2006b): "Preface", *JSeismol*, 10, 4, Special issue: *Archaeoseismology at the Beginning of the 21st century*, pp. 393-394.

GALLARDO CARRILLO, J. GONZÁLEZ BALLESTEROS, J. A. y OTEO CORTÁZAR, M. (2007): "La actividad alfarera en Lorca: pervivencia artesanal desde época ibérica hasta el siglo XIX", *Alberca*, 5, pp. 135-152.

GALLIMORE, S. (2010): "Amphora production in the Roman World. A View from the Papyri", *BASP*, 47, pp. 155-184.

GARCÍA ANTÓN, J. (2002): "Urci y Aquila", en R. JIMÉNEZ (Coord.): *Mirando al Mar*, Vol. II, Murcia, pp. 215-237.

GARCÍA BLÁNQUEZ, L. A. (2006): "El atrium paleocristiano de Algezares (Murcia)", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVII, pp. 135-139.

GARCÍA BLÁNQUEZ, L. A. (2012): "Aprovisionamiento hidraúlico romano en el Ager Carthaginensis. Estructuras hidraúlicas de almacenaje y depuración", *AnMu*, 25-26, 2009-2010 [Ed. 2012], pp. 213-255.

GARCÍA CANO, C., GUILLERMO MARTÍNEZ, M., MURCIA MUÑOZ, A. J. y MADRID BALANZA, M. J. (1999): "Aportación al estudio del poblamiento del s. IV a.C. en el entorno de Cartagena: el yacimiento de La Mota (Sierra de la Atalaya)", *XXIV CNA,* (Cartagena, 1997)*,* Vol. 3, *Impacto colonial y Sureste Ibérico*, Murcia, pp. 187-194.

GARCÍA DE CASTRO, F. J. (1995): "La trayectoria histórica de Hispania romana durante el siglo IV d.C.", *HAnt*, 19, pp. 327-361.

GARCÍA DEL TORO, J. R. (1979): "Garum Sociorum. La industria de salazones de pescado en la Edad Antigua en Cartagena", *AUM*, 36, pp. 27-57.

GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y GARCÍA VARGAS, E. (2012): "Los hornos alfareros de tradición fenicia en el Valle del Guadalquivir y su perduración en época romana: aspectos tecnológicos y sociales", *SPAL*, 21, pp. 9-28

GARCÍA GIMÉNEZ, R., VIGIL DE LA VILLA, R., PETIT DOMÍNGUEZ, M. D. y RUCANDIO, M. I. (2006): "Application of chemical, physical and chemometric analytical techniques to the study of ancient ceramic oil lamps", *Talanta*, 68, pp. 1236-1246.

GARCÍA GUARDIOLA, J. y LÓPEZ SEGUÍ, E. (2007): "Intervención arqueológica en el yacimiento romano de Los Tinteros, Isla Plana (Cartagena)" *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 163-164.

GARCÍA GUARDIOLA, J., QUILES MUÑOS, J. y LÓPEZ SEGUÍ, E. (2006): "Excavaciones arqueológicas en el yacimiento romano de Los Tinteros (Isla Plana, Cartagena)", *Mastia*, 5, pp. 157-170.

GARCÍA JIMÉNEZ, I. (1985): "L. Nvmisivs Laetvs Flamen Provinciae Hispaniae Citerioris Bis", *AnMu*, 1, pp. 133-155.

GARCÍA LORCA, A. y VIDAL NIETO, M. (2008): "Excavación arqueológica en Calle Ciprés, números 3-5-7 de Cartagena", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 259-262.

GARCÍA LORCA, S. (2005): "Excavación arqueológica de urgencia en Calle Balcones Azules esquina Calle Ignacio García en Cartagena (Murcia)", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 276-277.

GARCÍA LORCA, S. (2007): "Excavación arqueológica de urgencia en Calle San Cristóbal la Larga, número 34, Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 117-120.

GARCÍA LORCA, S. y GIMÉNEZ LÓPEZ, F. (2007): "Una vivienda del siglo III a.C. en Cartagena", *Mastia*, 6, pp. 105-122.

GARCÍA MERINO, C., SÁNCHEZ SIMÓN, M. y BURÓN ÁLVAREZ, M. (2009): "Cultura material del siglo III en un ambiente doméstico de la Meseta: el conjunto cerrado de la casa de los Plintos de Vxama", *AEspA*, 82, pp. 221-253

GARCÍA NOGUERA, M., POCIÑA LÓPEZ, C. A. y REMOLÀ VALLVERDÚ, J. A. (1997): "Un context ceràmic d'inicis del segle II d.C. a *Tarraco* (*Hispania Tarraconensis*)", *Pyrenae*, 28, pp. 179-209.

GARCÍA ROSELLÓ, J. (2007): "La Etnoarqueología como experimentación: identificación de marcas de manufactura en cerámicas modeladas a mano", en M. L. RAMOS, J. E. GONZÁLEZ URQUIJO y J. BAENA (Eds.): *Arqueología experimental en la península Ibérica*, Santander, pp. 45-57.

GARCÍA VARGAS, E. (1998): *La producción de ánforas en la Bahía de Cádiz en época romana (ss. II a.C.-IV d.C.),* Écija.

GARCÍA VARGAS, E. (2000): "La producción de ánforas "romanas" en el sur de Hispania. República y Alto Imperio", en *Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae, Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano*, Vol. 1, Écija, pp. 57-174.

GARCÍA VARGAS, E. y BERNAL CASASOLA, D. (2008): "Ánforas de la Bética", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 661-687.

GARCÍA VARGAS, E. y BERNAL CASASOLA, D. (2009): "Roma y la producción de *garum* y *salsamenta* en la costa meridional de *Hispania*. Estado de la investigación", en D. BERNAL (Ed.): *Arqueología de la pesca en el Estrecho de Gibraltar. De la Prehistoria al fin del Mundo Antiguo*, Cádiz, pp. 133-181.

GARCÍA-ABOAL, M. V. (2009): "Botella" [Ficha de Catálogo, nº 22], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 276.

GARCÍA-DILS DE LA VEGA, S. (2011): "Astigi", en J. A. REMOLÀ y J. ACERO (Eds): *La gestión de los residuos urbanos en Hispania, Xavier Dupré Raventós (1956-2006). In Memoriam*, Anejos de *AEspA*, LX, Madrid, pp. 53-63.

GARCÍA-ENTERO, V. (2005): *Los balnea domésticos –ámbitos rural y urbano– en la Hispania romana*, Anejos de *AEspA*, 37, Madrid.

GARCÍA-HERAS, M. (1995): "En torno a la arqueometría española en 1995", *Complutum*, 6, 279-280.

GARNIER, N. (2007): "Analyse de résidus organiques conservés dans des amphores: un état de la question", en M. BONIFAY y J.-C. TRÉGLIA (Eds.): *LRCW 2. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*, Vol. I, BAR International Series, 1662, Oxford pp. 39-57.

GARNIER, N. (2007): "Analyse de résidus organiques conservés dans des amphores: un état de la question", en M. BONIFAY y J.-C. TRÉGLIA (Eds.): *LRCW 2.*

Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry, Vol. I, BAR International Series, 1340, Oxford, pp. 39-57.

GARRIDO, C. y CHERRY, P. (2004): *Luis Meléndez. La serie de bodegones para el Príncipe de Asturias. Estudio técnico*, Museo del Prado, Madrid.

GARRIGUET MATA (2005): "Las representaciones imperiales en la Hispania del siglo II d.C.: consideraciones a partir de la evidencia escultórica y epigráfica", en L. HERNÁNDEZ GUERRA (Ed.): *La Hispania de los Antoninos (98-180)*, Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua, (Valladolid, 10-12 noviembre de 2004), Universidad de Valladolid, pp: 493-513.

GARRIGUET MATA, J. A. (2008): "Retratos imperiales de Hispania", en J. M. NOGUERA y E. CONDE (Eds.): *Escultura romana en Hispania*, V, Actas de la reunión internacional celebrada en Murcia del 9 al 11 de diciembre de 2005, Murcia, pp. 115-147.

GARRIGUET, J. A. (2001): *La imagen del poder imperial en Hispania. Tipos estatutarios*, *Corpus Signorum Imperii Romani*, España, Vol. II, Fascículo 1, Murcia.

GASPARRI, C. (1989): "Una officina di copisti di età medio-imperiale", en S. WALKER y A. CAMERON (Eds.): *The Greek renaissance in the Roman empire. Papers from the Tenth British Museum Classical Colloquium*, (1986), London, pp. 96-101.

GASPARRI, C. (2006a): "Il Sofocle Lateranense: nuove considerazioni su un'officina di età medioimperiale", *RPAA*, 78, 2005-2006, Roma, pp. 139-182.

GASPARRI, S. (2006b): "*Tardoantico e alto Medioevo: metodologie di ricerca e modelli interpretativi*", en S. CAROCCI (Dir.): *Il Medioevo (secoli V-XV). VIII. Popoli, poteri, dinamiche*, Roma, pp. 27-61.

GEBHARD, E. R., HEMANS, F. y HAYES, J. W. (1998): "University of Chicago Excavations at Isthmia, 1989: III, *Hesperia*, 67, 4, pp. 405-462.

GELICHI, S. (2000): "L'eliminazione dei rifiuti nelle città romane del nord Italia tra Antichità ed Alto Medioevo", en X. DUPRÉ y J. A. REMOLÀ (eds.): *Sordes Urbis. La eliminación de los residuos en la ciudad romana*, Bibliotheca Italica, Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 24, pp. 13-23.

GHINI, G. P. (1989): "Dionysos: mito e storia. Le fonti letterarie classiche", en F. BERTI y C. GASPARRI (Ed.): *Dionysos mieto e mistero*, Catalogo della mostra, Nuova Alfa Editoriale, Bologna, pp: 176-186.

GIANFROTTA, P. (2000): *Gli animali acquatici. Plinio, Storia naturale, libro IX*, Coll. Peripli, 1, Ed. Il Grande Blu, Ponza.

GIARDINA, A. (1999): "Esplosione di Tardoantico", *StudStor*, 40, 1, pp. 157-180.

GIBBINS, D. (2001): "A Roman shipwreck of c. AD 200 at Plemmirio, Sicily: evidence for north African amphora production during the Severan period", *World Archaeology*, 32, 3, pp. 311-334.

GIBBINS, D. J. L. (1991): "The Roman wreck of *c.* AD 200 at Plemmirio, near Siracusa (Sicily): third interim report. The domestic assemblage 2: kitchen and table pottery, glass and shing weights", *IJNA*, 20, pp. 277–46.

GIBBON, E. (2006): *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, Tomo I, Madrid.

GILLIAM, G. F. (1961): "The plague under Marcus Aurelius", *AJA*, 82, pp. 225-251.

GINZBURG, C. (1976): *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, (1997, Trad. de Francisco Martín), Barcelona.

GIROIRE, C. y ROGER, D. (Dir.) (2008): *De l'esclave à l'empereur: l'art romain dans les collections du musée du Louvre. Catalogue de l'exposition*, *Musée Départemental de l'Arles antique,* 20 décembre 2008 -3 mai 2009, Paris.

GISBERT SANTONJA, J. A. (1987): "La producció de vi al territori de *Dianium* durant l'Alt Imperi: El taller d'àmfores de la vil·la romana de l'Almadrava (Setla-Mirarrosa-Miraflor)", *El vi a l'Antiguitat. Economia, producció i comerç al Mediterrani occidental. I Col·loqui d'Arqueologia romana,* Badalona, pp. 104-117.

GISBERT SANTONJA, J. A. (1998): "Àmfores i vi al territorium de Dianium (Dénia). Dades per a la sistematització de la producción amforal al País Valencia", *El vi a la antiguitat. Economia, producció i comerç al Mediterrani Occidental*, Actes del II Col.loqui International d'Arqueologia Romana, (Badalona, 6-9 maig de 1998), pp. 383-417.

GISBERT SANTONJA, J. A. y LAUBENHEIMER, F. (2001): "La standarisation des amphores Gauloise 4, des ateliers de Narbonnaise à la production de Dénia (Espagne)", en F. LAUBENHEIMER (Dir.): *20 ans de recherches à Sallèles d'Aude*, Presses Universitaires de Franche Comté, pp. 34-46.

GISBERT, J. A. (2007): "Puerto y fondeaderos de Dénia en la antigüedad clásica. Evidencias de comercio y distribución de vino y aceite en *Dianium* y su territorium", en J. PÉREZ BALLESTER y G. PASCUAL (Eds.): *Comercio, redistribucíon y fondaderos. La navegación a vela en el Mediterráneo*, *Actas V Jornadas Internacionales de Arqueología Subacuática*, (Gandía, 8 a 10 de noviembre de 2006), Valencia, pp. 247-267.

GOETHERT, K. (1997): *Römische Lampen und Leuchter: auswahlkatalog des Theinischen Landesmuseums Trier*, Rheinisches Landesmuseum, Trier.

GOFFAUX, B. (2003): "Promotions juridiques et monumentalisation des cités hispano-romaines", *Salduie*, 3, pp. 143-161.

GOLDSWORTHY, A. (2009): *How Rome Fell: Death of a Superpower*, Yale University Press, New Haven-London.

GÓMEZ VIZCAÍNO, A. (2003): "Las murallas de los Austrias en Cartagena (1500-1700). Fuentes documentales y testimonios materiales (cerro del Molinete, calles Adarve y San Antonio el Pobre y Monte Sacro)", en J. M. NOGUERA (Ed.): *Arx Asdrubalis. Arqueología e Historia del Cerro del Molinete (Cartagena)*, Vol. I, pp. 269-305.

GÓMEZ VIZCAÍNO, A. y GÓMEZ VIZCAÍNO, J. A. (2001a): "Muralla de Carlos III", en E. RUIZ VALDERAS, (Coord.): *Patrimonio de Cartagena*, Vol. 1, Ed. Artelibro, Murcia, pp. 262-271.

GÓMEZ VIZCAÍNO, A. y GÓMEZ VIZCAÍNO, J. A. (2001b): "Patrimonio Militar. Arquitectura militar defensiva. El Arsenal", en C. TORNEL, (Coord.): *Patrimonio de Cartagena*, Vol. 2, Ed. Artelibro, Murcia, pp. 262-271.

GÓMEZ, J. (1995): "Instrumenta coquorum. Els estris de la cuina en Apici (amb testimonis des de Plaute a Isidor de Sevilla)", *Ceràmica Comuna Romana d'època Alt-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*, Monografies Emporitanes, 8, pp, 25-38.

GÓMEZ, J. (1996): "Apunts sobre l'alimentació al món romá", *Cota Zero*, 12, pp. 98-104.

GONZÁLEZ BLANCO, A. y AMANTE SÁNCHEZ, M. (1998): "Baños romanos de Fortuna. (Fortuna, Murcia). Campaña de 1992", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 7, Murcia (1992), pp. 189-198.

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R. y SANCHO GÓMEZ, M. (2006): "Pautas para el estudio de la relación emperadores-senado (197-251)", en M. C. CONDE, R. GONZÁLEZ y A. EGEA (Coord.): *A&Cr*, 23, Espacio y Tiempo en la percepción de la Antigüedad Tardía: Homenaje al profesor Antonino González Blanco, "In maturitate aetatis ad prudentiam", pp. 57-78.

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R., FERNÁNDEZ MATALLANA, F. y CRESPO ROS, M. S. (1999): "La necrópolis intramuros con edificio de culto de La Almagra (Mula, Murcia). Campaña de 1998", *Jornadas de Arqueología Regional*, X, pp. 33-34.

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R., LECHUGA GALINDO, M., FERNÁNDEZ MATALLANA, F. (2006): "La villa romana de Villaricos (Mula). Campaña de 2005", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVII, pp. 131-132.

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R., LECHUGA GALINDO, M., FERNÁNDEZ MATALLANA, F., GONZÁLEZ GUERAO, J. A. y ZAPATA PARRA, J. A. (2004): "Excavaciones en el yacimiento de los Villaricos (Mula). Campaña de 2003/2004", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XV, pp. pp. 81-85.

GONZÁLEZ GUERAO, J. A. y RAMÍREZ ÁGUILA, J. A. (2008): "¿Baños romanos en Totana? Intervención arqueológica en Calle Luis Martínez González", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 367-371.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (1998): "Etnoarqueología de los abandonos en Galicia. El papel de la cultura material en una sociedad agraria en crisis", *Complutum*, 9, pp. 167-192.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2003a): "Desecho e identidad: arqueología de la basura en Galicia", *Gallaecia*, 22, pp. 413-440.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2003b): La experiencia del otro. Una introducción a la etnoarqueología, Akal, Madrid.

GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R. (1990): *El vertedero de la Avenida de España, 3 y el siglo III d.C. en Ebusus*, *TMAIF*, 22.

GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R. (1993): "Origine et diffusion d'une forme peu courante de céramique africaine. Nouvelle contribution à la connaissance du commerce de Byzacène au IIIè s. après J.-C.", *AntAfr*, 29, pp. 151-161.

GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R. (2001): *El mundo funerario romano en el País Valenciano, Monumentos funerarios y sepulturas entre los siglos I a.de C. – VII d.de C.*, Instituto Alicantino de Cultura "Juan Gil-Albert", Madrid-Alicante.

GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R. (2012): "Introducción a la edición española" en H. GALINIÉ: *Ciudad, Espacio Urbano y Arqueología*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valencia, pp. 1-14.

GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R., QUEVEDO, A., JÁRREGA, R., PECCI, A. y CAU, M. A. (e. p.): "La forme Uzita 48.1. Réfléxions sur la fonction, chronologie et distribution d'une forme fermée de céramique culinaire africaine", *MDAI(M)*.

GOUDINEAU, C. (1970): "Note sur la céramique à engobe interne rouge-pompéien ("Pompejanisch-roten platten")", *MÉFRA*, 82, pp. 159-186.

GOZALBES CRAVIOTO, E. (1982): "Relaciones comerciales entre Carthago Nova y Mauritania durante el Principado de Augusto", *AnMu*, 3-4, pp. 13-26.

GOZALBES CRAVIOTO, E. (2002): "Tumultos y resistencia indígena en Mauretania Tingitana (siglo II)", *Gerión*, 20, 1, pp. 451-485.

GOZALBES CRAVIOTO, E. (2007): "La demografía de la Hispania romana tres décadas después", *HAnt*, 31, pp. 180-208.

GOZALBES FERNÁNDEZ DE PALENCIA, M. (2005): "El tesoro de antoninianos de Almenara (Castellón), las invasiones de francos y el imperio galo", en A. RIBERA y P. P. RIPOLLÉS (Eds.): *Tesoros monetarios de Valencia y su entorno*, Valencia, pp. 125-139.

GRANADOS GARCÍA, J. O. (1979): "Cerámica corintio-romana en el Levante de la Península Ibérica", *Saguntum*, 14, pp. 203-226.

GRAU MIRA, I. (2010): "Vajillas mediterráneas y prácticas de comensalidad en el área central de la Contestania Ibérica", *Saguntum Extra*, 9, *De la cuina a la taula: IV Reunió d'Economia en el primer mil·lenni a.C.*, pp. 263-270.

GRECO, C. (1983-1984): "Una terracotta da Montagna di Marzo e il tema della vecchia ubriaca", en N. BONACASA y A. DI VITA (Eds.): *Alessandria e il mondo ellenistico-romano. Studi in onore di Achille Adriani*, 1-3, "L'Erma" di Bretschneider, Roma, pp. 686-693.

GREENBERG, J. (2003): "Plagued by doubt: reconsidering the impact of a mortality crisis in the 2nd c. A.D.", *JRA*, 16, pp. 413-425.

GRIMAL, P. (1997): *Marco Aurelio*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.

GROS, J. S. (e. p.): "Une forme particulière des abords de l'agora de Thasos : le "pot de chambre", *LRCW 3. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry. Mediterranean: a market without frontiers.*

GROS, P. (2000): "L'odéon dans la basilique: mutation des modèles ou désagregation des programmes?", en E. FENTRESS (Ed.): *Romanization and the City. Creations, Transformations and Failures*, Proceedings of a conference held at the American Academy in Rome to celebrate the 50th anniversary of the excavations at Cosa, 14-16 May, 1998, *JRA*, Supplementary series, 38, pp. 211-220.

GUARRACINO, S. (2001): *Le età della Storia. I concetti di Antico, Medievale, Moderno e Contemporaneo, Mondadori,* Milano.

GUERRERO MARTÍN, J. (1988): *Alfares y alfareros de España*, Ediciones del Serbal, J. BELVER (fotografía), Madrid.

GUILABERT MAS, A. (2012): "Las producciones cerámicas", en P. GARCÍA BORJA, LÓPEZ SERRANO, D. y JIMÉNEZ SALVADOR, J. L. (Eds.): *Al pie de la Vía Augusta. El yacimiento romano de Faldetes (Moixent, València)*, Enagás-Acuamed, pp. 31-53.

GUILABERT MAS, A., OLCINA DOMÉNECH, M., RAMÓN SÁNCHEZ, J. y TENDERO PORRAS, E. (2007): "El hallazgo. El contexto estratigráfico de la pieza", en M. OLCINA (Ed.): *El báculo y la espada, Sobre un fragmento de escultura monumental romana de bronce de Lucentum*, Exposición Museo Arqueológico de Alicante, Fundación MARQ, Alicante, pp. 43-54.

GUILLERMO MARTÍNEZ, M. (2003): "Antigua Fábrica de La Luz, Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XIV, pp. 79-81.

GUILLERMO MARTÍNEZ, M. (2009): "Bacín. Cerámica común vidriada. Producción Paterna", [Ficha de Catálogo], *Museo del Teatro Romano de Cartagena*, Catálogo, Murcia. pp. 116-117.

GUILLERMO MARTÍNEZ, M. (2010): "Supervisión y excavación arqueológica en el solar de la antigua Fábrica de La Luz, (Cartagena), Junio-Noviembre de 2002", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 15, (2002-2003), pp. 393-399.

GUIRAL PELEGRÍN, C., FERNÁNDEZ DÍAZ, A. y CÁNOVAS UTRERA, A. (2011): "En torno a los estilos locales en la pintura romana: el caso de *Hispania* en el siglo II d.C.", *Preactas del XIe Colloque International de l'AIPMA,* (Éfeso, septiembre de 2011).

GURT I ESPARRAGUERA, J. M y SÁNCHEZ RAMOS, I. (2008): "Las ciudades hispanas durante la antigüedad tardía: una lectura arqueológica", *Recópolis y la ciudad en época visigoda*, *ZonA*, 9, pp. 183-202.

GURT I ESPARRAGUERA, J. M. (2007): "Bilan: de Barcelonne a Aix", en M. BONIFAY y J.-C. TRÉGLIA (Eds.): *LRCW 2. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*, Vol. II, BAR International Series, 1340, Oxford, pp. 845-848.

GURT I ESPARRAGUERA, J. M. y MARTÍNEZ FERRERAS, V. (2008): "Aportaciones de la arqueometría al conocimiento de las cerámicas arqueológicas. Un ejemplo hispano", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 787-806.

GURT I ESPARRAGUERA, J. M., BUXEDA I GARRIGÓS, J. y CAU ONTIVEROS, M. A. (Eds.) (2005): *LRCW 1. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*, BAR International Series, 1340, Oxford.

GUTIÉRREZ ALONSO, L. C. (1983): "Precisiones a la cerámica de los bodegones de Luis Meléndez", *BolMusPrado*, 4, 12, pp. 162-166.

GUTIÉRREZ BEHEMERID, M. A. (1992): Capiteles romanos de la Península Ibérica, *StudArch*, 81, Valladolid.

GUTIÉRREZ BEHMERID, M. A., DE LA IGLESIA, M. A., TUSET, F. y SUBÍAS, E. (2006): "El teatro de Clunia. Nuevas aportaciones", en C. MÁRQUEZ y A. VENTURA (Coord.): *Jornadas sobre teatros romanos en Hispania*, Actas del Congreso Internacional celebrado en Córdoba los días 12 al 15 de noviembre del año 2002, Seminario de Arqueología, Córdoba, pp. 291-310.

GUTIÉRREZ LLORET, S. (1995): "Tradiciones culturales y proceso de cambio entre el mundo romano y la sociedad islámica*", XXIII CNA*, (Elche, 1995), Vol. 2, pp. 317-334.

HAMMOND, M. (1957): "Composition of the Senate AD 68-235", *JRS*, 47, pp. 74-81.

HARRIS, W. H. (1980): "Roman Terracotta Lamps: the organization of an industry", *JRS*, 70, pp. 126-145.

HARTLEY, B. R. y DICKINSON, B. M. (2008a): *Names on Terra Sigillata. An Index of maker's stamps & signatures on Gallo-Roman Terra Sigillata (Samian Ware)*, Vol. 1 (A to AXO), Institute of Classical Studies, University of London.

HARTLEY, B. R. y DICKINSON, B. M. (2008b): *Names on Terra Sigillata. An Index of maker's stamps & signatures on Gallo-Roman Terra Sigillata (Samian Ware)*, Vol. 2 (B to CEROTCUS), Institute of Classical Studies, University of London.

HARTLEY, B. R. y DICKINSON, B. M. (2008c): *Names on Terra Sigillata. An Index of maker's stamps & signatures on Gallo-Roman Terra Sigillata (Samian Ware)*, Vol. 3 (CERTIANUS to EXSOBANO), Institute of Classical Studies, University of London.

HARTLEY, B. R. y DICKINSON, B. M. (2009a): *Names on Terra Sigillata. An Index of maker's stamps & signatures on Gallo-Roman Terra Sigillata (Samian Ware)*, Vol. 4 (F to KLUMI), Institute of Classical Studies, University of London.

HARTLEY, B. R. y DICKINSON, B. M. (2009b): *Names on Terra Sigillata. An Index of maker's stamps & signatures on Gallo-Roman Terra Sigillata (Samian Ware)*, Vol. 5 (L to MASCLUS I), Institute of Classical Studies, University of London.

HARTLEY, B. R. y DICKINSON, B. M. (2010): *Names on Terra Sigillata. An Index of maker's stamps & signatures on Gallo-Roman Terra Sigillata (Samian Ware)*, Vol. 6 (MASCLUS I-BALBUS to OXITTUS), Institute of Classical Studies, University of London.

HARTLEY, B. R. y DICKINSON, B. M. (2011a): *Names on Terra Sigillata. An Index of maker's stamps & signatures on Gallo-Roman Terra Sigillata (Samian Ware)*, Vol. 7 (P to RXEAD), Institute of Classical Studies, University of London.

HARTLEY, B. R. y DICKINSON, B. M. (2011b): *Names on Terra Sigillata. An Index of maker's stamps & signatures on Gallo-Roman Terra Sigillata (Samian Ware)*, Vol. 8 (S to SYMPHORUS), Institute of Classical Studies, University of London.

HARTLEY, B. R. y DICKINSON, M. B. (2001): "The evidence for the date of the potter's stamps from Culip IV", en X. NIETO y A. M. PUIG (Eds.): *Excavacions arqueològiques subaquàtiques a Cala Culip. 3, Culip IV: la terra sigil.lata decorada de La Graufesenque*, *MC*, 3, pp. 21-32.

HAYES, J. W. (1972): *Late Roman Pottery*, The British School at Rome, London.

HAYES, J. W. (1976): "Pottery: Stratified Groups and Typology", en J. H. HUMPREY (Dir.): *Excavations at Carthage (1975) conducted by the University of Michigan*, I, Tunis, pp. 47-123.

HAYES, J. W. (1978a): "Selected deposits (continued)", en J. H. HUMPREY (Dir.): *Excavations at Carthage conducted by the University of Michigan*, II, Ann Arbor, Kelsey Museum, pp. 113-118.

HAYES, J. W. (1978b): "Pottery report. 1976", en J. H. HUMPREY (Dir.): *Excavations at Carthage (1976) conducted by the University of Michigan*, IV, Ann Arbor, Kelsey Museum, pp. 23-98.

HAYES, J. W. (1980a): *Supplement to Late Roman Pottery*, British School at Rome, London.

HAYES, J. W. (1980b): *Ancient Lamps in the Royal Ontario Museum, I. Greek and Roman Clay Lamps, A Catalogue*, Royal Ontario Museum, Toronto.

HAYES, J. W. (2011): "Conference inaugurale", *IV^e École d'Été Internationale. La céramique romaine en Méditerranée, Aix-en-Provence*, 24-28 octobre 2011. Comunicación oral (24 de octubre de 2011).

HAYES, J. W., 1983: "The Pottery", *The villa Dyonisos Excavations*, Knossos, *ABSA*, 78, pp. 97-169.

HEKLER, A. (1972*): Greek and Roman portraits*, (1ª Ed. 1912), Hacker Art Books, Nueva York.

HEKSTER, O., DE KLEIJN, G. y SLOOTES, D. (Eds.) (2007): *Crises and the Roman Empire. Proceedings of the Seventh Workshop of the International Network Impact of Empire,* Nijmegen (June 20-24, 2006), Leiden-Boston.

HERAS MORA, F. J.; BUSTAMANTE ÁLVAREZ, M. y OLMEDO GRAGERA, A. B. (2011): "El vertedero del suburbio norte de *Augusta Emerita*. Reflexión sobre la dinámica topográfica en el solar de la Calle Almendralejo nº 41", en J. A. REMOLÀ y J. ACERO (Eds.): *La gestión de los residuos urbanos en Hispania, Xavier Dupré Raventós (1956-2006). In Memoriam*, Anejos de *AEspA*, LX, Madrid, pp. 345-360.

HERMET, F. (1979): *La Graufesenque (Contadomago)*, I Vases sigillés, II Graffites, I Texte, Planches, Marseille.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (1999): "Arqueología urbana en Águilas", en R. JIMÉNEZ (Coord.): *Mirando al Mar*, Vol. I, Murcia, pp. 41-48.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (1999a): "Actuaciones arqueológicas de urgencia en Águilas", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia,* 8, (1993), pp. 258-290.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (1999b): "Actuaciones en el casco urbano de Águilas. La necrópolis tardorromana de C/ Molino, 5", *Jornadas de Arqueología Regional*, X, pp. 30-31.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (2002a): "Actuaciones arqueológicas en Águilas. Excavación en c/ Gloria, 19. Necrópolis tardorromana del Molino", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología regional*, XIII, pp. 43-44.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (2002b): "Actuaciones arqueológicas en Águilas. Intervención en las termas romanas occidentales", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología regional*, XIII, pp. 44-45.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (2002c): "La casa romana en Águilas, la *domus* de la C/ Sagasta 5 – C/ Manuel Becerra", en R. JIMÉNEZ (Coord.): *Mirando al Mar*, Vol. II, Murcia, pp. 33-52.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (2002d): "La factoría de salazones de la calle Cassola – Paseo de la Constitución (Águilas)", *Memorias de Arqueología*, 11, pp. 339-358.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (2003): "Intervención arqueológica en calle Conde Aranda, 3 (Águilas). Necrópolis de incineración", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XIV, pp. 88-89.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (2004a): "Ánforas vinarias en la necrópolis de incineración de Águilas. El uso del vino en los rituales funerarios", en R. JIMÉNEZ (Coord.): *Mirando al Mar*, Vol. 4, Murcia, pp. 59-82.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (2004b): "Un nuevo espacio funerario de época romana alto-imperial documentado en Águilas. Excavación en calle Rey Carlos III, 27 y 32", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XV, pp. 65-67.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (2005a): "Calle Severo Montalvo – Calle Callejón de San Juan (Águilas)", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 297-298.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (2005b): "Excavación Calle Juan Pablo I – Calle Floridablanca. Termas orientales (Águilas)", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 295-296.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (2009): "Cazuela pintada de tradición indígena" [Ficha de catálogo], en A. M. POVEDA y F. J. NAVARRO (Eds.): Sexo y erotismo: Roma en Hispania, Museo Arqueológico de Murcia, 6 mayo – 5 julio 2009, pp. 199.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (2010a): "Evolución del asentamiento romano de Águilas y la relación con su hinterland", en J. M. NOGUERA (Ed.): *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania. 15 Años después*, Murcia, pp. 255-283.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. (2010b): "Un nuevo espacio funerario de época romana alto-imperial y vertederos tardorromanos. Excavación en calle Rey Carlos III, 27 y 32, de Águilas (Murcia)", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 15, (2002-2003), pp. 339-355.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. y LÓPEZ MARTÍNEZ, C. M [Coord.] (2011): *Guía arqueológica de Águilas*, Ayuntamiento de Águilas.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. y MUÑOZ YESEROS, R. (2007): "Excavación de urgencia Calle Balart, 4 y 5, esquina con Calle Mercado, 7 y 9 (Águilas)" *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 195-198.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. y MUÑOZ YESEROS, R. (2008): "Excavación arqueológica en la Calle Mercado, número 5, de Águilas", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 233-235.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. y PUJANTE MARTÍNEZ, A. (2002): "Termas orientales de Águilas. Excavación en C/ Juan Pablo I, esquina con C/ Castelar", en R. JIMÉNEZ (Coord.): *Mirando al Mar*, Vol. II, Murcia, pp. 253-273.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. y PUJANTE MARTÍNEZ, A. (2006): "Termas orientales altoimperiales y centro alfarero tardorromano. Excavación en Calle Juan Pablo I esquina con Calle Castelar (Águilas)", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 14, (1999), pp. 387-408.

HERNÁNDEZ GARCÍA, J. D. y PUJANTE MARTÍNEZ, A. (2010): "Un taller de forja y restos de una *domus* altoimperial, almacenes y vertedero tardorromanos en la excavación en Calle Mercado 4 con Calle Severo Montalvo de Águilas, Murcia", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 15, (2002-2003), pp. 305-322.

HERNÁNDEZ ORTEGA, R. (2008): "Intervención arqueológica en Calle Campos, número 9 de Cartagena", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 267-268.

HESNARD, A. (1998): "Des amphores pour l'histoire du commerce. Que compter et pourquoi", en P. ARCELIN y M. TRUFFEAU-LIBRE (Dir.): *La quantification des céramiques. Conditions et protocole*, *Bibracte*, 2, Actes de la table ronde du Centre archéologique européen du Mont Beauvray (Glux-en-Glenne, 7-9 avril, 1998), pp. 17-22.

HILGERS, W. (1969): *Lateinische Gefässnamen. Bezeichnungen, Funktion und Form römischen Gefässe nach den antiken Schriftquellen*, Rheinland-Verlag, Düsseldorf.

HINZEN, K.-G., SCHREIBER, S., FLEISCHER, C., REAMER, S. K. y WIOSNA, I. (2012): "Archeoseismic study of damage in Roman and Medieval structures in the center of Cologne, Germany", *JSeismol*, (forthcoming), published on line 29 August 2012, http://rd.springer.com/article/10.1007/s10950-012-9327-2, Consultado el 26-IX-2012.

HODDER, I. (1994): *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*, Edición ampliada y puesta al día [1ª Ed. 1988], Ed. Crítica, Barcelona.

HODDER, I. (1997): "Material culture in time", en I. HODDER, M. SHANKS, A. ALEXANDRI, V. BUCHLI, J. CARMAN, J. LAST y G. LUCAS (Eds.): *Interpreting Archaeology*, London-New York, pp. 164-168.

HOSTETTER, E. (2001): ***Bronzes*** *from* ***Spina****, 2. Instrumentum domesticum. Situlae, stamnoi, cordon cistae, beaked jugs, oinochoai, tall kyathoi, kyathoi, stemless cup, strainers, pans, bowls, lamp (?), unidentified vessels, pyxis, small cistae, other unidentified small vessels, grater, torch-holders and furniture leg caps*, P. von Zabern, Mainz.

HÜBNER, E. (1869): *Corpus Inscriptionum Latinarum, volumen secundum. Inscriptiones Hispaniae Latinae*, Berlín.

HUGUET ENGUITA, E. (2005): "Segels de sigil.lata hispánica de l'abocador de la Plaça del Negret", *Saguntum*, 37, pp. 181-194.

HUGUET ENGUITA, E. (2006): *La ceràmica comuna d'època romana de l'abocador de la plaça del Negret (València)*, SIAM, Valencia, Inédito.

HUGUET ENGUITA, E. (2007): "Terra sigil.lata tardoitàlica en la façana mediterrània de la Tarraconensis", *Saguntum*, 39, pp. 117-132.

HUGUET ENGUITA, E. (2009): "**Material cerámico de la villa romana de la Vallaeta M15.3", *ARSE*, 43, pp. 63-159.**

HUGUET ENGUITA, E. (2012): "Cerámica regional reductora de cocina altoimperial en la fachada mediterránea", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*, *mHA*, Cádiz, pp. 435-452.

HUGUET, C. (2007): "La céramique romaine de La Corne du port de Marseille. Un contexte de la seconde moitié du II^{e} siècle apr. J.-C.", *SFÉCAG, Actes du congrès de Langres,* 17-20 mai 2007, pp. 553-561.

HURCOMBE, L. M. (2007): *Archaeological artefacts as material culture* .Routledge, Londres.

HURTADO, T., MAS, P.,RAMÓN, M. A. y ROSSELLÓ, M. (2008): "Un nivel de destrucción del siglo V d.C. en el *Portus Sucronem* (Cullera, Valencia). Contexto material", *QuadPAC*, 26, pp. 95-141.

IKÄHEIMO, J. P. (2003): *Late Roman African Cookware of the Palatine East Excavations, Rome. A holistic approach,* BAR International Series, 1143, Oxford.

IKÄHEIMO, J. P. (2005): "African Cookware: a high-quality space filler?", en J. M. GURT, J. BUXEDA y M. A. CAU (Eds.): *LRCW 1. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*, BAR International Series, 1340, Oxford, pp. 509-520.

ISINGS, C. (1957): *Roman Glass from dated Finds*, Groningen / Djakarta.

IVANYI, D. (1935): *Die pannonischen Lampen. Eine typologisch-chronologische Uebersicht, Dissertationes Pannonicae, II, serie 2*, Budapest.

IZQUIERDO ALONSO MARDONES, M. P. y ZAPATA PARRA, J. A. (2005): "Restos de calzada romana en la calle Duque nº 2 de Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 282-283.

IZQUIERDO I TUGAS, P. (1994): "Una aproximació al tràfic comercial de la Provincia Hispania Citerior a partir dels derelictes", en X. DUPRÉ (Coord.): *La ciutat en el món romà / La ciudad en el mundo romano*, Actas del XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica, Vol, 2, (Tarragona, 1993), pp. 215-216.

JACOB, P. (1997): *Les villes de la façade mediterranéenne de la Péninsule Ibérique du IVe siècle avant J.-C. à la fin du I^er siècle après J.-C. Processus d'urbanisation et structures urbaines*, Atelier national de reproduction des thèses, Lille.

JACQUES, F. (1992): "Les nobiles executes par Septime Sévère selon l'Histoire Auguste: liste de proscription ou énumération fantaisiste?", *Latomus*, 51, 1, pp. 119-144.

JANSEN, G. C. M. (1997): "Private toilets at *Pompeii*: appereance and operation", en S. E. BON y R. JONES (Eds.): *Sequence and space in Pompeii*, Oxford Monographs, 77, pp. 121-134.

JANSEN, G. C. M. (2000): "Systems for the disposal of waste and excreta in Roman cities. The situation in Pompeii, Herculaneum and Ostia", en X. DUPRÉ y J. A. REMOLÀ (Eds.): *Sordes Urbis. La eliminación de los residuos en la ciudad romana*, Bibliotheca Italica, Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 24, pp. 37-49.

JÁRREGA DOMÍNGUEZ, R. (2008): "Los estudios de cerámica romana en las zonas litorales de la Península Ibérica: un balance a inicios del siglo XXI", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 49-81.

JÁRREGA DOMÍNGUEZ, R. (2009): "Una nueva producción de cerámica común de mesa romana, de época medioimperial (finales del siglo II – inicios del III) en la zona de *Tarraco* (Tarragona)", *BexOH*, 1, SECAH, pp. 22-25.

JÁRREGA, R. y OTIÑA, P. (2008): "Un tipo de ánfora tarraconense de época medioimperial (siglos II-III): la Dressel 2-4 evolucionada", *SFÉCAG, Actes du congrès de L'Escala-Empúries,* 1^er-4 mai 2008, Marsella, pp. 281-286.

JEREZ LINDE, J. M. (2009): "Terra Sigillata Hispánica Negra", *BexOH*, 1, pp. 9-10.

JIMÉNEZ DE CISNEROS, D. (1928): "Noticia de algunas antigüedades encontradas en Cartagena", *Ibérica*, 720, pp. 265-270.

JIMÉNEZ SALVADOR, J. L. (2004): "Les ciutats romanes de Castelló i València (ss. II a.C. – III d.C.)", en M. ORFILA y M. A. CAU (Coord.) (2004): *Les ciutats romanes del llevant peninsular i les Illes Balears*, Ed. Pòrtic, Barcelona, pp. 67-93.

JIMÉNEZ SALVADOR, J. L., RUIZ VAL, E. y BURRIEL ALBERICH, J. M. (2007): "La intervención arqueológica en el Palau de Cerveró", en F. TOMÁS VERT (Coord.): *Palau de Cerveró: Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación López Piñero*, Universidad de Valencia, Valencia, pp. 101-242.

JOLY, M. (1998): "La quantification des céramiques. L'exemple d'un centre de production gallo-romain à Domecy-sur-Cure (Yonne)", en P. ARCELIN y M. TRUFFEAU-LIBRE (Dir.): *La quantification des céramiques. Conditions et protocole*, *Bibracte*, 2, Actes de la table ronde du Centre archéologique européen du Mont Beauvray (Glux-en-Glenne, 7-9 avril, 1998), pp. 65-69.

JOLY, M., BARRAL, Ph., DUROST, S., NOUVEL, P., LAMBERT, G.-N. y RICHARD, H. (2007): "La datation des ensembles céramiques antiques: confrontations méthodologiques. Le cas de la Fontaine Saint-Pierre à Bibracte (Mont-Beauvray, Nièvre/Saône-et-Loire)", *SFÉCAG, Actes du congrès de Langres,* 17-20 mai 2007, pp. 25-36.

JONCHERAY, J.-P. (1975): "Étude de l'épave Dramont D: les objets métalliques", *CAS*, 4, pp. 5-18.

JONES, G. D. B. (1980): "The Roman Mines at Riotinto", *JRS*, 70, pp. 146-165.

JORDÁN MONTES, J. F., GARCÍA CANO, C. y SÁNCHEZ FERRA, A. (1995): "Ensayo de interpretación etnoarqueológica de los exvotos de los santuarios ibéricos: manos, gestos rituales y andróginos en la cultura ibérica", *Verdolay*, 7, pp. 293-314.

JORDANA, X. y MALGOSA, A. (2007): "Enterraments d'època romana a la Plaça de la Vila de Madrid. Resultats de la recerca antropològica", *Quarhis*, 3, pp. 64-81.

JURIŠIĆ, M. (2000): *Ancient Shipwrecks of the Adriatic. Maritime transport during the first and second centuries AD*, Bar International Series, 828, Oxford.

KAPITÄN, G. (1961): "Schiffsrachten antiker baugesteine und architekturteile von den kusten ostsiziliens", *Klio*, 39, pp. 276-318.

KAPITÄN, G. (1972): "Le anfore del relitto romano di Capo Ognina (Siracusa)", *Recherches sur les amphores romaines,* Actes du Colloque de Rome (4 mars 1971), *ÉFR*, Roma, pp. 243-252.

KEAY, S. J. (1984): *Late Roman amphorae in the Western Mediterranean. A typology and economic study: the Catalan evidence*, BAR International Series, 196, Oxford.

KENRICK, P. M. (1986): *Excavations at Sabratha 1948-1951*, *JRS* Monograph, 2, London.

KLIPPENSTEEN, K. (2006): *Cool Tools, Cooking utensils from the Japanese Kitchen*, Tokyo.

KOCH, M. (1982): "Aletes, Mercurius und das phönikisch-punische Pantheon in Neuskarthago", *MDAI(M)*, 23, pp. 101-103.

KOCH, M. (1988): "Las "grandes familias" en la epigrafía de Carthago Nova", en G. PEREIRA (Dir.): *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, (Santiago de Compostela, 1-5 julio 1986), vol. 2, pp. 403-407.

KOEHLER, C. G., WALLACE MATHESON, P. M. (2004): "Knidian Amphora Chronology, Pergamon to Corinth", en J. EIRING y J. LUND (Eds.): *Transport Amphorae and Trade in the Eastern Mediterranean*, Acts of the International Colloquium at the Danish Institute at Athens, (September 26-29, 2002), *Monographs of the Danish Institute at Athens*, 5, Aarhus, pp. 163-169.

KOZLOFF, A. P. (1976): "A Bronze Menagerie", *BClevMus*, 63, 3, pp. 75-88.

KRAMER, C. (1979): *Ethnoarchaeology: implications of ethnography for archaeology,* Columbia University Press, Nueva York.

KULIKOWSI, M. (2005): "Cities and Government in Late Antique Hispania: Recent Advances and Future Research", en K. BOWES y M. KULIKOWSKI (Eds.): *Hispania in Late Antiquity. Current perspectives, MEMIW*, 24, Brill, Leiden-Boston, pp. 31-.70

KULIKOWSKI, M. (2004): *Late Roman Spain and its cities*, John Hopkins University Press, Baltimore - London.

LABAUNE, F. (2008): "Le travail de l'os à Rennes (Ille-est-Vilaine) à travers un canif à manche sculpté trouvé 3-5 rue de Saint-Malo", en I. BERTRAND (Dir.): *Le travail de l'os, du bois de cerf et de la corne à l'époque romaine: un artisanat en marge?,* Actes de la table ronde *instrumentum*, Chauvigny (Vienne, F), 8-9 décembre 2005, Monographies *Instrumentum*, 34, Montagnac, pp. 55-63.

LAGÓSTENA BARRIOS, L. y BERNAL CASASOLA, D. (2004): "Alfares y producciones cerámicas de la provincia de Cádiz. Balance y perspectivas", en D. BERNAL y L. LAGÓSTENA (Eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, Actas del Congreso Internacional, (Cádiz, 12-14 de noviembre de 2003), Vol., 1, BAR International Series, 1266, Oxford, pp. 39-123.

LÁIZ REVERTE, Mª D. y RUIZ VALDERAS, E. (1989): "Mosaico de tipo *opus sectile* en Cartagena", *XIX CNA,* (Zaragoza, 1987), pp. 857-867.

LÁIZ REVERTE, Mª. D. (1997): "Calle Duque número 33", *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988)*, pp. 221-231.

LÁIZ REVERTE, Mª. D. y BERROCAL CAPARRÓS, Mª. C. (1991): "Un vertedero tardío en C/. Duque, 33", *Arte, sociedad, economía y religión durante el Bajo Imperio y la Antigüedad Tardía, Antigüedad y Cristianismo VIII*, Murcia, pp. 421- 341.

LAMBOGLIA, N. (1941): "Terra Sigillata Clara", *RStudLig*, 7, pp. 7-22.

LAMBOGLIA, N. (1950): *Gli scavi di Albintimilium e la cronologia della ceramica romana*, Istituto Internazionale di Studi Liguri, Bordiguera.

LAMBOGLIA, N. (1958): "Nuove osservazioni sulla "terra sigillata chiara". I", Tipi A e B, *RStudLig*, 24, pp. 257-330.

LAMBOGLIA, N. (1963): "Nuove osservazioni sulla "terra sigillata chiara". II", Tipi C, Lucente e D, *RStudLig*, 29, pp. 145-212.

LAMBOGLIA, N. (1972): "La ceramica come mezzo e la ceramica come fine", *I problemi della ceramica romana di Ravenna, della Valle Padana e dell'Alto Adriatico*, Atti del Convegno Internazionale, (Ravenna 10-12 maggio 1969), pp. 37-41.

LAMOTTA, V. M. y SCHIFFER, M. B. (1999): "Formation processes of house floor assemblages", en P. M. ALLISON (Ed.): *The Archaeology of Household Activities*, Routledge, London y New York, pp. 19-29.

LANG-DESVIGNES, S. (2011): "Campiani: un ensemble du IIe siècle à Lucciana (Haute-Corse)", en M. A. CAU, P. REYNOLDS y M. BONIFAY (Eds.): *LRFW 1. Late Roman Fine Wares. Solving problems of typology and chronology. A review of the evidence, debate and new contexts,* Roman and Late Antique Mediterranean Pottery, 1, Oxford, pp. 191-206.

LARA VIVES, G. y LÓPEZ SEGUÍ, E. (2008): "Acondicionamiento de la villa romana de la Huerta del Paturro, Portmán (Cartagena – La Unión)", *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia, Vol. I, Paleontología, Arqueología, Etnografía*, pp. 121-123.

LARA VIVES, G. y LÓPEZ SEGUÍ, E. (2010): "La Huerta del Paturro: una villa romana en la bahía de Portmán"en J. M. NOGUERA (Ed.): *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania. 15 Años después*, Murcia, pp. 233-254.

LARA VIVES, G., MENDIOLA TÉBAR, E. M. y LÓPEZ SEGUÍ, E. (2009): "Un cuenco en cerámica helenística de relieves procedente de la villa romana Huerta del Paturro (Cartagena)", *Mastia*, 8, pp. 35-41.

LAUBENHEIMER, F. (1985): *La production des amphores en Gaule Narbonnaise*, Paris.

LAUBENHEIMER, F. (1990): *Le temps des amphores en Gaule. Vins, huiles et sauces*, Ed. Errance, Paris.

LAUBENHEIMER, F. y SCHMITT, A. (2009): *Amphores vinaires de Narbonnaise. Production et grand commerce. Création d'une base de données géochimiques des ateliers*, Travaux de la Maison de l'Orient et de la Méditérranée, 51, Lyon.

LAUBSCHER, H. P. (1982): *Fischer und Landleute. Studien zur Hellenistischen Genreplastik*, Mainz.

LAURENCE, R. (1997): "Writing the Roman metropolis" en H. PARKINS (Ed.): *Roman Urbanism beyond the consumer city*, Routledge, London-New York, pp. 1-19.

LAVENDHOMME, M.-O. (1998): "Comparaisons céramologiques d'ensembles clos et de structurees d'habitat", en P. ARCELIN y M. TRUFFEAU-LIBRE (Dir.): *La quantification des céramiques. Conditions et protocole*, *Bibracte*, 2, Actes de la table ronde du Centre archéologique européen du Mont Beauvray (Glux-en-Glenne, 7-9 avril, 1998), pp. 23-29.

LE BOHEC, Y. (1997): "Avant-propos: Monde romain et mutations (192-325)", en Y. LE BOHEC (Coord.), *L'Empire Romain de la mort de Commode au Concile de Nicée*, Questions d'Histoire, Paris, pp. 5-6.

LE BOHEC, Y. (2010): "Crise ou pas crise? La Lyonnaise du III^e au V^e siècle: méthodologie de la crise" en Ll. PONS (Coord.): *Hispania et Gallia: dos provincias del occidente romano*, Instrumenta, 38, pp. 165-175.

LE ROUX, P. (1985): "*L'Hispania* et *l'imperium.* Réponse a Géza Alföldy", *Gerión*, 3, pp. 412-422.

LEACH, E. (1999): "Discussion: comments from a classicist", en P. M. ALLISON (Ed.): *The Archaeology of Household Activities*, Routledge, London y New York, pp. 190-197.

LECHUGA GALINDO, M. (2002): "Circulación monetaria en la colonia Urbs Iulia Noua Carthago (siglos I a.C.-III d.C.)", *Mastia*, 1, pp. 191-206.

LECHUGA GALINDO, M. (2009): "Nummus (Maximianus, Carthago / Constantino / Series urbanas, Heraclea / Constancio II, Constantinopla)" [Fichas de Catálogo, n^os 32, 33, 35 y 36], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 283 y 286.

LEIBUNDGUT, A. (1977): *Die Römischen Lampen in der Schweiz. Handbuch der Schweiz zur Römer und Merowingerzeit*, Bern.

LÉMAÎTRE, S. (1997): "L'amphore de type Agora F65/66, dite "monoansée". Essai de synthèse à partir d'exemplaires lyonnais", *SFÉCAG*, Actes du Congrès de Mans, mai 1997, Marseille, pp. 311-320.

LÉMAÎTRE, S. (2000): "Les importations d'amphores de Méditerranée orientale à Lyon au IIIe siècle", *RCRFActa*, 36, pp. 467-476.

LÉMAÎTRE, S. (2002): "Recherche sur la diffusion en Gaule des amphores produites dans le sud-ouest de la Turquie à l'époque impériale", en F. BLONDÉ, P. BALLET y J.-F. SALLES (Dir.): *Céramiques hellenistiques et romaines: productions et diffusion en Méditerranée orientale (Chypre, Égypte et côte syro-palestinienne)*, Actes du colloque de Lyon, 2-4 mars 2000, Travaux de la Maison de l'Orient, 35, Paris, pp. 213-226.

LEÓN, P. (2001): *Retratos romanos de la Bética*, Fundación El Monte, Sevilla.

LEÓN, P. (2009): "El retrato", en P. LEÓN (Coord.): *Arte romano de la Bética. Escultura*. pp. 153-233.

LEONCINI, E. (2007): "Cantiere delle Navi Antiche di Pisa: materiali ceramici dal carico della Nave A (US1010)", *Gradus*, 2, 1, pp. 6-15.

LEPOT, A. y BRULET, R. (2007): "Fàcies et chronologie", *SFÉCAG, Actes du congrès de Langres,* 17-20 mai 2007, pp. 61-69.

LÉQUEMENT, R. (1975): "Étiquettes de plomb sur les amphores d'Afrique", *MÉFRA*, 87, 2, pp. 667-680.

LEVEAU, P. (1987): "Nécropoles et monuments funéraires à Caesarea de Maurétanie", en: H. von HERSBERG y P. ZANKER (Ed.): *Römische Gräberstrassen, Selbdstarstellung-status-standard, Kolloquium in München vom 28. bis 30. Oktober 1985, Bayerische Akademie der Wissenschaften*, pp. 281-290.

LIEBESCHUETZ, J. H. W. G. (2001): *Decline and Fall of the Roman City*, Oxford, Oxford University Press.

LIEBESCHUETZ, W. (2000): "Rubbish disposal in Greek and Roman cities", en X. DUPRÉ y J. A. REMOLÀ (Eds.): *Sordes Urbis. La eliminación de los residuos en la ciudad romana*, Bibliotheca Italica, Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 24, pp. 51-61.

LILLO CARPIO, M. (1986a): "Consideraciones paleogeográficas y geomorfológicas del litoral del Sureste durante el Cuaternario. Estado de la cuestión", en J. MAS (Dir.): *Historia de Cartagena*, Vol. 1, Ed. Mediterráneo, Murcia, pp. 111-126.

LILLO CARPIO, M. (1986b): "El litoral de Cartagena en la Antigüedad", en J. MAS (Dir.): *Historia de Cartagena*, Vol. 4, Ed. Mediterráneo, Murcia, pp. 18-39.

LILLO CARPIO, P. A. (1985): "La capsella de plata procedente de La Unión, Portmán (Murcia)", *AnMu*, 1, pp. 123-127.

LINER, C. L. (1997): *Greek Seismology. Being an Annotated Sourcebook of Earthquake Theories and Concepts in Classical Antiquity*, University of Tulsa.

LLORENS FORCADA, M. M. (1994): *La ciudad romana de Carthago Nova: las emisiones romanas*, La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, 6, Murcia.

LLORENS, M. M. (2002): "Carthago Nova: una ceca provincial romana con vocación comercial", *Mastia*, 1, pp. 45-76.

LOESCHCKE, S. (1919): *Lampen aus Vindonissa. Ein Betrag zur Gesschichte von Vindonissa und des antiken Beleuchtungswesens*, Zurich.

LONG, L. y DUPERRON, G. (2011): "Le mobilier de la fouille de l'épave romaine Alres-Rhône 7. Un navire fluvio-maritime du IIIe siècle de notre ère", *SFÉCAG, Actes du congrès d'Arles,* 2-5 juin 2011, pp. 37-56.

LÓPEZ CAMPUZANO, M. (2005): "Estudio estratigráfico y sedimentológico de la necrópolis tardorromana de "La Molineta" (Puerto de Mazarrón, Murcia). Implicaciones cronológicas", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia,* 13, (1998), pp. 221-254.

LÓPEZ GARCÍA, I., MARÍN JORDÁ, C., MARTÍNEZ GARCÍA, R. y MATAMOROS DE VILLA, C. (1994): *Hallazgos arqueológicos en el Palau de Les Corts*, Corts Valencianes, Valencia.

LÓPEZ I VILAR, J. (1999-2000): "Consideracions sobre les *cupae* i altres estructures funeràries afins", *BArq*, 21-22, pp. 65-103.

LÓPEZ MARTÍNEZ, M. V. y EGEA VIVANCOS, A. (2008): "Excavación arqueológica en Calle Serreta esquina Calle Martín Delgado, Cartagena", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 275-278.

LÓPEZ MARTÍNEZ, M. V., LÓPEZ MARTÍNEZ, C. M. y HABER URIARTE, M. (2008): "Intervención arqueológica en Calle Carril de Caldereros, Lorca", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 291-294.

LÓPEZ MELERO, R. (1997): "Enterrar en Urso (Lex Ursonensis LXXIII-LXXIV)", *SHHA*, 15, pp. 105-118.

LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (2003): "Mosaicos hispanos de época de Trajano", en J. ALVAR y J. M. BLÁZQUEZ (Eds.): *Trajano*, Actas, Madrid, pp. 301-333.

LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (2004): "La musivaria romana en época de Trajano", *ETF(hist)*, 15, pp. 181-204.

LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (2010): "Los suelos de la Bética", en P. LEÓN (Coord.): *Arte romano de la Bética. Mosaico. Pintura. Manufacturas*, Fundación Focus-Abengoa, Sevilla, pp. 22-26.

LÓPEZ MULLOR, A. (1990): *Las cerámicas romanas de paredes finas en Cataluña*, 2 vol., Ed. Pórtico, Zaragoza.

LÓPEZ MULLOR, A. (2008): "La cerámica de paredes finas en la fachada mediterránea de la Península Ibérica y las Islas Baleares", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 343-383.

LÓPEZ MULLOR, A. y MARTÍN MENÉNDEZ, A. (2008): "Las ánforas de la Tarraconense", en D.BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Cádiz, pp. 689-724.

LÓPEZ ROSIQUE, C., BERROCAL CAPARRÓS, Mª. C. (2002): "Excavaciones arqueológicas de urgencia en Calle San Francisco nº 8, esquina Callejón de Zorrilla (Cartagena)", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología regional*, XIII, pp. 51-52.

LÓPEZ ROSIQUE, C., BERROCAL CAPARRÓS, Mª. C. y SOLER HUERTAS, B. (2003): "Excavaciones arqueológicas de urgencia en la calle Gisbert nº 1 y calle Marango nº 2 de Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XIV, pp. 67-68.

LÓPEZ SÁNCHEZ, F. (2012): "The coinage of Carthago Nova and the Roman fleet of Missenum: Imperial triumphs and local *deductiones*", en F. LÓPEZ SÁNCHEZ (Ed.): *The City and the Coin in the Ancient and Early Medieval Worlds*, BAR International Series, 2402, Oxford, pp. 73-85.

LÓPEZ VILAR, J., (2004): *Tàrraco paleocristiana. El suburbi del Francolí*, Universitat Rovira i Virgili de Tarragona, Tesis doctoral, Inédita.

LORENZO SOLANO, J. A. (1990): *Portmán II (1920-1960) (Portus Magnus Romano)*, Murcia.

LORIOT, X. y NONY, D. (1997): *La crise de l'Empire Romain: 235-285*, Paris.

LUNA, J. J. (1995): *Los alimentos de España en la pintura. Bodegones de Luis Meléndez*, Ed. Mercasa, Madrid.

MACÍAS SOLÉ, J. M. (2004): "Les Termes de Tàrraco. Noves aportacions", en J. M. Macias (Ed.): *Les Termes públiques de l'àrea portuaria de Tàrraco. Carrer de Sant Miquel de Tarragona*, *Documenta*, 2, ICAC, Tarragona, pp. 156-160.

MACIAS SOLÉ, J. M. (2010): "La Tarragona de Fructuoso: una visión retrospectiva", en J. M. GAVALDÀ, A. MUÑOZ MELGAR y A. PUIG (Eds.): *Pau, Fructuós i el cristianisme primitiu a Tarragona (segles I-VIII)*, Actes del Congrès de Tarragona (19-21 Juny 2008), Tarragona, pp. 217-238.

MACIAS SOLÉ, J. M. y REMOLÀ VALLVERDÚ, J. A. (2010): "Portus Tarraconensis (Hispania Citerior)", *Bolletino di Archeologia on line*, Volume speciale, XVII International Congress of Classical Archaeology, Roma (2008), pp. 129-140.

MACKENSEN, M. (1991): "Keramikinventare", en F. RAKOB (Dir.): *Karthago I. Die deutsche Ausgrabungen in Karthago*, Mainz, pp. 72-74, 85-87, 198-200.

MACKENSEN, M. (1999a): "Spätantike Keramikensembles und Baumassnahmen in der Südlichen Raumzeile der Insula E 218", en F. RAKOB (Dir.): *Karthago III. Die deutsche Ausgrabungen in Karthago*, Mainz, pp. 545-565.

MACKENSEN, M. (1999b): "Ein Keramikensemble der Mitte des 7. Jahrhunderts N. Chr. Aus Raum R. M. in insula E. 218", en F. RAKOB (Dir.): *Karthago III. Die deutsche Ausgrabungen in Karthago*, Mainz, pp.566-570.

MACKENSEN, M. (2005): *Militärlager oder Marmorwerkstätten: neue Untersuchungen im Ostbereich des Arbeits – und Steinbruchlagers von Smitthus/Chemtou*, Philipp von Zabern, Mainz.

MACKENSEN, M. (2006): "The study of 3rd century African red slip ware based on the evidence from Tunisia", en D. MALFITANA, J. POBLOME y J. LUND (Ed.): *Old Pottery in a New Century. Innovating perspectives on Roman Pottery Studies*, Atti del Convegno Internazionale di Studi, Catania, 22-24 aprile 2004, Catania, pp. 105-123.

MACKENSEN, M. (2009): "Technology and organisation of ARS ware production-centres in Tunisia", en J. HUMPHREY (Ed.): *Studies on Roman Pottery of the provinces of Africa Proconsularis and Byzacena (Tunisia). Hommage à Michel Bonifay*, *JRA*, Supplementary Series, 76, Portsmouth, pp. 17-44.

MACKENSEN, M. y SCHNEIDER, G. (2006): "Production centres of African Red Slip ware (2nd-3rd c.) in northern and central Tunisia: archaeological provenance and reference groups based on chemical analysis", *JRA*, 19, 1, pp. 163-188.

MACKINNON, M. (2004): *Production and consumption of animals in Roman Italy: integrating the zooarcheological and textual evidence*, *JRA*, Supplementary Series, 54, Portsmouth, Rhode Island.

MADRID BALANZA, M. J. (1997-1998): "El orden toscano en Carthago Nova", *AnMu*, 13-14, pp. 149-180.

MADRID BALANZA, M. J. (1999): "El conjunto arqueológico de la Plaza de los Tres Reye (Cartagena): elementos arquitectónicos", *XXIV CNA,* (Cartagena, 1997), Vol. 4, *Romanización y desarrollo urbano en la Hispania republicana*, Murcia, pp. 89-96.

MADRID BALANZA, M. J. (2006): "Emblema de mosaico de teselas en blanco y negro" [Ficha de Catálogo], en L. SÁNCHEZ MONTES y S. RASCÓN (Eds.): *Civilización. Un viaje a las ciudades de la España antigua. Catalogo de la exposición (Alcalá de Henares, Antiguo Hospital de Santa María la Rica, de 3 de Octubre de 2006 a 7 de Enero de 2007*, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Madrid, pp. 232-233.

MADRID BALANZA, M. J. (2007): "Excavaciones arqueológicas en el PERI CA-4 (Barrio Universitario, Cartagena)" *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 105-107.

MADRID BALANZA, M. J. (2008): "La casa de *Salvius*" Barrio Universitario de Cartagena (PERI CA-4)", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 253-254.

MADRID BALANZA, M. J. y MURCIA MUÑOZ, A. (1997): "La columnata de la C/ Morería Baja (Cartagena, Murcia): nuevas aportaciones para su interpretación", *XXIII CNA*, (Elche, 1995), vol. 2, pp. 173-178.

MADRID BALANZA, M. J., MURCIA MUÑOZ, A. J., NOGUERA CELDRÁN, J. M. y FUENTES SÁNCHEZ, M. (2009): "Reutilización y contextos domésticos del edificio del atrio (siglos III-IV)", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 226-237.

MADRID BALANZA, Mª. J. (2004): "Primeros avances sobre la evolución urbana del sector oriental de Carthago Nova. PERI-CA 4 / Barrio Universitario", Mastia, 3, pp. 31-70.

MADRID BALANZA, Mª. J. (2005): "Excavaciones arqueológicas en el PERI CA-4 o Barrio Universitario de Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 265-268.

MADRID BALANZA, Mª. J. y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. (2008): "La "Casa del Estudiante", Barrio Universitario de Cartagena (PERI CA -4)", *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 255-256.

MADRID BALANZA, Mª. J., CELDRÁN BELTRÁN, E. y VIDAL NIETO, M. (2005): "La *Domus* de *Salvius*. Una casa de época altoimperial en la Calle del Alto de Cartagena. (PERI CA-4/Barrio Universitario)", *Mastia*, 4, pp. 117-152.

MADRID FERNÁNDEZ, M. y BUXEDA I GARRIGÓS, J. (2007): "Qualitat i consum ceràmic de la "sigillata" augustal: noves vies d'estudi i interpretació a partir del'arqueometria", *Empúries*, 55, Ejemplar dedicado a: *Exemples tecnològics de l'antiguitat*, pp. 53-66

MADRID FERNÁNDEZ, M., COMAS I SOLÀ, M. y PADRÓS I MARTÍ, P. (2005): "Étude archéologique et analyse archéométrique de la céramique sigillée sud-gauloise documentée à la ville romaine de *Baetulo* (Badalone, Barcelone)", en X. NIETO, M. ROCA, A. VERNHET y P. SCIAU (Eds.): *La difusió de la terra sigillata sudgàl.lica al nord d'Hispania*, MMAC, 6, pp. 179-197.

MADRID I FERNÁNDEZ, M. (1999): "Primers resultats de l'estudi de la cerámica terra sigillata de Baetulo: circulació cerámica i aportacions cronològiques a la ciutat", *Pyrenae*, 30, pp. 147-172.

MAGGETTI, M. (1995): "Méthode chimique contre method minéralogique pétrographique dans l'étude des céramiques anciennes", en M. VENDRELL-SAZ, T. PRADELL, J. MOLERA y M. GARCIA (eds.): *Estudis sobre ceràmica antiga,* Ponències del Congrés Europeu sobre Ceràmica Antiga, (Barcelona, 1993), pp. 235-237.

MAIURI, A. (1986): *Herculaneum*, Istituto Poligrafico dello Stato, Roma.

MALFITANA, D. (2004): "Anfore e ceramiche fini da mensa orientali nella Sicilia tardo-ellenistica e romana: merci e genti tra Oriente ed Occidente", en J. EIRING y J. LUND (Eds.): *Transport Amphorae and Trade in the Eastern Mediterranean*, Acts of the International Colloquium at the Danish Institute at Athens, (September 26-29, 2002), *Monographs of the Danish Institute at Athens*, 5, Aarhus, pp. 239-250.

MALFITANA, D. (2006): "Dalla tipologia all'iconologia: nuovi percorsi interpretativi nello studio delle ceramiche decorate a rilievo", en D. MALFITANA, J. POBLOME y J. LUND (Ed.): *Old Pottery in a New Century. Innovating perspectives on Roman Pottery Studies*, Atti del Convegno Internazionale di Studi, Catania*,* 22-24 aprile 2004, Catania, pp. 87-103.

MALFITANA, D. (2007): *La ceramica "corinzia"decorata a matrice. Tipologia, cronologia ed iconografia di una produzione ceramica greca di età imperiale*, RCRFActa, Bonn.

MANDEL, U. (1988): *Kleinasiatische Reliefkeramik der mittleren Kaiserzeit. Die 'oinophorengruppe' und verwandtes*, Pergamenische Forschungen 5, Berlin-New York.

MANDEL, U. (2000): "Die frühe produktion der sog. oinophorenware-werkstätten von Knidos", *RCRFActa, 36,* pp. 57-68.

MAÑAS ROMERO, I. (2011): *Mosaicos romanos de Itálica (I). Mosaicos contextualizados y apéndice*, Corpus de mosaicos romanos de España, Fascículo XIII, CSIC, Madrid-Sevilla.

MAR, R. y RUIZ DE ARBULO, J. (1993): *Ampurias romana: historia, arquitectura y arqueología*, Ed. Ausa, Sabadell.

MARCO SIMÓN, F. (2006): "Intimidación y terror en la época de las guerras celtibéricas", en G. URSO (Ed.): *Terror et pavor. Violenza, intimidazione, clandestinità nel mondo antico*, Atti del convegno internazionale (Cividale del Friuli, 22-24 settembre 2005), Fondazione Niccolò Canussio, Pisa, pp. 197-213.

MARCONE, A. (2008): "A Long Late Antiquity? Considerations on a controversial Periodization", *JLA*, 1, pp. 4-19.

MARCONE, A. (2010): "410 d.C.: La caduta "con rumore" di un Impero", *410 AD The Sack of Rome*, British School at Rome e Istituto Archeologico Svizzero (7-9 Octubre y 4-6 Noviembre 2010), Comunicación oral (7 de octubre de 2010).

MARENSI, A. (2004): "Observations sur les importations de céramique commune orientale en Gaule du Sud au Haut et Moyen Empire (I^{er} – III^{e} siècles après J.-C.), *SFÉCAG, Actes du Congrès de Vallauris*, (23-24 mai 2004), Marseille, pp. 205-208.

MARÍN BAÑO, C. (1997): "Plaza Serreta – c/ Beatas (Cartagena), *Jornadas de Arqueología Regional*, VII, Murcia, pp. 45.

MARÍN BAÑO, C. (2002): "Fases constructivas de época romana en la Plaza Serreta – Calle Beatas de Cartagena (1996)", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia,* 11, (1996), pp. 307-320.

MARÍN BAÑO, C. y DE MIQUEL SANTED, L. E. (1999): "Estudio preliminar de una domus antoniniana en Carthago-Nova (Calles Jara, Palas y Cuatro Santos)", *XXV CNA*, (Valencia, 1999), pp. 280-285.

MARÍN BAÑOS, C. (1997-1998): "Un modelo estratigráfico de la Cartagena púnica: la muralla de Qart-Hadast", *AnMu*, 13-14, pp. 121-139.

MARÍN JORDÁ, C. y RIBERA I LACOMBA, A. (2000): "Un caso precoz de edificio termal: los baños republicanos de Valentia", en C. FERNÁNDEZ OCHOA y V. GARCÍA ENTERO (Eds.): *Termas romanas en el Occidente del Imperio*, Actas del II Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón (Gijón, 1999), pp. 151-156.

MARÍN JORDÁ, C. y RIBERA I LACOMBA, A. (2010): Las termas de la época romana republicana de L'Almoina (Valencia), *QuaDA*, 7.

MARÍN MUÑOZ, J. M. y PEÑALVER AROCA, F. (2007): "Intervención de urgencia en la villa romana de Betania, Cehegín", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 191-192.

MARLIÈRE, E. (2002): *L'outre et le tonneau dans l'occident romain*, Monographies Instrumentum, 22, Montagnac, 2002.

MÁRQUEZ VILLORA, J. C. (1999): *El comercio romano en el Portus Ilicitanus. El abastecimiento exterior de productos alimentarios (siglos I a.C. – V d.C.)*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante.

MÁRQUEZ VILLORA, J. C. y MOLINA VIDAL, J. (2001): *El comercio en el territorio de Ilici. Epigrafía, importación de alimentos y relación con los mercados mediterráneos*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante.

MÁRQUEZ VILLORA, J. C. y MOLINA VIDAL, J. (2005): *Del Hibervs a Carthago Nova. Comercio de alimentos y epigrafía anfórica grecolatina*, Instrumenta, 18, Barcelona.

MARROU, H.-I. (1977): *Décadence romaine ou antiquité tardive?: IIIe – VIe s.*, Paris.

MARTÍN CAMINO, M. (1994): "Colonización fenicia y presencia púnica en Murcia", en A. GONZÁLEZ, J. L. CUNCHILLOS y M. MOLINA (Eds.): *El mundo púnico: historia, sociedad y cultura*, Murcia, pp. 293-324.

MARTÍN CAMINO, M. (1995-1996): "Observaciones sobre el urbanismo antiguo de Carthago-Nova y su arquitectura a partir de sus condicionantes orográficos", *AnMu*, 11-12, pp. 205-213.

MARTÍN CAMINO, M. (1998): "Un contexto cerámico de finales del s. III a.C.: El vertedero púnico de la Plaza San Ginés (Cartagena)", en J. TORRES, J. SANMARTÍ, D. ASENSIO y J. PRINCIPAL (Eds. científicos): *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibérica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C. i la primera meitat del segle II a.C.*, *Arqueo Mediterrània*, 4, Barcelona, pp. 9-28.

MARTÍN CAMINO, M. (1999): *Cartagena a través de las colecciones de su Museo Arqueológico*, Editorial KR, Murcia.

MARTÍN CAMINO, M. (2000): "Cartagena durante época Bárquida. Precedentes y estado de la cuestión", *TMAIF*, 44, (Actas de las XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica, *La Segunda Guerra Púnica en Iberia* (Eivissa, 1998), pp. 9-25.

MARTÍN CAMINO, M. (2006): "La curia de *Carthago Nova*", *Mastia*, 5, pp. 61-84.

MARTÍN CAMINO, M. (2009): "La ciudad y el Molinete: investigaciones arqueológicas en la *arx Hasdrubalis*", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 31-37.

MARTÍN CAMINO, M. y FUENTES SÁNCHEZ, M. (2006): "Excavación arqueológica de urgencia en Calle Caballero nº 3 y Plaza San Francisco nº 15, (Cartagena), *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVII, pp. 105-106.

MARTÍN CAMINO, M. y ROLDÁN BERNAL, B. (1991-1992): "Nota sobre el comercio marítimo en Cartagena durante la época púnica a través de algunos hallazgos subacuáticos", *AnMu*, 7-8, pp. 151-162.

MARTÍN CAMINO, M. y ROLDÁN BERNAL, B. (1994): "Aspectos arqueológicos y urbanísticos de la Cartagena púnica", en J. MAS (Dir.): *Historia de Cartagena*, Vol. 4, Ed. Mediterráneo, Murcia, pp. 107-149.

MARTÍN CAMINO, M. y ROLDÁN BERNAL, B. (1997a): "Calle Caridad esquina San Cristóbal la Corta", *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988)*, pp. 161-173.

MARTÍN CAMINO, M. y ROLDÁN BERNAL, B. (1997b): "Calle Puertas de Murcia, números 8-10", *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988)*, pp. 32-39.

MARTÍN CAMINO, M. y ROLDÁN BERNAL, B. (1997c): "Calle Serreta, números 8-10-12", *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988)*, pp. 73-94.

MARTÍN CAMINO, M. y ROLDÁN BERNAL, B. (1997d): "Informe de los trabajos arqueológicos en la Calle San Antonio el Pobre", *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988)*, pp. 41-51.

MARTÍN CAMINO, M. y ROLDÁN BERNAL, B. (1997e): "Plaza San Ginés nº 1, esquina calle del Duque", *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988),* 125-128.

MARTÍN CAMINO, M. y VIDAL NIETO, M. (1997): "Informe de la excavación realizada en el solar de la Calle del Duque números 25-27 (Cartagena)", *Memorias de Arqueología, 6, Jornadas de Arqueología Regional* (1991)*,* pp. 271-280.

MARTÍN CAMINO, M., ORTIZ MARTÍNEZ, D., PORTÍ DURÁN, M. y VIDAL NIETO, M. (2001): "La *domus* de la Fortuna: un conjunto arquitectónico doméstico de época romana en la calle del Duque", en E. RUIZ VALDERAS (Coord.): *La casa romana en Carthago Nova. Arquitectura privada y programas decorativos*, Ed. Tabularium, Murcia, pp. 19-52.

MARTÍN CAMINO, M., PÉREZ BONET, M. A. y ROLDÁN BERNAL, B (1991) "Contribución al conocimiento del área portuaria de *Carthago Nova* y su tráfico marítimo en época altoimperial", *AEspA*, 64, 163-164, pp. 272-283.

MARTÍN CAMINO, M., PÉREZ BONET, M. A. y ROLDÁN BERNAL, B (1997) "Iglesia Santa María "La Vieja", Catedral Antigua de Cartagena", *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988)*, pp. 95-114.

MARTÍN ESCORZA, C. (2005): "Iconografía histórica de los terremotos hasta el de Lisboa en 1755", *CuadDiecioch*., 6, pp. 225-247.

MARTÍN HERNÁNDEZ, E. y RODRÍGUEZ MARTÍN, G. (2008): "Paredes finas de Lustiania y del cuadrante noroccidental" en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.):

Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión, Universidad de Cádiz, pp. 385-406.

MARTÍN, G. y SERRES, M. D. (1970): *La factoría pesquera de Punta de l'Arenal y otros restos romanos de Javea (Alicante)*, Servicio de Investigaciones Prehistóricas, Trabajos Varios, 38, Valencia.

MARTIN, J. P. (1977): *Le siècle des Antonins*, Vendôme.

MARTIN, J.-P., CHAUVOT, A. y CÉBEILLAC-GERVASONI, M. (2003): *Histoire romaine*, Paris.

MARTIN, T. (1986): "Le déclin", en C. BÉMONT y J.-P. JACOB (Ed.): *La Terre Sigillée gallo-romaine, Lieux de production du Haut Empire: implantations, produits, relations*, DARF, 6, pp. 43-45.

MARTÍNEZ ALCALDE, M. (1997): "P.E.R.I. de La Alberca. Edificio "Alberca VI" (Lorca)", *Jornadas de Arqueología Regional*, VII, Murcia, pp. 38-39.

MARTÍNEZ ALCALDE, M. (2003a): "Excavación en calle Lourdes en el Puerto de Mazarrón", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XIV, pp. 63-64.

MARTÍNEZ ALCALDE, M. (2003b): "Factoría romana de Salazones del Puerto de Mazarrón (Mazarrón)", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XIV, pp. 60-62.

MARTÍNEZ ALCALDE, M. (2007): "Jarrita de cerámica pintada de tradición indígena", en M. MARTÍNEZ ALCALDE y A. INIESTA (Eds.): *Factoría romana de salazones. Guía Museo Arqueológico Municipal de Mazarrón*, Ayuntamiento de Mazarrón, pp. 64-65.

MARTÍNEZ ALCALDE, M. e INIESTA SANMARTÍN, A. (2007): *Factoría romana de salazones. Guía Museo Arqueológico Municipal de Mazarrón*, Ayuntamiento de Mazarrón.

MARTÍNEZ ANDREU, M. (1997a): "Calle Caballero números 7 y 8", *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988)*, pp. 264-265.

MARTÍNEZ ANDREU, M. (1997b): "Calle Serreta número 9", *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988)*, pp. 262-263.

MARTÍNEZ ANDREU, M. (1999): "Seguimiento del desfonde para aparcamientos subterráneos en la alameda de San Antón (Cartagena)", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia,* 8, (1993), pp. 240-244.

MARTÍNEZ ANDREU, M. (2001): "La topografía de la ciudad antigua a través de la arqueología y los textos de Polibio", en E. RUIZ VALDERAS, (Coord.): *Patrimonio de Cartagena*, Vol. 1, Ed. Artelibro, Murcia, pp. 10-23.

MARTÍNEZ ANDREU, M. (2004): "La topografía en *Carthago Nova*. Estado de la cuestión", *Mastia*, 3, pp. 11-30.

MARTÍNEZ ANDREU, M. y MARTÍN CAMINO, M. (2005): Informe de la intervención arqueológica realizada en C/ Adarve: octubre 2004-abril 2005, Inédito.

MARTÍNEZ GONZÁLEZ, Mª. M. y VITORES BAÑARES, S. (1999): "Algunos yacimientos romanos en los entornos de Berceo y Badarán (La Rioja)", *Iberia*, 2, pp. 239-273.

MARTÍNEZ MAGANTO, J. (2005): "La sal en la Antigüedad: aproximación a las técnicas de explotación y comercialización", en J. MOLINA y M. J. SÁNCHEZ, (Eds.): Los *salsamenta*, *III Congreso Internacional de Estudios Históricos. El Mediterráneo: la cultura del mar y la sal*, Santa Pola, pp. 113-128.

MARTÍNEZ MAGANTO, J., (2005): "La sal en la Antigüedad: aproximación a las técnicas de explotación y comercialización", en J. MOLINA y M. J. SÁNCHEZ (Eds.): *Los salsamenta*, *III Congreso Internacional de Estudios Históricos. El Mediterráneo: la cultura del mar y la sal*, Santa Pola, pp. 113-128.

MARTÍNEZ MIRA, I. (1995-1997): "Tesorillos del s. III d.C. en la Península Ibérica", *Lucentum*, 14-16, pp. 119-180.

MARTÍNEZ MIRA, I. (2000-2001): "Tesorillos del s. III d.C. en la Península Ibérica (II)", *Lucentum*, 19-20, pp. 297-307.

MARTÍNEZ MIRA, I. (2004-2005): "Tesorillos del s. III d.C. en la Península Ibérica (III)", *Lucentum*, 23-24, pp. 207-236.

MARTÍNEZ MIRA, I. (2007): "Tesorillos del s. III d.C. en la Península Ibérica (IV)", *Lucentum*, 27, pp. 265-297.

MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (1989-1990): "La necrópolis de Eliocroca. Revisión de los hallazgos y estudio de los materiales conservados", *AnMu*, 5-6, pp. 143-154.

MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (1998): "Los capiteles romanos de Carthago Nova (Hispania Citerior)", en M. MAYER, J. M. NOLLA y J. PARDO (Eds.): *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispània Citerior*, Homenatge a Josep Estrada i Garriga, Ítaca, Annexos, 1, Barcelona, pp. 317-336.

MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (2002): "La villa de Venta Ossete (La Paca, Lorca): Arquitectura y poblamiento romano en las tierras altas de Lorca", *Alberca*, 1, pp. 33-55.

MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. y PONCE GARCÍA, J. (1999): "Excavaciones arqueológicas de urgencia en la Calle Eugenio Úbeda, 12-14, (Lorca, Murcia)", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia,* 8, (1993), pp. 277-288.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, A. (1999). "Restos musivarios en el cerro del Molinete", *XXIV CNA,* (Cartagena, 1997), Vol. 4, *Romanización y desarrollo urbano en la Hispania republicana*, Cartagena, pp. 67-80.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. y SOLER LÓPEZ, A. (2008): "Excavación arqueológica en la villa romana de Venta Aledo (Alhama de Murcia), *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia, Vol. I, Paleontología, Arqueología, Etnografía*, pp. 129-130.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, M. A. (2003): *Excavación arqueológica de urgencia en el solar nº 1-3 de la Calle San Diego de Cartagena, Memoria 2003*, Inédito.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, M. A. (2004): "El Decumano Máximo de Carthago Nova: la calzada de la Calle San Diego", *Mastia*, 3, pp. 195-204.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, M. A. y DE MIQUEL SANTED, L. E. (2004): "Programa decorativo de los pavimentos marmóreos del área foral de *Carthago Nova*", en S. F. RAMALLO (Ed.): *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de occidente,* Actas del Congreso Internacional celebrado en Cartagena entre los días 8 y 10 de octubre de 2003, Murcia, pp. 485-499.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, Mª. A. y DE MIQUEL SANTED, L. E. (2004): "Intervención arqueológica en el solar nº 3 de la calle Caballero de Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XV, pp. 55-56.

MARTÍNEZ SAURA, F. (1995): "La farmacoterapia en Celso y Escribonio Largo"*, ETF(hist)*, 8, pp. 439-474.

MARTIN-KILCHER, S. (2011): "Formas d'amphores et contenu au Haut-Empire, points de repère et questions", *SFÉCAG, Actes du congrès d'Arles,* 2-5 juin 2011, pp. 417-426.

MARTY, F. (2004): "La vaisselle de cuisson du port Antique de Fos (Bouches-du-Rhône), *SFÉCAG, Actes du Congrès de Vallauris*, pp. 97-128.

MARTY, F. (2011): "Vaisselle céramique cnidienne du port Antique de Fos-sur-Mer (Bouches-du-Rhône", *SFÉCAG, Actes du congrès d'Arles,* 2-5 juin 2011, pp. 637-641.

MAS GARCÍA, J. (1979): *El Puerto de Cartagena. Rasgos geográficos e históricos. Su tráfico marítimo en la Antigüedad*, Junta de obras del puerto, Cartagena.

MAS GARCÍA, J. (1986): "Infraestructura y desarrollo económico de la Quart-Hadast ibérica", en J. MAS (Dir.): *Historia de Cartagena*, Vol. 4, Ed. Mediterráneo, Murcia, pp. 152-254.

MAS GARCÍA, J. (1998): "Portvs Carthaginensis, simbiosis de un emporio y una gran base militar", en J. PÉREZ BALLESTER, J. y G. PASCUAL (Eds.): *Puertos Antiguos y Comercio Marítimo,* Actas III Jornadas de Arqueología Subacuática, (1997), Valencia,, Valencia, pp. 78-97.

MAS PÉREZ, F. (1984): *Estudio de las arcillas de interés cerámico de la provincia de Alicante*, Instituto Alicantino de Cultura Juan-Gil Albert, Alicante.

MATILLA SÉIQUER, G. (2004): "Balneario de Archena. Campaña de 2003", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XV, pp. 49-51.

MATILLA SÉIQUER, G., EGEA VIVANCOS, A. y GALLARDO CARRILLO, J. (2002): "Baños romanos de Fortuna. Campaña de 2001", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XV, pp. 74-78.

MATILLA SÉIQUER, G., GALLARDO CARRILLO, J. y EGEA VIVANCOS, A. (2002): "El santuario romano de las aguas de Fortuna (El balneario de Carthago Nova)", *Mastia*, 1, pp. 179-190.

MATILLA SÉIQUER, G., GALLARDO CARRILLO, J. y EGEA VIVANCOS, A. (2002): "Baños romanos de Fortuna. Campaña de 2001", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología regional*, XIII, pp. 37-38.

MATTINGLY, H. y SYDENHAM, E. A. (1986): *The Roman Imperial Coinage, Vol. III, Antoninus Pius to Commodus*, [Ed. original, 1930], London.

MAUNÉ, S., SILVÉRÉANO, S., FEUGÈRE, M., BUSSIÈRE, J., RAUX, S., FOREST, V., SANCHEZ, C., y LESCURE, J. (2004): "Les poubelles de *Titvs Ivlivs Paternvs* à l'Auribelle-Basse (Pézenas, Hérault)", *SFÉCAG, Actes du Congrès de Vallauris*, (23-24 mai 2004), Marseille, pp. 403-430.

MAYET, F. (1975): *Les céramiques à parois fines dans la Peninsule Ibérique*, Centre Pierre Paris – CNRS Bordeaux III, Paris.

McCLURE, S. B. y BERNABEU AUBÁN, J. (2011): "Technological style, chaîne opératoire and labor investment of early Neolithic pottery", en J. BERNABEU, J. A. ROJO y LL. MOLINA (Coords.): *Las primeras producciones cerámicas: el Sexto Milenio CAL AC en la Península Ibérica*, *Saguntum*, Extra 12, pp. 53-61.

MEDINA RUIZ, A. J. (2010): "Excavación arqueológica de un ámbito urbano de época romana, la Plaza de la Iglesia de Monteagudo (Murcia)", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 15, (2002-2003), pp. 191-216.

MELCHOR GIL, E. (1993): *Evergetismo en la Hispania Romana*, Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Serie microfichas, Córdoba.

MELCHOR GIL, E. (1994): *El mecenazgo cívico en la Bética. La contribución de los evergetas al desarrollo de la vida municipal*, Instituto de Historia de Andalucía y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba.

MELCHOR GIL, E. (2003): "Aportaciones pecuniarias de los notables locales a las finanzas municipales de las ciudades", en C. CASTILLO, J. F. RODRÍGUEZ y F. J. NAVARRO (Eds.): *Sociedad y economía en el Occidente romano*, Pamplona, pp. 199-230.

MENCHELLI, S. y PASQUINUCCI, M. (Eds.) (2006): *Territorio e produzioni ceramiche. Paesaggi, economía e società in epoca romana*, Atti del Convegno Internazionale (Pisa, 20-22 ottobre 2005), Ed. Plus, Pisa.

MENCHELLI, S., SANTORO, S., PASQUINUCCI, M. y GUIDUCCI, G. (Eds.) (2010): *LRCW 3. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry. Comparisson between western and Eastern Mediterranean*, 2 Vols., BAR International Series, 2185, Oxford.

MÉNDEZ GRANDE, G. y ALBA CALZADO, M. (2001): "Un conjunto de hornos cerámicos situados junto al río Ana. Intervención arqueológica realizada en un solar de la Avda. Lusitania, esquina con la calle Dámaso Alonso (1ª Fase)", *MéridaExcArq*, 7, pp. 307-334.

MÉNDEZ ORTIZ, R. (1988): "El tránsito a la dominación bizantina en Cartagena: las producciones cerámicas de la Plaza de los Tres Reyes", *A&Cr*, 5, pp. 31-164.

MÉNDEZ ORTIZ, R. (1997): "Calle San Francisco nº 8" *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988)*, pp. 28-30.

MÉNDEZ ORTIZ, R., GARCÍA CANO, C., BROTÓNS YAGÜE, F. y RUIZ VALDERAS, E. (1988): "Aproximación a las vías romanas de Cartagena y su entorno", en A. GONZÁLEZ BLANCO (Coord.): *Vías romanas del Sureste*, Actas del symposium celebrado en Murcia (23-24 octubre, 1986), Murcia, pp. 31-38.

MEZQUÍRIZ IRUJO, Mª. A. (2004a) [1985]: "La *villa* romana de San Esteban de Falces", *TAN*, 17, Dedicado a: Mª Ángeles Mezquíriz Irujo, pp. 221-246. [Reedición del trabajo presentado bajo el mismo título en: *TAN*, 4, pp. 157-184].

MEZQUÍRIZ IRUJO, Mª. A. (2004b) [1985]: "Terra sigillata Ispanica", *TAN*, 17, Dedicado a: Mª Ángeles Mezquíriz Irujo, pp. 419-563 [Reedición del trabajo presentado bajo el mismo título en: *Atlante delle Forme Ceramiche II. Ceramica fina romana nel bacino Mediterraneo (tardo Ellenismo e primo Impero)*, *EAA*, Roma, pp. 97-174].

MEZZABOTTA, M. R. (2000): "What was "Ulpicum"?", *CQ,* 50, 1, pp. 230-237.

MILÁ OTERO, M. S. y ARANA CASTILLO, R. (2007): "Los materiales cerámicos del teatro romano de Cartagena: mineralogía y quimismo", *Verdolay*, 10, pp. 93-107.

MÍNGUEZ MORALES, J. A. (2005): "La cerámica de paredes finas", en M. ROCA e I. FERNÁNDEZ (Coord.): *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*, Monográfico *Cudas*, 1, pp. 317-404.

MINGUEZ, J. A. (1989-1990): "Enterramientos infantiles domésticos en la Colonia Lépida-Clesa (Velilla de Ebro, Zaragoza)", *Caesaraugusta*, 66-67, pp. 105-122.

MINNI, D. (2004): "Le tournage du bois, des lignites, de l'ambre et des matières dures d'origine animale à l'Age du Fer", en M. FEUGÈRE y J.-C. GÉROLD (Dir.): *Le tournage, des origines à l'an Mil*, Actes du colloque de Niederbronn, octobre 2003, Monographies *instrumentum*, 27, pp. 113-126.

MlLÁ OTERO, M. S., ARANA CASTILLO, R. y ALÍAS LINARES, A., (2000): "Caracterización arqueométrica de cerámicas toscas del teatro romano de Cartagena (Murcia). Resultados preliminares", *Cadernos*, 25, Resúmenes de las comunicaciones del Congreso de Mineralogía y Petrología SEM 2000 y XX Reunión de la SEM, A Coruña, 25 a 28 septiembre de 2000), pp. 395-398.

MlLÁ OTERO, M. S., ARANA CASTILLO, R. y ALÍAS LINARES, A., (2004): "Preliminary Study of Coarse Cooking ceramics from the roman theatre of Cartagena (Murcia, Spain)" en J. M. GURT I ESPARRAGUERA, J. BUXEDA I GARRIGÓS y M. A. CAU ONTIVEROS (Eds.): *LRCW 1. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*, BAR International Series, 1340, Oxford, pp. 119-124.

MOIX, LL. (2010): *Arquitectura milagrosa. Hazañas de los arquitectos estrella en la España del Guggenheim*, Ed. Anagrama, Barcelona.

MOLINA VIDAL, J. (1997): *La dinámica comercial romana entre Italia e Hispania Citerior (siglos II a.C. – II d.C.)*, Alicante.

MOLINA VIDAL, J. (1999): "Vinculaciones entre Apulia y el área de influencia de "Carthago Nova" en época republicana", *Latomus*, 58, 3, pp. 509-524.

MOLINER, M. (1996): "Les céramiques communes à Marseille d'après les fouilles récentes", en M. BATS (Dir.): *Les céramiques communes de Campanie et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C. – IIe s. ap. J.-C.). La vaisselle de cuisine et de table,* (Naples, 27-28 mai 1994), Coll. CJB, 14, Naples, pp. 237-255.

MOMIGLIANO, A. (1973): "La caduta senza rumore di un impero nel 476 d.C.", *RSI*, 85, 1, pp. 5-21.

MONTANARI, M. (2008): *Il cibo come cultura*, Bari (1ª Ed. 2004).

MONTERO RUIZ, I., GARCÍA HERAS, M. y LÓPEZ-ROMERO, E. (2007): "Arqueometría: cambios y tendencias actuales", *TPh*, 64, 1, pp. 23-40.

MORAIS, R. (2004): "Os almofarizes béticos em Bracara Augusta", en D. BERNAL y L. LAGÓSTENA (Eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, Actas del Congreso Internacional, (Cádiz, 12-14 de noviembre de 2003), Vol. 2, BAR International Series, 1266, Oxford, pp. 567-570.

MORAIS, R. (2006): "Potes meleiros e colmeias em cerâmica: uma tradição milenar", *Saguntum*, 38, pp. 149-161.

MORAIS, R. (2007): "Ânforas tipo *urceus* de produçâo bética e produçôes regionais e locais do NW peninsular", en L. LAGÓSTENA, D. BERNAL y A. ARÉVALO (Eds.): *Salsas y salazones en Occidente en la Antigüedad*, Actas del Congreso Internacional CETARIAE 2005, (Cádiz 7-9 noviembre 2005), BAR Intermational Series, 1686, Oxford, pp. 401-415.

MOREL, J-P. (1991): "El artesano", en A. GIARDINA (Ed.): *El hombre romano*, Madrid, pp. 257-288.

MORENO, I. (2001): "El tiempo como categoría histórica: la periodización y las edades de Roma", *Minerva*, 15, pp. 175-188.

MORILLO CERDÁN, A. (1990): "En torno a la tipología de las lucernas: problemas de nomenclatura", *CuPAUAM*, 17, pp. 143-168.

MORILLO CERDÁN, A. (1999): *Lucernas romanas en la región septentrional de la Península Ibérica. Contribución al conocimiento de la implantación romana en Hispania*. Monographies Instrumentum, 8, Montagnac.

MORILLO, A. (1990): "En torno a la tipología de las lucernas romanas: problemas de nomenclatura", *CuPAUAM*, 17, pp. 143-167.

MORLEY-FLETCHER, H. (Coord.) (1985): Técnicas de los grandes maestros de la alfarería y cerámica, Ed. Hermann Blume, Madrid.

MORO NAVAS, D. y GÓMEZ ZAMORA, P. (2007): "Un *decumano* secundario en la excavación arqueológica de urgencia en la Calle San Francisco, 16-22, Cartagena" *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 101-103.

MORRETTA, S. (2003): "Tipologia anforaria ed epigrafia: nuovi dati alle Dressel 20 del Monte Testaccio (Roma)", en BLÁZQUEZ, J. M. y REMESAL, J. (Eds.): *Estudios sobre el Monte Testaccio, Roma (III), Instrumenta*, 14, pp. 509-566.

MUNUERA NAVARRO, D. (2010): *Musulmanes y cristianos en el Mediterráneo. La costa del Sureste peninsular durante la Edad Media (ss. VIII-XVI)*, Universidad de Murcia, Tesis doctoral, Inédita.

MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1988): "Nuevo miliario de Mazarrón. La vía romana costera desde Cartagonova", *Homenaje a Samuel de los Santos*, Albacete, pp. 225-230.

MUÑOZ CÁNOVAS, G. J. (2008): "La excavación arqueológica del sector sur del atrio de la Iglesia de San Lázaro Obispo (Alhama de Murcia)", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 237-244.

MUÑOZ TOMÁS, B., HERNÁNDEZ CARRIÓN, E. y URUEÑA GÓMEZ, Mª. I. (1997): "Excavación arqueológica en El Camino del Pedregal (Jumilla): campaña 1991-92," *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia,* 6, (1991), pp. 206-216.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (1997-1998): "La Fuente de la Teja: una instalación oleícola de época altoimperial junto a la vega del río Argos (Caravaca de la Cruz, Murcia)", *AnMu*, 13-14, pp. 211-226.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (1999): "Poblamiento rural romano en el campo de Cartagena: el tránsito de los siglos II al III d.C.", *XXIV CNA,* (Cartagena, 1997), Vol. 4, *Romanización y desarrollo urbano en la Hispania republicana*, Murcia, pp. 221-226.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2004): "Excavación arqueológica de urgencia en el solar ubicado entre las calles Beatas, San Cristóbal y Ciprés de Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*, XV, pp. 57-59.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2005): "Materiales pertenecientes a los ajuares domésticos altoimperiales de *Carthago Noua*: los hallazgos de la calle Beatas", *Verdolay*, 9, pp. 177-194.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2007): "Vasos a molde de época altoimperial en *Carthago Nova*: las producciones del Mediterráneo oriental", *Mastia*, 6, pp. 91-104.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2009a): "Ánfora africana de aceite" [Ficha de Catálogo, nº 28], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 280.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2009b): "Ánfora africana de salazones" [Ficha de Catálogo, nº 27], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 279.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2009c): "Ánfora bética de vino" [Ficha de Catálogo, nº 29], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 281.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2009d): "*Carthago Noua* durante los siglos III y IV: cultura material y dinámica comercial", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 221-115.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2009e): "Cuenco de cerámica común" [Ficha de Catálogo, nº 23], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 277.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2009f): "Lucernas abiertas", [Ficha de Catálogo], *Museo del Teatro Romano de Cartagena*, Catálogo pp. 180-181.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2009g): "Lucerna de disco con cubierta vítrea", [Ficha de Catálogo], *Museo del Teatro Romano de Cartagena*, Catálogo pp. 178-179.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2010a): "El poblamiento romano en el Campo de Cartagena (s. III a.C. – VII d.C.)", en J. M. NOGUERA (Ed.): *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania. 15 Años después*, Murcia, pp. 141-165.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2010b): "La producción de aceite en el territorio de *Carthago Nova* durante época altoimperial y su incidencia en los mercados locales: las ánforas Dressel 20 presentes en los registros de Cartagena" en J. M. NOGUERA (Ed.), *Preactas Coloquio Internacional De vino et oleo hispaniae. Áreas de producción y procesos tecnológicos del vino y del aceite en la Hispania romana*, Murcia, pp. 129-130.

MURCIA MUÑOZ, A. J. (2012): "El cardo de la c/ Beatas (Cartagena): de via silice strata a via terraria", *¿Crisis urbana a finales del Alto Imperio? La evolución de los espacios cívicos en el Occidente romano en tiempos de cambio (s. II-IV d.C.)*, Coloquio Internacional, 22-23 marzo 2012, Museo del Teatro Romano de Cartagena, Comunicación Oral, 22 marzo 2012.

MURCIA MUÑOZ, A. J. y MADRID BALANZA, M. J. (2003): "Las termas de la calle Honda – Plaza de los Tres Reyes de Cartagena: material latericio y problemas de inserción urbana", en J. M. NOGUERA (Ed.): *Arx Asdrubalis. Arqueología e Historia del Cerro del Molinete (Cartagena)*, Vol. 1, Universidad de Murcia pp. 231-267.

MURCIA MUÑOZ, A. J., LOPEZ MONDÉJAR, L. y RAMALLO ASENSIO, S. F. (e. p.): "El territorio de Carthago Noua entre los siglos II a.C. y II d.C.", en J.-L. FICHES, R. PLANA y V. REVILLA (Eds.): *Paysages ruraux et territoires dans les cités de l'Occident romain. Gaule et péninsule Ibérique / Paisajes rurales y territorios en las ciudades del Occidente romano. Galia y península Ibérica*, Actes du colloque international AGER IX, (Barcelona, 2010).

MURCIA MUÑOZ, A. J., VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J., GARCÍA LORCA, S. y RAMALLO ASENSIO, S. F. (2005): "Conjuntos cerámicos tardíos de las excavaciones en el teatro romano de Cartagena", en J. M. GURT I ESPARRAGUERA, J. BUXEDA I GARRIGÓS y M. A. CAU ONTIVEROS (Eds.): *LRCW 1. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*, BAR International Series, 1340, Oxford, pp. 1-36.

NAPPO, S. C. (1995): "Evidenze di danni strutturali, restauri e rifacimenti nelle insulae gravitanti su Via Nocera a Pompei", *Archäologie und Seismologie, La regione vesuviana dal 62 al 79 d.C.. Problemi archeologici e sismologici*, Colloquium Boscoreale 26-27 November 1993, München, pp. 45-56.

NAVARRO PALAZÓN, J. (1980): "Cerámica y vidrio", *Historia de la Región Murciana: 1805-1930: Un tiempo de estancamiento y evolución*, vol. VIII, Ed. Mediterráneo, Murcia, pp. 367-379.

NIETO PRIETO, J. (1993): "De la Dragendorff 29 a la Hayes 8: consideraciones sobre el comercio marítimo en los siglos I y II d.C.", *Cypsela*, 10, pp. 77-85.

NIETO, J. (1981): "Acerca del progresivo despoblamiento de Ampurias", *RStudLig,* 47, pp. 34-51.

NIETO, J. (1989): "La ruta de la nau i la ruta del carregament: una hipòtesi de treball sobre l'organització del comerç naval en el segle I d.C.", *Excavacions arqueològiques subacquàtiques a Cala Culip I*, pp. 238-244.

NIETO, X. (1995): "La cerámica común romana y su comercialización según las evidencias proporcionadas por la arqueología submarina", *Ceràmica Comuna Romana d'època Alt-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*, Monografies Emporitanes, 8, pp. 95-97.

NIETO, X. y PUIG, A. M. (2001): *Excavacions arqueològiques subaquàtiques a Cala Culip. 3, Culip IV: la terra sigil.lata decorada de La Graufesenque*, *MC*, 3, Girona.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. (1991): *La ciudad romana de Carthago Nova: La escultura*, La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, 5, Universidad de Murcia.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. (2001): "*Bachus, Ariadna, musae, nymphae, satyroi, peplophoroi...in urbe*. Una aproximación a la escultura de casa y jardín en la *Carthago Noua* altoimperial", en E. RUIZ VALDERAS (Coord.): *La casa romana en Carthago Nova. Arquitectura privada y programas decorativos*, Ed. Tabularium, Murcia, pp. 139-166.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. (2002): "Un edificio del centro monumental de Carthago Noua. Análisis arquitectónico-decorativo e hipótesis interpretativas", *JRA*, 15, pp. 63-96.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. (2003a): "Arx Asdrubalis. Historia y Arqueología de un espacio privilegiado de Cartagena en la Antigüedad", en J. M. NOGUERA (Ed.): *Arx Asdrubalis. Arqueología e Historia del Cerro del Molinete (Cartagena)*, Vol. 1, Universidad de Murcia, pp. 13-74.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. (2003c): "Estatua togada capite velato", en C. BELDA (Com.): *La ciudad en lo alto. Caravaca de la Cruz*, Catálogo de la exposición, Proyecto Huellas, Murcia, pp. 57.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. (2009a): "Cabecita de divinidad agreste (Pan o Fauno)" [Ficha de catálogo, nº 46], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, p. 298.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. (2009b): "Cabeza de divinidad femenina o ninfa" [Ficha de catálogo, nº 43], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, p. 294-295.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. (2009c): "Estatuilla de musa (Polimnia o Callíope" [Ficha de catálogo, nº 42], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, p. 293.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. (Ed.) (2003b): *Arx Asdrubalis. Arqueología e Historia del Cerro del Molinete (Cartagena)*, Vol. 1, Universidad de Murcia.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. y ABASCAL PALAZÓN, J. M. (2003): "Fragmentos de epígrafe e inscripción con *litterae aureae* del foro y del *Augusteum* de *Carthago Nova*", *Mastia*, 2, pp. 11-63.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. y ANTOLINOS MARÍN, J. A. (2009): "Áreas productivas y zonas de servicio de la villa romana de Los Cipreses (Jumilla, Murcia)", *AEspA*, 82, pp. 191-220.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. y ANTOLINOS MARÍN, J. A. (2010): "Instalaciones oleícolas y vinícolas en el sector meridional del *conventus Carthaginensis*", en J. M. NOGUERA (Ed.): *Preactas Coloquio Internacional De vino et oleo hispaniae. Áreas de producción y procesos tecnológicos del vino y del aceite en la Hispania romana*, Murcia, pp. 81-85.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. y MADRID BALANZA, M. J. (2009b): "Más sobre los órdenes arquitectónicos en Cartagena: nuevos capiteles del Molinete", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 165-184.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. y MADRID BALANZA, M. J. (2010): "Reencontrando *Noua Karthago*: la *Insula* I del Molinete y la gran arquitectura de la colonia", *Arqueología, Patrimonio y desarrollo urbano. Problemática y soluciones*, Actas del seminario de Girona (3 Julio 2009), pp. 103-132.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. y MADRID BALANZA, M. J. (Eds.) (2009a): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia.

NOGUERA CELDRÁN, J. M. y RUIZ VALDERAS, E. (2006): "La *Curia* de Carthago Nova y su estatua de *togato capite uelato*", en D. VAQUERIZO y J. F. MURILLO (Eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la prof. Pilar León Alonso*, Córdoba, Vol. II, pp. 195-232.

NOGUERA CELDRÁN, J. M., AGOSTINI, S., STIVALETTA, N., BALIVA, A. y DE MIQUEL SANTED, L. E. (2001): "Antefijas arquitectónicas de *Carthago Nova* (Cartagena, España): análisis arqueométrico y procedencia romana", *Anas*, 14, pp. 85-102.

NOGUERA CELDRÁN, J. M., FERNÁNDEZ DÍAZ, A. y MADRID BALANZA, M. J. (2009): "Nuevas pinturas murales en Carthago Noua: los ciclos de las Termas del Foro y del Edificio del atrio", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 185-207.

NOGUERA CELDRÁN, J. M., MADRID BALANZA, M. J. y FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2011): "Nuevas pinturas murales en Carthago Noua (Cartagena. Hispania Citerior): los ciclos antoninianos del Edificio del Atrio", en T. NOGALES e I. RODÀ (Eds.): *Roma y las provincias: modelo y difusión*, Vol. 2, Roma, pp. 917-926.

NOGUERA CELDRÁN, J. M., MADRID BALANZA, M. J. y FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2009): "Placa pictórica con venator" [Ficha de catálogo, nº 6], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, p. 260-261.

NOGUERA CELDRÁN, J. M., MADRID BALANZA, M. J. y GARCÍA ABOAL, M. V. (2009): "El edificio del atrio (fases I y II): ¿un complejo para banquetes triclinares?", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La*

ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena, Murcia, pp. 120-142.

NOGUERA CELDRÁN, J. M., MADRID BALANZA, M. J. y VELASCO ESTRADA, V. (2009): "Baño y ocio: las Termas del Foro", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 90-114.

NOGUERA CELDRÁN, J.M., SOLER HUERTAS, B., MADRID BALANZA, M. J. y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. (2009): "El foro de *Carthago Noua*. Estado de la cuestión", en J. M. NOGUERA (Ed.): *Fora Hispaniae, Paisaje urbano, arquitectura, programas decorativos y culto imperial en los foros de las ciudades hispanorromanas*, Monografías MAM, 3, Murcia, pp. 217-302.

OBERLEITNER, W. (1973): "Zwei Spätantike Kaiserköpfe aus Ephesos", *JKSW*, 69, pp. 127-165.

OJEDA NOGALES, D. (2011): *Trajano y Adriano. Tipología estatuaria*, Universidad de Sevilla.

OLCESE, G. (2003): *Ceramiche comuni a Roma e in area romana: produzione, circolazione e tecnologia (Tarda età republicana – Prima età imperiale)*, *DArch*, 28, Mantova.

OLCINA DOMÈNECH, M. y RAMÓN SÁNCHEZ, J., (2000): "Las cerámicas africanas de *Lucentum* (Tossal de Manisses, Alicante): los fondos antiguos del Museo Arqueológico Provincial y consideraciones en torno a la decadencia de la ciudad romana", en M. OLCINA y J. A. SOLER (Coord.): *Scripta in honorem Enrique A. Llobregat Conesa*, Vol. 1, Instituto Alicantino Juan-Gil Albert, pp. 391-432.

OLCINA DOMÉNECH, M., TENDERO PORRAS, E. y GUILABERT MAS, A. (2007): "La estatua en su lugar. Un avance al estudio del foro romano de Lucentum", en M. OLCINA (Ed.): *El báculo y la espada, Sobre un fragmento de escultura monumental romana de bronce de Lucentum*, Exposición Museo Arqueológico de Alicante, Fundación MARQ, Alicante, pp. 85-100.

OLCINA DOMÉNECH, M., y PÉREZ JIMÉNEZ, R. (2007): "El Tossal de Manuses. Lucentum", en M. OLCINA (Ed.): *El báculo y la espada, Sobre un fragmento de escultura monumental romana de bronce de Lucentum*, Exposición Museo Arqueológico de Alicante, Fundación MARQ, Alicante, pp. 23-32.

OLLÀ, A. (1997): "Osservazioni preliminari sul carico del relitto romano-imperiale nelle acque di Punta Mazza", en G. TIGANO: *Rinvenimenti subacquei a Milazzo e il relitto di Punta Mazza*, Mostra di archeologia, Castello di Milazzo, Sala del Parlemaneto (12 luglio – 30 settembre, 1997), Merì, pp. 65-98

OREJAS SACO DEL VALLE, A. y RAMALLO ASENSIO, S. F. (2004): "*Carthago Noua*: la ville et le territoire. Recherches récentes", en M. CLAVEL-LÉVÊQUE y G. TIROLOGOS (Eds.): *De la terre au ciel. Paysages et cadastres antiques*, tome 2, Presses Universitaires, Franche Comté, pp. 87-120.

OREJAS, A. (2005): "El desarrollo de la minería en la Hispania romana", en J. A. ANTOLINOS y J. I. MANTECA (Coord.): *Bocamina. Patrimonio minero de la Región de Murcia*, Catálogo de la exposición celebrada en Murcia (8 septiembre a 6 noviembre de 2005), Murcia, pp. 61-69.

OREJAS, A. y ANTOLINOS MARÍN, J. A. (1999): "Les mines de la Sierra de Cartagena", en A. OREJAS (Ed.): *Atlas Historique des zones minières d'Europe*, vol. 1, dossier 2, Bruxelles-Luxembourg, pp. 1-14.

OREJAS, A. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. (2002): "Mines, Territorial Organization and Social Structure in Roman Iberia: Carthago Noua and the Peninsular Northwest", *AJA*, 106, 4, pp. 581-599.

ORFILA PONS, M. y CAU ONTIVEROS, M. A. (Coord.) (2004): *Les ciutats romanes del llevant peninsular i les Illes Balears*, Ed. Pòrtic, Barcelona.

ORTALLI, J. (1992): "Edilizia residenziale e crisi urbana nella tarda antichità: fonti archeologiche per la Cispadana", *Aspetti e problema di archeologia e storia dell'arte della Lusitania, Galizia e Asturie tra tardo antico e medioevo*, XXXIX Corso di Cultura sull'Arte Ravennate e Bizantina, Ravenna, pp. 577-605.

ORTALLI, J. (1997): "Topografia di Sarsina romana: assetto urbanistico e sviluppo architettonico", en L. QUILICI y S. QUILICI GIGLI (Eds.): *Architettura e pianificazione urbana nell'Italia Antica*, Atlante tematico di topografía antica, "L'Erma" di Bretschneider, Roma, pp. 117-157.

ORTALLI, J. (2003): "L'insediamento residenziale urbano nella Cispadana", en J. ORTALLI y M. HEINZELMANN (Eds.): *Abitare in città. La Cisalpina tra Impero e Medioevo – Leben in der Stadt. Oberitalien zwischen römischer Kaiserzeit und Mittelalter*, (Convegno tenuto a Roma tra il quattro e il cinque noviembre 1999), Dr. Ludwig Reichert Verlag Wiesbaden, DAI Rom, pp. 95-119.

ORTALLI, J. (2008): "Variabili di sistema nella Tarda Antichità: i nuovi assetti territoriali e l'epilogo di Sarsina romana", en M. MENGOZZI (Ed.): *Atti del Convegno Sarsina e Valle del Savio tra Roma e Ravenna*: *Sarsina*, (23 - 26 ottobre 2008), *StudRomagn*, 59, pp. 71-101.

ORTALLI, J. (2009): "Archeologia e medicina: la casa del chirurgo riminese", en DE CAIROLIS, S. (Ed.): *Ars Medica. I ferri del mestiere. La domus "del Chirurgo" di Rimini e la chirurgia nell'antica Roma*, Ed. Guaraldi, Rimini, pp. 21-45.

ORTALLI, J. (2010): "Archeologia della città di Rimini fra paganesimo e Cristianità", en R. SAVIGNI (Ed.): *Storia della Chiesa riminese*, Vol. 1, *Dalle origini all'anno mille*, Istituto Superiore di Scienze Religiose "Alberto Marvelli" y Biblioteca Diocesana "Emilio Biancheri, Rimini, pp. 141-171.

ORTEGA Y GASSET, J. (2012): "Prólogo", en IBN HAZM de Córdoba, *El collar de la Paloma*. Traducción de E. GARCÍA GÓMEZ, Madrid, 1ª Edición 1971, pp. 11-33.

ORTON, C., TYERS, P. y VINCE, A. (1993): *Pottery in archaeology*, Cambridge Manuals in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.

OSTIA I [CARANDINI, A. (Dir.)] (1968): Ostia I. *Le terme del Nuotatore. Scavo dell'ambiente IV*, *StudMis*, 13, Roma.

OSTIA II [CARANDINI, A. (Dir.)] (1970): Ostia II. *Le terme del Nuotatore. Scavo dell'ambiente I*, *StudMis*, 16, Roma.

OSTIA III [CARANDINI, A. y PANELLA, C. (Dir.)] (1973): Ostia III. *Le terme del Nuotatore. Scavo dell'ambiente V e di un saggio nell'area SO*, *StudMis*, 21, Roma.

OSTIA IV [CARANDINI, A. y PANELLA, C. (Dir.)] (1977): Ostia IV. *Le terme del Nuotatore. Scavo dell'ambiente XVI e dell'area XXV*, *StudMis*, 23, Roma.

OSWALD, F. (1931): *Index of Potter's Stamps on Terra Sigillata "Samian Ware"*, Margidunum.

OXÉ, A., COMFORT, H. y KENRICK, P. (2000): *Corpus Vasorum Arretinorum. A catalogue of the Signatures, Shapes and Chronology of Italian Sigillata*, Dr. Rudolf Habert GMBH [Second Edition], Bonn.

PACZYNSKA, K. y NAUMENKO, S. A. (2004): "Forlimpopoli Amphorae at Tanais in the Second and Third Centuries AD", en J. EIRING y J. LUND (Eds.): *Transport Amphorae and Trade in the Eastern Mediterranean*, Acts of the International Colloquium at the Danish Institute at Athens, (September 26-29, 2002), *Monographs of the Danish Institute at Athens*, 5, Aarhus, pp. 309-312.

PADRÓS, P. y SÁNCHEZ, J. (2012): "Transformación de los espacios urbanos en Baetulo. S. II a IV d.C.", *¿Crisis urbana a finales del Alto Imperio? La evolución de los espacios cívicos en el Occidente romano en tiempos de cambio (s. II-IV d.C.)*, Coloquio Internacional, 22-23 marzo 2012, Museo del Teatro Romano de Cartagena, Comunicación Oral, 22 marzo 2012.

PALLECCHI, S. (2002): *I mortaria di produzione centro-italica. Corpus dei bolli*, Instvmentvm, 1, Roma.

PALOL, P. DE y GUITART I DURAN, J., (2000): *Los grandes conjuntos públicos: el foro colonial de Clunia*, Clunia VIII, 1, Burgos.

PANCIERA, S. (2000): "Netezza urbana a Roma. Organizzazione e responsabili", en X. DUPRÉ y J. A. REMOLÀ (Eds.): *Sordes Urbis. La eliminación de los residuos en la ciudad romana*, Bibliotheca Italica, Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 24, pp. 95-105.

PANELLA, C. (1973): "Le anfore", en A. CARANDINI y C. PANELLA (Dir.): *Ostia III. Le terme del Nuotatore. Scavo dell'ambiente V e di un saggio nell'area SO*, *StudMis*, 21, Roma, pp 463-633.

PANELLA, C. (1982): "Le anfore africane della prima, media e tarda età imperiale: tipologia e problema", en J.-P. THUILLIER, A. ENNABLI y S. LANCEL

(Eds.): *La Céramique antique*, Actes du Colloque de Carthague (23-24 Juin 1980), Centre d'Études et de Documentation Archéologique de Carthage, Dossier 1, pp. 171-196.

PANELLA, C. (1986): "Oriente ed Occidente: considerazioni su alcune anfore "egee" di età imperiale a Ostia", en J.-Y. EMPEREUR e Y. GARLAN (Eds.): *Recherches sur les amphores grecques*, Actes du Colloque international organisé par le CNRS, l'Université de Rennes II et l'École française d'Athènes, (Athènes, 10-12 septembre, 1984), *BCH*, Supplément 13, Athènes-Paris, pp. 609-636.

PANELLA, C. (2001): "Le anfore di età imperiale del Mediterraneo occidentale", en P. LÉVÊQUE y J.-P. MOREL (Dir.): *Céramiques hellénistiques et romaines III*, Presses Universitaires Franc-Comtoises, pp. 177-225.

PANELLA, C. y SAGUÌ, L. (2001): "Consumo e produzione a Roma tra tardoantico e alto Medioevo: le merci, i contesti", *Roma nell'Alto Medioevo*, XLVIII Settimane di Studi del Centro italiano di Studi sull'alto Medioevo, (Spoleto, 2000), Spoleto, pp. 757-820.

PANELLA, C., SAGUÌ, L., CASALINI, M. y COLETTI, F. (2010): "Contesti tardoantichi di Roma: una rilettura alla luce di nuovi dati", en S. MENCHELLI, S. SANTORO, M. PASQUINUCCI y G. GUIDUCCI (Eds.), *LRCW 3. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry. Comparisson between western and Eastern Mediterranean*, Vol. I, BAR International Series, 2185, Oxford, pp. 57-78.

PAPAIOANNOU, T. (2011): "A reconstruction of the maritime trade patterns originating from western Asia Minor during Late Antiquity, on the basis of ceramic evidence", en D. ROBINSON y A. WILSON (Ed.): *Maritime Archaeology and Ancient Trade in the Mediterranean*, Oxford Centre for Maritime Archaeology, Monograph, 6, Oxford, pp. 197-222.

PAQUALINI, M., (1996): "Vaisselle commune de table et de cuisine en base Provence au II^{e} siècle de notre ère", en M. BATS (Dir.): *Les céramiques communes de Campanie et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C. – IIe s. ap. J.-C.). La vaisselle de cuisine et de table,* (Naples, 27-28 mai 1994), Coll. CJB, 14, Naples, pp. 289-297.

PARKER, A. J. (1992): *Ancient shipwrecks of the Mediterranenan and the Roman provinces*, BAR, International Series, 580, Oxford.

PÁRRAGA JIMÉNEZ, M. D., GONZÁLEZ BALLESTEROS, J. A. y OTEO CORTÁZAR, M. (2008): "Hallazgo de un castellum aquae romano altoimperial en la excavación de Callejón de los Frailes, Lorca", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 287-289.

PASCUAL, J., RIBERA, A., ROSSELLÓ, M. y MAROT, T. (1997): "València i el seu territorio: contexts ceràmics de la fi de la romanitat a la fi del califat (270-1031)", en COMAS, M., GURT, J. M., LÓPEZ, A., PADRÓS, P. y ROCA, M. (Eds.): *Contextos ceràmics d'època romana tardana i de la Alta Edat Mitjana (segles IV-X)*, Arqueo Mediterrània, 2, Treballs de l'Àrea d'Arqueologia de la

Universitat de Barcelona, Actes de la taula rodona, (Badalona 6-8 novembre, 1996), pp. 179-202.

PASQUALINI, M. (2002): "Le pot de chambre, une forme particulière du vaisselier céramique dans la maison romaine entre les Ier et IIIe siècles de notre ère", en L. RIVET y M. SCIALLANO (Eds.): *Vivre, produire et échanger: réflets méditerranéens, Mélanges offerts à Bernard Liou*, Montagnac, pp. 267-274.

PASQUALINI, M., PASQUALINI, A. y PASQUALINI, C., (2009): "Céramiques communes importées d'Italie en Provence II^{e} siècle avant notre ère / III^{e} siècle de notre ère", en M. PASQUALINI (Dir.): *Les céramiques comunes d'Italie et de Narbonnaise. Structures de production, typologies et contextes inédits. IIe s. av. J.-C. – IIIe s. apr. J.-C.,* (Naples, 2-3 novembre 2006), Coll. CJB, 30, Naples, pp. 283-300.

PASSELAC, M. (1993): "Céramique à vernis rouge pompéien", en M. PY (Dir.): *LATTARA*, 6, *DICOCER*, *Dictionnaire des Céramiques Antiques (VIIème s. av. n. è. – VIIème s. de n. è.) en Méditerrannée nord-occidentale (Provence, Languedoc, Ampurdan)*, Lattes, pp. 545-547).

PASSELAC, M. y VERNHET, A. (1993): "Céramique sigillée sud-gauloise", en M. PY (Dir.): *LATTARA*, 6, *DICOCER*, *Dictionnaire des Céramiques Antiques (VIIème s. av. n. è. – VIIème s. de n. è.) en Méditerrannée nord-occidentale (Provence, Languedoc, Ampurdan)*, Lattes, pp. 569-580.

PASTOR MORENO, A. (1992): "La cocción de los materiales cerámicos", Tecnología *Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días*, Ponencias del Seminario celebrado en el Museo de la Alfarería en Agost (Alicante) del 4 al 6 de octubre de 1990, pp. 19-38.

PAVOLINI, C. (1980): "*Una produzione italica di lucerne: le Vogelkopflampen ad ansa transversale"*, *BCAR*, 85, (1976-1977), pp. 139-184.

PAVOLINI, C. (2000): *Scavi di Ostia, XIII. La ceramica comune. Le forme in argilla dell'Antiquarium*, Istituto Poligrafico e zecca dello Stato, Roma.

PAVOLINI, C. (2001): "Arqueología de la iluminación", en R. FRANCOVICH y D. MANACORDA (Ed.): *Diccionario de Arqueología*, Barcelona, pp. 216-220.

PAVOLINI, C., 1981: "Le lucerne nell'Italia romana", en A. GIARDINA y A. SCHIAVONE (Ed.): *Merci, mercati e scambi nel Mediterraneo*, Società romana e produzione schiavistica, Vol. 2, Bari, pp. 139-184.

PAZ PERALTA, J. A. (2008a): "La producción de cerámica vidriada", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 489-494.

PAZ PERALTA, J. A. (2008b): "Las producciones de *terra sigillata* hispánica intermedia y tardía", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp.p. 497-539.

PEACOCK, D. P. S. (1982): *Pottery in the Roman World. An ethnoarchaeological approach*, Londres-Nueva York.

PEDREGOSA MEJÍAS, R. J. (2009): "Extracción musivaria de *opus signinum* y *opus tesellatum* en Calle Palas nº 5-7 de Cartagena", *Mastia*, 8, pp. 115-129.

PEDRONI, L., PÉREZ BALLESTER, J. y NICOSIA, A. (2005): "*Aquinum*, *Rullius* y *Caesius*. A propósito de algunas estampillas sobre vasos tardorrepublicanos", *Mastia*, 4, pp. 11-27.

PEINADO ESPINOSA, M. V. (2010): *Cerámicas comunes romanas en el Alto Guadalquivir: El alfar de Los Villares de Andújar*, Universidad de Granada, Tesis doctoral, Inédita.

PELLEGRINO, E. (2009): "Les céramiques comunes d'origine orientales dans le Sud de la Gaule au Haut-Empire: le gobelet Marabini LXVIII", en M. PASQUALINI (Dir.): *Les céramiques comunes d'Italie et de Narbonnaise. Structures de production, typologies et contextes inédits. IIe s. av. J.-C. – IIIe s. apr. J.-C.,* (Naples, 2-3 novembre 2006), Coll. CJB, 30, Naples, pp. 251-281.

PENA, M. J. (2008): "Consideraciones sobre epigrafía republicana de la *Citerior*: el caso de *Carthago Noua*", en J. UROZ, J. M. NOGUERA y F. COARELLI (Eds.): *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*, IV Congreso histórico-arqueológico hispano-italiano, (Murcia, 2006), pp. 687-710.

PENSABENE, P. (1998): "Il fenomeno del marmo nella Roma tardo-republicana e imperiale", en P. Pensabene (Ed.): *Marmi Antichi II, Cave e tecnica di lavorazione, provenienze e distribuzione, StudMis*, 31, pp. 333-391.

PEÑA, J. Th. (1999): *The urban economy during the early dominate. Pottery evidence from the Palatine Hill*, BAR, Int. Series, 784, Oxford.

PEÑA, J. Th. (2007a): "The quantitative analysis of Roman pottery: general problems, the methods employed at the Palatine East, and the supply of African Sigillata to Rome", en E. PAPI (Ed.): *Supplying Rome and the Empire,* Proceedings the International seminar "Rome, provinces, production and distribution" held at Siena-Certosa di Pontignano (May 2-4, 2004), *JRA*, suppl. 69, Portsmouth, Rhode Island, pp. 153-172.

PEÑA, J. Th. (2007b): *Roman Pottery in the Archaeological Record*, Cambridge University Press, Cambridge.

PEÑA, J. Th. (2009): "The forming and slipping of African Sigillata: evidence from the Palatine East assemblage", en J. HUMPHREY (Ed.): *Studies on Roman Pottery of the provinces of Africa Proconsularis and Byzacena (Tunisia). Hommage à Michel Bonifay*, *JRA*, Supplementary Series, 76, Portsmouth, pp. 45-63.

PEÑA-POZA, J., GARCÍA-HERAS, M. y VILLEGAS, M. A. (2011): "The archaeometric study of ceramic materials in JCR journals and conference proceedings during the last decade (2000-2010)", *BSECV*, 50, 4, pp. 185-192.

PEREA YÉBENES, S. (2003): *Hispania romana y el norte de África: ejército, sociedad, economía*, Alfar, Sevilla.

PEREA YÉBENES, S. (2006): "Una lectura alternativa del nuevo epígrafe de Carthago Nova (y un epitafio monumental, quizá de Roma, inédito)", *Mastia*, 5, pp. 133-140.

PÉREZ ASENSIO, M. (2007): "Un edificio romano de tabernas en Lorca (s. I-V d.C.)", *Alberca*, 5, pp. 67-79.

PÉREZ ASENSIO, M. (2010): "Las monedas romanas en la excavación de la Plaza de la Iglesia de Monteagudo (Murcia)", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 15, (2002-2003), pp. 217-225.

PÉREZ BALLESTER, J. (1991): "Informe de las excavaciones en el Anfiteatro de Cartagena. Campaña de noviembre de 1985", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 5, (1985-1986), pp. 203-210.

PÉREZ BALLESTER, J. (1998): "El *portus* de *Carthago Nova*. Sociedad y comercio tardo-helenísticos", en J. PÉREZ BALLESTER, J. y G. PASCUAL (Eds.): *Puertos Antiguos y Comercio Marítimo,* Actas III Jornadas de Arqueología Subacuática, (1997), Valencia, pp. 249-261.

PÉREZ BALLESTER, J. (2008): "Vajilla, gusto y consumo en la *Carthago Noua* republicana", en J. UROZ, J. M. NOGUERA y F. COARELLI (Eds.): *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*, IV Congreso histórico-arqueológico hispano-italiano, (Murcia, 2006), pp. 633-658.

PÉREZ BALLESTER, J. y BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (1999): "Sobre el origen del anfiteatro romano de Carthago-Nova", *XXIV CNA,* (Cartagena, 1997)*,* Vol. 4, *Romanización y desarrollo urbano en la Hispania republicana*, Murcia, pp. 195-201.

PÉREZ BALLESTER, J. y BERROCAL CAPARRÓS, Mª. C. (1996): "Prospecciones geofísicas en el anfiteatro de Cartagena y en la Plaza del Hospital y campa de excavaciones de 1990", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 5, (1990), pp. 187-202.

PéREZ BALLESTER, J. y PASCUAL BERLANGA, G. (2004): "The Adriatic Amphora Type 1.2 Recovered from the Environment of Cartagena (Murcia, Spain)", en M. PASQUINUCCI y T. WESKI (Eds.): *Close Encounters: Sea- and Riverborne Trade, Ports and Hinterlands, Ship Construction and Navigation in Antiquity, the Middle Ages and in Modern Time*", BAR International Series, 1283, pp. 27-37.

PÉREZ BALLESTER, J. y RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ-TREJO, A. (1999): "Siderurgia republicana en *Carthago Nova*. Primeras evidencias", *Pallas,* 50, pp. 195-210.

PÉREZ BALLESTER, J., (2000): "Cerámicas de barniz negro de los niveles republicanos del Anfiteatro (Cartagena)", en X. AQUILUÉ, J. GARCÍA, J. y J.

GUITART (Coords.): *La Ceràmica de Vernís Negre dels segles II i I a.C.,* Actes Taula Rodona, Museu de Mataró (Empúries, 1998), Mataró, pp. 129-142.

PÉREZ BALLESTER, J., BERROCAL CAPARRÓS, M. C. y FERNÁNDEZ MATALLANA, F. (2011): "El anfiteatro romano de Cartagena. Excavaciones 2010-2011", *Verdolay*, 13, pp. 83-111.

PÉREZ BALLESTER, J., BORREDÁ MEJÍAS, R. y CEBRIÁN FERNÁNDEZ, R. (1995): "La cerámica de cocina del siglo I d.C. en *Carthago Nova* y sus precedentes republicanos", *Cerámica comuna romana d'època Alto-Imperial à la Península Ibérica. Estat de la qüestió*, Monografies Emporitanes, 8, pp. 187-199.

PÉREZ BALLESTER, P., SAN MARTÍN MORO, P. A. y BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (1995): "El anfiteatro romano de Cartagena (1967-1992)", *Bimilenario del Anfiteatro romano de Mérida, Coloquio Internacional El Anfiteatro en la Hispania Romana, Mérida 26-28 de Noviembre de 1992*, pp. 91-117.

PÉREZ BONET, M. A. (1988): "La economía tardorromana del Sureste peninsular: el ejemplo del Puerto de Mazarrón (Murcia)", *A&Cr*, 5, pp. 471-501.

PÉREZ BONET, M. A. (1993): "El tráfico marítimo en el puerto de Carthago Nova: las ánforas romanas", Tesis de licenciatura, Universidad de Murcia, Inédita.

PÉREZ BONET, M. A. (1996): "El tráfico marítimo en el puerto de Carthago-Nova: las ánforas romanas", *CAM*, 4, pp. 39-55.

PÉREZ BONET, M. A. (2008): "Ánfora romana tardía" [Ficha de catálogo, nº 74], *Catálogo ARQVA. Museo Nacional de Arqueología Subacuática*, Ministerio de Cultura, pp. 260-261.

PÉREZ CENTENO, M. R. (1998-1999): "Las ciudades costeras del conventus Carthaginensis durante el siglo III d.C.. Saetabis, Dianium, Ilici y Lucentum", *Lucentum*, 17-18, pp. 211-217.

PÉREZ OLMEDO, E. (1999): "Pavimentos de *opus sectile* de la Península Ibérica", en M. ENNAÏFER y A. REBOURG (Eds.): *La Mosaïque gréco-romaine, VII*, vol. 2, VIIème Colloque International pour l'Étude de la Mosaïque Antique, (Tunis 3-7 octobre, 1994), Institut National du Patrimoine, Tunis, pp. 651-659.

PÉREZ REBOLLO, F. A. (1988): *Trabajos arqueológicos submarinos en las costas de la Región de Murcia*, Museo Nacional de Arqueología Subacuática - ARQVA, Inédito.

PÉREZ REBOLLO, F. A. (1993): "Carta arqueológica submarina de las costas de la Región de Murcia. Prospección durante la campaña 1989", *Memorias de Arqueología*, 4, (1989), Primeras Jornadas de Arqueología Regional (21-24 marzo 1990), Murcia, pp. 641-654.

PÉREZ ROJAS, F. J. (1986): *Cartagena 1874-1936. Transformación urbana y arquitectura*, Colección Arte, 5, Ed. Regional de Murcia, Murcia.

PÉREZ-CRESPO MUÑOZ, M. T. (1992): *El Arsenal de Cartagena en el siglo XVIII*, Ed. Naval, Madrid.

PÉREZ-SALA RODÉS, M. (2001): "El estudio del reciclaje del vidrio en el mundo romano: el caso de Guildhal Yard, Londres", en I. DOMENECH y CARRERAS I ROSSEL, T. (Dir.): *I Jornades Hispàniques d'Història del Vidre*, Actes, Barcelona-Sitges 2000, Monografies MAC, 1, pp. 65-72.

PERNON, J. y PERNON, C. (1990): *Les potiers de Portout. Productions, activites et cadre de vie d'un atelier au Ve siecle ap. J.-C. en Savoie*, RAN, Supplément, 20.

PICOD, C. (2004): "Tournage expérimental à l'archet de pièces circulaires en os et bois de cerf", en M. FEUGÈRE y J.-C. GÉROLD (Dir.): *Le tournage, des origines à l'an Mil*, Actes du colloque de Niederbronn, octobre 2003, Monographies *instrumentum*, 27, pp. 71-78.

PICON, M. (2001): "L'apport du laboratoire dans les identifications des céramiques", en P. LÉVÊQUE y J.-P. MOREL (Dir.): *Céramiques hellénistiques et romaines III*, Presses Universitaires Franc-Comtoises, pp. 9-30.

PICON, M. y DESBAT, A. (1986): "Note sur l'origine des céramiques à glaçure plombifère, généralement bicolore, des IIème et IIIème siècles, de Vienne et Saint-Romain-en-Gal", *Figlina*, 7, pp. 125-127.

PICON, M. y OLCESE, G. (1995): "Per una classificazione in laboratorio delle ceramiche comuni", en G. OLCESE (Ed.): *Ceramica romana e archeometria: lo stato degli studi*, Atti delle Giornate Internazionali di Studio, Castello di Montegnfoni (Firenze), 26-27 aprile 1993, Firenze, pp. 105-114.

PINEDO REYES, J. (1996): "Inventario de yacimientos arqueológicos subacuáticos del litoral murciano", *CAM*, 4, pp. 57-90.

PINEDO REYES, J. (2005): "Calle Valle de Hucal – Rambla de La Azohía (La Azohía, Cartagena). Mayo-Julio 2004", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 289-290.

PINEDO REYES, J. (2012): "Actuaciones arqueológicas submarinas en nueva dársena deportiva «Marina de Curra», Cartagena", *Actas de las Jornadas de ARQUA*, (Cartagena 3-4 diciembre 2011), Ed. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, pp. 47-51.

PINEDO REYES, J. y ALONSO CAMPOY, D. (2004): "El yacimiento submarino de la Isla de Escombreras", en *Scombraria. La historia oculta bajo el mar*, Catálogo de la exposición, 17 marzo – 4 junio de 2004, MAM, Murcia, pp. 128-151.

PINEDO REYES, J. y MIÑANO DOMÍNGUEZ, A. I. (2012): Informe sobre las inmersiones realizadas en Isla Grosa y Trincabotijas (Murcia), Museo Nacional de Arqueología Subacuática - ARQVA, Inédito.

PINEDO REYES, J. y PÉREZ BONET, M. A. (1991): "El yacimiento subacuático tardorromano de Cala Reona. Estudio preliminar", *A&Cr*, 8, pp. 391-407.

PINEDO REYES, J. y POLZER, M. (2012): "El yacimiento subacuático del Bajo de la Campana", *Actas de las Jornadas de ARQUA*, (Cartagena 3-4 diciembre 2011), Ed. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, pp. 90-95.

PINNA, M. (1986): "La ceramica a pareti sottili del Museo di Cagliari", *SS*, 26, pp. 239-302.

PIÑEL SÁNCHEZ, C. (2006): "Alfares zamoranos", en J. L. HERNANDO (Coord.): *Las alfarerías femeninas*, Catálogo de la Exposición, Museo Etnográfico de Castilla y León, Zamora abril-agosto 2006, pp. 20-29.

PLÁCIDO SUÁREZ, D. (2004): "Un siglo de cambios", en J. M. CORTÉS y E. MUÑIZ (Eds.): *Adriano Avgvsto*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, pp. 19-33.

POBLOME, J. (2004): "Comparing ordinary craft production: textile and pottery production in Roman Asia Minor", *JESHO,* 47, pp. 491-506.

POMIAN, K. (1992): *L'ordine del tempo*, Einaudi, Torino.

PONS PUJOL, LL. (2009): *La economía de la Mauretania Tingitana (s. I-III d.C.). Aceite, vino y salazones,* Instrumenta, 34.

PONSICH, M. (1983): "Le facteur géographique dans les moyens de transport de l'huile de Bétique", en J. M. BLÁZQUEZ y J. REMESAL (Eds.): *Producción y comercio del aceite en la Antigüedad. Segundo Congreso Internacional*, (Sevilla, 1982), Madrid, pp. 101-103.

PORRÚA MARTÍNEZ, A. (2005): "Villa romana de La Raya (San Pedro del Pinatar). Campañas de excavaciones de 2003-2004", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVI, pp. 303-304.

PORRÚA MARTÍNEZ, A. (2007): "Villa romana de La Raya (San Pedro del Pinatar). Campaña de excavaciones de 2006", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 173-174.

PORRÚA MARTÍNEZ, A. (2008): "Excavación arqueológica del área de suelo UNP-6 R (El Salero, San Pedro del Pinatar). Mayo-septiembre 2007, *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia, Vol. I, Paleontología, Arqueología, Etnografía*, pp. 131-138.

PORRÚA MARTÍNEZ, A. (2008): "Los hornos de cal de la villa romana de El Salero (San Pedro del Pinatar). Un ejemplo de la interacción entre instalaciones industriales rurales y la reutilización de materiales constructivos", *AnMu*, 22, 2006 [Ed. 2008], pp. 117-147.

PORTÍ DURÁN, M. A. (2009): "Análisis de la fauna recuperada en el sacellum de Iuppiter Sator (Cartagena)", *Mastia*, 8, pp. 79-88.

POULSEN, V. (1974): *Les portraits romains II. De Vespasien à la Basse-Antiquités*, 2 vol., Copenhague.

POVEDA NAVARRO, A. M. (2012): "La producción de lucernas en el Sureste peninsular: primeros datos", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*, *mHA*, Cádiz, pp. 353-367.

POVEDA NAVARRO, ANTONIO M. (1999): "Las producciones de terra **sigillata hispánica** y su comercialización en el Sureste de Hispania", en M. ROCA y M. I. FERNÁNDEZ GARCÍA (Coord.): *Terra sigillata hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales, Homenaje a Mª. Angeles Mezquíriz*, Universidad de Jaén – Universidad de Málaga, pp. 209-230.

PRÉVOT, Ph. (2008): "État des connaisances sur la production de l'os à Orange (Vaucluse, F). Étude et comparaison des ateliers du travail de l'os", en I. BERTRAND (Dir.): *Le travail de l'os, du bois de cerf et de la corne à l'époque romaine: un artisanat en marge?*, Actes de la table ronde *instrumentum*, Chauvigny (Vienne, F), 8-9 décembre 2005, Monographies *instrumentum*, 34, Montagnac, pp. 195-229.

PUIG, A. M. (1989): "El jaciment arqueològic Culip IV. Parets fines", *Excavacions arqueològiques subacquàtiques a Cala Culip I*, Girona, pp. 83-112.

QUARESMA, J. (2008): "Le type Hayes 91A et B: problématique de sa production au sein de la sigillée africaine D", *SFÉCAG, Actes du Congrès de L'Escala-Empúries*, 1er-4 mai 2008, Marseille, pp. 495-502.

QUARESMA, J. C. (2011): "Chronologie finale de la sigillée africaine A à partir des contextes de Chãos Salgados (Miróbriga?): différences de facies entre Orient et Occident", en M. A. CAU, P. REYNOLDS y M. BONIFAY (Eds.): *LRFW 1. Late Roman Fine Wares. Solving problems of typology and chronology. A review of the evidence, debate and new contexts,* Roman and Late Antique Mediterranean Pottery, 1, Oxford, pp. 67-85.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (2009a): "Los contextos cerámicos de *Carthago Noua* entre los siglos II y III", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 216-220.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (2009b): *Los niveles de abandono del s. II d.C. en Carthago Noua: la domus de la Fortuna (C/ Duque nos 25-29)*, Tesis de Licenciatura, Universidad de Murcia, Inédita.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (2010a): "Hayes 121 e 123. Due forme poco frequenti di TSA A documentate a *Carthago Nova*", en M. Milanese, P. Ruggeri y C. Vismara (Dir.): *AfrRom*, 18, ***I luoghi e le forme dei mestieri e della produzione nelle province africane*****,** Atti del XVIII Convegno di studio (Olbia, **11-14 diciembre 2008), vol. 3, Roma,** pp. 2071-2082.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (2010b): "La "vieja borracha": una nueva pieza minorasiática de época medioimperial en Cartagena", *BexOH*, 2, SECAH, pp. 45-50.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (2011a): "*Tegulae* con marca de *L. Herenni Optati* en la *uilla* romana de Portmán (Cartagena)", *BexOH*, 3, SECAH, pp. 5-6.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (2011b): "Un rallador de cerámica: reflexiones en torno a una pieza romana de cocina de *Carthago Noua* (Cartagena)", *Saguntum*, 43, pp. 155-166.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (2012a): "La ciudad de *Carthago Noua* (Cartagena, España): paradigma de cambio y transformación urbana en la *Hispania* Medioimperial. Ensayo para una síntesis", *Antesteria*, 1, pp. 63-77.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (2012b): "Lucernas a torno de época imperial: una producción singular de *Carthago Noua* (Cartagena)", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*, *mHA*, Cádiz, pp. 325-352.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (e. p.): "La cerámica reductora de cocina de *Carthago Noua* (Cartagena, España), s. II-III d.C.", en L. GIRÓN (Ed.): *I Congreso Internacional de Estudios Cerámicos, Homenaje a Mercedes Vegas* (30 Octubre-5 Noviembre 2010, Cádiz), Universidad de Cádiz.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. y BERMEJO TIRADO, J. (2012): "Reinterpretación de un contexto material del siglo III d.C.: la intervención arqueológica de la C/ Cuatro Santos 40 (Cartagena)", *Pyrenae*, 43, nº 1, pp. 107-133.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. y GARCÍA-ABOAL, Mª.V. (2008): "Los niveles de abandono de la curia de *Carthago Nova* (s. II d.C.)", *SFÉCAG, Actes du congrès de L'Escala-Empúries,* 1er-4 mai 2008, Marseille, pp. 627-632.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. y GARCÍA-ABOAL, Mª.V. (e. p. a): "El puerto de *Carthago Noua* y su contexto productivo. Reflexiones en torno al problema de los envases anfóricos (s. II a.C. – III d.C.)", en M. PAQUINUCCI y S. MENCHELLI (Ed.): *Porti antichi e retroterra produttiv*i, BiAMA, (Actas del congreso celebrado en Livorno, 26-28 marzo 2009).

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. y GARCÍA-ABOAL, Mª.V. (e. p. b): "Un ensemble de lampes romaines du IIe s. ap. J.-C. trouvées à Carthago Noua (Carthagène, Espagne)", EX ORIENTE LUX IV International Congress of ILA, (Ptuj, Slovenia, 15-19 May 2012).

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. y RAMALLO ASENSIO, S. F. (2012): "Las *cupae* del Sureste peninsular: *Carthago Noua* y su territorio", en J. ANDREU (Ed.): Las *cvpae* hispanas. Origen, difusión, uso, tipología, Monografías "Los Bañales", 1, UNED, Tudela, pp. 111-136.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A. y SEVASTIDES, M. (2009): "Análisis de un objeto de hueso de la *domus* de la Fortuna de *Carthago Nova*", *Mastia*, 8, pp. 89-102.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A., (2008): "*IVNI ALEXI* y *M NOV IVST*: dos lucernas con firma halladas en *Carthago Nova*", *AnMu*, 22, 2006 [Ed. 2008], pp. 63-72.

QUEVEDO SÁNCHEZ, A., PEINADO ESPINOSA, M. V. y RUIZ MONTES, P. (2008): "La *terra sigillata* hispánica en la curia de *Carthago Nova*: sobre una presencia escasa", *Cudas*, 7-8, (2006-2007), pp. 107-116.

RAHMOUNE, E-H. (2001): "Le passage des Maures en Bétique au IIe siècle ap. J.C.", *AntAfr*, 37, pp. 105-118.

RAHTJE, W. L. y MURPHY, C. (1992): *Rubbish! The Archaeology of Garbage*, Harper Collins, New York.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (1983-1984): "Algunas consideraciones sobre el Bajo Imperio en el litoral murciano: los hallazgos romanos de Águilas", *AUM*, Letras, 62, 3-4, pp. 97-124.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (1985): *Mosaicos romanos de Carthago Nova (Hispania Citerior)*, Murcia.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (1989): *La ciudad romana de Carthago Nova: La documentación arqueológica*, La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, 2, Murcia.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (1989-1990): "Termas romanas de Carthago Nova y alrededores", *AnMu*, 5-6, pp. 161-177.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (1992): "Inscripciones honoríficas del teatro romano de Carthago Nova", *AEspA*, 65, 165-166, pp. 49-73.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (1996a): "Capiteles corintios de Cartagena", en P. LEÓN (Ed.): *Colonia Patricia Corduba. Una reflexión arqueológica*, Córdoba, pp. 221-234.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (1996b): "Inscripciones honoríficas del teatro romano de Carthago Nova: *Addendum* a *AEspA* 1992", *AEspA*, 69, 173-174, pp. 307-310.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (1999a): "Cartagena en la Antigüedad: Estado de la cuestión. Una revisión quince años después", XXIV *CNA*, (Cartagena, 1997), Murcia, pp. 11-21.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (1999b): "Drei neuattische Rundaltäre aus dem Theater von Carthago Nova (Cartagena, Spanien)", *AA*, 4, pp. 523-542.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (1999c): "El programa epigráfico y arquitectónico del teatro romano de Cartagena. Un ejemplo de monumentalización precoz en *Hispania*", en J. GONZÁLEZ (Ed.): *Ciudades privilegiadas en el Occidente romano,* Sevilla, pp. 397-410**.**

RAMALLO ASENSIO, S. F. (1999d): "Elementos de decoración arquitectónica hallados en Cartagena", *Pallas*, 50, pp. 211-231.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2000): "La *porticus post scaenam* en la arquitectura teatral romana. Introducción al tema", *AnMu*, 16, pp. 87-120.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2001a): "Sistemas, diseños y motivos en los mosaicos romanos de *Carthago Noua*: a propósito de los pavimentos de la calle del Duque", en E. RUIZ VALDERAS (Coord.): *La casa romana en Carthago Nova. Arquitectura privada y programas decorativos*, Ed. Tabularium, Murcia, pp. 167-204.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2001b): *El programa ornamental del Teatro Romano de Cartagena, Cajamurcia*, Obra social y cultural, D. L. Murcia.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2003): "*Carthago Nova*. Arqueología y epigrafía de la muralla urbana", en A. MORILLO (Ed.): *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Espacios urbanos y rurales, municipales y provinciales, León, Ed. Casa de Velázquez, 325-362.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2003c): "Las ciudades de Hispania en época republicana: una aproximación a su proceso de monumentalización", en L. ABAD (Ed.): *De Iberia in Hispaniam. La adaptación de las sociedades ibéricas a los modelos romanos*, Alicante, pp. 101-150.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2003d): "Los príncipes de la familia Julio-Claudia y los inicios del culto imperial en Carthago Nova", *Mastia*, 2, pp. 189-212.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2004a): "Decoración arquitectónica, edilicia y desarrollo monumental en Cartago Nova", en S. F. RAMALLO (Ed.): *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de occidente,* Actas del Congreso Internacional celebrado en Cartagena entre los días 8 y 10 de octubre de 2003, Murcia, pp. 155-218.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2004b): "Pròleg", en X. CELA y V. REVILLA: *La transició del municipium d'Iluro a Alarona (Mataró). Cultura material i transformacions d'un espai urbà entre els segles V i VII d.C*., *Laietania*, 15, pp. 5-10.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2006a): "Carthago de Hispania, puerto privilegiado de la costa mediterránea", en L. SÁNCHEZ MONTES y S. RASCÓN (Eds.): *Civilización. Un viaje a las ciudades de la España antigua. Catalogo de la exposición (Alcalá de Henares, Antiguo Hospital de Santa María la Rica, de 3 de Octubre de 2006 a 7 de Enero de 2007*, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Madrid, pp. 97-121.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2006b): "*Signaculum* de bronce hallado en las excavaciones del Teatro Romano de Cartagena", en M. VALVERDE, E. A. CALDERÓN y A. MORALES (Coord.): *Koinós lógos. Homenaje al profesor José García López*, vol. 2, Universidad de Murcia, pp. 855-866.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2007): "Culto imperial y arquitectura en la Tarraconense meridional: Carthago Nova y sus alrededores", en T. NOGALES y J. GONZÁLEZ (Eds.): *Culto Imperial: política y poder,* Actas del Congreso Internacional celebrado en Mérida del 18 al 20 de mayo de 2006, Mérida, pp. 642-684.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2008): "Novedades y precisiones sobre la decoración escultórica del teatro romano de Carthago Nova", *BCAR*, Supp. 18, Roma, pp. 367-378.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2009a): "Cabeza masculina barbada", [Ficha de Catálogo], *Museo del Teatro Romano de Cartagena*, Catálogo, pp. 258-259.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2009b): "Fragmentos para una historia en construcción: la decoración arquitectónica", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 144-152.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2010): "Carthago Spartaria", en MORÍN DE PABLOS, J., LÓPEZ QUIROGA, J. y MARTÍNEZ TEJERA, A. (Eds.): *El tiempo de los "Bárbaros". Pervivencia y transformación en Galia e Hispania (ss. V-VI d.C.)*, *ZonA*, 11, pp. 529-532.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (2011): *Carthago Nova. Puerto mediterráneo de Hispania*, Murcia.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (e. p.): "Un taller de capiteles jónicos de aire orientalizante en Cartagena", *CuPAUAM*, 37.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y ARANA CASTILLO, R. (1993): "Terracotas arquitectónicas del Santuario de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)**",** *AEspA*, 66, 167-168, pp. 71-98.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y BERROCAL CAPARRÓS, M. C. (1994): "Minería púnica y romana en el sureste peninsular: el foco de Carthago Nova", en D. VAQUERIZO (Coord.): *Minería y metalurgia en la España prerromana y romana*, Actas de los seminarios de verano "Fons Mellaria 1992" (Fuenteovejuna, Córdoba), Córdoba, pp. 79-146.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y MARTÍNEZ ANDREU, M. (2010): "El puerto de *Carthago Nova*: eje de vertebración de la actividad comercial en el sureste de la Península Ibérica", *Bolletino di Archeologia on line*, Volume speciale, XVII International Congress of Classical Archaeology, Roma (2008), pp. 141-159.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y MONEO VALLÉS, J. R. (2009): *Teatro romano de Cartagena*, Fundación Cajamurcia, Madrid.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y MURCIA MUÑOZ, A. J., (2010): "*Aqua et lacus* en Carthago Nova: aportaciones al estudio del aprovisionamiento hídrico en época romana", *ZPE*, 172, pp. 249-258.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y ROS SALA, M. (1988): "Villa romana en Balsapintada (Valladolises, Murcia)", *AnMu*, 4, pp. 155-168.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y RUIZ VALDERAS, E. (1994b): "Un edículo republicano dedicado a Atargatis en Carthago Nova", *AEspA*, 67, pp. 79-102.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y RUIZ VALDERAS, E. (1998): *El Teatro Romano de Cartagena*, Ed. KR, Murcia.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y RUIZ VALDERAS, E. (2002): "Carthago Nova: Capital de Hispania Citerior", en J. L. JIMÉNEZ SALVADOR y A. RIBERA (Coord.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, pp. 113-122.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y RUIZ VALDERAS, E. (2006): "La articulación de los espacios externos en el teatro romano de Cartagena", en C. MÁRQUEZ y A. VENTURA (Coord.): *Jornadas sobre teatros romanos en Hispania*, Córdoba, pp. 267-290.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y RUIZ VALDERAS, E. (2010a): "Carthago de Hispania, emporio comercial del Mediterráneo occidental", en: R. GONZÁLEZ VILLAESCUSA y J. RUIZ DE ARBULO (Eds.): *Simulacra Romae II. Rome, les capitales de province (capita prouinciarum) et la création d'un espace commun européen, Une aproche archéologique*, Société Archéologique Champenoise, Mémoire 19, Reims, pp. 95-110.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y RUIZ VALDERAS, E. (2010b): "Memoria-resumen de las excavaciones realizadas en el teatro romano de Cartagena, Campaña de 1999-2000", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 15, (2002-2003), pp. 375-391.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y RUIZ VALDERAS, E., (1994a): "Transformaciones urbanísticas en la ciudad de Carthago Nova", en X. DUPRÉ (Coord.): *La ciutat en el món romà / La ciudad en el mundo romano*, Actas del XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica, Vol, 2, (Tarragona, 1993), pp. 342-343.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y RUIZ VALDERAS, E., (2009): "El diseño de una gran ciudad del sureste de Iberia. Qart Hadast", en S. HELAS y D. MARZOLI (Eds.): *Phönizisches und punisches Städtewesen, IbArch,* 13, Akten der internationalen Tagung in Rom vom 21. bis 23. Februar 2007, pp. 529-544.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. (2007): "Evolución del sistema defensivo de Cartagena durante la Antigüedad", en A. RODRÍGUEZ COLMENERO E I. RODÁ (Eds.): *Murallas de ciudades romanas en el Occidente del Imperio. Lvcvs Avgvsti como paradigma*, Actas del Congreso Internacional celebrado en Lugo (26-29. XI. 2005), Ed. Diputación Provincial de Lugo, pp. 485-522.

RAMALLO ASENSIO, S. F. y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. (2011): "Estructuras de almacenamiento en *Carthago Nova* y su *territorium* (s. III a.C. – VII d.C.)", en J. ARCE y B. GOFFAUX (Eds.): *Horrea d'Hispanie et de la Méditerranée romaine*, Collection de la Casa de Velázquez, 125, Madrid, pp. 255-261.

RAMALLO ASENSIO, S. F., BERROCAL CAPARRÓS, Mª. C. y LÁIZ REVERTE, M. D. (1996): "Informe sobre las excavaciones arqueológicas realizadas en los solares del entorno de la Casa-Palacio de la Condesa Peralta (Teatro Romano de

Cartagena). Campaña de 1990", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 5, (1990), pp. 183-185.

RAMALLO ASENSIO, S. F., FERNÁNDEZ DÍAZ, A., MADRID BALANZA, M. J., y RUIZ VALDERAS, E. (2008): "*Carthago Nova* en los dos últimos siglos de la República: una aproximación desde el registro arqueológico", en J. UROZ, J. M. NOGUERA y F. COARELLI (Eds.): *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*, IV Congreso histórico-arqueológico hispano-italiano, (Murcia, 2006), pp. 573-604.

RAMALLO ASENSIO, S. F., MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., PONCE GARCÍA, J. y FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2005): "La villa romana de la Quintilla (Lorca, Murcia). Análisis de su programa decorativo y ornamental", en H. MORLIER (Ed.): *La mosaïque gréco-romaine* , IX, Vol. 1, *MÉFRA*, *CÉFR*, 352, pp. 1001-1021.

RAMALLO ASENSIO, S. F., MURCIA MUÑOZ, A. J., RUIZ VALDERAS, E. y MADRID BALANZA, M. J. (2010): "Contextos de la segunda mitad del s. I a.C. en *Carthago Nova*", en V. REVILLA y M. ROCA (Eds.): *Contextos cerámicos y cultura material de época augustea en el occidente romano*, Actas de la reunión celebrada en la Universidad de Barcelona (2007), Barcelona, pp. 294-321.

RAMALLO ASENSIO, S. F., RUIZ VALDERAS, E. y MURCIA MUÑOZ, A. J. (2010): "La *Scaenae Frons* del Teatro de *Carthago Nova*", en S. F. RAMALLO y N. RÖRING (Eds.): *La Scaenae Frons en la arquitectura tearal romana*, Actas del Symposium Internacional celebrado en Cartagena los días 12 al 14 de marzo de 2009 en el Museo del teatro Romano, Murcia, pp. 203-241.

RAMALLO ASENSIO, S. F., RUIZ VALDERAS, E., GARCÍA-GALÁN RUIZ, I. y MURCIA MUÑOZ, A. J. (2008): "Actuaciones arqueológicas realizadas en el teatro romano de Cartagena durante el año 2008", *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia, Vol. I, Paleontología, Arqueología, Etnografía*, pp. 119-120.

RAMALLO ASENSIO, S. F., RUIZ VALDERAS, E., GARCÍA-GALÁN RUIZ, I. y MURCIA MUÑOZ, A. J. (2006): "Intervenciones arqueológicas realizadas en el teatro romano de Cartagena y su entorno durante el año 2005", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVII, pp. 97-100.

RAMALLO ASENSIO, S. F., SAN MARTÍN MORO, P. RUIZ VALDERAS, E. (1993): "Teatro romano de Cartagena. Una aproximación preliminar", *CuadArqRom*, 2, pp. 51-92.

RAMALLO ASENSIO, S. F., SAN MARTÍN MORO, P. RUIZ VALDERAS, E. (2004): "Informe sucinto de los resultados obtenidos en las excavaciones arqueológicas desarrolladas en el teatro de Cartagena durante el año 1997", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*, 12, (1997), pp. 331-354.

RAMALLO ASENSIO, S. F.; MURCIA MUÑOZ, A. J. y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. (2010): "Carthago Nova y su espacio suburbano. Dinámicas de ocupación en la periferia de la urbs", en D. VAQUERIZO (Ed.): *Las áreas suburbanas en la ciudad histórica. Topografía, usos, función*, *MemArqCor*, 18, pp. 211-254.

RAMALLO ASENSIO, S.F., (2010-2011): "Nuevos testimonios sobre movilidad de población en "Carthago Nova", *AAC*, 21-22, pp. 315-330.

RAMALLO, S. F. y ARANA, R. (1987): *Canteras romanas de Carthago Nova y sus alrededores (Hispania Citerior)*, Murcia.

RAMON TORRES, J. (1991): *Las ánforas púnicas de Ibiza*, *TMAIF*, 23.

RAMON TORRES, J. (2008): "La cerámica ebusitana en la Antigüedad Tardía", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 563-583.

RAMON TORRES, J., SANMARTÍ GREGO, J., ASENSIO VILARÓ, D, y PRINCIPAL PONCE, J. (Eds.) (1998): *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C. i la primera meitat del segle II a.C.,* Arqueo Mediterrània, 4, Treballs de l'Àrea d'Arqueologia de la Universitat de Barcelona.

RAMOS FOLQUÉS, A. (1960): *Las invasiones germánicas en la provincia de Alicante (siglos III y V de J.C.)*, Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante.

RAMOS SÁINZ, M. L. (2007): "El papel de la arqueología experimental en época romana y su didáctica", en en M. L. RAMOS, J. E. GONZÁLEZ URQUIJO y J. BAENA (Eds.): *Arqueología experimental en la península Ibérica*, Santander, pp. 9-20.

RASCÓN MARQUÉS, S. y SÁNCHEZ MONTES, A. L. (2012): "Complutum: esplendor urbano en los siglos III y IV (con un apéndice sobre otras ciudades del centro de Hispania)", *¿Crisis urbana a finales del Alto Imperio? La evolución de los espacios cívicos en el Occidente romano en tiempos de cambio (s. II-IV d.C.)*, Coloquio Internacional, 22-23 marzo 2012, Museo del Teatro Romano de Cartagena, Comunicación Oral, 22 marzo 2012.

RAYNAUD, Cl. (2010): "Vaisselles communes du Ier au VIe siècle dans la región de Nîmes (Gard)", *SFÉCAG, Actes du Congrès de Chelles*, 13-16 mai 2010, Marseille, pp. 289-300.

REBUFFAT, R., DENEAUVE, J., GASSEND, J.-M. y HALLIER, G. (1966-67): "Bu Njem 1967", *LibAnt*, 3-4, pp. 49-137.

REBUFFAT, R., GASSEND, J.-M., GUÉRY, R. y HALLIER, G. (1966-67): "Bu Njem 1968", *LibAnt*, 6-7, pp. 9-106.

REECE, R. (2011): "Coins, pottery and the dating of assemblages", en M. A. CAU, P. REYNOLDS y M. BONIFAY (Eds.): *LRFW 1. Late Roman Fine Wares. Solving problems of typology and chronology. A review of the evidence, debate and new contexts,* Roman and Late Antique Mediterranean Pottery, 1, Oxford, pp. 45-47.

REGINARD H. y SÁNCHEZ M. J. (1990): "La terra sigillata decorada", en M. OLCINA, H. REGINARD y M. SÁNCHEZ (Eds.): *Tossal de Manises (Albufereta, Alicante). Fondos antiguos: lucernas y sigillatas,* Catálogo de fondos del Museo Arqueológico (III), Alicante, pp. 105-140.

REID, J. J. (1995): "Four strategies after twenty years: A return to basics", en: J. M., SKIBO, W. H. WALKER y A. NIELSEN (Eds.): *Expanding archaeology*, Univertity of Utah Press, Salt Lake City, pp. 15-21.

REINA, R. and HILL, R. M. (1978): *The traditional pottery of Guatemala*, Austin, University of Texas Press.

REMESAL RODRÍGUEZ, J. (1986): *La annona militaris y la exportación de aceite bético a Germania (con un corpus de sellos en ánforas Dressel 20 hallados en: Nimega, Colonia, Mainz, Saalburg, Zugmantel y Nida)*, Universidad Complutense, Madrid.

REMESAL RODRÍGUEZ, J. (2000): "*Oleum Baeticum*. Consideraciones y propuestas para su estudio", en *Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae, Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano*, Vol. 1, Écija, pp. 373-392.

REMESAL RODRÍGUEZ, J. (2004): "Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Córdoba: balance y perspectivas", en D. BERNAL y L. LAGÓSTENA (Eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, Actas del Congreso Internacional, (Cádiz, 12-14 de noviembre de 2003), Vol., 1, BAR International Series, 1266, Oxford, pp. 349-362.

REMOLÀ VALLVERDÚ, J. A. (2000): "Sobre la interpretación arqueológica de los vertederos", en X. DUPRÉ y J. A. REMOLÀ (Eds.): *Sordes Urbis. La eliminación de los residuos en la ciudad romana*, Bibliotheca Italica, Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 24, pp. 107-121.

REMOLÀ VALLVERDÚ, J. A. y ACERO PÉREZ, J. (2011): "Conclusiones", en J. A. REMOLÀ y J. ACERO (Eds.): *La gestión de los residuos urbanos en Hispania, Xavier Dupré Raventós (1956-2006). In Memoriam*, Anejos de *AEspA*, LX, Madrid, pp. 383-386.

REMOLÀ, J. A. (1997): "Plato en terra sigillata hispánica negra [Ficha de catálogo nº 248 bis]", en J. ARCE, S. ENSOLI y E. LA ROCCA (Dir.): *Hispania romana: desde tierra de conquista a provincia de Imperio*, Ed. Electa, Madrid, p. 425.

REVILLA CALVO, V. (1995): *Producción cerámica, viticultura y propiedad rural en Hispania Tarraconensis (siglos I a.C. – III d.C.)*, Cuadernos de Arqueología, 8, Barcelona.

REVILLA CALVO, V. (1999): "Las ánforas africanas de las campañas de 1989 y 1990", en BLÁZQUEZ, J. M. y REMESAL, J. (Eds.): *Estudios sobre el Monte Testaccio, Roma (I),* Instrumenta, 6, pp. 75-90.

REVILLA CALVO, V. (2001): "Las ánforas tunecinas y tripolitanas de los siglos II y III d.C.: tipología y circulación", en J. M. BLÁZQUEZ y J. REMESAL (Eds.): *Estudios sobre el Monte Testaccio, Roma (II),* Instrumenta, 10, pp. 367-390.

REVILLA CALVO, V. (2003): "Las ánforas africanas del s. II d.C.", en BLÁZQUEZ, J. M. y REMESAL, J. (Eds.): *Estudios sobre el Monte Testaccio, Roma (III),* Instrumenta, 14, pp. 399-411.

REVILLA CALVO, V. (2004): "Ánforas y epigrafía anfórica en Hispania Tarraconensis", en J. REMESAL (Eds.): *Epigrafía anfórica,* Instrumenta, 17, pp. 159-190.

REYNOLDS, P. (1993): *Settlement and Pottery in the Vinalopó Valley (Alicante, Spain) A.D. 400-700*, BAR International Series, 588, Oxford.

REYNOLDS, P. (1997-1998): "Pottery production and economic exchange in Second Century Berytus: some preliminary observations of ceramic trends from quantified ceramic deposits from the Aub-Leverhulme excavations in Beirut", *Berytus*, 43, pp. 35-110.

REYNOLDS, P. (2005): "Levantine amphorae from Cilicia to Gaza: a typology and analysis of regional production trends from the 1st to 7th centuries", en J. M. GURT I ESPARRAGUERA, J. BUXEDA I GARRIGÓS y M. A. CAU ONTIVEROS (Eds.): *LRCW 1. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*, BAR International Series, 1340, Oxford, pp. 563-611.

REYNOLDS, P. (2010): *Hispania and the Roman Mediterranean AD. 100-700: ceramics and trade*, London, Duckworth.

REYNOLDS, P., (2008): "Linear typologies and ceramic evolution", *FACTA*, 2, pp. 61-87.

REYNOLDS, P., BONIFAY, M. y CAU, M. A. (2011): "LRFW working Group. Key contexts for the dating of late Roman Mediterranean fine wares: a preliminary review and 'seriation'", en M. A. CAU, P. REYNOLDS y M. BONIFAY (Eds.): *LRFW 1. Late Roman Fine Wares. Solving problems of typology and chronology. A review of the evidence, debate and new contexts,* Roman and Late Antique Mediterranean Pottery, 1, Oxford, pp. 15-32.

REYNOLDS, P., YONA WAKSMAN, S., LEMAÎTRE, S., CURVERS, H., ROUMIÉ, H. y NSOULI, B, (2008-2009): "An early Imperial Roman pottery production site in Beirut (BEY 015): chemical analyses and a ceramic typology", *Berytus*, 51-52, pp. 71-115.

RIBERA I LACOMBA, A. (1988-1989): "Marcas de terra sigillata del Tossal de Manises", *Lucentum*, 7-8, pp. 171-204.

RIBERA I LACOMBA, A. (2000): "Valentia siglos IV y V: el final de una ciudad romana", en A. RIBERA (Ed.): *Los orígenes del Cristianismo en Valencia y su entorno*, Grandes Temas Arqueológicos, 2, Ajuntament de València, pp. 19-32.

RIBERA I LACOMBA, A. (2006): "Valencia romana y visigoda", en L. SÁNCHEZ MONTES y S. RASCÓN (Eds.): *Civilización. Un viaje a las ciudades de la España antigua. Catalogo de la exposición (Alcalá de Henares, Antiguo Hospital de Santa María la Rica, de 3 de Octubre de 2006 a 7 de Enero de 2007*, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Madrid, pp. 179-188.

RIBERA I LACOMBA, A. (2010a): "Los materiales de época augustea de *Valentia*: símbolo de una etapa precaria o muestra del inicio del renacer de la ciudad", en V. REVILLA y M. ROCA (Eds.): *Contextos cerámicos y cultura material de época augustea en el occidente romano*, Actas de la reunión celebrada en la Universidad de Barcelona (2007), Barcelona, pp. 262-293.

RIBERA I LACOMBRA, A. y MARÍN JORDÁ, C. (2003-2004): "Las cerámicas del nivel de destrucción de Valentia (75 a.C.) y el final de Azaila", *Kalathos*, 22-23, pp. 271-300.

RIBERA, A. (2010b): "Valencia, la reconstrucción arqueológica de la historia de una ciudad. De la fundación a Teodomiro", *Arqueología, Patrimonio y desarrollo urbano. Problemática y soluciones*, Actas del seminario de Girona (3 Julio 2009), pp. 77-102.

RIBERA, A. y CALVO, M. (1995): "La primera evidencia arqueológica de la destrucción de Valentia por Pompeyo", *JRA*, 8, pp. 19-40.

RICE, P. M. (2005): *Pottery Analysis. A Sourcebook*, [1st Edition, 1987], The University of Chicago Press, Chicago.

RICO, C. (2005): "Vingts ans de recherches sur les mines et les métallurgies romaines en péninsule Ibérique (1985-2004)", *Pallas*, 67, pp. 217-240

RICO, C. (2010): "Societés et entrepreneurs miniers italiques en Hispanie à la fin de l'époque républicaine: une comparaison entre les districts de Cathagène et de Sierra Morena", *Pallas*, 82, pp. 395-416

RICO, C. (2011): "Réflexions sur le commerce d'exportation des métaux à l'époque romaine. La logique du stockage", en J. ARCE y B. GOFFAUX (Eds.): *Horrea d'Hispanie et de la Méditerranée romaine*, Collection de la Casa de Velázquez, 125, Madrid, pp. 41-64.

RICO, C., FABRE, J.-M. y ANTOLINOS MARÍN, J. A. (2009): "Chronique d'archéologie. Recherches sur les mines et la métallurgie du plomb-argent de Carthagène à l'époque romaine", *MCV*, 39, 1, pp. 291-310.

RIERA RULLAN, M., JOFRE SERRA, C. y ORFILA PONS, M. (2005): "Els nivells d'època antiga del solar de la catedral de Menorca. Campanyes d'excavació de 1999 y 2000", en M. L. SÁNCHEZ LEÓN y M. BARCELÓ (Coord.): *L'Antiguitat clàssica i la seva pervivencia à les Illes Balears*, XIII Jornades d'Estudis Històrics locals, Palma 17-19 noviembre 2004, Palma de Mallorca, pp. 459-471.

RIGOIR, Y. y RIVET, L. (1994): *De la représentation graphique des sigillées*, SFÉCAG, Supplément, 1, Marseille.

RIHA, E. (1979): *Die Römischen Fibeln aus Augst und Kaiseraugst*, Forschungen in Augst, 3, Augst.

RILEY, J. A. (1981): "The pottery from the cistern 1977.1, 1977.2, 1977.3", en J. H. HUMPREY (Dir.): *Excavations at Carthage conducted by the University of Michigan*, IV, Ann Arbor, Kelsey Museum, pp. 86-124.

RINGELMANN MAX, M. (1908): "Essais de fonctionnement de lampes puniques", *CRAI*, 52, 7, pp. 480-487.

RIPOLL, G. (2000): "*Sedes Regiae* en la *Hispania* de la Antigüedad Tardía", en G. RIPOLL y J.M. GURT (Eds.): *Sedes regiae (ann. 400-800),* Reial Acadèmia de Bones Lletres, Series Maior, 6, Barcelona, pp. 371-401.

RIVET, L. (2004a): "Lampes à huile et céramiques à parois fines de l'atelier de potiers gallo-romain de l'agglomération portuaire de Fos-sur-Mer (Bouches-du-Rhône), *RAN*, 37, pp. 233-257.

RIVET, L. (2004b): "Un ensemble de céramiques de la fin du II^{e}/debut du III^{e} siècle à Fréjus (Var)", *SFÉCAG, Actes du congrès de Vallauris, 20-23* mai 2004, pp. 167-188.

RIVET, L. (2007a): "Entre date et datation, deux ou trois réflexions sur la chronologie des céramiques", *SFÉCAG, Actes du congrès de Langres,* 17-20 mai 2007, pp. 11-14.

RIVET, L. (2007b): "Les patères à manche tubulaire et tête animale: au sujet de deux découvertes faites à Fréjus (Var)", en F. BARATTE, M. JOLY y J.C. BÉAL (Dir.): *Autour du trésôr de Mâcon, Luxe et quotidien en Gaule Romaine* (Actes Colloque, Mâcon), pp. 171-184.

RIZZO, G. (2003): *Instrumenta Urbis I, Ceramiche fini da mensa, lucerne ed anfore a Roma nei primi due secoli dell'Impero*, *CÉFR*, 307, Rome.

ROBINSON, H. S., 1959: *Pottery of the Roman Period, Chronology*, Agora, Vol. 5, New Jersey.

ROCA ALBEROLA, S. y SANTAMARINA ALBERTOS, E. (2007): "Proceso de conservación y restauración de la mano de bronce", en M. OLCINA (Ed.): *El báculo y la espada, Sobre un fragmento de escultura monumental romana de bronce de Lucentum*, Exposición Museo Arqueológico de Alicante, Fundación MARQ, Alicante, pp. 101-113.

ROCA ROUMENS, M. (2005a): "Terra sigillata itálica", en M. ROCA e I. FERNÁNDEZ (Coord.): *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*, Monográfico *Cudas*, 1, pp. 81-113.

ROCA ROUMENS, M. (2005b): "Terra sigillata sudgálica", en M. ROCA e I. FERNÁNDEZ (Coord.): *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*, Monográfico *Cudas*, 1, pp. 115-137.

ROCA ROUMENS, M. y FERNÁNDEZ GARCÍA, M. I. (1999): "Cronología", en M. ROCA y M. I. FERNÁNDEZ GARCÍA (Coord.): *Terra sigillata hispánica. Centro de fabricación y producciones altoimperiales, Homenaje a Mª. Angeles Mezquíriz*, Universidad de Jaén – Universidad de Málaga, pp. 285-288.

ROCA ROUMENS, M., REVILLA CALVO, V. y MADRID FERNÁNDEZ, M. (Eds.) (e. p.): *Contextos cerámicos y cultura material de época altoimperial en el Occidente romano*, Barcelona, (20-21 de octubre de 2011).

RODÀ DE LLANZA, I. (1996): "La escultura romana. Modelos, materiales y técnicas", en LACARRA, M. C. (Coord.): *Difusión del Arte romano en Aragón,* Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 105-141.

RODÀ DE LLANZA, I., (2007): "Les inscripcions de la Plaça de la Vila de Madrid", *Quarhis*, 3, pp. 115-123.

RODÀ, I. (2004): "El mármol como soporte privilegiado en los programas ornamentales de época imperial", en S. F. RAMALLO (Ed.): *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de occidente,* Actas del Congreso Internacional celebrado en Cartagena entre los días 8 y 10 de octubre de 2003, Murcia, pp. 405-420.

RODRÍGUEZ DE LA TORRE, F. (1993): "Efectos del terremoto del 1 de noviembre de 1755 en la Región de Murcia", *Murgetana*, 87, pp. 75-124.

RODRÍGUEZ GARCÍA, F. J. y HERNÁNDEZ ORTEGA, R. (2008): "Intervención arqueológica en Calle Beatas esquina San Cristóbal la Corta, Cartagena", XIX *Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Vol. I, pp. 263-265.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, O. (2004): "Programas decorativos de época severiana en Itálica", en S. F. RAMALLO (Ed.): *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de occidente,* Actas del Congreso Internacional celebrado en Cartagena entre los días 8 y 10 de octubre de 2003, Murcia, pp. 355-377.

RODRÍGUEZ HIDALGO, J. M. (1991): "Dos ejemplos domésticos en Traianópolis (Itálica): las casas de los Pájaros y de la Exedra", *La casa urbana hispanorromana*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 291-302.

RODRÍGUEZ MARTÍN, F. y ALONSO CEREZA, E. (2005): *Lucernas. Vidrios. Antigüedades romanas, vol II y III*, Madrid.

RODRÍGUEZ-ALMEIDA, E. (2000): "Roma, una città self-cleaning?", en X. DUPRÉ y J. A. REMOLÀ (Eds.): *Sordes Urbis. La eliminación de los residuos en la ciudad romana*, Bibliotheca Italica, Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 24, pp. 123-127.

RODRÍGUEZ-PASCUA, M. A., PÉREZ-LÓPEZ, R., GINER-ROBLES, J. L., SILVA, P. G., GARDUÑO-MONROY, V. H. y REICHERTER, K. (2011): "A comprehensive classification of Earthquake Archaeological Effects (EAE) in archaeoseismology: Application to ancient remains of Roman and mesoamerican cultures", *QuaternaryInt*, 242, pp. 20-30.

RODRÍGUEZ-PASCUA, M.-A., PÉREZ-LÓPEZ, R., MARTÍN-GONZÁLEZ, F., GINER-ROBLES, J. L. y SILVA, P. G. (e. p.): "Efectos arquitectónicos del terremoto de Lorca del 11 de mayo de 2011. Neoformación y reactivación de efectos en el Patrimonio Cultural", *BGM*, 123, 4.

ROLDÁN BERNAL, B. (1992): Catálogo de las ánforas prerromanas del litoral de Murcia depositadas en el Museo Nacional de Arqueología Martítima: contribución al conocimiento del tráfico marítimo en época fenicio-púnica, Tesis de Licenciatura, Universidad de Murcia, Inédita.

ROLDÁN BERNAL, B. (2003): "El cerro del Molinete de Cartagena: actuaciones arqueológicas recientes", en J. M. NOGUERA (Ed.): *Arx Asdrubalis. Arqueología e Historia del Cerro del Molinete (Cartagena)*, Vol. 1, Universidad de Murcia, pp. 75-113.

ROLDÁN BERNAL, B. y DE MIQUEL SANTED, L. E. (1999): "Excavaciones en el templo capitolino de Carthago-Nova", *XXIV CNA,* (Cartagena, 1997)*,* Vol. 4, *Romanización y desarrollo urbano en la Hispania republicana*, Murcia, pp. 57-65.

ROLDÁN BERNAL, B. y MARTÍN CAMINO, M. (1996): "Informe de la excavación de urgencia en la Plaza de San Ginés, esquina Calle del Duque (Cartagena). Año 1990", Memorias de Arqueología de la Región de Murcia, 5, (1990), pp. 249-261.

ROLDÁN BERNAL, N. (1992): *Catálogo de las ánforas prerromanas del litoral de Murcia depositadas en el Museo Nacional de Arqueología Marítima: contribución al conocimiento del tráfico marítimo en época fenicio-púnica*, Tesis de Licenciatura, Universidad de Murcia, Inédita.

ROLDÁN GARCÍA, C., FERRERO CALABUIG, J. L. y MURCIA MASCARÓS, S. (2007): "Análisis de materiales de una botella cerámica con forma antropomorfa "anus ebria" y análisis de residuos orgánicos en muestras del interior de una vasija" en F. TOMÁS VERT (Coord.): *Palau de Cerveró: Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación López Piñero*, Universidad de Valencia, Valencia, pp. 243-252.

ROMÁN DOMÍNGUEZ, J. (2010): **"**Transformaciones postadrianeas del ámbito doméstico en la Nova Urbs de Itálicauna aproximación a partir de la Terra Sigillata", *Romula*, 9, pp. 289-314.

ROMANÒ, E. (2006): "Le tombe "a cupa" in Italia en el Mediterraneo. Tipologia architettonica, commitenza e rituale", *SCO*, 52, pp. 149-219.

ROS SALA, M. (2005): "Metalurgia y sociedad en el Sureste prerromano", en J. A. ANTOLINOS y J. I. MANTECA (Coord.): *Bocamina. Patrimonio minero de la Región de Murcia*, Catálogo de la exposición celebrada en Murcia (8 septiembre a 6 noviembre de 2005), Murcia, pp. 39-59.

ROS SALA, M. M. (1989): La pervivencia del elemento indígena: la cerámica ibérica, *La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio*, 1, Murcia.

ROSSER LIMIÑANA, P. (1990-1991): "La necrópolis romana alto-imperial del "Parque de las Naciones" (Albufereta, Alicante): estudio de algunos de sus materiales", *Lucentum*, 9-19, pp. 85-101.

ROSSI, L. (1972): "Il Danubio nella storia, nella numismatica e nella scultura romana medio-imperiale", *NAC*, 1, pp. 111-143.

ROSTOVTZEFF, M. (1998): *Historia Social y Económica del Imperio Romano*, Vol. I, [1st Edition: 1926, Oxford Univeristy Press], Col. Austral, Barcelona.

ROTSCHILD, N. A., MILLS, B. J., FERGUSON, T. J. y DUBLIN, S. (1993): "Abandoment at Zuni farming villages", en C. M. CAMERON y S. A. TOMKA (Eds.): *Abandonment of settlements and regions, Cambridge*, pp. 123-137.

ROYAL, J. G. (2012): "The Levanzo I Wreck, Sicily: a 4th century AD merchantman in the service of the annona?", *IJNA*, 41, 1, pp. 26-55.

RUBIO PAREDES, J. M. (1991): *La muralla de Carlos III en Cartagena*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.

RUBIO PAREDES, J. M. (2001): *Historia de la muralla de Carlos III en Cartagena*, Ed. Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante.

RUBIO PAREDES, J. M. (2009): "El anfiteatro romano de Cartagena", *Mastia*, 8, pp. 43-77.

RÜTTI, B. (1991): *Die römischen Gläser aus Augst und Kaiseraugst*, Forschungen in Augst, Band 13/1 y 13/2, Römermuseum Augst.

RUIZ DE ARBULO, J. (1992): "Tarraco, Cartago Nova y el problema de la capitalidad en la Hispania Citerior republicana", *Miscel·lània Arqueológica a Josep M. Recasens*, Tarragona, pp. 115-130.

RUIZ DE ARBULO, J. (1993): "Edicios públicos, poder imperial y evolución de las élites urbanas en Tarraco (s. II-IV d.C.)", *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (Siglos II y III d.C.), Cité et communauté civique en Hispania*, Actes du colloque organisé para la Casa de Velázquez et par le Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 25-27 janvier 1990, Madrid, pp. 93-113.

RUIZ DE ARBULO, J. (1996): "Altares domésticos y ritos orientales. Las árulas con lucernas adosadas", *Cypsela*, 11, pp. 117-124.

RUIZ DE ARBULO, J. (1999): "Tarraco. Escenografía del poder, administración y justicia en una capital provincial romana (s. II a.C. – s. II d.C.)", Empúries, 51, pp. 31-61.

RUIZ MOLINA, L. (1988): "Poblamiento romano en el área de Yecla (Murcia)", *A&Cr*, 5, pp. 565-598.

RUIZ MONTES, P. (2007): "Aproximación a la vajilla bética de paredes finas: el caso de los Villares de Andújar (Jaén)", *Cudas*, 3-4, (2002-2003), pp. 73-84.

RUIZ MONTES, P. (2011): *Nuevas lecturas en torno a procesos de producción y sustratos productivos en el complejo alfarero romano de Los Villares de Andújar (Andújar, Jaén)*, Universidad de Granada, Tesis doctoral, Inédita.

RUIZ OSUNA, A. B. (2009): *Topografía y monumentalización funeraria en Baetica: Conventus Cordubensis y Astigitanus*, Universidad de Córdoba, Tesis doctoral, Inédita.

RUIZ VALDERAS, E. (1988): "Cerámica pintada de tradición indígena en la Cartagena romana", *Arte y poblamiento en el SE peninsular durante los últimos siglos de civilización romana, A&Cr, 5*, Murcia, pp. 5, 621.

RUIZ VALDERAS, E. (1992): *Las cerámicas campanienses del siglo III a.C. del Cerro del Molinete, Cartagena*, Tesis de Licenciatura, Universidad de Murcia, Inédita.

RUIZ VALDERAS, E. (1995): "Poblamiento rural romano en el área oriental de *Carthago Nova*", en J. M. NOGUERA (Coord.): *Poblamiento rural romano en el sureste de Hispania*, Actas de las Jornadas celebradas en Jumilla (8-11 noviembre, 1993), Murcia, pp. 153-182.

RUIZ VALDERAS, E. (1996): "Los niveles de abandono del siglo II d.C. en Cartagena: los contextos de la calle Jara nº 12", *XXIII CNA*, (Elche, 1995), Vol. 1, pp. 503-512.

RUIZ VALDERAS, E. (1998): "Excavaciones en Cartagena: el solar de la Calle Jara nº 12", *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia,* 7, (1992), pp. 232-242.

RUIZ VALDERAS, E. (2000): *Las cerámicas campanienses de Carthago Nova: el registro histórico-arqueológico*, Tesis doctoral, Universidad de Murcia, Inédita.

RUIZ VALDERAS, E. (2008): "La cerámica de barniz negro en el registro estratigráfico de *Carthago Noua*: de la fundación bárquida a la conquista romana", en J. UROZ, J. M. NOGUERA y F. COARELLI (Eds.): *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*, IV Congreso histórico-arqueológico hispano-italiano, (Murcia, 2006), pp. 669-686.

RUIZ VALDERAS, E. (Coord.) (2001): *La casa romana en Carthago Nova. Arquitectura privada y programas decorativos*, Ed. Tabularium, Murcia.

RUIZ VALDERAS, E. (Coord.) (e. p.): *Cartagena. Colonia Urbs Iulia Nova Karthago*, Serie Ciudades Romanas de Hispania, Las capitales provinciales, L'Erma di Bretschneider.

RUIZ VALDERAS, E. y GARCÍA CANO, C. (2001): "Apéndice II. El contexto arqueológico de destrucción del programa ornamental del teatro", en S. F. RAMALLO (Ed.): *El programa ornamental del teatro romano de Cartagena*, Cajamurcia, Obra social y cultural, D. L. Murcia, pp. 198-206.

RUIZ VALDERAS, E., DE MIQUEL SANTED, L. (2003): "Novedades sobre el Foro de *Carthago Nova*: el togado *capite velato* de la calle Adarve", *Mastia*, 2, pp. 267-281.

RUIZ VALDERAS, RAMALLO ASENSIO S. F., LÁIZ REVERTE, Mª. D. y BERROCAL CAPARRÓS, Mª. C. (1993): "Transformaciones urbanísticas de Carthago Nova (siglos III–XIII)", *IV CAME*, Tomo II, 59-65.

RUIZ-NICOLI, B. (2008): "Busto con coraza de Antonino Pío" [Ficha de Catálogo, nº 12], en P. CABRERA, A. CASTELLANO y B. RUIZ-NICOLI (Com.): *Rostros de Roma. Retratos romanos del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, pp. 90-91.

RUMSCHEID, J. (2000): *Kranz und Krone. Zu Insignien, Siegespreisen und Ehrenzeichen der römischen Kaiserzeit*, Istanbuler Forschungen Band, 43, Tübingen.

RUSSELL, D. A. (2000): *Antonine literature*, Oxofrd University Press, [1ª Ed. 19990], Oxford.

RYE, O. S. (1988): *Pottery Technology. Principles and reconstruction*, Manuals on Archaeology, 4, [1ª Ed. 1981], Washington.

SACKETT, L. H. (1992): "The Roman Pottery", *Knossos from Greek city to Roman colony. Excavations at the Unexplored Mansion II*, The British School of Archaeology at Athens, pp. 147-256, Plates 125-223.

SÁENZ PRECIADO, C. (2010): "Urna de incineración aparecida en *Bilbilis* (Calatayud, Zaragoza)", *BexOH*, 2, SECAH, pp. 40-41.

SÁENZ PRECIADO, Mª. P. y SÁENZ PRECIADO, C., "Estado de la cuestión de los alfares riojanos: la Terra Sigillata Hispánica Altoimperial", en M. ROCA y M. I. FERNÁNDEZ GARCÍA (Coord.): *Terra sigillata hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales, Homenaje a Mª. Angeles Mezquíriz*, Universidad de Jaén – Universidad de Málaga, pp. 61-136.

SAGLIO, E. (1877-1919): "Candela", "Candelabrum", "Radula" s. v. en Ch. DAREMBERG y E. SAGLIO (Dir.): *Dictionnaire des Antiquites Grecques et Romaines,* Tome 1, Vol. 2, Paris, pp. 809-810, 869-875.

SALA SELLÉS, F. (1992): *La "tienda del alfarero" del yacimiento ibérico de La Alcudia (Elche-Alicante)*, Alicante.

SALAVERT LEÓN, J. y RIBERA I LACOMBA, A. (2005): "El depósito monetal del siglo III de las excavaciones de la calle Roc Chabàs de Valencia", en A. RIBERA y P. P. RIPOLLÉS (Eds.): *Tesoros monetarios de Valencia y su entorno*, Valencia, pp. 141-154.

SALOMONSON, J.-W. (1980): "Der Trunkenbold und die Trunkene Alte. Untersuchungen zur Herkunft, Bedeutung und Wanderung einiger plastischer Gefässtypen der römischen Kaiserzeit", *BABesch*, 55, 1, pp. 65-135.

SALOMONSON, J.-W. (1982): "Die Trunkene Alte, ein Afrikanischer Gefässtypus der mittleren Kaiserzeit: überlick und allgemeine bewertung des materials", en J.-P. THUILLIER, A. ENNABLI y S. LANCEL (Eds.): *La Céramique antique*, Actes

du Colloque de Carthague (23-24 Juin 1980), Centre d'Études et de Documentation Archéologique de Carthage, Dossier 1, pp. 197-212.

SAN MARTÍN MORO, P. (1975): "Trabajos arqueológicos en el sótano del edificio de la calle del Duque de Cartagena propiedad de la Caja de Ahorros del Sureste de España", *Idealidad*, Revista de la Caja de Ahorros del Sureste de España (julio-agosto).

SAN MARTÍN MORO, P. A. (1985a): "Cartagena: conservación de yacimientos en el casco urbano", *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas*, (Zaragoza, 1983) pp. 337-355.

SAN MARTÍN MORO, P. A. (1985b): "Nuevas aportaciones al plano arqueológico de Cartagena", *BMZ*, 4, (Homenaje a Antonio Beltrán), pp. 131-150.

SÁNCHEZ DE PRADO, M. D. (1984): "El vidrio romano en la provincia de Alicante", *Lucentum*, 3, pp. 79-100.

SÁNCHEZ DE PRADO, M. D. (1999): "Acerca del vidrio romano de Cartagena", *XXIV CNA,* (Cartagena, 1997)*,* Vol. 4, *Romanización y desarrollo urbano en la Hispania republicana*, Murcia, pp. 125-136.

SÁNCHEZ DE PRADO, M. D. (2008): "Recipientes de vidrio procedentes de un edificio de tabernas de Lorca, Murcia", *Alberca*, 6, pp. 61-84.

SÁNCHEZ DE PRADO, M. D. y PÉREZ ASENSIO, M. (e. p.): "Un conjunto de vidrios procedentes de la calle Carril de Caldereros (Lorca, Murcia)", *II Jornadas nacionales sobre el vidrio en la España romana, La Granja de San Ildefonso*, Segovia

SÁNCHEZ GALLEGO, R. y CHÁVET LOZOYA, M. (2006): "Excavación arqueológica de urgencia en Calle Santa Teresa esquina con San Juan y San Isidro, del Puerto de Mazarrón", *Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVII, pp. 117-118.

SÁNCHEZ GALLEGO, R. y CHÁVET LOZOYA, M. (2007): "Excavación arqueológica en Calle Comercio, número 6 y Calle Esperanza, de Puerto de Mazarrón", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 169-171.

SÁNCHEZ GONZÁLEZ, M. J. y MEDINA RUIZ, A. J. (1998): "Excavación de urgencia en calle Eugenio Úbeda nº 7", *Jornadas de Arqueología Regional*, IX, Murcia, pp. 45.

SANCHEZ, C. (2010): "Le devenir du base à cuire", en L. PERMET y M. PY (Dir.*): Les objets racontent Lattara*, Collection Archéologie de Montpellier Agglomération, 1, pp. 54-55.

SÁNCHEZ, C. y SILVÉRÉANO, S. (2005): "Le port de Narbonne et la diffusion des sigillées de La Graufesenque: étude préliminaire de la Collection Bouscaras", en

X. NIETO, M. ROCA, A. VERNHET y P. SCIAU (Eds.): *La difusió de la terra sigillata sudgàl.lica al nord d'Hispania*, MMAC, 6, pp. 63-177.

SÁNCHEZ, C., CARRATO, C. y FAVENNEC, B. (2011): "Recherches récentes ser les contextes portuaires de Narbonne (Aude): les fouilles de Port-la-Nautique et du Grand Castélou", *SFÉCAG, Actes du congrès d'Arles,* 2-5 juin 2011, pp. 171-201.

SÁNCHEZ, M. J., BLASCO, E. y GUARDIOLA, A. (1986): *Portvs Ilicitanvs. Datos para una síntesis*, Ayuntamiento de Santa Pola.

SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. y OREJAS, A. (2012): "Alcance e impacto de la minería en la economía provincial hispanorromana", en A. OREJAS y C. RICO (Eds.): *Minería y metalurgia antiguas. Visiones y revisiones*, Homenaje a Claude Domergue, Collection de la Casa de Velázquez, 128, Madrid, pp. 261-272.

SANDE, S. (1995): "An old hag and her sisters", SO*,* 70, pp. 30-53.

SANTORO BIANCHI, S. (2005): "The informative potential of archaeometric and archaeological Cooking Ware studies: the case of Pantellerian Ware", en J. M. GURT I ESPARRAGUERA, J. BUXEDA I GARRIGÓS y M. A. CAU ONTIVEROS (Eds.): *LRCW 1. Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean. Archaeology and Archaeometry*, BAR International Series, 1340, Oxford, pp. 327-339.

SANTROT, M.-H. y SANTROT, J. (1979): *Céramiques communes Gallo-Romaines d'Aquitaine*, Paris.

SANTRTOT, J. (Dir.) (1987): "La monnaie, message a l'Empire et vitrine de Rome", en: *Le trésor de Garonne. IIe siècle après Jésus-Christ*, Nantes, 1987-1988, pp. 45-53.

SANZ GAMO, R. (1995): "El poblamiento rural del área de Balazote (Albacete) a la luz de las últimas investigaciones", en J. M. NOGUERA (Coord.): *Poblamiento rural romano en el sureste de Hispania*, Actas de las Jornadas celebradas en Jumilla (8-11 noviembre, 1993), Murcia, pp. 339-356.

SARABIA BAUTISTA, J. (2010): *El poblamiento rural romano en la provincia de Albacete: la villa de Balazote. Un ejemplo de la vida en la campiña*, Universidad de Alicante, Tesis doctoral, Inédita.

SBRIGLIO, J. (2004): *Le Corbusier. l'Unité d'habitation de Marseille (avec les autres unités d'habitation à Rezé-les-Nantes, Berlin, Briey en Forêt et Firminy)*, Ed. Birkhäuser, France.

SCATOZZA HÖRICHT, L. A. (1996): "Appunti sulla ceramica comune di Ercolano. Vassellame da cucina e recipienti per la preparazione degli alimenti", en M. BATS (Dir.): *Les céramiques communes de Campanie et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C. – IIe s. ap. J.-C.). La vaisselle de cuisine et de table,* (Naples, 27-28 mai 1994), Coll. CJB, 14, Naples, pp. 129-156.

SCHATTNER, T. G. (2003): *Munigua. Cuarenta años de investigaciones arqueológicas*, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura – Instituto Arqueológico Alemán.

SCHATZMANN, R. y MARTIN-KILCHER, S. (Eds.) (2011): *L'Empire romain en mutation. Répercussions sur les villes romaines dans la deuxième moitié du 3e siècle,* Colloque International Bern/Augst (Suisse), 3-5 décembre 2009, / *Das römische Reich im Umbruch. Auswirkungen auf die Städte in der zweiten Hälfte des 3. Jahrhunderts,* Internationales Kolloquium Bern/Augst (Schweiz) 3.-5. Dezember 2009, *Archéologie et Histoire romaine*, 20, Éd. Monique Mergoil, Montagnac

SCHENK, A. (2008): *Regard sur la tabletterie antique. Les objets en os, bois de cerf et ivoire du Musée Romain d'Avenches*, Documents du Musée Romain d'Avenches, 15.

SCHIFFER, M. B. (1972): "Archaeological context and systemic context", *AmerAnt*, 37, pp. 156-165.

SCHIFFER, M. B. (1983): "Toward the identification of formation processes", *AmerAnt*, 48, pp. 675-706.

SCHIFFER, M. B. (1983): "Towards the identification of formation processes", *AmerAnt*, 48, pp. 675-706.

SCHIFFER, M. B. (1985): "Is there a "Pompeii Premise" in archaeology?"*, JAnthrR*, 41, pp. 18-41.

SCHIFFER, M. B. (1987): *Formation processes of the Archaeological record*, Alburquerque, University of New Mexico Press.

SCHINDLER, E. y ZABEHLICKY-SCHEFFENEGGER, S. (2007): "Céramiques et chronologie: réflexions critiques sur nos façons de dater", *SFÉCAG, Actes du congrès de Langres,* 17-20 mai 2007, pp. 37-48.

SCHMIDT, M. G., (2006): "Ein "beneficiarius consularis in Carthago Nova", *ExClass*, 10, pp. 187-189.

SCHÜTZ, I. (1992): "La cocción cerámica en la alfarería tradicional de Agost", *Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días*, Ponencias del Seminario celebrado en el Museo de la Alfarería en Agost (Alicante) del 4 al 6 de octubre de 1990, pp. 171-184.

SCHÜTZ, I. (1993): *La mujer en la alfarería española*, Centro Agost Museo de Alfarería, Alicante.

SCHUTZ, G. (2005): "L'artisanat antique dans l'espace urbain: essai de synthèse aur l'agglomération de Reims *Durocortorum* (Marne, France) et première approche topographique", en M. POLFER (Dir.): *Artisanat et économie romaine: Italie et provinces occidentales de l'Empire*, Actes du 3e Colloque International d'Erpeldange (Lux.) sur l'artisanat romain, 14-16 octobre 2004, Monographies *instrumentum*, 32, pp. 111-124.

SCIALLANO, M. y SIBELLA, P. (1994): *Amphores. Comment les identifier?*, Édisud, Barcelona.

SCOBIE, A. (1986): "Slums. sanitation and mortality in the Roman world", *Klio*, 68, 2, pp. 399-433.

SEARS, G. (2007): *Late Roman African Urbanism. Continuity and transformation in the city*, BAR International Series, 1693, Oxford, Archaeopress.

SERRANO RAMOS, E. (1979): "Sigillata hispánica de los hornos de Cartuja (Granada)", *BSEAA*, 45, pp. 31-80.

SERRANO RAMOS, E. (2000): *Cerámica común romana: siglos II a.C. al VII d.C. Materiales importados y de producción local en el territorio malacitano*, Servicio de Publicaciones, Universidad de Málaga.

SERRANO RAMOS, E. (2004): "Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Málaga: balance y perspectivas", en D. BERNAL y L. LAGÓSTENA (Eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. – VII d.C.)*, Actas del Congreso Internacional, (Cádiz, 12-14 de noviembre de 2003), Vol., 1, BAR International Series, 1266, Oxford, pp. 161-194.

SERRANO RAMOS, E. (2005): "Cerámicas africanas", en M. ROCA e I. FERNÁNDEZ (Coord.): *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*, Monográfico *Cudas*, 1, pp. 225-303.

SERRANO, E. (1995): "Producciones de cerámicas comunes locales de la Bética", *Ceràmica Comuna Romana d'època Alt-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*, Monografies Emporitanes, 8, pp, 227-249.

SERRANO, E. (2008): "El mundo de las cerámicas comunes altoimperiales de Hispania", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Universidad de Cádiz, pp. 471-488.

SESEÑA, N. (2000): "Rango de la cerámica en el bodegón", en J. BERGER (Coord.): *El bodegón*, Ed. Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 129-148.

SESEÑA, N. (2004): "De lo pintado a lo vivo. Objetos y usos cotidianos en los bodegones de Luis Meléndez", en CHERRY, P., LUNA, J. y SESEÑA, N. (Coord.): *Luis Meléndez. Bodegones*, Ed. Turner, Madrid, pp. 118-153.

SHEPARD, A. O. (1985): *Ceramics for the archaeologist*, Carnegie Institution of Washington, Publication 609, Washington [1ª Ed. 1956].

SILLIÈRES, P. (1990): *Les voies de communication de l'Hispanie méridionale*, Paris.

SILLIÈRES, P. (1993): "Vivait-on dans des ruines au II^{e} siècle ap. J.C.? Approche du paysage urbain d l'Hispanie d'après quelques grandes fouilles récentes", *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (Siglos II y III d.C.), Cité et communauté civique en Hispania*, Actes du colloque organisé para la Casa de Velázquez et

par le Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 25-27 janvier 1990, Madrid, pp. 147-152.

SILLIÈRES, P. (1997): *Baelo Claudia. Una ciudad romana de la Bética*, *CCV*, 61, Madrid.

SIMON, J., PORTAT, E., ACHERÉ, V. y MORISSE, V. (2011): "Mourir autour de la naissance: la pratique de l'enchytrismos ou l'inhumation dans des réceptacles funéraires à Chartres (Eure-et-Loir) au Haut-Empire", *SFÉCAG, Actes du congrès d'Arles,* 2-5 juin 2011, pp. 547-558.

SINTAS MARTÍNEZ, E. y MARTÍN CAMINO, M. (1997): "Calle Serreta nº 3", *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988)*, pp. 176-185.

SKIBO, J. (1992): *Pottery function: a use-alteration perspective,* Plenium Press, Londres y Nueva York.

SMITH, C. W. (1985): *Black and White Mosaics pavements at Utica*, Vol. I-II, University Microfilms International, Michigan.

SOLER HUERTAS, B. (2000): "Arquitectura doméstica en *Carthago Noua*. La *domus* de la Fortuna y su conjunto arqueológico", *AnMu*, 16, pp. 53-86.

SOLER HUERTAS, B. (2001): "La arquitectura doméstica en *Carthago Noua*. El modelo tipológico de una *domus* urbana", en E. RUIZ VALDERAS (Coord.): *La casa romana en Carthago Noua. Arquitectura privada y programas decorativos*, Ed. Tabularium, Murcia, pp. 53-82.

SOLER HUERTAS, B. (2003): "Algunas consideraciones sobre el empleo del mármol privado en *Carthago Nova*", *Mastia*, 2, pp. 149-188.

SOLER HUERTAS, B. (2004a): "El uso de rocas ornamentales en los programas decorativos de la *Carthago Nova* altoimperial: edilicia pública y evergetismo", en S. F. RAMALLO (Ed.): *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de occidente,* Actas del Congreso Internacional celebrado en Cartagena entre los días 8 y 10 de octubre de 2003, Murcia, pp. 455-483.

SOLER HUERTAS, B. (2004b): "Nuevas aportaciones sobre la planificación espacial de Cartagena a finales del siglo III a.C. y su trascendencia urbanística planteada durante los períodos tardorrepublicano e imperial", en A. GONZÁLEZ BLANCO, G. MATILLA y A. EGEA (Eds.): *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*, *EsOr*, 5-6, (Actas II Congreso Internacional del Mundo Púnico, Cartagena, 6-9 de abril de 2000), pp. 509-525.

SOLER HUERTAS, B. (2005a): "Hacia una sistematización cronológica sobre el empleo del *marmor* y su comercialización en *Carthago Noua*", *Mastia*, 4, pp. 29-64.

SOLER HUERTAS, B. (2005b): "El travertino rojo de Mula (Murcia). Definición de un mármol local", *Verdolay*, 9, pp. 141-164.

SOLER HUERTAS, B. (2008): "Mármora de importación y otros materiales pétreos de origen local en *Carthago Noua*. Explotación, comercio y función durante los períodos tardorrepublicano y augusteo", en J. UROZ, J. M. NOGUERA y F. COARELLI (Eds.): *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*, IV Congreso histórico-arqueológico hispano-italiano, (Murcia, 2006), pp. 711-732.

SOLER HUERTAS, B. (2009): "Hábitat doméstico y modus uiuendis en la *Carthago Nova* del siglo III", en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 210-215.

SOLER HUERTAS, B. (2010): "Sectilia pavimenta y revestimiento parietal de la denominada curia de Carthago Nova (Cartagena, Murcia, España)", *MusSect*, 4, (2007, [Ed. 2010]), pp. 143-168.

SOLER HUERTAS, B. y NOGUERA CELDRÁN, J. M. (2011): "Urban development and monumentalisation in the Roman colony *Vrbs Ivlia Nova Karthago* (Cartagena, *Hispania Citerior*)", en T. NOGALES e I. RODÀ (Eds.): *Roma y las provincias: modelo y difusión*, Vol. 2, Roma, pp. 1095-1105.

SOLER, H., NOGUERA, J. M., ARANA, R. y ANTOLINOS, J. A. (2012): "The red travertine of Mula (Murcia, Spain): management and administration of quarries in the Roman Period", en A. GUTIÉRREZ GARCÍA-M., P. LAPUENTE e I. RODÀ (Eds.): *Interdisciplinary Studies on Ancient Stone Proceedings of the IX ASMOSIA Conference (Tarragona 2009)*, Documenta, 23, ICAC, Tarragona, pp. 744-752.

SOTGIU, G. (1968): *Iscrizioni latine della Sardegna, Instrumentum domesticum II, 1. Lucerne, Suplemento al Corpvs Inscriptionvm Latinarvm, X e all'Ephemeris Epigraphica, VIII*, Padova.

SPITZER, D. C. (1942): "Roman Relief Bowls from Corinth", *Hesperia*, 11, pp. 162-192.

STEPHENS, J. (2008): "Ancient Roman hairdressing: on (hair) pins and needles", *JRA*, 28, pp. 111-132.

STERN, H. (1963): *Récueil général des Mosaïques de la Gaule*, I, Belgique, 3, Partie Sud, CNRS, X^{e} supplément à *Gallia*, Paris.

STIROS, S. C. (1995): "Archaeological evidence of antiseismic constructions in Antiquity", *AnnGeo*, 30, 5-6, pp. 725-736).

STYLOW, A. (1997): "Texto de la Lex Ursonensis", *SHHA,* 15, pp. 269-301.

STYLOW, A. (2001): "Las estatuas honoríficas como medio de autorrepresentación de las elites locales de Hispania", en M. NAVARRO y S. DEMOUGIN (Eds.): *Élites Hispaniques*, Bordeaux, pp. 141-153.

SUÁREZ ESCRIBANO, L. (2005): *Memoria de la Intervención arqueológica en la C/ Caballero n^{os} 13-15-17 de Cartagena*, Inédito.

SUÁREZ ESCRIBANO, L. (2011): "Hallazgo de un nuevo edificio público en Carthago Nova: las termas del foro", *Verdolay*, 13, pp. 113-125.

SUÁREZ ESCRIBANO, L. y FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2008a): "El mosaico de la Gorgona/Medusa: el primer mosaico en *opus tessellatum* bícromo de la ciudad de *Carthago Noua* que incluye un emblema figurado", *Mastia*, 7, pp. 121-133.

SUÁREZ ESCRIBANO, L. y FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2008b): "La Gorgona/Medusa en el pavimento de una *Domus* de la ciudad de *Carthago Nova*: un *unicum* en un conjunto de mosaicos geométricos y bícromos", *AnMu*, 22, 2006 [Ed. 2008], pp. 73-108.

SZILAGYI, J. (1961): "Beitrage zur Statistik der Aterblichkeit in der Westeuropaischen Provinzen des römischen Imperius", *AArchHung*, 13, pp. 125-155.

TARRADELL, M. y LLONREGAT, E. (1966): "Avance de los resultados de las excavaciones arqueológicas en curso en el Tossal de Manises", *NAH*, 11-12, pp. 141-146.

TARRATS, F. (2000): "Tárraco, topografía urbana y arqueología de los vertederos", en X. DUPRÉ y J. A. REMOLÀ (Eds.): *Sordes Urbis. La eliminación de los residuos en la ciudad romana*, Bibliotheca Italica, Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 24, pp. 129-137.

TASSINARI, S. (1996): "Bouillir, mijoter et cuire, porter et mesurer: le rôle de la vaisselle métallique dans les cuisines de Pompéi", en M. BATS (Dir.): *Les céramiques communes de Campanie et de Narbonnaise (Ier s. av. J.-C. – IIe s. ap. J.-C.). La vaisselle de cuisine et de table,* (Naples, 27-28 mai 1994), Coll. CJB, 14, Naples, pp. 113-119.

TCHERNIA, A. (2011a): "Quantitative ceramology, between benefits and addiction", *IV^e École d'Été Internationale. La céramique romaine en Méditerranée, Aix-en-Provence*, 24-28 octobre 2011. Comunicación oral (27 de octubre de 2011).

TCHERNIA, A. (2011b): *Les romains et le commerce*, Centre Jean Bérard, Édtudes, 8, Naples, 2011.

TED'A (AQUILUÉ, X., DUPRÉ, X., MASSÓ, J. y RUIZ DE ARBULO, J.) (1989): *Un abocador del segle V d.C. en el fórum provincial de Tàrraco*, Memòries d'excavació, 2, Ajuntament de Tarragona, Tarragona.

THOMAS, E. (2007): *Monumentality and the Roman Empire. Architecture in the Antonine Age*, Oxford University Press.

THOMAS, S. (1963): "Zur Verbreitung und Zeitstellung der fünfscheibigen Emailfibeln", *Germania,* 41, pp. 344-350.

THUET, A. (2008): "Le travail de l'os dans l'antique *Samarobriva* (Amiens, F): première approche" en I. BERTRAND (Dir.): *Le travail de l'os, du bois de cerf et de la corne à l'époque romaine: un artisanat en marge?,* Actes de la table ronde *instrumentum*, Chauvigny (Vienne, F), 8-9 décembre 2005, Monographies *Instrumentum*, 34, Montagnac, pp. 35-45.

THURMOND, D. L. (2006): *A Handbook of Food processing in Classical Rome. For Her Bounty No Winter*, Technology and Change in History, 9, Brill-Leiden-Boston.

TIMBY, J. (2004): "Amphorae from Excavations at Pompeii by the University of Reading", en J. EIRING y J. LUND (Eds.): *Transport Amphorae and Trade in the Eastern Mediterranean*, Acts of the International Colloquium at the Danish Institute at Athens, (September 26-29, 2002), *Monographs of the Danish Institute at Athens*, 5, Aarhus, pp. 383-392.

TOCCHETTI POLLINI, U. (1984): "Le città in età romana. L'inizio del fenomeno urbano e le sue trasformazioni", en G. P. BROGIOLO (ed.): *Archeologia urbana in Lombardia*, Modena, pp. 34-47.

TOMBER, R. (1986): "Pottery from the south side of the Circular Harbour", *CEDAC*, 7, pp. 34-58.

TORRES SÁNCHEZ, R. (1990): *Aproximación a las crisis demográficas en la periferia peninsular. Las crisis en Cartagena durante la Edad Moderna*, IV Concurso de Historia de la Región. Ciudad de Cartagena, Accésit, Ayuntamiento de Cartagena.

TORRES SÁNCHEZ, R. (1998): *Ciudad y población. El desarrollo demográfico de Cartagena durante la Edad Moderna*, Real Academia de Alfonso X el Sabio, Cartagena.

TORTORELLA, S. (1987): "La ceramica africana: un riesame della problematica", en P. LÉVÊQUE y J.-P. MOREL (Dir.): *Céramiques hellénistiques et romaines II*, Centre de Recherches d´histoire ancienne, 70, Paris, pp. 279-327.

TRÉGLIA J.-C. (2002): "Flanged bolw Hayes 91: simple bol décoré ou pot râpe?", en L. RIVET y M. SCIALLANO (Eds.): *Vivre, produire et échanger: réflets méditerranéens, Mélanges offerts à Bernard Liou*, Montagnac, pp. 287-290.

TREMOLEDA I TRILLA, J. (2000): *Industria y artesanado cerámico de época romana en el nordeste de Cataluña (Época augustea y altoimperial)*, BAR International Series, 835, Oxford.

TREMOLEDA i TRILLA, J. (2008): "Cent anys d'excavacions arqueològiques a Empùries. L'arqueologia romana. Un camí obert", *AIEE*, 39, pp. 81-100.

TROJAN HERNÁNDEZ, M. N. y SÁNCHEZ LÓPEZ, A. (2007): "Excavación arqueológica en Calle San Francisco, números 11 y 13, Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 133-135.

TRUNK, M. (2008): *Los capiteles del foro de Segóbriga. Evaluación tipológica y estilística*, Ed. Pórtico, Cuenca.

TSIOLIS, V. G. (1997): "Las restricciones de la producción tegularia en la Lex Vrsonensis", *SHHA,* 15, pp. 119-136.

TUPMAN, Ch. (2012): "The cupae of Hispaniae: distribution, origins and functions", en J. ANDREU (Ed.): Las *cvpae* hispanas. Origen, difusión, uso, tipología, Monografías "Los Bañales", 1, UNED, Tudela, pp. 3-24.

V. REVILLA CALVO y M. ROCA ROUMENS (Eds.) (2010): *Contextos cerámicos y cultura material de época augustea en el occidente romano*, Actas de la reunión celebrada en la Universitat de Barcelona (14 y 16 de abril de 2007), Barcelona.

VAAG, L. E., (2006): "Pottery and plague", en D. MALFITANA, J. POBLOME y J. LUND (Ed.): *Old Pottery in a New Century. Innovating perspectives on Roman Pottery Studies*, Atti del Convegno Internazionale di Studi, Catania, 22-24 aprile 2004, Catania, pp. 241-250.

VALCÁRCEL PÍO, A. (Conde de Lumiares) (2002): *Inscripciones de Carthago nova, hoy Cartagena en el reyno de Murcia, Ilustradas por el Excelentísimo Señor Conde de Lumiares, Individuo de la Academia de Artes y Ciencias de Padua*, Edición facsimilar, serie Cartagena Romana. Historia y Epigrafía, Obras del Ingenio, 1, [Ed. Original 1796], Murcia.

VALLEJO, J. I. (2010): "Placa de arcilla cocida con reticulado inciso [Ficha catálogo, nº 33]", en Mª. D. LÓPEZ DE LA ORDEN y E. GARCÍA ALFONSO (Comis.): *Cádiz y Huelva. Puertos fenicios del Atántico, Catálogo de la Exposición*, Fundación Cajasol, Junta de Andalucía, pp. 164-165.

VAN DER WERFF, J. H. (1982): *Uzita. Matériel des fouilles d'une cité Antique en Tunisie centrale*, 2 vols., Utrecht.

VAQUERIZO GIL, D. (2006): "Sobre la tradición púnica, o los influjos norteafricanos, en algunas manifestaciones arqueológicas del mundo funerario hispano–bético de época pleno imperial. Una revisión crítica", en D. VAQUERIZO y J. F. MURILLO (Eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la prof. Pilar León Alonso*, Córdoba, Vol. II, pp. 317-364.

VAQUERIZO GIL, D. (2007): "El mundo funerario en la *Malaca* romana. Estado de la cuestión", *Mainake*, 29, pp. 377-399.

VAQUERIZO, D. (2002): "Espacios y usos funerarios en *Corduba*", en VAQUERIZO, D. (ed.): *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano*, Vol. II, Córdoba, pp. 143-200.

VARGAS, J. (1895): *Viaje por España. Alicante-Murcia*, Tip El Liberal, Madrid.

VÁZQUEZ PAZ, J. (2012): "Producción de lucernas altoimperiales en Hispalis: el taller de la plaza de la Encarnación de Sevilla", en D. BERNAL y A. RIBERA (Eds.): *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*, *mHA*, Cádiz, pp. 309-323.

VEGAS, M. (1973): *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental*, Publicaciones Eventuales, 22, Barcelona.

VELASCO ESTRADA, V. (2009a): "Lucernas de depósito abierto" [Ficha de Catálogo, nº 53], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad*

reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena, Murcia, pp. 302.

VELASCO ESTRADA, V. (2009b): "Sartén broncínea con mango de hierro" [Ficha de Catálogo, nº 70], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 317.

VELASCO ESTRADA, V. (2009c): "Tortera [Fusayola]" [Ficha de Catálogo, nº 67], en J. M. NOGUERA y M. J. MADRID (Eds.): *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete / Cartagena*, Murcia, pp. 314.

VELASCO HERNÁNDEZ, F. (2001): *Auge y estancamiento de un enclave mercantil en la periferia. El nuevo resurgir de Cartagena entre 1540 y 1676*, Ayuntamiento de Cartagena y Real Academia de Alfonso X El Sabio, Murcia.

VIDAL NIETO, M. (1997): "*Calle Cuatro Santos 40*", *Memorias de Arqueología en Cartagena (1982-1988)*, pp. 188-200.

VIDAL NIETO, M. y DE MIQUEL SANTED, L. (1995): "Una aportación a la arqueología de Cartagena: un horizonte cerámico característico del período augusteo", *XXI CNA*, (Teruel, 1991), Zaragoza, pp. 1253-1272.

VIDAL NIETO, M. y DE MIQUEL SANTED, L. E. (1988): "El abandono de una casa romana en Cartagena (solar C/. Cuatro Santos, nº 40)", *Arte y poblamiento en el SE peninsular durante los últimos siglos de civilización romana, A&Cr, 5*, Murcia, pp. 435- 448.

VIDAL NIETO, M. y DE MIQUEL SANTED, L. E. (1991): "Nuevos hallazgos romanos en Cartagena: la calzada romana de la Calle Cuatro Santos", *XX CNA*, (Santander, 1989), pp. 379-384.

VIDAL NIETO, M. y FUENTES SÁNCHEZ, M. (2007a): "Excavación en Plaza Risueño, número 12 de Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 113-115.

VIDAL NIETO, M. y FUENTES SÁNCHEZ, M. (2007b): "Restos de viviendas de época púnica y augustea en la calle Faquineto, número 1, Cartagena", *Jornadas de Patrimonio Cultural. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico, arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*, XVIII, Vol. I, pp. 109-111.

VIDAL NIETO, M., VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. y QUEVEDO SÁNCHEZ, A., (2008): "Un nuevo tramo de decumano en Cartagena", *AnMu*, 22, 2006 [Ed. 2008], pp. 183-196.

VIDAL SOLANGE, A. y GARCÍA ROSELLÓ, J. (2010): "Dime cómo lo haces": una visión etnoarqueológica de las estrategias de aprendizaje de la alfarería tradicional", *Arqueoweb*, 12, 1, pp. 1-57.

VILAR, J. B. y EGEA BRUNO, P. M. [con la colaboración de D. VICTORIA MORENO] (1990): *La minería murciana contemporánea (1840-1930)*, Cajamurcia y Universidad de Murcia (2ª Ed.), Murcia.

VILLING, A. y PEMBERTON, E. G. (2010): "Mortaria from Ancient Corinth: Form and Function", *Hesperia,* 79, num. 4 (October-December 2010), pp. 555-638.

VIPARD, P. (1995): "Les amphores "carottes" (forme Schöne-Mau XV): état de la question", *SFÉCAG*, Actes du congrés de Rouen, Marseille, pp. 51-77.

VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. (1999): "Transformaciones del urbanismo tardoantiguo en Cartagena. El caso de los vertederos", *AnMu*, 15, pp. 87-98.

VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. (2002): "Reutilización de material de la edilicia tardoantigua. El caso de Cartagena", *Mastia*, 1, pp. 207-220.

VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. (2009): *La presencia bizantina en Hispania (siglos VI-VII) la documentación arqueológica*, *A&Cr*, 24, Murcia.

VOLPE, G. (1998): "Archeologia subacquea e commerce in età tardoantica", en G. VOLPE (Ed.): *Archeologia subacquea. Come opera l'archeologo sott'acqua, Storie dalle acque*, Firenze, pp. 561-626.

VON ALBRECHT, M. (1999): *Historia de la literatura romana*, Vol. 2, Ed. Herder, [Ed. Original 1994], Barcelona.

VOTSCHININA, A. (1974): *Le portrait romain. Musée de l'Ermitage*, Éd. D'Art Aurore, [versión francesa, T. Gourévitch], Leningrado.

WAAGE, F. O. (1948): "Hellenistic and Roman Tableware of North Syria", *Antioch on the Orontes*, *IV, 1. Ceramics and Islamic Coins*, Princeton University Press, Princeton, pp. 1-60.

WARD-PERKINS, B. (1984): *From Classical Antiquity to the Middle Ages: urban public building in northern and central Italy, AD 300-850*, Oxford, University Press.

WARD-PERKINS, B. (1996): "Urban Continuity?", en N. CHRISTIE y S. T. LOSEBY (Eds.): *Towns in Transition. Urban Evolution in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Hants, pp. 4-17.

WARD-PERKINS, B. (2009): "Call this a recession? At least it isn't the Dark Ages", *Finantial Times*, London, 22-X-2009; http://www.ft.com/intl/cms/s/0/4b44d88e-ef39-11de-86c4-00144feab49a.html#axzz1yvyqwUzD, Consultado el: 26-VI-2012.

WARD-PERKINS, B. (2010): *La caduta di Roma e la fine della civiltà*, Roma (ed. original: *The Fall of Rome and the End of Civilization*, Oxford, 2005).

WEEKS, J. (1982): "Roman carpentry joints: adoption and adaptation", en SEAN MACGRAIL (ed.): *Woodworking Techniques before A. D. 1500*, BAR Internacional Series 129, Oxford, pp. 157-168.

WEINBERG G. D. y STERN, E. M. (2009): *Vessel Glass,* Agora, 34.

WILK, R. R. y RATHJE, W. L. (1982): "Household Archaeology", *AmBeS,* 25, 6, pp. 617-639.

WITSCHEL, Ch. (1999): *Krise – Rezession –Stagnation? Der Westen des römischen Reiches im 3. Jahrhundert n. Chr.*, Frankfurt-am-Main.

WITSCHEL, Ch. (2004): "Re-evaluating the Roman West in the 3rd century A.D.", *JRA*, 17, 1, pp. 251-181.

WITSCHEL, Ch. (2009): "La crisis del siglo III en Hispania. Algunas reflexiones", en F. J. ANDREU PINTADO, J. CABRERO e I. RODÀ (Eds.): *Hispaniae. Las provincias hispanas en el mundo romano*, *Documenta*, 11, *ICAC*, Tarragona, pp. 473-503.

WOOD, S. (1986): *Roman portrait sculpture 217-260 A.D. The transformation of an Artistic Tradition*, *CSCT*, 12, Leiden, E. J. Brill.

WOOLF, G. (1998): *Becoming Roman, the Origins of Provincial Civilization in Rome*, Cambridge.

YACOUB, M. (1969): *Musée du Bardo*, Tunis.

YUS CECILIA, S. (2008): "Excavación de una necrópolis romana imperial en la Calle Ramón y Cajal, número 30, de Algezares, Murcia", *XIX Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia, Vol. 1, Paleontología, arqueología, etnografía*, pp. 97-118.

YUS, S. (e. p.): "Estudio de las tumbas con ajuar cerámico de la necrópolis romana de Algezares s.s. II – III d. C.", *Verdolay,* 14.

ZAHN, E. (1968): *Die Igeler Säule bei Trier*, Rheinische Kunststätten, 6/7, Köln.

ZANKER, P. (1987): *Pompeji. Stadtbilder als Spiegel von Gesellschaft un Herrschaftsform*, 9, Trierer, Winckelmannsprogramm, Mainz.

ZANKER, P. (1989): *Die trunkene Alte: das Lachen der Verhöhnten*, Frankfurt am Main.

ZAYADINE, F. (2008): "Roman sculpture from the exedra in the Temenos of the Qasr al-Bint at Petra", in Y. Z. ELIAV, A. FRIEDLAND y S. HERBERT (Eds.): *The sculptural environment of the Roman Near East: reflections on culture, ideology, and power*, (International conference that took place on Novembre 7 to 10, 2004, at the University of Michigan and the Toledo Museum of Art), Leuven.

ZIMMERMANN, M. (2006): "Conclusion. Violence in Late Antiquity reconsidered", H. A. DRAKE (Ed.): *Violence in Late Antiquity. Perceptions and Practices*, Ashgate, pp. 343-357.

ZOÏTOPOÚLOU, E. P. y FOSSEY, J, M. (1992): *Les lampes gréco-romaines, La collection des Antiquités gréco-romaines de l'Université McGill*, Amsterdam.

ZURRO, D. (2006): "El análisis de fitolitos y su papel en el estudio del consumo de recursos vegetales en la Prehistoria: bases para una propuesta metodológica materialista", *TPh, 63*, 2, pp. 35-54.

ANEXO I

TABLAS

Tabla 1. Intervenciones con niveles de los s. II-III d.C. de Cartagena y su entorno (Portmán) cuyos contextos se analizan en la presente tesis.

Restos	Espacio	Lugar	Año excavación
Cardo	Público	C/ Duque n^{os} 25-29	1971, 1990-91, 2000
Curia	Público	Manzana nº 17 PERI CA-1	2002-03
Decumano	Público	C/ Don Roque -Ciprés nº 7	2008
Domus	Privado	C/ Duque n^{os} 25-29	1971, 1990-91, 2000
Domus	Privado	C/ Jara nº 12	1992
Vivienda	Privado	C/ Cuatro Santos nº 40	1987
Uilla	Privado	Huerto del Paturro (Portmán)	1970, 1985-86

Tabla 2. Cuadro con el resumen de los principales contextos de los s. II-III d.C. utilizados como referencia.

Ciudad	*Prouincia*	Lugar	Fecha	Bibliografía
Ampurias	Tarraconense	Espacios públicos abandonados	Primera mitad s. II d.C. / 225-270 d.C. / Finales s. III d.C.	Aquilué *et alii*., 2008; Castranyer *et alii*., 1993; Aquilué *et alii*., 1984.
Auribelle-Basse (Pézenas)	Narbonense	Basurero	Mediados s. II d.C. / 140-170 d.C.	Mauné *et alii*., 2004.
Baelo Claudia	Bética	*Cetariae*	Finales s. II d.C.	Bernal *et alii*., 2007.
Bu Njem	Numidia	Fuerte	1ª mitad s. III d.C.	Rebuffat *et alii*., 1966-1967; 1969-1970.
Cabrera III	Tarraconense	Pecio	Mediados s. III d.C, hacia 257 d.C.	Bost *et alii*., 1992.
Campiani	Córcega	Establecimiento rural	Fin. s. II- inicios s. III d.C.	Lang-Desvignes, 2011.
Carthago	África	Puerto Circular	2º cuarto s. III d.C. (?)	Tomber, 1986.
Chemtou	África	*Steinbruchlager*	Mediados s. III d.C.	Mackensen, 2005.
Hammamet/ Pupput	África	Necrópolis	s. II-III d.C.	Ben Abed *et alii*., 2004.
Ibiza	Tarraconense	Vertedero	Mediados s. III d.C	González Villaescusa, 1990.
Lucentum	Tarraconense	Foro	Segunda mitad s. III d.C.	Guilabert *et alii*., 2007.
Marsella	Narbonense	Corne du Port	2ª mitad s. II d.C.	Huguet, 2007.
Marsella	Narbonense	Pecio	Fin. s. II- inicios	Carré *et alii*., 1998.

			s. III d.C.	
Matagallares	Bética	Alfar	210-270 / 270-280 d.C.	Bernal, 1998a.
Plemmirio	Sicilia	Pecio	200 d.C.	Gibbins, 2001.
Puig de Sant Grau	Tarraconense	Termas	Finales s. II d.C.	Casas y Nolla, 2008.
Sabratha	África	Templo Antonino	169 d.C. (¿+?)	Kenrick, 1986.
Tarragona	Tarraconense	Vertederos	Primer cuarto s. II d.C. / Primera mitad s. III d.C.	Fernández y Remolà, 2008.
Tolegassos	Tarraconense	*Uilla*	Fin. s. II-III d.C.	Casas y Soler, 2003, Casas y Nolla, 1986-1989.
Uzita	África		Fin. s. II-III d.C.	Van der Werff, 1982.
Valencia	Tarraconense	Vertedero	Segunda mitad s. II d.C.	Huguet Enguita, 2006, 2005.
Vilauba	Tarraconense	*Uilla*	Segunda mitad s. III d.C.	Castanyer y Tremoleda, 1999; Castanyer, Tremoleda y Roure, 1990.

Tabla 3. En negro los valores que tienen prioridad en cada uno de los casos del cómputo. También se incluyen aquellos ejemplares completos.

Tot. frag.	Completos	Borde	Fondo	Asa	Informe	NMI
5	**1**	**2**	2			3
		2	**3**			3
8		**3**	2			3
		3	2	2		3
		2	**3**	2		3
150		2	3	**8**	142	4

Tabla 4. Protocolo empleado para la clasificación de las cerámicas de los contextos de los s. II-III d.C. en *Carthago Noua*.

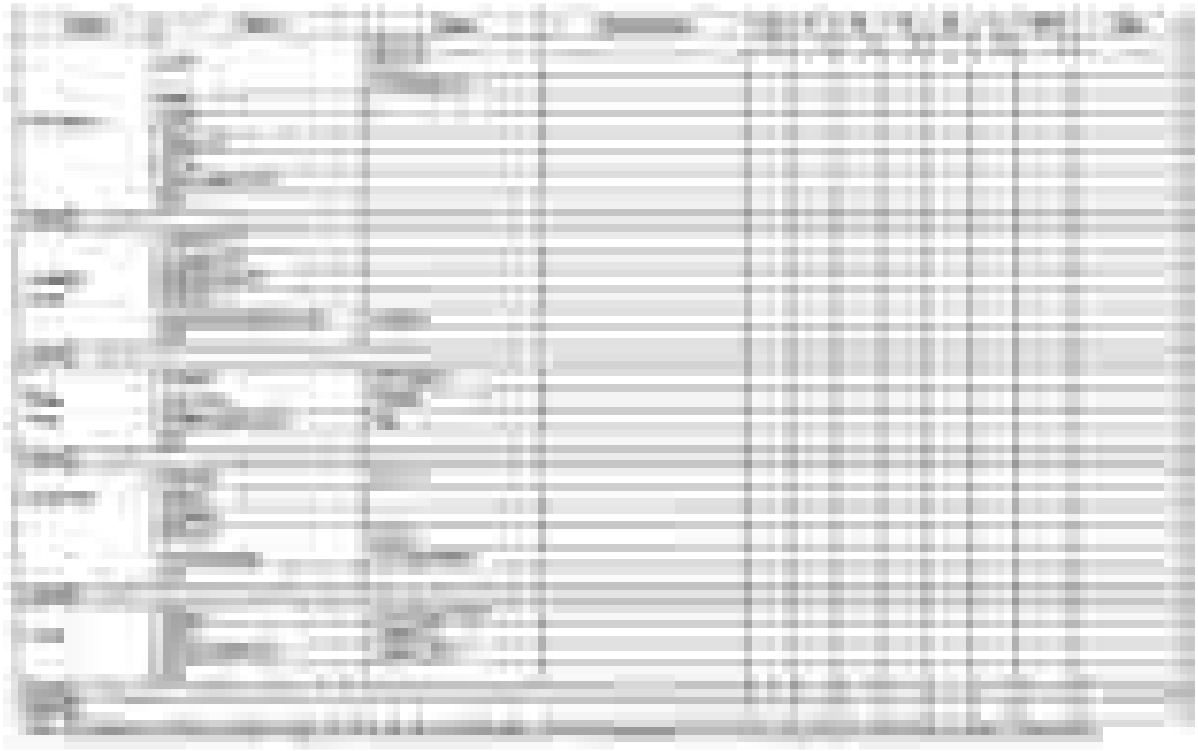


Tabla 5. Niveles abandono de los s. II-III d.C. en Cartagena

Nº	Ubicación	Referencia	Entidad restos	Cronología
1	C/ Morería Alta y Morería Baja ("Morería")	Egea *et alii.*, 2006: 34-35.	Instalaciones artesanales y decumano	Mediados-finales s. II d.C.
2	C/ Puertas de Murcia nos 8-10	Martín y Roldán, 1997b: 34-37.	Posible vivienda	Finales s. II – inicios s. III d.C.
3	C/ Mayor nº 41	Antolinos y Soler, 2010c: 442; Fernández Matallana, 2009: 142-144; Antolinos *et alii.*, 2002: 52.	Horno vidrio	Finales s. II – inicios s. III d.C.
4	C/ Aire nos 34-36, esquina Callejón de Estereros	Antolinos, 2003: 71; Antolinos y Soler, 2010b: 404	Edificios uso indeterminado y posible calzada	Finales s. II – inicios s. III d.C.
5	C/ Mayor esquina C/ Medieras	Matallana et alii., 2007: 141-142.	Vivienda	Finales s. II d.C.
6	Teatro Romano. Frente escénico	Ruiz Valderas y García Cano, 2001: 199-201.	Edificio público	Mediados s. II d.C.
7	Pórtico teatro romano	Ramallo y Ruiz Valderas, 2010b:	Edificio público	Segunda mitad s. II d.C.

		382-384; Ramallo *et alii.*, 2008: 119; Ramallo *et alii.*, 2006: 97.		
8	Edificio del atrio	Madrid *et alii.*, 2009: 232	Edificio público o semipúblico (transformado en su última fase en complejo de viviendas)	Mediados s. III d.C.
9	Molinete. Cata 39. C/ Aurora con C/ Ignacio García y cruce con C/ de la Torre.	Martínez Sánchez, 1999: 69	Indeterminado	Posible abandono mediados s. III d.C.
10	Área Foral	Noguera, 2003: 56-57; Noguera *et alii*., 2009: 222-224	Foro	Mediados s. III d.C.
11	Curia. C/ Adarve esquina C/ Maestro francés	Quevedo y García-Aboal, 2008: 627-632; Martín, 2006: 79-80; Ruiz Valderas y de Miquel, 2003: 273-274.	Edificio público y calzada	Finales s. II d.C.
12	*Tabernae* del foro. Plaza San Francisco	Noguera *et alii*., 2009: 248-250; Berrocal, 1997: 63-71; Berrocal, 1987: 137-142.	Edificio público[495]	Indeterminada[496]
13	*Augusteum*. Plaza San Francisco nº 15 y C/ Caballero nº 5	Fuentes, 2006: 150-152; Martín y Fuentes, 2006: 103-104.	Edificio público	Finales s. II – inicios s. III d.C.
14	*Augusteum* y *Porticus duplex*. C/ Caballero n^{os} 2-12	Noguera *et alii.*, 2009: 245; Noguera, 2002: 63-96; Lechuga, 2002: 200-203; De Miquel y Subías, 1999: 49-51;	Edificio público	Mediados s. III d.C.

[495] Aunque inicialmente fueron puestas en relación con un posible edificio comercial (de ahí el nombre de *tabernae*, Ramallo, 1999a: 14; Ramallo y Ruiz, 1998: 54-56; Ramallo, 1989: 87) en la actualidad nada parece reforzar dicha hipótesis. Al contrario, su situación como cierre meridional de la plaza pública y diversos paralelos con estructuras similares de otros *fora* (además de aspectos de tipo decorativo como la pavimentación con *opus sectile*) favorecen una interpretación distinta como edificio público destinado a servir de espacio de representación (Noguera *et alii*, 2009: 248-250).

[496] Si bien los materiales cerámicos recuperados, muy escasos, no permitieron sugerir una fecha para el abandono o el cese de actividad en las *tabernae*, cabe suponer una evolución paralela a los espacios públicos adyacentes, como las restantes intervenciones realizadas en la C/ San Francisco o el Augusteum, cuyo colapso definitivo no parece producirse hasta mediados del s. III d.C.

		Berrocal y De Miquel, 1999: 189.		
15	C/ Caballero n^{os} 7-9	Martínez Andreu, 1997a: 264-265.	Posibles edificio público y canalización relacionada con calzada	Mediados s. III d.C.[497]
16	C/ San Francisco n^{os} 16-22	Moro y Gómez Zamora, 2007: 102	Decumano secundario	Mediados s. III d.C.
17	C/ San Antonio el Pobre nº 5	Florido *et alii.*, 2007: 137-138, Martin y Roldán, 1997d: 41-51, San Martín, 1985b: 131-149	Calzada amortizada en parte por la construcción de una vivienda	Finales s. II – inicios s. III d.C.
18	C/ San Francisco, n^{os} 11 y 13	Trojan y Sánchez López, 2007: 133-135	Vivienda	Finales s. II – inicios s. III d.C.
19	C/ San Francisco nº 8	Bahamonde, 2009: 20-23, esp. nota 19; Méndez, 1997: 28-30; San Martin 1985b: 131-149	Decumano	Finales s. II – inicios s. III d.C.
20	C/ Campos nº 9	Hernández Ortega, 2008: 267	Posible edificio público	Finales s. II – inicios s. III d.C.
21	C/ Honda nº 17	Fernández Matallana *et alii.*, 2007: 125; Fernández Matallana, 2009: 144-146.	Vivienda (en la que tras su abandono se crea un horno de vidrio que presuntamente perdura hasta época tardía)	Finales s. II – inicios s. III d.C.
22	C/ Jara nº 26.	Fernández Matallana y Zapata, 2005: 285	Vivienda	Finales s. II – inicios s. III d.C.
23	C/ Jara nº 12	Ruiz Valderas, 1996: 503-512; Ruiz Valderas, 1998: 232-235.	Vivienda	Finales s. II – inicios s. III d.C.
24	C/ Jara, Palas y Cuatro Santos	Marín y de Miquel, 1999: p. 281	Vivienda	Incierto
25	C/ Palas n^{os} 5-7	Antolinos, 2006: 103	Conjunto termal privado asociado probablemente a	Segunda mitad s. II d.C.

[497] El abandono de este solar, fechado a finales del s. I d.C. es un buen ejemplo de cómo una revisión de los materiales puede modificar sustancialmente la cronología. La consulta de sus depósitos cerámicos para el desarrollo de un trabajo monográfico sobre una producción de lucernas a torno propias de la ciudad evidenció la existencia de TSA C, lo que nos permite llevar la datación de su última fase hasta mediados del siglo III d.C. (Quevedo, 2012b: 334).

			una vivienda	
26	C/ Cuatro Santos 40	Quevedo y Bermejo, 2012: 124-126; Vidal, 1997: 190; De Miquel y Vidal, 1991; Vidal y De Miquel, 1988.	Decumano y vivienda	Mediados s. III d.C.
27	C/ Cuatro Santos n^{os} 33-35. Niveles s. II-III d.C.	Ferrer, 2005: 272.	Posible vivienda	Finales s. II – inicios s. III d.C.
28	C/ Faquineto nº 1	Vidal y Fuentes, 2007b: 110	Vivienda	S. II d.C.
29	C/ del Parque nos 25-27	Fernández Matallana y Nadal, 2007: 121	Estructura indeterminada	Finales s. II – inicios s. III d.C.
30	C/ San Fernando y C/ Tahona	Fernández Matallana y Nadal, 2008: 280 (esp. nota 4)	Calzada y estructuras indeterminadas	Finales s. II d.C.
31	Callejón de San Esteban	Fernández Matallana *et alii.*, 2007: 130	Estructuras indeterminadas	Mediados s. III d.C.
32	Plaza del Sevillano nº 33	Fernández Azorín, 2008b: 271	Canalizaciones	Finales s. II – inicios s. III d.C.
33	C/ Serreta nº 3	Sintas y Martín, 1997: 175-185.	Vivienda	Finales s. II d.C.
34	C/ Serreta n^{os} 3-7 y C/ San Vicente n^{os} 10-18	Fernández-Henarejos *et alii.*, 2003: 64	Pórtico y calzada	Finales s. II – inicios s. III d.C.
35	C/ Serreta nº 9	Martínez Andreu, 1997b: 261-263	Cardo	Finales s. II d.C.
36	C/ Martín Delgado n^{os} 4-6	Fernández Azorín, 2008a: 270	Canalización	Finales s. II – inicios s. III d.C.
37	Plaza Serreta con C/ Beatas	Marín, 1997: 45; Marín, 2002: 309-312.	Posibles instalaciones industriales	Finales s. II d.C.
38	C/ Caridad esquina con C/ San Cristóbal la Corta	Martín y Roldán, 1997a: 161-174.	Vivienda y cardo	Finales s. II d.C.
39	C/ Caridad nº 12 esquina con C/ San Cristóbal la Corta	Conesa, 1997: 284-285.	Vivienda	Finales s. II – inicios s. III d.C.
40	C/ Beatas esquina C/ San Cristóbal la Corta	Rodríguez García y Hernández Ortega, 2008: 265	Posible área industrial. Horno y canalización	Finales s. II – inicios s. III d.C.
41	C/ San Cristóbal la Larga nº 34	García Lorca, 2007: 117	Estructura indeterminada	Finales s. II d.C.

42	C/ Beatas con C/ Roque y C/ San Cristóbal la Corta	Murcia, 2004: 58; Fernández Díaz *et alii.*, 2005: 131-134, Murcia, 2005: 189-190.	Vivienda, decumano y cardo.	Finales s. II – inicios s. III d.C.
43	C/ Ciprés nºs 3-5-7	García Lorca y Vidal, 2008: 260	Vivienda	Finales s. II d.C.*
44	C/ Roque – C/ Ciprés nº 7	Vidal *et alii.*, 2008: 188-189	Decumano	Mediados s. III d.C.
45	Plaza Risueño nº 12	Vidal y Fuentes, 2007a: 114	Área indeterminada. Posible calzada.	Finales s. II – inicios s. III d.C.
46	C/ Duque nº 2.	Izquierdo y Zapata, 2005: 282	Decumano	Finales s. II – inicios s. III d.C.
47	C/ Duque nºs 8, 10 y 12	Díez y Pecete, 2005a: 274	Dos viviendas y un decumano menor	Finales s. II d.C.
48	C/ Duque nºs 25-27 (*domus* de la Fortuna)	Martín y Vidal, 1997: 275-279; Martín *et alii.*, 2001: 41-48.	Vivienda y cardo	Finales s. II d.C.
49	C/ Duque nº 33	Láiz y Berrocal, 1991: 321-331; Láiz, 1997: 231.	Vivienda	Finales s. II d.C.
50	C/ Duque nºs 37-39	Suárez y Fernández Díaz, 2008a: 132; Suárez y Fernández Díaz, 2008b: 85-87.	Vivienda	Finales s. II d.C.
51	Plaza de la Merced nº 1 esquina C/ Duque	Fernández-Henarejos *et alii.*, 2005: 280	Posible zona comercial/artesanal y posible cardo	Finales s. II – inicios s. III d.C.
52	C/ Saura – Plaza de la Merced.	Chávet, 2005: 279	Decumano	S. III d.C. (sin precisar)
53	C/ Saura nº 29	Láiz y Ruiz Valderas, 1989: 857.	Vivienda	Finales s. II d.C.
54	C/ San Diego nºs 1-3	Martínez Sánchez, 2004; Berrocal, 2005b: 24	Decumano Máximo	Presumiblemente s. III d.C. (Sin matizar)
55	C/ Gisbert nº 1 y C/ Marango nº 2	López Rosique *et alii.*, 2003: 68	Posibles domus y decumano	Finales s. II d.C.*
56	PERI CA-4 (Zona verde y C/ Marango.	Madrid, 2007: 105	Vivienda	Segunda mitad s. II d.C.
57	PERI CA-4	Berrocal y de Miquel, 2003: 77; Madrid, 2004: 55-63; Madrid *et alii.*, 2005: 135-136, Madrid, 2005: 266; Madrid, 2008: 253	Viviendas, 5 cardos y 5 decumani (*domus* de Salvius: Madrid 2005 y 2008).	Finales s. II d.C.

58	Anfiteatro romano	Pérez Ballester *et alii*., 1995: 101	Anfiteatro	Primera mitad s. III d.C.

Tablas 6-11 páginas siguientes
Formato apaisado

Tabla. 12. Pecios identificados en el área de *Carthago Noua* entre época republicana y la Antigüedad Tardía.

s. II-I a.C.	s. I-II d.C.	s. III d.C.	S. IV-V d.C.
Bajo de la Campana 2	Bajo de la Campana 3	Isla Perdiguera	Cala Reona
Cartagena 1	Escombreras 3		Escolletes 1
El Capitán	Escombreras 4		Islas Hormigas
Escombreras 1			Playa de Poniente
Escombreras 2			Trincabotijas
Las Amoladeras			
Nido del Cuervo			
Punta de Algas			
San Ferreol			

Tabla 6. Contexto de la C/ Jara 12

Clase	Cerámica	Forma	Observaciones	TF	PC	B	F	A	I	NMI	Fig.
Cerámica Fina	Campaniense A	Lamboglia 31		1		1				1	
		Indeterminada		2			1		1	1	
	Paredes Finas	Cartagena		21	1	13	1	3	3	14	139.1
		Mayet 37		1				1		1	139.2
		Mayet 38		3		1	1		1	1	139.3
		Mayet 642 *similis*	Producción emeritense ?	1	1					1	139.4
		Indeterminada	Fragmento sello ilegible	54		1	4	1	48	4	
	TSI	Consp. 16.1		1		1				1	139.5
		Indeterminada		5			3		2	3	
	TSTI	Drag. 37	Decorada	1					1	1	139.6
	TSG	Drag. 18/31	Un fragmento sellado	3		2	1			2	139.8, 139.9
		Drag. 27	Tres fragmentos sellados (uno ilegible)	16	2	2	4		8	6	139.11, 139.12, 139.13
		Drag. 30	Decorada	2					2	1	139.7
		Drag.18/31-33 *similis*	Forma carenada	1		1				1	139.10
		Indeterminada		14		1	3		10	3	
	TSA A	Hayes 3C		4		4				4	140.1
		Hayes 6C		3		3				3	140.2
		Hayes 8A		12		10	1		1	10	140.3, 140.4
		Hayes 9B		1		1				1	
		Hayes 9A		21	1	16	1		3	17	140.5, 140.6
		Hayes 14A		1		1				1	140.7
		Hayes 16		2		2				2	140.8
		Hayes 18		1		1				1	
		Hayes 20		1	1					1	
		Indeterminada		41			8		33	8	
	TSH	Drag. 37		1		1			1	1	140.12
	TS Clara B	Clair-B 29		1		1				1	140.9
		Clair-B 104		1					1	1	140.10
	TS Lucente	Pernon 62 *similis*		1		1				1	140.11
	Cerámica vidriada	Gla-Ro 1a		1		1				1	140.13
		Indeterminada		1			1			1	140.14

	Producción no identificada	Pátera	Relieve interno	1		1				1	140.15
		Indeterminada		2		1	1			2	140.16, 140.17
S/Total				222						98	
Cerámica cocina	Cocina Itálica	Bats 6A	Cazuela	2		2				2	141.1
		Bats 7	Tapadera	2		2				2	141.2, 141.3
	Rojo Pompeyano	Goudineau 33		2		1			1	1	141.4
		Indeterminada		2			2			2	
	Cocina Egeo	Ágora G133		2		2				2	141.5, 141.6
	Cocina Africana	Hayes 23A		7	2	3			2	5	
		Hayes 23B		84	7	11	57		9	64	141.7, 141.8
		Hayes 181	Un fragmento categoría B	9	1	6	2			7	143.1, 143.2
		Hayes 195		1		1				1	142.8
		Hayes 196		110	4	52	6		48	56	142.4,142.5, 142.6, 142.7
		Hayes 197		82	3	28	11		40	31	142.1, 142.2
		Hayes 200		6			6			6	
		Ostia I, 270		1		1				1	142.3
		Uzita 48.1		6	1	1		1	3	2	143.3,143.4
		Indeterminada		23					23	1	143.5
	Cer. Reductora (ERW1)	Forma 2	Olla	11		7			4	7	144.1, 144.2
		Forma 3	Olla	57		19	8		30	19	144.3, 144.4
		Forma 4	Ollita	10		4			6	4	144.5, 144.6
		Forma 7	Tapadera	7		6	1			6	144.7
		Forma 8	Hervidor	17		2	5	3	7	5	145.1,145.2, 145.3
		Imitación H. 181	Plato / Cazuela	1		1				1	144.8
		Indeterminada		141		5	1		135	5	
S/Total				583						230	
	Cer. Com. Egeo	Ágora G188		4			1	1	2	1	145.4
	Cer. Com. africana	Bonifay 53	Jarra con filtro	2		2				2	145.5
	Cer. Com. gala	Cl-Rec 19c	Mortero	1	1					1	145.6
	Cer. romana pintada de tradición indígena	Abascal 19		1		1				1	146.1
		Tapadera		1			1			1	146.2
		Jarra con pico	Cuerpo muy chato	1		1				1	146.3
		Indeterminada		5		2		2	1	2	

Cerámica común	Cer. Oxidante "local" (ERW3)	Forma 1	Cuenco borde vuelto	12		12				12	146.4,146.5, 146.6,146.7, 146.8
		Forma 2	Plato	1			1			1	
		Forma 6	Cuenco con pitorro	16		8	1	1	6	8	147.1
		Forma 7	Cuenco	1		1				1	147.2
		Forma 11	*Urceus*	21		18		1	2	18	147.3,147.4, 147.5
		Urceus Cartagena		59	1	14	26	2	16	15	148.1
		Forma 13	Jarrita	20		15	1		4	15	148.4, 148.5
		Forma 18	Envase transporte ?	2		2				2	148.7, 148.8
		Peluis Cartagena		3	2	1				3	149.1, 149.2
		Ficha recortada		1	1					1	
		Indeterminada.		954		13	3	27	909	13	148.2,148.3, 148.6, 148.9. 150.1,150.2, 150.3,150.4, 150.5,151.1, 151.2
S/Total				1105						98	
Ánforas	Hispánicas	Dr. 2-4 tarraconense		1		1				1	151.3
		Oliva 3 ?		1		1				1	151.4
	Indeterminadas			280		4	9	11	246	9	
S/Total				282						11	
Lucernas	Africanas	Deneauve VII	Sello *LMVNSVC*	20			1	1	18	20	151.5,151.6, 151.7
		Deneauve VIII ?		1					1	1	151.8
	Locales a torno	Tipo 1A	Producción local	2					2	2	151.9
S/Total				23						23	
TOTAL				**2215**						**460**	

Tabla 7. Contexto de la *domus* de la Fortuna (C/ Duque nº 25-27)

Clase	Cerámica	Forma	Observaciones	TF	C	B	F	A	I)	NMI	Fig.
Cerámica Fina	Campaniense A	Camp. A Indet		6		2			4	2	
	Campaniense B/B-oide	Lamboglia 5		1			1			1	
	Paredes finas	Cartagena		7	1	2			4	3	164.1,164.2
		Mayet 12		1		1				1	
		Mayet 24		3					3	1	
		Mayet 37		1		1				1	164.3
		Mayet 38		1		1				1	
		Indeterminada		24		5	1		18	5	164.4
	TSI	Indeterminada		3		2			1	2	
	TSG	Drag. 18/31	Firma *L.TER.SECVN*	2		1	1			2	164.5,164.6
		Drag. 27	Firma *COSR[*	7		5	2			5	164.8,164.9, 164.10, 164.11, 164.12
		Drag. 35		2		2				2	164.13
		Drag. 37		3	1	2				3	164.14
		Similar Drag.18/31-33				1				1	164.7
		Indeterminada		38		6	23		9	23	164.15
	TSA A	Hayes 3B		6		5			1	5	164.16
		Hayes 8A		2		2				2	164.17
		Hayes 9A		9	1	4	2		2	5	165.1
		Hayes 9B		6	1	4			1	5	165.2,165.3, 165.4,165.5
		Hayes 14A		6	2	8				10	165.6,165.7
		Hayes 14B		5		5				5	165.8
		Hayes 16		6	1	5				6	165.9, 165.10, 165.11, 165.12, 165.13
		Hayes 27		5		5				5	
		Hayes 31		1	1					1	165.15
		Cuenco	Forma nueva	1	1					1	166.1
		Indeterminada		22			8		13	8	166.2,166.3,

											166.4
	TSA A/D	Hayes 18		1	1					1	165.14
	Vasos plásticos africanos	*Ampulla olearia* Carandini 1970, fig.12	Decoración cinegética	1		1				1	
		Salomonson 1980 fig.19-20	Cabecita barbada	1		1				1	166.5
	TSH	Drag. 33		1		1				1	166.6
		Indeterminada	Fragmento con decoración	2		1			1	2	166.7,166.8
S/Total				173						112	
	Cocina Itálica	Bats 6		1		1			1	1	167.3
		Bats 7		2		2				2	167.1,167.2
		Indeterminada		6			4		2	4	
	Rojo Pompeyano	Goudineau 28		3		3			3	3	167.4,167.5, 167.6
	Cocina Egeo	Agora J57		1		1				1	167.7
		Indeterminada		1		1				1	167.8
	Cocina Levante	Beirut cooking pot 2		1		1				1	167.9
	Cocina Africana	Atlante CVII, 12	Cazuela	1		1				1	170.5
		Hayes 23A		11	2	1			8	3	168.1
		Hayes 23B		86	1	54	10		21	55	168.2 hasta 168.9
		Hayes 181		7		7				7	174.1
		Hayes 182		14		13			1	13	173.9
		Hayes 185 ?		2		2				2	173.5,173.6
		Hayes 195		1		1				1	173.10
		Hayes 196		132		116	10		6	116	171, 172, 173.1 hasta 173.4
		Hayes 197		108	1	61	21		25	62	169, 170.1 hasta 170.4
		Hayes 198		1	1					1	170.7
		Hayes 200		2		1	1			2	174.2,174.3
		Ostia I, 264		3		3				3	173.11, 173.12, 173.13
		Ostia III, 269		1		1				1	170.6
		Tapadera tardía ?		1		1				1	173.8
		Uzita 48.1		8		1		2	5	2	174.4

		Indeterminada		58		11	36		12	36	173.7
	Cer. Reductora (ERW1)	Forma 2		13		13				13	175.1,175.2
		Forma 3		51		24	2		25	24	175.3 hasta 175.8
		Forma 7		4	1	3				4	183.3
		Forman 8		8				8		8	
		Indeterminada		4					4	1	
	Cer. Reductora no identificada	Olla		1		1				1	175.9
S/Total				532						371	
Cerámica común	Cer. Com. Egeo	Ágora G188		1		1				1	
	Cer. Com. africana	Bonifay 50		31		1			30	1	
	Cer. Romana pintada de tradición indígena	Abascal 19	Tres posibles fondos	4	1		3			4	98.3, 179.8, 179.9, 179.10
		Indeterminada		14					14	1	
	Cer. Oxidante "local" (ERW3)	Forma 1	Un posible fondo	5		3	1		1	3	176.1,176.2, 176.3, 179.11
		Forma 11		19		12		7		19	176.4,176.5, 176.6,176.7
		Urceus Cartagena		8		8				8	176.8,176.9
		Forma 13		7		2		5		7	177.3,177.4
		Forma 18		2		2				2	177.1
		Pátera	Mango decorado con cabeza de carnero	1		1				1	177.5
		Peluis Cartagena		2		2				2	177.2
		Indeterminada		178		13	23	12	130	23	178, 179
S/Total				272						72	
Ánforas	Hispánicas	Dr. 7-11		2		2				2	180.1
		Dr. 28 ?		1		1				1	180.3
		Haltern 70 ?		1		1				1	180.2
		Matagallares IC		1		1				1	180.4
	Galas	Gauloise 3		1		1				1	180.6
		Gauloise 4		3		3				3	180.5
	Oriental ?			1		1				1	180.7
	Indeterminadas			144	1	2	3	5	134	10	180.8,180.9, 181.1

S/Total				154						20	
Lucernas	Africanas	Deneauve VII	Firmas *CMEVPO, LVCCEORV[, STERCEI*	30	1	4	4	2	16	27	181.2,181.3, 181.4
		Deneauve VIII		3		3				3	
		Lucerna plástica	Forma bulbo	1		1				1	181.5
	Locales a torno	Tipo 1A		2			2			2	
S/Total				36						33	
TOTAL				**1167**						**607**	

Tabla 8. Contexto de la C/ Cuatro Santos nº 40

Clase	Cerámica	Forma	Observaciones	TF	C	B	F	A	I	NMI	Fig.
Cerámica Fina	Campaniense A	Morel 5/7a		1		1				1	
	TSG	Indeterminada	Drag. 27? Sello ilegible	1			1			1	191.1
	TSA A	Hayes 15		1	1					1	193.2
		Hayes 17A		1	1					1	193.1
		Hayes 27		1			1			1	191.4
		Hayes 31		1	1					1	193.3
		Hayes 160		1			1			1	191.3
		Ostia III, 156		1		1				1	191.2
		Indeterminada		3			2		1	2	
	TSA C	Hayes 48A		1	1					1	193.4
		Hayes 50A		1	1					1	193.5
S/Total				13						12	
Cerámica cocina	Cocina Egeo	Ágora J57		1		1				1	194.1
	Cocina Africana	Hayes 23B		3		3				3	194.2
		Hayes 181		1		1				1	194.8
		Hayes 196		3		3				3	194.4,194.5, 194.6
		Hayes 197		1		1				1	194.3
		Ostia I, 261		1		1				1	194.7
S/Total				10						10	
	Cer. Com. africana	Bonifay 50		1	1					1	195.2
		Bonifay 52 ?		1		1				1	195.3
		Mortero		1		1				1	195.1

Cerámica común	Cer. Oxidante "local" (ERW3)	Forma 1	Cuenco borde vuelto	1		1				1	195.5
		Forma 7	Cuenco	2	2					2	196
		Urceus Cartagena		1		1				1	
		Peluis Cartagena		1		1				1	195.6
		Indeterminada.	Pieza arquitectónica?	1	1					1	195.4
S/Total				9						9	
Lucernas	Africanas	Deneauve VII		1	1					1	198.1
		Deneauve VIII ?		1				1		1	198.2
S/Total				2						2	
TOTAL				**34**						**34**	

Tabla 9. Contexto de la curia (manzana nº 17 del PERI-CA 1).

Clase	Cerámica	Forma	Observaciones	TF	C	B	F	A	I	NMI	Fig.
	Cer. helenística de relieves			1			1			1	
	Cer. gris ampuritana			1					1	1	
	Campaniense A	Lamboglia 1		1		1				1	
		Lamboglia 28		1		1				1	
		Lamboglia 31		1			1			1	
		Indeterminada		1					1	1	
	Paredes Finas	Cartagena		50	1	14	17	2	16	16	220.1
		Mayet 2		1		1				1	
		Mayet 2/3		1		1				1	
		Mayet 37		3		2			1	2	
		Mayet 38		2		1			1	1	
		Indeterminada		134		4	20	3	107	20	
	TSI	Indeterminada		3		2	1			2	
	TSG	Drag. 18/31		19	1	16			2	17	220.3, 220.4, 220.5,220.6
		Drag. 24/25		3		2	1			3	220.10, 220.11, 220.12
Cerámica Fina		Drag. 27	Tres sellos ilegibles, otros: *OFDARIO*,*O.L.OF*, *OF.N[*	38	10	23	4		1	33	221.1 hasta 221.9

		Drag. 29		2		1			1	1	220.13
		Drag 33		1		1				1	220.8
		Drag. 36		1		1				1	
		Drag. 37		1		1				1	220.14
		Ritt. 8		1		1				1	220.2
		Marmorata Indet.		1					1	1	
		Indeterminada	siete sellos ilegibles, entre ellos *OEA(?)*, además de *OFCEL[*,	33		4	15		13	15	220.7, 220.9, 220.15, 220.16, 221.10
	TSA A	Hayes 3B		1		1				1	
		Hayes 3C		13	2	11				13	221.11
		Hayes 6C		13	1	12				13	
		Hayes 8A		4		4				4	
		Hayes 8B		3		3				3	
		Hayes 9A		20		19			1	19	
		Hayes 9B		19		19				19	
		Hayes 14A		37	1	28	1		7	29	
		Hayes 14B		10		10				10	
		Hayes 16		25		8	4		13	8	221.12, 221.13
		Hayes 22		1		1				1	121.16
		Hayes 27		9		1	1		7	1	
		Hayes 126		4		2	1		1	3	221.15
		Hayes 138		1	1					1	221.18
		Hayes 140B		1					1	1	221.19
		Pallarés 26 A bis		1					1	1	221.17
		Indeterminada	5 fragmentos decorados	107		1	60	1	45	60	221.14
	TSA D	Indeterminada		8					8	1	
	TSH	Drag. 37		2	1	1				2	222.1
		Indeterminada		4			1		3	1	
	Cerámica vidriada	Desbat 1986, Pl 4.5		1		1				1	222.2
	Vasos plásticos orientales	Indeterminada		1					1	1	77c
	Producción no identificada	Indeterminada		11		2	4		5	4	
S/Total				596						320	
	Cocina Itálica	Bats 6		15		5	3		7	5	222.3,222.4
		Bats 7		12		11			1	11	

		Indeterminada		3		1	1		1	1	
	Rojo Pompeyano	Goudineau 28		3		3				3	222.5
		Goudineau 33		2		2				2	222.6
		Indeterminada		1					1	1	
	Cocina Africana	Hayes 23A		19	2	17				19	223.1
		Hayes 23B		393	10	141	231		11	241	223.2,223.3
		Hayes 131		1		1				1	225.1
Cerámica cocina		Hayes 181		68		21	44		3	44	
		Hayes 182		30		22			8	22	224.2,224.3, 224.4,224.5
		Hayes 184		2		2				2	223.7
		Hayes 193		1		1				1	223.6
		Hayes 195		5		5				5	
		Hayes 196		565		313	52		200	313	224.1
		Hayes 197		698	4	218	154		322	222	223.4,223.5
		Hayes 200		82		16		5	61	16	225.2
		Ostia I, 264		2		2				2	
		Ostia I, 270		2		2				2	
		Uzita 48.1		17		3	2	1	11	3	224.6
		Villa-Roma 5.39		1		1				1	
		Indeterminada		42		3		4	35	4	
	Cer. Reductora (ERW1)	Forma 2		19		17			2	17	
		Forma 3		129		63			66	63	225.3,225.4
		Forma 4		3					3	1	
		Forma 7		36		32	4			32	
		Forma 8		57		16		9	32	16	
		Forma 10 (Huguet)		2		2				2	225.5
		Indeterminada		93			2		91	2	
	Cer. tosca tardía	Indeterminada		6		6				6	
S/Total				2311						1060	
	Cer. Com. Egeo	Ágora G188		31	1	3		2	25	4	226.6
	Cer. Com. africana	Bonifay 50		21		1	3	2	15	3	226.7
	Cer. Com itálica	Mortero indet.	Muy deteriorados	5		3			2	3	
		Similis Pavolini 2000, fig. 69, nº 183	Oriental?	1			1			1	226.8
	Cer. romana pintada de tradición indígena	Abascal 19		12		2			10	2	

		Indeterminada		5		1			4	1	
Cerámica común	Cer. Oxidante "local" (ERW3)	Forma 1		59		21			38	21	226.1,226.2, 226.3
		Forma 2		7		5	1		1	5	226.4
		Forma 6		16		15			1	15	
		Forma 7		4		4				4	
		Forma 11		77		32		25	20	32	226.7,226.8
		Urceus Cartagena		130		35	18	37	40	37	226.5,226.6
		Forma 13		47		18	2	6	21	18	227.1,227.2, 227.3
		Forma 18		2		2				2	
		Peluis Cartagena		17		12	3		3	12	
		Ficha recortada		7	3	4				7	
		Ungüentario ?		3			2		1	2	227.4
		Indeterminada.		798		39	46	32	681	46	227.5,227.6
	Cer. Moderna	Sin especificar		16	1	2	6	2	5	7	
S/Total				1258						222	
Ánforas	Africanas	Indeterminada		16			1		15	1	
	Hispánicas	Beltrán 2B	Arranque asa	1		1				1	
		Dr. 2-4		3		2		1		2	227.7
		Dr. 7-11		5		4	1			4	
		Haltern 70		2		2				2	
		Mañá C	Tipo Ct 1	16		1			15	1	
		P.E. 25		6		2			5	2	
		Indeterminada		4			1	3		1	
	Itálicas	Dr. 1A		1		1				1	
		Dr. 2-4		7		1		6		3	
		Lamboglia 2		13					13	1	
		Indeterminada	Pivote con Sello *LDS*.	20			2	2	16	2	227.8
	Lusitanas	Almagro 50		1		1				1	
	Indeterminadas	Tapaderas		6	2	4				6	
		Fichas recortadas	Una con restos de yeso	8	3	5				8	
		Indeterminadas		795		2	4	13	776	13	227.9
S/Total				904						49	
Lucernas	Itálicas	Loeschcke IC		2		2				2	
	Africanas	Deneauve VII	Sellos *M.NOV.IVST*, *IVNI ALEXI*,	47		13	5	8	21	47	227.10, 227.11

	A torno	Tipo 1A		30	2	4	14		10	16	
S/Total				79						65	
TOTAL				**5148**						**1716**	

Tabla 10. Contexto del cardo O de la *domus* de la Fortuna (C/ Duque n^{os} 25-27).

Clase	Cerámica	Forma	Observaciones	TF	C	B	F	A	I	NMI	Fig.
Cerámica Fina	Campaniense A	Indeterminada		5		2			3	2	
	Campaniense B/B-oide	Indeterminada		1					1	1	
	Paredes Finas	Cartagena		5		5				5	
		Cáscara de huevo		1					1	1	
		Mayet 38		1		1				1	233.1
		Indeterminada		12			1		11	1	
	TSG	Drag. 27		6		1			5	1	
		Ritt. 8		1		1				1	233.2
		Indeterminada		9		2	1		6	2	
	TSA A	Hayes 3C		3		3				3	233.3
		Hayes 6C		2		2				2	233.4
		Hayes 8A		5		4			1	4	233.5
		Hayes 9A		3		3				3	233.6
		Hayes 14A		19		19				19	
		Hayes 14B		6		6				6	
		Hayes 16		9		9				9	
		Hayes 27		16		5			11	5	
		Atlante LXXII, 2		1	1					1	233.7
		Indeterminada		12		2	3		7	3	
	TSA C	Indeterminada		3			1		2	1	
	Vasos plásticos orientales	*Anus ebria*		1			1			1	240a
	Producción no identificada	Indeterminada	Borde engobe similar TS Clara B	3		3			3	3	233.8
S/Total				124						75	
	Cocina Itálica	Sartén Celsa 84.13596		1		1				1	234.1
		Indeterminada		21			8		13	8	
	Rojo Pompeyano	Indeterminada		7			7			7	
	Cocina Africana	Hayes 23A		7		7				7	234.2

Cerámica cocina		Hayes 23B		35	5	26	4			31	234.3, 234.4
		Hayes 131		6		6				6	
		Hayes 181		13		13				13	
		Hayes 182		16		16				16	
		Hayes 185	Tapadera Pupput 1 ?	1		1				1	235.3
		Hayes 196		151		131	20			131	235.1, 235.2
		Hayes 197		54		54				54	234.5
		Hayes 200		7		7				7	235.4
		Ostia I, 264		9		9				9	
		Ostia I, 270		10		10				10	234.6
		Ostia II, 312		4		4				4	
		Uzita 48.1		50	2			1	47	3	235.5
		Indeterminada		286		4	54		228	54	
	Cer. Reductora (ERW1)	Forma 2		7		7				7	235.6
		Forma 3		14		13			1	13	235.7
		Forma 7		2		2				2	235.8
		Forma 8		3				3		3	
	Cer. tosca tardía	Tipo 2		4		2		2		2	
		Tipo 4		4		2	2			2	
		Indeterminada		9		7			2	7	
S/Total				721						398	
Cerámica común	Cer. Com. africana	Bonifay 50		5		5				5	236.1
	Cer. romana pintada de tradición indígena	Abascal 19		1		1				1	236.2
		Kalathos		1		1				1	
		Indeterminada		2					2	1	
	Cer. Oxidante "local" (ERW3)	Forma 1		17		17				17	236.3,236.4, 236.5
		Forma 6		15		15				15	
		Forma 7		1		1				1	
		Forma 9		1		1				1	
		Forma 11		13		12		1		12	236.6, 236.7
		Urceus Cartagena		14		13			1	13	
		Forma 13		1		1				1	
		Peluis Cartagena		11		11				11	
		Indeterminada	Con grafito *MVRTI[*	455		35	81	19	320	81	236.8
	Producción no identificada	Indeterminada.	1 Rallador	86	1		16	25	44	17	243

	Cer. Moderna	Sin especificar		6		4			2	4	
S/Total				629						181	
Ánforas	Hispánicas	CC. NN.		1		1				1	237.1
		Dr. 14		1		1				1	237.2
		P.E. 25		8		1			7	1	237.3
	Galas	Gauloise 3		1		1				1	237.4
		Gauloise 4		1		1				1	237.5
	Itálicas	Lamboglia 2		1		1				1	237.6
		Indeterminada		1			1			1	
	Lusitanas	Almagro 51c		2		2				2	237.7, 237.8
	Orientales	Kapitän 1		1		1				1	237.9
		Indeterminada	Oriental ?	1		1				1	237.10
	Indeterminadas	Indeterminadas	1 borde P.E. 17 ?	182		1	3	29	149	29	237.11
S/Total				200						40	
Lucernas	Itálicas ?	Indeterminada	Sello *]¿N?DION*	1		1	1			1	238.1
	Africanas	Deneauve VII	Sello *VICTORIS*	53	5	6	9	16	17	53	238.2-6, 239.1-3
		Deneauve VIII	Sello *]¿C?EI*	4		3	1			4	239.4-7
		Indeterminadas	Sello *]SEM*	1			1			1	239.8
	A torno	Tipo 1A		9	5		4			9	
		Tipo 1B		2	2					2	239.10-11
S/Total				70						70	
TOTAL				**1744**						**764**	

Tabla 11. Contexto de la *uilla* de Portmán (estanque 2).

Clase	Cerámica	Forma	Observaciones	TS (TF)	C (compl)	R (B)	B (Ba)	H (A)	S (Inf)	MNV (NMI)	Fig.
	Campaniense B/B-oide	Indeterminada		1			1			1	
	Paredes Finas	Cartagena		23		7	6	3	7	7	272.1-272.5
		Mayet 21 ?		1		1				1	272.6
		Mayet 34		1			1			1	272.7
		Mayet 37		1		1				1	272.8
		Mayet 38		6	1	3		1	1	4	272.9-12
		Indeterminada		4		1		2	1	2	

Cerámica Fina	TSI	Conspectus 13.2		1		1				1	272.13
	TSG	Drag. 15		2		2				2	
		Drag. 18/31	Sello *MARTI[*, *OFSVLPICI*	5		3	2			3	272.14-16
		Drag. 27	1 sello ilegible	14	3	7	1		3	10	273.1-273.4
		Drag. 29	Frags. inf. decorados	4		2			2	2	
		Drag. 33B		1		1				1	273.7
		Drag. 35		1		1				1	273.8
		Drag. 36		1		1				1	
		Drag. 37	Frags. inf. decorados	10		1	1		8	1	
		Ritt. 8		1		1				1	
		Ritt. 24/25		4	1	2			1	3	273.5-6
		Indeterminada	Sellos *C.IV[*, *PRIVA[*, varios frag. decorados	26		3	6		17	6	272.17-18, 273.9
	TSA A	Hayes 3B		3		3				3	
		Hayes 3C		3		3				3	273.10-11
		Hayes 5A		3		3				3	273.12-13
		Hayes 6B		11	1	10				11	274.1-7
		Hayes 7B	Fragmento decorado	1					1	1	
		Hayes 8A		7		6			1	6	274.8-9, 275.1-2
		Hayes 8B		2		2				2	
		Hayes 9A		2		1			1	1	
		Hayes 9B		2		2				2	
		Hayes 14A		4		4				4	275.3-4
		Hayes 14B		13	3	10				13	275.5-13
		Hayes 15		6		6				6	276.1-5
		Hayes 16		4	3	1				4	276.6-9
		Hayes 19		1	1					1	277.1
		Hayes 27		3		2	1			2	277.4
		Hayes 160		1		1				1	277.6
		Cuenco	Forma nueva (= domus Fortuna)	1		1				1	277.5
		Pallarés 26A		1		1				1	277.7
		Atlante LXXII, 2		1		1				1	277.3
		Indeterminada	1 frag. con dec. aplicada	19		2	10		7	10	277.2
	TSH	Drag. 15/17		2		2				2	277.11-12

		Ritt. 8 ?		1		1				1	277.10
		Fondo indeterminado	1 con grafito interno	2			2			2	277.8-9
	TS Clara B	Desbat 1a		1		1				1	278.1
		Desbat 16		2		2				2	278.3
		Desbat 68		1		1				1	278.2
	Cerámica vidriada	Copa indet.		2			1		1	1	278.4
	Vasos plásticos orientales	Indeterminada	Relive zoomorfo?	1					1	1	278.5
	Cerámica corintia	Malfitana 1		4	3	1				4	278.6-8
	Producción no identificada	Imitación Drag. 27		2		2				2	279.1-2
S/Total				213						142	
Cerámica cocina	Cocina Itálica	Bats 7		1		1				1	279.3
	Cocina Levante	Cooking-pot 2		1		1				1	279.4
	Cocina Africana	Hayes 23A		5	1	4				5	279.5-7
		Hayes 23B		17	1	14			2	15	279.8-10, 280.1-5
		Hayes 131		2		1		1		1	284.3
		Hayes 181		3	1	2				3	284.5-6
		Hayes 183		1		1				1	284.1
		Hayes 184B		1		1				1	284.2
		Hayes 195		2		2				2	283.8
		Hayes 196		43		35	7		1	35	282, 283.1-6
		Hayes 197		34	2	27	1		4	29	280.6-9, 281
		Hayes 200		6		3	1	2		3	284.4
		Ostia I, 270		3		3				3	
		Tapadera Rosas 2624		1		1				1	283.7
		Uzita 48.1	Un asa producción diversa	3		1		2		3	284.7-9
		Marmita ?		1		1				1	284.10
		Indeterminada		1		1				1	284.11
	Cer. Reductora (ERW1)	Forma 1		6		5	1			5	285.1-4
		Forma 2		21		21				21	285.5-12
		Forma 3		3		3				3	286.1-2
		Forma 4		4		4				4	286.3-4
		Forma 7		11	2	8	1			10	286.5-6
		Forma 8	Un fragmento ép. flavia	17		5	5	4	3	5	286.7-10
		Indeterminada		3			1		2	1	286.11

	Cer. mica plateada	Ollas		20		14			6	14	287.1-9
	Prod. No identificada	Cazuela/Fuente ?	Trazas fuego exterior	1		1				1	287.10
S/Total				211						170	
Cerámica común	Cer. Com. africana	Bonifay 50		10		5	2	3		5	288.3-6
		Bonifay 3 ?		1		1				1	289.2
		Quemaperfumes		1		1				1	289.1
		Uzita 2		1		1				1	288.8
		Bonifay 48		1		1				1	288.7
		Indeterminada		9			1		8	1	
	Cer. com. Ital.	Dramont D2	Sello *C. CALPETANI / [VIC]TORINI*	1		1				1	288.1
		Similis Pavolini 2000, fig. 69, nº 189		1			1			1	288.2
	Cer. romana pintada de tradición indígena	Abascal 19		5		2	1			2	289.3
	Cer. Oxidante "local" (ERW3)	Forma 1		23		19	4			19	289.4, 290
		Forma 3		6		6				6	291.1-4
		Forma 6		21		21				21	291.5-8
		Forma 7		1		1				1	292.1
		Forma 8	Sartén?	1		1				1	292.3
		Forma 9		4		4				4	292.2
		Forma 11		23		20		3		20	292.4-8
		Urceus Cartagena		21		8	11		2	11	293
		Urceus doble asa		5		5				5	294.1-4
		Forma 12		1		1				1	292.9
		Forma 13		6		3			3	3	294.5
		Forma 18		12		12				12	295
		Ficha recortada		3		3				3	297.4
		Peluis Cartagena		3	1	1	1			2	297.1-2
		Trulla Cartagena	Con mango decorado	5		1	1	4		5	296
		Indeterminada	Varios tipos de tapadera	21		7	2	4	8	7	294.6-9, 297.3-7, 298.1-2
	Producción no identificada	*Dolium*		2		2	1			2	299.5-7
		Quesera ?	ERW3 ?	7		6			1	6	299.1-4
		Soporte piezas horno ?		4	4					4	298.5-8
		Tapadera		14	2	8	3		1	10	298.3-4

		Indeterminada.		105		15	35	21	34	35	300.1-6
S/Total				318						192	
Ánforas	Hispánicas	Dr. 2-4 bética		1		1				1	300.1
		Matagallares IC		1		1				1	301.1
		Dr 2-4 Denia ?		2		2				2	301.4-5
		P.E. 25 ?		2		2				2	301.2-3
		Portmán 1	Prod. Local ?	3		3				5	302
		Portmán 2	Prod. Local ?	5		5				3	303.1-5
		Portmán 3	Prod. Local ?	2		2				2	303.6-7
		Indeterminada		3				3		3	
	Galas	Gauloise 4		14		8	3	3		8	304
	Lusitanas	Almagro 50 / Keay XVIA		2		2				2	305.1-2
		Almagro 51 a-b ?		1		1				1	305.3
		Almagro 51c	1 frag. con dudas	3		3				3	305.4
		Dr. 14		1		1				1	305.5
	Orientales	Agora F65/66		1			1			1	306.1
		Carrot amphora ?		1		1				1	306.2
	Africanas	Dressel 30 / Keay IA		1		1				1	306.3
		Africana IIA		8		6	2			6	306.4-7
		Africana IIB		1		1				1	306.8
		Indeterminada		4				2	2	1	
	Producción no identificada	Tapaderas ánf.		2	2					2	308.10-11
		Indeterminadas		146		19	18	3	106	19	308.1-9
S/Total				204						66	
Lucernas	Africanas	Deneauve X	Sello *[N]?*	1			1			1	309.1
		Deneauve VII		18		13		5		18	309.2-7
		Deneauve VIII		7		7				7	309.9
	Producción local?	Imitación Den. VII	ERW3?	1	1					1	309.8
S/Total				27						27	
TOTAL				**973**						**597**	

ANEXO II

FIGURAS

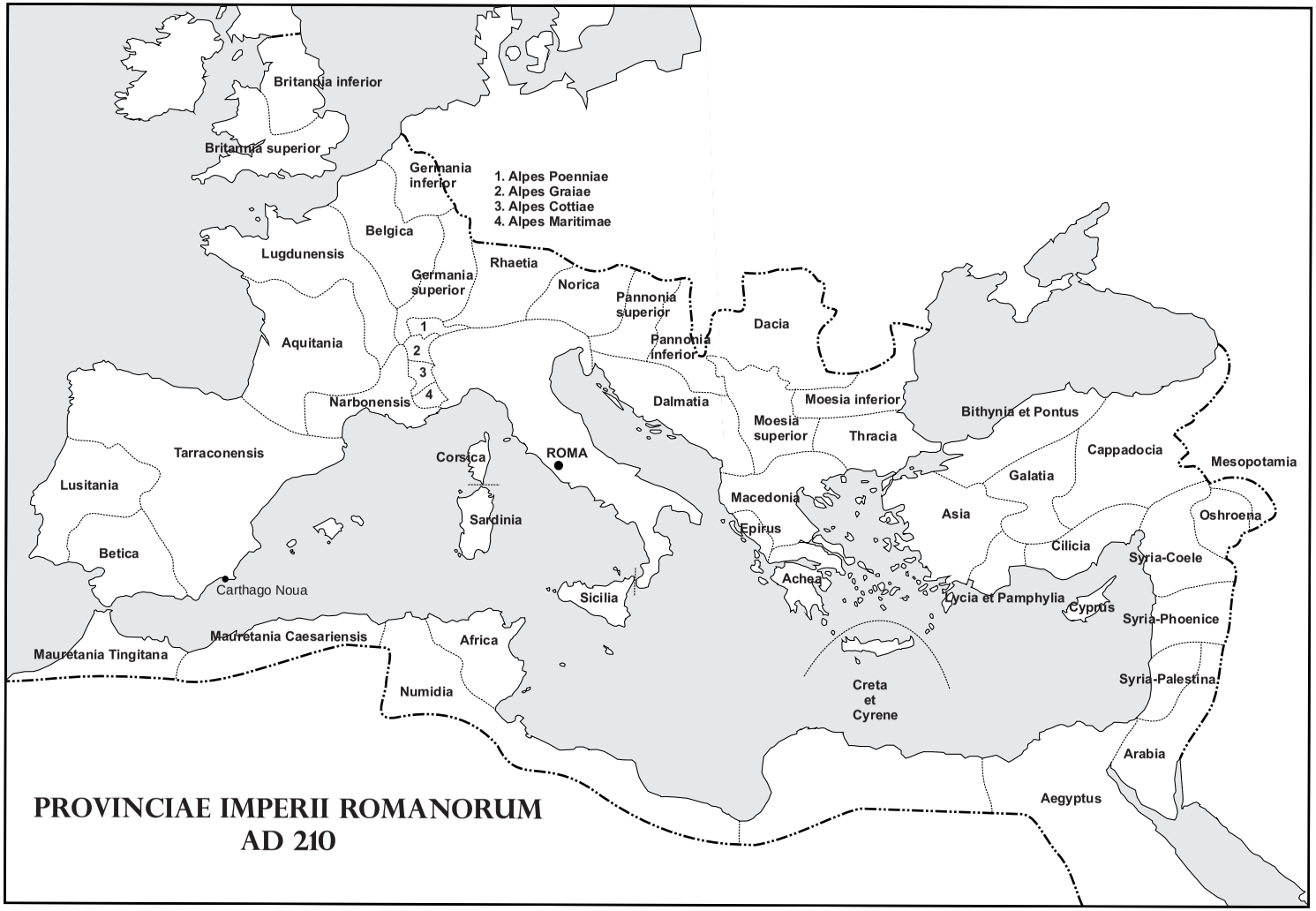


Fig. 1. El Imperio Romano a comienzos del s. III d.C.

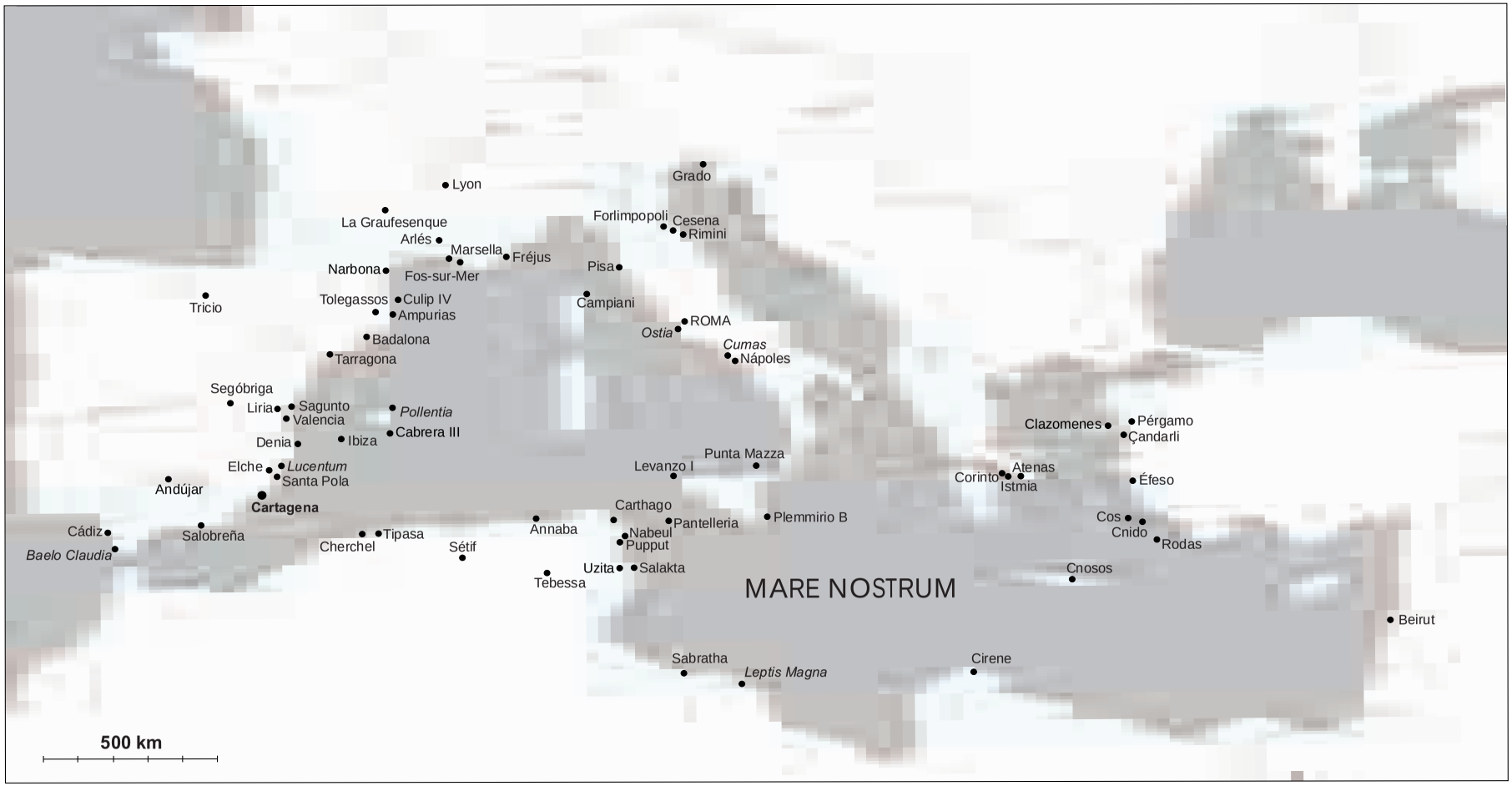


Fig. 2. Principales ciudades y yacimientos mencionados en el texto.

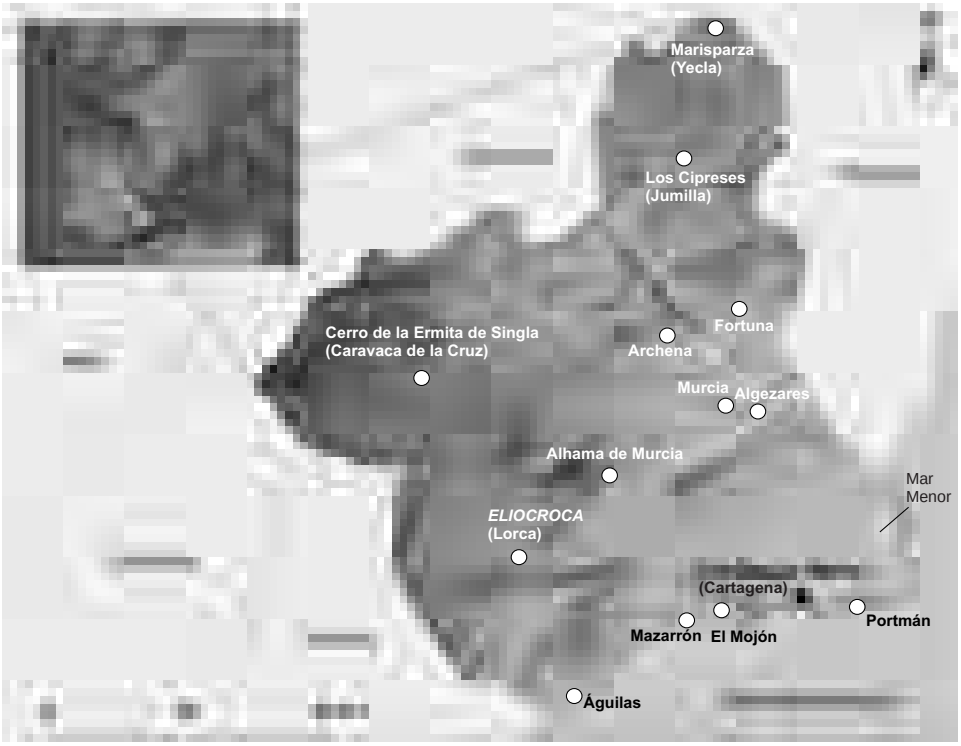


Fig. 3. Principales enclaves de la Región de Murcia recogidos en el texto de los que se citan y/o estudian materiales cerámicos.



Fig. 4. La antigua Cartagena, ubicada al fondo de una profunda bahía, se erguía sobre un tómbolo de tierra protegido al Norte por una laguna de aguas someras; características topográficas que junto a su puerto le conferían un excepcional valor estratégico.

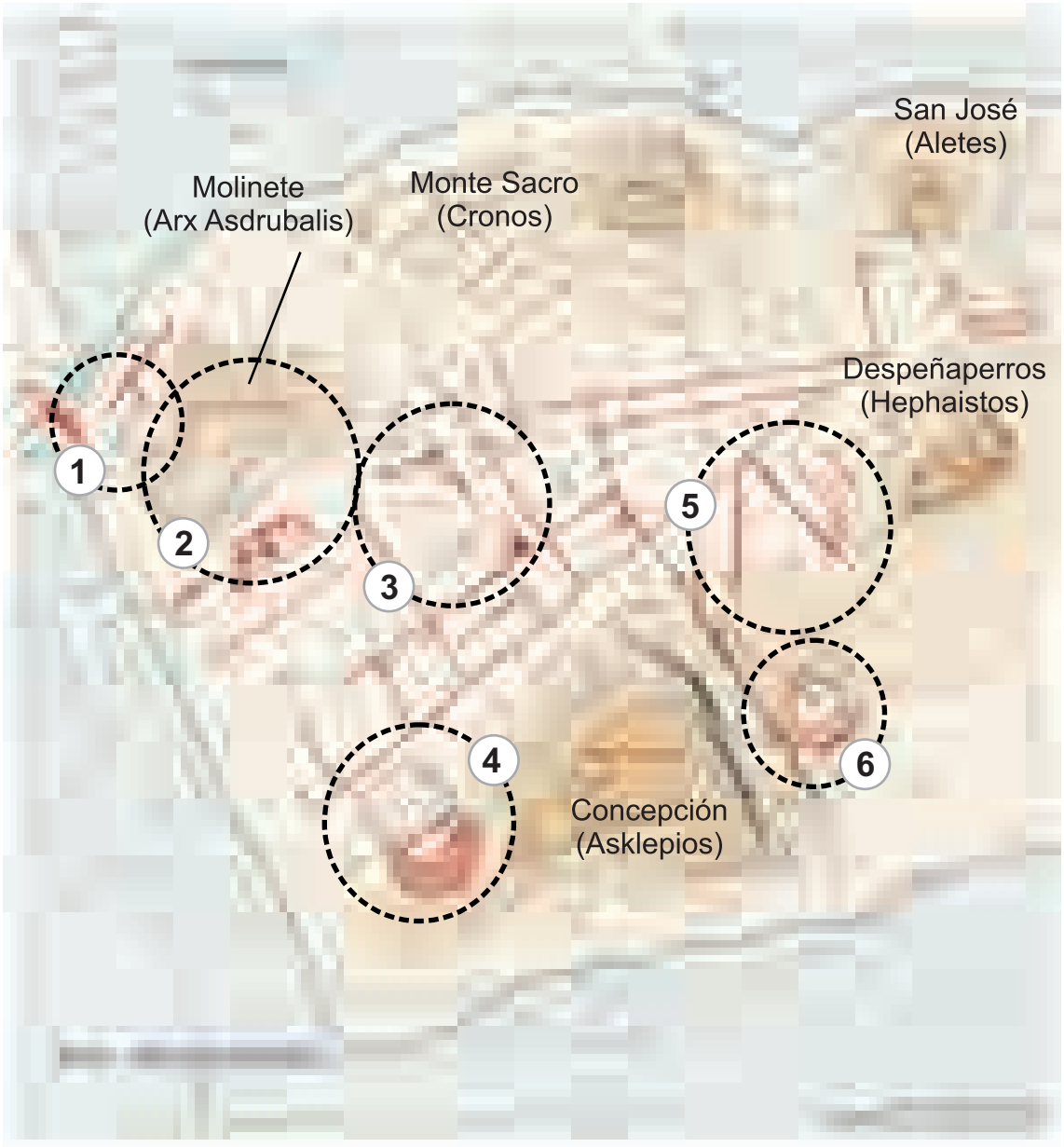


Fig. 5. Mapa con las cinco colinas de *Carthago Noua* y las principales áreas de intervención arqueológica en los últimos años. De izquierda a derecha: (1) Morerías. PERI CA-2, (2) Molinete, (3) Área forense, (4) Teatro Romano, (5) Barrio Universitario. PERI CA-4 y (6) Anfiteatro Romano.

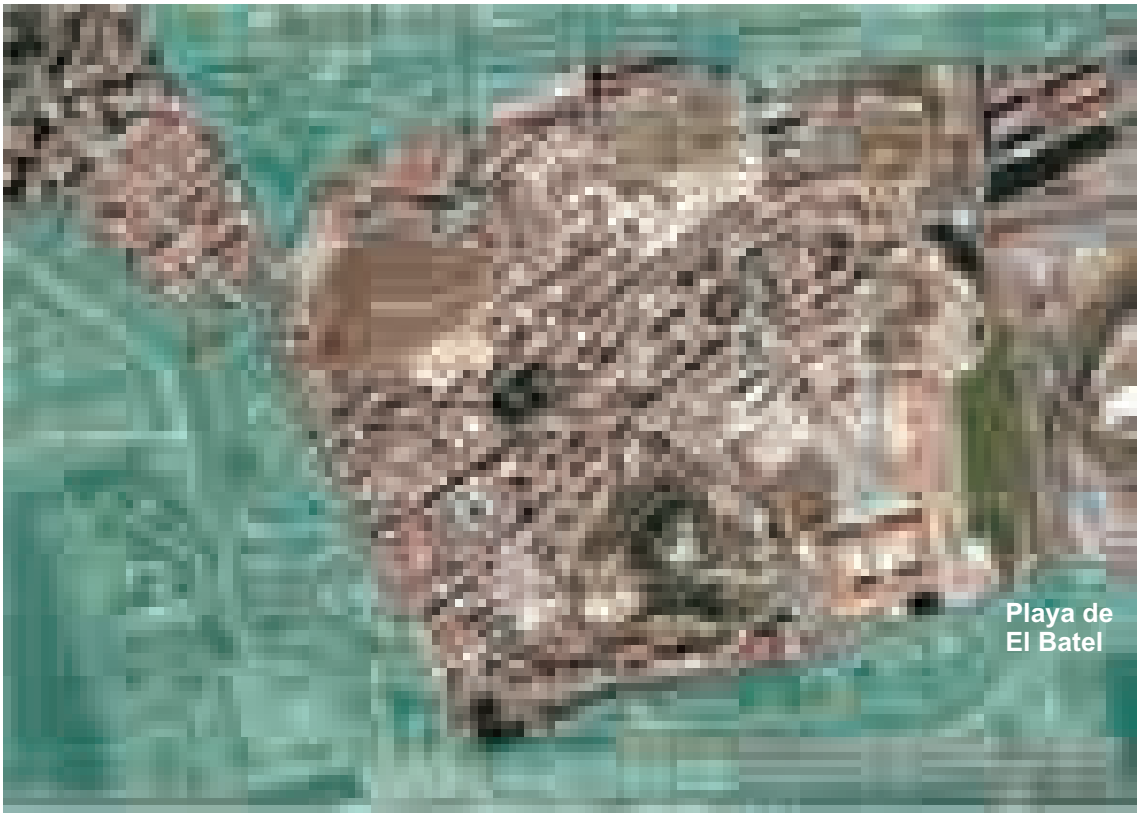


Fig. 6. Delimitación de la antigua superficie de la ciudad sobre la base de distintos sondeos geofísicos. Sobre la línea marítima que daba a la amplia ensenada formada por el Mar de Mandarache (izq.) se desarrolló el puerto, si bien es posible que existiesen otros puntos de atraque en zonas como la Playa de El Batel (dcha).



Fig. 7. Vista aérea del *ager* de *Carthago Noua* con sus principales accidentes geográficos, las cercanas minas de plomo y plata de La Unión, las bahías de Escombreras y Portmán, y la gran laguna salada del Mar Menor.



Fig. 8. Distribución de las diversas instalaciones –muchas vinculadas a la explotación y tratamiento del mineral– ubicadas en el territorio inmediato de *Carthago Noua* durante los s. I a.C. – I d.C.



Fig. 9. Detalle del recrecido de las calzadas, con superposición de un cardo de caliza gris sobre una vía anterior de época republicana en un solar del centro ciudad.



Fig. 10. Red viaria del SE con las principales ciudades calzadas que partían de *Carthago Noua* hacia *Eliocroca*, *Ilunum* y la costa levantina (*Ilici*, *Lucentum*, *Valentia*) en dirección *Tarraco*.



Fig. 11. Principales áreas de necrópolis conocidas en *Carthago Noua* (s. I a.C. - V d.C.).



Fig. 12. *Carthago Noua* en el siglo I d.C: principales edificios de carácter público y privado.

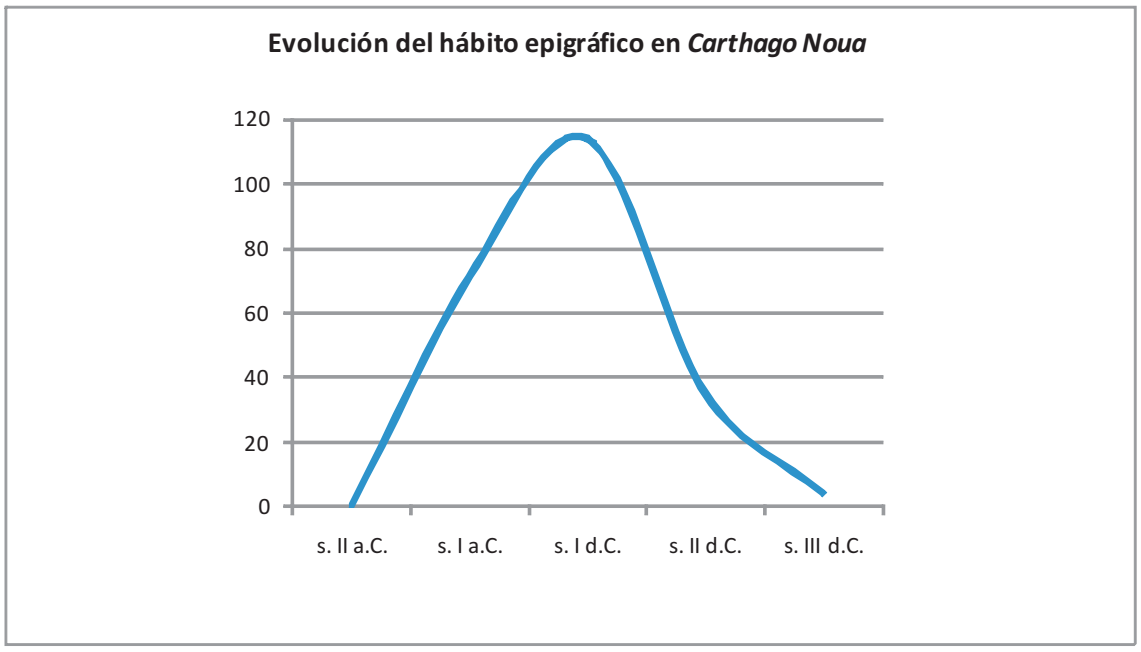


Fig. 13. Evolución del hábito epigráfico en *Carthago Noua* durante el Alto Imperio, cuyo auge se alcanza en torno a época augustea.

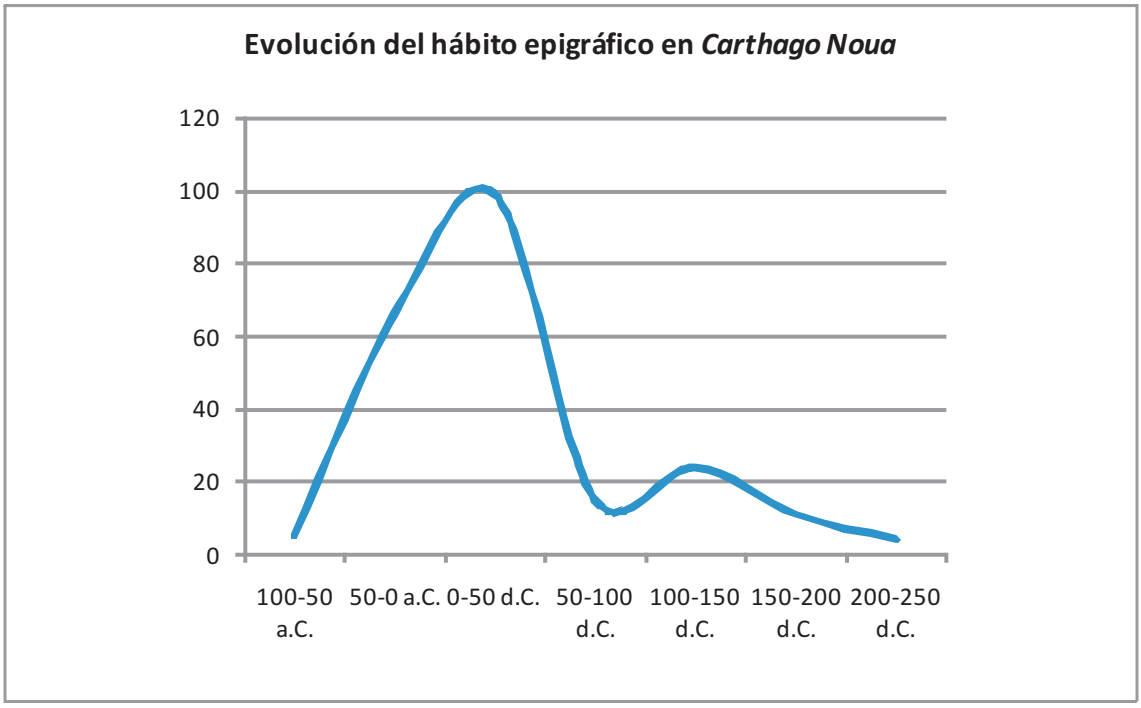


Fig. 14. Evolución del hábito epigráfico de Carthago Noua en períodos más ajustados de 50 años que permite visualizar el repunte que experimenta el número de inscripciones durante la primera mitad del s. II d.C.

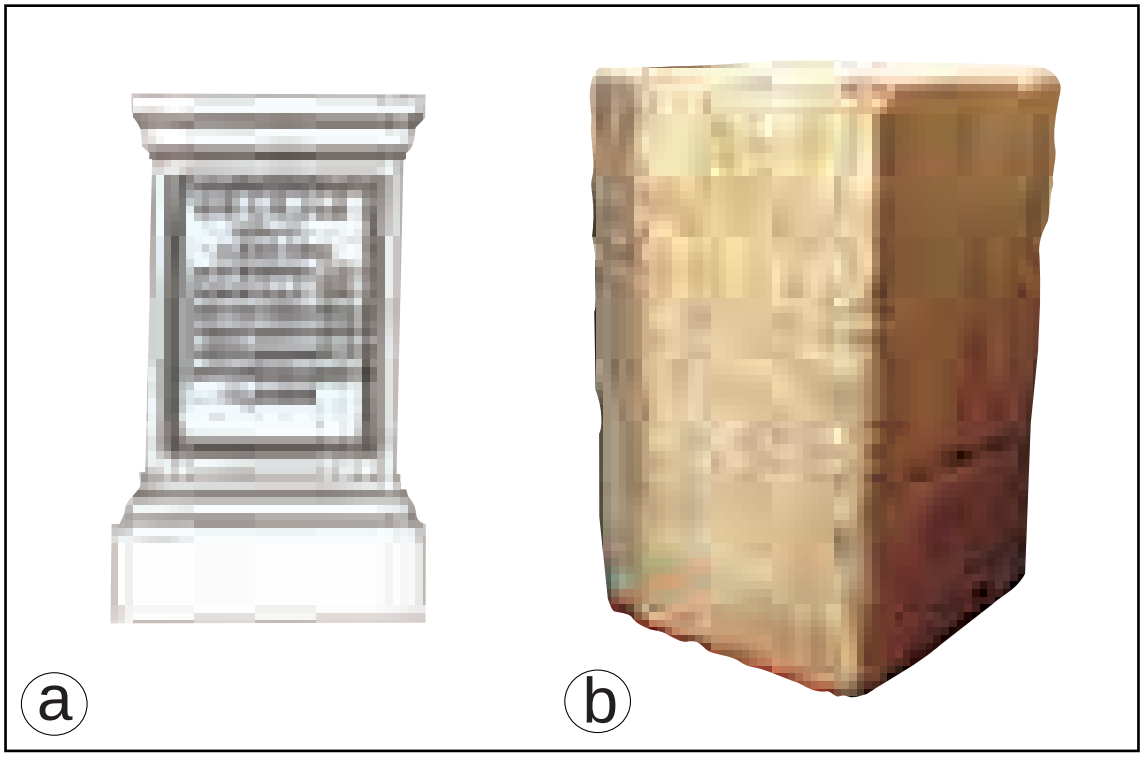


Fig. 15. (a) Dibujo del s. XVIII de la desaparecida inscripción levantada por el *Conuentus Carthaginensis* al emperador Antonino Pío, (b) Pedestal dedicado al flamen L. Numisio Laeto conservado en el MAMC.

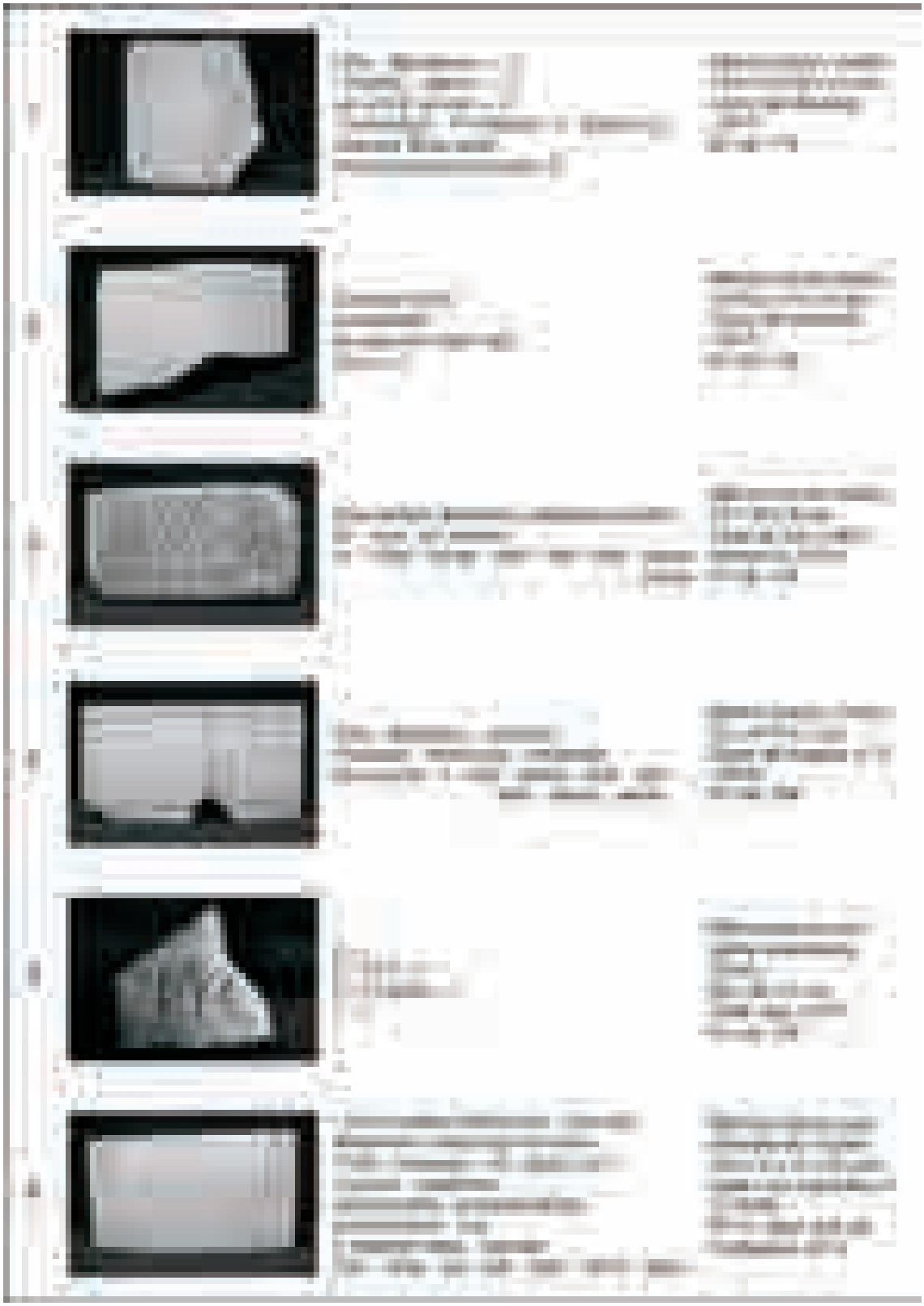


Fig. 16. Inscripciones procedentes halladas en Cartagena y fechadas en los s. II-III d.C. según criterios paleográficos susceptibles de pertenecer a *cupae structiles* (MAMC).



Fig. 17. Uso generalizado de *cupae structiles* como estructura funeraria en la necrópolis de Pupput (Túnez).



Fig. 18. *Cupae structiles* de la necrópolis de *Barcino* (Barcelona) con negativos de sus epitafios en los que se aprecia el escaso grosor de las placas.



Fig. 19. (a) y (b) *Cupae structiles* de la necrópolis de Isola Sacra (Ostia) con epitafio situado tanto en la cabecera como en el flanco de la tumba.



Fig. 20. Sepultura de Isola Sacra (Ostia) con epitafio moldurado y frontón de ladrillo.



Fig. 21. *Cupa structilis* de Algezares (Murcia) con *infundibulum* para libaciones.

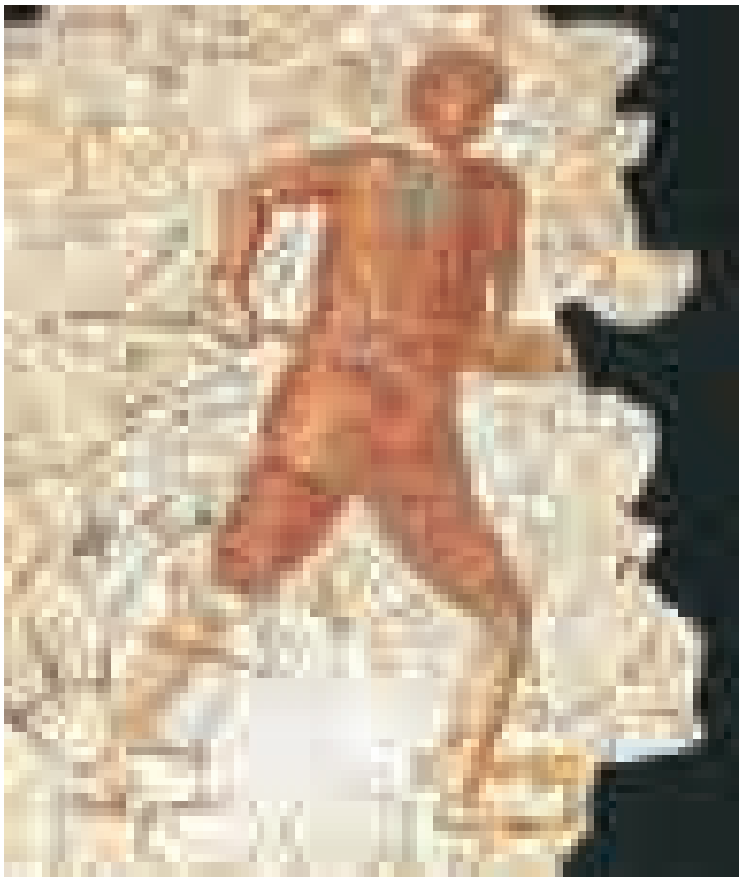


Fig. 22. Pintura de un *venator* dando caza a una fiera salvaje procedente de la palestra de las Termas y fechada en la primera mitad del s. II d.C.

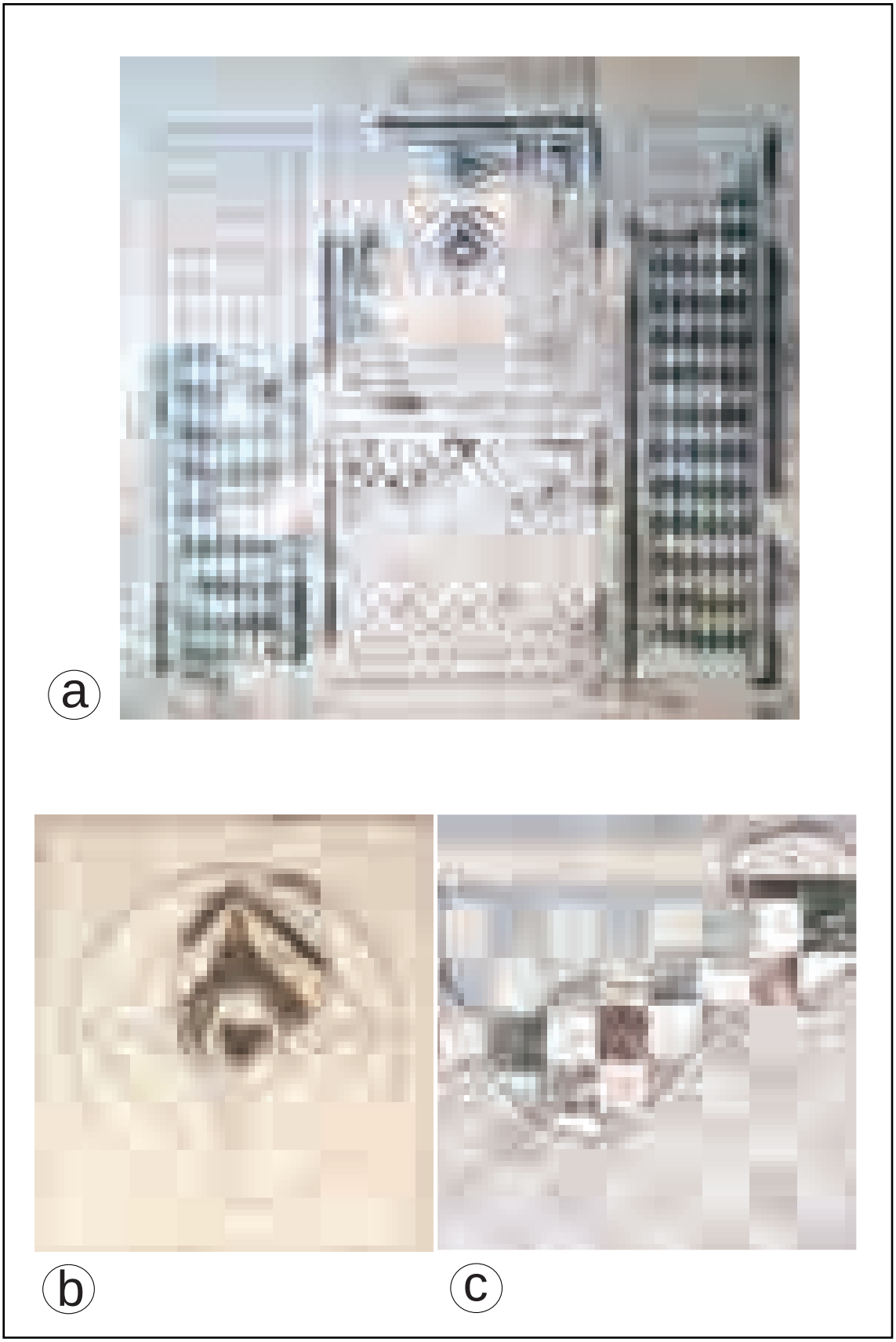


Fig. 23. (a) Mosaico de *opus tesellatum* procedente de la confluencia de las C/ Cuatro Santos nº 17 y Palas con teselas blancas, negras y rojas conservado en el MAMC, (b) y (c) detalle de las teselas burdeos que *a priori* pueden pasar desapercibidas.

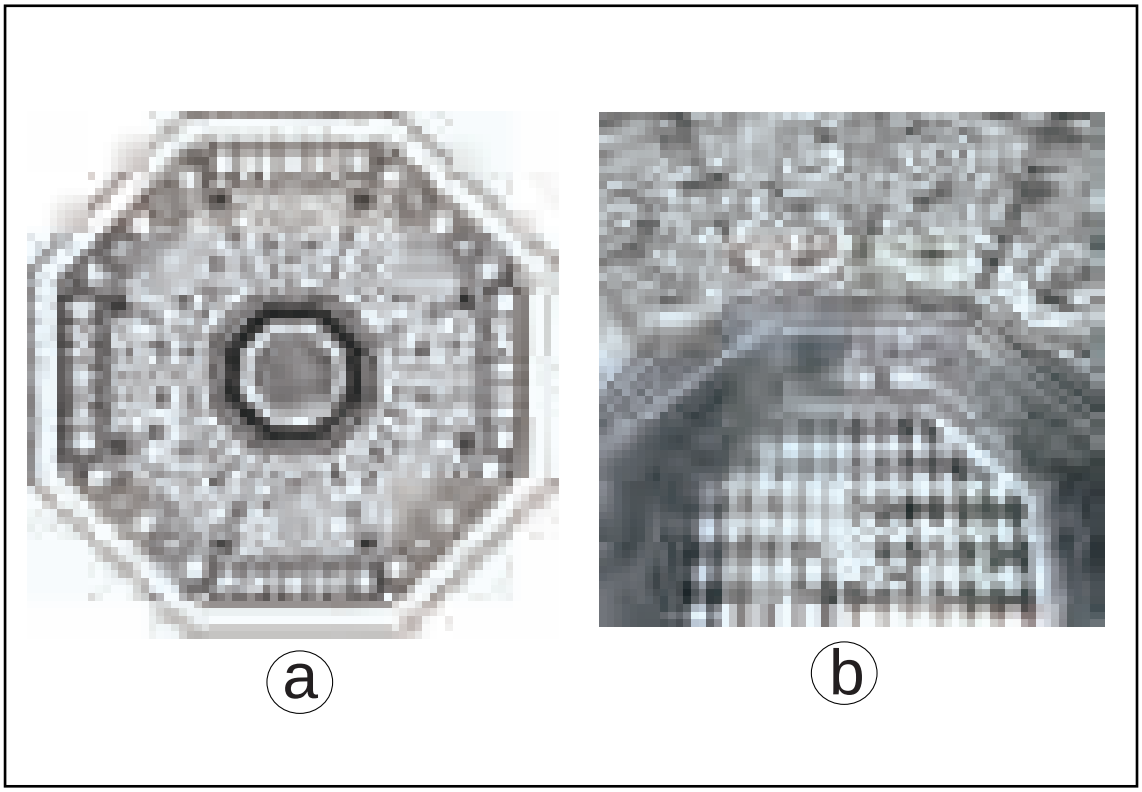


Fig. 24. (a) Mosaico italicense conservado en la casa de la Condesa de Lebrija fechado en época adrianea y con numerosos puntos en común con el pavimento de la C/ Cuatro Santos nº 17 de Cartagena entre los que se encuentra el uso de teselas blancas, negras y rojas, (b) detalle del ajedrezado central.

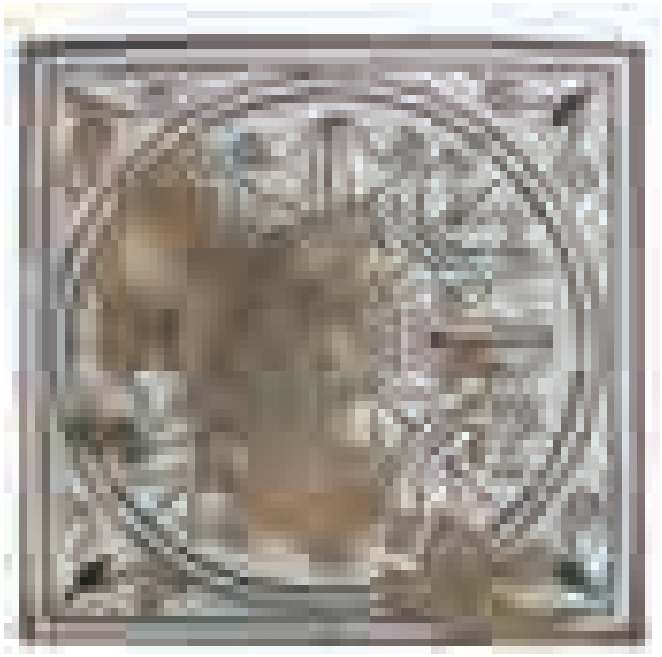


Fig. 25. Emblema del mosaico del "meandro de esvásticas", procedente de una de las salas de la llamada "Casa de Neptuno" de Itálica, fechado en la primera mitad del s. II d.C. y donde se aprecia la introducción de teselas rojas en el predominante esquema blanco y negro.

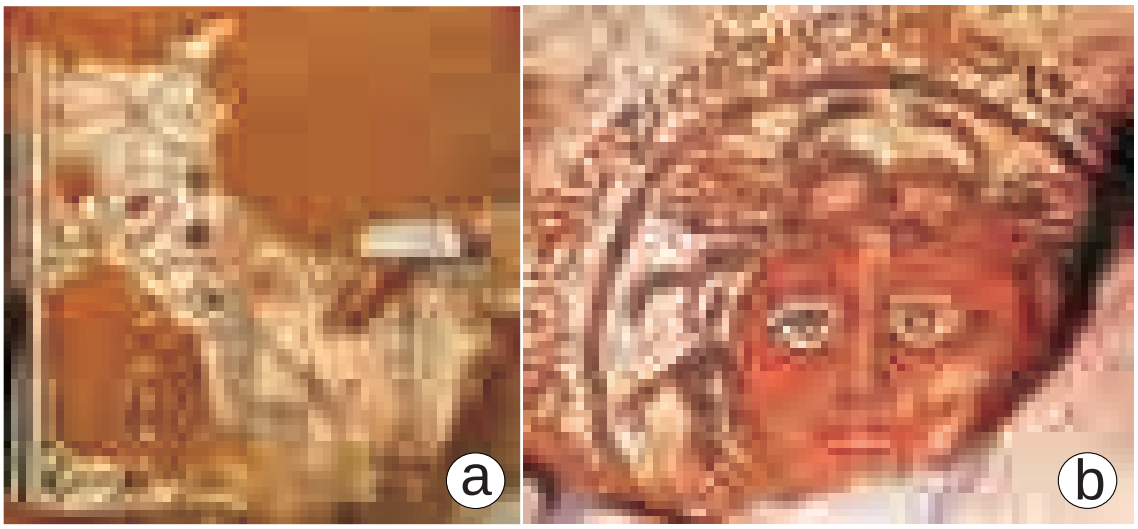


Fig. 26. (a) Mosaico geométrico de *opus tesellatum* llamado "de la Gorgona/Medusa" hallado en la C/ Duque n^{os} 37-39 de Cartagena, (b) posee un destacado emblema polícromo con el motivo que le da nombre y se fecha en torno en la primera mitad del s. II d.C.

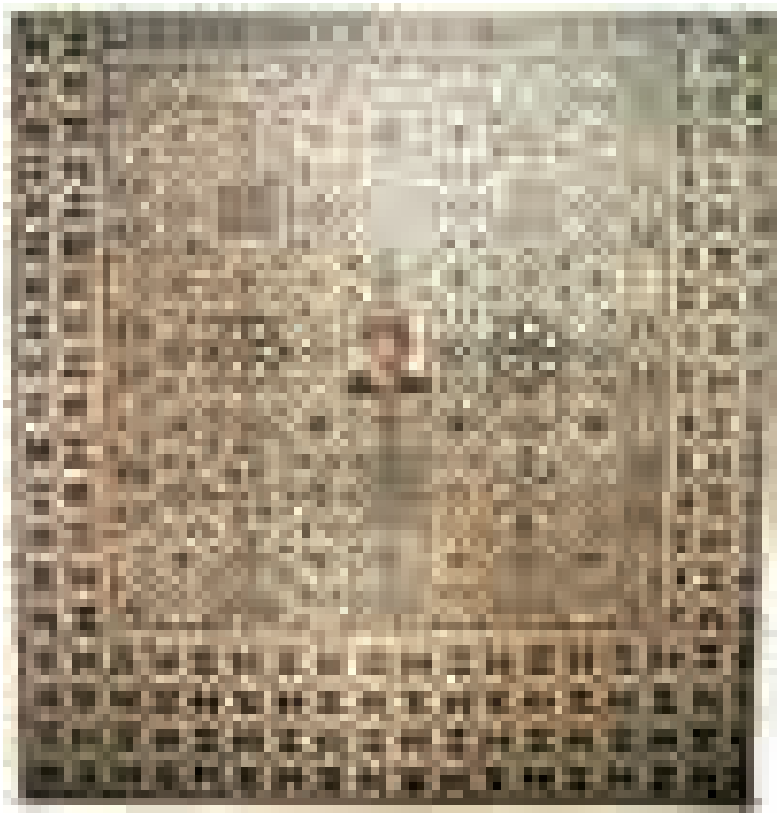


Fig. 27. "Mosaico con busto de Baco" de Itálica, con motivos geométricos muy similares a los del de la "Gorgona/Medusa" de Cartagena como las estrellas de ocho puntas y un emblema central policromado, fechado entre Adriano y Antonino Pío.

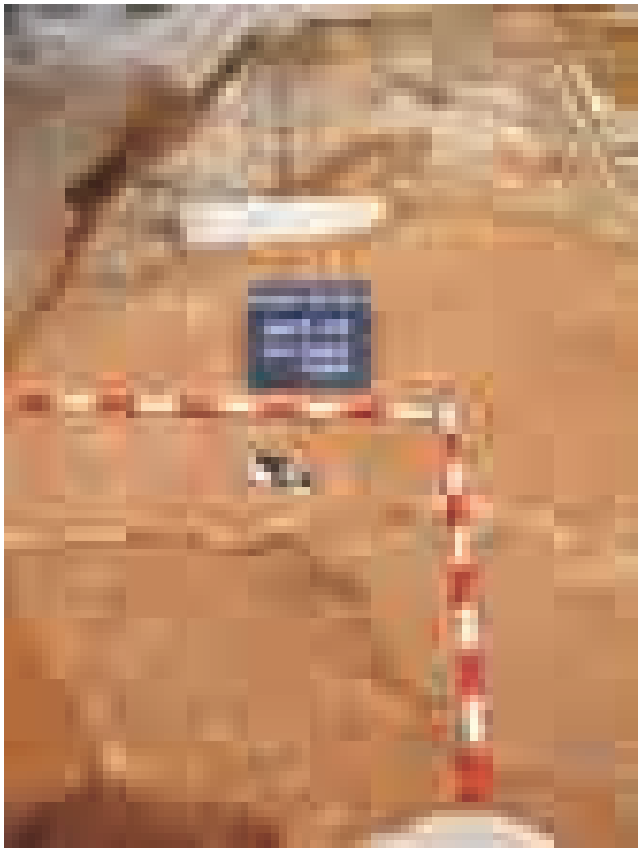


Fig. 28. Superposición estratigráfica del mosaico de la "Gorgona/Medusa" sobre un pavimento anterior de *opus signinum*, ejemplo de la renovación acaecida en algunos espacios domésticos durante la primera mitad del s. II d.C.



Fig. 29. Mosaico de *opus tesellatum* de la *domus* de *Saluius* en el que, junto al negro y el blanco, se emplea el color rojo, elemento que por otros paralelos cercanos como el de la "Gorgona/Medusa" permitiría postergar su datación a la primera mitad del s. II d.C.



Fig. 30. Fragmento de escultura de tipo militar conservado en el MAMC propio del s. II d.C. que evidencia la continuidad de homenajes públicos en esta época.

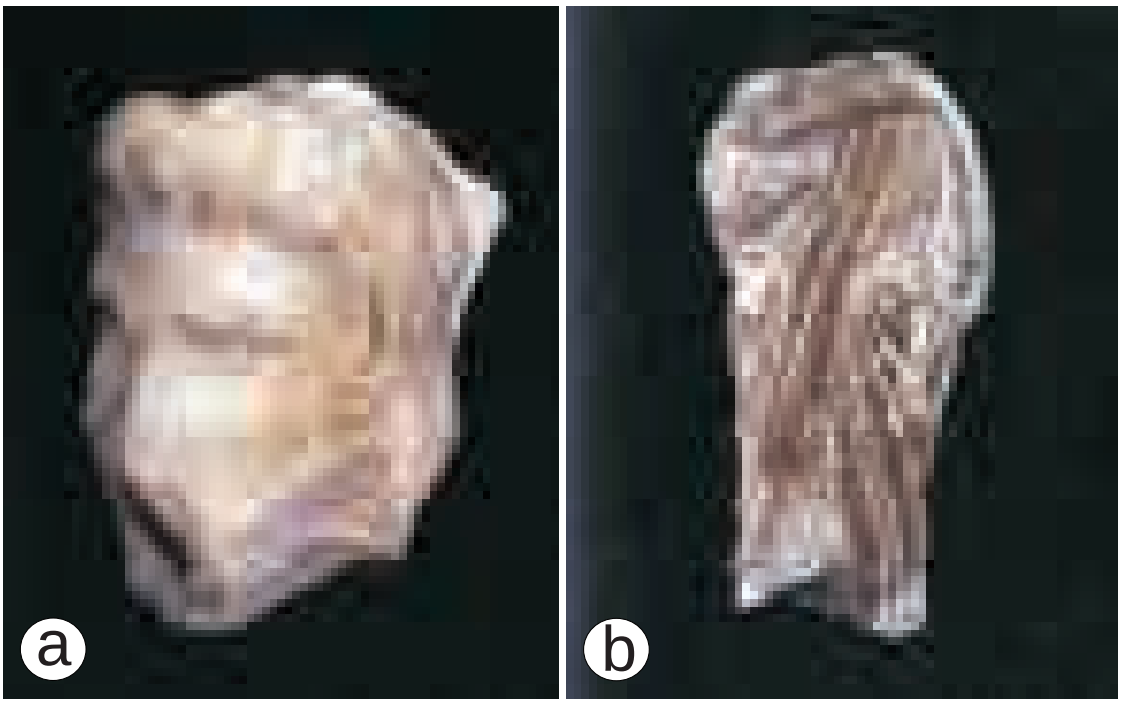


Fig. 31. Restos de esculturas halladas en las recientes excavaciones del Molinete y fechadas en el s. II d.C.: (a) Cabecita de divinidad agreste, Fauno o Pan, (b) posible musa, Polímnia o Callíope.



Fig. 32. (a) y (b) Cabeza con corona de laurel hallada en las excavaciones del teatro romano de Cartagena atribuida a Antonino Pío, (c) y (d) busto canónico del mismo emperador conservado en los Museos Capitolinos de Roma; apréciese la similitud de ambas piezas en puntos como los pliegues labionasales, la arruga en la frente, la barba y la mirada, distante y preocupada.

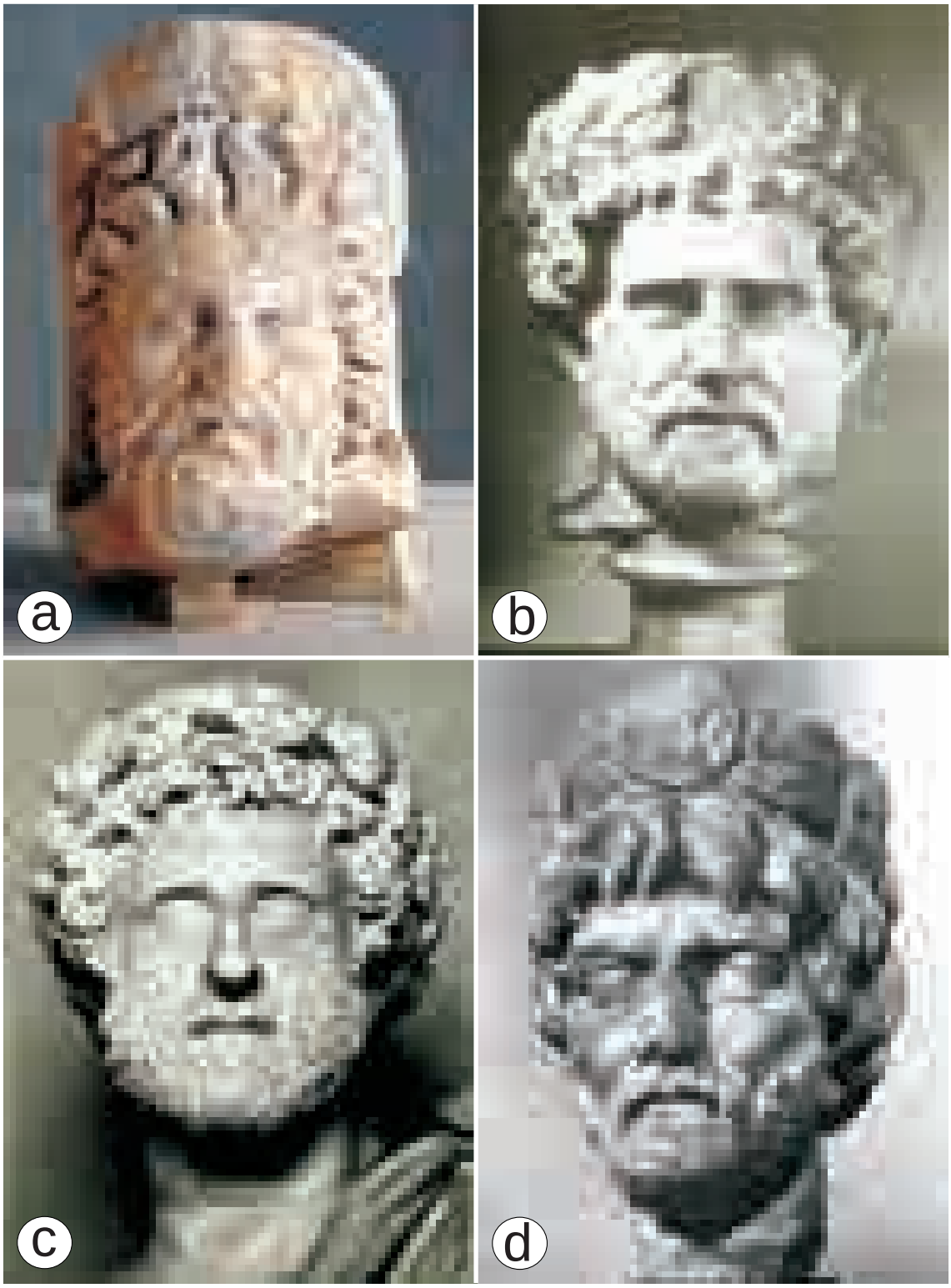


Fig. 33. (a) Vista frontal del posible retrato de Antonino Pío de *Carthago Noua*, (b) cabeza colosal de Kedima (Túnez) perteneciente a Antonino Pío tocado con una corona de laurel rematada por un medallón central. (c) Busto del mismo emperador en el que se le representa portando la corona de encina (Museos Capitolinos), (d) cabeza de Adriano o un posible sacerdote procedente de Jerusalén y conservado en el Hermitage que porta una corona de laurel muy similar a la del ejemplar de Cartagena, donde también se intuye un medallón central.

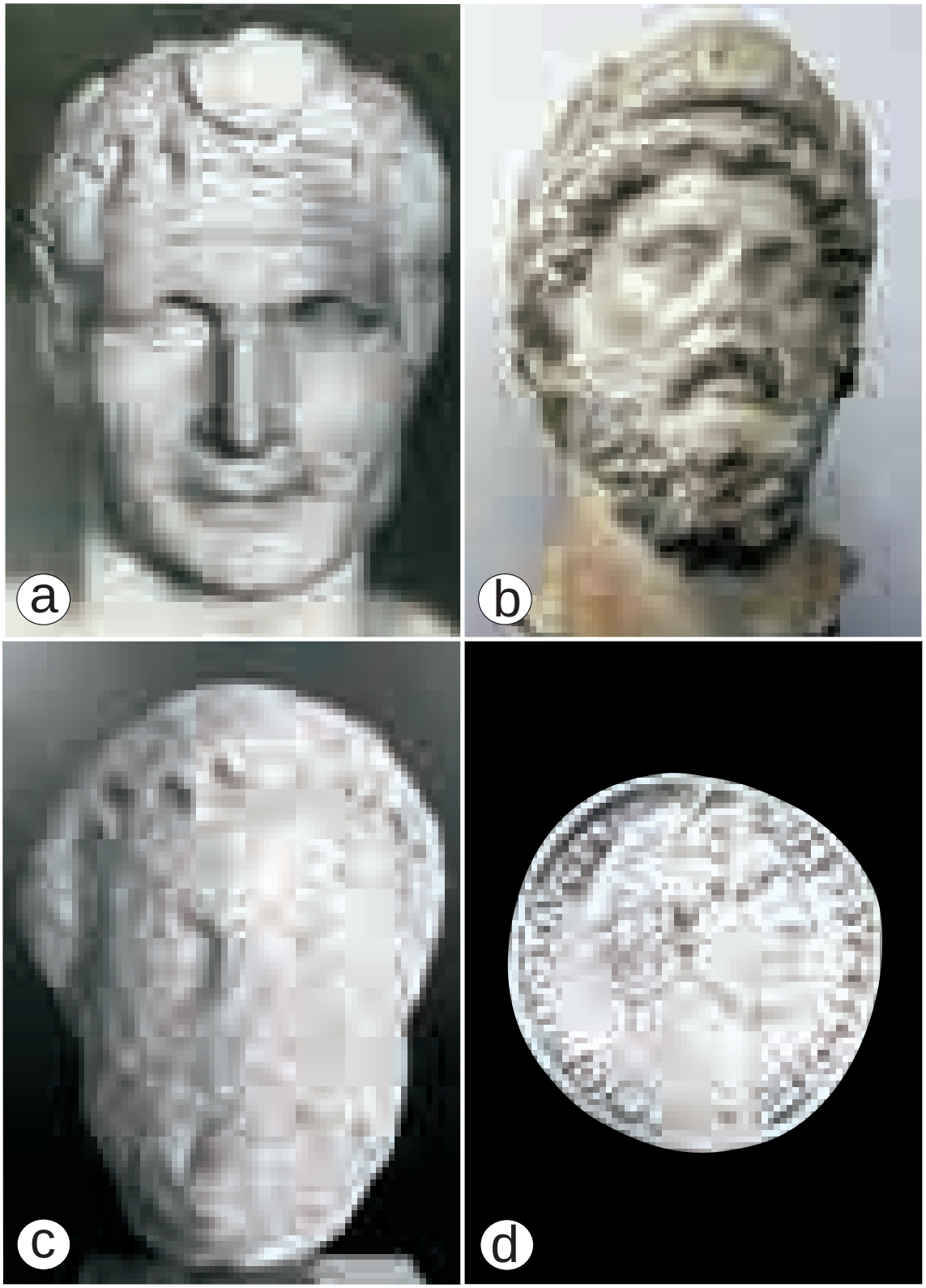


Fig. 34. (a) Retrato masculino tardorrepublicano tocado con una corona de laurel con medalla en la que figura un personaje de perfil orientado hacia la izquierda (Museo Pío Clementino, Vaticano), (b) cabeza colosal de Marco Aurelio hallada en el santuario de Qasr al-Bint y conservada en el Museo de Ammán (Jordania) con la misma corona que las piezas de Cartagena o el Hermitage, (c) retrato cordubense de Antonino Pío distinguible a pesar de la erosión por aspectos como las comisuras de la boca, los ojos o el cabello, (d) moneda de dicho emperador en la que se aprecian estos rasgos fisiognómicos comunes, especialmente los pliegues labionasales y la mirada.

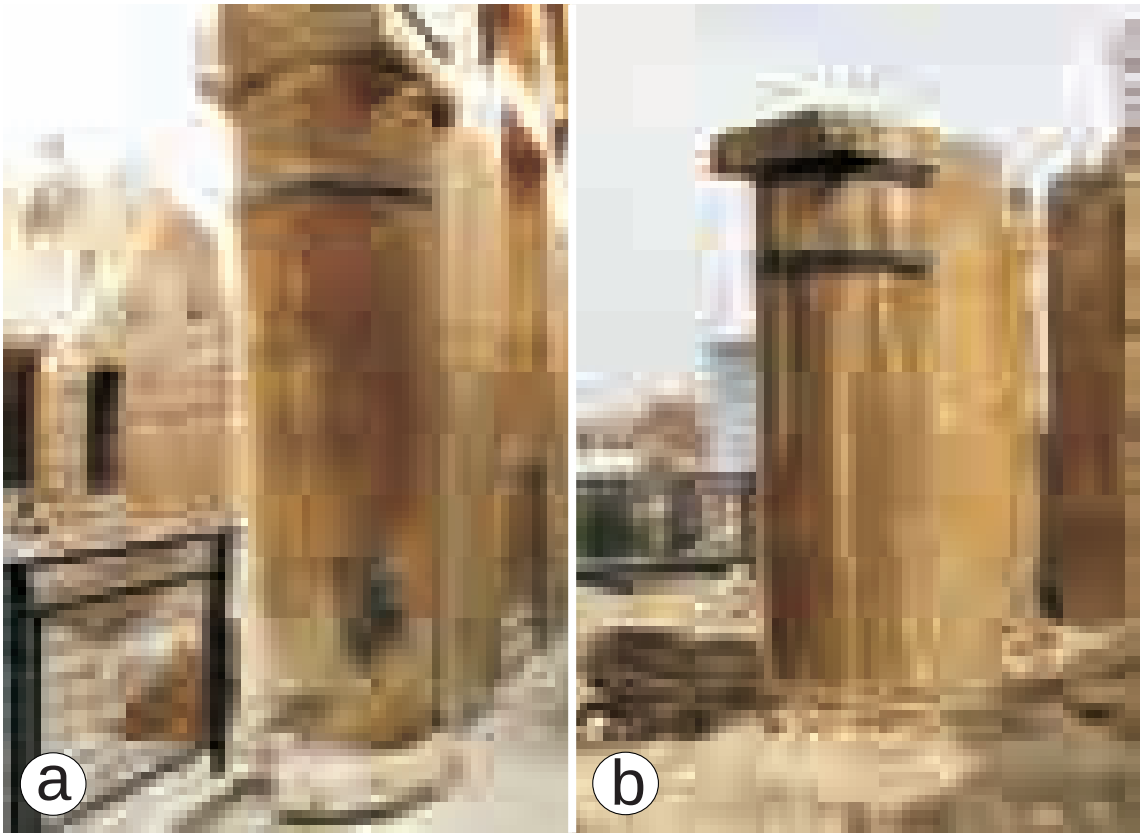


Fig. 35. Fustes monolíticos de mármol “cipollino” conservados en la Catedral y procedentes con probabilidad de la zona de Antiguones. La tradición popular las denomina (a) “columna pretoriana” y (b) “columna de los mártires”.

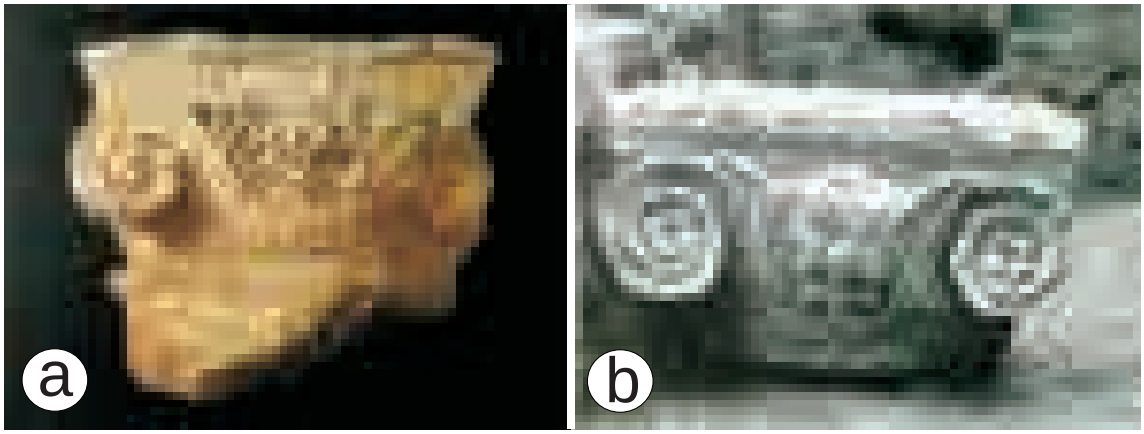


Fig. 36. Capiteles jónicos procedentes de las calles (a) Balcones Azules y (b) Honda nº 17 cuya datación, propia del s. III d.C., ha sido recientemente reconsiderada gracias a hallazgos como los de Segóbriga , pudiendo retrotraerse a los s. I-II d.C.



Fig. 37. Evolución del mapa de difusión de las formas Hayes 105-106 en TSA D en función de los avances de la investigación.



Fig. 38. Mapa de distribución del cubilete Marabini LXVIII en el Mediterráneo. Nótese el vacío en el área hispana, fruto de una carencia de la investigación más que de una ausencia real de la pieza en nuestras costas.



Fig. 39. Al igual que en el caso anterior, la ausencia del ánfora oriental LR 3A se debe con total probabilidad a un problema de la investigación para identificar la pieza en nuestros inventarios antes que a su verdadera ausencia.

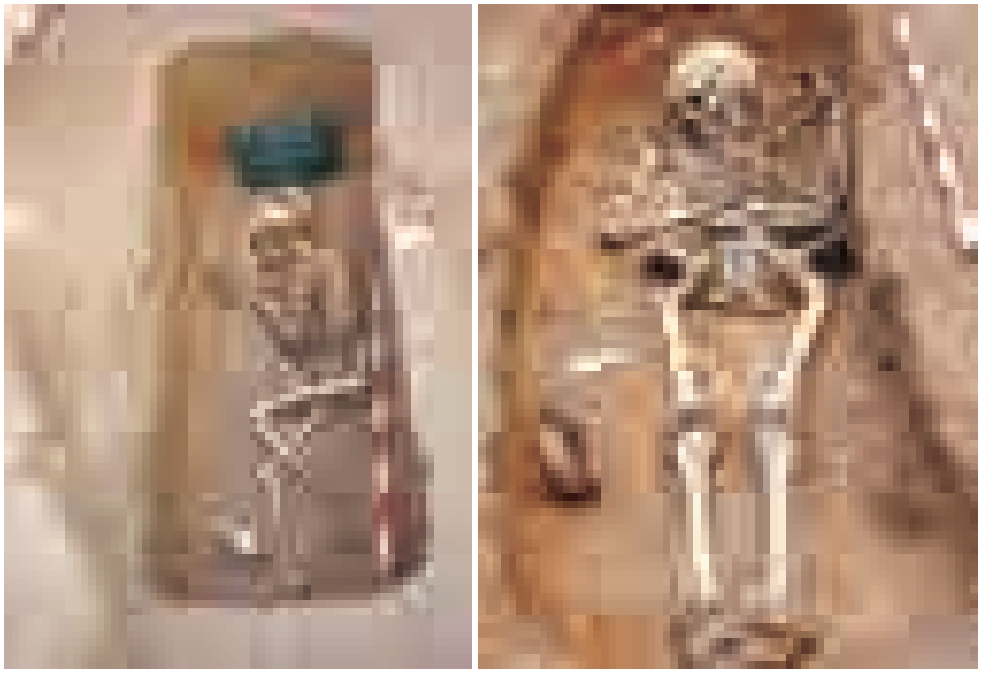


Fig. 40. (a) y (b)Tumbas nº 6 y nº 4 de la necrópolis de la C/ Carlos III de Águilas en la que los ajuares encontrados, de cerámica común, no permitían hasta la fecha matizar la cronología. El avance en los estudios permite datarla ahora entre finales del s. II y la primera mitad del s. III d.C. gracias a la identificación de la jarrita africana Bonifay 50 (izq.) y del cuenco con pitorro ERW 3.6 (dcha.).

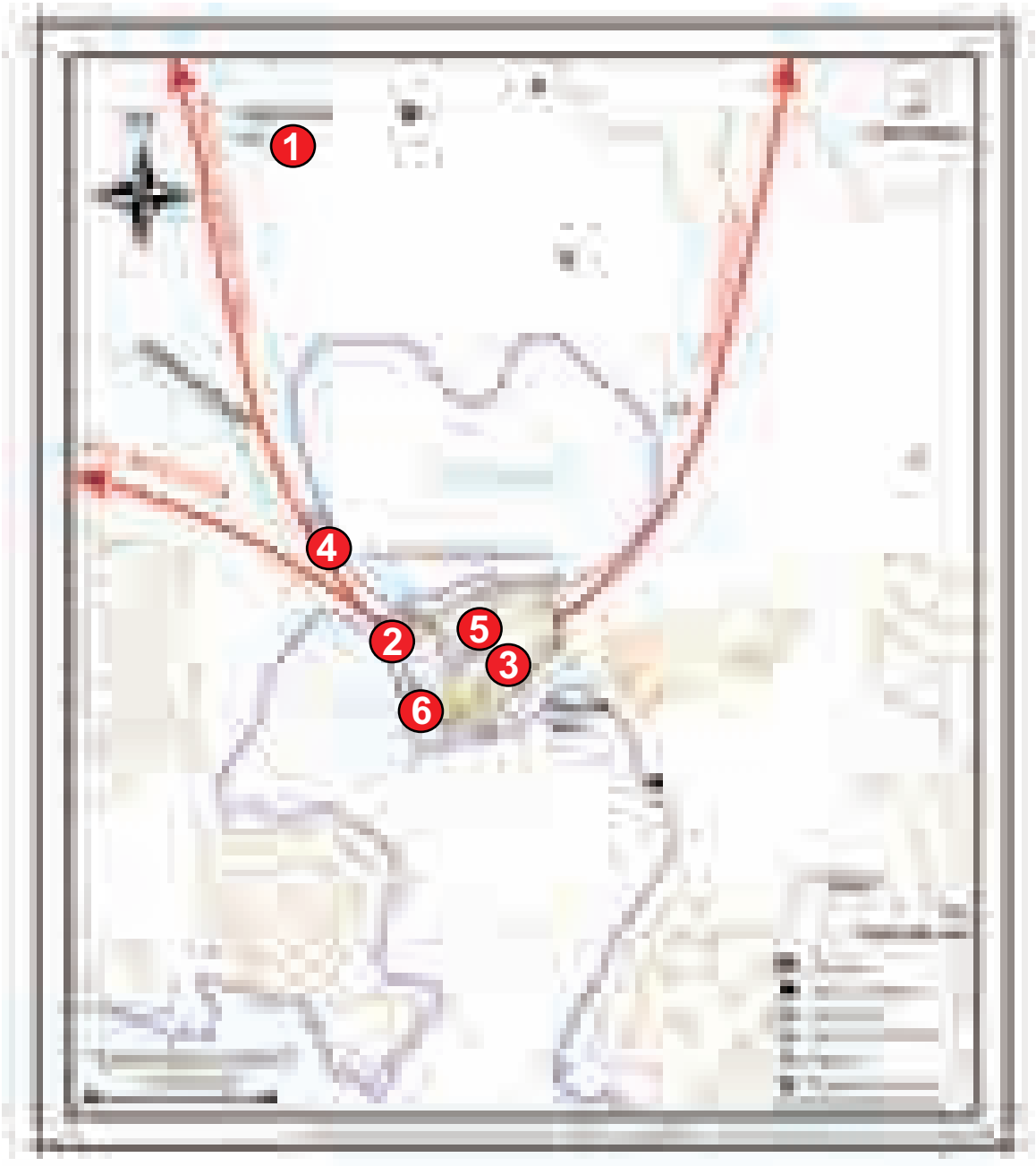


Fig. 41. Zonas vinculadas a la producción alfarera en *Carthago Noua* (según su orden de aparición en el texto): (1) “Los Barreros”, elocuente topónimo del barrio situado en el entorno de Fuente Cubas, uno de los escasos puntos de agua conocidos en la ciudad, (2) zona artesanal de Morerías, (3) zona artesanal (hornos) de la ladera del cerro de Despeñaperros, (4) horno tardorrepublicano de doble cámara, (5) estructura vinculada a un hipotético taller anfórico, (6) posible horno en el cruce de las calles Beatas y San Cristóbal la Corta.



Fig. 42. Uno de los dos grandes hornos con doble cámara y pilar central documentado en el PERI CA-4.

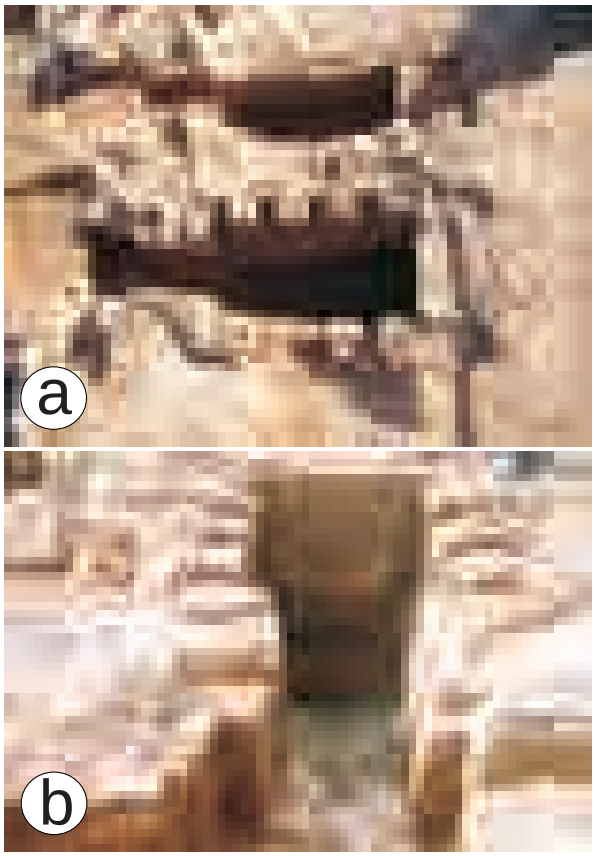


Fig. 43. (a) Vista cenital de los hornos republicanos excavados en el solar de la antigua Fábrica de la Luz; (b) detalle del alzado de la cámara interna del mejor conservado.

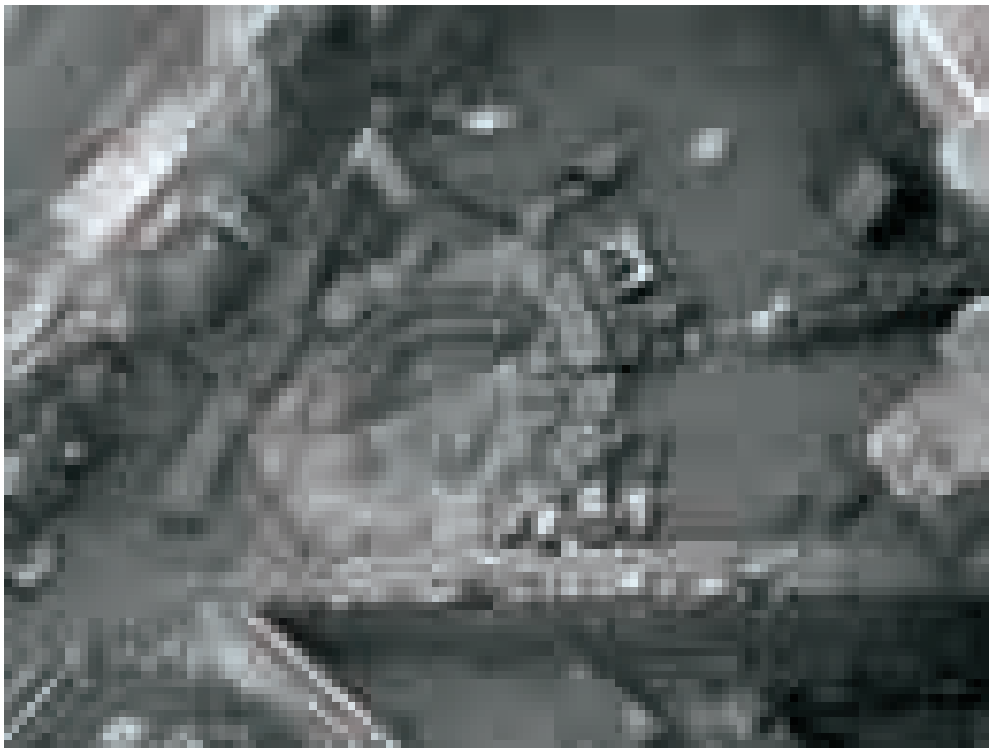


Fig. 44. Horno circular formado por un anillo de arenisca y con una pileta adosada hallado en la confluencia de las calles Beatas y San Cristóbal la Corta.



Fig. 45. Un paralelo etnográfico para la reflexión sobre la organización de la producción cerámica: talleres en las casas. Mujer trabajando en el portal de su vivienda en Pereruela, Zamora, 1974.

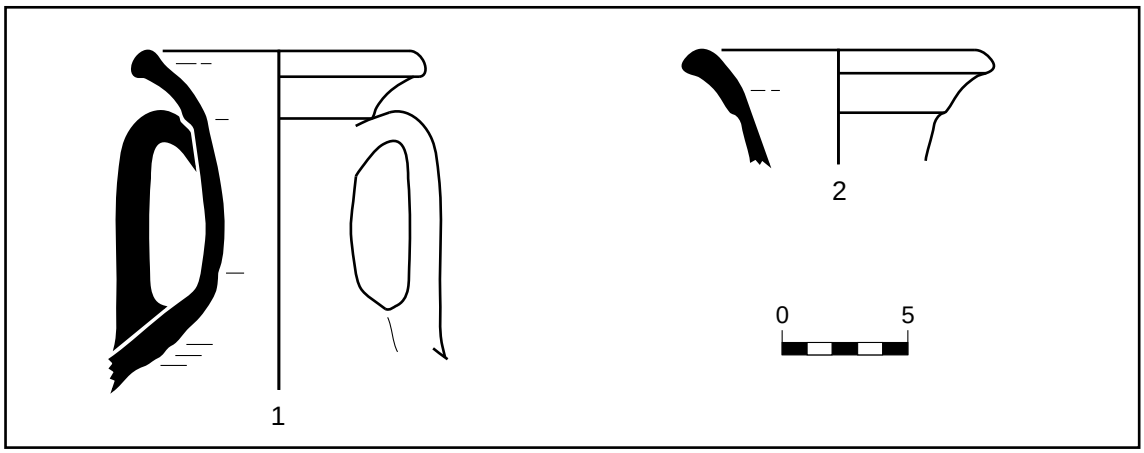


Fig. 46. Ánforas Dressel 7-11 de posible producción local.



Fig. 47. Distribución de los diversos yacimientos estudiados en el espacio ocupado por la antigua colonia. De izquierda a derecha: (1) C/ Jara nº 12, (2) Cuatro Santos nº 40, (3) C/ Adarve - C/ Maestro Francés, (4) C/ Don Roque -Ciprés nº 7 y (5) C/ Duque nº 25-29.

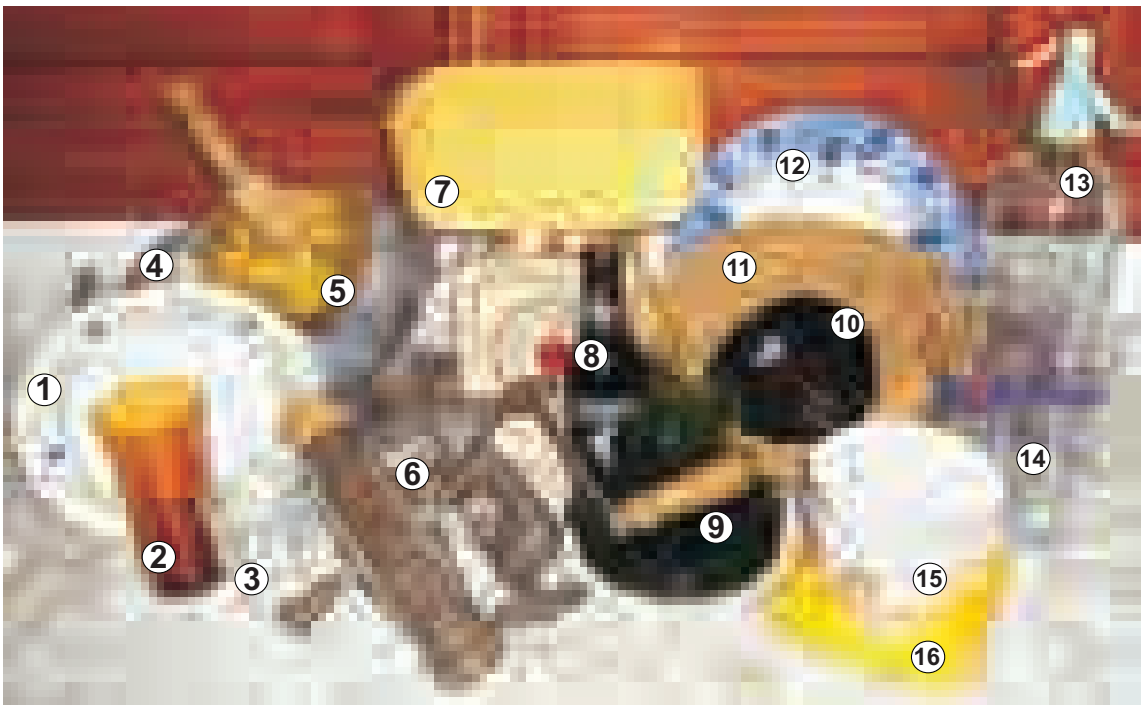


Fig. 48. Selección del ajuar de cocina del autor con materiales que abarcan desde finales del s. XIX a 2012, siendo utilizados la gran mayoría de ellos a día de hoy. Además de la pervivencia y la variedad de soportes (plástico, loza, cristal, madera), nótese el uso de diversos recipientes para un mismo fin además de varias reutilizaciones (caso del servicio de aperitivo). De izquierda a derecha: (1) plato servicio (años 90, s. XX), (2) vaso marrón de "Duralex" (años 70, s. XX), (3) recipiente de "Nocilla" reutilizado como vaso (años 90, s. XX), (4) escurridera de latón (1ª mitad s. XX), (5) mortero (varias generaciones, s. XX), (6) churrera manual de mi abuelo (1ª mitad s. XX), (7) báscula alimenticia de plástico (años 50 s. XX), (8) cerveza para después de la foto (2012), (9) tazas de café y platos verdes de "Duralex" (años 70, s. XX), (10) cuenco de postre "Tarta al whiskey" de la marca "Frigo" (impresa en el fondo) reutilizado como plato para aperitivos (años 80, s. XX), (11) cestos de esparto (años 80, s. XX), (12) plato de La Cartuja de Sevilla (usado como servicio) (s. XIX), (13) sifón (de adorno) (fin. s. XIX-inicios s. XX), (14) vasos de "Fanta", promoción especial con decoración (principio años 90, s. XX), (15) Cuencos de aperitivo de porcelana "Recuerdo de Los Nietos" (años 60, s. XX), (16) cuenco cuadrangular de plástico para servir aperitivos (años 80, s. XX).



Fig. 49. Sartén metálica hallada en los niveles de abandono de la zona de Morería .

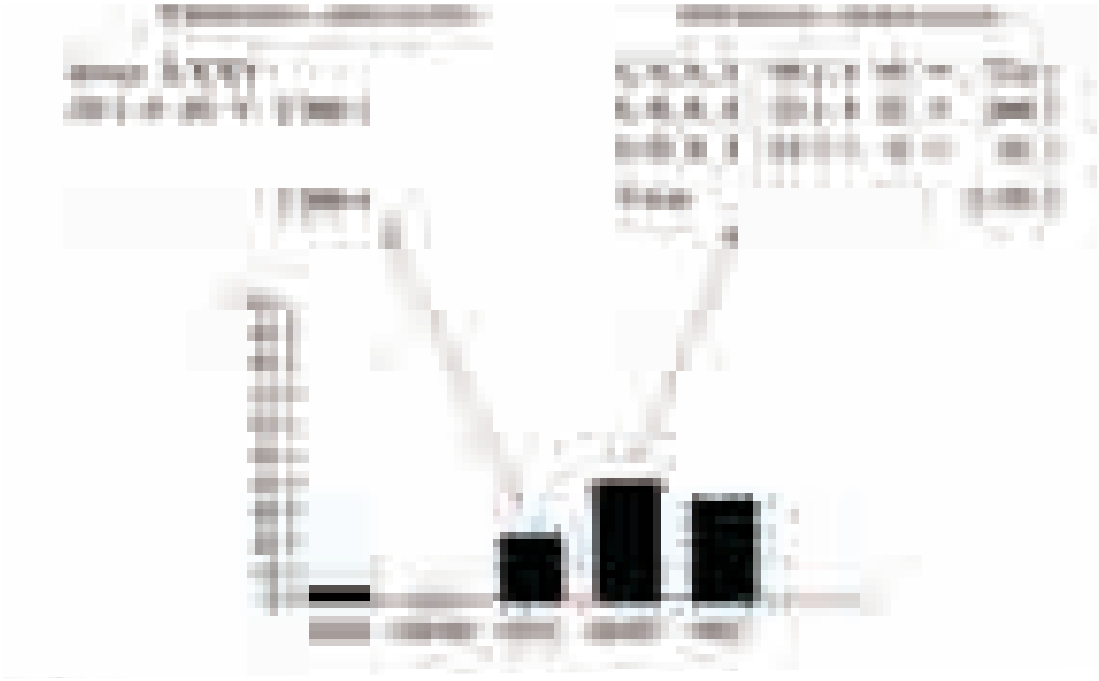


Fig. 50. Relaciones entre NMI y volumen. Aunque las ánforas africanas tardías aparecen representadas en Marsella en menor número que las orientales, su capacidad en litros es mayor, por lo que también lo es el volumen del producto transportado.



Fig. 51. ¿Decoración interna o marcas funcionales? La segunda opción parece la más probable si tenemos en cuenta su función como mortero/rallador, un uso para el que la visera externa facilitaría la prensión

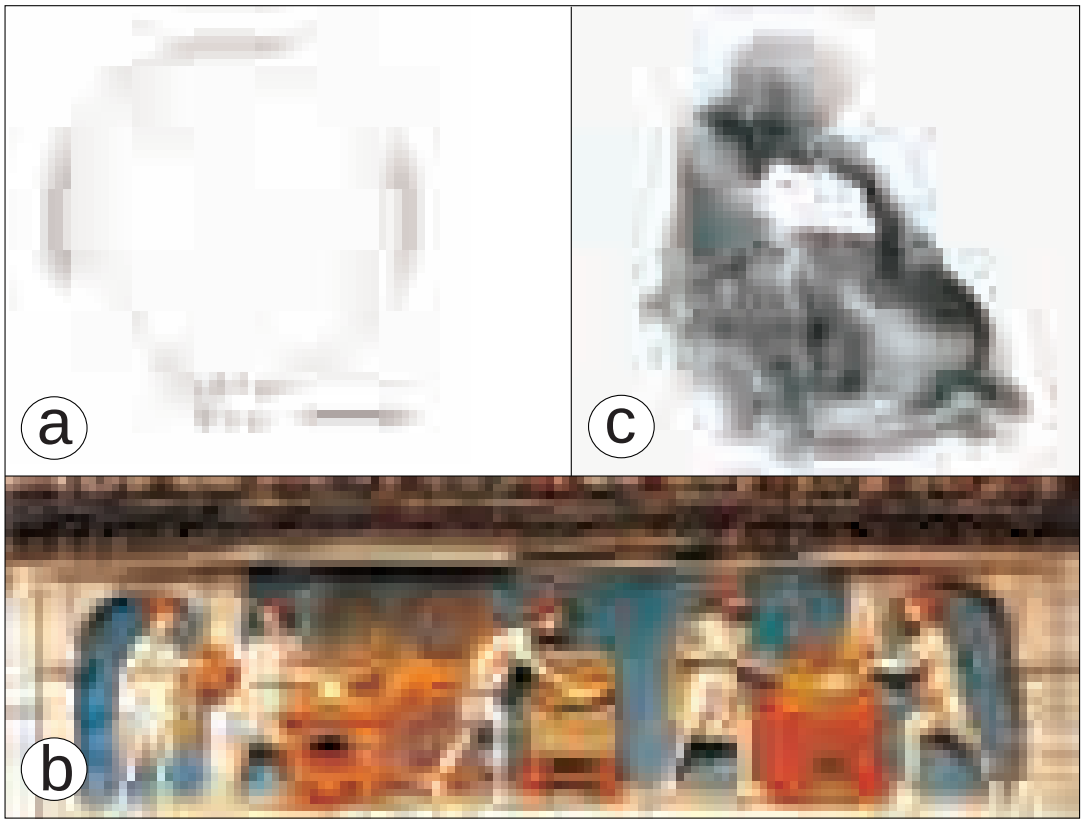


Fig. 52. (a) Imitación de mortero campano “tipo Azaila” en el que se aprecian tres grupos de digitaciones; (b) copia en color del relieve funerario de Igel (s. III d.C.) donde aparece un esclavo (centro) utilizando un mortero. Obsérvese cómo lo sujeta con una mano mientras en la otra lleva el *pistillum*; © figura de terracota del Museo Arqueológico Nacional de Atenas donde se aprecia de nuevo la forma de agarrar el mortero durante su uso.



Fig. 53. La variedad de formal de los recipientes para transportar agua en Guatemala tiene que ver con los gestos y hábitos motores de las distintas comunidades, lo que además se convierte en un elemento identitario de las mismas.

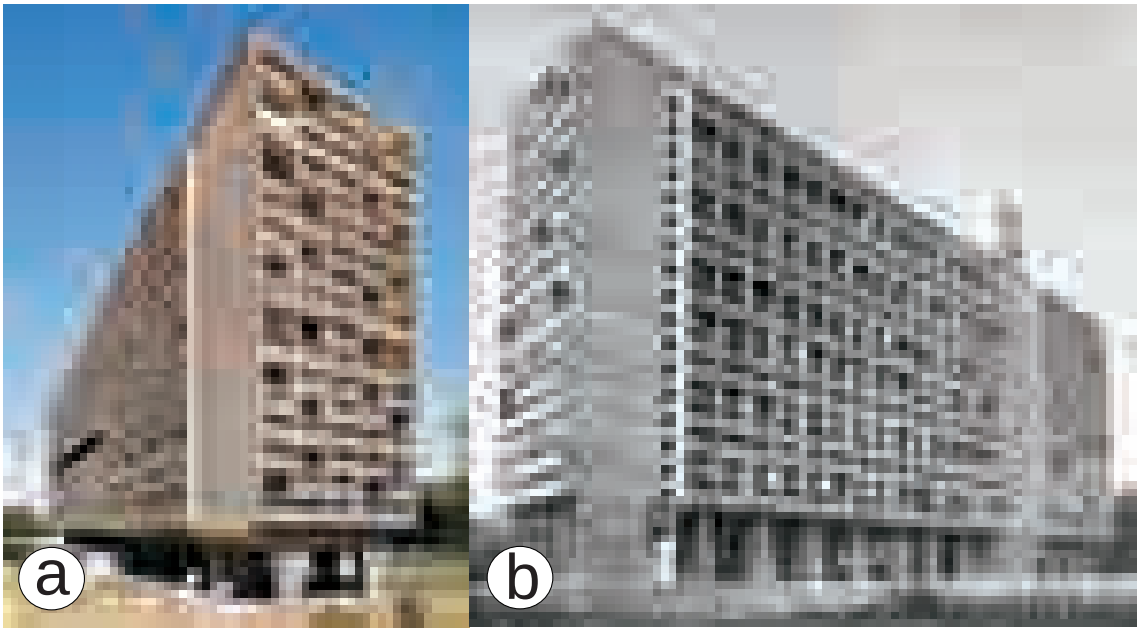


Fig. 54. *L'Unité d'Habitation* de Le Corbusier: un mismo modelo de edificio con distintas evoluciones en función de sus habitantes y su devenir histórico. (a) *Unité d'Habitation* de Marsella (1952); (b) *Unité d'Habitation* de Briey-en-Forêt (1956).



Fig. 55. Espacios domésticos y cultura material: ¿es siempre un atrio un lugar de representación? Ejemplo pompeyano en el que dicha parte de la casa era empleada como almacén.

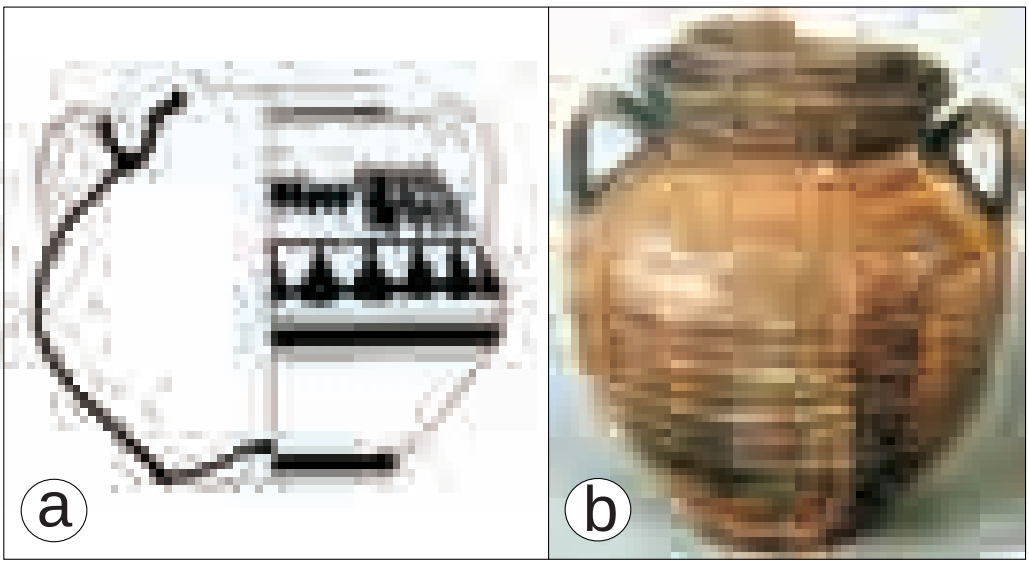


Fig. 56. Un sorprendente paralelo etnográfico: vasos con para contener miel cuyo segundo borde evitaba el derramamiento de ésta o bien podía contener agua para impedir que los insectos accedieran al contenido. (a) Mielera ibérica; (b) Mielera actual (Moveros, Zamora).



Fig. 57. Algunos datos etnográficos sobre la producción de cerámica en España en los años 80 del s. XX: (a) Félix Díaz-Masa (Puente del Arzobispo, Toledo) llegaba a hacer hasta 60 botijos diarios; (b) Dolores Cruz torneando un cántaro en su casa de Mota del Cuervo (Cuenca), un trabajo mayoritariamente de mujeres.



Fig. 58. Mujer decorando un botijo (torneado por un hombre) con un canto de río mojado en saliva en Salvatierra de los Barros (Badajoz).

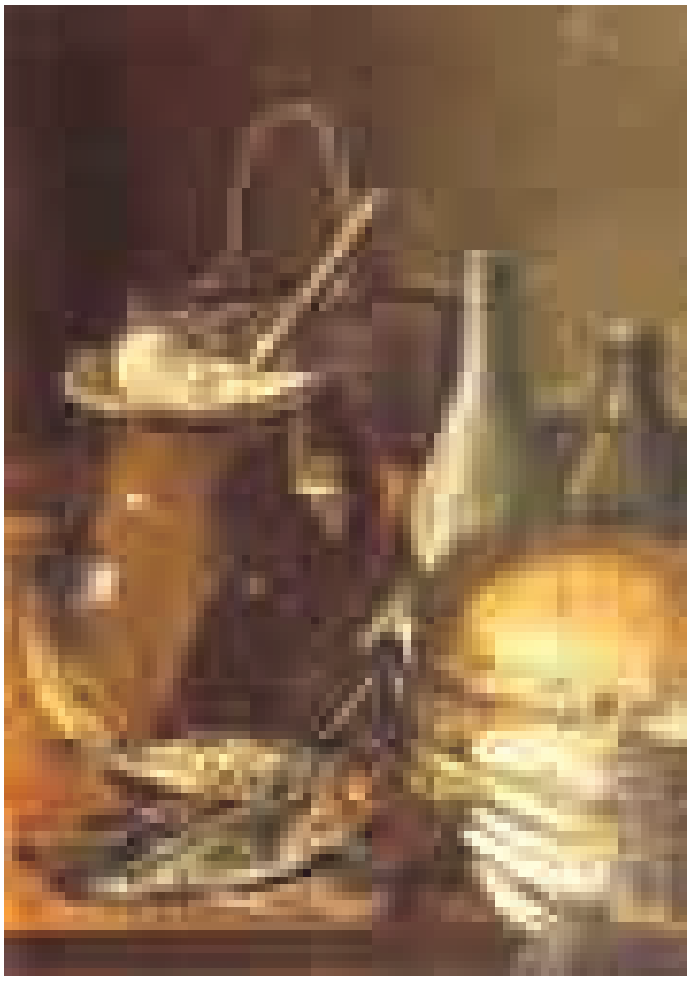


Fig. 59. *Pescado, cebolletas, pan y objetos diversos*, Luis Meléndez 1760-70 (Museo del Prado). Distintos bodegones del s. XVIII pintados por este autor muestran usos diversos de la cerámica (lo que puede explicar su "residualidad" en los contextos), como el empleo de platos de Talavera rotos a modo de tapaderas para jarra.

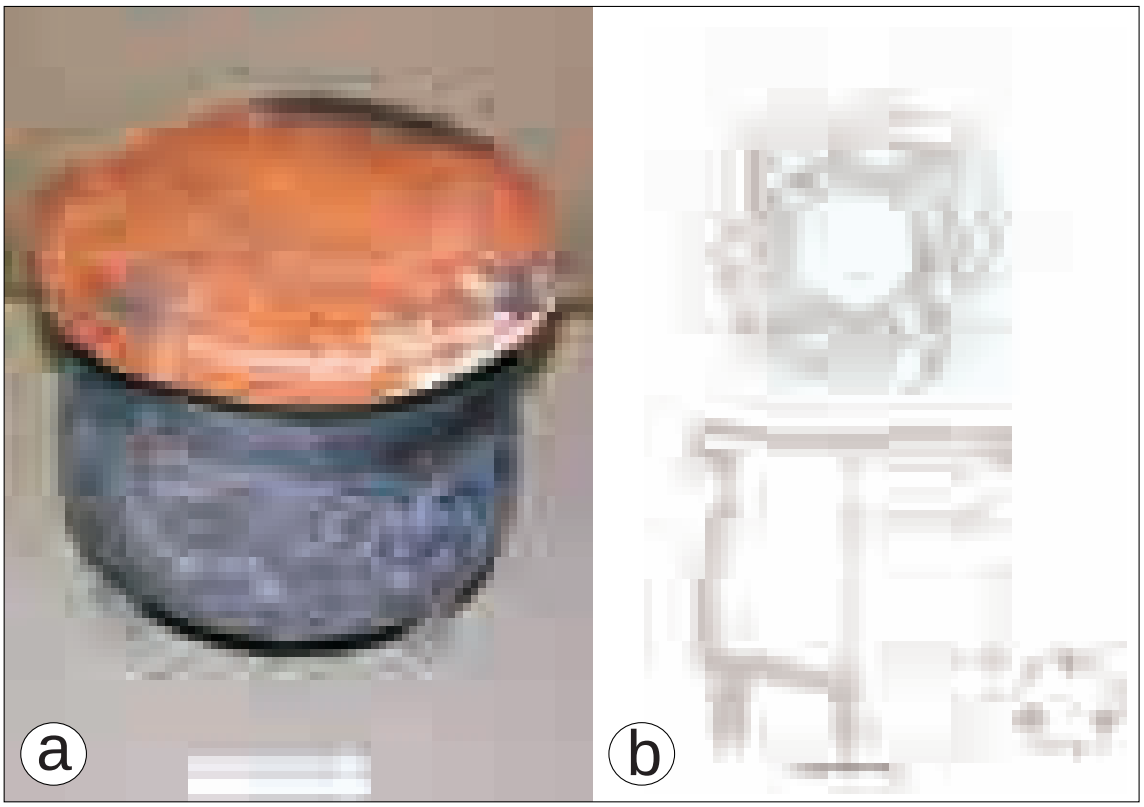


Fig. 60. (a) y (b) La perduración de las cerámicas y sus distintas fases de uso: olla de cocina y cantimplora de TSH seccionada reutilizadas como urna funeraria y su correspondiente tapadera.



Fig. 61. Un ejemplo personal de reutilización y prolongación de la vida de una cerámica: cazuela de barro de mi tatarabuela (finales s. XIX) convertida en maceta en la década de los 80 (s. XX) a día de hoy.



Fig. 62. Nivel de abandono sobre el pavimento de *opus signinum* de la habitación VI de la *domus* de la Fortuna compuesto por pintura material, adobes disueltos y materiales constructivos.



Fig. 63. Desplome del programa pictórico de la domus de la Fortuna (estancia VI) junto con numerosos adobes disueltos que confieren al estrato el característico color anaranjado.



Fig. 64. Muro de adobes de la casa republicana excavada bajo la Catedral de Santa María y amortizada por las estructuras del Teatro Romano.



Fig. 65. Zócalo de piedra de la fachada de la *domus* de la Fortuna. En el lado izquierdo del acceso desde la calle aún se aprecia el paramento de adobes, desaparecido en la parte opuesta.

C/ CARIDAD ESQUINA C/ SAN CRISTÓBAL LA CORTA (fin. s. II d.C.)

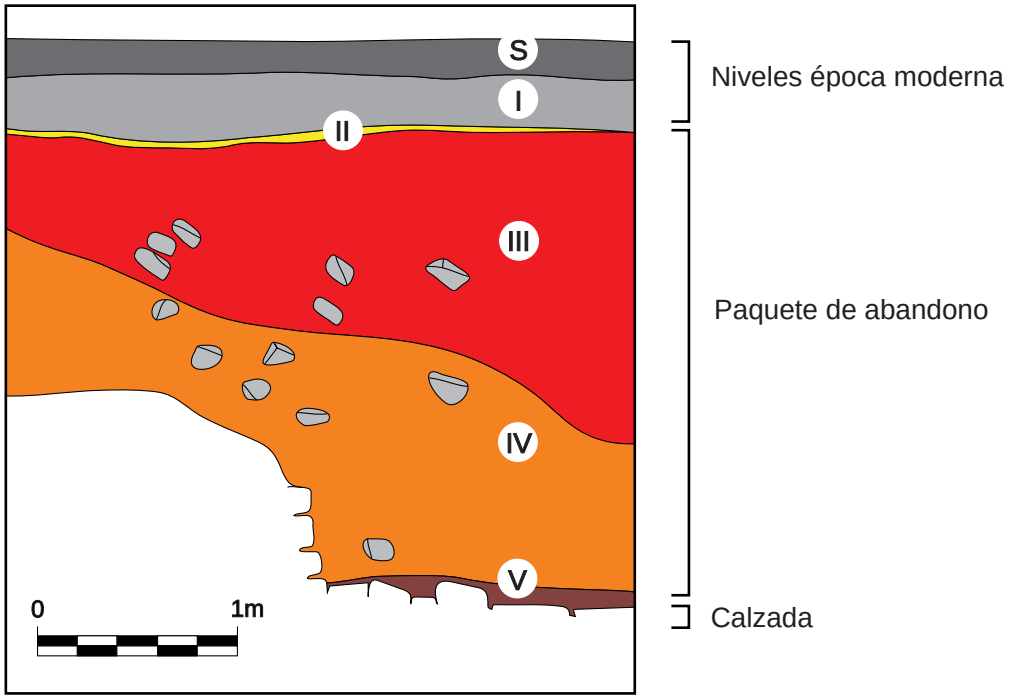


Fig. 66. Potentes niveles de abandono sobre el decumano altoimperial de la C/ Caridad esquina San Cristóbal la Corta.

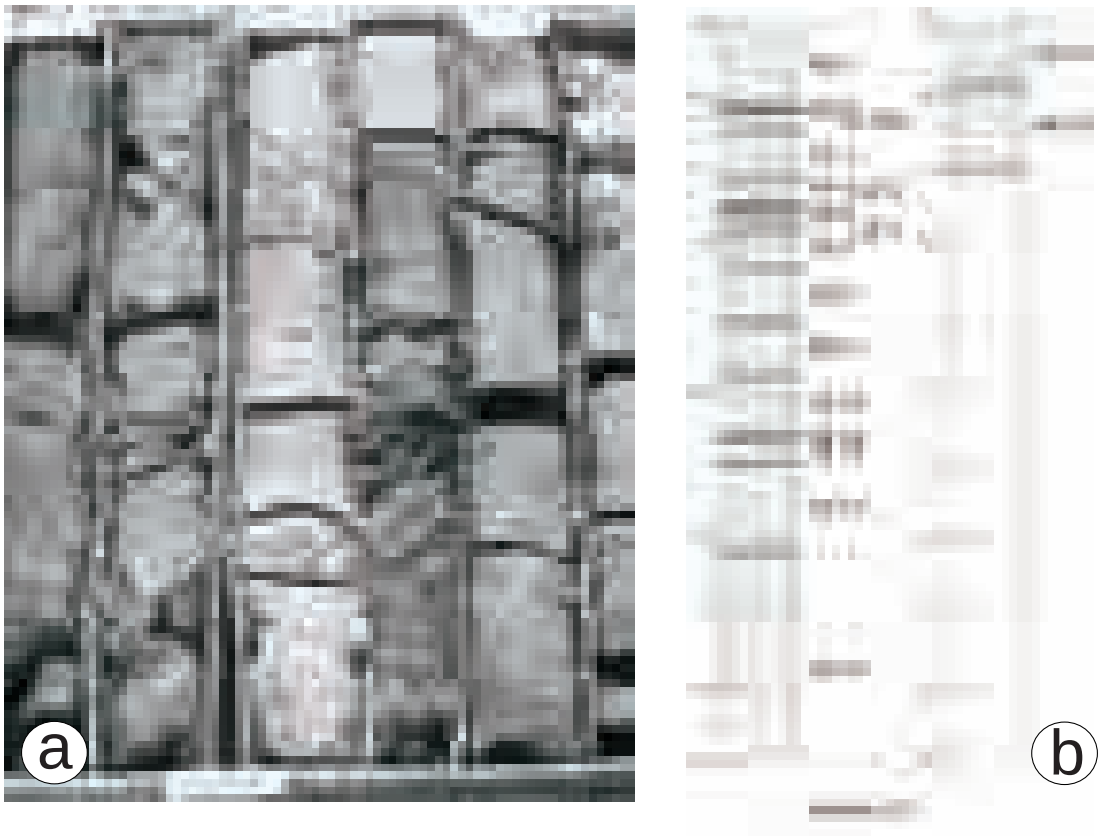


Fig. 67. (a) Detalle de la columna estratigráfica del sondeo nº 7 realizado en el cruce de las calles del Alto y Antiguones, (b) con su correspondiente gráfico.



Fig. 68. Nivel de abandono sobre una de las calzadas del PERI CA-4 en el que se distingue un primer estrato más claro formado por limos de arrastre de origen natural.



Fig. 69. Problemas de interpretación. Dos registros idénticos con distinto origen. (a) Perfil de la estancia I de la *domus* de la Fortuna donde se aprecia la secuencia de abandono formada por numerosas capas de adobe, material orgánico y constructivo y (b) sección estratigráfica del vertedero emeritense de la C/ Almendralejo nº 41.

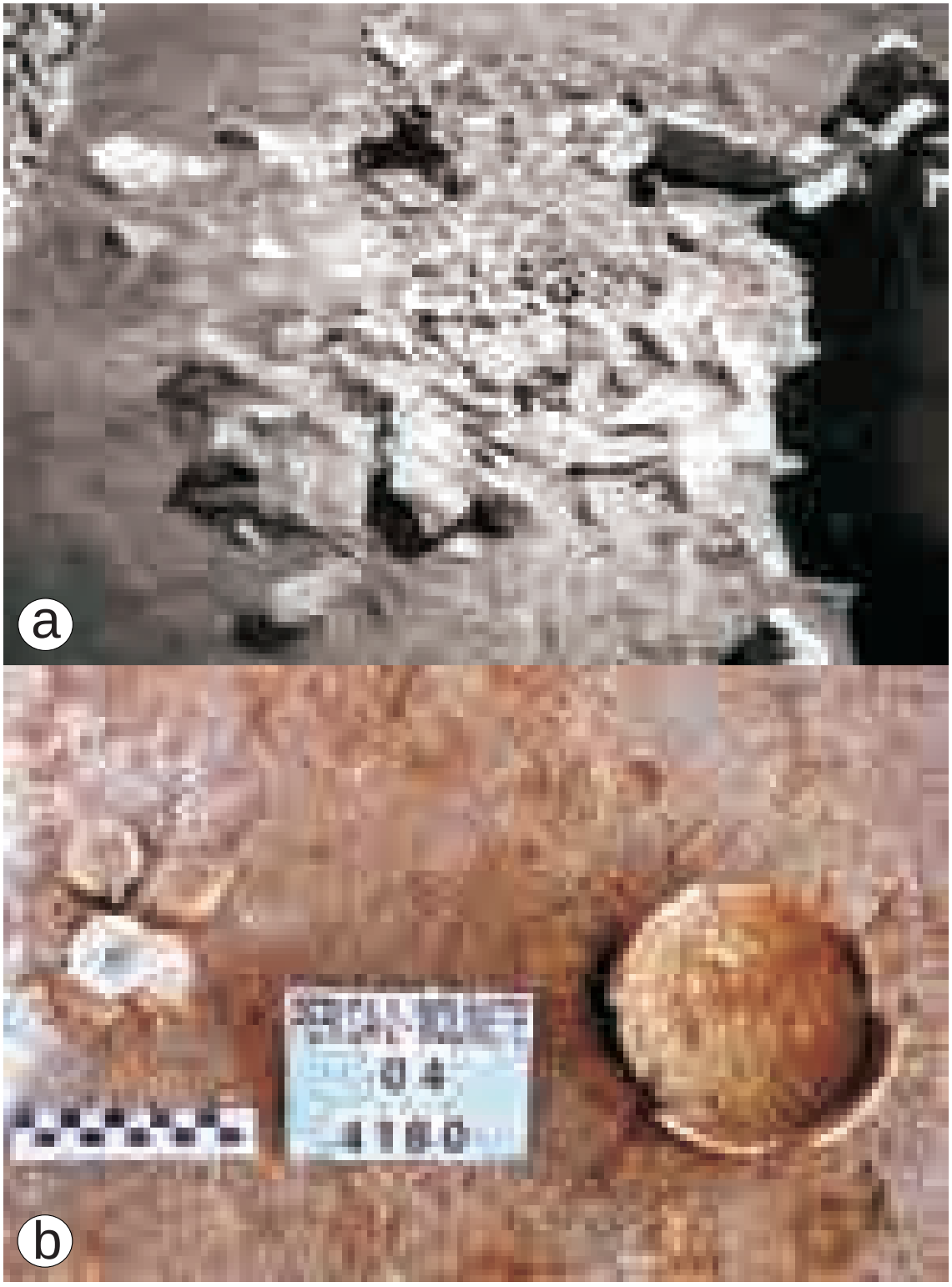


Fig. 70. Deposición *de facto*. (a) Nivel de destrucción de una habitación del barrio bizantino instalado sobre el teatro romano de Cartagena en el que los materiales aparecen fragmentados pero completos en su mayoría, (b) Posible nivel *de facto* en el barrio artesanal de la Morería donde diversas piezas completas parecen haber sido abandonadas de manera repentina.

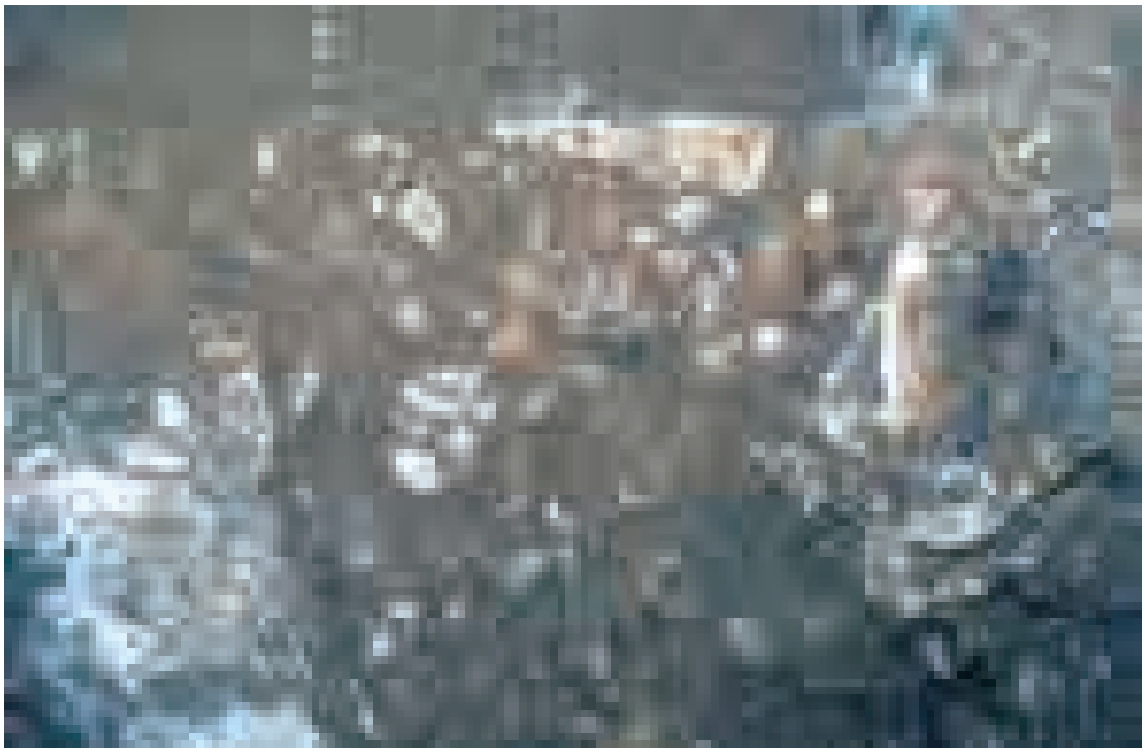


Fig. 71. Posible deposición primaria localizada en una de las habitaciones de la *domus* de la Fortuna rica en conchas. Los moluscos pudieron incorporarse al depósito tras ser consumidos en la misma casa.



Fig. 72. Deposición secundaria. Niveles de abandono con abundante material cerámico junto a una calzada y una columna cuyo zócalo cubren en la C/ Caballero n^{os} 7-9 (s. II-III d.C.).

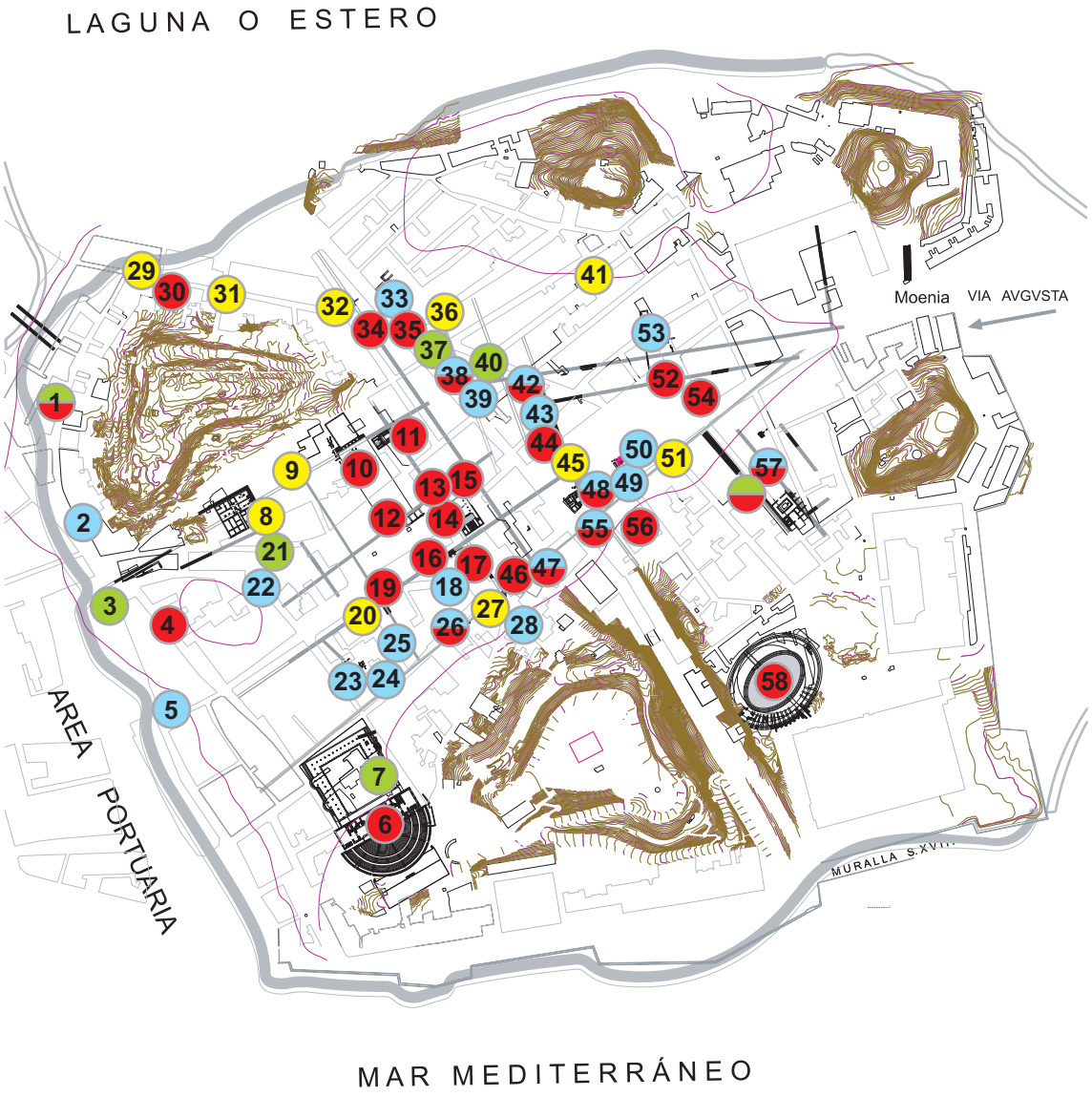


Fig. 73. Distintas categorías de espacios abandonados en *Carthago Noua* durante los s. II-III

1. Morería Alta y Morería Baja, 2. Puertas de Murcia nº 8-10, 3. C/ Mayor nº 41, 4. C/ del Aire nº 34-36, 5. C/ Mayor esquina C/ Medieras, 6. Teatro Romano (frente escénico), 7. Teatro Romano (*Porticus Post Scaenam*), 8. *Domus* del atrio, 9. Molinete, 10. Área foral, 11. Curia, 12. *Tabernae* foro, 13. C/ San Francisco nº 15 con C/ Caballero nº 5 *(Augusteum),* 14. C/ Caballero nº 2-12 *(Augusteum* y *Porticus Duplex),* 15. C/Caballero nº 7-9, 16. C/ San Francisco nº 16-22, 17. C/ San Antonio El Pobre nº 5, 18. C/ San Francisco nº 11-13, 19. C/ San Francisco nº 8, 20. C/ Campos nº 9, 21. C/ Honda nº 17, 22. C/ Jara nº 26, 23. C/ Jara nº 12, 24. C/Jara-Palas-Cuatro Santos, 25. C/ Palas nº 5-7, 26. C/ Cuatro Santos nº 40, 27. C/ Cuatro Santos nº 33-35, 28. C/ Faquineto nº 1, 29. C/ del Parque nº 25-27, 30. C/ San Fernando con C/ Tahona, 31. Callejón de San Esteban, 32. Plaza del Sevillano nº 33, 33. C/ Serreta nº 3, 34. C/ Serreta nº 3-7 y C/ San Vicente, 35. C/ Serreta nº 9, 36. C/ Martín Delgado nº 4-6, 37. Plaza Serreta con C/ Beatas, 38. C/ Caridad esquina C/ San Cristóbal la Corta, 39. C/ Caridad nº 12, 40. C/ Beatas esquina C/ San Cristóbal la Corta, 41. C/ San Cristóbal la Larga nº 34, 42. C/ Beatas con C/ Roque y C/ San Cristóbal la Corta, 43. C/ Ciprés nº 3-7, 44. C/ Roque con C/ Ciprés nº 7, 45. Plaza Risueño nº 12, 46. C/ Duque nº 2, 47. C/ Duque nº 8-10, 48. C/ Duque nº 25-27, 49. C/ Duque 33, 50. C/ Duque 37-39, 51. Plaza de la Merced nº 1 esquina C/ Duque, 52. C/ Saura - Plaza de la Merced, 53. C/ Saura nº 29, 54. C/ San Diego nº 1-3, 55. C/ Gisbert 1 y C/ Marango nº 2, 56. PERI CA-4 (Zona Verde y C/ Marango), 57. PERI CA-4 (distintas calles y *domus* de *Saluius),* 58. Anfiteatro Romano.

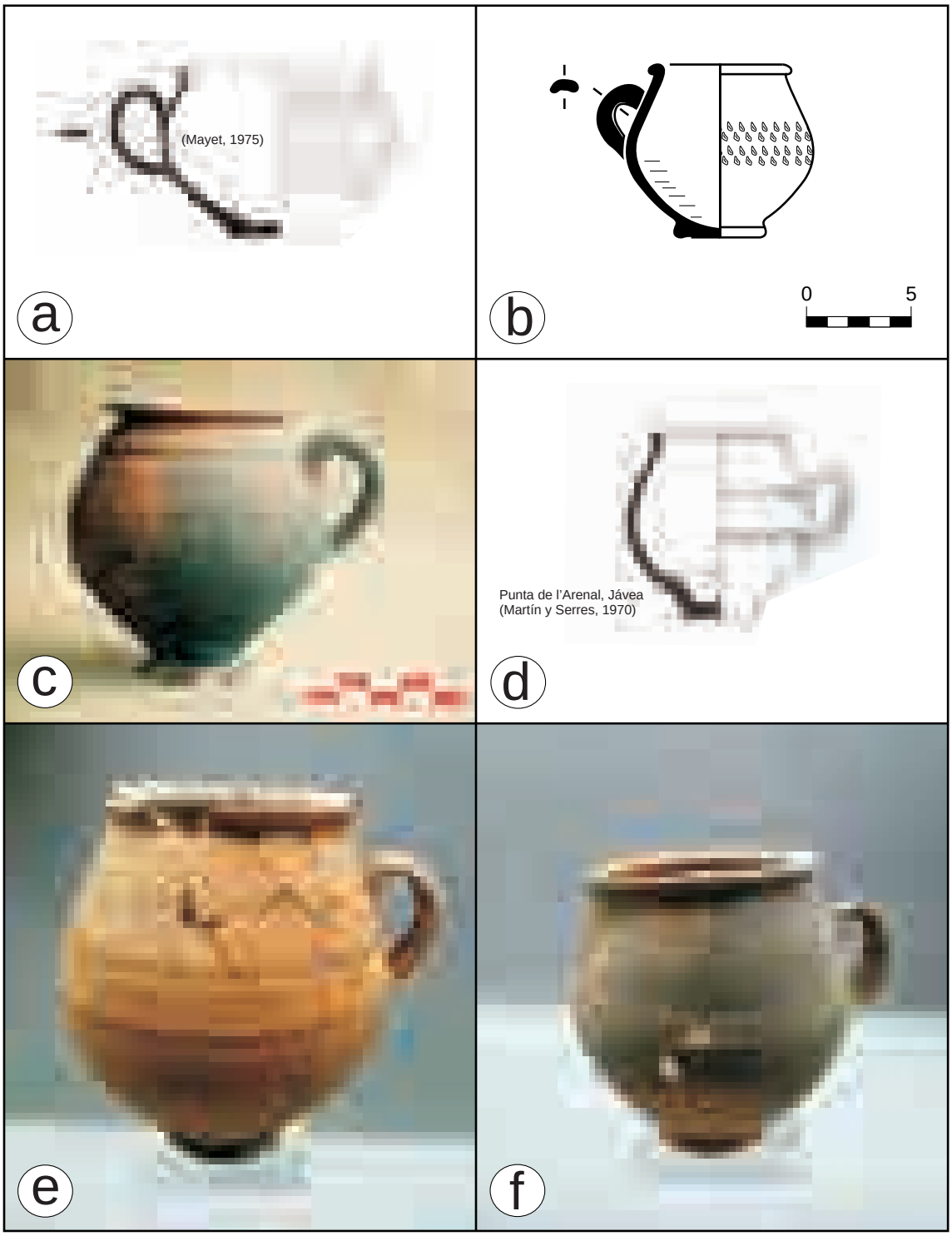


Fig. 74. (a) Tipo Mayet 20 B, según la tipología establecida por esta autora en 1975, (b) Pared fina de Cartagena definida como "asimilable a Mayet 20", si bien tiene un pie más marcado, boca más estrecha y cuerpo menos globular (*domus* de la Fortuna), (c) Tacita monoansada de paredes finas producida en Cerdeña, (d) pieza hallada en la Punta de l'Arenal (Jávea) e idéntica a las consideradas locales de *Carthago Noua*, (e) y (f) Tazas de posible producción local identificadas como tipo Cartagena expuestas en el centro de interpretación de la *domus* de la Fortuna.



Fig. 75. Dos grandes cuencos de *terra sigillata* tardoitálica forma Dragendorff 37 hallados en *Lucentum* (e interpretados en un primer momento como TSG).



Fig. 76. Lucerna vidriada de producción campana procedente del Teatro Romano de Cartagena (s. II d.C.).

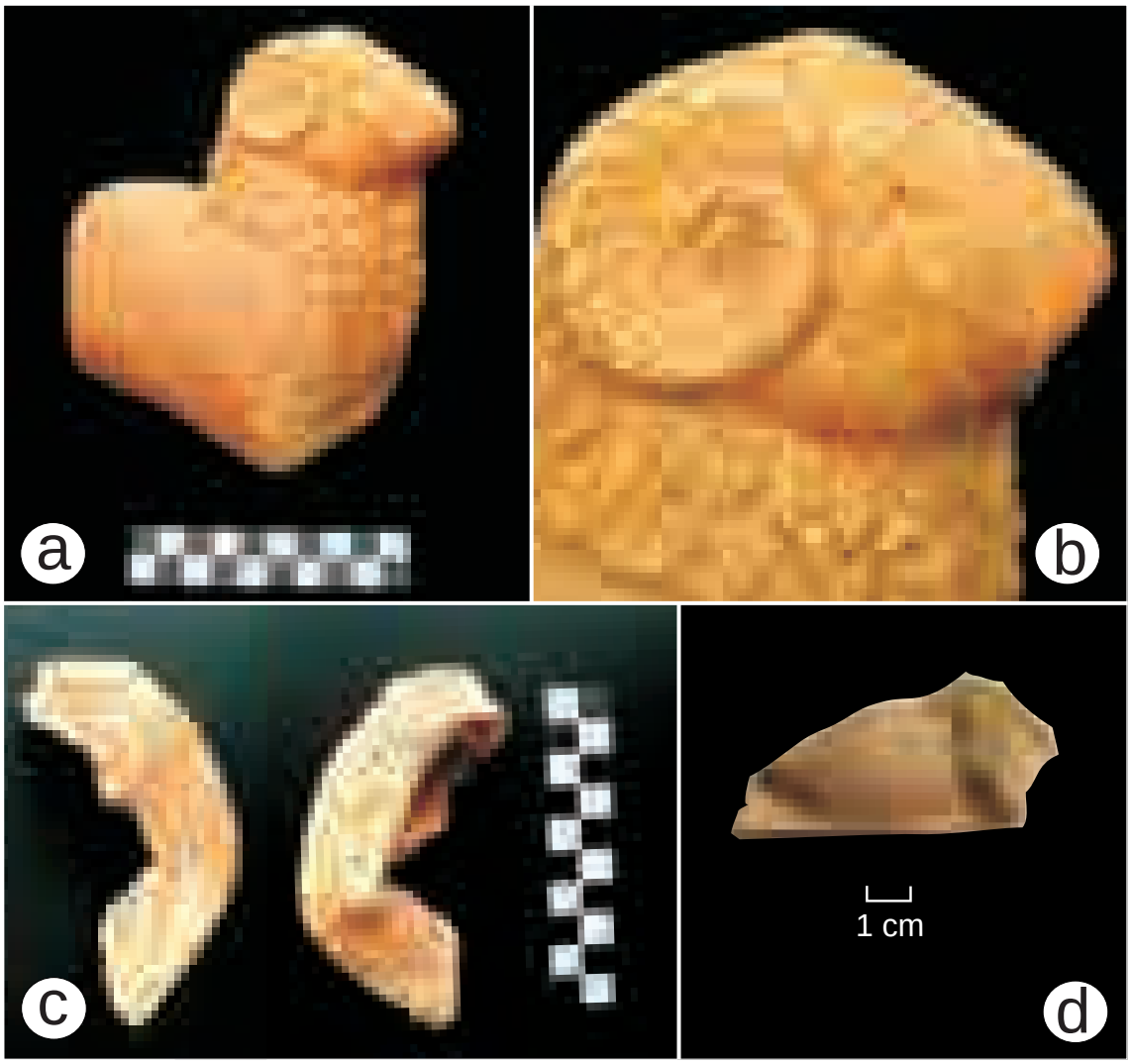


Fig. 77. Vasos plásticos de Asia Menor hallados en Cartagena. (a) Recipiente con forma de carnero procedente de Cnido conservado en el MAMC, (b) detalle de la pasta del mismo ejemplar, con particular blanquecinas en su superficie y un característico engobe anaranjado con reflejos metálicos, (c) pieza inédita de posible carácter antropomorfo encontrada en la curia, (d) vaso plástico con forma de león procedente de la C/ Caballero n^{os} 7-9 (inédito).

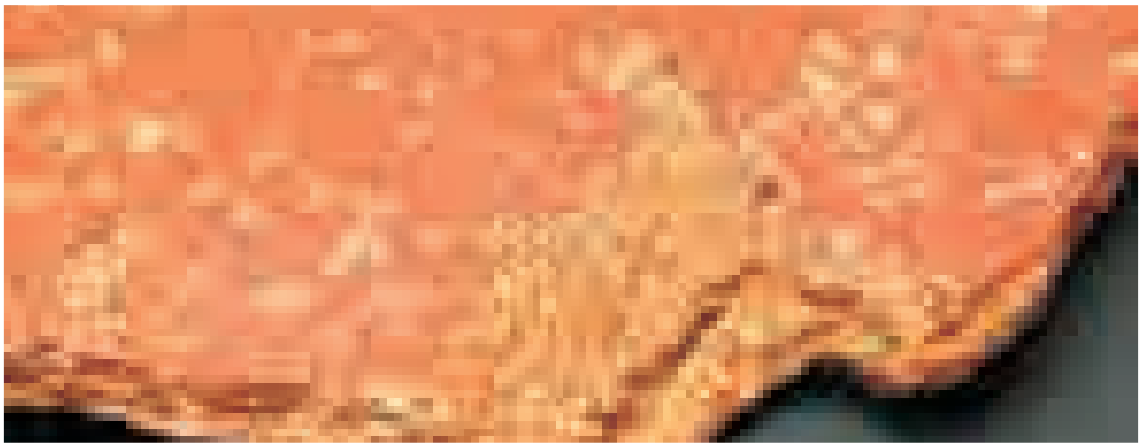


Fig. 78. Detalle de la pasta y el recubrimiento interno de un plato de cocina de engobe rojo pompeyano procedente de la *domus* de la Fortuna donde se aprecian las partículas volcánicas propias de estas producciones itálicas.



Fig. 79. Plato de engobe rojo pompeyano aparecido en un nivel de destrucción a finales del siglo II d.C. en la villa del Cerro de la Ermita de Singla (conservada en el Museo Arqueológico "La Soledad" de Caravaca de la Cruz). El hallazgo muestra la perduración en el contexto (probablemente para el mismo uso) de una pieza de cocina propia del s. I d.C.

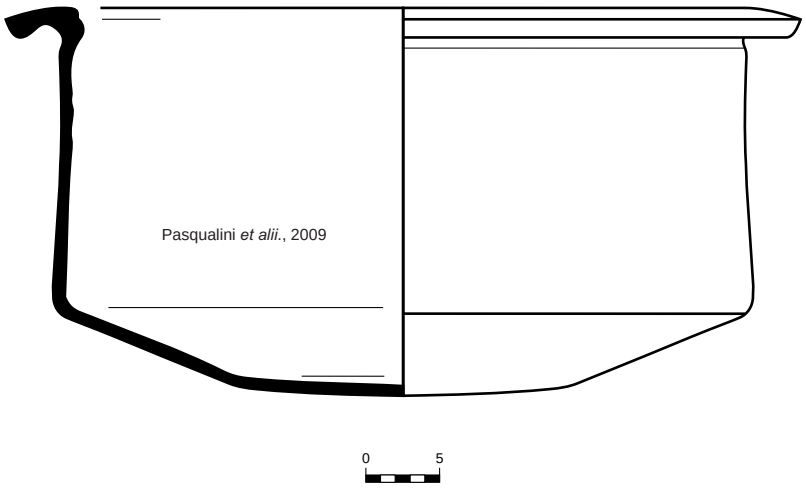


Fig. 80. Olla itálica de la forma Bats 3 propia de finales del s. II e inicios del s. III d.C.

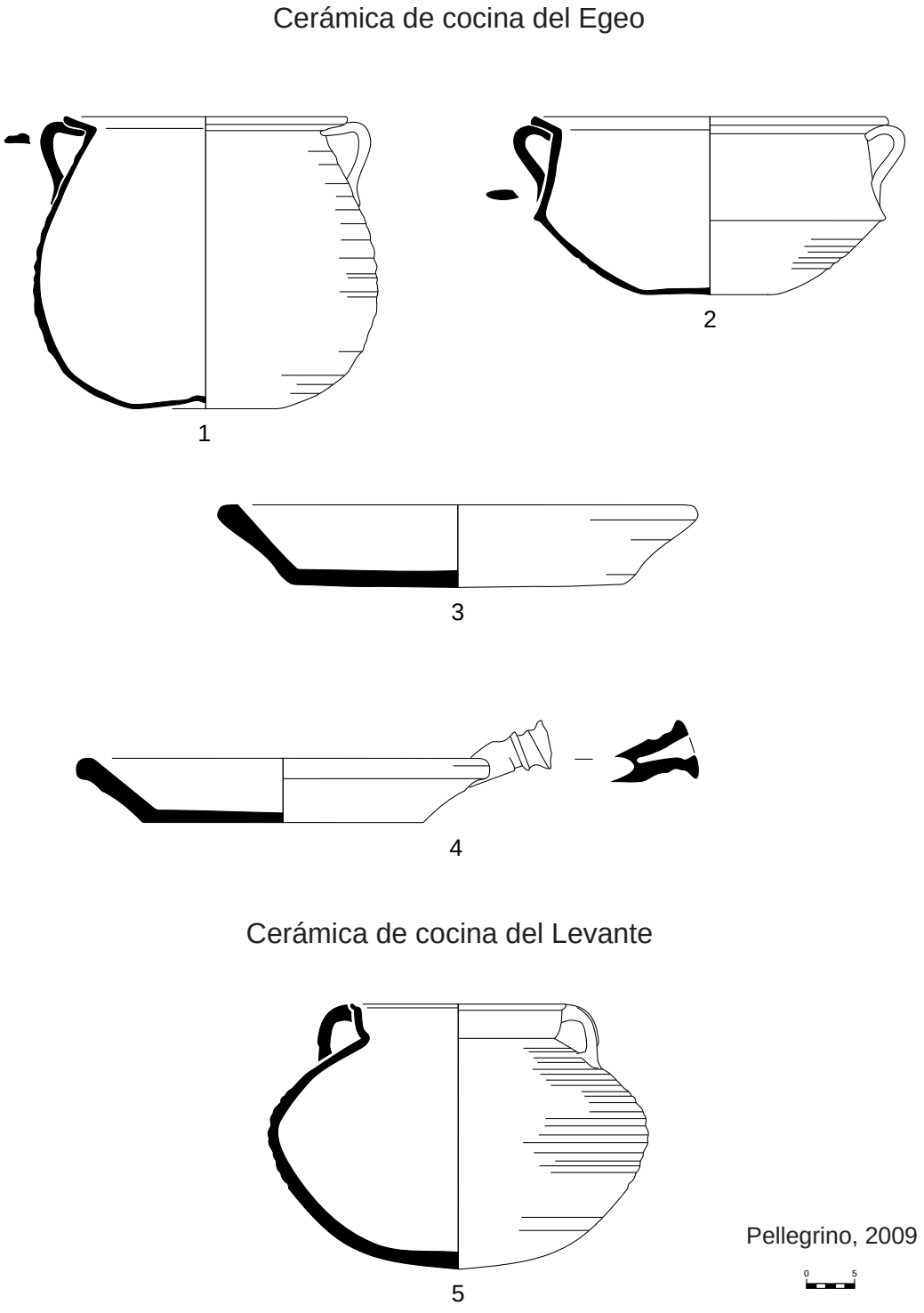


Fig. 81. Cerámica de cocina propia de contextos de los s. II-III d.C. y de procedencia oriental (hallada en el sur de Francia). Área del Egeo: (1) Marmita Ágora G193, (2) Cazuela Ágora J57, (3) Sartén Ágora G133 (cuya procedencia, oriental o itálica se continúa debatiendo), (4) Sartén Ágora G133 dotada del típico mango hueco y torneado a modo de espiral. Cocina del Levante mediterráneo: (5) Olla de cocina de Beirut.

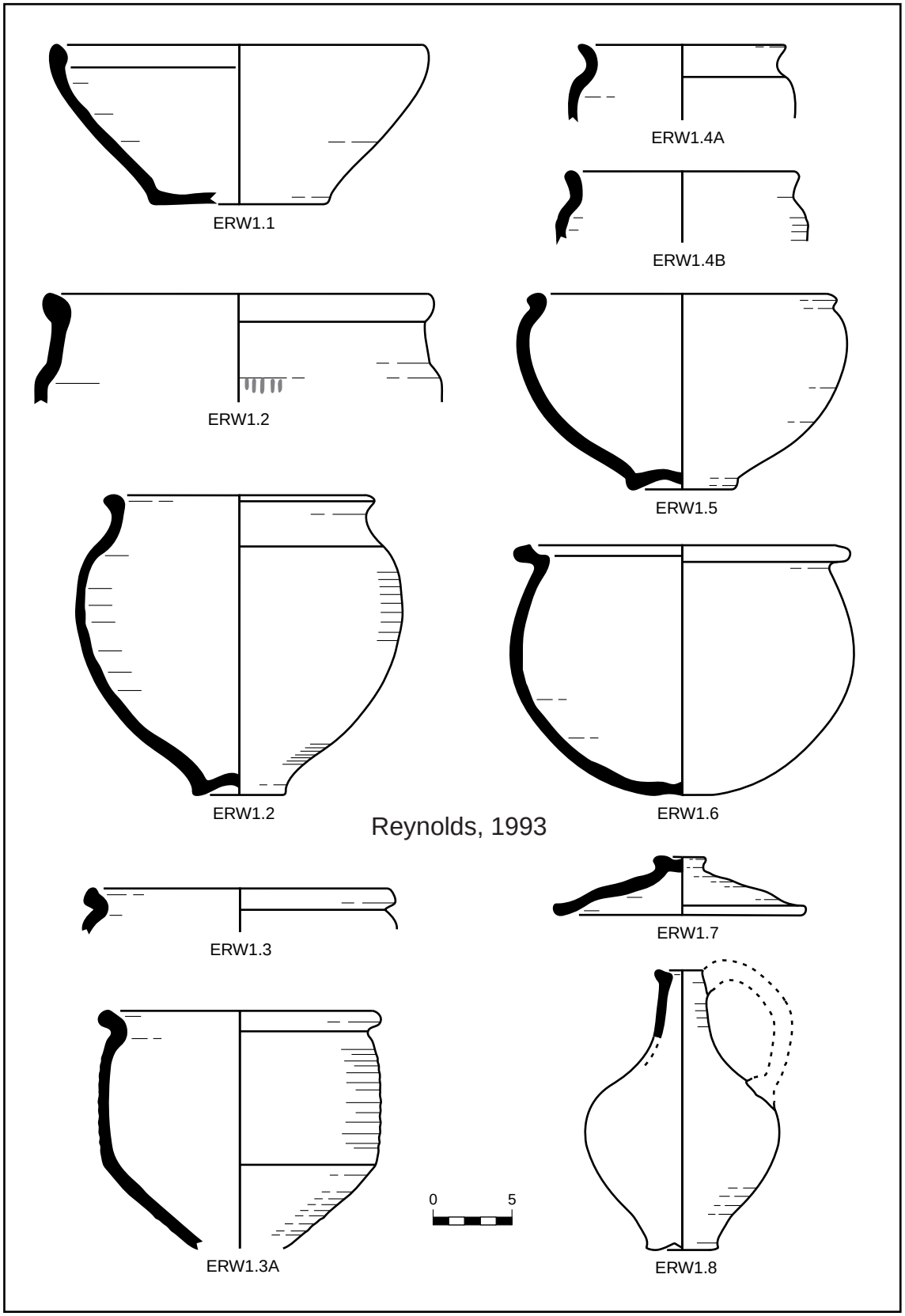
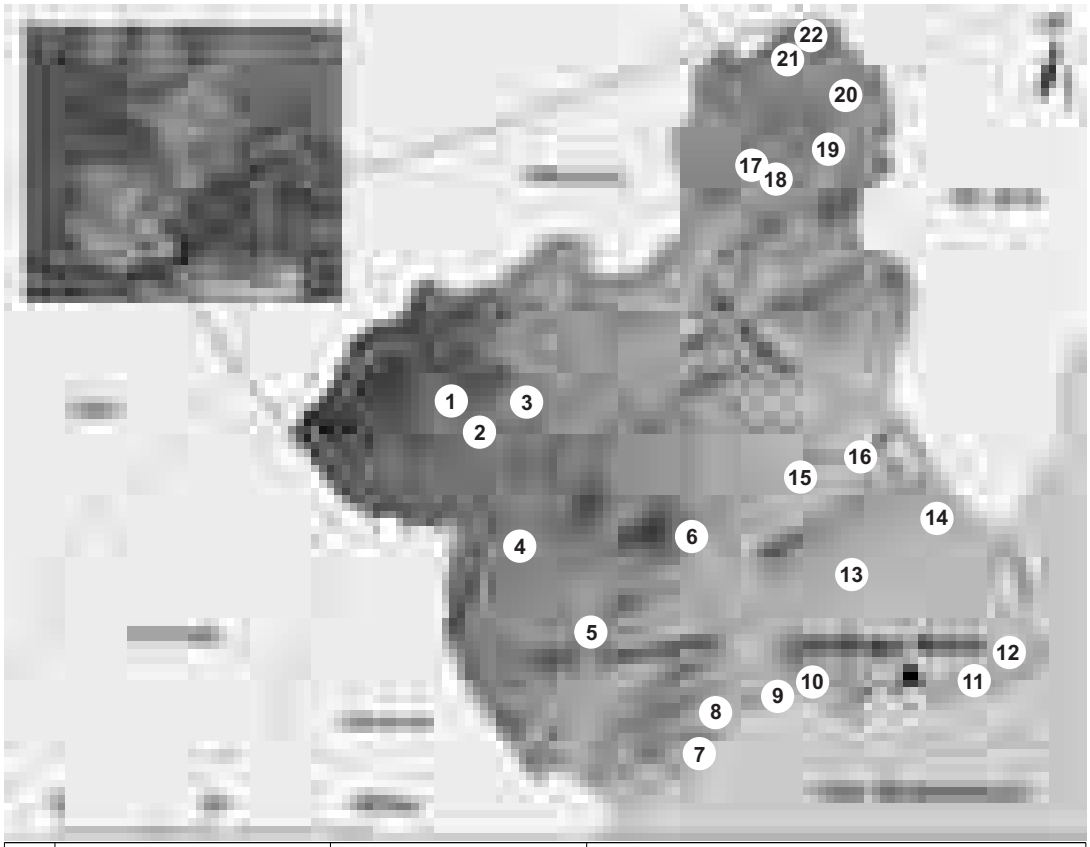


Fig. 82. Principales formas de la ERW1 según la definió P. Reynolds en 1993 (retocada por A. Quevedo). A excepción de las formas 5 y 6, el resto de piezas se documentan ampliamente en *Carthago Noua* y numerosos puntos de la provincia de Murcia, en especial la olla 3, la tapadera 7 y la jarra para hervir de la forma 8.



Nº	YACIMIENTO	FORMAS							BIBLIOGRAFÍA
		1	2	3	4	7	8	?	
1	Necrópolis del Villar de			●			●		Brotóns y López, 2010: 422,
2	Villa del Cerro de la Ermita de			●					Inédito. En exposición en el Museo Arqueológico
3	Fuente de la Teja	●							Murcia, 2006: 208, Fig.10.4
4	Villa de Venta Ossete			●			●		Martínez, 2002: 38 y 40, Fig. 5 y 7 (aquí Fig. 6.5)
5	*Eliocroca*			●	●		●		Pérez, 2007: 71 y 75, Lám. 7; Martínez y Ponce, 1999: 321, Fig.20.1; y piezas inéditas en el M. Arq.de Lorca
6	Alhama de Murcia		●	●	●			●	Ramírez, 1998: 298-299, Fig. 8.5 y 8.7; Baños,
7	La Chapa de los Pájaros		●			●			Inédito. Colección Juan Gabarrós Campos
8	Casas de la Huerta	●							Inédito. En exposición en el Museo Arqueológico
9	Necrópolis de La Molineta	●							López, 2005: 243, Fig. 18.170
10	Los Tinteros	●		●					García *et alii*, 2006: 165, Fig.3 (aquí Fig. 3.1)
11	Villa de la Huerta del Paturro		●		●	●		●	Fernández, 1999: 263-268, Lám. 64 y 66
12	Las Mateas		●	●		●			Ruiz, 1995: 162-170 Fig. 3.15, 3. 23 y 6.48-49.
13	Villa de Balsapintada			●					Ramallo y Ros, 1988: 162-163, Fig. 8
14	La Molata Chica			●				●	De Miquel y Baños, 1987: 138, Lám. 3.1
15	Acueducto de la Rueda							●	López, 1997: 586
16	Necrópolis de Algezares						●	●	Yus, 2008: 103, Fig. 3
17	Camino del Pedregal			●	●				Muñoz *et alii*, 1995: 145, Fig. 8.1, Muñoz *et alii*,
18	Villa de Los Cipreses	●	●	●	●	●	●	●	Noguera y Antolinos, 2009: 205-206, Fig. 14
19	Casa de la Ermita							●	Ruiz, 1988: 576
20	Los Torrejones	●	●	●				●	Amante, 1991: 244-250, Lám. 3, 4, 6, 10, 11 y 14;
21	El Pulpillo			●				●	Iniesta, 1995: 277-279, Fig. 14. A-33; Ruiz, 1988:
22	Marisparza							●	Ruiz, 1988: 577

Fig. 83. Mapa de distribución de la cerámica reductora de cocina en Murcia con las principales formas halladas en cada yacimiento.

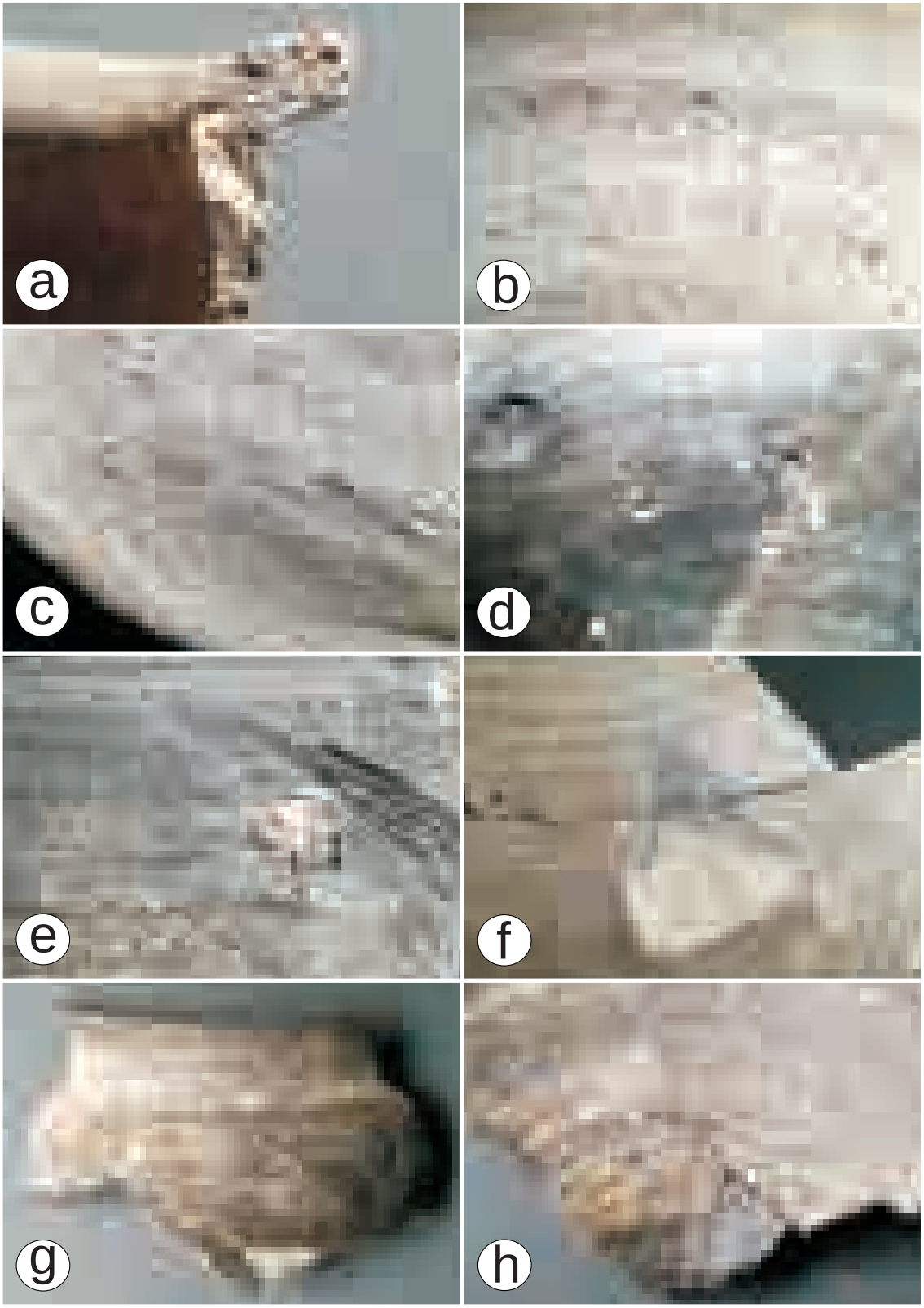


Fig. 84. Diversos detalles de la pasta y los acabados de la cerámica reductora de cocina. (a-c): Inclusiones de cuarzo, óxidos de hierro y carbonato cálcico, (d) Superficie pulida a bandas de una forma 4 con abundantes caliches, (e) detalle de una inclusión de carbonato cálcico de 5 cm en la pared exterior de una olla 3, (f) Marca en torno a la fractura de un asa de la jarra 8 fruto de un posible contacto con las llamas durante la cocción, (g) Vacuolas en superficie, forma de erosión característica de estas piezas, (h) Fondo de olla fracturado y con restos de haber sido expuesto repetidamente al fuego.



Fig. 85. (a) Fondo interior estriado de una olla 3, (b) Detalle del fondo umbilicado característico con su botón central, (c) Olla 2 y tapadera 7 de bordes irregulares, Necrópolis de La Chapa de los Pájaros, (d) Jarra y vaso forma 4, Necrópolis Glorieta San Vicente, (e) Tapaderas forma 7 de diferente medida, La Chapa de los Pájaros y Lorca, (f) Jarra 8 con concreciones calcáreas en su interior, (g): Cazuela y vaso perforados intencionalmente; Casas de la Huerta y Necrópolis Glorieta San Vicente.

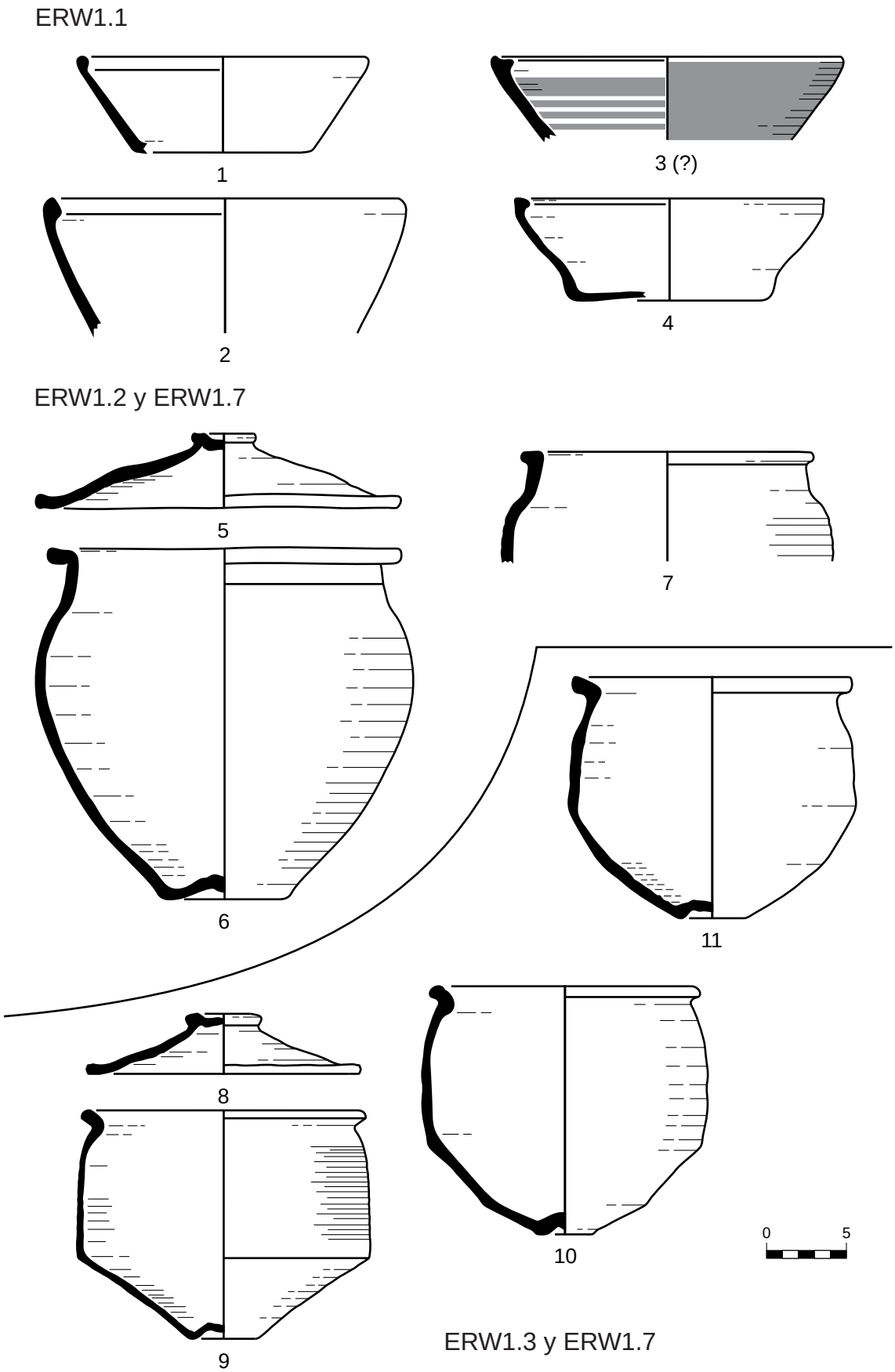


Fig. 86. Principales formas de cerámica reductora de cocina (o ERW1) halladas en *Carthago Noua* y otros puntos del Sureste (circunscritos a la actual Región de Murcia): (1-4) Cazuelas de fondo plano de la forma 1, (6-7 y 9-11) Ollas de la forma 2 y 3, y (5 y 8) sus respectivas tapaderas.

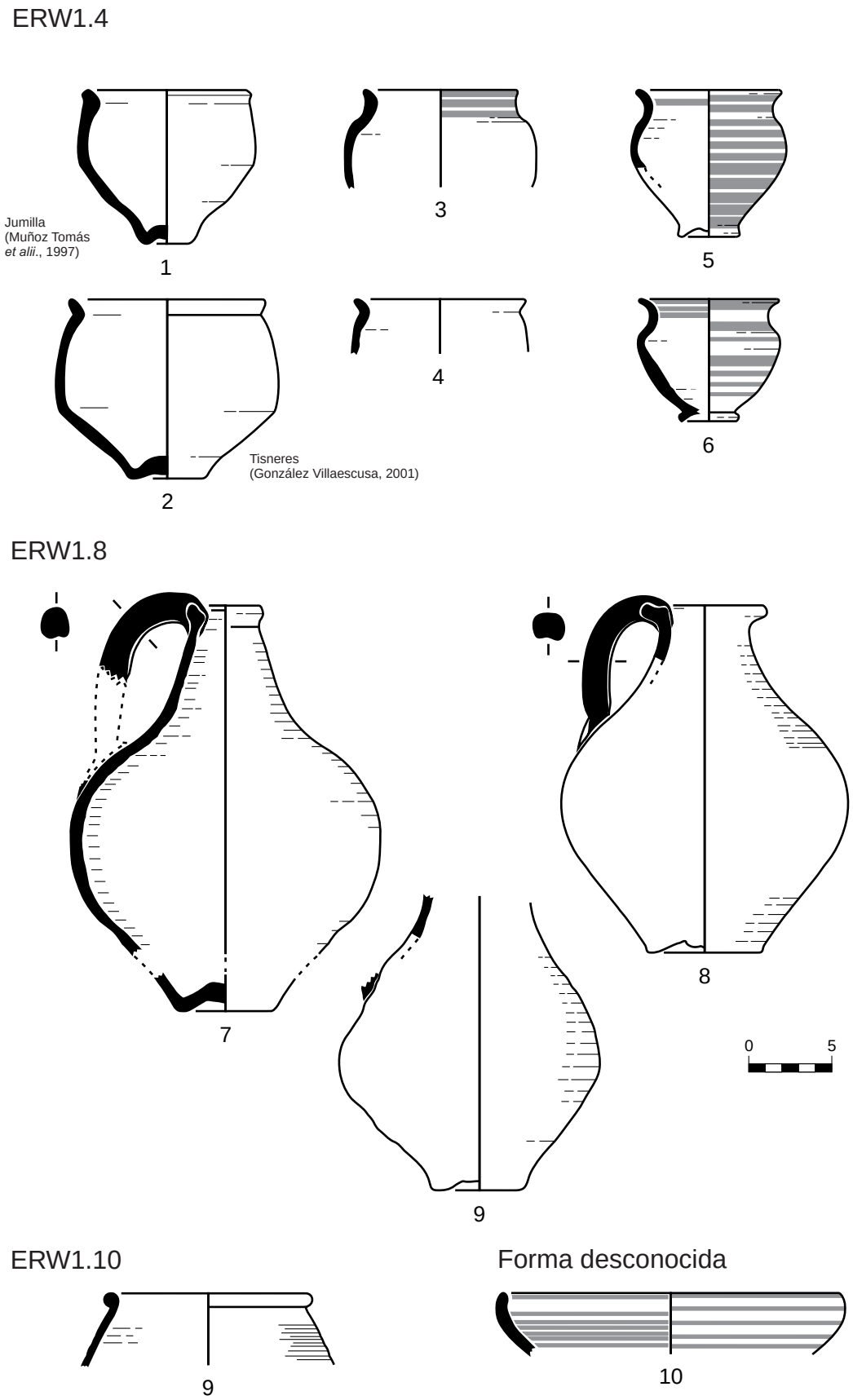


Fig. 87. Principales formas de cerámica reductora de cocina (o ERW1) halladas en *Carthago Noua* y otros puntos del Sureste (circunscritos a la actual Región de Murcia): (1-6) "Ollitas" de la peculiar forma 4, con pulido a bandas en su exterior, (7-9) Jarras para hervir de la forma 8, (9-10) piezas poco frecuentes documentadas con un único ejemplar.



Fig. 88. (a) Sarcófago del vendedor de vino de Til-Châtel (Borgoña) en el que se aprecian piezas idénticas pero de distintas medidas, (b) Conjunto de ollas reductoras de varios tamaños conservadas en el MALL, (c) Ollas reductoras empleadas como urnas funerarias de la primera mitad del s. I d.C., (d) Materiales expuestos en la *domus* de la Fortuna en los que se aprecia la pervivencia de piezas reductoras junto al repertorio de formas africanas.

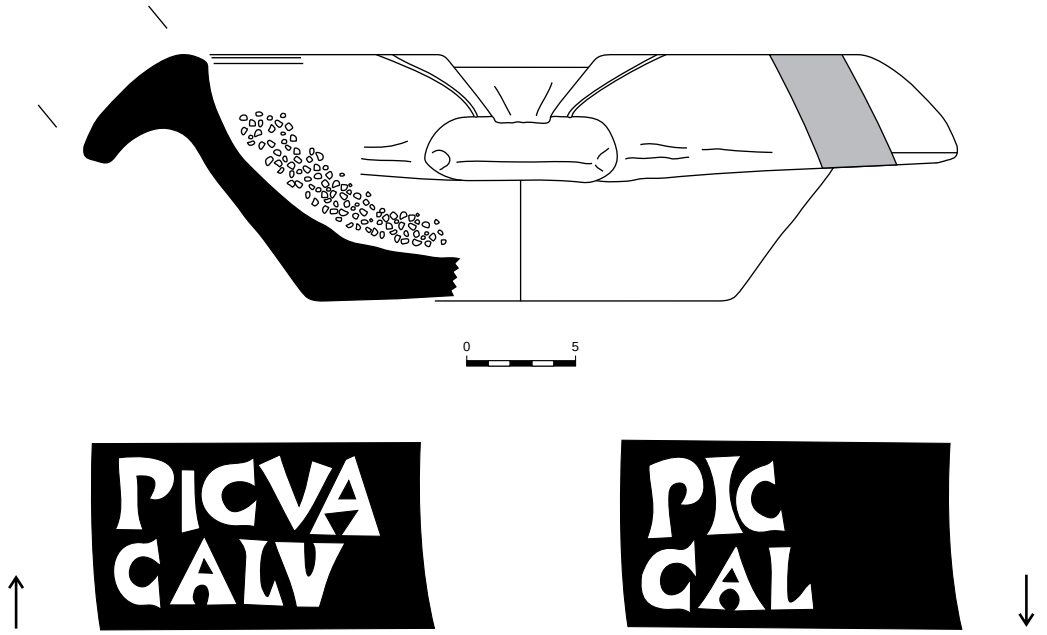


Fig. 89. Mortero itálico Dramont D2, tipo muy popular y sorprendentemente escaso en los contextos de *Carthago Noua*. Fechado entre los s. I-II d.C., el ejemplar porta dos sellos parcialmente conservados (escala 1:1) pare los que surgen diversas lecturas e interpretaciones, una de las cuales lo vincula con la familia productora de los *Calpetani*.

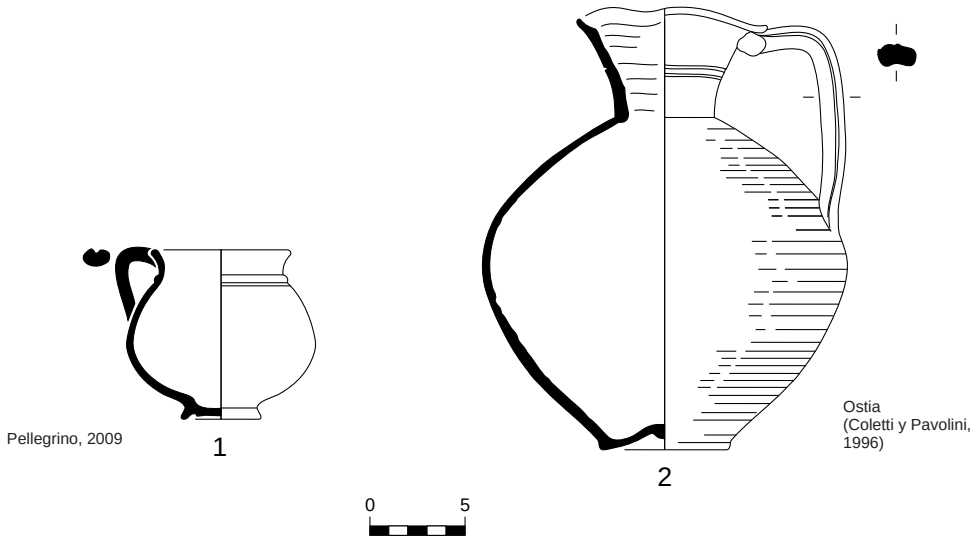


Fig. 90. Piezas de cerámica común oriental que probablemente conformaron un servicio: (1) Vasito monoansado Marabini LXVIII y (2) Jarra Ágora G188, empleada como posible hervidor.



Fig. 91. Jarra G188 procedente de los niveles de abandono de la C/ Jara 12. En el cuello, bajo su característica boca trilobulada se aprecian diversas líneas en relieve que conforman uno de los rasgos distintivos de la producción.



Fig. 92. Detalle de la boca del mismo ejemplar en el que se puede observar la tonalidad roja de la pasta y el exterior grisáceo, casi vitrificado en los ejemplares más tardíos.

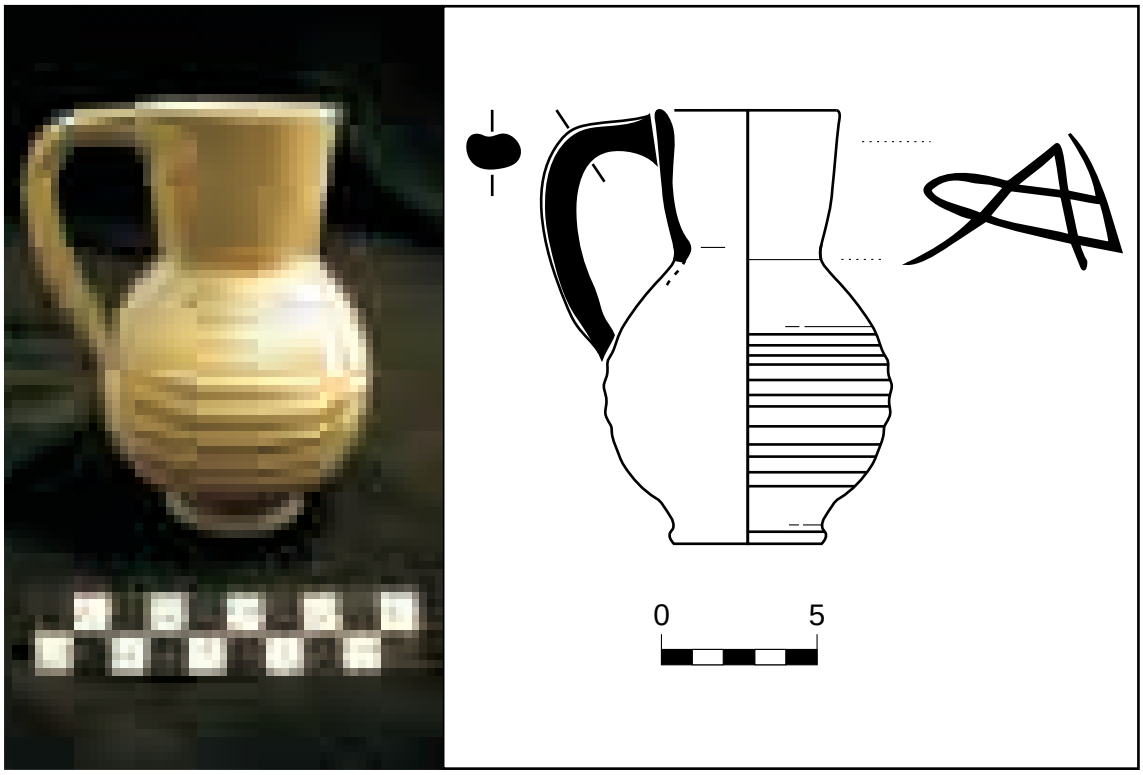


Fig. 93. Jarrita oriental de pasta amarillenta producida en Beirut, s. II-III d.C. Fue hallada formando parte de un ajuar en la necrópolis de la C/ Carlos III de Águilas; presenta un grafito en el cuello.



Fig. 94. Dos formas de cerámica común africana identificadas en los contextos de los s. II-III d.C.: (1) Jarrita tipo Bonifay 50, especialmente abundante en *Carthago Noua* y dedicada probablemente al consumo de vino, (2) Jara con filtro Bonifay 53.

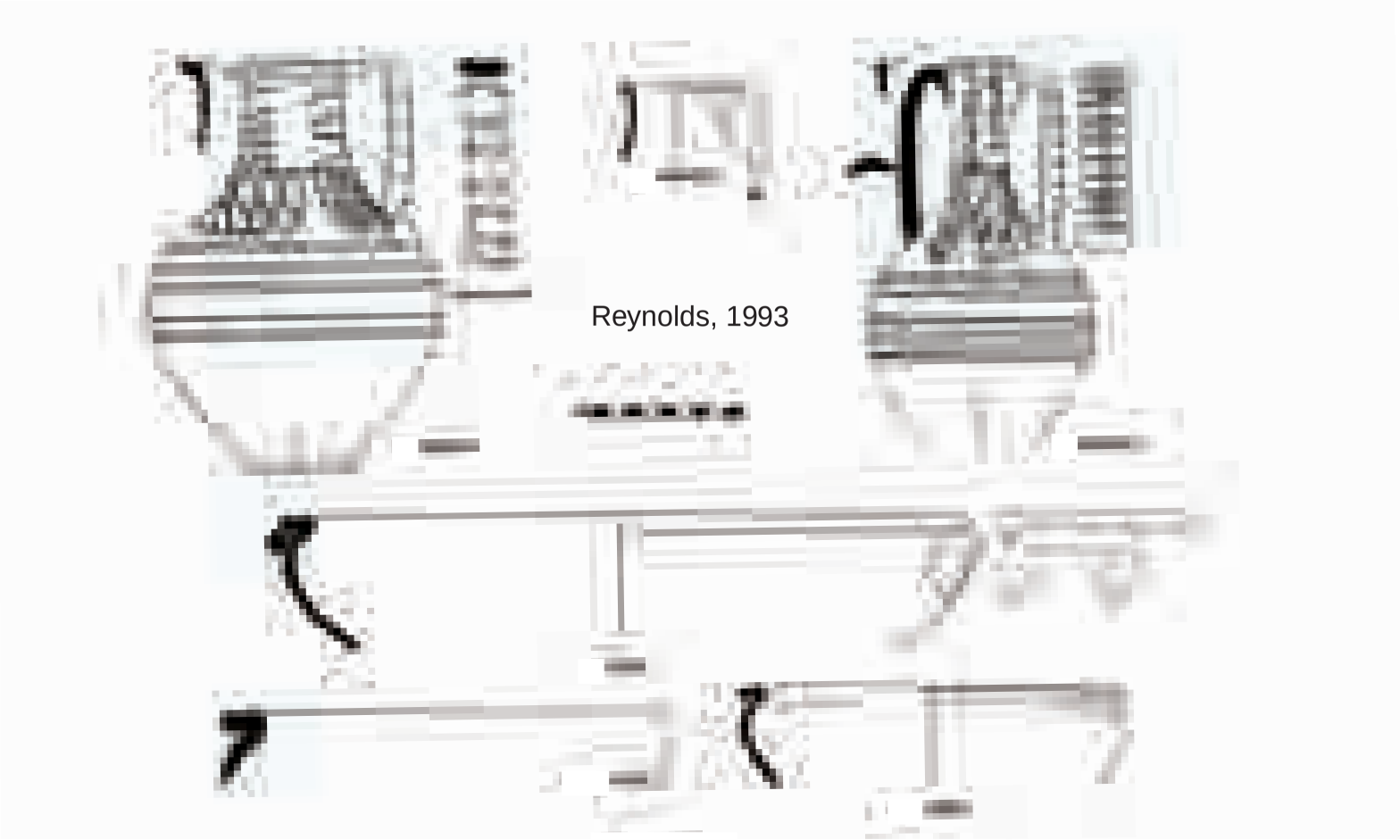


Fig. 95. Materiales recogidos por Reynolds dentro de su clasificación de la cerámica romana pintada de tradición ibérica (ERW2b) y la cerámica común oxidante (ERW3). En el primer caso se observan la forma que con mayor frecuencia aparece en los niveles de *Carthago Noua*: el olpe Abascal 19, especialmente en su versión monoansada (formas 4 y 6 de la ERW2b). El primer tipo de su ERW3 corresponde con un gran cuenco o *paropsis* de borde vuelto y con su superficie pulida a bandas también característica de los contextos antonino-severianos de la ciudad.

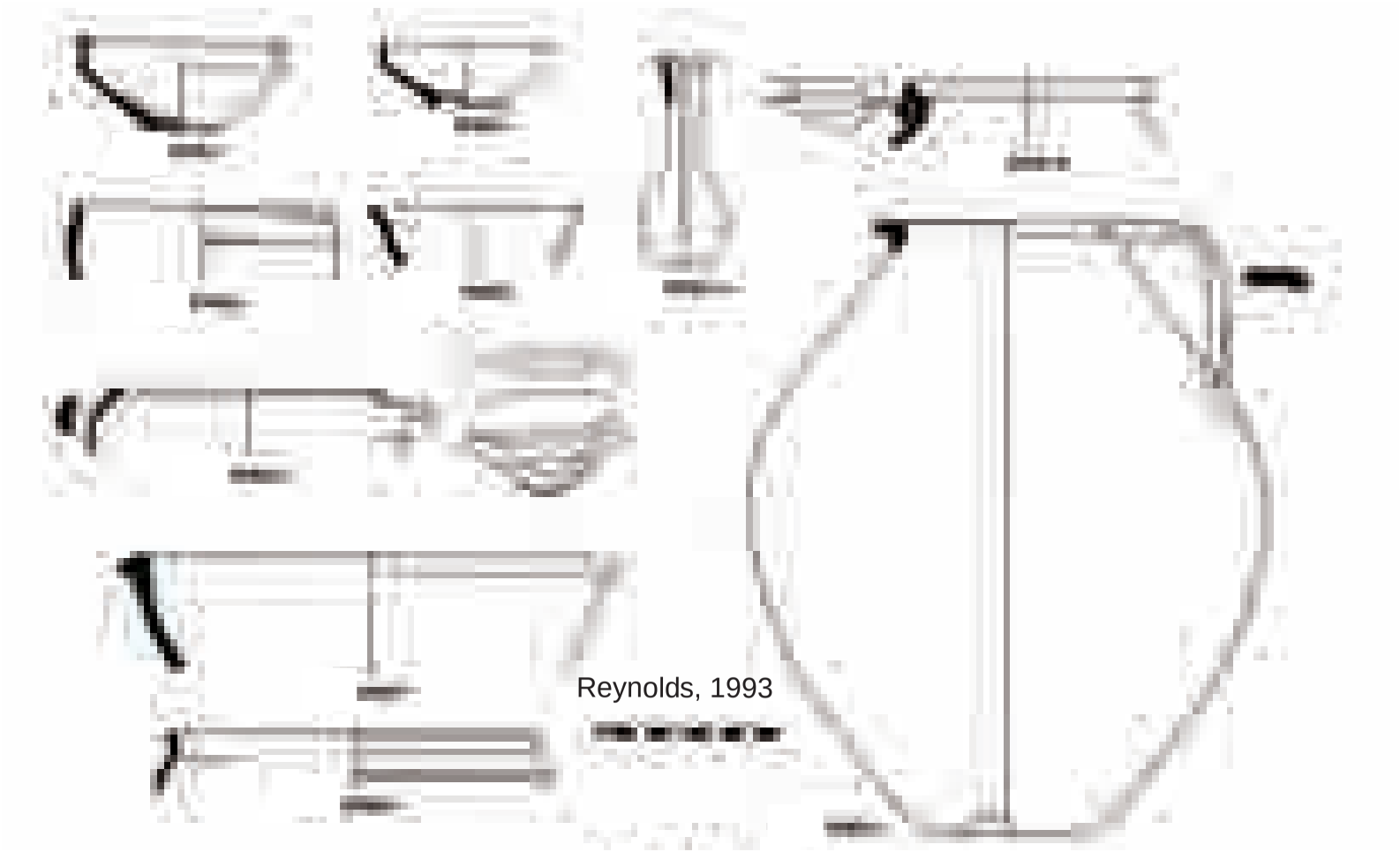


Fig. 96. Principales formas que definen el repertorio de la ERW3 de Reynolds, equivalente a la llamada “cerámica común oxidante local” en los inventarios de los s. II-III d.C. de Cartagena, donde no todas están representadas. Destacan especialmente el cuenco monoansado y con pitorro (como ahora sabemos) de la forma 6 y el gran *urceus* de la forma 11, así como el cuenco carenado con borde ligeramente saliente de la forma 2 y la *paropsis* de la forma 7.

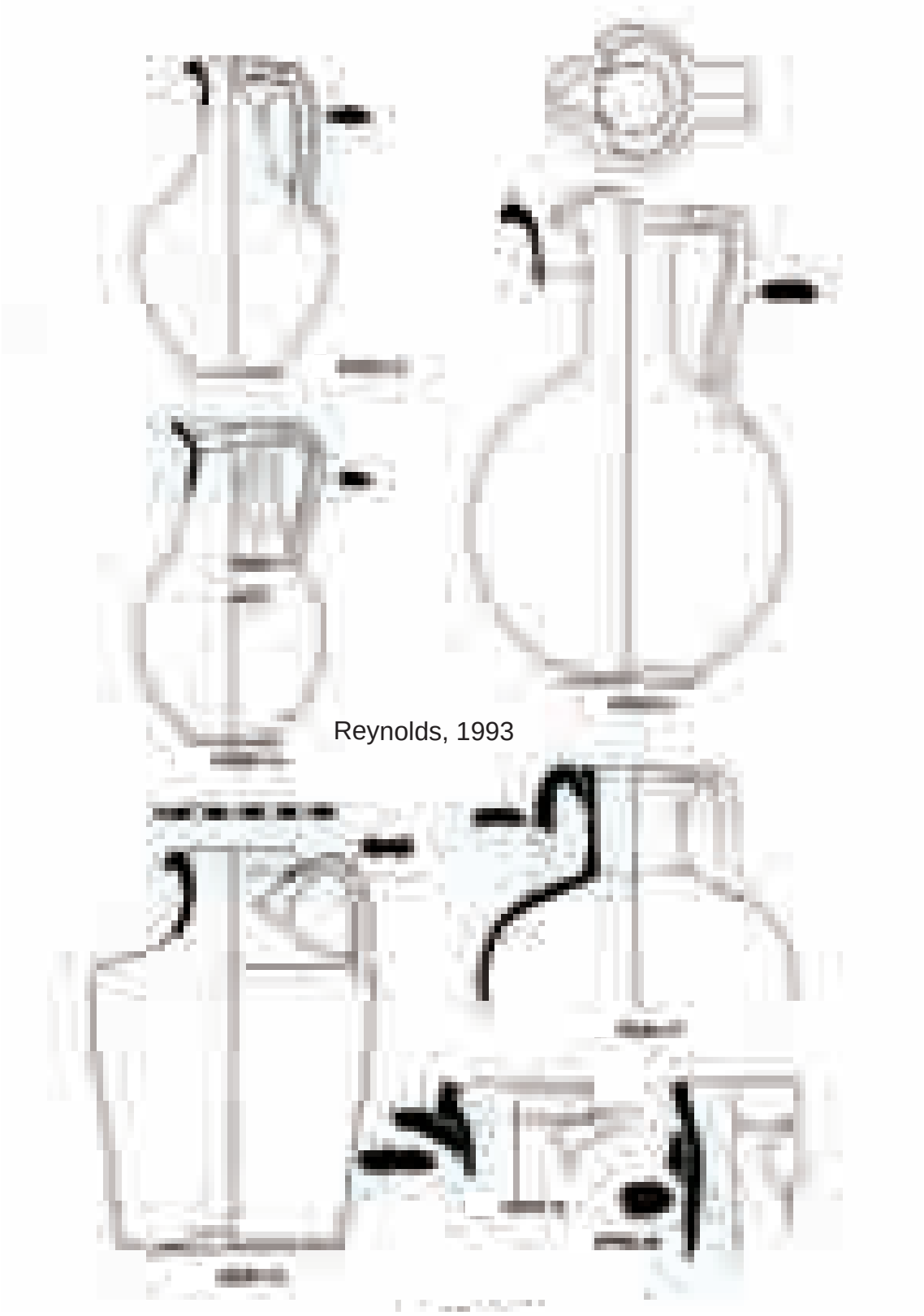


Fig. 97. Últimas formas del repertorio de la ERW3 de Reynolds entre las que cabe destacar las jarritas 13 y 14, especialmente la primera (dotada de pie aunque no aparezca en el dibujo), bien representada en los contextos antonino-severianos de *Carthago Noua*, así como la forma 18 y otras piezas similares (como la 17 y la 20, destinada al almacenaje o al transporte, como se ha podido deducir por el hallazgo de ejemplares más completos en los que se aprecia un cuerpo muy desarrollado.

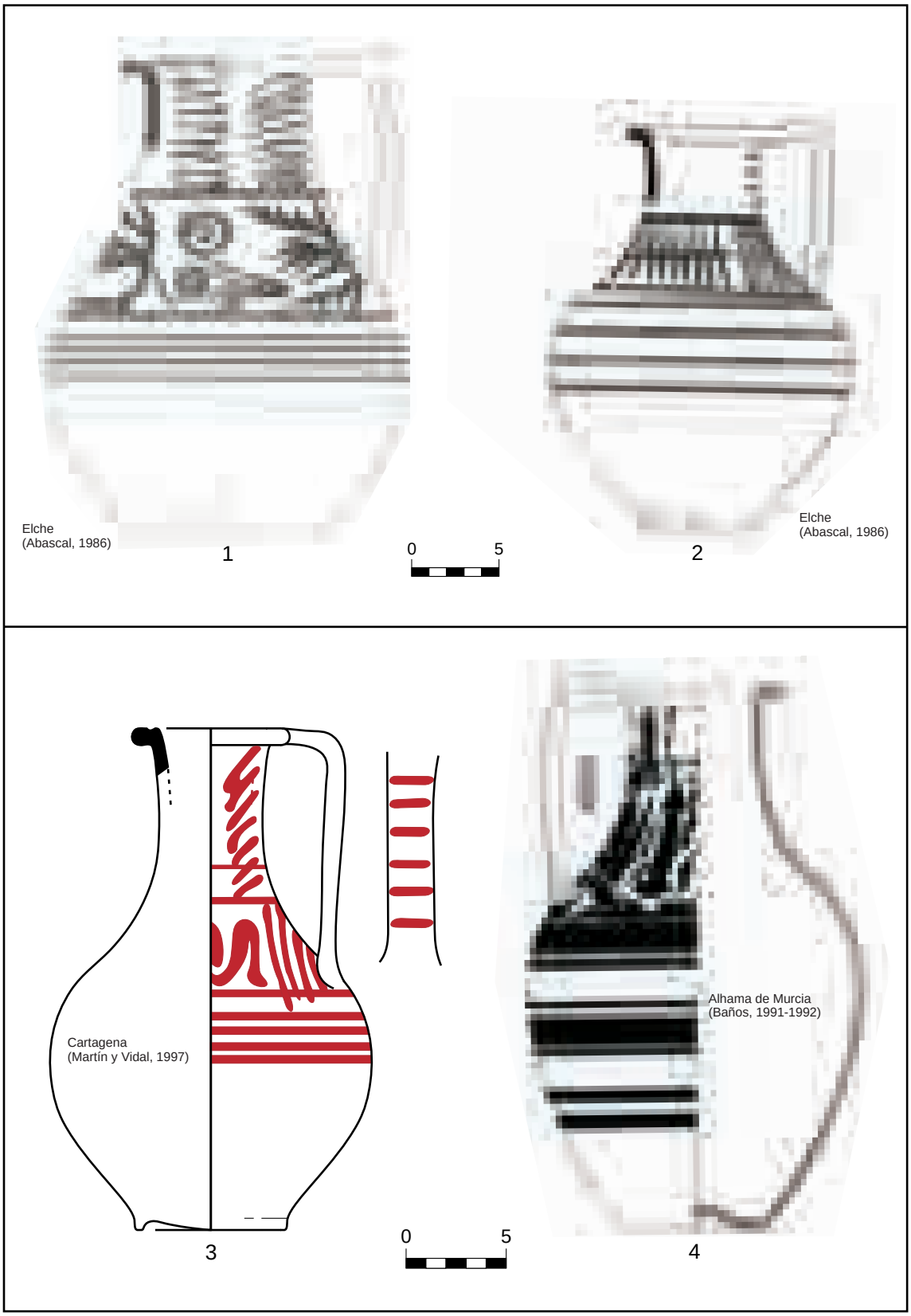


Fig. 98. (1) y (2) Olpes pintados de tradición indígena procedentes de La Alcudia de Elche (el primero, más grande y con fondo umbilicado, probablemente más antiguo), (3) Olpe Abascal 19 de hallado en la *domus* de la Fortuna, finales s. II d.C., (4) Olpe pintado de Alhama de Murcia destinado a un posible uso ritual como se desprende de su decoración fálica.



Fig. 99. (a) Gran recipiente pintado de tradición indígena decorado con un falo en el exterior del fondo hallado en un nivel de destrucción de mediados del s. III d.C. en la *domus* de la C/ Quintana 4-8 en Águilas, (b) y (c) Olpe Abascal 19 empleado como ofrenda fundacional en la factoría de salazones de Mazarrón (con una ficha de ánfora recortada a modo de tapadera, s. II-III d.C.).

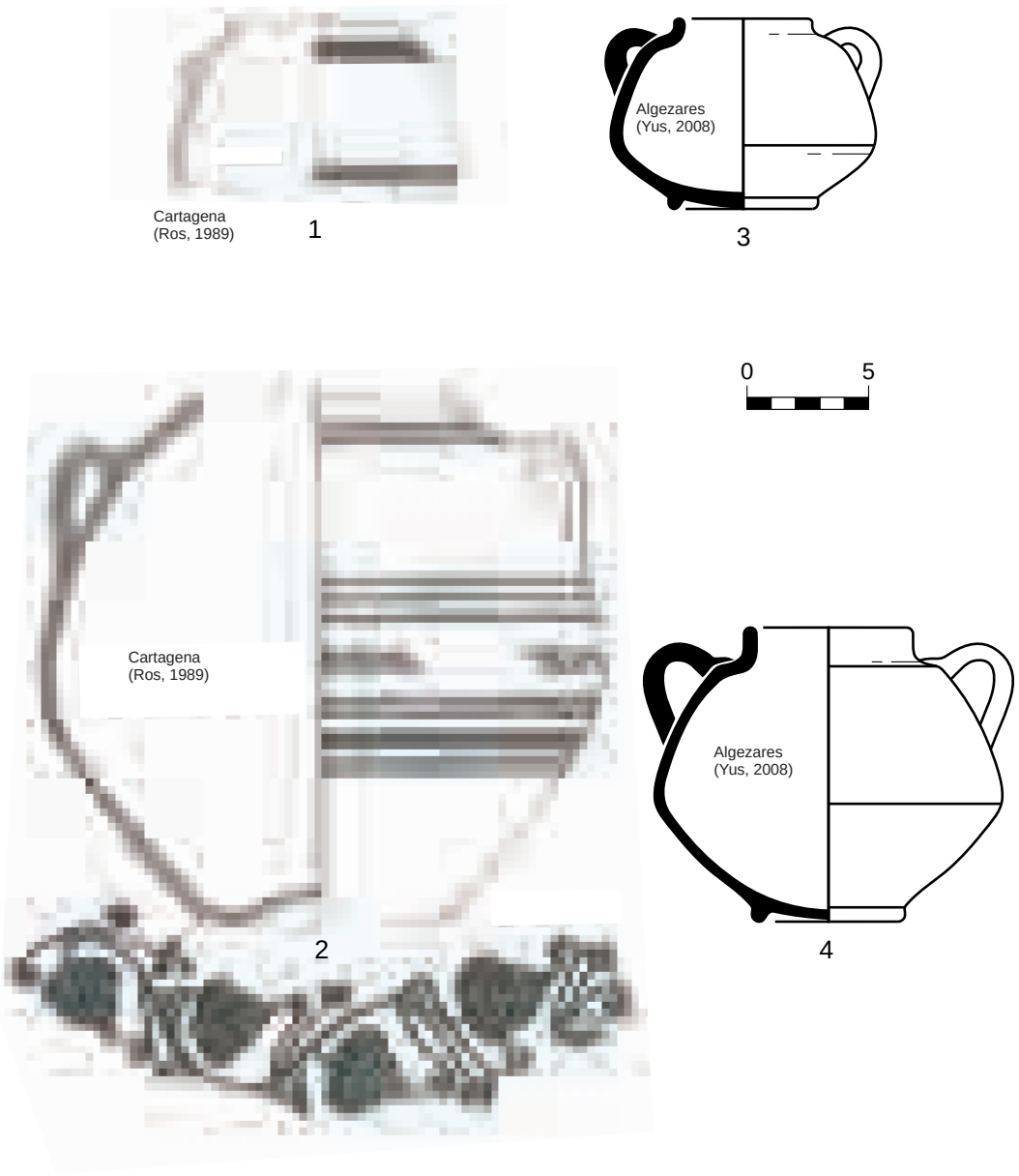


Fig. 100. La perduración del elemento inígena. (1) y (2) Tinajas pintadas de tradición indígena de finales del s. I a.C. - inicios s. I d.C. procedentes del Anfiteatro de Cartagena y de la necrópolis de Torre Ciega respectivamente. Formas Ros XVIa y XVIb con decoración fitomorfa (la del nº 1 no representada), fondo umbilicado y suaves carenas. (3) y (4) Evolución de las mismas formas, (idéntica pasta y decoración pintada geométrica, aquí no representada) con tamaño más reducido y desarrollo de un pie en el fondo halladas en la necrópolis de Algezares, s. III d.C.

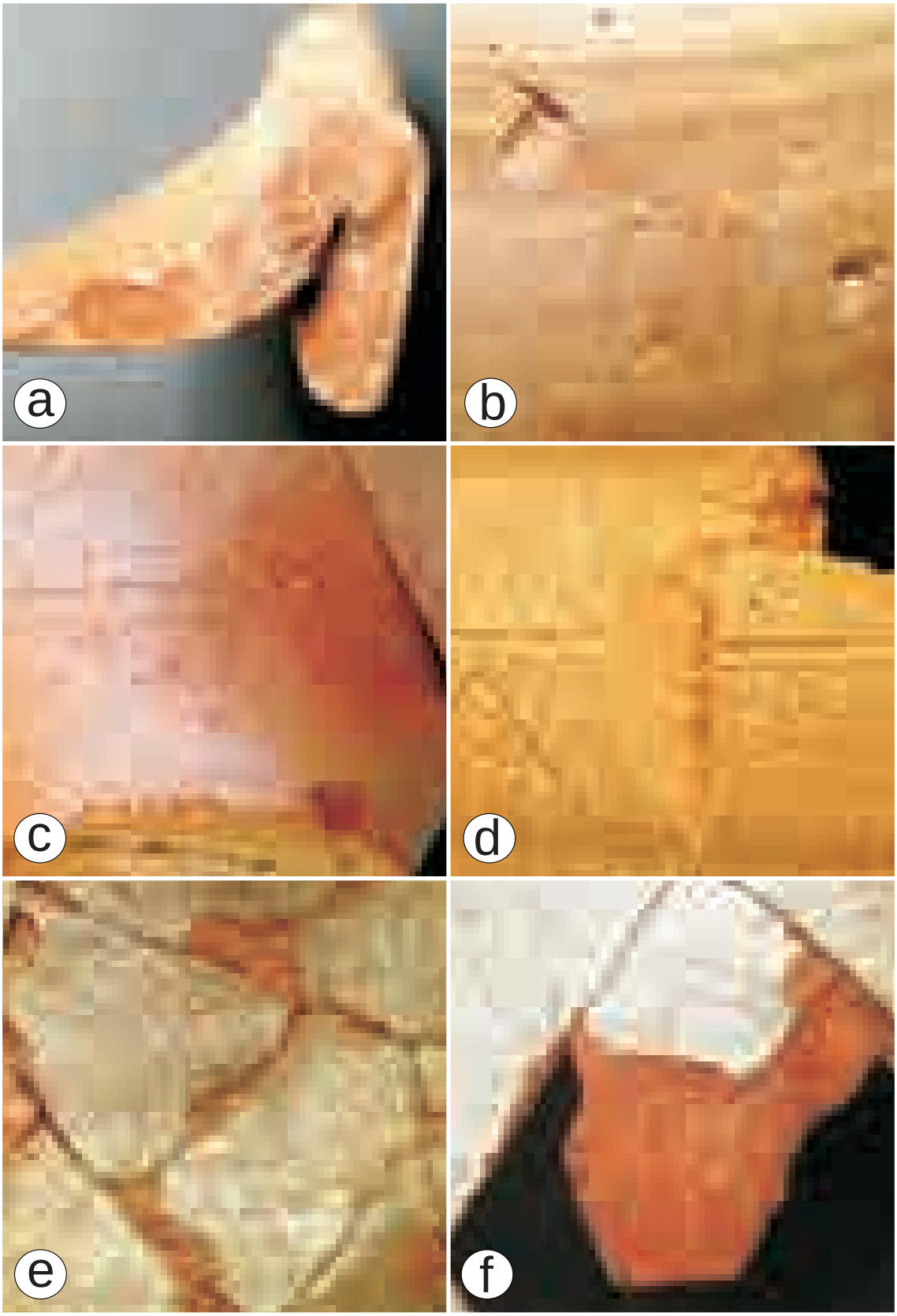


Fig. 101. Pasta característica de la cerámicas comunes oxidante o ERW3: (a) y (b) presencia de caliches que en ocasiones explotan dejando marcas sobre la superficie, (c) y (d) decoloraciones superficiales sobre unas tonalidades que van del beige al rojizo en una pasta rica en inclusiones calcáreas, (d) y (e) pátina blanquecino-marronosa detectada en algunos ejemplares.

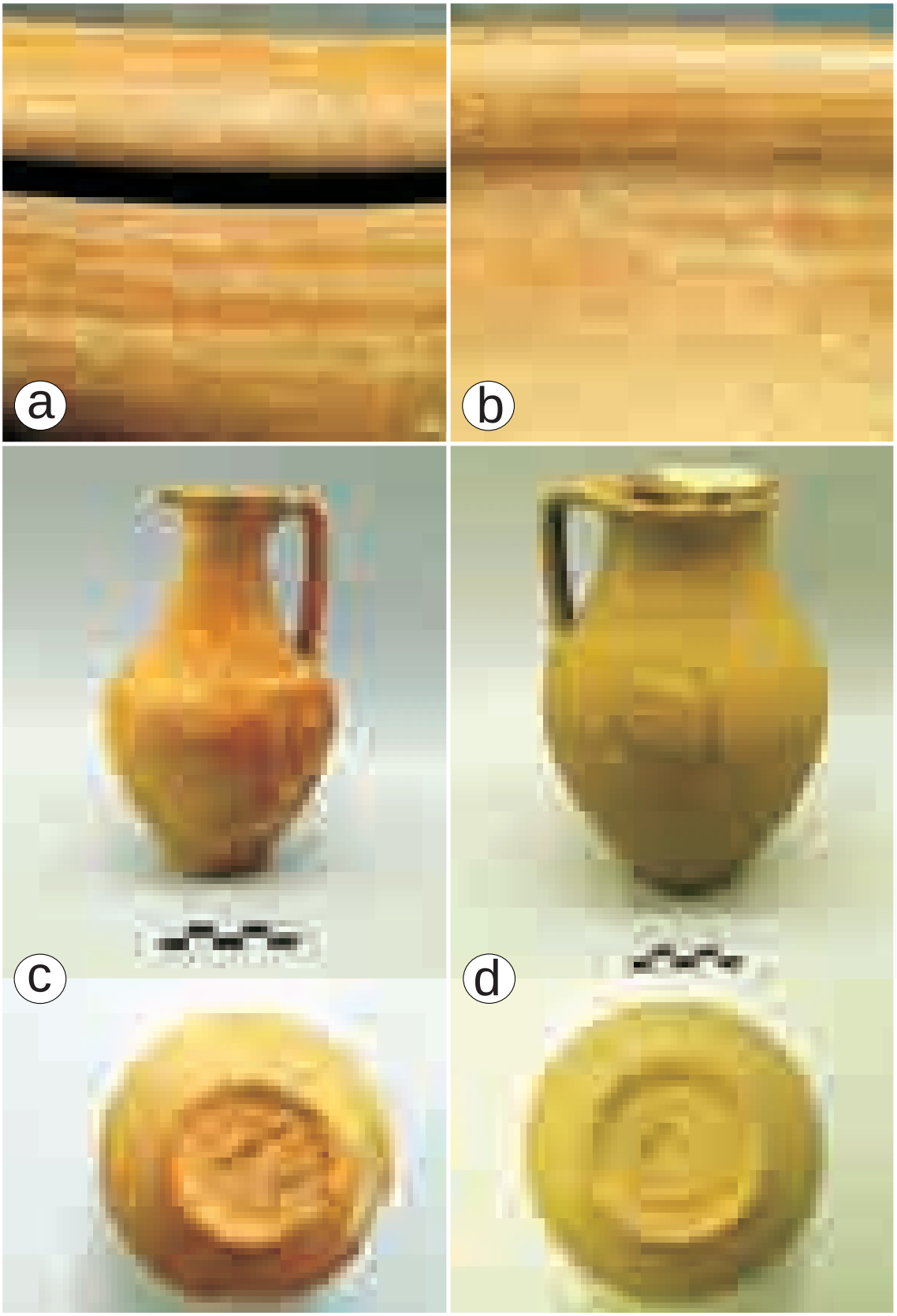


Fig. 102. (a) y (b) Característica superficie espatulada y pulida a bandas de una forma ERW3.1 tanto en su parte externa como interna, (c) y (d) jarrita y *urceus* conservados en el Museo Arqueológico de Lorca en los que se aprecian decoloraciones superficiales, rojiza en el primer caso y en forma de mancha oscura en el segundo.

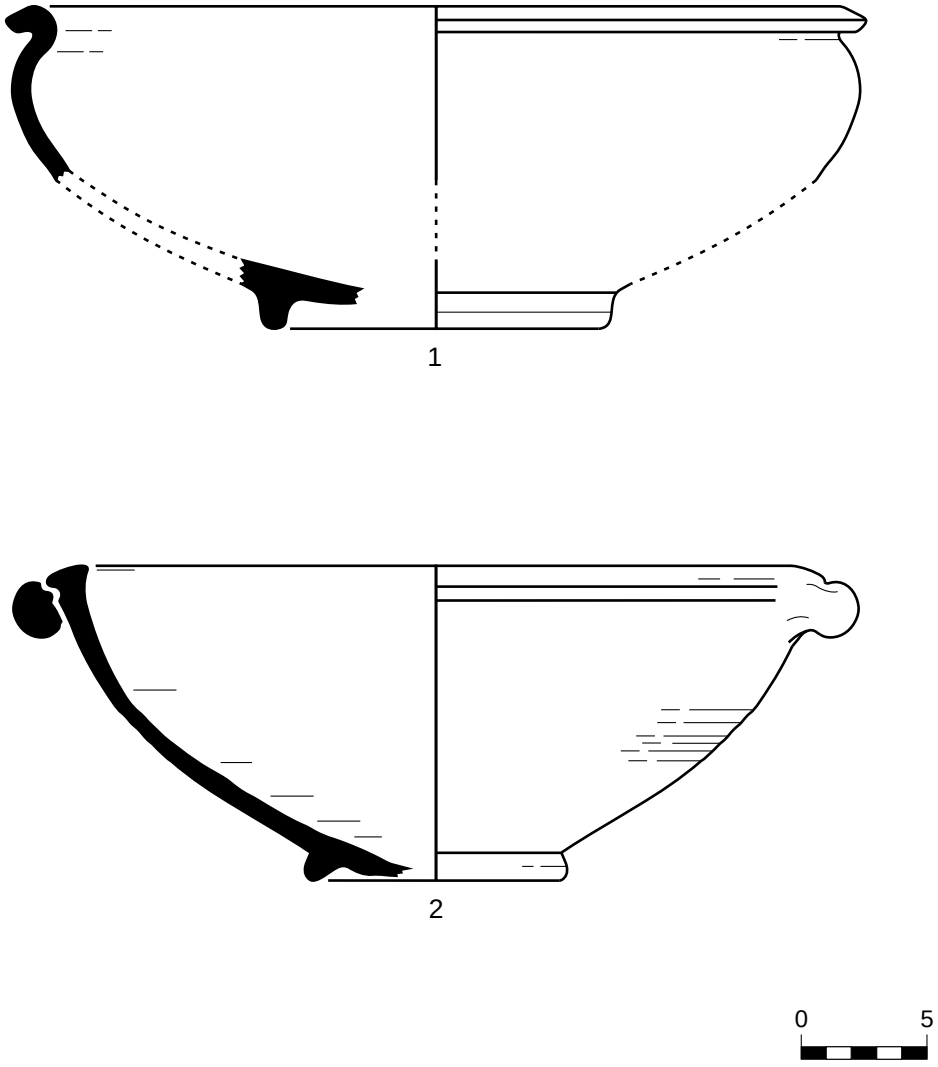


Fig. 103. (1) Primer perfil completo documentado del gran cuenco o *paropsis* de la forma 1 (ERW3) procedente de la *uilla* de Portmán. Dotado en ocasiones de un par de asas laterales se caracteriza principalmente por el profuso espatulado y pulido a bandas que presenta por toda su superficie, (2) Gran cuenco de la forma 7 identificado en el nivel de destrucción de la C/ Cuatro Santos nº 40 de Cartagena, forma de la que hasta la fecha no se conocía el perfil completo.

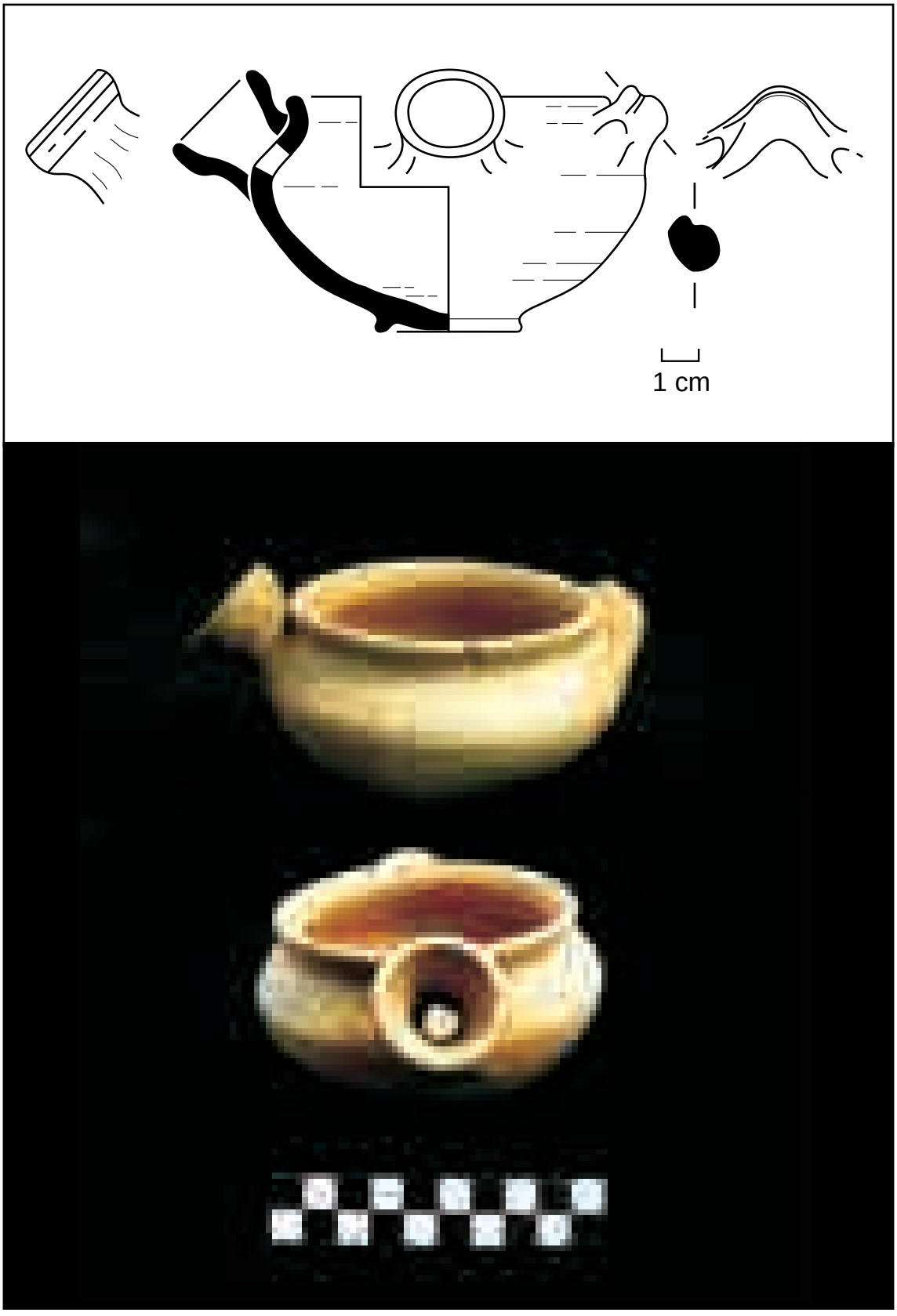


Fig. 104. Cuenco con pitorro y un asa perteneciente a la forma 6 procedente de la necrópolis de la C/ Carlos III de Águilas. Su hallazgo permite observar por vez primera el desarrollo completo de la pieza (escala 1:2), hasta ahora conocido parcialmente, lo que daba pie en las publicaciones al desdoblamiento del asa (y ausencia del pitorro) cuando únicamente se documentaban fragmentos.

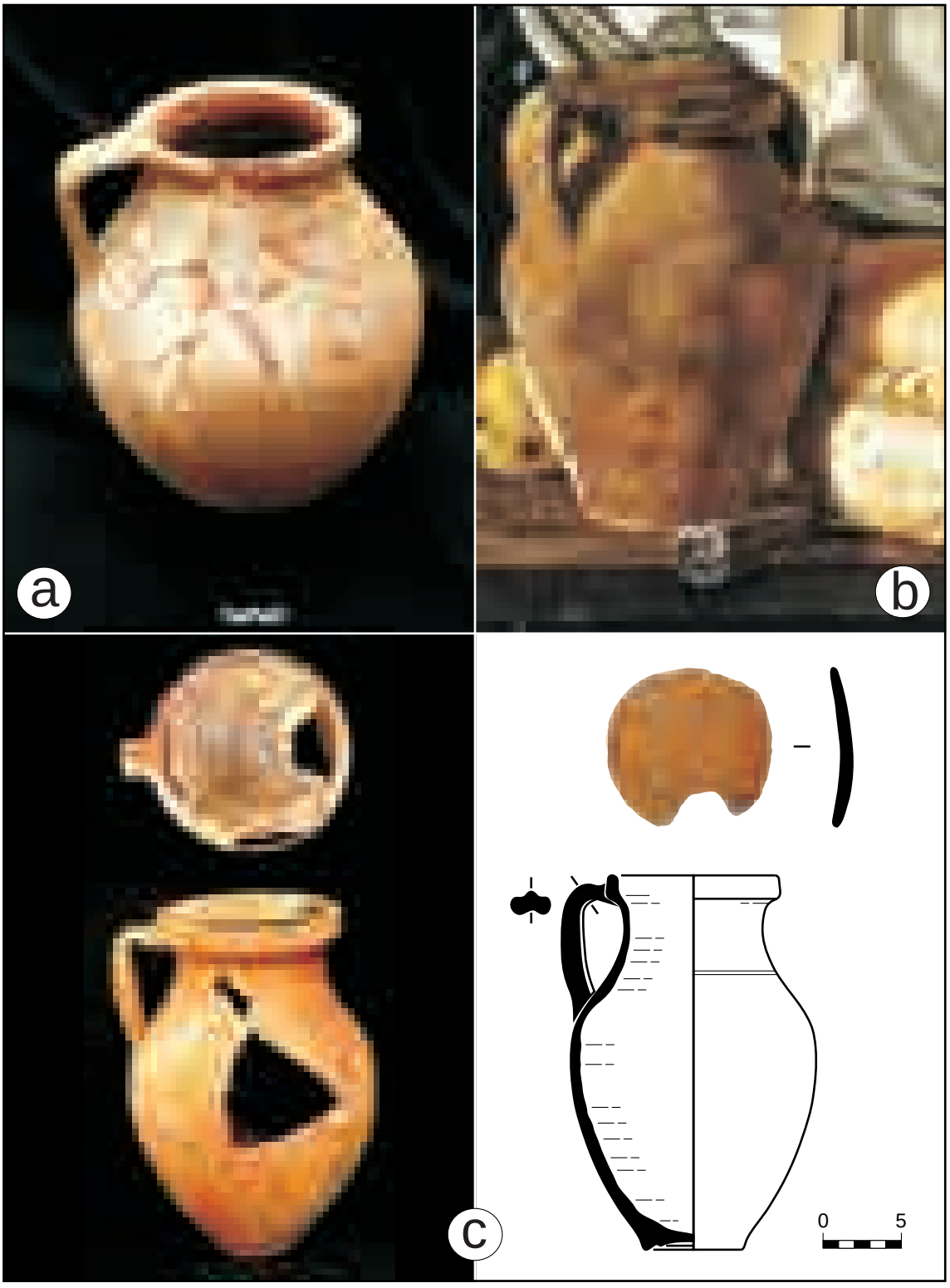


Fig. 105. (a) Gran orza de la forma 11 probablemente destinada, debido a su tamaño, como vaso de almacenaje. Si bien no se han identificado tapaderas para la misma, formas de sellado con materiales perecederos son bien conocidas, como se puede ver (entre muchas otras referencias) en el bodegón (b) *Pan, cantarilla y frasca*, de Luis Meléndez (1760). (c) y (d) *Urceus* "tipo Cartagena" descontextualizado procedente de la *domus* de la Fortuna que por su tamaño (escala 1:4) pudo servir tanto para el almacenaje como para el servicio. Suele presentar tapaderas hechas con recortes de otras piezas oxidantes, en este caso con un hueco dejado *ex profeso* para la posible colocación de una cuchara.

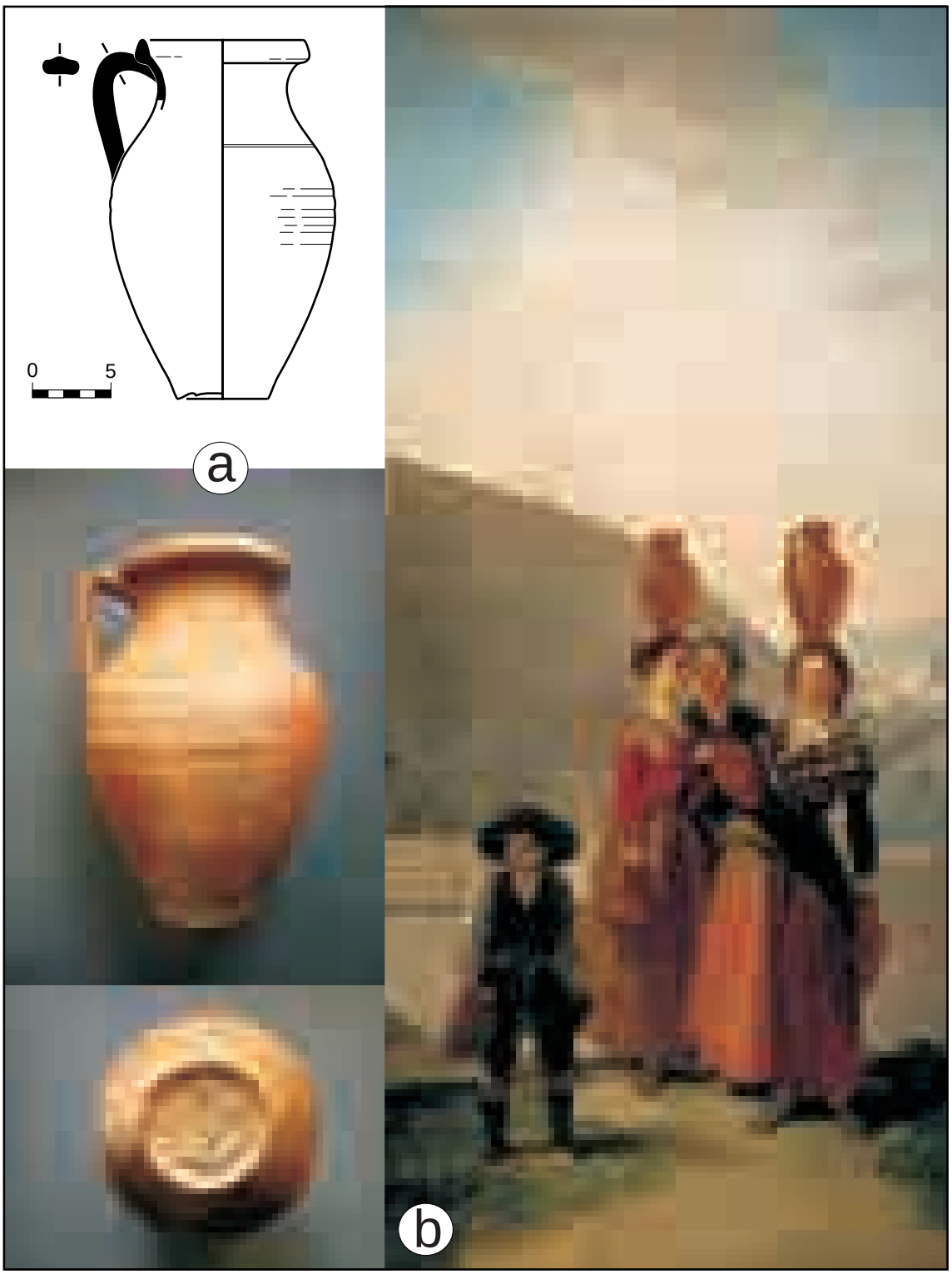


Fig. 106. *Urceus* tipo Cartagena inédito en el que se aprecia la ausencia de pie anular en el fondo, donde destaca por el contrario, un característico rebaje (cerro de la Ermita de Singla, Caravaca de la Cruz). ¿Por qué los *urceus* son los únicos vasos del repertorio de ERW3 que no poseen un pie? ¿Tiene que ver esta singularidad con un aspecto funcional? (b) *Las mozas del cántaro*, cuadro de Goya (1791-192) que ilustra el uso de una de las formas más populares de la cerámica peninsular: el cántaro. Su tipología permite llevarlo tanto en la mano como en la cabeza; una lectura que debería plantearse para los *urceus* tipo Cartagena, cuya abundancia explicaría con facilidad una tarea tan cotidiana y básica como el abastecimiento de agua.



Fig. 107. Jarritas de la forma ERW3.14 utilizadas como ofrenda fundacional en las termas orientales de Águilas en el s. II d.C. Se observa con nitidez el característico espatulado que presentan algunas piezas de la producción, en este caso visible en la panza y en el cuello.

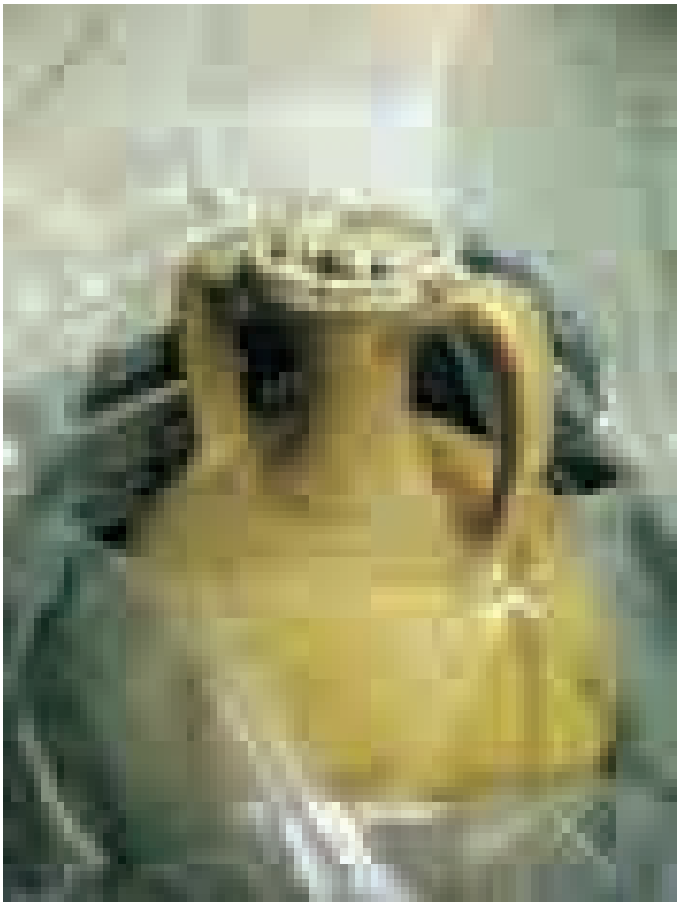


Fig. 108. Recipiente de almacenaje / transporte, producido en ERW3, como se aprecia por la pasta y el espatulado exterior y aún sellado (MAA).

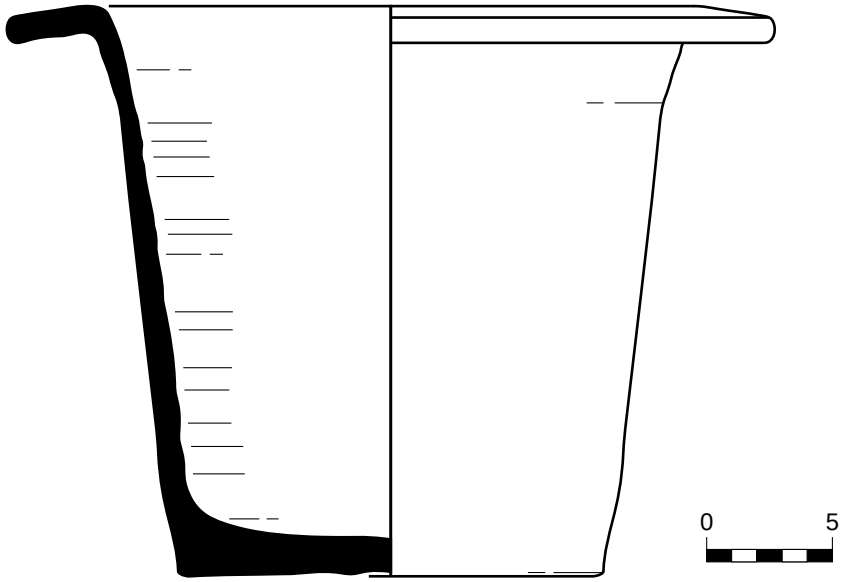


Fig. 109. *Peluis* de cerámica común oxidante (ERW3) procedente de la *uilla* de Portmán, frecuente en los niveles de los s. II-III d.C. de *Carthago Noua* y su entorno. Pudo utilizarse para desempeñar diversas funciones, siendo una de las que se barajan con más fuerza debido a otros paralelos similares la de orinal.



Fig. 110. (a) Concreción calcárea localizada en el interior de una peluis de ERW3 procedente de la C/ Jara nº 12. Se ignora si ésta responde a un recubrimiento intencionado (como parece ser) o bien a los restos o bien a los restos de alguna actividad como la de mezclar cal. (b) Bacín de época moderna procedente de la excavación inédita del Pasaje Conesa de Cartagena cuya forma, vidriada en el interior, guarda una elocuente similitud con la forma de época romana.

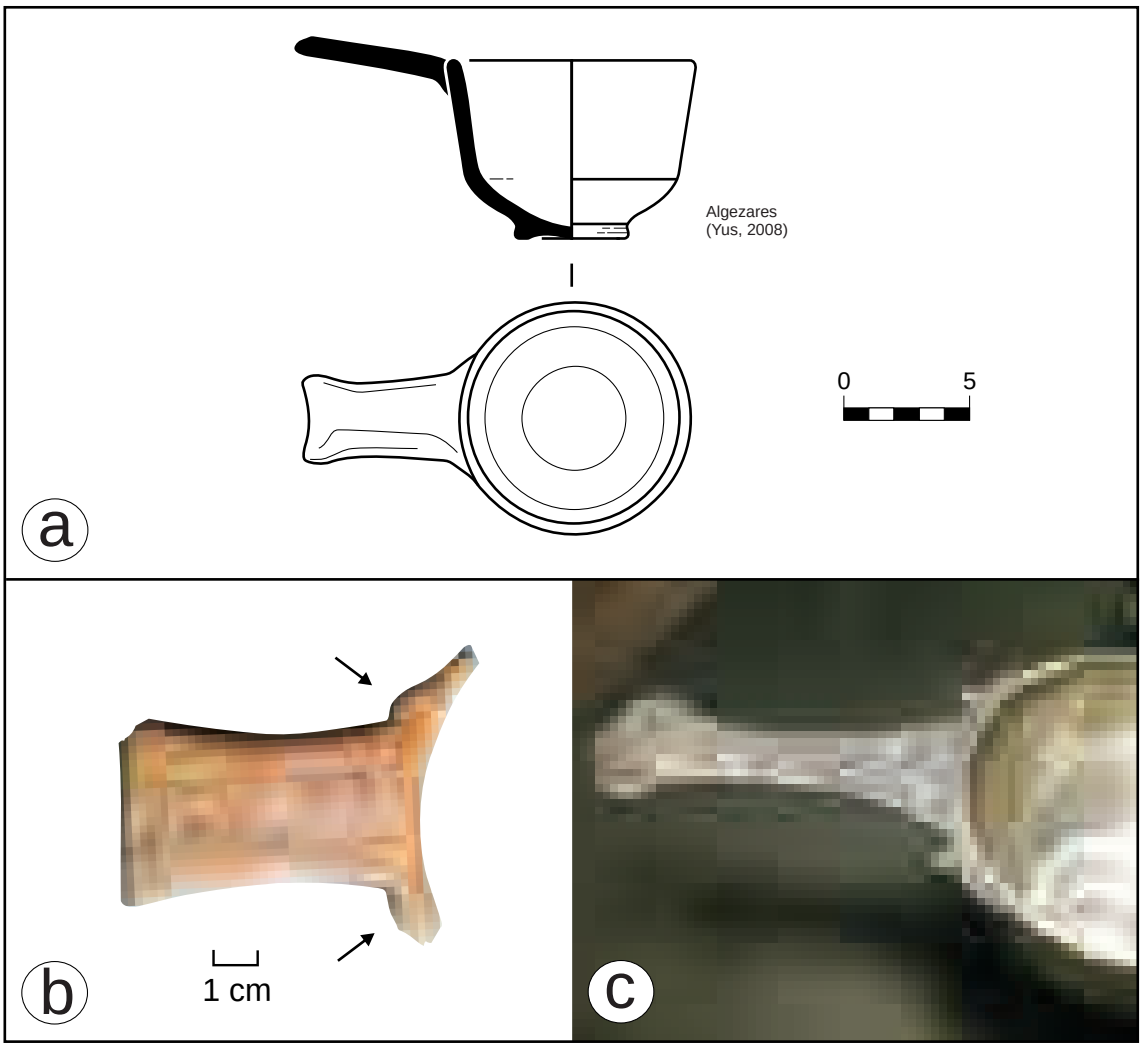


Fig. 111. (a) Primer ejemplar completo documentado de la *trulla* de ERW3, procedente de la necrópolis de Algezares (s. II-III d.C.), (b) Fragmento de *trulla* de Portmán en el que el el intenso pulido superficial y la adición de detalles decorativos propios de la vajilla metálica pone en evidencia la imitación de ésta, como puede apreciarse al compararla con una (c) pátera de plata hallada en Tiermes y conservada en la Hispanic Society.



Fig. 112. Jarrita inédita en proceso de restauración conservada en los fondos del MAA perteneciente a un tipo inédito de ERW3 como se aprecia por la pasta y las características propias de la producción: uso de decoración a ruedecilla, pulido a bandas y decoloración rojiza de la panza.

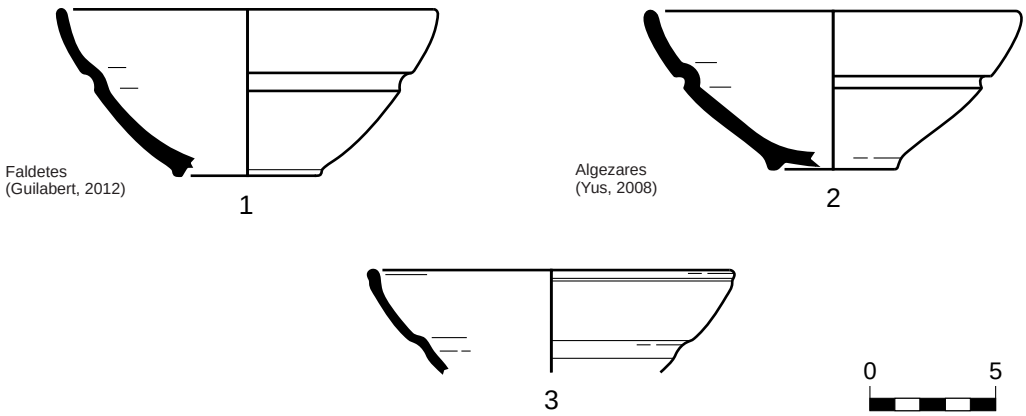


Fig. 113. Cuencos de pasta amarillenta sin tratamiento superficial alguno que parecen imitar a la forma de *sigillata* Dragendorff 27: (1) Faldetes (Valencia), (2) Algezares y (3) Portmán.

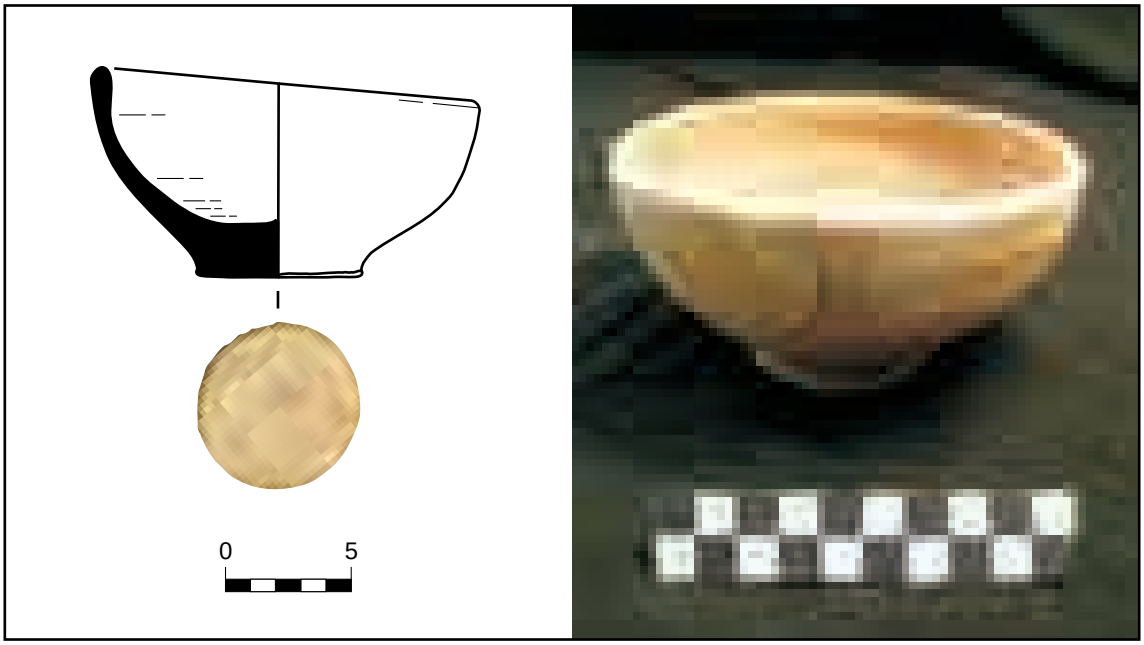


Fig. 114. Cuenco ápodo de pasta oxidante caracterizado por la irregularidad de su torneado y sobre todo la marca a cuerda del fondo. Necrópolis de la C/ Carlos III de Águilas (MAA).

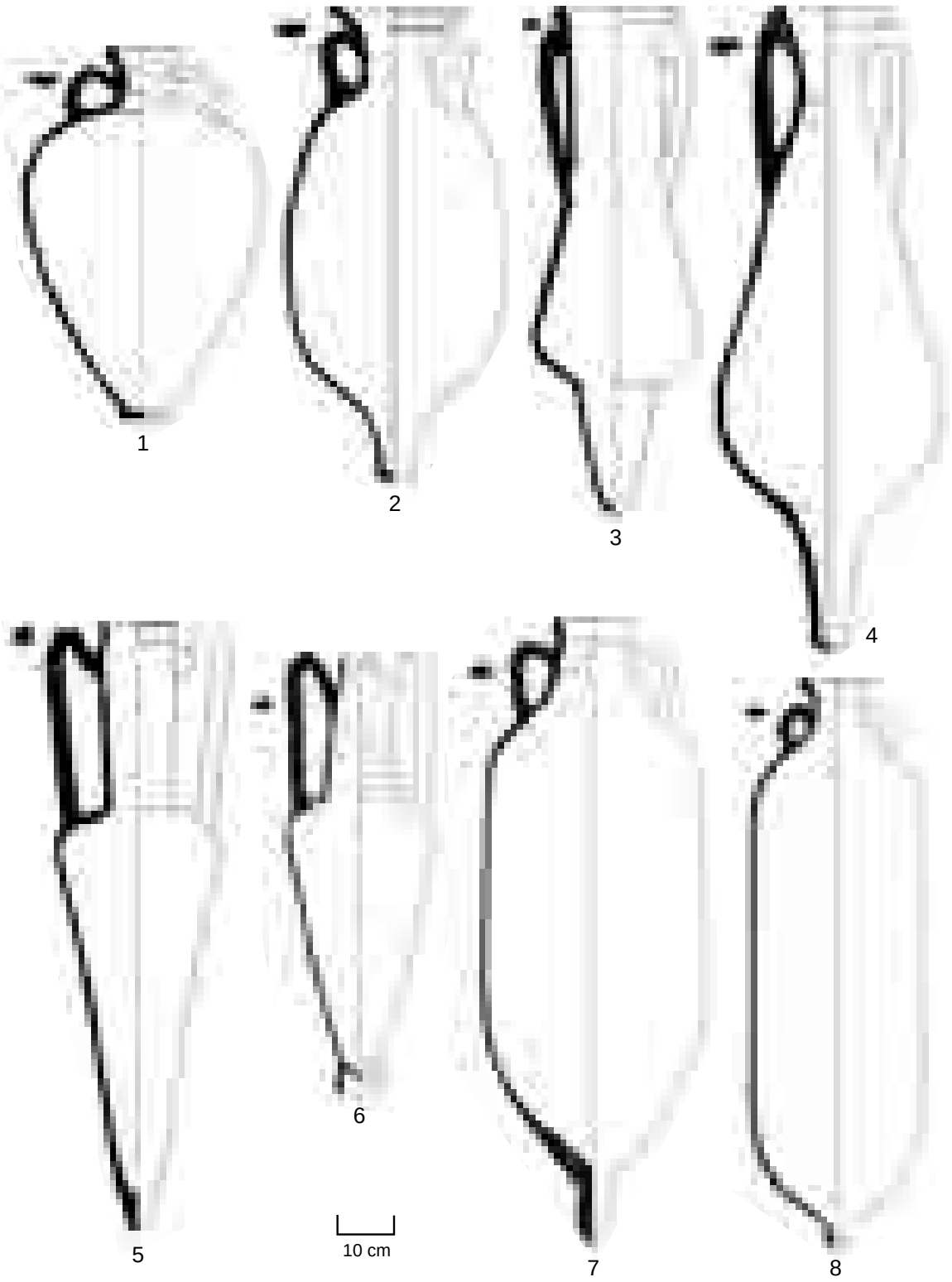


Fig. 115. Selección de algunos de los tipos galos, béticos, orientales y africanos más frecuentes en los contextos antonino-severianos de *Carthago Noua* (algunas como las de la extensa familia de las Dr. 7-11 con carácter residual). (1) Gauloise 4, (2) Dressel 9, (3) Beltrán IIA, (4) Beltrán IIB, (5) Kapitän 1, (6) Kapitän 2, (7) Africana IIA, (8) Africana I.



Fig. 116. Ánforas béticas, lusitanas y africanas recuperadas en el pecio Cabrera III, un conjunto paradigmático de algunos de los principales tipos en circulación en el Occidente mediterráneo hacia mediados del s. III d.C. (el hundimiento se fecha en torno al 257 d.C.). (1) Dressel 20, (2) Dressel 23, (3) Almagro 50, (4) Almagro 51c, (5) Beltrán 72, (6) Africana II C, (7) Beltrán 68.

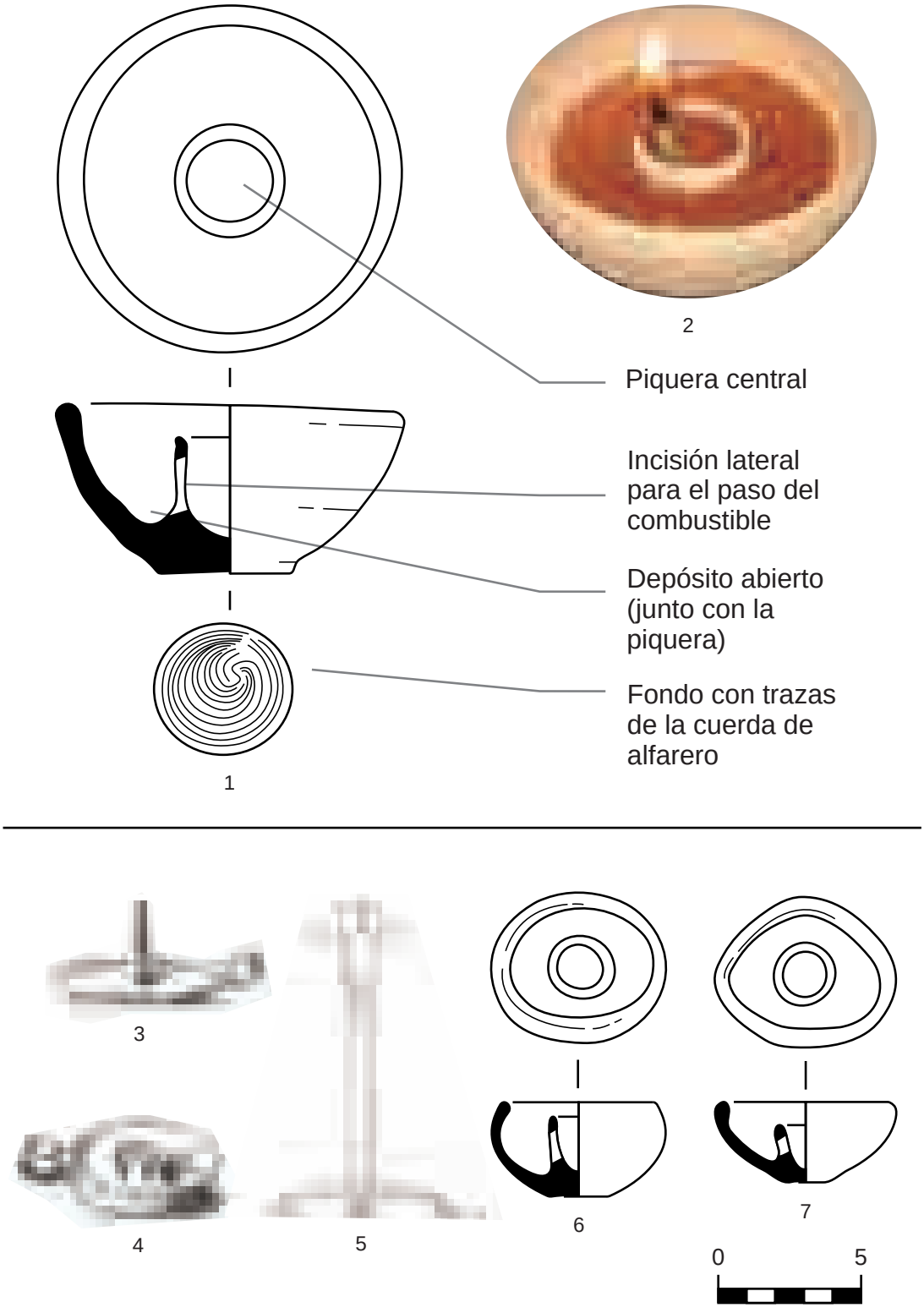


Fig. 117. (1) Partes de una lucerna de depósito abierto, (2) Reproducción encendida con aceite, (3) Palmatoria cerámica de Champagne (Francia) con soporte para clavar el cirio, (4) Lucerna con la misma procedencia interpretada para la colocación de velas, (5) Candelabro de bronce de Le Vieil-Évreux (Francia) con grandes aperturas para la limpieza de los restos de cera, (6) y (7) Lucernas en cocción oxidante y reductora respectivamente con el borde deformado debido a una mala manipulación procedentes de un solar sin estratigrafía de la Plaza Juan XXIII, MAMC.

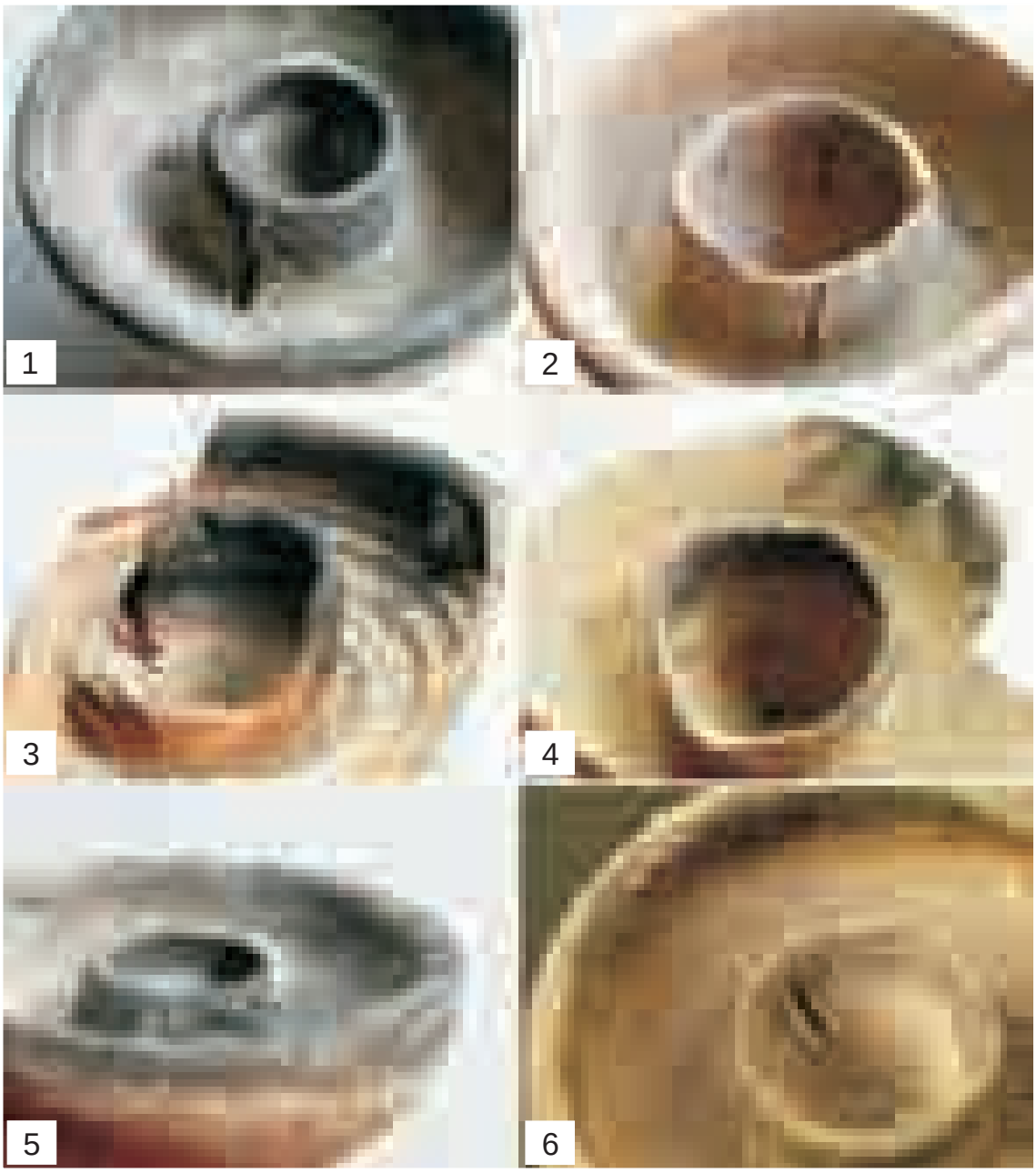


Fig. 118. (1) Detalle del corte realizado para el paso del combustible y la rebaba resultante, (2) La incisión que comunica el depósito puede alcanzar una extrema delgadez, (3) Pieza con trazas de fuego en el borde interno y la piquera, totalmente calcinada (4) Detalle de las marcas de la pared interior provocadas probablemente por el roce con la mecha (en este caso el cilindro central cuenta con un orificio en lugar de una hendidura), (5) Trazas de la acción repetida del fuego visibles en la superficie exterior, (6) Marca rectilínea conservada en el interior del depósito debida al uso de aceite como combustible.

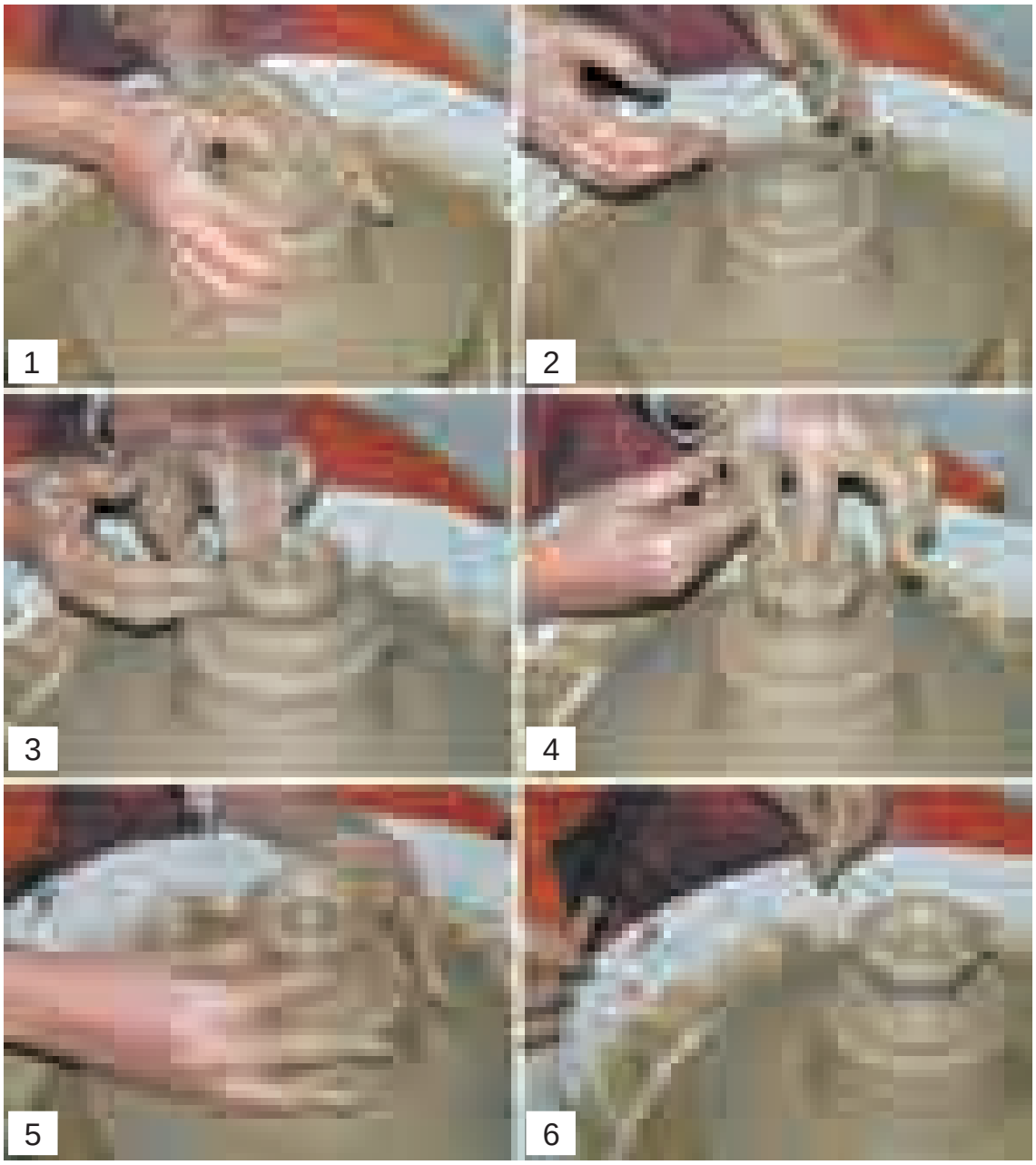


Fig. 119. Reconstrucción del proceso fabricación de las lucernas de depósito abierto. (1) Colocación de la arcilla en el torno en posición central, (2) Estrangulamiento de la parte inferior y definición de las paredes y la piquera, (3) Levantamiento del perfil, (4) Torneado de la piquera colocando los dedos en pinza, (5) Estrechamiento de la base, (6) Corte de la pieza con la cuerda de alfarero.



Fig. 120. (1-3) Detalle de las pequeñas inclusiones blancas de calcita (0'5-1 mm) que junto con las de mica y cuarzo caracterizan las pastas de la producción, (4-5) Núcleos de 4 mm de grosor, (6) Gran fragmento de calcita de 7 mm (además se observa con nitidez la traza rectilínea que separa la parte de la piquera sometida al fuego y la preservada bajo el aceite).

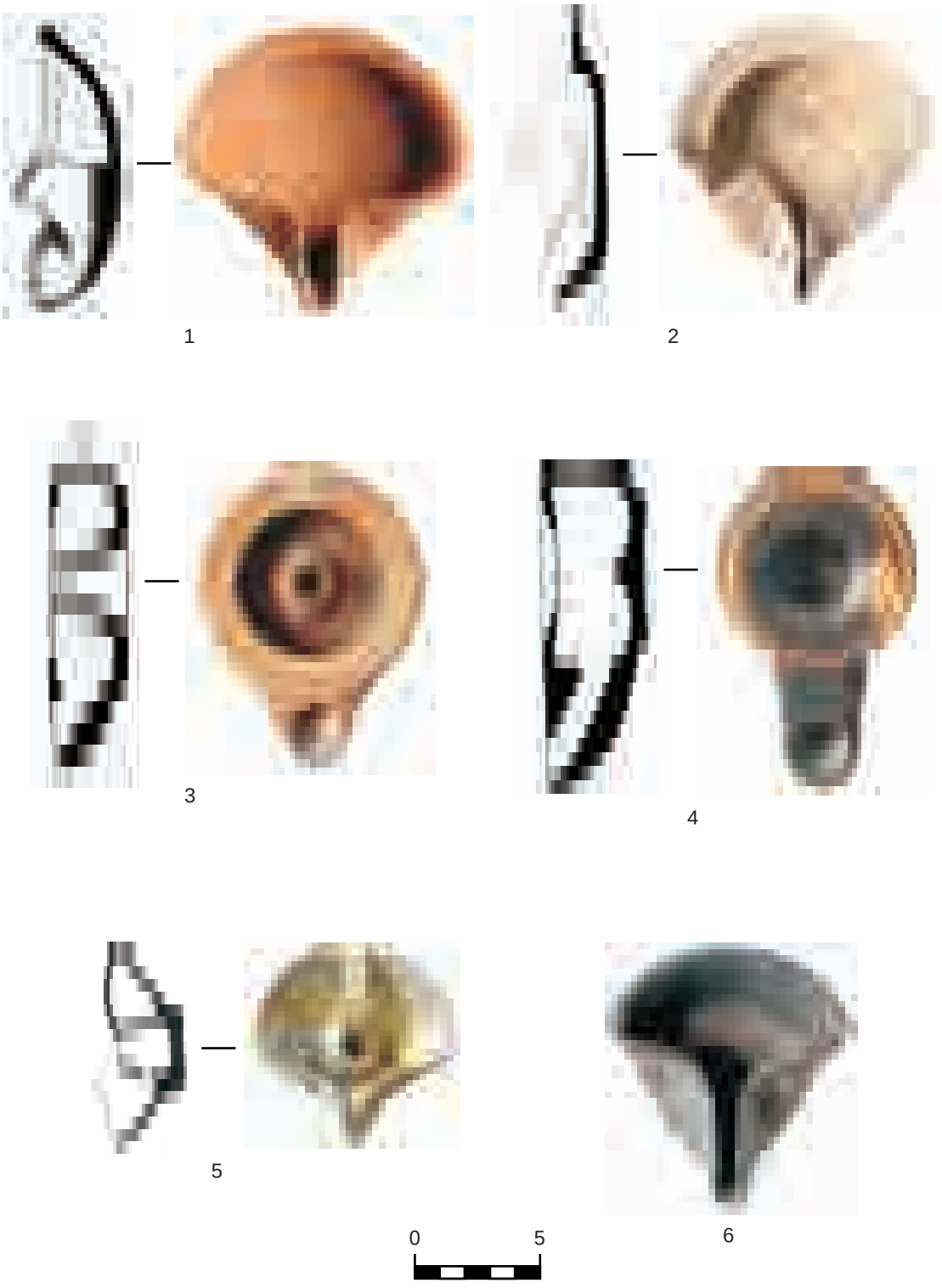


Fig. 121. (1) Lucerna torneada con el pico pinzado, Oriente Próximo, 1550-1200 a.C., (2) Pieza con la misma forma y origen que la anterior, 525-475 a.C., (3) Lucerna de Magna Grecia con orificio central para su colocación en un soporte vertical, 530-450 a.C., (4) Ejemplar ático que muestra el cierre progresivo del depósito, 350-225 a.C., (5) Pieza medieval con recubrimiento vítreo y pequeño depósito central, Oriente Próximo, s. XIV-XVI, (6) Lucerna torneada de la primera mitad del s. XX que muestra la asombrosa pervivencia de la forma, Ürgüp, Turquía.



Fig. 122. Treinta y siete de las doscientas treinta lucernas a torno procedentes de un mismo estrato de la C/ Caballero n^{os} 7-9.

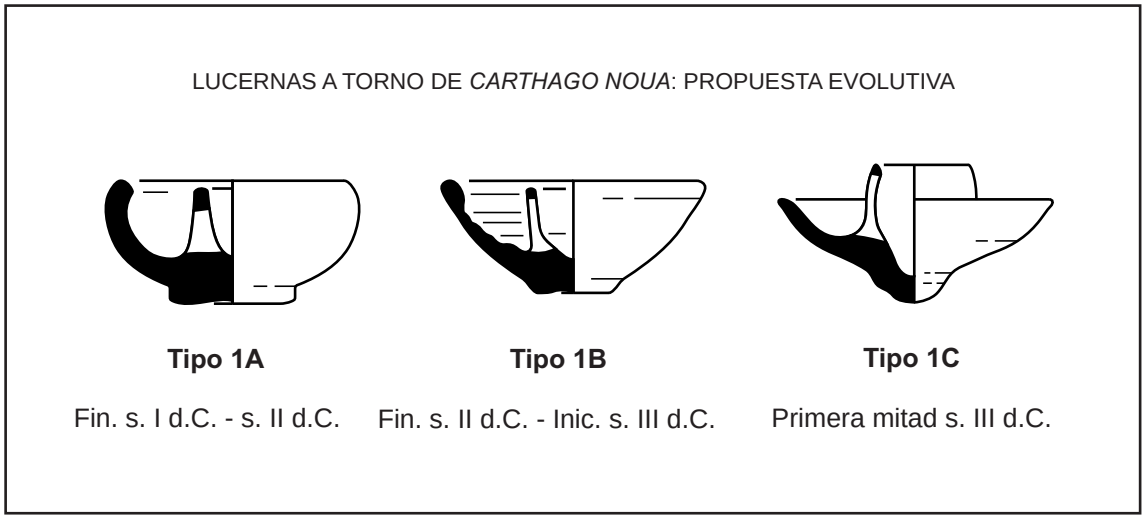


Fig. 123. Desarrollo formal de las lucernas de depósito abierto de *Carthago Noua* a lo largo de los s. I-III d.C. para el que se propone un único tipo con tres variantes: A, B y C.

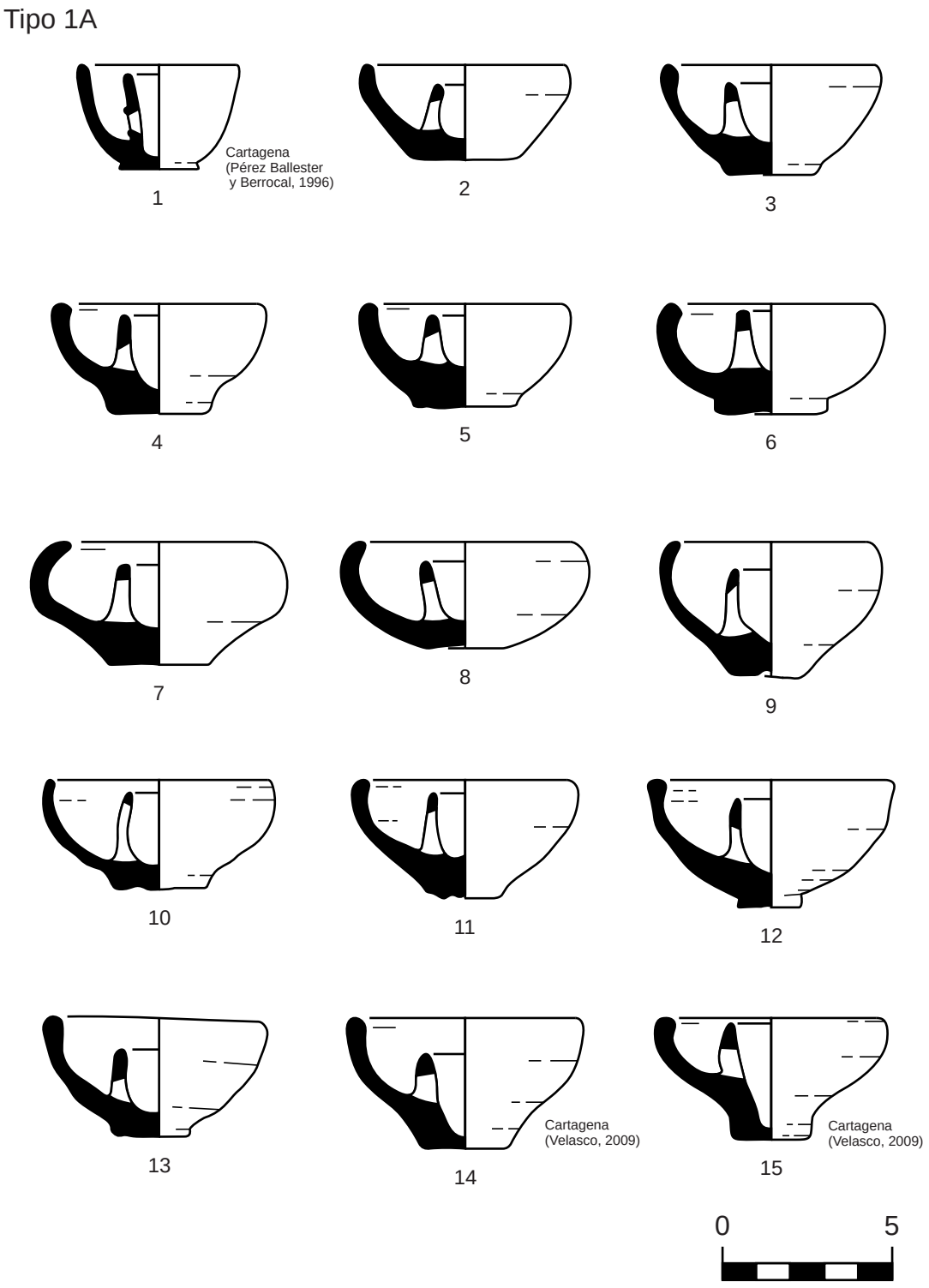


Fig. 124. Lucernas tipo 1A de distinta procedencia. (1) Ejemplar más antiguo documentado, Plaza del Hospital, mediados s. I d.C., (2-5) Colección García Vaso, MAMC, (6-8) Teatro Romano, (9-12) C/ Caballero n^{os} 7-9, (13) Pieza de origen desconocido expuesta en el MAMC, nótese la ligera desviación del eje, (14-15) Cerro del Molinete.

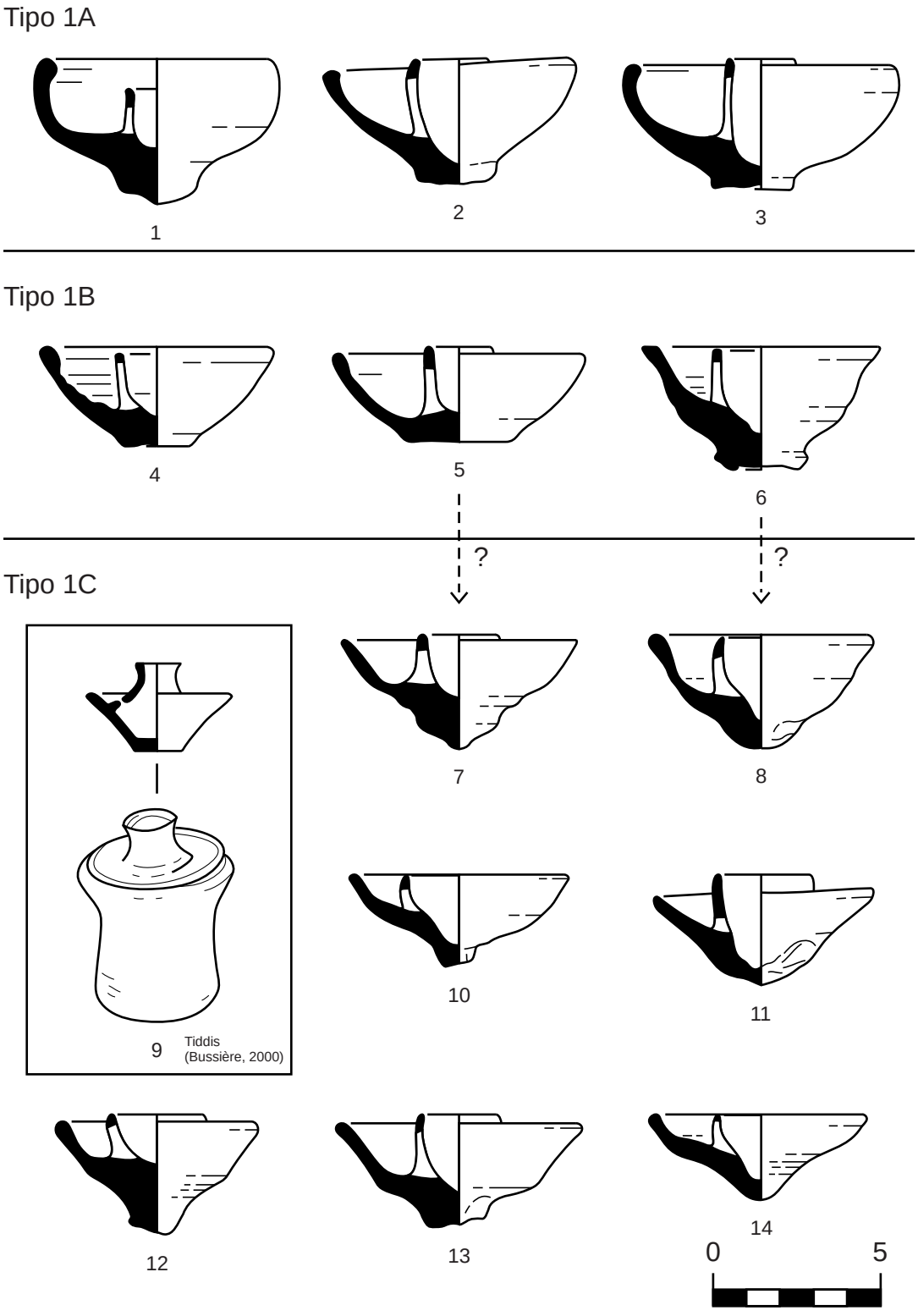


Fig. 125. Lucernas tipo 1A. (1) Teatro romano, (2-3) C/ Caballero n^{os} 7-9 / Lucernas tipo 1B. (4 y 6) Cardo oeste *domus* de la Fortuna, (5) Teatro Romano / Lucernas tipo 1C. (7-8) C/ Caballero n^{os} 7-9, apréciese la relación con la variante anterior, cronológicamente más antigua y de fondo plano, (9) Lucerna tardía Bussière E VI 2 con soporte cerámico procedente de Tiddis (Constantina, Argelia), (10-14) C/ Caballero n^{os} 7-9; gran variedad de detalles en piezas procedentes del mismo estrato.

Tipo 1C

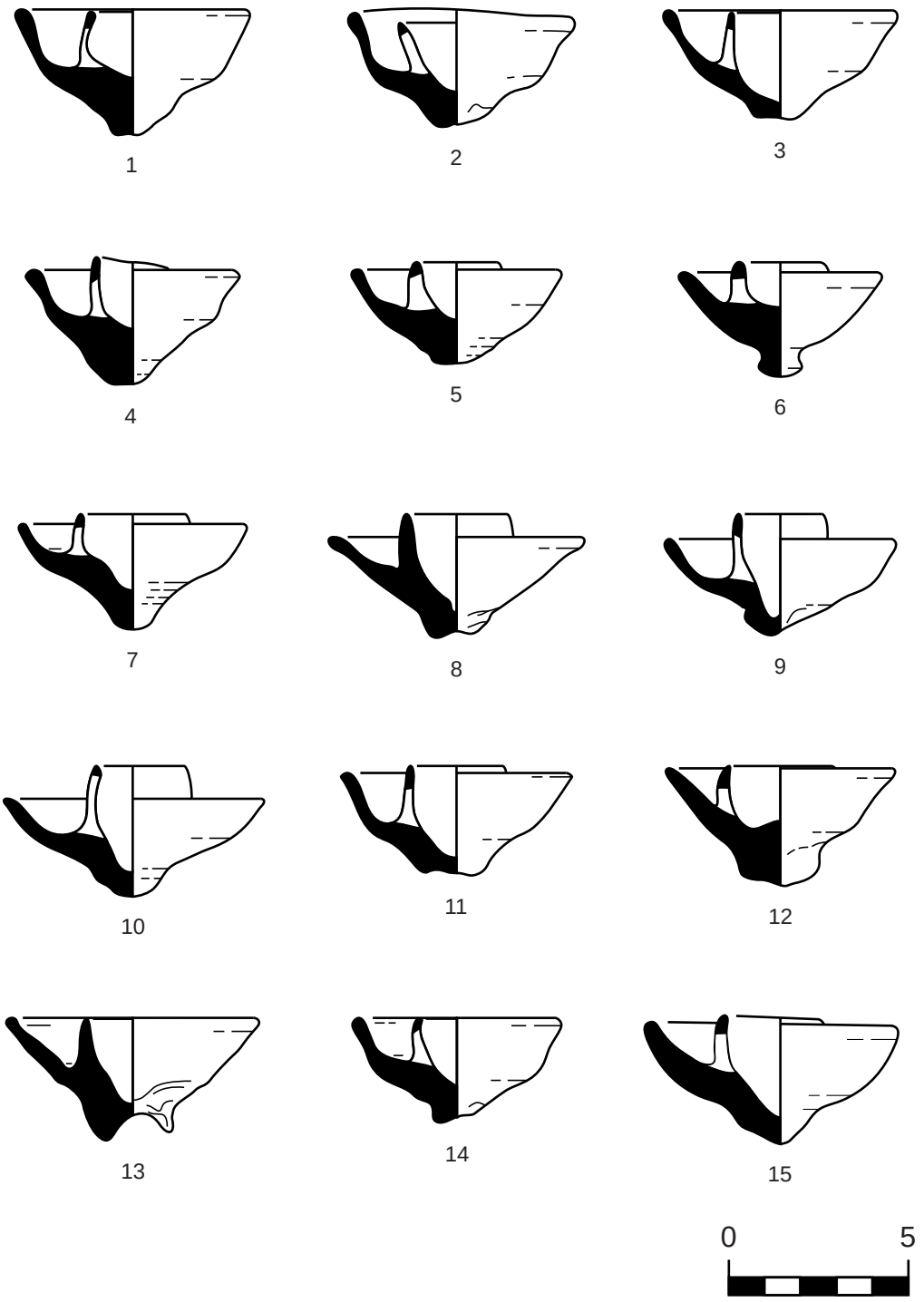


Fig. 126. Lucernas tipo 1C. (1-5) y (7-14) C/ Caballero n^{os} 7-9, (6) Teatro Romano, obsérvese su reducido tamaño –como el nº 5– respecto a otro ejemplares de su misma cronología, (15) Ejemplar inédito procedente de un dragado del puerto de Mazarrón conservado en el ARQVA (Nº inv. M-10633/2).



Fig. 127. (1-2) Lucerna tipo 1A con trazas en el fondo del corte de la cuerda de alfarero, Col. García Vaso, MAMC (= fig. 124.2), (3) Lucerna tipo 1C con paredes de escaso desarrollo y piquera muy pronunciada (= fig. 126.12), (4) Fondo con la forma del giro y el pellizco dado por el alfarero (= fig. 126.13), (5-6) Piezas tipo 1C (=fig. 126.14-15) [Procedencia n^{os} 3-6: C/ Caballero n^{os} 7-9].

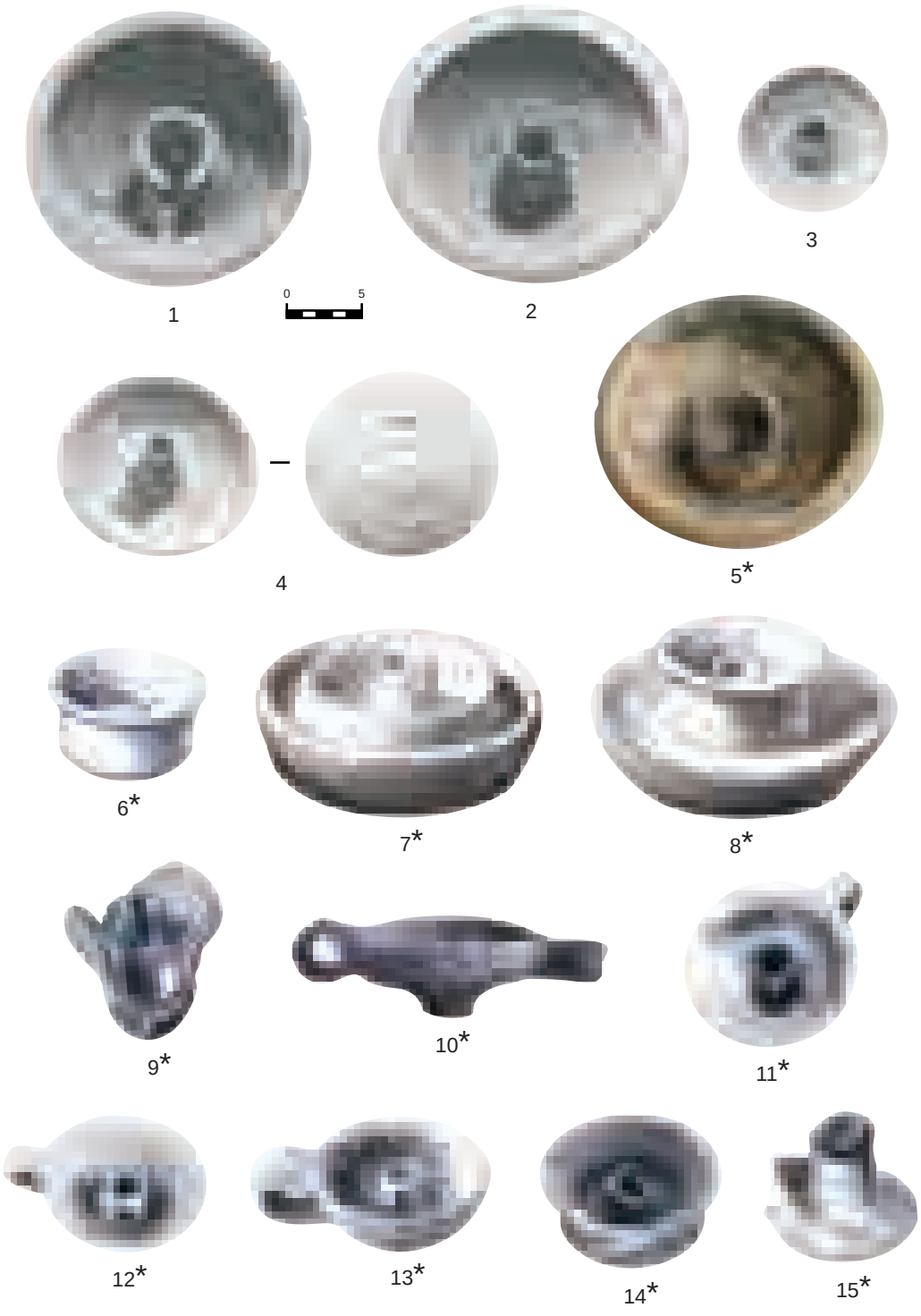


Fig. 128. *Palamonion lamps*, Isthmia, Grecia (1-2) Tipos Broneer A1 y A2, (3) Broneer B4, (4) Broneer B2, Anverso y reverso / (5) *Domus* de la Fortuna, Cartagena (diam. 7'3 cm). Las piezas marcadas con asterisco no poseen escala / Tipo Loeschcke XIV, (6-8) Recipientes simples y con doble anillo, Avenches (Suiza), (9-10): Lucernas interpretadas para el uso de velas y sebo, Estrasburgo (Francia) y Nimega (Holanda), (11-15) Piezas galas de distinta procedencia, Musée d'Archéologie Nationale de Saint-Germain-en-Laye, diám.: 11: 7'2 cm, 12: 7 cm, 13: 6'8 cm, 14: 6'5 cm y 15: 4'3 cm (base).

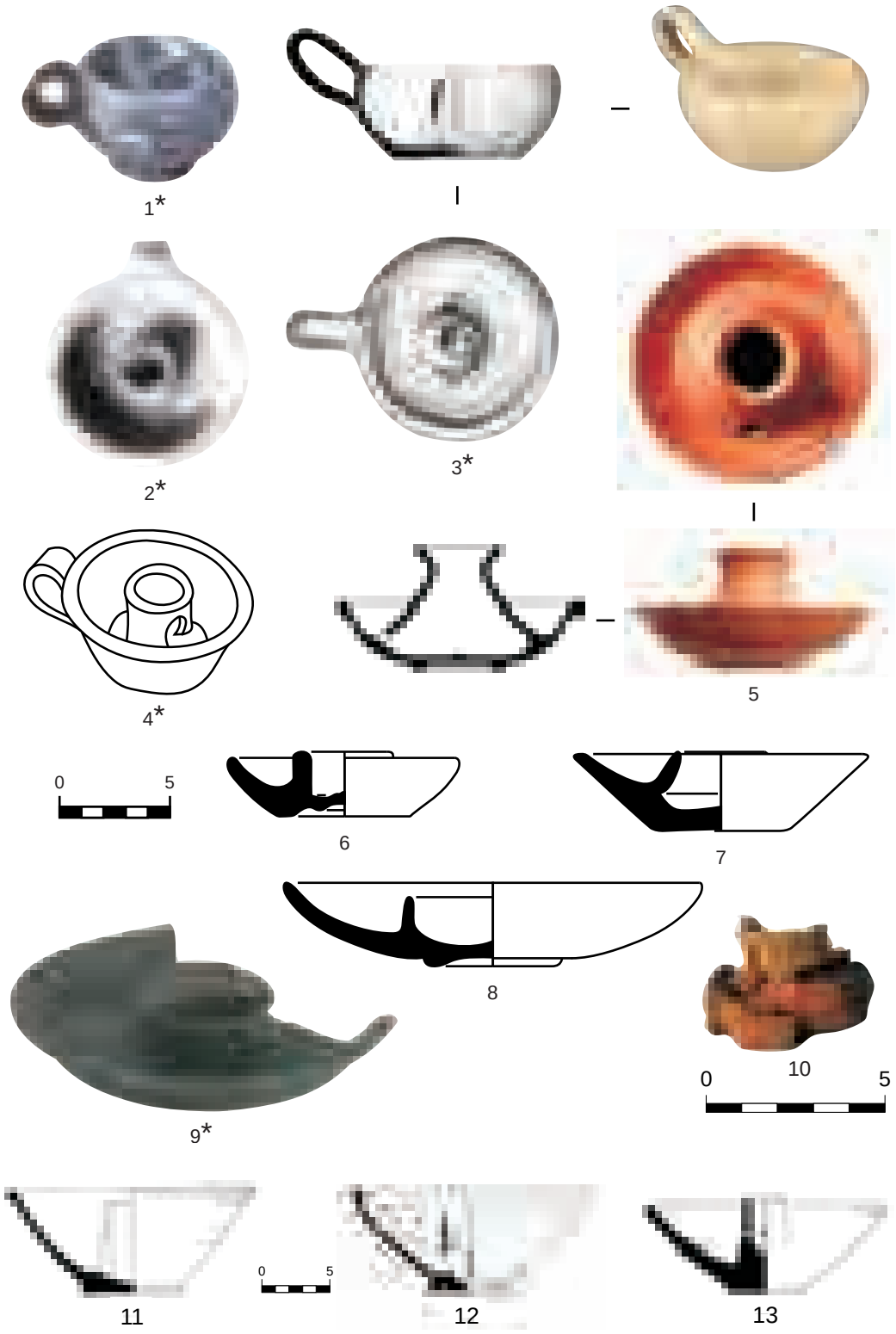


Fig. 129. (1) Ejemplar engobado, Roma, Las piezas marcadas con asterisco no poseen escala, (2) Pieza de Avenches (Suiza), (3) Ejemplar tardío de *Bracara Augusta*, (Portugal), (4) Pieza del Museo de Orán (Argelia), (5) Lucerna tipo Bussière E VI 2, (6) TSH 63 de Sobrevilla (La Rioja), (7-8) TSH 63 de la villa romana de Falces (Navarra), (9) Gran plato de TSH "Negra" 63 (23 cm diámetro) de *Complutum*, Alcalá de Henares, (10) Posible fallo de horno de lucerna de depósito abierto procedente de la C/ Caballero n^{os} 13-17, escala grande, (11-13) *Palaimonion lamps* del santuario de Isthmia.



Fig. 130. Plano de Cartagena con los principales hitos arquitectónicos de época imperial y la situación destacada del solar de la C/ Jara nº 12.

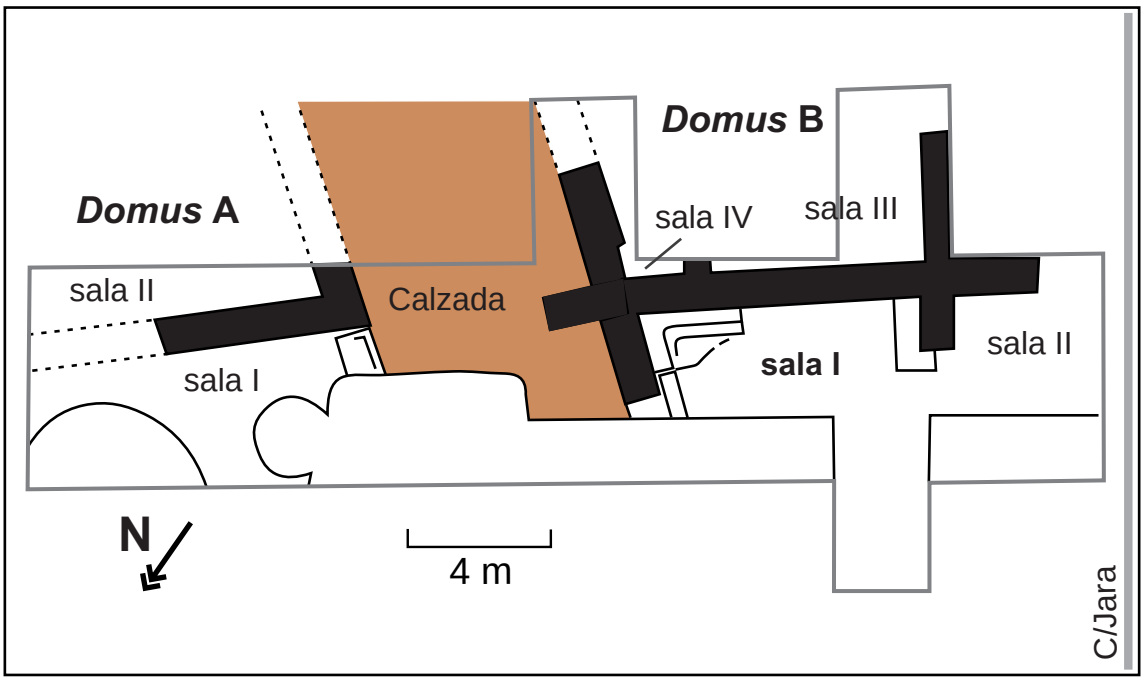


Fig. 131. Planta de los restos excavados en el solar de la C/ Jara nº 12 entre los que se pueden distinguir las *domus* A y B, separadas por una calzada.



Fig. 132. Vista cenital del patio (sala I) de la *domus* B, donde se halló el potente paquete de abandono de 1’5 m de altura que colmataba todo el espacio.



Fig. 133. Vista frontal del muro de *opus uitattum* y *opus africanum* de la sala I *(domus* B). El acabado recto de su cresta indica la existencia de un alzado en adobe que se fue desintegrando durante el proceso de abandono, mezclándose con los vertidos que colmataron el patio.

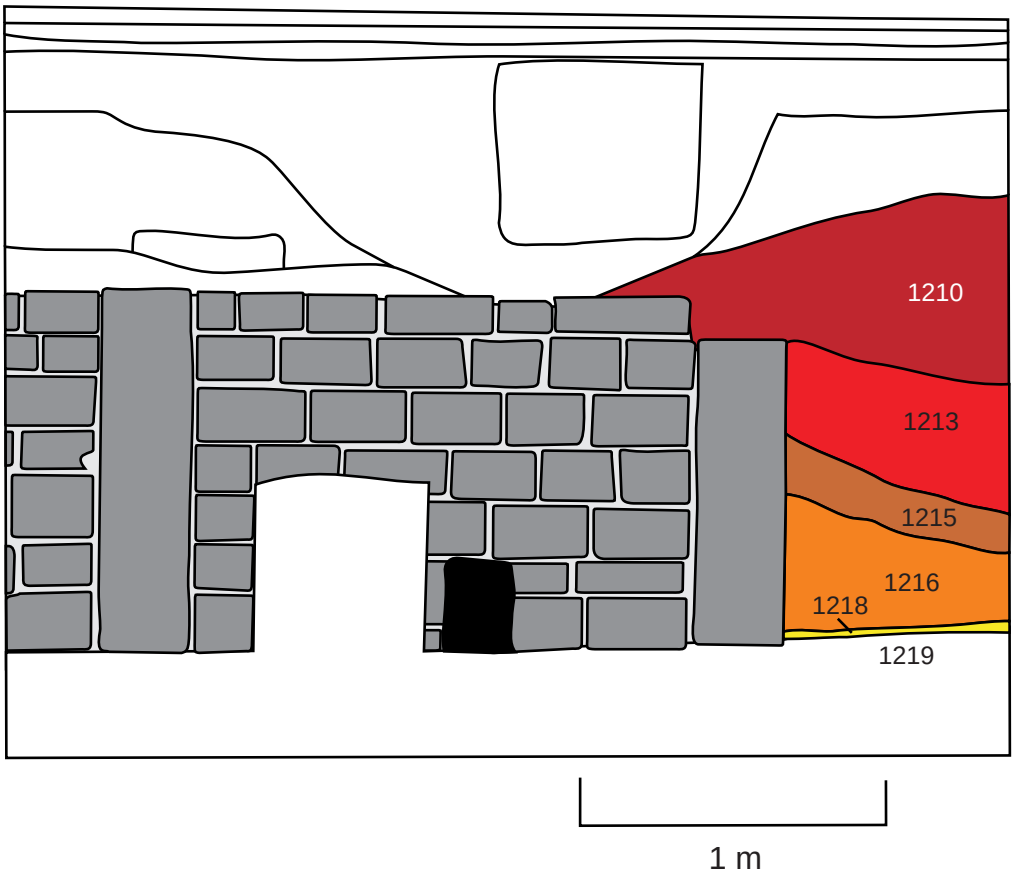


Fig. 134. Corte estratigráfico con las unidades analizadas en la que se aprecia la potencia del relleno (más de 1,5 m) y cómo en su fase final los propios adobes de la parte superior del muro acabaron por derrumbarse y sellar el vertido (U.E. 1210).

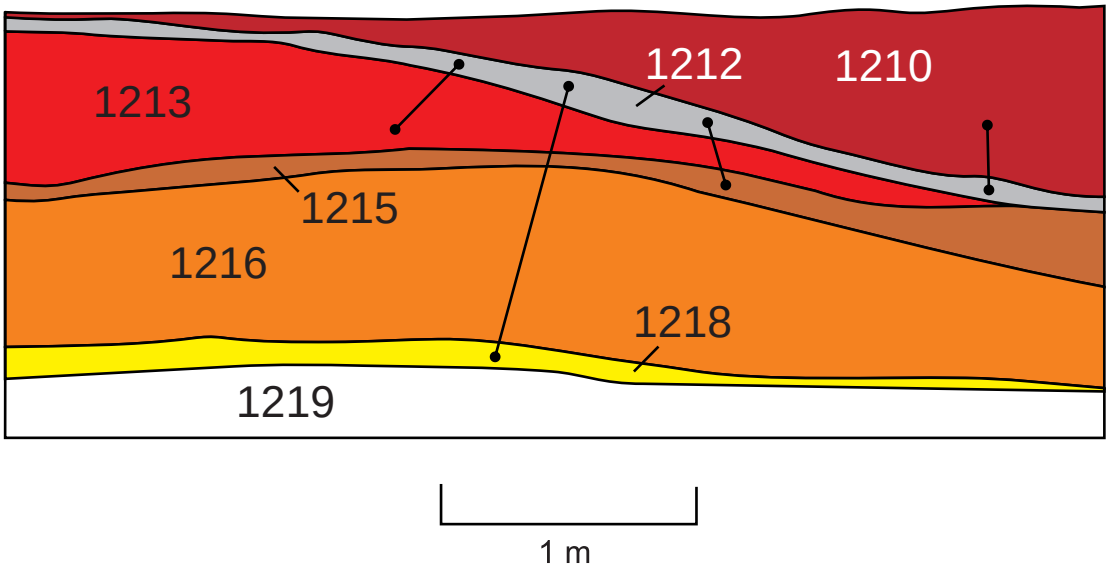


Fig. 135. Perfil S del relleno estratigráfico que cubría el patio (sala I) de la *domus* B. Los distintos puntos unidos por líneas ponen en relación los niveles en los que aparecieron fragmentos de una misma pieza, lo que indica una formación rápida y conjunta de los mismos.

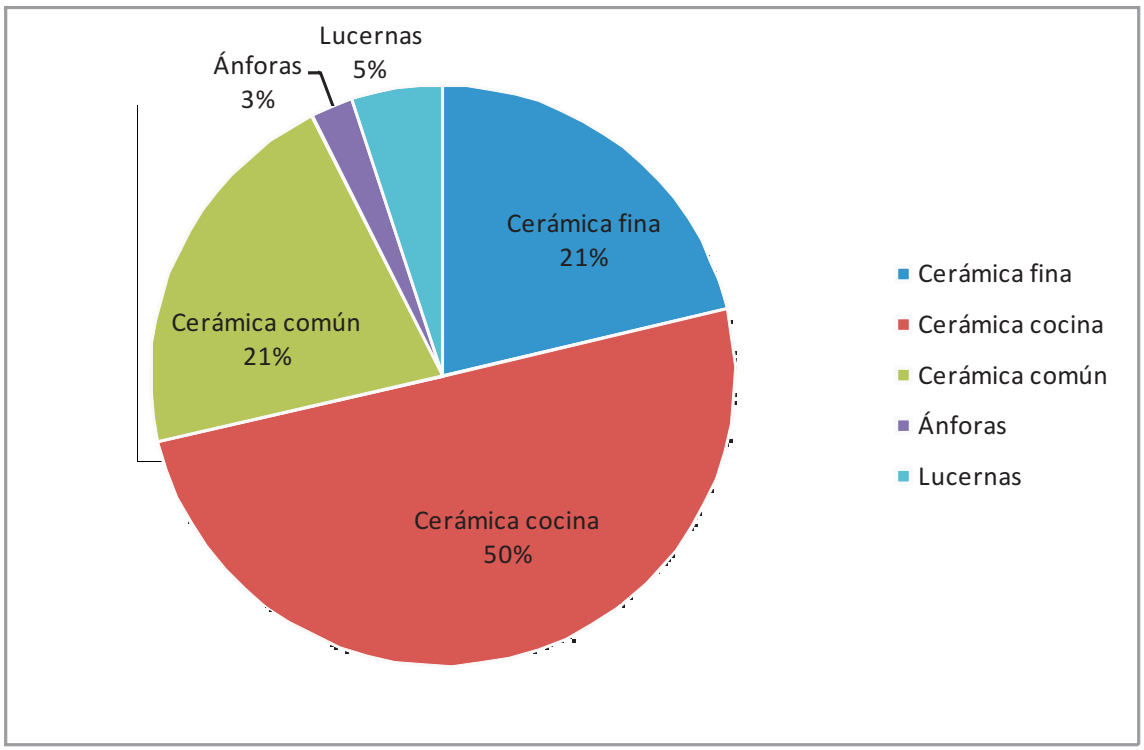


Fig. 136. Distribución de las principales categorías cerámicas analizadas en el contexto sobre la base del NMI.

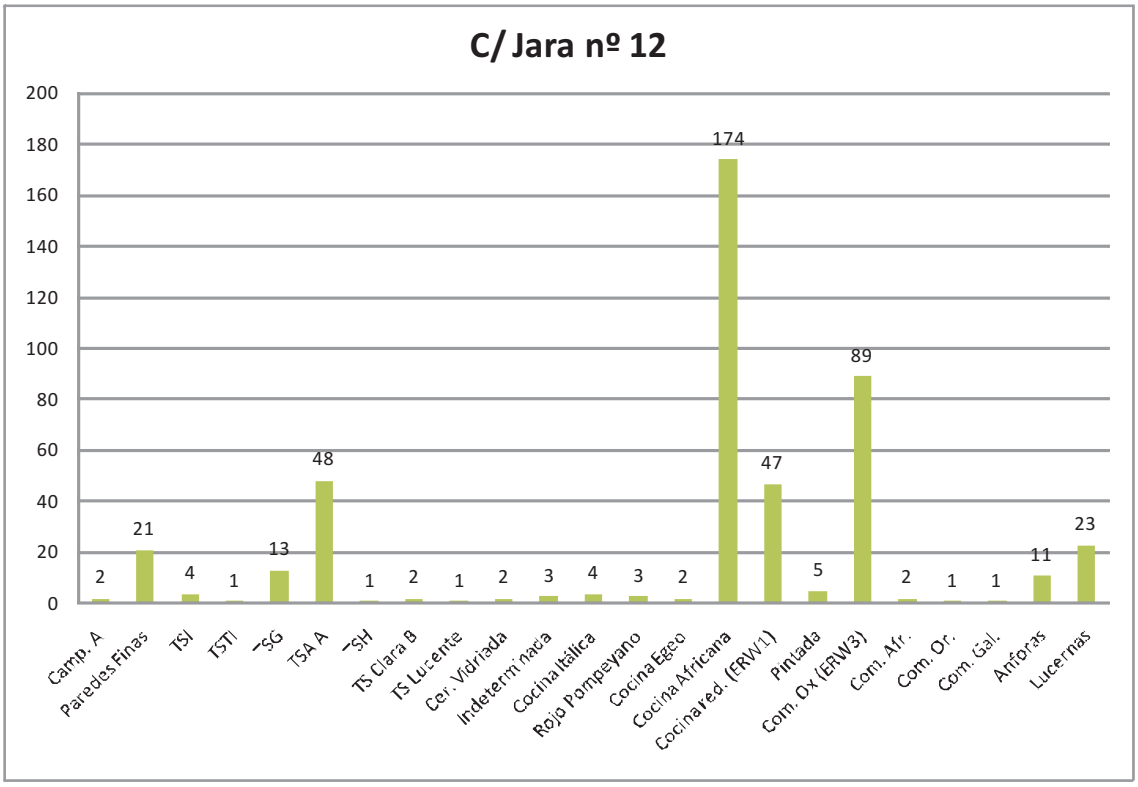


Fig. 137. Representación estadística de las principales producciones cerámicas halladas en el solar de la C/ Jara nº 12 con la cifra que indica el NMI de cada una de ellas.

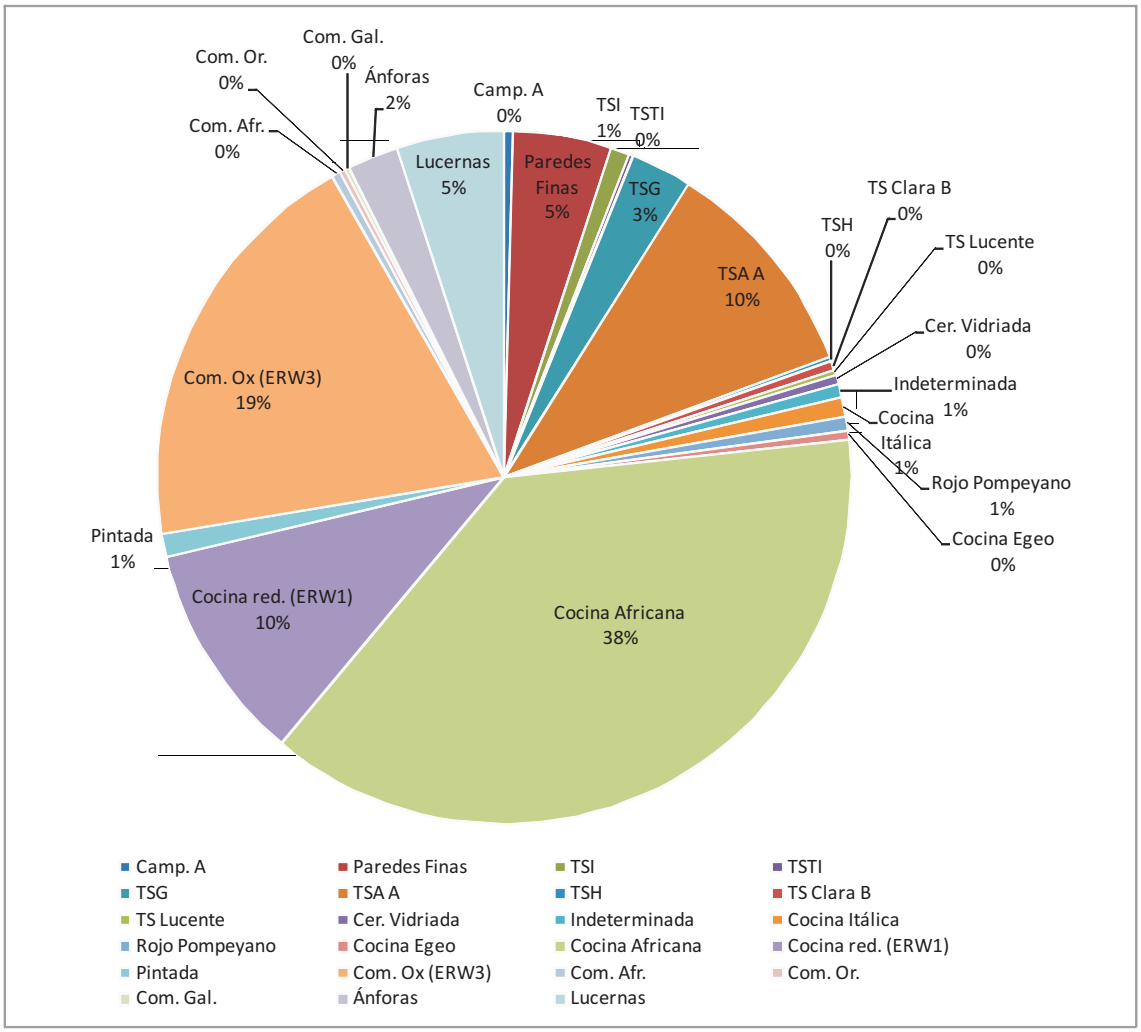


Fig. 138. Gráfico que muestra el porcentaje en el que fueron halladas las principales producciones cerámicas de la C/ Jara nº 12.

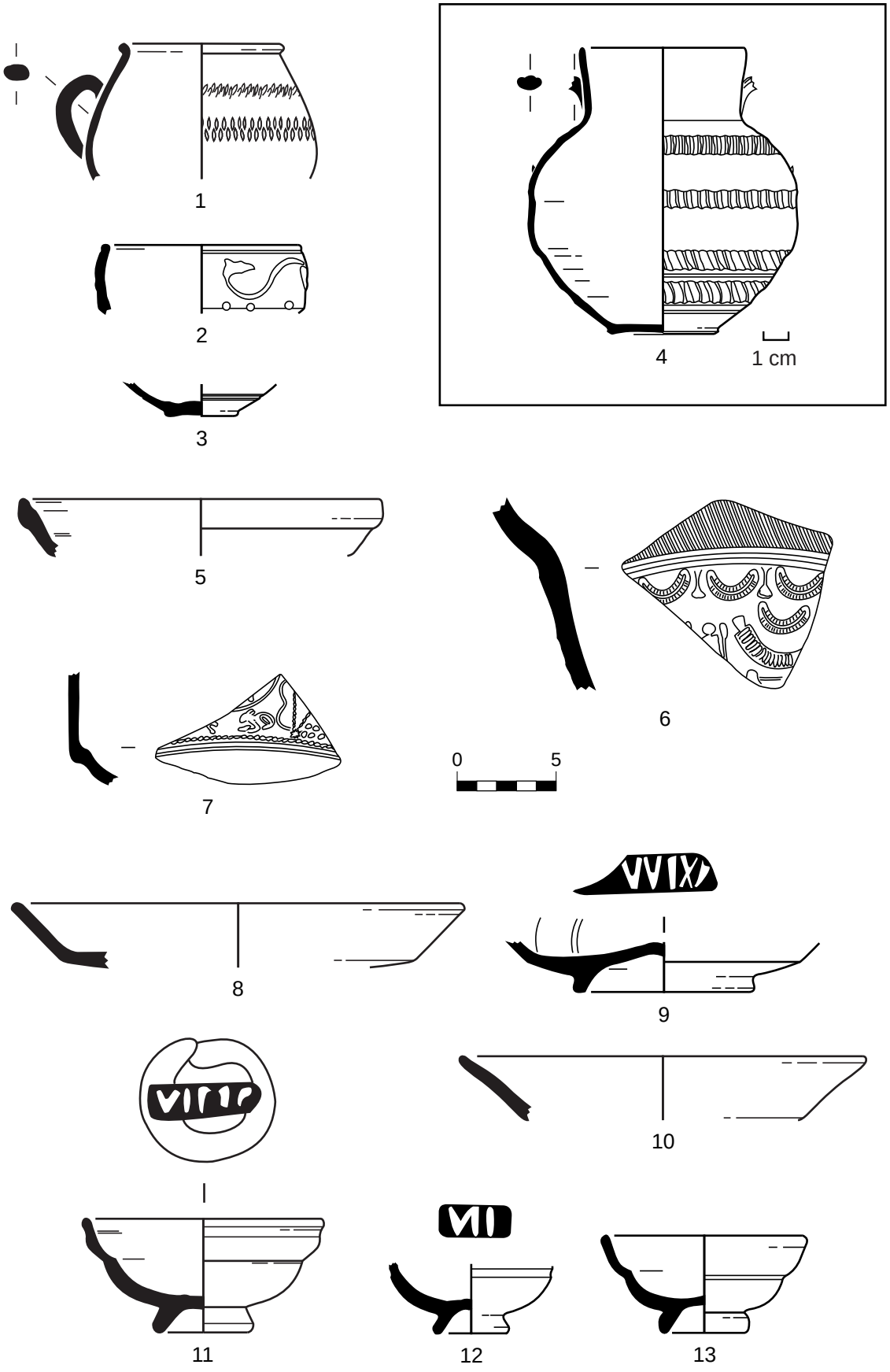


Fig. 139. 1. Pared fina de posible producción local, 2-3. Paredes finas béticas, 4. Pared fina emeritense (?), 5. TSI, 6. TSTI, 7-13. TSG (sellos con escala 1:1).

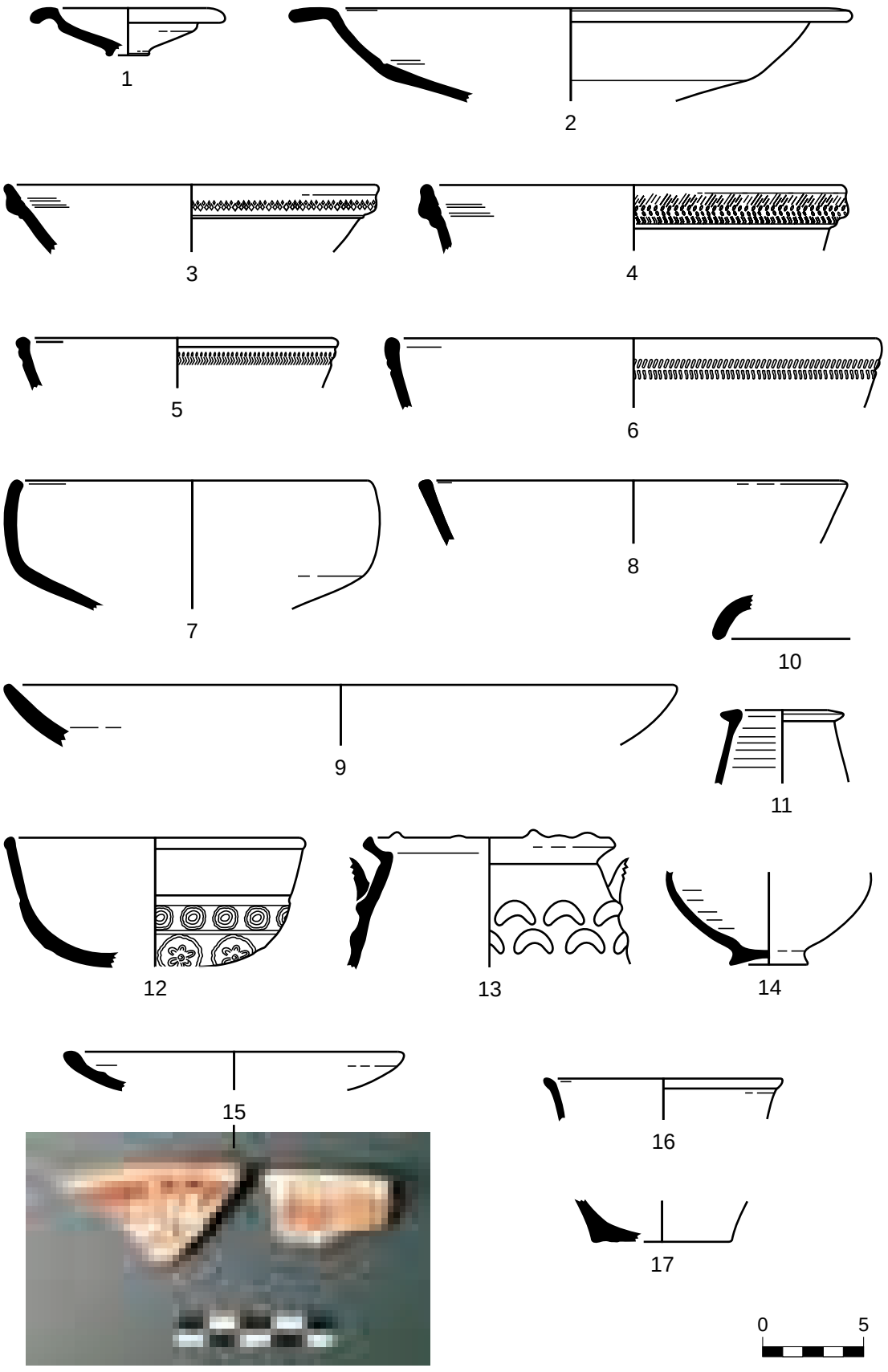


Fig. 140. 1-8. TSA A, 9-10. TS Clara B, 11. TS Lucente, 12. TSH, 13-14. Cerámica vidriada (itálica), 15-17. Indeterminadas.

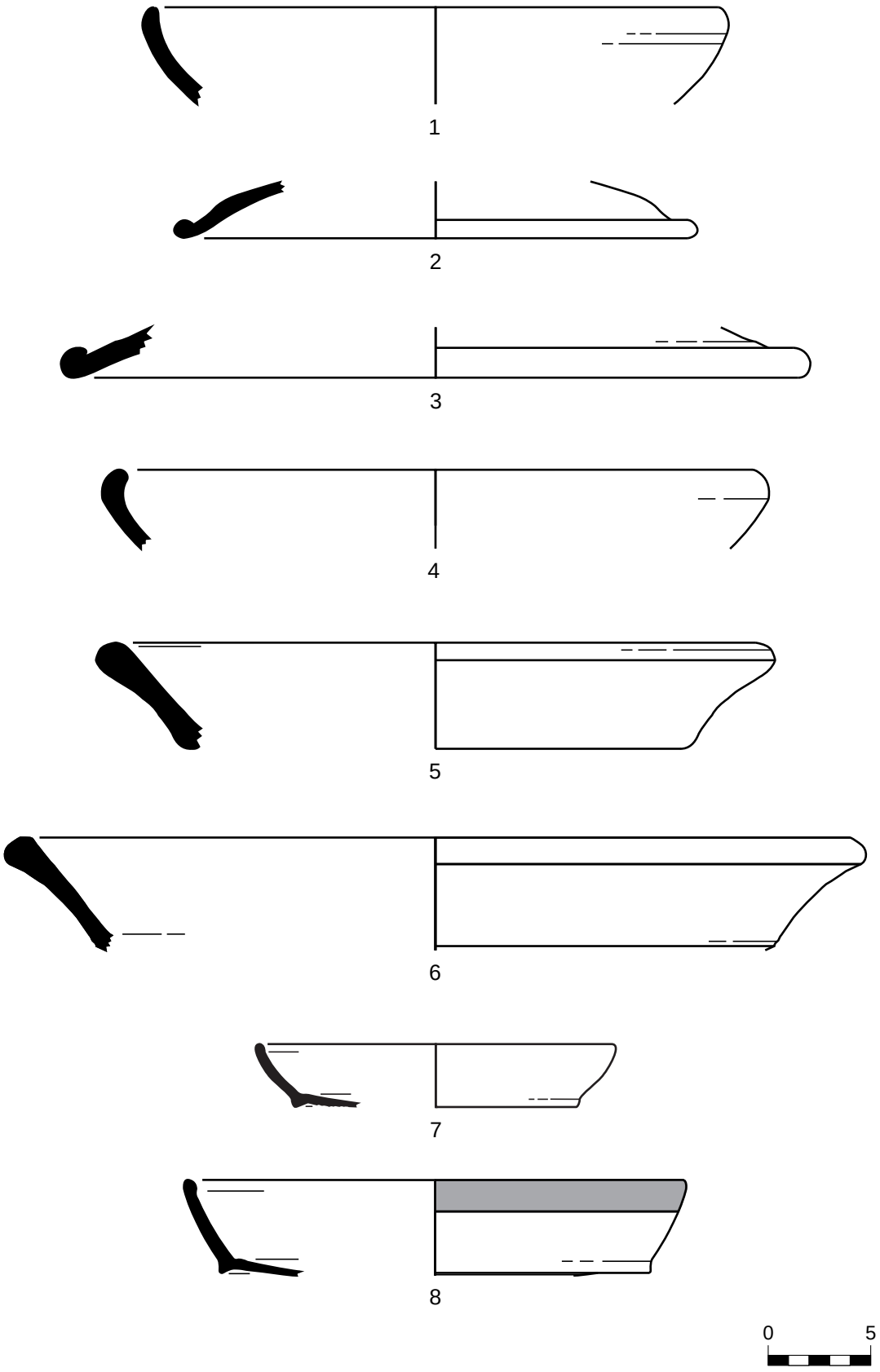


Fig. 141. 1-3. Cerámica de cocina itálica, 4. Cerámica de engobe rojo pompeyano, 5-6. Cerámica de cocina del Egeo, 7-8. Cerámica de cocina africana.

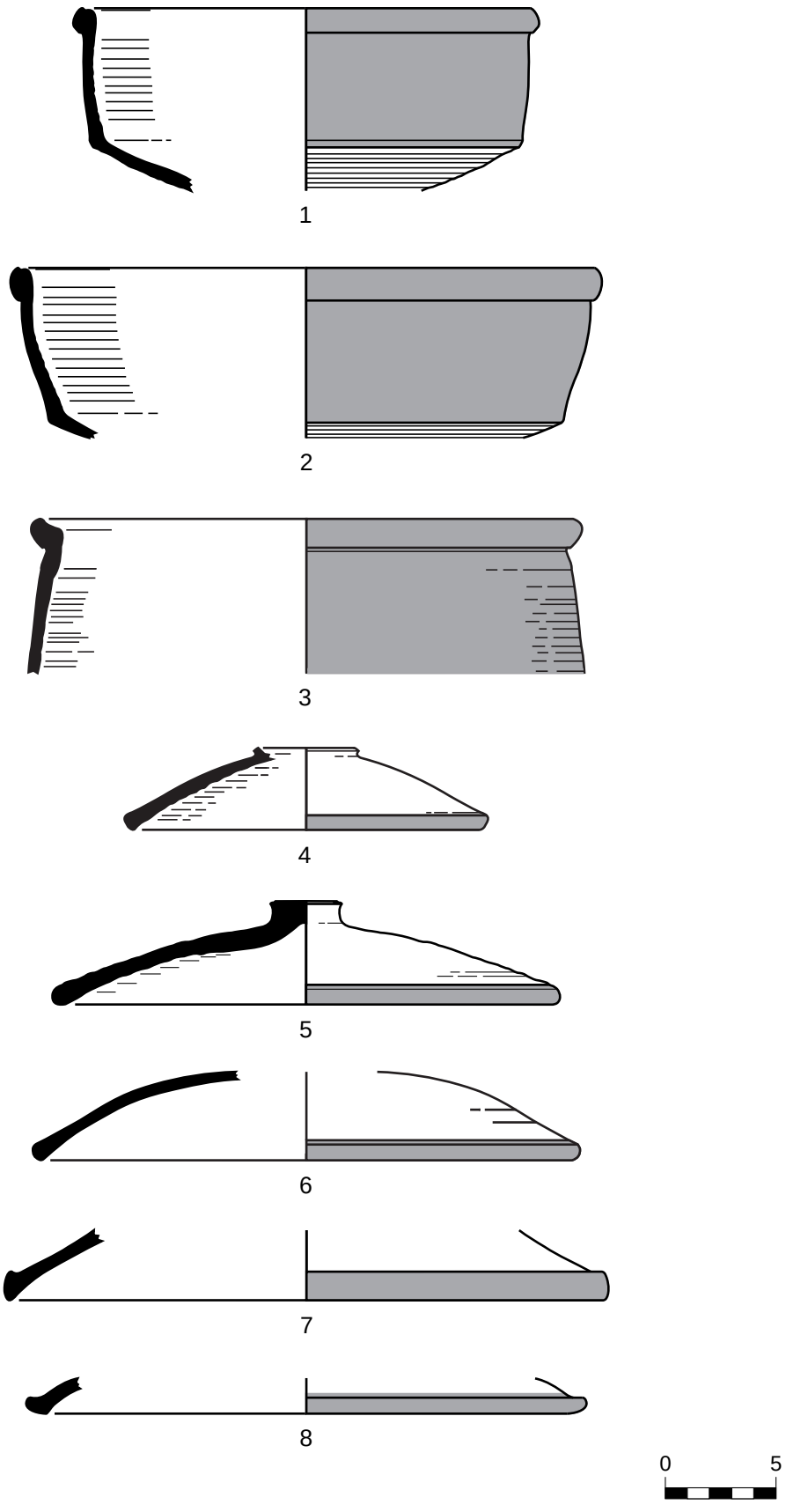


Fig. 142. 1-8. Cerámica de cocina africana.

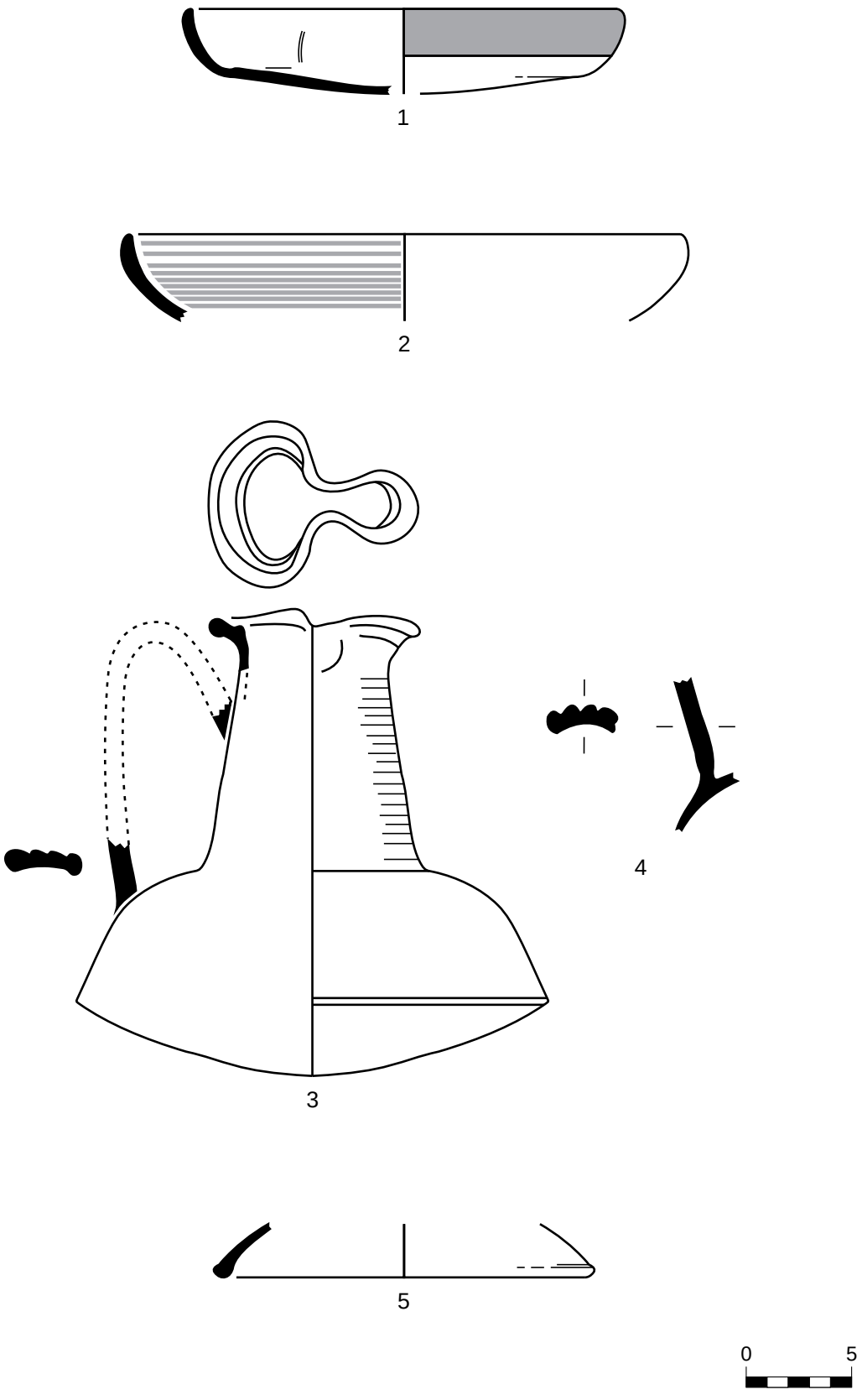


Fig. 143. 1-4. Cerámica de cocina africana, 5. Tapadera indeterminada.

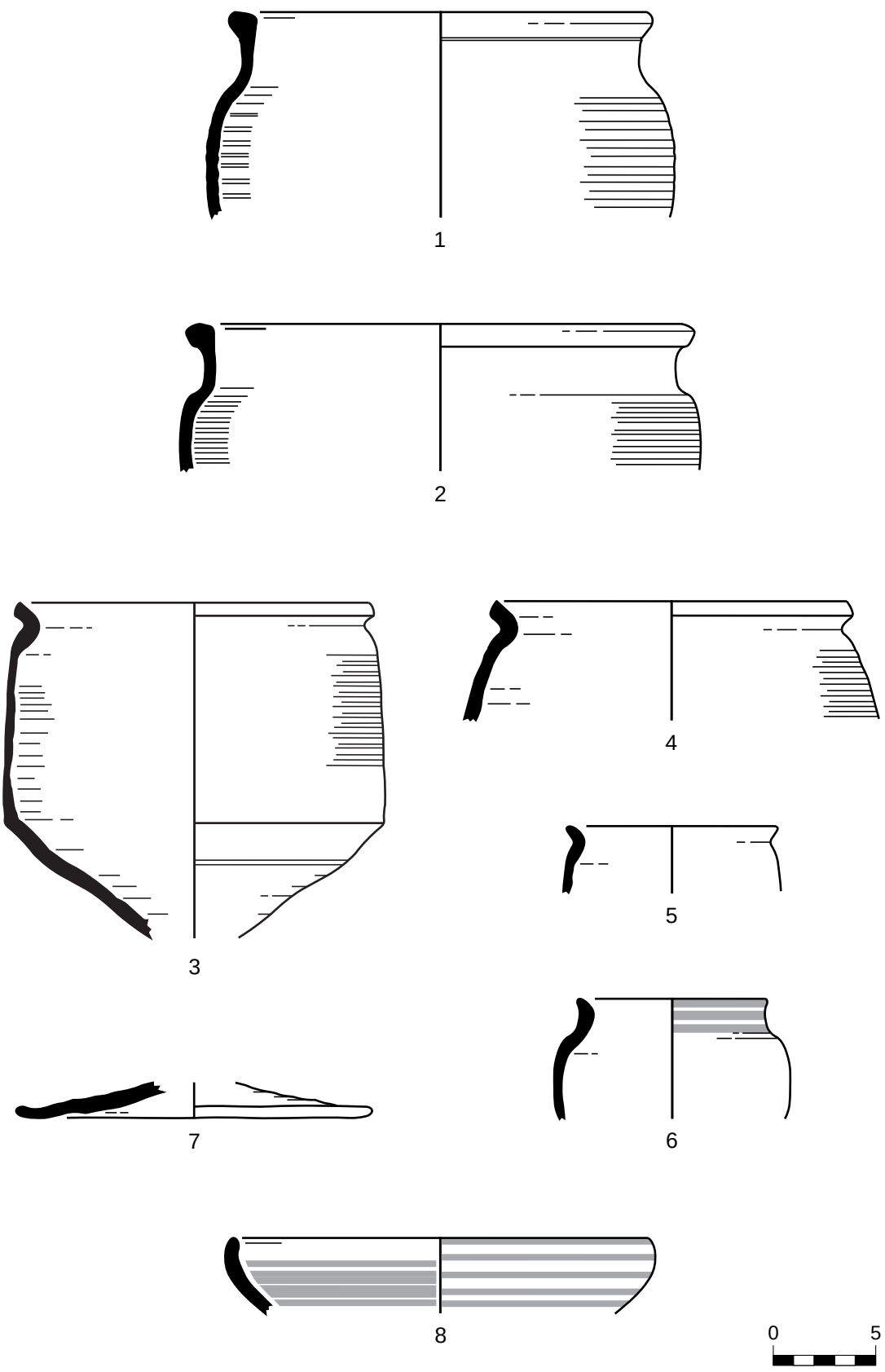


Fig. 144. 1-8. Cerámica reductora de cocina o Early Roman Ware 1.

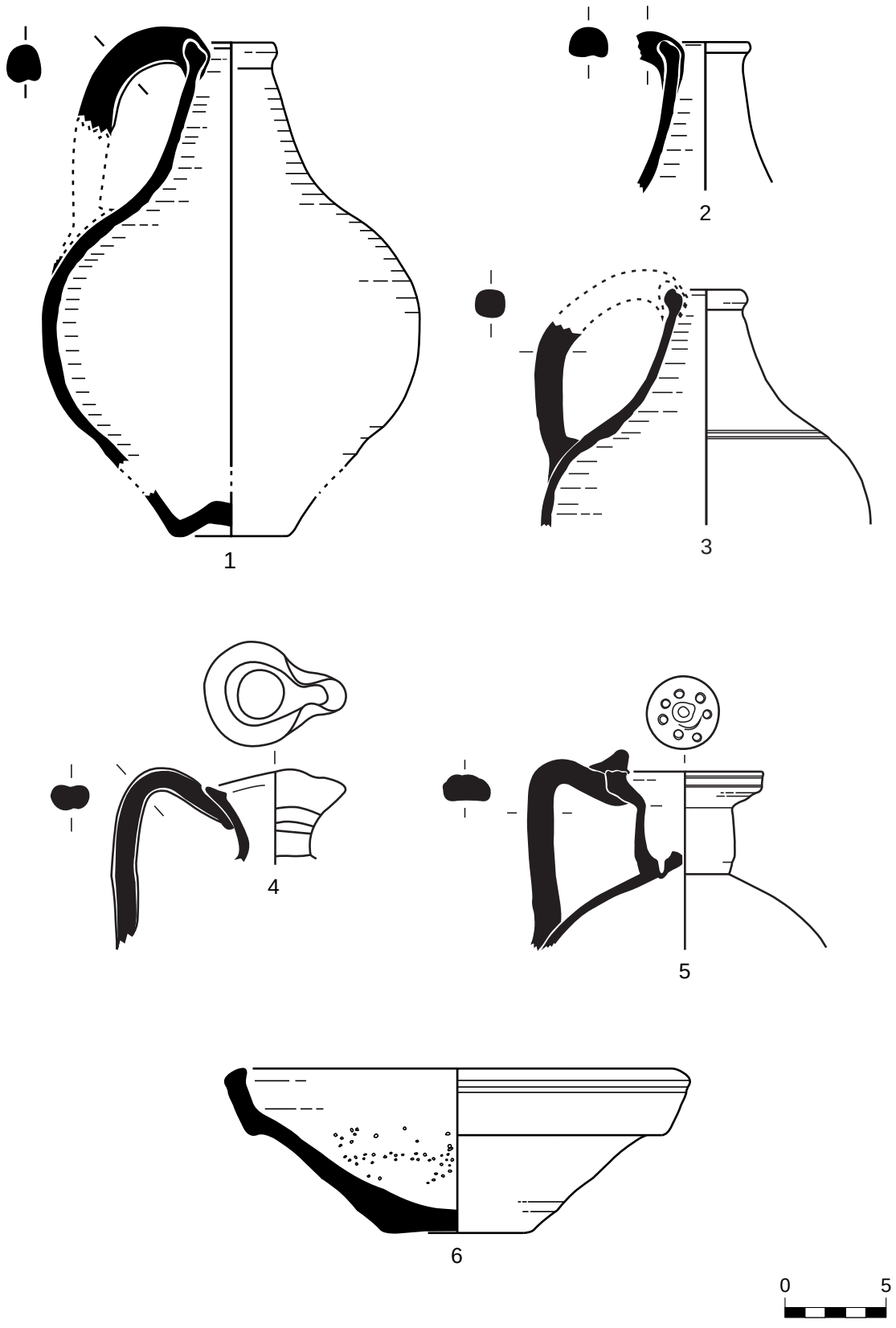


Fig. 145. 1-3. Cerámica reductora de cocina o ERW1, 4. Cerámica común del Egeo, 5. Cerámica común africana, 6. Cerámica común gala.

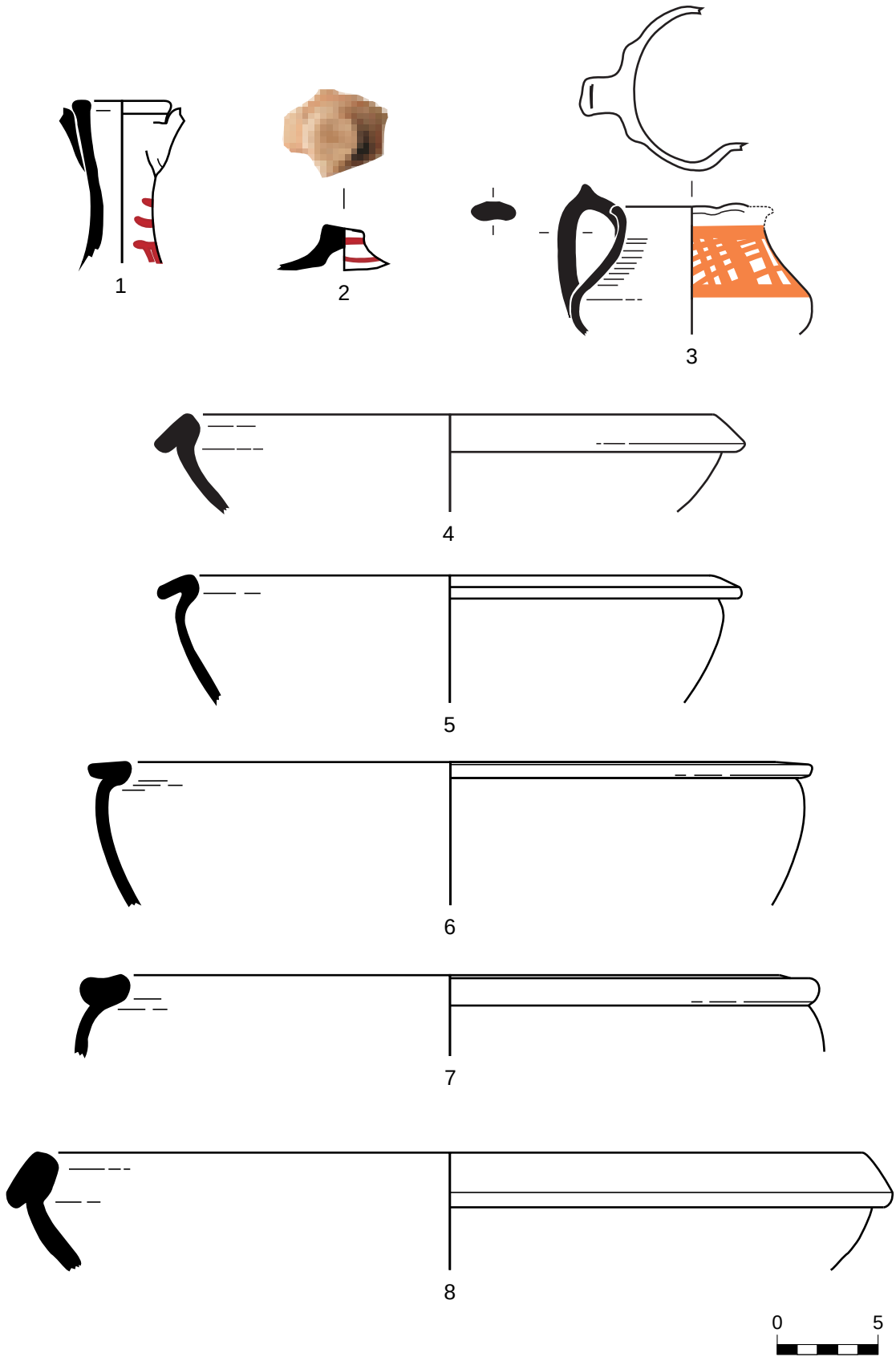


Fig. 146. 1-3. Cerámica romana pintada de tradición indígena o Early Roman Ware 2b, 4-8. Cerámica común oxidante o Early Roman Ware 3.

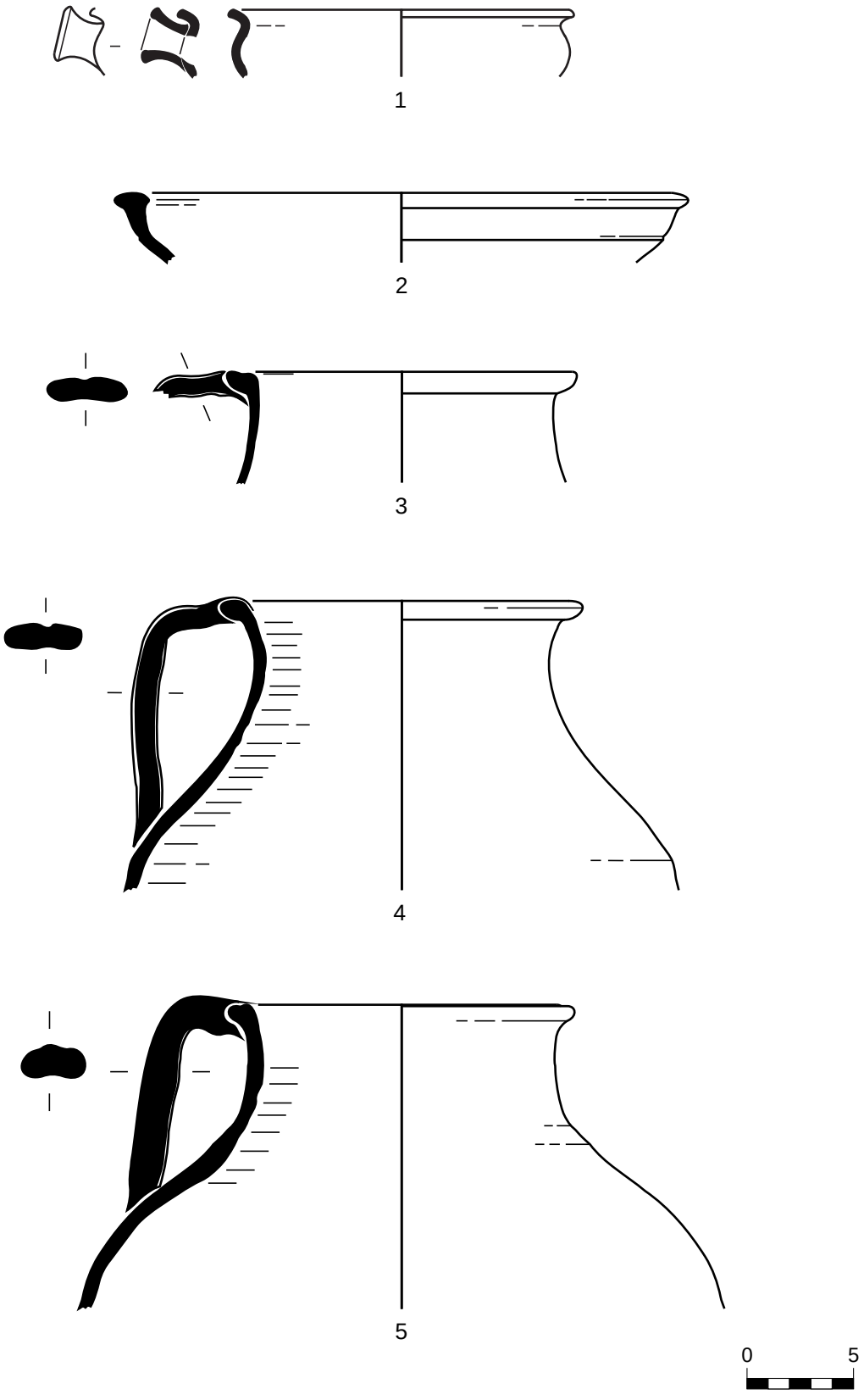


Fig. 147. Cerámica común oxidante o ERW3.

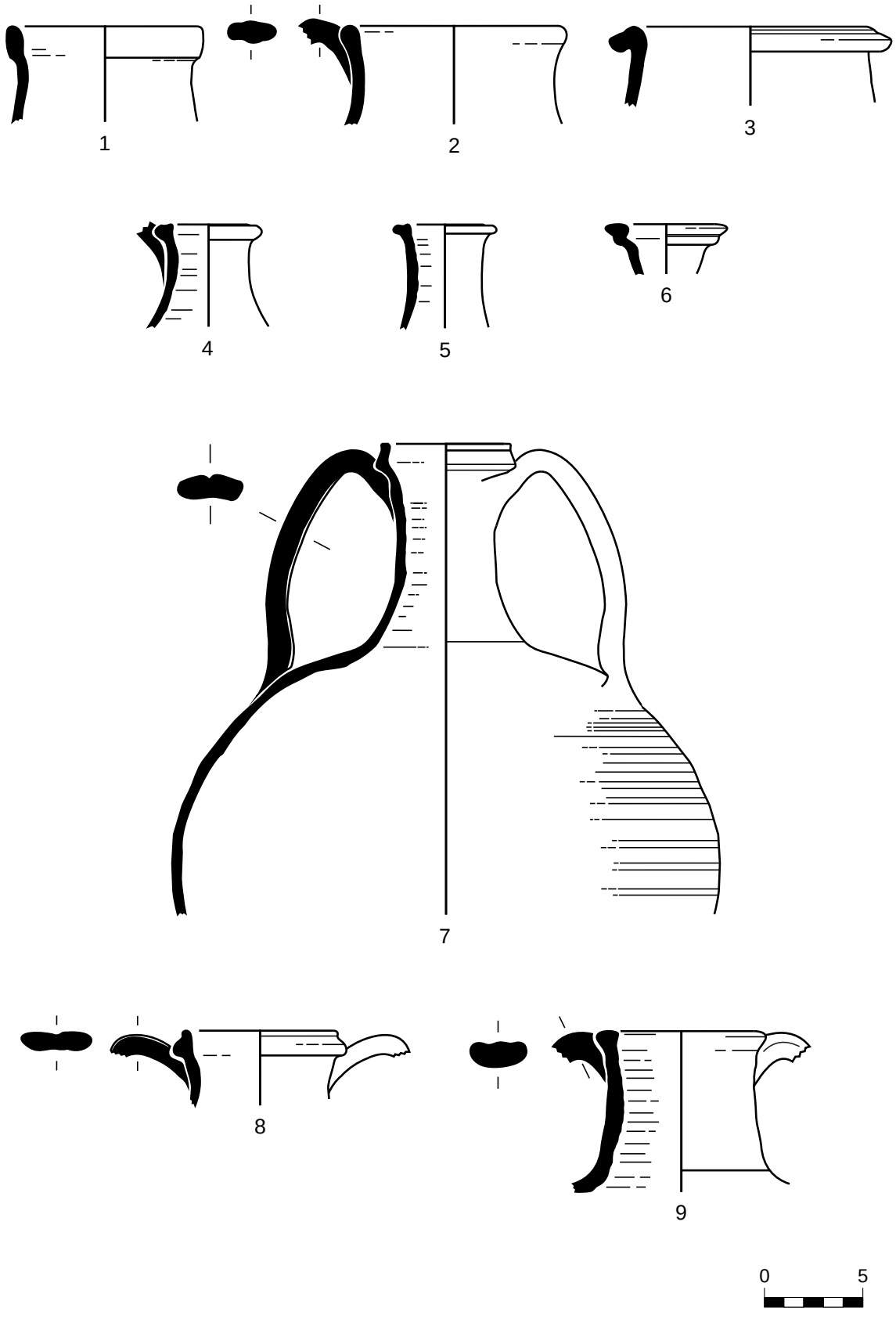


Fig. 148. Cerámica común oxidante o ERW3 (con dudas de adscripción sobre las formas 2, 3 y 9).

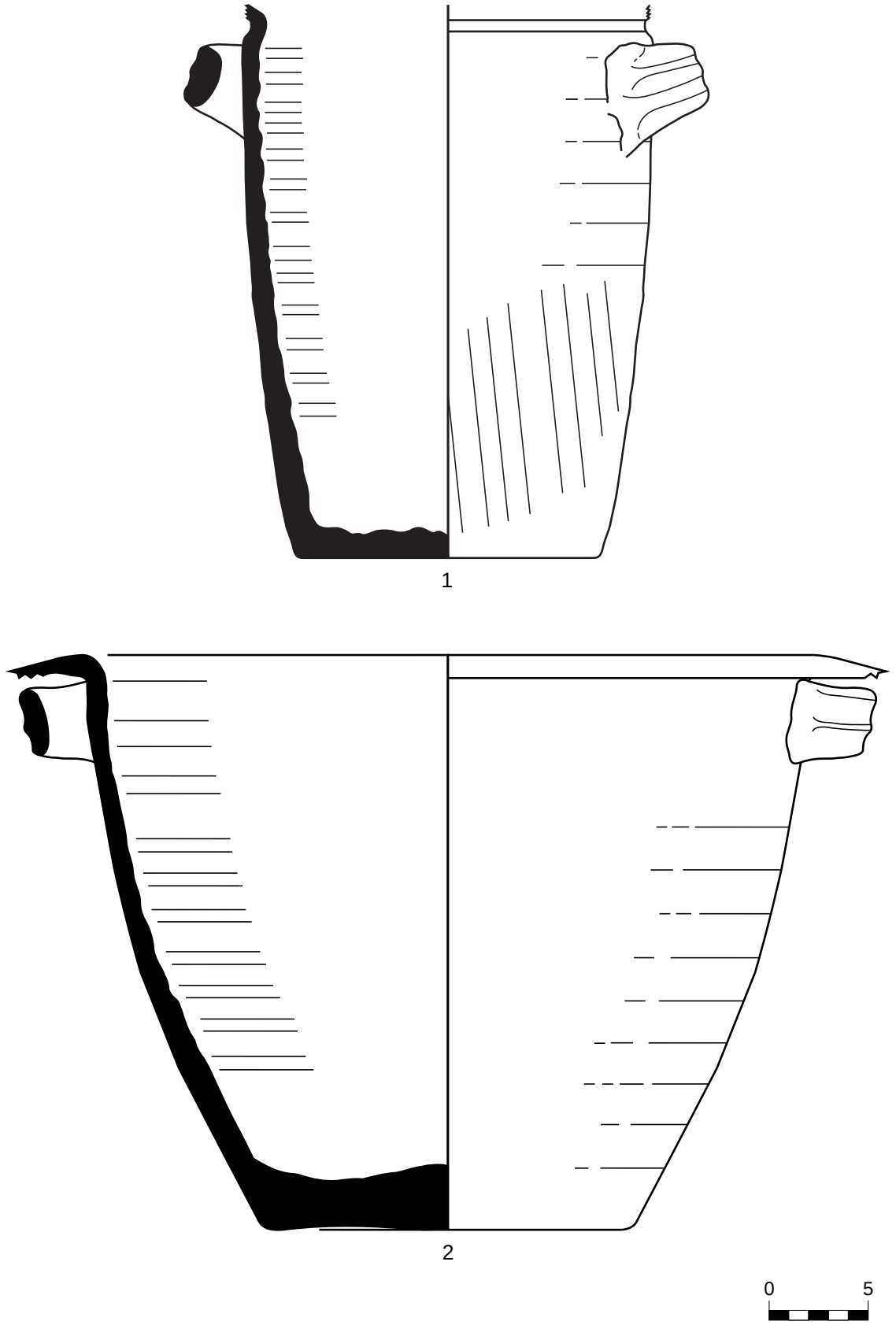


Fig. 149. Cerámica común oxidante o ERW3.

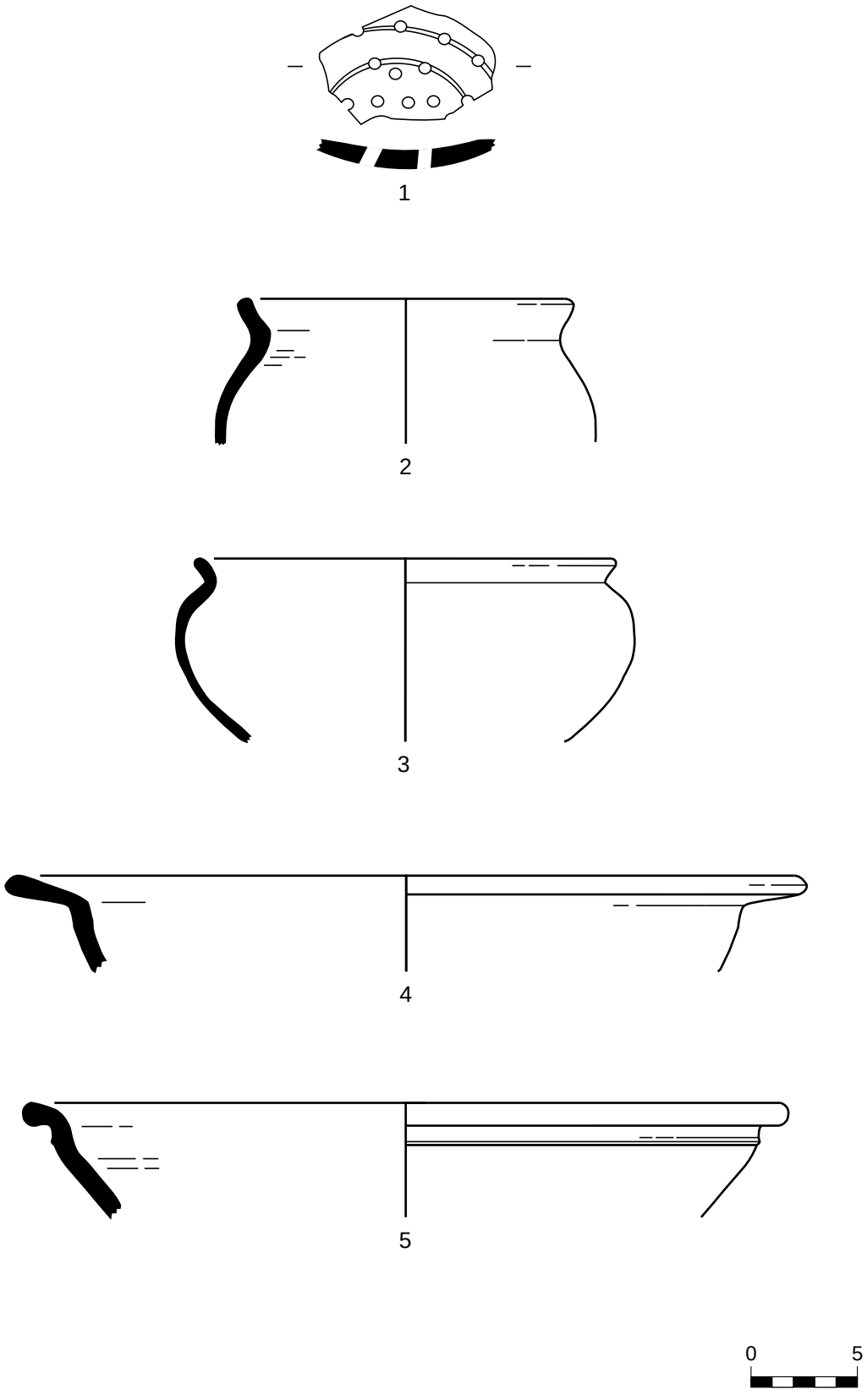


Fig. 150. Cerámica común oxidante o ERW3 (con dudas de adscripción sobre las formas 4 y 5).

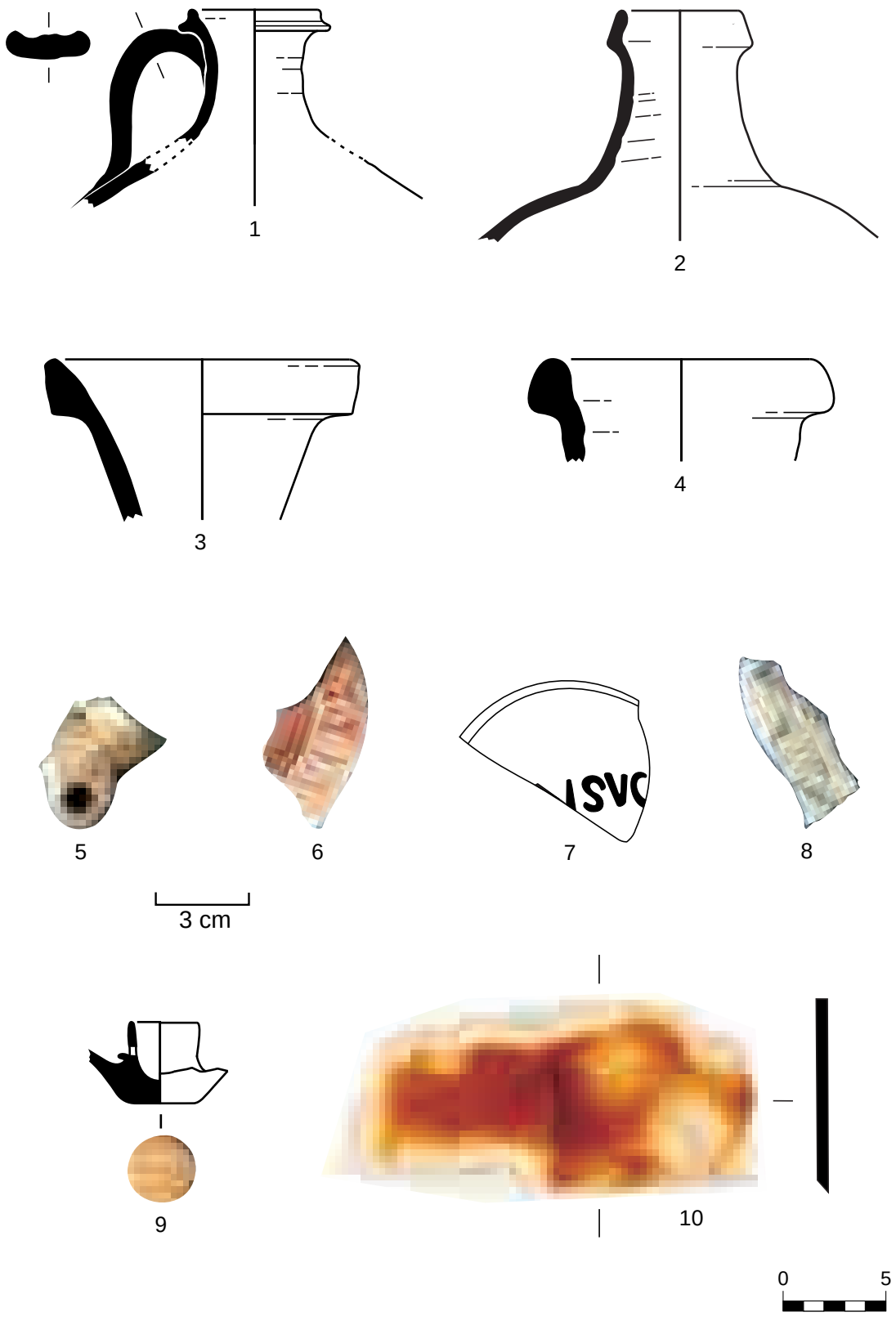


Fig. 151. 1-2. Cerámica común oxidante o ERW3 (con dudas de adscripción sobre la forma 1), 3. Ánfora tarraconense, 4. Posible ánfora del taller de Oliva, 5-7. Lucernas africanas, 8. Posible lucerna africana, 9. Lucerna local a torno tipo 1A, 10. Fragmento de ónice trabajado. [Lucernas 5-6 y 8-9, escala 1:2, sello lucerna 7, escala 1:1].



Fig. 152. Plano de Cartagena con los principales hitos arquitectónicos de época imperial y la situación destacada del solar de la C/ Duque nº 25-27-29.



Fig. 153. Planta de la *domus* de la Fortuna donde se aprecia el programa musivario de las distintas habitaciones y los dos cardos que discurren a ambos lados de la vivienda.

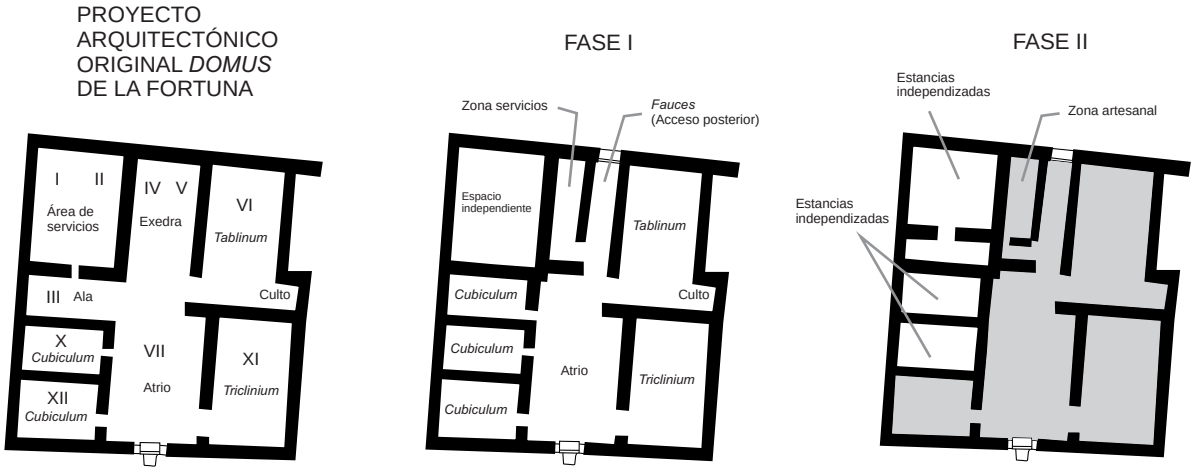


Fig. 154. Evolución planimétrica de la *domus* de la Fortuna en la que se aprecia la apertura y compartimentación de diversos espacios a lo largo de varias fases (s. I a.C.-s. II d.C.).

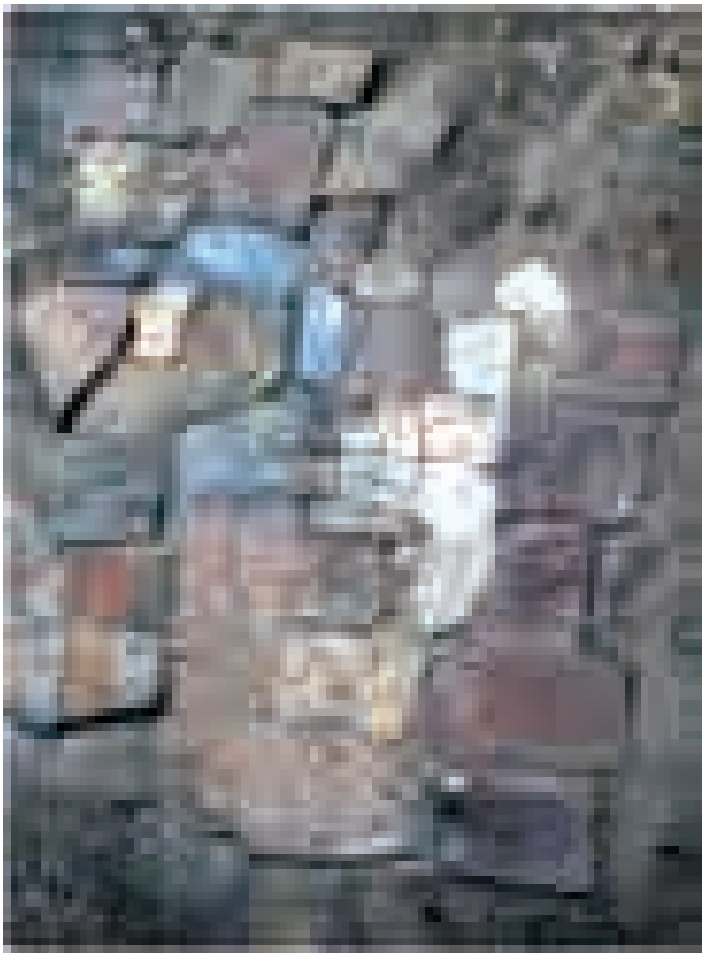


Fig. 155. Pavimento de la habitación I de la *domus* realizado a la manera de un *opus sectile* con materiales reutilizados de diversa naturaleza: mármoles decorados, losetas, *tegulae,* y fragmentos de mortero.

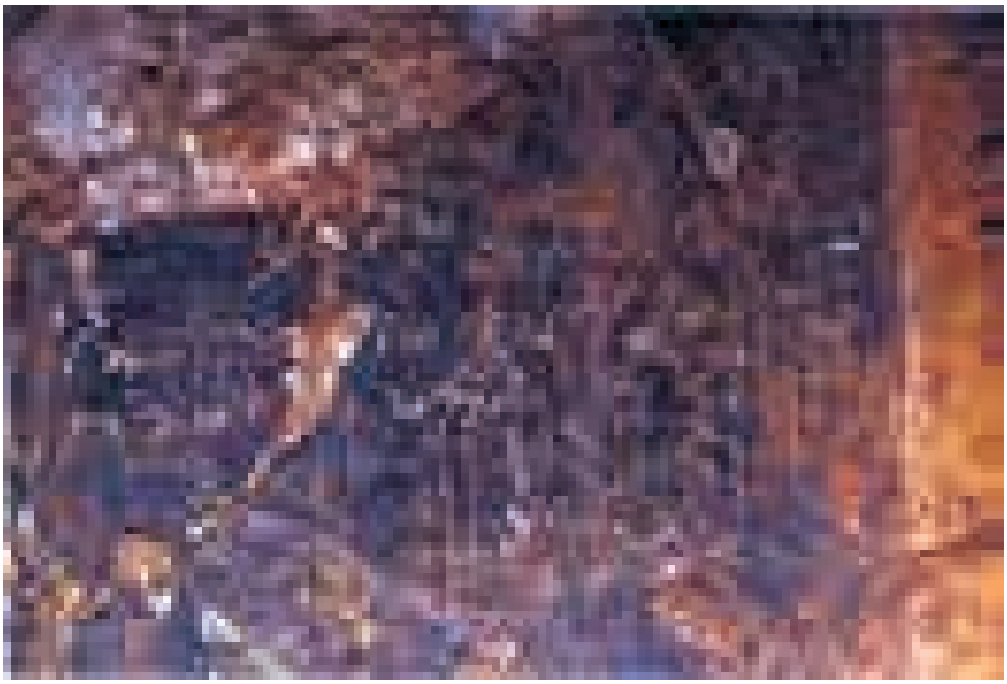


Fig. 156. Detalle de los *graffiti* realizados sobre un panel de pintura mural de la estancia V durante el proceso de deterioro de la vivienda.



Fig. 157. Huellas de fuego sobre el pavimento de la estancia III que provocaron el deterioro del mosaico de *opus signinum*.

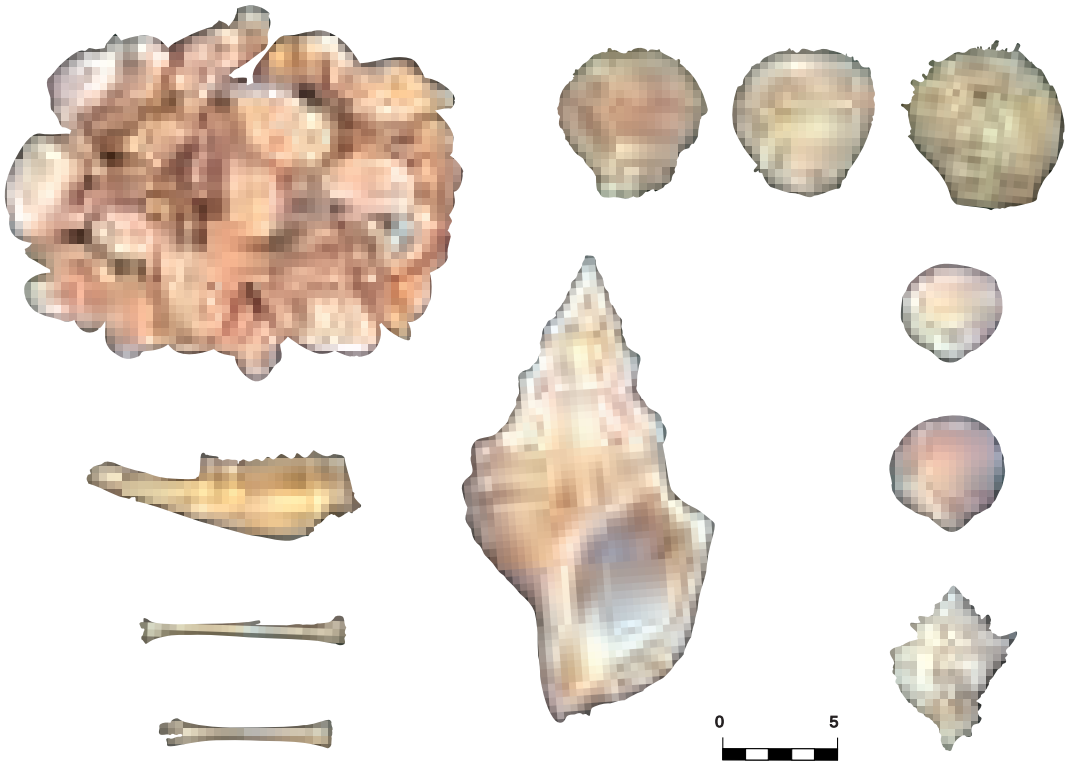


Fig. 158. Restos faunísticos hallados en la *domus* de la Fortuna donde presumiblemente fueron consumidos: numerosas almejas y ostras, huesos de ovicápridos, lagomorfos y gallináceas.

Fig. 159



Fig. 160. Instantánea de la excavación de 1990 en la que se aprecian los potentes niveles de derrumbe con abundantes adobes, de pintura mural y elementos constructivos sobre la estancia I.

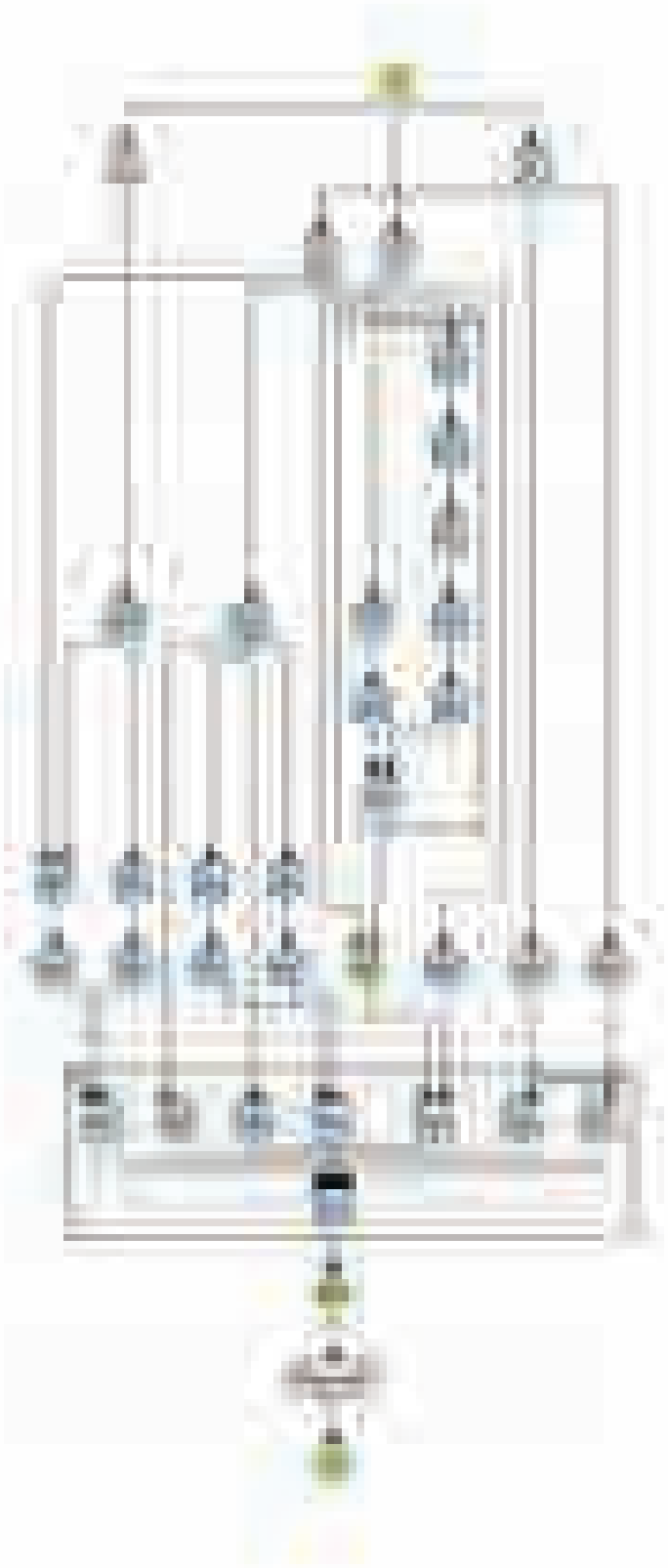


Fig. 159. Matriz con la reconstrucción de la secuencia estratigráfica de la *domus* de la Fortuna.

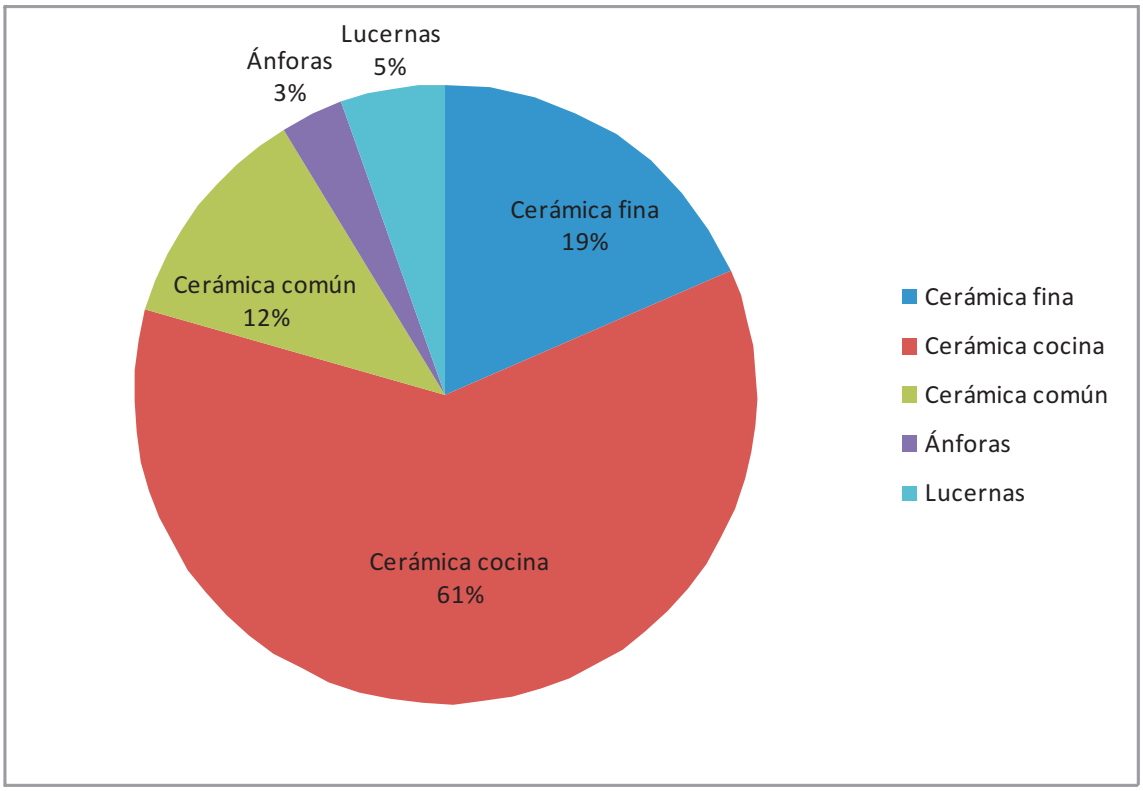


Fig. 161. Distribución de las principales categorías cerámicas analizadas en el contexto sobre la base del NMI.

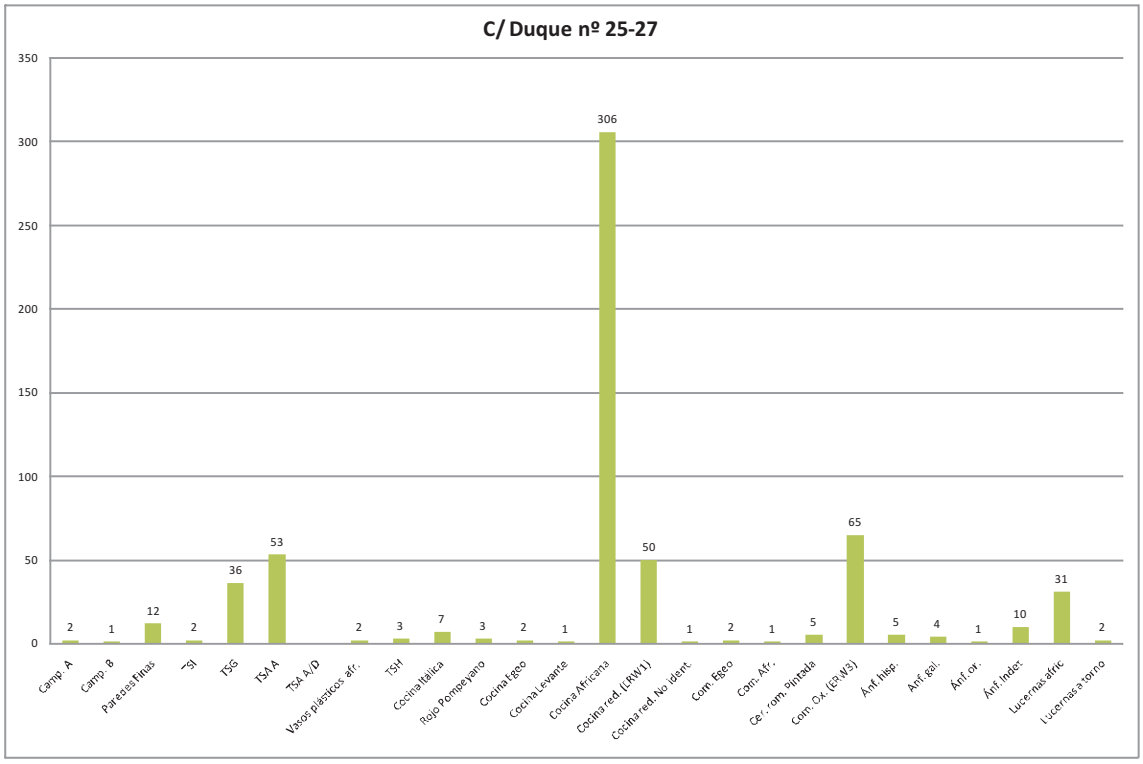


Fig. 162. Representación estadística de las principales producciones cerámicas halladas en el solar de la C/ Duque nº 25-27 con la cifra que indica el NMI de cada una de ellas.

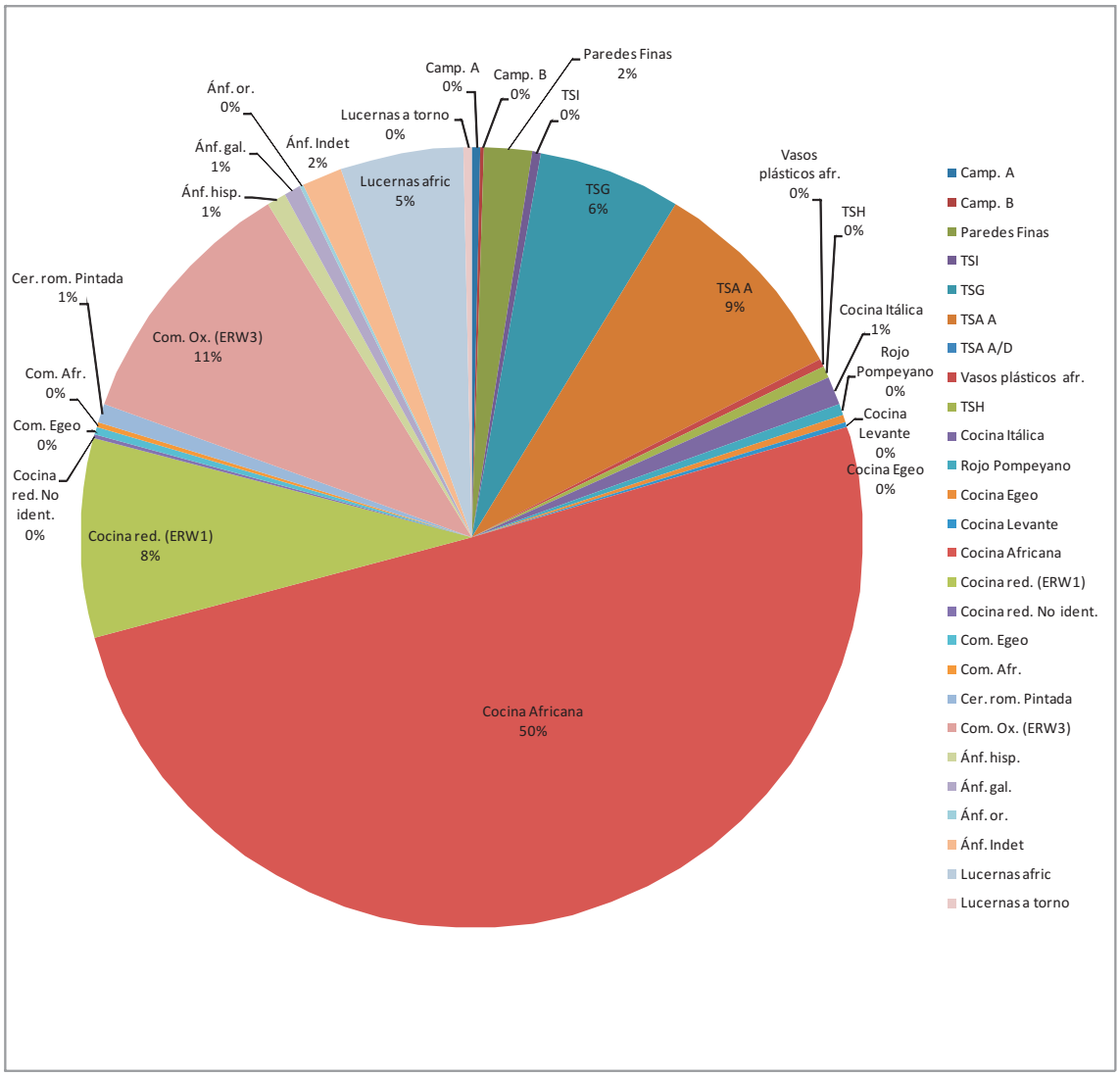


Fig. 163. Gráfico que muestra el porcentaje en el que fueron halladas las principales producciones cerámicas de la C/ Duque nº 25-27.

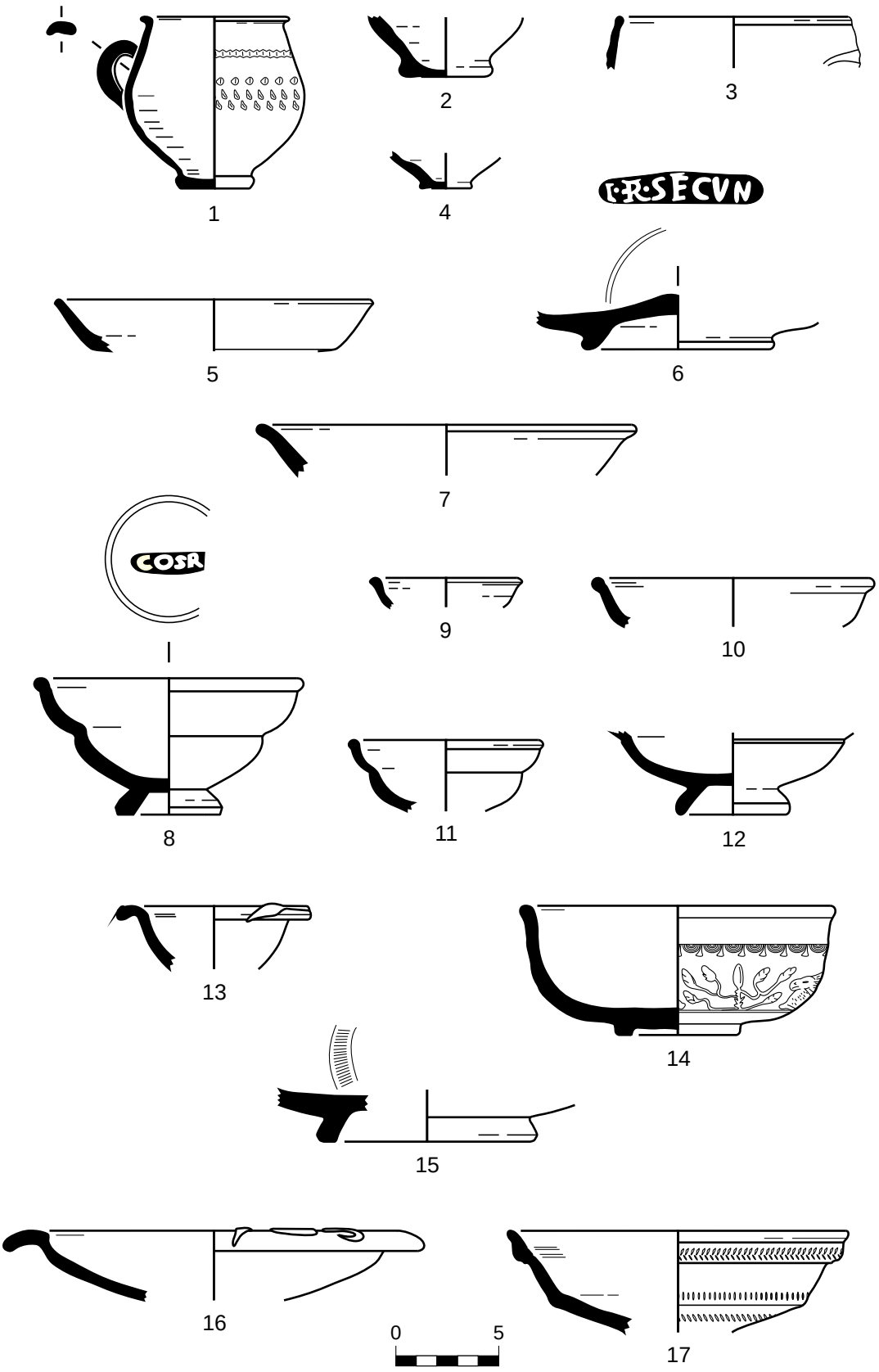


Fig. 164. 1-2. Pared fina local, 3-4. Paredes finas béticas, 5-15. TSG (sellos escala 1:1), 16-17. TSAA.

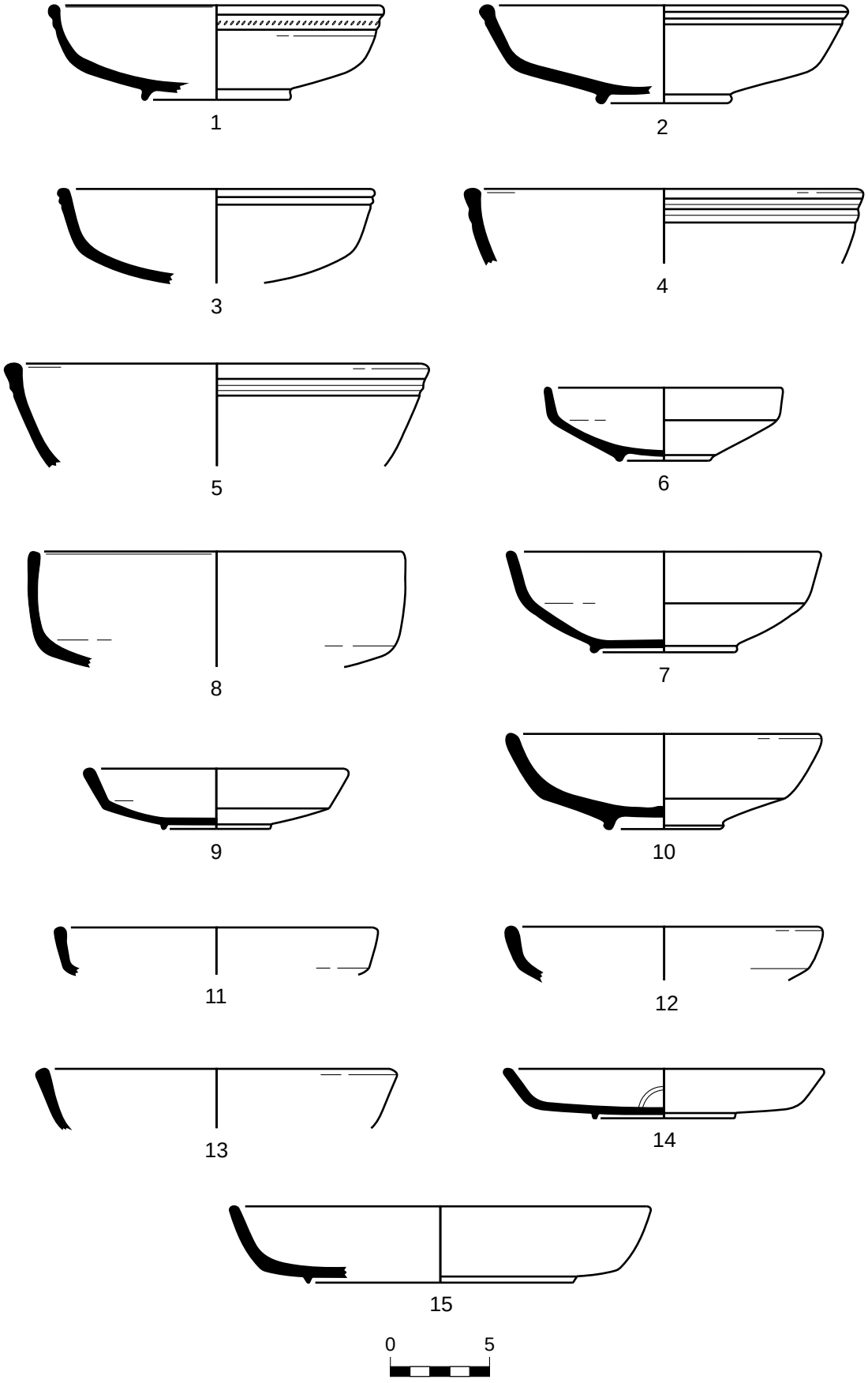


Fig. 165. 1-13 y 15. TSA A, 14. TSA A/D.

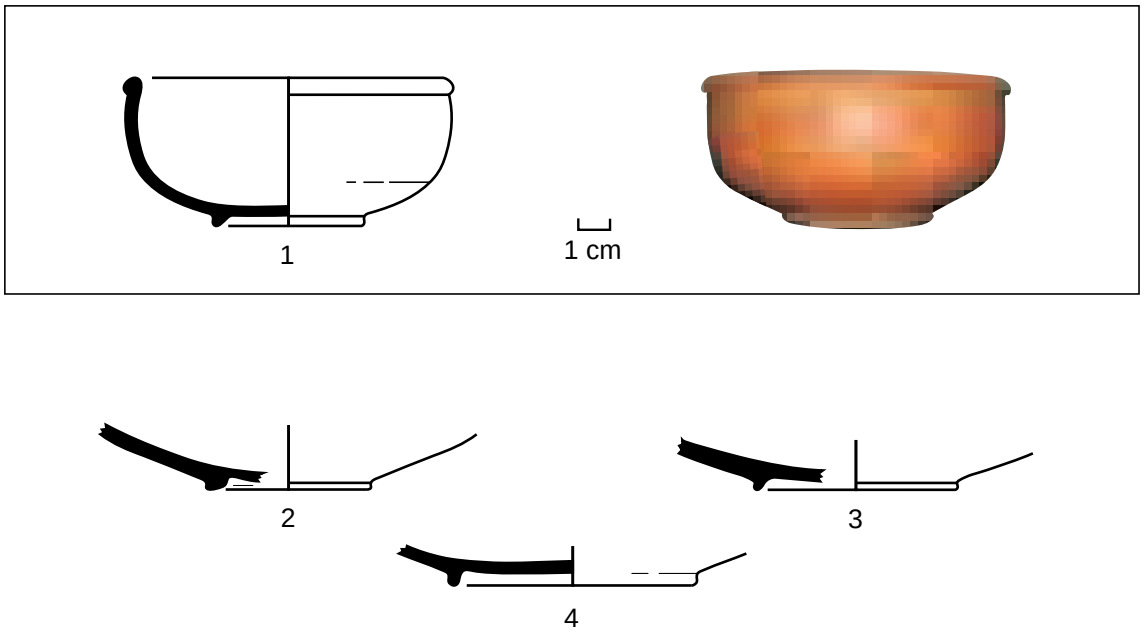


Fig. 166. 1-4. TSA A, 5. Vaso plástico africano, 6-8. TSH.

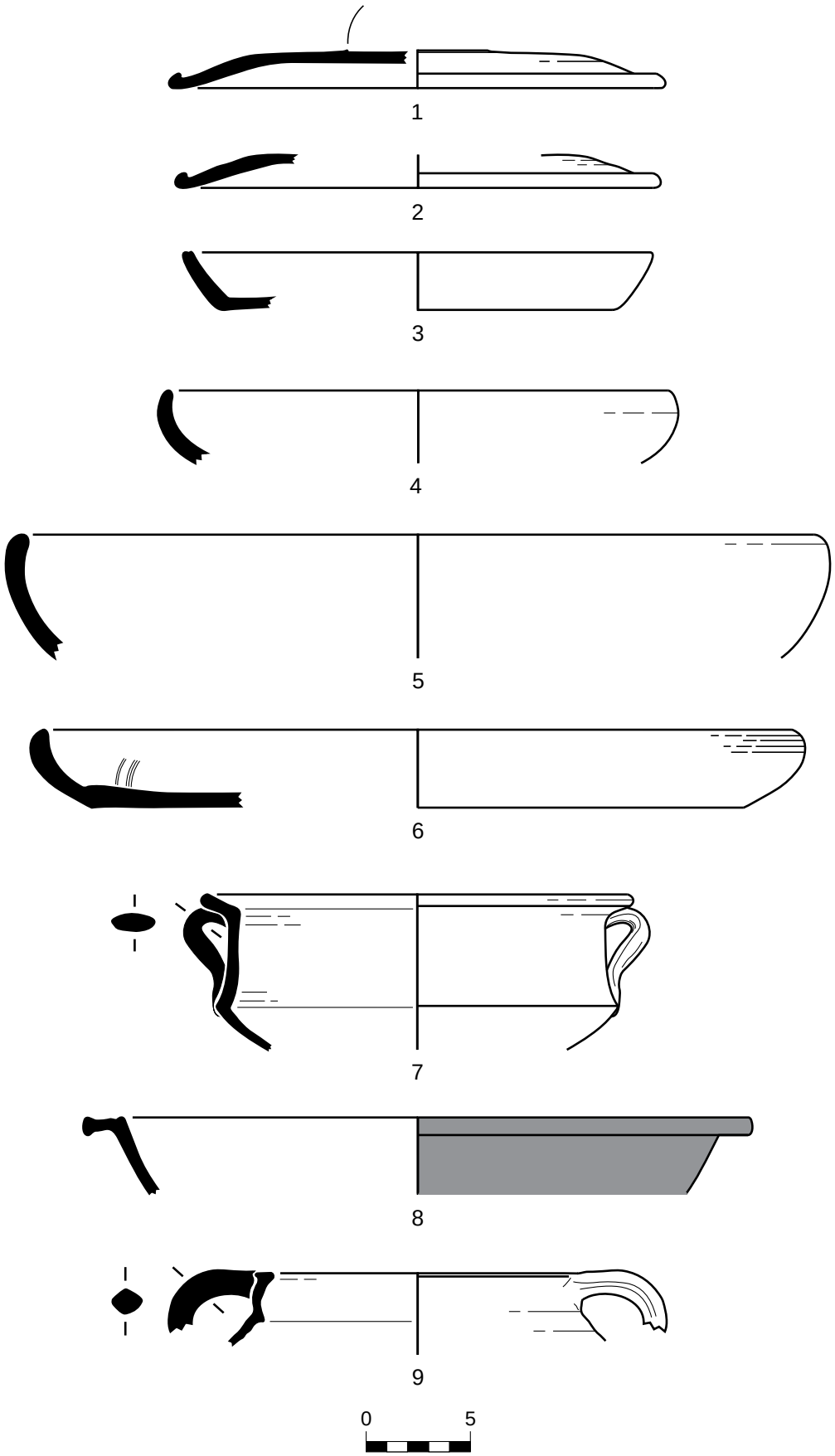


Fig. 167. 1-3. Cerámica de cocina itálica, 4-6. Cerámica de engobe rojo pompeyano, 7-8. Cerámica de cocina del Egeo (nº 8 con dudas), 9. Cerámica de cocina levantina.

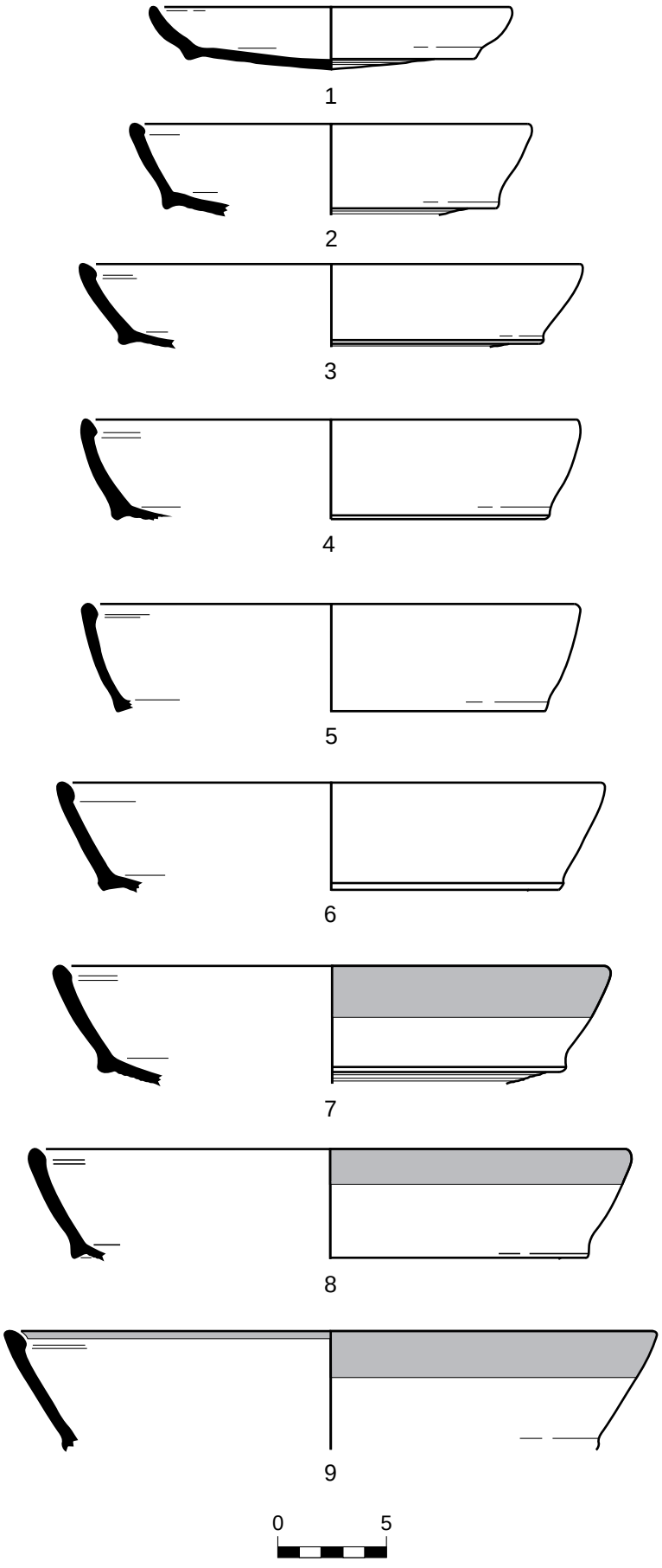


Fig. 168. Cerámica de cocina africana.

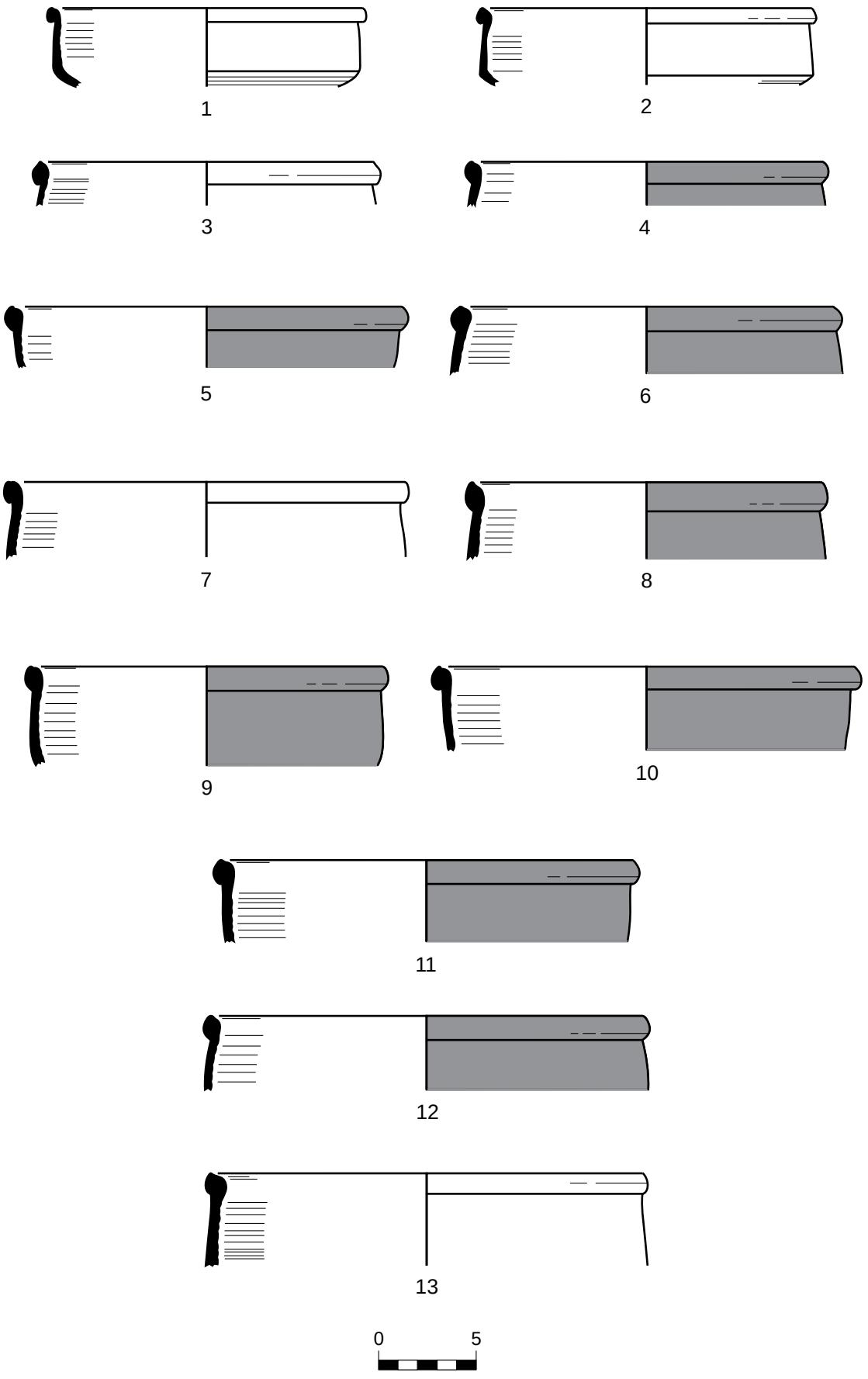


Fig. 169. Cerámica de cocina africana.

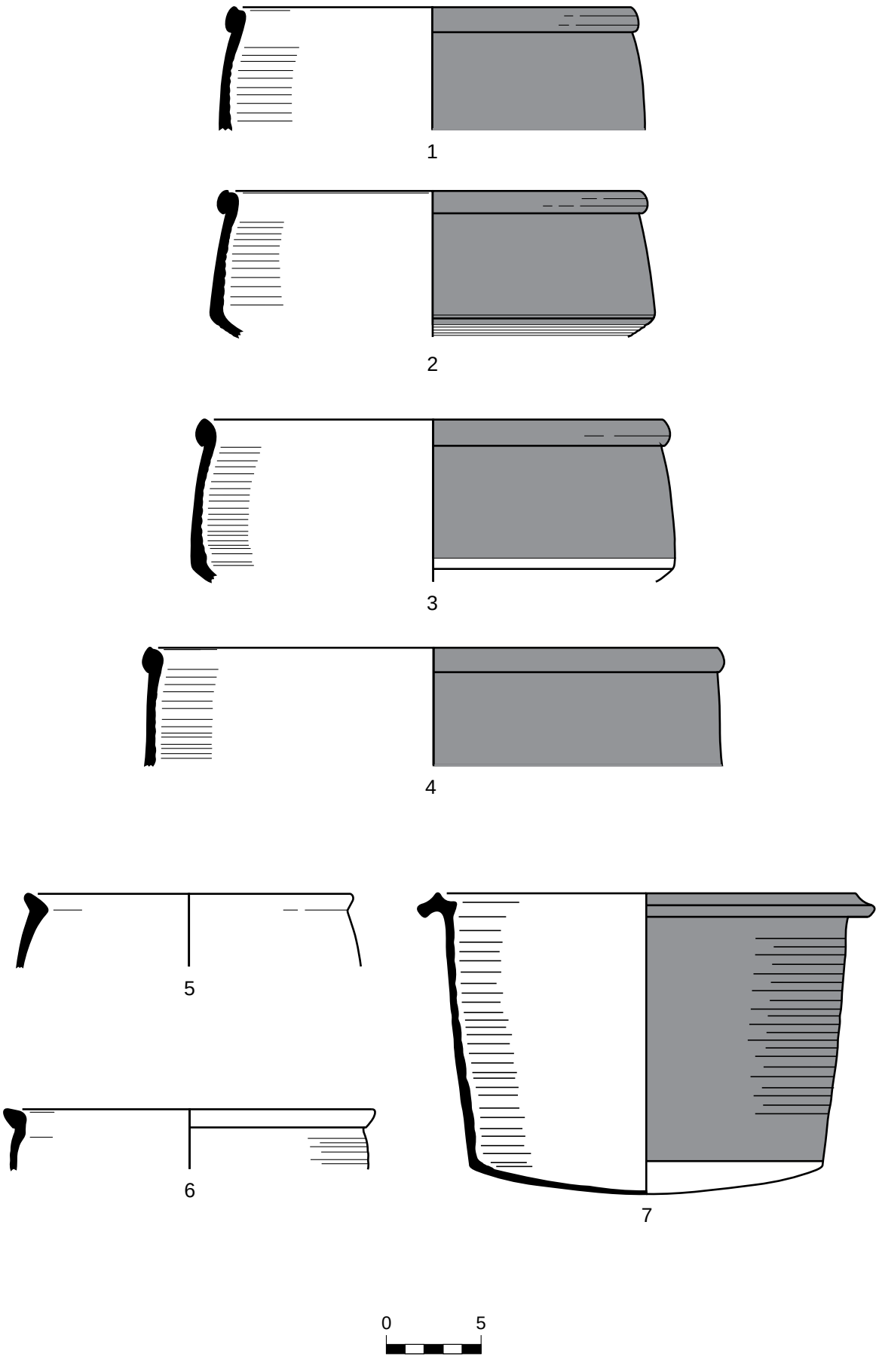


Fig. 170. Cerámica de cocina africana.

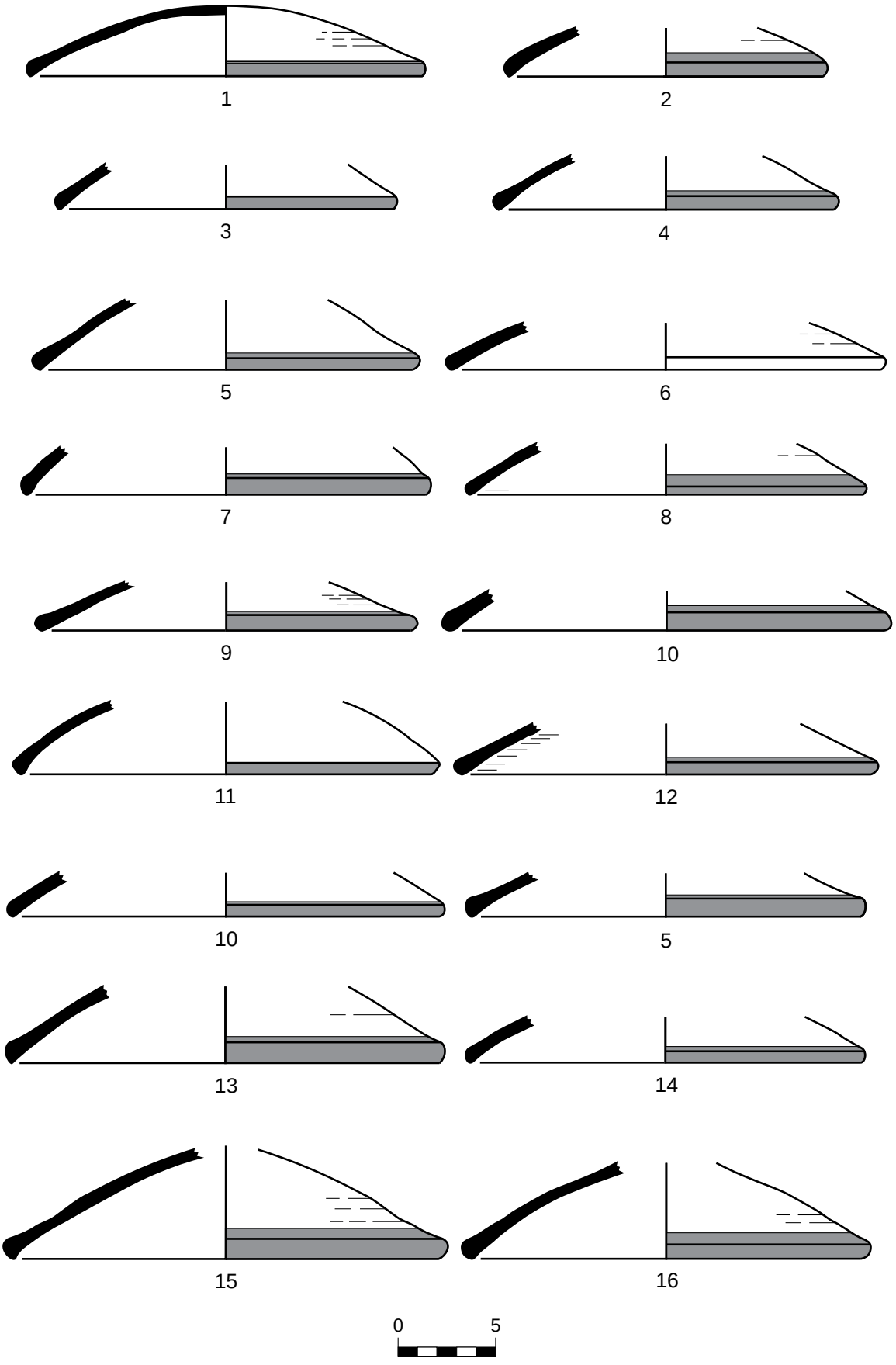


Fig. 171. Cerámica de cocina africana.

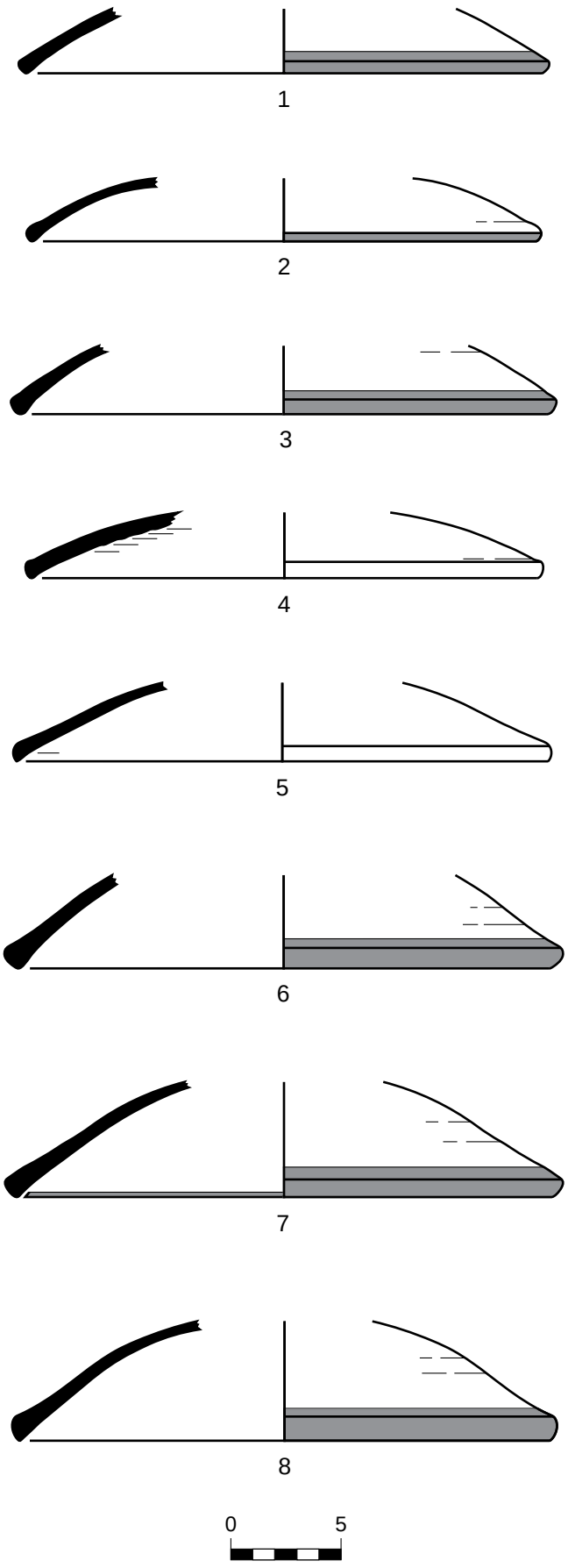


Fig. 172. Cerámica de cocina africana.

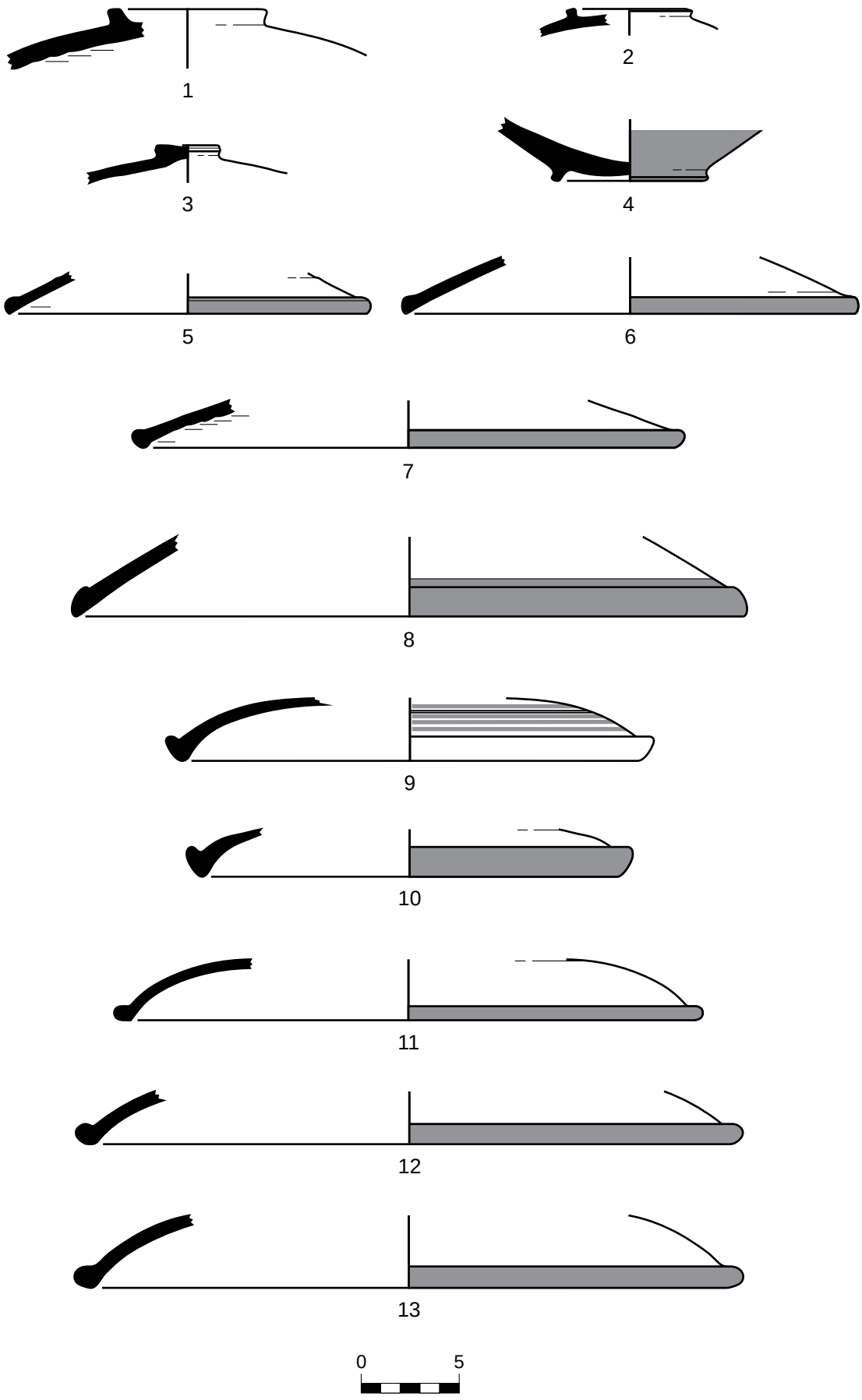


Fig. 173. Cerámica de cocina africana.

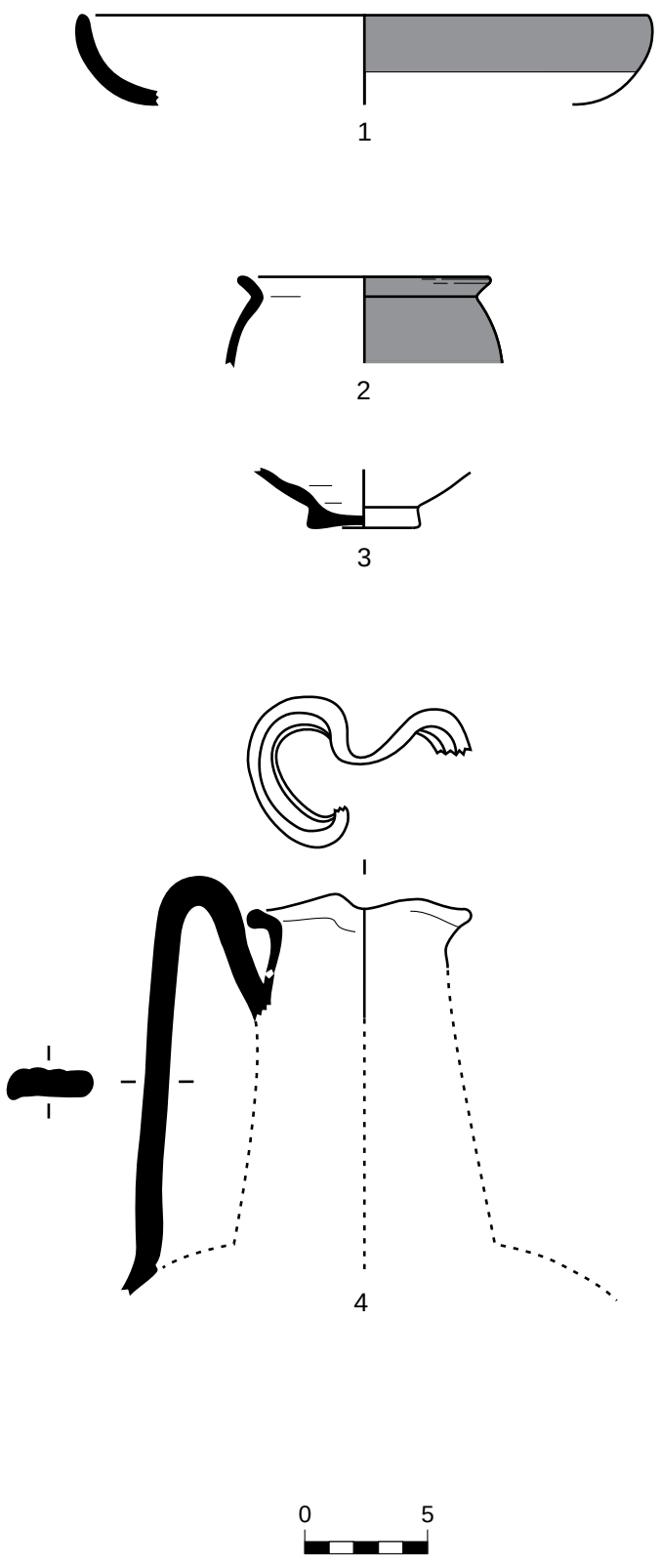


Fig. 174. Cerámica de cocina africana

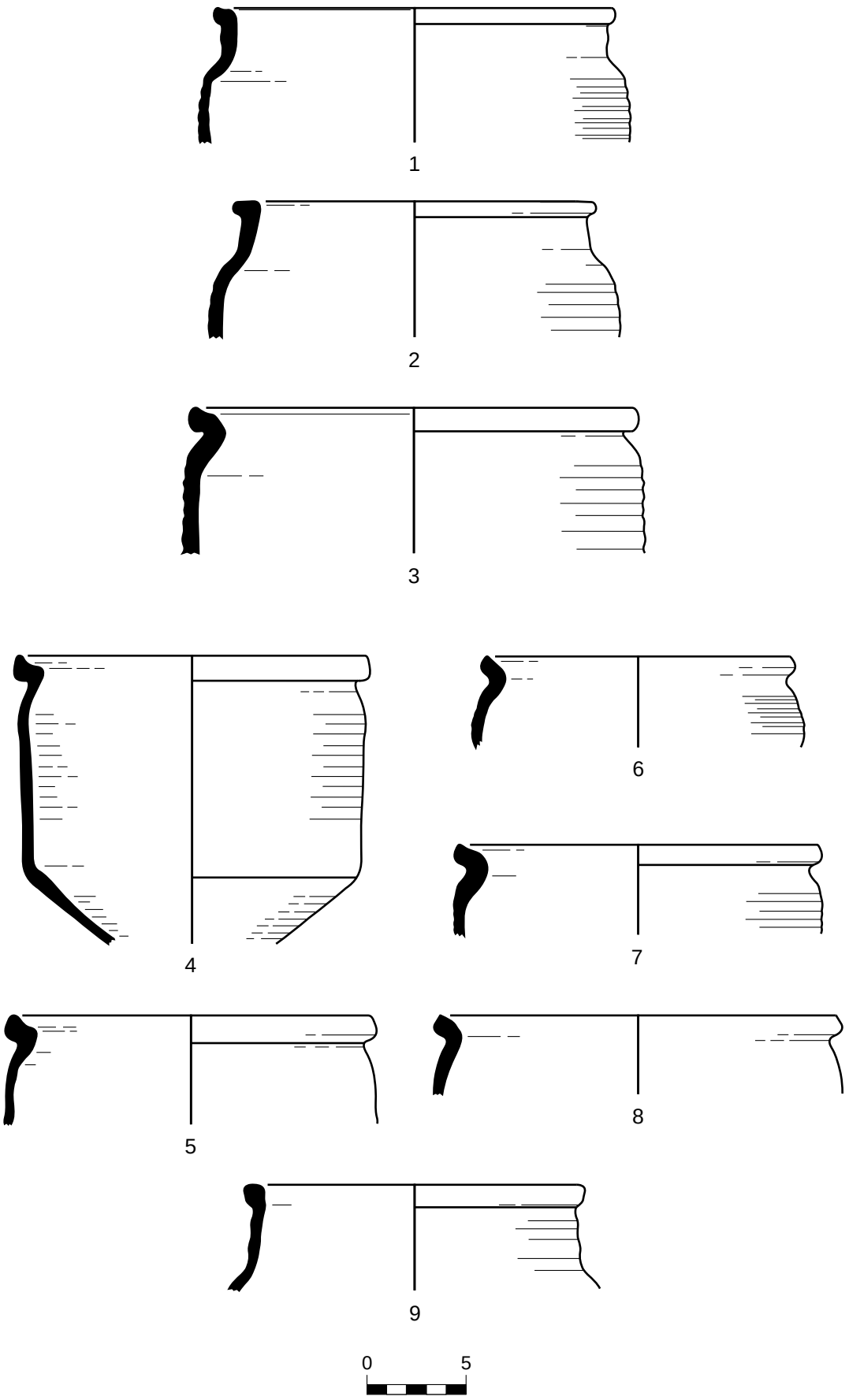


Fig. 175. 1-8. Cerámica reductora de cocina o ERW1, 9. Cerámica reductora de cocina no identificada.

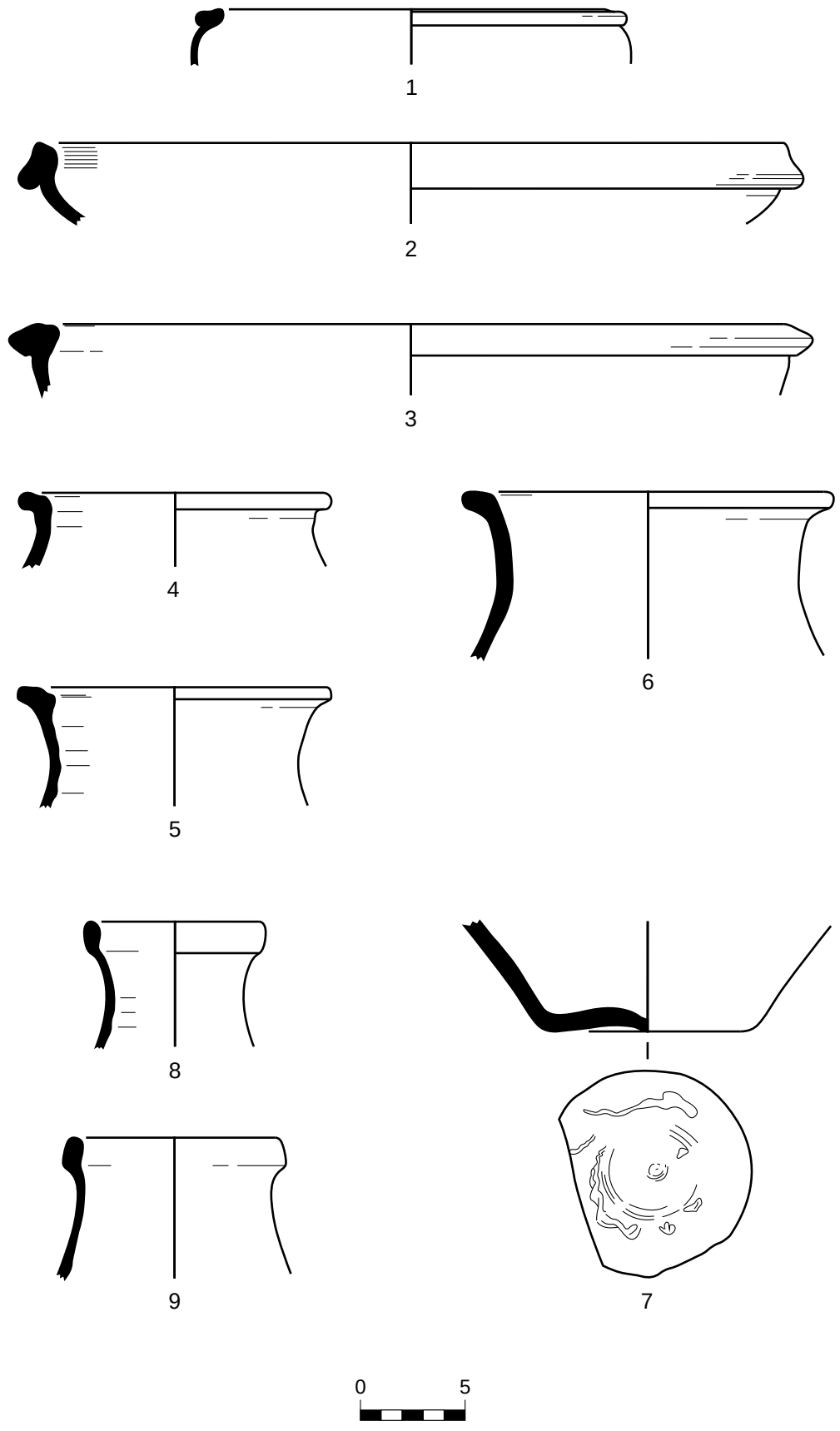


Fig. 176. Cerámica común oxidante o ERW3.

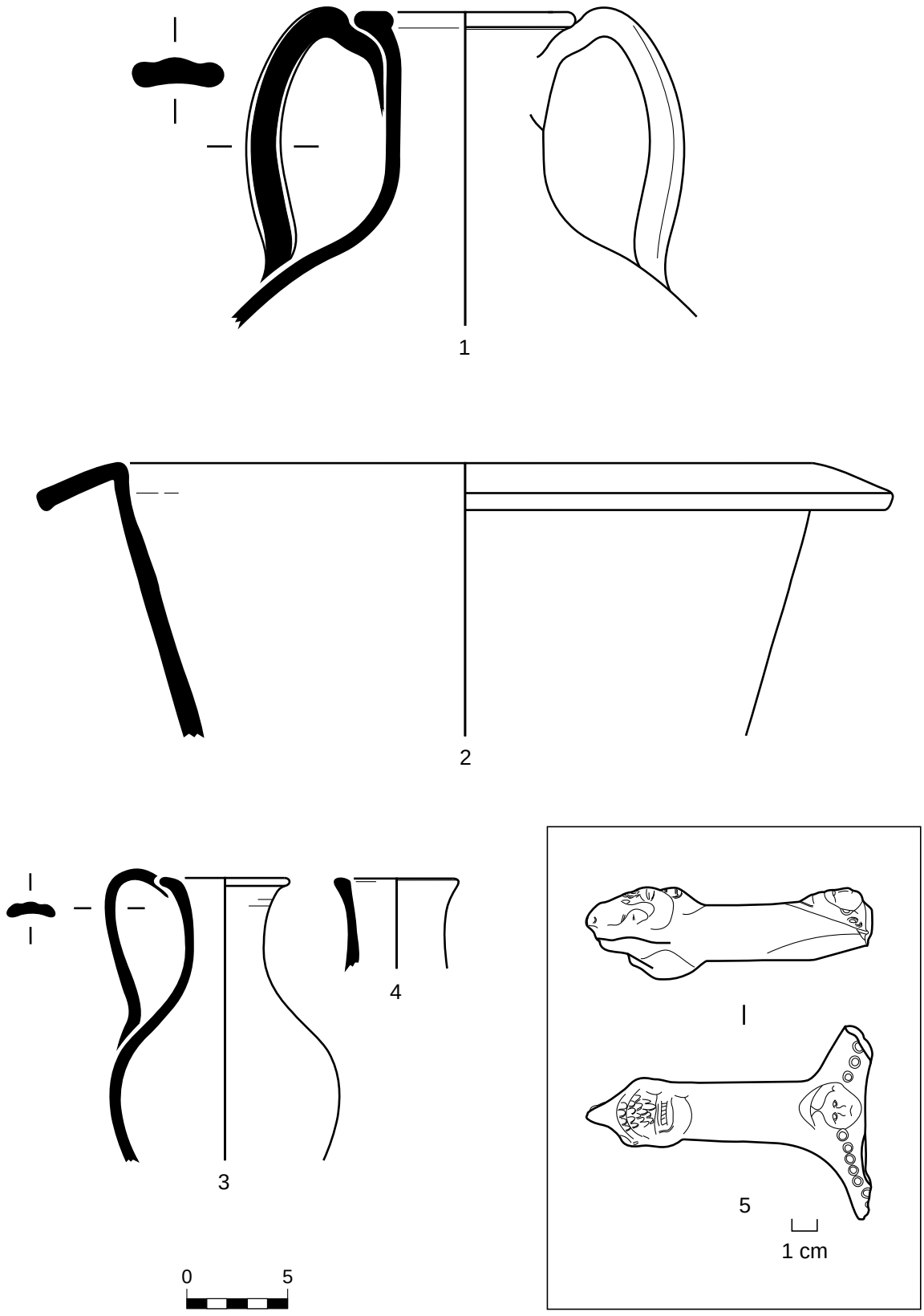


Fig. 177. Cerámica común oxidante o ERW3.

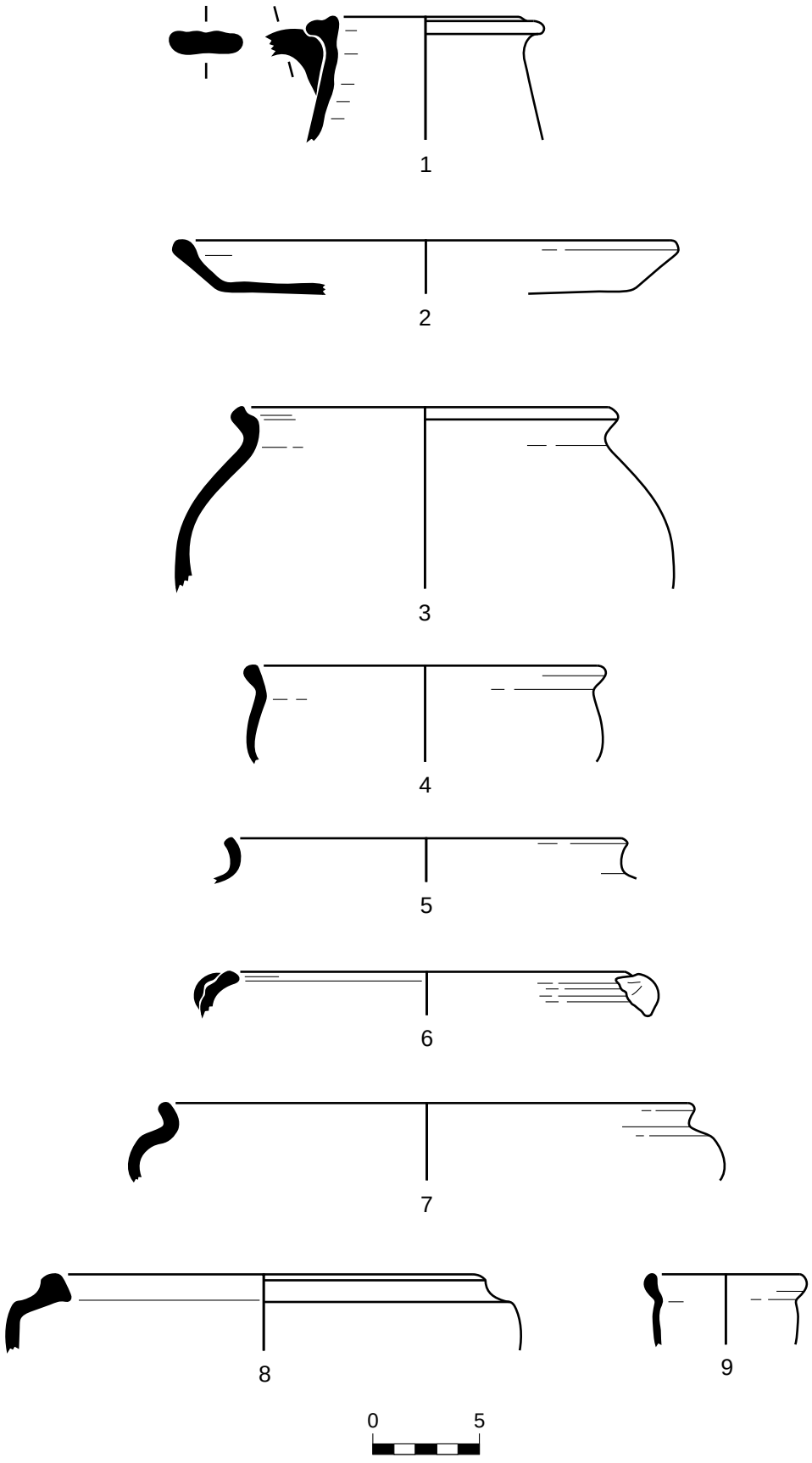


Fig. 178. 1-7. Cerámica común oxidante o ERW3, 8-9. Identificación dudosa.

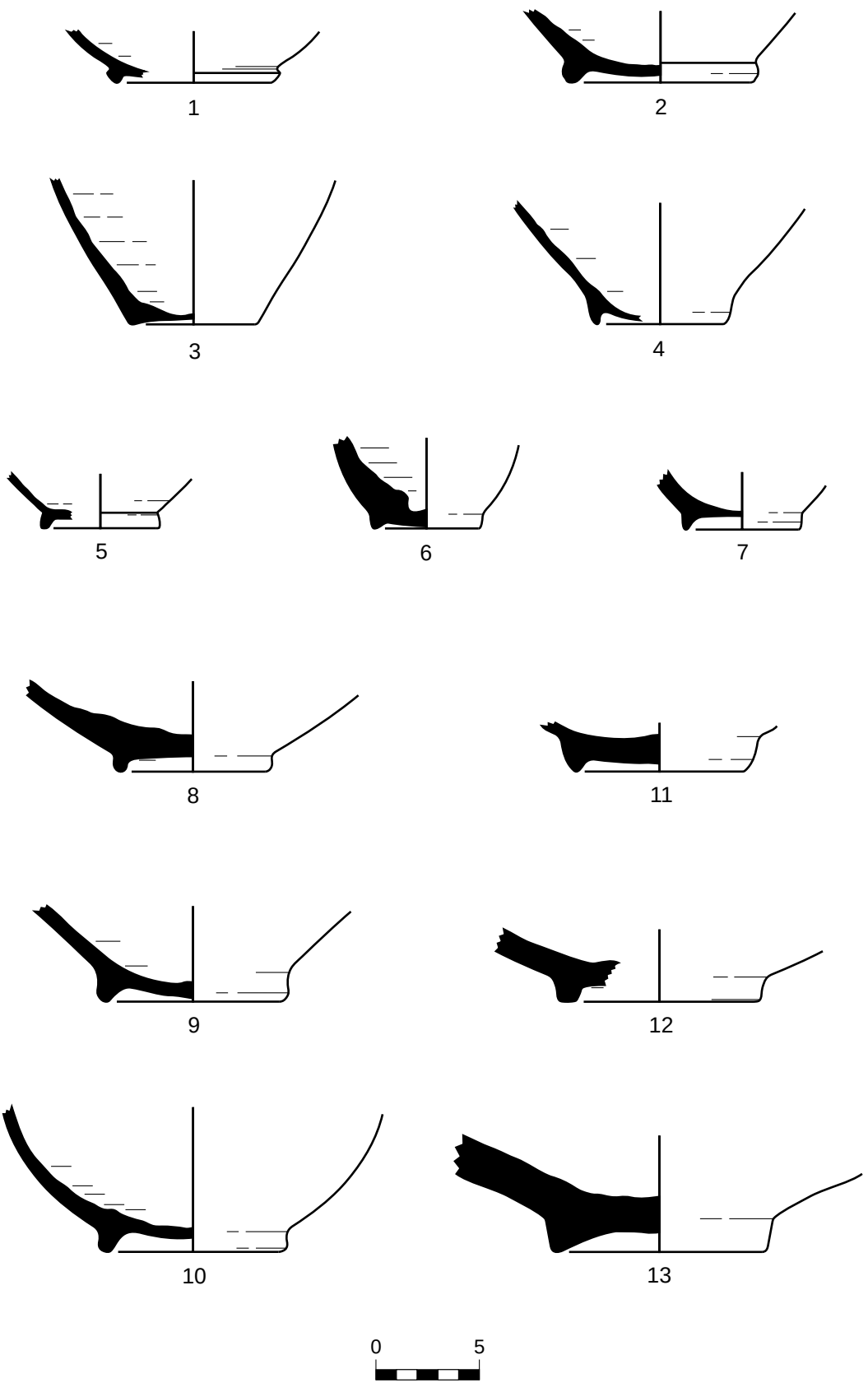


Fig. 179. Cerámica común oxidante o ERW3.

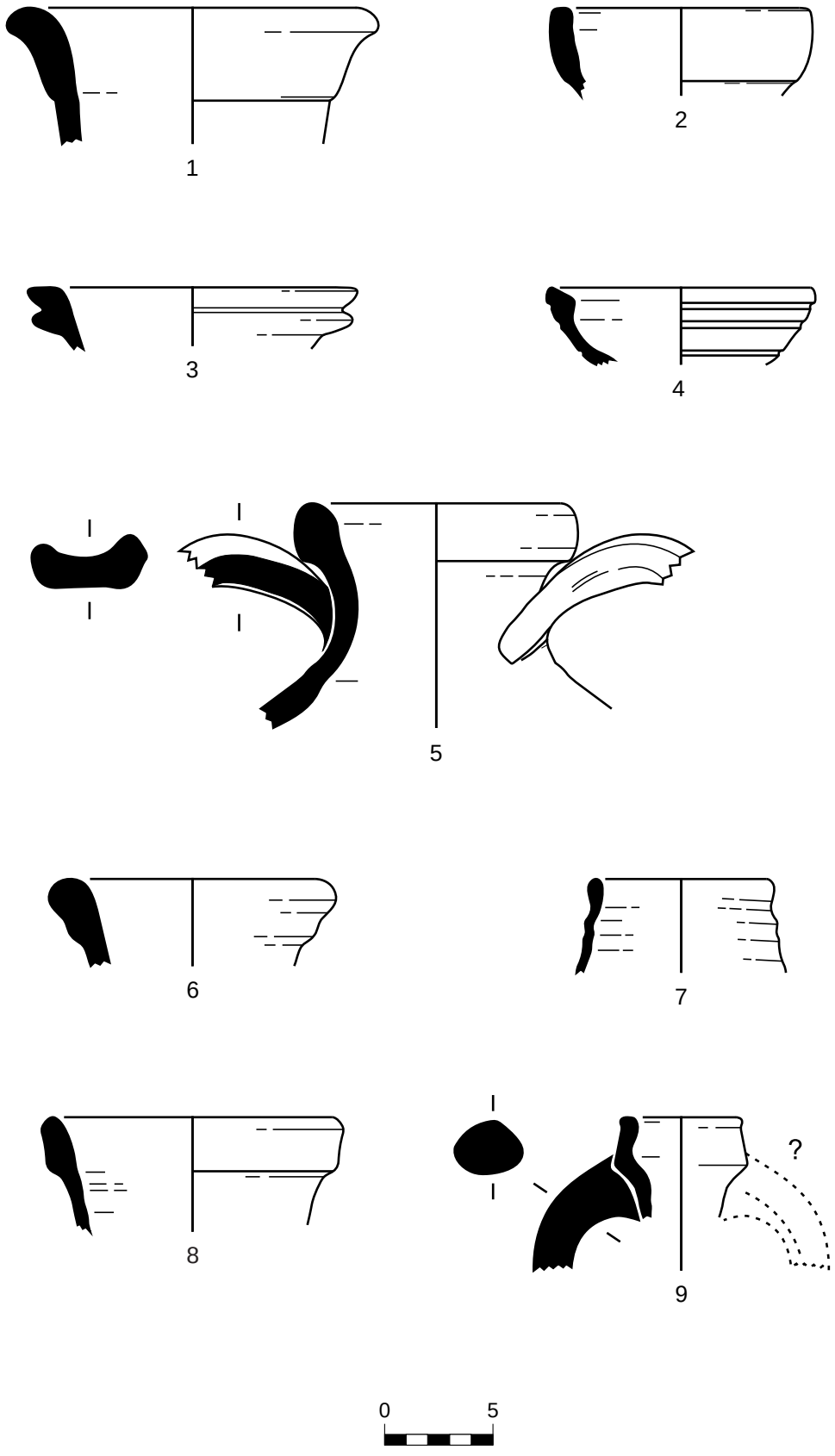


Fig. 180. 1-4. Ánforas béticas, 5-6. Ánforas galas, 7. ¿ Ánfora oriental?, 8-9. Ánforas con dudas en cuanto a su interpretación.

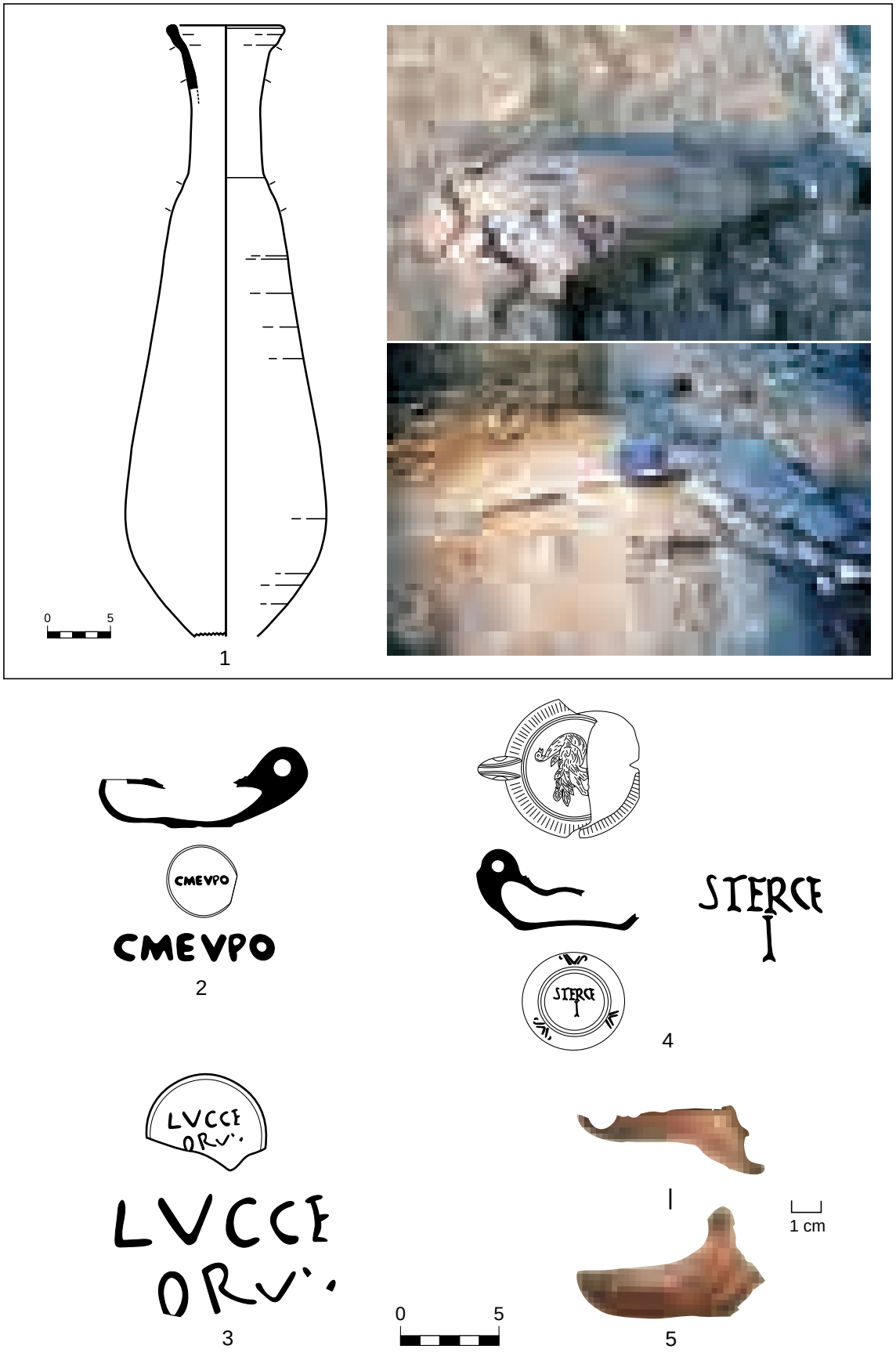


Fig. 181. 1. Ánfora indeterminada rellena de caracoles, 2-4. Lucernas africanas de pico redondo (sellos escala 1:1), 5. Lucerna plástica africana de forma indeterminada.



Fig. 182. Piezas sin estratigrafía de la intervención de P. San Martín en 1971 y procedencia itálica, 1. Mortero Dramont D2, 2. Ánfora Lamboglia 2 (sellos escala 1:1).

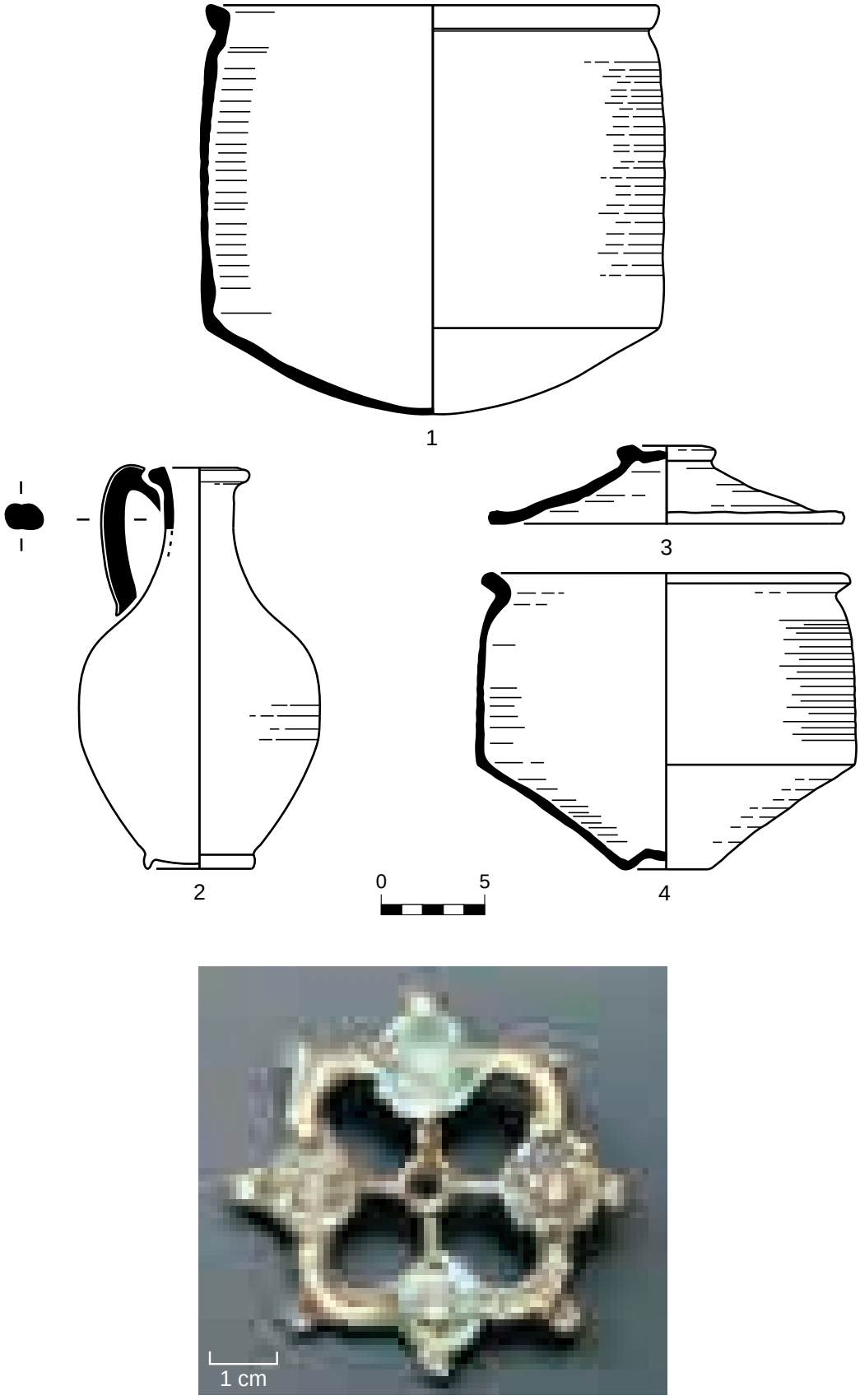


Fig. 183. Piezas de la intervención de P. San Martín en 1971, 1. Ostia III, 269, 2. Jarrita ERW3.13, 3-4. Tapadera y olla ERW1.7 y 3, 5. Fíbula germana s. II-III d.C.



Fig. 184. Plano de Cartagena con los principales hitos arquitectónicos de época imperial y la situación destacada del solar de la C/ Cuatro Santos nº 40.

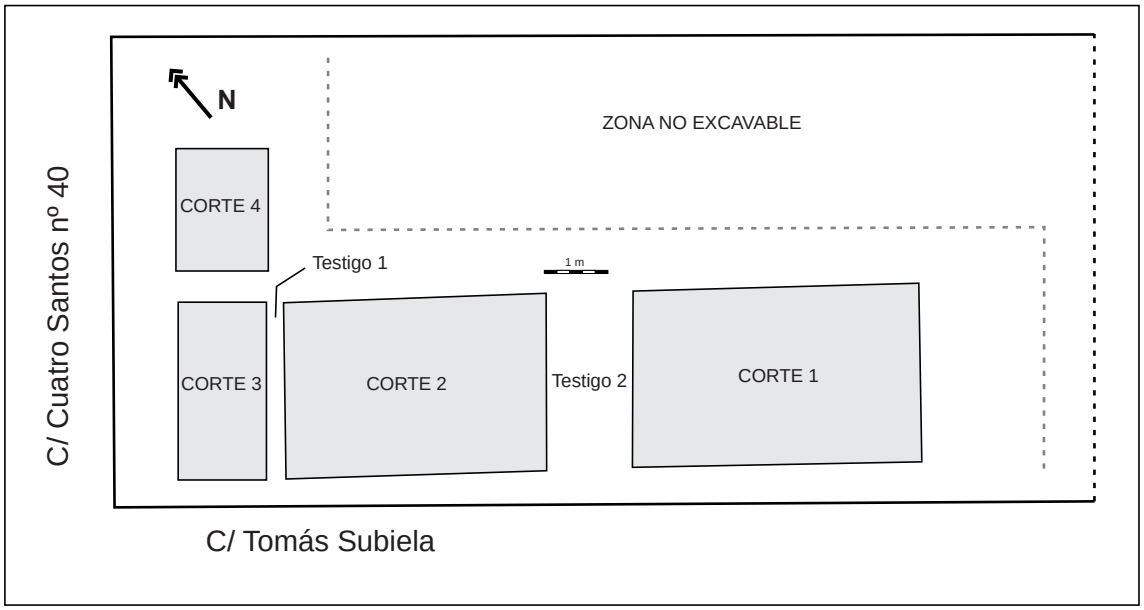


Fig. 185. Superficie excavada del solar de la C/ Cuatro Santos nº 40 en la que se aprecian los cuatro sondeos practicados.

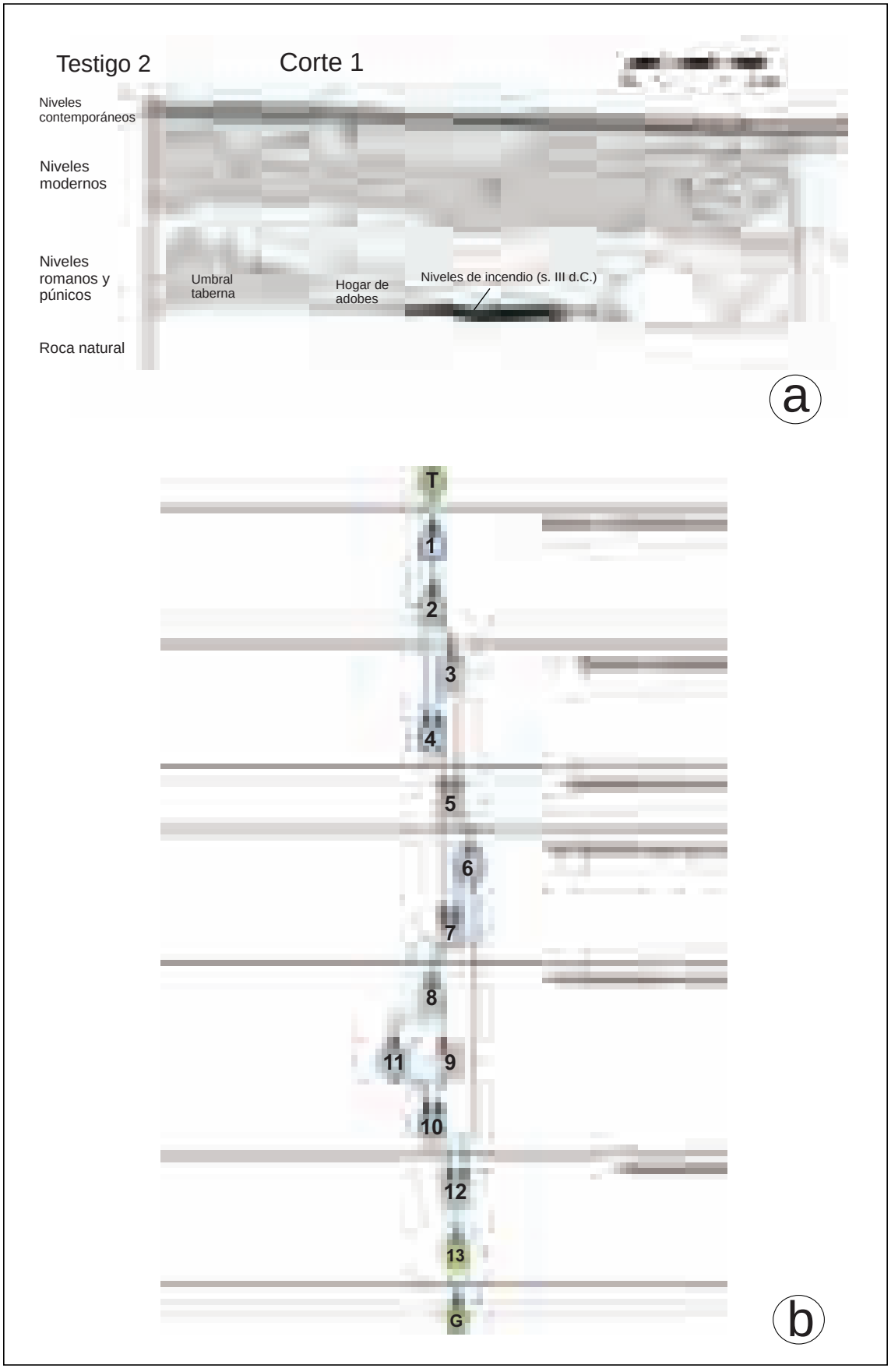


Fig. 186. (a) Secuencia estratigráfica documentada sobre la antigua taberna altoimperial y (b) desarrollo esquemático de la anterior a modo de Matrix Harris.



Fig. 187. Foto cenital y planta de los cortes 1 y 2 del solar una vez unidos donde se aprecia parte del decumano, el umbral de la taberna y el hogar en adobe adosado al mismo.

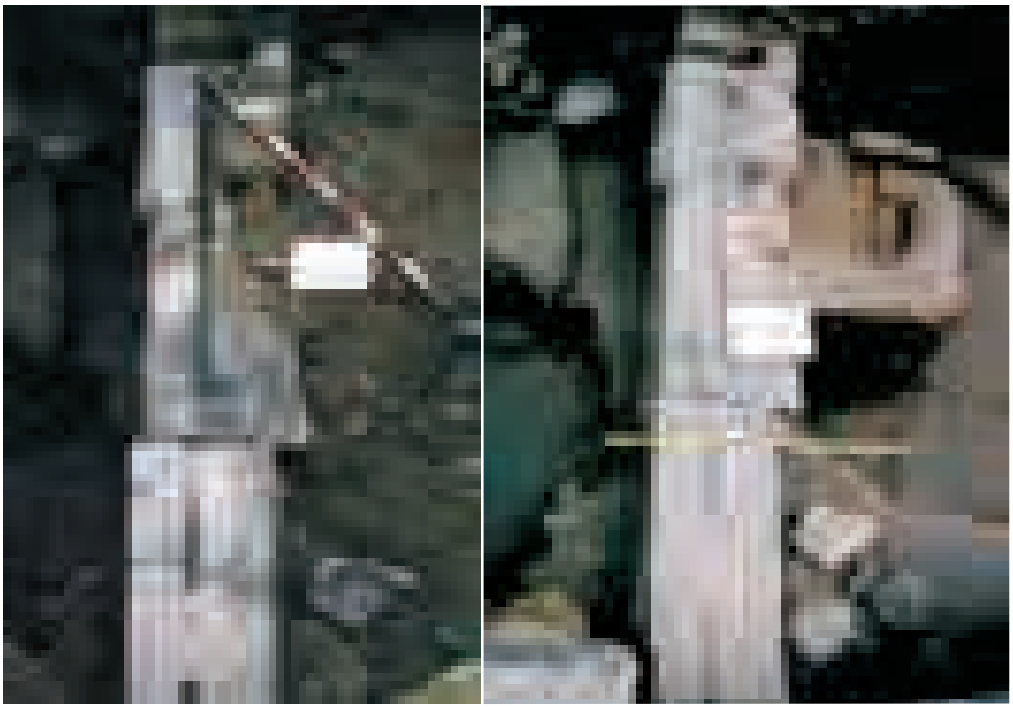


Fig. 188. Vista del umbral de la taberna (del que se aprecia el sistema de rieles para su cierre) en dos momentos de la excavación de 1987: con el nivel de adobes y cenizas resultante del incendio (izq.) y tras la retirada de éste y el descubrimiento del hogar (dcha.).



Fig. 189. Vista cenital (izq.) y frontal (dcha.) del hogar construido con adobes junto al muro levantado sobre parte del antiguo umbral de la taberna.



Fig. 190. Parte del conjunto cerámico recuperado del nivel de incendio del s. III d.C., con trazas evidentes del mismo.

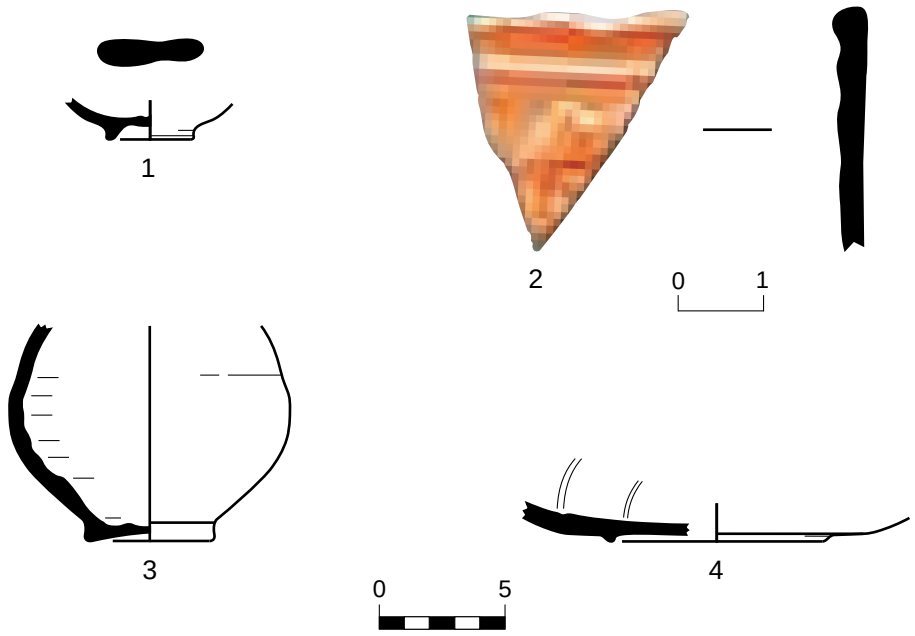


Fig. 191. 1. TSG indeterminada (sello ilegible, escala 1:1), 2-4. TSAA.

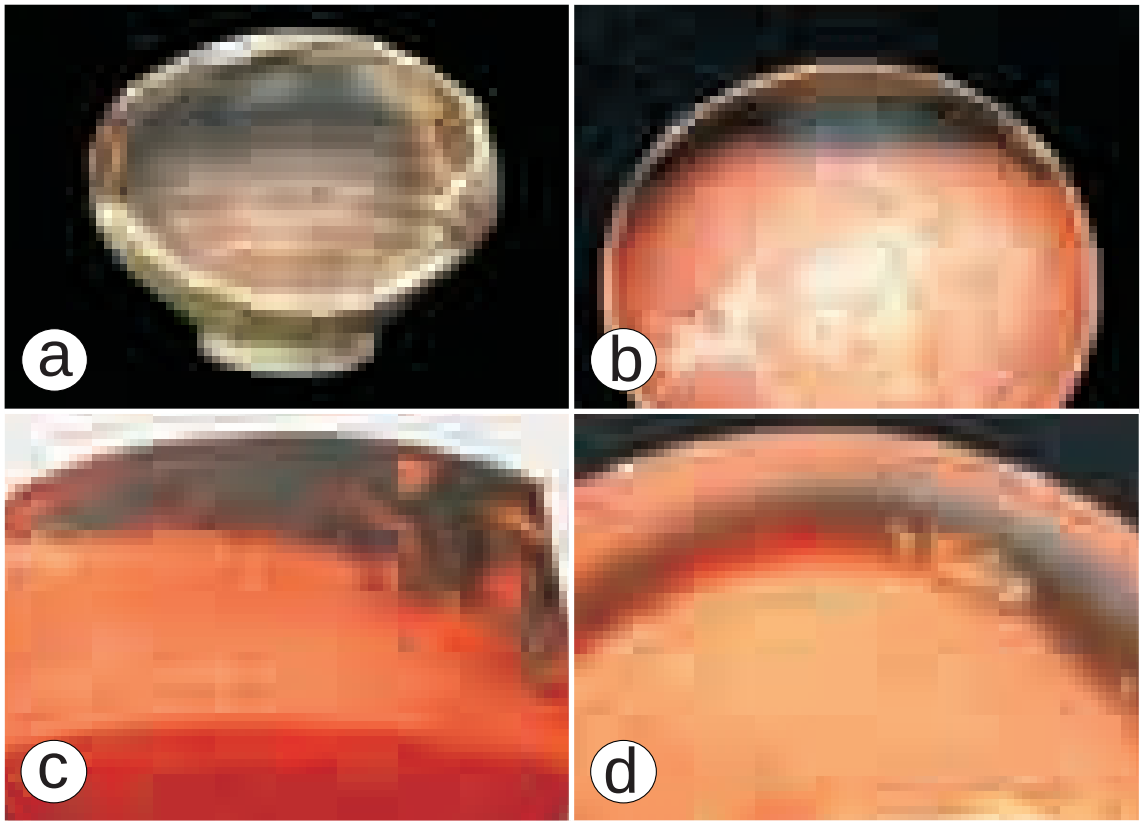


Fig. 192. a-c) TSA A, d) TSAC.

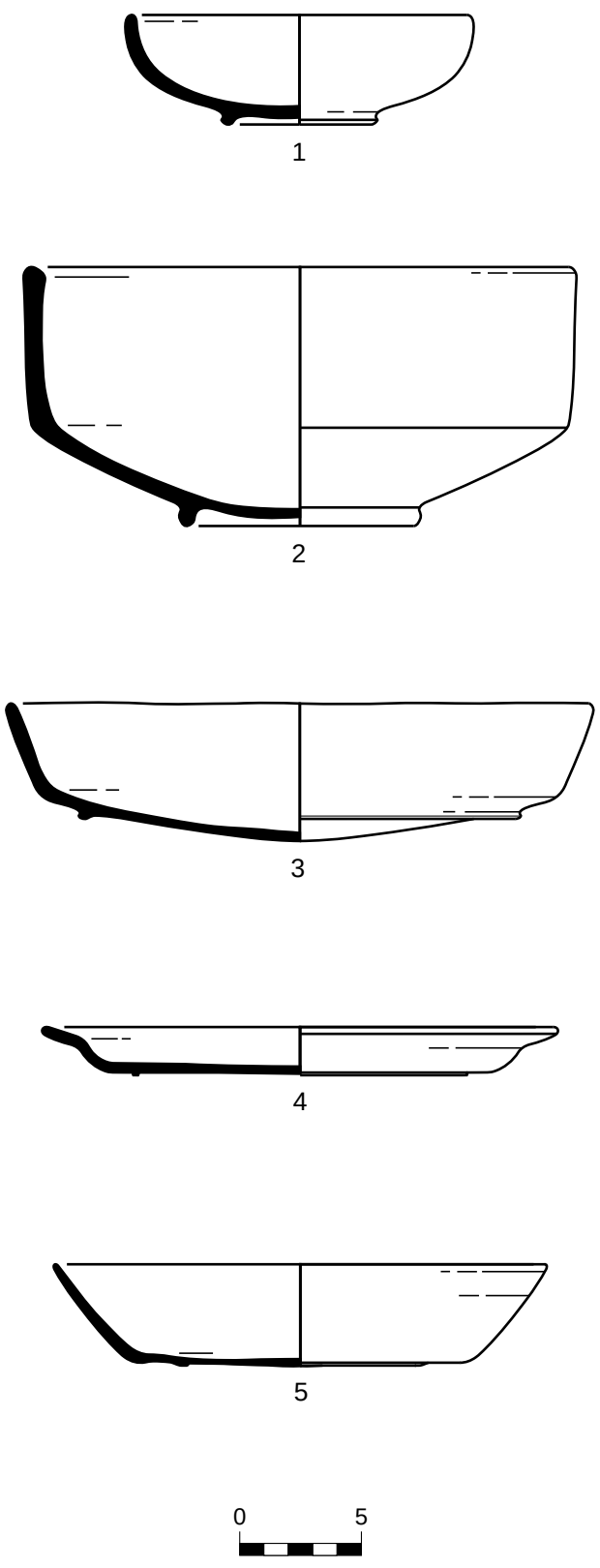


Fig. 193. 1-3. TSA A, 4-5. TSA C.

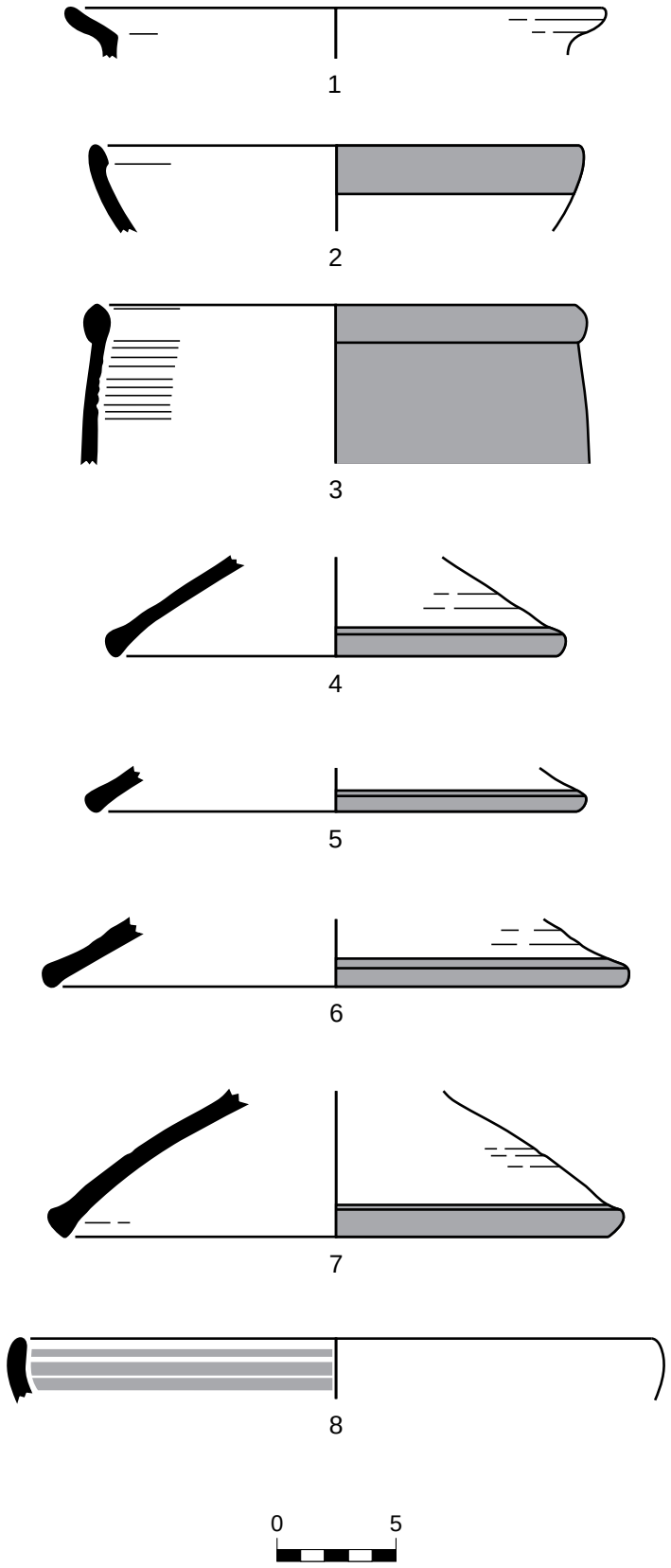


Fig. 194. 1. Cerámica de cocina del Egeo, 2-8. Cerámica de cocina africana

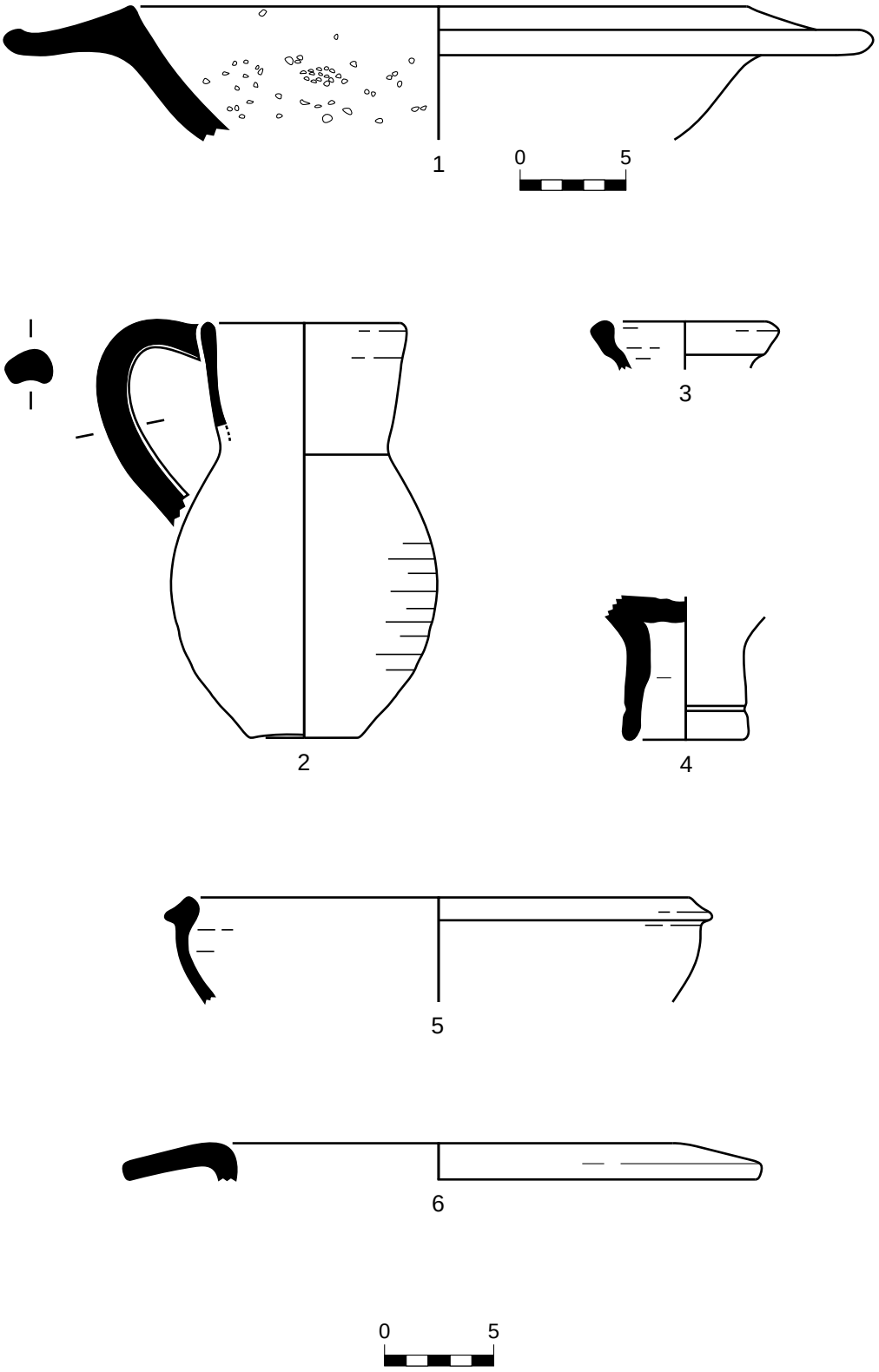


Fig. 195. 1-3. Cerámica común africana, 4-6. Cerámica común oxidante o ERW3.

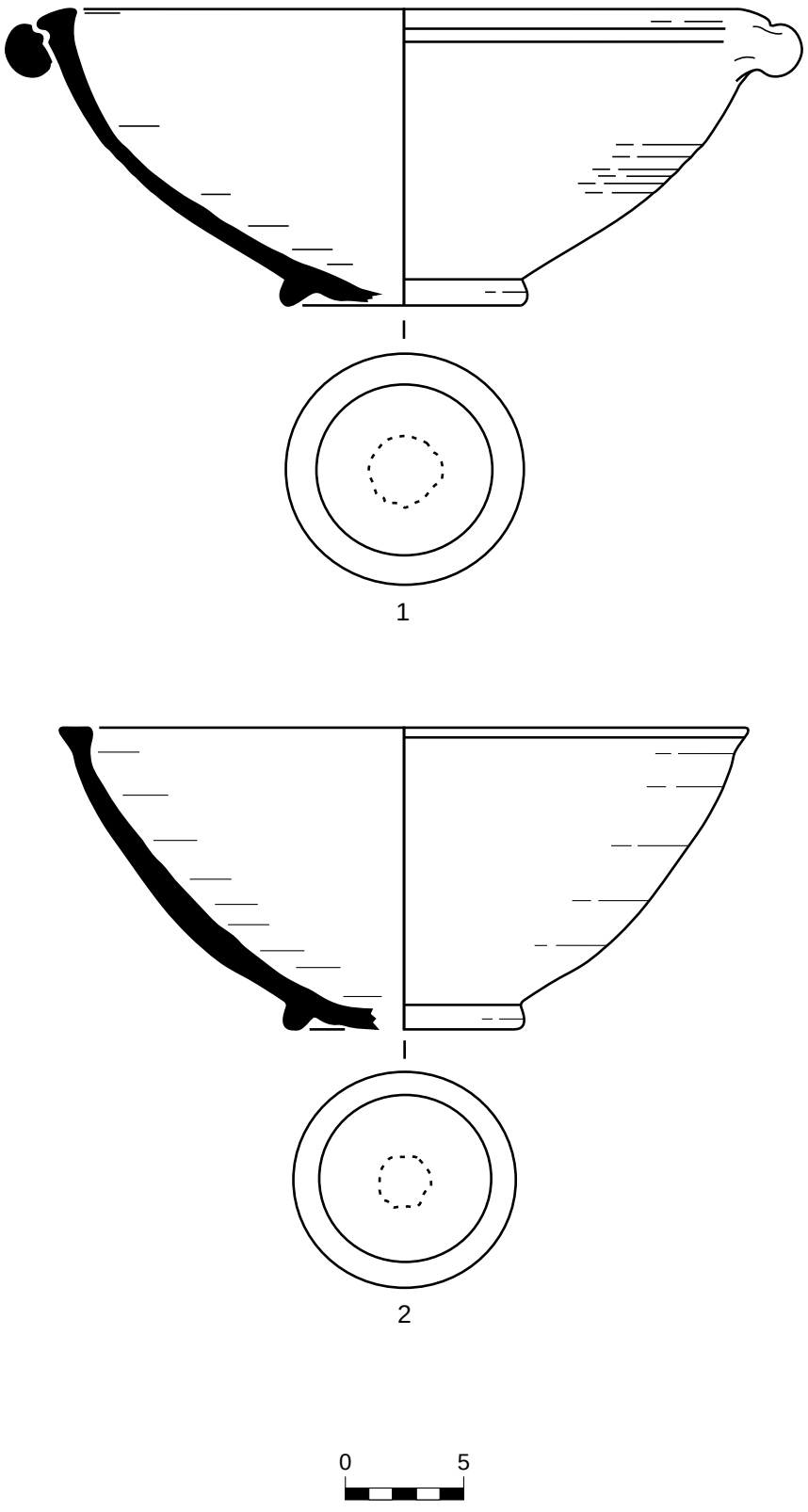


Fig. 196. Cerámica común oxidante local o ERW3.

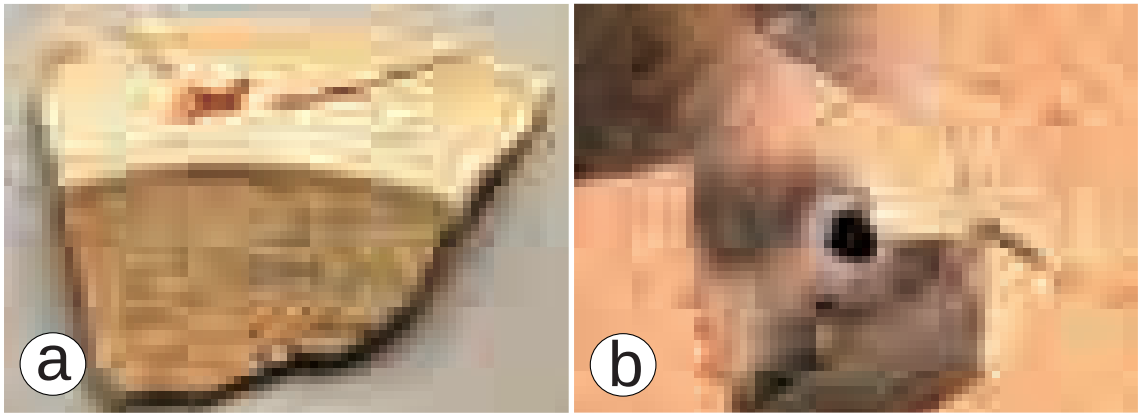


Fig. 197. a) Mortero africano, b) Cuenco ERW3.7 restaurado tras la destrucción que lo rompió y quemó parcialmente durante el incendio, con un orificio central realizado mientras estaba en uso.

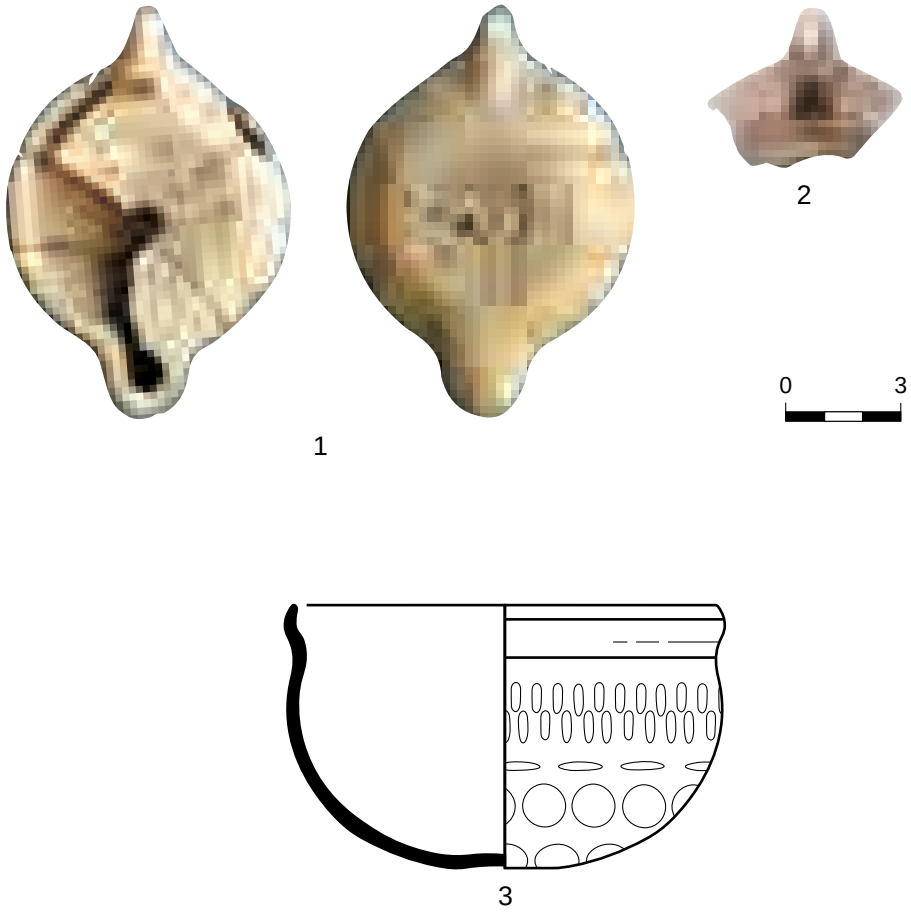


Fig. 198. 1-2. Lucernas africanas Deneauve VII y VIII, 3. Cuenco de vidrio Isings 96 b 1.



Fig. 199. Plano de Cartagena con los principales hitos arquitectónicos de época imperial y la situación destacada del solar de la manzana 17 del PERI CA-1 (Curia).

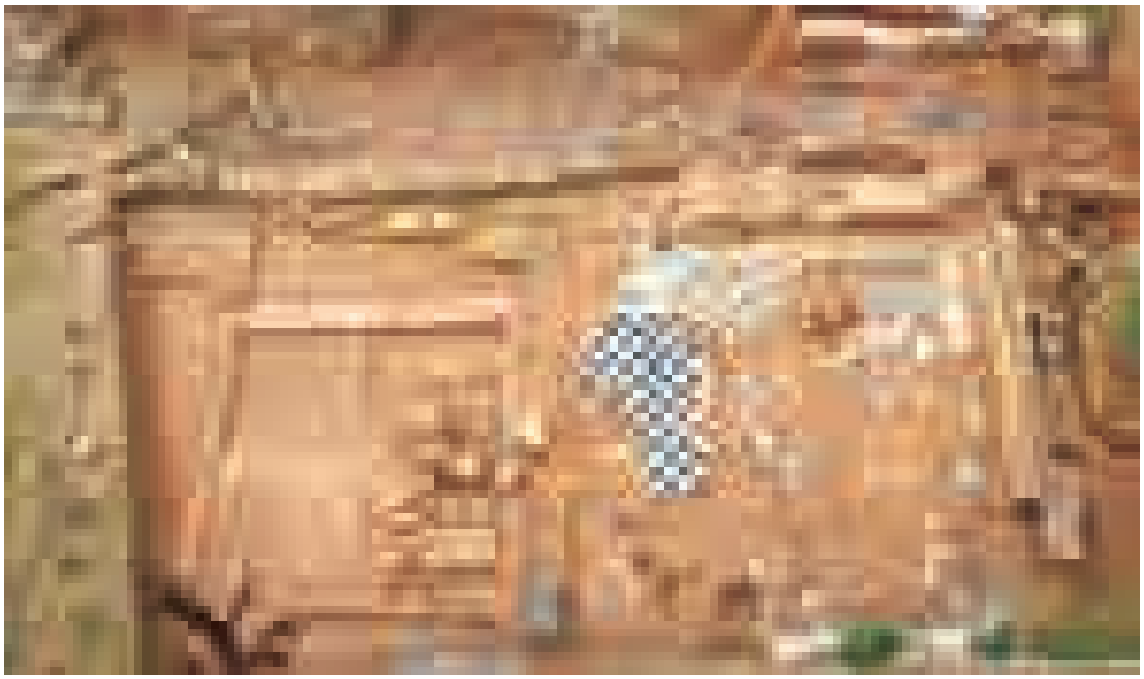


Fig. 200. Vista aérea de la curia en la que se aprecian los dos espacios principales que conforman el edificio. El *atrium,* arrasado por la muralla del s. XVI (izq.) y el aula, caracterizada por el rico pavimento de *opus sectile*.



Fig. 201. Planta de la curia y esquema compositivo del mosaico de *opus sectile* hallado en el aula principal.



Fig. 202. Detalle del enlosado marmóreo del aula central de la curia y del doble muro que la cierra, con un potente forro exterior de *opus quadratum* en arenisca.

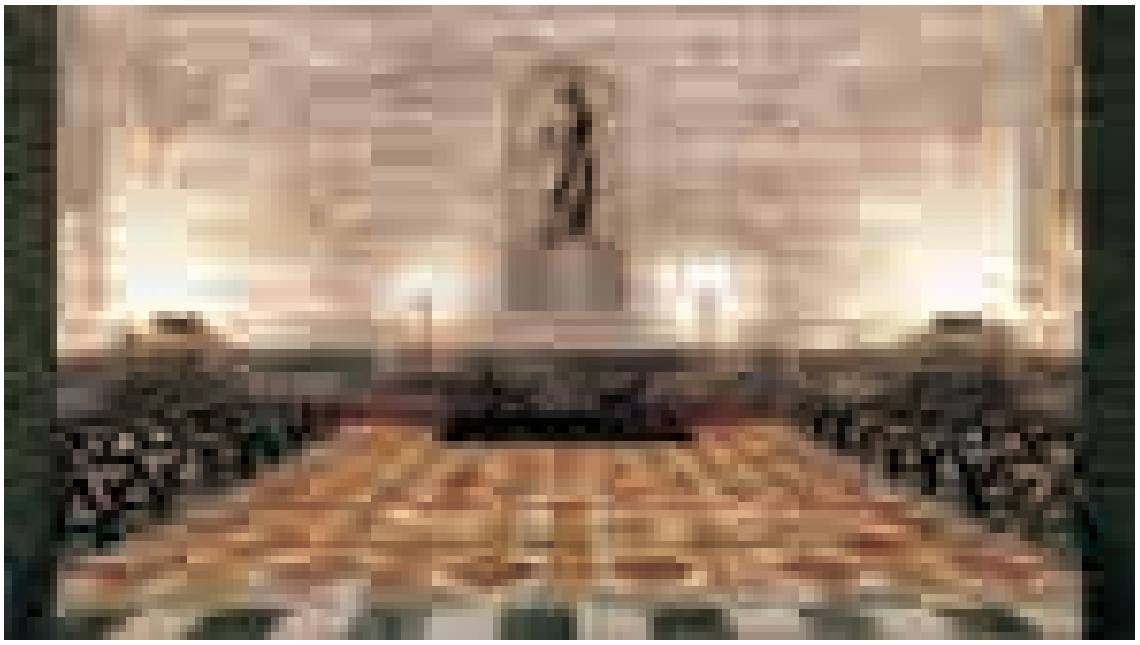


Fig. 203. Recreación del aspecto que pudo presentar la curia en su interior, con las sillas de los magistrados dispuestas según el diseño marcado por el enlosado y la escultura con el personaje representado como *pontifex maximus* en el nicho central.



Fig. 204. (a) Estatua del togado *capite uelato* hallado en la curia, estrechamente relacionado con el Augusto de Via Labicana, que representa al emperador como *pontifex maximus* (b).

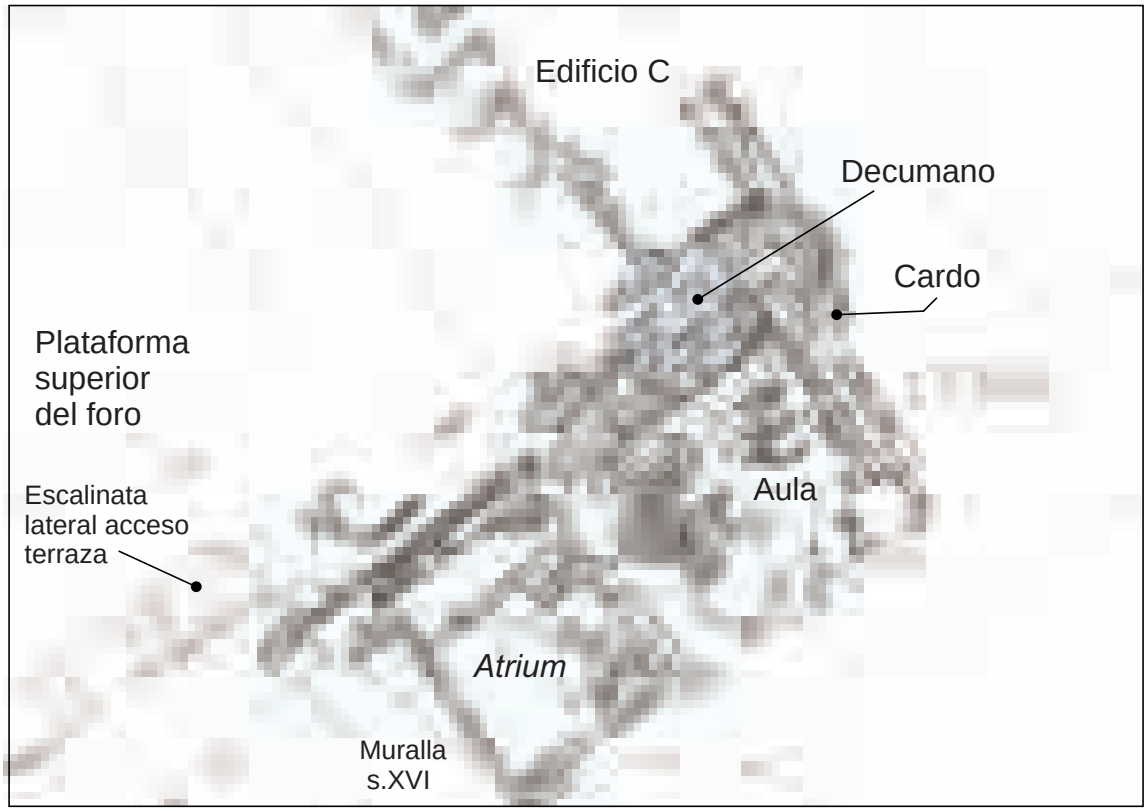


Fig. 205. Planimetría de la curia y las estructuras que la circundan: un decumano amortizado por su construcción en su lado N, un cardo en su parte posterior, la plataforma superior del foro (también afectada por la muralla de Felipe II) y restos del edificio C.



Fig. 206. El expolio de la curia en época antigua: acumulación de placas marmóreas fragmentadas en su interior pertenecientes al programa decorativo del propio edificio.



Fig. 207. Otros signos de expolio y abandono: placas arrancadas del mosaico de *opus sectile* y elementos decorativos caídos sobre el mismo como un capitel de pilastra.

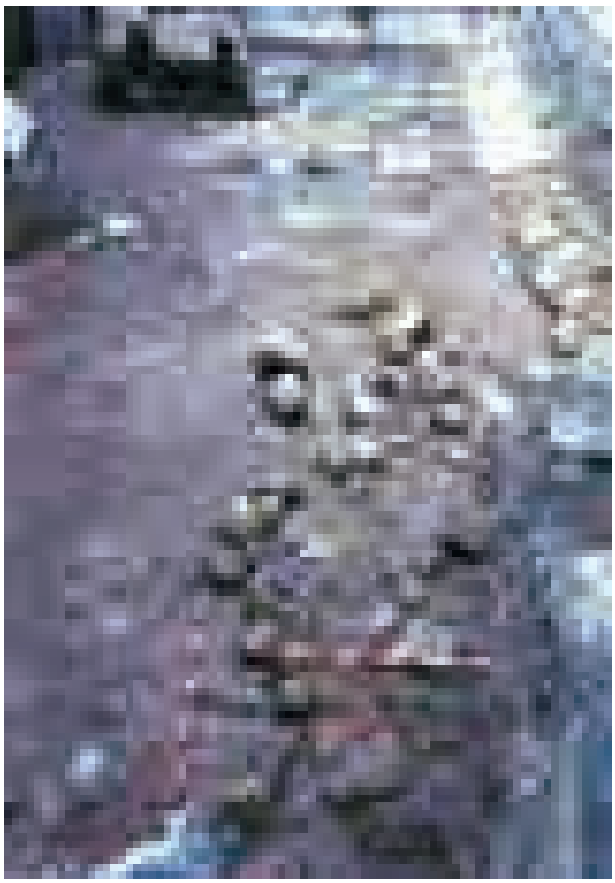


Fig. 208. Niveles de abandono del edificio en los que tras el expolio del pavimento se aprecia el paulatino derrumbe de los diversos elementos constructivos, especialmente piedras y bloques de arenisca.



Fig. 209. Diversas fases del proceso de excavación en el que se aprecia el progresivo derrumbe de la estructura de la curia, (a) capa de piedras, adobe y arenisca disuelta junto con un bloque con mechinales caído, (b) aspecto del expoliado pavimento de la sala en el momento anterior a su colmatación.



Fig. 210. Escultura del togado *capite uelato* en la posición original del hallazgo, sobre niveles de colmatación superiores formados mayoritariamente por bloques de arenisca y capas del mismo material disgregado (interior de la curia).



Fig. 211. Últimos niveles de colmatación de la curia formados mayoritariamente por el desplome de las paredes en *opus quadratum* del edificio.



Fig. 212. Material arquitectónico de la curia apilado durante la fase de expolio de época tardía.

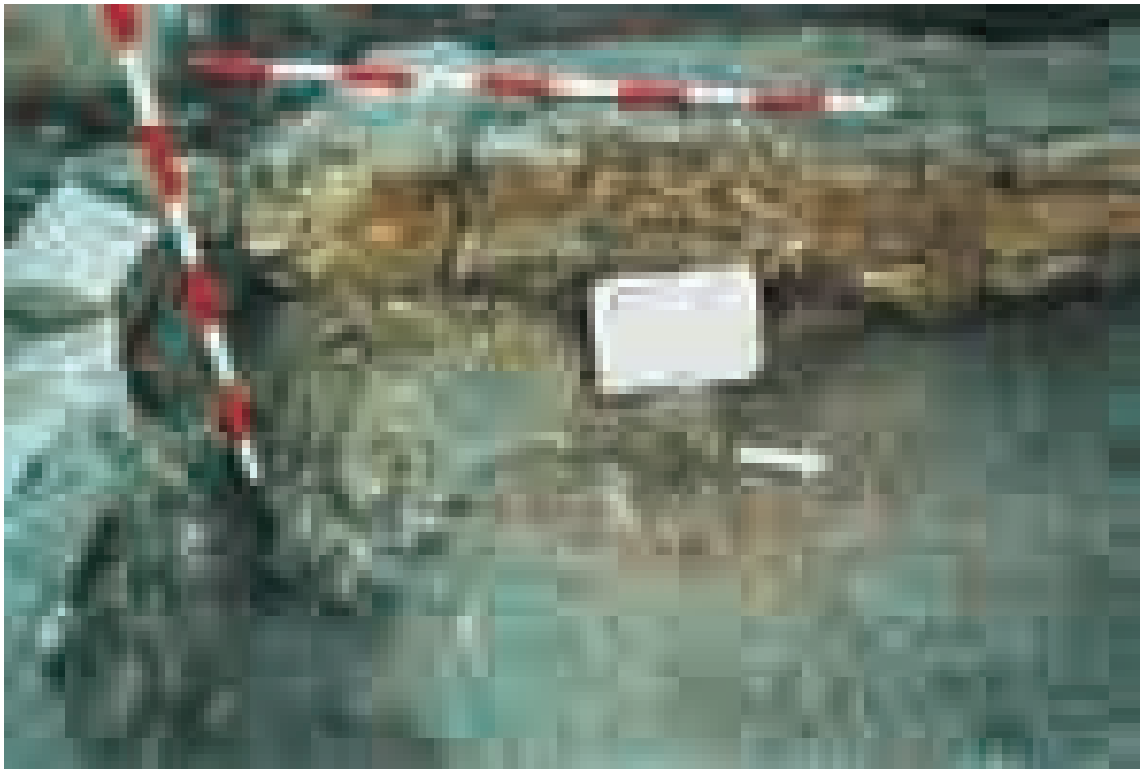


Fig. 213. Habitación del edificio C que también fue intensamente expoliada en época antigua, hasta el punto de arrancar el pavimento de *opus signinum*, del que sólo se conserva una esquina.

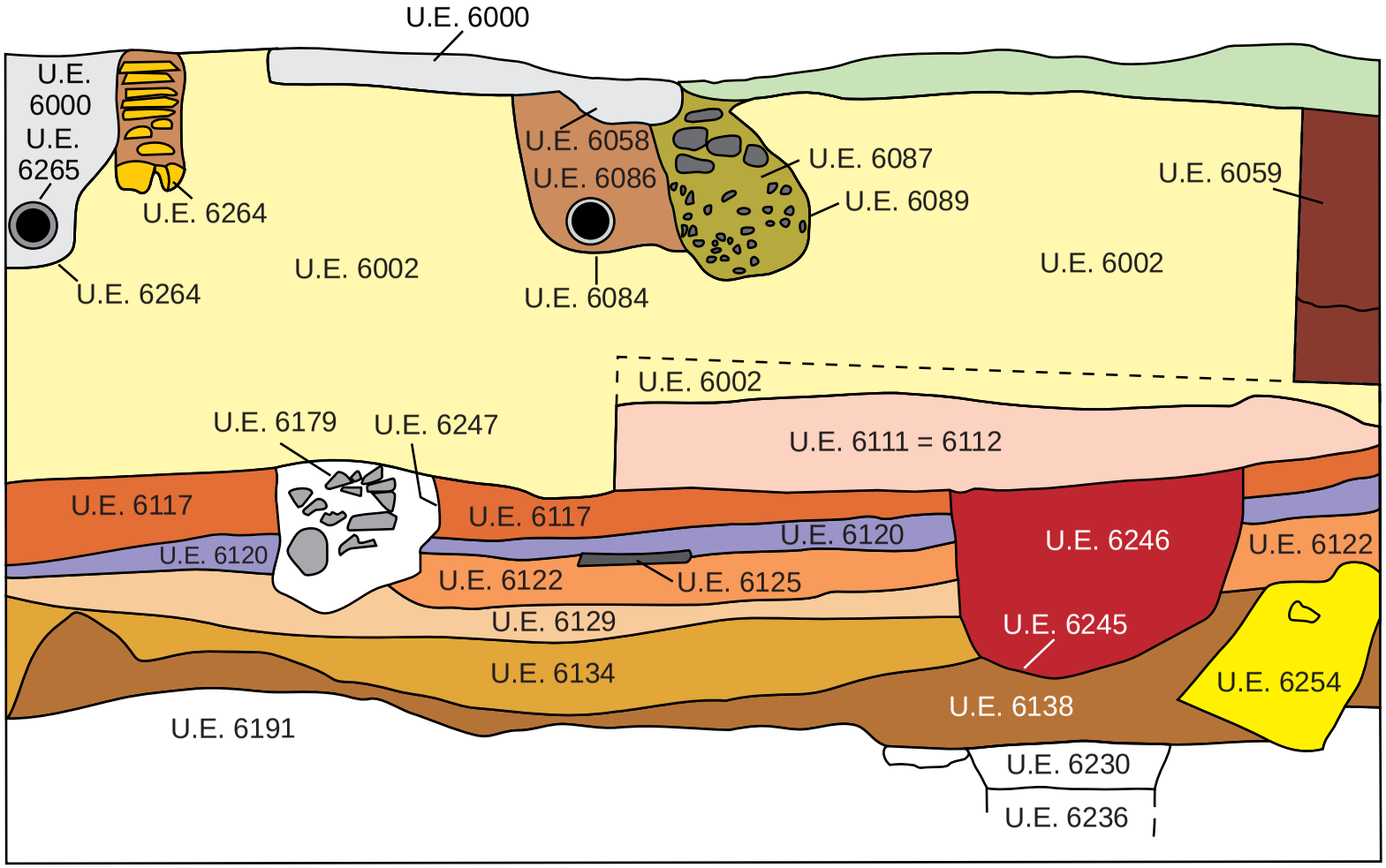


Fig. 214. Sección estratigráfica del edificio de la curia.



Fig. 215. Matrix Harris de los distintos niveles documentados sobre la estructura de la curia.

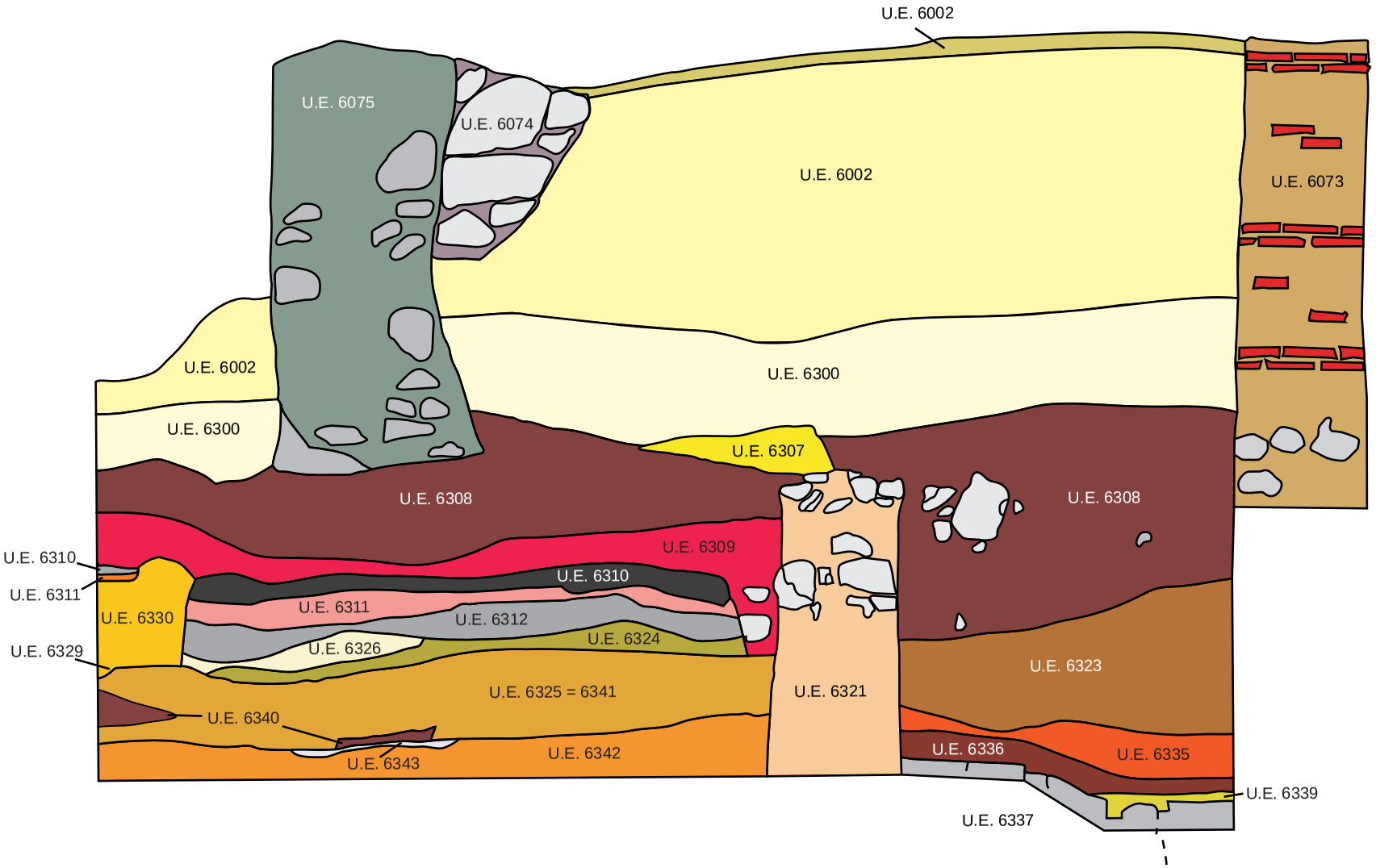


Fig. 216. Sección estratigráfica del edificio del llamado Edificio C y parte de la calzada anexa.

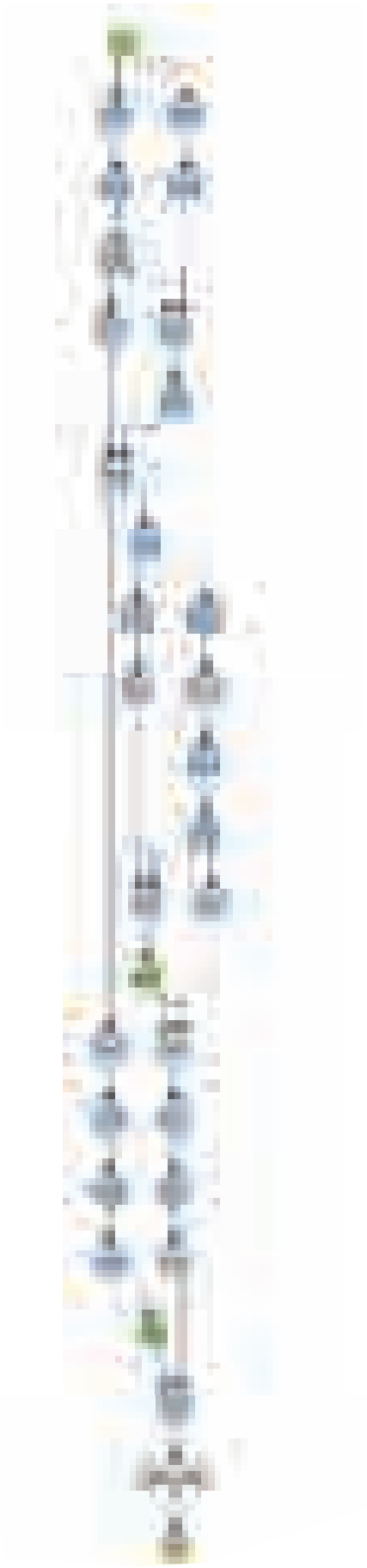
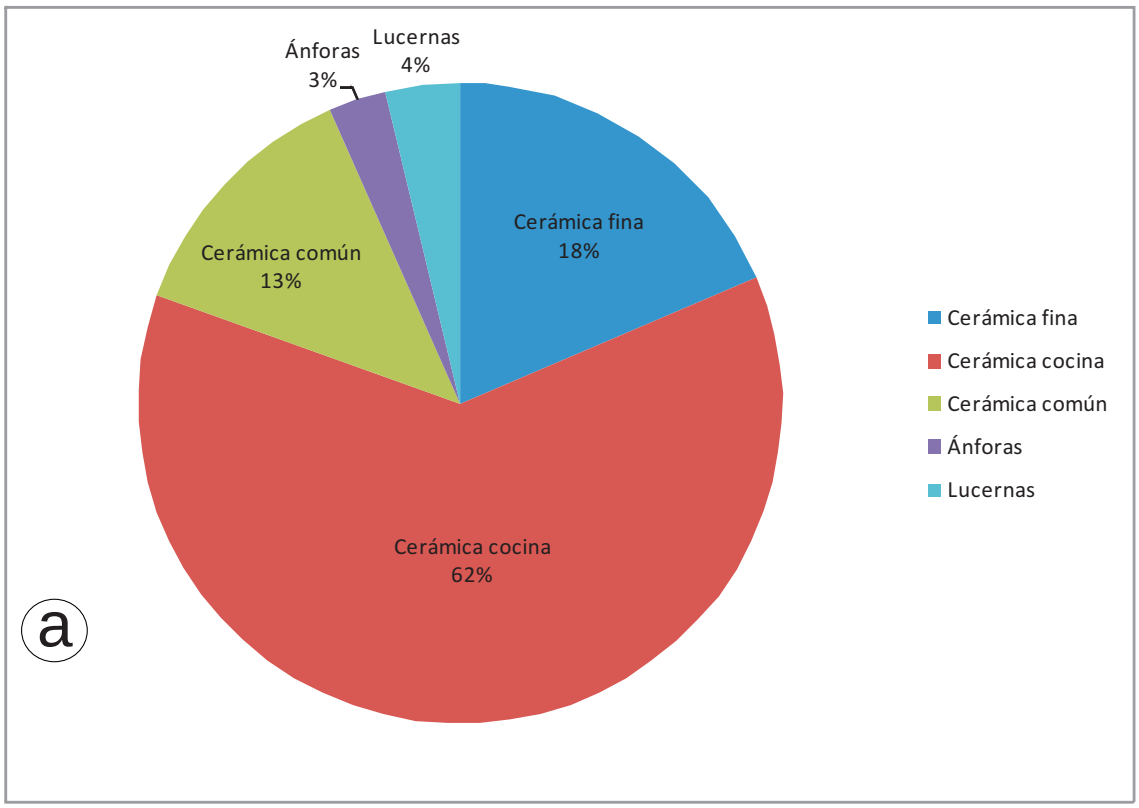


Fig. 217. Matrix Harris de los distintos niveles documentados sobre el llamado Edificio C y parte de la calzada anexa.



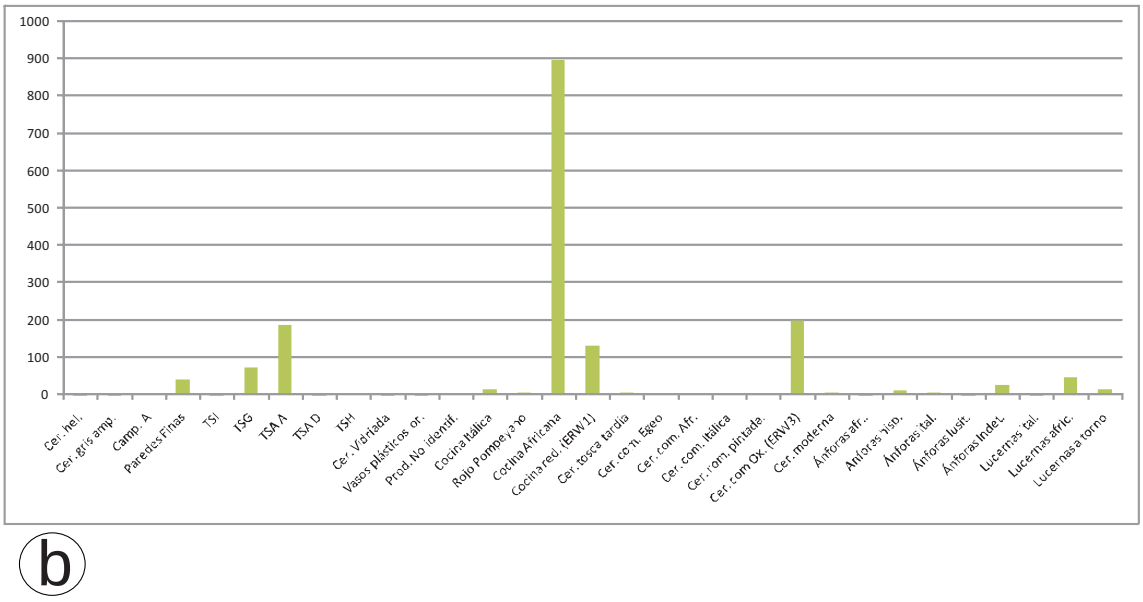


Fig. 218. (a) Distribución de las principales categorías cerámicas analizadas en el contexto sobre la base del NMI, (b) Representación estadística de las principales producciones cerámicas halladas en la manzana nº 17 del PERI CA-1 con la cifra que indica el NMI de cada una de ellas.

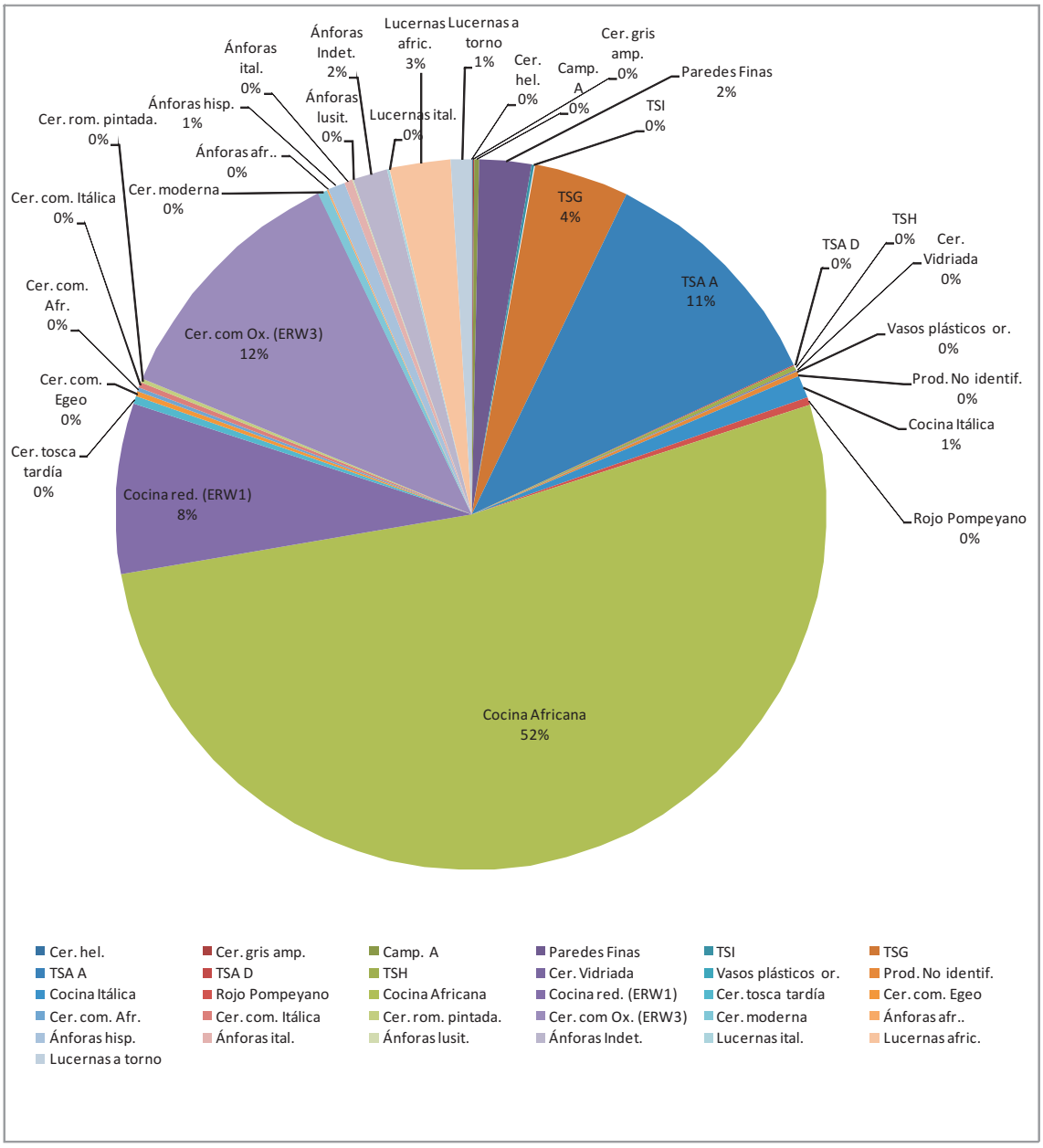


Fig. 219. Gráfico que muestra el porcentaje en el que fueron halladas las principales producciones cerámicas en la manzana nº 17 del PERI CA-1.

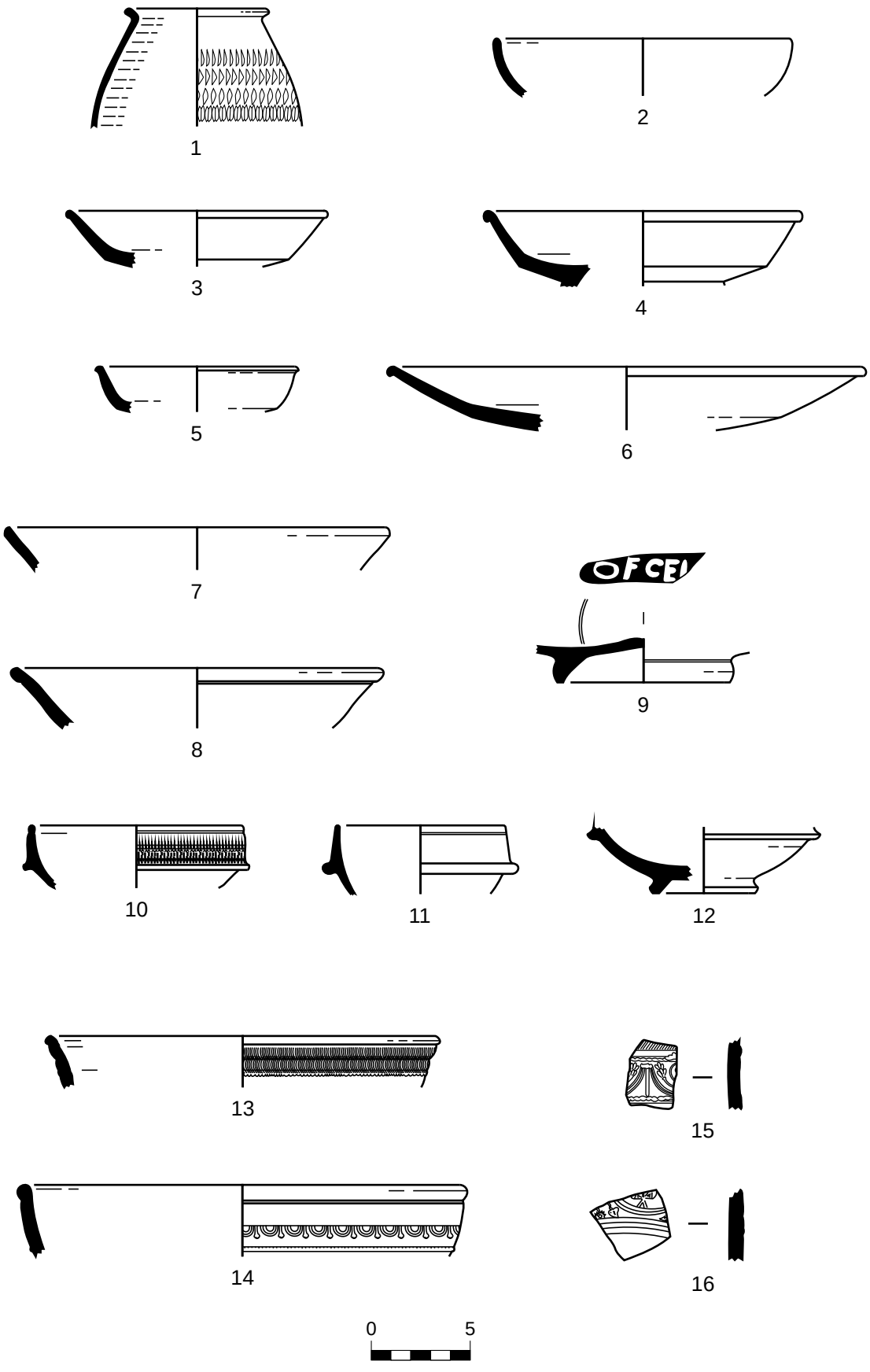


Fig. 220. 1.Paredes finas, 2-16. TSG (la nº 2 con ciertas dudas; sello escala 1:1).

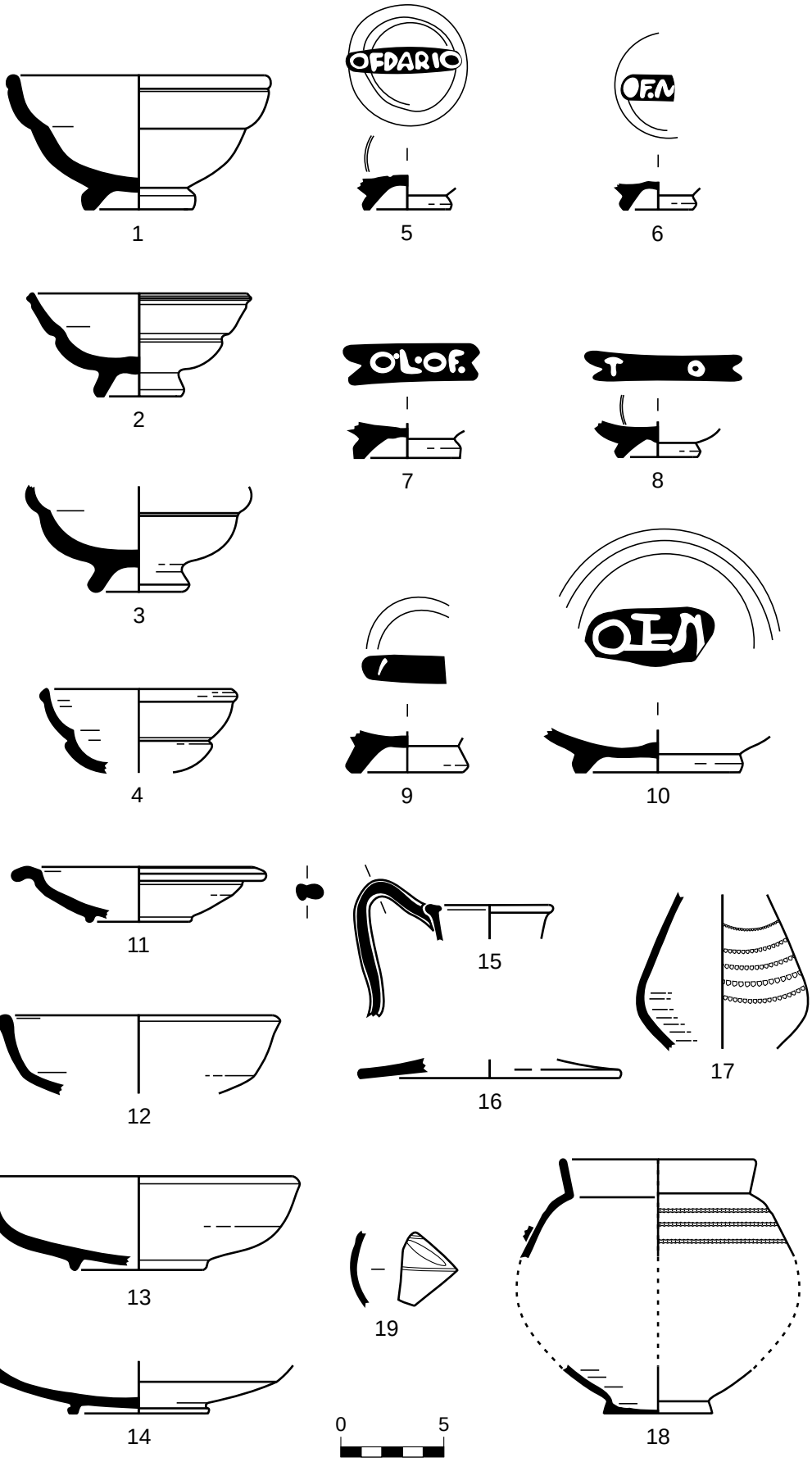


Fig. 221. 1-10. TSG (sellos escala 1:1), 11-19. TSAA.

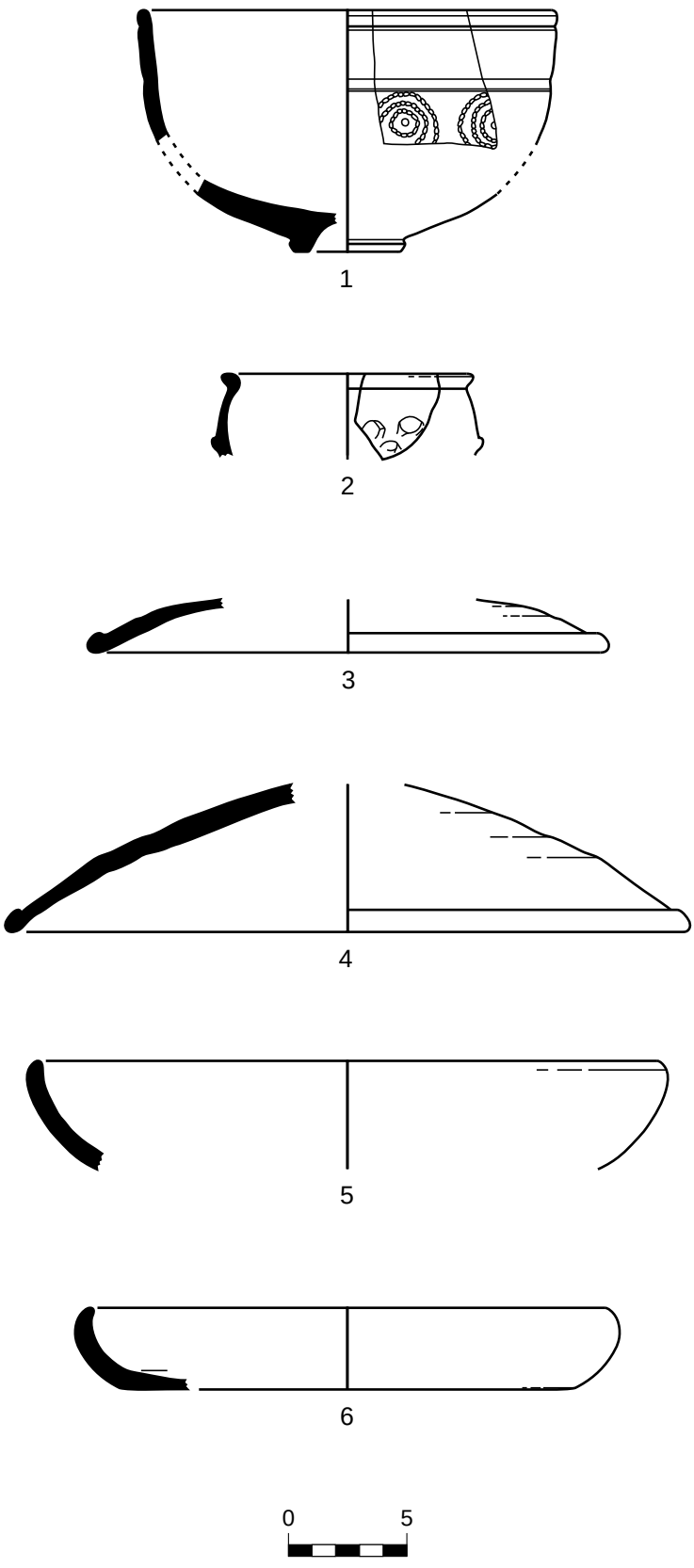


Fig. 222. 1. TSH, 2. Cerámica vidriada de procedencia itálica, 3-4. Cerámica de cocina itálica, 5-6. Platos de engobe rojo pompeyano.

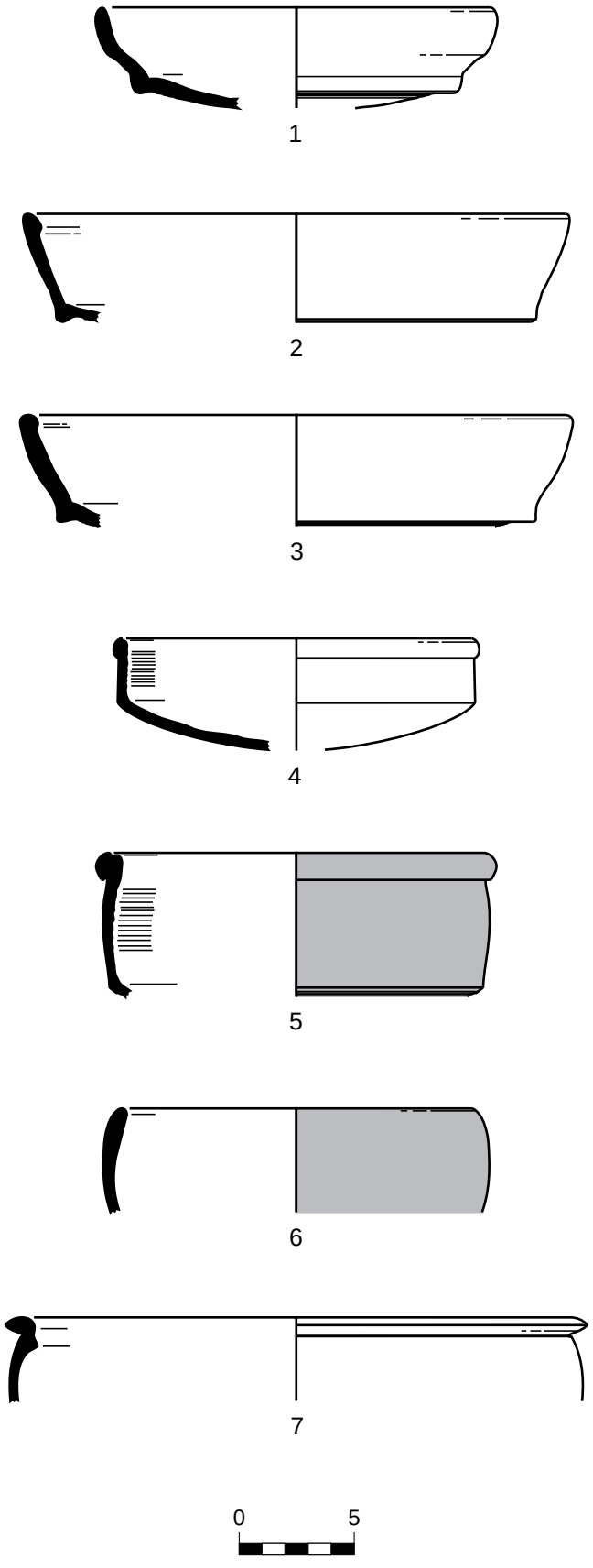


Fig. 223. 1-7. Cerámica de cocina africana.

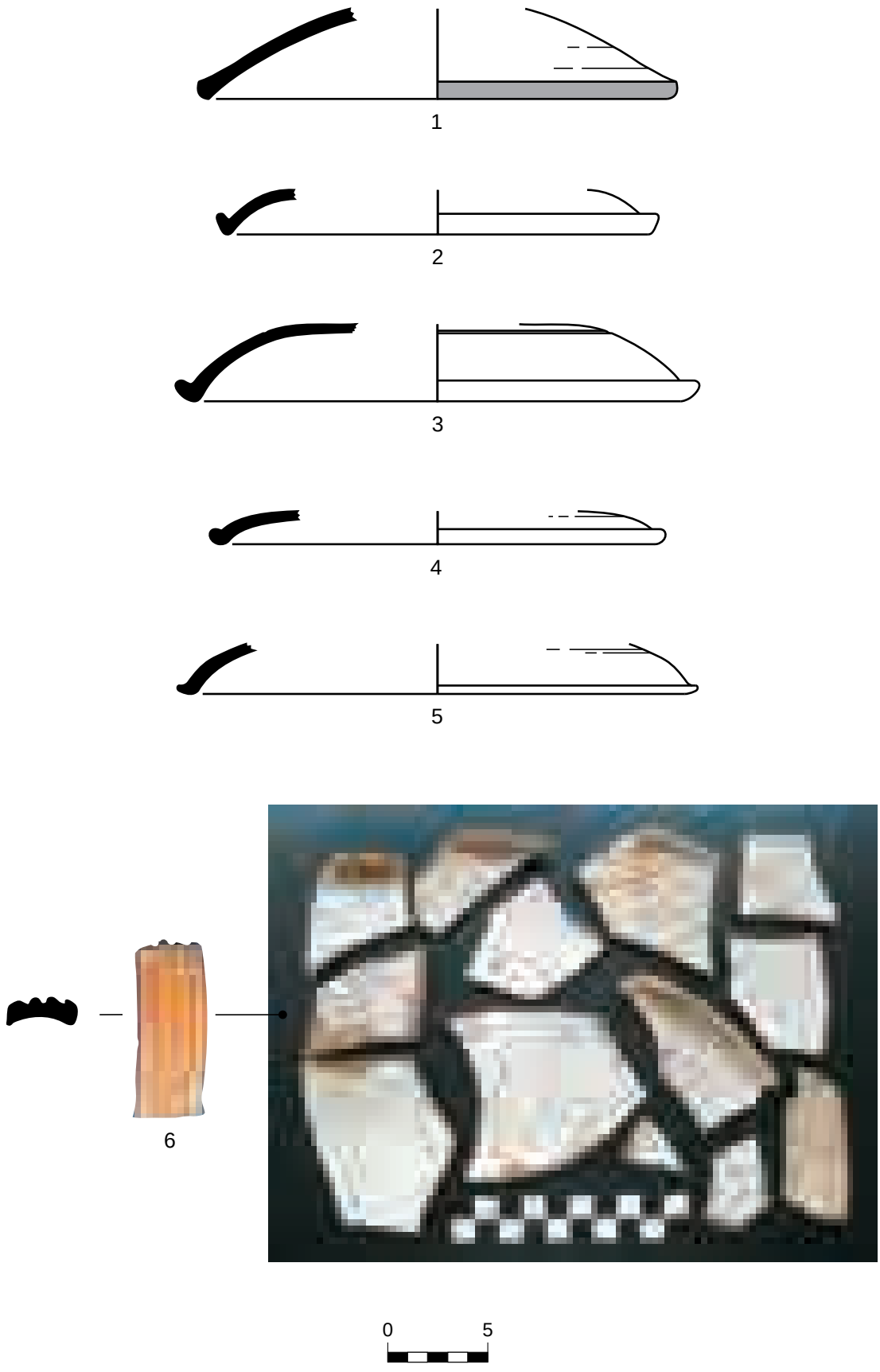


Fig. 224. 1-6. Cerámica de cocina africana.

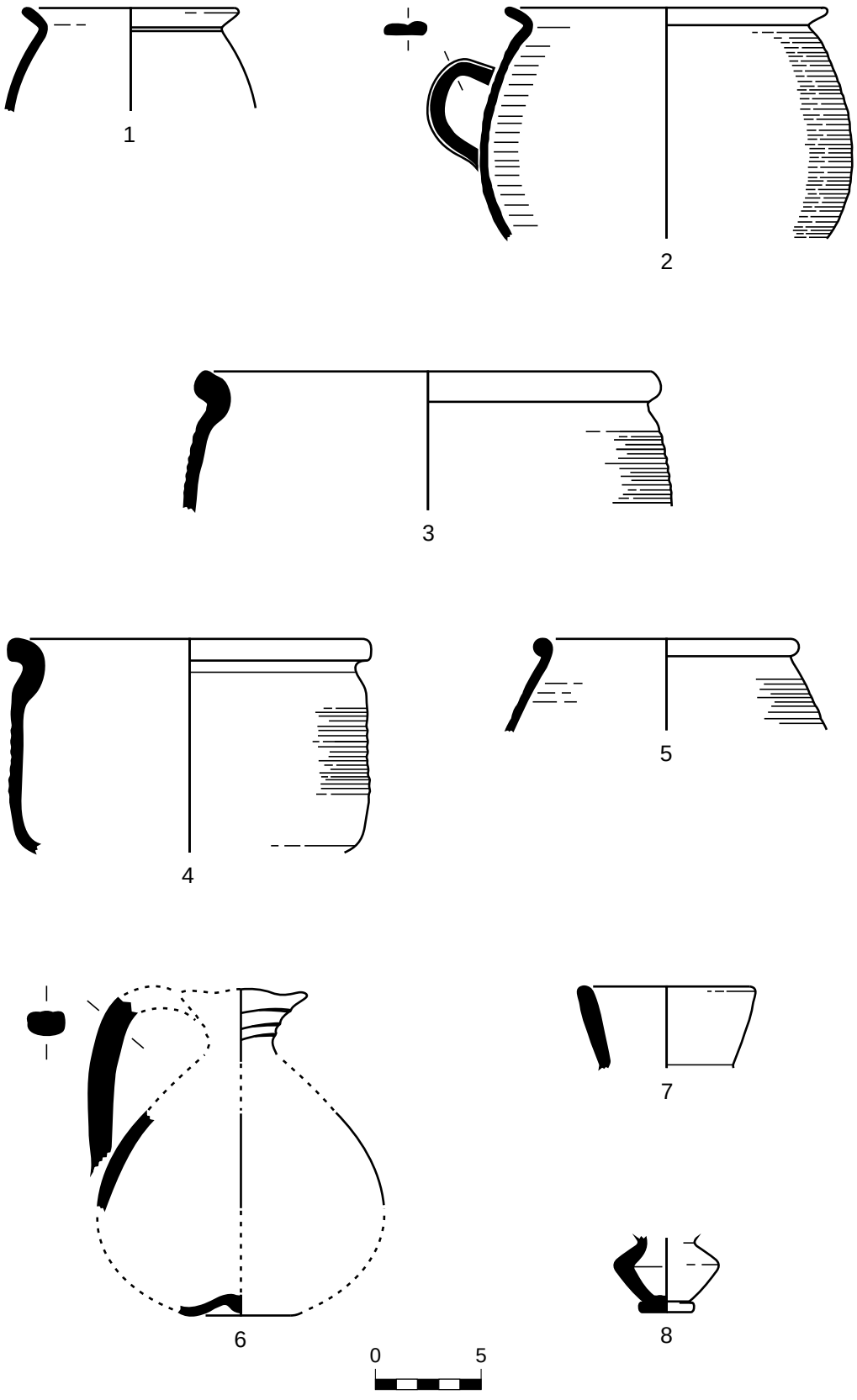


Fig. 225. 1-2. Cerámica de cocina africana, 3-5. Cerámica reductora de cocina o ERW1, 6. Cerámica común del Egeo, 7. Cerámica común africana, 8. Cerámica común itálica (?).

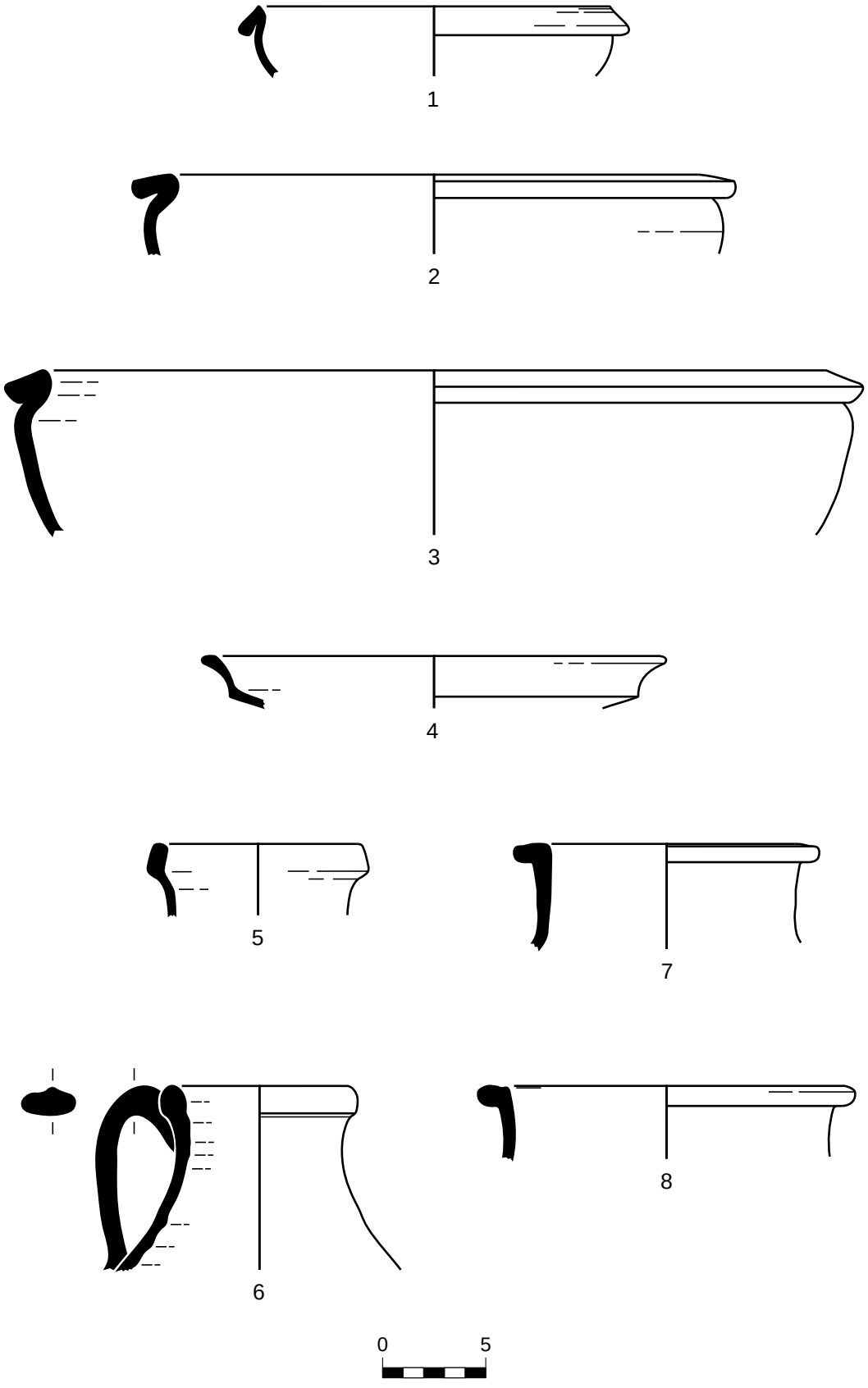


Fig. 226. 1-8. Cerámica común oxidante o ERW3.

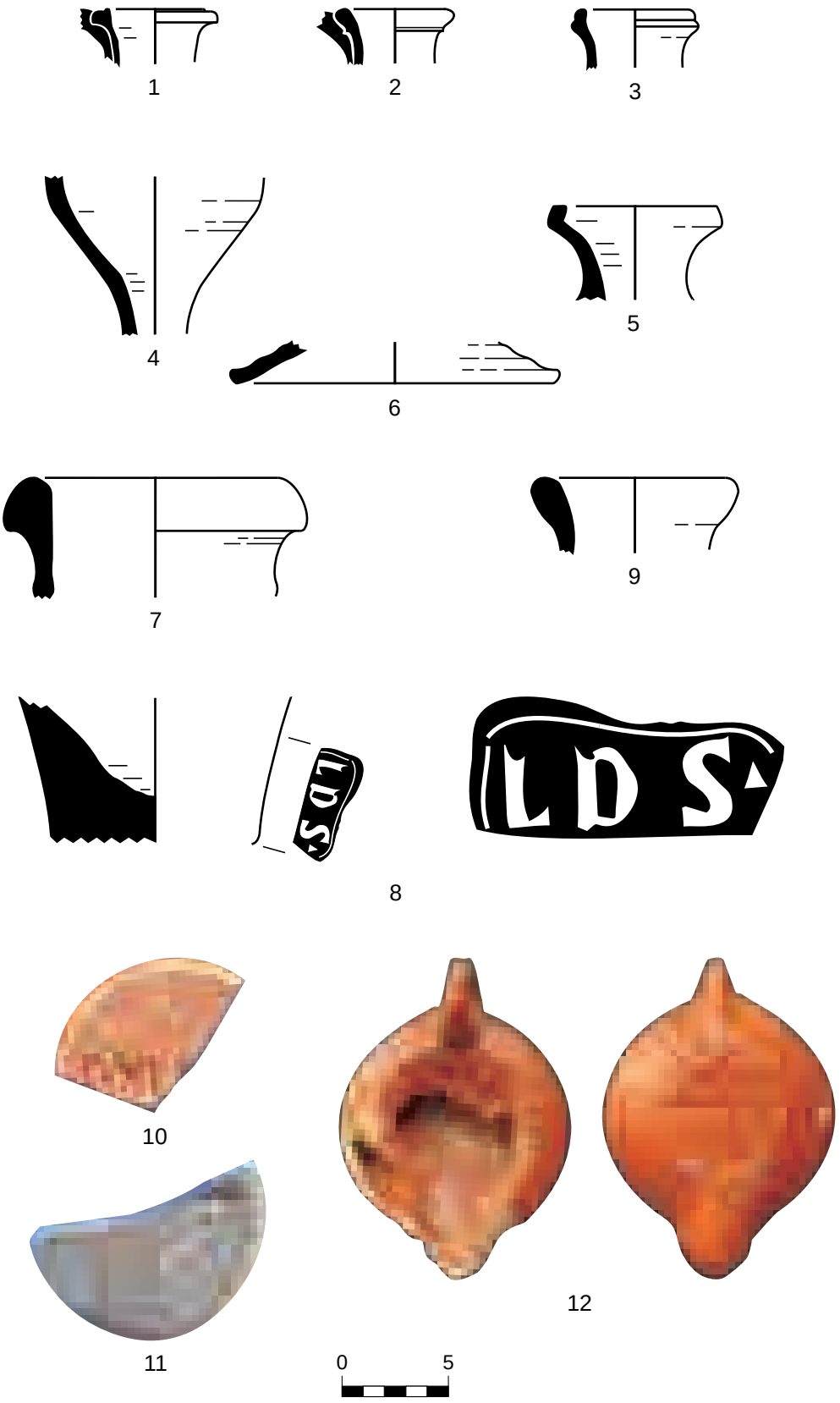


Fig. 227. 1-4. Cerámica común oxidante o ERW3, 5-6. Cerámica común indeterminada, 7. Ánfora hispánica, 8. Ánfora indeterminada, 9. Ánfora grecoitálica indeterminada con sello (escala 1:1), 10-12. Lucernas africanas con sello (escala 1:1; nº 12 escala 1:2).



Fig. 228. Acceso posterior de la *domus* de la Fortuna junto al que se aprecia el tramo de cardo excavado, afectado además por un aljibe de época moderna.



Fig. 229. El cardo O de la *domus* de la Fortuna durante su excavación bajo sótano en el año 2000. A la izq. se aprecia la caída de los paneles de pintura mural de las *fauces* sobre el acceso de la vivienda.

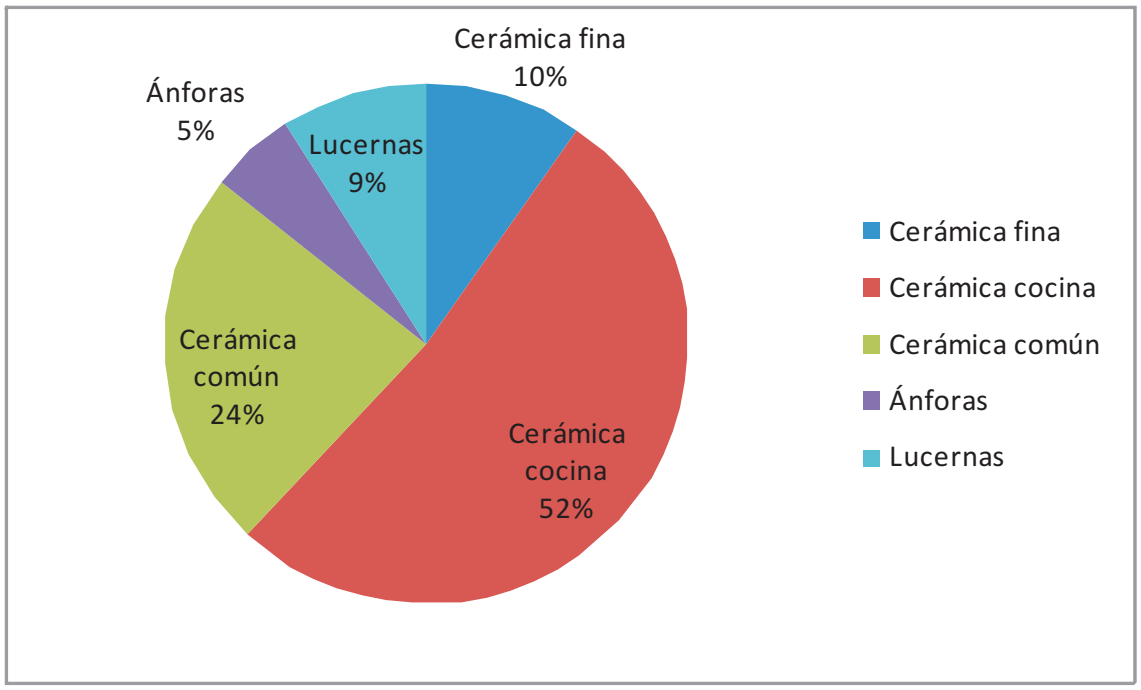


Fig. 230. Distribución de las principales categorías cerámicas analizadas en el contexto del cardo O de la *domus* de la Fortuna sobre la base del NMI.

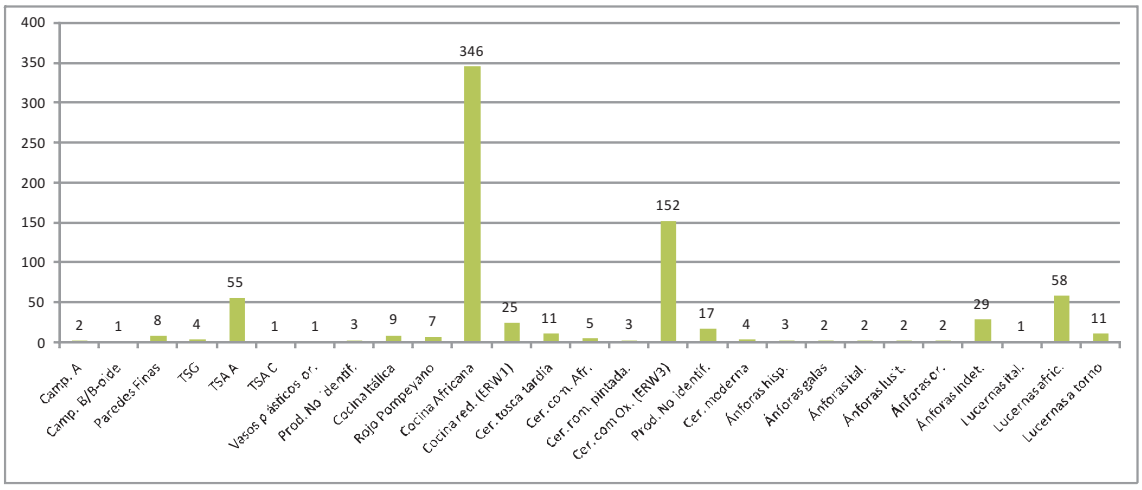


Fig. 231. Representación estadística de las principales producciones cerámicas halladas sobre el cardo O de la C/ Duque nº 25-27 con la cifra que indica el NMI de cada una de ellas.

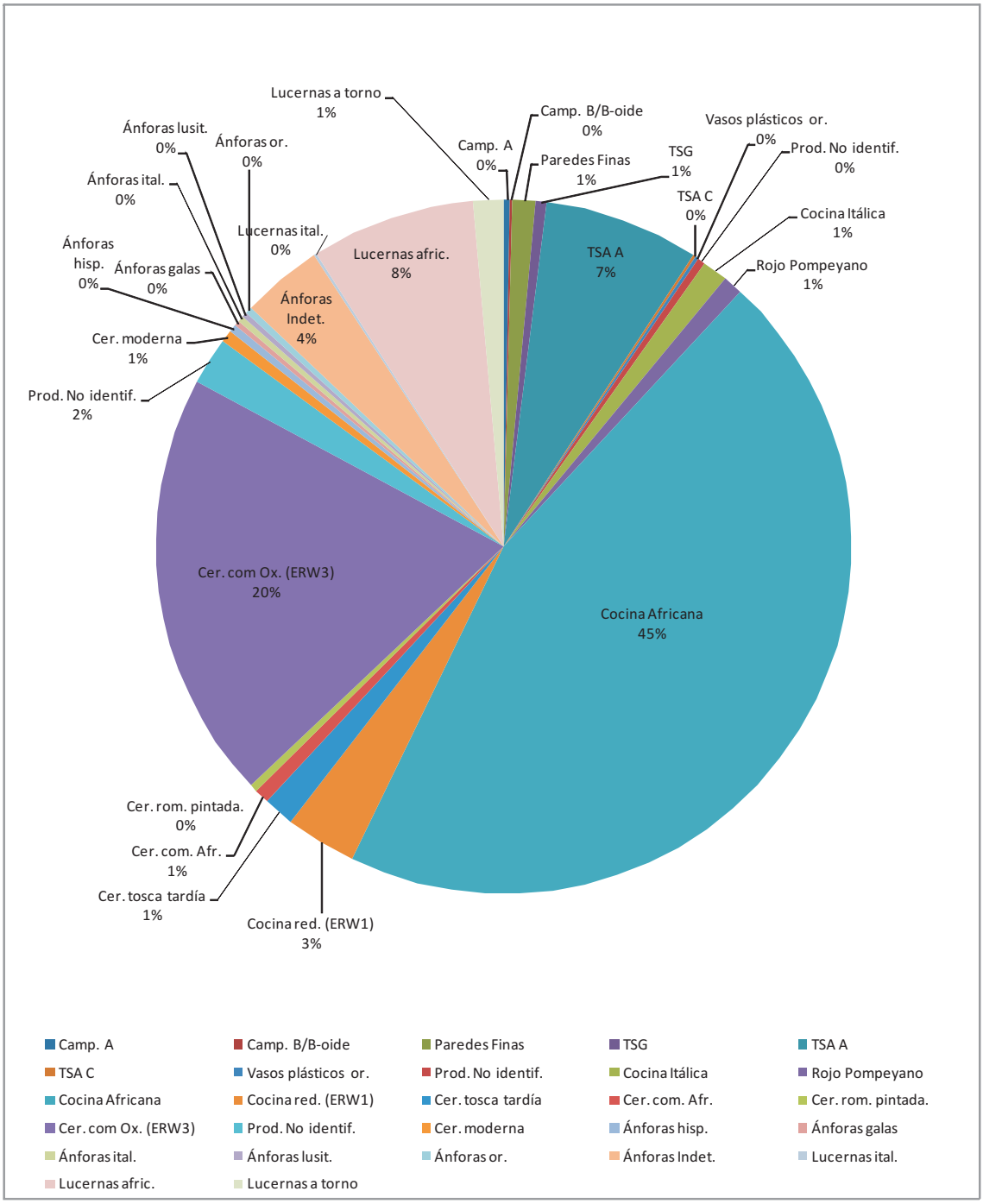


Fig. 232. Gráfico que muestra el porcentaje en el que fueron halladas las principales producciones cerámicas sobre el cardo O del solar de la C/ Duque nº 25-27.

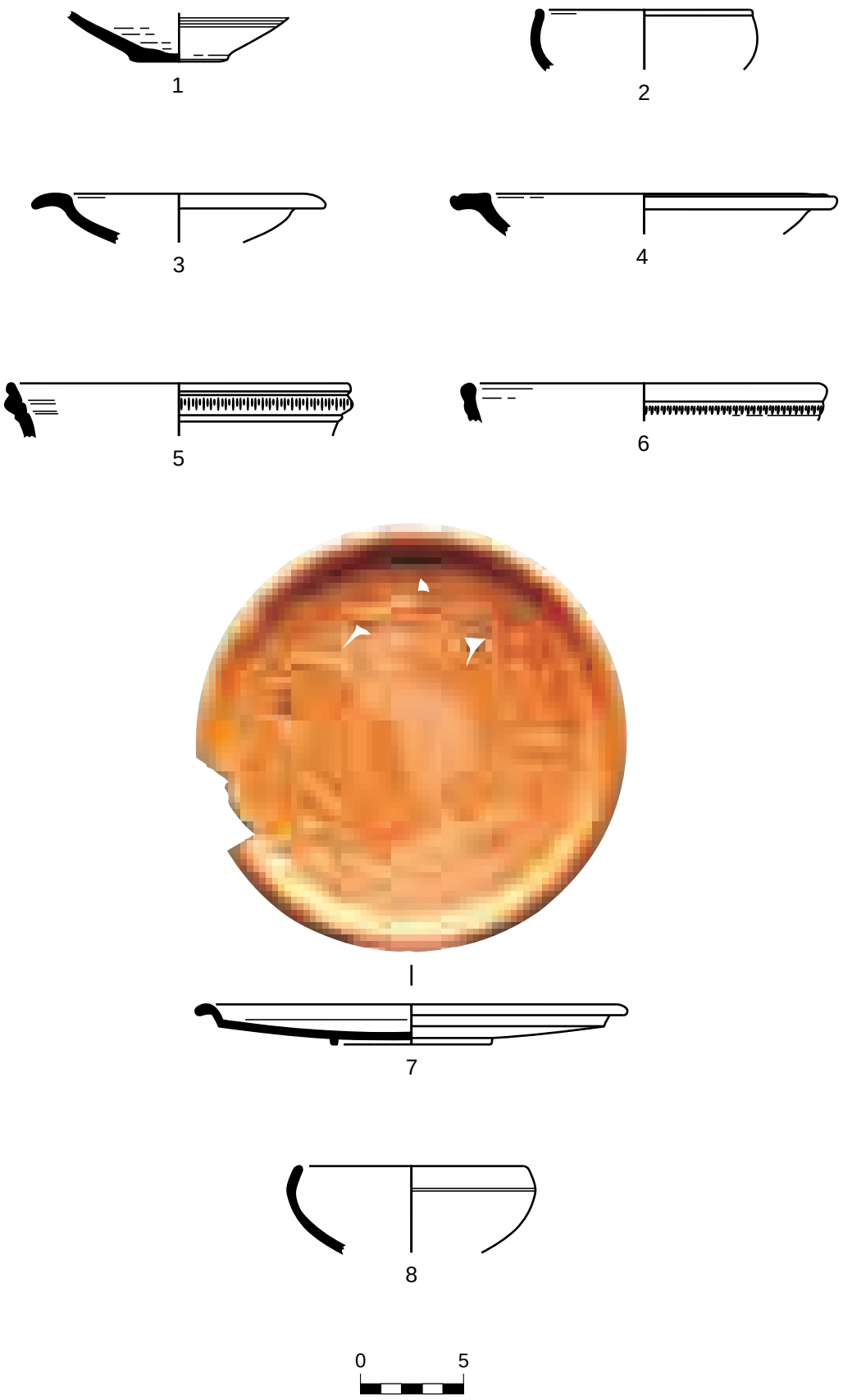


Fig. 233. 1. Paredes finas “béticas”, 2. TSG, 3-7. TSA A, 8. Producción indeterminada (TS Clara B?).

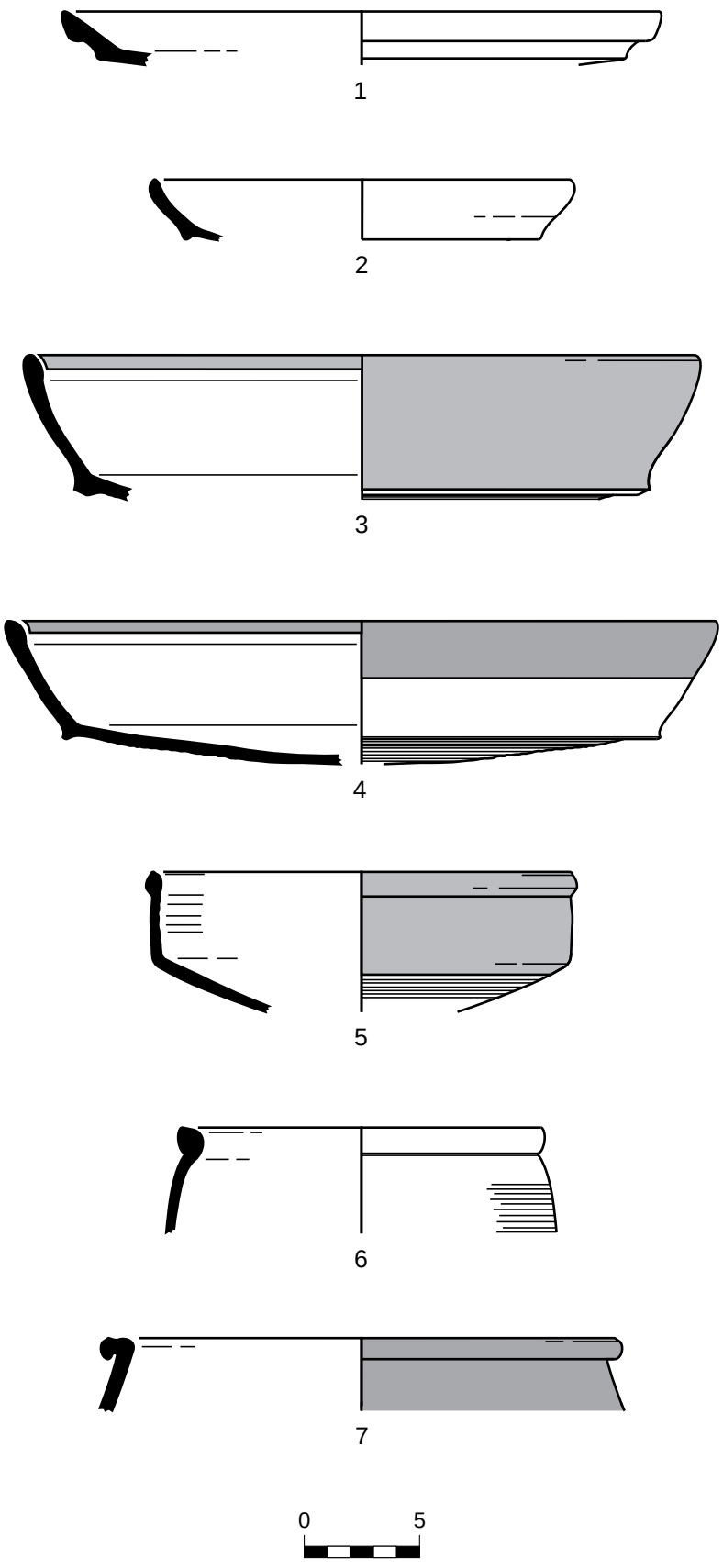


Fig. 234. 1. Cerámica de cocina itálica, 2-7. Cerámica de cocina africana.

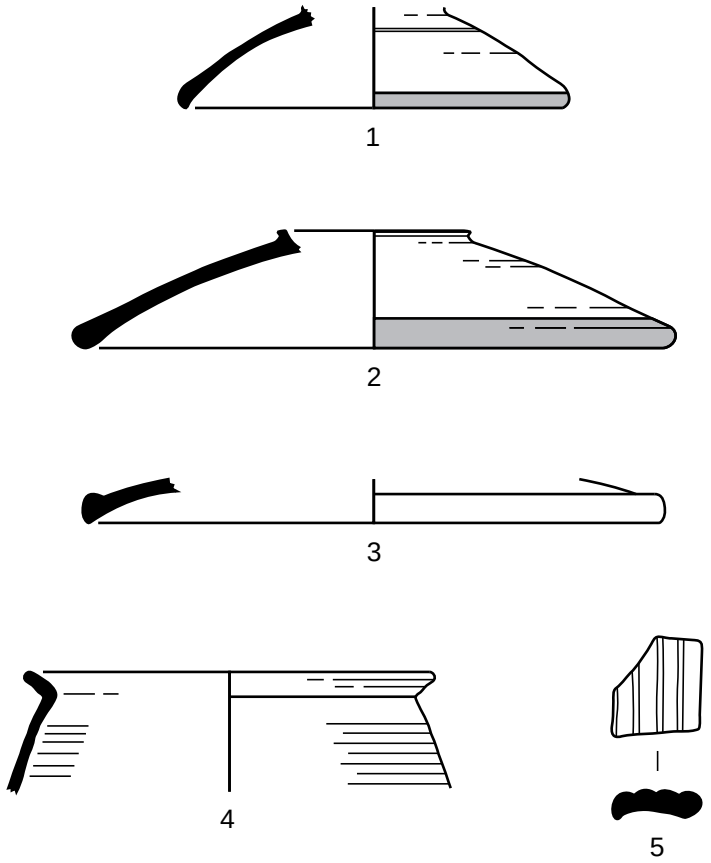


Fig. 235. 1-5. Cerámica africana de cocina, 6-8. Cerámica reductora de cocina o ERW1.

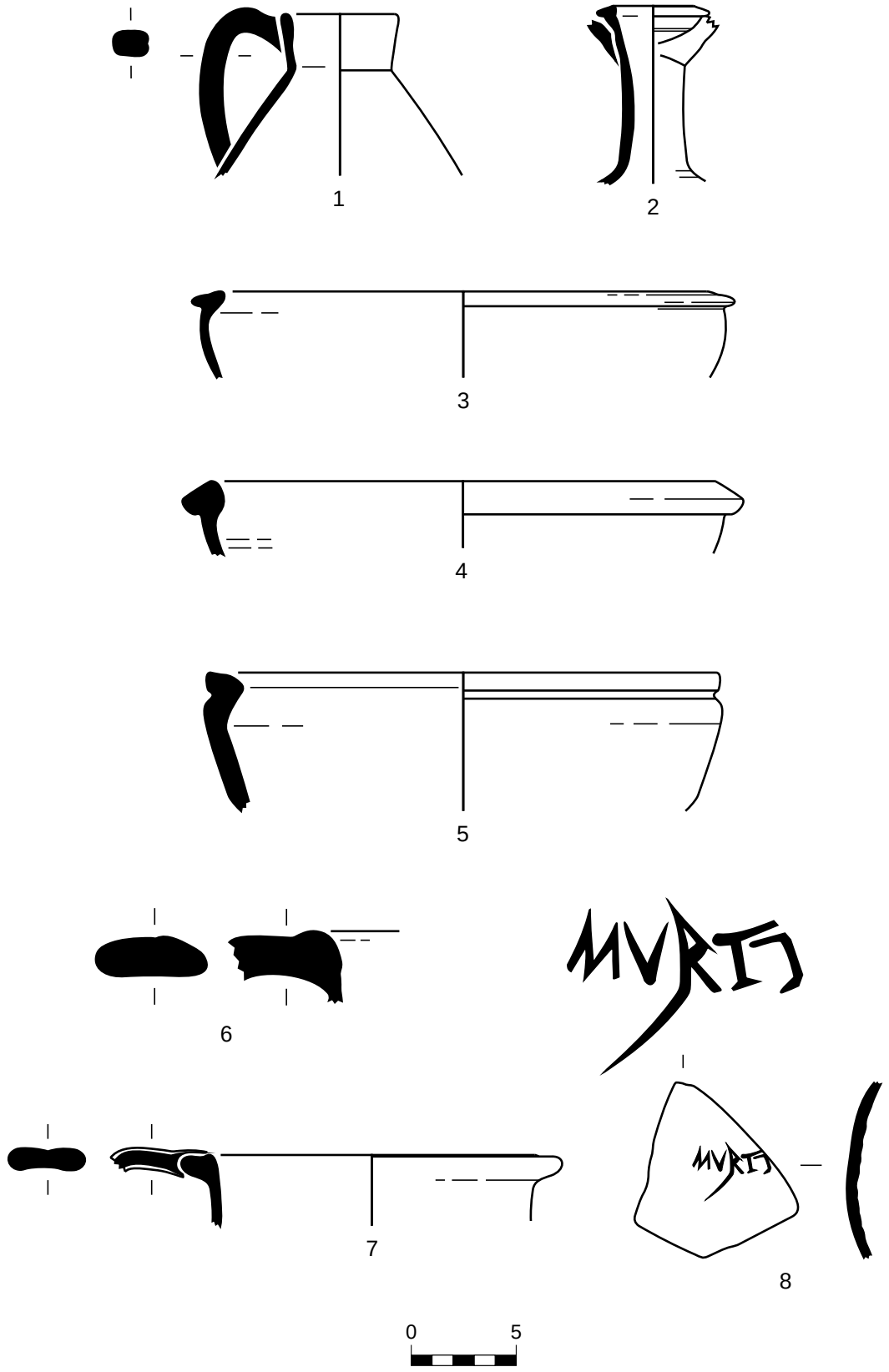


Fig. 236. 1. Cerámica común africana, 2. Cerámica romana pintada de tradición indígena, 3-8. Cerámica común oxidante o ERW3.

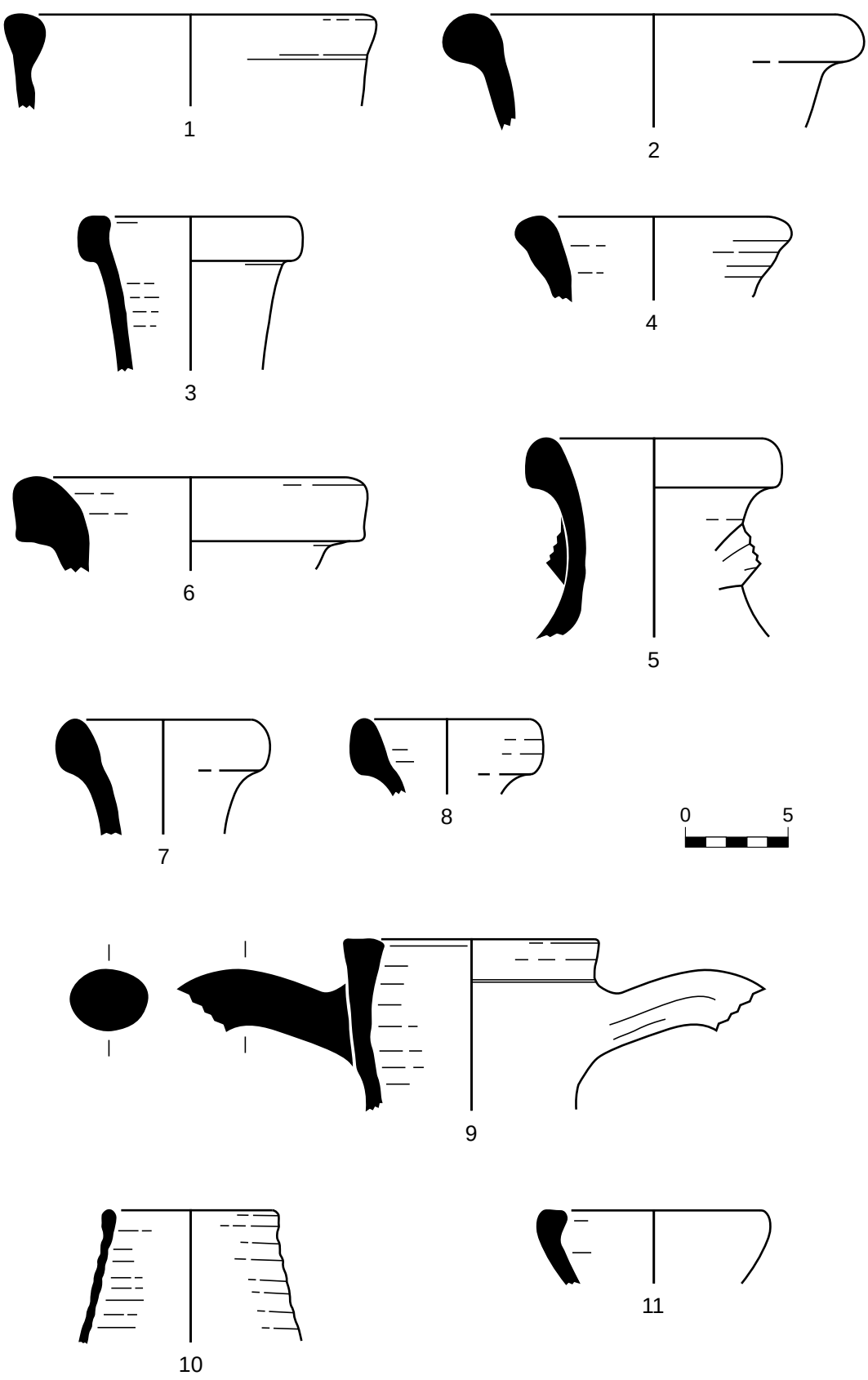


Fig. 237. Ánforas documentadas en el cardo O de la domus de la Fortuna. 1. CC. NN., 2. Dr. 14, 3. P.E. 25, 4. Gauloise 3, 5. G. 4, 6. Lamboglia 2, 7-8. Almagro 51c (bética?), 9. Kapitän 1, 10. Oriental?, 11. P.E. 17?

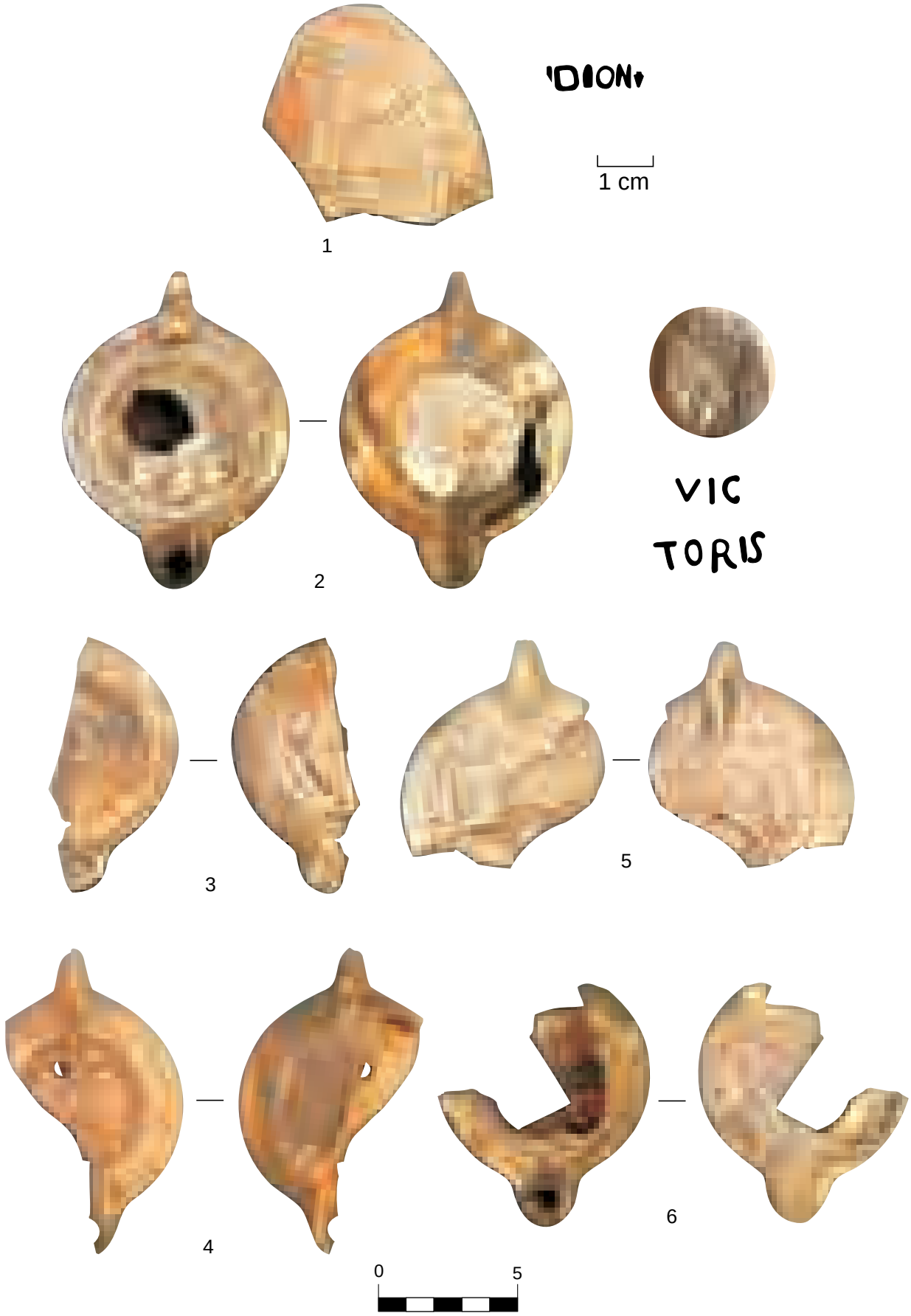


Fig. 238. 1. Posible lucerna itálica (escala 1:1), 2-6. Lucernas africanas (escala 1:2).

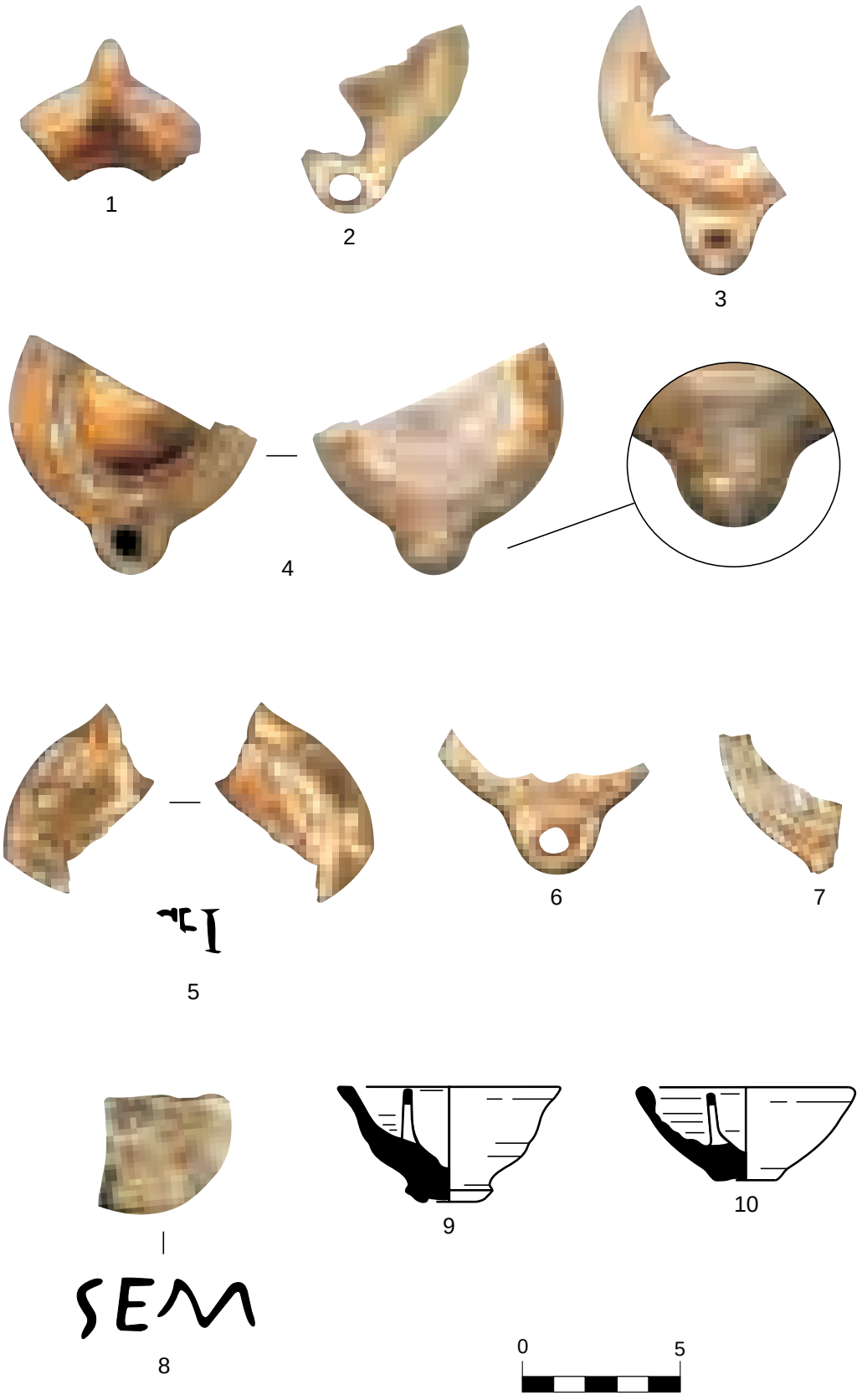


Fig. 239. 1-8. Lucernas africanas (sellos escala 1:1), 9-10. Lucernas a torno de producción local (escala general 1:2).



Fig. 240. (a) Vaso plástico de Cnido con representación de la *anus ebria*, (b) Botella de producción africana con el mismo motivo conservada en el *Royal Ontario Museum*.

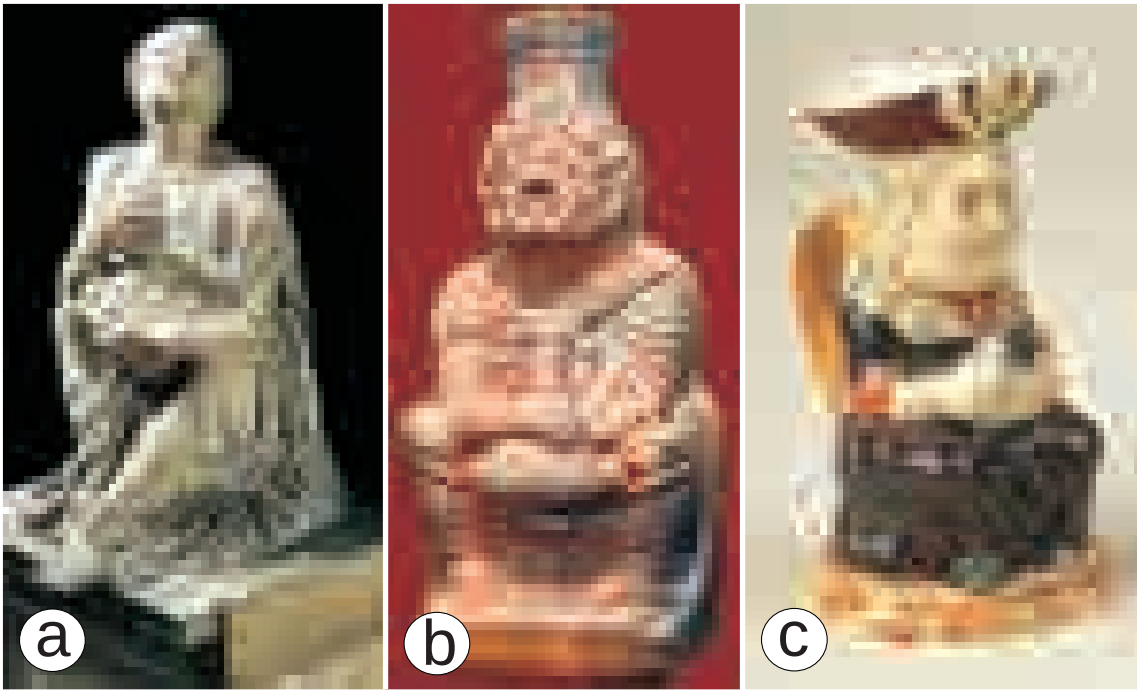


Fig. 241. (a) Copia romana de la escultura helenística de la anus ebria conservada en la Gliptoteca de Munich, (b) Botella africana con el mismo motivo procedente del *Museum of Fine Arts* de Boston, (c) Popular jarra para beber en la Inglaterra de finales del s. XVIII con representación de Martha Gunn, una célebre asistenta de baño convertida en un icono humorístico muy del gusto de la época.

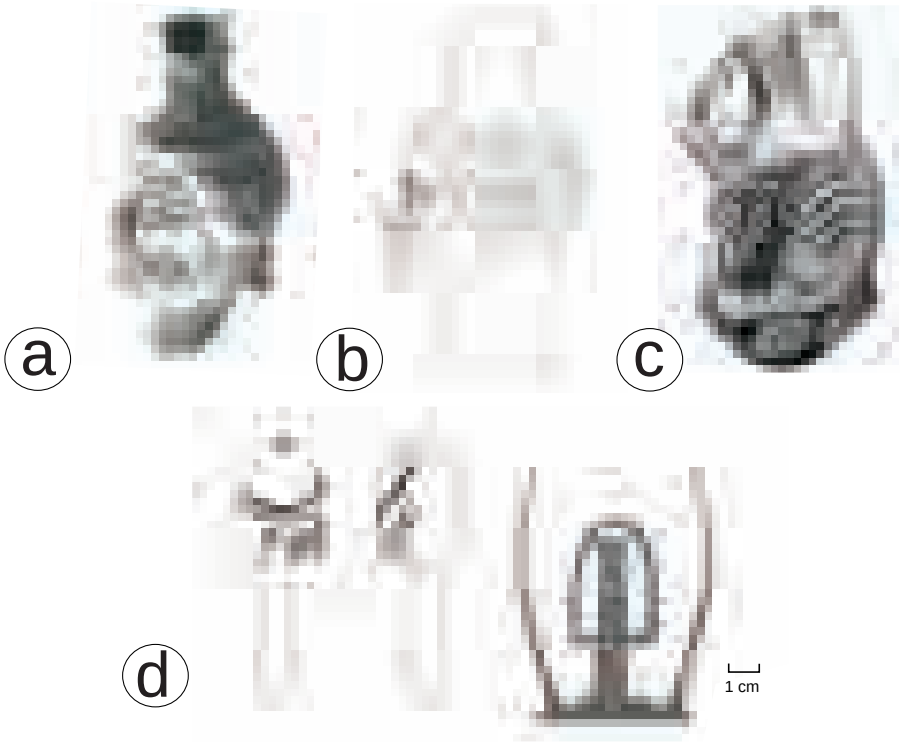


Fig. 242. (a) Vaso a molde con forma de cabeza de anciana procedente de Pérgamo, (b) Botella antropomorfa con los mismos rasgos del taller de Cnido, (c) Dibujo del molde de la *anus ebria* hallado en Pérgamo y perdido durante la II Guerra Mundial, (d) "Vaso sorpresa" con falo móvil en su nterior producido en Cnido y hallado en Fos-sur-Mer.

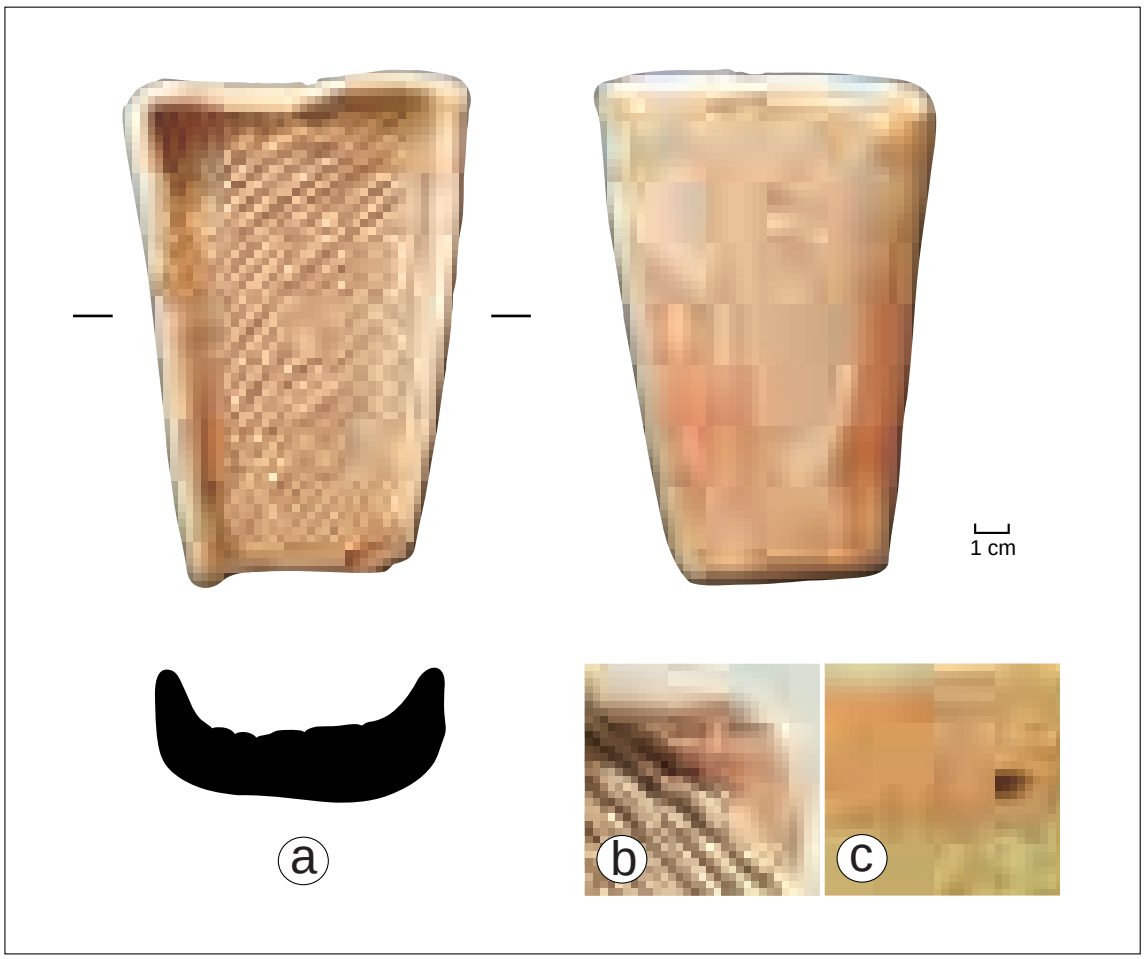


Fig. 243. (a) Rallador romano de cerámica común indeterminada con detalles (b y c) de su pasta y sus acabados.

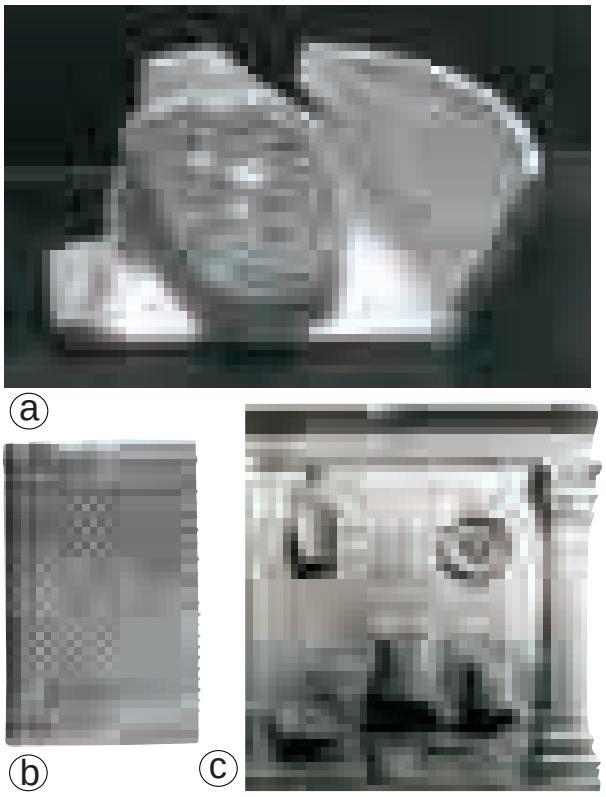


Fig. 244. (a) Cuenco con rallador del Minoico Medio II (1900-1700 a.C.), procedente de Festos, Creta, (b) Rallador romano en bronce del Antiquarium del Celio, (c) Detalle del relieve funerario ostiense de *P. Nonius Zethus* con diversos utensilios empleados en la elaboración del pan y en la esquina superior izquierda lo que parece un rallador colgado.

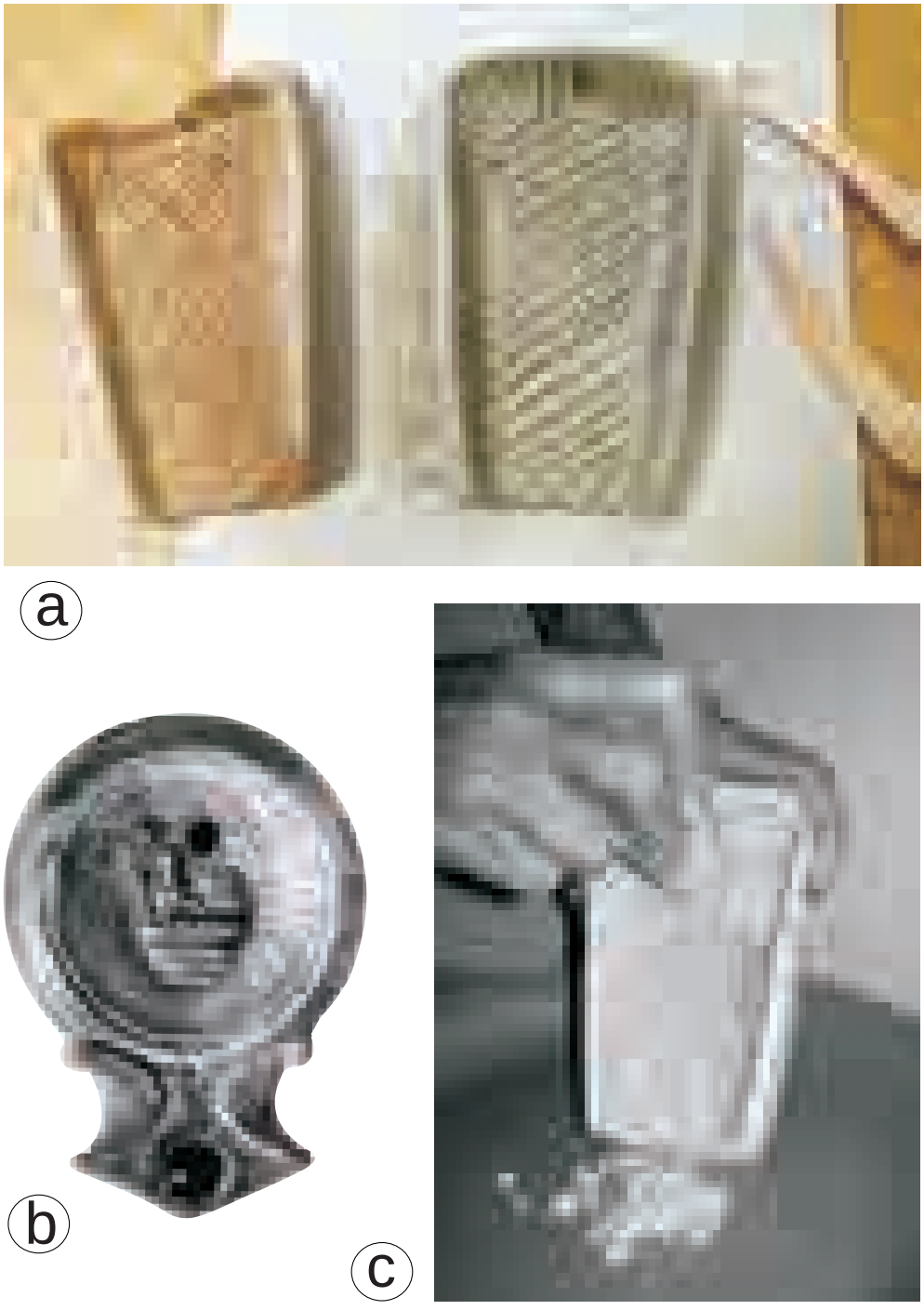


Fig. 245. (a) Rallador original (izq.) junto a una réplica (dcha.) durante su proceso de elaboración; (b) Lucerna altoimperial con la leyenda "*pauperis cena pane vinu radic*" ; (c) Arqueología experimental: rallando un nabo tal y como se haría con el utensilio hallado sobre el cardo O de la *domus* de la Fortuna.

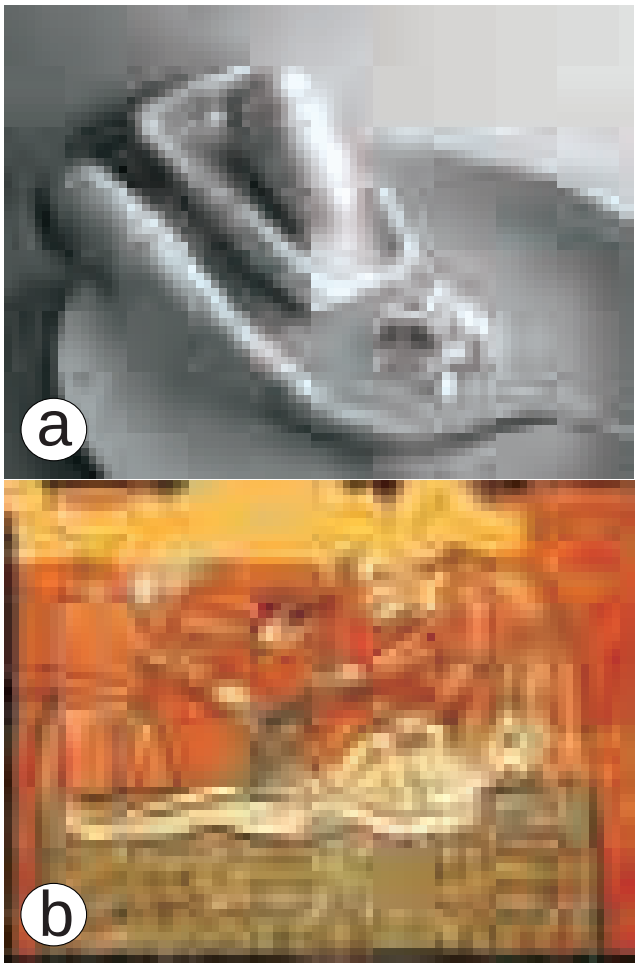


Fig. 246. (a) Arqueología experimental: réplica del rallador utilizado para raspar tubérculos y bulbos –en este caso un nabo– cuyo resultado es una especie de picado o pulpa densa; (b) Dos hombres echan sal en las heridas a San Vicente con ayuda de un rallador, detalle del frontal románico de la Iglesia de San Vicente de Liesa (Huesca, s. XIII).



Fig. 247. (a) Ralladores de ajo (*gratte-ail*) en venta hoy día en Aviñón, Francia; (b) *Oroshigane* en cerámica ; (c) *Oroshigane* metálico para rallar *wasabi* ; (d) Plato-rallador azteca (s. XV-XVI), Tenochtitlán, México; (e) y (f) ralladores con hendiduras y piedras incrustadas respectivamente de la cultura Tumaco-La Tolita (Ecuador y Colombia, 500 a.C.-500 d.C.

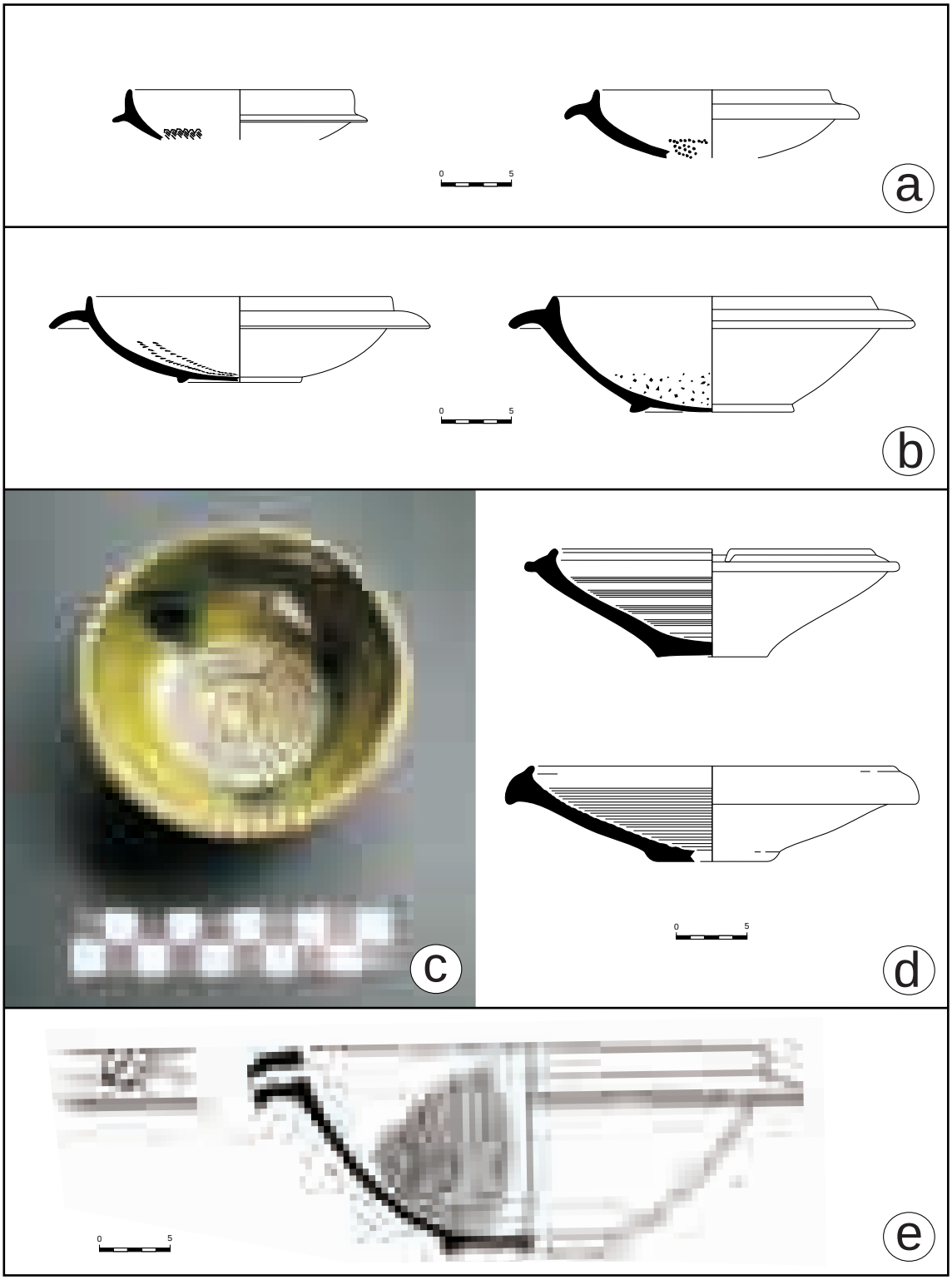


Fig. 248. (a) Dos boles de TSA C con decoración interna a ruedecilla (izq.) y granos de basalto (dcha.) de El Jem, Túnez; (b) Dos variantes precoces de la forma Hayes 91 de nuevo con decoración interna a ruedecilla (izq.) y granos de basalto (dcha.) procedentes de Oudhna, Túnez; (c) Rallador de ajo (*gratte-ail*) en uso en la actual Provenza, (d) Morteros con estrías interiores de procedencia bética; (e) Forma Hayes 91B con pitorro decorado que subraya su uso como mortero procedente de *Valentia* (s. V d.C.).

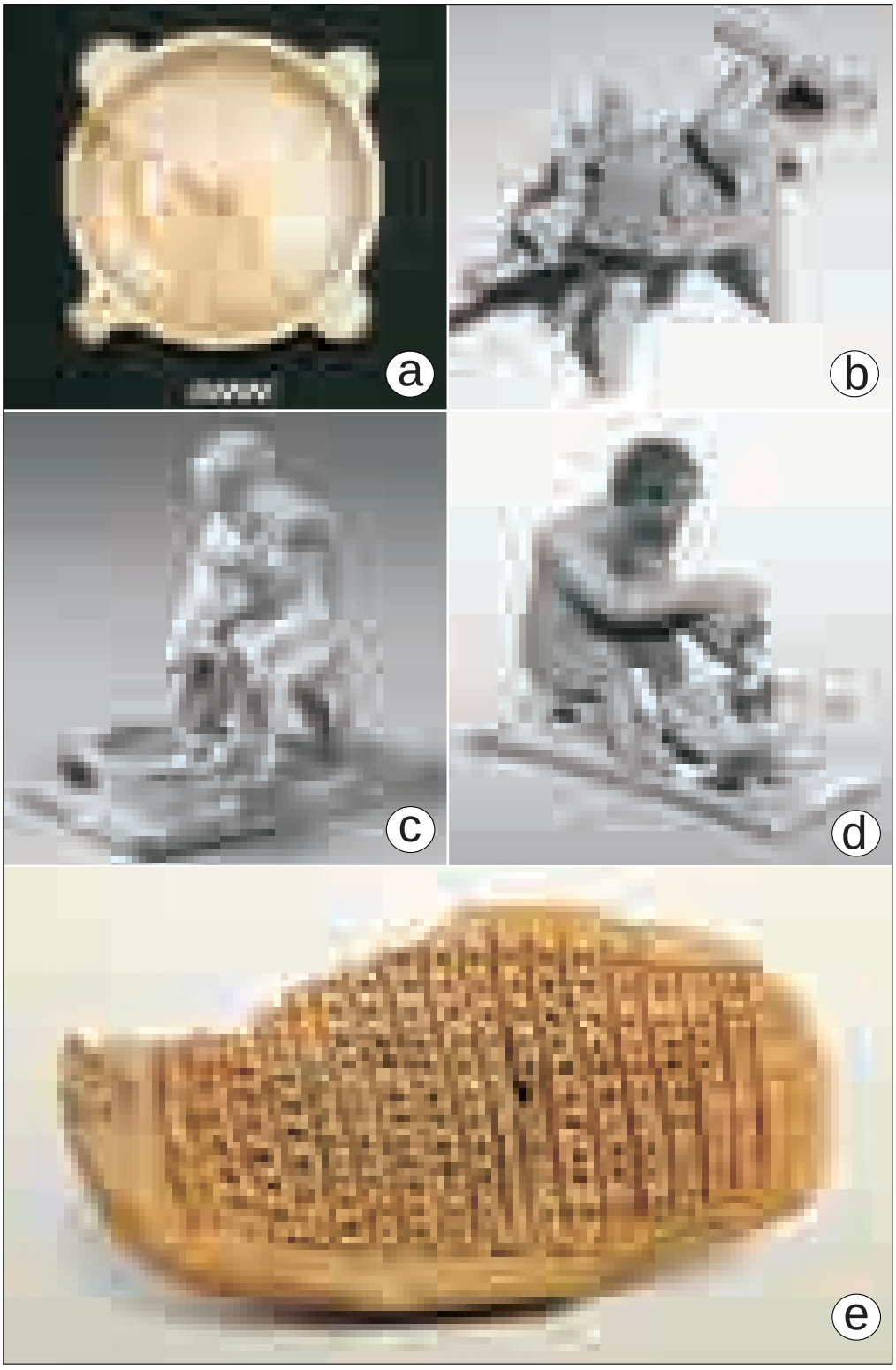


Fig. 249. (a) Mortero en mármol procedente del área de la Morería, Cartagena; Figuritas beocias de terracota (s. V a.C.): (b) Mortero con tres cabezas de ajo, un queso, mano para machacar y un rallador, *British Museum* (c) Mujer rallando queso en un mortero, *Museum of Fine Arts*, Boston, (d) Hombre rallando en un mortero un trozo de queso, la parte restante del mismo está en el suelo junto al cuchillo empleado para cortarlo, Museo Arqueológico de Tebas; (e) Rallador procedente del "barrio fenicio" de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) fechado en la segunda mitad del s. VIII a.C.



Fig. 250. Plano de Cartagena con los principales hitos arquitectónicos de época imperial y la situación destacada del solar de las C/ Don Roque - Ciprés nº 7.



Fig. 251. Detalle de los recrecidos sobre el tramo del decumano máximo excavado en la C/ San Diego visibles en el perfil del solar.



Fig. 252. Diferentes fases del proceso de excavación del solar de la C/ Roque - Ciprés nº 7. (a) Camino de tierra del s. V d.C. y niveles de vertido de la misma cronología sobre los restos de la estructura altoimperial, (b) Excavación por fases de la calzada desde los recrecidos tardíos a la pavimentación tardorrepublicana original, (c) Decumano con huellas de rodadas y en primer término pórtico y acera con bordillo de bloques de arenisca, (d) Sondeos practidados en la zona más deteriorada de la calzada que revelaron su canalización central, en la que confluía otra procedente del edificio adyacente.

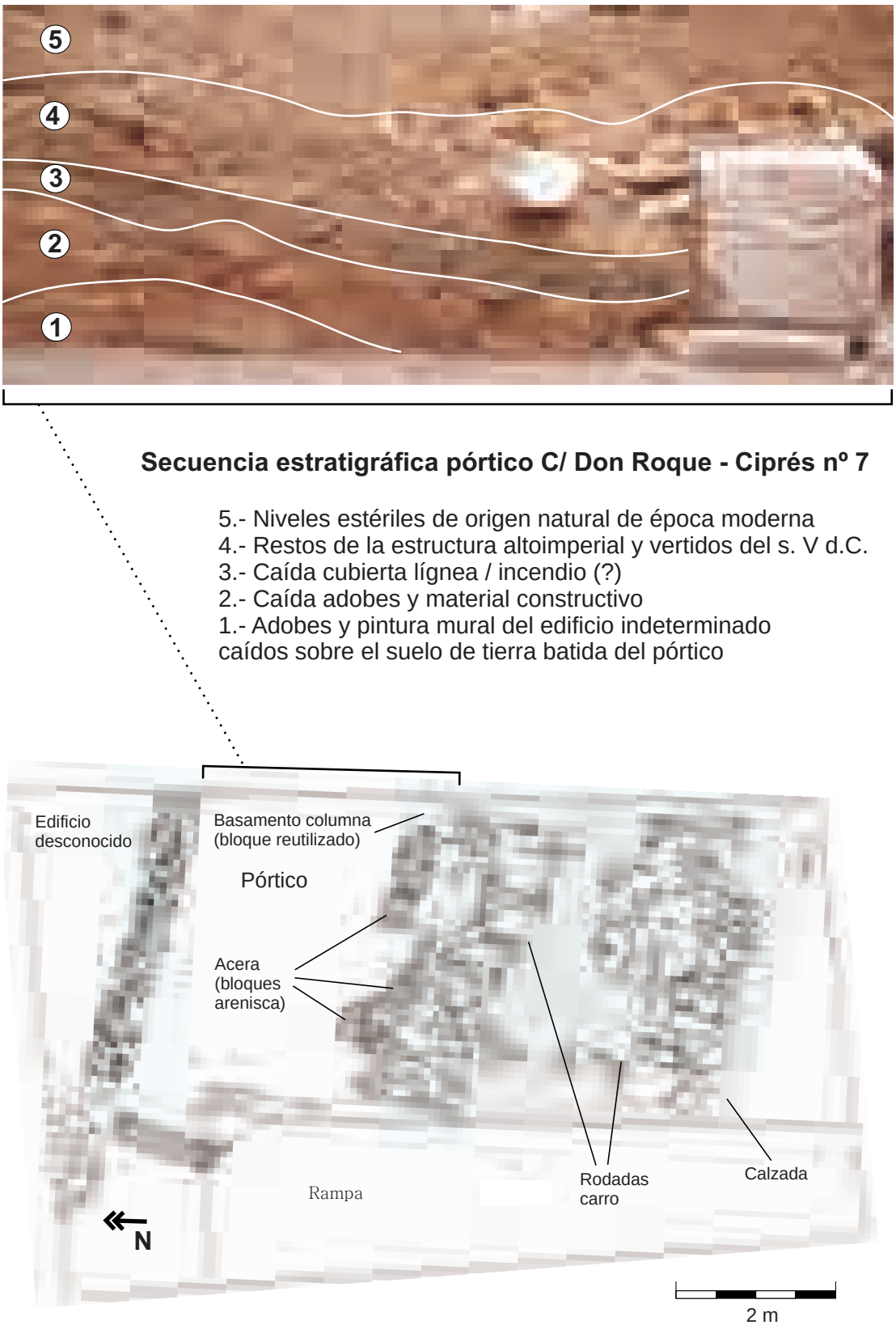


Fig. 253. Planta de la excavación de la C/ Don Roque - Ciprés nº 7. Calzada altoimperial con rodadas de carro, pórtico anexo y fachada de un edificio indeterminado. En la parte superior desarrollo de la secuencia estratigráfica del perfil E sobre el espacio porticado.

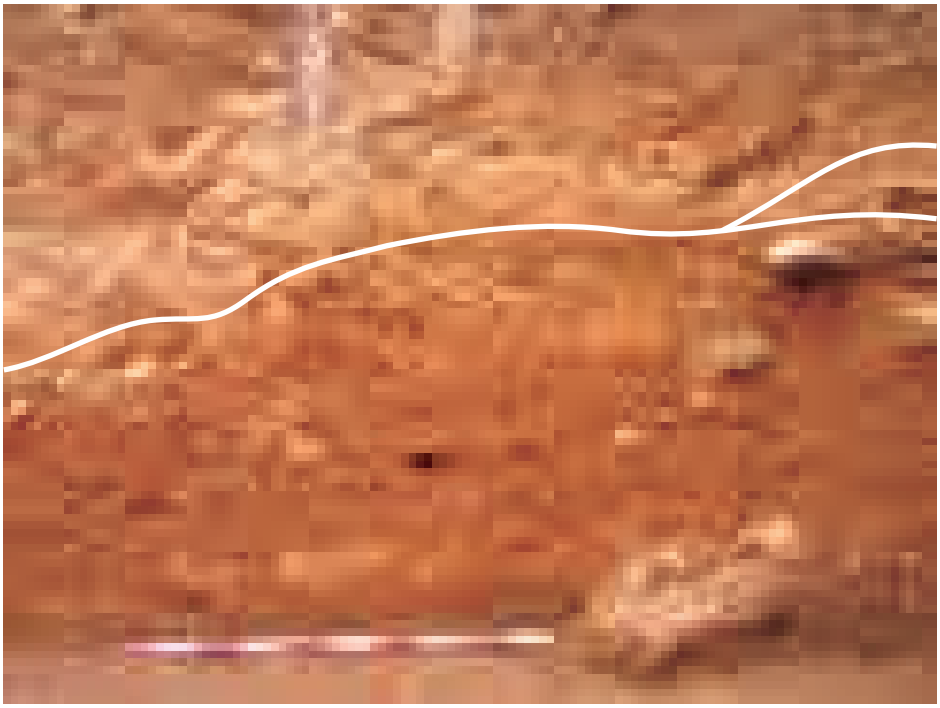


Fig. 254. Perfil N de la excavación coincidente con el interior del Edificio desconocido. Obsérvese la potencia del nivel de abandono, compuesto mayoritariamente por adobes (aún se aprecia uno sobre el jalón y otro más arriba), así como una fina capa ennegrecida a nivel del suelo. En la esquina dcha. un fragmento del nivel del s. V d.C. y a continuación los niveles naturales de arcillas de época medieval y moderna.



Fig. 255. Sección de las diversas capas del camino de tierra y piedras que fueron recreciendo y estrechando la calzada altoimperial. En primer plano, amplitud original de la vía.

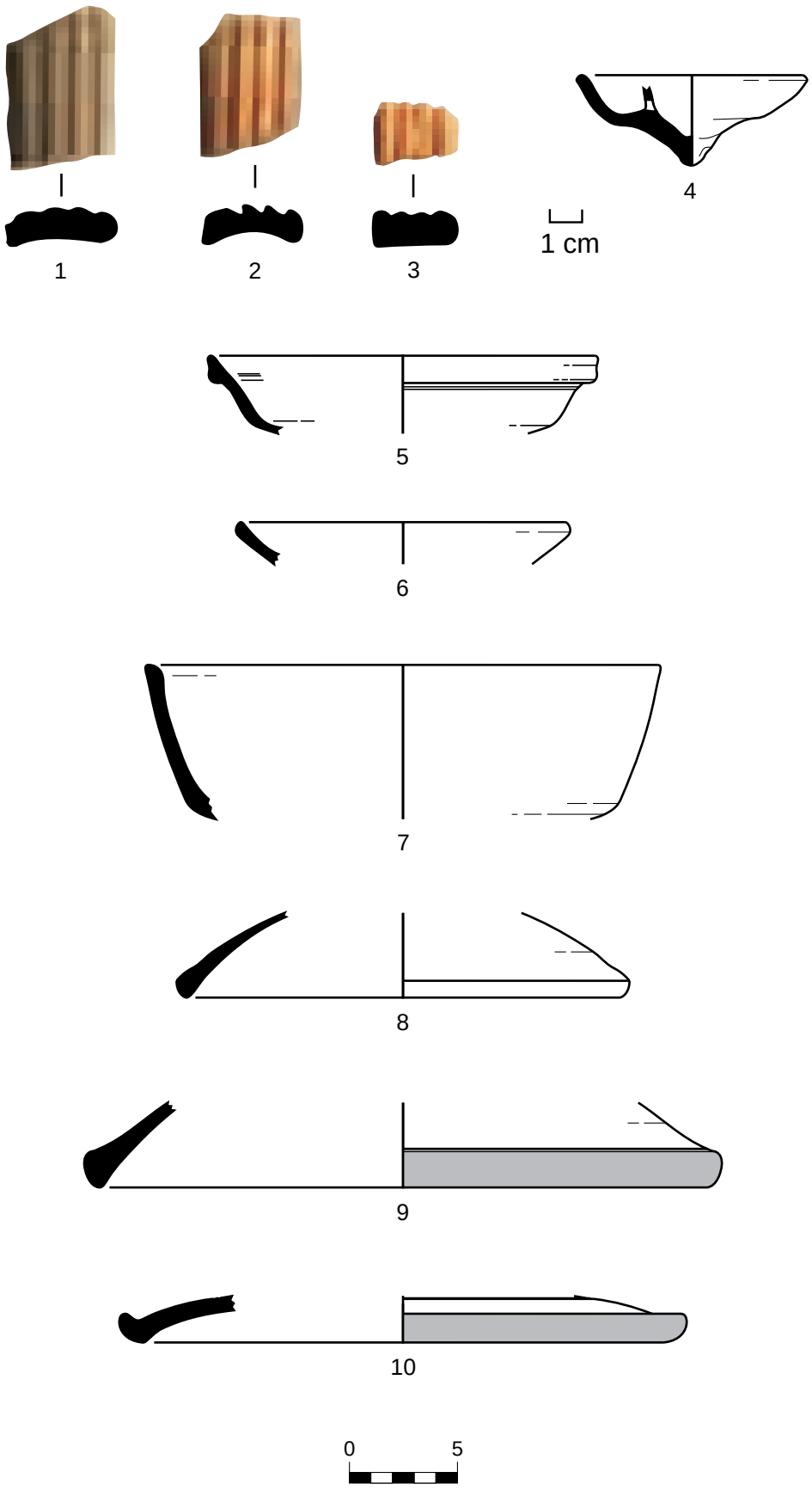


Fig. 256. 1-3. Jarra africana Uzita 48.1, 4. Lucerna a torno tipo 1C (nº 1-4 escala 1:2), 5-7. TSAA, 8-10. Cerámica africana de cocina.

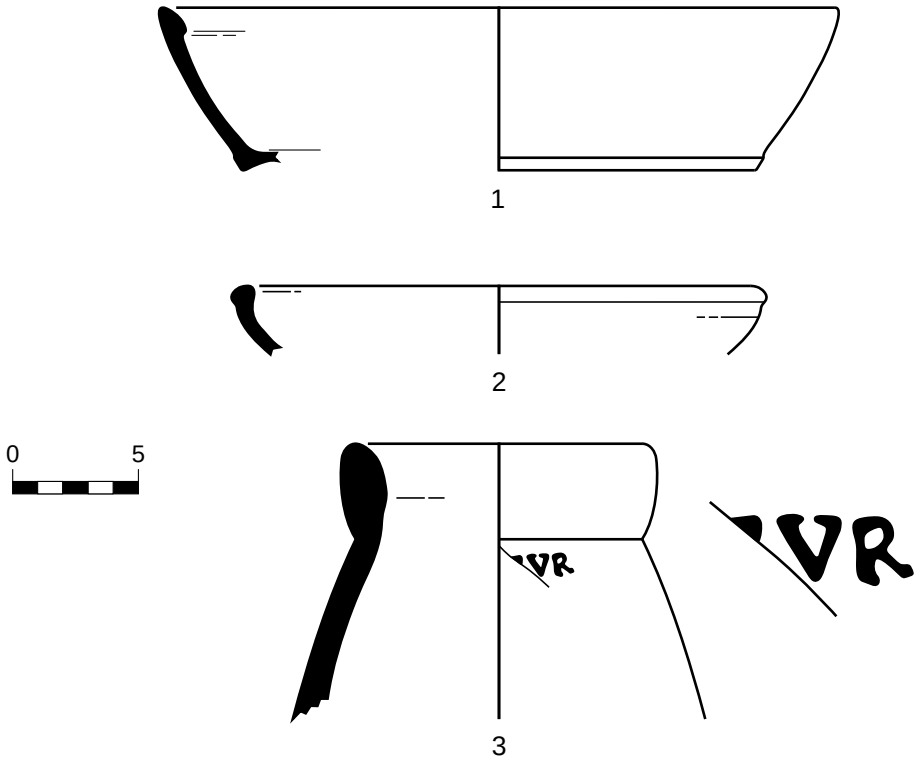


Fig. 257. 1. Hayes 23B, 2. Cuenco en cerámica común oxidante (ERW3 ?), 3. Ánfora africana II C variante C 1 (sello escala 1:1).

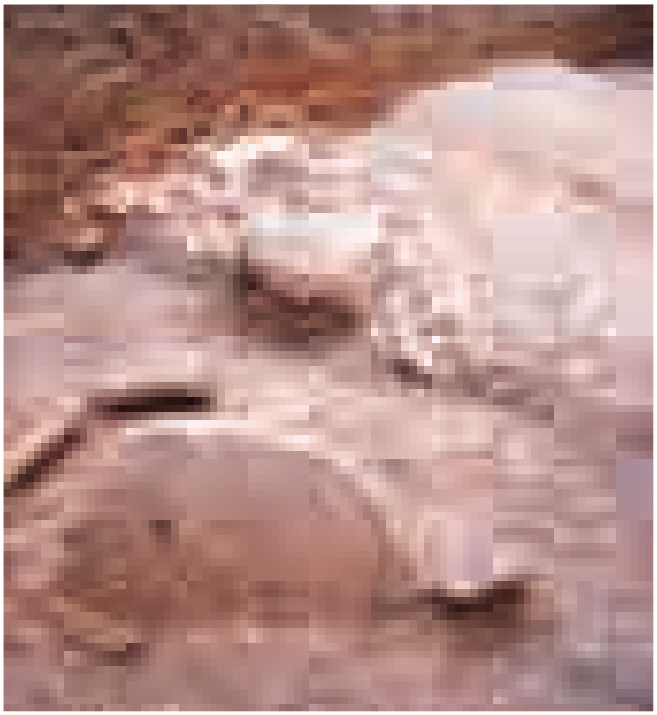


Fig. 258. Detalle del desplome de los grandes fragmentos de opus signinum que formaban parte del piso superior (o terraza) del edificio situado entre el pórtico y la calzada del que sólo se conoce su línea de fachada.

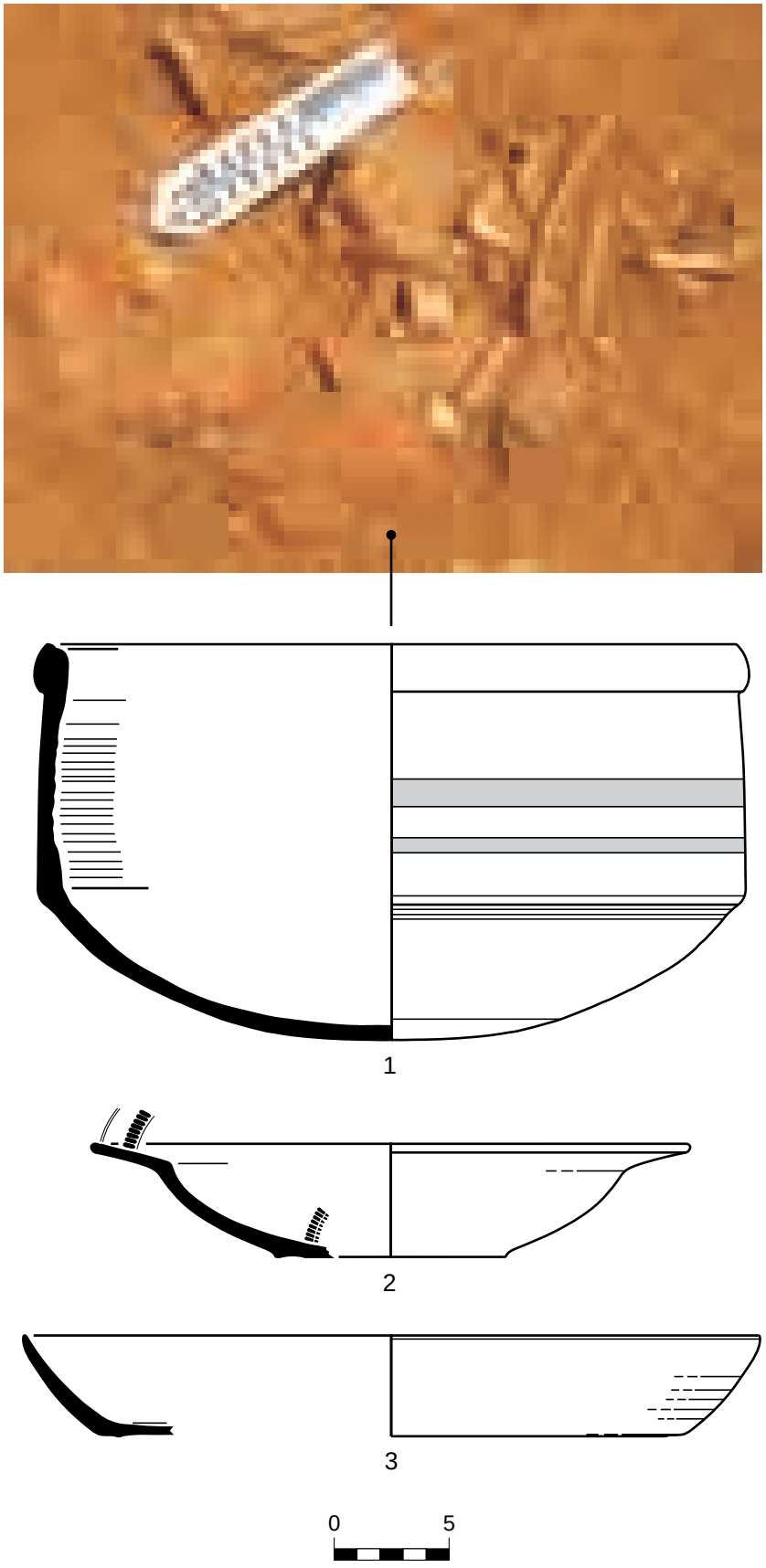


Fig. 259. 1. Cazuela tardía de la forma H. 197 hallada formando parte de un vertido puntual (*supra*) con restos del antiguo edificio altoimperial (*opus signinum*) y numerosos restos orgánicos (caracoles, huesos animales, carbones), 2-3. TSA C, Hayes 45A y H. 50B.

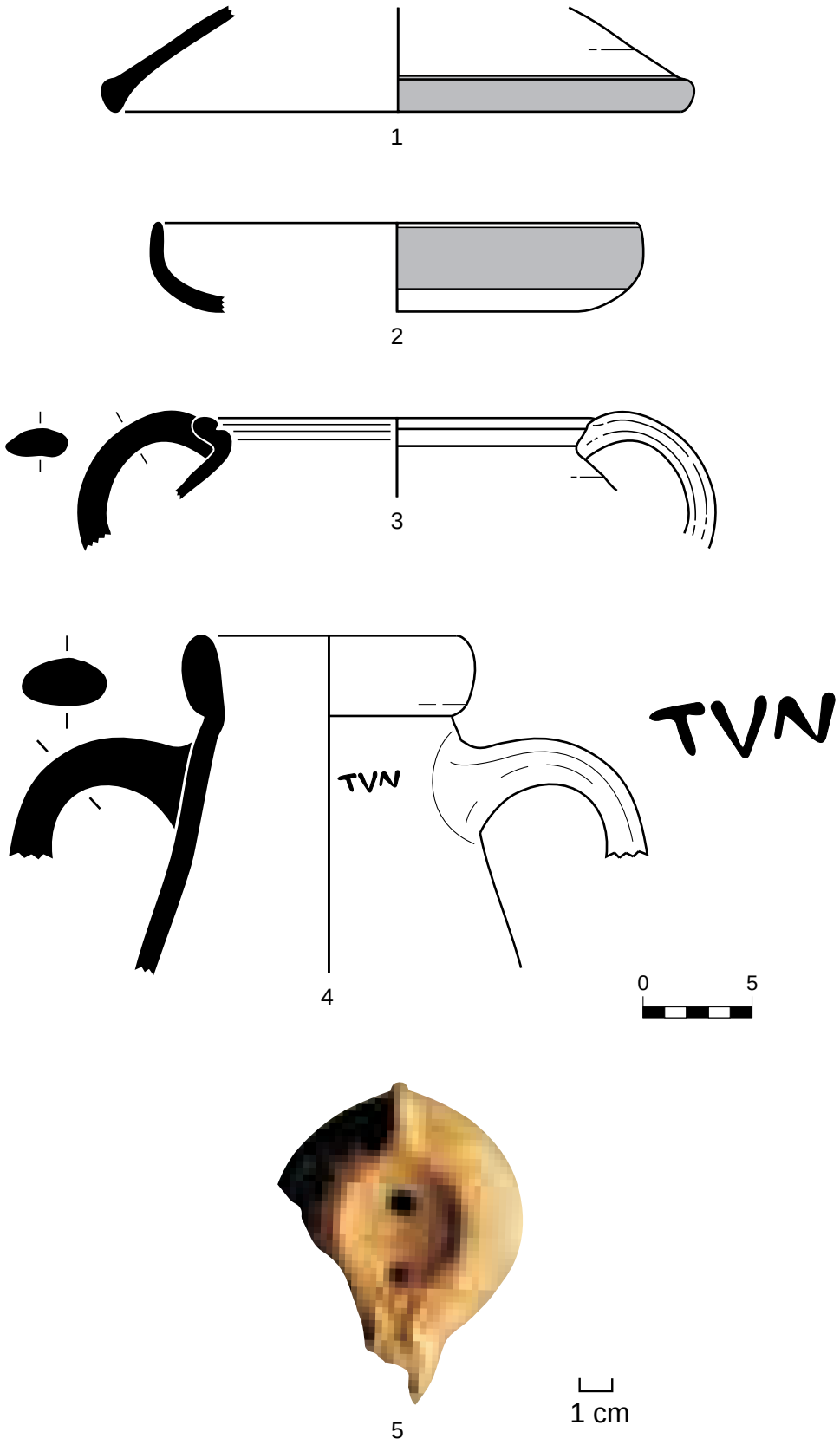


Fig. 260. 1-3. Cerámica africana de cocina, 4. Ánfora africana con sello TVN (sello escala 1:1), 5. Lucerna africana de canal curvo (escala 1:2).

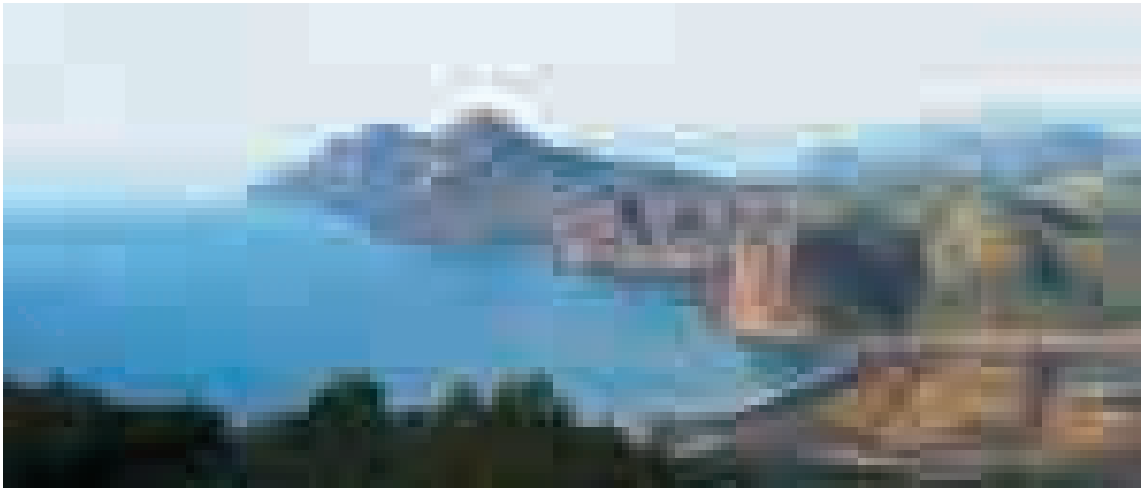


Fig. 261. Vista de la sinuosa costa de Cartagena, ubicada al fondo (tras las chimeneas industriales del Valle de Escombreras), tomada desde la bahía de Portmán colmatada por los estériles de las explotaciones mineras (dcha.)

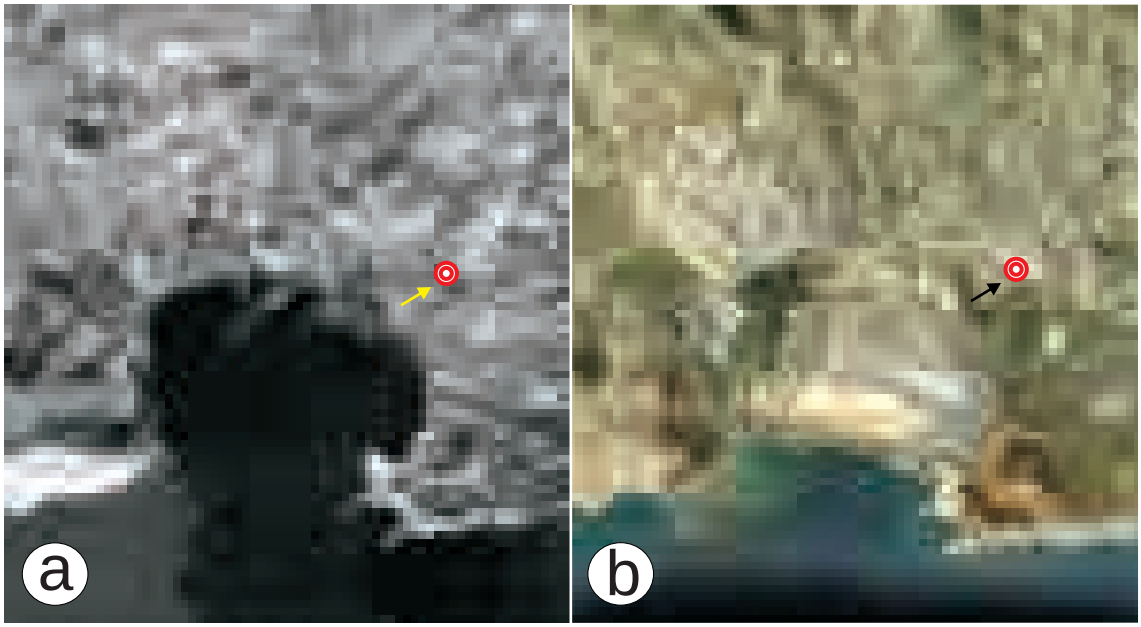


Fig. 262. (a) Vista de la bahía de Portmán en 1945 antes de su colmatación artificial y en la actualidad (b), con la situación del yacimiento y su posición respecto a la costa.

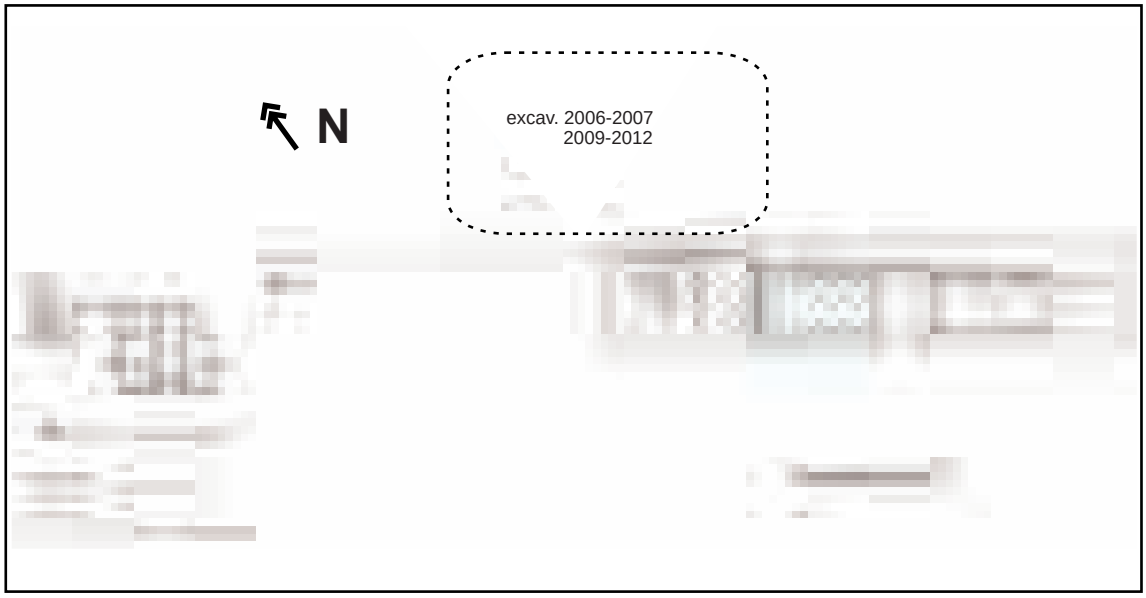


Fig. 263. Planta de la excavación con las intervenciones de 1970 y 1984-1985. En línea discontínua, zona donde se han efectuado trabajos en 2006-2007 y 2009-2012. A la derecha se observan las grandes piletas de *opus signinum*.

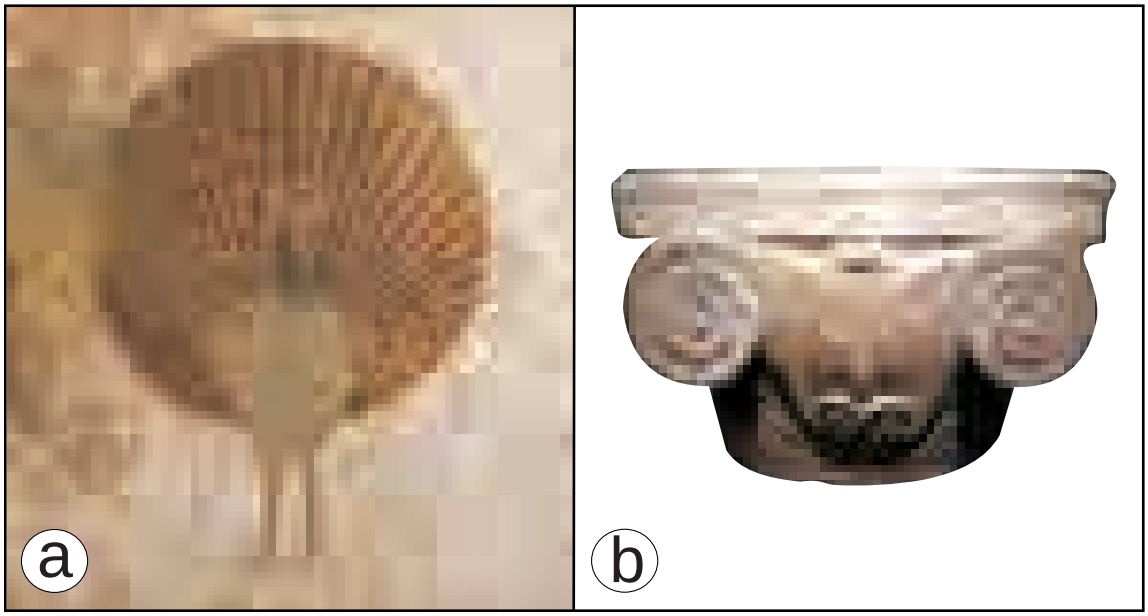


Fig. 264. (a) Mosaico en *opus tessellatum* polícromo con representación de un pavo real y (b) capitel jónico que destaca entre el material arquitectónico documentado en la *uilla.*



Fig. 265. Vista de los grandes estanques de *opus signinum* y del muro moderno de la carretera construido encima de las estructuras.

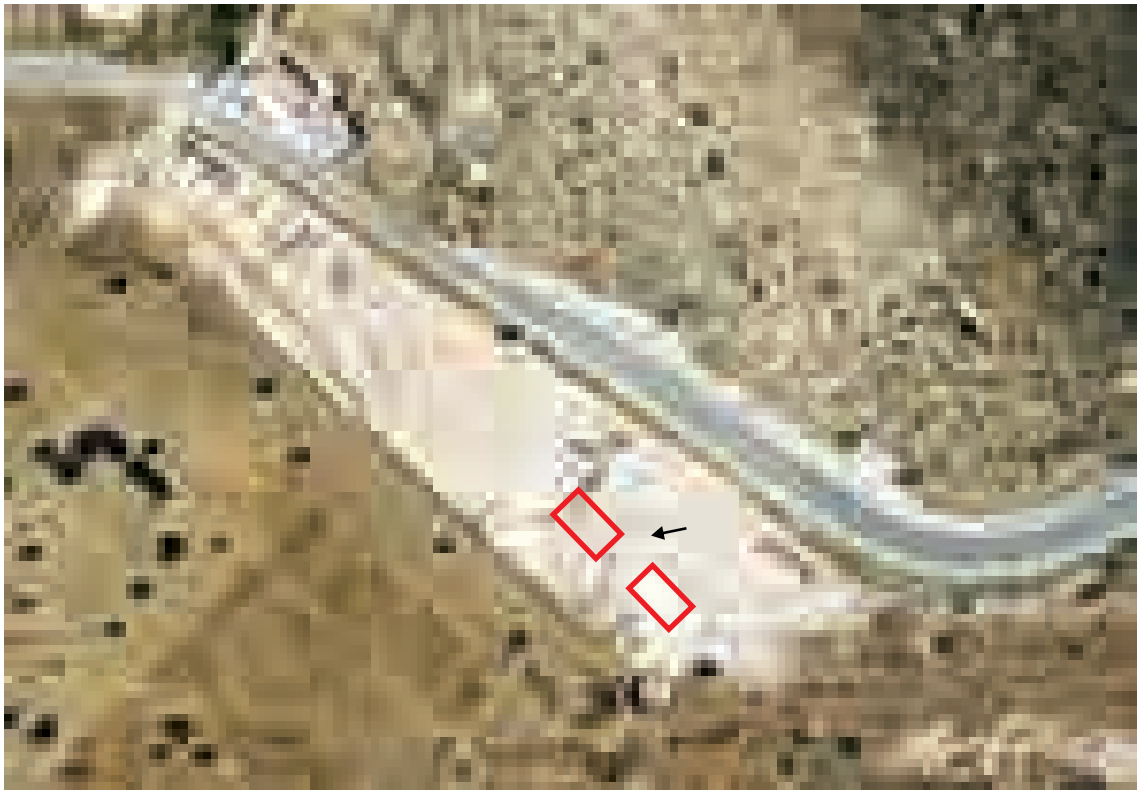


Fig. 266. Vista aérea del yacimiento y los daños provocados por el paso de una carretera (ligeramente retranqueada frente a la del s. XIX). En rojo, los dos estanques de *opus signinum* destacados.

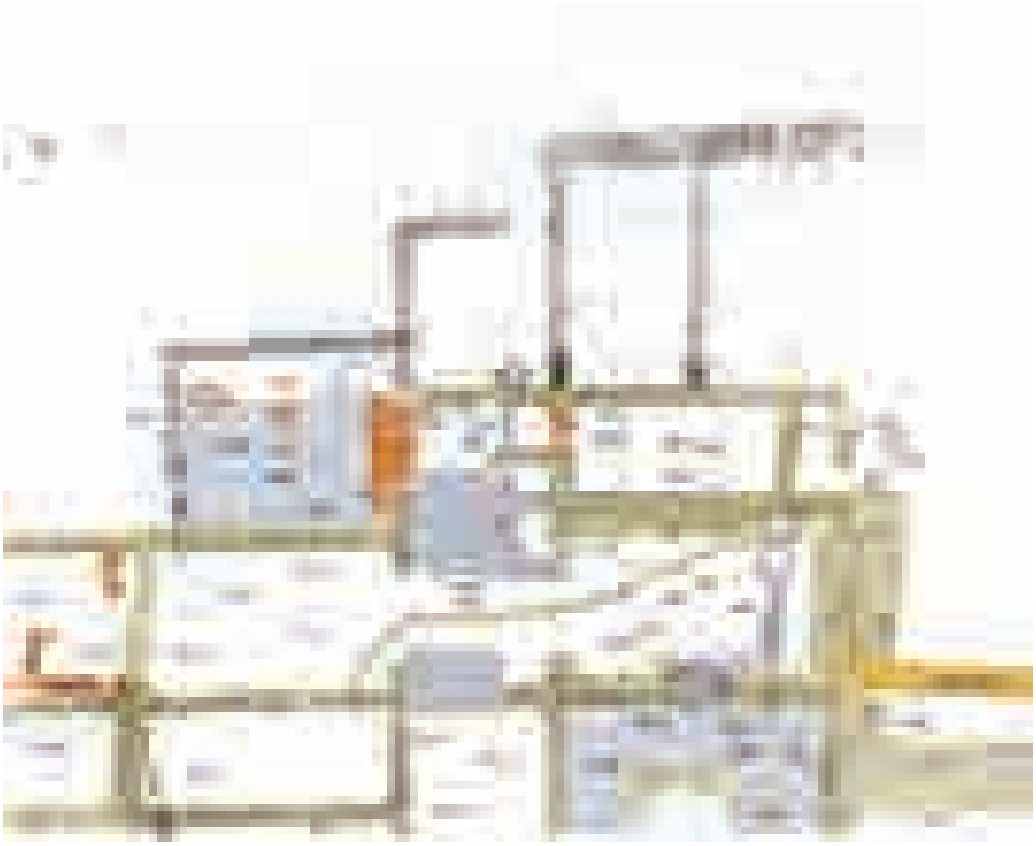


Fig. 267. Planimetría de la zona excavada en las últimas intervenciones (2009-2012) en la *uilla* romana de Portmán.



Fig. 268. Escalinata central que unía los distintos niveles de la *uilla,* que se extendía a lo largo del frente marítimo en varias terrazas.

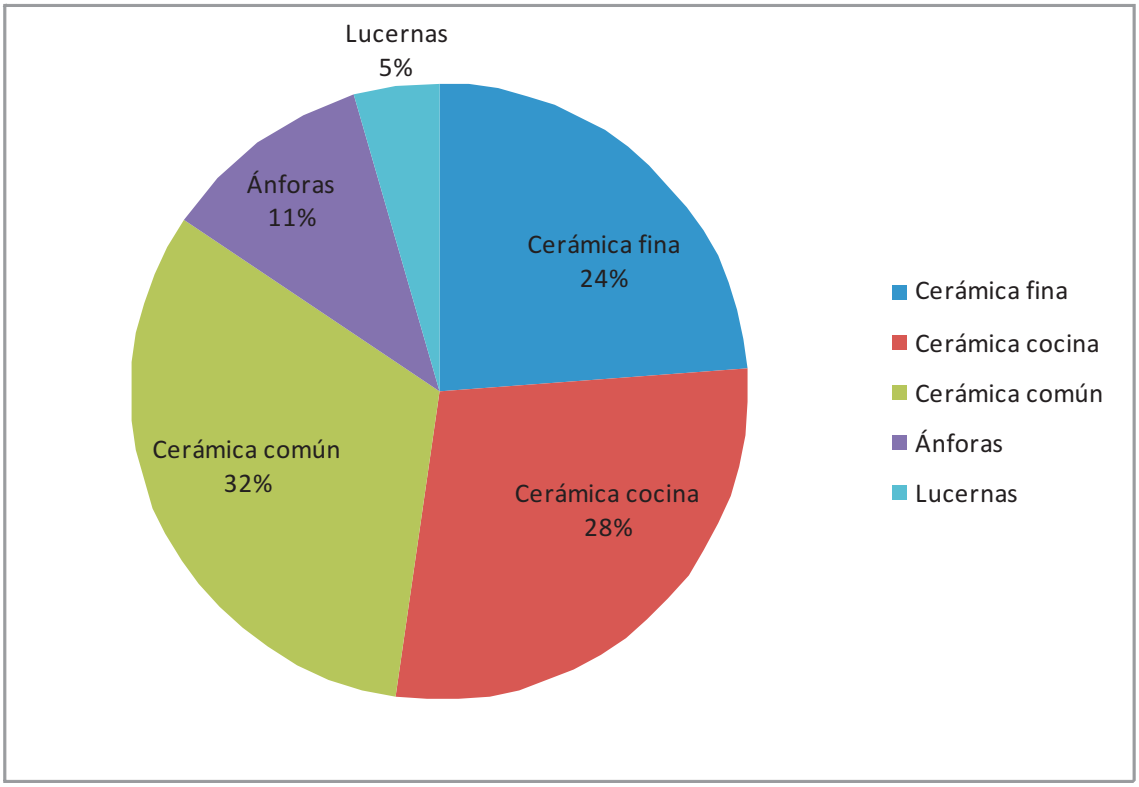


Fig. 269. Distribución de las principales categorías cerámicas analizadas en el contexto sobre la base del NMI.

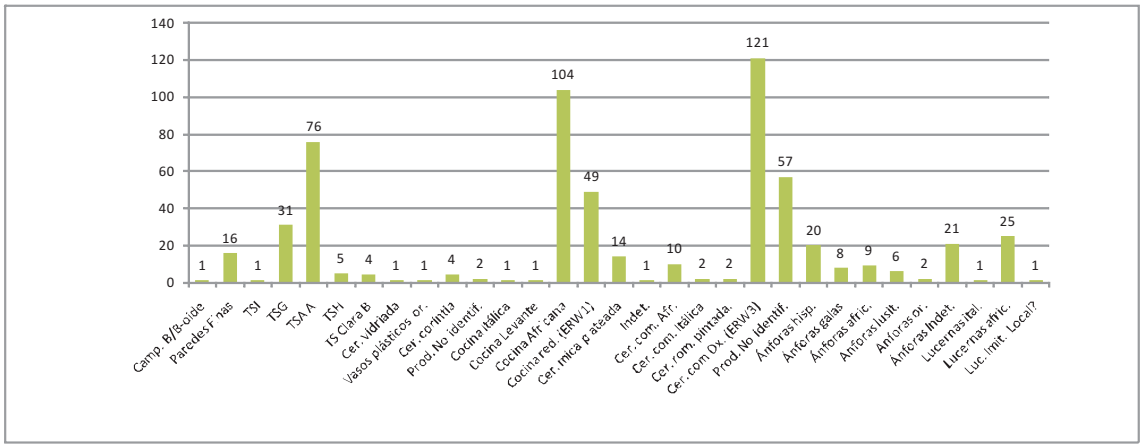


Fig. 270. Representación estadística de las principales producciones cerámicas halladas en el estanque nº 2 de la *uilla* romana de Portmán con la cifra que indica el NMI de cada una de ellas.

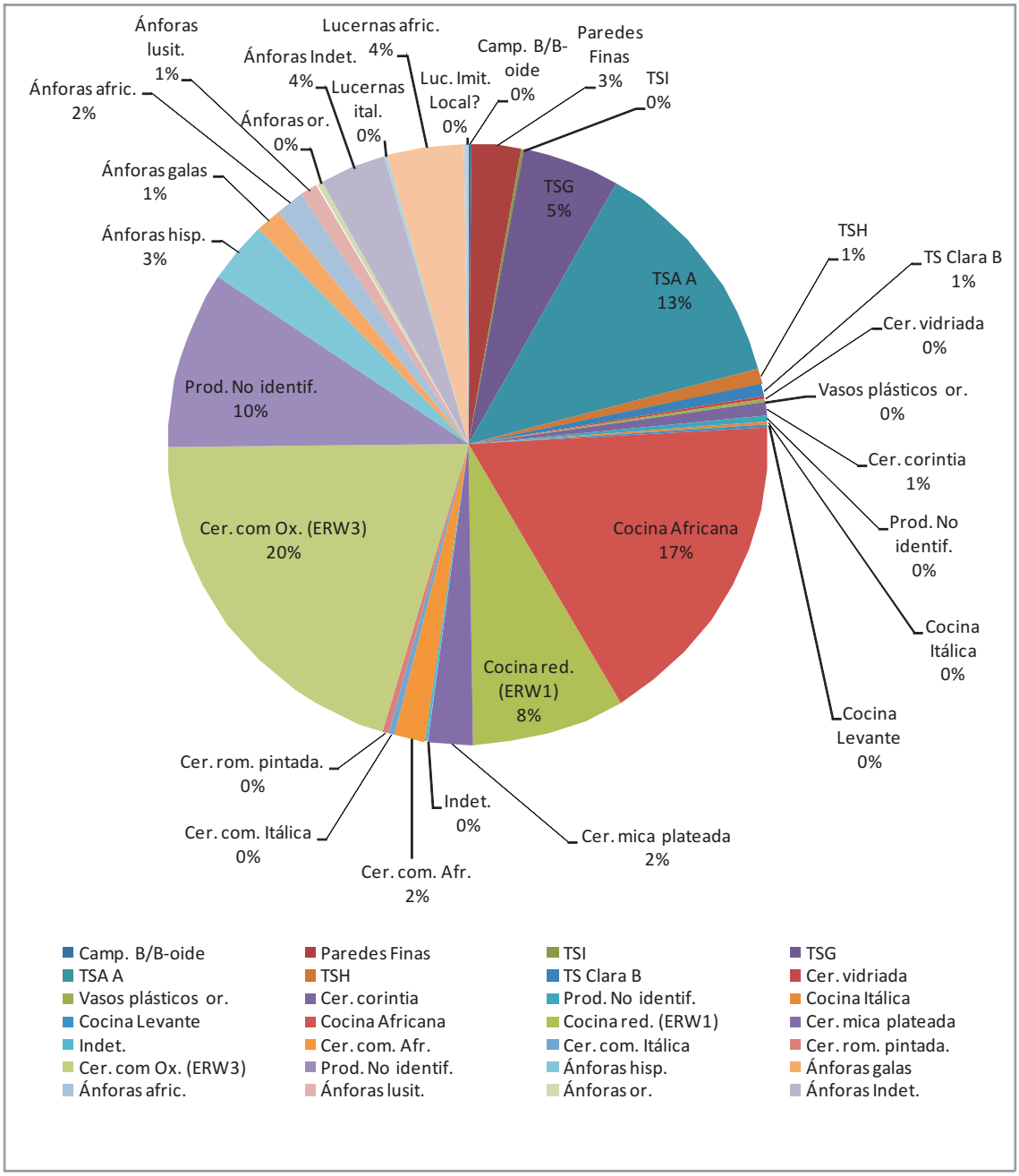


Fig. 271. Gráfico que muestra el porcentaje en el que fueron halladas las principales producciones cerámicas del estanque 2 de la *uilla* romana de Portmán.

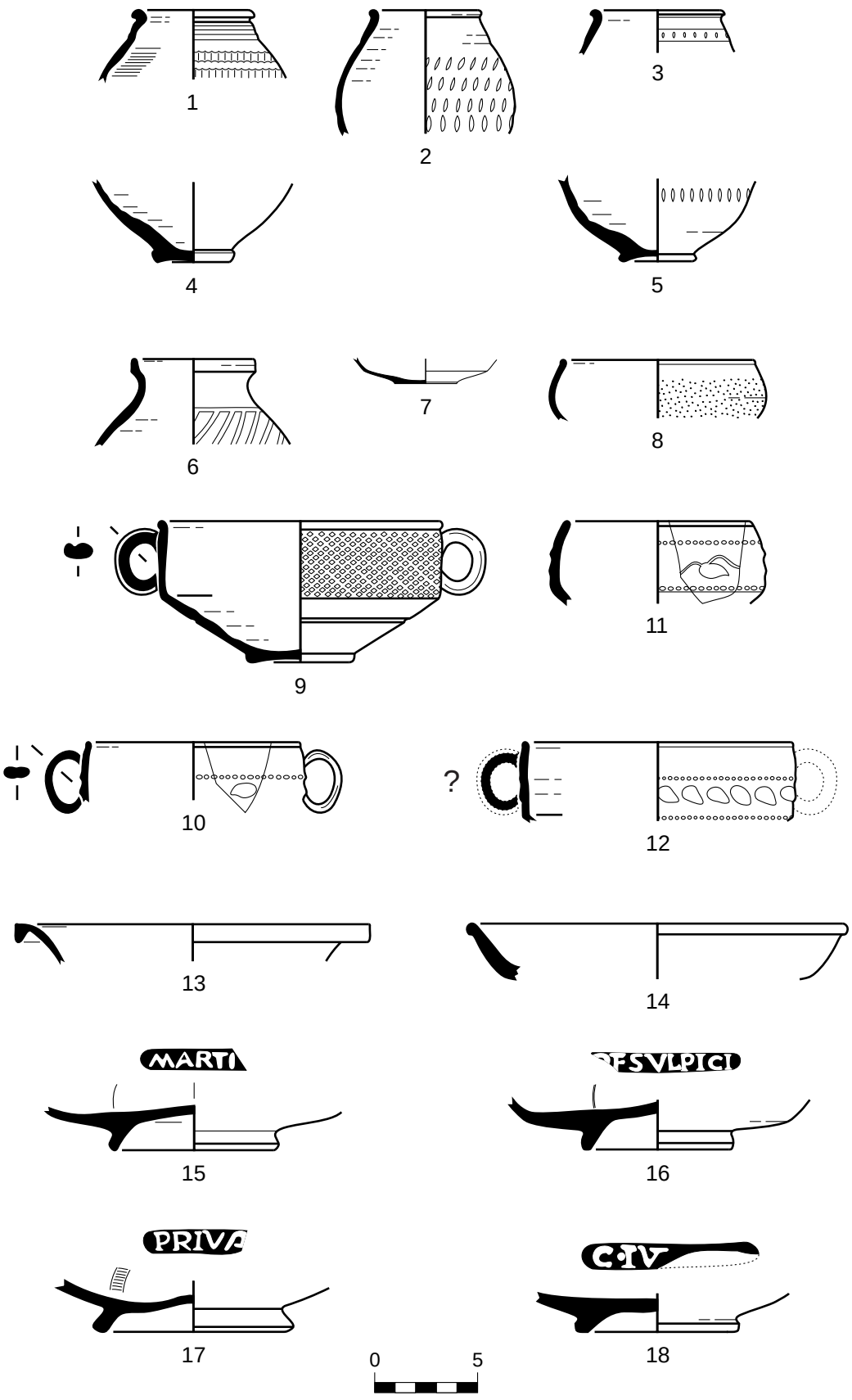


Fig. 272. 1-5. Paredes finas locales, 6-12. Paredes finas béticas, 13. TSI, 14-18. TSG (sellos escala 1:1).

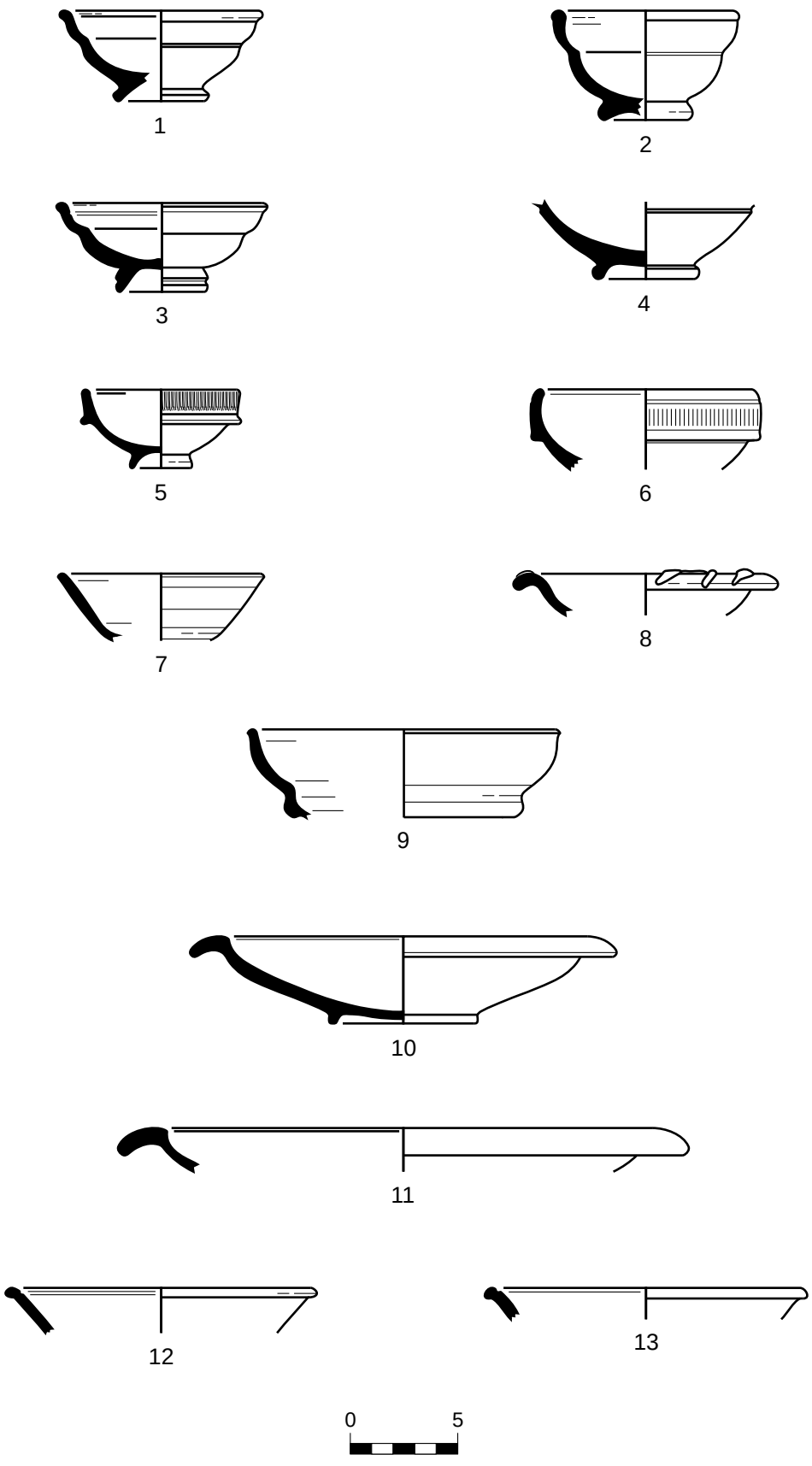


Fig. 273. 1-9. TSG, 10-13. TSAA.

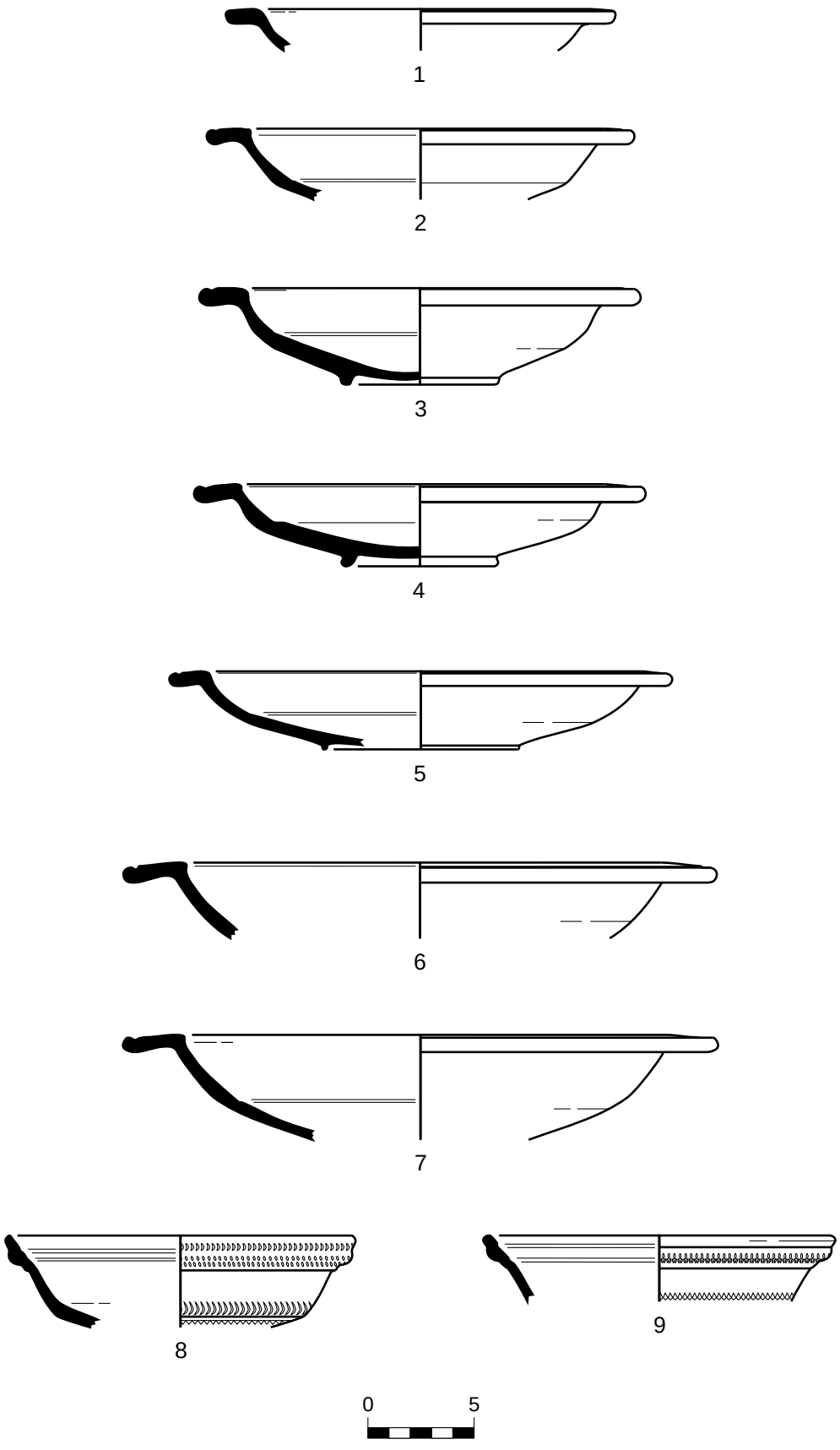


Fig. 274. TSA A.

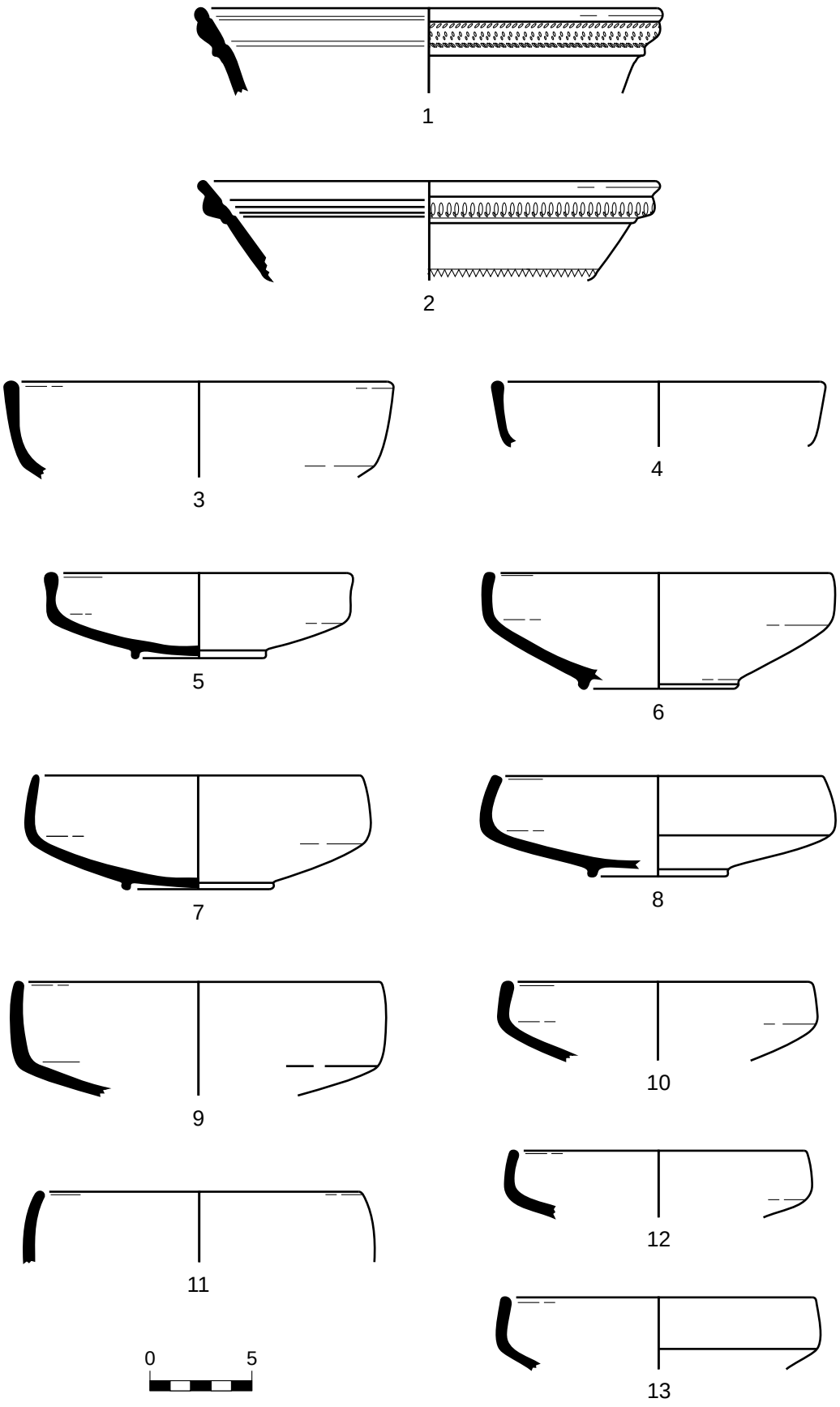


Fig. 275. TSA A.

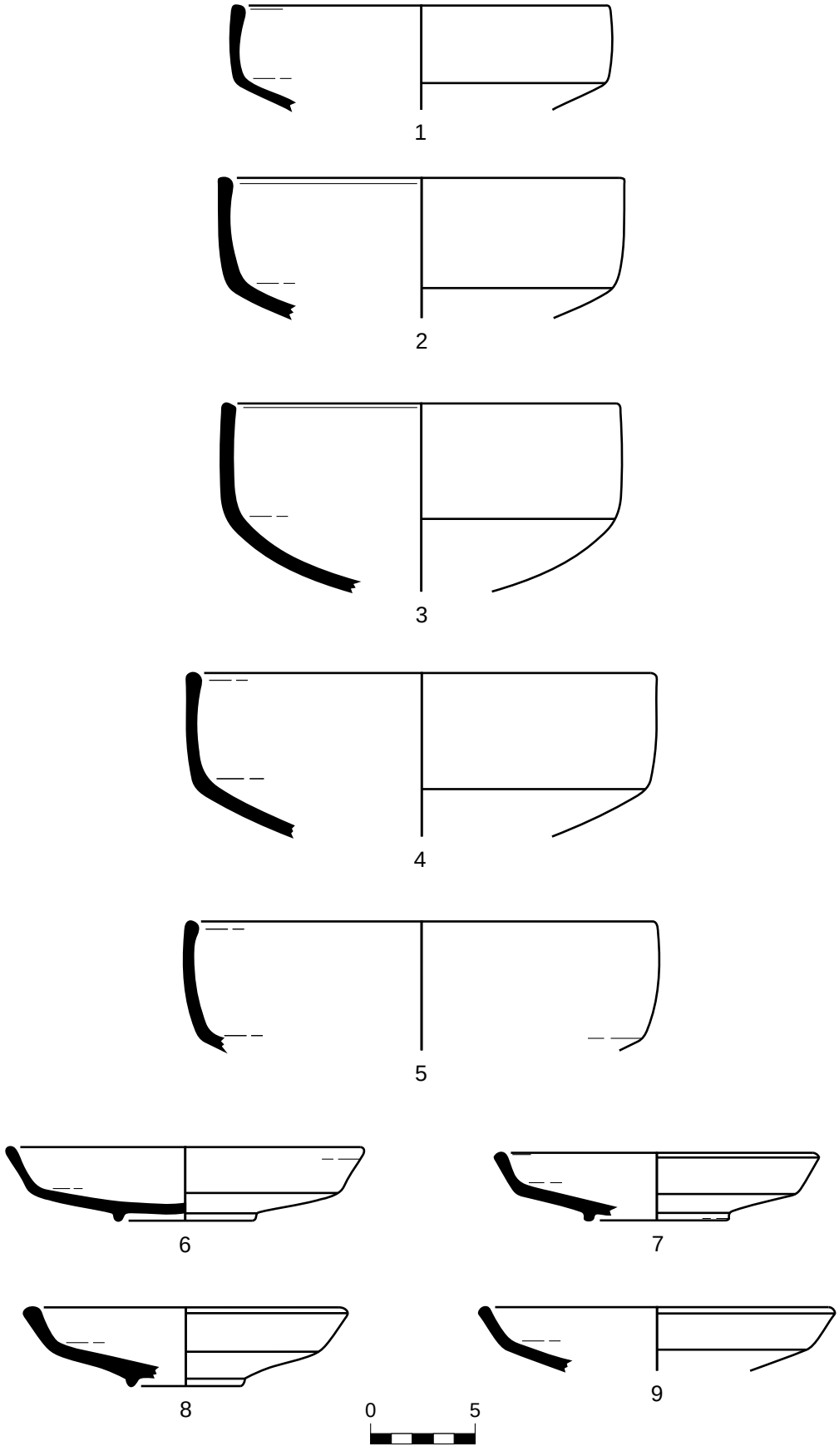


Fig. 276. TSA A.

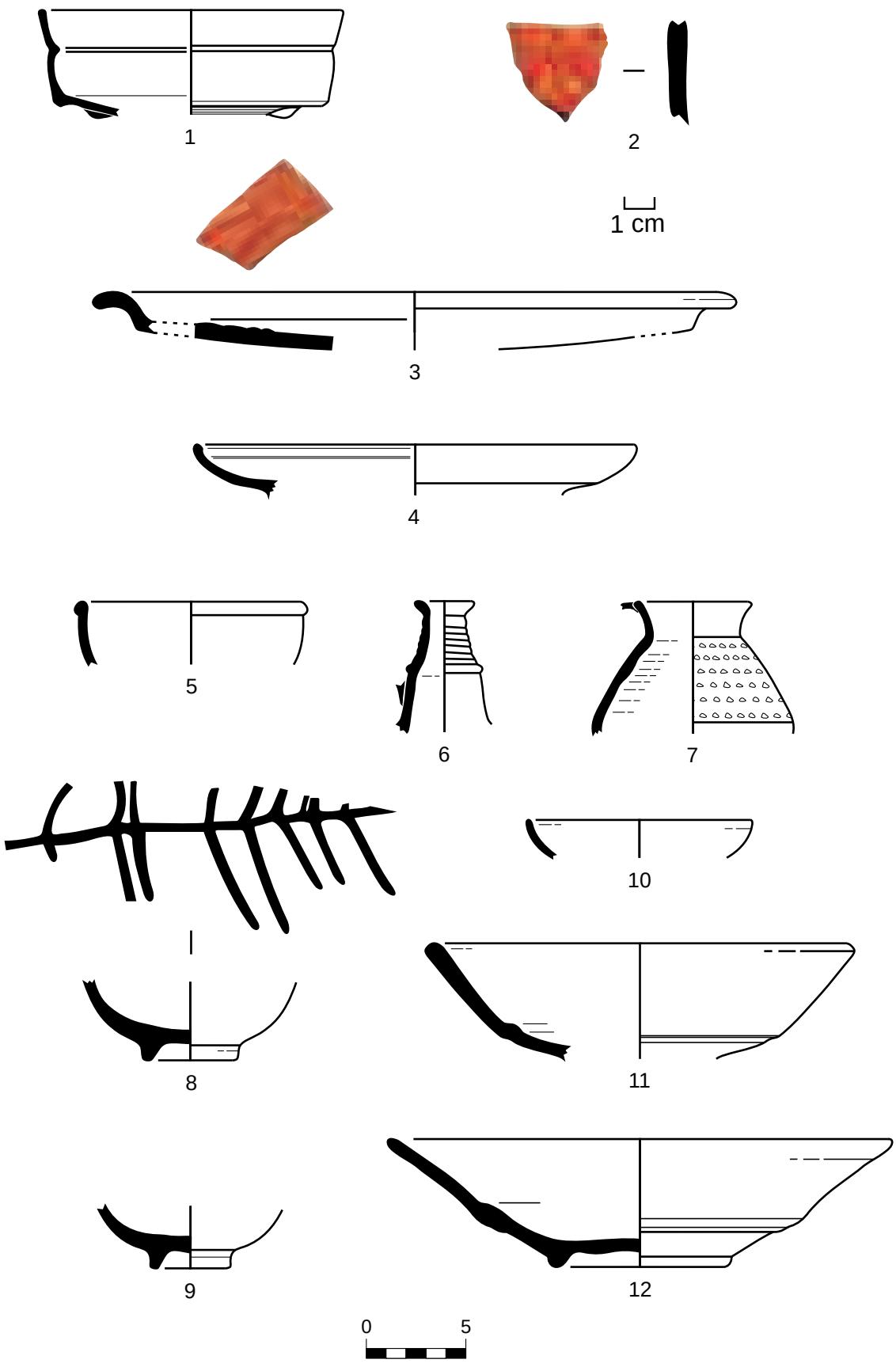


Fig. 277. 1-7. TSA A (nº 1 y 2 escala 1:2), 8-12. TSH, (nº8 grafito escala: 1.1).

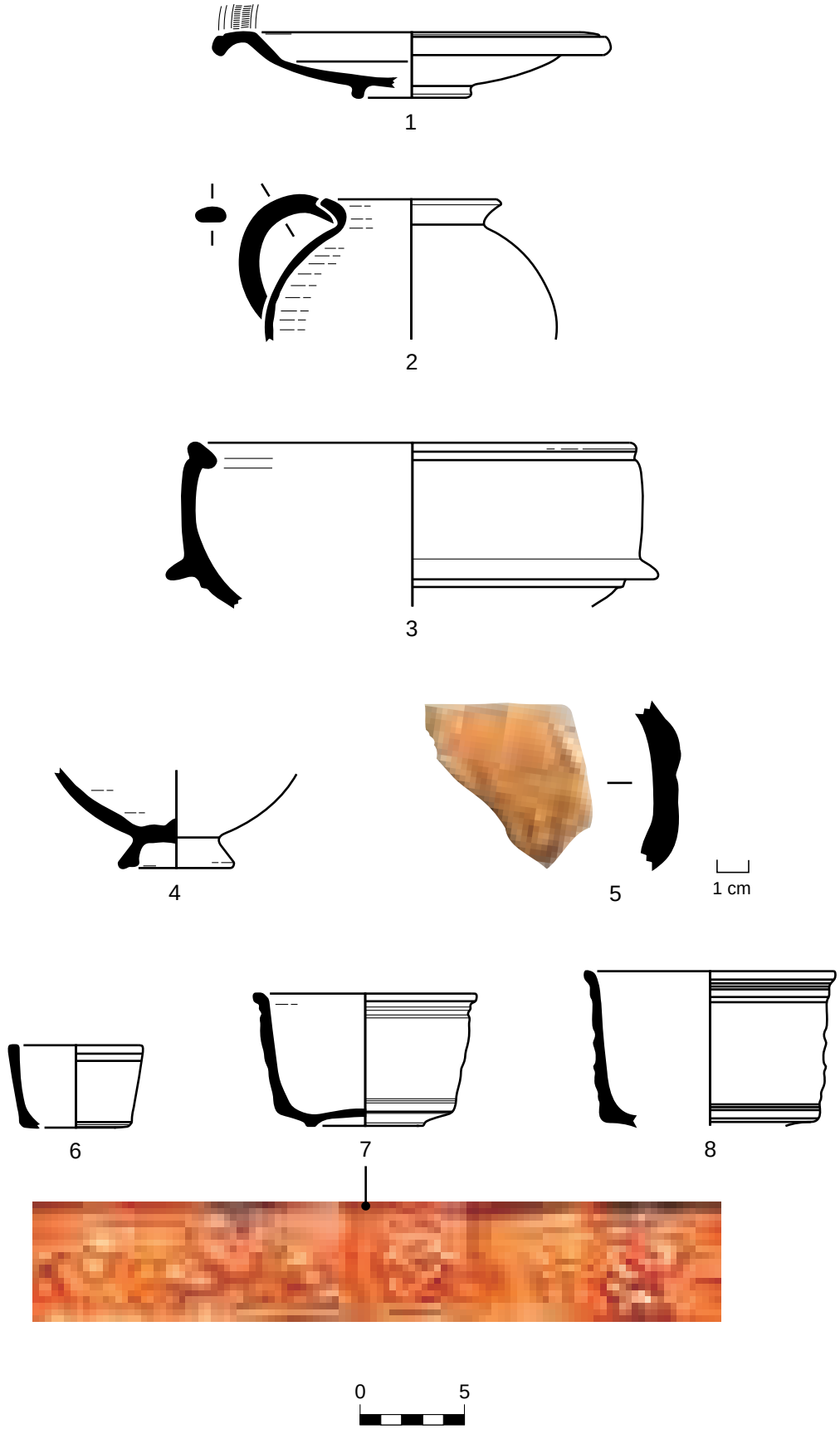


Fig. 278. 1-3. TS Clara B, 4. Cerámica romana vidriada, 5. Vaso plástico oriental (escala 1:2), 6. Copas / Píxides corintias con representación en relieve de los trabajos de Hércules.

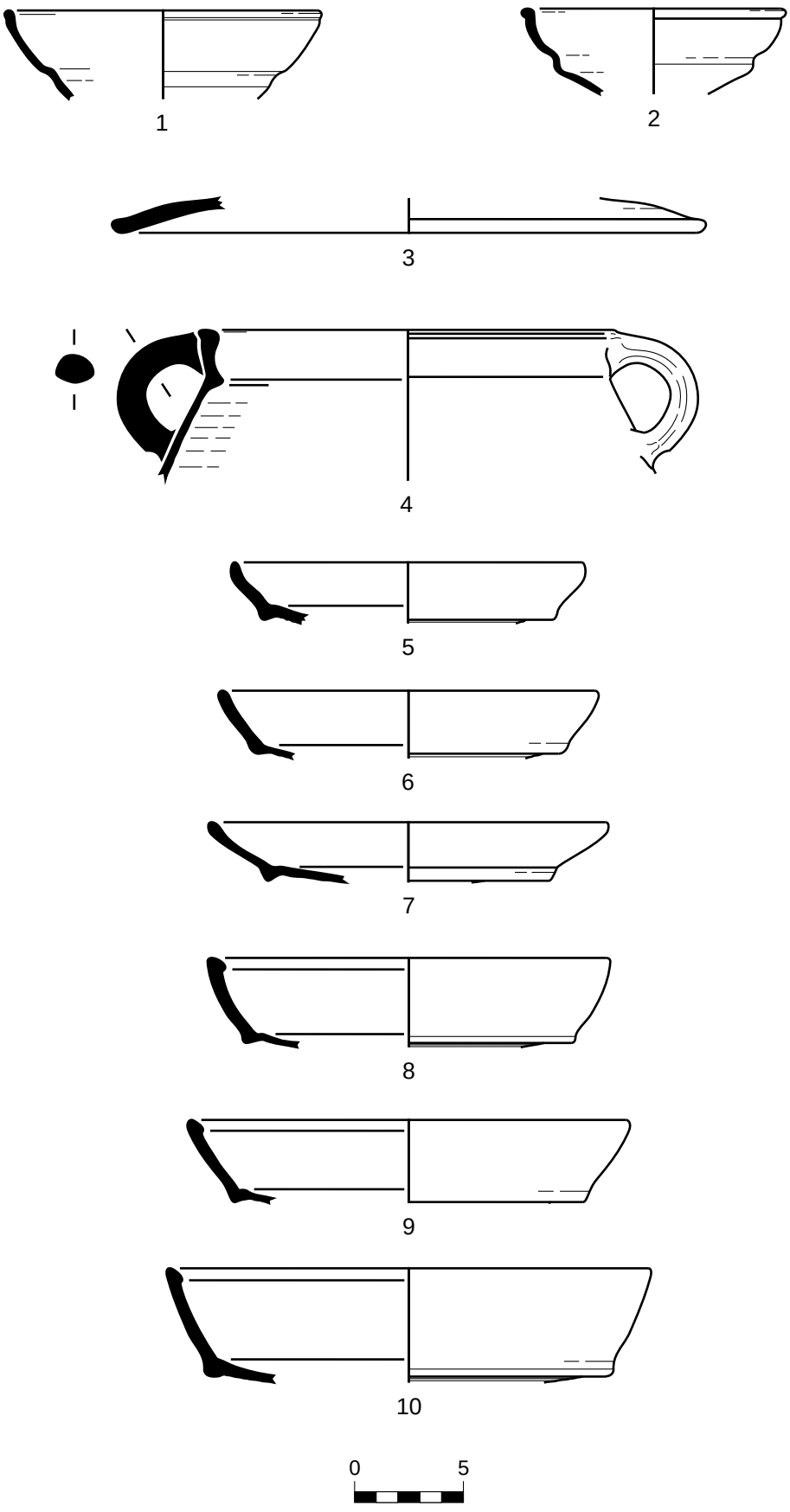


Fig. 279. 1-2. Imitaciones forma Drag. 27, 3. Cerámica cocina itálica, 4. Cerámica cocina del Levante, 5-10. Cerámica de cocina africana.

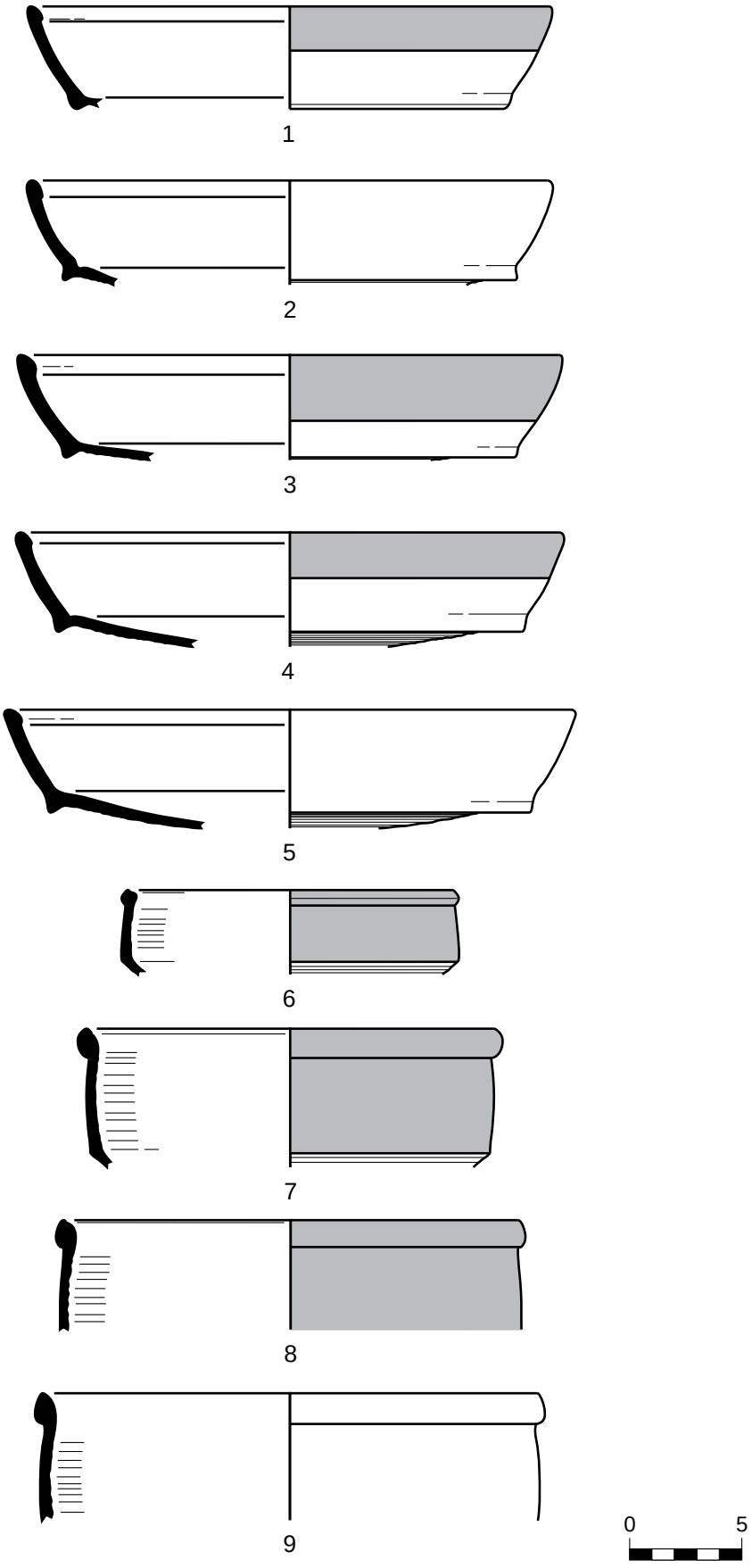


Fig. 280. Cerámica de cocina africana.

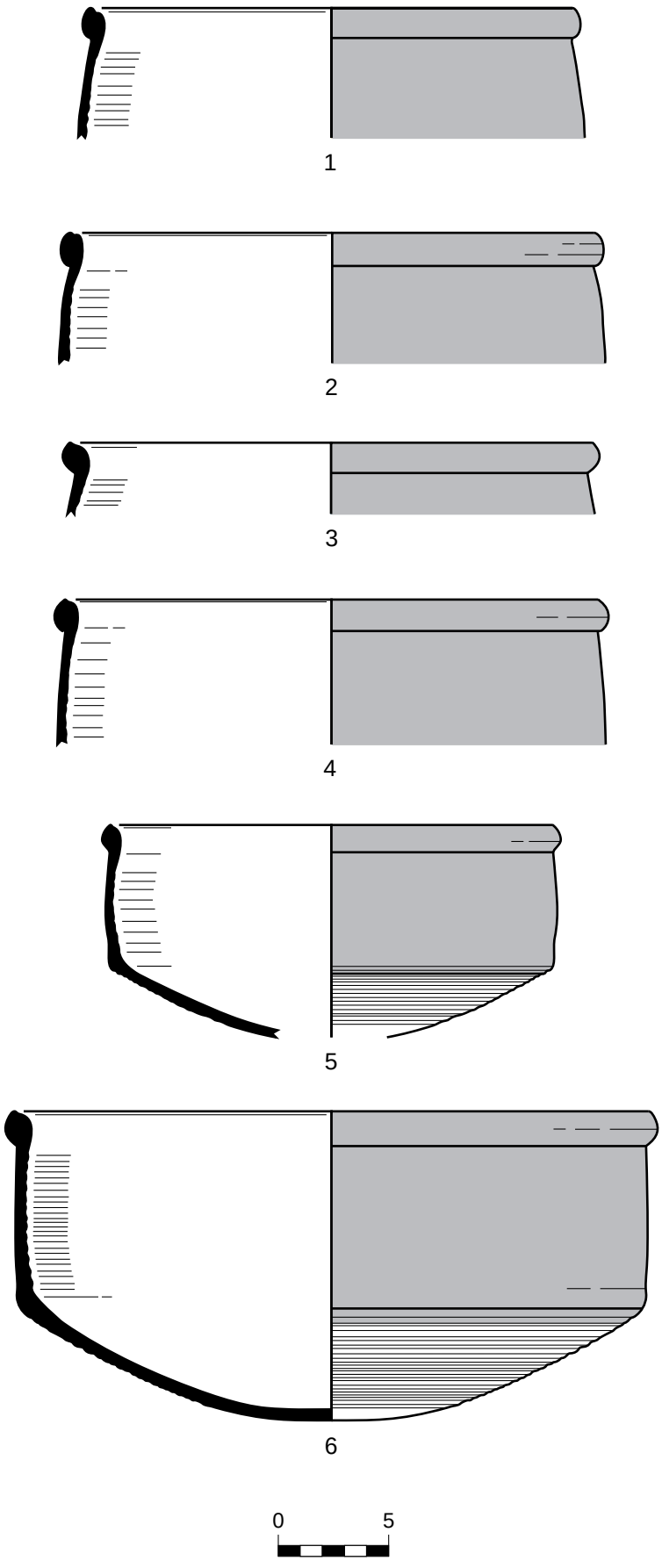


Fig. 281. Cerámica de cocina africana.

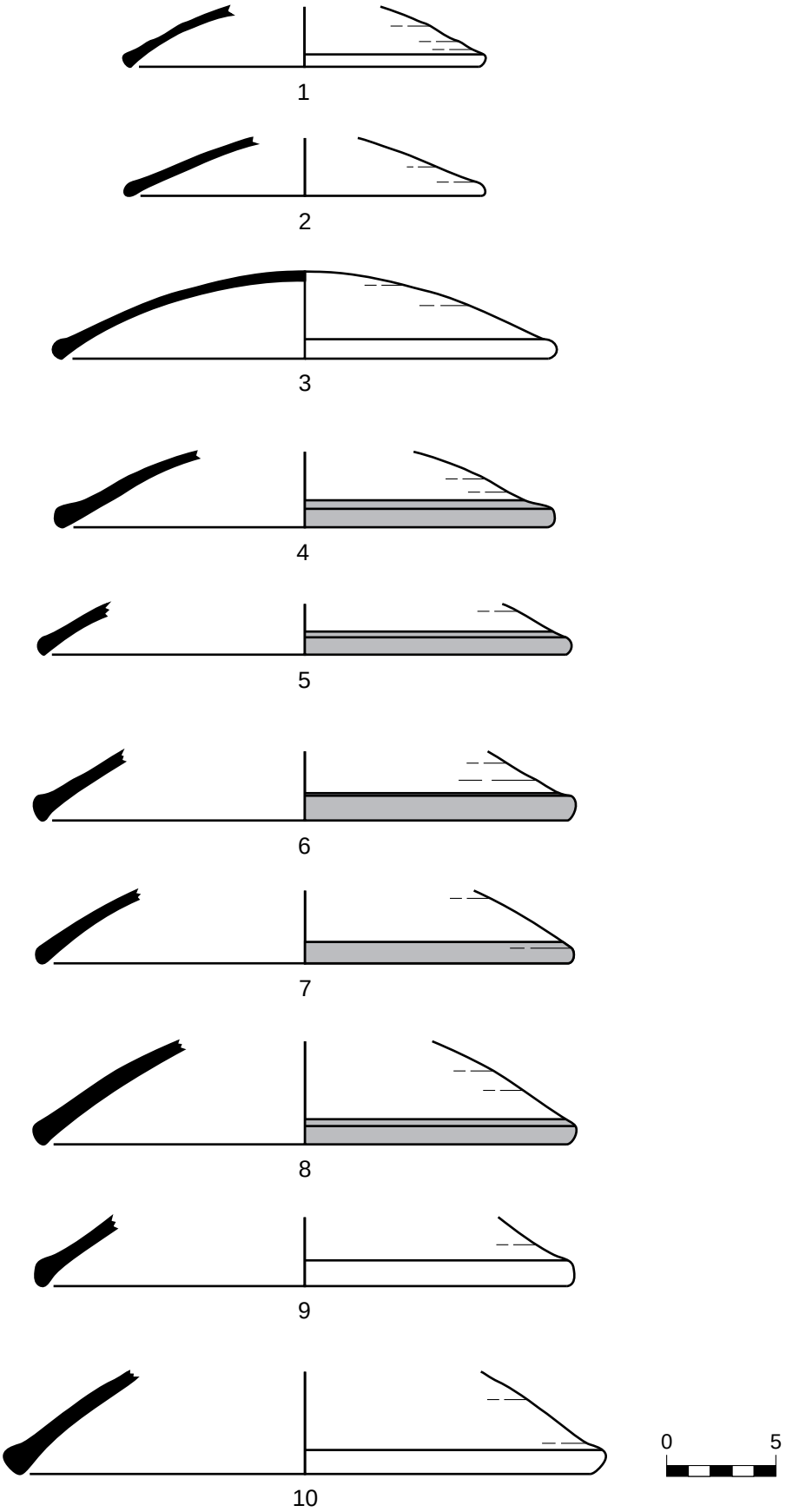


Fig. 282. Cerámica de cocina africana.

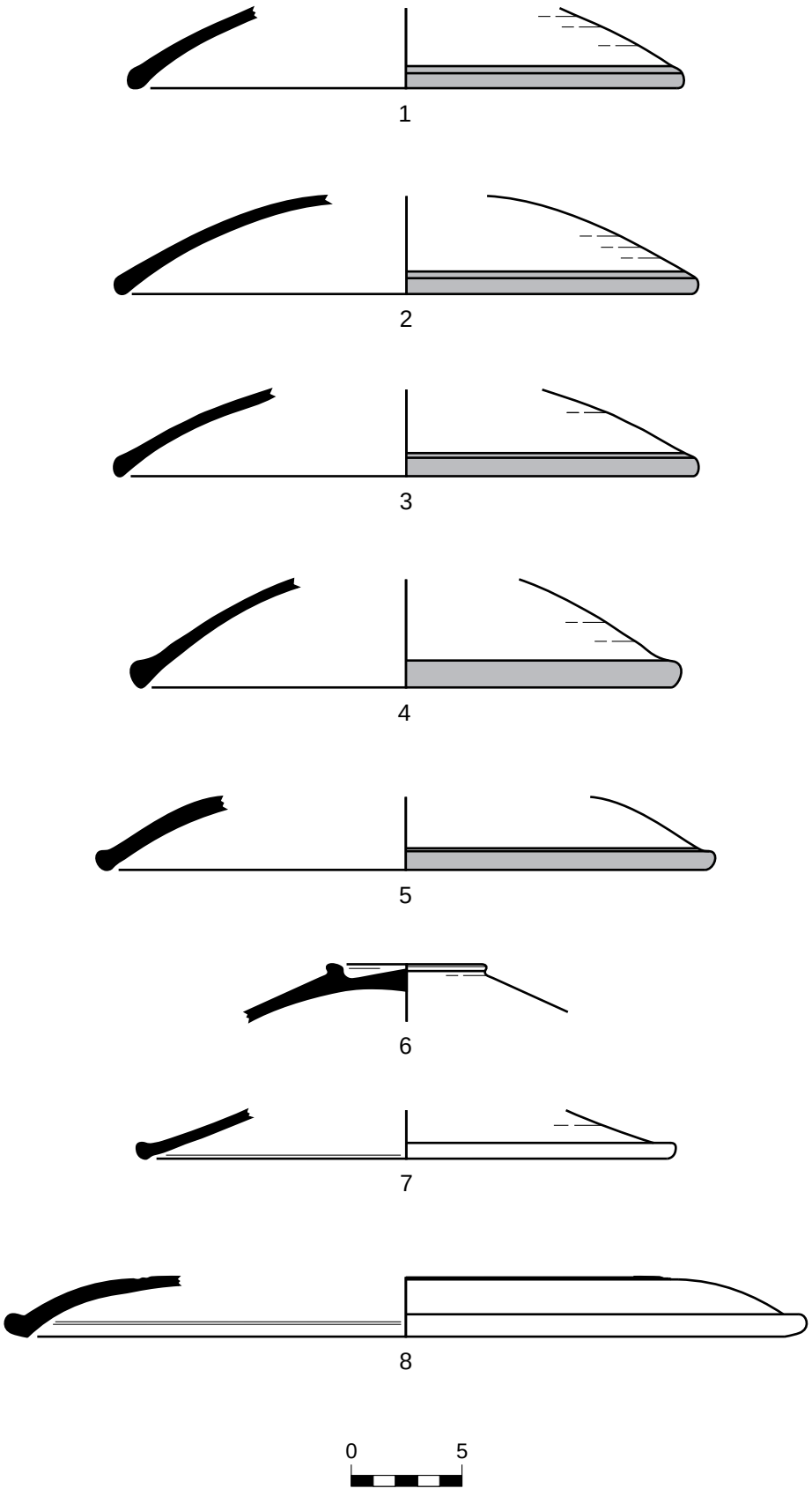


Fig. 283. Cerámica de cocina africana.

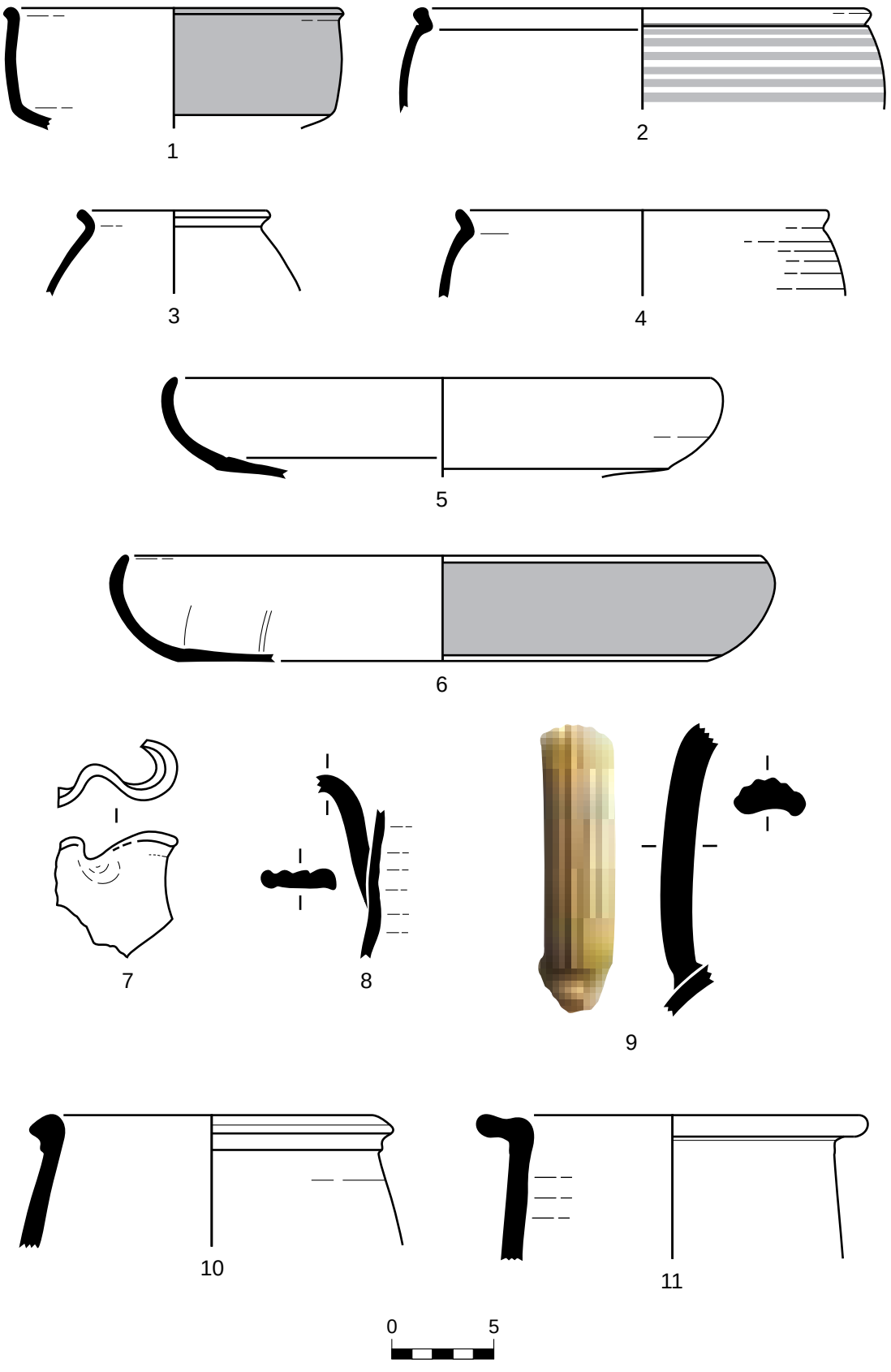


Fig. 284. Cerámica de cocina africana (nº 10 y 11 con dudas en cuanto a tipología).

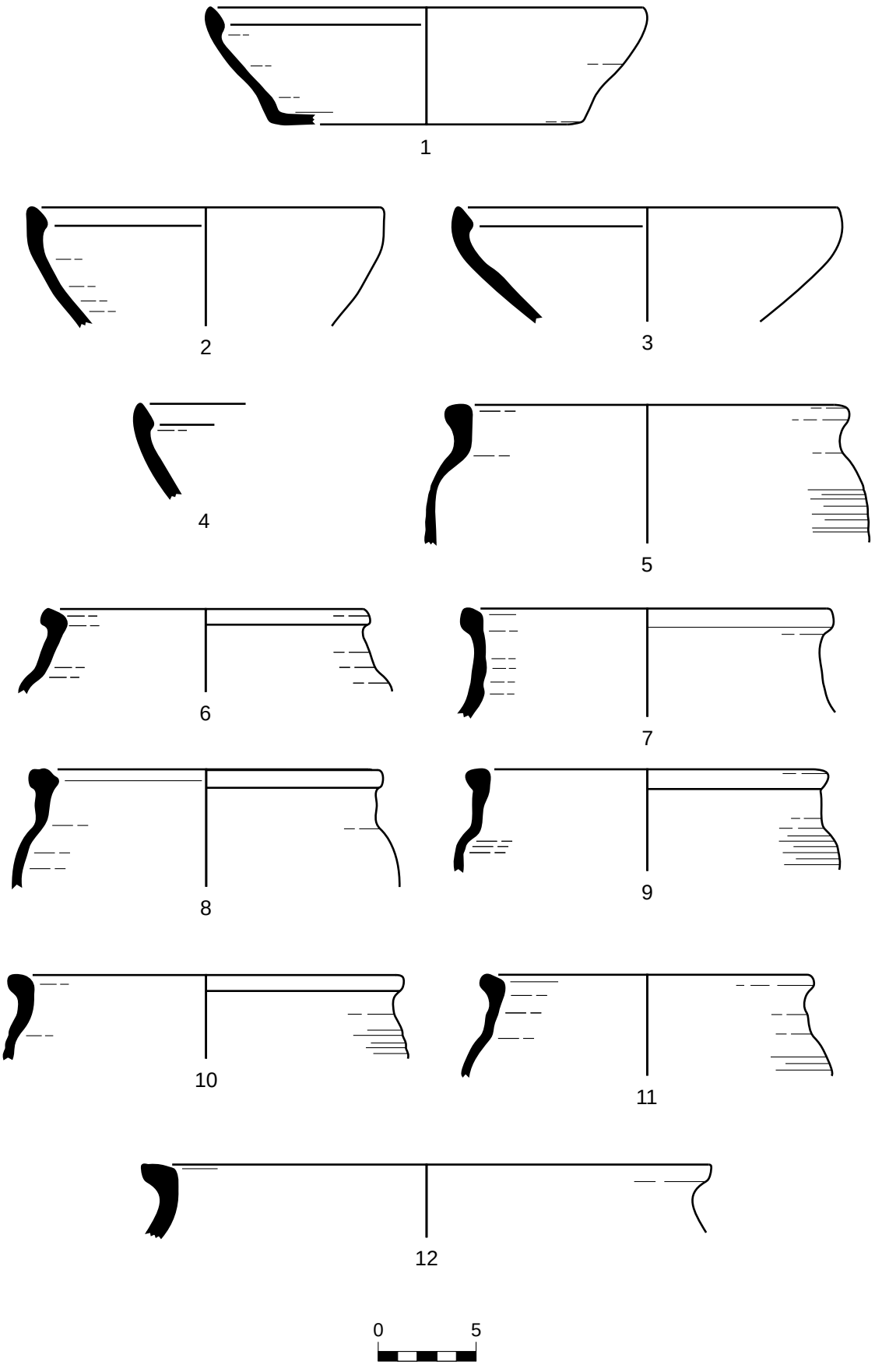


Fig. 285. Cerámica reductora de cocina o ERW1.

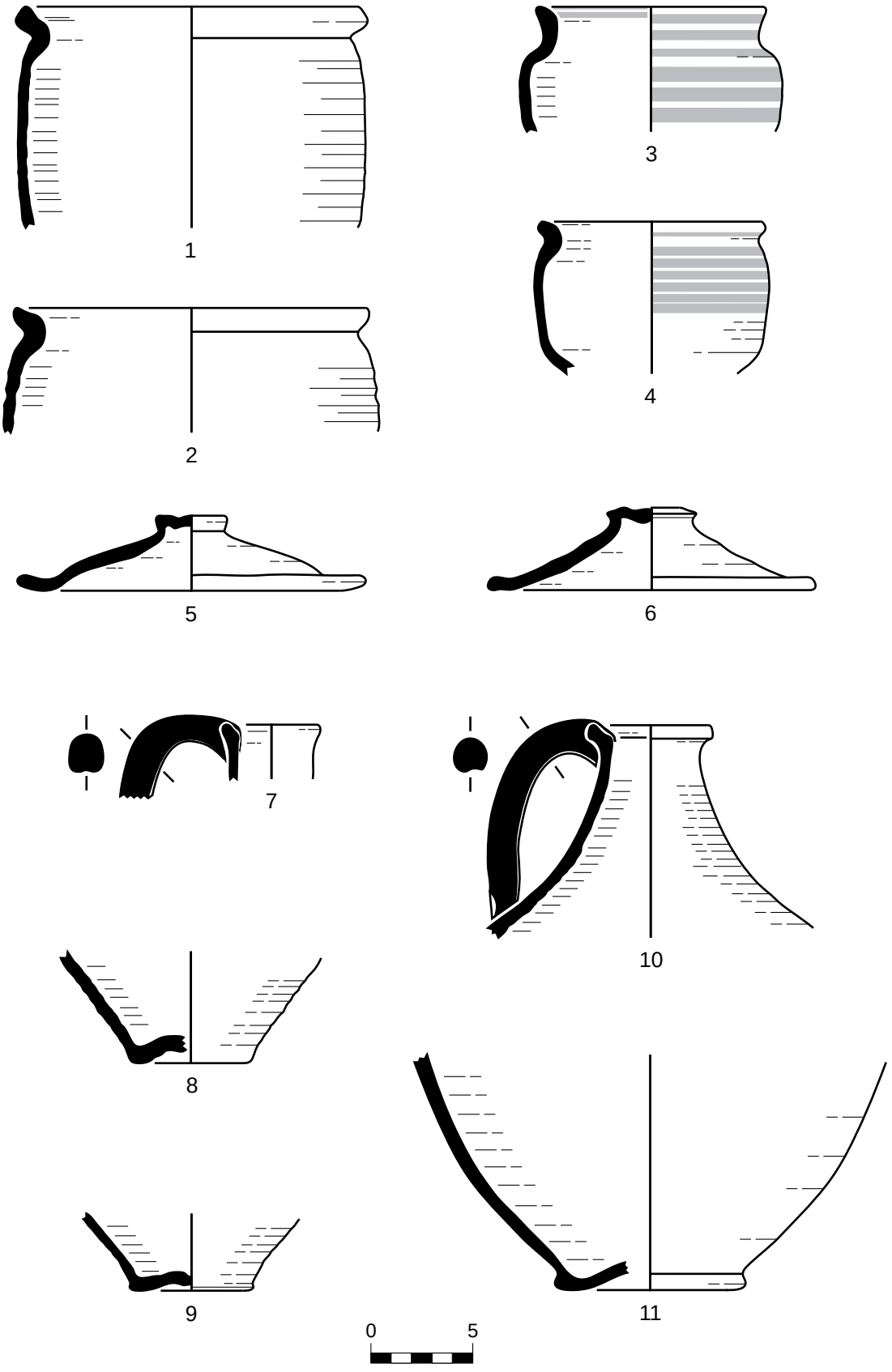


Fig. 286. Cerámica reductora de cocina o ERW1.

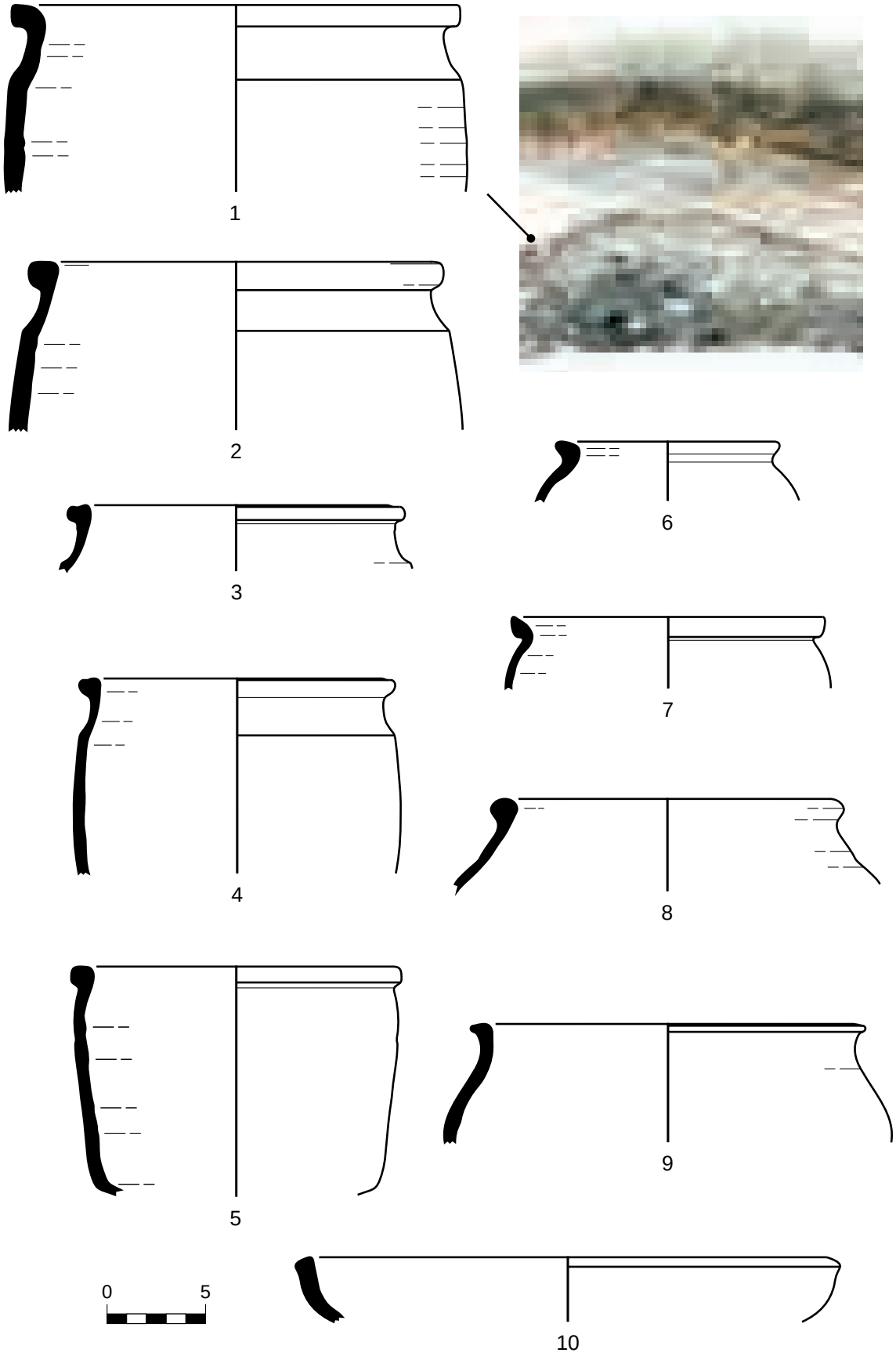


Fig. 287. 1-9. Cerámica reductora de cocina o ERW1, 10. Producción no identificada.

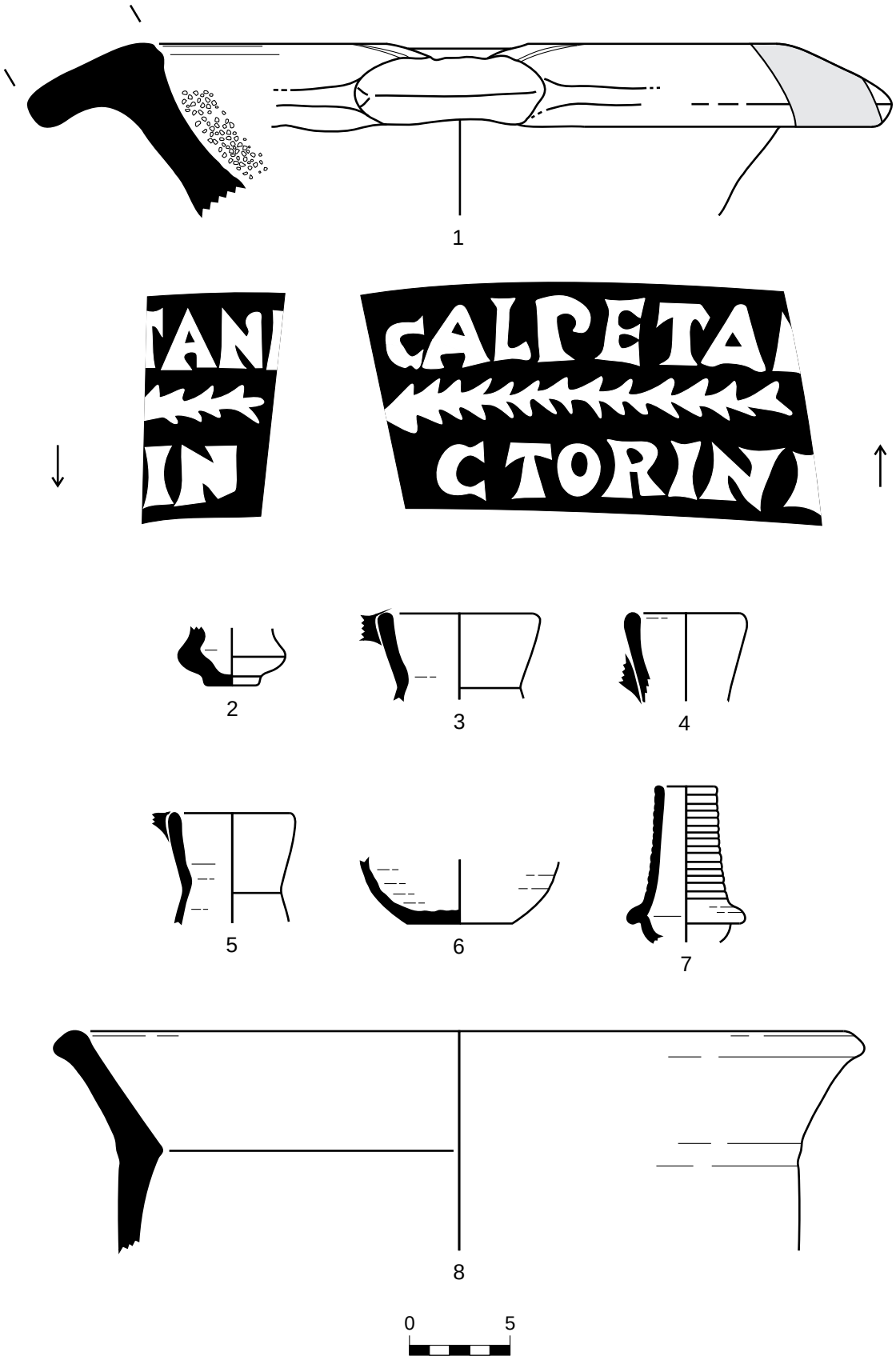


Fig. 288. 1-2. Cerámica común itálica, sello mortero escala 1:1 (nº 2 ¿oriental?), 3-8. Cerámica común africana.

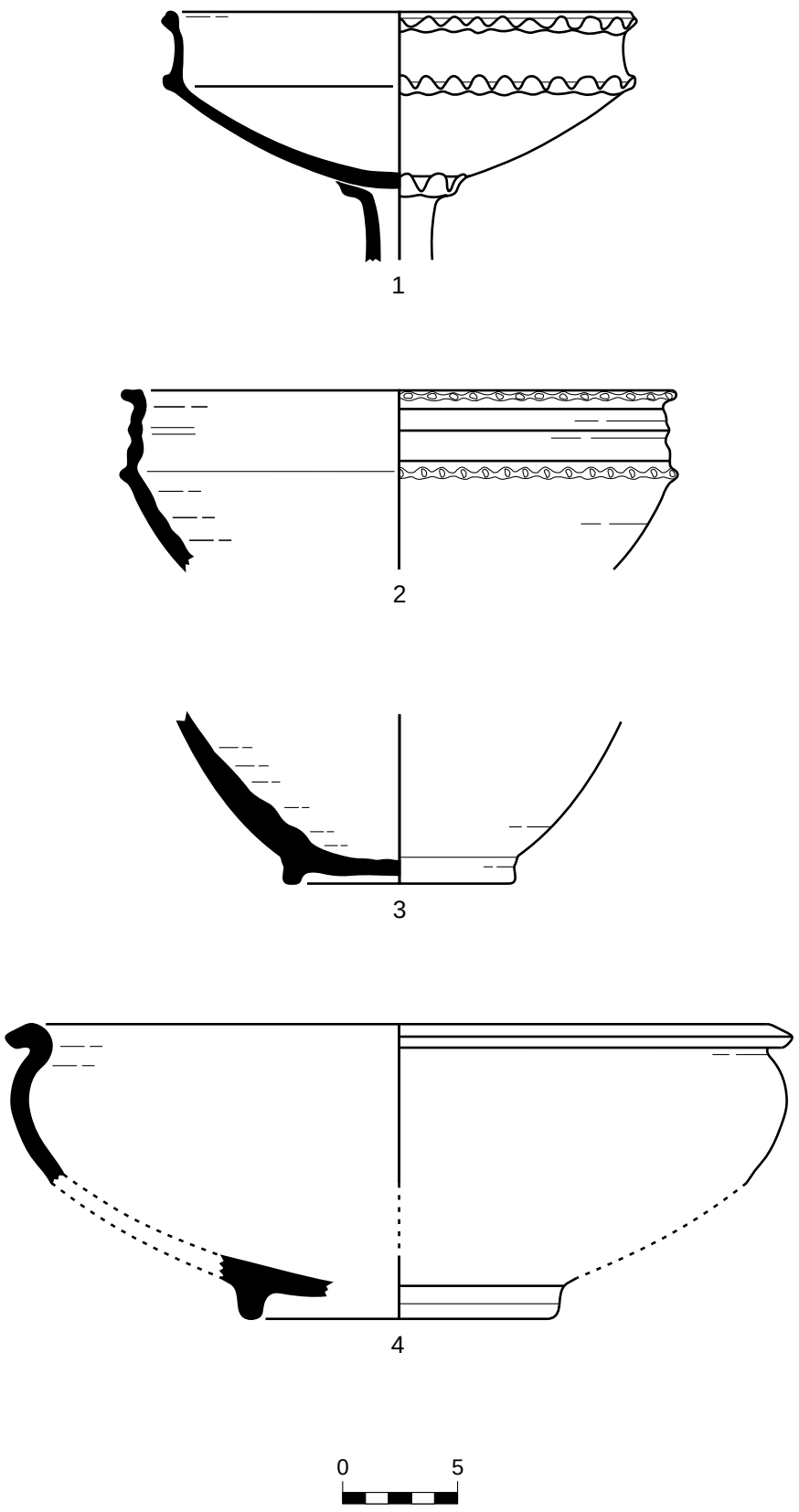


Fig. 289. 1-2. Quemaperfumes y gran cuenco con digitaciones ¿africanos?, 3. Cerámica pintada romana de tradición indígena, 4. Cerámica común oxidante o ERW3.

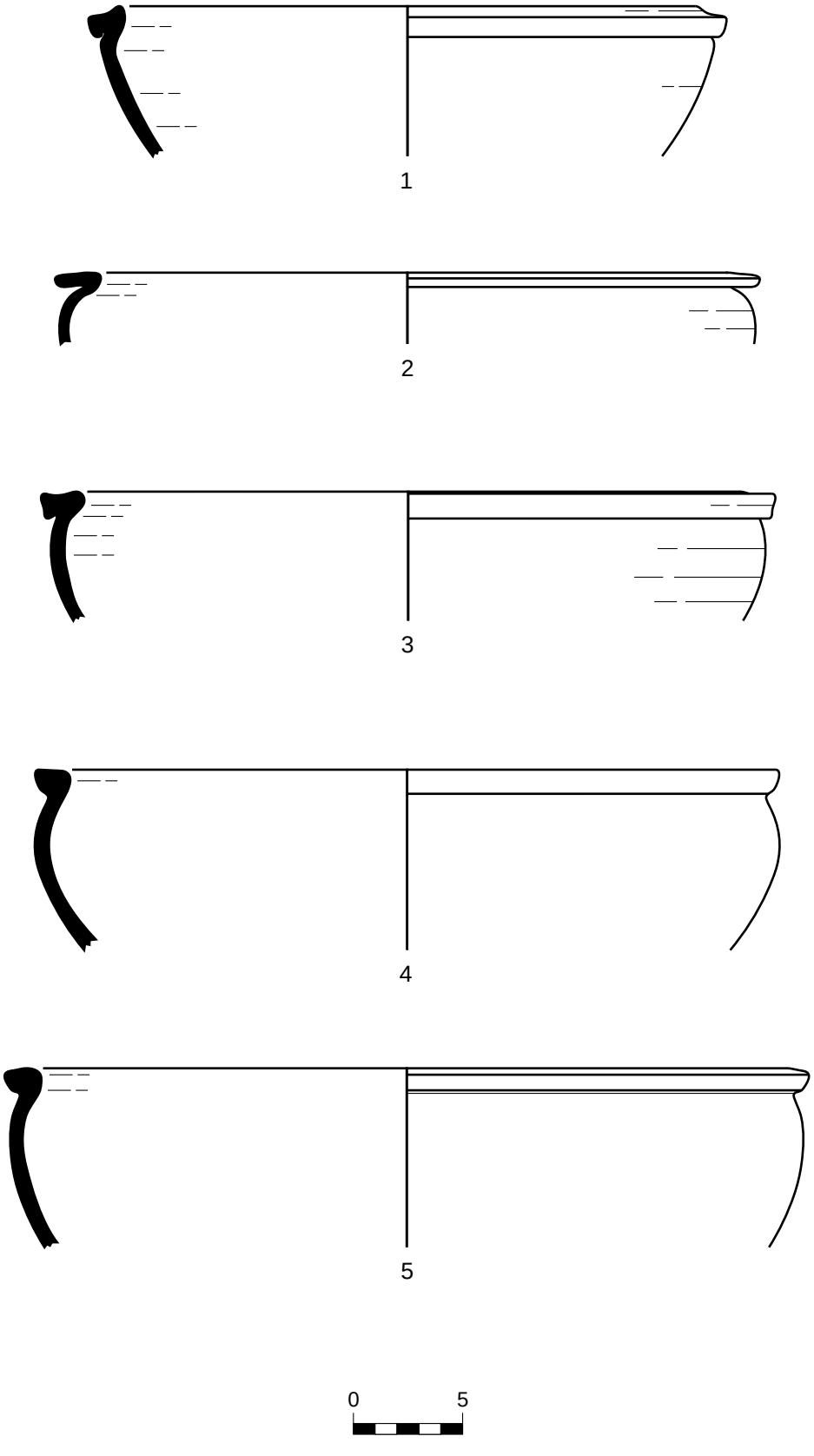


Fig. 290. Cerámica común oxidante o ERW3.

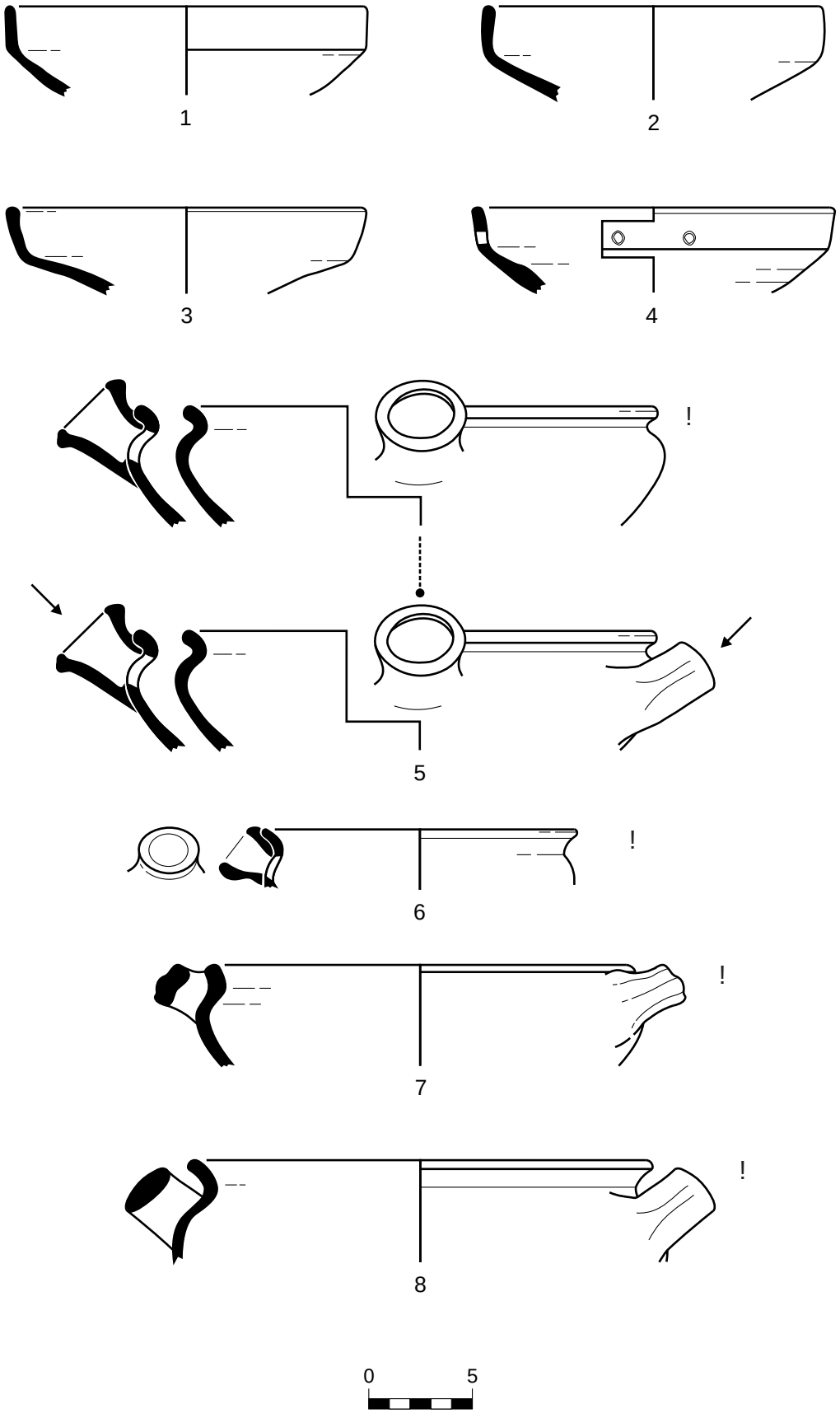


Fig. 291. Cerámica común oxidante o ERW3.

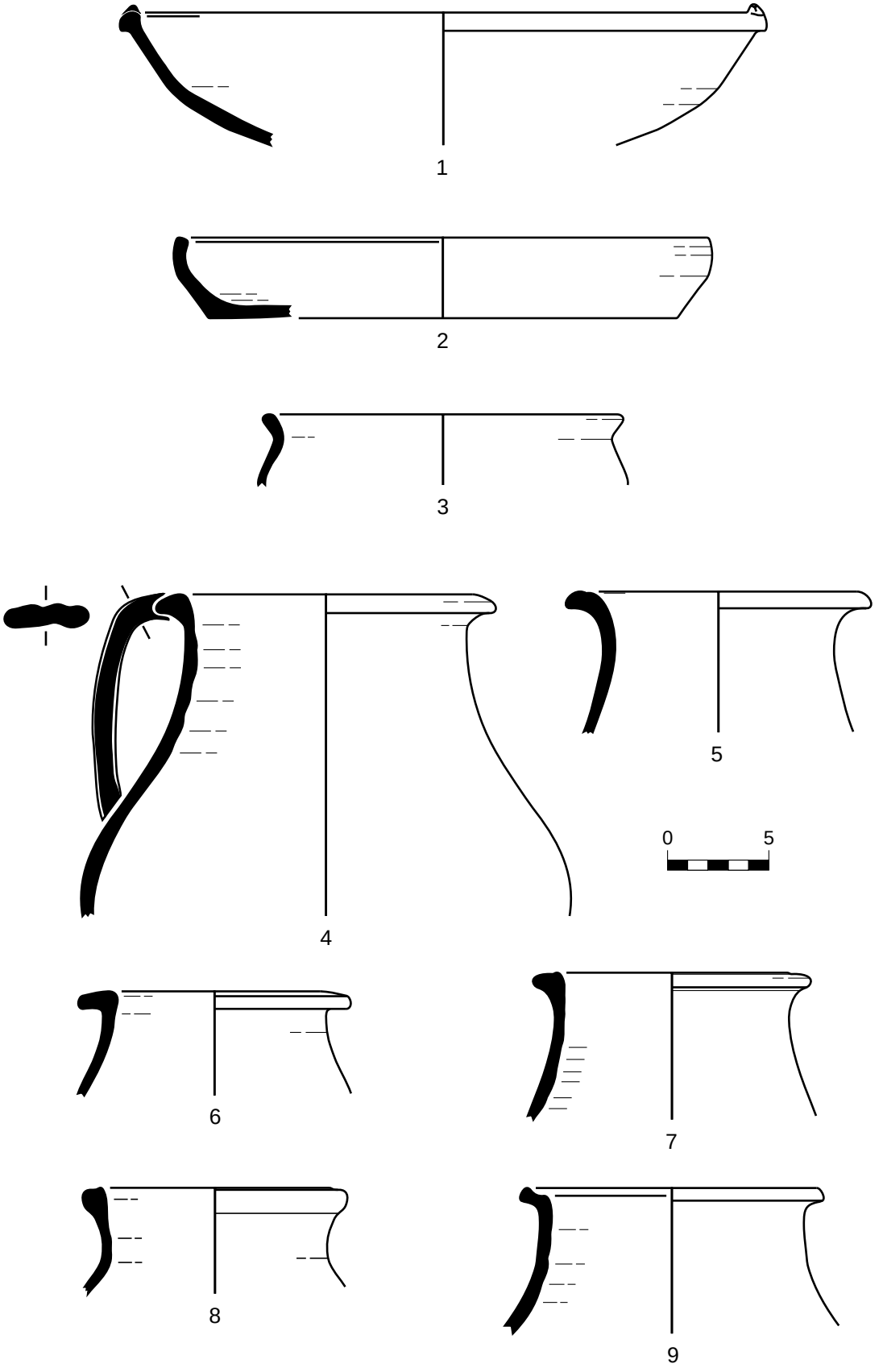


Fig. 292. Cerámica común oxidante o ERW3.

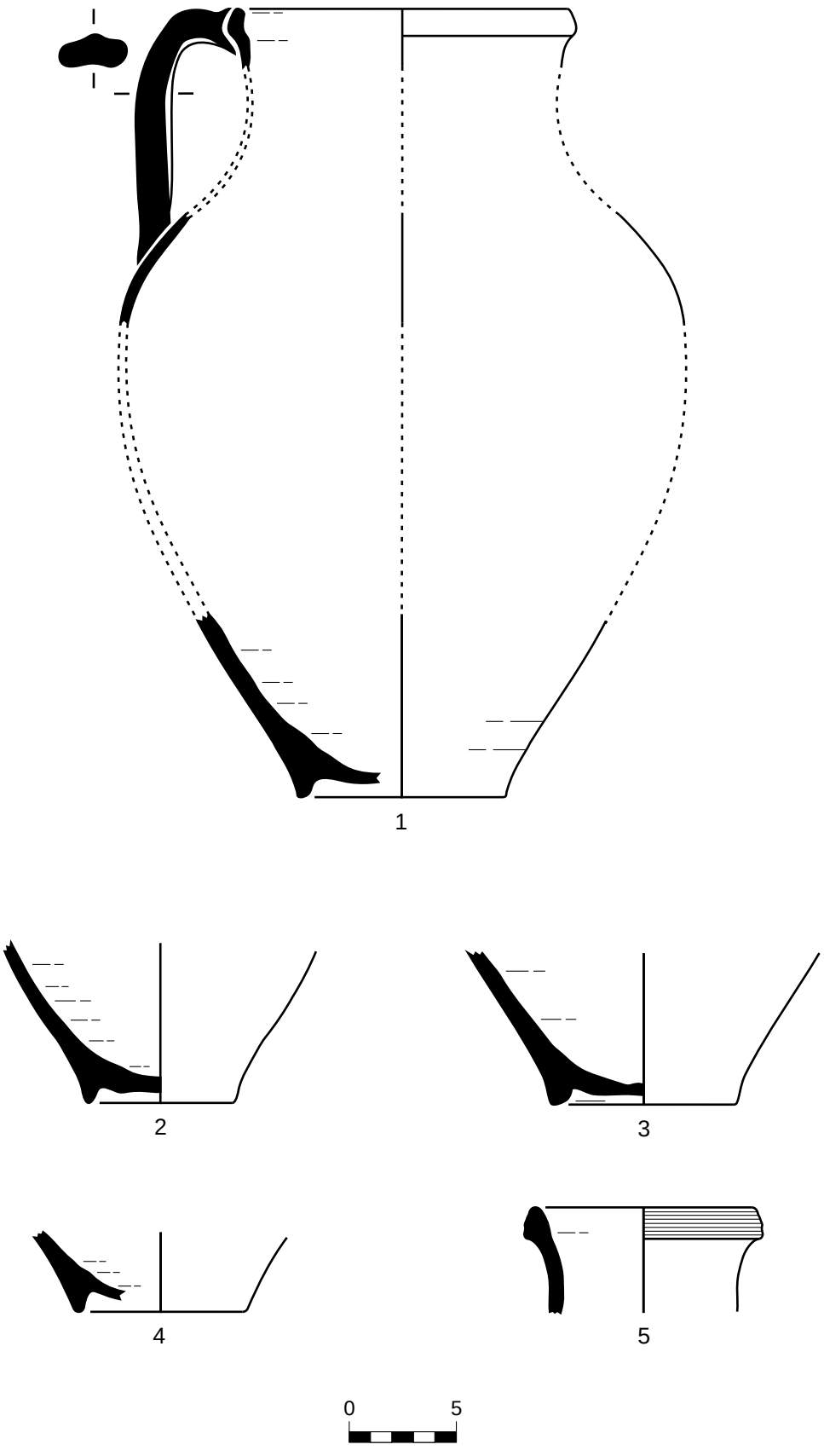


Fig. 293. Cerámica común oxidante o ERW3.

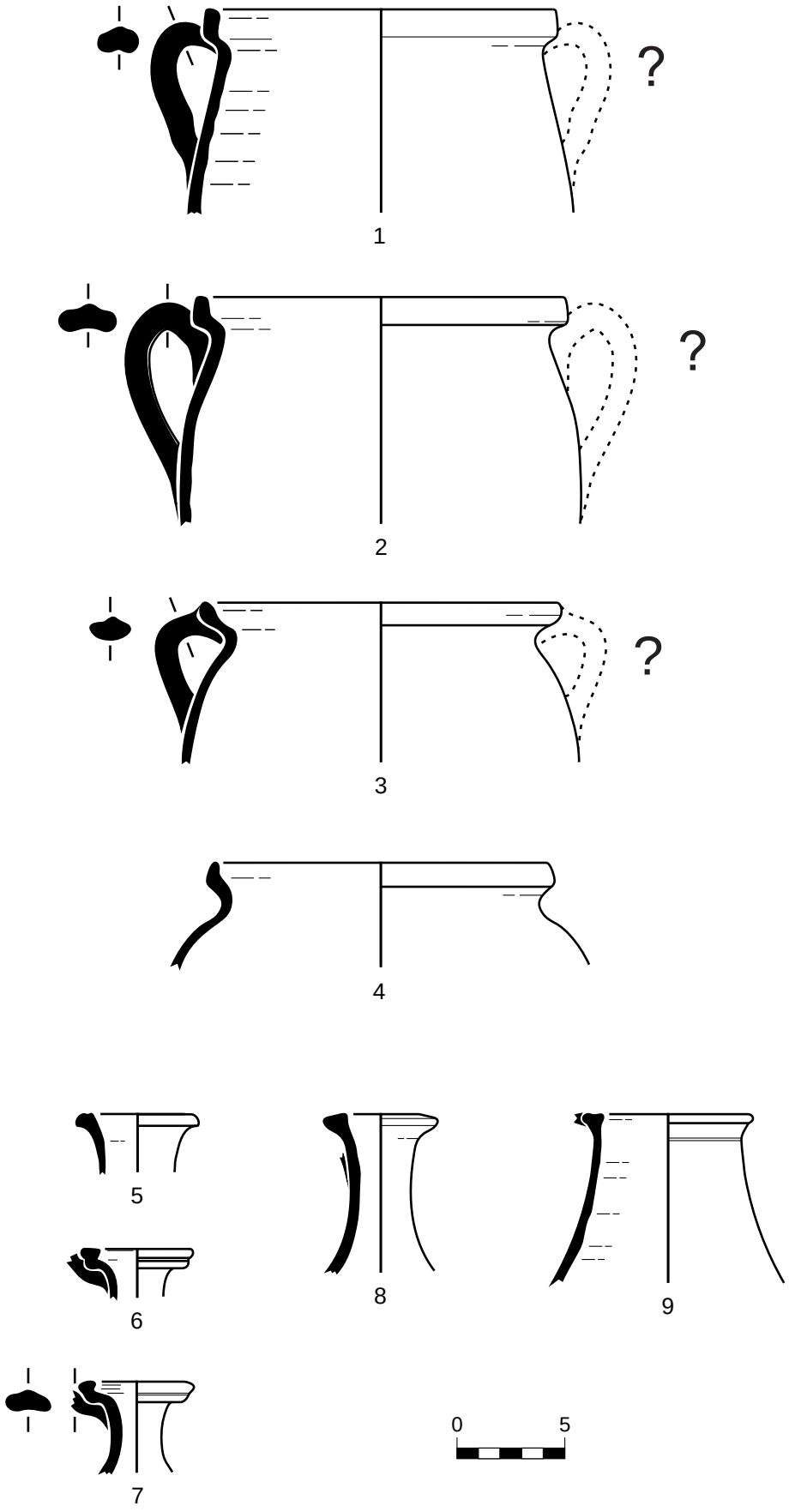


Fig. 294. Cerámica común oxidante o ERW3.

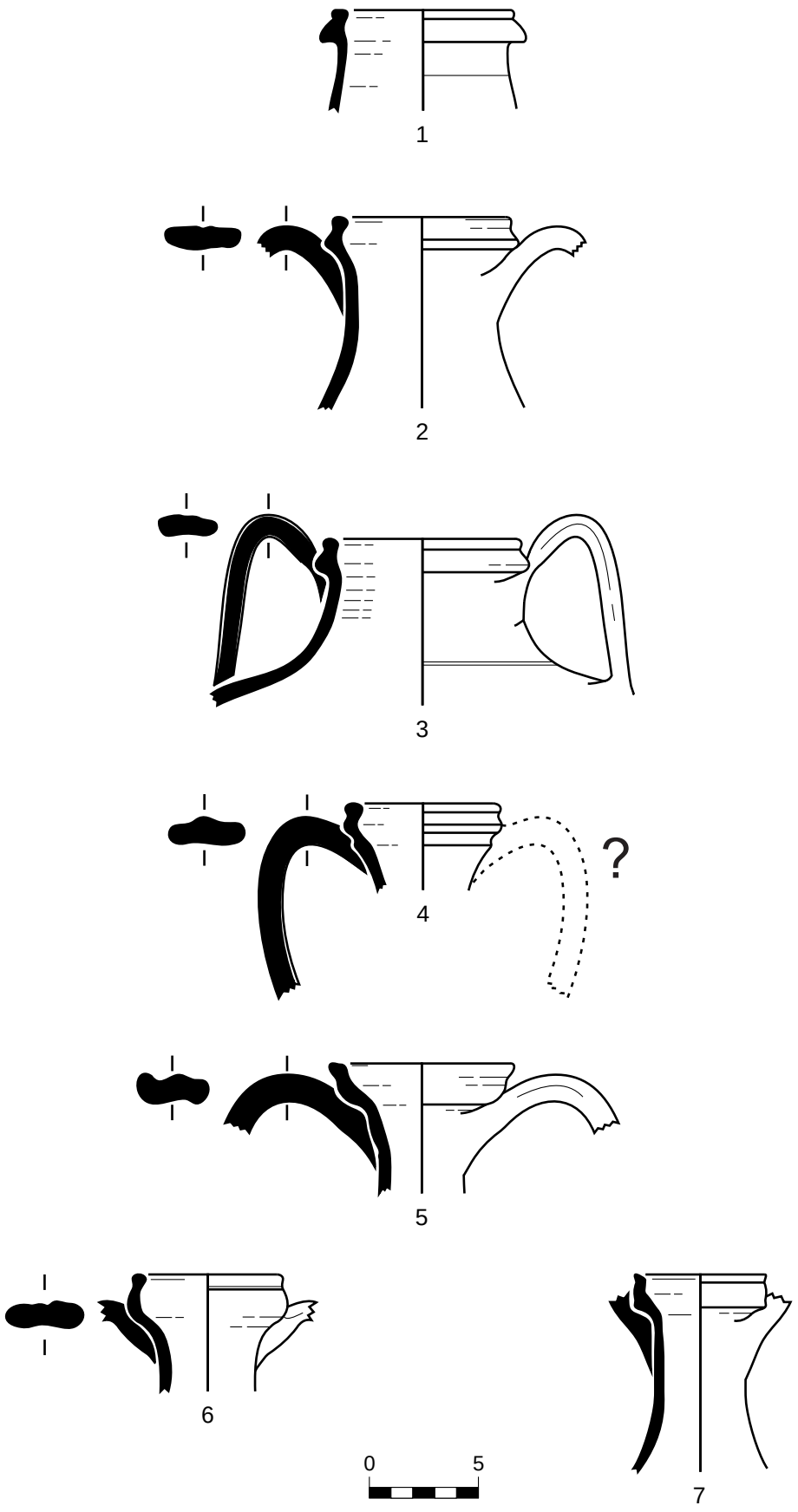


Fig. 295. Cerámica común oxidante o ERW3.

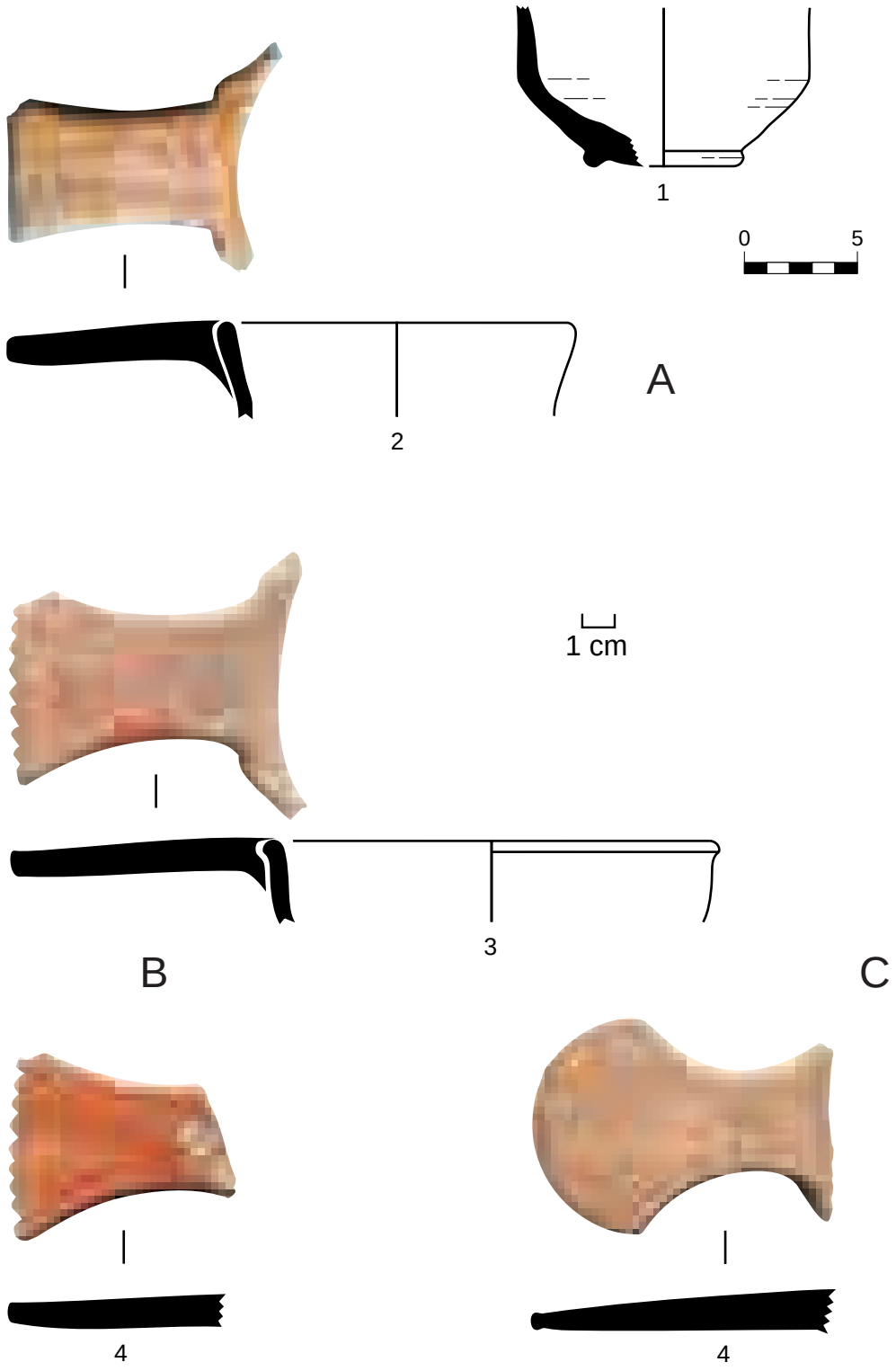


Fig. 296. *Trullae* de cerámica común oxidante o ERW3, escala 1:2 (a excepción del fondo, escala 1:3).

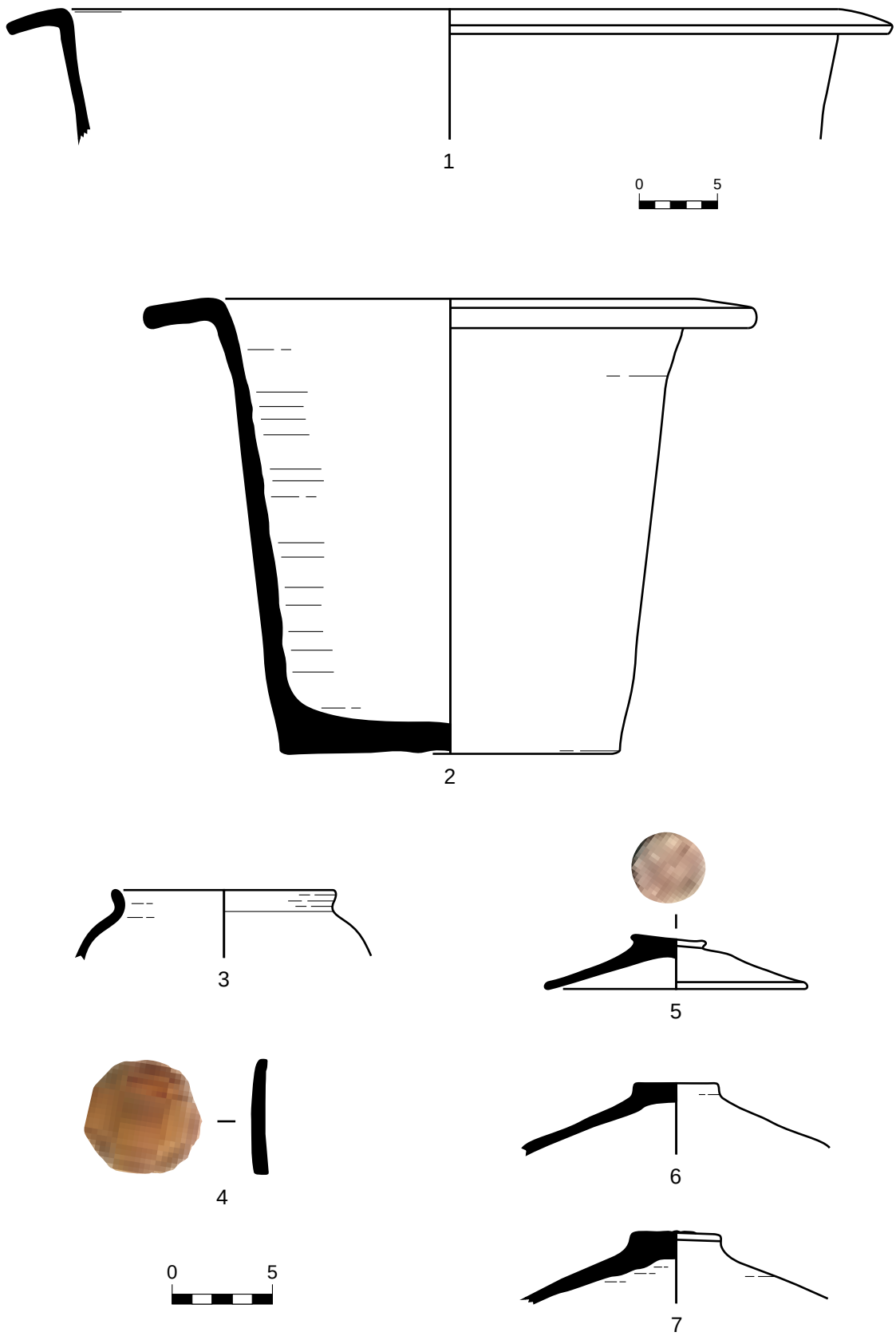


Fig. 297. Cerámica común oxidante o ERW3.

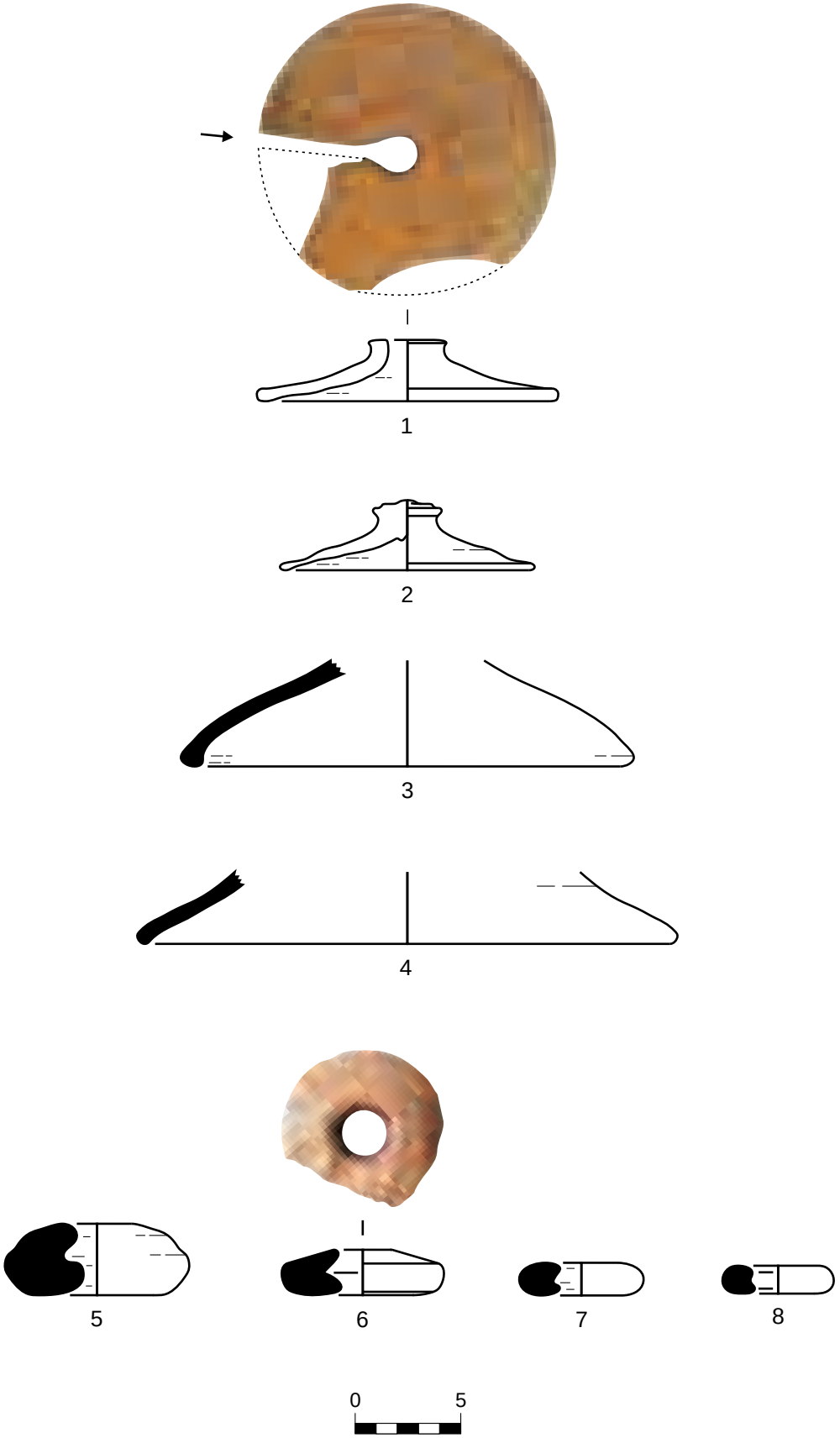


Fig. 298. 1-2. Cerámica común oxidante o ERW3 (?), 3-8. Producción no identificada.

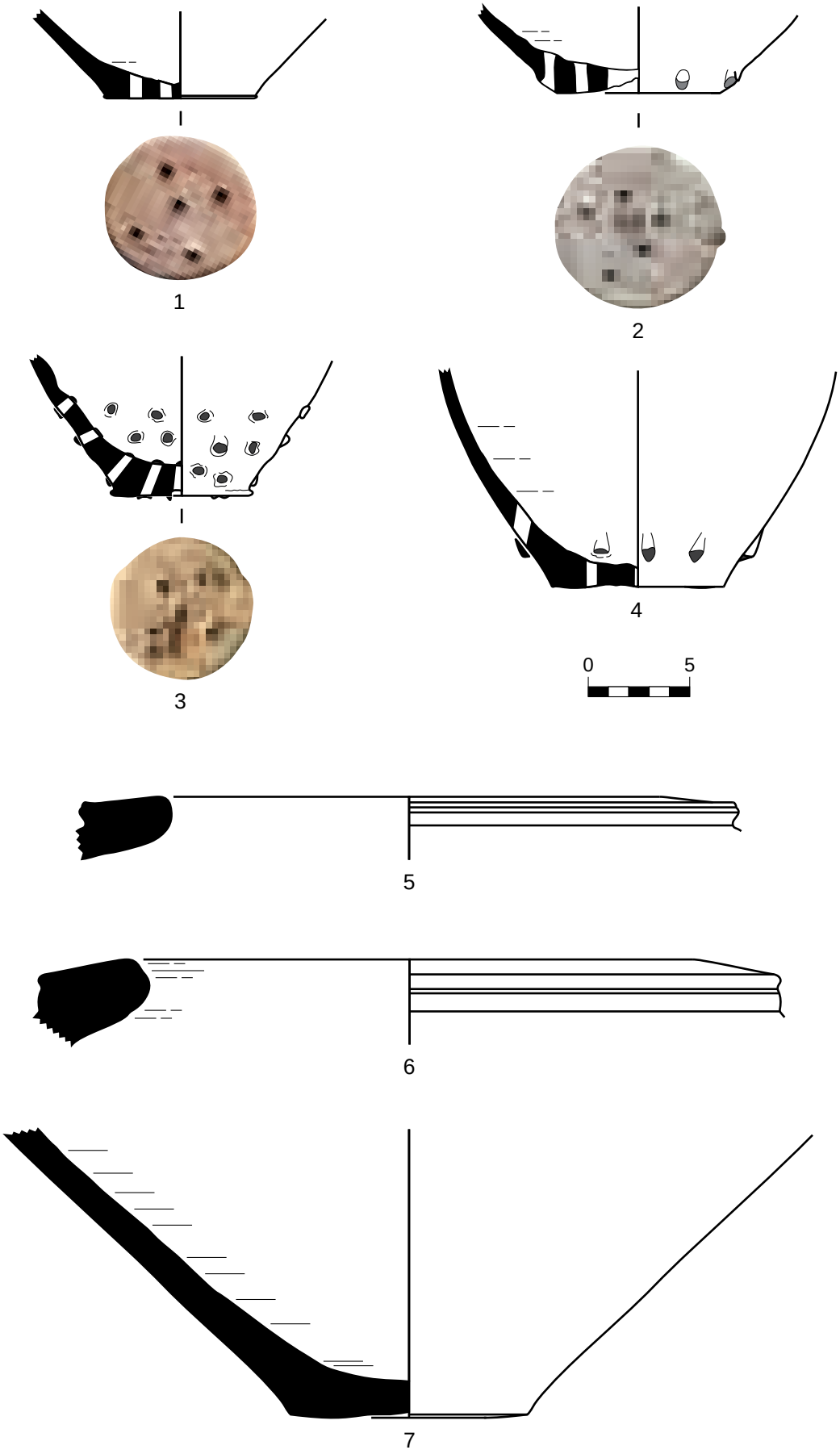


Fig. 299. 1-2. Producción no identificada.

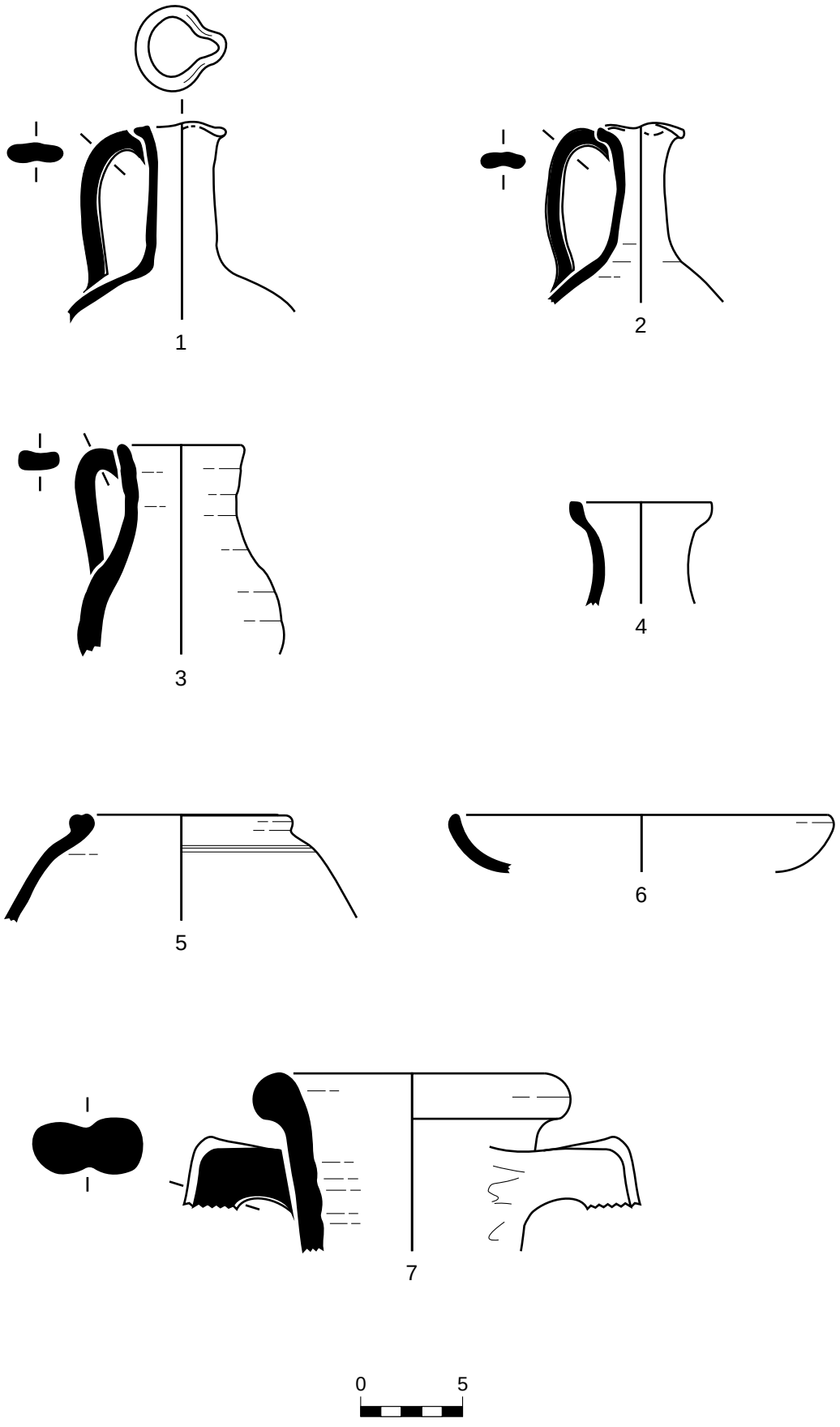


Fig. 300. 1-6. Producción no identificada, 7. Dr. 2-4 bética.

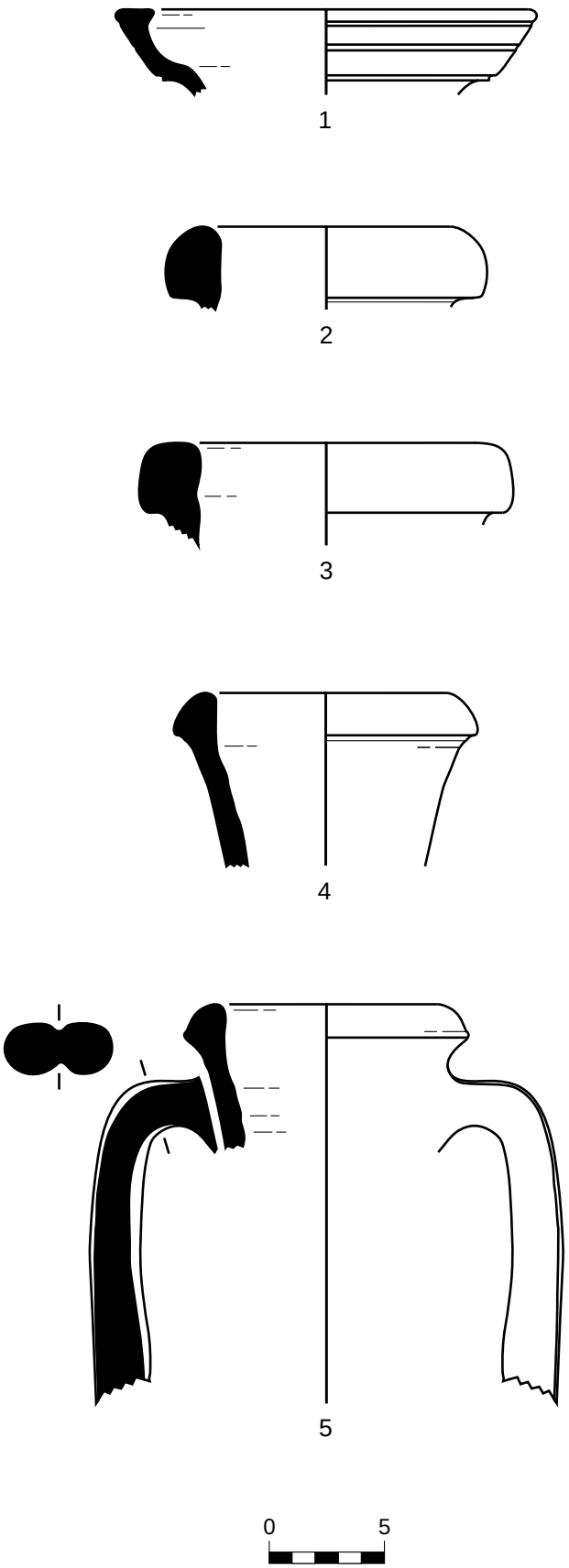


Fig. 301. Ánforas hispánicas. 1. Matagallares IC, 2-3. P.E. 25, 4-5. Dr. 2-4 de Denia.

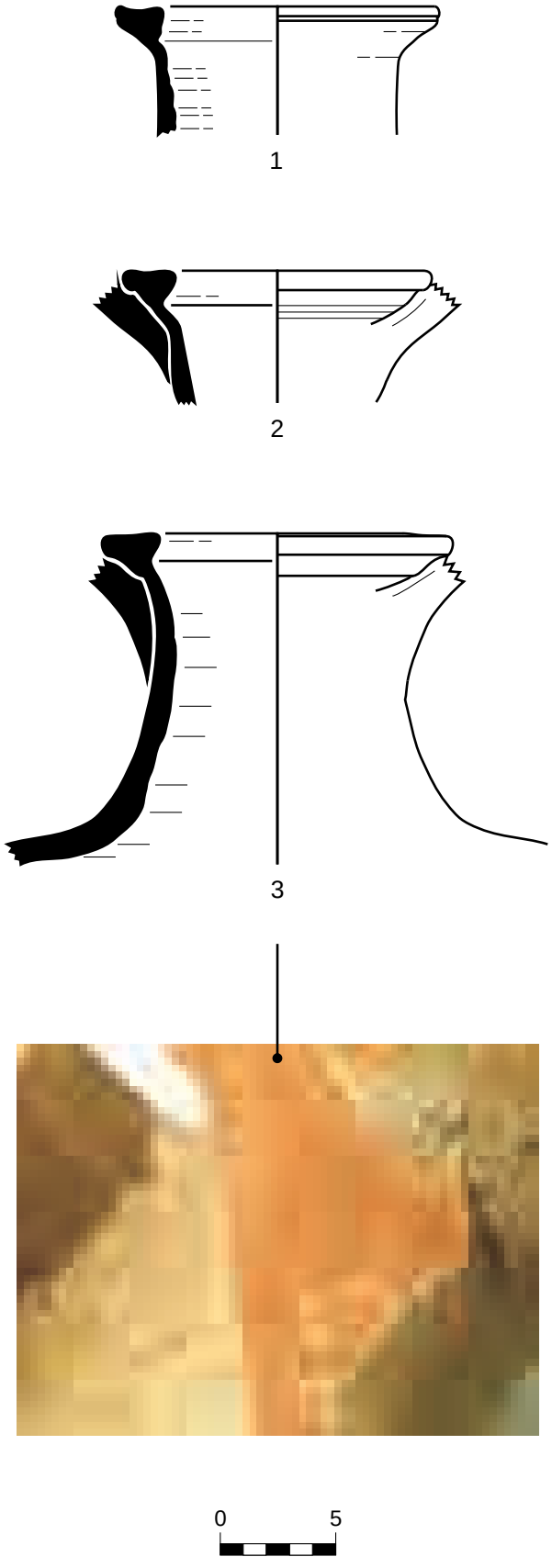


Fig. 302. Posible producción local. Ánfora Portmán 1.

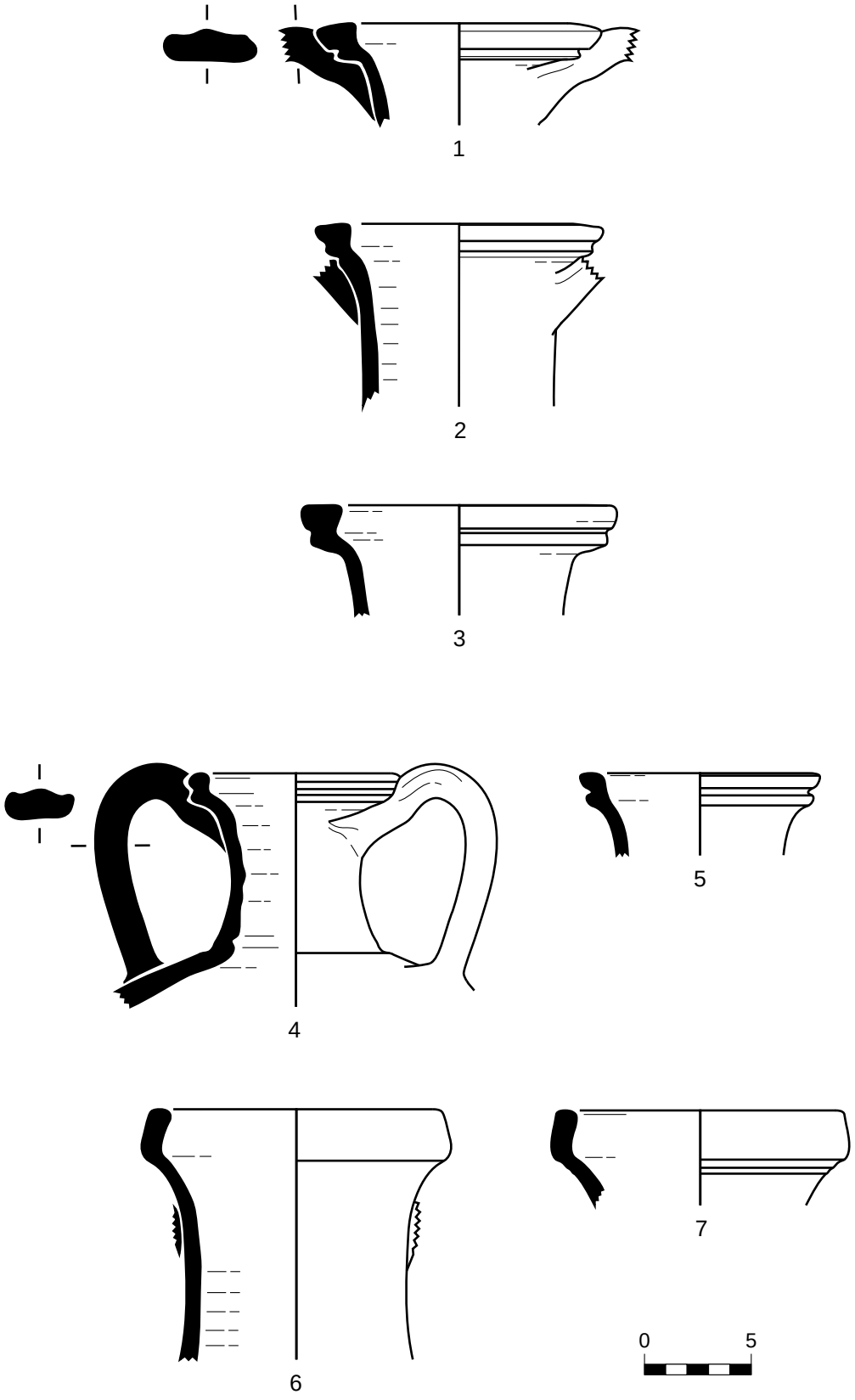


Fig. 303. Posibles producciones anfóricas locales. 1-3 Portmán 2. 4-5. ¿ERW3.18 - Portmán 2?, 6-7. Portmán 3.

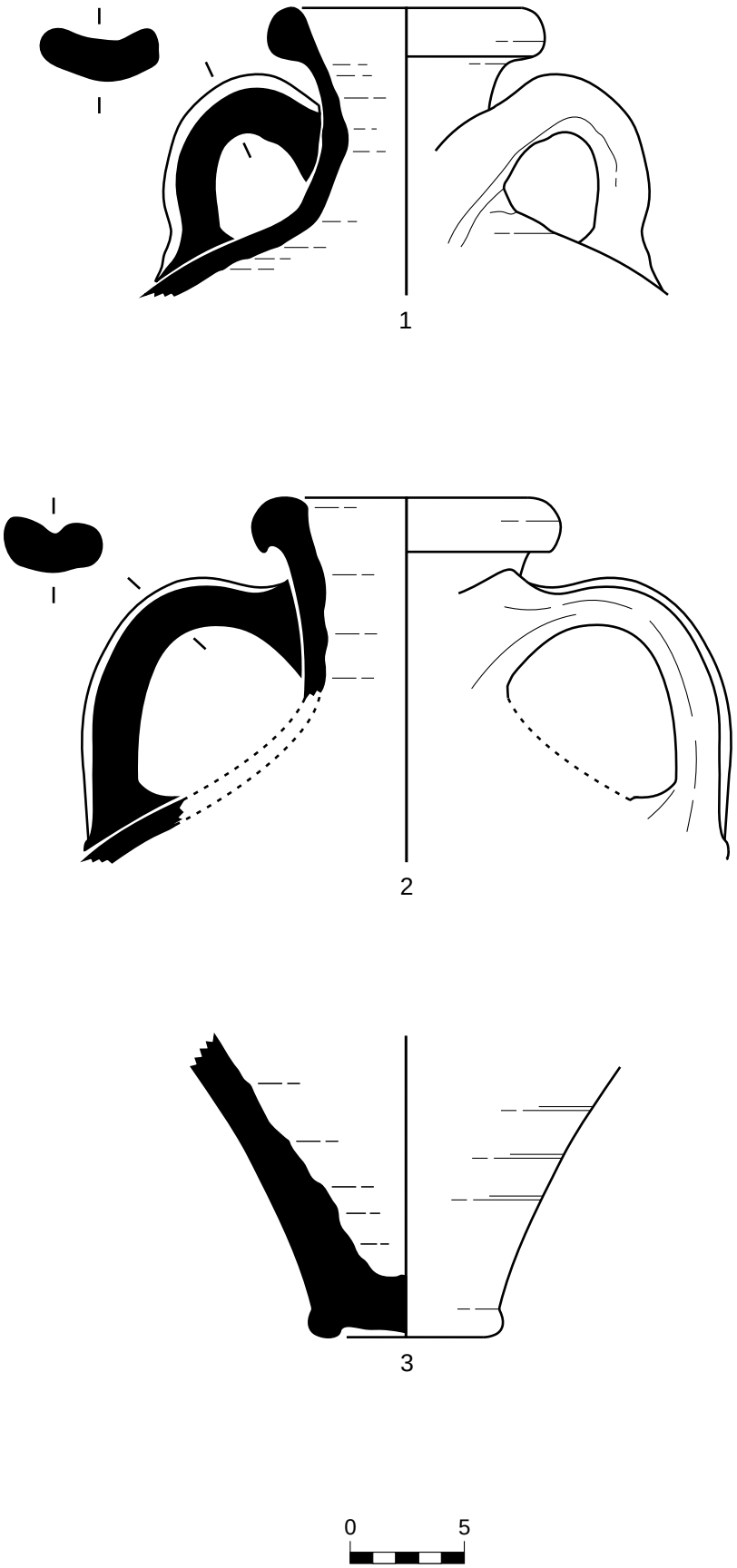


Fig. 304. Ánforas narbonenses Gauloise 4.

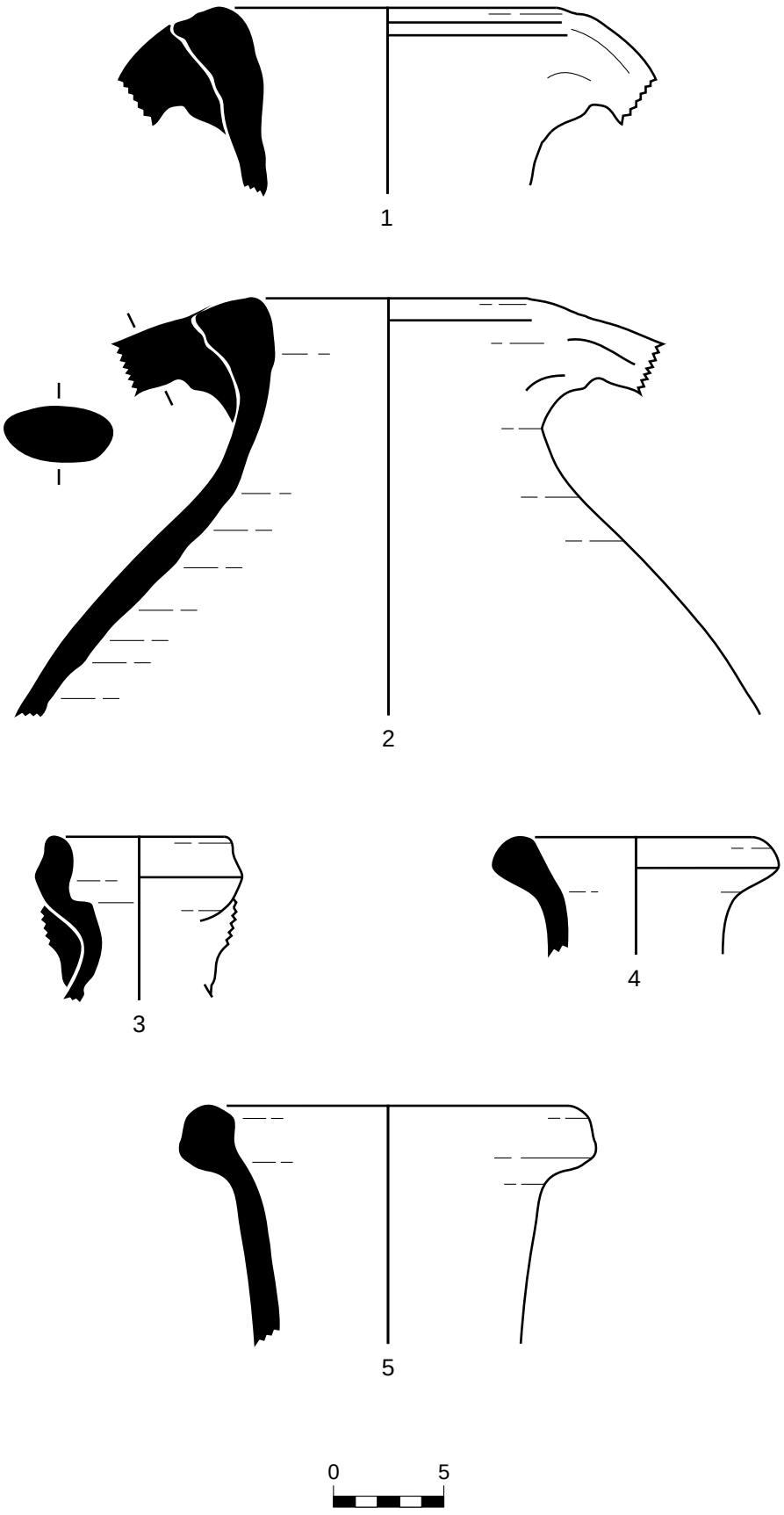


Fig. 305. Ánforas lusitanas. 1-2. Almagro 50 / Keay XVI (¿béticas?), 3. ¿Almagro 51a-b?, 4. ¿Almagro 51c?, 5. Dr. 14.

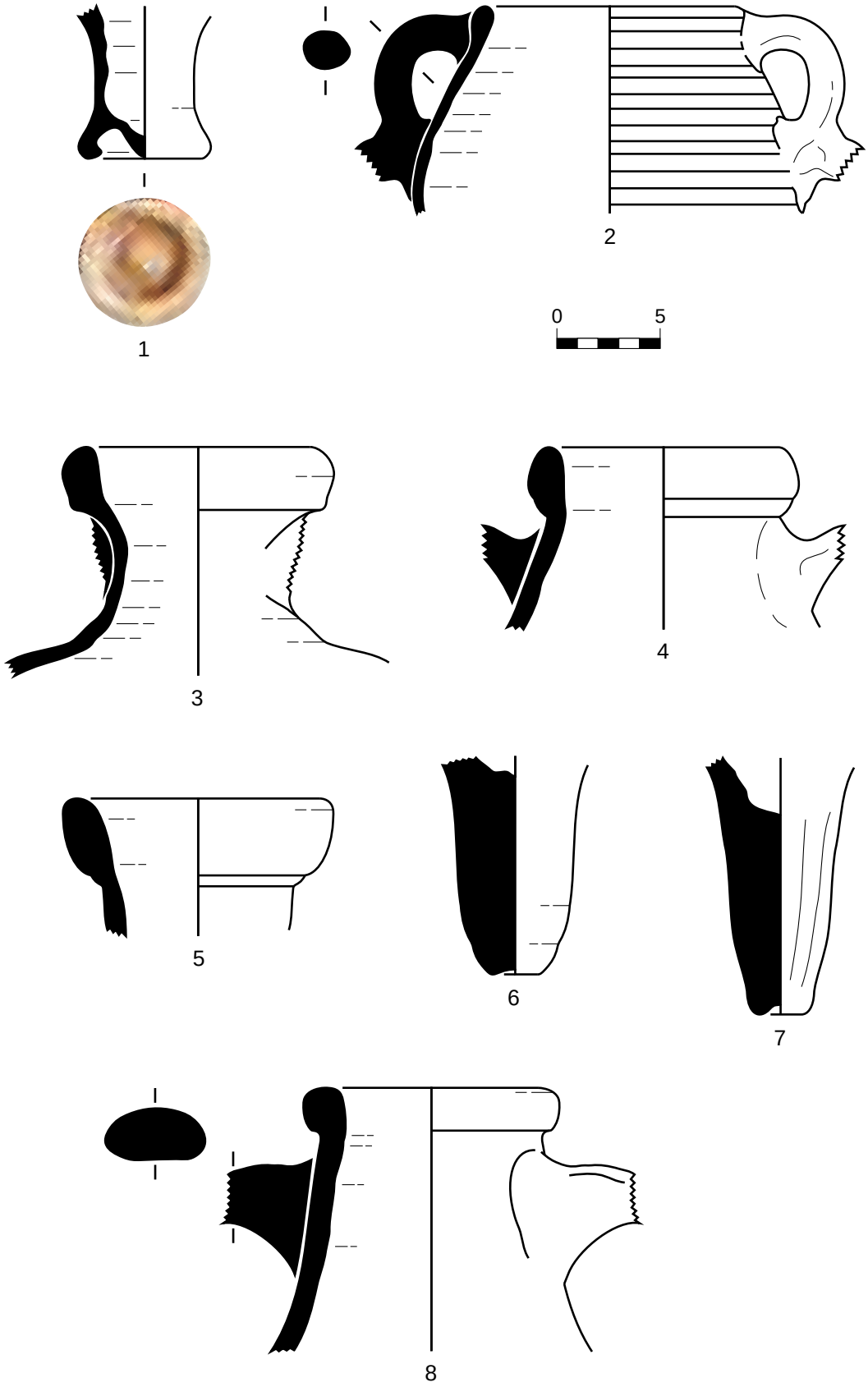


Fig. 306. 1-2. Ánforas orientales (nº 2 con dudas), 3-8. Ánforas africanas.

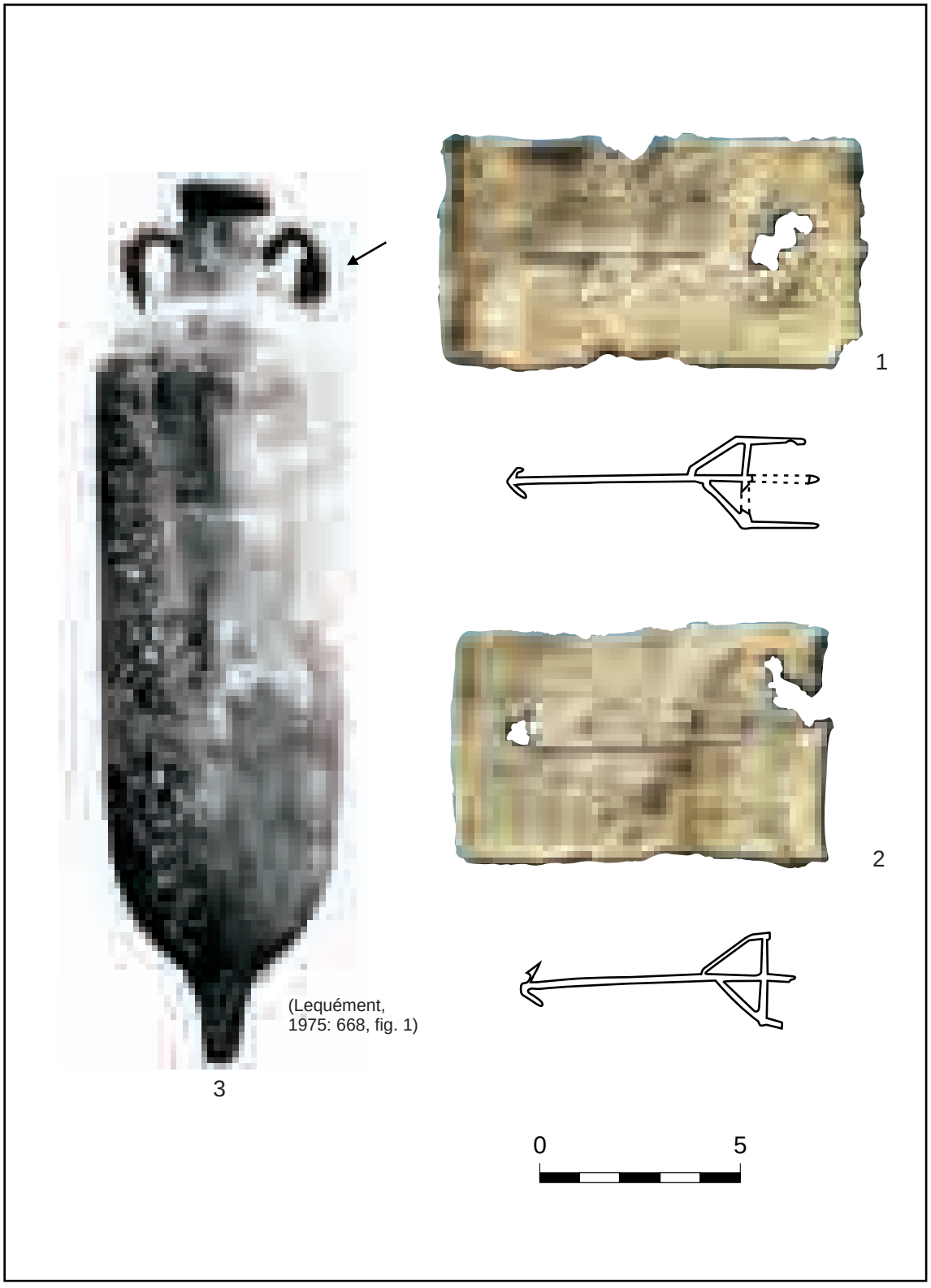


Fig. 307. 1-2. Etiquetas de plomo vinculadas a *officinae* africanas que comerciaban con productos envasados en ánforas, probablemente *salsamenta.* 3. Ánfora africana II C 2 procedente de Annaba (Argelia) con la etiqueta aún enrollada en torno al asa.

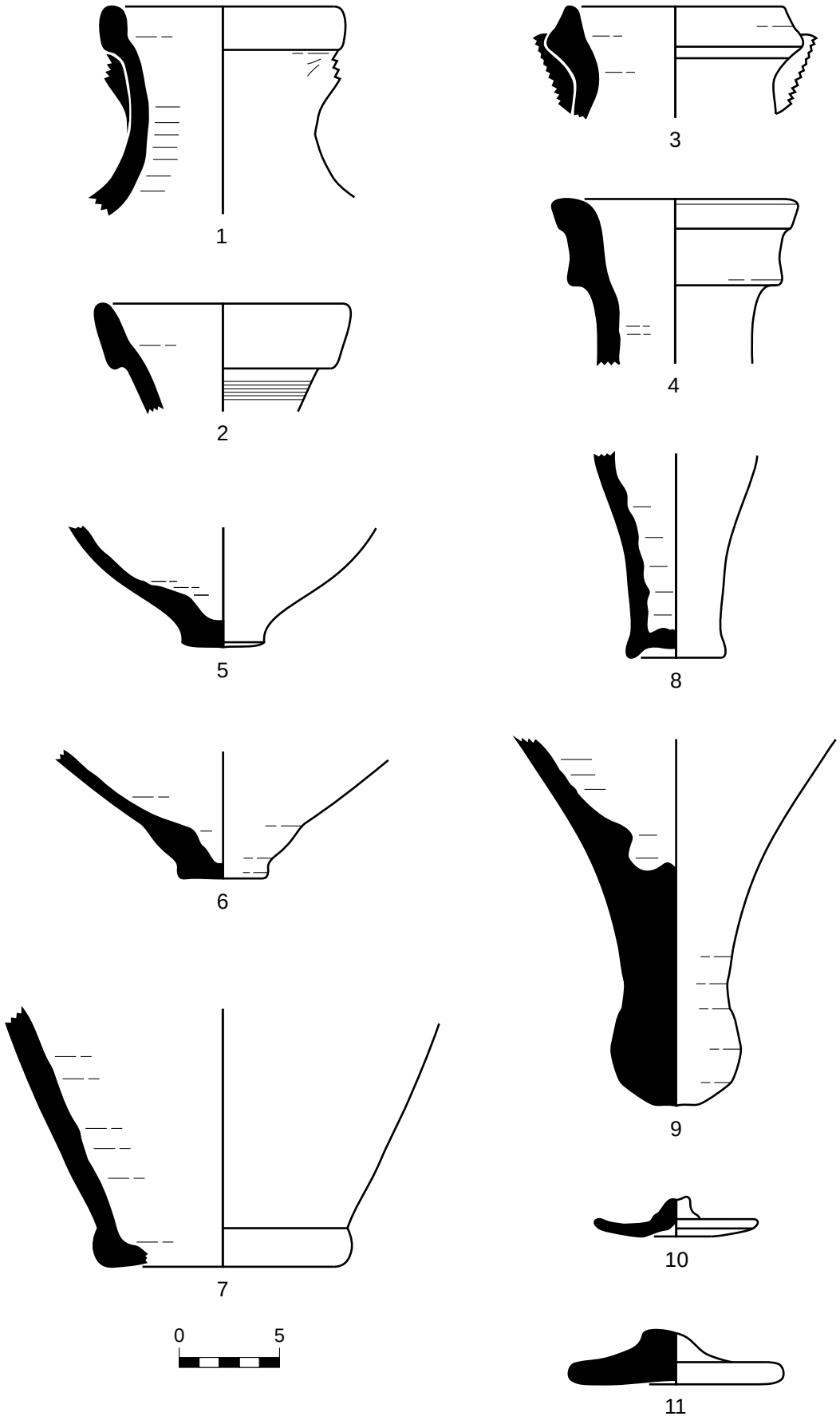


Fig. 308. Ánforas indeterminadas.

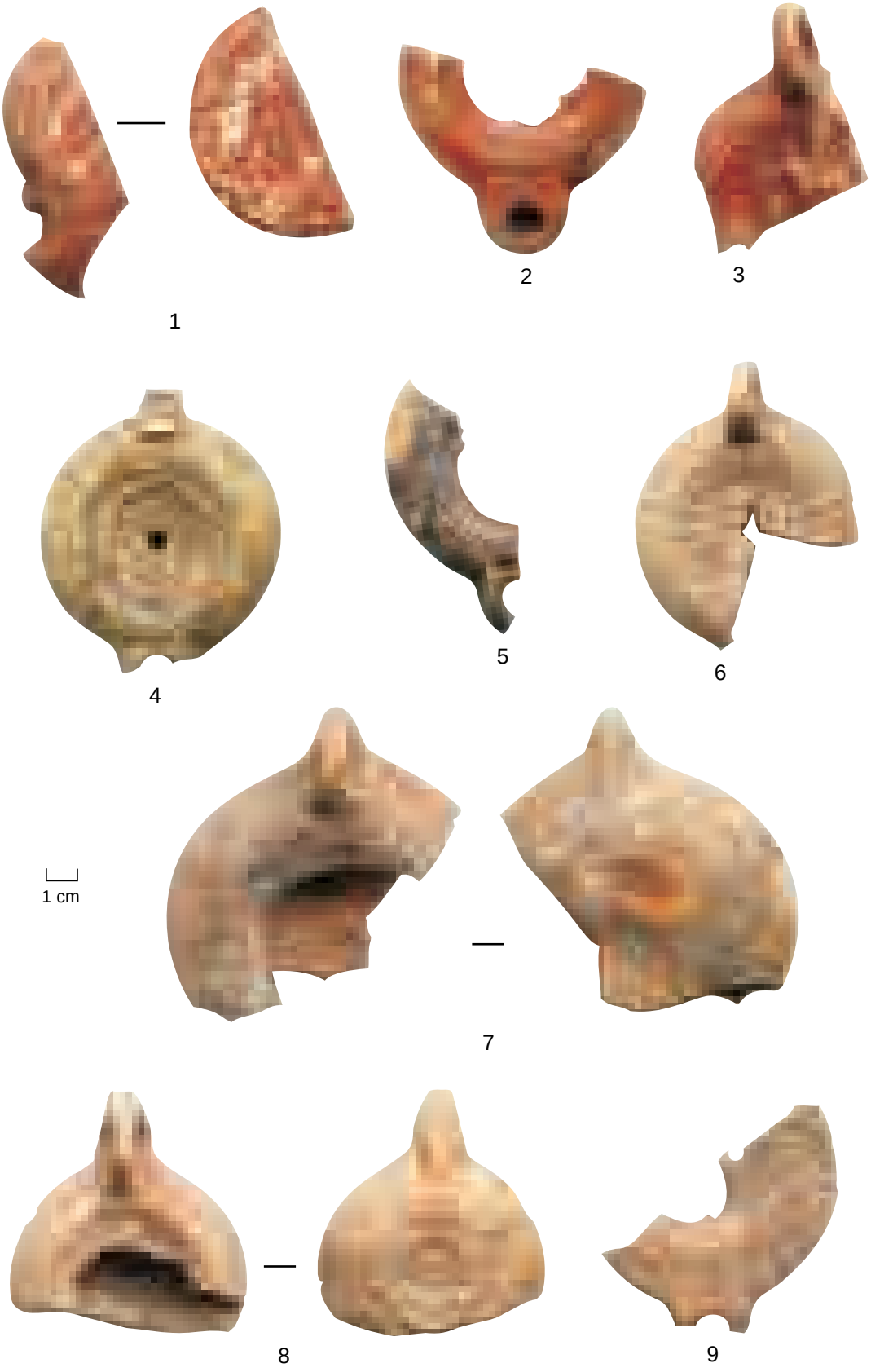


Fig. 309. Lucernas de la *uilla* de Portmán (escala 1:2; nº 1, sello escala 1:1), nº 8. posible imitación local mediante sobremoledado).

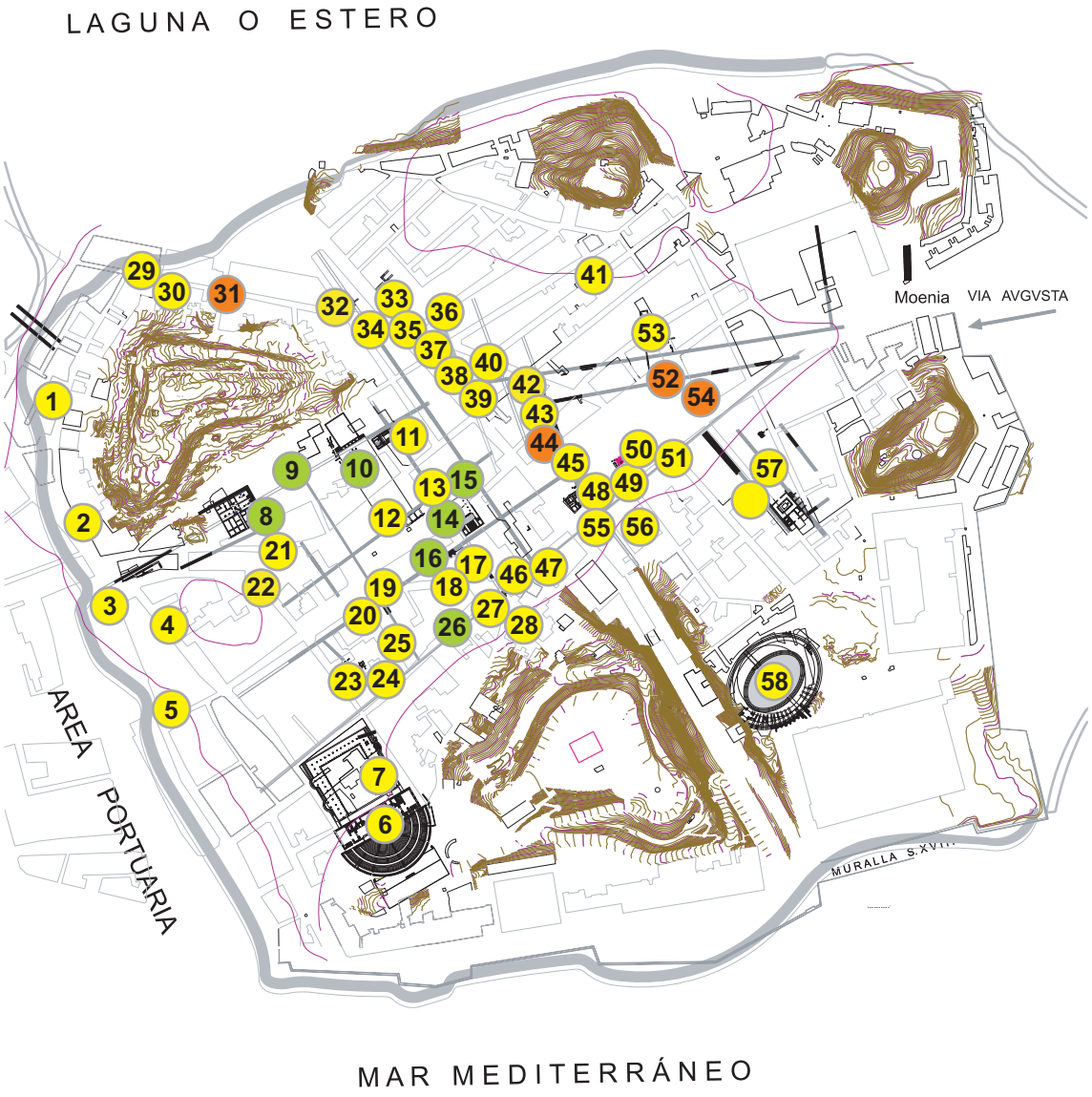


Fig. 310. Solares con niveles de los siglos II-III en *Carthago Noua*

- Fin. siglo II - inicios s. III d.C. Niveles de abandono (excepto frente escénico teatro, nº 6)
- 2ª mitad siglo III d.C. Niveles de destrucción (Edificios públicos y viviendas)
- Siglo III d.C. Niveles de circulación (Calzadas)

1. Morería Alta y Morería Baja, 2. Puertas de Murcia nº 8-10, 3. C/ Mayor nº 41, 4. C/ del Aire nº 34-36, 5. C/ Mayor esquina C/ Medieras, 6. Teatro Romano (frente escénico), 7. Teatro Romano (*Porticus Post Scaenam*), 8. *Domus* del atrio, 9. Molinete, 10. Área foral, 11. Curia, 12. *Tabernae* foro, 13. C/ San Francisco nº 15 con C/ Caballero nº 5 *(Augusteum),* 14. C/ Caballero nº 2-12 *(Augusteum* y *Porticus Duplex),* 15. C/Caballero nº 7-9, 16. C/ San Francisco nº 16-22, 17. C/ San Antonio El Pobre nº 5, 18. C/ San Francisco nº 11-13, 19. C/ San Francisco nº 8, 20. C/ Campos nº 9, 21. C/ Honda nº 17, 22. C/ Jara nº 26, 23. C/ Jara nº 12, 24. C/Jara-Palas-Cuatro Santos, 25. C/ Palas nº 5-7, 26. C/ Cuatro Santos nº 40, 27. C/ Cuatro Santos nº 33-35, 28. C/ Faquineto nº 1, 29. C/ del Parque nº 25-27, 30. C/ San Fernando con C/ Tahona, 31. Callejón de San Esteban, 32. Plaza del Sevillano nº 33, 33. C/ Serreta nº 3, 34. C/ Serreta nº 3-7 y C/ San Vicente, 35. C/ Serreta nº 9, 36. C/ Martín Delgado nº 4-6, 37. Plaza Serreta con C/ Beatas, 38. C/ Caridad esquina C/ San Cristóbal la Corta, 39. C/ Caridad nº 12, 40. C/ Beatas esquina C/ San Cristóbal la Corta, 41. C/ San Cristóbal la Larga nº 34, 42. C/ Beatas con C/ Roque y C/ San Cristóbal la Corta, 43. C/ Ciprés nº 3-7, 44. C/ Roque con C/ Ciprés nº 7, 45. Plaza Risueño nº 12, 46. C/ Duque nº 2, 47. C/ Duque nº 8-10, 48. C/ Duque nº 25-27, 49. C/ Duque 33, 50. C/ Duque 37-39, 51. Plaza de la Merced nº 1 esquina C/ Duque, 52. C/ Saura - Plaza de la Merced, 53. C/ Saura nº 29, 54. C/ San Diego nº 1-3, 55. C/ Gisbert 1 y C/ Marango nº 2, 56. PERI CA-4 (Zona Verde y C/ Marango), 57. PERI CA-4 (distintas calles y *domus* de *Saluius),* 58. Anfiteatro Romano.

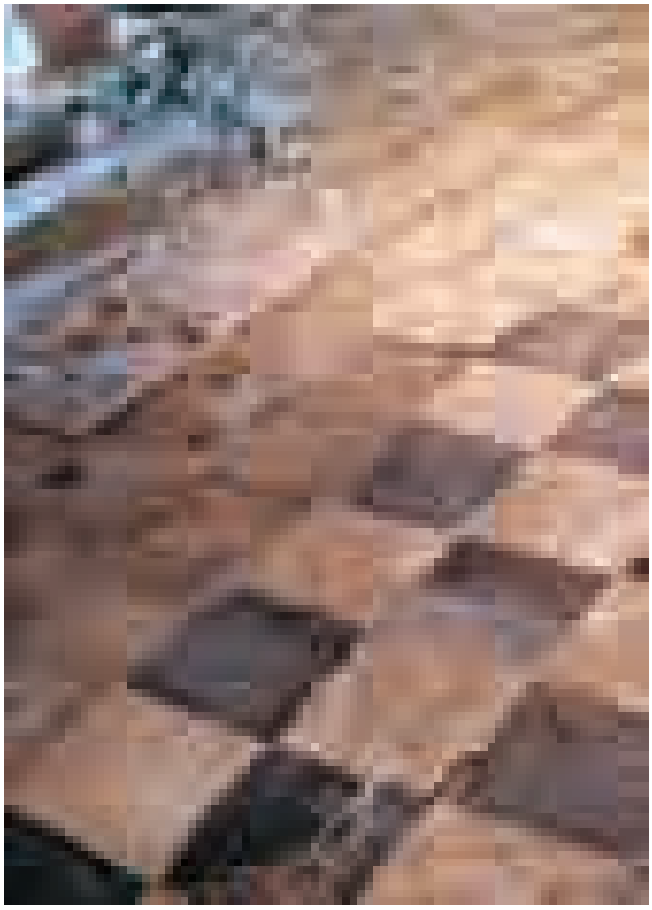


Fig. 311. Expolio sistemático de las losetas del *Augusteum* para su reempleo en otras construcciones (tan sólo se dejaron aquellas fragmentadas o irrecuperables bajo los derrumbes del edificio).



Fig. 312. Detalle del único fragmento del pavimento de *opus signinum* conservado en una estancia del llamado "Edificio C", cercano a la curia, de donde fue arrancado por los expoliadores.



Fig. 313. Evolución entre las Fases II (a) y III (b) del Edificio del Atrio del Molinete, momento en el que pierde su carácter público o semipúblico para convertirse en una *insula* con diversas viviendas unifamiliares.

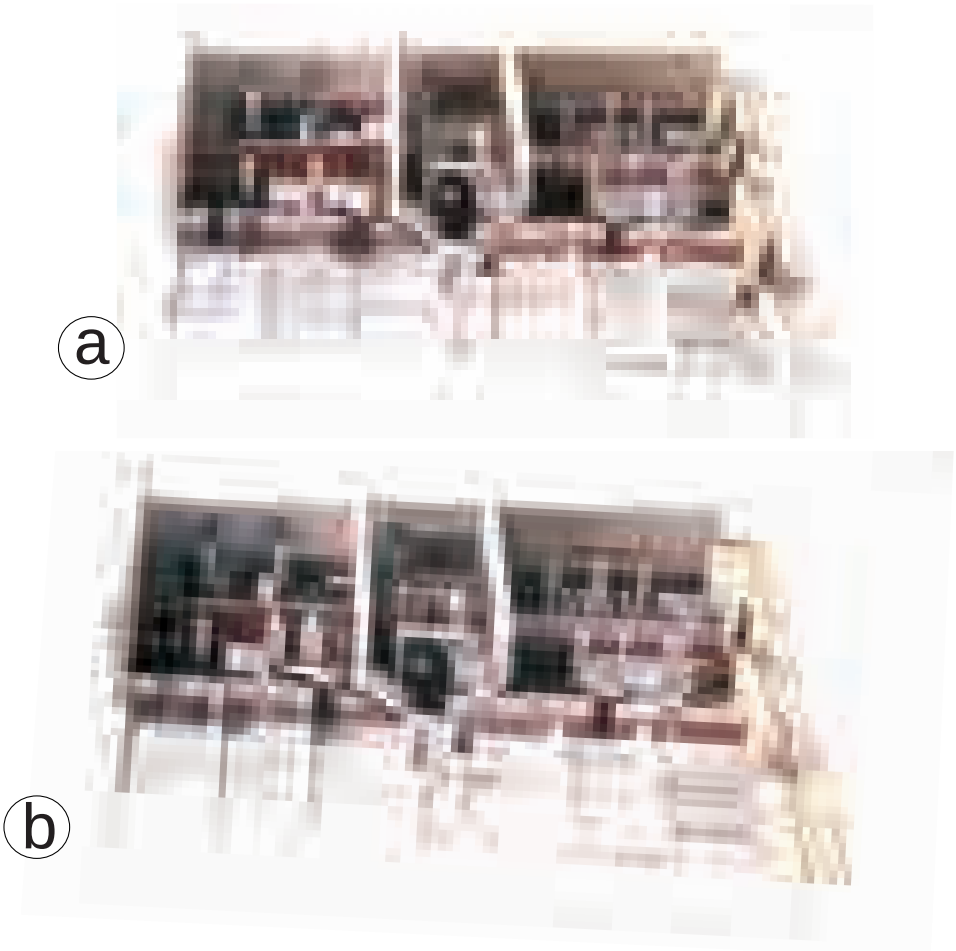


Fig. 314. Evolución entre las Fases II (a) y III (b) del Edificio del Atrio del Molinete, donde, a pesar de mantener el programa pictórico, la nueva reorganización del espacio para uso doméstico contempla la aparición de zonas de cocina y almacenaje.



Fig. 315. Reformas del s. II d.C. realizadas en la habitación de una *domus* del PERI CA-4. Compartimentación de espacios, recrecido de suelos con tierra batida y construcción de un pequeño horno.



Fig. 316. Estructura del horno de pan o tahona construido en una de las habitaciones de la *domus* altoimperial del PERI CA-4 tras su remodelación.

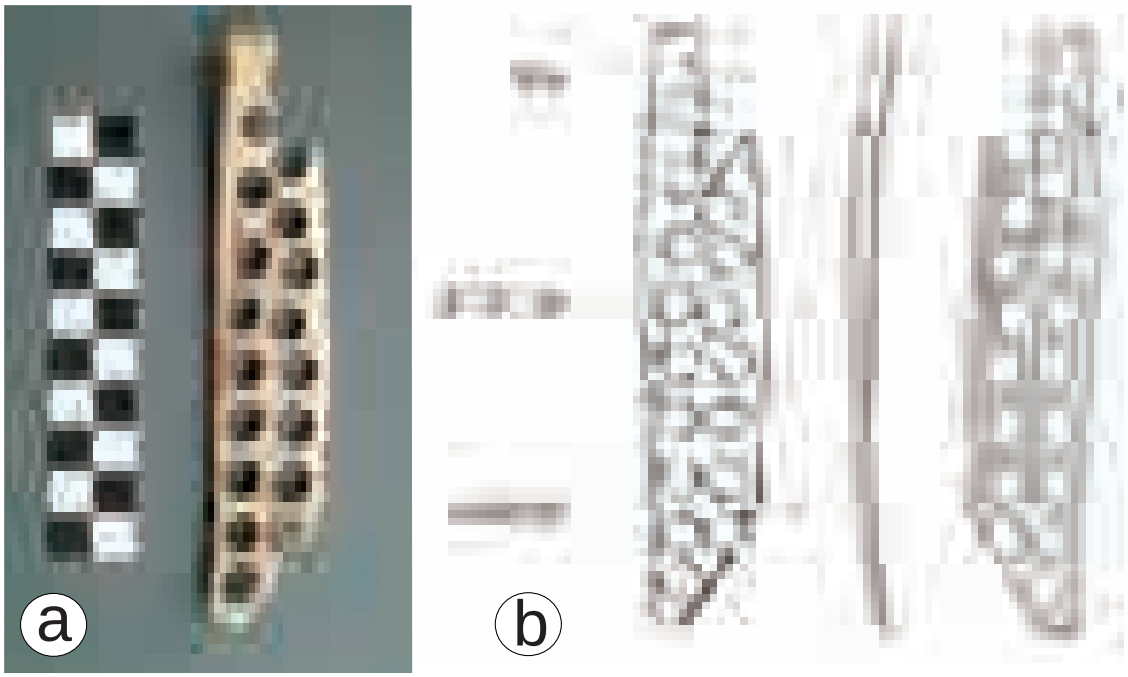


Fig. 317. (a) Dibujo y (b) foto de la placa de desecho hallada en la curia donde se aprecian con claridad los restos del trabajo realizado y las cavidades propias de la estructura ósea.



Fig. 318. Horno para la fabricación de piezas de vidrio de la C/ Honda nº 17 levantado entre las estructuras de una *domus* altoimperial.

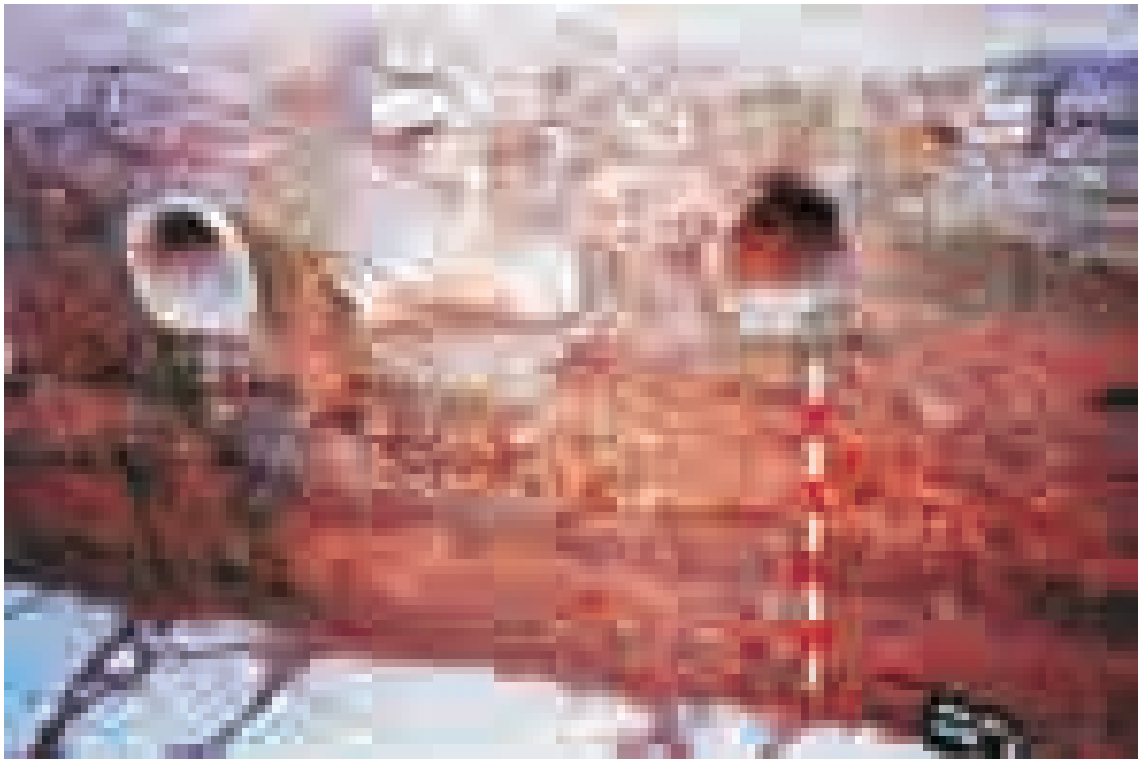


Fig. 319. Calzada del PERI CA-4 con niveles de abandono entre los que se distinguen capas formadas de limos de arrastre y por la desintegración de las estructuras de adobe circundantes.



Fig. 320. Cubrición de una de las vías que conducía al anfiteatro por diversos niveles de abandono entre los que se llega a incluir un fragmento de fuste de columna de piedra caliza.



Fig. 321. Decumano altoimperial de Morería recrecido por un nivel de tierra roja y estuco apelmazado en el que aún se observan las rodadas de circulación correspondientes a los s. II-III d.C.



Fig. 322. Derrumbe de estucos sobre el decumano del área de Morería.

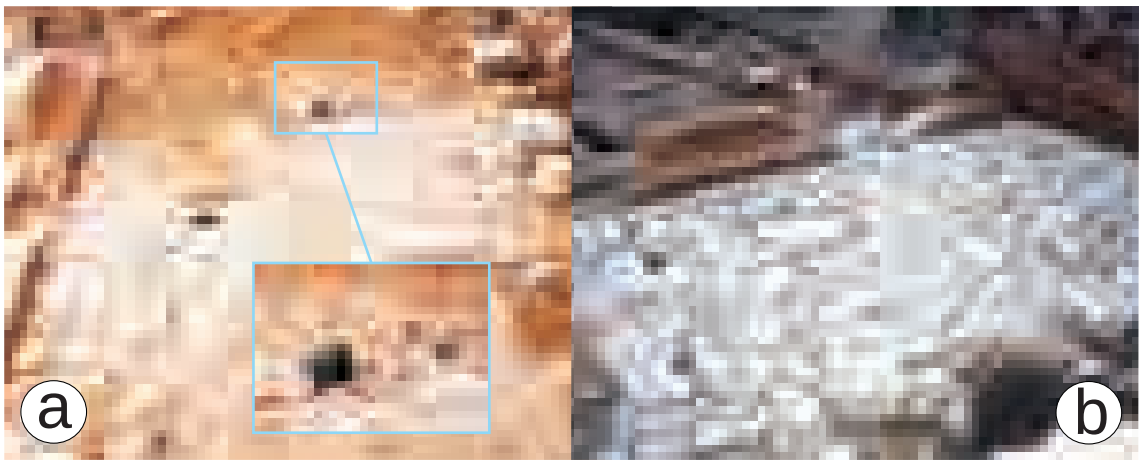


Fig. 323. (a) Acumulación de materiales y niveles de derrumbe sobre el Decumano Máximo durante su proceso de excavación y (b) vista del mismo una vez retirados.



Fig. 324. Derrumbe de *tegulae* sobre el decumano de la C/ San Francisco nº 8, en las cercanías del área forense.



Fig. 325. (a) Escultura del Apolo Citaredo tal y como apareció en el foso del *hyposcaenium*, (b) detalle de las agresiones que sufrió la pieza, especialmente en su parte inferior y (c) una vez restaurada.



Fig. 326. Colmatación progresiva (y probablemente intencional) del *hyposcaenium* del teatro con material edilicio y el altar marmóreo dedicado a *Caio Caesar* y Fortuna.

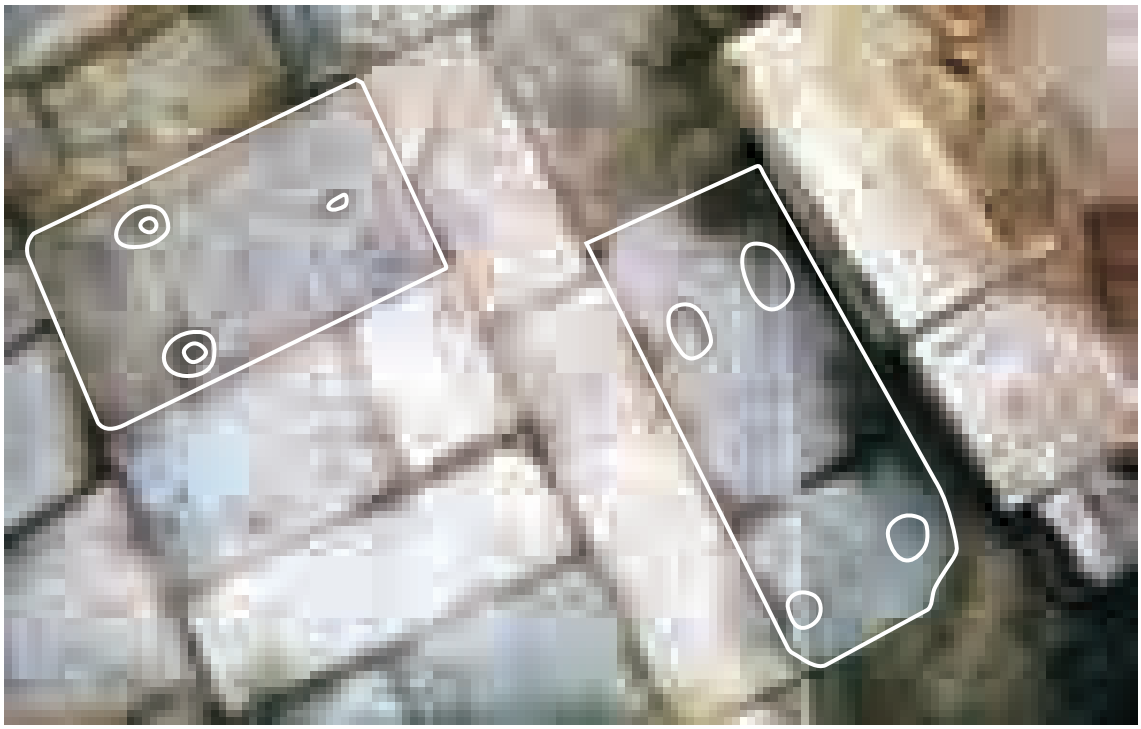


Fig. 327. Pedestales altoimperiales reutilizados en la Plaza de los Tres Reyes para una figura humana (izq., con huella de un posible punto de apoyo) y una escultura ecuestre (dcha.).



Fig. 328. Número de senadores aportados por cada ciudad hispana a Roma durante época imperial. Obsérvese el importante porcentaje de la Bética y la capital Tarraconense en contraposición con la marcada ausencia del área del SE y particularmente *Carthago Noua*.



Fig. 329. Pedestal dedicado a Julia Mamea, única inscripción pública de la *Carthago Noua* del s. III d.C.

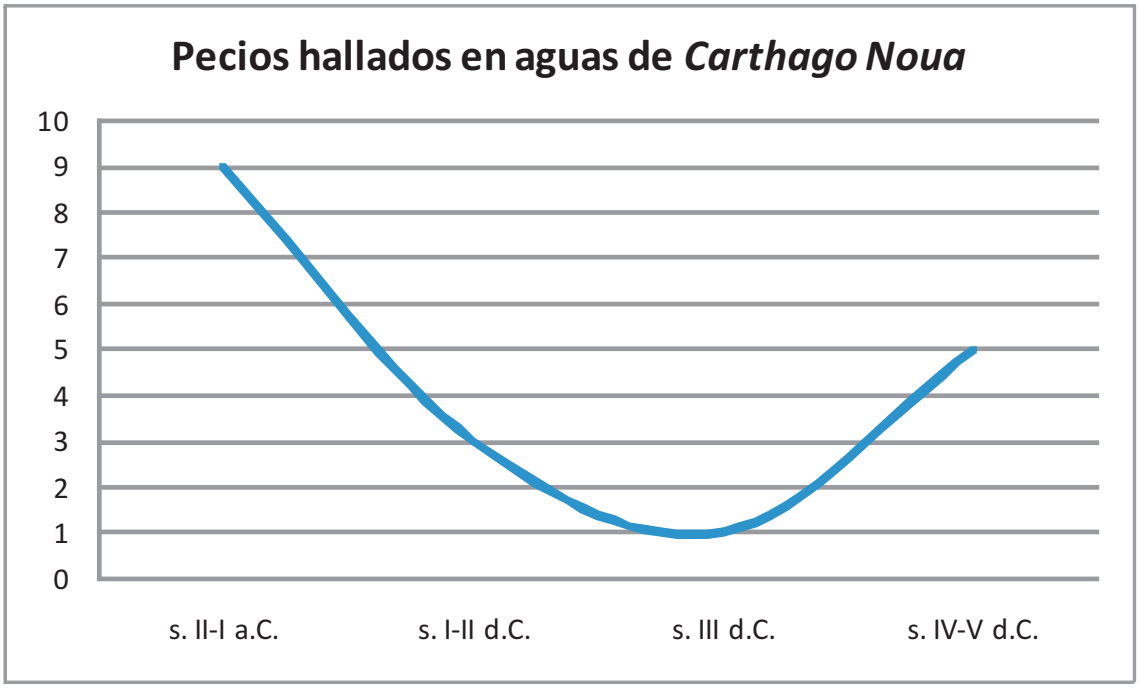


Fig. 330. Evolución del número de pecios registrados en las aguas de Cartagena entre época republicana y la Antigüedad Tardía.



Fig. 331. Concentración de material anfórico a la entrada de la bahía de Cartagena detectado a raíz de una prospección para la construcción de la "Marina de Curra". La cronología de las piezas corresponde al momento de mayor trasiego comercial: s. II a.C. – I d.C.

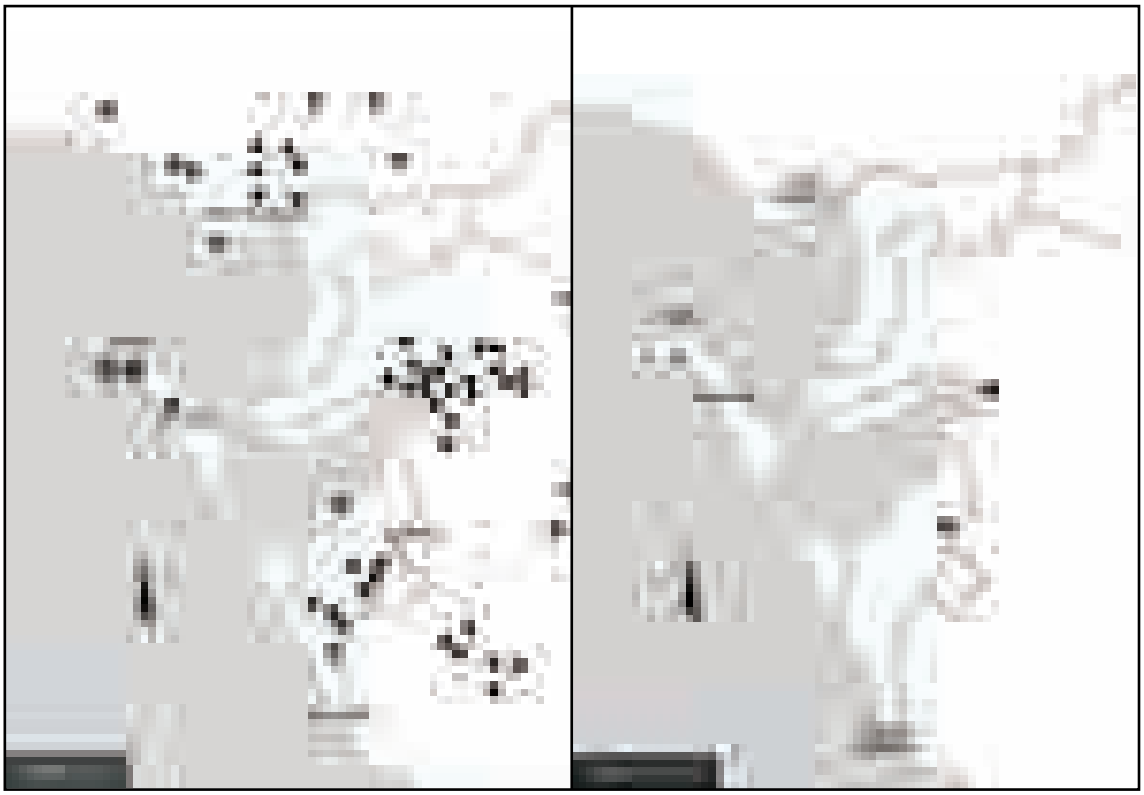


Fig. 332. Evolución de los talleres alfareros en el entorno de la bahía de Cádiz en la que se aprecia el notable descenso de actividad en el tránsito del siglo II al III d.C.



Fig. 333. Evolución del número de explotaciones en el *territorium* de *Carthago Noua* entre los siglos I-II y III d.C. Se observa una dinámica análoga a la de la ciudad, con una aguda despoblación rural y abandono de la mayoría de instalaciones.

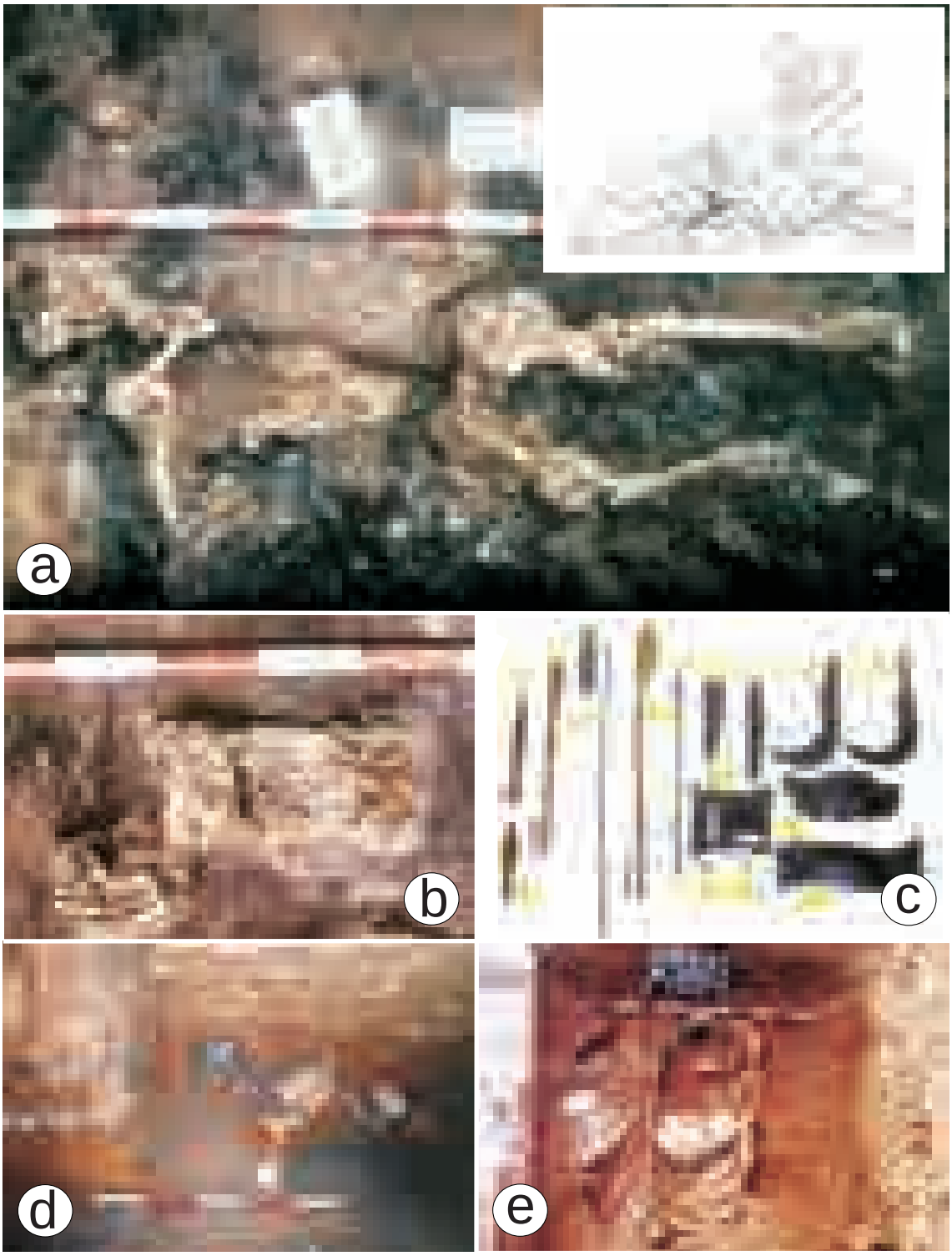


Fig. 334. (a) Soldado mutilado y empalado durante la destrucción de *Valentia* en época de Sertorio, (b) brazo amputado junto a umbo de escudo hallado en los niveles anteriormente descritos, (c) conjunto de armas recuperado junto a los diversos cadáveres, (d) nivel de destrucción de las termas republicanas de la Almoina donde se aprecia un ánfora itálica (aparentemente completa aunque fragmentada) colmatada por la caída del muro de adobe, (e) mismo proceso formativo, diversa cronología: nivel de destrucción del edificio administrativo de la Almoina en la segunda mitad del s. III d.C. con un ánfora africana en primer término.



Fig. 335. Pedestal que recuerda a C. Cornelio Potito, edetano fallecido en el *bellum mauricum*, muy probablemente relacionado con las razias que tuvieron lugar en la península a finales del reinado de Marco Aurelio.



Fig. 336. Inscripción funeraria de M. Coeliana, mujer de L. Septimio Hermócrates, un *beneficiarius consularis* cuya presencia en la ciudad es posible situar entre finales del s. II e inicios del s. III d.C.



Fig. 337. Destrucción del "Edificio del Atrio" del Molinete en la segunda mitad del siglo III d.C., una vez que había perdido su función como edificio público para ser ocupado y transformado en un conjunto de viviendas. El nivel de destrucción se caracteriza por la presencia abundante de cenizas, vigas y otros elementos arquitectónicos carbonizados y la aparición in situ de los ajuares domésticos fragmentados pero completos.

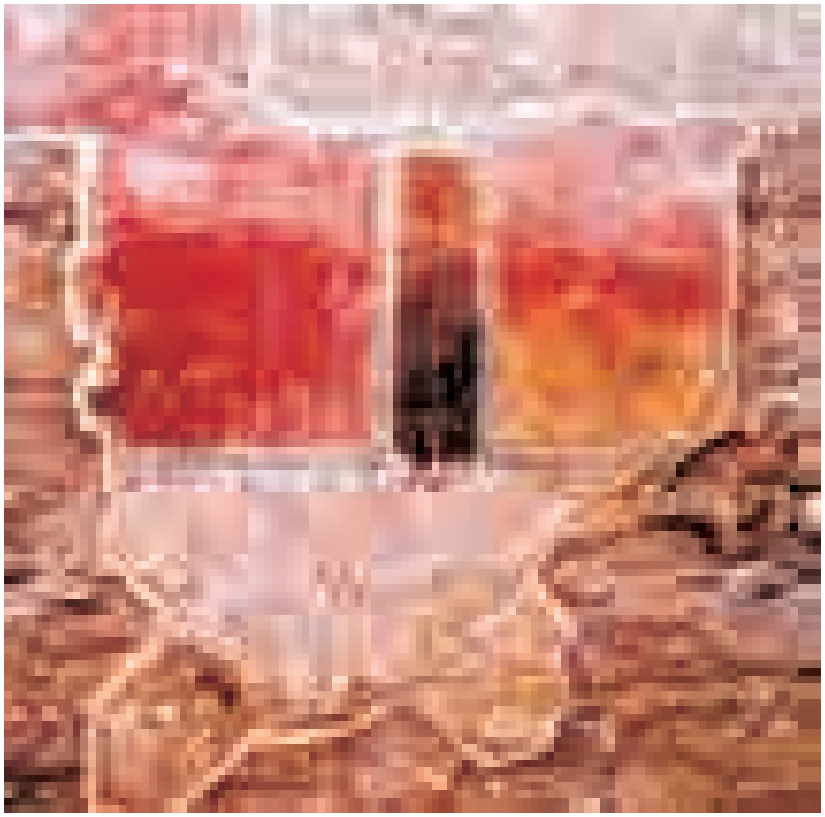


Fig. 338. Cambio en el color de las pinturas del "Edificio del Atrio", del rojo pompeyano al amarillo, a consecuencia de la acción del fuego que arrasó el complejo.

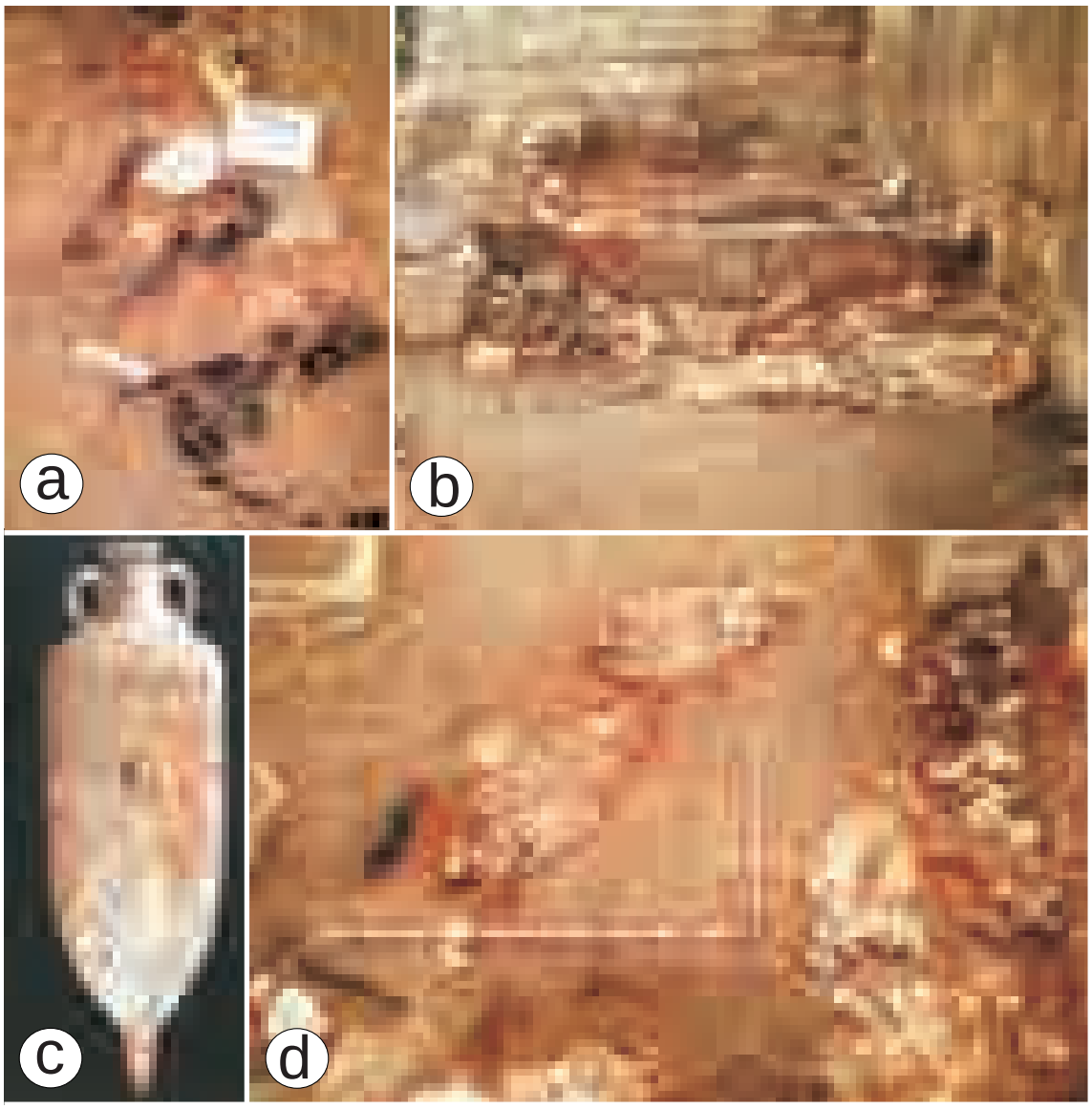


Fig. 339. Niveles de destrucción del “Edificio del Atrio” del Molinete. (a) Vigas carbonizadas, (b) Estructuras compartimentadas y piezas rotas tras el desplome de la cubierta, (c) Ánfora africana A II C procedente de dicho nivel (fragmentada pero completa), (d) Ánfora anterior aplastada tal y como apareció junto al resto del ajuar.

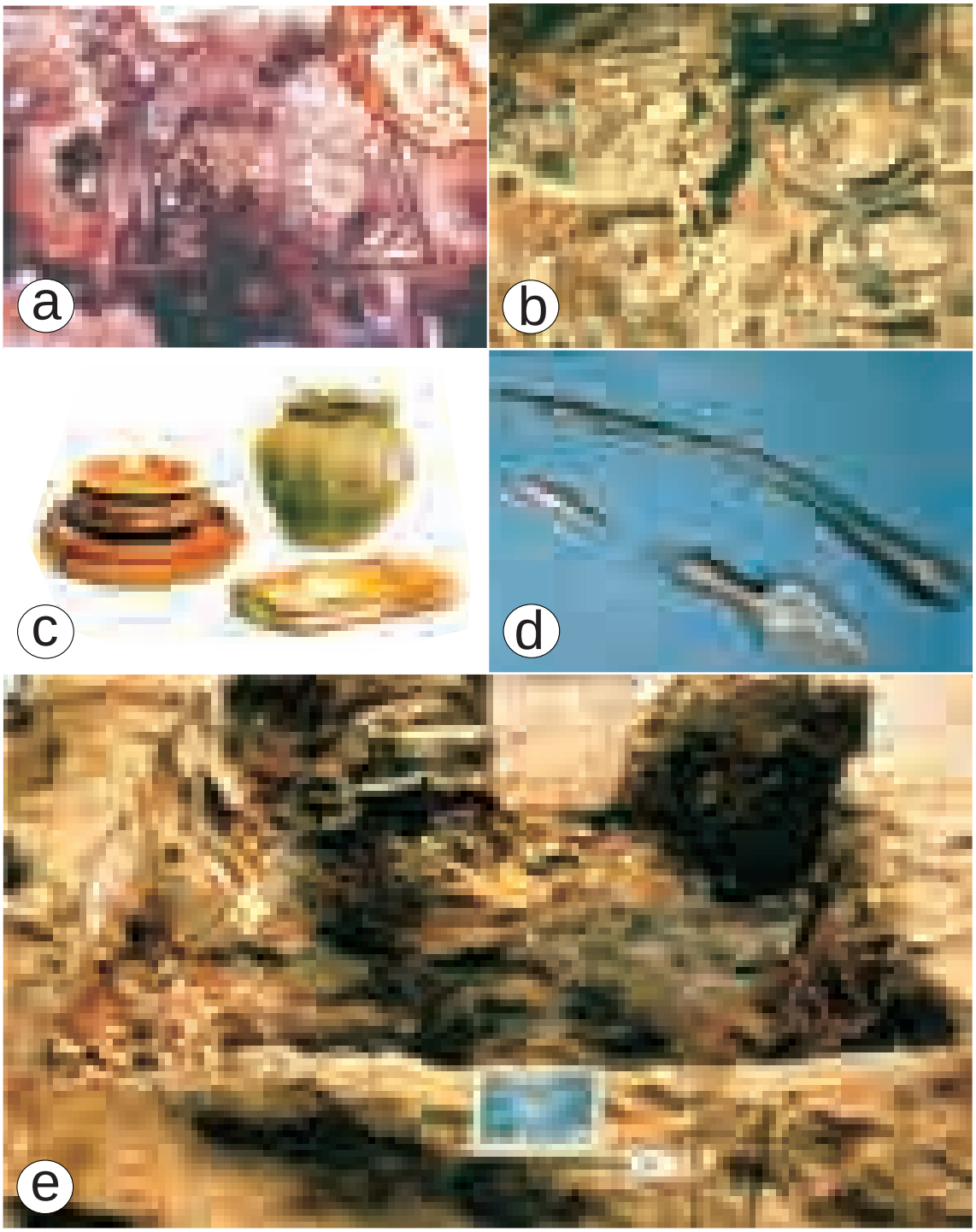


Fig. 340. Diversos niveles de destrucción del s. III d.C. documentados en la Cispadana. (a) Derrumbe con vigas carbonizadas en la domus “del chirurgo” de Rimini, (b) conjunto de morteros hallados in situ en el mencionada edificio bajo un potente derrumbe, (c) ajuar cerámico procedente de una vivienda de *Sarsina,* destruida de forma violenta y en la que las piezas aparecieron fragmentadas pero completas, (d) restos de armas hallados en la domus de piazza Ferrari en Rimini que vinculan la destrucción a un episodio violento, (e) colapso de la misma donde se aprecia la forma en que se produce el derrumbe: súbito y mezclando cenizas, carbones, pintura y otros restos arquitectónicos.

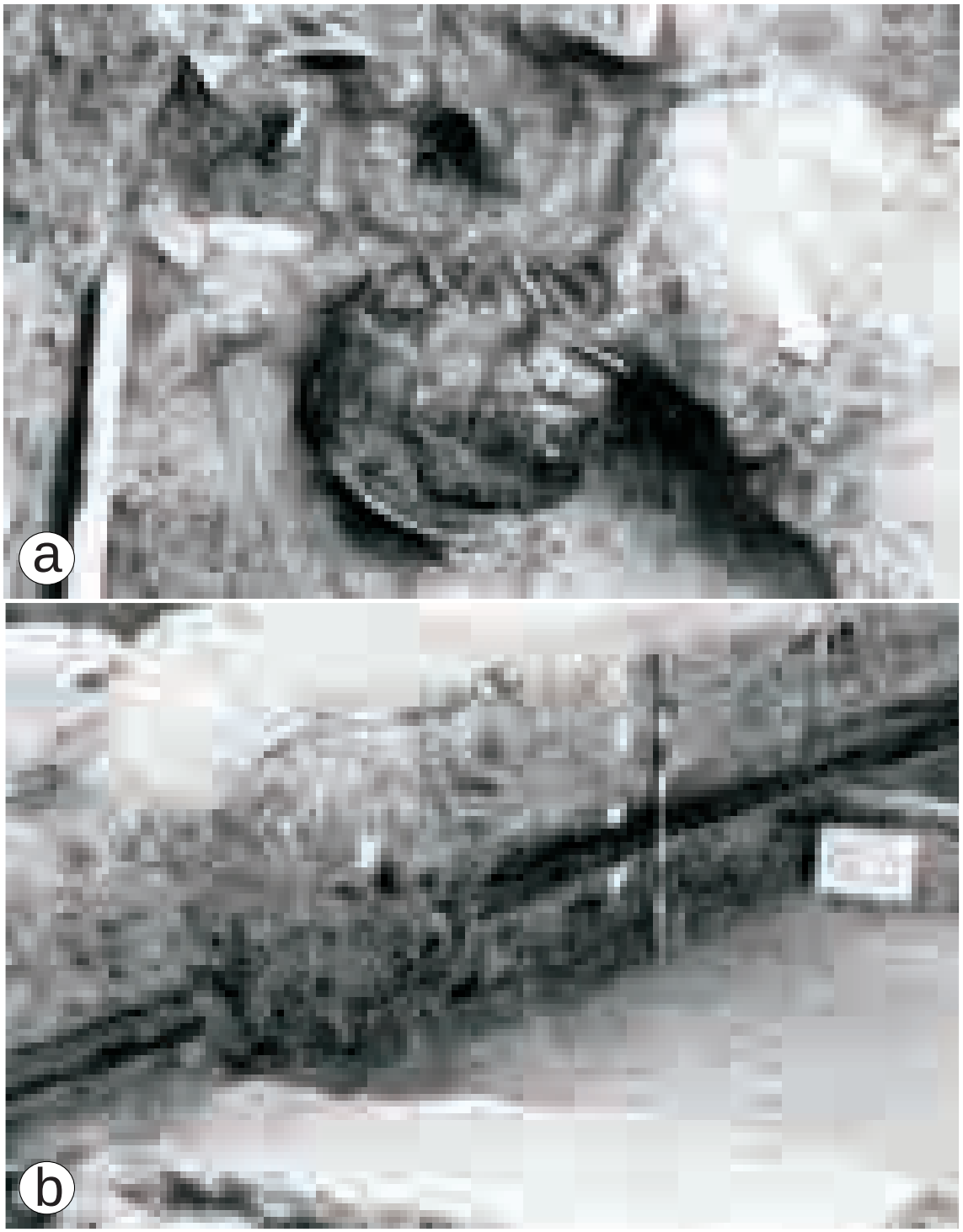


Fig. 341. (a) y (b) Nivel de destrucción de la *domus* de la C/ Quintana de Águilas nº 4-8: cerámicas fragmentadas *in situ* y potente capa de cenizas y carbones. Fechado en la segunda mitad del s. III d.C. (sestercio de Julia Mamea y TSA C), cabe vincularlo estrechamente con los colapsos detectados en este momento en Cartagena.

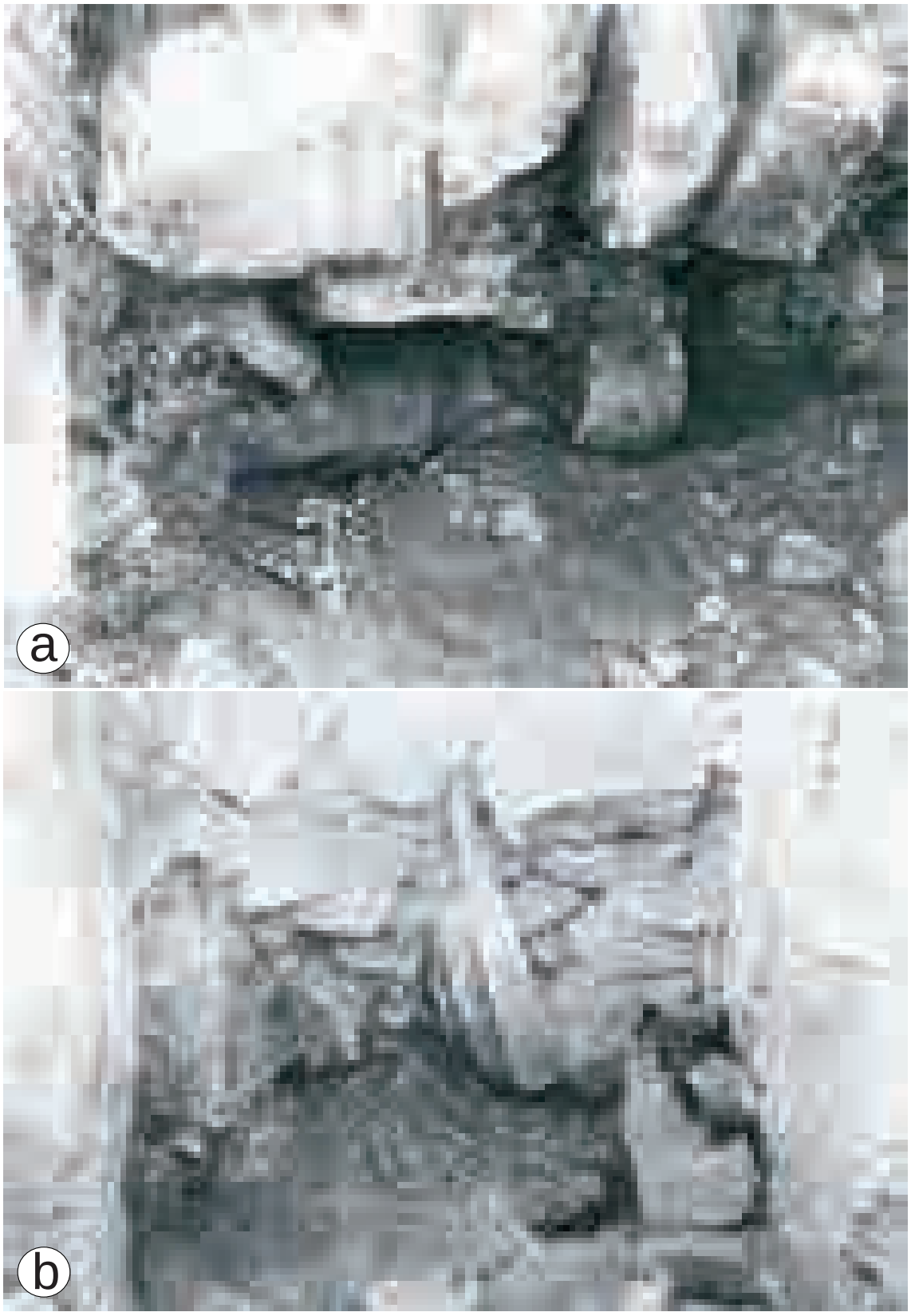


Fig. 342. Documentación en el registro arqueológico de los efectos provocados en la provincia de Cirenaica tras el violento terremoto del 365 d.C., con desplome súbito de sus estructuras sobre los niveles de circulación, ajuares completos e incluso cadáveres. (a) Restos de un individuo aplastado por la caída de parte del santuario de Asclepios en *Balagrae,* (b) distintos cadáveres bajo las columnas de la stoa de Cirene junto a diversas ollas completas.



Fig. 343. Vista cenital del desplome de la basílica de *Baelo Claudia* a consecuencia de un terremoto en el s. III d.C.).



Fig. 344. Caída (con los fustes en conexión) de una columna de la basílica de *Baelo Claudia* a consecuencia del movimiento sísmico del s. III d.C. El desplome se produjo directamente sobre el pavimento del edificio.



Fig. 345. Escala de los efectos que un terremoto provoca sobre la arquitectura, rastreable también en el registro arqueológico (Earthquake Archaeological Effects).



Fig. 346. La onda sísmica barre el suelo en una misma dirección. Orientación de los derrumbes provocados en el patrimonio de Lorca por los terremotos del 11 de mayo de 2011.

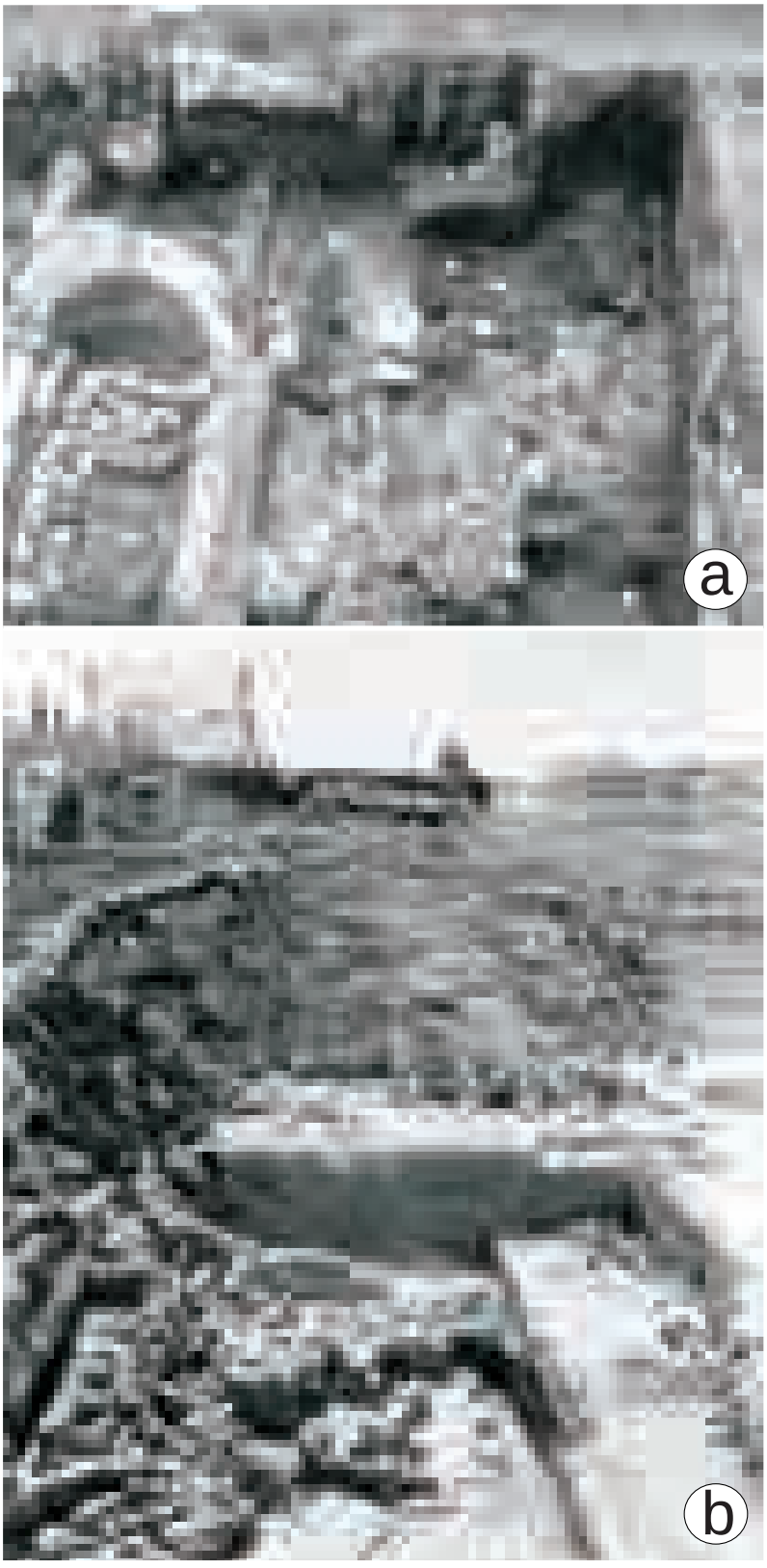


Fig.347. Derrumbe de dos potentes muros de opus quadratum de edificios públicos de *Carthago Noua*, (a) *Augusteum* y (b) Teatro Romano. Obsérvese cómo ambos se mantienen en conexión y están orientados en la misma dirección, hacia el oeste.



Fig. 348. Vista cenital de los derrumbes del teatro romano (a) y el *Augusteum* (b), ambos en conexión y orientados hacia el oeste.



Fig. 349. Derrumbes de la *porticus post scaenam* del teatro romano. Apréciese la conexión de (a) elementos arquitectónicos como la columna a semejanza de las evidencias de Baelo Claudia y el hecho destacado de que en este caso el desplome se produce sobre un depósito de sedimento (b) que estaría indicando una falta de mantenimiento del edificio.

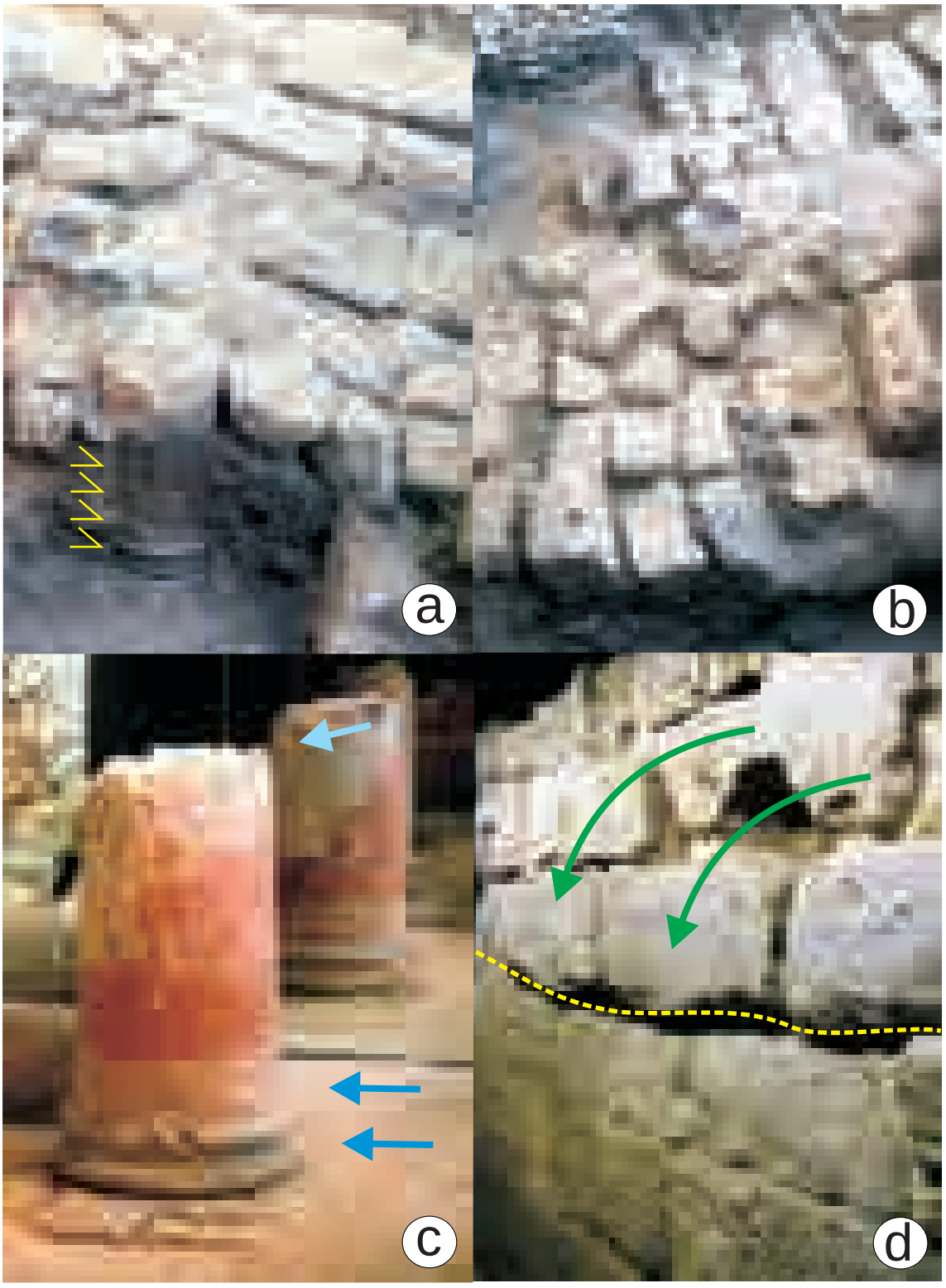


Fig. 350. Diversos detalles del proceso de colapso de la posible basílica de Cartagena a consecuencia del desplome del muro del *Augusteum.* (a) El derrumbe del muro de *opus quadratum* no cae directamente sobre el suelo, sino sobre un nivel de abandono que revelaría una ausencia de mantenimiento, (b) en su brusca caída el muro parte varias columnas de arenisca del aula basilical, (c) ¿se desplaza la columna de su zócalo a consecuencia del impacto o bien debido a un movimiento sísmico?, (d) detalle de la potencia del muro (reconstruido) que se desploma sobre la *porticus duplex*.

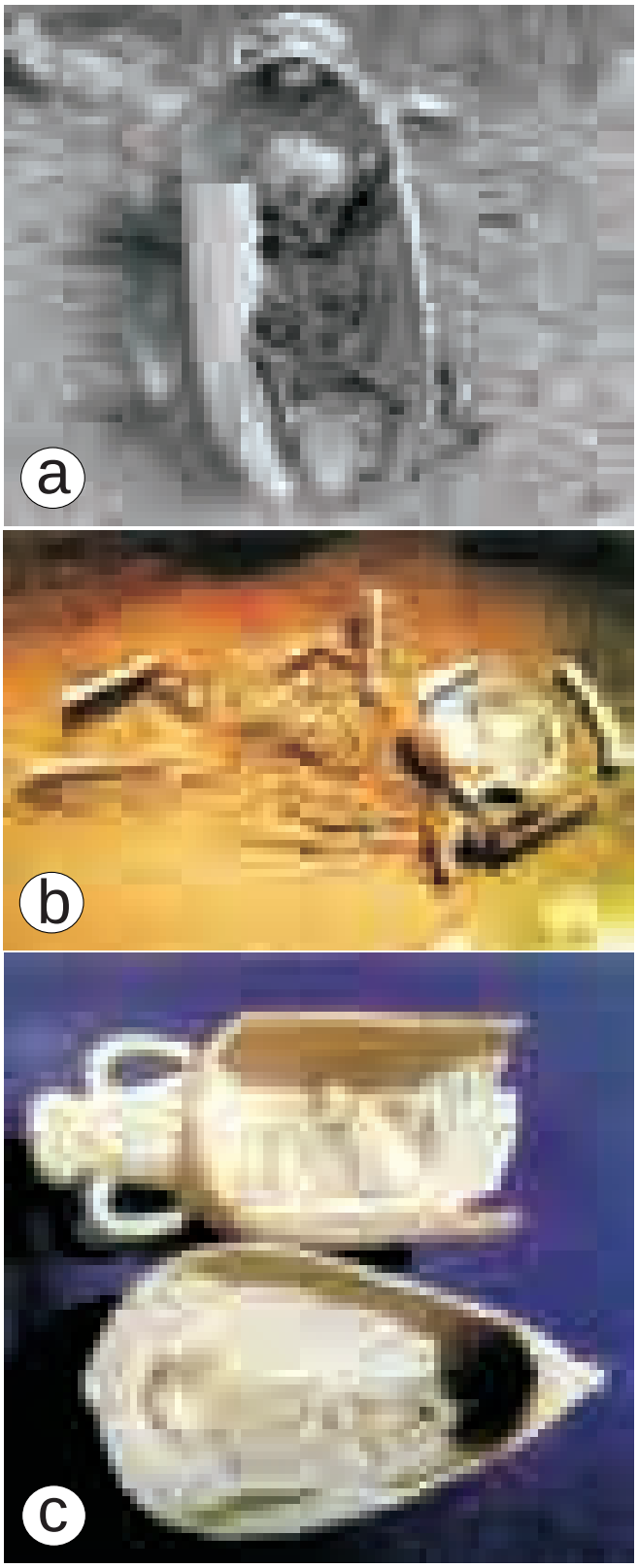


Fig. 351. Enterramientos infantiles en ánfora de los s. III-IV d.C. procedentes de (a) Barcino, (b) el pórtico del Augusteum de Carthago Noua y (c) la necrópolis infantil de Chipiona.

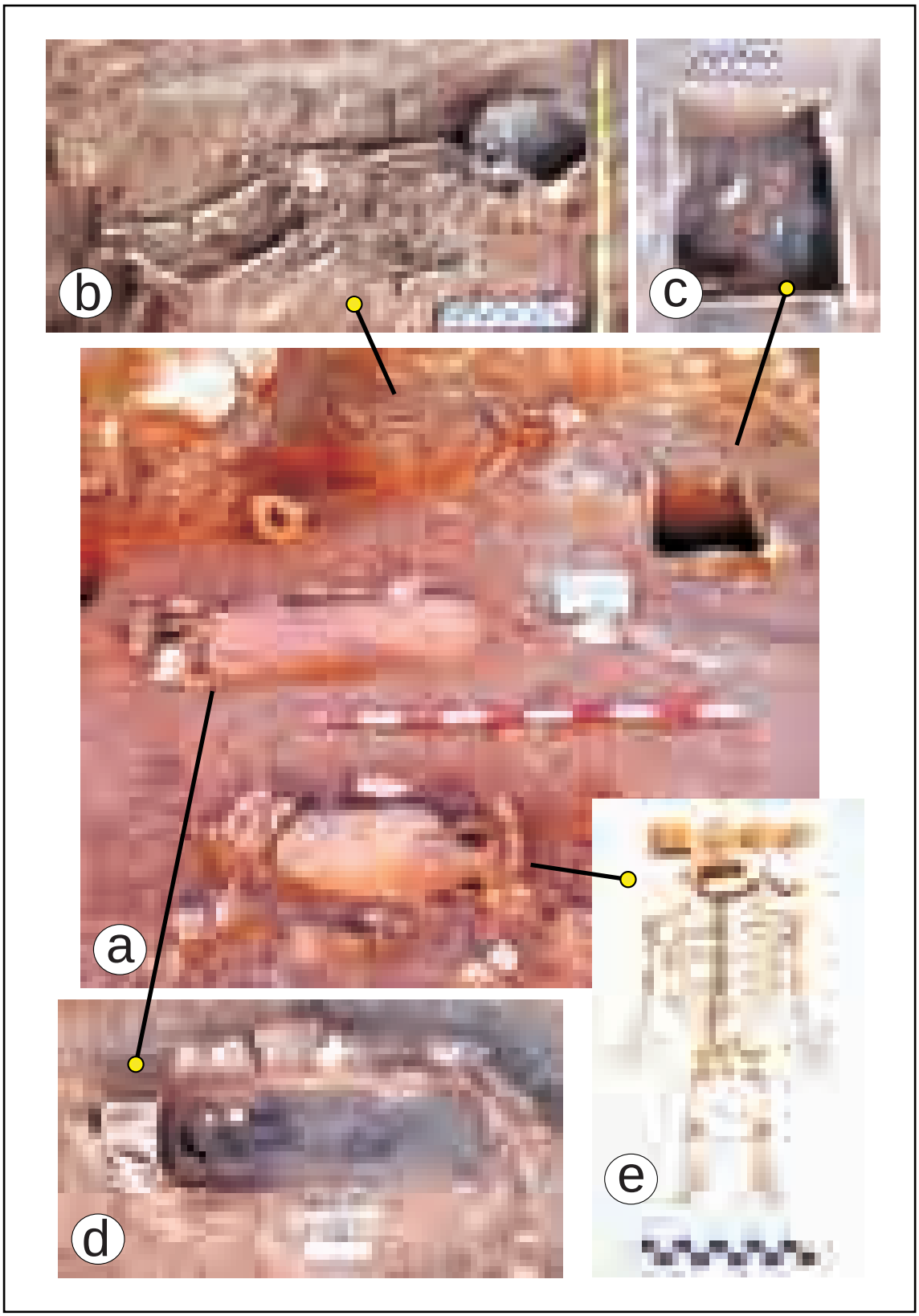


Fig. 352. Diversos enterramientos infantiles de la zona de Morerías en ánfora y cista de los s. III-IV d.C.



Fig. 353. Evolución del trazado urbano de *Carthago Noua* entre el Alto Imperio y la Antigüedad Tardía

Límite hipotético de la ciudad de finales del s. III - s. IV d.C. sobre la base de las diversas inhumaciones (en su mayoría infantiles) localizadas en dicha época: 1. Morería (PERI CA-2), 2. Termas C/ Honda, 3. Teatro Romano (aditus), 4. C/ San Francisco nº 16-22, 5. C/ San Francisco 15 con C/ Caballero nº 5 (Augusteum), 6. C/ Duque nº 8-10-12. Necrópolis bizantina instalada en la zona oriental de la colonia, probablemente situada *extra moenia*, junto al decumano que continuaba funcionado como vía de entrada y salida de la ciudad. Puertas de San Ginés, ecceso de la muralla del s. XVI por su flanco Este que podría estar fosilizando el recinto defensivo tardío.

PROCEDENCIA FIGURAS

Figura	Procedencia
Fig. 1	Alejandro Quevedo. Base cartográfica[1]
Fig. 2	Alejandro Quevedo. Base cartográfica: youreuropemap.com, Consultado el 15-X-2012.
Fig. 3	Cortesía L. López Mondéjar (retocado por A. Quevedo).
Fig. 4	Ramallo, 2011: fig. 32.
Fig. 5	Ramallo, 2011: fig. 12 (retocada por A. Quevedo).
Fig. 6	Ramallo, 2011: fig. 34.
Fig. 7	Alonso Campoy, 2009: 121, lám. 4.
Fig. 8	Orejas y Antolinos, 1999 (a través de Alonso Campoy, 2009: fig. 3).
Fig. 9	Fernández-Henarejos *et alii*., 2003: 65.
Fig. 10	Abad, 2004a: 71.
Fig. 11	Ramallo, 2011: fig. 108.
Fig. 12	CortesíaS. F. Ramallo Asensio (retocada por A. Quevedo).
Fig. 13	Alejandro Quevedo.
Fig. 14	Alejandro Quevedo.
Fig. 15a	Abascal y Ramallo, 1997: lám. 49.
Fig. 15b	Alejandro Quevedo.
Fig. 16	Alejandro Quevedo.
Fig. 17	Ben Abed y Griesheimer: 2004, fig. 2.
Fig. 18	Beltrán de Heredia, 2007: 24, fig. 12.
Fig. 19a	Bacchielli, 1986: Tavola VIII.
Fig. 19b	Bacchielli, 1986: Tavola VIII.
Fig. 20	Calza, 1940: fig. 29.
Fig. 21	Cortesía de Silvia Yus.
Fig. 22	Noguera *et alii*., 2009: 261.
Fig. 23a	Soler, 2009: 212, lám. 151.
Fig. 23b	Alejandro Quevedo.
Fig. 23c	Alejandro Quevedo.
Fig. 24a	Blanco Freijeiro, 1978: 62, fig. 5.
Fig. 24b	Blanco Freijeiro, 1978: lám. 29, núm. 10.
Fig. 25	Mañas, 2011: fig. 32.
Fig. 26a	Cortesía de Lorenzo Suárez y Alicia Fernández Díaz.
Fig. 26b	Cortesía de Lorenzo Suárez y Alicia Fernández Díaz.
Fig. 27	López Monteagudo, 2010: 31, fig. 19.
Fig. 28	Cortesía de Lorenzo Suárez y Alicia Fernández Díaz.
Fig. 29	http://www.regmurcia.com/servlet/s.Sl?sit=c,371,m,3527&r=ReP-28393-DETALLE_REPORTAJESPADRE, (Consultado el 8-VIII-2012).
Fig. 30	Alejandro Quevedo.

[1] http://www.google.es/imgres?um=1&hl=es&sa=N&tbo=d&biw=1280&bih=685&tbm=isch&tbnid=tOF8Jt3DmzSPMM:&imgrefurl=http://it.wikipedia.org/wiki/File:Roman_Empire_with_provinces_in_210_AD.png&docid=ptmNatM1eBqBnM&imgurl=http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/9/93/Roman_Empire_with_provinces_in_210_AD.png&w=2052&h=1414&ei=4STKUOniCcbJ0QW6ioHwCA&zoom=1&iact=rc&dur=406&sig=112105218555000610146&page=1&tbnh=140&tbnw=204&start=0&ndsp=23&ved=1t:429,r:4,s:0,i:95&tx=87&ty=65, Consultado el 15-X-2012.

Fig. 31a Noguera, 2009a: 298, nº cat. 46.
Fig. 31b Noguera, 2009c: 293, nº cat. 42.
Fig. 32a Alejandro Quevedo.
Fig. 32b Alejandro Quevedo.
Fig. 32c Fittscher y Zanker, 1985: Tafel 68, Nr. 59.
Fig. 32d Fittscher y Zanker, 1985: Tafel 68, Nr. 59.
Fig. 33a Cortesía de Sebastián. F. Ramallo Asensio.
Fig. 33b De Chaisemartin, 1987: nº 181.
Fig. 33c Fittscher y Zanker, 1985: Tafel 69, Nr. 60.
Fig. 33d Vostchinina, 1974: lámina L.
Fig. 34a Rumscheid, 2000: Tafel 38.3.
Fig. 34b http://farm2.staticflickr.com/1299/4597435778_b1cb85b35e_z.jpg (Consultado el 8-VIII-2012).
Fig. 34c León, 2001: 315.
Fig. 34d Santrot, 1987: 50.
Fig. 35a Cortesía de María Comas Gabarrón
Fig. 35b Cortesía de María Comas Gabarrón
Fig. 36a Soler, 2009: 214, lám. 154.
Fig. 36b Fernández Matallana, 2009: 146, lám. 1.
Fig. 37 Bonifay, 2004: 447: fig. 252.
Fig. 38 Pellegrino, 2009: 271, fig. 18.
Fig. 39 Papaioannou, 2011: 203, fig. 11.5.
Fig. 40a Hernández García, 2010b: 345: lám. 6.
Fig. 40b Hernández García, 2010b: 343: lám. 4
Fig. 41 Cortesía de Sebastián F. Ramallo Asensio (retocada por A. Quevedo).
Fig. 42 Madrid, 2004: 47, lám. 9.
Fig. 43a Guillermo, 2010: 397, lám. 2.
Fig. 43b Guillermo, 2010: 397, lám. 5.
Fig. 44 Rodríguez García y Hernández Ortega, 2008: 263, lám. 1.
Fig. 45 AA.VV., 2006a: 19.
Fig. 46 Martín *et alii*., 1991: 278-279 (reelaboración A. Quevedo).
Fig. 47 Cortesía de Sebastián F. Ramallo Asensio (retocada por A. Quevedo).
Fig. 48 Alejandro Quevedo.
Fig. 49 De Miquel y Martínez Sánchez, 2005: 36.
Fig. 50 Bonifay, 2004: 446, fig. 251.
Fig. 51 Hayes, 1972: fig. 26.
Fig. 52a Aguarod, 1991: 218, fig. 30.1.
Fig. 52b http://www.rheintal.de/kultur-geschichte/hochrhein/roemer-im-rheintal/essen-bei-den-roemern.html, (Consultado el 21-VI-2012).
Fig. 52c Villing y Pemberton, 2010: 610, fig. 29c.
Fig. 53 Rice, 2005: 463, fig. 15.4 (de Reina y Hill, 1978: map 10).
Fig. 54a-b http://towardanarchitecture.tumblr.com (Consultado el 15-VII-2012).
Fig. 55 Timby, 2004: 385, fig. 12.
Fig. 56a Bonet y Mata, 2008: 151: fig. 5.
Fig. 56b AA. VV., 2006b: 82-83.
Fig. 57a Guerrero, 1988: 141.
Fig. 57b Guerrero, 1988: 135.
Fig. 58 Guerrero, 1988: 244.
Fig. 59 http://www.museodelprado.es/coleccion/galeria-online/galeria-

online/obra/bodegon-con-arenques-cebolletas-pan-y-utensilios-de-cocina/ (Consultado el 5-I-2011).

Fig. 60a Sáez Preciado, 2010: 41, fig. 1.
Fig. 60b Sáez Preciado, 2010: 41, fig. 2.
Fig. 61 Alejandro Quevedo.
Fig. 62 Archivo fotográfico MAMC.
Fig. 63 Archivo fotográfico MAMC.
Fig. 64 Archivo fotográfico MAMC.
Fig. 65 Alejandro Quevedo.
Fig. 66 Martín y Roldán, 1997a: 170, Corte B (retocada por A. Quevedo).
Fig. 67a Berrocal, 2005a: 133, lám. 2.
Fig. 67b Berrocal, 2005a: 141, fig. 4.
Fig. 68 Berrocal y De Miquel, 2002: 31, ref. fig. perica4-01-152
Fig. 69a Archivo fotográfico MAMC (retocada por A. Quevedo).
Fig. 69b Cortesía de Jesús Acero.
Fig. 70a Ramallo, 2011: 138
Fig. 70b Cortesía L. De Miquel y M. A. Martínez Sánchez, Memoria inédita PERI CA-2. Referencia foto: MORERIAS_19_25.
Fig. 71 Archivo fotográfico MAMC
Fig. 72 Archivo fotográfico MAMC
Fig. 73 Cortesía de Sebastián F. Ramallo Asensio (retocada por A. Quevedo).
Fig. 74a Mayet, 1975: 56, Planche XXV: nº 192.
Fig. 74b Alejandro Quevedo.
Fig. 74c Alberto López Mullor. Tomada del dossier electrónico distribuido a raíz del I curso "La cerámica romana en Hispania", Madrid, 12-IV-2011.
Fig. 74d Martín y Serres, 1970: 80, fig. 47.19
Fig. 74e Alejandro Quevedo.
Fig. 74f Alejandro Quevedo.
Fig. 75 Reginard y Sánchez, 1990: 137, fig. 99 y 100.
Fig. 76 Alejandro Quevedo. MTRC.
Fig. 77a-d Alejandro Quevedo. MAMC.
Fig. 78 Alejandro Quevedo. MAMC.
Fig. 79 Alejandro Quevedo. MACC.
Fig. 80 Pasqualini *et alii*., 2009: 287, fig. 3.11 (retocado por A. Quevedo).
Fig.81.1 Pellegrino 2009: 253, fig. 2.3
Fig. 81.2 Pellegrino 2009: 253, fig. 2.8
Fig. 81.3 Pellegrino 2009: 257, fig. 5.2
Fig. 81.4 Pellegrino 2009: 257, fig. 5.1 / mango sartén: Marty, 2004: 118, fig 19.157
Fig. 81.5 Pellegrino 2009: 261, fig. 8a.4
Fig. 82 Reynolds, 1993: plate 1 + plate 2 (retocada por A. Quevedo).
Fig. 83 Alejandro Quevedo.
Fig. 84a-h Alejandro Quevedo
Fig. 85a-h Alejandro Quevedo
Fig. 86 Alejandro Quevedo
Fig. 87 Alejandro Quevedo
Fig. 88a Perrodin, F. Museo Arqueológico de Dijon
Fig. 88b Alejandro Quevedo
Fig. 88c1 Ramallo, 1989: 123, fig. 15.3 (retocado por A. Quevedo)
Fig. 88c2 Rosser, 1990-1991: 86-87, fig. 2 (retocado por A. Quevedo)

Fig. 88d Alejandro Quevedo
Fig. 89 Alejandro Quevedo. ARQVA. Nº Inv. ESC-I/SN00002.
Fig. 90.1 Marabini 68, Pellegrino 2009: 275, fig. 21.24.
Fig. 90.2 Agora G188, Coletti y Pavolini, 1996: 399, fig. 6.1.
Fig. 91 Alejandro Quevedo. MAMC.
Fig. 92 Alejandro Quevedo. MAMC.
Fig. 93 Alejandro Quevedo. MAA.
Fig. 94.1 Bonifay, 2004: 284, fig. 158, Commune type 50, 1.
Fig. 94.1 Bonifay, 2004: fig. 159a, Commune type 53, 2.
Fig. 95 Reynolds, 1993: plate 3 (retocada por A. Quevedo).
Fig. 96 Reynolds, 1993: plate 4 (retocada por A. Quevedo).
Fig. 97 Reynolds, 1993: plate 5 (retocada por A. Quevedo).
Fig. 98.1 Abascal, 1986: lám. 105, nº 605.
Fig. 98.2 Abascal, 1986: lám. 109, nº 612.
Fig. 98.3 Martín y Vidal, 1997: 277, Lám. II.
Fig. 98.4 Baños, 1991-1992: lám. 2.1
Fig. 99a Hernández García, 2009: 199; Hernández García, 1999: 266 (inf).
Fig. 99b Iniesta, 2007: 64.
Fig. 99c Martínez Alcalde e iniesta, 2007: 23 (sin nº).
Fig. 100.1 Ros, 1989: 120, fig. 46, forma XVIa
Fig. 100.2 Ros, 1989: 122, fig. 47, forma XVIb, nº 838.
Fig. 100.3 Yus, 2008: 117, fig. 3 (sin nº). Reelaborado por A. Quevedo
Fig. 100.4 Yus, 2008: 117, fig. 3 (sin nº). Reelaborado por A. Quevedo
Fig. 101-104 Alejandro Quevedo.
Fig. 105a y c Alejandro Quevedo
Fig. 105b Meléndez, Bodegón con cantarilla, pan y cesta con objetos de mesa (1760) http://www.museodelprado.es/coleccion/galeria-on-line/galeria-on-line/obra/bodegon-cantarilla-y-pan/, (Consultado el 19-X-2012).

Fig. 106a Alejandro Quevedo.
Fig. 106b Goya, Las mozas del cántaro (1791-1792). http://www.museodelprado.es/goya-en-el-prado/obras/ficha/goya/las-mozas-del-cantaro/, (Consultado el 19-X-2012).
Fig. 107 Cortesía de J. D. Hernández García.
Fig. 108-109 Alejandro Quevedo.
Fig. 110a Alejandro Quevedo
Fig. 110b Cortesía de Rocío López Hernández
Fig. 111a Yus, 2008: 117, fig. 3 (sin nº). Reelaborado por A. Quevedo
Fig. 111b Alejandro Quevedo
Fig. 111c Enlace online[2]
Fig. 112 Alejandro Quevedo
Fig. 113.1 Guilabert, 2012: 47, fig. 48 1077-144.
Fig. 113.2 Yus, 2008: 117, fig. 3 (sin nº). Reelaborado por A. Quevedo.

[2]http://api.ning.com/files/rsUO9h9gAmn6ijAiXggNc42rtJqbrQr2e*1bF96sC0l1GL1DRUI-8-HKH2SADN8HgkVpTFVhBX4GXn8Yqh1q0nJ2VDI7tCmK/trullae1.JPG, (Consultado el 19-X-2012).

Fig. 113.3 Alejandro Quevedo.
Fig. 114 Alejandro Quevedo.
Fig. 115.1 Gauloise 4, Penny Copeland after Panella, 2002, University of Southampton (2005) *Roman Amphorae: a digital resource*. http://archaeologydataservice.ac.uk/archives/view/amphora_ahrb_2005/ (Consultado el 24-X-2012).
Fig. 115.2 Dressel 9, Penny Copeland after Martin-Kilcher, 1994, University of Southampton (2005) *Roman Amphorae: a digital resource*. http://archaeologydataservice.ac.uk/archives/view/amphora_ahrb_2005/ (Consultado el 24-X-2012).
Fig. 115.3 Beltrán 2A, Penny Copeland after Martin-Kilcher, 1994, University of Southampton (2005) *Roman Amphorae: a digital resource*. http://archaeologydataservice.ac.uk/archives/view/amphora_ahrb_2005/ (Consultado el 24-X-2012).
Fig. 115.4 Beltrán 2B, Penny Copeland after Martin-Kilcher, 1994, University of Southampton (2005) *Roman Amphorae: a digital resource*. http://archaeologydataservice.ac.uk/archives/view/amphora_ahrb_2005/ (Consultado el 24-X-2012).
Fig. 115.5 Kapitän 1, Penny Copeland after Panella, 1973, University of Southampton (2005) *Roman Amphorae: a digital resource*. http://archaeologydataservice.ac.uk/archives/view/amphora_ahrb_2005/ (Consultado el 24-X-2012).
Fig. 115.6 Kapitän 2, Penny Copeland after Panella, 1973, University of Southampton (2005) *Roman Amphorae: a digital resource*. http://archaeologydataservice.ac.uk/archives/view/amphora_ahrb_2005/ (Consultado el 24-X-2012).
Fig. 115.7 Africana 2 B Grande, Penny Copeland after Panella, 1973, University of Southampton (2005) *Roman Amphorae: a digital resource*. http://archaeologydataservice.ac.uk/archives/view/amphora_ahrb_2005/ (Consultado el 24-X-2012).
Fig. 115.8 Africana 1 Piccolo, Penny Copeland after Panella, 1973, University of Southampton (2005) *Roman Amphorae: a digital resource*. http://archaeologydataservice.ac.uk/archives/view/amphora_ahrb_2005/ (Consultado el 24-X-2012).
Fig. 116 Bost *et alii*., 1992: 149, fig. 16.
Fig. 117.1 Alejandro Quevedo.
Fig. 117.2 Alejandro Quevedo.
Fig. 117.3 Saglio, 1877-1919: 870, fig. 1075.
Fig. 117.4 Saglio, 1877-1919: 870, fig. 1076.
Fig. 117.5 Saglio, 1877-1919: 870, fig. 1077.
Fig. 117.6-7 Alejandro Quevedo.
Fig. 118 Alejandro Quevedo.
Fig. 119 Alejandro Quevedo.
Fig. 120 Alejandro Quevedo.
Fig. 121.1 Artefacts. Encyclopédie en ligne des petits objets archéologiques. http://instrumentum-europe.org/Artefacts/index.php., código LMP-1024, (Consultado el 15-IV-2011).
Fig. 121.2 Artefacts. Encyclopédie en ligne des petits objets archéologiques.

http://instrumentum-europe.org/Artefacts/index.php., código LMP-2006, (Consultado el 15-IV-2011).

Fig. 121.3 Artefacts. Encyclopédie en ligne des petits objets archéologiques. http://instrumentum-europe.org/Artefacts/index.php., código LMP-2005, (Consultado el 15-IV-2011).

Fig. 121.4 Artefacts. Encyclopédie en ligne des petits objets archéologiques. http://instrumentum-europe.org/Artefacts/index.php., código LMP-3010, (Consultado el 15-IV-2011).

Fig. 121.5 Artefacts. Encyclopédie en ligne des petits objets archéologiques. http://instrumentum-europe.org/Artefacts/index.php., código LMP-9002, (Consultado el 15-IV-2011).

Fig. 121.6 Artefacts. Encyclopédie en ligne des petits objets archéologiques. http://instrumentum-europe.org/Artefacts/index.php., código LMP-9010, (Consultado el 15-IV-2011).

Fig. 122 Alejandro Quevedo. MAMC.

Fig. 123 Alejandro Quevedo.

Fig. 124.1 Pérez Ballester y Berrocal, 1996, 196, lám. 9.12. Reelaborado por A. Quevedo

Fig. 124.2-13 Alejandro Quevedo

Fig. 124.14-15 Velasco, 2009, 302, fig. 1-2. Reelaborado por A. Quevedo.

Fig. 125.1-8 y 10-14 Alejandro Quevedo

Fig. 125.9 Bussière, 2000, 37, E VI 2. Reelaborado por A. Quevedo.

Fig. 126 Alejandro Quevedo.

Fig. 127 Alejandro Quevedo.

Fig. 128.1-2 Broneer, 1977: Plate 22, 1115 y 1207.

Fig. 128.3 Broneer, 1977: Plate 24, 2083.

Fig. 128.4 Broneer, 1977: Plate 25, 2119.

Fig. 128.5 Alejandro Quevedo.

Fig. 128.6-8 Loeschcke, 1919, 315, Abb. 16. 1-3.

Fig. 128.9-10 Loeschcke, 1919: 317, Abb. 17. 1-2.

Fig. 128.11-128.15 Bémont & Chew, 2007, 499, GA 360, 357, 362, 363, 364.

Fig. 129.1 Loeschcke, 1919: 318, Abb. 18.

Fig. 129.2 Leibundgut, 1977: Taf.17, 980.

Fig. 129.3 Delgado y Morais, 2009: 105, nº 326.

Fig. 129.4 Bussière, 2000: 45, F VIII, 7242.

Fig. 129.5 Artefacts. Encyclopédie en ligne des petits objets archéologiques, http://instrumentum-europe.org/Artefacts/index.php., código LMP-4117, (Consultado el 15-IV-2011).

Fig. 129.6 Martínez y Vitores, 1999: 258, fig. 15.1.

Fig. Mezquíriz, 2004a [1985]: 228, fig. 4.3 y 4.4.

129.7-8
Fig. 129.9 Remolà, 1997, 425: 248 bis.
Fig. 129.10 Suárez Escribano, 2005: 12, fig. 9.
Fig. 129.11 Gebhard *et alii*., 1998: 450, fig. 16.29
Fig. 129.12 Gebhard *et alii*., 1998: 450, fig. 16.40
Fig. 129.13 Gebhard *et alii*., 1998: 452, fig. 17.41
Fig. 130 Cortesía de S. Ramallo (retocado por A. Quevedo).
Fig. 131 Plano original cortesía de E. Ruiz Valderas reelaborado por A. Quevedo.
Fig. 132 Ruiz Valderas, 1998: 236, lám. 4. Cortesía MAMC.
Fig. 133 Ruiz Valderas, 1998: 237, lám. 5. Cortesía MAMC.
Fig. 134 Plano original cortesía de E. Ruiz Valderas reelaborado por A. Quevedo.
Fig. 135 Plano original cortesía de E. Ruiz Valderas reelaborado por A. Quevedo.
Fig. 136-151 Alejandro Quevedo
Fig. 152 Cortesía de S. Ramallo (retocado por A. Quevedo).
Fig. 153 Martín Camino *et alii*., 2001, cortesía MAMC.
Fig. 154 Reelaboración de A. Quevedo sobre la base de Soler, 2001: fig. 3, 7 y 8.
Fig. 155 Cortesía MAMC.
Fig. 156 Fernández Díaz, 2008, vol. I: 282, Lám. 47.
Fig. 157 Cortesía MAMC.
Fig. 158 Alejandro Quevedo.
Fig. 159 Alejandro Quevedo.
Fig. 160 Cortesía MAMC.
Fig. 161-183 Alejandro Quevedo.
Fig. 184 Cortesía de S. Ramallo (retocado por A. Quevedo)..
Fig. 185 Vidal, 1997: fig. 2, reelaboración de A. Quevedo.
Fig. 186a Sección original de la intervención cortesía del MAMC, reelaborada por A. Quevedo y J. Bermejo (Quevedo y Bermejo, 2012: 111, fig. 2).
Fig. 186b (Quevedo y Bermejo, 2012: 111, fig. 2.2).
Fig. 187 Foto cortesía MAMC, planta original de la excavación reelaborada por A. Quevedo y J. Bermejo (Quevedo y Bermejo, 2012: 109, fig. 1.2).
Fig. 188 Cortesía MAMC.
Fig. 189 Cortesía MAMC.
Fig. 190-198 Alejandro Quevedo
Fig. 199 Cortesía de S. Ramallo (retocado por A. Quevedo).
Fig. 200 Cortesía de M. Martín Camino, MAMC.
Fig. 201 Cortesía de M. Martín Camino, MAMC.
Fig. 202 Cortesía de L. E. de Miquel (De Miquel, 2003).
Fig. 203 http://www.regmurcia.com/servlet/s.Sl?sit=c,373,m,2916&r=ReP-21776-DETALLE_REPORTAJESPADRE, (Consultado el 28-II-2010).
Fig. 204a www.teatroromanocartagena.org (Consultado el 22-XI-2012)
Fig. 204b www.lasalle.es/santanderapuntes/arte/roma/escultura/augusto_via_labicana.htm, (Consultado el 22-XI-2012).

Fig. 205 Cortesía de M. Martín Camino, MAMC (retocado por A. Quevedo).
Fig. 206 Cortesía de L. E. de Miquel (De Miquel, 2003).
Fig. 207 Cortesía de M. Martín Camino, MAMC.
Fig. 208-213 Cortesía de L. E. de Miquel (De Miquel, 2003).
Fig. 214 Cortesía de L. E. de Miquel (De Miquel, 2003), digitalizado y retocado por A. Quevedo.
Fig. 215 Jesús Bermejo y Alejandro Quevedo.
Fig. 216 Cortesía de L. E. de Miquel (De Miquel, 2003), digitalizado y retocado por A. Quevedo.
Fig. 217 Jesús Bermejo y Alejandro Quevedo.
Fig. 218-227 Alejandro Quevedo.
Fig. 228 Martín Camino *et alii*., 2001, cortesía MAMC (reelaborado por A. Quevedo).
Fig. 229 Cortesía MAMC.
Fig. 230-239 Alejandro Quevedo.
Fig. 240a Alejandro Quevedo.
Fig. 240b Hayes, 1980b: 142, Plate 67, fig. 563.
Fig. 241a http://www.skulpturhalle.ch/sammlung/highlights/2006/01/trunkene_alte.html (Consultado el 28-X-2010)
Fig. 241b http://www2.cnr.edu/home/sas/araia/class.html, (Consultado el 28-X-2010)
Fig. 241c http://www.photohistory-sussex.co.uk/BTNCHAR_MarthaGunn.htm (Consultado el 7-IX-2012).
Fig. 242a Mandel, 1988: 207-210, Taf. 23 1, b.
Fig. 242b Baldoni, 2003, 11, Fig. IV.12.
Fig. 242c Salomonson, 1980: 93-94, Fig. 3.
Fig. 242d Marty, 2011: 638, fig. 2.2 y 2.3
Fig. 243 Alejandro Quevedo.
Fig. 244a Alejandro Quevedo, Museo Nazionale Preistorico Etnografico "Luigi Pigorini", Roma.
Fig. 244b Dosi y Snell, 1986: 58.
Fig. 244c Blanc y Nercessian, 1992: fig. 107.
Fig. 245a Alejandro Quevedo.
Fig. 245b Blanc y Nercessian 1992: fig. 124
Fig. 245c Alejandro Quevedo.
Fig. 246a Alejandro Quevedo.
Fig. 246b http://www.liesa.info/frontal.htm, (Consultado el 13-I-2010).
Fig. 247a http://invitadoinvierno.blogspot.com/search?q=oroshiki, (Consultado el 18-X-2011).
Fig. 247b http://whitemouse.ru/photo/japan/kitchenware.wmb, (Consultado el 18-X-2011).
Fig. 247c http://whitemouse.ru/photo/japan/kitchenware.wmb, (Consultado el 18-X-2011).
Fig. 247d- J. Otero Úbeda, Museo de América, 2011 Ministerio de Cultura[3].

[3] http://ceres.mcu.es/pages/ResultSearch?Museo=MAM&txtSimpleSearch=Rallador&simpleSearch=0&hip

f

Fig. 248a Bonifay, 2004: fig. 88.1-2, sigillée type 27 (retocado por A. Quevedo).
Fig. 248b Bonifay, 2004: fig. 95.1-2, sigillée type 48 (retocado por A. Quevedo).
Fig. 248c Alejandro Quevedo.
Fig. 248d *Sup*. Serrano, 1995: fig. 4.31; *inf*. Alvarado y Molano, 1995: fig. 10.48 (retocado por A. Quevedo).
Fig. 248e Pascual *et alii*., 1997: 191, fig. 2, 4 ALM. 10070.
Fig. 249a Alejandro Quevedo.
Fig. 249b Villing y Pemberton, 2010: fig. 29d.
Fig. 249c Villing y Pemberton, 2010: fig. 27a.
Fig. 249d Villing y Pemberton, 2010: fig. 27b.
Fig. 249e Vallejo, 2010: 165, ficha nº 33.
Fig. 250 Cortesía de S. Ramallo (retocado por A. Quevedo).
Fig. 251 Berrocal, 2005b: 24 (tomado a su vez de M. A. Martínez).
Fig. 252 Vidal, Vizcaíno y Quevedo. Material inédito excavación C/ Don Roque-Ciprés nº 7.
Fig. 253-254 Vidal, Vizcaíno y Quevedo. Material inédito excavación C/ Don Roque-Ciprés nº 7 (retocado por A. Quevedo).
Fig. 255 Vidal, Vizcaíno y Quevedo. Material inédito excavación C/ Don Roque-Ciprés nº 7.
Fig. 256-257 Alejandro Quevedo
Fig. 258 Vidal, Vizcaíno y Quevedo. Material inédito excavación C/ Don Roque-Ciprés nº 7.
Fig. 259-260 Alejandro Quevedo.
Fig. 261 http://www.cuartopoder.es/planetaherido/files/2011/09/Bah%C3%ADa-de-Portman.jpg, Consultado el 5-XII-2012.
Fig. 262a http://4.bp.blogspot.com/_0eC4K-Z7AM/S4LV1O3XkmI/AAAAAAAALNs/Tu7-JpPlByg/s1600/1945.jpg, Consultado el 5-XII-2012.
Fig. 262b Google maps, Consultado el 5-XII-2012.
Fig. 263 Fernández Díaz, 2003: 70, fig. 1 (retocado por A. Quevedo)
Fig. 264a http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Capitel_paturro.JPG, Consultado el 5-XII-2012.
Fig. 264b http://www.flickr.com/photos/rafael_dp/5758979912/, Consultado el 5-XII-2012.
Fig. 265 https://www.regmurcia.com/servlet/s.Sl?sit=a,705,c,373,m,1871&r=ReP-11008-DETALLE_REPORTAJESPADRE, Consultado el 5-XII-2012.
Fig. 266 Google maps, Consultado el 5-XII-2012.
Fig. 267 Cortesía de A. Fernández Díaz.
Fig. 268 Cortesía de A. Fernández Díaz.
Fig. 269-307.1-2. Alejandro Quevedo.
Fig. 307.3 Lequément, 1977: 668, fig. 1.
Fig. 308- Alejandro Quevedo.

---

ertextSearch=1&search=simple&MuseumsSearch=MAM|&MuseumsRolSearch=11&listaMuseos=[Museo de América], (Consultado el 13-X-2011).

309

Fig. 310 Cortesía de S. Ramallo (retocado por A. Quevedo)..

Fig. 311 http://www.regmurcia.com/servlet/s.Sl?sit=a,75,c,373&r=ReP-16575-DETALLE_REPORTAJES, Consultado el 3-III-2011

Fig. 312 De Miquel, 2003: 129, sin nº de fig.

Fig. 313a Noguera *et alii*., 2009:134, fig. 28.

Fig. 313b Madrid *et alii*., 2009: 227, fig. 58.

Fig. 314a Noguera *et alii*., 2009:138, fig. 31.

Fig. 314b Madrid *et alii*., 2009: , fig. 228. Fig. 59.

Fig. 315 Madrid *et alii*., 2005: 124, lám. 4.

Fig. 316 Madrid *et alii*., 2005:125, lám. 5.

Fig. 317 Alejandro Quevedo

Fig. 318 Fernández Matallana, 2009: 146, lám. 3.

Fig. 319 Cortesía M. C. Berrocal y L. E. de Miquel, 2002: 17. Área 1, Sector 1. Figura perica 4-01-f140.

Fig. 320 Cortesía M. C. Berrocal y L. E. de Miquel, 2002: 30. U.E. 1352, Fase VII-VIII, Zona vivienda nº 6, Figuras perica4-01-f11

Fig. 321 Cortesía de A. Egea, 2005: 31, fig. MO_04_C39_F01

Fig. 322 Cortesía de A. Egea, 2005: MO_04_C39_F17.

Fig. 323 Cortesía de Martínez Sánchez, 2003: 30-32; fig. 105 - General UE 3074.

Fig. 323 Cortesía de Martínez Sánchez, 2003: Foto 139 - UE 3069 - Calzada desde Perfil Norte.

Fig. 324 Cortesía S. Bahamonde, 2009: 23, lám. 5.

Fig. 325a Ramallo, 2001b: 117.

Fig. 325b Alejandro Quevedo.

Fig. 325c Ramallo, 2001b: 120.

Fig. 326 Cortesía S. Ramallo.

Fig. 327 Alejandro Quevedo

Fig. 328 Canto, 1998: 214, fig. 1.

Fig. 329 Alejandro Quevedo.

Fig. 330 Alejandro Quevedo.

Fig. 331 Pinedo, 2012: 51, fig. sin nº.

Fig. 332 García Vargas y Bernal, 2008: 673, fig. 7.

Fig. 333 Murcia, 2010a: 156-157, fig. 4 y fig. 5.

Fig. 334a Alapont *et alii*., 2010: portada.

Fig. 334b Alapont *et alii*., 2010: 22.

Fig. 334c Alapont *et alii*., 2010:

Fig. 334d Marín y Ribera, 2010: 27.

Fig. 334e Ribera, 2000: 29, sin nº.

Fig. 335 Alejandro Quevedo. MALL.

Fig. 336 Alejandro Quevedo. MAMC.

Fig. 337 Madrid *et alii*., 2009: 230, fig. 60.

Fig. 338 Noguera et alii., 2009: 191, lám. 139

Fig. 339a Madrid *et alii*., 2009: 233, fig. 167.

Fig. 339b Madrid *et alii*., 2009: 232, fig. 163.

Fig. 339c Murcia, 2009c: 279.

Fig. 339d Madrid *et alii*., 2009: 232, fig. 162.

Fig. 340a Cortesía J. Ortalli.

Fig. 340b Ortalli, 2009: 32, fig. 20.

Fig. 340c Cortesía J. Ortalli.
Fig. 340d Cortesía J. Ortalli, 2009: 28, fig. 9.
Fig. 340e Cortesía J. Ortalli, 2009: 28, fig. 8.
Fig. 341a Hernández García, 1999a: 270, foto 4.
Fig. 341b Hernández García, 1999a: 268, foto 2.
Fig. 342a Bacchielli, 1995: 979, fig. 2.
Fig. 342b Bacchielli, 1995: 980, fig. 3.
Fig. 343 Sillières, 1997: 58, fig. 14.
Fig. 344 Sillières, 1997: 109, fig. 56.
Fig. 345 Rodríguez-Pascua *et alii*, e. p. fig. 2.
Fig. 346 Pascual-Rodríquez *et alii*., e. p., fig. 14.
Fig. 347a Cortesía MAMC.
Fig. 347b Cortesía S. Ramallo.
Fig. 348a Cortesía S. Ramallo.
Fig. 348b Cortesía S. Ramallo.
Fig. 349a Cortesía S. Ramallo.
Fig. 349c Cortesía S. Ramallo.
Fig. 350a Cortesía MAMC.
Fig. 350b Cortesía MAMC.
Fig. 350c Cortesía MAMC.
Fig. 350d Cortesía MAMC.
Fig. 351a Jordana y Malgosa, 2007: 66, fig. 2.
Fig. 351b Fuentes 2006, Lám. 9.
Fig. 351c Alcázar et alii., 1994: fig. sin nº, p. 43
Fig. 352a Cortesía A. Egea. Memoria inédita ampliación PERI CA-2 (Morerías). Referencia foto: MO_04_C41_F33.
Fig. 352b Cortesía A. Egea. Memoria inédita ampliación PERI CA-2 (Morerías). Referencia foto: MO_04_C40_F03E.
Fig. 352c Cortesía A. Egea. Memoria inédita ampliación PERI CA-2 (Morerías). Referencia foto: MO_04_C41_F30.
Fig. 352d Cortesía A. Egea. Memoria inédita ampliación PERI CA-2 (Morerías). Referencia foto: MO_04_C42_F09.
Fig. 352e Cortesía A. Egea. Memoria inédita ampliación PERI CA-2 (Morerías). Referencia foto: MO_04_C42_F19.
Fig. 353 Cortesía de S. Ramallo (retocado por A. Quevedo)..